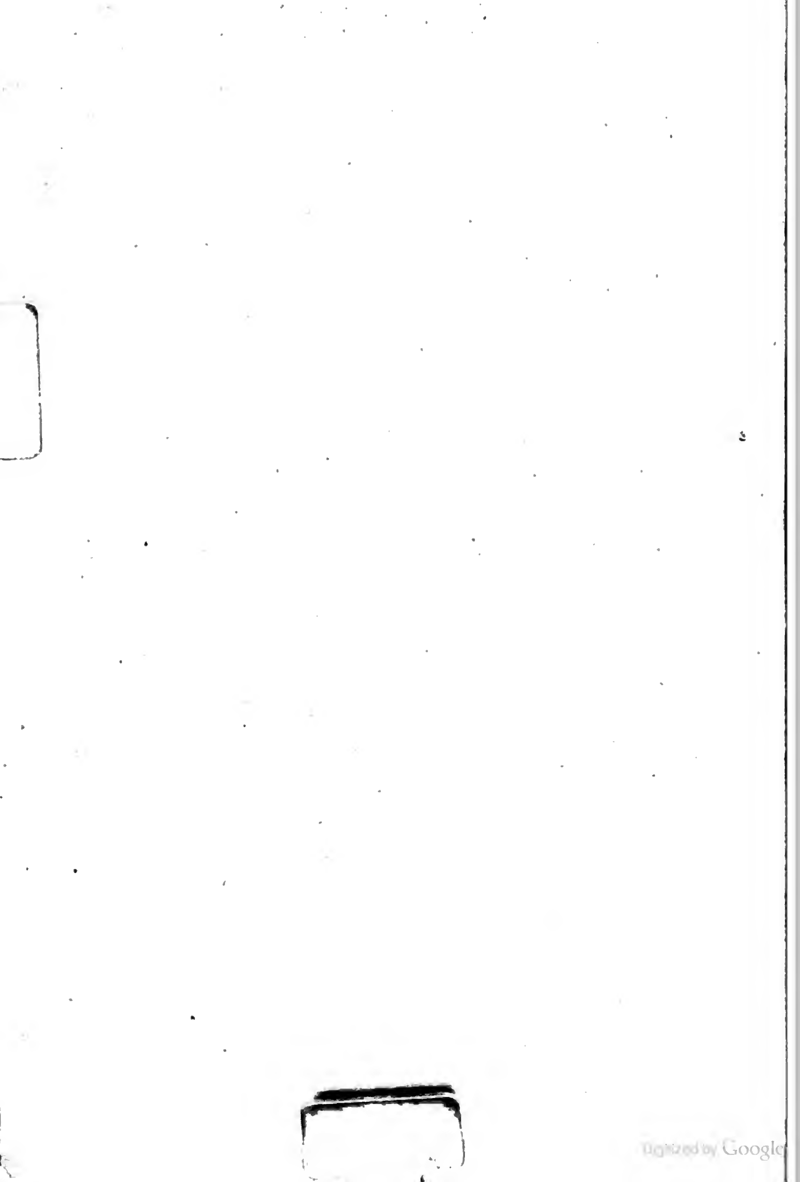




SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

1849.



MADRID.

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION
A CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCXLIX.

INDICE DE ARTICULOS.

El Alcázar de Segovia, pág. 2
Colegio de S. Bartolomé en Salamanca, por D. *Francisco W. Plasa,* 10
Puerta de Monzon en Palencia. 29
La catedral de Palencia. 33
La tumba de Pelayo, por D. *N. Castor de Caunedo.* 34
El Puente de Ocimos. 52
El castillo de Monte-Frio. 73
San Pedro de Villanueva, por D. *N. Castor de Caunedo.* 77
El castillo de Tor-de-Humos, por D. *V. García Escobar.* 113
Daoiz y Velarde. 129
Santa Eulalia de Abamia, por D. *N. C. de Caunedo.* 140
Ibiza, por el *Tio Fidel.* 158
Palacio de Aranjuez. 161
Santo Toribio de Liébana, por D. *L. Martinez de Velasco.* 177
Casa-ciudad de Vitoria, 209
La virgen de la Almudena. 211
La capilla de los Benaventes, por D. *V. García Escovar.* 212
Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. 225
San Isidoro del campo, por D. *J. Amador de los Rios,* 228 y 233
La rabida, por D. *L. Amador de los Rios,* 257
Granada cristiana, por D. *J. G. Alcántara.* 281
Tordesillas, por D. *F. de la Rosa.* 284
La cueva de Benidoleig, por D. *R. Salomon.* 347
Parroquia de Santiago en Calahorra, por D. *J. A.* 404
Entrada del ejército cristiano en la Alhambra de Granada. 409
Inscripciones hebreas, por D. *A. M. G. B.* 81
Origen y etimología de los dioses manes. 135
De la época en que comenzó á hacerse uso del caballo en diversos paises. 145
La tizona del Cid, por D. *N. Magan.* 148
Origen de las cartas de juego. 151
De las antiguas cortes en España. 217
Descubrimiento y traslacion de los cuerpos de los amantes de Teruel. 235
Leyenda de Virgilio, presentado como hechicero. 241
Coronacion de los reyes en Aragon. 273
Sepulcro de los reyes Godos Chindasvinto y su muger Recisverga, por D. *F. García Somolinos.* 275
Leyes y costumbres antiguas, por D. *R. Salomon.* 328
Instrumentos cortantes de los antiguos. 409
Geroglíficos Egipcios. 414
D. Juan de Austria, por D. *Luis M. Ramirez y Las-Casas* Deza. 26
Fernando Gallegos, por D. *A. Gil Sanz.* 57
Fray Diego de Deza, por D. *A. Gil Sanz.* 73
Ruiz Gonzalez de Clavijo, por D. *F. Godoy Alcántara.* 81
Cristóbal de Mondragon, por D. *M. J. Diana.* 165 y 173
D. José Utrera y Cadenas. 177
Joaquin Caprara. 211
Alvarez. 219
Pedro Pablo Rubens. 289
Pico de la Mirandola. 383
Fray Pedro Esteve, por D. *R. Salomon.* 345
D. Francisco Ramos del Manzano, por D. *A. Gil Sanz.* 362
Apóstoles Evang. y Mártires. 99-107
Motin contra Esquilache por D. *C. Rossell.* 201-109-218-226
Creacion de la órden de la Banda por D. *C. Rossell.* 249-265
Recuerdos de la armada invencible. 290-297-305-313
El Cid por *Hartzenbusch.* 313-321 y 338
Origen progreso y estincion de la órden de Malta, por D. *C. Rossell.* 323-329 y 346
Muerte de Ana Bolena. 363
Los infantes de Lara por D. *L. M. Ramirez y las Casas Deza.* 369
Hechizos de Cárlos II, y causa de Fray Froilan Diaz. 385 y 394
El lago de Trasimenia. 2
Lima 17
Palacio del Bey en Argel. 25
La Abadía de Lapais, en la isla de Chipre. 41
La Tumba de Gesner en Zurich. 42
Laberinto de la catedral de Reims. 48
Rio Janeiro y sus cercanías. 49
Orillas del Danubio. 65
Viage á la Italia, Continentes por don *S. Constanzo.* 66
Viage á la Nueva Granada. 89 y 121
Jerusalen. 97
Imperio de Marruecos. 137
El Bundel Kand. 145
El Rio de la Plata. 169
Descubrimiento y ocupacion de la California, por los Españoles, por *D. J. Godoy Alcántara.* 170 y 171
La pesca de las perlas. 191
Meissen. 193
Taiti. 155
Descripcion de la caverna de San Pedro. 245
La montaña de oro en China. 265
Ligera escursion por algunas ciudades de la Suiza moderna. 235 y 299
El castillon de Chillon. 305
Guaimas en el golfo de Californias, por *D. V. Calvo.* 326 y 333
Los Alpes. 369
El puerto de Dieppe. 377
La boca de la verdad. 354
El Serrallo. 353 y 361
Los Yaquis, por *D. V Calvo.* 353
Costumbres de Nueva Holanda. 367
Teatro mecánico chino. 385
El monte Sinai. 418
Introduccion, por *D. A. Fernandez de los Rios.* 2
Del estado que alcanzan las ciencias históricas en España, y apuntes críticos sobre las obras de este género nuevamente publicadas, por *D. A. Cánovas del Castillo.* 153—153—262
Plácido, por *D. E. Bravo.* 248 y 366
El Amor de una Reina, por *D. F. Navarro Villoslada.* 3—11—20
La Caverna del Diablo, por *D. J. Heriberto García de Quevedo.* 30—37
La locura contagiosa, por *D. J. E. Hartzenbusch.* 49
Los últimos amores, por *D. G. Romero Larrañaga.* 52-59-68-74
Nuestra Señora del Amparo, por *Don G. Tejado.* 86-102-109 y 127
El niño desobediente, comedia de *Don J. G. Hartzenbusch.* 94-115
Antes que te cases mira lo que haces, por *Lucifer.* 135 y 143
Beatrice Cenci, por *D. S. Costanzo.* 150
La cruz de la Esmeralda, tradicion popular, por *J. de Ariza.* 164
Peso de un poco de paja, leyenda piadosa, por *Fernan Caballero.* 173
La velada del helecho ó el donativo del diablo, por *Doña G. G. de Avellaneda.* 179-188-198-206-214-220
La independencia filial, comedia por *D. J. E. Hartzenbusch.* 186-191-204
Los dos amigos, por *Fernan Caballero.* 231
Un abad como hubo muchos y un cocinero como no hay ninguno, por *D. J. G. A.* 236
Trasmigracion del alma de un hombre al cuerpo de una pulga, por *Don J. Mieg.* 238
Un testamento falso. 243-255-260
La querida de un soldado, por *D. V. Barrantes.* 269-278-286-291
La casa del duende y las rosas encantadas, cuento, por *D. L. Gimenez Serrano.* 303-308 y 317
La princesa del bien podrá ser, por *D. J. de Ariza.* 334
Sola, por *Fernan Caballero.* 342 y 350
La suegra del diablo, cuento popular, por *Fernan Caballero.* 371
Gentil Zubi, tradicion vizcaina, por *D. J. E. D* 374
El manguito, el abanico y el quitasol, por *D. J. de Ariza.* 12-22-45
Un elegante de provincia. 39
Un dia bien empleado ó la vida de un Ministro, por el *Licenciado Redondo.* 91
El compadre, por *Gimenez Serrano.* 133
Pobre Periódico, por *F. S.* 159
La plaza de Oriente, por *D. J. de Ariza.* 276
Lo que se puede ver desde una ventana interior de una casa de Madrid, por D. *A. Neira de Mosquera.* 300
De la igualdad en Madrid. 344
Madrid y los pueblos. 355
Entierro de un niño. 358
La mañana de un literato. 381
El corral del Principe en 1620, por D. *A. Romero Ortiz.* 401
Lo que es un baile, por D. *M. de Navarrete.* 404
Una visita de encargo. 411
El Bostezo, por *Fr. Gerundio.* 5
El 30 de abril, por D. *J. E. Hartzenbusch.* 6
Escena de una comedia inédita, por D. *M. Breton de los Herreros.* 14
El Ajimez de la torre de las Infantas, por D. J. *Zorrilla.* 55—63
La Desposada de Amor, por D.ª *G. Avellaneda de Sabater.* 78
La Cruz, por D.ª *G. G. Avellaneda.* 111
La Prudencia, por D. *L. E. Hartzenbusch.* 168
El Asno feliz, por D. *J. E. Hartzenbusch.* 168
La Verdad sospechosa, por D. *J. E. Hartzenbusch.* 175
El Viudo, por D. *J. E. Hartzenbusch.* 176
Uno de tantos, por D. *J. E. Hartzenbusch.* 176
A la señorita doña Luisa L., serenata, por D *J. Zorrilla.* 183
A orillas del Darro, por D. *J. Zorrilla,* 199
Matrimonios á la moda, por *Fr. Gerundio.* 200
El Ciego, por D. *V. Barrantes.* 215
Diálogo entre un galan y el eco. 239
La Sed de oro, por D. *F. de la Iglesia y Darrac.* 264
La Pesadilla, por D. *J. Zorrilla.* 271
Poesias españolas del siglo XIII. 298
El Amanecer, por D. *F. de la Iglesia y Darrac.* 319
Las aguas del Tajo, por D. *A. Maron y Gutierrez.* 328
A una noche de Estío, por D. *F. Vila y Goyri.* 359
A..., por *Espronceda.* 368
Hacen en su córte, por D. *J. Zorrilla.* 375
A una flor, por D. *T. Rodriguez Rubí.* 384
Madrigales, por D. R. *María Baralt.* 392
La Herencia del poeta, por D. *J. E. Hartzenbusch.* 396
Fragmento de una meditacion en las ruinas, por D. *N. Pastor Diaz.* 399
Al Excmo. señor D. P. de Sabater, por D.ª *G. G. de Avellaneda.* 416
Vida de Jesucristo
Diccionario geográfico estadístico de España y sus posesiones de Ultramar, por D. *P. Mados.* 105
Historia del P. Mariana, continuada hasta nuestros dias. 136
Epístolas ó sea juicio que un suscritor ha formado de los recuerdos de un viage en España que publica D. F. de P. Mellado, y apéndice al tomo. 379—390—397
La Tierra, descripcion geográfica. 388
Del Cocodrilo. 15
El Narval ó Unicornio de mar 62
La Cigueña, por D. *J. A. y A.* 114—216
Del Diamante, por D. *V. Argenta.* 246
Del movimiento general que se verifica cada dia en el cielo. 287
Las Gacelas. 307
De las plantas venenosas. 256
El Phithon á dos rayas. 401
¿Qué es la belleza. 7
Dias de la semana. 7
Anécdotas. 8
La camisa del hombre feliz. 16
Epoca de algunas fundaciones y descubrimientos notables 16
Un capricho. 24
Cerebro del hombre comparado con el de los demas animales. 24
Matrimonios. 32
Prueba de la verdad por el fuego. 40
Sentencias. 40
Fatalidad. 40
Las cenizas de Phocion. 57
La cuaresma. 58
Investigaciones sobre las diversas formas del año en los pueblos antiguos y modernos. 62 y 71
Modo de aprender á dibujar sin maestro. 70
Los gustos. 71
Descripcion de la ciudad de Esparta. 79
De los sentidos. 86
Táctica naval. 86
Trabajo de algunos escritores durante su cautividad. 88
Acrecentamiento de los cristianos desde el I al XIX siglo. 103
Cultos de Austria. 103
Cultos del canton de Ginebra 103
Peso de la cabeza del hombre y de la muger en sus diferentes edades. 104
De la construccion de armas de fuego

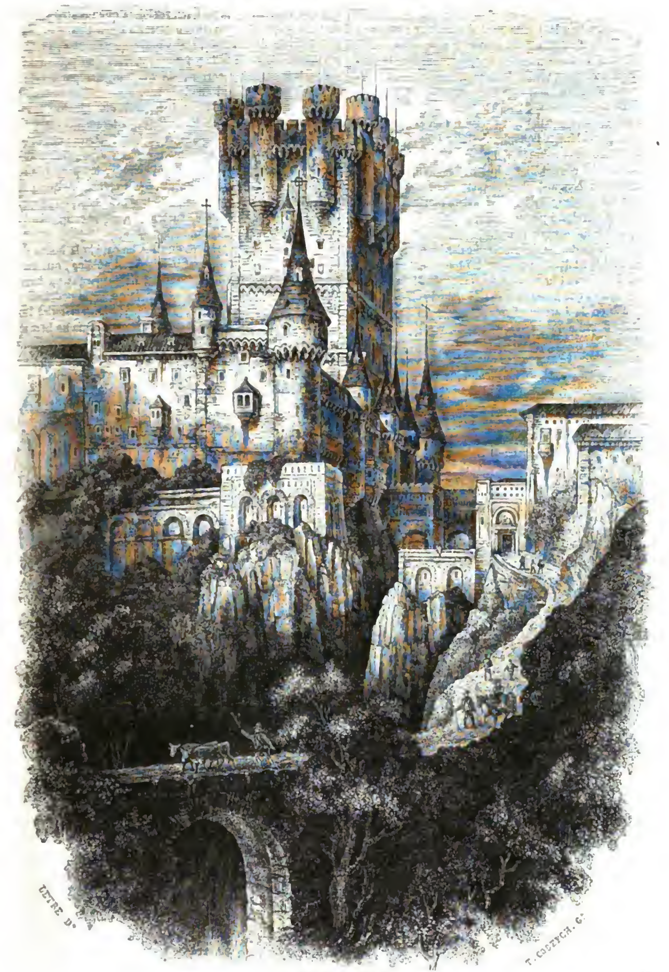
en Madrid desde su origen. 125 y 129
Los pretestos. 133
Las cuentas del gran capitan. 144
Máximas y pensamientos. 160186—240 —320—336 y 353
Casas de madera en América. 174
Máximas y pensamientos. 176
El sueño del Soldado. 185
La sangre y los Cabellos. 188
Secreto para vivir muchos años. 192
Fábula oriental. 216
Infidelidad de las mugeres entre los romanos. 248
Un signo de Salvacion. 256
De los Timbales. 300
Incendio de una pradera. 304
Coche de ceremonia en Constantinopla. 311
De los geroglíficos. 311
Coste que han tenido algunos edificios de la Habana. 312
Peso de las campanas mas notables de Europa. 312
Facilidad comparativa de la digestion. 312
Antídoto para el veneno. 312
Madera que produce la Isla de Cuba. 312
Barco con ruedas de paletas. 320
Lo que es la suerte. 320
El Knoute. 329 y 363
El perro Barry. 336
La guerra. 337
De la domesticidad en Inglaterra. 339
Carreton de vela en China. 341
La verdad. por *P. de Medina*. 344
La inapetencia repentina. 351
Sustraccion divertida. 351
Fundiciones de bronce. 367
Carro con velas. 373
¿Valemos nosotros lo que valian los antiguos? por *D. G. J. L. de A.* 377
El buen Samaritano. 385
Efectos de las bebidas. 392
El arca de Noé. 393
Una torcedura bien cuidada. 399
Geología. 400
El Mar Negro, y antiguo curso del Jordan. 406
Casamiento de un sacerdote en tiempo de Felipe IV. 407

TABLA DE GRABADOS.

El Alcazar de Segovia, por el señor *Coderch*. 1
El Lago de Trasimenia, por el señor *Sierra*. 2
Colegio de san Bartolomé en Salamanca, por los señores *Letre* y *Alvaro*. 10
Lima, por el señor *Sierra*. 17
Palacio del Bey en Argel, por el señor *Sierra*. 25
Puerta de Monzon en Palencia, por los señores *Urrabieta* y *Severini*. 29
La Catedral de Palencia, por los señores *Urrabieta* y *Kraskouski*. 33
Sepulcro en la misma catedral, por los señores *Urrabieta* y *Kraskouski*. 34
La tumba de Pelayo, por los señores *Letre* y *Coderch*. 35
Gruta en que está la tumba de Pelayo, por los señores *Letre* y *Diaz*. 36
La Abadía de Lapais, por el señor *Sierra*. 41
La Tumba de Gesner, por el señor *Sierra*. 44
Rio Janeiro y sus cercanías. 49
El Puente de Hocinos, por los señores *Letre* y *Severini*. 52
Las Cenizas de Phocion, por el señor *Sierra*. 57
Orillas del Danubio, por el señor *Sierra*. 65
Escalera del palacio real de Madrid, por los señores *Tomé* y *Kraskouski*. 68
El Castillo de Montefrio, por los señores *Letre* y *Severini*. 76
San Pedro de Villanueva, por el señor *Severini*. 89
Viage á Nueva Granada, por el señor *Coderch*. 89—91 y 121
Jerusalen, por el señor *Sierra*. 97
El Jordan, por el señor *Sierra*. 100
Vista de Nazareth, por el señor *Sierra*. 100
El Mar Muerto, por el señor *Sierra*. 101
Jericó, por el señor *Sierra*. 101
Capilla de la Natividad en Belen, por el señor *Sierra*. 104
Palacio de Riera, por los señores *Abrial* y *Burgos*. 107
El Castillo de Torde-Humos, por el señor *Severini*. 112
La Fuente de la Alcachofa, por el señor *Murcia*. 120
Marruecos, por el señor *Murcia*. 136
Santa Eulalia de Abamia, tres grabados por los señores *Letre* y *Sierra*. 141—142 y 143
El Bundelkano por el señor *Sierra*. 145
Mezquita de Córdoba. 156
San Pedro de Cardeña. 156
Sepulcros del monasterio de Oña. 157
Sepulcro del conde de Barcelona. 157
Palacio de Aranjuez, por los señores *Letre* y *Redondo*. 161
Arroyo del Rosario en el rio de la Plata, por el señor *Vilaplana*. 169
Casa de madera. 175
Santo Toribio de Liébana, dos grabados por los señores *Letre* y *Alvaro*. 178 y 179
Meisen, por el señor *Vilaplana*. 193
Haiti, por el señor *Alvaro*. 196
Vahia de Taiti, por el señor *Alvaro*. 197
Casa ciudad de Vitoria. 209
La Vírgen de la Almudena. 212
Portada del hospital de los árabes en Granada. 224
Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. 225
San Isidoro del Campo. 228
La Rábida. 257
La Montaña de oro en China, por el señor *Sierra*. 265
El Tajo de Ronda, por los señores *Letre* y *Severini*. 281
Una vista. 284
Dos vistas de Suiza, por el señor *Diaz*. 235 y 236
Retiro de los apóstoles en el valle de Josefat, por los señores *Letre* y *Sierra*. 297
El castillo de Chillon, por el señor *Carnicero*. 305
Templo de S. Juan en Malta. 324
Palacio de los grandes Maestres. 325
Vista de Guaymas, por los señores *Letre* y *Sierra*. 333
La cueva de Benidoleig, por los señores *Letre* y *Urravieta*. 347
La punta del Serrallo, por el señor *Carnicero*. 353
Estanque de las Rosas, por el señor *Carnicero*. 361
Murallas del Serrallo, por el señor *Carnicero*. 362
La boca de la verdad. 362
Los Alpes, por el señor *Sierra*. 369
Una vista, por los señores *Letre* y *Urravieta*. 375
El puerto de Dieppe, por el señor *Sierra*. 377
El Dos de Mayo, por el señor *Carnicero*. 388
Tumba de Napoleon, por el señor *Redondo*. 388
Capitolio de Wassington. 388
Fuente Castellana, por los señores *Letre* y *Carnicero*. 389
Fuente Egipcia del Retiro, por los señores *Letre* y *Burgos*. 389
Puerta del Sol, por los señores *Letre* y *Burgos*. 389
Universidad de Filadelfia, por el señor *Redondo*. 389
El Arca de Noé, por los señores *Letre* y *Vilaplana*. 393
La playa de S. Blas, por los señores *Letre* y *Murcia*. 739
Parroquia de Santiago en Calahorra. 404
El Monte Sinaí. 414
Inscripciones hebreas, por los señores *Blanco* y *Sierra*. 51
Trages del siglo XIII, por el señor *Redondo*. 128
Marcas de los arcabuceros de Madrid, por los señores *Letre* y *Gimenez*. 133
La tizona. 148
Salon de las antiguas córtes. 217
El rey jurando. 218
Estátua de D. Alonso Perez de Guzman. 230
Estátua de D.ª María Alonso Coronel. 230
Los Amantes de Teruel. 235
Dos escudos. 252
Comitiva del Rey en la coronacion. 275
Lápida de Chindasvinto. 276
Mosaicos y monedas. 379
Entrada del ejército cristiano en la Alhambra de Granada, por los señores *Pizarro* y *Redondo*. 409
El Bostezo, dos grabados por los señores *Urrbieta* y *Severini*. 5-6
Escena de novela, por los señores *Urrabieta* y *Coderch*. 12
Historia de un manguito, por los señores *Roman* y *Vilaplana*. 22
Ocho grabados de Táctica naval, por el señor *Coderch*. 4 y 85
La confesion por los señores *Alenza* y *Alvaro*. 112
Daoiz y Velarde, por los señores *Letre* y *Severini*. 129
Escena de lucha con los indios. 152
El sueño del Soldado, por el señor *Vilaplana*. 185
La pesca de las perlas por el señor *Vilaplana*. 192
Un capricho, de *Alenza*. 238
La tienda, de *Loban*. 241
Una escena de novela, por el señor *Sierra*. 244
Los borrachos. 248
Cesar y Cleopatra. 249
Almuerzo dado á Colon. 252
Dos grabados de observaciones atmosféricas, por el señor *Sierra*. 257 y 258
Muerte de Rubens, por los señores *Mugica* y *Redondo*. 289
El timbalero, por el señor *Murcia*. 300
Incendio de una pradera. 304
Dos combates. 315
Un combate. 321
Percances de una ama de casa. 340
El buen Samaritano. 384
Teatro mecánico chino, por el señor *Carnicero*. 385
D. Juan de Austria, por los señores *Letre* y *Coderch*. 27
D. Diego, por el señor *Lameyer*. 70
Ruy Gonzalez de Clavijo, por los señores Roman y *Coderch*. 81
Estatua de Cárlos V., por los señores *Urrabieta* y *Burgos*. 105
D. Pelayo. 153
Cristóbal Colon. 172
D. José Utrera y Cadenas, por los señores Roman y *Alvaro*. 177
Caprara. 211
Alvarez. 220
Enrique IV. 251
D. Enrique, infante de Aragon. 251
Espronceda. 273
El Cid. 313
Lavalette. 326
Pico de Lamirandola. 334
Fray Pedro Esteve, por el señor *Urrabieta*. 345
Peligros de Madrid, por los señores *Urrabieta* y *Coderch*. 8
Trages de Lima, por el señor *Alvaro*. 19
Su escelencia no da audiencia, por los señores *Vallejo* y *Sierra*. 164
Motin contra Esquilache, tres grabados. 201 y 203
La manola, por el señor *Redondo*. 269
Peligros de Madrid. 400
El cocodrilo, por el señor *Vilaplana*. 15
El Narval ó Unicornio de mar, por el señor *Vilaplana*. 62
La cigüeña, por los señores *Alvarez* y *Vilaplana*. 115
La sangre y los cabellos, por el señor *Alvaro*. 188
La gacela, por el señor *Murcia*. 308
Las plantas venenosas, cuatro grabados por el señor *Cruz*. 357
La araña. 399
El Phiton á dos rayas, por el señor *Murcia*. 401
Geroglíficos. 32—94—96—136—163—200—240—272—312—344—376 y 403
Encabezamiento, finales y adornos 119—127—152—406 y 417
Un capricho por el señor *Sierra*. 24
Laberinto de la catedral de Reims. 48
Anuncio de la Ilustracion. 56
Detalles de san Pedro de Villanueva, dos grabados por el señor *Severini*. 77 y 78
Cuestiones recreativas, 2 grabados. 184
Caballo ejecutado para la figura de Cárlos V. por D. José Siro Perez, por los señores *Urrabieta* y *Burgos*.
Cuestiones recreativas. 264
Una fuente. 278
Coche turco por el señor *Murcia*. 311
Barco con ruedas de paletas por el señor *Murcia*. 320
Figura del Knoute por los señores *Letre* y *Carnicero*. 329
El perro Barri por el señor *Urrabieta*. 336
La guerra. 337
Carreton de vela en China. 341
Carro de velas por el señor *Murcia*. 374

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS. ENCICLOPEDIA POPULAR.



El Alcázar de Segovia.

7 de Enero de 1849.

A LOS LECTORES.

No tomamos hoy la pluma para deslumbrar á nuestros lectores ofreciendo, sino para aparecer ante ellos con la tranquilidad del que tiene en su apoyo hechos que le abonen, y presentarles en medio de la prensa apasionada y tumultuosa de nuestros dias, el primer número perteneciente á 1849, de esta modesta publicacion, que busca su apoyo únicamente en las simpatías que encuentra en el interior de las familias, en el interés que despierta en todas las clases, en el rico como en el pobre, en el niño como en el anciano, sin hacer uso del charlatanismo que hoy está en boga, sino esforzándose en conquistar por sí misma la estimacion del público. A esto debe que mientras ha visto morir centenares de periódicos frívolos ó perjudiciales, haya vuelto á ser mas popular, mas estimada que nunca.

Marcada la existencia del Semanario desde enero de 1848, con una division tal que separase los tomos anteriores de una obra del mismo título, pero de mas pretensiones y con deberes mayores que llenar, no hemos faltado en nada á lo que dijimos en la introduccion estampada un año ha, al frente de la nueva obra que casi puede decirse que fundamos entonces.

El arte antiguo y moderno en sus mas bellos monumentos, la historia en sus páginas brillantes, la moral revestida de agradables atavíos, presentando sus lecciones con formas novelescas, la vida del sábio, las batallas del capitan, los lienzos del pintor, materias todas útiles en altos enseñamientos, han ocupado sucesivamente nuestras columnas; las ciencias han sido tambien despojadas de lo que pudieran ofrecer de abstracto y árido, y gracias á este trabajo, la arqueología, la filosofía, la literatura, la historia natural y otros conocimientos provechosos, no han encontrado lectores rebeldes. La mayor parte de los artículos han ofrecido al pie la garantía de un nombre apreciado ó distinguido en la república literaria, y los que carecian de esta cualidad, han justificado por ellos mismos que eran dignos de alternar con los primeros; hemos publicado tambien producciones de escritores con cuya colaboracion hace tiempo no ha podido contar ningun otro periódico; en punto á la eleccion de materias puede consultarse el índice que mejor que nada manifiesta la variedad y el cuidado, ya que no el acierto, con que hemos procurado dirigir el tomo que termina.

Háse distinguido este tambien por los notables progresos que hemos hecho en la ilustracion del testo. El Semanario puede en la actualidad sostener dignamente la comparacion con todas las publicaciones de España, y aun con la mayor parte de las francesas, si se tienen en cuenta la diferencia de elementos y de suscritores de que disponen estas. Debemos advertir, y de ello nos gloriamos, que no hemos empleado ni emplearemos en nuestra publicacion trabajos debidos á manos estrangeras; obrar así, al propio tiempo que aspiramos á rivalizar con los mejores periódicos de Francia é Inglaterra, es para nosotros un deber que nos impone la indulgencia con que el público mira nuestras tareas, y el epíteto de español que va unido al título de nuestra obra. Si nos encontramos favorecidos con una proteccion decidida, no es para que guiados por miras interesadas busquemos en el estrangero elementos buenos ó malos, pero sumamente económicos en comparacion con los del pais; es para que demos ocupacion á nuestros artistas, para que les estimulemos á hacer adelantos, para que despertemos en ellos el espíritu de emulacion respecto á los estrangeros; así al menos comprendemos nosotros los deberes de una publicacion popular y pintoresca cual es el Semanario, y la prueba de que en esta parte hemos acertado á interpretar exactamente los deseos del público, es el aumento estraordinario de lectores con que contamos y la posicion ventajosa que nuestro periódico ha adquirido en el mundo literario y artístico. Solo, sin el patrocinio de editores, sin el apoyo de pandillas, avanza animosamente en la bella y fecunda carrera que por su índole está llamado á recorrer, sin que ninguna publicacion española le aventaje, ni aun le iguale.

A esto debe sin duda el privilegio de que ninguna tampoco cuente el número de lectores, verdaderamente estraordinario con relacion á España, que hoy tenemos; circunstancia que apuntamos, no como un alarde vano, sino como un hecho que queremos dejar aquí consignado, para que se vea cómo correspondemos nosotros á la obligacion que por él contraemos de marcar con nuestros esfuerzos, en lo que estimamos, este aumento de suscritores, y por consiguiente de medios de mejoramiento.

No es esta la vez primera que nos ha cabido la honra de trazar algunas líneas de gratitud hácia el público, que con distintos motivos ha tenido ocasion de juzgarnos ya hace algunos años. Callamos, pues, todo lo que aquí podriamos decir de nuestros proyectos, porque preferimos siempre los hechos á las palabras; lo que aseguramos es que no hemos desperdiciado las lecciones de la esperiencia y que no nos detendremos en el camino que tenemos trazado; por lo demas puede formarse idea de las mejoras que introducimos por el presente número con que inauguramos el tomo de 1849. Esto vale mas que todas las promesas imaginables, y habla mas alto que todos los prospectos del mundo.

Angel Fernandez de los Rios.

EL ALCAZAR DE SEGOVIA.

Uno de los estudios mas agradables, á la par que instructivos, de que se ocupa el Semanario, es de la descripcion de los antiguos monumentos de nuestra patria, cuya historia se halla enlazada con la nacional de España. Estos mudos testigos de las costumbres de honor y galantería de pasadas edades, yacen aislados en solitarias colinas ó en casi ignorados valles, sin mas habitantes que las aves de rapiña; pero ya que la indiferencia de la época los va dejando hundir en el polvo, nuestra publicacion archiva en sus columnas los dibujos de tales riquezas artísticas, que ofrecen datos preciosos para el historiador, el artista y el poeta, perpetuando así un recuerdo de lo que fueron estos tesoros del arte que tanto abundan en España.

Entre los edificios mas curiosos que en ella se encuentran, merece un lugar preferente el magnífico alcázar de Segovia, hácia el cual vamos á llamar hoy brevemente la atencion de nuestros lectores. Está colocado en una situacion sumamente pintoresca, en la cima de una inmensa roca cuya falda baña el Eresma, rio estrecho y tortuoso. La construccion de este castillo formidable es obra de distintas épocas, sin que sea fácil fijar exactamente la de su primitivo orígen, que debió ser en los siglos X ú XI: en las diversas modificaciones que ha sufrido, ha sido mutilado lastimosamente en gran parte del carácter de severidad y del estilo de su época. Algunos suponen que el plan primordial fué trazado por D. Alonso el Sábio, que le habitó el primero; sufrió luego varias alteraciones durante las luchas incesantes que sobrevinieron, y mas tarde Herrera, el célebre arquitecto del Escorial, este hombre eminente que como Miguel Angel tenia una antipatía invencible hácia las obras de sus antecesores, y que en sus restauraciones procuraba borrar el estilo de los monumentos que le desagradaban, guiado por una intolerancia hija de una obcecacion que tenia por orígen el espíritu de partido, profanó el pátio, los balcones y la escalera principal, que perdieron por efecto de este error su carácter de venerable antigüedad.

El interior del edificio corresponde á la magnificencia y suntuosidad del esterior; todos los adornos han sido ejecutados por artistas árabes.

El que visite el alcázar de Segovia, no dejará de escu-

char una tradicion popular que sus habitantes refieren indispensablemente al viajero, al mismo tiempo que le señalan, una ventana, teatro, segun suponen, del cruel acontecimiento que vamos á referir. Es, pues, el caso, que hallándose una nodriza en uno de los balcones del alcázar con un infante en los brazos, éste, haciendo un movimiento, se desprendió de ellos y cayó desde una altura de muchas varas sobre las rocas que sirven de cimiento á la fortaleza. Aquí se dividen las opiniones de las viejas y los *cicerones* de Segovia; dicen unos que en el acto mismo la infortunada mujer se precipitó tras del infante, sufriendo la misma suerte que él; aseguran otros que fué el padre quien se encargó de cortar la cabeza de la nodriza; pero todos convienen en que esta pagó con su vida la viveza del infante.

El alcázar de Segovia ha sido destinado á diversos objetos: despues de servir de residencia real y de prision de estado, se halla en la actualidad ocupado por el colegio de artillería.

Aun se manifiestan al curioso en la fachada que mira á la ciudad algunas pequeñas claraboyas estrechas y enverjadas, por las cuales mas de un infeliz recibia el aire suficiente para conservar la existencia, sin el consuelo de ver el cielo. Sin embargo, algunos prisioneros distinguidos que han ocupado aquella prision, han sido tratados á cuerpo de rey. Uno de ellos fué el duque de Ripperdá, holandés de orígen, español naturalizado, y ministro de Felipe V, que habiendo caido en desgracia con su señor, tuvo por cárcel las mejores habitaciones del alcázar, y 300 doblones mensuales por via de alimentos.

A pesar de la comodidad con que vivia prisionero, es tal el precio de la libertad, que poco satisfecho de su suerte logró evadirse de la fortaleza, gracias al auxilio de una jóven segoviana y de un ayuda de cámara, de nacion francés; y despues de haberse hecho católico, protestante, y segunda vez católico, se hizo musulman, y fué generalísimo del emperador de Marruecos.

Este audaz aventurero no supo, á pesar de todo, conservar su posicion hasta el fin. En las inmediaciones de Tanger se señala al viajero una miserable habitacion, donde murió en edad avanzada, poco menos que desterrado.

No creemos interesante á nuestros lectores una descripcion artistica, detallada, del alcázar de Segovia, trabajo por otra parte en el cual no podriamos hacer otra cosa que repetir lo mucho que sobre el particular se ha escrito.

EL AMOR DE UNA REINA.

NOVELA (1)

CAPITULO I.

Hermosísimas princesas hubo en todos tiempos en Castilla; pero ninguna tanto como la reina doña Urraca, hija de Alfonso VI el *Magnánimo*. Las crónicas se complacen en pintarla con vivísimos colores; y á juzgar del mérito de su belleza por la multitud de sus apasionados, los hechos no desmienten por cierto las acaloradas descripciones de los coronistas.

Muy niña todavía, era citada como dechado y prodigio de hermosura en la córte de Leon. Su padre habia confiado la educacion de la Infanta al conde Don Pedro Ansurez, en defecto de su madre: mucho se desvelaba el buen conde por guardar aquel peregrino tesoro; pero ¿pueden nunca suplir los desvelos de un estraño, por los cuidados de una madre?

Sin ella doña Urraca, abrió presto al amor las puertas del corazon. Un caballero de los mas apuestos y bizarros de la córte, el rico hombre de Altamira, hizo sentir á la infanta las primeras inquietudes de una pasion que se presentaba suave y mansa, para llegar á ser en breve cruel y tiránica. Todos amaban á la princesa, todos envidiaban la suerte de aquel caballero en quien se fijaban unos ojos capaces de arrastrar consigo la mitad del cielo, como Lucifer con su palabra; solo el afortunado galan en quien los ojos se fijaban, permanecia sereno, indiferente, y algunas veces hasta esquivo y desdeñoso.

En vano la Princesa le importunaba con sus ruegos, y procuraba enternecerle con sus lágrimas: el rico hombre de Altamira conservábase inflexible y duro como el mármol.

¿Qué estraño era que así sucediese, si el, en apariencia, insensible galan estaba enamorado, y casado en secreto con una beldad, mucho mas modesta, pero de mérito tan raro y de precio tan subido como la Infanta de Castilla?

Llamábase esta dama Doña Elvira de Froilaz, hermana menor del conde de Trava, y vivia en uno de los castillos que tenia su hermano en el reino de Galicia. Allí estaban tambien los estados de su esposo, y allí fué éste á parar huyendo de los amores de doña Urraca. El cielo vengó bien presto á la Princesa de la ingratitud del caballero: no habia pasado mucho tiempo desde su desaparicion de la córte, cuando llegó á su noticia la muerte del rico hombre de Altamira.

Lloróle, sin embargo: lloróle como si él no le hubiese hecho derramar lágrimas mas que por su muerte, y algun tiempo despues, importunada por su padre y por la razon de estado, tan fuerte y poderosa en los reyes, entregó su mano á Raimundo de Borgoña, conde de Galicia.

No le amaba doña Urraca, pero le apreciaba, y la estimacion de su esposo por una parte y por otra el recuerdo todavía fresco de aquel amor tan puro como desgraciado, bastaron para que la condesa de Galicia pudiese ahuyentar de su corazon las peligrosas sugestiones del despecho. Pero el esposo y el padre desaparecieron casi á un mismo tiempo: Doña Urraca se vió sola, viuda en la flor de su edad, y sentada en el trono de Castilla; creyóse dueña y soberana de su voluntad; veíase la mas hermosa de su córte y al mismo tiempo la mas desdeñada, y sintiendo cierta inclinacion que mas bien pudiera llamarse preferencia, hácia el conde Don Gomez Gonzalez Salvadores, quiso darle su mano, puesto que la conveniencia pública reclamaba un nuevo esposo para la jóven reina.

Aplaudieron algunos su pensamiento, porque Don Gomez era uno de los mas cumplidos caballeros de aquel tiempo; pero la mayor parte de los ricos hombres lo desaprobó, proponiéndola en su lugar para compartir el trono de Castilla, al rey de Aragon y de Navarra, Don Alfonso el *Batallador*.

Grandes razones políticas habia á la verdad para que los próceres del reino prefiriesen enlace semejante: Don Alfonso, hombre de tanto valor como fortuna, fué el primero que concibió el gran proyecto de unir en una sola frente todas las coronas de España, y al ver el trono de Castilla ocupado por una débil muger, creyó llegada la ocasion oportuna de llevar á cabo sus magnificos planes.

Comenzó disputando á Doña Urraca sus derechos á la corona, y espuso los suyos, fundado en ser el único varon descendiente por línea recta del rey Don Sancho el *Mayor*, tronco de donde procedian las dos familias reinantes en Aragon y Castilla.

Este era un pretesto, nada mas que un pretesto: Alfonso el Batallador, fundaba sus principales argumentos en lo grande y deslumbrador de su empresa, y en las esperanzas que hacia concebir su espada, siempre desnuda, y siempre victoriosa.

Ahora bien: los ricos hombres de Castilla conocieron que de ningun modo podian conciliarse mejor los incontestables derechos de la una, con los soberbios planes del otro, que uniendo á entrambos con los vínculos del matrimonio. Doña Urraca, en virtud de una claúsula del testamento de su padre, tenia que obedecer y seguir los consejos de los grandes para contraer segundas nupcias; Doña Urraca no se opuso á los deseos de sus cortesanos; quiso ser buena hija; pero no pudo ser buena esposa. Casóse con el rey Don Al-

(1) El reinado de doña Urraca de Castilla y de Leon, es uno de los mas oscuros y embrollados de nuestra historia. Tenemos sin embargo acerca de él un libro, de los que suelen, mas que en ninguna nacion, escasear en la nuestra; unas Memorias contemporáneas. Ocultas, y de muy pocos conocidas por espacio de mas de seiscientos años, hasta que aparecieron impresas á fines del pasado siglo, merced a la laboriosidad del P. M. Florez, han sido posteriormente no muy leidas por la repugnancia que inspira una historia abultada y escrita en un latin semibarbaro y en muchos pasages ininteligible.

Sobre ella hemos escrito una novela intitulada «*Doña Urraca de Castilla, Memorias de tres canónigos*» que van á publicar con grabados, los Sres. Gaspar y Roig. A ruegos del director de este periodico resumiremos en tres o cuatro capítulos la fábula de esta novela, desnudándola de mil episodios, que si no hacen la obra interesante, la harán por lo menos voluminosa.

fonso el Batallador, sin renunciar por eso á los amores del conde Don Gomez.

A pesar de ser mas soldado que galan, y mas ambicioso que delicado, el rey de Navarra, que ya comenzó á titularse emperador de España, no pudo tolerar los ultrajes de su esposa. Encerróla en el Castellar; pero de allí pudo escapar con el favor de su amante. Púsose éste al frente de las tropas castellanas para vengar á la reina; apenas lo supo Alfonso el Batallador, salió á su encuentro con los aragoneses y navarros.

Encontráronse los dos ejércitos cerca de Sepúlveda en el Campo de la Espina; y el rey, deseoso de lavar la mancha de su honra, fué á buscar en medio de las haces enemigas al amante de la princesa; hallóle al fin, y cuerpo á cuerpo quiso combatir con él. No duró mucho tiempo la pelea; el rey gozó el horrible placer de la venganza, dejando á su rival tendido en el campo, encharcado en su propia sangre. Los castellanos se pronunciaron en derrota, viendo muerto á su caudillo, y en su fuga no pararon hasta Burgos, donde la reina estaba aguardando nuevas de su amante.

Llevóselas el conde Don Pedro de Lara, que mandaba la retaguardia del ejército. Mas no con la muerte de Don Gomez Gonzalez Salvadores se remedió el mal; á Don Gomez le sucedió en el favor de la princesa el conde de Lara, portador de las nuevas de su muerte.

Ademas del partido del rey y de la reina, de castellanos y aragoneses, comenzaba á la sazon á brillar un tercer partido que tenia puestas sus esperanzas en el príncipe Alfonso, hijo de Doña Urraca y del conde Don Raimundo de Borgoña, y que apenas tenia entonces diez años.

Caudillos eran de este bando Don Pedro Froylaz, conde de Trava, ayo del niño Alfonso, y el obispo de Santiago Don Diego Gelmirez, á los cuales seguian no pocos caballeros descontentos de las usurpaciones de Don Alfonso el Batallador y de los escándalos de Doña Urraca. Tenia tambien el príncipe su ejército en Fuente Culebras, cerca de Astorga; y desde el Campo de la Espina fué el emperador á derrotar á los secuaces del hijo, como habia derrotado á los de la madre.

Despues de esto se dirigió á Soria donde de ordinario tenia su córte, y allí repudió pública y solemnemente á Doña Urraca, reteniendo sin embargo, los reinos de Leon y de Castilla, como bienes dotales de su muger que habia dado causa para el divorcio.

En tal situacion se hallaban las cosas públicas, cuando principiaron los acontecimientos que vamos á referir.

Doña Urraca habia fijado su córte en Lugo, con ánimo de vigilar al obispo de Santiago, de quien todo lo temia, y todo esperaba. El príncipe Don Alfonso vivia en Extremadura; y para evitar que se comunicase con el prelado y recibiese sus consejos, la reina tenia parte de su ejército entre Mérida y Santiago, y los caminos todos de uno á otro punto estaban plagados de espias y de partidarios suyos, que registraban á todos los pasageros, y mataban y hacian prisioneros á los sospechosos.

Era casi imposible llevar ni traer mensage alguno sin inminente peligro; pero conforme avanzaba el tiempo, y los escándalos de la reina se aumentaban, sentiase la necesidad de un pronto término á tan violenta situacion. Para ponerse de acuerdo el obispo de Santiago y el príncipe Alfonso, ofrecióse á llevar unas cartas Ramiro, page del prelado compostelano, y disfrazado de peregrino llegó á Mérida con toda felicidad, protejido por las hermandades, formadas para defensa de los romeros.

Volvió despues á Santiago con una carta del príncipe, de la mayor importancia, pues estaba reducida á concertarse con el obispo para ser proclamado como rey de Galicia, y coronado en la catedral de Santiago.

El jóven peregrino al emprender la vuelta á Compostela, tuvo en el camino mil tropiezos de los que salió libre y exento, unas veces por su valor y otras por su industria, y ya tocaba los muros de su ciudad natal, el perro de su amo Don Diego Gelmirez habia salido á recibirle, cuando se vió acometido por bastante número de caballeros, á los cuales era imposible resistir.

Acosado muy de cerca y viendo que nada adelantaba con morir, puesto que sobre su cadáver se hallaria la carta del príncipe, llamó al perro, puso en su boca el pergamino, y sacudiéndole un palo con el bordon le gritó:

¡A casa, á casa!

Y el perro con el pergamino en los dientes pudo escapar por entre los pies de los caballos que cercaban al page.

Ramiro entonces ufano con el triunfo, se rindió á sus perseguidores.

Llevarónle estos á presencia de la reina de Castilla, que separada ya del marido, hacia gala y ostentacion de sus amores con el afeminado conde de Lara. Este se daba públicamente el aire de monarca, haciéndose odioso á los grandes del reino á quienes insultaba con su desmedida soberbia. Doña Urraca envuelta en aquella atmósfera de deleites, desconocia hasta qué grado los pueblos se habian resfriado en el amor y cariño hácia ella. Su corazon, sin embargo, estaba menos corrompido que exacerbado por la desgracia.

Cuando el page Ramiro llegó á su córte, sin verle siquiera mandó que le diesen tormento para arrancarle la declaracion del mensage.

Sus órdenes fueron al punto obedecidas.

Ramiro fué colocado en el potro y ya comenzaban las crueles operaciones de la tortura, y el jóven page exhalaba gemidos lastimeros, cuando la reina se acercó á la sala del tormento atraida por el ánsia de escuchar las revelaciones importantes que iban á escaparse de los lábios de Ramiro.

Entró la princesa al tribunal, y dirigió una mirada indiferente sobre el lecho de tablas donde yacia amarrado el page del obispo.

Era Ramiro tan mozo que aun no habia cumplido veinte años: era tan bello y simpático que la reina no pudo ver sin lástima sus padecimientos.

Salióse del tribunal visiblemente conmovida y agitada; llamó al juez, y mandó suspender el tormento; tornóle á llamar, y le significó sus deseos de averiguar por sí misma y por medio de la persuasion y de los ruegos, lo que pretendia saber por la violencia.

Ramiro, repuesto apenas de sus dolores, fue conducido á la habitacion de la reina.

En vano quiso esta rendirle con halagos y promesas para que manifestase el secreto del mensage, en vano ensayó todos los medios de seduccion de que era capaz una muger tan hermosa y esperimentada como ella; el page leal y pundonoroso, no hizo un gesto, no pronunció una palabra de que pudiese luego avergonzarse y arrepentirse.

Urraca de Castilla no pudo ver sin asombro aquella firmeza, aquella constancia, aquel valor en tan pocos años, y la admiracion fuese convirtiendo poco á poco en otro sentimiento mas íntimo y mas dulce.

No acusemos de liviandad esta vez á la princesa: tenia esta un motivo poderoso, irresistible para prendarse de Ramiro.

Ella no habia amado mas que una vez en su vida, en la aurora de su vida, cuando el rico hombre de Altamira se presentó en la córte de Leon. Aquel amor, el único que verdaderamente habia conmovido su pecho, era como el aura vital, que conservó muchos años pura, inmaculada el alma de la princesa; aquel amor borrado al parecer en su pecho con la huella de otras pasiones menos ideales, dormia en él sin embargo, y solo aguardaba un acontecimiento, una ocasion, un pretesto quizá para despertar de improviso.

Esta ocasion habia llegado; conforme la reina iba fijando sus apasionados ojos en Ramiro, descubria en aquellas facciones cierta semejanza, cada vez mas asombrosa, entre el page del obispo y el rico hombre de Altamira.

Poco tiempo pasó, de pocas entrevistas hubo menester Urraca para sentir en lo profundo de su corazon aquel mismo afecto, aquel purísimo cariño, aquella violenta pasion de sus primeros años. Parecíale que desde la muerte del caballero de Altamira hasta la aparicion del page no habia trascurrido mas que una noche, una noche de ensueños horribles, de imágenes repugnantes, y se consideraba pura todavía y virtuosa, como lo habia sido en la córte de su padre.

A la luz de aquel amor celestial consideró todo lo pasado, examinó su situacion presente, y bajó los ojos avergonzada y confusa.

Pero ¿de dónde provenia aquella estraña semejanza entre Ramiro y su antiguo amante? ¿Era acaso una ilusion de su acalorada fantasía? ¿Era una nueva máscara que tomaba el ángel tentador para internarla mas y mas en la senda de perdicion á que se habia lanzado?

Urraca procuró averiguar el origen de aquel mancebo, á quien cada vez amaba con mas pasion, y con pasion mas pura, de aquel mancebo cuya presencia habia bastado para disipar las impuras nieblas en que flotaba su corazon.

Nada halló sin embargo que pudiera satisfacerle. Ramiro era hijo de un hidalgo de Santiago, muerto muchos años antes, y vivia en aquella ciudad en compañía de su anciana madre y protejido de D. Diego Gelmirez, obispo de Santiago.

De todas sus pesquisas y averiguaciones solo pudo sacar en limpio una cosa, á saber: que el mensagero habia vuelto de la córte del príncipe en muy diferente estado de cuando se habia partido de Galicia. Su condicion parecia distinta; de alegre, travieso y vivaracho tornóse triste, sesudo y contemplativo. Doña Urraca sospechó al momento que en Mérida se habia enamorado.

Considérese cuanta violencia no añadiria al incendio de su amor el combustible de los celos.

Con esta idea fija en su mente, con este dardo clavado en su pecho, Doña Urraca recabó del mancebo la confesion de sus amores. Era este harto joven para dejar de ser ingénuo; habia sido demasiado inflexible con la reina en callar secretos que no le pertenecian, para negarse ahora á descubrir los que eran suyos esclusivamente.

Ramiro le confesó, no sus amores, sus dulces simpatías hácia la hermana del conde de Trava, Doña Elvira Froilaz.

Imposible nos es decir lo que entonces pasó por el corazon de la reina. Elvira Froilaz habia sido su rival victoriosa en sus primeros amores; Elvira Froilaz éralo tambien en los últimos: ella le arrebató el corazon del rico hombre de Altamira; ella tambien el del page del obispo. Aquella muger parecia destinada á robarle todos los objetos en que Doña Urraca ponia codiciosamente los ojos.

Concebia la princesa unas veces los mas horribles proyectos de venganza, otras por el contrario caia en una especie de estupor y abatimiento: parecíale que sobre su frente pesaba una eterna maldicion y que el ángel de las iras celestiales era Doña Elvira de Trava.

Deseando sin embargo, aparecer buena y generosa para Ramiro le puso en libertad; renunciando á saber por medio del tormento, el contenido de la carta del príncipe que tan fatal habia de ser para el reinado de doña Urraca de Castilla.

No se contentó con esto. El conde Don Pedro de Lara habia salido de órden suya para prender al prelado y desposeerlo de su anillo y báculo pastoral; tenia ya muy adelantados sus trabajos el amante de la reina á este propósito; habíase compuesto con algunos caballeros de Galicia partidarios del rey de Aragon y enemigos capitales de Don Diego Gelmirez; nada faltaba ya sino dar el golpe, cuando el page llegó á Compostela con un juramento escrito de la reina de Castilla, en que esta se comprometia á conservarse en paz y buena amistad con el obispo de Santiago, al cual cedia desde aquel punto tres de los principales castillos de aquel reino.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.



EL BOSTEZO. (1)

De los males contagiosos,
ó si se quiere epidémicos,
ó si se quiere simpáticos,
que reconocen los médicos,
No hay uno mas impolitico,
ni mas porfiado y mas réprobo,
mas imprudente y estólido,
mas prosáico que el bostezo.
El buen tono le proscribe,
porque es anti-circunspecto,
anti-social, anti-urbano,
y muy anti-caballero.
Y sin embargo no hay dama,
no hay niña, joven ni viejo,
que *aliquando* ó muchas veces
no incurra en tal vituperio;
Que en tertulias ó en soires
en teatros ó en conciertos,
ó en academias científicas,
ó aquí mismo en el Liceo,
Alguna vez sus mandíbulas
no divorcie en tales términos,
que de las fauces y esófago
haga patente lo inédito.
El vulgo, y antes que el vulgo,
Hipócrates y Galeno,
ó lo atribuyen *al hambre*,
ó bien á fatiga ó sueño.
Posible son las tres causas,
pero yo opino que al menos
no se bostezára tanto,
si en este mundo proterbo
No hubiera malos cantantes,
poetas de malos versos,
y comedias desdichadas,
y habladores sempiternos.
Mas lo singular, lo raro,
lo admirable del bostezo,
no es la causa producente,
es al contrario, su efecto.
Es su influencia simpática,
es ese contagio eléctrico,
es ese influjo tiránico,
es ese poder magnético,
Que no abre la boca un prógimo,
sin que su fatal ejemplo
siga otra boca envidiosa,
y otra boca y otras ciento.
Que mas de una vez he visto
en discursos ó en conciertos
estar con la boca abierta
casi el auditorio entero.
Y el orador ó cantante
traducir por embeleso
y por signo de placer
lo que era puro bostezo.
En vano á la boca aplican
para ocultar este afecto
las damas el abanico,
los hombres el pañizuelo.
La educacion lo aconseja,
mas si acomete de récio,
no hay disimulo que baste
á tal descomedimiento.
La plebe y la gente mística
llevan á la boca el dedo,
y con movimiento rápido
hacen de cruces un ciento.
Sin duda para que el diablo
no se les cuele al garguero;
como si el diablo no entrara
por conductos mas estrechos.
¡Oh, despótico poder
del mandibulario esfuerzo!
señores, en este instante,
ahora mismo estoy temiendo,
Que si hay una sola boca,
al recitar yo estos versos,
que tome la iniciativa
de honrarlos con un bostezo.......
Mas ya no es temor, que enfrente
una boca abrirse veo,
y otra mas linda aquí al lado,
y otra mas linda allá lejos.
En tal estado de cosas,

(1) Este bellísimo romance fué leido con estraordinario aplauso en el Liceo

¿que prescribe el reglamento?
¿qué ordena la fisiología?
que me retire á mi asiento.
Pues lo dejo y me retiro
pero llevaré el consuelo
que esas mismas lindas bocas
que han bostezado á mis versos;



Cuando quiera y donde quiera
que este espasmódico afecto
las haya de acometer.....
á esta pena las condeno.
Sin que remediarlo puedan,
dedicarán un recuerdo,
reminiscencia ó memoria
al autor de este *Bostezo*.

FR. GERUNDIO.

FABULA I.

QUE SIRVE DE INTRODUCCION Á LAS DE D. J. E. H. (1)

EL TREINTA DE ABRIL.

De la furia del mar á duras penas
un viajero nadando se salvaba,
sumergida la nave que fletaba.
Calado el infeliz como una sopa,
sin aliento y sin ropa,
zozobroso pisaba las arenas
del suelo salvador; suelo que el hombre
ignoraba en verdad completamente
si era ó no continente,
y por supuesto su estension y nombre.
Del nombre no hay noticia;
isla se sabe que era;
nuestro viajante se embarcó en Galicia,
y el perdido bajel era un trasporte
que salió para América del Norte:
de aquí el lector infiera
la situacion, si puede, verdadera
de la isla consabida;
la cual, por lo distante y reducida,
ó por otra razon, se les escapa
siempre á los constructores
de los atlas geográficos mejores,
y nunca la dibujan en el mapa.
—¿Qué especie de hospedaje,
se preguntaba el náufrago, me espera?
Por todo este paraje
no hay tierra cultivada.
¿Si estará inhabitada?
¿Si tendré la desgracia de que encuentre
con un pueblo salvaje
que me ponga á tostar en una hoguera
y me aloje á bocados en el vientre?
De este modo confuso discurria
cruzando una espesura,
cuando ¡válgame Dios! ¡con qué alegría
vió un trillado sendero, donde habia
diversas en tamaño y en figura
huellas de cuatro pies con herradura!
—Ya (esclamó) no hay cuidado:
estoy en un país civilizado:
solo en un pueblo culto se procura
que gasten los cuadrúpedos calzado.
Siguiendo la vereda
en un camino entró llano y derecho.
—No hay camino sin gente.—Dicho y hecho;
una gran polvareda
se alza en la estremidad del horizonte;
divísanse entre el polvo diferentes
caballeros con armas relucientes,
plumas, preséas y admirable pompa;
repite el eco del vecino monte
rudo son de timbales y de trompa,
y óyese luego esclamacion festiva
de *¡viva el nuevo rey, viva el rey, viva!*
Los ginetes se apean;
obsequiosos al náufrago rodean,
y antes que diga nada
ni acierte á disponer de su persona,
pónenle un manto real y una corona
que á prevencion la comitiva trajo;
súbenle á una carroza engalanada;
y entre clamores mil, con gozo grande,
majestad por arriba y por abajo,
mucho tirar al aire los sombreros
y dale que le das los timbaleros,
mándase al nuevo príncipe que mande
á su cochero que ande,
y haciendo los caballos una curva,
por donde vino túrnase la turba,
gritando sin cesar; ¡Viva Facundo
milésimo octogésimo segundo!
—Vamos, dijo el monarca improvisado,
sin duda en esta tierra, que es ya mia,
Facundo se le pone,
llámese Andrés ó Juan, Luis ó Conrado,
á todo hombre de bien que se corone.
Bien antigua será la monarquía
donde, si llevan sin error la cuenta,
los reyes pasan ya de mil y ochenta.
—No le parezca estraño
á vuestra digna majestad (repuso
un page tieso cual si fuera un uso),
pues sin que valga aquí poder y amaño,
nuestros reyes gobiernan solo un año.
Hoy, último de abril, la providencia
cada año nos envia
un jóven para rey; desde tal dia
trescientos reinará sesenta y cinco
sobre vasallos, cuyo solo ahinco
darle gusto será con su obediencia.
Mas aun estando con el rey contentos,
corridos los trescientos
sesenta y cinco dias, ordinario
número que tener el año debe,
no trayendo febrero veinte y nueve,
su majestad, allá de mañanita
que quiera ó no, recibe
la incómoda visita
de catorce alguaciles y un notario,
cara de enterrador, que le apercibe
diciéndole cortés, pero algo recio;
Llegó San Indalecio;
treinta de abril es hoy, y el calendario
de este dominio reza
que mude la corona de cabeza.
Dejarla es necesario.

(1) Están ya en prensa, y saldrán á luz en breve.

Ya vuestra majestad es rey cumplido;
vuestra merced se dé por despedido.—
¿Vé, siguió el informante,
vé vuestra majestad allí delante,
sobre una yegua inquieta,
un zángano que toca la trompeta?
Pues es un estranjero
que ha sido rey aquí y es trompetero.
—¡Trompetero! ¡Gran Dios! gritó el monarca!
¿No supo ese infeliz llenar el arca
para pasarlo bien, rey jubilado?
—No era por cierto su codicia parca;
pero en este pais que separado
está del mundo entero,
dá la casualidad que no hay dinero.
—Bienes habrá y alhajas,
y para echarles mano
prometo no dormirme entre las pajas;
raya en barbárie ya que un soberano,
luego que cese, reducido se halle
á tocar la trompeta por la calle.
—Las alhajas, señor, y las haciendas,
lo que rinden y artículos iguales,
no son aquí del rey, son encomiendas
y bienes vinculados nacionales.
Durante el año puede
con ellos darse el rey soberbio trato;
pero á treinta de abril, fuerza es le quede
todo á su sucesor mas inmediato;
solamente sacar se le tolera
dos camisas ó tres, una montera
y un traje de sotana muy sencillo.
trage de sacristan ó monaguillo.
—¡Jesus! ¡qué sociedad tan chapucera!
interrumpió Facundo: ¡lindo pago
para el que reina bien! ¡Famosa ganga,
entrar de rey para salir monago!
¡Bah! reinecillo al fin de morondanga.
Por último, sepamos lo importante:
pasado el treinta del abril temido,
¿cómo suele vivir un rey cesante?
—Vive de la carrera que ha emprendido
para poderse manejar mañana:
bien si le da de si; mal si no gana.
Sugetos hay de los que fueron reyes
que interpretando leyes
viven con esplendor; quién es banquero,
quién sastre, quién obispo, quién herrero;
vende agujas el uno, el otro pinta;
y con suerte distinta
no falta quien abrace
la descansada profesion de vago,
profesion de funesto desenlace,
que seguida del ambre y del zurriago,
dá por constante suerte
vida infeliz y desastrada muerte,
pues ni en la clase ilustre ni en la baja
ninguno come aquí si no trabaja.
Cesó el page de hablar, y el rey contesta:
—Eso no me disgusta:
vivir de mi trabajo no me asusta.
Sepa el amigo page
que por juego una vez tejí una cesta:
con un año cabal de aprendizage
tiempo se me figura que tendria
para aprender aquí la cestería.
Desde hoy constantemente
seis horas al oficio me consagro,
hasta que labre un cesto que en su clase
por un esfuerzo pase
del arte cesteril, por un milagro.
Su majestad salió tan escelente
en trabajar el mimbre, gordo y fino,
que en el concurso de la industria vino,
por navidad, á conseguir el premio,
siendo solemnemente declarado
primoroso oficial, honor del gremio.
Al fin de su reinado,
quedándole por única prebenda
su rara habilidad, abrió su tienda
que nunca se veia
de concurrentes útiles vacia.
Trabajador y gastador juicioso,
riquezas adquirió, se hizo famoso,
y sucesivamente fué nombrado
alcalde, diputado,
inspector del marítimo registro,
cuatro veces virey, y al fin ministro;
todo por ser sugeto
que su ley profesaba con respeto,
ser íntegro y veraz de buena pasta,
y único para armar una canasta;
de modo que á porfía
cada insular al verle prorumpia:
no tenemos aquí ni habrá en el mundo
mejor conciudadano ni cestero,
que el sucesor insigne de Facundo
milésimo octogésimo primero.
Lectores y lectoras
jóvenes, que en estudio provechoso
vais á ocupar las fugitivas horas,
mirad en ese náufrago dichoso
cuya vida tracé con desaliño,
la historia general de todo niño.
Nace: padres, abuelos y parientes
le reciben con júbilo y cariño;
le miman con frecuencia,
sobrado complacientes,
y en fuerza de los lloros exigentes
con que por todo á todos importuna,
reina con absoluta omnipotencia
desde el movible trono de la cuna.
Pero el tiempo voráz, el que sin duelo
traga vidas y mármoles y bronces,
pronto deja al muchacho sin abuelo,
y sin padres tal vez y sin herencia,
y es forzoso por sí vivir entonces.
A peligros tan ciertos y fatales
otro remedio no hay que la enseñanza,
que aprovecha en la edad plácida y verde,
las ventajosas prendas naturales,
ilustra corazon y entendimiento
y un tesoro nos dá que no se pierde.
Forma, queridos jóvenes, la vida,
série no interrumpida
de gusto y de tormento,
de súbitos naufragios y bonanza;
pero, aunque en medio de vaivenes tales,
fiero tropel de males
amenace violento
doblegar vuestras débiles cervices,
con virtud y talento,
no teneis que temer, sereis felices.

J. E. Hartzenbusch.

¿Qué es la belleza?

Háblese de una muger delante de varios jóvenes que no la conozcan, y es cosa probada que la primera pregunta que hacen es sobre su hermosura. Por consiguiente, la muger no existe sino con la condicion de ser bonita, y su mision sobre la tierra es la de agradar. En cuanto se la quita este precioso don, se eclipsa del mundo en que se ama. Una muger fea es una negacion, un error de la naturaleza, una flor abortada, un hermoso fruto quemado por el hielo, un árbol que se ha encorvado al crecer, es en fin una anomalía. ¿Qué es pues la belleza?

La belleza es la cosa mas caprichosa que hay en el universo. Varía como las estaciones, como los pueblos, como los rangos en la sociedad, como las modas, como las ideas de cada uno. Lo que hoy es bello mañana no lo será; y lo que aquí se tiene por tal en otra parte se tiene por todo lo contrario. Existen tantas especies de belleza como maneras de ver hay en las cabezas de los individuos que componen el anchuroso hormiguero que se agita en la superficie de nuestro planeta.

Resulta de las contínuas y penosas meditaciones sobre

esta grave materia, que la belleza es menos tal ó cual forma, que tal armonía de conjunto que concuerda con la manera de sentir de tal individuo.

Es tan verdad esto, que las mugeres que segun nuestras convenciones reunen todos los caracteres de la belleza, aunque tienen el privilegio de escitar la admiracion general, no tienen siempre el de inspirar un afecto muy profundo

Hay mugeres que son bonitas con un ojo vizco, con una nariz chata, con lábios gruesos, con cejas medio chinas. ¿Qué tienen, pues, para que agraden por lo regular? La espresion y la gracia, que es aun mas bella que la misma belleza.

Todo el mundo conviene en que las mugeres poco dotadas de belleza física son las que inspiran pasiones mas vehementes y mas duraderas. Así es efectivamente, y como piensa un filósofo francés de mucha celebridad, si una muger fea logra que la amen no es nunca con tibieza sino con delirio, porque es preciso que esto suceda por una debilidad del amante, ó por encantos mas secretos é invencibles que la belleza.

DIAS DE LA SEMANA.

Los siete dias de la semana, han sido consagrados al servicio divino de distinto modo en diferentes naciones: el domingo por los pueblos cristianos, el lunes por los griegos, el martes por los persas, el miércoles por los asírios, el jueves por los egipcios, el viernes por los mahometanos y el sábado por los hebreos.

ANÉCDOTAS.

En una reunion del Liceo, se hallaba un jóven militar al lado de dos hermanitas, cuyo esterior sencillo y aire candoroso, le cautivaron, y deseando trabar conversacion con ellas, las dirigió la palabra, aprovechando el momento en que acababa de cantarse el ária del *Marino Faliero* con grande entusiasmo de todos los espectadores: »¿ Son VV. filarmónicas?» les dijo. Y le contestó la mayor: «no señor, somos de Murviedro.»

Cierto marqués de tiempos atras, estaba muy mal casado, y habiéndosele muerto la muger hizo un anónimo esta redondilla.

El marqués y su muger
Contentos quedan los dos,
Ella se fué á ver á Dios
Y á él le vino Dios á ver.

PELIGROS DE MADRID.



Inconvenientes de las mudanzas en casas de escalera estrecha.

IMP. DE ALHAMBRA Y COMP. CALLE DE LA COLEGIATA ANTES DEL DUENDE, NUM. 4



EL LAGO DE TRASIMENIA O DE PERUSA.

Viniendo de Florencia, despues de haber pasado hácia Ossaia la frontera toscana y descendiendo por las fértiles vertientes de Speluuca, el viagero se sorprende agradablemente al abarcar con una mirada un plano inmenso de agua rodeado de verdor. Abajo, á lo lejos, está situada la modesta posada de Pasignano, desde cuyas ventanas puede contemplarse el vasto y plateado espejo, cuya copia ofrecemos en la cabeza de este artículo. La calma profunda de la naturaleza que allí reina, comunica al alma una sensacion indefinible de dulce bienestar, y disipa de ella los recuerdos, los pesares y los deseos. Nada mas agradable que presenciar la salida del sol á la orilla del lago de Trasimenia, bajo el cielo brillante de Italia, rodeado de las puras y cristalinas aguas y de las perfumadas arboledas de aquella mansion de sosiego y de ventura, y ver cómo la superficie de la laguna se agita con la brisa ligera de la mañana, cómo salen y se elevan de ella blancos vapores que se aglomeran formando nubes, á través de las cuales se desliza fantásticamente tal cual barquichuelo.

Pero la memoria, este misterioso poder que prolonga nuestra existencia hasta el mas lejano horizonte de lo pasado, como la fé guia hasta las regiones desconocidas del porvenir, hace retroceder el pensamiento del espectador veinte siglos atrás, y le presenta, no el cuadro manso y tranquilo que ofrece en aquella mañana el lago de Trasimenia, alumbrado por los primeros rayos del sol, no las escenas presentes de la vida campestre, sino la vision tumultuosa de los combates, el recuerdo de una página de la historia antigua que tuvo lugar una mañana tambien, en que un ejército romano sorprendido por Aníbal, se precipitó en medio de las aguas. El implacable africano lanzó sus gentes en persecucion de los que huian, y ni los gritos, ni las súplicas de aquellos guerreros reputados por invencibles, desarmaron su furia; todos perecieron y durante muchos dias la superficie del lago cesó de ser el espejo en que se miraba la naturaleza; el cielo permanecia azul, las riberas llenas de verdor; el lago estaba sin embargo de color de sangre.

He aquí como refiere un historiador (1) el suceso de que hemos hecho ligera mencion:

El cónsul marchaba detrás con los mas vivos deseos de alcanzar al enemigo. El primer dia habiendo llegado tarde, acampó cerca del lago: al siguiente, antes de amanecer, hizo entrar sus tropas en el valle, pudiendo ejecutar su movimiento sin ser notado, gracias á la espesa niebla que habia. Cuando la mayor parte de las tropas romanas se halló ya en la planicie, y la vanguardia tocaba casi al cuartel

(1) Polibio.

de Anibal, este general dió de repente la señal de ataque, aparecieron las tropas que estaban emboscadas y los romanos se vieron atacados por todas partes. Haminio y los oficiales subalternos, sorprendidos de un ataque tan brusco é impremeditado, no sabian donde dirigir sus socorros; envueltos en una niebla espesisima, estrechados por todos lados, no solamente no podian acudir á los puntos en que importaba su presencia, sino que ni aun les era posible saber lo que pasaba. La mayor parte de los guerreros fueron muertos, aun antes de que tuvieran tiempo de ponerse en órden de batalla.

Cuando todavía se deliberaba sobre lo que debia hacerse, los romanos recibian el golpe de muerte. En esta confusion, abatido su gefe y desesperado pereció á los golpes repetidos de los enemigos. Mas de 15,000 romanos perdieron la vida en aquel valle por no haber podido organizarse. Estrechados sobre el lago, unos queriendo salvarse á nado con sus armas murieron ahogados, otros, el mayor número, penetraron en el agua hasta el cuello, pero cuando entró la caballería, viéndose perdidos, levantaban las manos sobre la superficie del lago, pidiendo que les perdonáran la vida y recurriendo para obtenerla á las súplicas mas humildes y lastimosas, mas en vano; los unos fueron degollados por los enemigos, los otros exortándose mútuamente á no sobrevivir á derrota tan desastrosa se daban la muerte. De toda la tropa no hubo mas que unos 6.000 hombres que hicieron frente al enemigo; esta gente capaz por sí sola de ayudar á rehacer al ejército entero, no podia conseguirlo por ignorar completamente el estado en que se encontraba en tal desorden, y al fin vino á rendir las armas sin otra condicion que la de la conservacion de las vidas.

Despues de este memorable desastre, que tan profunda impresion hizo en Roma, el Lago de Trasimenia no ha vuelto á ser teatro de ningun grande acontecimiento histórico; los ejércitos que han pisado sus orillas apenas han turbado momentáneamente la paz que allí reina; el vuelo de los pájaros, el remo del pescador, los cantos estraños de las aldeanas, es lo único que interrumpe de cuando en cuando el profundo silencio de aquella poética soledad.

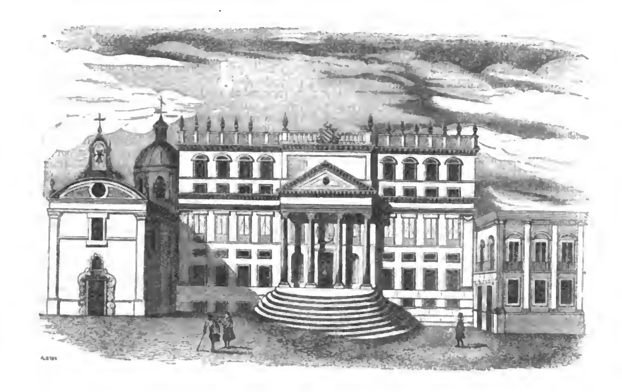
Colegio de San Bartolomé en Salamanca.

Por los años de 1410 el arzobispo de Sevilla D. Diego de Anaya fundó en Salamanca, frente á la catedral, un colegio, titulado mayor, el primero que de su clase hubo en dicha ciudad, motivo por el cual se denomina en la actualidad *Colegio Viejo*. Respecto á la primitiva fábrica del edificio, nada podemos decir, porque habiendo sido demolida en el siglo pasado, se levantó la que al presente existe, por los planos del entendido D. José Hermosilla. A pesar del sitio desventajoso que ocupa, por hallarse situado en una hondonada de terreno y como agoviado por la inmensa mole de la catedral, hace muy buena perspectiva, tanto por lo nueva que parece la obra, como por la elegancia y sencillez de la fachada. Se compone esta de un suntuoso pórtico con elevada gradería y cuatro columnas de granito con capiteles jónicos, coronado por un ático, sobre el cual se destaca un segundo cuerpo que remata en un escudo de armas y graciosa balaustrada. Lo demas del edificio á ambos lados del pórtico, consta de un primer cuerpo almohadillado de granito, y sobre éste se elevan otros dos con varios órdenes de ventanas y balconcitos, hasta concluir en la cornisa general del edificio, sobre la cual sientan jarrones. Unidas á dicho colegio, aunque un poco mas salientes, se encuentran la capilla del mismo adornada con pilastras jónicas, aunque afeada en sus portadas, y la hospedería, en la que se nota mas conformidad con el edificio principal, y regularmente se haria bajo unos mismos planos.

Penetrando en el pórtico, de que arriba hemos hablado, se encuentra la portada principal, encima tiene un bajo relieve, y á los costados dos nichos en los que regularmente se pensó colocar estátuas. En el interior se encuentra un bello patio con galerías alta y baja, contándose en la primera diez y seis columnas jónicas, y en la baja igual número de dóricas. En el testero ó lienzo, que mira á la puerta principal, se halla practicada una magnífica escalera por el estilo de la del palacio de esta córte, y á pocos pasos de la misma en la galería alta se conserva en forma de oratorio el cuarto que ocupó S. Juan de Sahagun cuando fue colegial. En un salon que da á la fachada principal se enseña una curiosa sillería, notable por su antigüedad y por tener en el respaldo de cada silla el retrato del fundador, como si se acabara de pintar, ademas de algunas mesas, cuyos tableros son de una prodigiosa magnitud y de una sola pieza; tambien adornan las paredes muchos retratos de ilustres hijos de esta casa.

Todo lo demas del edificio, como son oficinas, dormitorios, etc., corresponde al objeto para que se dedicó, por la buena disposicion que en él se advierte; pero no tuvimos ocasion de ver su librería, que segun nos informaron es rica en manuscritos y en impresos antiguos y modernos.

El catálogo ó enumeracion de los grandes hombres que han salido de esta casa, no es de este lugar, sabiéndose que en todos tiempos y en todas carreras ha producido ingenios que han servido muy bien al Estado.



Libre Dios á esta casa de la amarga suerte que ha cabido á otras ciento de su género. Salamanca no es ya sombra de lo que fué aun á principios de este siglo, su famosa universidad solo existe en el nombre, abrumada con el peso de sus glorias, siendo en esto una imágen en pequeño de nuestra nacion. Si la suerte no la levantare del estado de postracion en que se encuentra, llegará dia, que al renombre de Atenas Española, podrá unir el de Palmira.

FRANCISCO W. PLAZA.

EL AMOR DE UNA REINA.

NOVELA.

CAPITULO II.

En una de las calles mas oscuras y solitarias de la ciudad de Santiago, habia una casa de tan modesta apariencia, que no tenia mas medios de comunicacion con el esterior que el portal, bajo y arqueado, y una reja de la misma forma, á la cual estaba asomado un viejo, cuyas venerables canas cubria una gorra negra de figura cilíndrica, y embozado en una capa de lana burda.

Observaba con atencion á los transeuntes, que no eran muchos, y siempre venian de uno en uno, entrando todos en el portal del edificio. Cuando ya dejaron de acudir las gentes, apartóse de la ventana, y aunque la casa no tenia mas que un piso, él fué bajando hasta dos, y se detuvo en la puerta de una habitacion subterránea, que le fué franqueada apenas pronunció al oido del que de portero hacia, cierta palabra misteriosa.

Hallóse en un vasto salon, alumbrado tan solo por una lámpara, con todas aquellas personas á quienes habia visto entrar desde la reja.

—Uno falta, hermanos, dijo con voz grave, al llegar al medio del salon subterráneo.

—¿Sabeis quién es? le preguntó uno de los circunstantes, que sentado frente de una mesa parecia presidir la reunion.

—Eso á vosotros toca averiguarlo, respondió el entrante.

—Que se pase lista, dijeron algunos.

—Que lo diga su hermano, respondieron otros: aquel á quien le falte su hermano, que pronuncie su nombre.

—A mí me falta, advirtió con voz dulce y altanera al mismo tiempo el conde de Lara.

—Está bien, contestó el de la mesa: es maese Sisnando. ¿Quién de los hermanos puede darnos noticias acerca de él?

—Yo sé que todo el dia ha estado trabajando en la fábrica de Santa María de Canojio, y que se ha retirado al anochecer á la ciudad acompañado del obispo.

—Es muy puntual maese Sisnando, repuso el de la mesa: y si no viene esta noche, será preciso informarse de su salud. Entre tanto escuchemos el mensage que nos trae el conde de Lara.

—Yo, señores..... dijo entonces don Pedro de Lara.

—Aquí no hay señores, gritaron algunos, casi tumultuosamente: todos somos hermanos.

—Hermanos, pues: os habeis congregado en esta santa hermandad para conjuraros en daño del obispo de Santiago don Diego Gelmirez, que os está tiranizando hace muchos años: don Diego es el enemigo capital de la reina doña Urraca, y por consiguiente vuestros intereses y los de la reina son unos mismos: la reina, pues, desea entrar en la hermandad, y yo os lo pido en su nombre.

—¡La reina! esclamaron todos con asombro.

—Sí: la reina doña Urraca de Castilla se honrará de hoy en adelante con el título de hermana vuestra.

—¿Será posible? gritaban unos.

—¡Qué honor! ¡qué fortuna! repetian otros; y por espacio de algunos minutos resonaron en el subterráneo murmullos de satisfaccion y alborozo.

Levantáronse los hermanos, reuniéndose en diferentes grupos, y de uno de ellos salió la voz de nombrar á doña Urraca abadesa de la hermandad.

—¡Abadesa! ¡abadesa! gritaron á un mismo tiempo cien voces.

—Ya lo ois, hermano Lara: la hermandad nombra abadesa á la reina doña Urraca. Ahora á vos os toca instruirla en sus deberes de hermana y de superiora, y de tomarla el juramento que todos hemos prestado. Los deberes son de auxiliar á todos los hermanos, y tomar las ofensas y agravios de cada uno de ellos por suyos propios; y el juramento es de ser leal á la hermandad.

—Bien está, respondió el de Lara: en cambio del honor que la reina nos dispensa, ella exige de vosotros que la ayudeis á prender al obispo; que de su cuenta corre luego privarle de su dignidad pastoral.

—Es muy justo: no tenemos otro fin ni otro deseo; puesto que la reina es nuestra protectora, nosotros seremos siempre defensores acérrimos de ella contra todos sus enemigos.

Mientras los conspiradores andaban en estas pláticas, habian sonado algunos golpes misteriosos á la puerta del subterráneo. Sin duda por la algazara que produjo el mensage del conde de Lara los golpes no se habian oido, y el que llamaba no tuvo paciencia para aguardar mucho tiempo, y abrió con estrépito.

—¡Maese Sisnando! esclamaron los conjurados volviendo el rostro.

Era en efecto el arquitecto de Santa María de Canojio el que acababa de llegar.

—¡Cómo tan tarde! le dijo el de la mesa.

—No he perdido el tiempo, respondió Sisnando.

—¿Qué has hecho en favor de la hermandad?

—Apoderarme de la clave de todas las intrigas del obispo.

—La hermandad te perdona, y está dispuesta á escucharte.

—Bien sabeis, hermanos, que entre el obispo y el príncipe don Alfonso se fraguaban proyectos que nadie podia adivinar, y cuyo cabal conocimiento tanto nos importaba. Bien sabeis que el page de don Diego habia salido de aquí para la córte del príncipe con mensages importantes, y que volvia con otros que no lo eran menos; pues bien, este mensage acaba de llegar á mi poder.

—¿Cómo? ¿cómo ha sido eso? preguntaron todos.

—Escuchad. Volvia yo esta tarde de Santa María de Canojio con el obispo, departiendo acerca de la fábrica y de los gastos que serian necesarios para concluirla: le acompañé hasta la puerta de su palacio, y dejándole en él me retiraba por el mismo camino, cuando llegó el perro que suele acompañar al prelado, y que aquella tarde se habia quedado distraido en el bosque ó en el edificio. El lebrel es amigo mio: le llamé para hacerle fiestas, y reparé que traia un pergamino en la boca. Algun trabajo me costó arrancárselo, pero lo conseguí. Luzbel, que así se llama el perro, venia manchado de sangre y cubierto de heridas: y yo, movido de curiosidad, recelándome que alguna cosa estraordinaria habia pasado, torné á la fábrica, y en el camino me encontré con algunos escuderos que me refirieron la verdad. Habian atacado á dos peregrinos, uno de los cuales era Ramiro, el page del obispo, que traia una carta del príncipe á don Diego. Sabidas estas nuevas guardé silencio acerca de lo que me habia pasado, y, sin detenerme en ninguna parte, vengo aquí á presentaros la carta, por si juzgais que su lectura conviene á los intereses de la hermandad.

—¡Sí, sí! dijeron todos á una voz.

—¡Que se lea, que se lea!

Maese Sisnando habia depositado en la mesa el rollo de pergamino, que permanecia intacto, y sin que el abad ó presidente de la hermandad alargase la mano para cogerlo, por la sencilla razon de que no sabia leer. Bien es verdad que otro tanto le sucedia á la mayor parte de los hermanos.

El conde de Lara, impaciente por enterarse del contenido de aquella carta que tanto interesaba á la reina, se brindó á leerla, con tal que estuviese en letra clara y corriente.

Aceptóse con mucha satisfaccion el ofrecimiento: Lara se acercó á la mesa, tomó el pergamino, lo desenrolló, fué á colocarse luego debajo de la lámpara, y dijo, despues de haber pasado por encima los ojos:

—Hermanos, la letra es clara y no tengo dificultad en leer lo escrito; pero tanto vos, como yo, nos quedaremos en ayunas: porque está en latin.

—¡En latin! esclamó maese Sisnando; y ¿no hay algun canónigo en la hermandad? ¿De qué nos sirven aquí los canónigos, si no para lances tan apurados? Querrán luego que, en deshaciéndonos del obispo, los pongamos á ellos en su silla, y no nos sirven para leer veinte ó treinta renglones en latin?

—Maese Sisnando, contestó á la sazon con voz grave un clérigo que estaba en un rincon de la sala: los canónigos tienen la obligacion de saber leer el latin de su breviario,

pero no el de las cartas y mensages: en fin, con la ayuda de Dios, probaré á ver si saco siquiera alguna sustancia de la carta; porque lo que es leérosla palabra por palabra, yo se la doy al mas pintado.

—¿Y creeis que si hubiera llegado á manos del obispo tropezaria en tantas dificultades?

—¡Toma! el obispo es el obispo, y hay pocos hombres que puedan apostársela ni á latin, ni á griego, ni á filosofía, ni á letras ni á nada.



Aquel elogio del prelado compostelano, lanzado en medio de sus mas encarnizados enemigos, no chocó á nadie: ¡tan grande, tan peregrino y reconocido debia ser su mérito!

La carta pasó de manos del conde de Lara á las del canónigo, que tropezando aquí y cayendo allá, levantándose luego para tornar á caer, dió fin á la lectura, despues de la cual la mayor parte de los concurrentes se quedó tan enterada como antes.

—¡Otra vez, otra vez! dijeron algunos.

—Decidnos la sustancia, replicaron otros.

—Hermanos: la sustancia de esta carta no debe hacernos mucho provecho; porque se reduce á que el príncipe don Alfonso solicita del prelado que lo proclame rey de Galicia, conforme al testamento de su abuelo materno, que determinó de darle este reino desde el punto que doña Urraca contrajese segundas nupcias; y en un *post scriptum* se fija el dia de esta ceremonia, desde la cual podrá considerarse doña Urraca como destronada, y nosotros, que somos partidarios suyos y enemigos del príncipe y del obispo, no quedaremos en muy mas envidiable estado.

Hubo un rato de profundo silencio, que bien pudiera interpretarse por espresion de terror, si es que el terror puede dominar nunca en las sociedades secretas. Proponian algunos que se rompiese la carta; otros que se remitiera al obispo; aquellos ya no querian ponerse á mal con el sol naciente; estos querian hundirse con el sol que se ponia; por fin, despues de largas y acaloradas disputas, se convino en que era inútil ocultar la carta al obispo, puesto que mas tarde podria recibir otra, y solo se conseguiria retardar con ello el dia de la coronacion, pero no evitarla. Resolvióse tambien al mismo tiempo preparar las cosas de manera que el dia mismo de la entrada del príncipe en Santiago, estallase la conjuracion contra el futuro rey y el prelado, los cuales, una vez con buen recaudo, se pondrian á disposicion de doña Urraca.

Francisco Navarro Villoslada.

EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL QUITASOL.

PREAMBULO.

Cada loco tiene su tema, yo tengo la mia, y los suscritores á El Semanario Pintoresco recordarán quizás dos artículos que publique el año de gracia de 1848, bajo el florido y grave epígrafe de ***Dos flores y dos historias***. No he conseguido averiguar si merecieron su aprobacion las historias de las dos flores, y mucho menos si recuerdan la introducion, prólogo ó prefacio, en que daba parte al público de un deseo que me mortificaba, el de ser Académico de la Academia de la Historia. En el transcurso de doce meses se ha robustecido esta aficion, como puede robustecerse un niño enfermizo entregado á una nodriza sana y jóven, y para lograr satisfacerla, me he propuesto no descansar hasta tener entre mis manos la crónica, de que muchos hablan y nadie ha visto, del Rey Don Pedro de Castilla, escrita por D. Juan de Castro, obispo de Jaen y contemporáneo del monarca. Espero encontrar esta crónica, y espero que será tan auténtica como ***El busca pié*** de Cervantes, publicado por otro Castro, que, aunque no se llama Juan ni es obispo, como el cronista de Don Pedro, tiene mas aficion que yo, que me llamo Juan, á desempolvar papel viejo, que el obispo de Jaen, que se llamaba Castro, á escribir crónicas: de lo cual resulta que entre dos Juanes y dos Castros, que componemos tres personas, existen dos aficiones desarrolladas á escribir y desempolvar. Dejo á un lado esta digresion y prosigo con mi preámbulo.

Aguijoneado noche y dia por el deseo de llegar á ser Académico de la Academia de la Historia, y firmemente persuadido de que las plazas de académicos se dan al mérito, cuando no se regalan al favor, soy víctima de mi fatal monomanía, y ando á caza de manuscritos, como un camaleon á la de moscas y un cesante á la de turron. Muchas veces voy por la calle y corro de una acera á otra, al ver un papel enrollado, que suele contener las canas de alguna vieja fregatriz ó el cabello negro y sedoso de alguna doncella de labor. Si entro en casa de un abogado, le revuelvo los espedientes: si en una tienda de ultramarinos ó botica, tiendas ambas que se diferencian únicamente en que en la primera venden para vivir y para morir en la segunda, me paso las horas examinando el papel viejo, que ha de envolver salchichon, queso de bola, ungüento de la mano de Dios, café, píldoras de quinina, jamon estremeño, emplasto de ranas, mostaza ó manteca de Flandes. Los escribanos se estremecen al verme entrar en sus archivos; los porteros de las bibliotecas me gruñen; me hacen la cruz los baratilleros de libros, porque hojeo, pregunto y no compro; y me conocen todos los ilustres individuos del gremio de traperos de la villa y corte de Madrid. No hace muchos dias que arrebaté á un diputado amigo mio las cartas de sus comitentes, porque una de ellas estaba escrita en papel tan súcio y ahumado que la tuve por un antiguo pergamino que, segun mi ilusion, debia contener los fueros de alguna ciudad; y noches pasadas arranqué á una jóven lindísima un billetito de su amante porque estaba escrito en papel amarillo, que al pergamino se asemeja. Este último rapto me proporcionó varias noticias, que no necesitaba saber, que cubrieron de un vivo carmin el rostro de la jovencita, y que no pongo á continuacion..... por prudencia.

Cansado de papelear en escribanías y bibliotecas, en ultramarinos y boticas, en puestos de libros y necesé de niñas hermosas, resolví buscar nuevo campo á mi aficion, y una mañana, la recuerdo, estaba lloviendo; los tejados precipitaban torrentes de agua sobre los honrados ciudadanos que, temiendo ahogarse en los arroyos, se empujaban en las aceras: el lodo, negro como una mala noche y pegajoso como una fea, retardaba la marcha de los que querian andar de prisa, daba una mano de betun á las botas que habian salido negras á la calle y se transformaban en cenicientas; bordaba de realce los pantalones de los hombres y las enaguas de las mugeres; y presentaba el espectáculo de algunos piés que daban alta idea de la firmeza de las individuas, tomando en cuenta la inmensa estension de su base. Los paraguas de las señoras derribaban muchos sombreros y amenazaban muchos ojos: los mozos de la villa trasladaban por junto, con sus anchas escobas de ramas, el lodo de las calles á las piernas de los transeuntes; operacion que bien considerada no

debe alarmar, pues teniendo en cuenta que los transeuntes y transeuntas habian de recojer el lodo con mas ó menos lentitud, resulta que la operacion de los mozos de la villa se reduce á una condensacion de tiempo y una concentracion de fango, como diria un elocuentísimo orador. ¡Señores suscritores de provincias, no sabeis lo que es la capital de Castilla la Nueva y de la monarquia, en dias de lluvia! ¡Señores suscritores de Madrid, no sabeis lo que son las calles de Paris las cinco sestas partes del año! ¡Cuánto lodo en las capitales de España y Francia; en la última mas que en la primera. Está visto, la civilizacion ensucia; son dos cloacas el centro de la civilizacion española y el centro de la civilizacion universal.

Decia que salí una mañana á caza de viejos pergaminos; que las cataratas del cielo derramaban, con la mayor economía, la cantidad de agua absolutamente indispensable para cubrir de fango las calles de la villa y córte de Madrid: y para eslabonar la cadena de los verídicos sucesos que referiré, si Dios me da ingenio, perseverancia y vida, debo añadir que empecé á bajar la ancha calle de la Montera, á la cual debió bautizar Pepeillo, Pedro Romero ó algun otro espada de cuenta; pues atendiendo á su figura podria llamársela con mas razon *calle de la Bocina*; nombre que la vendria de molde, porque á mas de manifestar su estructura, indicaria que es tan ruidosa como el instrumento judáico. Bajaba, pues, la ancha calle de la Montera; ya dejándome un homoplato en la cuba de un aguador; ya poniéndome el sombrero á lo jaque por virtud y gracia de un paraguas; ya perdiendo los dedos de un pie bajo el zapato de un asturiano, *animal cuya pisada no tiene cura*, segun una antigua definicion; ya diciendo *perdone V.* á una vieja, á quien atropellé por huir de un mozo de cordel que me amenazaba con un cofre; cuando á seis pasos de distancia descubrí la parte que las mujeres manifiestan los dias de lodo, como si los hombres tuvieran cataratas estos dias, ó ellas no ocultaran los demas lo que fué moda lucir en años anteriores, cuando no arrastraban los vestidos, cuando se contoneaban las manolas con sayas cortas, cuando podia decirse de cada una: *¡Pero qué pierna, Dios se la bendiga!* Con este verso y los anteriores rodeos he revelado lo que ví. ¿Pero es acaso algun delito ver lo que se enseña al público, para que yo me pare en barras y no lo declare? Fuera temor...... Yo vi dos botitas de charol y unos tres dedos de dos medias de seda listadas. Dentro de las medias y las botas iba, como era natural, la parte inferior de una muger. Soy el hombre mas estremado que puede hallarse en las estremidades del orbe: las duquesas y las manolas son para mí el bello ideal de la muger; porque se encuentran en los estremos de la gran escala social. Pero aunque yo mismo confieso que soy estremado, no se crea que mi predileccion es hija de un inesplicable capricho; está fundada sobre concluyentes raciocinios. ¿Puede hallarse algo mas imponente que la dignidad heredada y casi régia de una duquesa? ¿algo mas noble y distinguido que sus maneras? ¿algo mas bello que sus piés y manos, delicados, finos, aprisionados siempre en el calzado y en los guantes? ¿aquellas manos blancas, perfumadas, suaves, con uñas rosadas y una forma especial que las distingue de todas las manos del mundo? Se me dirá que hay muchas duquesas poco hermosas y aun algunas feas; no lo negaré, aunque pudiera citar los nombres de cien hermosas: pero en todas ellas se vé un contorno particular y aristocrático, que es una especie de belleza como el contorno romano y griego. ¿Y prescindiendo de la hermosura, no tienen otros atractivos? ¿no es nada lo escojido de su lenguaje, la propiedad de su vestido que revela instantáneamente su destino, la hora y el lugar? ¿No es nada aquel perfume delicioso que derraman; perfume que no tiene nombre de esencia, y que solo puede compararse al que traen las brisas de la sierra en una alborada de abril? ¡Oh! las duquesas no tienen mas que unas rivales, y estas rivales son las manolas de Madrid. Temo que mis últimas palabras alarmen á muchas lectoras; pero las suplico que no me condenen sin oirme. Las manolas son la aristocrácia de la democrácia española, como las duquesas lo son de todas las clases, y la democracia española de todas las democracias del mundo. Un mendigo español tiene mas fiereza que un príncipe romano; y el no encontrarse en España criados dóciles y serviciales prueba palmariamente que el servilismo no está en la sangre castellana. Pero dejemos estas disgresiones y volvamos á las manolas. La manola, es arrogante como la duquesa, y aun mas: su cabeza erguida no se abate ni al miedo ni á la gerarquía, y su frente altiva como el laurel, desafia la cólera del rayo. Apasionada como muger, y como la tigre celosa, ama y aborrece con furor, y con pasion perdona y mata. Generosa y sóbria al mismo tiempo, tira el oro con ambas manos cuando lo posee, y se conforma fácilmente con un pedazo de pan duro cuando la suerte le es contraria. Enemiga de los perfumes, huele á limpia, que es un rico aroma; y calza, como la duquesa, con lujo esquisito y primor. No son sus maneras delicadas, pero si sueltas y obsequiosas; y aunque no encanten sus discursos por lo escogido de las frases, tiene un lenguaje pintoresco salpicado de chistes que revelan ingenio é imaginacion. Las duquesas y las manolas se parecen exactamente como la parodia á la tragedia, el *Pancho* y *Mendrugo* y *el Otelo;* son dos estremos que se tocan como dos líneas curvas próximas á formar un círculo: y considerándolas estremos las profeso veneracion.

¿Pero por qué me he entretenido en hablar de estremos? ya lo recuerdo: por la parte inferior de muger que descubrí en la calle de la Montera: voy, pues, á seguirla la pista. Enamorado del estremo que alcanzaban á ver mis ojos, quise averiguar si el otro estremo, la cara, guardaba proporcion; y sin acordarme del lodo, corrí á adelantarme, lo que conseguí frente al callejon de Golosos. No salió fallida mi esperanza: los dos estremos se encontraban en la mas perfecta armonía; y formando de ellos un todo podia repetirse este cantar:

Breve el pié, como andaluz:
Los ojos de matadora,
Mucho negro y mucha luz:
Cada mirada traidora
Deja un muerto y una cruz.

Lo de la mirada traidora era verdad y viene de molde, porque me lanzó una mirada, que queriendo decir demasiado, no tiene casi esplicacion. Muger de tan lindos estremos no podia tener malos fines, y me decidí á darle convoy hasta ver donde echaba el ancla. Cruzamos la Puerta del Sol, anduvimos dos ó tres calles mas, y por último mi hermosa dama se entró en una prendería, semejante al arca de Noé, por la multitud de objetos raros que encerraba. Al verla entrar formé el proyecto de no retirarme sin hablarla, y consideré que el modo mas fácil de lograrlo era entrar en la prendería, lo cual verifiqué al momento. En el interior de la tienda estaban tres solas personas: mi desconocida, el prendero, que era un hombre de cincuenta años, y una muger de veintiocho á treinta, esposa, segun supe despues, del dueño de la tienda. Estas tres personas formaban un solo grupo, y yo me puse á examinar algunos efectos, esperando ocasion oportuna de llevar á cabo mi proyecto.

—¿Qué se le ofrece á Vd, caballero? me preguntó la jóven prendera, acercándose con una graciosa sonrisa.

Yo no esperaba esta pregunta, y, en vez de pedirla una escribanía, dominado por mi aficion al papel viejo, la dije:

—¿Tiene Vd, por casualidad, algun manuscrito que vender?

—Ya se vé que sí: me respondió, y conduciéndome á una pieza inmediata, abrió un armario y me presentó un manguito, un quitasol y un abanico, tan deteriorados que era difícil conocer su forma y colores primitivos.

—He pedido á Vd. manuscritos: dije á la prendera amostazado.

La prendera no me respondió: pero sacando del manguito un rollo de papeles me los presentó, y en gruesos caractéres leí «Historias de un Manguito, un Abanico y un Quitasol.» Aquí tenemos, dije para mí, una fábula de Iriarte; y alzando la voz, pregunté:

—¿Cuánto valen estos papeles?

—Esos papeles, el manguito, el abanico y el quitasol, valen trescientos veinte reales: repuso al momento la prendera.

—Señora, yo solo deseo adquirir estos manuscritos.

—No se venden sino en compañía de las prendas, cuyas historias son.

—Pero, como Vd. comprenderá, ¿qué voy hacer con esas prendas?

—Un auto de fé; me respondió mi interlocutora riendo.

Iba á dar al diablo los papeles; pero mi maldita aficion se sobrepuso á mi despecho, me sonreí como la prendera, y la dí en cuatro moneditas los trescientos veinte reales. Terminado nuestro contrato, nos salimos juntos á la tienda, yo

con los papeles en la mano, y ella con el abanico, el manguito y el quitasol. El prendero y la desconocida proseguian su conversacion, pero al vernos se sonrieron á la vez, y preguntó el dueño de la tienda á su cara mitad:

—¿Ha comprado este caballero nuestro riquísimo tesoro?

—Si: le respondió su tierna esposa.

—Me alegro mucho, caballero: me dijo el prendero gravemente.

—Doy á Vd. mil enhorabuenas: añadió la desconocida.

—Yo me las doy, la respondí, por haber tenido el placer de oir su dulce voz.

—Agradezco tan fina lisonja.

—Señora, desearia poder probar á Vd., que su dulce acento me encanta, y sobre todo con frecuencia.

—No es imposible.

—¿De qué modo?

La desconocida me dió una elegantísima tarjeta, en la cual estaban escritos un nombre de muger y las señas de su alojamiento y me dijo:

—Despues que haya Vd. publicado las tres historias que contiene su manuscrito, vaya Vd. á verme cuando quiera. (1)

—No faltaré: la respondí, despidiéndome cortesmente.

—Ya estaba cerca de la puerta, cuando adelantándose la desconocida, me dijo:

—¿Quiere Vd. decirme su nombre?

—Me llamo, señora.....

Juan de Ariza.

Escena de una Comedia inédita.

INÉS. BENITO.

(Son marido y mujer y dependientes de un señorito soltero. Se encuentran en un baile de máscaras: ella con dominó y careta, y él en traje de sociedad, que, aunque no muy elegante, contrasta con su humilde condicion. Benito *usa de este disfraz por complacer á su amo y ayudarle en sus planes: la presencia de* Inés *en el baile, aunque sin conocimiento de su marido, es inofensiva á su honra.)*

BENITO. Mascarita, ¿qué me quieres?
INÉS. Decirte que sé quién eres.
BENITO. No es milagro.
¿Soy yo acaso algun mastuerzo
recien venido del Vierzo
ó de Almagro?
Viendo mi cara y mi porte,
cualquiera sabe en la córte
quién soy yo.
INÉS. ¡Cualquiera! ¿De qué manera?
Si tu eres.....
BENITO. ¿Quién?
INÉS. Un cualquiera.
BENITO. (Me caló.)
Al menos, no es esta cara
figura de una mampara,
sino mia.
INÉS. Algo tuyo has de llevar.
¿Quién le ha prestado ese ajuar
al usía?
BENITO. (*Mutis*, que esta me conoce.)
Adios. Ya han dado las doce.....
INÉS. (*Sujetándole*) ¡Quieto, quieto!
O sé franco, ó te confundo,
y va á saber todo el mundo
tu secreto.
BENITO. Bien. (¡Qué diablo de mujer!)
Escucha: vas á saber
mi flaqueza.
Confieso que la fortuna
no me ha dado ilustre cuna
ni riqueza.
No obstante, nobles y ricos,
Sé yo de muchos borricos....
¡oh despecho!
que felices en amores
pasan la vida entre flores.
INÉS. Es un hecho.
BENITO. Y todo lo hace la ropa.
Hay hombre que anda á la sopa—
¡suerte fea!
y si le refunde un sastre
con el duque de Alencastre
se tutea.
Ahora bien; sin ser hidalgo,
yo sé, niña, lo que valgo....
INÉS. ¡Qué modesto!
BENITO. Y vengo á hacer cabotaje
esta noche con el traje
que me he puesto.
INÉS. ¡Oiga!
BENITO. Y llegas muy á punto,
Si eres tal como barrunto,
mascarita;
pues durante esta jarana
pienso hacerte mi sultana
favorita.
INÉS. (¡Ah fementido traidor!)
Mil gracias: de tanto honor
no soy digna;
ni á pescar tan triste barbo
una mujer de mi garbo
se resigna.
BENITO. ¿Y eres tú carne ó vigilia?
de tí ni de tu familia
¿qué sé yo?
¿No puede á un diablo mestizo
encubrir ese postizo
dominó?
Tú ves, máscara, mi juego;
yo el tuyo no, y desde luego
digo *amén*.
Si uno de los dos engaña
al otro en esta maraña,
¿quién á quién?
INÉS. ¡Truan de grueso calibre!...
BENITO. ¡Niña!...
INÉS. ¿Acaso eres tu libre?
BENITO. Libre soy.
INÉS. Mientes.
BENITO. Dices bien; sí; acabo
de mentir, pues soy tu esclavo
desde hoy.
INÉS. ¿Así cumples, gran demonio,
con la ley del matrimonio?
BENITO. Yo... si... pues...
INÉS. No mereces tú la esposa
que tienes.
BENITO. ¡Pche!... Poca cosa.
(¡Pobre Inés!)
INÉS. Algun dia, lo sé yo,
bien linda te pareció
la doncella.
BENITO. Ya propia, aquí y en Palermo
huele á puchero de enfermo
la mas bella.
INÉS. (¡Que oiga yo tales baldones
Sin darle de bofetones!...
¡Belcebú!...)
Si así huelen las mujeres,
marido ruin, ¿á qué quieres
oler tú?
BENITO. El hombre nunca se gasta.
Somos de distinta pasta.
INÉS. ¡Mal veneno!...
Pues ¡qué!, lechuguino charro,
¿no somos todos del barro
damasceno?
BENITO. Segun te muestras airada,
tú debes de ser casada....
INÉS. ¡Por mi mal!
BENITO. Y tu marido es un bruto....
INÉS. ¡Sí!
BENITO. Que infringe el estatuto
conyugal.
Usa pues de represalias
y pon á su nombre el *alias*

(1) Estas tres historias se publicarán en los próximos números del Semanario Pintoresco.

consabido.
INÉS. ¿Sí?
BENITO. Arreglémonos los dos...
INÉS. ¿Eso dice ¡Santo Dios!
un marido?
¡Miraos en este espejo,
mujeres! Si ese consejo
que me das
toma un dia tu consorte,
como otras ciento en la corte,
¿qué dirás?
BENITO. O la mato ó me divorcio,
y así del fatal consorcio
me sacudo.
INÉS. Eso es obrar como un bey.
BENITO. ¡Pche!...
INÉS. Y esa ley....
BENITO. Es la ley
del embudo.
INÉS. (¡Villano!)
BENITO. (Mi señorito
no dirá que no le imito.)
INÉS. (Merecia....)
BENITO. Mas de ese riesgo se salva
mi mujer.
INÉS. ¿Sí?
BENITO. Es una malva.
INÉS. ¿Sí?
BENITO. A fé mia.
Es incapaz de un desliz
y me adora la infeliz
con delirio.
INÉS. ¿Sí?
BENITO. Con apacible calma
Sufrirá por mí la palma
del martirio.
INÉS. (¡No puedo mas!)
(Pellizcándole y hablando ya *en su voz natural.)*
¡Insolente!
BENITO. ¡Ay!
INÉS. ¡Falso! ¡judío!
BENITO. ¡Tente,
Sierpecilla!
INÉS. ¿Me conoces?
BENITO. Sí, en lo suave.
Eres....
INÉS. ¡Bribon!
BENITO. Ya se sabe;
¡mi costilla!
INÉS. Niega ahora tus bastardos
instintos, tus picos pardos,
tus maldades.
BENITO. Todo ha sido.... ¡ten prudencia!...
hipocresía, apariencia....
No te enfades.
Te conocí desde luego,
y haciendo el lindo D. Diego....
INÉS. ¡Mientes, mientes!
BENITO. Lo juro....
INÉS. ¡Infiel!
BENITO. ¡Por Dios, calla!
INÉS. Pero ¡uñas tengo, canalla,
tengo dientes!
BENITO. El amo está allí... ¿Qué intentas?
INÉS. Bien; ya ajustaremos cuentas.
Ese fraque....
BENITO. Tramoyas de D. Miguel.
Así me disfraza aquel
badulaque.
INÉS. ¿Para qué?
BENITO. Ya lo sabrás.
Ahora no puedo....
INÉS. ¿Te vas?
BENITO. Es forzoso.
Ya nos veremos despues,
y no dudes, cara Inés,
que tu esposo....
Mas ¡tú en un baile de máscaras!
¿Con qué objeto? ¿Con quién? ¡Cáscaras!...
Me horripilo.
INÉS. Sigo tus pasos, aleve.
BENITO. La disculpa es llana y breve.
INÉS. ¡Cocodrilo!...
BENITO. Pero es proceder ambiguo
el tuyo, y si yo averiguo....
INÉS. ¿Me amenazas?
BENITO. No; pero....
INÉS. ¡Necia de mí,
necia!... ¿Por qué no te di
calabazas!
Pero siga el regocijo,
que despues.... Solo te exijo
por ahora
que á D. Miguel no le digas
que me has visto, ni me sigas,
ni....
BENITO. ¡Señora!...
INÉS. ¡Silencio, y no hagas el bú!
Tienen mas honra que tú
mis sandalias;
mas si mueves alboroto....
BENITO. ¿Qué?
INÉS. No echaré en saco roto
lo del *álias.*

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

DEL COCODRILO.

La inteligencia del hombre consigue dominar la fuerza y la fiereza de todos los animales de la creacion. Uno de los mas temibles es el cocodrilo, con su cota de malla, su inmensa boca ricamente guarnecida de agudos dientes y sus ojos que se fijan en el hombre con furor. Sin embargo, el negro de las costas de África, toma en la mano derecha un gran cuchillo, lia la otra con una cubierta doble y se dirige á los pantanos, al centro de los cañaverales, en busca de tan terrible animal. El cocodrilo se lanza hácia él con la boca abierta, pero el hombre atraviesa con la rapidez del rayo, el brazo envuelto, entre las dos mandíbulas del animal, cuyos dientes no pueden penetrar la espesura de los trapos que protejen la mano de su enemigo, quien no siente mas que una ligera presion, y antes que el cocodrilo haya tenido tiempo de desembarazarse del negro, éste le corta el cuello.

Cítanse casos horribles de la ferocidad de estos animales. En los recuerdos de *Viaje de un inglés*, recientemente publicados, hemos leido lo siguiente: Los cocodrilos son tan numerosos en algunos puntos del Misisipi, que es preciso añadir á todos los sufrimientos que se esperimentan en aquel pais, el peligro constante de sus ataques; hallándome allí, vino á instalarse á la orilla del rio una familia pobre, que construyó bien pronto su cabaña. La simpatía de los vecinos, poco numerosos por cierto, hácia el recien venido, fué un grande auxilio para éste; casi todos le ayudaron á cortar maderas y á conducirlas al parage elegido para su morada. Concluida que fué, la muger y cinco hijos tomaron posesion de ella, y una noche, despues de una larga jornada se durmieron profundamente; al amanecer despertó al padre un débil chillido, dirigió una mirada en torno suyo, y sus ojos turbados vieron con horror las cabezas de sus tres hijos mutiladas y dispersas en la cabaña: un enorme cocodrilo y algunos de sus hijuelos devoraban todavía los restos de su espantoso banquete. El padre buscó en vano un arma cualquiera, y bien persuadido de que nada podia hacer sin ella, se levantó suavemente de la cama, se deslizó fuera por la ventana y, esperando que su muger, á quien dejaba dormida con los otros dos hijos, podria escapar de la carnicería hasta su regreso, corrió á implorar el auxilio de sus vecinos. En menos de media hora volvió con dos hombres bien armados, pero desgraciadamente era ya tarde, la muger y los otros dos hijos yacian despedazados tambien sobre sus sangrientos lechos. Saciados los reptiles, eran una presa facil, y con efecto pagaron con la vida la desgracia que habian causado. Reconocido el sitio, se descubrió que la cabaña estaba construida sobre un gran hoyo, especie de madriguera, donde el mónstruo habia criado su odiosa raza.

Lo mas notable que hay en el cocodrilo es que se halla cubierto de escamas duras y espesas, de formas irregulares, perfectamente ajustadas las unas á las otras: por la parte inferior del cuerpo son mas delgadas, y permiten fácilmente penetrar un arma blanca; pero las del lomo y costados resisten á las balas de fusil. La naturaleza de esta armadura da al animal una rigidez que le impide girar con prontitud y desembarazo, de manera que el mejor modo de librarse de su persecucion, consiste en hacer un gran número de giros y rodeos.



La camisa del hombre feliz.

Cuéntase en cierto libro que yo me sé, y cuyo título me abstengo de revelar, que vivia en Rusia por los tiempos del famoso *Pedro el Grande* un rico Boyardo que padecia una terrible melancolía de que ninguno de sus médicos podia libertarle. No dice precisamente el historiador de qué provenia la enfermedad; nosotros nos inclinamos á creer que dimanaba del severo edicto fulminado por el inexorable emperador contra las barbas de los grandes de la antigua Krimlin, á quienes se propuso civilizar y dar una fisonomía europea.—El caso es, que el poderoso Boyardo empeoraba de dia en dia. Uno de los curas griegos, hombre de prodigiosa ciencia y digno heredero de la doctrina de aquellos antiguos padres que convirtieron al grande Uladimiro haciéndole arrastrar por las orillas del Volga los ídolos atados á la cola de su caballo, le dijo, despues de observarle con meditacion profunda, que no curaria de su dolencia *hasta que se pusiese la camisa de un hombre feliz*. Al instante envió el Boyardo mensageros en todas direcciones en busca de tan inapreciable prenda: dióles gruesas sumas para sus peregrinaciones, é intimóles que si se volvian á Moscou sin la camisa, inmediatamente serian descuartizados.

Es imposible detenerse á describir las naciones y climas que los enviados recorrieron. Muchas veces creyeron haber encontrado la deseada prenda, pero las personas en quienes la suponian solo eran felices en la apariencia, y estudiada á fondo su vida eran dignas de la mayor compasion. En vano buscaron al hombre feliz en los grandes palacios de Italia, España, Francia é Inglaterra; las cortes deslumbradoras ocultaban bajo su magnífico aspecto esterior y la felicidad ficticia de sus pobladores, las mas repugnantes miserias, los mas feos delitos. No solo los cortesanos eran infelices: éranlo tambien los hombres dedicados al estudio, los científicos, los artistas: todos tenian en sus dias horas de desgracia, de profundo desaliento, de lágrimas abrasadoras.

Por fin, discurriendo un dia por los floridos campos de la Bética, llegaron á sus oidos los dulces acentos de una rústica zampoña: partia aquel silvestre sonido del pié de un poblado olivo á cuyo tronco estaba apoyado un anciano pastor tocando su favorito instrumento, mientras bailaban sobre el fresco cesped sus hijos é hijas, hermosos como los pastorcillos de los idilios de un poeta clásico. Informáronse de aquel anciano si se juzgaba enteramente feliz: respondióles que sí, que él no codiciaba las riquezas, que sus necesidades eran muy reducidas; repitió en una palabra con diversas frases aquel magnífico soneto de Quevedo,

«Quitar codicia, no añadir dinero
hace ricos los hombres, Casimiro»

y concluyó diciendo que mientras le concediese el cielo vivir en la compañía de sus queridos hijos y nietos, no envidiaba sobre la tierra á persona alguna, y se reputaba por *completamente feliz*. No bien acabó de pronunciar esta palabra se precipitaron sobre él á una todos los mensageros del Boyardo, y á pesar de sus súplicas, gritos y lágrimas, y de la vigorosa defensa que sus buenos hijos oponian á la incomprensible rapacidad de aquellos hombres, empezaron á despojarle de sus pobres vestidos.... pero ¡oh desgracia inconsolable!.. *el hombre feliz no tenia camisa!!*

EPOCA
de algunas fundaciones y descubrimientos notables.

La universidad de Salamanca se fundó en Palencia 649 años hace, y se trasladó á Salamanca 618 há.

La de Alcalá de Henares, ahora de Madrid, tiene 351 años de antigüedad.

La de Valladolid 503.

La antiquísima de Huesca 1925.

Hace 3352 que se comenzó á usar el vino en las comidas.

3363 que se inventaron los pesos y medidas.

1438 que se conocen las campanas.

1404 que se empezó á moler el trigo en molinos.

349 que se conocen los reloges de faltriquera, que en su principio se llamaron *huevos de Nuremberg*, porque Pedro Hele los fabricó la primera vez en esta poblacion, y los dió la forma ovalada; pero segun parece en 1577 fué cuando empezaron á generalizarse en Alemania é Inglaterra.

Hace 630 años que se usan en el comercio las letras de cambio.

219 que se arreglaron los correos públicos, si bien su invencion cuenta ya 331 de fecha.

288 que se usa el tabaco.

519 que se inventaron en España los náipes; pero fueron tantos los perjuicios que ocasionaron, que se prohibieron 57 años despues de su invencion. Lo mismo hizo en Francia Cárlos V, pero volvieron á usarse en el reinado de su sucesor Cárlos VI, con el pretesto de divertir al rey en los intervalos de demencia que padecia. Las figuras que representan no son tan ridículas como parecen á primera vista, pues sin duda se hicieron para ridiculizar los trajes mas comunes en aquellos tiempos.

Los alfileres tienen ya 306 años de antigüedad, y los primeros se hicieron en Inglaterra: esta invencion fué muy útil á las damas, que antes se servian de unos punzoncitos de madera que no podian menos de serles muy incómodos.

Los alemanes hicieron tambien á principios del siglo XVII otra invencion no menos útil á las cocineras, y fué la de los fuelles para soplar la lumbre.

Las bayonetas, armas inventadas en la ciudad de Bayona, de la cual toman su nombre, cuentan ya 179 años de antigüedad, y el primer regimiento que hizo uso de ellas fué uno de fusileros que creó Luis XIV, rey de Francia.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un año 36.-Librerias de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Razola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografias del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 12, seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la Administracion del Semanario, calle de Jacometrezo n. 26, o en las principales librerias.

MADRID: Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, núm. 4.



LIMA.

Lima, capital del Perú, es la única, entre las ciudades de la América del Sud, que ha logrado conservar intacta la originalidad de sus tiempos primitivos. Ni las frecuentes relaciones con las repúblicas vecinas, ni la afluencia de toda clase de estranjeros, han podido adulterar en lo mas mínimo sus costumbres, sus trajes, su arquitectura favorita, y hasta peculiar, puesto que se diferencia hasta de Callao, poblacion inmediata la que mas, y que fué edificada para que sirviese á la capital de puerto.

Lima, sin embargo, no se ha negado á admitir todas las innovaciones, tanto en los usos como en las ideas, á pesar de que existirán pocos pueblos en que se crucen tan inmediamente los principios mas hetereogéneos. Podria muy bien decirse que, Lima dá cabida en su recinto á muchos siglos, que viven á la vez en ella sin confundirse ni estorbarse.

Si los temblores de tierra y las discordias civiles no prosiguieran constantemente en la obra de su destruccion, Lima continuaria siendo aun la ciudad mas bella y rica de la América meridional; pero, estallando cada dia una nueva revolucion, que se efectuan siempre á beneficio de los individuos y nunca de las masas, se interrumpe incesantemente la marcha de las negociaciones comerciales; los brazos que habian de emplearse en la esplotacion de las minas se destinan al ejercicio de las armas, y el tesoro público es víctima de las malversaciones de toda especie que lleva consigo una administracion viciosa é incapaz. En medio de semejante desórden, la ciudad, edificada sobre un suelo convulsivo, se estremece y arruina á cada nueva sacudida; las iglesias y los monasterios, únicos monumentos testigos de su pasado esplendor, se van despojando de las ricas molduras de estuco con que se decoroban, viéndose por parages distintos, y cual á través de un manto agujereado, aparecer las cañas y los maderos carcomidos de su armazon. El estrangero, al contemplarla, no puede menos de llorar el destino de aquella ciudad tan opulenta en otro tiempo y que marcha hoy con tal rapidez y con la mayor indiferencia á su pronta ruina. El pueblo de Lima se ocupa solo en fraguar revoluciones; algunos viven de ellas, la mayor parte se prestan como instrumentos, y casi ninguno muere; porque, es menester confesarlo, posteriormente á sus brillantes hechos de armas por la causa de su independencia, han sido tan poco sangrientos sus choques que, daríamos lugar á que se nos tomase por partidarios de sus mezquinas discordias, hablando de ellas con alguna seriedad.

Lima se halla situada en el centro de una llanura, á legua y media escasa del mar y al pie de las montañas que forman las primeras pendientes de la Cordillera de los Andes. Francisco Pizarro la fundó en el reinado de Cárlos V, el dia de la adoracion de los Magos, de donde le vino, segun Garcilaso de la Vega y Herrera, el nombre de *Ciudad de Reyes*, que se le dió desde un principio.

Como en todas las ciudades cristianas, una iglesia fué el primer edificio para que se abrieron cimientos; despues de lo cual se dividió el terreno en *cuadros* ó cuadra-

dos, cuyos lados en su mayor parte eran próximamente de 25 varas, y su destino el de edificar casas en ellos, para lo que los aislaban por largas calles intermediarias; medida que previno la formacion de esas callejuelas estrechas y tortuosas que de ordinario existen en el centro de las grandes poblaciones.

Lima se halla edificada en semicírculo sobre la orilla izquierda del Rimac, que corre del este al oeste. Una muralla flanqueada por treinta y cuatro baluartes circunda la parte que no es bañada por el rio; esta muralla, comenzada en el vireinado del duque de la Palata, se terminó en 1685; su fábrica es de *adobes* ó ladrillos amasados con tierra arcillosa y paja y secados al sol.

En la orilla derecha del Rimac, se descubre el inmenso arrabal de *San Lázaro*, que se comunica con la ciudad por medio de un largo puente de piedra, con cinco arcos y otros tantos estribos triangulares, destinados á romper la fuerza de la corriente. En los ángulos reentrantes que forma el parapeto, en la propia direccion de los espolones, se hallan colocados unos bancos, en los cuales suelen sentarse los habitantes en las noches de estío para respirar el ambiente refrescado por la inmediacion del agua. En la estremidad del sud del puente, se eleva un gran pórtico de elegante arquitectura decorado con adornos de estuco, monumento que fué construido en 1613, siendo virey el marqués de Montes Claros.

La primera ojeada sobre las calles de Lima produce una impresion no muy agradable en el viajero. Las casas de mas bella apariencia no tienen su fachada á la calle; casi todas se hallan precedidas de un patio, al cual se entra por una puerta cochera, ó mas bien por un pórtico, cuyo interior ordinariamente está adornado con pinturas al fresco, de ejecucion bastante inferior, y que representan ya pasages de la Sagrada Escritura, ya escenas mitológicas, ó bien paisages sin perspectiva alguna. Las casas que dan á la calle tienen solo ventanas en el piso inferior; en el principal un balcon corrido de igual longitud á la de la fachada, pintado de verde, semejante á un baul esculpido y pegado á la muralla, y cerrado herméticamente por una persiana, que suben ó bajan, á voluntad, entre dos ranuras.

Los cimientos, por lo regular, son de ladrillo; los tabiques de los compartimentos superiores suelen estar construidos con cañas entrelazadas y recubiertas con una capa de yeso; los pilares y otros ornamentos tienen tambien una cubierta de cañas revestidas de arcilla pintada, imitando á piedra. Los techos son planos y de poca solidez; están formados por tirantes transversales no muy gruesos, sobre los que se ponen cañas y esterillas muy rústicas, recubriéndolo todo interior y esteriormente con una ligerísima capa de cal, indispensable para impedir el paso al sol, al aire y á la humedad. Es cierto que, debemos apresurarnos á advertirlo, en Lima son casi de todo punto inútiles los techos, puesto que nunca llueve, y que las nieblas que invaden la atmósfera en ciertas épocas del año, no tienen fuerza bastante para penetrar los techos que acabamos de describir. Los de algunas casas están construidos con mayor solidez, con un doble objeto de recreo y de utilidad, puesto que los disponen en forma de azoteas, de que se aprovechan para cultivar flores, para formar tendederos, y para convertirlos en observatorios.

El mismo género de construccion se observa en los edificios de mas latas dimensiones. No se emplea la fábrica ni en las iglesias, ni en los campanarios, ni en los belvederes, sino cuando es absolutamente indispensable; todas las partes superiores son de madera y de cañas; la madera y el estuco, pintados imitando perfectamente la piedra, concurren tambien á formar las molduras, las cornisas y otras especies de ornamentos.

La estrema ligereza de sus edificios y la ligazon intima de sus materiales, los precaven empero como nada contra las frecuentes sacudidas de los temblores de tierra; porque careciendo de resistencia que oponerles, ceden en su totalidad al movimiento oscilatorio que les imprime el suelo.

En tiempo de la guerra de la independencia, poseia, Lima, 22 conventos de diferentes órdenes religiosas, 17 de monjas y cuatro de *beatas*, aplicándose este nombre á las religiosas que querian pasar santamente su vida en el retiro, sin pronunciar votos. Estos edificios, algunos de los cuales se hallan hoy abandonados y enteramente ruinosos, tenian todos una iglesia y algunos á mas muchas capillas, lo cual multiplicaba estraordinariamente los edificios consagrados al culto divino.

La ciudad, contenia ademas 10 hospitales afectos á alguna obra de caridad especial, y por último muchos colegios.

Las iglesias principales tienen por lo regular ante sí una plaza cuyo nombre es el mismo que el del santo patrono de aquella. La mayor de estas plazas se halla situada en el centro de Lima, comprendiendo el arrabal de San Lázaro, y se llama *Plaza Mayor*.

En el lado oriental se elevan la catedral y el palacio del arzobispo; y al norte el palacio del presidente de la república: los otros dos lados los ocupan casas particulares, cuyo último piso, adornado de balcones, es sostenido por una série de bóvedas. El piso bajo lo componen galerías en las que los negociantes, europeos en mayor número, esponen sus mercancias. Entre las columnas colocan floreros, y trabajan tambien los pasamaneros en oro, en plata y en seda, construyendo insignias religiosas ó militares, botones y franjas. Los Indios, han estancado allí esta industria, como muy diestros que son en ella; lo cual ha contribuido no poco para que á una de las dos galerías se la dé el nombre de *Portal de Botoneros*.

Desde la *Plaza Mayor*, se entra en la catedral subiendo diez gradas de piedra. La portada y los dos campanarios son de una arquitectura muy elegante; pero los muchos colorines de que se halla cubierto enteramente el edificio, perjudican al efecto general. El coro, situado en medio de la iglesia, ocupa casi toda la estension de la nave, siendo necesario penetrar en él para percibir el altar mayor espléndidamente decorado y guarnecido de láminas de plata. Las sillas y los entarimados del coro están enriquecidos con figuras de un trabajo admirable. Los adornos de la bóveda y las molduras de los frisos son de estuco y de madera. Ademas, existen en la iglesia rejas y balaustradas de hierro dorado de un precio considerable. Cuando se celebran fiestas solemnes, desaparecen los muros debajo de magníficas tapicerías, desplegándose en el servicio del culto divino un lujo inaudito de basos sagrados y de telas de brocado, que dejan lucir el oro y la plata á merced de las luces de miles de cirios.

El palacio del presidente de la república no tiene la fachada por el lado de la plaza. Su entrada principal es por la calle del *Fierro viejo*, que va á parar al puente del Rimac. El interior, nada notable ofrece respecto á la parte arquitectónica: en cuanto á su decoracion es mas que mediana. Refieren que era un edificio magnífico antes de que lo destruyera el temblor de tierra de 1687; pero, posteriormente, fué construido de una manera bastante mezquina, y los actuales presidentes del Perú habitan muy poco en él para cuidarse de su medianía. El primer palacio de los vireyes, en el que fué asesinado Pizarro, estaba situado en la parte occidental de la *plaza Mayor*, en el lugar que ocupa hoy el callejon de los *Patateros*.

Al virey, marqués de Salvatierra, es á quien se le debe la graciosa fuente de bronce que adorna el centro de la plaza, y que surte á gran parte de la poblacion. Una estátua de la Fama es lo que constituye la parte superior de esta fuente; el surtidor se halla colocado en su estremo, y el agua cae en abundancia en dos cubetos de desigual grandor, concluyendo por llenar un ancho receptáculo, alrededor del cual se oprime la multitud de aguadores que á ella concurren.

La *plaza Mayor* ofrece por la mañana, á la hora del mercado, un golpe de vista de los mas pintorescos: vese allí confundida una multitud que reune todos los colores intermediarios de la piel, desde el blanco hasta el negro. Los indios de las *chácras* (alquerías) inmediatas, cubiertos con el *puncho* (pedazo de tela que se ponen como una dalmática), concurren en gran número con legumbres y frutos de todo género, porque el clima del pais es igualmente favorable para los frutos de Europa y de los Trópicos.

Los vendedores de comestibles presentan chuletas de cerdo, morcillas, salchichas, y venden *massamora*, papilla de maiz preparada con miel; *picantes*, pasta formada con cáscaras de *capsicum*, patatas, nueces machacadas, y otros ingredientes; y por último, *chicha*, bebida favorita del pais hecha con el maiz fermentado, apilado, y muchas veces mascado por muchos individuos como el *kava* de los salvages de la Oceanía. Las *fresqueras* tienen aparadores ó mesitas rodeadas de bancos de madera en los que se sientan los que van á tomar helados, sorvetes y almívares de ananas, de naranja y granada.

Las mugeres de Lima no han adoptado aun las modas europeas. Su trage es original y variado.

Las indias se atraen las miradas por los colores vivísimos de sus vestidos, por la espresion de su fisonomía, y el gracioso peinado de su cabello dividido en mil trenzas y cubierto por un sombrero de paja de color, cuya alta copa se halla adornada de cintas. Algunas indias llevan todavía lutos por el primer Inca, los cuales consisten únicamente en coser en un lado del zagalejo una banda perpendicular, de color oscuro.

Las limeñas, propiamente dichas, se distinguen por la elegancia de su *saya* y de su *manto*. Se atan á la cintura su toca de seda negra, con que procuran despues taparse la cabeza, y casi la cara, dejando solo entrever de ella lo suficiente para columbrar con un ojo el terreno por donde han de marchar. La que sí queda descubierta enteramente es la cintura, porque el pañuelo va levantado y dentro del manto por la parte posterior. La *saya* es un guardapies de raso atado á la cintura y fruncido por debajo de ella, cayendo con gracia, desviándose del cuerpo á merced de una tela interior muy engomada, y formando multitud de pliegues semejantes, que van ensanchaudose desde su origen hasta su base. Los colores favoritos para la saya son el azul, el negro y el verde esmeralda.



TRAJES DE LIMA.

Las mugeres todas, cualquiera que sea su posicion social, se mantienen en un retiro estremado; generalmente usan medias de seda de color claro y zapatos de raso blanco.

Los diferentes colores de los hábitos religiosos contribuyen tambien al efecto pintoresco de la ciudad. Los monjes de San Francisco los llevan azules; los de Santo Domingo blancos; los amortajadores (hermanos de la Buena Muerte) usan sobre la sotana y la capa negra una cruz de color de escarlata; los frailes llevan inmensos sombreros que los protejen del sol.

Los conventos de Lima merecen particularmente fijar la atencion del viajero; el de San Francisco se compone de una vasta iglesia y tres capillas dedicadas á diferentes ejercicios de piedad. La iglesia principal está ricamente adornada; los altares se hallan dorados con esmero: uno de ellos parece esclusivamente destinado á los negros; las imágenes de los santos que le decoran representan tambien negros.

Hay en el convento tres patios rodeados de órdenes de galerías con arcadas. La ornamentacion de estas galerías es de estuco, y á cada estremo se encuentra un altar dorado.

En el mas capaz de los patios, se cultiva un jardin protejido contra los novicios por rejas colocadas entre los arcos inferiores. Un surtidor de agua, cuyo canastillo vuelve á caer en tres cubetas de desigual grandor, ocupa el centro: cayendo á los cuatro ángulos otros cuatro surtidores mas pequeños, bajo los espesos ramos de *lucuma*, de *succha* y de *chirimayas*.

Ruido alguno turba la paz de aquel eden, en donde se confunden los suaves olores de las flores de Europa con los perfumes penetrantes de las de los Trópicos; solo los suspiros del órgano y el canto grave de los monjes de la iglesia vecina se elevan alguna vez y suben hasta el cielo, confundidos con el murmullo del agua, los trinos de los pájaros y las esencias de las flores.

El convento de Santo Domingo es el mas rico, ya que no el de mejor aspecto de los de Lima. En la iglesia, á la derecha del coro, hay un altar dedicado á Santa Rosa, la única limeña que ha sido canonizada. Una bella estátua de mármol blanco, ejecutada en Italia, si bien ignoramos el nombre de su autor, representa á la santa en el instante en que acaba de morir. Un ángel con las alas desplegadas toca apenas al suelo y levanta el sudario que cubre su rostro, inmediato al cual se descubre un ramo tronchado de rosal con una rosa blanca marchitándose. La muger y la flor exhalan al cielo, la una su postrer suspiro, y la otra su último perfume. El relicario ocupa la parte superior del altar; está cubierto de delicadas cinceladuras, de incrustaciones y de piedras preciosas.

Los altares del convento de San Pedro se ven recargados de una profusion de columnas torcidas, de dentellones, de

flores, de festones, de hojas, de espirales, de pámpanos, y de angelotes.

En el santuario de Santa Rosa, edificado en el solar de la casa en que nació *Rosa de Santa María*, se conserva, entre otras reliquias, la cruz de madera que la santa llevaba á cuestas, como Cristo en el Calvario, durante muchas horas; la cruz, herizada de puntas agudas, que colocaba sobre su seno; su sortija ó *esposa*, rizos de sus cabellos, sus dos tibias, y los dos dedos con que, segun la tradicion refiere, tocaba á la imágen del divino Jesus. Los cuadros que decoran esta capilla representan pasages de la vida de Santa Rosa; el que adorna el *retablo* es un retrato de la Santa Virgen, estando la tela horadada, con el fin de suspender zarcillos de diamantes en las orejas de la santa madre de Dios, y un collar de perlas en su garganta.

Las *alamedas* ó paseos hace muchos años que no se ven muy frecuentados. Los dias en que hay funcion de toros sí que concurren las mugeres, sin olvidar ninguna el misterioso y elegante traje limeño, á sentarse en el banco de la *alameda del Actio*, divirtiéndose en desorientar á los transitantes. Este paseo conduce al circo; cuatro filas de sauces le prestan una sombra impenetrable; está delicioso, sobre todo por la noche en las estaciones calurosas; el rio que ha crecido con las nieves derretidas, muge sobre un lecho de pedernales, y presta á cuanto le circunda una frescura regeneradora. Lima, que se estiende por la ribera opuesta, destaca en el cielo coloreado con los rayos del sol poniente las líneas sombrías y occidenteles de las casas, de las cúpulas y los campanarios; y por último, se deslizan por la calzada, ligeros trenes, de los que se escapan confusos acentos de mugeres vestidas con elegancia y coquetería.

Otro paseo mas bello, aunque no tan bien situado, es el que se llama la *Alameda vieja*. Solo se ve frecuentado hácia el mes de junio, época en que se dirigen las cabalgatas á los primeros cerros de la cordillera para coger la flor amarilla de las *almancaes* (especie de narciso). Este paseo, cuyas calles están plantadas de naranjos y adornadas de surtidores de bronce, conduce al convento de los Descalzos: próximamente en el centro de sus costados, se ven dos monasterios de monjes: cuando se entra en él por el arrabal de San Lázaro, se descubre á la derecha un gran cercado, cuyas murallas están enriquecidas con adornos de estuco; este cercado tiene un pórtico bastante parecido á un arco triunfal que estuviera apoyado en una série de arcos laterales. Habíanse destinado estas construcciones á un inmenso baño que hubiera sido alimentado por la corriente de las aguas á él inmediatas, pero se interrumpió el trabajo, y el edificio no acabado aun se arruina ya y desmorona á cada nuevo temblor de tierra.

EL AMOR DE UNA REINA.

NOVELA.

(Conclusion.)

CAPITULO III.

Cuando llegaron á saber los conjurados que la Reina, lejos de favorecer las maquinaciones de la Hermandad, habia puesto en libertad al page del Obispo, y lo que es mas, otorgado al aborrecido Pontífice de Compostela un juramento de paz, de alianza y de fidelidad, pusieron el grito en el cielo, clamando furiosos por la venganza. La Reina, Don Diego, el conde de Lara y hasta el page Ramiro, fueron envueltos en un anatema comun.

Ninguno de ellos acaso merecia tanto la cólera de los conspiradores como el jóven peregrino que tan feliz mudanza habia producido en el ánimo de la Reina. A la luz de aquella pasion, destello del purísimo amor de sus primeros años, ella habia contemplado con rubor sus lamentables errores y estravíos, cuya gravedad conocia por vez primera, á semejanza del que encerrado por mucho tiempo en un lugar poco ventilado, no siente el sudor, sino despues que de respirar el aire libre de la campiña.

Del conocimiento de la enfermedad á la aplicacion del remedio oportuno y eficaz, no media mas que un paso. La reina lo dió con resolucion y valentia, dirigiéndose á Santiago á solicitar del obispo la disolucion completa de su fatal matrimonio con Alfonso el Batallador. Llevaba tambien otro pensamiento: el de armar caballero por sus propias manos al jóven cuyas miradas habian bastado para sacarla del abismo en que insensiblemente se fué sumergiendo.

Era de tan subido precio en aquella época recibir la órden de caballeria de una persona augusta, que pocas personas, por elevada que fuese su categoria alcanzaban honra tan singular. Todo le parecia poco, sin embargo, á doña Urraca para recompensar y engrandecer al mancebo. Tenia que presentar éste pruebas de haber nacido de noble estirpe; y como su padre hubiese muerto mucho tiempo hacia, su anciana madre, para cumplir con la fórmula ritual, vióse obligada á jurar la hidalguia de Ramiro. Al poner la mano sobre la cruz para la ceremonia, temblaba la pobre anciana, y pálida, y con la frente abatida rehusó prestar el juramento.

—¡Cómo! esclamó el obispo que presenciaba este acto. ¿Tienes dudas acerca de la nobleza de tu casa?

—Ninguna.

—Pues entonces ¿las tienes acerca del orígen de Ramiro? ¿No es hijo tuyo por ventura?

Así era la verdad. Poco tiempo antes de la muerte del esposo habia encontrado aquella mujer un niño abandonado, y movida de compasion lo habia recogido y criado como si fuera suyo propio.

Cuando la reina supo esta noticia, volvió á pensar mas detenidamente en la estraña semejanza del page con el rico hombre de Altamira; y como la edad convenia perfectamente con la muerte de aquel, entró en sospechas de que fuese hijo de su antiguo amante. Para aclararlas llamó á doña Elvira de Trava, su eterna rival, dominando los celos que le inspiraba aquella mujer, tan dichosa en todas las desgracias de ella. Hablóla de sus amores y casamiento secreto con el de Altamira: manifestóla sus dudas esperando que las confirmase ó desvaneciese.

Sucedió lo primero. Elvira de Trava refirió que su matrimonio se habia mantenido oculto por no ofender á don Lope de Altamira, hermano de su marido, que locamente enamorado de ella, no hubiera podido resistir al espectáculo de aquella felicidad: que habiendo tenido un hijo lo dió á criar en una aldea, y poco despues de nacido pereció en una correria que hicieron los moros talando y saqueando los campos y lugares indefensos. Elvira lo creia muerto; pero algunas veces pensaba que su desaparicion provenia de otra causa, puesto que por mas diligencias que hizo no pudo hallar el cadáver de aquel niño.

Ya con estas noticias consiguió la reina que doce nobles jurasen la hidalguia del page, medio muy usado en aquella época, no solo para resolver ciertas dudas, sino para contrariar el hecho mas evidente y notorio. Suponíase que el juramento de doce caballeros era prueba infalible de la verdad. No renunció doña Urraca, sin embargo, á nuevas averiguaciones: llamó á don Lope, señor entonces de Altamira, y hermano menor de su antiguo amante, y por su turbacion conoció la reina que se encerraba algun misterio entre él y Ramiro. Don Lope era, en efecto, el único que podia estar interesado en la desaparicion de aquel niño, á quien, como heredero de su padre, pertenecian todas las tierras y castillos, usurpadas tal vez por el hermano menor.

Mucho adelantaba la reina en el camino de sus sospechas: el page del obispo íbase convirtiendo poco á poco en uno de los principales ricos hombres de aquel reino, en un caballero de la casa mas noble y mas ilustre de Galicia; y si pudo sin mengua dar la mano á un aventurero francés, llamado Raimundo de Borgoña; si los grandes de su córte pensaron despues en casarla con el conde don Gomez Gonzalez Salvadores; si podia enlazarse con el de Lara sin que desdigese de la magestad ¿no podia igualmente pensar en compartir su tálamo y su trono con Ramiro?

Hubo momentos en que á fuerza de acariciar esta idea creyó fácil y seguro realizarla: ya no podia temer la rivalidad de Elvira que en aquellos dulcísimos ensueños tomaba el título de madre: ya no podia temer la oposicion de la córte, que veia á Ramiro elevado de repente á la mas alta cumbre de la nobleza; ya no podia, en fin, temer que le faltase el breve para la disolucion del matrimonio con el rey de Aragon; porque el obispo de Santiago no podia negarlo tratándose de tanta honra y de tanta ventura para su page. Doña Urraca temia, sin embargo, ¿á quién? A un juez que jamás se forma ilusiones; que no se alucina por la pasion: á su conciencia.

La conciencia le dictaba que, siendo demasiado públicos sus amores con el conde de Lara, si estaba decidida á

portarse bien y á recobrar su antigua fama, debia darle su mano, debia reparar con este acto sus pasadas flaquezas.

Mientras sostenia esta lucha dentro de su pecho, el rico hombre de Altamira, que pertenecia á la hermandad de los conjurados, preparaba otra lucha en las calles de la ciudad. Temiendo que la reina se apoderase de él de improviso, para obligarle á confesar el secreto que poco á poco iba revelándose, precipitó la venganza de los conspiradores, que la habian aplazado para el dia en que el príncipe don Alfonso entrase en Santiago á recibir de mano del obispo la corona de Galicia. Eligieron la ocasion propicia de hallarse dentro de la catedral la reina, el obispo, el conde de Lara y algunos otros nobles en la ceremonia de armar caballero á Ramiro; y se dirigieron al templo, cercándole de manera que nadie pudiese escapar de allí sin caer en sus manos.

La reina y el obispo no sabian á qué atribuir el estrépito que poco á poco iba resonando y creciendo fuera de la iglesia: enviaron á saber noticias á dos escuderos que no tornaron con ellas: volvieron á enviar á otros que fueron asesinados por los rebeldes. Entonces ya pudieron llegar á sus oidos los gritos de muerte que lanzaban los de fuera.

Terminóse atropelladamente la ceremonia, y don Diego Gelmirez, creyendo poder calmar el tumulto con su presencia, dirigióse á una de las puertas del templo vestido de pontifical y con una cruz en la mano. Acaso debió su salvacion á esta circunstancia; porque los rebeldes, al saber que se acercaba el obispo, prepararon sus dardos y ballestas contra él, y solo se contuvieron al verle armado con el signo de nuestra redencion.

Determinaron entonces los que se hallaban en el templo subirse á la torre, con ánimo de hacerse fuertes allí y tocar á rebato y llamar al pueblo á su defensa. Esto acabó de enfurecer á los de la hermandad, que temiendo verse acometidos por la poblacion, trataron de terminar pronto la lucha.

Sin respetar el sagrado de la iglesia, penetraron en ella, dando furiosos gritos y lanzándose á la torre tras de los sitiados. Cerrada estaba la puerta; pero no tardaron en hacerla astillas á golpes y hachazos. No era este, sin embargo, el principal obstáculo que tenian que vencer: detrás estaba Ramiro, recien armado caballero, y todos cuantos osaban entrar caian víctimas de aquella espada que se le acababa de confiar. Ayudábanle tambien en la empresa algunos otros, y los conjurados desesperaban de poder conseguir su intento. Las campanas seguian llamando á los ciudadanos, y su triste son mezclábase con el estruendo de la pelea y á los gritos de venganza de los facciosos. Pero llamaban en vano.

Tenian estos aterrada la ciudad: nadie venia en su auxilio. De repente esparcióse entre ellos la noticia de que el príncipe don Alfonso se acercaba con tropas mandadas por el conde de Trava, y los conjurados se dieron prisa de acabar con los de la torre: desistieron de su propósito de entrar por la fuerza de las armas, y el rico hombre de Altamira, que mandaba el combate, dispuso pegar fuego al campanario.

Hacinaron alrededor todo género de combustibles, y, aunque las paredes podian resistir algun tiempo, las llamas iban penetrando poco á poco, y consumiendo las vigas del techo, y el calor y el humo sofocaban á los de arriba. Todos creyeron que era llegado su último fin: la reina se confesó con el obispo, y dió su mano despues al conde de Lara; Ramiro fué testigo de este lúgubre matrimonio.

Las espadas no servian; no servia el valor, y el rebato no causaba el efecto que aquellos desdichados se prometian. Apareció entonces una bandera blanca: los sitiados pidieron capitulacion. Tan solo pudieron conseguir que doña Urraca saliera de la torre: el obispo se contentó con pedir que le mandasen un monge para confesarse: única gracia que le otorgaron. Salió la reina por si podia volver con gente á defender á sus compañeros de infortunio, no por salvar la vida; pero mas le valia no haber salido: el populacho comenzó á llenarla de denuestros y baldones: unos se propasaron á poner en ella sus sacrílegas manos; otros mas atrevidos la quitaron sus tocas, y sin que les moviese á compasion verla de rodillas, pidiéndoles con lágrimas que no la maltrataran, la golpearon, y lo que es mas horrible, y lo que por desgracia es un hecho confirmado por escritores contemporáneos, la desnudaron torpemente, dejándola sobre las losas del templo desmayada.

Entre tanto el obispo habia recibido al monge que le enviaron, el cual, debajo de sus hábitos, llevó oculta una capa de mendigo, y disfrazado con ella, y á favor de la confusion pudo escapar don Diego. El conde de Lara se descolgó á los tejados de la iglesia, y Ramiro y algunos otros caballeros, apenas volvieron á subir las llamas, por algun tiempo suspendidas, prefirieron salir por medio de ellas, espada en mano, y morir matando.

Los que no tomaron esta resolucion allí perecieron abrasados: el fuego tomó tal violencia, que las campanas, que pesaban mil quinientas libras, llegaron á derretirse.

Entre tanto la reina volvió de su desmayo, y se halló desgreñada, desnuda hasta el pecho, y llena de lodo: y muerta de miedo y de vergüenza, cubriéndose como pudo su desnudez, refugióse á una capilla, tras de cuyo altar estaba escondido el obispo.

Llegaron allí algunos conjurados, al parecer espantados de su maldad, y arrepentidos de tantos crímenes, postráronse á los pies de la reina, prometiéndola llevarla á donde quisiese; pero temiendo Urraca por el obispo le respondió:

—Id, malvados, id, impíos, id, réprobos del infierno, id á la torre en que vuestro obispo va á perecer abrasado. Sacadlo pronto de aquel peligro para que á la posteridad no quede un ejemplo de tanta maldad y de tanta infamia. No permitais que se cometa tan gran pecado: id presto.

Y cuando los vió lejos de sí, avisó á don Diego que marchase al punto de aquel sitio á refugiarse en otro mas seguro. Rompiendo tabiques, con auxilio de dos escuderos suyos, fué pasando de casa en casa, hasta llegar á la de un amigo que le sacó secretamente al campo. Llegó poco despues la reina, que habia tropezado con no menos dificultades y peligros.

Algun tiempo permanecieron ocultos en las cercanías de la ciudad, hasta que llegó el príncipe don Alfonso y el conde de Trava, y reunieron tropas bastantes para emprender el sitio de la ciudad amotinada. Duró este muchos dias, los rebeldes no se cuidaban de enterrar á los que morian en las murallas, y animados por don Lope de Altamira, estaban resueltos á morir todos como sus compañeros antes que rendirse. Pero del seno mismo de la ciudad salieron un dia algunos guerreros dando gritos á la reina y al obispo, y llegando delante de don Lope un caballero, le provocó á singular combate, llamándole traidor y desleal. Vino el de Altamira contra él, ciego de cólera, y al poco tiempo quedó á los pies del desconocido muy mal herido; y aprovechándose del terror que infundió á los conjurados la desgracia de su caudillo, se apoderaron de una de las puertas de la ciudad, capitaneados por el vencedor de don Lope.

Los rebeldes, viéndose ya perdidos, mandaron mensageros al obispo para pedir perdon y misericordia.

—Reverendísimo padre, dijeron, no venimos á implorar compasion para los malvados, sino piedad para los ilusos. Toda la ciudad, escepto los traidores, te suplica que cortes el miembro podrido, para que el cuerpo pueda seguir viviendo. Perdona, padre, perdona á tus hijos, y no quieras hundir la espada en los pechos que tantas veces se han conmovido por tu misericordia. Ten compasion; sé nuestro brazo; á tí nos acogemos, pues aunque ingratos y miserables, somos hijos tuyos y te llamamos padre.

Conmovido don Diego con estos ruegos, fué á ver á la reina y á su hijo para referirles las súplicas y arrepentimiento de los compostelanos.

—No quiera Dios, esclamó la reina, que yo perdone jamás á los traidores, á los que tan horriblemente me han ultrajado. Juramento he hecho de que toda la ciudad ha de perecer, ó por fuego, ó por la espada. Ellos no han perdonado la iglesia de Santiago, ni á tí, que eres su obispo, ni á mí, que soy su reina: tampoco alcanzarán perdon. Tráteseles como merece: ninguno como tú, padre, debe anhelar su esterminio; á nadie como á tí le interesa castigar tanta iniquidad.

Viendo el obispo que la reina seguia inflexible en su venganza, apeló al príncipe don Alfonso y al conde de Trava, los cuales fueron á doña Urraca, y á fuerza de súplicas consiguieron de ella el perdon; pero al darlo, al ver que se le escapaba de entre las manos la venganza de sus injurias, dice la historia que se echó á llorar.

Una de las cosas que acaso sentia ella mas que su propia afrenta, era la muerte del page Ramiro, acaecida sin

duda al escaparse de la torre por en medio de los conjurados. Mientras los demás celebraban el triunfo conseguido, dándose por muy satisfechos de tener que castigar tan solo á los principales autores de la rebelion, ella fué á la ciudad con tanta tristeza como si volviese de una derrota.

Verificóse la entrada por la puerta ganada por el desconocido vencedor de don Lope, el cual salió á recibir á los príncipes calada la visera: levantósela para besar la mano de la reina, que se la tendió con indiferencia, dando un suspiro porque iba á entrar en la ciudad donde el page habia perecido, sin poder vengar su muerte.

Pero el beso que el caballero imprimió en su mano era tan ardiente y apasionado, que no pudo menos de distraerla de sus imaginaciones, y volviendo los ojos se encontró con las miradas de Ramiro arrodillado á sus pies.

Para colmo de gozo hallaron á don Lope de Altamira espirando y pidiendo confesion. Auxilióle en aquellos terribles momentos el obispo de Santiago, perdonándole todas ofensas recibidas, y conmovido de tanta misericordia, declaró públicamente que Ramiro era hijo de su hermano mayor, y que á él, de consiguiente, le correspondian todos sus estados.

El príncipe don Alfonso fué proclamado rey de Galicia, y doña Urraca, abrumada ya del peso de las coronas de Leon y de Castilla, las añadió á las sienes de su hijo.

Vivió diez años, casada, segun dicen algunos historiadores, con el conde don Pedro Gonzalez de Lara.

Un amor la habia perdido: otro amor la habia salvado.

Francisco Navarro Villoslada.

EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL QUITASOL.

PRIMERA PARTE.

Historia de un Manguito.

No hay campo tan ameno y ancho como el de la historia: todo lo comprende y abarca; desde el hombre, rey de los seres, hasta la yedra que necesita arrimo para levantarse y vivir. Está escrita en su primera página la obra mas grande que soñar puede un entusiasta, la creacion del mundo, obra de Dios y adelantándose dia por dia, semana por semana, mes por mes, año por año ó siglo por siglo, van apareciendo la formacion y transformaciones de la sociedad, desde el matrimonio al patriarcado, desde la oligarquia al imperio. En las páginas de la historia están escritas las religiones, las costumbres, las leyes fundamentales y civiles, los grandes cataclismos del globo, la aparicion de nuevos astros, la limitacion y extralimitacion de los reinos, las espediciones gloriosas ó desgraciadas de los pueblos y las hazañas de los héroes. Invaden los griegos el Asia, y el nombre de Arbela va unido al del macedon Alejandro: Sagunto y Numancia, resistiendo hasta perecer entre las llamas, levantan pedestal de ruinas al indomable Anibal y al gran Scipion: resuena en los campos de Farsalia el nombre de César; y todos los ecos de Europa repiten el de Napoleon Bonaparte. Desde Moisés á César Cantú, cuantos y cuantos historiadores. El griego Herodoto, el judio Josefo, los romanos Tácito, Plutarco y Tito Libio, el italiano Bembo, el francés Segur, el inglés Hume, el español Mariana.... ¿pero á dónde ir con tan gran número de historiadores? Desde el Pentatéuco, historia de la humanidad, hasta el Consulado y el Imperio, historia de un hombre, ¿cuántas historias podrian presentarse sagradas ó profanas, universales ó particulares? Las hay del mundo, de una de sus partes, de un imperio, de una comarca, de una ciudad, de un individuo; y para que esté el cuadro mas completo va á ser instantáneamente enriquecida con la fiel *Historia del Manguito*.

¿No es cierto benévolas lectoras, que la sencilla historia de un Manguito, pica vuestra curiosidad un poco mas que Ciro y Bayaceto? Estos célebres capitanes, que derramaron mucha sangre para que pasaran sus nombres de siglo en siglo, no os conocieron, no os trataron; vosotras, que habeis entrado apenas en la primavera de la vida, tampoco pudisteis conocer á unos hombres que murieron dos mil seiscientos años hace; y por lo tanto no hay motivo para que os intereseis por ellos: pero tratándose del manguito varia la cuestion. Mil y mil veces vuestras manos, blancas, perfumadas, suaves, habran buscado seguro puerto contra los rigores de la estacion en las entrañas de un manguito: y las manos que estaban frias, amoratadas, ateridas, cadavéricas puede decirse, habrán encontrado allí la vida; porque la vida es el calor, y no hay calor tan agradable como el que produce un manguito. Cuando la mano cadavérica ha subido á treinta grados sobre cero, cuando han desaparecido del todo los escalofrios que produce la frialdad de nuestros estremos, bien puede tenderse la mano á un amigo, para que no se burle del manguito, reconociendo los buenos efectos que produce; y el amigo, ó adorador, estrechará con alborozo aquella mano delicada, aunque no sea mas que porque preso da suavísimo calor á la suya: no será imposible que estampe en ella sus ardientes labios, para comparar el calórico, todo ello con incomparable inocencia; y acabará por bendecir á tan benéfico manguito. ¿Pero acaban aquí las ventajas de este precioso mueble, que apenas conocen las elegantes de nuestras provincias meridionales? No por cierto. Un manguito bien manejado puede servir muy bien de telégrafo, y trasmitir las comunicaciones con mas rapidez que uno eléctrico, como lo veremos al punto.

Figurémonos, y esta figuracion es muchas veces realidad, figurémonos una jóven perdidamente enamorada, y vigilada por una madre, padre ó hermano, que se opone á su pasion. Supongamos, y esto es mas raro, que las dádivas de los amantes no logran ablandar el empedernido corazon de una doncella ó de un lacayo, y que las comunicaciones se interrumpen. A estos dos amantes desgraciados solo queda un consuelo, el de verse; y si no pueden darse citas, desaparece este consuelo, la desesperacion se apodera de sus apasionadas almas, y es muy posible que concluyan por sepultar cuerpos y esperanzas en el Canal del Manzanares. Para impedir esta catástrofe sirve el manguito. Por rigorosos que sean los papás ó hermanos de nuestra bella enamorada, no la impedirán que pasee; y como á las mamás elegantes, á los papás jóvenes y á los hermanos, sean como fueren, no disgusta la concurrencia, dirigirán naturalmente sus pasos y los de sus hijas hácia el exconvento de Atocha, paseo que ha elegido la moda para probar hasta donde llega la omnipotencia de sus veleidosos caprichos. Llegada al paseo, la hermosa jóven no dirigirá ni una sola mirada á los trenes que aventajan al suyo en riqueza, si es dama de coche, que una niña puede ser hermosa sin ser dueña de carruaje; y con el alma puesta en los ojos buscará cuidadosamente al tierno objeto de su amor. Como los celosos cuidados de su familia no la han permitido comunicar á su adorado el plan de campaña que cree conveniente seguir, cuidará la primera tarde de llevar escrito un billete, no importa que tenga mal papel, que esté escrito con tinta blanca ó lapiz plomo; una hija de familia pocas veces tiene buenos utensilios de escribir; y cuando se cruce con su amante, aprovechando un descuido de la mamá, le dirigirá una signifi-



cativa mirada, y dejará caer el papelito, que al intento lle-

vaba oculto en lo mas hondo del manguito. El enamorado galan cojerá al momento el billete; huirá de las gentes como un escomulgado; y cuando se encuentre sano y salvo en las quebradas del Retiro, á espaldas del Observatorio astronómico, besará el papel una ó mil veces, y sin acordarse de los ástros, leerá las siguientes líneas, escritas de puño y letra de su amada:

«Amado mio: la vigilancia de mamá no me permite hablarte, ni aun escribirte cuatro letras; pero aprovechando un momento de libertad, he formado un diccionario del Manguito que hallarás adjunto y que nos facilitará muchas veces los medios de vernos un instante. Por esta ingeniosa invencion podrás conocer la inmensidad de mi cariño. Tuya hasta la muerte—Eloisa.»

Adjunto al anterior billete debe ir el importante documento que á continuacion estampamos.

Diccionario del Manguito.

1.° Cuando lleve el manguito sobre el pecho, metidas en él las dos manos, quiero decir que voy al circo de Pombo.

2.° Cuando lo levante hasta la boca, que voy al Príncipe.

3.° Cuando lo baje demasiado, que voy á la Cruz.

4.° Cuando lo despegue del pecho en toda la estension de los brazos, que voy al Circo de M. Paul.

5.° Cuando, el manguito sobre el pecho, solo guarde en él la mano izquierda, es señal de que estoy enojada.

6.° Cuando guarde la mano derecha únicamente, es señal de que te quiero mas que nunca.

7.° Cuando, el manguito junto á la boca, solo guarde la mano izquierda, indica que voy de tertulia á casa de la baronesa.

8.° Cuando guarde la mano derecha, quiero decir que asisto al baile de la amabilísima condesa.

9.° Cuando deje caer verticalmente el manguito, metida en él la mano derecha, quiero decir que podremos hablar un momento por el postiguillo; y con los dedos de la otra mano te manifestaré la hora.

10. Cuando deje caer el manguito, metida en él la mano izquierda, te digo que estaré al balcon; y con la otra mano procuraré indicar la hora.

11. Cuando alce el manguito en la mano derecha, que no como en casa al dia siguiente, y sí en la de mi amiga Matilde.

12. Si alzo el manguito en la mano izquierda, es señal de que traigo en él un billete.

13. Si por desgracia, alguna vez inclino el manguito hácia la espalda, será señal de que nos separan, de que me alejan de Madrid.

14. Si dejo caer al suelo el manguito, manifestaré que se han roto los vínculos de nuestro amor.»

Despues de leido el diccionario confesarán todos los amantes que un manguito puede quitar muchos suicidios amorosos, y ahorrar á los guardas del Canal la desagradable operacion de exhumar fétidos cadáveres. ¿Pero, por ventura, acaba aquí la utilidad de un manguito bien manejado? No hubiera yo escrito su historia si no tuviera mas importancia. El manguito es el mejor, el mas apreciable compañero de una muger de sociedad; no le sirve esclusivamente para guardar el fino pañuelo de batista, los guantes, y sacar la mano desnuda en un momento preparado, como una escena de grande efecto en un melodrama francés: no la sirve esclusivamente para preservar de las brisas de Guadarrama la tez de sus rosados dedos: no la sirve esclusivamente para el amoroso telégrafo que acabamos de describir; la sirve para otras intrigas inocentes; para lances de inocencia un tanto dudosa; para casos muy apurados.

Acudamos una noche de enero á una reunion de confianza, en la cual, por un aniversario ó por otra razon cualquiera, se sirve un té, un ramilletito, ó unas cuantas bandejas de dulces. Como la reunion es de confianza, no se estraña que una señora, reconocidamente friolega, entre al salon con su manguito, que deja poco despues de tomar asiento, en cualquiera silla inmediata. Esta señora está dotada de cuantas heróicas virtudes griegas y romanas poseyeron. Es una Susana ó Lucrecia en la castidad; una Safo en sensibilidad y talento; en valor supera á Cleopatra y á la griega Elena en hermosura. Pero como nada hay perfecto en este mundo que habitamos, entre tan bellas cualidades tiene un defectillo, una friolera; es singularmente golosa. Empiezan á servir los dulces: al pasar la primera bandeja toma una fruta y un vizcocho, que come con el mismo placer que un avaro cuenta sus doblones: pasa la segunda bandeja; toma dos dulces nada mas, pero un amigo muy galante la ofrece una enorme manzana, que apenas la cabe en las manos. En pos del amigo, se presenta un conocido, que la ofrece una yema; y á renglon seguido el mismo dueño de la casa la rinde su tercera ofrenda. En situacion tan angustiosa ¿qué partido tomar? La dama se encuentra con las manos llenas: tirar un dulce para recibir otro, seria una especie de sacrilegio: colocarlos sobre la falda es escandaloso: el manguito se presenta inmediatamente en auxilio de la golosa, y de cinco en cinco minutos recibe nuevas provisiones, hasta que se transforma en ambulante confitería. Armario portatil, recibe cuantos objetos quiere su dueña trasportar á casa por sí misma. Si una amiga la recomienda la lectura de una novela interesante, inmediatamente traslada á las entrañas de su manguito el tomo primero, para no privarse un minuto de tan importante lectura. Si curioseando por las tiendas, encuentra un juguete de tocador, que la encanta por su rareza, despues de comprarlo, lo acomoda en el hondo seno del manguito. Los tarros de pomada, los de agua de la reina Victoria, los pomitos de esencia de rosa, las botitas de charol y raso, las medias de seda, los abanicos con sus cajas encuentran provisional alojamiento en las entrañas del manguito, que se transforma en pequeña arca de Noé.

Para continuar esplicando la conveniencia del manguito, trasladémonos en pensamiento, á la antesala de una sociedad cuotidiana, y fijemos nuestra atencion en ciertos manguitos dejados allí como al acaso, pero que cumplen su mision. Sin esperar mucho, veremos que se acerca á un manguito blanco un caballerete moreno; que saca con el mayor cuidado un billete, lo lee con burlona sonrisa, escribe con lapiz unas palabras en una hoja de su cartera, la dobla y coloca en el manguito del billete. Momentos despues llegará un mozalbete rubio y pondrá una cartita color de rosa en un manguito ceniciento; y si no nos falta la paciencia veremos en pocos minutos convertirse todos los manguitos en balijas de secreta correspondencia. Es necesario confesar que este oficio tiene sus quiebras, como lo atestiguan las dos anécdotas siguientes:

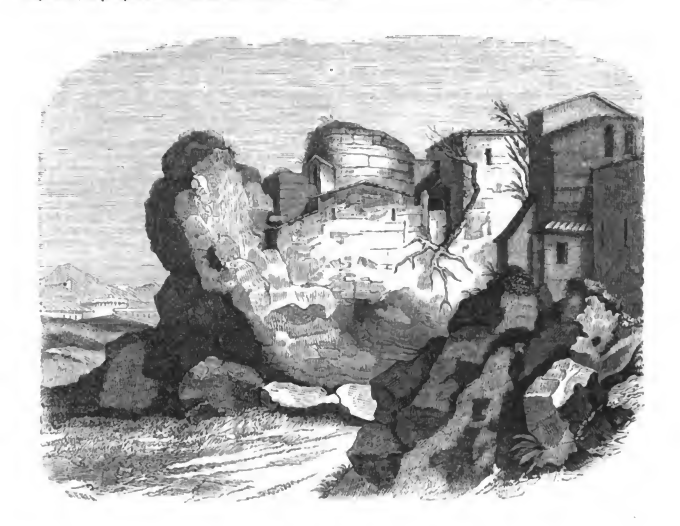
En una antesala de la marquesa del Buen-gusto, estaba una noche un manguito, blanco como una piel de cisne, pero no tanto como las manos de su dueña. A este manguito se acercó un jóven de veintidos años, hermosa edad de hermosísimas ilusiones, y lanzando una mirada en torno, para cerciorarse de que estaba solo, puso en el manguito un billete. Se alejó triunfante y satisfecho; pero no habian pasado diez minutos, cuando otro jóven de la misma edad se aproximó al mismo manguito, con ánimo de introducir otro billete, que llevaba oculto en la mano. Por casualidad ó precaucion sondeó los senos del manguito, y el primer objeto que encontró fué la carta de su rival. Rompió el lema, loco de celos, y enterado del contenido, juró vengarse de su amada y castigar al insensato que osaba cerrarle el camino. Para conseguir lo segundo, retó á su rival; salieron al campo, se batieron á pistola y á treinta pasos, y como tuvieron los padrinos la filantrópica precaucion de suprimir las balas, acabó todo en un almuerzo, con gran contento de Lardi. Para vengarse de la dama, discurrió el ingenioso medio de pedirla en matrimonio el dia siguiente al desafío; y habiéndose casado con ella tiene la casi seguridad de que el manguito de su muger nunca recibirá dos cartas.

La segunda anécdota consiste en la equivocacion siguiente. Un caballero muy coqueton, que tambien hay hombres coquetones como hay mugeres que apenas pasan por coquetas, tenia costumbre de seguir su correspondencia epistolar, valiéndose de los manguitos de dos damas, á quienes enamoraba al mismo tiempo. Una noche trocó los frenos, estaban juntos los manguitos, y las dos señoras se enteraron al mismo tiempo de la infidelidad de su amante y del nombre de su rival. Aqui fué Troya; se cruzaron lágrimas, suspiros, denuestos; y viéndose el pobre caballero entre dos campos enemigos, tuvo que buscar una tercera que le sirviera de auxiliar.

A la política y á la diplomacia puedon destinarse los manguitos con el mismo éxito que á las intrigas amorosas y gastronómicas. En el interior de un manguito puede ocultarse una escala de seda y una lima, y con su auxilio po-

nerse en salvo un hombre político de gran cuenta, ó un reo de estado formidable. En el interior de un manguito pueden guardarse llaves, pistolas y puñales. Un manguito puede conducir la correspondencia política del mismo modo que la amorosa; y quien sabe cuantas y cuantas veces estará en las entrañas de un manguito la muerte de un bando político, la prosperidad de un estado. Sobre cimientos deleznables se alzan gigantes edificios: no desprecieis hombres de familia ni hombres de estado á los manguitos, que en daño ó pro de los estados y de las familias han influido, influyen y sin duda alguna influirán.

JUAN DE ARIZA.



UN CAPRICHO.

La presente lámina no tiene por objeto reproducir los restos de ningun monumento célebre, ni es, como aparenta, copia de algunas ruinas interesantes, bajo el punto de vista histórico ó artístico; redúcese á un juguete destinado á entretener á nuestros lectores, que fácilmente tomará por formas bien conocidas, si le miran con atencion, ó aciertan á dar al papel la inclinacion que necesita para que la ilusion sea completa.

CEREBRO DEL HOMBRE

comparado con el de los demas animales.

La opinion de los antiguos naturalistas como Aristóteles y otros, era que el hombre, absoluta y relativamente hablando, tiene un cerebro mayor que el de ningun otro animal. Esta opinion es un error. El elefante tiene un peso absoluto de cerebro mas considerable, y muchos pájaros, como el gorrion, muchos monos, los animales roedores, etc., tienen en proporcion de su magnitud un cerebro mas voluminoso que el nuestro. Así pues, en la estructura del cerebro humano, en sus relaciones con los nervios y en la organizacion de estos últimos es donde debe buscarse la esplicacion material de la superioridad de inteligencia que caracteriza á nuestra especie.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Se halla corriente la nueva edicion del ALBUM BIOGRÁFICO, y ya se está repartiendo en Madrid y se remitirá á provincias en los correos del martes y miércoles; todo suscritor que no reciba su ejemplar oportunamente, debe reclamar al momento

Los abonados de provincias que han comisionado persona que recoja el Album en nuestras oficinas, pueden mandar retirar los ejemplares correspondientes.

Los del estranjero que aun no han sido servidos y que no nos han indicado todavia el medio de que el regalo llegue á sus manos, le recibirán por el orden siguiente. Los de Paris en casa de Mad. Dené Smiht, los de Londres en la libreria de Barthe et Llobert, los de Lisboa en la redaccion de la *Revista Popular*, los de Nueva Yorck en la de *La Crónica*: para los demas puntos del estranjero haremos las remesas por conducto de Mr. Monier.

Debemos prevenir, que habiendo escedido esta vez tambien el numero de suscriciones al de los ejemplares que esperábamos distribuir, es sumamente reducido el de los sobrantes y agotados que sean, no nos será posible servir con el ALBUM los pedidos restantes, hasta que en marzo procedamos á hacer una nueva reimpresion, para entregar el regalo á los suscritores que tienen marcados plazos fijos para adquirirle.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. UN AÑO 38.-Librerias de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaumebon, Gaspar y Roig, Bazola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografias del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14, seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo n. 26, o en las principales librerias.

MADRID: Imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, num. 4



PALACIO DEL BEY EN ARGEL.

Una grande y pesada puerta, bastante semejante á la de una antigua entrada de ciudad, es el ingreso de la Kasbah ó palacio del bey de Argel. Una callejuela conduce al patio del divan que es espacioso; su pavimento es de mármol blanco y está rodeado de una galería cubierta, formada por arcos moriscos sostenidos por columnas tambien de mármol blanco. La fuente, de cuyo centro se eleva un débil surtidor, es el único adorno de este sitio, si se esceptua un enorme plátano de gran belleza, colocado en el ángulo opuesto al de la fuente y que la tradicion supone contemporáneo de Barbaroja.

Uno de los costados de la galería se halla adornado con espejos de todas formas y tamaños y con tapices de Esmirna, contando por muebles una péndola gótica, una mesa de laca, en cuyos cajones se guardan un koran, un calendario turco, y algunos botes de perfumes. Bajo esta misma galería está la puerta del Tesoro, defendida por grandes cerraduras y un postiguillo guarnecido de hierro. Esta puerta dá entrada á dos ó tres corredores, bajo los cuales se encuentran subterráneos sin ventanas ni respiraderos, cortados en toda su estension por un tabique de unos cuatro pies.

El edificio, en la época en que tuvo ocasion de verle el autor de estas líneas, que fué en 1830, contenia en su recinto, salones, almacenes, cuadras y jardines ó sean patios plantados de árboles y algunas flores. El interior poseia un Kiiosco, una mezquita, una sala de armas, un largo emparrado, un corral en que se guardaban tigres y leones, un vasto almacen de pólvora, cuya cúpula se hallaba asegurada de los efectos de las bombas por una doble cubierta de sacas de lana y un parque, todo esto encerrado por altas murallas de cuarenta pies de espesor, terminadas con una plataforma con troneras, sobre la cual se hallaban colocados cerca de 200 cañones, cuidadosamente pintados de encarnado por la boca.

Toda la estencion de la galería de que arriba hemos hablado, se hallaba guarnecida por una banqueta forrada de tapices de paño color escarlata, con una franja bordada del mismo color. En este parage, y sobre una alfombra como la que acabamos de describir, se colocaba el Bey para administrar justicia ó dar audiencia á los cónsules y á los personajes estranjeros.

La lámina con que encabezamos este número dá cabal idea del tipo pintoresco y original de esta construccion notable.

28 de Enero de 1849.

D. JUAN DE AUSTRIA.

Don Juan de Austria, hijo del rey don Felipe IV, nació en Madrid en 7 de abril de 1629, en cuyo año, de su esposa doña Isabel de Borbon, tuvo este monarca al príncipe don Baltasar Cárlos que vió la luz en 17 de octubre del mismo.

Fué la madre de don Juan, María Calderon, cómica, que anteriormente habia sido dama del duque de Medina de las Torres, la cual habiéndose presentado en el teatro delante del rey cuando solo contaba diez y seis años, sin embargo que no era muy hermosa, cautivó el corazon de aquel galante monarca, si bien la jóven actriz compensaba lo que le faltaba de belleza con una gallardía y un atractivo incomparables, juntamente con una voz encantadora. Quiso el rey verla en su cámara, satisfaccion que le proporcionó el conde-duque su privado presentándosela una noche, y el monarca quedó tan enamorado que la declaró su favorita prefiriéndola á otra jóven distinguida, dama de la reina, llamada doña Tomasa de Aldana, de quien ya tenia un hijo que fué don Alonso Antonio de San Martin, así nombrado por don Juan de San Martin, ayuda de Cámara del rey, y gentilhombre de boca que le prohijó. No fueron bastantes los favores que el rey prodigó á la Calderon para que esta olvidase y dejase de ver á su primer amante el duque de Medina, que fué desterrado por esta causa, y el rey, sabiendo que no le era del todo fiel la María, se disgustó de ella y la mandó se retirase á un cláustro, lo que ejecutó tomando el hábito de religiosa en un monasterio de la serrania de la Alcarria y valle de Otande del órden de San Benito, habiendo recibido el velo de mano del Nuncio Juan Bautista Panfili, que despues fué pontifice con el nombre de Inocencio X. Aunque el rey don Felipe tuvo otros hijos fuera de matrimonio, no reconoció mas que á don Juan, lo que ejecutó en 1642 dando cuenta á los tribunales, grandes, prelados y títulos, y mandando se le diese el tratamiento de infante de España.

Crióse don Juan secretamente en Ocaña, donde estudió y tuvo por maestro de matemáticas al P. Juan Cárlos la Falle, de la compañía de Jesus. Despues púsosele casa como á infante, siendo su mayordomo mayor y sumiller el conde de Eril; capitan de su guardia compuesta de españoles y alemanes el marqués de Espinar, y confesor Fr. Hernando Sanchez, del órden de San Agustin, predicador de S. M.

El gran maestre de la órden de Malta don Pablo Lascaris Castellard le dió la dignidad de gran prior de Castilla y de Leon, y el dia de la Natividad de Nuestra Señora de 1643 recibió el hábito de la órden en la iglesia del monasterio de San Lorenzo el Real, de mano de don Alonso del Castillo, bailio de Lora, con grande concurso de grandes y caballeros. Luego le nombró el rey su padre generalísimo del mar, dándole insignes capitanes, como fueron don Gerónimo de Sandoval, general de la armada del Océano, Juanetin Doria, gobernador de las galeras de Nápoles, el marqués de Montealegre de las de Sicilia, y don Luis Fernandez de Córdoba de las de España.

En 1647 salió de Ocaña don Juan, y despidiéndose del rey cerca de Alcorcon, partió para Cádiz, donde le esperaba una gruesa armada en que se dió á la vela á principios de mayo para el reino de Nápoles, que á la sazon se hallaba alterado con la sublevacion escitada por Tomás Aniello, llamado comunmente Masaniello. Llegó allí don Juan el primero de octubre, y tomó el gobierno de mano del virey duque de Arcos, y lo tuvo hasta marzo en que arribó el conde de Oñate que iba á sucederle. Entonces hizo en las armas su primer ensayo, y auxiliado de estos señores y otros capitanes que iban en su servicio, no con poco trabajo y aun peligro de su persona, pudo don Juan conseguir la pacificacion de aquel reino.

Entrado el año 1650 pasó á combatir la importante plaza de Portolongon y Pomblin, que logró rendir el 15 de agosto, y á pocos dias, como en premio de su victoria, le nombró el rey consejero de Estado. Dirigióse luego á Sicilia, donde permaneció hasta mayo de 1651 en que salió de Palermo para venir á mandar el ejército de Cataluña y domar la sublevacion del principado. Puso sitio á Barcelona y se apoderó de ella el 13 de octubre de 1652, y por febrero del año siguiente, como virey y capitan general, juró observar los fueros del principado y siguió dando las disposiciones necesarias para arrojar á los franceses del territorio español.

Entrado el año 56 le nombró el rey gobernador de Flandes, dándole órden de que partiese sin dilacion, como lo ejecutó en 4 de marzo, llevando en su compañía solamente nueve personas, y tomando dos galeras de Nápoles. Hízose á la vela en la nombrada de S. Juan, y al dia siguiente dejó á Menorca lo y puerto de la Alcudia, de donde no pudo salir hasta despues de algunos pocos dias, dirigiendo el rumbo á Mahon. Allí estuvo espuesto á ser preso ó muerto por los moros; pero su valor y su resolucion lo libraron de tan inminente peligro. Llegó finalmente á Génova, de donde pasó á Milan, y de allí á Trento y á Insprnck, y se vió con el archiduque Fernando. Pasó el Danuvio por Donavert, arribó á Francfort y siguió hasta Lovaina, en donde se vió con Luis de Borbon, príncipe de Condé. De allí pasó á Bruselas, cuya ciudad le recibió con grandes obsequios, y mediado julio de 1656 salió al socorro de la plaza de Valenciennes en que se portó con notable valor.

Gobernó don Juan los estados de Flandes hasta el año de 59, en que por órden del rey volvió España; y al pasar por Paris visitó á los reyes de Francia, de quienes recibió testimonios de singular afecto. Llegado á Aranjuez donde se hallaba el rey le dió cuenta de los sucesos de su gobierno, y partió para Carabanchel.

Haciendo aun España esfuerzos para recobrar á Portugal, pasó á mandar el ejército destinado á esta empresa, y ejecutó acciones prodigiosas; y acaso hubiera vuelto aquel reino á unirse á España si se le hubiese auxiliado con las tropas y caudales que necesitaba para continuar la guerra con reputacion y ventajas. Hasta este tiempo no habia esperimentado mas que prosperidades; pero ya comenzó á probar no pocos sinsabores, conociendo que se procuraba desacreditarlo; muerto el rey su padre fué objeto de la mas violenta persecucion, y la reina doña Mariana de Austria le mandó retirarse á su residencia ordinaria de donde pensaba segun decia, llamarle cuando le pareciese que habian cesado ciertos inconvenientes.

Cuando las armas francesas empezaron á triunfar en los Paises Bajos, la voz del público clamaba porque fuese allá enviado don Juan como gobernador y general, suponiéndole con razon bien instruido en las cosas de aquel pais. En efecto, corriendo el año 1668 se determinó que don Juan, con la gente de varias levas que se hicieron, pasase á Flandes; pero haciendo falta dinero se mandó que con 900,000 escudos de plata de la que se habia podido recojer de los galeones, partiesen de Cádiz ocho navíos con el almirante de la armada don Fernando Carrillo y fuesen á la Coruña, á donde habia partido don Juan para darse á la vela desde aquel puerto. Estaban á la sazon los franceses dando bordos en las costas de Galicia, y previendo don Juan que si salia con la armada podria ser acometido y malograrse la espedicion, cuya partida era tan urgente, dispuso que fuesen saliendo para su destino diferentes fragatas con mucha separacion, de las cuales unas escaparon de sus asechanzas, y otras, aunque fueron vistas de los enemigos, consiguieron pasar sin peligro.

Pensaba embarcarse don Juan el 26 de junio, pero tuvo que suspender el viaje por consejo de los médicos á causa de una afeccion de pecho que le aquejaba, la cual eran de opinion se agravaria en Flandes. Sintióse mucho esta novedad, y aceptándole la dimision del gobierno de aquellas provincias, se le mandó entregase los despachos y papeles que llevaba al condestable de Castilla para que pasase á Flandes en lugar de don Juan, y éste se restituyese á Consuegra, con prohibicion de entrar en la corte y de acercarse á ella en veinte leguas en contorno, por lo que se vió obligado á pedir licencia, que le fué concedida, para pasar muy cerca de Madrid, por no dar rodeo en su marcha para Consuegra. Así lo dispuso la reina y lo manifestó al consejo en un decreto que le remitió, en razon á no haber tenido por bastante la causa alegada por don Juan para haberse escusado de pasar á Flandes.

Este procedimiento de la reina fué muy sensible para don Juan que olvidado de todos continuaba en Consuegra, cuando el 14 de octubre fué preso en la cárcel de córte don Bernardo Patiño, hermano del secretario de don Juan, y otros dos criados suyos, suceso que puso en espectacion á todo el pueblo de Madrid; mas el dia 21 se dió órden para que el marqués de Salinas, capitan de la guardia española, con cincuenta reformados fuese á Consuegra y asegurase la persona de don Juan. Llegado el marqués encontró que este

se habia fugado dejando escrita una carta para la reina en que se quejaba del ódio que el P. Juan Everardo Nidhard, confesor de esta señora, le profesaba, de la prision del hermano de su secretario, y de la ejecucion de don José Malladas, hidalgo aragonés, que habiendo sido preso á las once de la noche en el mes de mayo anterior, á las dos horas se le dió garrote en la misma cárcel en virtud de una órden de la reina, escrita de su propia mano; y declaraba que el verdadero motivo de no haber pasado á Flandes no era otro que haber querido permanecer en España para separar al P. Juan Everardo del lado de la reina, y al mismo tiempo hacia grandes protestas de sumision y amor al rey, y de su interés por el bien público.



Don Juan de Austria.

Sabida la fuga de don Juan se creyó que se hubiese dirigido al reino de Aragon; mas pasó adelante, y en 13 de noviembre de 1668 escribió á la reina desde Torre de Lledó dando cuenta de los motivos de su fuga, y pidiéndole mandase salir del reino al P. Juan Everardo. Escribió igualmente sobre lo mismo al arzobispo de Toledo, al presidente de Castilla y á don Blasco de Loyola, secretario del despacho universal, por medio del cual remitió la carta á la reina, y al mismo tiempo dió noticia del suceso ocurrido al reino de Aragon y á las ciudades y villas que tenian voto en córtes.

A consecuencia de este accidente se mandaron acercar tropas á Madrid, y se intimó al consejo de Castilla examinase si en aquel negocio que tal aspecto habia tomado, cometiera don Juan culpa que mereciese algun severo castigo. Los mas de los consejeros dieron dictámenes favorables al P. Nidhard; mas el voto particular de don Antonio de Contreras, el mas prudente y atinado, fué que se usasen de medios suaves para componer aquellas graves diferencias, escribiendo la reina á don Juan en términos satisfactorios y apacibles, y le dijese que si bien en todo lo que habia ocurrido se hallaban cosas muy dignas de censura, habia sido servida de mandar se olvidase todo; pero por dar satisfaccion mandase á don Juan se volviese á Consuegra y desde allí manifestase las razones que tuviera para pretender que S. M. apartase de sí al P. Juan Everardo Nidhard.

Este voto, aunque no estuvo exento de crítica, pareció bien generalmente y se ejecutó en parte, pues la reina respondió á don Juan con mucha templanza, remitiendo la carta al duque de Osuna para que se la entregase, y al mismo tiempo le hiciese entender que podria volverse á Consuegra ú á otra poblacion que quisiese próxima á la córte, desde donde se podia conferir negocio de tal importancia. Sin embargo, don Juan no se acercó á Madrid por temor de las asechanzas del P. Nidhard, mayormente habiendo tenido una carta de personas de suposicion en que se le aseguraba que el P. Juan Everardo procuraba su muerte con esperanza de conseguirla dentro de pocos dias.

Por diciembre de 68 recibió el gobierno las cartas que don Juan habia escrito á las ciudades y villas que tenian voto en córtes con notas que aquellos les habian puesto, casi todas concebidas en los mismos términos: unas vendiendo la fineza de que ni aun las habian leido; otras pidiendo á la reina se sirviese mandar lo que don Juan pedia por evitar los inconvenientes que de no hacerlo así podrian resultar. Estas cartas, así como la de don Juan, obligaron á celebrar varios consejos de estado, y luego se pasaron á los de Castilla y Aragon, y fué la resolucion que la reina, con el pretesto que fuese servida, diese órden para que su confesor el P. Juan Everardo Nidhard saliese de España.

Como este personage, lejos de ser bien mirado era aborrecido generalmente, todos con mucho júbilo esperaban su salida; pero la reina todavía quiso apelar á la junta de gobierno y hallarse en la sesion en que esto se tratase, sin duda para intimidar á la junta con su presencia. El P. Nidhard aunque era individuo de esta como inquisidor general, no asistió á la sesion por lo que el asunto le tocaba. Viéronse las consultas de los consejos, y despues de haberlas leido D. Blasco de Loyola, dió cada individuo su voto, y concluida la sesion, la reina, manifestando gran sentimiento, se levantó diciendo: *ya os he oido.* Aguardaba el pueblo la resolucion de esta consulta con gran confianza de que seria en un todo conforme con el dictámen de los consejos, cuando despues de algunos dias se declaró que S. M. habia resuelto que no hallaba razon para que el P. Nidhard saliese de España. Esta resolucion causó un general disgusto, y mas viendo, que haciéndose averiguacion de los autores de varios papeles que se habian esparcido contra el P. confesor, ninguna se practicaba para descubrir los de aquellos que se habian publicado contra D. Juan. Este, que á la sazon estaba en Barcelona, escribió á la reina por enero de 69, noticiándola que pensaba aproximarse á la córte para concluir los negocios mas fácilmente, y asi lo efectuó, llevando consigo una escolta que pidió al duque de Osuna.

La reina que, como se puede discurrir, sentia vivamente que se le obligase á separar de su lado al P. Nidhard, cuyo mayor contrario era D. Juan, se vengaba de este en hacerle ocultamente cuantos sinsabores podia; y asi, viendo que habia de regresar por Aragon, escribió al Consistorio de la diputacion de aquel reino, para que no solo no se hiciese á D. Juan agasajo alguno, mas aun para que recibiese desaires; pero el Consistorio escribió á la reina escusándose con sus fueros, y asi, aunque no hizo fiestas ni regocijos, salió á recibir y á darle la bienvenida á D. Juan.

Puesto este en camino llegó á Lérida, cuyos próceres que así se llamaban sus representantes, salieron á caballo un cuarto de legua de la ciudad con todas las demostraciones del mayor respeto. Habia salido el dia anterior en busca de Don Juan el cabildo y obispo, en cuyo palacio fué hospedado aquella noche y dia siguiente, y salió para Fraga. A la entrada de Aragon aguardaba á Don Juan el capitan de la guardia de aquel reino con dos compañías de infantería y caballería, un juez del consejo y el comisario general con otros ministros enviados para que recibiesen, alojasen y acompañasen á Don Juan por los tránsitos de Aragon. Entró en Fraga y en todos los demás pueblos hasta Zaragoza con general júbilo y aclamaciones de *¡viva el rey! ¡viva el señor Don Juan!* El virey, que era el conde de Aranda, antes que llegase Don Juan hizo notificar al reino y á la ciudad de Zaragoza no le hiciesen demostracion alguna pública, ni le visitasen, lo que sabido por Don Juan escribió al virey diciendo que los términos de incógnito en que iba no le permitian recibir obsequios públicos. A pesar de esto salió gran número de gente de Zaragoza á recibir á S. A., y entre ella un escuadron de estudiantes armados de espadas; mas Don Juan se detuvo una noche en una casa de campo distante un cuarto de legua de la poblacion, y allí fué visitado por el ayuntamiento de la ciudad y diputacion del reino.

Los estudiantes, asi que volvieron á Zaragoza, quisieron cometer el atentado de quemar la casa del arzobispo don N. Gamboa por haberse manifestado desafecto á Don Juan, y por motivos semejantes tambien la del virey, lo que pudo evitarse; pero en odio sin duda del P. Nidhard gran número de los mismos estudiantes llevó por toda la ciudad en forma de duelo una figura de paja que representaba un jesuita que iban á enterrar, y llegando delante del colegio de estos padres obligaron al rector á que se asomase á la ventana y viese el funeral, y despues quemaron allí mismo la figura.

Entretanto en Madrid los enemigos de Don Juan, temerosos de su venida trataron de remitir el negocio á las armas, y así principiaron á convocar militares y personas de representacion á quienes encargaban estuviesen prevenidos con armas y caballos para el servicio de S. M., y al mismo

tiempo hacian creer á la reina que todos se le habian ido á ofrecer. La villa de Madrid resolvió sacar el pendon real para que le siguiesen todos los gremios, á cuyo fin tenian nombrado por general al marqués de Peñalva, portugués, con lo que se prometian muy confiadamente la destruccion de Don Juan. El alboroto que estos preparativos produjeron en el pueblo fué causa de que el conde de Peñaranda procurase en la junta de gobierno saber con qué órden se ejecutaban tales aprestos y se enteró de que no habia órden alguna de S. M. para ello, que eran únicamente disposiciones del P. confesor y del presidente de Castilla su íntimo amigo, y asi procuró desvanecerlas dando cuenta de todo á la reina.

Hallándose ya Don Juan en la Junquera, distante de Madrid diez leguas, escribió á la reina suplicándole mandase salir luego al P. Juan Everardo de los dominios de España, y entre otras que contenia la carta dice que, «el clamor de todos, la conservacion y lustre de la monarquía lo solicitan y lo suplican tambien á V. M. La necesidad lo aconseja, el señor emperador hace á V. M. esta misma instancia con el cariño que tiene á esta monarquia y el interés de su mayor felicidad; y el sumo Pontífice lo representa á V. M. repetidamente con veras y afectos de amoroso y pacífico padre, por mas que el confesor de V. M. haya procurado recatar estos oficios al consejo de Estado y aun á la junta de gobierno, causando en ambos cuerpos el grave y justo sentimiento de verse defraudados de aquella grande y absoluta confianza que el rey nuestro Señor que está en el cielo, ordenó á V. M. hiciese de ellos, violada ya en otras muchas y graves materias por el particular interés de este religioso.»

Hallándose aun en el camino don Juan, le entregaron un papel en que le participaban las gestiones que habian practicado el P. Confesor y el presidente de Castilla para hacerle resistencia. Luego que llegaron las cartas que Don Juan escribió á la reina, á los ministros de la junta y consejo de estado, empezó á tomar aliento su parcialidad; pero no por eso cedia el P. confesor, antes conservaba su entereza y desembarazo; mas viendo que Don Juan continuaba sus marchas, y que el 22 de febrero pernoctaba en Torrejon de Ardoz, célebre en la historia de nuestros dias, se llegó á entrar en cuidado, y corrió la voz fraguada por el miedo, de que los 250 hombres que traia de escolta desde Cataluña, que no eran mas, se habian aumentado hasta mil. En tales circunstancias pareció conveniente que el Nuncio de S. S. Monseñor Borromeo tomase la mano y fuese á templar la resolucion de Don Juan, entre tanto que los consejos daban su parecer. En efecto, á las tres de la tarde salió en posta el Nuncio á conferenciar con Don Juan, y volvió á las nueve de la noche sin mas determinacion que saliese luego el P. Juan Everardo. Al siguiente dia lunes 25 toda la córte asi que amaneció se presentó en palacio y formando corros llenaban los patios y toda la plazuela. Declaráronse muchos entonces á cara descubierta por Don Juan, y asi el duque del Infantado y los marqueses del Carpio y de Eliche solicitaron hablar á la reina, pero no lo pudieron conseguir por hallarse aun recogida. Bajaron á la cobachuela y dijeron al secretario don Blasco de Loyola «diese cuenta á S. M. del estado en que se hallaba la corte y cuán á pique estaba de perderse si no tomaba pronta resolucion de que saliese el P. confesor, y que si S. M. no se determinaba seria fuerza ponerlo ellos por obra para evitar el daño que amenazaba si el señor don Juan viniese á hacerlo.»

Llegó la hora de reunirse los señores de la junta de gobierno y habiendo entrado el conde de Peñaranda, el arzobispo de Toledo y el vice-canciller de Aragon por haberse escusado el presidente de Castilla y haber impedido el Nuncio de S. S. con alguna maña y aun fuerza que asistiese el P. confesor que para ello tenia ya dispuesto el coche, entraron en la sala de la junta el duque del Infantado y el marqués del Carpio, y habiendo hablado á los miembros de ella con toda resolucion y libertad, se retiraron para aguardar la deliberacion, con cuyo motivo se reunió en palacio una innumerable multitud de gente deseosa de saber el éxito de aquel empeñado negocio. Fué la resolucion que el P. Juan Everardo saliese en el término de tres horas; pero no se comunicó á la reina hasta despues del mediodia, llevándole el decreto para que lo firmase don Blasco de Loyola, y aquella señora, que tan disgustada tenia á la nacion con su escesivo afecto al jesuita aleman, y tanto habia resistido separarle de su lado, haciendo de la necesidad virtud, y disimulando la gran violencia que se hacia, recibió la determinacion de la junta con muy buen semblante diciendo: «nunca he querido mas que lo que sea conveniente y del servicio de Dios: si asi conviene ejecútese luego.» Comunicado el decreto al P. Juan Everardo, salió de Madrid para las provincias Vascongadas, y de allí pasó á Roma, donde la reina de España le continuó su proteccion.

El duque del Infantado, el Nuncio y otros muchos señores fueron aquella misma noche á visitar á D. Juan, y le instruyeron de todas las ocurrencias que habian tenido lugar en la corte hasta la salida del P. Nidhard. Entonces Don Juan escribió á la reina dándole gracias por su determinacion, y pidiendo licencia para besarle la mano y tambien al rey, lo que no le concedió, antes le mandó permanecer á diez ó doce leguas de la corte. El Nuncio prometió á Don Juan que el P. Nidhard renunciaria á sus destinos voluntaria ó involuntariamente á los dos ó tres dias de su partida; que se pondria en libertad el hermano de su secretario Don Bernardo Patiño, y que á él se le continuaria en el gobierno de Flandes que le habia dejado el rey su padre.

Antes de partir D. Juan de Torrejon de Ardoz para Guadalajara, á donde pensaba dirigirse aun antes que la reina le mandase no presentarse en la corte, le escribió á esta manifestándole que la salida del P. confesor no era bastante para aliviar los males de la monarquia si las cosas en lo sucesivo no tomaban diferente rumbo haciendo en varios ramos las reformas que indicaba, y finalmente pedia satisfaccion á los ultrajes que habia recibido, y recusaba en todo negocio que en algo le tocase al presidente de Castilla y al marqués de Aytona.

Estando ya Don Juan en Guadalajara pasó allá el general de la caballería D. Diego Correa con carta de la reina en que le ordenaba licenciase al punto la escolta, y que sino lo hacia sin dilacion intimase D. Diego á los capitanes se apartasen de D. Juan pena de ser tenidos por desleales é inobedientes. D. Juan rehusó separar de sí la escolta en aquellas circunstancias y entonces resolvió la reina que el cardenal de Aragon fuese en lugar de Correa con igual comision.

A las cartas de D. Juan sobre reformas contestó la reina que aunque contenian máximas propias de su celo, no podia dejar de estrañar el término y ocasion en que las proponia, y que habia acordado remitirlas á los consejos y juntas de gobierno para en vista de su parecer resolver lo conveniente, y ademas le intimaba licenciase la escolta, sobre todo lo cual volvió á escribir D. Juan á la reina y se le quejó de la exigencia y empeño que se manifestaba de que separase la escolta de su persona.

De esta conducta se quejó tambien D. Juan al cardenal de Aragon, el cual, despues de haber deliberado el consejo pasó á Guadalajara y consiguió que D. Juan despidiese la escolta, y ademas pactó los capítulos ya indicados, y sobre todos uno en que se espresaba que S. M. daba su real palabra directamente á S. S. para la seguridad de la persona de D. Juan.

A consecuencia de las representaciones de este se creó una *junta* que fué llamada *de alivios*; pero no hizo cosa alguna de provecho, y en vista de esto volvió á escribir Don Juan á la reina quejándose del modo como se le trataba, y de la aversion que le profesaba el marqués de Aytona.

Despues, mediando el Nuncio, le dió la reina el gobierno y vicaría general de la corona de Aragon, por lo que D. Juan le dió las gracias, y desempeñando aquel cargo permaneció querido y apreciado generalmente.

El siguiente año de 1670 se dice que el P. Juan Everardo conspiró contra la vida de D. Juan siendo los directores de la trama el marqués de Aytona y el obispo de Plasencia, y el conde de Aranda el encargado de la ejecucion. D. Juan se lo participó á la reina, y aun se quejó de la dilacion en hacerle justicia. Este suceso, que se esperaba tuviese un éxito funesto, le tuvo feliz, mandando el rey que fuese D. Juan á la córte donde fué recibido por el pueblo con mucho júbilo y demostraciones del amor que le profesaba, y por los reyes con toda honra y señales de benevolencia, y luego se restituyó á Zaragoza. Despues fué llamado D. Juan á Madrid y siempre encontró la mas satisfactoria acogida, habiéndole ofrecido la reina que se quedaria en la córte como consejero de Estado; pero se prolongó tanto el cumplimiento de tal oferta, que viéndose sin ejercicio ni cargo alguno, y conceptuando que esto desairaba su persona, hizo una representacion á S. M. pidiendo que para restablecer su honor se le cumpliese lo prometido, pues no queria aparecer delincuente como se podia inferir de la manera poco considerada con que se le trataba.

No se sabe con certeza el resultado de esta representacion. D. Juan partió á poco tiempo á Zaragoza, y no tardó en ser llamado con motivo de estar elegido generalísimo de las armas destinadas á Italia, lo que al fin no tuvo efecto sin que se sepa la causa; si bien se dijo que sus émulos habian hecho mudar de intencion á los reyes, y aun el mismo Don Juan, al menos por entonces, parece ignoró el motivo que hubo para aquella mudanza, segun cierta respuesta que dió á la ciudad de Zaragoza. Restituyóse á esta precipitadamente desde Madrid sin haber pasado á palacio ni dejádose ver por la gran conmocion en que supo estaba el pueblo y lo que de ella y de las noticias de su salida podian resultar.

A fines de 1676, habiendo llegado el rey Cárlos II á mayor edad, llamado por éste y por los grandes volvió Don Juan á Madrid con el objeto de ayudar en el gobierno al monarca, y tambien el de derribar de su privanza á D. Fernando de Valenzuela, favorito de la reina que habia sucedido en el puesto al P. Nidhard; y aun, segun algunos, habia llegado á prendar el corazon de la reina. D. Juan celebró mucho tal ocasion de hacerse dueño de la autoridad con el título de ministro, si bien aspiraba á mas, siendo su pretension, segun se decia, que se le declarase infante y en clase de tal heredero colateral de la monarquía. D. Juan logró tener en sus manos las riendas del gobierno, pero no el título de infante que apetecia. El nuevo ministro apenas habia comenzado á gobernar, ó por la triste situacion del Estado, ó por sus propios desaciertos, perdió en gran parte el concepto que hasta entonces habia gozado. Procedió con rigor contra la reina, enviándola á Toledo como á un disimulado y decoroso destierro. Entonces creció el partido de la reina, á la que, considerándola como injustamente perseguida, se agruparon como á una enseña los mal contentos. La alta nobleza, como sucede ordinariamente en los reinados de los príncipes débiles, cual lo era Cárlos II, habia adquirido mucha preponderancia, y con rivalidades mezquinas é insensatas aumentaba el desórden y las desventuras de la monarquía. Entonces principió D. Juan á aparecer un tanto altanero, lo que se hacia mas notable porque chocaba con el orgullo de sus rivales. El no poder satisfacer á muchos que le habian servido, y á los cuales habia hecho magníficas promesas, difíciles de cumplir, le grangeó muchos descontentos que le hacian cruda guerra.

Deseando D. Juan fortalecer su autoridad perpetuando su influjo en el ánimo del rey, quiso darle esposa de su mano con imprudente desacuerdo, pues siempre las reinas asi escogidas se vuelven contrarias á quien su orgullo no les permite mirar como favorecedor. En efecto negoció el matrimonio del rey con María Luisa de Orleans; pero antes de llegar á Madrid, ya D. Juan habia perdido la gracia del rey. A poco tiempo enfermó de tercianas que le duraron veinte y cuatro dias, y al cabo le quitaron la vida. Falleció en el real palacio de Madrid con mucha piedad y edificacion el dia 17 de setiembre de 1679 á los 50 años de edad, mandando fuese llevado su corazon á la capilla de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. Su cuerpo vestido con el manto capitular de la Orden de San Juan, fué sacado por la puerta del parque el dia 19 y conducido con el aparato acostumbrado al panteon de San Lorenzo del Escorial.

Dejó, sin haber casado, tres hijas que fueron: Doña Margarita de Austria, que entró religiosa en las Descalzas reales de Madrid en 1666 á los 16 años, y se llamó Sor Margarita de la Cruz: Doña Ana María Juana ,que á los 9 años entró de pupila en las Agustinas de Madrigal y profesó el mismo año que murió su padre, y falleció de 42 años en 1705: Doña María Catalina Isabel, que murió religiosa como las demas en Bruselas en 26 de noviembre 1714 á los 53 años: Doña María y Doña Catalina nacieron de una señora, que muerto D. Juan entró religiosa en las Carmelitas de Madrigal sin que sepamos su nombre ni su familia. Otros dicen que Doña María Catalina nació en 1661 de una princesa de Sicilia.

Es indudable que D. Juan de Austria tenia algunas cualidades recomendables, que era activo y valeroso, magnífico y liberal, y celoso del bien público; que por su nacimiento y prendas mereció mas consideracion que la que le tuvo la reina, y que pudo haber sido mas útil al Estado su cooperacion en aquellos tiempos. Gozó por algunos de mucho concepto popular á causa de lo que manifestó defender los intereses públicos; pero no por haber hecho cosas que lo justificasen, aunque en aquellos tiempos infelices en que España habia llegado á un estremo de envilecimiento y decadencia increible, escedia á muchos personages en prendas y merecimientos.

Luis M. Ramirez de las Casas Deza.



PUERTA DE MONZON EN PALENCIA.

Una de las ciudades de España que contienen monumentos notables y riqueza de recuerdos históricos, es sin duda alguna Palencia, que encierra en su buena y antigua muralla una de las mayores y mas hermosas catedrales de España, el palacio llamado de D. Sancho, la casa donde habitó el Cid, y otros edificios de gran interés. Poco ó nada se ha publicado modernamente, ni de las curiosidades de Palencia, ni de las antigüedades que de tiempo en tiempo

suele descubrir la casualidad. No ha muchos años que en la salida que dirige á Valladolid se halló en los cimientos de la parte de muralla inmediata á la puerta del Mercado una lápida del sepulcro de los hijos de Pompeyo, que se ha colocado á la derecha de esta puerta en el muro nuevo: hoy presentamos una vista exacta de la que llaman de Monzon, que es la que dá al camino de Santander. Los elevados torreones que defendian la entrada de la ciudad por esta parte, y las líneas severas de esta construccion antigua, llaman la atencion del curioso que por ella penetra.

LA CAVERNA DEL DIABLO.

Leyenda fantástica del siglo XVII.

I.

El Viajero.

Cubre el cielo el mar y el mundo
De oscuridad temerosa,
La tétrica soberana
De las tinieblas señora.

De vez en cuando las nubes
Rasga con luz breve y torva
El relámpago, y el trueno
Allá á lo lejos rimbomba.

Y á intervalos desiguales
Escasas y gruesas gotas
De lluvia, que desparecen
Apenas la tierra tocan.

Anuncian á la comarca
Que las Ardénas coronan,
Que va á estallar muy en breve
Una borrasca espantosa.

Entre tanto allá un viajero
Por las alturas galopa,
Destacándose en lo oscuro
Como una gigante sombra.

Jóven y hermoso el semblante,
Noble apostura y graciosa,
Y monta un régio caballo
De pura raza española.

Solo vá; mas le persiguen
Sin duda, porque se azora
Al ruido menor que siente
Detrás de sí entre las rocas.

Y hácia atrás vuelve la vista,
Y viendo que ruge sola
La borrasca en torno suyo,
Serena su faz se torna.

Y al noble bruto espolea,
Que aunque no teme á la ronca
Tempestad, llueve y hay frio,
Y el hambre dura le acosa.

Y á la luz que un punto brilla
De algun rayo precursora,
Ve el viajero en lo lejano
Alzarse al cielo orgullosas,

Cuatro torres de un castillo,
A cuya vista se doblan
El temor y la fatiga,
Y el hambre devoradora.

Así el audaz marinero
Que desde playas remotas
Regresa al hogar querido
Do le aguarda el bien que adora;

Al ver la blanquizca bruma
Que anuncia las patrias costas,
Años los instantes juzga
Y eternidades las horas;

Y por mas que el viento gima
Sobre la tirante lona,
Y por mas que el buque vuele
Cortando las crespas olas;

Para él no corren los mares,
Ni los crudos vientos soplan,
Y sufre mas en un dia
Que sufrió en la ausencia toda.

Sigue entre tanto el viajero
Galopando entre las sombras
Y de la rauda corrida
Al fin anhelado toca;

Que ya del feudal castillo
Sobre el foso el puente arrojan,
Y entran ginete y caballo
A la mansion protectora.

II.

El Castellano.

En un salon espacioso
De gótica arquitectura
Y á la luz de una bugia
Que apenas su centro alumbra,

Ve el viajero en un antiguo
Sillon que pobreza anuncia,
Arrellanado á un anciano
De pálida faz y adusta.

Refléjanse en su semblante
Que afean hondas arrugas,
Una ambicion desmedida
Y una grandísima astucia.

Apenas baja la frente
Cuando el jóven le saluda;
Con la mano le señala
Una banqueta vetusta,

Y empuñando unas tenazas
Descomunales y súcias,
Del hogar en las cenizas
Con maña y destreza sumas,

Va pescando una tras otra
Las áscuas pocas y mústias,
Que un instante resp'andecen
De gozo al mirarse juntas.

Y haciendo otra seña al jóven,
Porque aquella escena es muda,
Así decirle parece:
«Acérquese usted, si gusta.»

No aguarda aquel que su huésped
Le invite por vez segunda,
Y acercándose al hogar
Su empapado trage enjuga.

Mientras que el viejo le mira
Con atencion tan menuda,
Que á pesar de su descaro
El fuerte jóven se turba.

En esto un criado á su dueño
Que aguarda la cena anuncia;
Este al punto se levanta
Luciendo su alta estatura,

Y con ademan altivo
Estas palabras pronuncia:
«Venid, señor, que la noche
Es fria, y el hambre punza.»

Y cogiendo la bugia
Que las tinieblas alumbra,
Sale con tan presto paso
Que el jóven le sigue á oscuras

III.

Florinda.

En un ángulo lejano
De la mansion altanera
Y en un lindo saloncillo
Está dispuesta la cena.

No luce como en el otro
Pobre y mezquina candela;
Bugías mil de colores
Arden allí y reverberan.

Y de flores naturales
Y arrayan y madreselva,
Ramilletes y guirnaldas
Y caprichosas cenefas;

En trasparentes jarrones,
Y en torno á la rica mesa,
A un tiempo vista y olfato
Embalsaman y recrean.

Entra el viajero, y mirando
Trasformacion tan completa,
Cree que es un sueño, y los ojos
Incrédulo se restriega.

Señálale el castellano
El sillon de cabecera,
Y por no contradecirle
En él callando se sienta.

«¡Florinda! grita el anciano,
«Ven, que ya la cena espera.»
Y de adentro una voz dulce:
«Voy al instante,» contesta.

Abrese entonces del jóven
Frente por frente una puerta;
Y cual entre opacas nubes
Brilla la luna serena;

Cual la rosa entre zarzales,
O cual gallarda palmera
Que con su sombra convida
En las líbicas arenas;

O cual fuente pura y clara
En cuyas aguas encuentra
A un tiempo vida y frescura
La caravana sedienta;

O como aquellas palabras
Que aun en el alma resuenan,
De la muger que adoramos
Allá en nuestra adolescencia;

O al fin, como al moribundo
Es su esperanza postrera;
Así á la vista del jóven
Aparece, y aun mas bella;

Una muger, un prodigio,
Un asombro de belleza,
Ante la cual se humillára
La hermosura mas perfecta.

Blanca como el alabastro,
Como las palmas esbelta,
Como el plátano flexible
Y altiva como una reina.

En rizos mil ondulantes
Cae la blonda cabellera,
Cubriendo el pecho y la espalda
De alabastrina firmeza.

Puso amor su dura aljaba
Entre las dos negras cejas:
Y en los dos azules ojos
Sus mas mortales saetas.

Entre tanto el peregrino,
Fascinado la contempla,
Y mientras mas lo trastorna
Mas en su vista se ceba.

Y olvida el hambre y el frio,
Y su fatiga y flaqueza,
Y sus venturas pasadas
Y las cuitas que le cercan;

Y las mudanzas del mundo,
Y sus pompas y miserias,
Y en fin, se olvida á sí propio
Y solo en Florinda piensa.

En tanto el astuto anciano
Con nimia atencion lo observa,
Y una ironica sonrisa
Sus secos labios despega;

Mientras la jóven con gracia
Y encantadora modestia
Hace al viajero un saludo
Y empieza á servir la cena.

IV.

La peticion.

Toca á su fin el banquete,
Y ni una sola palabra
Ha interrumpido el silencio
Que las tres personas guardan.

Que el castellano y la niña
Por larga costumbre callan,
Y el viajero piensa solo
En mirar á su adorada.

«Ya es tarde y dormir es justo,»
Dice el viejo y se levanta;
Florinda al punto le imita,
Y lanzando una mirada

Al viagero, que conturba
Las fibras todas de su alma:
«Descansad, señor, le dice,
«En paz, y por si mañana

«Os vais sin verme, el contento
«Con vos y la dicha vayan.»
Y haciéndole otro saludo,
Se entra de nuevo en su estancia.

Vuelve en sí el jóven, y en torno
Dirigiendo las miradas,
Ve que el viejo le examina
Con espresion muy estraña.

«Sentaos por un momento
Y oidme cuatro palabras»
Le dice, el viejo se inclina,
Y el viajero asi le habla:

«Soy de Venecia; mi sangre
«Es de la mas noble y clara
«Que en sus anales registra
«Mi fuerte y altiva patria;

«Me llamo el Conde Rinaldi,
«Y me trajo á estas comarcas
«Una juvenil locura
«Que cometí por desgracia.

«Ora, si os place, decidme
«Quién sois, pues tengo en el alma
«Un plan que acaso convenga
«A nuestras dos nobles casas.»

Calla el conde, y la respuesta
Del huésped ansioso aguarda,
El cual, despues de un momento
Dijo con voz reposada:

«Yo tambien soy noble y conde,
«Y antigua es tambien mi raza;
«Tibaldo de las Ardénas
«En estos montes me llaman;

«Fuí tesorero y amigo
«De Luis XIII, el gran monarca;
«Mas la envidia y la calumnia
«Me privaron de su gracia.

«Ora aquí en mis tierras vivo
«Pobre vida solitaria,
«Con Florinda y con mis penas,
«Con mis odios y esperanzas:

«Esta en compendio es mi historia,
«Cumplí con vuestra demanda;
«Ora á vos toca decirme
«Ese plan que meditábais.»

—«Conde Tibaldo, una hija
«Teneis, que mucho me agrada:
«¿Quereis casarla conmigo?
—«Casarla, conde, casarla?»

«¡Cuán presto ardió en vuestro pecho
«De amor la traidora llama!
«¡Pardiez!... pero es cosa séria,
«Y es preciso meditarla.

—«¡Ira de Dios!... respondedme
«Sí ó no como Dios manda!
—«Soy pobre, conde, muy pobre.
«Si os conviene la muchacha

«Sin dote, Dios os bendiga,
«Y el cielo vaya en su guarda!
—«¿Sin dote?.... acepto!»
—«Un instante:
«Ya conoceis mis desgracias....

«Mi único bien es Florinda,
«Y si el hado me separa
«De este bien postrero y solo
«Que á mi vejez le quedaba,

«Darme podeis, pues «ois rico....
—«¿Qué pretendeis?....»
—«Casi nada...
«Veinte mil escudos de oro.»
—«¿Qué decis?... no tengo en Francia

«Tanto dinero.»
—«Pues Conde.
«Dejad la niña, dejadla!»
—«Algo menos....
—«¡No, por Cristo;
«Que de rey es mi palabra!

«Pues bien, apenas del dia
«Brille la pura alborada
«Iré en busca del tesoro
«Que me pedis!...

—¡Vaya en gracia!
—«¡Adios, mi señor y suegro!
—«Adios, conde, hasta mañana!

V.

La caverna del diablo.

. . . .
. . . .
Y deja el conde aquel fatal castillo
Apenas luce la rosada aurora,
Y al brioso corcel en los hijares
Clava entrambas espuelas sanguinosas;
Del generoso bruto so la planta
Que veloz como el rayo el aire corta,
Desparecen las cumbres y los llanos,
Los rios y las fuentes y las rocas.
Y en tanto el conde ante sus ojos mira
La dulce imágen de Florinda hermosa:
«Así miraba.... así me sonreia,
Pensaba el triste en su pasion ya loca;
«Alta como la palma en el desierto
«Es mi Florinda; al lirio y la amapola
«Aventaja su talle en lo flexible;
«Si al viento da su cabellera blonda,
«Cubriránla sus rizos ondulantes,
«Como el esbelto plátano en las hoyas
«De la aromosa América, se oculta
«Bajo sus verdes y brillantes hojas;
«Si llega á hablar, cual música celeste
«Resuenan los acentos de su boca,
«Mas dulces que la miel que en el Himeto
«Solícitas abejas elaboran.
«¡Oh Florinda!... ¡ay de mí, desventurado!
«¿Y he de perder su posesion dichosa:
«Por mi anterior locura?... ¡Tal castigo
«Es superior á mis maldades todas!
—«De todo lo que fuí, de cuanto tuve,
«Mi nombre y el corcel que aguijo ahora,
«Me quedan solo, ¡ay triste! y en el alma
«De los pasados bienes la memoria!
«¡Un nombre y un caballo!..
—«Todavía.
«Te quedará algo mas,» una voz ronca
«Que conturbando el viento resonaba,
Al conde respondió....
—«Si hay quien responda
En estas soledades á mi cuita,
¿Por qué de mí se oculta?»
—«Aunque blasonas,
«O buen conde Rinaldi, de esforzado
«Temo que ha de espantarte hasta mi sombra.
—«Quien quiera que tu fueres, no atrevido
«Ultrajes esta sangre generosa
«Que anima el corazon.... ¡Sal á mi vista
«Aunque seas Satan!
—«Aquí, en persona,
«Tienes al que nombraste!..» Un hondo trueno
El aire conturbó; la azul atmósfera
Cubrióse de tinieblas, y el viajero
De entre un denso vapor, gigante forma,
Medio hombre, medio sátiro, surgiendo
Vió delante de sí.—Con la espantosa
Sobre humana vision, el noble bruto
Espantado detiénese, y resopla,
Y se encabrita, y al audaz ginete
Amenaza estrellar contra las rocas.
Pero el espectro llega, y de su mano
Al contacto infernal, cae y se desploma
El valiente corcel bajo su dueño;
El cual siente su sangre gota á gota
En durísimo hielo convertida
Refluir al corazon; pero la heróica
Condicion triunfa empero; se levanta,
Y asi dice á Satan con voz sañosa;

—»¿A qué vienes, espíritu invencible?
—»¡A ayudarte!
—«¡Mentiste!... que hasta ahora
«Lo contrario miré.... Mi último amigo
«Has muerto!...
—Si te doy lo que ambicionas,
»¿Qué me darás en cambio?. ..
—»No poseo
»Sino mi nombre ya....
—»¿Por dicha ignoras
»Que te queda aun el alma?
—»Y bien! qué quieres
»Decir?
—Que si del alma aquí me otorgas
»Entera posesion, de tu Florinda
»Serás mañana dueño!
—»Es árdua cosa
»La que ofreces, Satan....
—Si el trato aceptas
»Verás cuán fácil es, verás cuán pronto!
»¡Acepto! grita el conde enardecido
Por la ciega pasion que lo devora;
Y súbito Satan la tierra hiriendo
Con el pié bipartido, inmensa boca
Al hombre y al espíritu los traga,
Llegando presto à las cavernas hondas
Que fundamento son del universo.
Allí Rinaldi atonito una tropa
De infernales espíritus contempla
Atenta al parecer à humanas obras.
Aquello es una fragua:—En torno al fuego
Crisoles gigantescos que rebosan
De pálido metal, enrojecidos,
Como vívidas ascuas se coloran.
Y balanzas, martillos y troqueles,
Y punzones y yunques; ponderosas
Barras de oro finísimo y de plata.
El pavimento de la cueva encombran.
Y al ver llegar al conde los precitos
Artífices, en torno de él se agolpan,
Y con humilde gesto le saludan,
Y su señor le aclaman.—La oficiosa
Turba, à la voz del conde, a la fatiga
Con mas priesa y afan entonces torna.
En la hoguera el carbon chisporrotea;
Los crisoles retiemblan; las preciosas
Barras se funden; los pesados mazos
En alto se levantan.—De la tropa,
Todos à cual mas diestro en las tareas
Varias compiten; mientras estos forjan,
Liman aquellos; mas allá acuñando
Otros se ven; compulsan y retocan
Otros las piezas, y otros, finalmente,
Colocándolas van en grandes bolsas.
Y en brevísimo espacio, aquella suma
De veinte mil escudos, que la sorda
Avaricia del viejo le exigiera,
Va Rinaldi à tener.—Con faz gozosa
Contempla cual se hacinan; ya no falta
Si no el postrer escudo; y en su loca,
Delirante alegría, se apodera
El conde de él, y à Satanas lo arroja.
—¡«Para tí, Lucifer!» grita el malvado,
Y el tesoro consigo al mundo torna.

J. Heriberto Garcia de Quevedo.

MATRIMONIOS.

El matrimonio entre los turcos es un contrato civil que se celebra ante el Cadí y en presencia de testigos, sin ninguna sancion religiosa: ordinariamente los tratan unas familias con otras sin avistarse las partes interesadas hasta que todo está arreglado; entonces se presenta la novia al Cadí, se efectua el enlace, y solo al entrar en la casa de su esposo es cuando se descubre el rostro y las manos: á pesar de este modo misterioso de unirse dos personas para toda su vida, se tiene observado que los turcos usan de la mayor generosidad y tolerancia, aun con las mugeres que no reunen aquel grado de hermosura de que se habian lisonjeado, y llevan la delicadeza y la galentería hasta el punto de emplear todos los medios del arte para hacerse amar por las mismas antes de reclamar los derechos conyugales. La ley de Mahoma autoriza el divorcio y la separacion; pero difícilmente y solo por motivos muy justificados usan de esta facultad; en el primer caso debe el marido entregar á la muger la dote pactada cuando se celebró el matrimonio, y en el segundo debe suministrarla todo lo necesario para su gasto y manutencion. Si bien el marido puede repudiar á su muger hasta cuatro veces, no puede sin embargo admitirla á la quinta, sin convenirse en que otro musulman pase una noche con ella: este es un castigo que la ley impone al marido por su inconstancia y veleidad en verificar un repudio que lleva todos los caractéres de ser injusto, porque no es presumible que fuera recibida por quinta vez una muger que no reuniera las mas eminentes virtudes.

Las mugeres turcas son modestas y recatadas: visten con la mayor decencia, pues aun en lo interior de sus casas solo llevan descubierto el rostro y las manos, y en la calle meramente los ojos para poder andar, llevando este rigor hasta el estremo de no dejarse ver de los médicos cuando están enfermas, ni aun de darles el pulso, sino envuelto en una muselina delgada; las choca por lo tanto el traje de las europeas, las llena de rubor y las hace volver la vista á otra parte. A falta de teatros, de paseos públicos, tertulias y otras diversiones sociales de que nunca disfrutan, tienen algun desahogo en los baños; aquí es donde se reunen todas las señoras, donde lucen sus galas y atavíos, haciendo ostentacion de su grandeza, y finalmente donde se entablan relaciones íntimas de amistad, y se instruyen de todas las noticias y cuentos de la ciudad, y donde no pocas veces se forman intrigas amorosas. Tambien algunas veces se fomentan galanteos por medio de los mercaderes griegos, á cuyas tiendas suelen ir á surtirse de los géneros que necesitan para sí mismas, y para la familia.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Como recelabamos, la edicion del Album que acabamos de distribuir, no ha bastado para servir todas las suscriciones presentadas hasta el dia, si bien son pocas (no llegan a 600) los que no han recibido el regalo. Por fortuna, durante la ultima impresion del Album hemos aumentado sucesivamente la tirada de los pliegos, a medida que la suscricion ha ido excediendo à nuestros calculos, de modo que reimprimiendo los primeros, tenemos pronto juegos completos; esta operacion se esta haciendo sin descanso, y no pasará la semana próxima sin que no quede un solo abonado que no tenga el regalo. Para las suscriciones hechas ó avisadas desde el 24 de enero y para las de América, se procede inmediatamente a tirar una nueva edicion del Album, que sin falta alguna quedara concluida el 15 de febrero. Los que tienen motivos para conocer nuestra exactitud, comprenderan que nadie como nosotros se duele de estas interrupciones inevitables en la remision del regalo, nacidas tan solo de lo mucho que la suscricion ha excedido a nuestros calculos, y al numero que en España consiguen generalmente todas las publicaciones literarias.

Tres ediciones del Album, agotadas desde el 20 de noviembre al 25 de enero, prueban el interes con que el público ha recibido este libro y la acogida que han logrado los numeros publicados del Semanario de 1849, cuya tirada hemos tenido tambien que aumentar desde el tercero, reimprimiendo ademas los dos anteriores para atender a los nuevos pedidos. En la actualidad se imprimen mas ejemplares del Semanario que de ningun periodico de Madrid; esto nos constituye en el deber de demostrar con hechos palpables que los numeros de enero no son mas que un ensayo que nos esforzaremos en perfeccionar.

GEROGLIFICO.



Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un AÑO 36.-Librerias de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Razola, Pueyo, Ville y la Publicidad. Litografias del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14, seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la Administracion del Semanario, calle de Jacometrezo n. 26, ó en las principales librerias.

MADRID: Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, núm. 4.



LA CATEDRAL DE PALENCIA.

Tesoro inagotable de riquezas artísticas, de admirables monumentos, es nuestro pais. Llevamos algunos años dando á conocer las construcciones antiguas, perpetuando su recuerdo, sus copias, sus proporciones, para sorpresa de los siglos venideros, que dudarán tal vez de su existencia y los considerarán acaso como un sueño maravilloso de alguna imaginacion poética; y cuando pudiera creerse agotada la materia, nos hallamos en la misma duda que al principio, sobre cual merece la preferencia de tantos y tan célebres, interesantes ó curiosos monumentos como reclaman nuestra atencion, si hemos de continuar recorriendo la série inmensa de los que contiene nuestra patria.

Dos jóvenes acaban de salir á recorrer algunas provincias con encargo de copiar del natural vistas importantes y tomar noticias para el SEMANARIO, y apenas dan principio á su viage artístico, cuando tropiezan sin cesar, con mil bellezas del arte y de la naturaleza con que enriquecer su cartera. En los puntos mismos, de los cuales se ha dicho mas en estos últimos años, encuéntranse infinitos objetos que piden imperiosamente un lugar en nuestras columnas; júzguese cuanta materia ofrecerán provincias enteras, que aun no han sido visitadas con la mira esclusiva de estudiar sus monumentos y sus curiosidades.

Dediquemos hoy algunas líneas á la catedral de Palencia.

Comenzó su construccion á mediados del siglo XIV, y terminó en el XVII; pertenece á ese género de arquitectura que tambien se acomoda á los templos cristianos; al que generalmente se apellida gótico. Es esta catedral una de las mayores y mas hermosas de España, ocupa un vasto terreno, y su fachada principal hace frente á una espaciosa plaza que permite lucir la elevacion y ornamentos del pórtico del edificio.

Entre las cosas mas notables que al viagero se enseñan en el interior, cuéntase el bellisimo sepulcro que fielmente reproduce nuestro grabado, y en cuya parte superior se lee la siguiente inscripcion que nos ahorra todo género de esplicaciones:

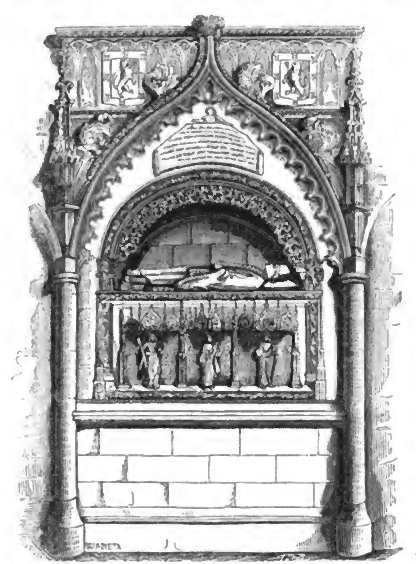
FRANCISCUS NUNNIEZ DOCTOR JURIS UTRIUSQUE ABBAS DE HUSILLOS HIC UNNUS CANONICORUM: CONSILIARIUS AUTEM REG. UNQUAM REVERENDUS CONDITUR HOC TUMULO: SED VITA GAUDET UTRAQUE. OBIIT NONIS MARTII ANNO DOMINI MILL. QUINQ PRIMO.

Que puesta en castellano dice:

Francisco Nuñez, Doctor en ambos derechos, Abad de Usillos, uno de los canónigos de esta Iglesia, y en algun tiempo reverendo consejero del Rey, está reservado en este sepulcro; pero goza de una y otra vida. Murió á 7 de marzo de 1501.

Otra de las curiosidades hácia las cuales se llama la atencion del forastero, es la cueva donde dicen que habitó San Antolin, que se halla situada detrás del coro. El cuer-

po de este santo se custodia tambien con particular veneracion. El cabildo se compone de un obispo, trece dignidades, cuarenta y cinco canónigos, veinte y un racioneros y el suficiente número de capellanes.



LA TUMBA DE PELAYO.

> «La estrañeza de este santo lugar no se puede dar á entender bien del todo con palabras.»
>
> (Ambrosio de Morales, *Viaje Santo.*)

Hay en nuestro pais un lugar sagrado, en que está escrita la mas bella página de su historia, que representa sus mas esclarecidas glorias, y que guarda un rico tesoro de recuerdos y grandezas.... ¿Cuál español no ha oido hablar de Pelayo y Covadonga?.... Todos desde nuestros primeros años aprendímos á repetir con lágrimas de entusiasmo estos célebres nombres, que siempre van unidos, pues el primero es el del noble restaurador de la libertad é independencia de nuestra patria, y el otro el del romántico teatro de su primera y memorable hazaña, porque el honor y la gloria sobreviven á todo lo que pasa sobre la tierra.

Costumbre fué de todos los pueblos primitivos ó jóvenes, salvajes ó civilizados, consagrar con suntuosos monumentos la memoria de sus grandes hombres: solamente España mira descuidada, y con desden su antigua y rica corona de laureles, y olvida con frecuencia hasta el nombre de sus héroes, siendo necesario, las mas veces, que una pluma estranjera los trace en el gran libro de la historia. Quien creyera encontrar, cual era justo esperar, algun templo magnífico, algun lucillo grandioso ornado profusamente con trofeos é inscripciones sobre los venerandos restos de Pelayo, veria tristemente desecha su patriótica ilusion. Ningun rey de España dedicó una memoria digna de la gran nacion que acaudillaba, al valiente y piadoso guerrero que aislado entre los avasallados españoles, y armado solamente de una espada y una cruz, sin otra ayuda que su valor y su fé, fundó el trono que fué un dia el mas poderoso de la tierra. Solo el magnánimo Cárlos III quiso cumplir esta deuda sagrada de reconocimiento, alzando en Covadonga una memoria suntuosa al mas glorioso de sus predecesores; pero la muerte del gran monarca interrumpió los trabajos comenzados, y tal vez no se continuarán jamás. Mas lo que los hombres no alcanzaron á hacer, lo hizo la omnipotente mano de Dios, que sobre la tumba de Pelayo fabricó una altísima pirámide, ante la que no serian sino humildes pigmeos las celebradas de Egipto. Nada tan grandioso y magnífico, nada tan bello y poético como Covadonga.... Nuestra pluma es harto humilde para describir las emociones de admiracion y sorpresa que nuestro corazon siente en este momento que se desenvuelve á nuestros ojos este sublime cuadro, este inmenso panorama que ostenta ¡tantas bellezas naturales! ¡tantos recuerdos de gloria!.... ¡Allí! al frente el famoso monte *Ausera*, el desmesurado gigante que *á cuatro mil pies del suelo* muestra altivo su cabeza coronada de robustas encinas, y que apoya sus plantas sobre un pedestal de doscientos pies de elevacion, en el que rebotaban las flechas de los infieles, y volvian á herir á sus mismos dueños.... Aquella es la renombrada *Cueva-fonga* (1), la cuna de la libertad española,

(1) Su estension es próximamente de cuarenta pies de boca, y treinta de fondo. La altura varia desde diez á cincuenta. El techo está formado por una enorme peña cóncava que presenta alrededor varias grutas ó covachas. El suelo lo constituyen parte la peña, y parte un tablado sostenido por vigas fijas en la misma por uno de sus estremos. Segun antiquísimas tradiciones, estaba dedicada á la Virgen antes de la invasion agarena, y el cronicon de Alfonso III lo confirma de algun modo, pues la llama casa de Sta. María. Dícese tambien que la primitiva imágen de la Virgen fuera

el primer alcázar, y la casa solar de los reyes de España (1) que custodia orgullosa el sepulcro del héroe cuyo lugar muestra entre las sombras de la noche un farol siempre luciente.... ¿Cuál es el nombre de este rio que huye rápidamente por la puerta de aquel edificio parecido á un fortísimo castillo (2), para despeñarse despues con terrible estruendo desde una altura de sesenta pies?.... Abramos nuestras antiguas crónicas, y allí lo encontraremos.... Es el Deva, «el que creció y se hizo grande con la sangre de los moros, durándole muchos dias correr muy teñido con ella» (3)..... Aquel es el antiguo monasterio de Sta. María (hoy colegiata), pobre edificio, pero en el que se descubren rastros de



La tumba de Pelayo

la arquitectura bizantina que era la usual en la época de su fundador el esforzado Alfonso el Católico.... He aquí «el llanito de donde hablaba el traidor obispo don Opas desde su cabalgadura» para persuadir á Pelayo, que ocupaba la cueva, abandonase su heróica empresa y rindiese homenage al bárbaro Alkhamak....

Muy cerca, á pocos pasos, el *campo de Repelayo* donde los cristianos se detuvieron en medio de su victoria, para proclamar rey á su denodado caudillo, *alzándole sobre el pavés*, segun la usanza goda (4)... Todo en Covadonga es rústico, pero grandioso y romancesco. Victor Hugo dijo que los pueblos escriben su historia en pájinas de piedra: aquí podemos leerla en los montes, en los riscos y en los troncos de los árboles. Aquí pisamos por do quiera la huella sagrada del gran Pelayo ó de sus belicosos sucesores: ¡de Pelayo! cuyo nombre que debia mas tarde llenar el mundo, estuvo olvidado mas de cien años por sus ingratos compatriotas (5), y cuyas proezas fueron antes celebradas en crónicas enemigas y estranjeras que en las cristianas.

Bajo las rústicas bóvedas de Covadonga trazamos estas líneas, y al contemplar el agreste teatro de la gran victoria de nuestros pasados, y escuchando el continuado rumor de los mil chorros de agua que del Auseva se desprenden, parécenos oir aun el ruido del combate, los gritos de dolor de los vencidos árabes, y los cantos de triunfo de los cristianos vencedores.... La vista busca ansiosa, y espera encontrar tal vez aquellos guerreros godos, cántabros, y asturos de luenga cabellera, vestidos de hierro y pieles, cubiertos con toscos almetes, armados de espada y maza, y mas aun con su indómito valor y su piadosa fé, que acometieron la obra colosal de sacudir el yugo sarraceno, y «fundar otra patria, y otra España, mas grande y mas feliz que la primera» (6).... Parécenos ver al noble príncipe tremolar con robusta mano aquella bandera santa, que pasando por las de una série de héroes fué al cabo de siete siglos clavada en las altivas almenas de la Alhambra por la sin par Isabel la Católica....

Acaba de estallar una furiosa tormenta: el Deva rompe embravecido el cauce artificial en que la mano del hombre quiso aprisionarlo, y forma cien cascadas á cual mas imponentes.... El estampido del trueno es mas magestuoso y terrible, repetido por el eco de la romántica cueva de Pelayo. Entonces, en medio de la tempestad es cuando Covadonga despliega todas sus galas, es cuando está mas bella....

Cuando entré en el recinto de la histórica gruta, me detuve un instante poseido de profunda admiracion.... Parecíame no debia hollar con mis plantas aquella tierra sagrada... Allí está la pobre ermita que contiene el antiguo simulacro de la Virgen, y á pocos pasos... ¡la tumba de Pelayo! Delante de este tosco altar que se presenta á los admiradores del héroe como una porcion de él mismo, como una especie de fusion misteriosa en la tierra de la gloria humana y de la gloria divina, se postra uno con respeto... ¡Allí está Pelayo... y Dios tambien! Desde que fueron depositadas sus cenizas en la cueva de la Virgen ¡cuántos héroes han desaparecido!... ¡Cuántos reyes poderosos han pasado como los dioses de las antiguas edades!.... Cuántas glorias nacieron y se hundieron en el abismo de los tiempos!... ¡Qué tesoro de filosofía no encierra esta pobre tumba de piedra bárbaramente fabricada, que guarda

allí colocada por el apóstol San Pablo, y que pocos dias antes de la celebre batalla llego allí Pelayo persiguiendo a un malhechor que se acogio al altar. Un ermitaño que moraba en la cueva rogo por él, y Pelayo le perdono por respeto a la Virgen. Entonces el cenovita profetizo al piadoso guerrero, que aquella santa cueva le serviria tambien de asilo «por lo que dice Carballo en sus antiguedades de Asturias), se acogio allí con su gente desde el mercado de Cangas donde se le reuniera.»

(1) Asi nombra el libro becerro del real patronato a la Colegiata de Covadonga, cuyo templo estuvo en la famosa cueva, hasta que fué reducido à cenizas el 18 de octubre de 1777. Los reyes de España fueron canonigos de Covadonga hasta el tiempo de Felipe IV que renuncio en beneficio de la Colegiata, la prebenda que disfrutaba.

(2) Magnífica alcantarilla de quince pies de alto y nueve de ancho construida por don Ventura Rodriguez primer arquitecto de Cárlos III y que debia servir de base al nuevo templo proyectado.

(3) Véase la cronica de España por el arzobispo don Rodrigo. Ambrosio de Morales (*Viaje Santo*). Carballo. Antigüedades de Asturias, etc. etc.

(4) Cerca del pueblo de *Soto de Cangas* distante una legua de Covadonga se encuentra *el Campo de la Jura*, donde despues de la batalla se reunieron los nuevos vasallos de Pelayo para prestar el solemne juramento y pleito homenage.

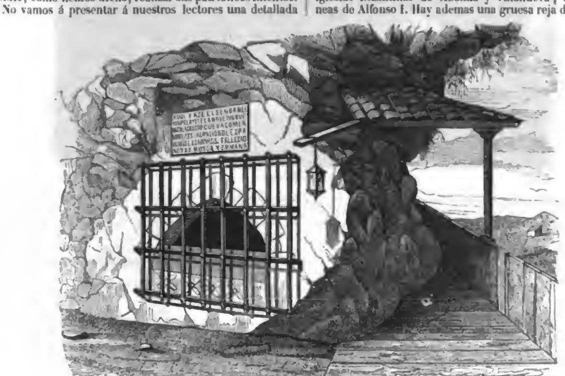
(5) La primera cronica española que menciona a Pelayo es la del monje de Albelda escrita en 883: a esta sigue la de Alfonso III el Magno que data de poco despues. Los escritores arabes hablan todos de Pelayo y de su alzamiento y le nombran *Belay el rumi* (el romano), dictado que daban a todos los españoles que no descendian de godos. Véase Romey (*historia de España*).

(6) El Pelayo, trajedia por don Manuel José Quintana

hace mas de once siglos las reliquias del que fué á un mismo tiempo el campeon de la libertad, de la religion y de la monarquía.

La antigua iglesia de Santa María, fundada por Alfonso el Católico (1), y construida de madera, estaba casi suspendida en el aire, y era conocida desde los antiguos tiempos con el significativo nombre de *Milagro de Covadonga*. Un rayo hirió la maleza que tapizaba el poético templo, atrevida obra de la fé de nuestros padres, y lo redujo á cenizas. Este inesperado desastre consternó á la España toda, pero en especial á Asturias, donde fué mirado como una calamidad pública (2). El abad de Covadonga corrió apresuradamente á los pies del trono, llevando en sus manos la gloriosa espada de Pelayo, único trofeo que ornaba su lucillo, y única joya que las llamas respetaron (3). El gran Cárlos III se afectó profundamente al ver el tosco, pero sagrado hierro que sirviera de cetro al mas célebre de sus antepasados, y dispuso cuanto creyó conducente para reparar los daños causados por el incendio: mas la muerte le impidió, como hemos dicho, realizar sus patrióticos intentos.

No vamos á presentar á nuestros lectores una detallada descripcion del Santuario, colegiata y cueva de Covadonga. El SEMANARIO, en los primeros tiempos de su larga existencia, pagó ya, fiel á su dictado de ESPAÑOL, este tributo á las grandezas españolas. Vamos únicamente á hablar de *la tumba de Pelayo*. Ambrosio de Morales la describe así en su *Viaje Santo*. «En lo postrero de la iglesia, frontero al altar mayor, está una covacha alta hasta la cinta, y que entra como 12 pies, y lo mas es cueva natural con solo tener un arco liso de cantería á la entrada. En esta capilla ó pequeña cueva está una gran tumba de piedra, mas angosta de los pies que á la cabeza; el arca de una pieza, y la cubierta de otra: todo liso, sin ninguna labor ni letra. Esta dicen todos que es la sepultura del rey D. Pelayo.» Poco ha variado desde el reinado de Felipe II este lugar memorable. El arco de piedra que da entrada á la oscura gruta es una sencilla ojiba al estilo del siglo XIII. Está casi del todo cerrado con tabique y algunas piedras laboreadas, fragmentos del antiguo templo, que parecen haber formado parte de una orla muy semejante á otras que se ven en las iglesias Bizantinas de Abamia y Villanueva, contemporáneas de Alfonso I. Hay ademas una gruesa reja de hierro que



Gruta en que está la tumba de Pelayo.

resguarda la entrada é impide á los curiosos acercarse y tocar el sepulcro, que puede verse, sin embargo, por un pequeño espacio ó tronera que el tabique y los barrotes de la reja dejan libre, y por el que se registra el interior de la covacha. Aparece ésta tapizada por todas partes de musgo y moho; y en el centro, y posada sencillamente sobre el suelo, la gran tumba que encierra los cuerpos de Pelayo, de su esposa Gandiosa, y de su hermana Hormesinda. El sarcófago es tosquísimo, pero demuestra antigüedad muy remota, y con su aspecto confirma lo que nos dicen las crónicas y la tradicion, «que muerto D. Pelayo en 737 en tierra de Cangas, fué enterrado con su esposa Gandiosa en Santa Eulalia de Belapnio», hoy Abamia (4), y de allí trasladados sus cuerpos á Covadonga por Alfonso el Católico cuando la creacion del monasterio de Santa María. Por la parte esterior de la gruta sepulcral, y encima de la ojiba de la entrada, hay incrustada en la peña una pequeña lápida de mármol blanco, que data al parecer del siglo XVI, en la que se lee formada por letras romanas la inscripcion siguiente:

AQUI YACE EL SEÑOR REY DON PELAYO,
ELLECTO EL AÑO DE 716, QUE EN ESTA
MILAGROSA CUEVA DIO PRINCIPIO A LA
RESTAURACION DE ESPAÑA VENCI-
DOS LOS MOROS. FALLECIO AÑO
DE 737, Y LE ACOMPAÑAN SU MUGER
Y HERMANA.

A pocos pasos del lucillo de Pelayo se vé el de Alfonso

(1) Tal es la antigua tradicion confirmada por algunos documentos. Las donaciones, reales privilegios y demas instrumentos apreciabilísimos que se custodiaban en el archivo de Covadonga, se habian ya estraviado en el siglo XVI, época en que visitó este santuario Ambrosio de Morales, á causa de haber muerto en el camino un abad que los llevaba á confirmar á la corte. Sin embargo, el P. Risco presenta un traslado de dos escrituras atribuidas á Alfonso I el catolico. Dice la primera que él y su muger Ermisenda habian construido la iglesia de Sta. María de Covadonga adonde trasladaron la imágen de Nuestra Señora de Monsagro, y que la iglesia fué consagrada por doce obispos, asistiendo otros tantos abades y varios señores del palacio; todo lo que se hizo por haberlo dispuesto su suegro don Pelayo, que allí en la cueva habia vencido con el favor divino 50,000 moros el 1.° de agosto de la era de 756 (año 718). Añade tambien que pusieron en aquel lugar doce monjes con su abad para que viviesen segun la regla de San Benito. Concluye haciendo una donacion al abad *Adulfo* y sus monjes, y firman los reyes, tres obispos, un conde, dos abades, un caballero y un presbítero. La otra escritura es una donacion de varias iglesias, y en ellas el abad Adulfo se llama tio del rey don Alfonso. Risco duda de la autenticidad de estos instrumentos, aunque confiesa que las copias son muy antiguas.

(2) La mayor parte de los habitantes del principado de Asturias concurrieron espontáneamente con crecidas limosnas para la reedificacion del santuario, y la catedral de Oviedo y otras iglesias le donaron ornamentos y vasos sagrados.

(3) Desde aquella época, segun creemos, fué depositada en la Armería Real de Madrid, donde puede reconocerla el curioso. Es muy notable y digna de atencion por su estraña forma.

(4) Véase la crónica del monge de Albelda, y la del rey don Alfonso el Magno atribuida por algunos á Sebastian, obispo de Salamanca.

el Católico empotrado en una de las paredes de la ermita de la Virgen, y revocado de manera que no deja en descubierto mas que la testera, en la que se lee un humilde epitafio semejante al que acabamos de trasladar. El antiguo libro becerro del real patronato de la insigne iglesia de Covadonga hace mencion de uno y otro sepulcro, señalando su situacion igual á la que tienen hoy, aunque advierte no habia inscripciones. Morales asegura lo mismo.

Tal se muestra hoy á la admiracion de los patriotas *la tumba de Pelayo*, inmortal monumento de las glorias españolas.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

LA CAVERNA DEL DIABLO

Leyenda fantástica del siglo XVII.

VI

El asesinato.

Cavalga el conde en lo oscuro
Sobre un veloce caballo,
Que al salir de aquel abismo
Le dió su patrono el diablo.
Consigo lleva el tesoro
A tanta costa comprado,
Aunque él no piensa en el precio,
Solo en Florinda pensando.
Ya va á sonar media noche,
Cuando de la luna al rayo
Que de entre las negras nubes
Se desprende, ve á lo largo
Parecer los altos muros
Que encierran su bien amado.
Entonce al bruto espolea,
Y atras el viento dejando
Salva el foso, y de un postigo
Abierto, al través, al patio
Principal llega; del bruto
Ligero salta, y salvando
Diez á diez los escalones
Llega á vista del anciano:
—«¡Héme aqui con el tesoro!
—Presto habeis enriquecido....
—«¿Y bien?
—¡Seais bien venido!
—«¡Veamos!
—«¡La ley del oro!
—«Ved todo lo que gusteis;
»Mas ya que os traigo el dinero,
»A Florinda hermosa espero
»Que luego al punto me deis!
—«Cachaza; que es necesario
»Pesar y contar primero
»Los escudos....
—«Usurero
»Pareceis....
—«Vos temerario!
—«Pesad y contad; mas presto;
»Que no hay tiempo que perder. ..
—«Para ser una muger
»Lo que comprais, os protesto
»Que gastais tamaña priesa.
—«Luego tengo que marchar....
—«¿Tan presto me ha de dejar
»Mi hija adorada?
—«Con esa
»Salís ahora?... Pedísteis
»Esa suma por su mano;
»Ved que os está bien, anciano,
»Cumplir lo que prometisteis!»
. . . .
. . . .
Al acento decidido
Con que el mancebo irritado
Le habla, cede complaciente
El astuto castellano;
Y cogiendo un balancin
Que esta al alcance del brazo,
Va los flamantes escudos
Pesando á un tiempo y contando.
«De buena ley es el oro
»Señor conde, bravo hallazgo
»Habeis hecho; por mi vida,
»Son muy de fresco acuñados!
»Este doblon es magnífico;
»A estotro le sobra un grano;
»Y aqueste?... Como reliquias
»Voy todos, conde, á guardarlos.»
—Y hablando así, mientras sigue
El enojoso trabajo,
Sin cesar demuestra el viejo
Su misero genio avaro.
En tanto el conde, impaciente,
Dá su charla á dos mil diablos;
Mas como todo en el mundo
Tiene fin, ya de su cálculo
Toca al término felice
Aquel avariento anciano.
Ya solo resta el postrero
Escudo, y al colocarlo
En la balanza, vé el viejo
Que sube ligero el plato.
—«¡Cambiadmelo!» esclama al punto.
—«¿Por qué?
—«¡Pardiez!»... porque es falso.
—«No poseo ya en la tierra
»Ni un miserable cornado;
»Con que, si no os acomoda....
—«Esperad!...» y examinando
Mas de cerca la moneda,
Ve con indecible espanto
Del principe del averno
Un feísimo retrato;
Y por leyenda: «*Fundido*
»*Para el gran conde Rinaldo*
»*En mil seiscientos cuarenta*,
»*Y en la caverna del Diablo*.»
Lanza el viejo un alarido,
Y al punto, cual si un encanto
Poderoso en aquel grito
Se encerrase, van entrando
Por la puerta, uno tras otro,
Hasta veinte hombres armados.
Tira de la espada el conde,
Y ciego, desatentado
Acomete; los arqueros
Forman en torno del amo
Un círculo impenetrable.
Y cuando ya despechado
Va á retirarse, acometen
A su voz los veinte brazos;
Mírase el conde perdido
Porque le han cerrado el paso,
«¡A mi Lucifer!» ahulla,
«¡A mi espíritus del báratro!»
Y una legion infinita
En los aires agitando
Cien mil inflamadas teas,
Acude de negros diablos.
Huyen tímidos la vista
Espantosa los soldados;
Y el conde por los cabellos
Cogiendo entonces al anciano,
La amoratada cabeza
Cercena de solo un tajo.
En tanto que en el castillo
Ejerce voraz su estrago
El incendio; arden confusos
Muebles, riquísimos cuadros,
Y manuscritos preciosos,
A grande costa, y en años
No muy pocos, reunidos
Por el muerto castellano.
Y pronto el vorace fuego
Se propaga y crece tanto,
Que el conde solo procura
Poner su persona en salvo.
Una inmensa galería
Ardiendo ya, á grandes pasos
Sigue el conde; va á torcer
Por donde no hay fuego, cuando
Unos ayes lastimeros
Lo detienen y á lo largo,
Casi desnuda, á Florinda
Descubre que entrambos brazos
Pidiendo favor le tiende.
No vacila, que esforzado
Nació; salvando las vigas
Abrasadas, y arrostrando
Mil muertes, vuela en socorro
De la jóven; ya á su lado
Va á llegar, ya presuroso
Una salvadora mano
Va á ofrecerle, cuando siente
Crugir y hundirse á su paso
El sólido pavimento
Por el incendio minado.
Lleno de pavor el conde
A un balconcillo inmediato
Se lanza, y de allí se arroja
Al patio de un solo salto.
En aquel instante mismo,
Con fragor estraordinario
Toda el ala que el incendio
Destruye, se viene abajo;
Y el conde que por fortuna
Halla aun allí su caballo,
Salta sobre él, le espolea,
Y mas veloz que el relámpago
Va corriendo á toda brida
Al través de aquellos campos.

VII.

La fuga.

Los montes y los rios, las selvas, los collados,
Las villas, las aldeas, ve el conde en derredor,
Pasar ante su vista cual pasan los nublados
Al soplo irresistible del túrbido aquilon.

Y pasan otros rios, y surgen otros montes
Y aldeas y ciudades de vário parecer;
Y campos nunca vistos y estraños horizontes,
Y lúgubres comarcas ve el conde en su correr.

Y mientras mas se aleja de aquel fatal castillo
Mas claro del incendio escúchase el crugir,
Y el golpe acompasado del lúgubre martillo,
Y aquel indefinible satánico reir.

Y el pálido rostro con ánsia volviendo,
Ve el mísero conde, ¡terrible vision!
Que entero el castillo detras del corriendo
Ya casi en su marcha detiene al bridon.

Entonces desgarra los recios hijares
Con ambas espuelas del noble corcel.
Y el sudor y sangre despréndense á mares
A rudos embates del dueño cruel.

Mientras mas le aguija, mas lento adelanta;
Ni freno ni espuelas conmuévenle ya;
Y al fin yerta, inmovil, la rápida planta,
De aspecto varia la fuga infernal.

En torno de Rinaldi gira ardiendo
El castillo con horrido fragor;
Y el conde sobre sí gira siguiendo
Con pasmo la terrífica vision.

Rotos los muros, la anublada vista
Penetra sin obstáculo hasta el fin,
Y como en panorama amplia revista
Pasa allí de su vida el infeliz.

Mírase honrado y rico y acatado
Como lo fuera allá en su juventud,
Antes que en la sentina del pecado
Mancillase por siempre su virtud.

Luego, ya corrompido, á los placeres
Se lanza y á los vicios con furor;
Y pérfidos tahures, y mugeres
Perdidas, van siguiendo en derredor.

Y la orgía, las lúbricas danzas,
Y los duelos, la súcia embriaguez;
Del averno las mil asechanzas,
Juntas van en impuro tropel.

Y traiciones y muertes y engaños
Pasan luego en confuso monton,
Y ya el conde sus ultimos años
Ve llegar ante sí con horror.

De Venecia las torres, los puentes,
De las aguas se miran surgir,
Y se escucha el rumor de las gentes
Cual del mar el lejano mugir.

Las luces remedan al dia,
Las góndolas vienen y van:
¿Cuál es esa inmensa alegría
Que ruge en el ancho canal?

Del lago las plácidas olas
Cubiertas de barcas se ven,
Que agitan sus mil banderolas
Del remo al suave vaiven:

Y música y tiernos cantares,
Y gritos y vivas sin fin,
Conturban la tierra y los mares
Del uno hasta el otro confin.

Y allá del cuadro en el fondo,
Entre mil otros fulgura,
Cual sol brillante un palacio
Que las miradas deslumbra.

Es la marmórea fachada
Prodigio de arquitectura,
Y á la luz de los hachones
De mil colores y hechuras,

Que de frente y por la espalda
Se refleja en sus columnas,
Cual si de diamante fuera
Así fulgente relumbra.

Es de Alfonso de Ferrara
Duque, la mansion augusta,
Y en aquella fausta noche
Emporio de la hermosura;

Que en su hogar hospitalario,
El noble príncipe aduna
Cuantas damas y donceles
Hay allí de egregia alcurnia.

Ved como allá en los salones
Se codean y se empujan
De caballeros y damas
Las innumerables turbas.

Como en galas y preseas
Compiten las hermosuras,
Mientras á un lado las madres,
Con frentes un tanto adustas,

Lloran acaso los tiempos
De sus pasadas venturas.
¡Pobres flores, deshojadas

Soles que el invierno anubla!

Y al dar la señal la orquesta,
Ved cual se agitan confusas
Las parejas juveniles
Obedeciendo á la música.

Como si el crudo vértigo
De súbita locura,
Se apoderase rápido
De las alegres turbas
Las jóvenes y vírgenes
Con aparente furia,
Ya con cuidado evítanse,
Ya tornan y se buscan.
Y unos con otros mézclanse
En danza tan confusa,
Que con trabajos ímprobos
La maternal ternura,
Acaso en medio al vértice,
La cabellera rubia,
Pasar vé de la sílfide
Que causa sus angustias,
Como veloz relámpago
Que un punto el cielo alumbra;
Y al ver cual pasa efímero
De nuevo se conturba;
Torna á buscarla, y rieso
Del miedo que la asusta,
Al ver la frente pálida
De cuyo bien se cura,
Angel de amores, cándido,
Brillar entre la turba,
Cual luce el sol vivífico
De enero entre las brumas.

Mas el noble príncipe,
Rey de la funcion,
No se vé en las salas;
Acaso salió
Al regio vestíbulo
Oyendo el rumor
De alguien que al sarao
Muy tarde llegó.
Mas no; que aunque sea
Galante el señor,
Recibe á las gentes
De pié en el salon,
Y cuando el ugier
Con sonora voz
Anunció á Cornaro,
El Dux, solo dió
Dos pasos el dueño
En demostracion
De gran cortesía;
Que es duque y señor
Tambien soberano,
Y hombre de tal pro
Que parias no rinde
Ni al emperador.

Allá en lo oscuro,
Cerca del muro
Que al lago dá,
En una pieza
Que dá tristeza
Se ven entrar,

Juntos dos hombres,
De altivos nombres,
Ricos los dos:
Duque el primero,
Y el que postrero
Al cuarto entró

Su íntimo amigo
Que en su enemigo
Se va á tornar:
Que allá en lo oscuro,
Cerca del muro
Van á jugar.

Rinaldi, el conde,
Que dentro esconde
Del corazon
Fea codicia,
Negra avaricia,
Poco valor.

Al de Ferrara
Que antes entrara,
Le dice así:
—«¿Dó estan los dados?
—«Ya preparados
»Véislos aquí.»

Con gran sorna
La ancha corna
Coge aquel:
Tira el dado....
—«¡Fortunado,
Diez saqué!»

«Duque, tira!
—«Conde, mira.
»Quince yo!
—«Mil cequines
»Florentines,
¡O furor!

»Venga el cuerno
»Del averno.
»Van diez mil!
»Tres.... diez ... trece
»Me parece
»Que vencí!»

—»Bien... yo tiro.
»Mas, qué miro?
»Quince son!
—»Negra suerte!
»Ven ó muerte!
»Va un millon!

»Tres.... seis.... nueve...
»¡Suerte aleve,
»Ya perdí!
—»Doce cuento!
—»Bien.. aumento!
»¡Pesia á mí!

»Dos millones
»De doblones
»Ahora van!
»Tú el primero
»Duque!
—»Quiero!
»Seis no mas!

—»¡Oh alegría!
»Esta es mia!
»Tiro yo!
»Dos.... tres.... nada!
»Malhadada
»Mi ambicion!

Prosiguen
Jugando;
El duque
Ganando,
Y el conde
Perdido
De rabia
Transido,
El único
Apuesta
Postrero
Doblon:
Y pierde,
Y al punto
En negro
Conjunto
Ve el triste
Su vida.
Su fama
Perdida....
Ya nada
Le resta....
¡Horrible
Traicion!

Duda,
Tiembla,
Mira,
Busca
Torvo
Ya...

Y cual feroce tigre, salta luego
Sobre el duque blandiendo su puñal,

Y hasta el pomo lo esconde en la tetilla
Izquierda, traspasando el corazon;
Y al oro se abalanza que allí brilla
El cobarde asesino era ladron.

Cae el duque sin lanzar ni un solo grito,
Que es segura la mano que le hirió;
Y los bolsillos llenos, el maldito
Vuela por el oscuro corredor.

La escalera salvó de un solo salto;
Con otro llega al márgen del canal,
Y por el puente toma de Rialto,
Y prosigue, y lo deja en breve atrás.

Y sigue en la carrera.... mas la historia
De su pasada vida ya no vió
El conde, y sin aliento ni memoria
Al irse á incorporar se desmayó....

. . . .
. . . .

VIII.

El despertar.

A la siguiente mañana
Despues de aquellos sucesos
Que contamos ha muy poco,
Al teatro del incendio,

Entre inmensa multitud
De aldeanos y labriegos,
En buen órden van llegando
Hasta doscientos arqueros.

Del rey son, que á la noticia
De aquel desastroso evento,
Manda que entre los escombros
Se registre luego, luego.

Empiezan á echar á un lado
Los ennegrecidos restos
De pavimentos y muros,
Puertas, ventanas y techos.

Y á las primeras de cambio,
Hallan intacto y completo
El cuarto laboratorio
Del infeliz usurero.

Yace á un lado la cabeza,
A otro el mutilado cuerpo,
Que aun conserva entre las manos
Aquel escudo postrero.

Y allí cerca, en un vetusto
Arcon de sólido hierro,
Que el mísero castellano
Al morir dejó entreabierto,

En montones desiguales
Se ve lucir el dinero
Cuyo amor costó la vida
A su infortunado dueño.

Siguen en tanto escabando
Solícitos los pecheros;
Y en el patio principal,
Donde casi todo un lienzo

De pared se vino abajo
Con el furor del incendio,
Desentierran á Rinaldi
Magullado y casi muerto.

Y es que al saltar, de las iras
Del fuego infernal huyendo,
Tras él desplomose el muro
Minado ya por el fuego,

Y la carrera y la fuga,
Y los terribles recuerdos
Do en lúgubre panorama
Vió sus delitos horrendos;

Fueron fantasmas y sombras
Del lastimado cerebro,
Delirios de un moribundo
Que sueña estando despierto....

Al ver al conde se lanzan
Sobre él los bravos arqueros,
Y atado, en una camilla
Que llevan cuatro labriegos,

Con silencio y gran premura,
Al mas inmediato pueblo
Le conducen; que formado
Ya está el tribunal severo,

Nombrado por el monarca
Para formar el proceso,
Y segun lo que resulte,
Condenarle ó absolverlo.

IX.

El suplicio.

En medio de una gran plaza
Y sobre altivo tablado
Cuyas negras colgaduras
Al alma infunden espanto,

Alrededor de una mesa
Están los jueces sentados,
Y allí junto en su camilla,
Descompuesto el rostro y pálido,

Enredados los cabellos,
Los ojos ensangrentados
Yacer se mira doliente
Al infelice Rinaldo.

Cuatro guardias le rodean,
La partesana en el brazo,
Y estudiantes y mendigos,
Y clérigos y soldados,

Se empujan y se denostan
Y se dan sendos codazos,
Por ver mejor á los jueces
Y al miserable acusado.

Y tan de recio se insultan
Y se estrujan con tal garbo,
Que va á parar en tumulto
Si dura mas, aquel acto.

Mas por fortuna el delito
Es tan patente y tan claro,
Que no hay sino aquel forzoso,
Indispensable retardo;

Y la causa apenas dura
El tiempo que es necesario
Para que pueda erigirse
Allí próximo un cadalso.

Convicto el conde y confeso
De homicidio, incendio y rapto,
De pacto con el demonio,
Y á mas monedero falso,

A una voz la última pena
Le imponen los magistrados:
Y entre roncos alaridos
É insultos del populacho,

Al patíbulo afrentoso
Le conducen los soldados.—
Allí en la rueda, le rompen
Primero piernas y brazos;

Luego le arrancan los ojos;
Y vivo aun, palpitando,
En una inmensa caldera,
Do los escudos del diablo

En plena fusion, hirviendo,
Son un infierno abreviado,
Le arrójan, porque el castigo
Infunda mayor espanto.

X.

Conclusion.

Cuentan que mientra el suplicio
Duró, en los aires bailando
Cual torbellino espantoso,
Se vieron mil negros diablos,
Al son infernal, horrible,
Del mas lúgubre fandango.
Y al rechinar de los dientes
Y al reir de aquellos trasgos,
Se mezclaban los suspiros
De Florinda, y los desmayos,
Y el ronco estertor del duque
Y el del mísero Tibaldo.
Yo, lector, no lo aseguro;
Cuento lo que me contaron.
Lo que sí afirmo por cierto,
(Y no me importa un cornado
Que cual patraña lo mires);
Es que el viajero, á su paso
Por la comarca en que estuvo
El castillo celebrado,
Cree oir el chisporroteo
Del incendio, y ver su estrago,
Y escuchar las sucias coplas,
Y juramentos nefandos,
Y el rechinar de las limas
De los monederos falsos,
Al son del recio martillo
De la *Caverna del Diablo*.

J. Heriberto García de Quevedo.

UN ELEGANTE DE PROVINCIA.

Hacia media hora poco mas ó menos que acababa de llegar la diligencia de Cuenca, cuando se hallaba instalado Pepito el Marqués (tal era el nombre que daban en su provincia al protagonista de esta verdadera historia) en una sala del parador de S. Bruno, rodeado de tres ó cuatro de sus paisanos que habian estado esperándole. Mientras se despojaba del traje de camino, le atronaban á preguntas sobre las novedades y acontecimientos del pueblo, y se anticipaban á darle algunas nociones acerca de la armería, del jardin botánico, del casino y casa de fieras.

—Todo eso lo tengo visto cuando vine hace diez años por ferias con mi abuela, dijo el recien llegado; ahora ya no me ocupo de eso; ahora quiero ver y tratar notabilidades artísticas, los Utrillas, los Borreles, los Pedebideaus, los Mirós. Es necesario que me lleveis á casa del primero; sino no podré presentar mis cartas de recomendacion. A la del último ya tendré tiempo de ir mañana.

Se viste con el trage de ceremonia que usaba en su pueblo, y se dirige con sus amigos á casa de Utrilla.

Utrilla, como VV. saben, es un sastre que tiene ciento treinta y seis operarios de ambos sexos, á quienes dá trabajo fuera de su casa. Para tan considerable número de artistas, le es necesario tener cortando diariamente dos ó tres oficiales, necesitando él todo su tiempo para tomar medidas, no estraordinarias ni escepcionales, sino *justas*, y enterarse del gusto y pretensiones de sus elegantes parroquianos. Con su amabilidad acostumbrada ponderó la gallardía de nuestro Pepito.

—¡Oh amigo, cuánto partido puede sacar del cuerpo de V. un buen sastre!

—¿Sí, eh? sin embargo, yo lo creia difícil. Mire V. que soy de un gusto muy delicado.

Utrilla le tomó las medidas de frac, chaleco y pantalon.

Nuestro jóven se proveyó de un corsé, de botas charoladas de Escobar, jabon de olor que compró en casa de Fortis, guantes de Dubost, etc. etc.

A los pocos dias, gracias á sus continuas idas y venidas á casa de Utrilla, tenia ya la ropa en el parador.

Llega la hora de vestirse, Miró se habia esmerado en el peinado, Utrilla habia estado sublime en el vestido, y cumpliendo con el encargo que le fuera hecho, habia *confeccionado* el trage con arreglo al último figurin acabado de llegar de Paris.

—Es preciso ensayar mis modales y ver cómo me sienta esta ropa, decia Pepito contoneándose y dirigiendo de cuando en cuando una mirada al espejo.

Púsose el sombrero, comprado el dia antes en casa de Aimable, tomó un junquito que tenia arrimado á una cómoda y ensayó algunos movimientos.

Satisfecho de su presencia sale á la calle esta notabilidad conquense.

—Este caballero es de Cuenca, oyó decir á su espalda.

—Para servir á V. caballero... ¿A quién tengo el honor... dijo Pepito poniéndose en tercera.

—Este caballero es de Cuenca, dijo otro que pasaba detrás de él.

Volvióse el jóven; pero no conoció mas al segundo que al primero de los que parecian sus admiradores.

Detúvose á leer delante de la librería de Cuesta uno de los cartones que se hallan á la puerta, y al cabo de pocos renglones tropezó su vista con el siguiente:

Manual del jóven elegante.

Este librito ya le habia leido Pepito el marqués en Cuenca; pero se le habia dejado olvidado, y creia necesario repasar algunos documentos; porque se le ocurrian algunas dudas acerca de aquello de tronzar el pan francés y romper con la mano las cáscaras de los huevos pasados por agua.

Entra en ella.

—Este caballero es de Cuenca, dicen á una voz todos los que se hallaban en ella.

—Señores, soy mas conocido en Madrid de lo que creia. Tiene V. la bondad, dijo acercándose al mostrador, de darme el *Manual del jóven elegante*?

Toma un ejemplar en pasta, sale de la librería dirigiéndose á correos, y por el camino á un lado y á otro y por detrás no oia mas que una voz continua que decia: Este caballero es de Cuenca. A pesar de que nuestro elegante era de un carácter dulce y pacífico, ya se iba incomodando; pero llegó á desesperarse cuando al entrar en correos se vió rodeado de toda la guardia que gritaba: Este caballero es de Cuenca.

Por último, viéndose por todas partes rodeado por gentes para él desconocidas, que pronunciaban aquellas palabras, se dirigió á su casa, subió á su cuarto y comenzó á desnudarse.

Al quitarse el frac, para cuya operacion tuvo que llamar á un criado, vió la causa de su desesperacion.

El ama de la posada que le habia visto llegar en la diligencia de Cuenca, y que habia observado tambien las contorsiones, los gestos y ademanes que hiciera ante el espejo, le habia cosido á la espalda del frac una cuartilla de papel en que se leian estas palabras: *Este caballero es de Cuenca.*

Prueba de la verdad por el fuego.

Los cristianos que vivian en España bajo el dominio de los moros, usaban un misal y ritual llamado Mozárabe, diferente en muchos particulares del misal usado en Roma. Luego que Toledo fué conquistada por los reyes cristianos, mandó el Papa abandonar el Mozárabe y recibir el latino. Los cristianos viejos de Toledo defendian con mucho celo el misal de sus antepasados, por cuyos ritos habian obtenido las bendiciones del Espíritu santo; pero el Legado de Roma insistia en que se usase aquel que habia recibido la sancion infalible del Pontífice. No siendo fácil hallar el fin de esta contienda, convinieron las dos partes en decidir la controversia por el fuego, esto es, echar al fuego los dos misales, y aquel que quedara intacto seria admitido. Al punto hicieron una grande hoguera y los dos misales fueron arrojados en ella, pero por causas entonces desconocidas, ambos libros, con asombro de los espectadores quedaron reducidos á cenizas. La consecuencia fué el usar uno y otro, como se acostumbra en Toledo hasta el dia.

SENTENCIAS.

—No fies ni porfies, no apuestes ni prestes, y vivirás con sosiego entre las gentes.

—Cuando te hace fiestas el que antes no te las solia hacer, ó te quiere engañar ó te ha menester.

—Hablar sin pensar es tirar sin apuntar.

—Huerta sin agua, casa sin tejado, mujer sin amor y marido descuidado, son cuatro cosas que lleva el diablo.

—Humo, gotera y muger parlera, echan al hombre de su casa á fuera.

—Necios y porfiados hacen ricos á los letrados.

—Al que mira al suelo no fies tu dinero.

FATALIDAD.

La fatalidad, por la que un gran número de escritores de la antigüedad tuvieron una muerte prematura y desgraciada, es sumamente notable. Menandro fué ahogado en el puerto de Pireo, cuando sus facultades intelectuales estaban en su mayor vigor, y mientras su mente formaba planes para la composicion de obras dignas de su elevado génio. Eurípides y Heráclito fueron ambos despedazados por perros. Teócrito pereció á la compresion del dogal. Empédocles fué precipitado en el cráter del volcan Etna. Hesiodo fué asesinado por un falso amigo. Archíloco é Ibico perecieron á manos de ladrones. La célebre Safo se precipitó desde lo alto de una roca en Lesbos. Esquilo murió del golpe de una tortuga, que escapada de las garras de un águila, cayó sobre su cabeza. Anacreonte, aunque esto no es estraño, murió de una borrachera. Cratino y Terencio perecieron en un naufragio.

Séneca y Lucano fueron sentenciados á muerte por un tirano, y mientras corria la sangre de sus venas, repetian sus sábias máximas y sus versos elegantes. Lucrecio se quitó la vida en un frenesí de amor desesperado. Sócrates y Demóstenes fueron envenenados; y Ciceron perdió su cabeza de un tajo de espada dada por un oficial de la guardia romana. Es verdaderamente maravilloso que tantos hombres distinguidos por sus talentos, pacíficos por su naturaleza, y la mayor parte de vida retirada, hubiesen tenido una suerte tan diferente de la que podria esperarse en sus circunstancias y costumbres.

La dicha ó desdicha de los hombres, no depende menos de ellos que de la fortuna.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NUMERO 4.

Obeja que bala bocado pierde.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID: Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, num. 4.



La Abadía de Lapais en la isla de Chipre.

Atravesando la garganta llamada de Lerine, despues de haber salido de Agridi, se llega á una eminencia desde la cual se distingue la abadía de Lapais, fundada á mediados del siglo XIV por el rey Hugo IV de Lusignan para religiosos premostatenses, en medio de los cuales quiso aquel príncipe reposar despues de su muerte. Encuéntrase el convento al borde de una plataforma destacada de la cadena de montañas que se estiende por aquel paraje. Bosques enteros de naranjos, de olivos, de laureles rosas, de acacias y de palmeras rodean el monasterio y la vecina aldea nombrada Cazaphani-Pano.

La parte de este edificio que mas principalmente llama desde luego la atencion, es una sala magnífica de cuarenta y tantas varas de larga, muy elevada y alumbrada por dos órdenes de ventanas en ojiva, que dan á la campiña y al mar. El muro que la termina y que parece sostener todo el monasterio en la pendiente de la montaña, tiene tres varas de ancho; las ventanas están practicadas diagonalmente en el fondo de la muralla; un roseton intacto aun y calado recibe la luz del E.; por el opuesto lado se encuentra una doble ventana gótica. Seis haces de columnitas sostienen los arcos de la bóveda sobre capiteles formados por hojas. Un púlpito de piedra admirablemente trabajado existe tambien unido aun al muro septentrional de este bello salon, que sería probablemente el refectorio de la comunidad. Frente por frente de la puerta y en la galería del cláustro se encuentra un rico sarcófago antiguo adornado de genios y de coronas de flores, que ha sido trasformado en una fuente; seis llaves colocadas en la parte inferior del citado sarcófago dan paso al agua. Este sepulcro se distingue perfectamente en el grabado que ofrecemos.

Los arcos góticos que forman la galería del cláustro se

dibujan sobre un cielo azul y el fondo que forman los naranjos silvestres que llenan el jardin. Sus curvas superiores son como se ve de tres puntos, y los tímpanos se hallan adornados de trebol y de hojarasca, ornamentos que son muy comunes en las construcciones del siglo XIV.

La puerta del cláustro tiene un friso de mármol blanco sobre el cual se hallan esculpidos los tres escudos del rey fundador; el del centro tiene el signo de las cruzadas y armas del reino de Jerusalen, reunido en el siglo XIII al de Chipre. De este paraje se va atravesando un patio á la antigua iglesia de la abadia, donde los griegos celebran hoy todavía sus oficios. Poco notable encierra en su interior esta parte del monasterio.

Vanamente se buscará por donde quiera la tumba del rey Hugo; no debe suponerse que el sarcófago del cláustro haya recibido en 1360 los restos del príncipe para convertirse en el siglo XVI en el depósito de una fuente, pues no es creible que los venecianos, á pesar de su manía de borrar todos los recuerdos de los antiguos dueños de la isla, hayan obligado á los monges á violar la sepultura de su bienhechor.

LA LOCURA CONTAGIOSA.

A un cuarto principal de una casa nueva, sita frente al Rastro de Valladolid, corte á la sazon de Felipe III, subian una tarde de otoño del año 1603, mano á mano y en conversacion al parecer de grave importancia, una muger y dos hombres, personas las tres de razonable edad; el uno con sotana y manteo de raja de Florencia; el otro con capa larga y gorra, baston, guantes y grande anillo; y ella con tocas blancas y saya de jerga: es decir, un eclesiástico, un médico y una beata. «Quien nos haya visto venir acá juntos desde la iglesia de S. Ildefonso,» dijo sonriéndose el eclesiástico al poner el pié en el primer escalon, «se habrá figurado que vamos á visitar á un enfermo de peligro.»—«¿Parécele á vuestra merced, señor cura,» replicó la beata, «que es enfermedad poco peligrosa la de mi hermanastro?»—«Aun,» replicó el médico, «no nos ha dado cuenta vuesamerced sino de alguno que otro síntoma que no me parece decisivo.»—«Ahora,» prosiguió el cura, «nos informará con mas detencion y descanso la hermana Magdalena, porque hasta aquí mas nos ha aturdido con exclamaciones que nos ha instruido con noticias.»—«Por eso rogué á vuestras mercedes,» dijo Magdalena, «que viniesen á casa y aprovechásemos la buena coyuntura que se nos ofrece por haber salido mi cuñada, mi hermanastra y sobrinas.»—Llamó en esto la beata á la puerta, y habiendo preguntado desde adentro una voz el sabido ¿quién es? Magdalena respondió: «abre María.» Abrió al punto la criada, y la beata, haciéndole primero una señal, como de quien encarga sigilo, preguntó muy quedo á la moza si seguia aun el amo en su cuarto. «Todavía está allí» contestó María, «y tan enfrascado como siempre.» «Vuesas mercedes me hagan la honra de pasar á la sala,» dijo entonces la beata á sus dos acompañantes; y dirigiéndolos ella, entraron en una pieza capaz y limpia, bien que alhajada con pocos y pobres muebles. Con esto, y con mandar á la criada que sacase chocolate al señor cura y al señor doctor, se retiró; y quedando solos los tres interlocutores de al principio, entablaron, segun noticias, el siguiente diálogo.

El Cura *(bajito.)* Con que díganos vuestra merced: ¿qué mas motivos tiene para creer que el señor hermano se halla tan mal de salud?

Magdalena. La del alma nunca me falte, señor cura, si no es cierto lo que imagino. Pues, señores.... *(suena en el aposento inmediato una ruidosa carcajada)*. ¿Oyen vuesas mercedes? Esas risas son las que á mí me hacen llorar: desde que vino mi cuñado de Sevilla, donde estuvo preso, ha dado en la flor de encerrarse en ese cuarto y soltar de cuando en cuando unas risotadas que me estremecen. Cuando le hablamos, anda siempre distraido y de ordinario contesta fuera de propósito: á mi entender, el sentimiento de haberse visto en una cárcel y acusado injustamente de defraudador de la real hacienda, junto con la pesadumbre de considerar el desamparo en que su prision dejaba á su familia, que somos cinco mugeres, sin contar con la moza, á quienes hasta ahora ha mantenido honradamente con su trabajo; estas consideraciones, repito, han hecho en su ánimo ancha mella, y han debido trastornarle un poco el celebro.

El Médico. Imposible no es: un hombre pundonoroso y que pasa ya de cincuenta....

Magdalena. Es que hay otra cosa, y á fé que el señor cura me dé la razon. Mi madre doña Leonor de Cortinas, que santa gloria haya, me tiene dicho tantas veces, afligida del carácter travieso de mi hermano, me tiene repetido tantas veces llorando que las locuras de su hijo habian de dar que decir al mundo! Las predicciones de los padres....

El Cura *(tomando el chocolate que trae la criada.)* Ciertamente son avisos de Dios. *(Aparte.)* Agasajo de chocolate como este, bien se podia perdonar.

El Médico *(sorbiendo su jícara.)* Pero esas risas pueden provenir de que el señor hermano tenga algun motivo oculto para estar contento: acaso sus negocios prosperan....

Magdalena. ¿Qué han de prosperar, señor doctor de mi alma, si jamás se ha visto peor? En otro tiempo escribia comedias qué le daban algo de sí, porque los comediantes y el auditorio las recibian bien; pero ya dicen todos que ha perdido la gracia, y que ni aun sirve para componer coplas de ciego. Acomodo estable en la córte no ha podido lograrlo nunca: las cobranzas esas que tenia le ocasionaban contínuos viajes y desazones y le rendian muy poca utilidad; como fué soldado, no se da maña para hacer la córte á los señores de ella, y asi ninguno le atiende: con que ya vé vuestra merced qué motivos de alegría le asisten. Pero lo mas particular es que desde que le ha acometido esa manía, se rie de cualquier cosa por sencilla que sea, y le ocurren unas bobadas que jamás se han visto en él ni por pienso, pues seguramente que nunca ha pecado de bobo mi hermano de madre. Figúrense vuestras mercedes si es para estrañar el caso que voy á referir, que es el primero en que yo reparé. Recien llegado mi hermano de Sevilla, tuvo que tratar con un labrador de Sepúlveda no sé que asuntos correspondientes á la administracion de unas tierras de aquella villa; y como en la lista de ellas hubiese una, sita en un término que parece que llaman de *Sancho Pulza*; no bien oyó este nombre mi buen hermano, rompió á reir como un mentecato diciendo: «¡famoso nombre, mudándole algo! ¡famoso!» Porfiaba el labrador que no habia que mudar al tal nombre nada, y mi hermano en que sí, y anduvieron así altercando media hora, hasta que se separaron los dos, el labrador harto mohino, y mi hermano muy satisfecho. Pocos dias despues habiamos salido él y yo á dar una vuelta fuera de la ciudad, y al subir una loma, encima de la cual hay un molino de viento, vimos que un muchacho se dejó coger, no sé cómo, de una de las aspas del molino, que le volteó y arrojó á grande distancia, dejándole sin sentido del golpe. Yo me asusté de manera que no pude dar un paso para socorrer al chicuelo: mi hermano acudió á él, le alzó y le hizo volver en su acuerdo; pero ¿querrán vuestras mercedes creer que mientras le levantaba y hacia por volverle en sí, no paraba de reirse exclamando:—¡qué donosa casualidad! ¡vaya, que no puedo contener la risa!

El Cura. Poco cristiano es en verdad eso de alegrarse del mal del prójimo.

El Doctor. Que se alegre un médico de que se le presente ocasion de hacer una buena cura, pase; pero un ingenio lego no está en igual caso. Con todo, aun eso no prueba que el amigo se halle falto de juicio.

Magdalena. Pues vaya otro pasito mas. Vuestra merced, si no me engaño, es pariente de aquel famoso Juanelo Turriano, el del artificio para subir el agua del Tajo.

El Doctor. Cierto que sí.

Magdalena. Vuestra merced mismo es quien me ha contado aquel lance de Juanelo con el emperador.

El Doctor. En efecto, yo he sido.

El Cura. ¿Qué lance es ese?

El Médico. Uno que no deja de ser curioso. Cuando el César Cárlos V, habiendo renunciado las coronas imperial y real, se retiró al monasterio de San Yuste, Juanelo, deseoso de dar á S. M. un buen rato, construyó una máquina de figuras de movimiento que representaban la batalla de Pavía. Dada cuenta de sus intenciones á los religiosos, ellos le proporcionaron con todo secreto sitio á propósito en que colocar su tramoya, y cuando estuvo lista, dijeron

al emperador que viniese á ver una curiosidad de gusto. Holgóse mucho S. M. con ella, porque el sitio de la pelea estaba figurado al vivo, y las operaciones de los dos ejércitos perfectamente imitadas. Pues como la figura del rey de Francia hiciese que se retiraba en derrota, y se hubiesen atascado con no sé qué tropiezo la de los nuestros que le perseguian, el emperador, que tenia los ojos fijos en ellas como si mismamente estuviese viendo combatir hombres de carne y hueso, se dejó por un momento llevar de su imaginacion guerrera y fogosa, y esclamó á voz en grito, cual si estuviese aun mandando sus invictas escuadras: —«Corre, Juan de Urbieta; Diego de Avila, corre, que se os escapa el rey Francisco.» Figúrese vuesa merced señor cura, ¡qué efecto harian estas espresiones en todos los circunstantes! Aunque casi todos eran frailes, padre hubo que se arrojó á cojer del pescuezo al rey francés para que no se huyera.

El Cura. Yo por mi le juro á vuestra merced que mas hubiera querido presenciar ese lance que ser nombrado para la mitra arzobispal de Toledo.

Magdalena. Pues bien: refiriéndolo yo há pocos dias ese acontecimiento á mi hermano, soltó tambien la carcajada diciendo: «¡brava aventura para achacársela á un titiritero!»

El Médico. ¡Tratar de titiritero á Juanelo, al insigne mecánico, mi pariente! Vamos, no tiene duda: el hermano de Magdalena está loco.

Magdalena. Pues ¿y lo que oí decir acerca del piadoso robo del cuerpo de San Juan de la Cruz?

El Cura. ¡Qué! ¿se divierte tambien el Sr. hermano á costa de los siervos de Dios.

Magdalena. No; pero dijo que él habia de dar su merecido al comisionado que hizo el robo, y al vicario y prior carmelitano que lo consintieron.

El Cura. ¿Y qué es lo que queria darles á los reverendos?

Magdalena. Una buena paliza por mano de no sé que personaje.

El Cura. ¡Palos á un ministro de los altares! vamos, no se puede ya dudar que ese hombre está loco.

Magdalena. Gracias á Dios que se convencen vuesas mercedes.

Quedó, pues, con esto calificado de demente el risueño y hasta ahora invisible hermano de la beata, y habiendo conferenciado entre sí los tres calificadores acerca de quién habia de ser el que hablase primero al enfermo para inducirle á ponerle en cura, hubo de recaer la eleccion, como era natural, en el padre de almas, el cual levantándose y encomendándose á San Ildefonso, abrió la puerta del cuarto donde se hallaba el paciente, y colóse dentro con un Ave María, seguido de la pregunta ¿qué hace por aquí un hombre? Era la pieza grande, y el cura habia cerrado la puerta conforme antes estaba: el doctor y Magdalena se pusieron á escuchar con grande ahinco, y aun miraron por el agujero de la cerradura; pero no les fué posible ver al maniático ni al cura, ni oirles palabra durante un breve rato, hasta que sonó de pronto un duo de carcajadas, en el cual el buen cura reia mucho mas recio que el presunto loco. Miráronse atónitos el doctor y la beata, la cual como si súbitamente se sintiera agitada de una inspiracion profética, prorumpió enclavijando las manos y alzando los ojos al cielo, (es decir, á las bovedillas de la sala), «¡ay señor doctor de mi vida ¡si será locura contagiosa la de mi hermano, y se le habrá pegado al cura?» «¡Oiga vuesa merced, contestó el doctor, pues no lo diga de chanza, que es cosa que puede suceder, y á fé que esta vez no las tengo todas conmigo. Sin embargo, voy á entrar y á preguntarles de qué se rien, porque á nosotros los de la profesion, como ya nos conocen, no se nos agarran las enfermedades.» Y diciendo y haciendo encajóse en el cuarto. Siguióse á su entrada rumor confuso de cumplimientos de bien venida, y luego otro rumor mas suave que Magdalena no acertó á discernir, aunque se parecia al susurro que hace una persona que reza, y por último tornó á resonar otra salva de risotadas, aun mas estrepitosa que la anterior por el refuerzo del nuevo auxiliar, cuya voz aun sobresalia sobre la del cura. Aquí fué la confusion y apuro de Magdalena: «¡tambien,» esclamaba, tambien el doctor se ha contagiado, tambien el médico se vuelve loco!»

En medio de esta tribulacion, é invocando uno por uno todos los santos del calendario, la hallaron cuatro nuevos personajes que aparecieron en la sala, todos pertenecientes al sexo que ahora se llama bello, y que entonces á la cuenta no lo seria cuando no se lo llamaban: dos jóvenes y dos respetables matronas. «¡Catalina, Andrea, Isabel, Costanza!» esclamó Magdalena fuera de sí, dirigiéndose alternativamente á cada una: «mi hermano se nos ha vuelto loco y comunica su locura á cuantos le hablan. ¡Loco mi marido!—¡mi padre!—¡mi hermano!—¡mi tio!» esclamaron á la vez las cuatro. «Pues ¿qué sucede? ¿qué has notado en él?» preguntó Catalina. «Que ha dado en la manía de reirse de todos y á todos les entra hoy la misma manía en oyéndole: escuchad, escuchad, ¡qué carcajadas dan allá dentro el cura de San Ildefonso y el doctor Turriano! Es menester que yo aclare esto, dijo Catalina no poco turbada, y pasó al cuarto que parecia haberse convertido en el templo de la alegría:—á los dos minutos ya reia Catalina como los demas. Fueron entrando sucesivamente atraidas de una curiosidad mezclada con una buena dosis de miedo doña Andrea, Isabel y Costanza, y á todas les sucedió lo mismo; de manera que á lo último reunidas las siete voces ó risas, cada una de tono y sonido diverso, formaban el coro mas bullicioso y vario que imaginarse puede. Llamaban á gritos los de adentro á Magdalena; pero ella les respondia mas recio: «no en mis dias, ¡guarda Pablo! no quiero reirme, no quiero perder el juicio.—Tú estás libre de eso,» respondió desde adentro una voz un poco tartamuda; y un instante despues, vista la terquedad de Magdalena, que no consentia en moverse de la sala, salieron á ella los que estaban en el cuarto: el cura y el médico, las dos jóvenes, las dos señoras mayores y detras de todos un hombre que rayaba en la ancianidad, de regular estatura y agradable aspecto, buen color, frente ancha, ojos vivos y nariz aguileña, el cual traia unos papeles en la mano. Salian todos fatigados de lo descompasadamente que habian reido; y el cura dirigiéndose á Magdalena le dijo: «no tenga vuesa merced miedo, hermana beata, que por ahora la razon de mi buen feligrés el alcalaino se halla mas que medianamente firme, sin embargo de que tengo para mí que la prediccion de la difunta Doña Leonor su madre ha de ser en cierto concepto ámpliamente cumplida: las locuras *escritas* de su hijo el manco han de resonar en todos los ángulos de la tierra. «Mira, dijo entonces el hermano alargando á la beata los papeles que habia sacado: «mira lo que tan embebido me trae hace algun tiempo, y lo que tanto ha divertido á estos señores.» Magdalena tomó los papeles, y leyó este rótulo en la cubierta: El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel Cervantes y Saavedra.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

LA TUMBA DE GESNER EN ZURICH.

Hay en Zurich un paseo bañado por dos rios, el Limmat y el Sihl, que termina en la confluencia. Esta doble ribera, rodeada de verdor, del dulce murmullo del agua, cuyo curso brillante y rápido se distingue por todos lados como un fondo plateado á través de los árboles; las risueñas perspectivas de este lugar, la soledad y la calma que en él reina, le dan atractivos dignos de la imaginacion del pintor y del poeta. Gesner, que era uno y otro á la vez, tuvo toda su vida una predileccion marcada por este bello paisaje; asi es que sus conciudadanos, que tantas veces le habian encontrado en aquellas alamedas absorto en sus dulces meditaciones, resolvieron de unánime acuerdo erigirle en ellas un sepulcro, cuando en 1788 dejó de existir á la edad de 58 años. Abrióse en toda Europa una suscricion pública, y el monumento fué confiado á Alejandro Trippel, escultor muy estimado entonces.

Gesner no comenzó á adquirir celebridad hasta que pasó de la juventud; durante su infancia su primer maestro no habia descubierto en él otra cosa que una comprension torpe y perezosa; pero esto era una observacion superficial; bajo aquella apariencia engañosa se ocultaba una sensibilidad esquisita, un amor exaltado de la naturaleza que le impelia á la pintura y la poesía. Su padre, que tenia ideas positivas y prudentes, le dedicó á la profesion de librero é impresor que él mismo ejercia. Despues de una residencia de algunos años en Berlin, donde sus ensayos como paisajista y como poeta obtuvieron un éxito mediano, se estableció en Zurich para continuar la profesion de su padre;

los deberes de su estado no disminuyeron su gusto por el arte; como Estienne y Richarson se hizo editor é impresor de sus propias obras, y aun tuvo ventaja sobre ellos; compuso y grabó las estampas y las viñetas que adornaron sus idilios y sus poemas. Las críticas del poeta Bancler, á quien habia conocido en Berlin, le hicieron renunciar á escribir en verso, adoptando una prosa cadenciosa que supo elevar á un grado notable de pureza y de elegancia. Sus primeras composiciones no obtuvieron gran éxito en su patria, mas apreciadas fueron en Francia. Su poema *Dafné*, publicado en 1755, sus *Idilios*, dados á luz al año siguiente, le colocaron inmediatamente en el rango de los primeros poetas en el género pastoril. El entusiasmo que causó en los literatos y en los círculos parisienses, se propagó con maravillosa rapidez en toda Europa; desde esta época hasta su muerte, Gesner no obtuvo otra cosa que triunfos: sus escritos fueron traducidos á todas las lenguas. El poema *La muerte de Abel*, que dió á luz en 1758, fué tres veces reimpreso en Francia en el trascurso de un año. Turgot tradujo dos cantos de su poema, el primer libro de los *Idilios* y *El primer navegante*. Diderot *Los dos amigos de Narbona* y las *Conversaciones de un padre con sus hijos*; muchos poetas se declararon discípulos de Gesner. Griman, entre ellos, que en su correspondencia decia, convirtiéndose en eco de sus contemporáneos: « Gesner tiene una frescura y una dulzura de colorido encantadoras; un estilo gracioso y delicado, y una sensibilidad esquisita. Las obras de este poeta son admirables por el encanto que les es propio y por la moralidad que respiran; es un hecho que despues de leer sus *Idilios* es uno mejor que antes; tan cierto es que hasta los géneros mas frívolos en apariencia pueden contribuir á la reforma de las costumbres.» Gesner fué comparado á Hesíodo y Teócrito, y sus obras sirvieron de testo en los establecimientos de instruccion pública.



El sepulcro de Gesner.

Segun el abate Andrés, su *Primer Navegante*, (1) dió á los poemas cortos un nuevo género de naturalidad y sencillez, asi como á los poemas épicos su *Muerte de Abel*. (2)

Madama Genlis, que hizo un viaje á Suiza hácia 1773, no se olvidó de Gesner al pasar por Zurich. He aqui la curiosa descripcion que hizo de su entrevista con el autor de *La muerte de Abel*.

«He visto á Gesner, dice, es un grande hombre sencillo y franco con quien facilmente se entra en relaciones y á quien no puede conocerse sin amarle. Yo paseé con él por las encantadoras orillas de la Sihl, que es donde, segun me dijo, ha encontrado la inspiracion de sus idilios, y no dejé de hacerle esa pregunta importuna que se dirige siempre á los autores célebres, para no ser jamás de su opinion, cualquiera que sea la respuesta. Mi pregunta fué cuál de sus obras estimaba mas, y me contestó: *El primer navegante*, porque le escribió para su muger en el principio de sus relaciones amorosas. Esta respuesta me desarmó, y desde entonces yo tambien quiero preferir *El primer navegante* á *La muerte de Abel*».

»Gesner me invitó á visitar su casa de campo; yo tenia una curiosidad estraordinaria de conocer á la muger con

(1) Este poema, con algunos Idilios del mismo autor, fué traducido en verso castellano y publicado en 1796.

(2) Hay una traduccion castellana impresa en 1803

quien se habia casado por amor, y que habia contribuido á hacerle poeta: representábamela bajo la forma de una pastora hechicera, y creia que la habitacion de Gesner debia ser una elegante cabaña rodeada de bosques y de flores, que en ella no se bebia mas que leche, y que, segun la espresion alemana, *se andaba sobre una alfombra de rosas*. Llegué, atravesé un pequeño jardin lleno únicamente de zanaorias y de coles, lo cual empezó á desvanecer un poco mis ideas de Eglogas y de Idilios, que fueron completamente disipadas al entrar en el salon, por una nube de humo de tabaco á través de la cual distinguí á Gesner, fumando en su pipa y bebiendo cerveza al lado de una muger en el trage del pais, que era madama Gesner. La buena inteligencia y estrecha union del matrimonio, su ternura para los hijos, retrataban las costumbres y las virtudes que Gesner ha cantado en sus Idilios y la edad de oro, no en brillante poesía, sino en lenguage vulgar y sin adornos. Gesner dibuja y pinta superiormente á la aguada el pais, y ha copiado todos los sitios campestres que lleva descrito.»

Este cuadro de familia es seguramente agradable y vale bien una biografía. No cabe duda que Gesner debe en parte á esta sencillez y moralidad de su vida doméstica la superioridad de sus escritos pastorales sobre las de los poetas que queriendo celebrar la pureza de las costumbres campestres, han bebido sus inspiraciones en las calles de las ciudades ó en las decoraciones de los teatros. Gesner no se ha sostenido siempre en el rango en que se hallaba colocado en su época. Pero si el género en que se distinguió ha pasado de moda, si ya no se busca el bello ideal de la felicidad en las cabañas, donde él le encontraba, si la verosimilitud del lenguaje que ponia algunas veces en boca á sus personajes no es hoy admisible, queda todavia á nuestra generacion un recuerdo agradable de sus descripciones de la naturaleza: lo que le dictó su corazon no perecerá; sus imitadores que no tenian otro contacto con él que el de la imaginacion y el espíritu de la moda, han sido ya condenados al olvido tiempo há.

EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL QUITASOL.

SEGUNDA PARTE.

Historia del Abanico.

Cuán útil y agradable seria una fiel y detallada historia del abanico, y con cuanto gusto llenaríamos esta delicada tarea si poseyéramos los conocimientos históricos que tan grave asunto reclama: pero nuestra crasa ignorancia se opone á nuestro buen deseo, y tendremos que contentarnos con tratar tan árdua cuestion someramente, ya que los datos son muy pocos, sin duda alguna por la incuria de los antiguos escritores. La historia sagrada nada dice de si nuestra primera madre Eva usó ó no abanico; pero atendiendo á que en el estado de gracia no tenia ni frio ni calor, y á que en el de pecado compuso su primer vestido de hojas de higuera, no es aventurado conjeturar que el primer abanico de la primera muger debió ser una hoja de higuera. La mitología, historia gentílica ó fábula, es en esta parte mas esplícita que el Pentateuco, pues nos presenta á la gran Juno vestida á la griega, y es monumental su abanico. Sin embargo, se nos ocurren algunas dudas sobre la materia y forma de este mueble, y atendiendo á que la esposa del Tonante tiene particular predileccion por los pavones, puede afirmarse que el célebre abanico de la Diosa, es ó fué la cola de una de sus aves predilectas. Y uniendo la historia sagrada á la mitología sacamos en limpio que una hoja de higuera y la cola de un pavon fueron los primeros abanicos que usaron la reina del Olimpo y la desterrada del paraiso terrenal.

Para jactarnos de eruditos, quisiéramos poder describir el abanico de Semíramis, modelo de esposas, que muy pocas siguen por desgracia, si es que la célebre reina de Egipto tuvo abanico: el de Cleopatra, reina varonil, que pudo trocarlo muy bien por una espada de Toledo: el de Safo, poetisa amante, que buscó la muerte en las ondas para hallar en ellas el olvido de la mas negra ingratitud, porque tambien hay hombres ingratos: el de Aspasia, célebre cortesana griega, que bajo seductores halagos ocultaba la mas refinada política, y fué uno de los mas bellos ornamentos del glorioso siglo de Pericles: el de la madre de Neron, vívora que amamantó á un aspid para que le rasgara el seno: el de la Fornarina, vírgen que dió muerte y gloria á Rafael: el de Catalina de Médices, empapado de venenosos filtros: el de Laura, que se interponia castamente en su faz divina y la mirada del Petrarca: el de Isabel de Inglaterra, que cubria la falsa sonrisa de la Reina vírgen, é inclinándose hacia rodar sobre el cadalso la cabeza que habia refrescado horas antes: el de Carlota Corday, trasformado en puñal para librar á la república de un tigre sediento de sangre, que apenas mitigó su sed cuando bebió toda la suya: el de..... pero pongamos coto á este larguísimo catálogo: que pisamos el siglo diez y nueve y es comprometido citar nombres.

El siglo diez y nueve... ¡Gran siglo!... Época de revoluciones condensadoras del tiempo, que bambolean y destruyen tronos, pero que no privan á la muger del abanico, su distraccion en todos tiempos y su consuelo en las largas siestas de estío. Amables lectoras, acudid en nuestro auxilio, y suministrándonos vuestras propias historias, contribuid con una chinita siquiera al gran monumento, á las nuevas murallas de Tebas, que pretendemos levantar á la historia del abanico. ¿Pero no respondeis, lectoras? ¿Nuestra humilde plegaria no enternece vuestros corazones diamantinos? ¿Nos dareis, como á pretendiente tonto y pobre un no redondo por respuesta? ¿No habrá una siquiera que se duela de nuestra angustiosa situacion? ¿No habrá una?.. ¡Silencio! una llega.... Sus megillas son mas delicadas que los pétalos de las rosas en una alborada de abril: sus ojos, azules como el cielo, derraman una luz tan suave como el rosicler matinal: sus lábios de coral ocultan dos hilos de perlas orientales: su talle es esbelto y flexible como el tallo de la amapola: sus piés apenas dejan huella: sus cabellos blondos parecen una corona de topacios: su voz es mas dulce que el blando murmullo de una fuente: escuchadla; comienza á hablar.

«¿Quereis, dice, que yo os refiera la fiel historia de mi abanico? ¡Ay! mi abanico tiene varias historias, cómo los jardines varias flores; como cada flor varios pétalos. Contarlas todas seria largo. ¿Quereis saber una? escuchad. Yo amo: ¿qué muger no idolatra! preocupaciones é interés se interponen, como horribles fantasmas, entre mí y el caro objeto de mi amor. Quiero ser suya y me lo impiden: quiero hablarle y no me lo permiten.... Tal despotismo no se concibe en un siglo de libertad! ¿Qué consuelo tengo en la vida? el de verlo: ¿y para verlo algunas horas de qué auxilio puedo valerme? del que me presta mi abanico.... Escuchad la historia de un dia. Era el ocho de enero de mil ochocientos cuarenta y nueve: el sol, brillando en su cenit, reanimaba los campos ateridos por las escarchas de la noche; y yo, asomada al balcon, esperaba con ansiedad que se presentara mi amante. A la una en punto, hora convenida, apareció, y al mismo tiempo mi mamá vino á colocarse á mi lado. En tan crítica situacion me era imposible pronunciar una sola palabra, ni hacer el mas ligero movimiento: mi amante venia á saber á qué paseo debiamos ir, y en la imposibilidad de decírselo hubiera muerto de dolor sin la mágica intervencion de mi abanico. Lo cerré precipitadamente, apliqué su parte superior á mis lábios, y toqué con ella mi frente. Estos tres ligeros movimientos significaban tres palabras. *Márchate, te amo, Atocha*: y obedeciendo á mi mandato, se alejó mi amante satisfecho y quedó burlada mi mamá. A las cuatro en punto, mamá y yo nos encontrábamos en Atocha; tambien estaba allí mi amante, y al cruzarnos me preguntaban sus miradas si podriamos vernos por la noche. Inmediatamente apliqué la parte inferior del abanico á mi megilla derecha; con lo cual le manifesté que íbamos al circo de Pombo. Cuán largo es el paseo de Atocha solo lo saben los amantes que no tienen otro consuelo que saludarse cada vuelta: para los amantes desgraciados debia haber un paseo sumamente corto, de cincuenta pasos lo mas, y así se encontrarian al menos una vez cada dos minutos. Pero las almas indiferentes ó dichosas no se cuidan de las que sufren, de las que han nacido para amar. Se puso el sol: nos retiramos mamá y yo, y á las ocho en punto nos encontrábamos en el anfiteatro del Circo: mi amante no tardó en llegar. Su primera mirada, radiante de satisfaccion y de amor, me pintó todo su cariño; á ella respondí *Yo te amo*, llegando á mis lábios la parte superior del abanico. Satisfecho de mi respuesta, tocó su nariz con el puñito del baston, modo de preguntarme si íbamos de sociedad; y yo le respondí *Señora*

de B. cerrando mi abanico de arriba á bajo. Inmediatamente aproximó el puño del baston á su frente, indicándome que traia una cartita para mí; y cerrando yo mi abanico de abajo á arriba le respondí, *Que podria dármela en la escalera.* Algunas mas preguntas y respuestas cambiamos; me entregó al bajar la escalera el billete con el necesario disimulo, y momentos despues nos encontramos en casa de la amable señora de B... Mi amante no podia acercárseme, porque mamá me hubiera reñido, y teniamos que hablar solamente el mudo idioma de los ojos. La casualidad y mi abanico nos acercaron un momento; y digo que fué mi abanico, porque una de las contertulias lo cojió, y viendo que, en vez de paisajes tenia escritos veinticuatro motes, y una ruedecita volante con igual cantidad de cifras, propuso que todos los jóvenes fuéramos sacando nuestro horóscopo; para lo cual fué necesario formar círculo; y aunque no se atrevió mi amante á ponerse á mi lado, por temor á mamá, quedó interpuesta una sola amiga entre los dos. Cuando tuve que sacar mi horóscopo gradué con tanta habilidad el escape de la ruedecita, que indicó precisamente el número que yo habia elegido de antemano, pues se leia en su correspondiente: *Sufrir y amar.* Mi amante sacó despues su horóscopo, y, tan hábil ó afortunado, tuvo el siguiente: *Vencer imposibles de amor.* Acabado este inocente juego se disolvió la sociedad y acabó mi historia de un dia.»

Triunfamos, amables lectoras; nuestros ruegos no fueron vanos; y por virtud de una vara mágica no tardó mucho en presentarse la sensible y hermosa jóven que ha tenido la amabilidad de contarnos su historia de un dia. ¿Pero debemos contentarnos con una historia que abarca tan breve periodo? Seriamos muy poco exigentes. ¿No habrá una segunda beldad que acceda á nuestro llamamiento?.. Creemos percibir ruido de pasos; la puerta se abre; un rostro moreno, sonrosado, con ojos pardos, nariz un poco levantada, labios frescos y ligeramente plegados, sombreado de cabellos castaños y sumamente provocativo, se asoma con cierto recato: la puerta se abre mucho mas; completa la aparicion un cuerpecito de muger, ágil, bien hecho y diminuto. La fantasmita se adelanta; apoya una mano sobre la mesa de escribir; lee el epígrafe de este artículo y dice:

«Está bien, muy bien; qué capricho. *Historia del abanico....* Vaya un descubrimiento raro; como si cualquiera abanico no tuviera un centenar de historias: que se lo pregunten á los mios. Desde que los saco de la tienda hasta que los rompo son una historia permanente; un telégrafo mucho mas útil que el de la casa de Correos. Si estoy al balcon, lo manejo en pro ó contra de dos estudiantes, mis vecinos, y tengo combinado el alfabeto de tal manera, que cuando digo al uno que iré de paseo al campo del Moro, el otro entiende que iré á la Fuente Castellana, y generalmente concluyo por ir al Retiro ó Atocha. En el paseo saludo al mismo tiempo á un capitan de infantería, á un oficial de la Gefatura y á un aprendiz de periodista; cito al primero á una tertulia; al segundo al Instituto, y al tercero á un baile de máscaras. Tengo amantes en todas partes, y valiéndome de mi abanico los manejo á mi voluntad. Si se encuentran dos en el teatro, cierro el abanico con violencia, y mientras se acerca el uno á hablarme vá el otro á comprarme bombones; porque cada cual lee en su diccionario un mandato particular. Me gusta dar ruido; y mi abanico, dado en un baile ó dejado caer en un paseo, ha originado mas de un duelo; porque un duelo entre dos rivales es una especie de torneo, y yo, que soy algo romántica, aunque poco sentimental, me complazco en renovar durante el prosáico siglo diez y nueve los combates de la edad media. No podré enumerar las veces que cubriéndome parte del rostro con el abanico, veo por las varillas escenas que figuro no querer observar, y que me causan gran contento. En una palabra, el abanico me sirve de entretenimiento, de telégrafo, y á muchos causa despecho y mortificacion. Pudiera contar mil anécdotas; pero me fatiga hablar mucho tiempo de la misma cosa, ú ocuparme del mismo objeto; y pongo aquí punto redondo porque yo soy muy inconstante.»

Desapareció la morenita como una flecha disparada, ó como un niño á quien dan dinero para dulces, y quedamos tan reflexivos que no evocamos nuevas fantasmas: pero *estaba escrito* sin duda, como decian nuestros antepasados los árabes, que la historia del abanico no se terminara tan pronto; y con satisfaccion y sorpresa vimos, al volver la cabeza, á una muger hermosa, sentada en un confidente de damasco. Su rostro, enteramente griego, tenia una regularidad admirable: sus negros y rasgados ojos destellaban como carbunclos: sus finos lábios se marcaban como una estrecha cinta de púrpura: parecian sus manos las de la Minerva de Fidias, y brillaba en toda su persona una imponente magestad. Tenia en su diestra un abanico de oro cincelado; pero lo empuñaba como un cetro, y lanzando una altiva mirada, dijo con voz firme y sonora:

«Casi todos los legisladores de las sociedades humanas han dicho que el imperio pertenece al hombre y la sumision á la muger; y las sociedades humanas han canonizado este absurdo. Ven al hombre blandir la espada, enristrar la lanza ó disparar el arcabuz, y han dicho: Quien tan bien maneja estos instrumentos de muerte debe ejercer la autoridad. ¡Imbéciles! ¿Ignoran por ventura que la verdadera fuerza está en el alma, y que todo instrumento es mortífero, aunque sean delicadas las manos que lo manejen, si es arrogante el corazon? Los que tal dicen, que se acerquen. Este abanico que yo empuño, no es una espada, no es una lanza, no es un arcabuz, pero es un cetro que sostiene mi omnipotente voluntad. Lo inclino, y á mis piés se postran emperadores y monarcas que han visto pueblos arrodillados ante sus tronos esplendentes. Lo inclino, y doblan la rodilla ministros que han sido realmente soberanos de sus monarcas. Lo inclino, y humillan sus frentes ceñidas de laurel generales que han derribado á los orgullosos ministros. Lo inclino, y doblan la cerviz los independientes tribunos que han hecho caer las espadas de manos de los altivos generales. Lo inclino, y vienen á adorarme los sangrientos gefes de turbas, que hacen temblar á los tribunos. Lo inclino, y me diviniza al momento la mitad de la especie humana, el hombre; porque mi abanico es el cetro de la hermosura. Enmudeced, legisladores, ó no dicteis leyes absurdas. ¿De qué sirve poner la autoridad en manos del hombre si el mejor cetro es un abanico en la diestra de la muger!»

Desapareció la hermosa dama, pero su acento resonaba como repetido por cien ecos; y uno, comentando sus palabras, decia: *Enmudeced legisladores; las mejores leyes son el resultado de la débil razon humana, que no conserva autoridad en donde impera la pasion.*

Pasaron algunos momentos; los ecos perdieron su armonía, y percibimos un ruido de pasos que hacian crugir el pavimento. La puerta de nuestro gabinete se abrió, como si la empujara el huracan, y pasó su umbral una verdadera hija de Madrid, sin mezcla de nacion estraña; una crudísima manola, con la mantilla echada atrás, la peineta de medio lado, la saya corta y bien plegada, y un pié bien calzado: traia bandera de guerra en los ojos, en el contorno y en el aire. Contar por menor sus facciones seria prolijo por demas; y baste á los aficionados saber que tenia buen conjunto, y que pronunció estas palabras:

«Ponga Vd. ahí: á una manola sirve el abanico para tres cosas; para rompérselo en la cara á un mala sombra; para echarse aire, y para quemarlo en la plaza de toros cuando se acaba la funcion.»

Dijo; y despues de estas razones lo mas prudente es terminar la larga HISTORIA DEL ABANICO.

TERCERA PARTE.

Historia del Quitasol.

Hemos probado en las anteriores historias la comodidad y utilidad de un manguito bien manejado, y la importancia del abanico bajo diferentes aspectos. Fácil nos seria asimilarles el quitasol; pero reproduciendo las escenas cansaríamos á nuestros lectores, lo que de ninguna manera queremos hacer ni aun pensar. En tan crítica situacion nos desviaremos de la senda que hemos seguido en los artículos anteriores, y la *historia del quitasol* será la historia de María, historia inédita, poco sabida, pero palpitante de interés.

Cuantos vivimos en la córte conocemos perfectamente á María; perfectamente no; conocemos sus anchas pupilas de azabache; su tez nacarada y trasparente; sus lábios delgados y ligeramente marchitos; su frente tersa y despeja-

da; su nariz griega; su rica cabellera de ébano; su talle esbelto; su pié breve; su mano pequeña y torneada; pero casi nadie conoce sus pensamientos, sus pasiones, el fondo de su corazon. ¡Qué hermosa es María! su ademan altivo, como el de una reina, impone respeto; su sonrisa cándida, como la de una niña, derrama torrentes de amor. Y sin embargo María no es reina; y con todo María no es niña: María es hermosa y nada mas. ¡Desgraciado el hombre que la mira! ¡Desgraciado el que oye su voz argentina y vibrante á veces, á veces dulce y desmayada! ¡Desgraciado el que ve su imágen en un cristal, ó el aéreo contorno de su sombra! El rostro, la voz, el reflejo, la sombra de María, convierten en mármol, como la cabeza de Medusa; encantan, como los trinos de las sirenas; asombran, como las apariciones nocturnas; matan, como la sombra de algunos árboles malditos.

Sigámosla al Prado. Su vestido es mas elegante que suntuoso: sus ademanes son mas distinguidos que altaneros: sus miradas mas inesplicables que imponentes. Maneja con cierta negligencia su quitasol de raso blanco; conversa poco con la amiga que la acompaña, muger tan vulgar como distinguida María, y contesta á los pocos saludos que la dirigen con una ligera inclinacion. Hombres y mugeres, al cruzarse con ella, se dicen algunas palabras en secreto, y todos vuelven la cabeza, como si temieran encontrar su mirada de basilisco. Pasea cuanto dura la concurrencia, pero siempre baja muy tarde, y cuando se retira parece un fantasma que se eleva entre las sombras de la noche. Muchos concurrentes aseguran que se ha remontado por los aires; pero tienen que confesar su error al distinguir un quitasol blanco que ondula sobre las apiñadas cabezas de la muchedumbre: porque María no ha notado siquiera la ausencia del ástro del dia. Pocas veces, muy rara vez, la encontraremos en el teatro; pero siempre en un palco bajo, y adornada con el mas delicado gusto. Una flor blanca, una camélia, flor hermosa pero inodora como un alma pura sin amor, brilla lozana entre sus dedos al empezarse la funcion; pero va perdiendo lentamente sus hojas aterciopeladas, que cubren la falda de María como una finísima escarcha los verdes cuadros de un jardin. María mira muy pocas veces al público: clava sus negras pupilas, por intervalos bien desiguales, en la escena, en el pavimento y en las luces. En los pasajes mas risueños suele derramar copiosas lágrimas; en los mas patéticos, sus lábios suelen plegarse sonriendo; y cuando todos se entusiasman, permanece muda y glacial. Aparece de vez en cuando en los salones del gran mundo; siempre hermosa, siempre prendida con elegante sencillez. La misma camélia, fresca y blanca, rodeada de hojas de gerânio, forma su lindo ramillete de baile; y, lo mismo que en el coliseo, brilla al principio de la fiesta y muere al fin, despues de haber sufrido el lento y penoso martirio de perder sus hojas una á una. Los primeros acordes de la música; la ordenada confusion del baile, y la atmósfera perfumada de los salones, embriagan momentáneamente á la encantadora María. Sus ojos se animan y destellan, como los del águila que desafia los ardientes rayos del sol: tiemblan sus delicados lábios, como una amapola silvestre al suave beso de las auras; su nariz griega, se dilata como la del árabe corcel que no encuentra bastante ambiente en el abrasado desierto; y mece su esbelto y delicado talle, como se encabrita y piafa un noble caballo de batalla al oir los sones del clarin. En su ademan, en su semblante, en las frecuentes palpitaciones de su corazon, se conoce que se entrega á rudo combate; alguna vez acepta la mano que la ofrecen y valsa; pero sucede rara vez. Al principio su pié pequeño no toca la alfombra, y gira y gira como arrastrada por un invisible poder: despues detiene su carrera, se hacen tardos sus movimientos, y deja bruscamente el baile para arrojarse en un sofá. Ocultando lágrimas, ahogando suspiros y forzando sonrisas, pasa una ó dos horas de la fiesta, y abandona, convulsa ó abatida, los salones, salpicándolos de manchas blancas, que son las hojas de la camélia deshojada.

Así se presenta María en los paseos, en los bailes y en los teatros. ¿Tienen los años de María una historia? que periodo de años no la tiene. María cumplió los diez y seis feliz, inocente y tranquila. Ni recuerdos desgarradores ni quiméricas esperanzas turban sus sueños; era una flor que cada dia se abria sobre su verde tallo sin haber vivido el anterior. Llamábanla hermosa á porfia; pero creia que así llamándola la querian como ella á sus pájaros, á sus flores ó á su faldero, á los cuales llamaba hermosos. Jóvenes de su misma edad, jóvenes de pocos mas años empezaron á tributarle amorosas adoraciones, que no comprendió al recibirlas y desdeñó sin comprenderlas. Pasó un año mas; diez y siete cumplió la cándida hermosura, y empezó á sentir su corazon una pasion desconocida; un fuego lento empezó á arder en sus arterias, y de repente toda su sangre se convirtió en lava candente. La casualidad la acercó á un hombre de veintiocho años: este hombre no la miraba como la habian mirado sus jóvenes adoradores; no la acosaba como aquellos; no la llamaba nunca hermosa; pero el lenguaje de este hombre tenia un encanto irresistible; sus miradas una fascinacion embriagadora; sus modales una elegancia inimitable, y hasta su nombre tenia el prestigio de una inmensa reputacion. María, que no habia amado nunca, reunió en un punto todas las fuerzas de su alma, y se entregó á su primer amor sin inquietudes ni recelos; sin esa duda, sin esa prudente desconfianza que nos legan los desengaños. Hermosos y apacibles fueron los primeros dias de un amor rico en brillantes ilusiones, que se formaban unas de otras, que se prestaban su belleza, que se adunaban para engrandecerse y elevarse. María creyó que debia gozar en un dia los placeres que no habia sabido comprender durante sus floridos años; que necesitaba reconcentrar todas las fuerzas de su ser para amar con loco entusiasmo; que debia identificar su existencia con la del objeto de su amor; y, en su sed ardiente de emociones, soñaba que podria sentirlas todas en un solo instante y prolongarlas una eternidad.

¡Qué delicioso seria soñar sin despertarnos nunca! María formó en sus sueños un cielo, un altar y una divinidad. Sobre el áureo pedestal, cubierto de magníficas vestiduras, ceñido de resplandecientes aureolas, el hombre desapareció bajo su esplendente ropaje; y su fanática adoradora pudo prosternarse ante el ara y estasiarse por mucho tiempo: pero al fin se desplomó el altar, se rompieron las vestiduras, se apagaron las aureolas; la divinidad despojada de sus atributos tomó su forma primitiva, y María, que durante un año habia vivido feliz, amante y engañada, vió roto el prisma que formaba sus engañosas ilusiones; y se encontró infeliz, burlada, abandonada, y lo que es mas triste, amando aun. Se habia elevado á mucha altura para abismarse de repente, para querer reconocer en un momento la inmensidad de su desgracia, para conformarse con ella; y empleó súplicas, y derramó lágrimas, y luchó por conservar su dicha, por prolongar sus ilusiones, como lucha el náufrago por sostenerse sobre las ondas, por dilatar su horrible agonía. Vanos esfuerzos: el abismo abrió sus insondables senos; un rayo de sol alumbró repentinamente la escena, y María, perdida del todo la esperanza, quiso ahogar su inmenso dolor en la confusion y el bullicio, en la embriaguez de otros amores.

Era María demasiado hermosa para no encontrar adoradores, y un jóven de veintidos años, noble, entusiasta y generoso, la ofreció un corazon que amaba por primera vez; un corazon que amaba como meses antes habia amado el de la burlada María. Esta recibió sus protestas de amor con júbilo, porque esperaba cicatrizar la profunda llaga de su alma con el bálsamo de un nuevo amor; pero conoció al poco tiempo que su herida brotaba mas sangre cada dia, y aunque procuró ocultar al nuevo amante la aversion que sentia hácia él, no tuvo fuerzas para proseguir disimulando; y el jóven noble y generoso, no pudiendo comprender la causa de un cambio tan inesperado, perdió en pocos meses la razon. Este suceso cundió mucho, y desde el momento empezó María á ser señalada como una muger peligrosa. Sin embargo, nuevos amantes quemaron incienso á sus piés; María recibió pocas horas sus homenages, y adquirió fama de coqueta. Un hombre insensible, pero vano, la tributó nuevos obsequios; la jóven empezó á recibirlos como habia recibido los de otros, solo por distraer su hondo hastio; pero su corazon, que habia latido con tanta fuerza dos años antes, volvió á latir por un jóven tan entusiasta y noble como el loco, y mas desgraciado que él. El hombre vano, que no amaba, se creyó ofendido en su amor propio, y retó á su feliz rival: un duelo á muerte siguió al reto; el amante desdeñado triunfó y el preferido lanzó su último aliento, pronunciando el dulce nombre de María. Un hombre loco y otro muerto eran demasiados despojos en las aras de una muger; el mundo no se contentó con llamar á María peligrosa y coqueta; la calificó de homicida.

En tanto que el mundo murmuraba, lloraba María amargamente la suerte del pobre insensato, y elevaba súplicas al cielo por el alma del que murió; pero el mundo no veia sus lágrimas; el mundo no escuchaba sus rezos; seguia el mundo llamándola homicida, y no respetando su aislamiento, lo calificaba de la manera mas injuriosa y ofensiva. Las murmuraciones del mundo llegaron hasta el retiro de María: la injusticia la reanimó: se despertó su noble orgullo, y se presentó de nuevo al mundo, retándolo á que la dijera frente á frente lo que habia murmurado en su ausencia. El mundo prosiguió murmurando, pero en voz baja; porque el mundo muerde por detrás. María triunfaba en esta prueba: sus atractivos la proporcionaban nuevos amantes; pero María sabia muy bien la triste historia de su vida; conocia, como nadie el secreto de su corazon; y no solamente no amaba, sino que tampoco queria ser amada; temia serlo y huia toda ocasion. De vez en cuando, en el paseo, levantaba su quitasol blanco, como para decir al mundo: «*Mi brazo puede enarbolar una bandera, pero nada temas: mi bandera es blanca, es de paz.*» De vez en cuando deshojaba en los coliseos y los bailes una camélia blanca, diciendo: «*Mis encantos son inofensivos, como los de esta flor inodora: pronto se apartarán de mi rostro, como los pétalos que arranco del boton que los sostenia; mis ilusiones y esperanzas son esas hojas, que ruedan sobre el pavimento.*» ¡Pobre María! su pasado es triste, muy triste; su presente oscuro, muy oscuro: ¿cuál será su porvenir? Dios lo sabe. Por escribir la historia de un quitasol hemos escrito la del alma de una muger: historia por historia quizás vale mas la segunda.

CONCLUSION.

Despues de haber publicado dos historias y tener en prensa la tercera, tomé la tarjeta que me habia dado la hermosa del pequeño pié, y sirviéndome de las señas en ella grabadas, llegué fácilmente á la habitacion que debia ocupar la desconocida misteriosa. Me abrió la puerta una muger de mediana edad; y cuando la hube manifestado á quien deseaba ver, por toda respuesta me preguntó mi nombre y apellidos. Díjeselos sin vacilar; me dejó un momento; volvió con un pliego cerrado y me dijo:

—La señora, á quien V. busca, no vive ya aquí, ni puedo indicar su paradero; pero al marcharse me entregó esta carta con sobre para V.

Rompí el nema inmediatamente, y leí las siguientes palabras:

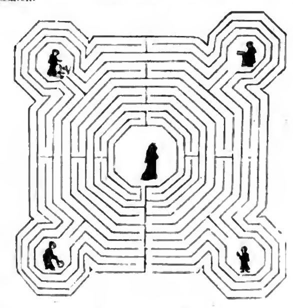
«*En la historia del quitasol ha visto V. la de mi vida: mi pasado es triste, muy triste; mi presente oscuro, muy oscuro: solo Dios sabe mi porvenir.*»

JUAN DE ARIZA.

Laberinto de la Catedral de Reims.

Creemos que agradará y entretendrá un rato á nuestros lectores el acertar á recorrer con órden y sin dejar ni uno, todos los rodeos y encrucijadas, vueltas y revueltas de la única calle á que se reduce el presente diseño del laberinto que hubo en la famosa metrópoli en que se consagraban y coronaban los reyes de Francia. Hallábase trazada esta curiosidad en el pavimento por fajas de mármol blanco y negro que solo distaban entre sí un pié, y era denominada *Camino de Jerusalen*. Andábase todo aquel espacio como si fuera un *Via Crucis*, rezando las oraciones que contenia un librito que se vendia al efecto con el título de *Estaciones en el camino de Jerusalen, que existe en la iglesia de nuestra Señora de Reims*. Supónese que un arzobispo de allí, que marchó en peregrinacion á Palestina en 1218, sugirió á su regreso la idea de semejante obra, cuya forma se juzgaba tener alguna analogía con la del interior del templo de Salomon.

Representaba el dédalo un polígono regular, y tanto en su centro como en cada uno de sus cuatro ángulos habia una figura humana, que se opinaba pertenecer á los maestros que dirigieron la fabricacion de la suntuosa basílica. En 1779 fué destruido el laberinto en cuestion á instancias y espensas de unos canónigos, á fin de evitar el ruido y las carridas de los muchachos por el recinto del Camino de Jerusalen.



ADVERTENCIA.

El jueves de esta semana parten por el correo los paquetes de la cuarta edicion del ALBUM, y los de los cuatro primeros números del SEMANARIO, nuevamente reimpresos, *para todos los suscritores*, con los cuales estamos aun en descubierto. Rogamos otra vez á los que se hallan en este caso, nos dispensen el retardo que han esperimentado, no obstante la velocidad con que hemos procurado disponer las reimpresiones, que han sido agotadas tan pronto como han estado corrientes.

MADRID. Imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, núm. 4.



RIO-JANEIRO Y SUS CERCANIAS.

El 21 de julio de 1830 salimos definitivamente del buque en que tanto tiempo habíamos estado encerrados, y fuimos á establecernos en la fonda del Globo, que aunque malísima, es la mejor de Rio-Janeiro. El ministro de estado, con quien ya teníamos entabladas relaciones, nos dispensó de las formalidades de aduanas, que en todos los paises son molestas. El resto del dia lo pasamos en presentar las cartas de recomendacion de que íbamos provistos, con lo cual tuvimos proporcion de recorrer toda la ciudad, cuya inspeccion no redundó en su alabanza. Las calles son rectas á la verdad, pero estrechas, sucias y mal empedradas, y los arroyos parecen por su profundidad y construccion, fosos destinados á defender un lado de la calle de las invasiones que puedan premeditarse al otro. Las casas son altas en lo general y están adornadas, á lo menos en el piso bajo, con celosías de madera, lo que las dá el aspecto de prisiones; estas celosías sirven de ventanas y vidrieras y se abren de abajo á arriba como las trampas de las cuevas. De cuando en cuando se vé abrir alguna de estas rejas si vá gente por la calle, pero si el estrangero que pasa es algo curioso y lanza una ojeada, aunque sea furtivamente, apenas ha podido distinguir un bulto de muger, cuando vé caer la trampa y se queda sin poder satisfacer su curiosidad.

Lo que dicen los napolitanos de los franceses, que no se vé en Nápoles á las doce del dia mas que perros y estrangeros, puede aplicarse exactamente á Rio-Janeiro: ni un brasileño se encuentra en las calles en todo el dia. Los esclavos son los encargados de hacer las visitas, compras y ventas, y aun (segun algunos nos han asegurado) hasta de pensar por los amos. Es difícil en el Brasil no acordarse de los viajes de Lemuel Gulliver.

Hay una calle que forma un contraste completo con el resto de la ciudad y puede mirarse como la principal de ella. Está casi toda habitada por franceses ó estrangeros, silleros, sastres, mercaderes, etc.: todo es actividad, todo movimiento. No se oye hablar mas que francés, y se ven muchos blancos mezclados entre los negros, aunque estos siempre predominan. Esta calle es la de Ouvidor. Rio-Janeiro no posee mas monumento que un acueducto, de que hablaremos despues. El palacio del emperador solo es un caseron pintado de amarillo, pero sin ninguna arquitectura: algunas iglesias están adornadas por dentro, cifrándose en esto todo su mérito.

Los sugetos á quienes íbamos recomendados nos recibieron muy bien y nos hicieron pomposas ofertas; pero no fuimos presentados mas que á una sola dama, que habia sido nuestra compañera de viaje, y manifestó tanta estrañeza por la visita, que no juzgamos oportuno repetirla. Tuvimos, pues, que contentarnos con el trato de los estrangeros, y creo no perdimos nada segun el aspecto de los pocos indígenas que vimos. Los estrangeros son muy numerosos en Rio-Janeiro. Ademas de los negociantes, hay los cónsules, los agentes diplomáticos y los oficiales de los cruceros ingleses y franceses, y cuando uno se halla lejos de Europa, todo europeo es un compatriota que muy fácilmente pasa á ser un amigo. Asi es, que encontramos en los ingleses el mismo agrado, la misma benevolencia y amistad que en nuestros compatriotas, lo cual observamos, no solo en nuestra estancia en Rio-Janeiro, sino en todo nuestro viaje.

El acueducto que ya hemos mencionado, desemboca en una de las calles de la ciudad que conduce al camino de Botafogo. Presenta en este punto una série de arcos muy

elevados que van disminuyendo de altura y se estienden cosa de un centenar de toesas hasta la mitad de una colina donde recibe las aguas del Corcobado. Uno de los mas hermosos paseos que es posible imaginar, es la subida de esta colina siguiendo despues el curso del agua hasta la cima del Corcobado, desde donde debe bajarse por Catel. En una escursion de seis á siete horas puede disfrutarse de todo el recreo de un largo viaje. Apenas se llega á los primeros arcos del acueducto, se tiene á la vista la ciudad y parte de la bahía. Siguiendo la ladera de la montaña, se llega á un punto en que existe una interrupcion muy marcada; las montañas se aplanan de repente en un espacio de veinte toesas, de suerte, que en vez de hallarse el viajero á medio camino, se encuentra en la cima. Cuando llegamos á este punto nos quedamos absortos. Al frente se veia el dilatado mar y una gran parte de la bahía, y á la espalda la ciudad, el resto de la bahía, y el estenso llano de San Cristóbal con las montañas que le terminan. Se llega al fin de esta meseta donde existe una hermosa cascada por la cual cae el agua casi por la cima del Corcobado. En este punto, si se penetra solo unos veinte pasos en el bosque, parece estarse á doscientas leguas de poblado. Causa una magnífica sorpresa la vista lozana de aquella vejetacion, de la cual ni aun es una sombra la de nuestros paises; aquellas palmeras llenas de espinas tan formidables, que con cualquiera puede atravesarse á un hombre; aquellas admirables lianas, unas aplastadas como las cintas, otras entrelazadas como las cuerdas, rodean á un árbol por todas partes y parecen los obenques del palo mayor de nuestros navíos. Jamás ha penetrado el sol en aquellas espesuras, y por esto reina en ellas una frescura que seria muy funesta al que viajase á pié por poco que se parase.

Desde aquel punto hasta llegar á la verdadera cima del Corcobado, faltan aun dos horas de camino, recorriendo siempre aquellos frondosísimos bosques regados y animados por el riachuelo que ya hemos insinuado. De lo alto de la montaña se domina toda la bahía, el llano de Rio-Janeiro y aun todas las montañas inmediatas. Se vé igualmente un estenso mar, como tambien las islas que están casi á la entrada de la bahía y algunas de las de fuera. Es un bastísimo panorama donde los objetos se manifiestan al modo que un plano topográfico. La montaña llamada Pain-du-Sucre, es un pigmeo en comparacion del Corcobado. Sentimos mucho no poder contemplar por largo tiempo aquel espectáculo magnífico, pues una nube envidiosa de nosotros, que hacia rato se paseaba por debajo de nuestros piés, nos robó todas estas bellísimas vistas, y ademas la escesiva frescura del aire no nos permitia detenernos mas que algunos minutos, pues es necesaria suma prudencia en los europeos si quieren conservar su salud en las regiones de los trópicos. Antiguamente habia en la cima mas elevada del Corcobado un telégrafo que anunciaba con mucha anticipacion las arribadas: estaba custodiado por un piquete de cinco ó seis soldados; el emperador, que gustaba mucho de aquel sitio, habia añadido un quiosco pequeño donde descansaba de la fatiga que causa la subida. Por muchos años este paseo, aunque tan inmediato á la ciudad, fué muy peligroso, y aun ahora no es muy prudente visitarlo solo y sin armas. Bajamos pues, de la cima mucho mas pronto de lo que habíamos subido, como siempre sucede, y llegamos á Rio-Janeiro á la caida de la tarde.

A cosa de una legua de Botafogo, y siguiendo la orilla del mar, se encuentra el jardin Botánico, que es digno de verse: ahora está algo descuidado; pero se ha planteado con esmero, y se ven en él todas las plantas de los Paises-Bajos ó cálidos, el té, la canela, alcanfor, etc. El rey don Juan IV, hizo venir chinos para aclimatar el té y propagarle por plantas criadas en el jardin Botánico. Aseguran que el ensayo habia salido perfectamente, y un año se habian llegado á recoger hasta doce libras de té. Pero cuando el rey dejó á Rio-Janeiro, los chinos desertaron ó se murieron, y no hay mas que dos para el cultivo del único cuadrito de té que existe en el jardin. En este se vé la mas hermosa palmera que puede darse, pues por ella sola mereceria se fuese á examinar el jardin. Asombra aun despues de salir de aquellos bosques donde todo es gigantesco.

San Cristóbal, que es la residencia del emperador, está á dos leguas cortas de Rio-Janeiro á la parte opuesta de Botafogo y cerca del centro de la bahía. El camino que conduce á este punto es una especie de calzada que atraviesa un terreno pantanoso, casi siempre invadido por la marea. Fuera de esto, la posicion de San Cristóbal es bellísima, cosa muy comun en las cercanías de Rio-Janeiro. El palacio está sobre una altura que domina la poblacion y de donde se descubre toda la bahía. Nos parecia preferible y con mucho al de la capital. El esterior es bastante regular y noble. El interior está bien amueblado, aunque no con la magnificencia verdaderamente regia que los de Europa.

Pocos dias despues hizimos una incursion á lo interior de las montañas por la parte de Tijuca, adonde se va al camino, ó por el mismo camino de S. Cristobal que á poco rato se deja á la derecha volviendo la espalda á la bahía. A una hora de marcha se principia á subir por un camino pedujoso y bastante malo. Fuimos á parar á casa del conde de Seei que ha establecido en Tijuca un plantio de café. Como habiamos salido por la tarde de Rio-Janeiro no pudimos llegar hasta la noche, y no esperimentamos mas sensacion en los bosques que atravesamos que la de una profunda oscuridad en la que casi nos vimos de repente. Pero á la mañana siguiente gozamos todo el placer de la sorpresa. Nos hallábamos en medio de aquellos hermosos bosques vírgenes, de los cuales no habíamos visto mas que los linderos; de trecho en trecho una casita rústica, con algun desmonte alrededor; enormes troncos de árboles á medio consumir, frescos arroyuelos serpenteando por entre los valles formados por las opuestas hileras de colinas; este es el aspecto que presentan aquellos bosques vírgenes.

Como nuestro objeto en aquella escursion era cazar para hacer coleccion de algunos pájaros, salimos muy de madrugada á registrar aquellos inmensos bosques. Aun antes de salir del jardin de Mr. Seei, ví por la primera vez un lindo colibri, bañándose en el rocio recojido por las anchas ojas de un baniano. El corazon me palpitaba, queria cojer aquel pajarillo y sentia matarlo con todo: tiré y le acerté. Subimos por uno de los arroyuelos que he dicho antes, y nos condujo á una cañada mas estrecha y mas selbática aun que la que dejábamos atrás. Las colinas estaban mas apiñadas, sus vertientes eran mas rápidas, y el arroyuelo formaba un torrente que bramaba á nuestros pies; pero que las mas veces no veiamos, porque nos lo impedia la espesura del ramaje. Arboles inmensos que parecen tan antiguos como el mundo, se mantienen aun en pie, al lado de otros derribados, no por el acha del leñador, sino por la segur del tiempo. Otros ya podridos en sus tres cuartas partes, están aun en pie, sostenidos únicamente por las lianas, á quienes ellos apoyaban, acaso algunos siglos antes.

Una hermosa calle alineada de árboles, bien trazada y bien conservada, de modo que nunca presenta subidas ni bajadas demasiado rápidas, á pesar de que algunas veces parece como suspendida sobre insondables abismos atraviesa por aquel paraje agreste, formando un contraste muy singular y encantador con el melancólico aspecto del desierto. Nos separábamos algunas veces á ambos lados de este camino; pero no sin gran dificultad, tanto porque el bosque está enteramente cerrado con ramaje, á pesar de la prodigiosa altura de los árboles, cuanto porque la mayor parte de los arbustos estan armados de unas espinas de la mas asombrosa magnitud. Seguido este camino por una media hora, se halla una magnífica cascada, que forma el arroyo, cayendo de un golpe y perpendicularmente de una altura de 60 pies. Una senda tortuosa baja del camino hasta el pie de la cascada, y conduce á una casita que perteneció á un artista distinguido, francés de nacion, Mr. Taunay, quien ha pasado algun tiempo en el Brasil. Seguramente el mas hábil pintor no podia escojer paraje mas hechicero. El camino ó calle de árboles sigue hasta la quinta del conde de Gestas, cuyo plantío está algunos pasos mas allá de la cascada.

Nuestra caza fué poco feliz, como casi todas las que hemos hecho en los bosques de América. El follage es tan espeso en ellos, que oireis un pájaro, y por mas que habrais los ojos, y alargueis el cuello, siempre tendreis que renunciar á verlo. Aun cuando esto se consiga, siempre queda como en todas partes la incertidumbre de poderle dar. Y por último, cuando se le acierta, las mas veces sucede que el animalito queda muerto colgado de las ramas, ó cae y se pierde en la espesura de las zarzas y arbustos espinosos.

Entre las riquezas pintorescas y vejetales de las cercanías de Rio-Janeiro, se cuenta el punto que ocupa el convento de Ntra. Señora de Buen Viaje. Esta se halla en la cima de una altura cercana á la poblacion de Santo Domingo en la

ribera oriental de la bahía de Rio-Janeiro. Vista desde tierra la montaña aparece bajo la forma de trozos enormes de rocas, sembrados de palmeras y de cocoteros, que han brotado vigorosamente donde quiera que han podido encontrar un poco de tierra vegetal. Los edificios están como ocultos en la sombra y en el verdor de lejos no se distingue mas que el campanario del convento y las murallas blancas del mismo, que se elevan sobre las copas de los árboles y se destacan sobre el azul sombrio del firmamento.





INSCRIPCIONES HEBREAS.

No hace mucho tiempo que se halló en las inmediaciones de Calatayud, donde fué la antigua Bilbilis, patria de nuestro satírico Marcial, una medalla de bronce fundido de las dimensiones y con las leyendas que representa el grabado adjunto. Por su figura, porte y contenido la juzgamos ***amuleto ó talisman*** de algun judio converso del siglo catorce ó quince, en cuya época apareció la mayor parte de las medallas que aun hoy usan algunos cristianos supersticiosos, con leyendas é imágenes religiosas, como preservativo de varias enfermedades, de rayos, centellas, y otros fenómenos meteorológicos, ó de infortunios de mar y tierra, que ninguna relacion tienen con los achaques ó calamidades de que se supone preservan, y que la verdadera religion condena entre las supersticiones y vanas creencias prohibidas en el primero y segundo mandamiento del Decálogo.

La que da origen á este articulo tiene varias leyendas en una y otra cara con caractéres hebreos de la época á que nos referimos, bien formados en relieve, perfectamente legibles, escepto en una pequeña parte de la orla del pentágono, en que está corrida la fundicion y las letras se han confundido. Dice así por los cuatro lados del cuadrado: מיכאל, גבריאל, רפאל, אוריאל: que son los nombres de los cuatro arcángeles *Oriel, Rafael, Gabriel*, y *Micael:* debajo de cada cual hay una leyenda que dice: bajo el primer nombre והשמי לעלם=*este mi nombre para siempre:* bajo el segundo יהיה צבאות חוא שמי=*Ihowah Tsabaot este su nombre:* bajo el tercero יהוה שמו לעלם=*Ihowah su nombre para siempre:* bajo el cuarto אני יהוה הוא שמי יהיה=*yo Ihowah, este mi nombre será*. En las doce casillas en que está dividido el cuadrado que forman las leyendas anteriores está el nombre *tetragrámato* ó de cuatro letras יהוה=*Ihowah*, glosado cabalisticamente segun todas las combinaciones que con tales cuatro letras pueden hacerse; que aunque debieran ser diez y seis, el *cuadrado;* por ser dos de ellas iguales, no resultan mas de doce, y queda descifrado el anverso, digámoslo así, de la medalla.

En el reverso ó lado del pentágono hay un rostro con aureola ó diadema, y una pequeña leyenda que dice: להם בגים=*de ellos entre gentiles:* de cuya faz salen cinco rayos que son los que constituyen el pentágono, sobre cuyos cinco lados dice: ישי, ישוע, יהשוה, יהושוע, יהושועה, que son los cinco nombres que no con muy sana intencion dan los judios á nuestro Salvador *Ieschai, Ieschuj, Ieschuha, Ihoschuaj*, y *Ihoschujah*. Dentro de este pentágono hay tres círculos concéntricos alrededor del rostro ya descrito, con tres leyendas entrecortadas y dispuestas de modo que cada palabra de cada una de ellas caiga debajo de uno de los cinco nombres referidos, á saber: לבני, וזה, לעלם, שמי, זה.=*Este mi nombre para siempre, y este para mi hijo:* שאל, בינינין, ילד, בר, בן.=*hijo elegido muchacho niño-prolífico deseado:* וחד, צאן, שה, ישב, כרש.=*heredero residente victima cordero único:* de suerte que leidos los cinco cascos del pentágono por separado vienen á decir *Ieschai, este hijo heredero: Iheschuj, mi nombre elegido residente: Iheschua, para siempre muchacho victima: Ihoschuaj, y este niño prolífico cordero: Ihoschujah, y para mi hijo deseado único.*

Alrededor de este pentágono hay una leyenda en forma de orla, que aunque corrida un poco la fundicion, como ya dijimos, y confundidas las letras del principio dejan no obstante leer dos testos bíblicos, uno del salmo 72 v. 17 que dice: יהי שמו לעלם לפני שמש ינון שמו=*Será su nombre para siempre delante del sol, ó mientras haya sol se estenderá su nombre;* y otro de Isaías cap. 9, v. 5. ויקרא שמו פלא יועץ אל גבור אבי עד שר שלום=*y se llamará su nombre admirable, consejero, Dios fuerte, padre de eternidad, príncipe de paz*, á lo cual añade lo orla וזה שמו=*y este su nombre;* formando todo ello un conjunto admirable de doctrina en el fondo, asi como en sus formas es el conjunto mas estravagante de figuras geométricas, de sentencias cabalísticas, de enigmas, emblemas y epitetos que apenas puede distinguirse si la medalla está hecha por piedad ó por impiedad; aunque mas nos inclinamos á lo primero, al ver estampado tantas veces el inefable nombre de Dios y las palabras de Isaías y de David, de que jamás abusaba ni abusa un hebreo para befas ni sarcasmos.

A. M. G. B.



EL PUENTE DE OCINOS.

Entre los parages mas pintorescos y notables por su naturaleza, que encierra nuestra Península, merece un lugar la caprichosa garganta que se encuentra en las inmediaciones de Burgos, cortada por el puente llamado de los Ocinos, y la puerta de la Orodada. La lámina que presentamos, dá una idea completa de la estraña perspectiva que ofrece esta angostura.

LOS ULTIMOS AMORES.

I.

—Qué se hace ahora de bueno, señor Juan; preguntó un jóven pajecillo, entrando con familiar desembarazo en una mezquina taberna de la calle Mayor, en donde el bueno del vinatero andaba hecho un azacan, de aquí para allí, llenando vasijas y desocupando botellas, con tal despejo, espedicion y soltura, que no parecia sino que algun espíritu folleto daba á sus pies y á sus manos agilidad y movimiento.

—Ola, Tomasillo, replicó el tabernero, procurando vaciar de golpe un sendo puchero de agua cristalina en otra vasija que contenia un vino manchego hasta entonces puro, y desde aquel momento aguado en mas de sus dos terceras partes.

—Siempre ocupado tan santamente, y desviviéndoos por dar gusto á los parroquianos.

—Pues no os sonriais; porque teneis la sonrisa mas picaresca del mundo, y en mis enjuagues no cabe malicia.

—Quién dice tal cosa? El echar agua al vino es un deber de todo tabernero honrado y filantrópico: es un remedio higiénico que evita acaso mil irritaciones mortales, y ademas una obra meritoria y gloriosa, por cuanto, sin perjuicio del prójimo, que encuentra de todos modos delicado el *aloque y el cariñena*, os reservais algunos ahorrillos para asegurar el porvenir de vuestra familia; que en todos tiempos el hombre previsor.....

—Paréceme, señor paje, le interrumpió el vinatero, desocupado ya de su interesante faena, que teneis mas talento del que á primera vista se os descubre, y que sois filósofo, vive Dios, y leido y entendido mas de lo que promete esa raida faldilla y ese sombrerucho chambergo tan empolvado y curtido. Cierto es cuanto decis, y que la vírgen de Atocha no me favorezca, si no llevo la mejor intencion del mundo al permitirme estas mezclas de aguas y de vinos, en las que confieso que soy un quirúrgico consumado.

—Químico querreis decir, señor Juan.

—Es verdad, aunque para la aplicacion del caso lo mismo me da lo uno que lo otro. Pero á qué es vuestra venida? que vos, aunque aficionado al mosto, como no estais muy bien avenido con el dinero, las pocas veces que se me depara el placer de veros por mi tienda, siempre venis con alguna comision.

—Lo habeis acertado. Traigo una y muy importante que confiaros.

—Todas las ánimas del purgatorio pongan tiento en vuestra boca; porque soleis ser portador de algunas tan endemoniadas!... En fin, qué es ello?

—Unos nuevos amores.

—Válgame San Protasio! La tercera muchacha en el presente año de gracia de 1684, que festeja don Diego. Qué cabeza; Dios mio! En viendo unos ojillos garzos, una boca pequeñuela, un piececillo pulido, ó un cuerpecito salado, ya no hay hombre, ó por mejor decir, por haber demasiado hombre se convierte en un diablito en carne y hueso: yá, yá...

—Si tuviérais de discreto lo que de malicioso.....

—Vamos, dejaos de chanzas...

—No me creais chancero en esta ocasion. Sirvo á don Diego de Trabadillo, como de su pan, y á fuer de leal, porque lo han sido todos los de mi sangre, aunque descamisados, no puedo consentir que se le atribuyan al sesudo y pundonoroso amo mio y señor todas las impertinencias y locuras de un mozalvete sin seso.

—Vamos, Tomasillo, serenaos y probad de este moscatel que yo reservo para los amigos únicamente, y bebed sin tasa, pues este es obsequio y.... y en un dia como el de hoy es preciso, como dicen los nuestros, tirar la casa por la ventana.

—Teneis un arte para convencer, señor Juanillo!... Pero

qué dia es hoy que asi le celebrais? pues deben repicar gordo, para que de tacaño y mezquino como sois, os hayais vuelto espléndido y garboso hasta el punto de desperdiciar con un pobre paje un frasquete de media azumbre del moscatel mas rico, puro y espirituoso que ha pasado por garganta humana.

—Hoy es un dia.... como otro cualquiera si gustais.... pero mañana entra en Madrid S. M. la reina y esposa de nuestro buen rey don Cárlos II, y...

—Yo nunca os he tenido por tartamudo, pero asi balbuceais y pronunciais las frases interrumpidas, que me voy convenciendo de que debiais tener el estómago mal preparado, pues se os ha subido á la cabeza el vinillo.

—Nada menos que eso.

—Pues entonces, á qué diablos viene ese temblor de manos, que os ha hecho salpicar de vino vuestra rica chaquetilla de pana; ni por qué os poneis mas colorado que un tudesco beodo, ni qué significan esos ojazos abiertos y asombradizos como los de una mula falsa y de alquiler.....

—Señor Tomasillo, pudiérais escasear las comparaciones, pues ya sabeis que os tengo por mozo de chispa, y no me parece cristiano que os sirva un prójimo de diversion, cuando os brinda con el mejor vino que hay en su bodega y cuando le veis á uno turbado, y....

—Verdad es que este abogado habla por vos; prosiguió el paje apurando el cuarto vaso de moscatel, y poniéndose en pié con ánimo sin duda de separarse de aquella tentacion presente. Os doy gracias por el obsequio y, á no necesitar hoy de toda mi serenidad y discurso para un asunto de don Diego, hubiera dado un tiento mas decente á ese vinillo provocativo. Pero ahora voy reparando en todo. Qué se han hecho todas las mesas? Pensais traspasar el local, que habeis quitado hasta el mostrador de la tienda?

—No, Tomasillo. Lo que pienso es dejar el salon despejado.

—Para dar algun baile?

—Precisamente.

—Estais en vuestro juicio? Despues de cuarenta años de tabernero, y á los sesenta de edad, habeis caido en la tentacion de desamueblar vuestro despacho de vino, para convertirle en sala de baile!

—Y qué quereis! hay circunstancias.

—Unicamente admito una: la de volverse loco.

—Es que.... me caso.

—Os... casais? Ah! pues entonces es lo mismo que si hubieseis perdido la chaveta. A los sesenta años? Vamos, alguna boda de interés?

—Es pobre....

—Será una persona de fundamento?... y para vuestro arreglo doméstico quizá os convendrá....

—Tampoco: no sabe dar una puntada, ni sirve mas que para que la gobiernen; como que no ha cumplido diez y nueve años.

—Tan niña! Entonces la sacrifican!

—Gracias por el cumplido. Un hombre de mi conducta, con seis establecimientos públicos en la córte, con quince mil cepas en la Mancha, y con un doble de escudos de oro en el arca, no es un partido tan despreciable.

—Ya, ya lo veo. Y quién es la favorecida?

—Sus antecedentes son algo equívocos para algunos: pero á mí me basta su virtud y su inocencia.

—Pero, cómo se llama esa virtud y esa inocencia?

—Mariquilla... Su madre dicen que era bruja, pero en cambio tiene una tia muy ducha y que es dueña de una marquesa.

—Calla, calla!

—....Y la chica es como un lucero; unos ojazos de oveja á medio morir, una boquita como un cañamon, y un moño...

—Pero espliquese V., señor Juanillo. Se llama Mariquilla, su madre es bruja y su tia es dueña, y tiene un moño que dá que decir en el barrio?

—Precisamente.

—Cómo? la que llaman la *pelona* por lo largo y crecido de su melena?

—La mismita.

—Ah! ingrata Antoñuela, que asi has dejado desairado á tu airoso pajecillo, aunque pobre y hambriento, por unirte á un sátiro.

—Pero, qué disparates estais diciendo?

—Ah! señor Juan, que esa es una partida muy serrana, y que ahora comprendo por qué os turbábais y por qué me habeis encaramelado la boca con ese moscatel que no estrañaria estuviese envenenado.

—Estais en vuestro juicio!

—Con que esta noche es la boda y el salon está ya dispuesto para la zambra? Pues, señor, me doy por convidado. Tengo yo mis asuntillos que arreglar con vuestra futura.

—Cómo es eso?

—Cuentas pendientes.

—Pendientes!

—Sí, aunque en el dia ya no están pendientes sino desprendidos algunos puñados de cabellos que me dió en memoria...

—De qué, paje maldito?

—Cachaza! pues á lo que veo, señor Juan, vos sabíais que la niña habia hecho tilin á las niñas de mis ojos, y no os era desconocida la aficion que manifestaba por mis prendas la susodicha Mariquilla. Pero ahora bien, me habeis vencido legalmente, y yo no debo quejarme de vos sino de vuestro dinero. Os dejaré en paz. Haceos cuenta que en este suspirillo me he arrancado del alma la imágen de esa desgraciada criatura.

—Mucho lo celebro, por vuestro bien.

—Y por el vuestro, no es verdad? Pues, sí señor; y aun haré mas, que será no asistir á la fiesta: en cambio os daré mi despedida, á mi modo... con alguna cancioncita que os arrulle el sueño.

—En medio de vuestras travesurillas siempre habeis manifestado un carácter tan amable!...

—Vaya, hasta la vista y buen provecho, y Dios os dé fuerzas para soportar la coyunda. Pero válgame la Trinidad, qué cabeza! Confieso que la noticia me la ha trastornado, y que me marchaba sin daros el recado de mi señor.

—Es verdad.

—Para mañana se necesita un hombre de confianza, de decision y de secreto. Un bravo, en fin, que por cincuenta escudos, que aquí los teneis para entregárselos en el acto, y que, por otros cincuenta que recibirá cuando termine su aventura, se arriesgue á dar las puñaladas que juzgue necesarias para enviar á un hombre al otro mundo.

—No lo decia yo! Si vuestra venida no podia ser de buen agüero.

—Don Diego me ha dicho que para convenceros os entregue á vos únicamente por el corto trabajo que os tomareis de escoger un maton entre tantos como vienen á remojarse el paladar á vuestra oficina, estos cincuenta escudos de buena ley; y me ha encargado advertiros que os interesa complacerle, si no quereis salir mañana con un grillete por el contrabando escandaloso que habeis introducido ayer noche.

—La virgen del Tremedal me valga!

—Conque creo que estamos convenidos. Para mañana un hombre resuelto y callado, acaso encontrará resistencia, porque el caballero á quien tiene que acometer es decidido y diestro en las armas; que vaya pues, prevenido!

El paje no aguardó la contestacion del vinatero, el cual se quedó contemplando los dos cartuchos de monedas de oro que tan enérgicamente le convencian en favor de las razones de D. Diego: por otra parte el contrabando, cuya profesion ejercia igualmente con honradez, una vez descubierto, podia costarle la cabeza, y en ese caso, adios boda y Mariquilla. Guardó, pues, el dinero, y desarrugando el entrecejo que habia arqueado sus negras cejas, se frotó la arrugada frente como para refrescársela, se atusó el ceniciento cabello con su pañuelo de seda, y clavando los ojos en las bovedillas de la mugrienta sala, empuñó con desconsolado ademan un enorme vaso de moscatel y se le echó entre pecho y espalda sin respirar, y con toda la resignacion de un cristiano viejo. La oscuridad de la calle le dió á conocer que se adelantaba la noche; asi que llamó con descompasadas voces á varios criados, que empezaron á encender las luces de varias cornucopias colgadas provisionalmente en las escarpias de las jarras de vino; y despues de revisados los preparativos del baile y de la cena, se puso á pasear del uno al otro estremo de la sala, ínterin llegaba la familia de su dulce Marica, y los deudos y contertulios que tenia convidados para presenciar tan patética ceremonia, entrada y recibimiento de los cónyuges.

Pasaremos por alto las danzas y jaleos de los unos, los dichos picarescos y las gracias desvergonzadas de los otros, la alegría y la algazara de todos, y únicamente diremos, en

honor del señor Juan el vinatero, que no hubo boda mas espléndidamente servida, ni mas acompañada que la suya, que dió que envidiar y que murmurar por muchas semanas á todos los cofrades de su gremio, y en honor de Mariquilla, que fué la única que suspiraba en medio del general bullicio: lo que, en nuestro concepto, la sinceró de la falta de cariño y de gratitud que tan en cara la echaba, y tan de corazon, el pobre Tomasillo.

Este no se olvidó de su oferta amistosa, y para cumplir al vinatero su palabra, cuando ya la luz de las estrellas se iba amortiguando en el cielo, acudió debajo de la ventana de su prenda perdida, en compañía de varios mozos del barrio, y al compás de un sonoro guitarrillo, rasgueado con todo el primor de un galanteador jerezano, entonó varias chistosísimas coplas en las que rebosaba la agudeza de su ingenio, y la hiel de su corazon desdeñado. Por último, sintió la falleba de la ventana rechinar pausadamente, y vió primero una sombra, que despues distinguió ser una muger, y la que al fin conoció ser Mariquilla, á la cual saludó con voz quebrantada por el amor y el sentimiento, pero que sonó fuerte y penetrante al dirigirla con malicia y desden esta cancioncita.

Mariquilla Antonia,
tu eres el demoño,
pues por cuatro cuartos
vendistes el moño.

La Antoñuela suspiró; el suspiro enterneció al paje, y comenzaron este breve diálogo.

—Con que te han sacrificado!

—Sí, Tomasillo de mi vida! no sabes tú que el corazon de esta pobre no respira sino por ti.

—Y ahora, qué fin tendrán mis ansias?

—Ninguno; como tampoco le tendrán mis lágrimas!

—Al perro de tu marido le ha de costar un pellejo de vino cada una de las que derramas, tórtola mia.

Terminó aquí el diálogo, porque Mariquilla se retiró de la ventana: Tomasillo se reunió á los mozos que esperaban un poco apartados para no interrumpir la amorosa plática; pero viendo el paje que una sombra aparecia de nuevo en la reja, se acercó presuroso.

—Qué se ofrece? preguntó el tio Juan, pues aunque no se habia desvelado con la vihuelilla, se habia despertado con el eco de las voces medrosas de los amantes.

—Ola, señor Juan: vengo á daros mi despedida.

—Para qué te has molestado? las noches son crudas... y.....

—Y vos teneis gana de recogeros.... Nada mas puesto en razon: pero como os habia ofrecido música para que reconciliáseis el sueño, aquí la traigo. No sé si habré tenido buena eleccion en los instrumentillos. Ola, muchachos! acá; porque al señor es á quien se obsequia.»

En aquel momento formaron corro los mozos, y esgrimiendo sartenes, sonajas y cencerros, y acompañando con silbidos y risotadas la infernal algaravía, hicieron cerrar la ventana al vinatero, que se deshacia en maldiciones, perdidas en el aire, porque todo lo confundia el estruendo de tan estrepitosa cencerrada.

II.

El dia 13 de enero de 1680 fué uno de los mas señalados para el muy leal vecindario de Madrid, que acudió bullicioso á presenciar la solemne entrada de doña Maria Luisa de Borbon, primojénita de S. A. R. el duque de Orleans Felipe, y de Enriqueta Ana de Inglaterra.

Numerosa concurrencia embarazaba las calles del tránsito que debia seguir la régia comitiva, y desde la espaciosa plazoleta del buen Retiro, donde á la sazon se aposentaba la reina, hasta el palacio de su noble esposo don Cárlos II, formaba el apiñado gentío una columna negra, movible y compacta, cuyas ondulaciones semejaban á los ojos de los que la contemplaban desde lejos, los movimientos tardos de una ballena gigantesca.

Pero por donde era absolutamente imposible atravesar por lo apiñado de los grupos, era por delante de la casa del escelentísimo señor conde de Oñate, á cuyo frente, en el espacio que permitia San Felipe el Real y la calle de Postas, se habia levantado un tablado en el que se representaban varios divertimientos cómicos, acompañados de festivas músicas, que así embelesaban los ojos como entretenian los oidos, suspendiendo los ánimos de todos, tanto caballeros como mozos del pueblo, que de cuando en cuando prorumpian en animados vivas á la salud de sus reyes.

Debemos confesar, sin embargo, que no eran los músicos ni los farsantes los que ocasionaban tanta apretura en aquellos sitios, sino la presencia del señor don Cárlos II, que se habia dignado favorecer la casa de los condes Oñate, y el cual, asomado á uno de los balcones, esperaba con amorosa impaciencia la llegada de su noble esposa; pues la dignidad de rey no le dispensaba á sus ojos de la cortesanía de amante.

Separémonos por un momento de aquel bullicio insoportable, y procuremos oir la conversacion que siguen algunos caballeros, asomados á un balconcillo estrecho y alto de una casa de enfrente; pues su plática nos dará á conocer varios personajes que tendrán forzosamente que intervenir en esta historia, y tambien varias historias de estos personajes.

—Don Diego, yo os creia menos preocupado.

—Pues, señor don Fadrique, rectificad vuestro juicio; que os aseguro que no solo me tengo y confieso por preocupado, sino que en muchísimas cosas rayo ya en supersticioso.

—Ese es defecto de gente sabia, añadió don Gonzalo de Cárdenas, caballero catalan, zátio, adusto y montaraz como él solo, pero buen amigo y franco servidor de los que bien queria como ninguno.

—Pero no reparais que el pronóstico de una dueña.....

—Es como el de otra cualquiera persona, y para mí mas verdadero que el del hombre mas docto en la judiciaria, pues ella en mi corazon ha visto como en un espejo; y en cuanto á los sucesos de mi vida, me los anuncia como si los leyese claramente en un libro. Hace siete años conocí yo á esa dichosa Quiteria. Hallábame prendado de una linda cartajinesa, jóven en años, rica en virtudes y hermosura, y no pobre en bienes de fortuna. Festejábanla cuatro galanes, y quise yo consultarla sobre el resultado de mis ansias, que os aseguro iban siendo para mi corazon insoportables. Pues bien, me dijo que no corresponderia á ninguno de los cuatro; y así se verificó, porque á los dos meses se casó con un príncipe polaco.

—Y quién os dice que eso, que os parece adivinacion, no fuese tener ya antecedentes de la inclinacion de la cartajinesita?

—Lo hubiéramos sospechado.

—No lo creais, don Diego. Los amantes en ese punto son como los maridos, los últimos que sospechan las cosas.

—Y es por esa sola aventura, esclamó don Gonzalo, por lo que os merece la dueña tan alto concepto de adivinadora?

—Y por otras muchas que oireis. Durante mis campañas en Italia galanteé á varias damas, pero todas con tan poca suerte, que, cuando me creia mas seguro de su corazon, hallábame burlado por quien menos podia imaginármelo. Entré en cuentas conmigo mismo, medité y cavilé, y apuré mi corto entendimiento en imaginaciones vanas, y decidí por último acudir á Quiteria, para que consolase mi espíritu, si cabia consuelo en quien tan desanimado estaba como yo, por ver el poco suceso de cuanto emprendia en amores. Desde ese dia data mi tristeza; miróme al blanco de los ojos, contó las rayas de mi mano, y con un gesto infernal y una sonrisa penetrante que se me clavó en las entrañas me dijo: Tú no encontrarás nunca quien te corresponda. Desiste de tu empeño, pues el amor causará tu desgracia; y si llegas á concebir alguna pasion violenta, esos serán tus últimos amores, porque perderás la que desees poseer, y te causará la muerte.

—Qué profecía tan tonta!!

—Mas tonto debia ser el que la diese crédito.

—Don Fadrique, dejadme acabar; don Gonzalo, prestadme dos minutos mas de atencion.

—No sé si tendré paciencia: la gente se arremolina, el reloj vá á dar las once, y sin duda la reina se deja ya ver por el alto del Prado.

—A bien que por aquí ha de pasar y que no tendreis mas que bajar los ojos para no perder nada de la funcion. Pues señores, queriendo yo desmentir el funesto vaticinio, me he dedicado á galantear.

—Linda ocupacion!

—No me interrumpais. Doña Ana de Silva fué la dama en quien coloqué mis esperanzas: pues bien, una desgracia de su familia amilanó su espíritu de manera que á los pocos dias entró monja en la Anunciacion. Pedí la mano de doña Leonor de Rivera: sus deudos me favorecian, la jóven no

me miraba con ojos desdeñosos; pues bien, su razon estraviada por un susto la ha conducido á un hospital de locos.

—Sabeis que eso va siendo sério! con que vos no podeis acercaros á una niña sin que la pobre deba ser víctima de vuestro deseo ó de vuestro capricho?

—Y querreis que no sea supersticioso! No hace un año, en fin, vos os acordais don Fadrique, pues muchas noches me acompañábais hasta la casa de la inocente Gabriela, me desanimé del todo. Aquella niña de quince abriles, ardiente de corazon, y entusiasta por naturaleza, supo recojer mis suspiros, exhalados debajo de su ventana, y no por ser poco amorosos y ardientes produjeron menos incendio en su alma apasionada. Trocamos cintas y papeles: me presenté en su casa, aunque no enamorado de su belleza, agradecido á su cariño, y contènto con mi suerte que me deparaba en un enlace ventajoso con la familia de Solis un remedio para mi tristeza, un desengaño para mi credulidad, y en una palabra, descanso y paz; pues os aseguro que habia desaparecido de mi corazon, desde que los pronósticos de la dueña se habian realizado en mí con tan tristes cuanto verdaderos sucesos.

—Si, si; yo en vuestro lugar hubiera recelado lo mismo.

—Pero, señores, será cierto que un conjuro puede influir en la suerte de los hombres, y que un leal caballero no ha de poder estar libre de los maléficios de una bruja? Acabad, don Diego, pues me interesa vuestra historia.

—Don Gonzalo, al menos soy digno de compasion. Dispuestos los preparativos para nuestro enlace, y terminadas ya cuantas formalidades podian retardar un instante tan suspirado por mí, Gabriela cayó enferma. Creyóse que su indisposicion no pasaria de ser un constipado: pero su tos fué pareciendo sospechosa, arrojó algunos esputos de sangre, se quejó de un ligero dolor en el costado. Los médicos acudieron, y la primer nueva que comunicaron á su desconsolada familia fué que la diesen el santo viático, pues padecia Gabriela una afeccion muy aguda al pulmon, y ofreciendo riesgo su vida, era del caso se reconciliase con Dios, y buscase en su mano lo que no estaba en la mano de los hombres! A los tres dias espiró.

—Qué desgracia! Ya nada estraño de cuanto hayais podido hacer desesperado.

—El consuelo es sordo á mis voces: creí que el pesar me mataria, pero el hombre no sabe lo que puede sufrir sino cuando ha soportado todo género de calamidades y de dolores. Desde entonces maldije de mi nombre y de mi suerte, y hubiera vendido mi alma á Satanás, si hubiese tenido la dicha de que se acordase de mí. Frecuento las casas de juego y siempre salgo gananciosо; busco querellas y desafios, y jamás llegan á mi pecho las puntas de las espadas enemigas sobre las que me arrojo para encontrar la muerte. Por último, he formado un propósito firme. Como mi desgracia consiste en que creo que se cumplirá el funesto vaticinio de la dueña, todos mis pensamientos se reducen á que salgan mentidos. Como consiga mi objeto, ya todos los medios me parecen buenos.

—Tales podriais elegir...

—...Os digo que todos los adopto; la infamia, el asesinato...

—Don Diego, serenaos, que en caballeros de vuestras prendas, aun las palabras mancillan y empañan la pureza de la sangre.

—...Ola, los atabales y clarines nos anuncian que pasa la real comitiva. Mucho siento no proseguir la comenzada y sabrosa plática; y mucho mas cuando creo que llegamos al punto mas importante de vuestra historia.

—Don Fadrique, asomaos bien; le interrumpió don Diego, dejándole sitio para que se apoyára en la barandilla del estrecho balconcillo.

—He puesto la mano en la llaga, eh?

—Vamos, don Diego, añadió el caballero catalan; todo se sabe. No es fácil disimular una pasion verdadera, y mas cuando es como la vuestra, que, no contenta con ojeadas y paseos, se declara por medio de músicas.

—Y bien, por qué os lo he de negar? Amo á Serafina como un loco. Esa debe de ser la mujer que causará mi desgracia: porque ella es la que me ha inspirado una pasion terrible y profunda. Ella originará mi muerte, ella será mis *últimos amores*, si se cumple el vaticinio. Pero os lo he dicho y lo repito, yo poseeré esa muger aun cuando tenga que..

Callad, y al menos no nos hagais cómplices de vuestros malos pensamientos!

—Lucida vá la comitiva. Los alcaldes de casa y córte retratan en la modestia de sus adornos la sencillez de la justicia que representan.

—Qué famosa institucion la de las órdenes militares! Qué buen efecto hacen las plumas blancas, las cruces de varios colores, los penachos de los fogosos corceles.....

—Y hoy acompañan todos los gentiles-hombres de casa y boca, pues forman una numerosa compañía. Allí vienen ya los títulos, grandes de España, caballerizos.

—Y la reina. Qué hermosa! Diez y ocho primaveras han dado á su semblante la brillantez de una rosa de Bengala.

—Es el marqués de Villamayga el que conduce de la rienda el hermoso palafren de la reina?

—El mismo; como que es su caballerizo.

—Los pobres regidores parece que no tienen muchos ánimos para sostener ese rico pálio.

—Ahora entra la parte mas vistosa de la comitiva; ojo avizor, señores, porque entre esas largas hileras de damas de palacio y camaristas pasan las mas hermosas del mundo.

—Esas dos señoras, que van en esas mulas tan enjaezadas, son la camarera y la guarda mayor doña Laura de Aragon.

—Parece imposible que unas manos tan delicadas puedan dirigir tan briosos caballos.

G. Romero Larrañaga.

El ajiméz de la torre de las Infantas.

I.

Sobre el muro que el recinto
de la Alhambra real circunda,
si en fortaleza segunda
primera en esplendidez,
hay una torre morisca
frontera al Generalife,
que sobre angosto arrecife
abre un dorado ajiméz.
Este arrecife tortuoso
que estiende sus lineas combas
entre yedras y gayombas
madreselvas y jazmin,
solitario, áspero, umbrio
parece el lecho de un rio
que dividió en otro tiempo
el alcazar del jardin.
Fresco, umbroso en el verano,
abrigado en el invierno,
gozando el verdor eterno
de la yedra y el laurel,
es este oculto arrecife,
lleno de sombra y misterio,
huella oriental del imperio
de la raza de Ismael.
A un lado Generalife
de sus floridos vergeles
le entolda con los laureles,
le impregna de aromas mil;
al otro la Alhambra espléndida
le fia por sus ventanas
de cautivas y sultanas
toda la historia gentil.
De una parte le armonizan
por el lado de las flores
los canoros ruiseñores
que anidan en el vergel:
de otra por el del alcázar,
opuesto al de los jardines,
las zambras y los festines
que se celebran en él.
Por un lado le engalana
la rica naturaleza:
por otro le dan grandeza
las cien torres de Alhamar;
por allí muestra patente
Dios su creadora mano:
por aquí del Soberano
se hace el poder acatar.

Tal vez en noche de estío
al són de un harpa morisca
desde el muro una odalisca
entona amante cancion,
y algun colorin celoso
desde la verde floresta
con trino amante contesta
del harpa amorosa al són.
En la ciudad empezando
y abriendo paso á la sierra
¿quién sabe cuántos encierra
secretos de honra y amor
este encantado camino,
bajo flores encubierto
y sobre peñas abierto
de un palacio en derredor?
¡Cuánta hermosa enamorada
intentó el árduo descenso
del vacío espacio estenso
que hay desde él á su balcon!
Y cuánto noble africano
cayó en su arenosa loma
muerto por oculta mano
y por oculta razon!
No hay un pie de este camino
que una tradicion no hechice,
que un nombre no poetice
ó dé un recuerdo valor.
La torre allí *de los Picos*
se eleva, cuyos cimientos
defienden encantamientos
de un sábio conjurador.
Allá la *de la Cautiva*,
donde entre són de cadenas
viene á lamentar sus penas
el alma de una muger:
allá *la puerta de hierro*
por do su vida salvaron
los reyes á quien lanzaron
sus vasallos del poder.
Y allá en fin, el pié cercado
de adelfa y silvestres plantas,
la torre *de las Infantas*
se alza con régia altivéz,
abriendo en su grueso muro
frontero al Generalife
encima del arrecife
su misterioso agiméz.
Una graciosa ventana
de arabescos y labores
orlada, cuyos colores
minió maestro pincel:
una ventana morisca
que, en dibujos de oro envuelto,
parte en pilarcillo esbelto
de mármol de Macael.
Un mirador delicioso,
cuyo arco filigranado
está en redor festonado
con leyendas del koran:
Cuyos dos graciosos huecos
ornados de medallones,
hojas, nichos, y agallones
contento á los ojos dan.
Mas ¿quién mora en esta torre
donde jamás se percibe
ni el rostro de quien la vive,
ni ruido de humana voz?
Jamás de aquella ventana
se abre al sol la celosía
ni de un cantar la armonía
dá nunca al aura veloz.
Muestra empero que se habita
allá en las nocturnas horas
la luz de las tembladoras
bugias de su interior,
que á pesar de su cerrada
celosía y su vidriera
de colores, lanzan fuera
su trémulo resplandor.
Y hay noches, que apunta el alba
ya, y tras esta celosía
se percibe todavía
de la lámpara el fulgor,
y una sombra que va y viene
por dentro del aposento,
da ó quita á cada momento
luz ó sombra al mirador.
Su moviento incesante,
sus paradas repentinas
recogiendo las cortinas
para ver ó para oir,
demuestran que el desvelado
de aquel ajiméz espera
algo que de él por afuera
debe sin duda venir.
Mas pasa una noche y otra
y la luz del sol se traga
su luz, y con ella apaga
el que allí esperando está
su esperanza, hasta otra noche
que vuelve á arder la bujía,
y él vuelve á la celosía
y tras ella viene y vá.

J. Zorrilla.



Con este número recibirán todos nuestros suscritores el prospecto de esta importantísima publicacion, que referirá cuantos sucesos de interés general ocurran en el mundo entero. *La política—las ciencias—la industria—las artes—las invenciones—el teatro—las exposiciones—las grandes catástrofes—la descripcion y costumbres de los pueblos—las fiestas y ceremonias públicas—las curiosidades de todos géneros que exciten la atencion—las escenas militares—las escenas populares—los grandes establecimientos industriales—las modas;* en una palabra, todo lo que puede traducirse en el lenguaje del dibujo, pagará su tributo á esta revista que no se limitará á la representacion pintoresca, sino que se esforzará en dar tambien la narracion de los acontecimientos del momento con mas detalles que ningun otro periódico, no dejando pasar un hecho, una idea, un libro de algun valor, sin que se ocupe de ello.

El precio de *La Ilustracion* casi increible por su baratura, es mas barato aun para nuestros suscritores, que pueden, *abonándose por un año antes del* 15 *de marzo*, obtener una cantidad enorme de lectura y de láminas con una economía verdaderamente prodigiosa.

MADRID: Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, núm. 4.



LAS CENIZAS DE PHOCION.

La vida y la muerte de Phocion, contadas por Plutarco, inspiraron á Poussin dos de sus mas bellas composiciones. La que reproducimos aquí tiene por epígrafe estas palabras: ***Phocionis post mortem in hac imagine redivivi fortunæ series.*** En esta imágen están reasumidos despues de su muerte los destinos de Phocion. Es una especie de apótesis filosófico, sin elementos sobrenaturales, que resulta de la composicion del paisaje. Todos los detalles tienen una significacion simbólica; todas las partes del cuadro contribuyen á formar una noble alegoría de la sabiduría y de la virtud, esperimentadas por los halagos y los reveses de la suerte. Allá abajo, detrás de las colinas que se hallan sembradas de grandes edificios, está la ciudad de Periclés, la brillante Atenas, centro tumultuoso donde se reunian las seducciones y los peligros de la vida. El sábio, despues que ha cumplido sus deberes de ciudadano, se retira de la confusion y busca lejos de las ambiciones el reposo del corazon y del pensamiento, y pidiendo á la naturaleza la tranquilidad de alma que turban las ciudades, habita el elevado templo de la sabiduría, al pie de los montes, enfrente de risueñas arboledas, bajo un cielo limpio y puro. Pero sobre la montaña se forman nubes espesas, la cima de ellas sufre los efectos de la tormenta, y la morada del sábio está demasiado cerca del cielo para no atraer tambien la tempestad. El filósofo Phocion será visitado por el infortunio. La patria solicita el valor de su brazo, la luz de su talento; abandona su querida morada para combatir al estranjero, para hacer oir el lenguaje de un hombre de bien al pueblo de Atenas, demasiado propicio á escuchar á los charlatanes. ¿Qué premio pide él en recompensa de tales servicios? El derecho de volver á los campos, donde el trabajo y la meditacion ocupan sus horas. El pueblo admira por de pronto una virtud tan pura, pero viene un dia en que la opinion pública se ofusca, y celosa de este grande hombre, condena al héroe filósofo é beber la cicuta. Como entró Edipo en el bosque sagrado en que debia encontrar la muerte, Phocion avanza tambien con paso firme hácia la tumba, donde duerme al fin bajo una losa, á la sombra de los árboles que antes le prestaron abrigo, en aquellas poéticas soledades donde él solia meditar sobre las vanidades del hombre y la inconstancia de la fortuna.

El efecto de esta bella pintura es sumamente agradable: no pueden interpretarse con mas nobleza y dignidad la impotencia de las vicisitudes del destino, para abatir una alma grande. La de Phocion anima realmente todo este paisaje; el último término es de una grandeza imponente: peñascos soberbios, rocas escarpadas, nubes espesas; pero la calma aumenta á medida que se desciende al llano: escenas dulces, aspectos tranquilos, conducen por grados hasta las espesas sombras bajo las cuales descansa el sábio en su última morada en eterno reposo. La combinacion calculada de esta pintura, recuerda las palabras que dijo un gran poeta al espirar. ¿Cómo os sentis, le preguntaron? Cada instante mas tranquilo!... Estos fueron sus últimos acentos.

FERNANDO GALLEGOS.

¿Cuál es la causa de que el torrente de la civilizacion haya ido orillando las bellas artes, es decir, la pintura y la arquitectura, que en siglos no lejanos daban tan poético aspecto á nuestras poblaciones? ¿Será que la *ciencia* desdeña por humilde su compañía? ¿Será que las ***ha matado*** la imprenta, como decia Victor Hugo?.... No es nuestro ánimo resolver ahora estas cuestiones; parécenos si que la variacion del espíritu de los tiempos ha traido tambien esa mudanza en el giro de las artes: parécenos que durante la época en que principiaban á brotar las ideas de reforma en la filosofía, la política y la religion, en que latia en los pueblos un corazon caballeresco, en que las guerras se encaminaban al triunfo de una idea, la pintura y la arquitectura podian desplegar todo su idealismo en los lienzos y en las piedras: y parécenos que ahora, cuando el afan de

la ciencia se cifra en la *produccion* de la riqueza, cuando las almas despiden un sonido metálico, cuando los conflictos (ya que no guerras) son conflictos de bolsa y de comercio, solo toca construir fábricas, almacenes y caminos. Y no es lo malo esto, sino el que se destruyan los legados de la edad pasada, y queden solo montones de ruinas para recordar las antiguas bellezas artísticas. Merced á semejante inclinacion de los tiempos, apenas se conoce ya el nombre del pintor salmantino *Fernando Gallegos*.

No podemos fijar exactamente el año de su nacimiento: debió verificarse pasada la primera mitad del siglo XV, y sobre los años inmediatos al de 1470. Conviene no confundir á este pintor con un *Francisco Gallego*, escultor y tambien vecino de Salamanca, que en union de Antonio de Paz ejecutó las molduras de florones, santos y escudos de la sacristía y capítulo de San Estevan, cuyas obras dirigió en su totalidad Alonso Sardiña, y costaron 470,000 rs. Se inclina Cean á creer que estudiase con Pedro Berruguete, padre del famoso pintor, estatuario y arquitecto Alonso, de quien existen bastantes obras de todo genero en Salamanca. Esta creencia no se halla justificada con dato alguno, puesto que ni consta la venida del Pedro á dicha ciudad, ni por mas que se diga es tampoco seguro que Gallegos saliese á aprender su arte á otro punto. No hemos hallado noticia de obras suyas fuera de la ciudad referida, lo que dá derecho á creer que debió consumir la mayor parte de la vida y del ingenio en su recinto. La escuela de los Berruguetes tuvo en verdad mucho auge, y no cundió poco entre los artistas de Salamanca; basta en prueba considerar el gran número de edificios que en ella se distinguen por su fachada de dos cuerpos, adornados con elegantes columnas adheridas á la pared, y medallones que encierran bien acabados bustos, señales todas del estilo arquitectónico de Berruguete. Pero esa escuela parece que fué introducida por el Berruguete hijo, y como Gallegos era coetáneo suyo (mayor que él algunos años), es claro que no puede existir entre ambos mas relacion que la de haber aprendido estudiando unos mismos modelos.

Dominaba entonces el estilo de Alberto Durero, y fué imitado por Gallegos con tal acierto que fácilmente pudieran confundirse sus cuadros con los de aquel maestro; al menos nótanse en ellos las mismas formas de dibujo, una atinada imitacion del natural, y el brillo, buen gusto y efecto del colorido. A causa de esa semejanza, sin duda pudieron algunos reputarle discípulo personal de Durero; murió en su patria, Salamanca, el año de 1550, habiendo alcanzado una avanzada edad.

Con mucha frecuencia ha de engañarse el que busque acontecimientos novelescos en la vida de los artistas y de los sábios: hombres de pensamiento y no de accion, su historia es la de las ideas, sus hechos son las obras en que dejaron grabado el sello de su alma. Pocas son las que el descuido de los hombres y la injuria de los años han salvado entre las del pintor objeto de este artículo. En el cláustro de la Catedral Vieja, habia un San Ignacio mártir, de relevante mérito, segun personas entendidas cuentan: una Vírgen, San Miguel, San Antonio, y la Adoracion de los Reyes. Adivinando al través de la espesa capa de polvo que los encubre, nos parece haber encontrado los tres últimos: El de la *Adoracion* es notable por su composicion, por la suavidad de los colores, y por la belleza de las figuras. La Vírgen, cubierta con un manto azul, tiene esa hermosura propia de un rostro en que brilla ennoblecida cierta pureza como infantil, sombreado por el cabello de oscuro color de oro, cual se observa en muchos cuadros de aquella época: está presentando el niño á uno de los reyes arrodillado delante, que tiene en la mano una especie de copa; detrás de la Vírgen asoma la cabeza de San José, y á lo lejos se divisan las torres de una ciudad. Este, lo mismo que los otros dos citados, se halla pintado en la pared, y lamentablemente destruido. Donde mejor se conoce el mérito de Gallegos es en el lienzo (ó tabla) que en buen estado existe en la capilla de San Antonio de la Catedral nueva, y representa tambien á la Vírgen con el niño; y en otro que se halla sobre un sepulcro de la Catedral vieja, figurando á San Andrés. Atribúyesele igualmente el San Gerónimo que está por cima de la puerta de la capilla de la universidad. Acaso existan mas en los templos de la poblacion; y aun recordamos haber visto hace tiempo en uno de los conventos de monjas (el de Santa Ursula), en cuyos cláustros interiores *habia* cuadros notables, algunos de corto tamaño, que servian de adorno á una capillita ó retablo, y que parecian ser del mismo artista.

Lástima es que no se cuide de evitar la pérdida de tan preciosos restos, hojas mal tratadas del libro de nuestras glorias!

A. Gil Sanz.

LA CUARESMA.

Concluyó el carnaval, y con él sus risas y su algazara. Descanse en paz! El tiempo santo en que hemos entrado indemnizará acaso con sus abstinencias de las gulas desenfrenadas de carnestolendas? Ay! no; que si seguimos la historia de la cuaresma, hallaremos cuán diversa es ahora su índole de la de los tiempos en que se instituyó!

La institucion de la cuaresma remonta, segun algunos, hasta los apóstoles; y la prueba que dan es que no se halla establecida por ninguna ley de la iglesia, la que solo se limita á dar reglas para su observancia. Esto podria probar tambien que no habia sido establecida anteriormente por ninguna ley, sino solo por la costumbre; pues de no ser asi, por qué no se presenta el mandato de los apóstoles que sirve de base á las posteriores disposiciones reglamentarias? Otros atribuyen esta institucion al papa Telesforo, que murió en 164, y fué el mismo que mandó se celebrase la misa del gallo.

La observancia de la cuaresma no consistia entonces solamente en la abstinencia absoluta de ciertos alimentos, sino en no hacer uso hasta despues de puesto el sol de los que eran permitidos. Esta práctica se tomó sin duda de los judíos, como otras muchas cosas de su ley. Todos los pecados se espiaban entre ellos con la abstinencia, asi como con la abstinencia se preparaban á las grandes acciones; Judith, antes de ir á cortar la cabeza á Holofernes; Esther, antes de presentarse á su real esposo á pedirle que ahorcara á un ministro; el jóven Tobías, antes de ocupar el lecho nupcial de la hija de Raquel que llevaba siete maridos: todos estos santos personajes se habian preparado para estos actos animosos por medio de la abstinencia. Moisés ordenó frecuentemente el ayuno, en razon á las dificultades que hubo de hallar para mantener su pueblo en el desierto. Pocos ignoran como este gran legislador sabia llamar la religion en ayuda de la política. Los profetas le ordenaron tambien, pues conociendo lo carnal que era el pueblo hebreo, era el ayuno la penitencia mayor que podian imponerle.

La observancia de la cuaresma, que fué voluntaria en los primeros tiempos de la iglesia, llegó á ser obligatoria en lo sucesivo, en términos de haberse mezclado en ella la autoridad temporal, tanto que fué sentenciado á muerte un infeliz por haber comido un pedazo de carne de caballo arrojado á un muladar.

A medida que ha ido habiendo mas ilustracion, ha ido siendo menos severa esta disciplina, y ya los tribunales civiles no se entrometen en lo que es puramente un caso de conciencia; y hasta la misma autoridad eclesiástica se ha visto en la precision de autorizar lo que no podia impedir; asi es que se halla ahora permitido el uso del vino, huevos y lacticinios, que hasta el siglo octavo estúvo severamente prohibido.

Eran diferentes los grados de abstinencia en tiempo de la primitiva iglesia: los unos observaban la homopagía, ó no comer nada cocido; otros la jeropagía, ó limitarse á viandas secas, absteniéndose no solo de carnes y vino, sino de frutas vinosas suculentas, comiendo únicamente pan, nueces, almendras, dátiles y otros manjares por el estilo; otros se contentaban con pan y agua. Los anacoretas y monjes del desierto observaron la cuaresma con austeridad aun mas rigorosa.....

Pero por muy edificante que todo esto sea, preguntad en casa de Lardy ó en la pastelería si todos estos tormentos voluntarios son agradables á Dios. No nos dió él el apetito? cómo, pues, puede ser un bien la abstinencia? No nos manda que conservemos la vida, y no tiene la bondad de advertirnos que comamos para mantenernos? Destruir nuestra salud, no es atentar contra nosotros mismos, no es destruir su obra? El ayuno, que debilita el estómago, no puede ser agradable á la divinidad, como no lo es tam-

poco la glotonería que le arruina. Si por ventura el hombre que se priva de alimento por ayunar le diese al que carece de él! Pero, á quién puede decirse que aprovecha el ayuno en este mundo terrenal? Dícese que rescata los pecados... Ah! los que ayunan no son siempre los que han pecado! Sin embargo, en economía política no deja de tener el ayuno su utilidad, pues lo que se consume de menos en carne se consume de mas en pescado: el precio de la merluza, del salmon y del pajel, sube al doble, y esto redunda en beneficio de los pescaderos.

Bien sabia esto el papa Clemente XIV, que era un papa tan infalible cual tantos otros. Como le digesen que cierto derecho que iba á establacer sobre las mercancías estrangeras podria indisponer á los ingleses y holandeses:—Bien, contestó riéndose, si quieren tomarlo á mal suprimiré la cuaresma.

Conocia bien este papa que allí, donde estaba la forma de ayuno, y la abstinencia de carnes, se escondia el interés mercantil y el agiotaje con la venta de pescados.

Por manera, que la cuaresma hoy dia es para muchos una ocasion mas propicia de satisfacer un gusto y de dar recreo al paladar. Esto en cuanto á los manjares: y respecto á la privacion de algunos de ellos, ó no se observa, ó de observarse es como mera rutina, en la que no entra la devocion para nada. Los que pretenden que ayunan, y no tienen la suficiente franqueza para quebrantar el precepto, cometen una hipocresía que debe malquistarles muy mucho con la divinidad. Llámase ayunar, ó mejor dicho guardar la forma del ayuno, el tomar su chocolate por la mañana con sendas tostadas, comer luego abundantemente, y saborearse con pescados escitantes y potajes apetitosamente condimentados, y hacer á la noche una colacion que entone admirablemente el estómago: y hay personas que teniendo por costumbre todo el año repartir sus comidas en este mismo órden, porque en cuaresma varian algun tanto los alimentos, ya se creen con derecho á decir que ayunan, é insultan de este modo las prácticas de una religion cuya índole es tan diversa!

Mas, si todas las cosas se prostituyen y se vician, habia de quedar incolume una institucion que tan poco halaga á los sentidos. Ay! pobre cuaresma! quién te dijera que tu austeridad podria dar nunca paso á apetitos sensuales!

A...**

LOS ULTIMOS AMORES.

—No veis junto al marqués de Astorga, y entre los coches y palafrenes de respeto, una dama que monta un alazan?

—Sí, y el que apenas puede contener aquel jóven caballero. Ah! buen golpe de mano: si no se lanza á sujetarle con entrambas el caballo la despide de la silla.

—Airoso anduvo el de Santiago!... Con qué soltura se arrojó de su castaño, y con qué desembarazo refrenó el de la linda señorita!

—Calla: y es la sobrina del marqués de Jódar...

—Y él el jóven don Alvaro de Figueroa.»

Durante estas últimas contestaciones, don Diego mordíase los lábios con tanta cólera, que se los tiñó en sangre. Pasaba su mano trémula por la empuñadura de su brillante espada, y sin ser dueño á contenerse, al observar que don Alvaro ocultaba un guante y recibia una sonrisa de la hermosa marquesita, le arrojó el suyo con tal fuerza y con tan feliz tino, que pegando en el bonete con plumas del galan caballero, se lo echó por tierra. Alzó don Alvaro los ojos: se encontraron las miradas que deseaban encontrarse, y recogió el guante y el sombrero del suelo. Púsose el segundo saludando á la hermosa dama, y guardó el guante en la bordada mantilla de su palafren, sobre el cual montó con gentil gracia y soltura, y metiendo espuelas al impaciente bruto, se unió en breve á la comitiva que habia acabado de pasar.

En aquel momento se oyó un golpe en la puerta: retiróse don Diego del balcon, la abrió, y se encontró cara á cara con Tomasillo.

—Y el asesino? le preguntó con voz sorda y terrible.

—Estará pronto: á media noche.

—Sígueme, que es fuerza averiguar la posada de ese doncel! Don Fadrique, don Gonzalo, hasta la vista.» Antes que pudiesen darle contestacion, don Diego bajaba las escaleras poco menos que volando. Apretó el paso seguido de su leal escudero, hasta que pudo alcanzar la comitiva que se detuvo para que entrase la reina en la iglesia de Santa María, y á conveniente distancia pudo enseñar á Tomasillo el hombre á quien desde aquel punto aborrecia mortalmente, y cuya muerte tenia proyectada, por ser el rival favorecido que tantos obstáculos podia ofrecerle para el feliz resultado de sus últimos amores...

Antes de dar las once de aquella misma noche, don Diego sabia ya cuanto podia apetecer. Don Alvaro se hallaba en casa del marqués de Jódar: ningun otro caballero asistia á su reducida tertulia; la calle en que vivia era estraviada y sola. El asesino se hallaba apostado á la embocadura de ella, y Tomasillo á la puerta de la casa del marqués, para preceder al jóven cuando saliese, y evitar que el asesino errase el golpe. Todo iba, pues, á medida de sus deseos, Tomasillo habia ideado para escitar la curiosidad del amante y hacerle salir antes de la tertulia, dar una música á la marquesita, y el mezclar su nombre en las coplas, de cuya composicion se habia encargado. Don Diego convino en que el medio era á propósito, y entregándole un buen cartucho de escudos para que se refrescasen el paladar los cantores, mandó que formasen corro y que empezasen el agradable concierto, quedándose él á alguna distancia, de simple espectador de cuantos sucesos acaecieran aquella noche, que prometian ser harto notables.

III.

En tanto que los músicos tocaban amorosas sonatas, y que el asesino permanecia apostado á la entrada de la calle, acariciando el pomo del puñal matador que habia de asegurar el golpe, en una de las estancias del antiguo palacio de los marqueses de Jódar, se entretenian en dulces coloquios la noble sobrina del marqués y don Alvaro de Figueroa.

—Serafina: la decia el jóven. Ya han trascurrido tres años desde aquel dia en que os ví por primera vez. La ausencia, que aseguran que mata los nacientes amores, ha sido la antorcha que ha iluminado el mio.

—Ah! don Alvaro; la ausencia es el mas terrible de los dolores: porque el alma vive de recuerdos, y los que son dulces y hermosos nos acongojan, porque los lloramos perdidos; y los tristes y de funesta memoria nos martirizan, porque los vemos contínuamente. Ademas, la profesion de soldado es poco propia para tranquilizar á los que por ellos suspiran. El amor desconfia. Las hermosas de otros paises, el encanto de las campiñas estranjeras, la novedad de los objetos grandiosos que á cada momento se les presentan, producen sensaciones fuertes y profundas: y las que amamos tememos siempre que una impresion grande desvanezca el pobre interés que hayamos sabido inspirar!

—El estruendo de las campañas, los nobles divertimientos de mi marcial profesion, no me han distraido un solo punto de vos, ni han borrado de mi memoria las amorosas palabras que os mereci á mi partida! Me hallo honrado con el mando de una gineta; mi pecho se ve ennoblecido con la cruz de los caballeros de Santiago; mis prendas no os las encarezco, porque vuestra amabilidad y compasiva ternura las han realzado cuanto era imaginable, juzgándome digno de merecer las vuestras; solo os hablo de mi corazon triste y doliente, porque no está unido al vuestro con los lazos que hacen inseparables las vidas. Ah! Serafina hermosa, me permitireis que hoy hable á vuestro tio, y que le interese en nuestros amores?

—Señor don Alvaro: vos que siempre habeis comprendido el lenguaje mudo de mis ojos, no adivinareis ahora lo que os significan con su vergüenza?

—Ah! que feliz me haceis!

—Y sin embargo, asi descuidais á vuestra pobre Serafina, que solo algunas noches la favoreceis con vuestra amable compañia, y apenas os dejais ver á la luz del sol en las largas horas del dia: largas sí, porque mi corazon os espera desde el momento mismo en que os separais de mí.

—Cómo he podido mereceros tan estraña ternura!

—Simpatías del alma! Segun Quiteria esa propension intima é invencible hácia una persona es casi siempre una prueba segura de una pasion inmensa y poderosa, pero

al mismo tiempo es anuncio de alguna desgracia inevitable.

—No os fieis de vanas profecías. Esa dueña os ha trastornado el juicio con sus misterios y adivinanzas, y Dios quiera que un dia no tenga yo que pedirla cuenta formal del daña que os ha causado, haciendo vuestro corazon tímido y supersticioso para todo. Pero olvidemos esto; el corazon tambien es hechicero cuando está enamorado como el mio. Yo os haré conocer mis artes milagrosos, y procuraré ocultaros bajo el velo de una felicidad verdadera los negros fantasmas de un porvenir engañoso.

—Don Alvaro, si: yo creo en vuestro amor como en la religion de mis padres: acaso en vuestros brazos y cuando me sienta estremecida por los violentos saltos de vuestro corazon apasionado, acaso entonces dejaré de dar crédito á los tristes vaticinios de Quiteria.

—Como gusteis, pero permitidme, os repito, que mañana venga á ver á vuestro anciano tio y á suplicarle que me conceda el derecho de haceros feliz. Apoyareis mis intenciones?

—Mi corazon lo desea, aunque mis lábios acaso no se atreverán....

—Por fortuna, sin faltar á tu modestia, esclamó el marqués, presentándose de improviso á la vista de los asombrados amantes; por fortuna, yo sé tus sentimientos, estimo las prendas de don Alvaro, y me complazco en que tu cariño sea digno de mi aprobacion.

—Señor marqués.....

—Noble jóven, no teneis por qué ruborizaros: el amor, aunque parece una pasion debil, cabe bien en el alma de un soldado, y me complazco en ver tan humilde, confuso y tímido delante de un anciano, y á los pies de una doncella, al gallardo capitan que tan resuelto, animoso y desembarazado se presenta delante de los arcabuces enemigos. Dadme esa mano. La mia se ha estrechado en muchos encuentros con la de vuestro anciano padre, y me huelgo que se me depare esta ocasion en que renovar nuestras antiguas relaciones. Y tú, Serafina, levanta los ojos, y fíjalos en objetos menos insensibles que esos mármoles frios.»

Levantólos del suelo la honesta doncella, y los clavó temerosa en los del entusiasta doncel, refugiándose en seguida en el seno del marqués, que la estrechó cariñosamente entre sus brazos.

En aquel momento sonó una voz robusta y melodiosa, entonando una espresiva tirana, en la que se ponderaban las ánsias de un amador desdeñado, y en la que se encarecia la la hermosura de Serafina: Pasó una nube de disgusto por la frente del marqués, el cual, despues de escuchar en silencio la estrofa, le preguntó á don Alvaro con voz alterada y fuerte:

—Supongo, amigo mio, que no sereis vos tan poco mirado por el buen nombre de la que os ha de pertenecer como esposa, que hayais consentido que se la cante por esos vocingleros rondadores?

—Señor marqués, entiendo tan poco de galanteos, que solo á mis ojos y á mis suspiros les he confiado el mensaje de mi cariño; así que me estraña, y me ofende como á vos la música, que sin duda ninguna se dirije á esta señorita.

—Yo ignoro, prosiguió Serafina, quién pueda ser tan poco respetuoso con vuestro nombre; pero, lo que de mí puedo responderos es que jamás he dado ocasion á semejantes licencias, pues no ha llegado mi curiosidad ni aun á abrir las celosías de mi aposento; y aun por Madrid vos sabeis que no hemos transitado sino el dia de la entrada de nuestra augusta reina.

—Es verdad..... y los músicos no tienen traza de dar fin tan pronto á sus conciertos, pues veo que comienzan una nueva tonada....:»

Interin el marqués descorria uno de los largos cortinajes que cubrian los balcones, don Alvaro dijo á Serafina:

—Serafina, habeis olvidado el lance de la carrera?

—No, nunca; pues estuvo á riesgo mi vida, si no os hubiérais arrojado con peligro de la vuestra á sujetar mi indómito caballo.

—No os pido que tengais tan presente lo que hice por vos, cuanto lo que por vos me hicieron!

—Don Alvaro!

—Aquí, junto á mi corazon, guardo el guante.....

—Por Dios!

—Será acaso el rondador?.....

Miserables, esclamó el marqués retirándose de la celosía; para que no quede duda ahora la llaman la marquesita. Mendo, Rodrigo, bajad al instante, y hacer desocupar la calle, rogando á esos señores músicos que nos escusen sus festejos, porque hay enfermos en la casa.»

Bajaron Rodrigo y Mendo á hacer presente la voluntad de su señor, pero como tardasen en volver á dar cuenta del resultado de su comision, y sintiéndose de cuando en cuando voces descompasadas como de reyerta, el marqués, seguido de don Alvaro y de algunos servidores de la casa, que se habian armado de broqueles, acudieron á la portería. Y fué á la verdad en la sazon poco oportuna de ver á un desconocido descargar á don Rodrigo un fuerte cintarazo con la espada desnuda en medio de la cabeza, y con tal furia, que le hizo caer en tierra sin sentido. Don Alvaro reconoció al caballero del guante, é impulsado de sus celos, y escitado por la cobarde accion del desconocido, sacó su espada y se adelantó á su encuentro. Desordenáronse los músicos, rodaron por tierra las guitarras y los instrumentos; brillaron los estoques y comenzó una mortal refriega, en la que á los primeros encuentros don Alvaro atravesó el pecho de una estocada al desmandado galanteador. Aumentóse la gritería, redoblaron las cuchilladas; acudió jente de justicia, y á su aparicion desbandáronse los músicos llevándose al herido. Una parte de la ronda siguió á los fugitivos, y la otra entró en el palacio del marqués á tomar nota de cuanto habia pasado. Durante los interrogarios de ordenanza, don Alvaro habia subido precipitadamente la escalera, guiado de un ay temeroso y penetrante que se habia clavado en el alma. Al llegar á la puerta del salon tropezaron sus pies: se detuvo, y gritando con descompasadas voces y pidiendo auxilio, se apoderó con ansia frenética del cuerpo de Serafina, la cual, acudiendo azorada al ruido de los aceros, habia tropezado y caido, hiriéndose en la frente contra el anden de la marmórea escalera, que en algunos puntos se veia salpicada de sangre.

El fin de tan borrascosa noche fué mas satisfactorio de lo que debia esperarse de tan negros principios, merced al valimiento del marqués, en cuyo obsequio el señor alcalde de casa y corte anduvo atento cuanto era de esperar en un majistrado. Como no apareció cuerpo del delito, y como las jentes del marqués habian sido provocadas por aquellos pertinaces músicos, el juez se contentó con mandar que don Alvaro permaneciese en reclusion en aquella casa, y bajo su palabra, durante tres ó cuatro dias; tiempo en el cual podria vislumbrarse si habia tenido funestas resultas su lance nocturno. Despidiéronse cortesmente; acudieron á Serafina, prodigáronla cuantos remedios pudieron encontrar á mano, y á poco tuvieron el placer de verla abrir los amorosos ojos, como si despertara de un agradable sueño. Quiso hablar, pero don Alvaro se atrevió á poner su mano sobre sus lábios, para que no pronunciase una sola palabra, y el marqués estrechando con interés las de entrambos jóvenes les dijo: «Pronto acabarán vuestros temores y vuestras pesadumbres. Confiad en Dios y en mi palabra.»

Quiteria, la dueña, se apareció en aquel momento en la puerta de la sala, y acudiendo á sostener á su señorita, añadió en voz baja: «El hombre propone y Dios dispone.»

IV.

Acaso no pesará á nuestros lectores el conocer mas á fondo á la dueña Quiteria, de cuyas artes mágicas han oido á don Diego y á Serafina hacer grandes encarecimentos. Sírvanse pues, entrar con nosotros en la misma taberna en que pasaron los primeros coloquios de esta no peregrina historia, y oirán la estraña conversacion que seguia con Mariquilla la Pelona, su linda sobrina, y con el travieso Tomasillo, el disponedor de las cencerradas y conciertos nocturnos.

«Maruja de mis pecados! Cuando te convencerás de que la esperiencia es madre de la ciencia, y de que tu tia, que te ha sabido acomodar honestamente con el señor Juan, no te aconsejaria cosa ninguna que pudiese estar mal á tu sangre.

—Cierto que no, replicó Tomasillo; y no dice mal mi estimable dueña y señora doña Quiteria: la pura y limpia alcurnia de Mariquilla no se empañaba con acceder á nuestra demanda.

—Mas teneis de deslenguado y socarron que de discreto y atento, seor paje; y no porque veais á esa pobre paloma

detrás de un mostrador y entre pellejos, os vayais á figurar que no nació en buenos pañales.

—Permitidme que os interrumpa, pues asi era mi ánimo traer á colacion el abolorio de la susodicha Marica, como el de privarme de la buena opinion que siempre he merecido á la amable y pundonorosa dueña, por la que estoy resuelto á hacer cuantos buenos oficios se me demanden. Repito y concluyo diciendo, que á entrambas estimo y venero con la estimacion y veneracion que cabe en alma de paje; ni me olvido yo que por las niñas de esos ojos he padecido mas de cuatro tentaciones pecaminosas; ni mucho menos que vuestra caridad, mi amabilísima dueña, ha socorrido en algunas ocasiones con sendos maravedises mis estrujados bolsillos. Solo una partida me habeis jugado, que necesito toda la longanimidad de mi alma para dispensárosla.

—Y cuál es la partidilla que os escuece?

—La de haber entregado esa inocente paloma, como vos la llamais, al buho mas feo de la provincia.

—Pero olvidais que ese buho tenia un nido cómodo y agradable que ofrecer á su pareja, mientras que vos estais á la merced de los que os hacen andar como caballería de reata? Debiérais agradecerme que miré por su bien, y que aseguré su porvenir; y en verdad, en verdad, señor escuderillo, que el cura párroco tiene mas culpa en lo que vos llamais contratiempo, que la que á mí cabe, bien que ninguno la tenga en este caso, puesto que aunque os hemos quitado la esperanza de conseguirla como esposa, os hemos acrecentado los deseos de poseerla como amante, y aun facilitado la conquista.

—Cómo es eso, tia? preguntó vivamente Mariquilla, que hasta entonces habia permanecido pensativa y escuchando maquinalmente la conversacion.

—Como son otras muchas cosas, sobrinita. La privacion es causa del apetito. Basta que haya una prohibicion para que se nos despierte el deseo de comer del fruto prohibido. Tal ejemplo nos dejó aquella Eva de mis pecados, por quien nos vemos en este pícaro mundo remando como negras. Y para qué? Para llegar á viejas, que es la mayor calamidad de cuantas calamidades pueden afligir á quien tiene entendido que fué bonita, memoria de que se lo digeron, y esperanzas de que no se lo volverán á repetir.

—Poco á poco, que mientras haya galanes como Tomasillo, no habrá nunca dueña desatendida, ni vieja que lo sea.

—Señor Tomás, dijo entonces Mariquilla, clavando en el paje una dulce y penetrante mirada, en la que se hubieran podido traslucir por algun fisiólogo consumado las ánsias secretas que sin duda atormentaban á la pobre muchacha, por comer de aquel fruto prohibido de que hablaba la dueña. Quereis decirme qué interés teneis vos en que consienta en favorecer los planes de don Diego!

—Voy á esplicaróslo, prenda. Desde que os tiene encastillada ese celoso dueño que os llama suya, apenas se me depara el gusto de veros como no sea de refilon y al paso, y aun para eso aprovechando los breves momentos que bajais á la tienda: y esta vida no es para sacar de penas á ningun condenado, como yo, á morirme por esos cuartos: y en el caso en que consistais en acompañar á la marquesita, como pienso tambien entrar en la servidumbre, imagínome que no nos han de faltar ratos de desahogo, y tiempo para confesarnos y absolvernos de nuestras culpas, siempre que nos asista la fé necesaria para encontrarnos en los callejones de la casa del marqués, y el propósito de la enmienda de nuestra timidez, compostura y recato; con el cual se ganará la vida eterna, pero perdiendo la salud y la paciencia; y con lo que engordará el alma, pero quedando el cuerpo delgaducho y flaco, como verbi-gracia, que dice el tio Juan, el mio, que pudiera bañarse desahogadamente en cualquiera de sus vasijas de vino.

—Vive Dios! que abogais por la causa de don Diego con mas talento y eficacia que el que yo me imaginaba, y que no hay letrado que presente tan fuertes argumentos para convencer á una muchacha, como un galan enamorado.

—Verdad es que me siento inclinada á complaceros, que al fin, tia, vos me lo suplicais.... y.....

—Y.... tú no sabes negarme nada... Ya lo ois, Tomasillo!

—Ademas, me interesan las penas de don Diego.

—Y mas os conmoveria, si le viéseis, aun no restablecido de su mortal herida, pasar la noche en vela, delirante, llamando con tristes y plañideras voces á su adorada é ingrata Serafina, y revolcándose en la cama como un verdadero energúmeno.

—Sí, sí; yo no dudo sino por mi marido, que estrañará.

—Ya te he dicho que yo me encargo de convencerle. En primer lugar ahora tiene que hacer un viajecillo á la Mancha á la compra de vinos. Don Diego le ofrece doscientos escudos solo porque te permita durante un mes asistir al servicio del marqués de Jódar, que pasa á Aranjuez con su sobrina, como de la servidumbre de la reina en esta jornada de primavera. De modo que al regresar de su espedicion el señor Juan ya te encontrará en su casa.

—Y en su bolsillo los doscientos escudos, añadió el page.

—Esa es cuenta para él. En fin, si vos os comprometeis á obtener su permiso... lo que es por mí...

—Pues entonces todo está corriente, dijo la dueña levantándose, y dejando caer sobre su frente la larga toca que la ceñia.

—Supongo, que no será para nada malo para lo que necesite de mi asistencia?

—No, Marica de mis ojos, esclamó Tomasillo. Cuanto se exige de tí es que ni veas ni oigas, ni hables una sola palabra. Quiero decir, que te hagas la ciega para permitir á don Diego alguna entradilla oculta á ver á su adorado tormento; que te hagas la sorda, si por alguna casualidad algun grito de sorpresa ó de temor de la inocente Serafina te llamase á su lado; y que seas muda, si por desgracia el marqués, que no gasta los mayores cumplidos, te amonestase amigablemente con alguna daga al pecho, ó prometiéndote alguna jaula en la galera el que descubrieses nuestras sencillas maquinaciones.

—Verdad es cuanto asegura el paje, y á fé de dueña y de honrada, y de doncella, á pesar de mis años, que asi consentiré yo que toquen un pelo de mi marquesita, como que me arranquen las dos últimas y únicas muelas que aun me ayudan á tragar saliva.

—En este mundo no se hace otra cosa.

—En una palabra, sobrinita, cuando mujeres como yo toman cartas en una partida, es prueba de que la conciencia no se opone á ello. Aquí no se trata sino de asegurar la suerte de esa mal aconsejada doncellita, á quien los pocos años y los negros mostachos de un galancete han sorbido los cascos, haciéndola desdeñar las nobles prendas y la sesuda correspondencia de don Diego. Nosotros queremos ponerla en buen camino.

—Aun menos que eso, madre mia, interrumpió el paje. Nosotros lo que únicamente deseamos es quitar estorbos para que don Diego la lleve por el camino que mejor se le antoje.

—Y no podrá menos de antojársele bueno, puesto que sus sentimientos lo son y su fin igualmente! La oposicion que encuentra en el marqués, que le aborrece de muerte, le ha hecho decidirse á intentar este medio violento.

—Pero ello es que se trata de un rapto!

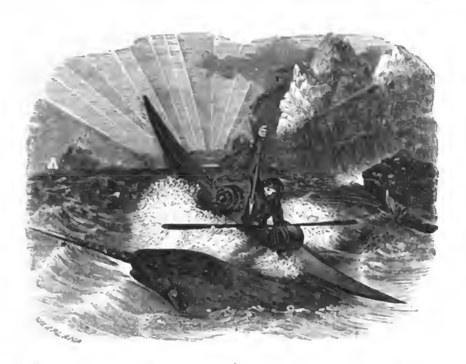
—No debes dar ese nombre á su amorosa tentativa. Trata sí de apoderarse de Serafina, y de huir con ella hasta un lugar seguro en que hacerla su esposa. Qué muger no ha compadecido á los amantes infelices! qué corazon no se interesa por un hombre que se arriesga á tan comprometidos lances, impulsado únicamente por una pasion profunda y dominadora! Ay! Mariquilla, que sesenta inviernos no han helado todavía en el corazon de tu tia Quiteria la dulce llama...

—Dueña, reina y señora de todas las dueñas, no prosigais porque tambien me deshago como vos, y no es justo que tres personas de nuestra estofa se pongan á lamentar y á gimotear como tres chiquillos cuitas agenas, cuando el que mas y el que menos necesita toda su alma para las propias.

Suspiró la dueña tristemente, siguió suspirando Mariquilla mas tristemente todavia, y concluyó el eco de aquellos dos suspiros otro aun mas triste todavía del travieso Tomasillo.

Trocaron miradas, estrecháronse afectuosamente las manos, la dueña á Marica, Marica á la dueña, y el paje á entrambas, despidiéndose y quedando tan amigos, como lo quedan siempre las criadas, los pajes y las dueñas.

G. Romero Larrañaga.



El Narval ó Unicornio de mar.

Este animal, de la especie de la ballena, produce como ella una cantidad de grasa útil y considerable. Tambien se saca partido del magnífico marfil del colmillo que tiene al estremo de la cabeza, á manera de una asta. Aunque respetable por sus dimensiones, el Narval es tímido é inofensivo, y el pescador no teme atacarle. El pobre habitante de la Groelandia se arriesga á perseguirle solo, sin espantarse de los treinta y seis pies de largo que suele tener su enemigo. Comienza ante todo por preparar una canoa construida de una manera especial, y enteramente cubierta por una piel de vaca marina, en cuyo centro hace una avertura capaz de dar paso á su cuerpo; despues se pone un trage de la misma piel, bien ajustado á su cuerpo. Una vez en la canoa, ésta, por su hechura particular, flota siempre, aun cuando el mar esté alborotado, y aunque alguna vez llegue á sumergirse, poco le importa al pescador, que con un golpe de remo vuelve á levantarla prontamente, sin que, gracias á su trage, se haya mojado nada. Asi preparado, con una lanza en la mano que tiene atada una cuerda al estremo superior, rema animosamente por medio de las olas. De pronto distingue un Narval: la blancura de su piel atigrada se destaca perfectamente sobre el agua: entonces el pescador avanza dulcemente y con precaucion, para no espantar á su enemigo, pero al mismo tiempo con ligereza, á fin de no perderle de vista. A una pequeña distancia le lanza con toda su fuerza el harpon; el animal se sumerge, la cuerda se desarrolla y sirve para sostenerle, hasta que como la ballena, tiene necesidad de salir á flor de agua para respirar, y se vá lentamente debilitando y dejándose conducir á la orilla, donde perece. Apenas puede comprenderse que la carne y la grasa de este animal pueda servir de alimento al hombre; sin embargo no por eso es menos cierto que la privacion de aquellos medios de subsistencia obligaría á algunos pueblos á perecer de hambre.

INVESTIGACIONES

SOBRE LAS DIVERSAS FORMAS DEL AÑO EN LOS PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

El año ha sido la medida de tiempo adoptada en todos los paises, pero su division y duracion ha variado en las diferentes naciones, segun que han tomado por base de su calendario las revoluciones del sol ó de la luna, ó segun que le han acomodado á cálculos meramente civiles. Pueden dividirse los calendarios en las cuatro clases siguientes:

I.

Calendario solar.

Este calendario abraza el intervalo que media entre dos pasos de la tierra en el equinocio ó en el mismo solsticio. Este intervalo es de 365 dias, 5 horas, 48 minutos, 51 segundos, 21 tercios. Por la intercalacion de un dia cada cuatro años, el calendario solar hace que el año principie constantemente en la misma estacion y en la misma época.

II.

Calendario lunar.

Para formar este calendario, no se consulta mas que el curso de la luna, que emplea 29 dias, 12 horas, 44 minutos, 3 segundos en volver á la situacion que ocupaba el mes precedente, con relacion á la tierra: resulta, pues, un año de 354 dias y unas 8 horas, cuyo principio no se arregla á ninguna época fija y recorre sucesivamente todas las estaciones.

III.

Calendario luni-solar.

Como lo indica su nombre, este calendario participa de los dos precedentes; es lunar en sus detalles, y solar en su totalidad. La duracion media de este calendario, como la del solar, debe ser de 365 dias y un cuarto.

IV.

Calendario vago.

Este calendario, que pudiera llamarse igualmente *civil*, no se atiene en nada á los fenómenos astronómicos; su estension es fija y se compone de cierto número arbitrario de dias.

Año egipcio.

En los primeros siglos los egipcios habian fijado el principio de su año en el equinocio de otoño, en el tiempo en que volvian á emprenderse los trabajos despues de la retirada de las aguas del Nilo: el equinocio de marzo se encontraba al fin de su estio.

Cuando Egipto pasó á la dominacion romana, los astrónomos de Alejandría, para corregir el defecto de su calendario y ponerle de acuerdo con sus dominadores, idearon añadir cada cuatro años un sesto dia *épagomène*, que colocaron entre el 28 y el 29 de agosto: el año asi reformado tomó el nombre de *actiaco*, en memoria de la victoria que habia sometido á Egipto: hé aqui los nombres de los doce meses del año, puestos en relacion con los romanos:

Meses egipcios.	Meses romanos.
1 Thoth correspondiente al	29 Agosto
2 Paophi	28 Setiembre.
2 Athyr	28 Octubre.
4 Choiac	27 Noviembre.
5 Tybi	27 Diciembre.
6 Méchir	26 Enero.
7 Phamenoth	25 Febrero.
8 Phormouthi	27 Marzo.
9 Pachon	26 Abril.
10 Pavi	26 Mayo.
11 Epiphi	25 Junio.
12 Mésori	24 Julio.

Añadiendo á estos 5 dias *épagoménes* ó complementarios y un sesto cada cuatro años.

Año hebraico ó judio.

El genesis nos dice que en su origen los israelitas contaban 360 dias en cada año. Despues de su salida de Egipto, adoptaron un calendario luni-solar: la institucion de la Páscua, fiesta destinada á recordar su emancipacion del poder de Faraon, y que debia celebrarse siempre en la luna llena mas próxima al equinocio de la primavera, los obligó á ello. Su permanencia en Babilonia no cambió nada la forma de su calendario, pero dieron á sus meses los nombres de los meses babilonios. La duracion de ellos es alternativamente de 29 y de 30 dias. Sus años son simples é intercalarios; para formar estos últimos, se dobla el mes *Adar*, último del año, que toma el nombre de *Ve-Adar*. Tal es aun la forma del calendario que está en uso entre los judios. Los nombres y órden de los meses hebraicos son como sigue:

1 Nisan	30 dias.	8 Marchesvan	29 dias.
2 Yiar	29	9 Caslen	30
3 Sivan	30	10 Tebeth	29
4 Thamuz	29	11 Sabath	30
5 Ab	30	12 Adar	30
6 Eloul	29	13 Ve-Adar	29
7 Thisri	30		

Año persa.

El año persa se componia como el egipcio de 365 dias divididos en 12 meses, á los cuales se añadian 5 *épagoménes*. Cada uno de estos meses estaba consagrado á un génio ó ángel cuyo nombre llevaba; así se conservó hasta el advenimiento de Alejandro al trono de Persia. Entonces fué rectificado no sin dificultad, porque la religion ofrecia un gran obstáculo; era preciso añadir dias al año, y como se hacia imposible crear nuevos ángeles, se convino en intercalar un mes estraordinario despues de cada período de 120 años, y colocarle sucesivamente despues de cada mes del año, cuyo nombre tomaria, haciendo así que cada uno de los ángeles pudiera tener por turno el nuevo mes bajo su proteccion.

En el siglo XI, hácia el año 467 de la hegira y 1075 de J. C. adoptaron los persas el sistema de intercalacion mas perfecto que se conoce.

Los meses de los antiguos persas no estaban divididos en semanas, pero cada dia tenia como los meses un nombre particular. Hé aquí los nombres y órden de los 12 meses:

1 Farvardin.	7 Mihir.
2 Ardibeheseht.	8 Aban.
3 Khordad.	9 Ader.
4 Tir.	10 Deh.
5 Amerdad.	11 Buhman.
6 Schahriver.	12 Isfendarmand.

Año arabe.

El año de que se sirven los árabes y todos los pueblos que han abrazado la religion de Mahoma es puramente lunar. No puede fijarse su principio, porque cada año retrograda 11 dias, recorriendo sucesivamente todas las estaciones. El primer dia del primer año de la egira, se ha fijado generalmente en el viernes 16 de julio, 622 de nuestra era: el primero de la segunda corresponde el 5 de julio 623; el de la tercera al 24 de junio 624 y asi sucesivamente.

Los árabes fijan el principio de su mes por la primera aparicion de la luna creciente. Sus meses son compuestos como los nuestros de semanas, de las cuales cada dia, llamado *férie*, empieza por la tarde despues de puesto el sol.

Aquí están los nombres y el órden de los meses árabes:

1 Moharram	30 dias.	7 Redjeb	30 dias.
2 Safar	29	8 Shaaban	29
3 Reby 1.°	30	9 Ramadan	30
4 Reby 2.°	29	10 Sdhewal	29
5 Djoumadi 1.°	30	11 Duso'lkaadah	30
6 Djoumadi 2.°	29	12 Duso'lkedjah	29

y 30 en los años estraordinarios.

(Se concluirá.)

El ajiméz de la torre de las Infantas (1).

II.

Es alta noche: en el sueño
yace el mundo sumergido,
el aire se ha recogido
bajo del césped feráz:
tiéndense inmobles las ramas
de los troncos: no se mueve
ni la ráfaga mas leve
ni el murmullo mas fugaz.
Silencio!—He aquí que en medio
del universal reposo
el mirador misterioso
se abre por primera vez.
La celosía dorada
se levanta: la cortina
se descorre y se ilumina
por de dentro el agiméz.
Y al pilar que en dos divide
el arco de su ventana
llega una figura humana
lentamente: una muger.
Sultana, esclava, cautiva,
jóven ó hermosa... ¿qué ojos
á altura tan escesiva
la podrán reconocer?
Apartó de ante su rostro
su blanco y flotante velo,
una mirada de el cielo
por la cavidad tendió,
y vuelta hácia el occidente
do ya tocando la luna
está, en la lengua moruna
y con voz triste esclamó:
—«¡Un dia mas!—La menguante
»luna hácia la mar declina,
»y su carroza argentina
»toca al orizonte ya.
»¡Casto fanal de la noche,
»de los creyentes lumbrera
»que tu brillante carrera
»guie protector Alá!
»Vé en paz ¡oh, de las tinieblas
»sultana dominadora,
»pendon de la gente mora,
»lámpara de la oracion!
»y plegue á Alá que mañana
»cuando vuelvas por Oriente
»vuelva con tu luz naciente
»la luz de mi corazon!
»Vé en paz: y si sobre Loja
»al verter tu lumbre pura

(1) No podemos menos de llamar muy particularmente la atencion de nuestros lectores hácia el brillante trozo del Poema oriental de Granada que empezamos á insertar en el número anterior: este magnífico fragmento del trabajo colosal que prepara hace algunos años el mas inspirado y el mas querido de nuestros poetas, basta para aumentar la curiosidad del público, altamente escitada, en especial desde que tuvimos la buena suerte de poder dar á la estampa varios trozos del mismo. Hoy ofrecemos presentar tambien mas trabajos, así del señor Zorrilla como de otros poetas distinguidos con cuya colaboracion esclusiva se honra, como saben nuestros lectores, el SEMANARIO.

»encontráras por ventura
»á mi buen padre Ali-Athar
»con el principe mi esposo,
»que es la luz del alma mia
»diles ¡ay! que noche y dia
»les aguardo sin cesar!—»
Dijo: y la frente apoyando
en el pilar arabesco,
dentro el marco pintoresco
del morisco mirador
quedó como una escultura
para su cuadro labrada
la mora desconsolada
á solas con su dolor.
Resalta á la luz de espalda
su contorno destacado
sobre el fondo iluminado
del aposento oriental:
y parece desde lejos
al genio de la pureza
que va á partir con tristeza
de una cámara nupcial.
Mas aquel busto tan noble
de suave y rubio cabello,
aquel nacarino cuello
pálido como el marfil,
aquel brazo modelado
por una Atica escultura,
aquella fragil cintura
y aquel todo tan gentil
asomado á tales horas
á una torre destinada
solo á las princesas moras,
al ojo menos sutil
desatan á la que ocupa
su misteriosa ventana
por la infelice sultana
esposa de Abú-Abdil.
Es ella, sí; allí pacenta
el dolor que la acongoja,
Moraima la flor de loja
la azucena de Alí-Athar,
la gacela de ojos garzos
cuyas niñas de azul cielo
eran fuentes de consuelo
para el viejo militar.
Hoy son ya fuentes de lágrimas:
sus abrasadas pupilas
no reflejan hoy tranquilas
la pura luz del placer.
Hoy la dulce paz del niño
su sonrisa no revela,
porque en sus labios la hiela
el dolor de la muger.
Moraima, sí, la mas triste,
la mas pura de las moras
pasa allí sus largas horas
en silencio y soledad.
Moraima que de su esposo
encadenada á la huella
con él de su mala estrella
parte la fatalidad.
La hermosa sultana pálida
de téz, mas de alma encendida,
es la que está distraida
en su agiméz oriental.
Sabe que Abdila está en salvo:
mas pronto que vuelva espera
á buscar la compañera
de su destino fatal.
Y vendrá: tambien lo sabe
cuando al ajiméz se asoma:
lo sabe si: una paloma
mensajero fiel de amor
por mano desconocida
enviada hasta su ventana
trajo un dia á la sultana
un papel consolador.
Un africano, ginete
sobre un corcel del desierto,
llegó al camino encubierto
sobre el que la torre dá
con temeraria osadia,
y atada á un cordon de seda
la alzó hasta la celosia
diciendo:—«abrid Abdilá.»
Al ruido que en ella hicieron
las alas de la paloma
abre Moraima y se asoma,
y asiéndole con placer
mira al audaz que esto osára:
mas él huyendo, por única
despedida en voz muy clara
dijo:—«*Dios y Alí Macer*.—»
Su pronta vuelta anunciaba
de el príncipe la misiva:
desde entonces la cautiva
cada noche le aguardó;
y aislada en aquella torre
y sin amigos por fuera
á Ali-Athar y á Abdil espera
como el papel prometió.

J. ZORRILLA.

GEROGLIFICO.



ADVERTENCIA.

El sábado próximo aparecerá el primer número de LA ILUSTRACION. Importándonos repartir con el SEMANARIO del domingo último el prospecto de este interesantisimo periódico; tuvimos que presentar, á nuestro pesar, los primeros y defectuosos resultados del ensayo que hicimos en la máquina, de trabajo acelerado; los que hemos conseguido despues, son tan ventajosos como pueden ver nuestros lectores en los puntos de suscricion, y ahora nos encontramos en posicion de componer y estampar los números en 14 horas. Continiía habierta la suscricion con rebaja para los abonados al SEMANARIO.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, numero 26

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un año 36.-Librerias de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Razola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografias del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14, seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correo franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo n. 26, o en las principales librerias.

MADRID: Imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, num. 4.



ORILLAS DEL DANUVIO.

Los grandes rios de América, ocupan ciertamente en la carta del globo un espacio mas vasto que el Danuvio, pero no hay uno que cuente en su flotante cintura tantos pueblos diversos, que refleje en sus aguas tantas ciudades y monumentos, que reproduzca á la memoria del sábio y á la imaginacion del poeta tan gran número de hechos heróicos y de leyendas originales. Este rey de los rios de Europa, como le llamaba Napoleon, es en efecto bien digno de tal nombre, desde que los barcos de vapor que le surcan, han establecido medios tan rápidos de comunicacion entre las diferentes naciones que sirven de orilla á las sinuosidades de su inmenso imperio. Su nacimiento es modesto; se encuentra á algunas leguas del Rhin y se escapa de Schwarzwald en un pequeño surtidor; pronto varios afluentes le hacen crecer, desciende rápidamente hácia la Baviera y en Ulm se hace navegable; desde allí continúa su curso creciendo siempre y llevando consigo rios y arroyuelos, hasta que cerca de Viena su estension es ya de cerca de 300 varas, y cuando se halla próximo al término de su curso, no pudiendo entrar en el mar por una sola parte, se precipita por cuatro puntos distintos.

Desde Donaneschingen, donde aparece tan insignificante aun, hasta su último límite, recorre, midiendo toda la estension de sus caprichosos giros, un espacio de 379 millas geográficas. Cien rios en los cuales desaguan 36.000 corrientes de aguas, van á morir á su cauce. En el punto de partida toca en los valles del pais de Bade, entre sus dos estremos pasa por Wurtemberg, la Baviera, la Austria, la Hungría, la Valaquia, la Moldavia, la Vulgaria; la estension de su curso natural ha sido todavía aumentada por la industria humana. El canal Luis, emprendido por Carlo Magno y recientemente concluido, une el Danubio al Mein, y por esta reunion pone en contacto el mar del Norte con el Negro, Constantinopla con Rotterdam.

No tratamos ni de describir los puntos de vista risueños y grandiosos que cautivan la atencion del viajero que navega por este magnífico rio, ni de contar las tradiciones históricas ó fabulosas que aquí y allá dan un encanto tan singular á las poblaciones, los castillos, las torres arruinadas y las rocas salvajes que se encuentran á cada instante. Las obras de la industria moderna se unen á cada paso á los puntos que han dado lugar á las mas caprichosas leyendas de la edad media y á los recuerdos de la antigüedad. Por aquellos parajes era en la edad media el gran camino que unia la Europa central al Oriente. Por allí descendieron las cruzadas del emperador Conrado, y este fué tambien el punto de comunicacion que tuvieron los ricos mercaderes de Ratisbona, de Colonia, de las ciudades flamencas para entrar en relaciones directas con las regiones de Levante. Por aquel punto avanzaron tambien los romanos en medio de las poblaciones bárbaras que querian someter á su yugo: la preciosa lámina que encabeza este número, representa el paisaje en que se encuentra uno de los signos conmemorativos de su marcha por aquella comarca, construido por Trajano entre la aldea actual de Moldova y la de Olova. Este pequeño monumento, colocado en medio de uno de los si-

tios mas grandiosos y mas pintorescos del Danubio, se compone de una lápida sostenida por dos genios alados, y adornada con dos figuras de delfin, sobre la cual apenas pueden leerse estas palabras medio borradas por el tiempo.

FR. CÆSARE. AUS.
AUGUSTO. IMPERATO.
PONT. MAX. FR. POT. XXXV.
LEG. IIII. SCYTH. ET. V.
MACEDO.

Por cada lado de este resto de antigüedad se distinguen aun los vestigios de la ruta que los soldados de Roma habian hecho á lo largo de las rocas, por el flanco de las montañas. El genio moderno ha ido mas lejos que el de los Césares. Ha hecho un estenso camino á lo largo del Danubio, y ha limpiado el cauce de las rocas y los escollos que estorbaban el libre curso de las embarcaciones.

VIAGE

A LA ITALIA CONTINENTAL.

Dejando, amables viajeros, la noble ciudad de Mesina, partireis á la bella Parténope, que los pueblos modernos llaman Nápoles. Aunque es muy delicioso atravesar los amenos verjeles, los campos alfombrados de flores y los bosques espesos de las Calabrias, os aconsejo que os trasladeis á aquella ciudad en un buque de vapor, pues los caminos de las provincias calabresas están infestados de asesinos y bandoleros, quienes acometen á los viajeros, ó se dedican á cazar los osos que habitan en tropel las florestas mas sombrías é interiores, pobladas de zarzas y malezas.

Nápoles, que es una de las metrópolis mas magníficas de la Italia meridional, presentará á vuestra vista un espectáculo tan variado como nuevo y sorprendente. Vereis allí coches lujosos, y un crecido número de gente que desplega con mucha gala sus riquezas, y que dá á conocer que tienen en Nápoles su morada, el placer, la alegria y todos los encantos que pueden halagar y embellecer nuestra miserable existencia.

Acordaos que el gran teatro de San Cárlos, que llama en gran manera la atencion del viajero por su inmensidad, por sus adornos elegantes y caprichosos, por la escelencia de sus artistas y la concurrencia de los mas altos personajes, fué obra del gran Cárlos III, cuyo nombre está escrito en letras de oro en los fastos de la historia ibérica. En el escenario de aquel teatro suelen siempre representarse óperas heróicas y bailes históricos ó altamente fantásticos, exornados con todo esmero y pompa. Pueden maniobrar allí y correr á todo escape cincuenta soldados de á caballo, y pueden tomar parte en la representacion mas de cien personas. Los espectadores, colocados en los palcos ó en las lunetas mas distantes, ven á los cantantes y bailarines en formas reducidas, y como las pequeñas figuras de un gran panorama, mientras que retumban en sus oidos distintos y claros los armoniosos acordes de la música; porque aquel teatro, que está fabricado segun todas las reglas de la acústica, trasmite las notas vocales é instrumentales con gran estruendo y retumbancia.

Los régios alcázares de Pórtici, de Caserta y Capo de Monti, reunen en sí todas las delicias voluptuosas y fantásticas que nos dejaron consignadas en sus versos los poetas, describiendo con viveza de colores y brillo los jardines de Alcinoo y de la Maga Armida.

En el tiempo de vuestra morada en Nápoles, visitad los sepulcros del Cisne Mantuano, del poeta Sannazzaro y del rey Roberto de Anjó, amigo del tan elegante cuanto donoso Boccacio, y Mecenas de los literatos mas ilustres de su época. De las tumbas de los esclarecidos varones parece salir una voz atronadora que dice al viajero: «Desde mi triste morada dicto leyes á los venideros, y las hachas fúnebres que alumbran mis cenizas, mas resplandecientes que los rayos del sol que te anima, pueden conducirte al templo de la gloria.»

La torre del Griego, la noble perspectiva de Polisipo, y toda la campiña que rodea la ciudad de Nápoles, os recordarán los primeros dias de la creacion, en que todo era paz, amenidad é inocente alegría.

Es un fenómeno muy curioso y que merece particular mencion el que voy á referir.

Poco distante de Nápoles existe una gruta que llaman con nombre especial *Grotta del Cane* (gruta del Perro). Su suelo manda evaporaciones muy impregnadas de azoe que daña en gran manera al que se arrima demasiado á su superficie, hasta desmayarle y acabar con él. Los perros, que entre los animales, llevan la nariz muy inclinada hácia la tierra, han legado su nombre á aquella gruta, porque apenas entran y respiran el gas azoe, tan dañoso á la vida animal, empiezan á vacilar, y poco despues, cayendo en un letargo mortífero, dejan de existir. Muchos ingleses, llevados por su índole estravagante, visitan la gruta mencionada en compañía de algun amigo de su confianza, para que puedan echarse boca abajo y respirar el aire mefítico hasta desmayarse, en la certeza de que su compañero les levante del suelo antes que fenezcan.

Merece vuestra particular atencion, amables viajeros, el tan celebrado Monte Casino, en donde reposan las cenizas de su ilustre fundador San Benito. La biblioteca de aquel Cenobio es objeto de gran maravilla para los hombres mas entendidos, tanto por la riqueza de sus libros preciosos, como por la abundancia de sus raros manuscritos. El monasterio del Monte Casino, que es un edificio magestuoso y grande, eleva su cabeza en medio de la soledad y del silencio, como las Pirámides de Egipto en los desiertos de la Tebaida. Acordaos entonces, que aquel monasterio ha prestado asilo á varones muy eminentes, y que estuvo allí refugiado el gran Pontífice Gregorio VII, que con la sola fuerza de su mente alta y divina sujetó á los tiranos, y dió un gran impulso á la civilizacion europea, escarneciendo las calumnias de sus viles adversarios, y confiando en el fallo imparcial de la mas remota posteridad.

Poco distante de la bella Nápoles, vereis el Vesubio, que eleva sus crestas altas y nevosas hasta las nubes; acordaos, entonces, que en tiempos muy lejanos sepultó bajo sus cenizas abrasadoras la gran ciudad de Pompeya, famosa é ilustre por la mucha riqueza y cultura de sus habitantes, segun nos atestiguan los autores contemporáneos y los monumentos magestuosos que se encuentran aun, escavando aquella ciudad, que por muchos siglos se quedó sepultada en las tinieblas y en el olvido. Plinio el jóven, sobrino del inmortal naturalista del mismo nombre, nos dejó consignados en una de sus cartas los pormenores de aquella triste catástrofe en estos términos: «Se agolpan nubes muy espesas y negras encima de nosotros, y un humo muy denso cubre la superficie de la tierra. Entonces dije á mi madre: alejémonos muy pronto de este paraje, que la gente apiñada nos sofocará en medio de las tinieblas; pero apenas pronunciadas estas palabras, se apaga enteramente la luz del dia, y hieren nuestros oidos los lamentos y los gemidos de un crecido número de varones, de mujeres y de niños. En medio de tanto bullicio, se oyen por do quiera sollozos y voces entrecortadas de dolor y tristeza, que dicen: oh padre mio! oh queridos hijos! oh tierna esposa! en dónde estais? Este imprecaba á su acerbo destino, y aquel otro lloraba la suerte de sus deudos. Muchos imploraban el ayuda de los Dioses, y otros negaban por desesperacion su existencia.»

La ciudad de Pompeya, la de Herculano y Stabia que sucumbieron á la misma triste suerte, comenzaron á ser desenterradas bajo el reinado ilustre de Cárlos III, y á pesar de que hace ya muchos años que se trabaja en sus escavaciones, se encuentran cada dia mas rarezas y monumentos suntuosos, que han enriquecido y enriquecen en gran manera el Museo de Nápoles. El que quiera formarse una idea cabal, y adquirir conocimientos especiales de todas aquellas preciosidades, podrá consultar las *Memorias ilustradas acerca de las escavaciones de Pompeya y Herculano*, impresas por el gobierno napolitano.

Me contentaré con indicaros, amigos viajeros, el magnífico edificio de la universidad de Nápoles, su observatorio astronómico, sus bibliotecas públicas, sus teatros de segundo órden, y el tan famoso conservatorio de música, que tuvo en su seno al divino Rossini, al tierno y apasionado Bellini y al festivo Donizetti; y finalmente, pasaré por alto las fiestas populares, entre las cuales ocupa un lugar preferente la de *Piede di Grotta*; los purchinelas napolitanos, tan nombrados por sus chistes y ocurrencias peregri-

nas, los *lazzaroni* y sus groseras costumbres; puesto que cosas semejantes merecen mas bien ser observadas que descritas. Pero os ruego que echeis una mirada, antes de dejar aquella fastuosa metrópoli, á la isla de Capri, que parece conjurar las olas tempestuosas del mar para que se estrellen sobre ella, y la laven de la infamia de haber prestado asilo al atroz Tiberio en los últimos años de su ignominiosa existencia.

Desde Nápoles os trasladareis por el camino de Terracina á la inclita Roma, á esa ciudad magnífica y magestuosa, á esa ciudad eterna que levanta ufana su cabeza entre los escombros de los palacios de los Césares, entre las cenizas de los héroes y entre la sangre que los mártires de nuestra santa religion vertieron.

Se desplegarán allí á vuestra vista monumentos cuyos restos asombran al viajero. Vereis una vasta bóveda y un inmenso recinto de forma circular que os indica el Panteon en donde Agripa habia reunido todas las estátuas de los dioses, á quienes prestaba culto y adoracion la ciega gentilidad. En medio de la soledad y del profundo silencio que allí reinan, os parecerá oir el sordo murmullo de un aura ligera que repite estas palabras al viajero: «Mira, ¡cuán fugaces son las grandezas humanas, cuán perecedero es el orgullo de los mortales! ¡Hé aquí lo que queda de Roma, reina del mundo: hé aqui los restos de sus riquezas y de sus inmensas conquistas!» Pero, acordaos entonces, que en el Panteon fué sepultado Rafael, cuyo genio divino dió nueva vida con la fuerza de su pincel á las gracias antiguas que la barbarie habia estinguido.

Desde el Panteon, pasareis al Coliseo, y os acordareis que tuvieron lugar allí los fieros combates de los gladiadores, y las fingidas batallas navales, que los romanos llamaban con nombre griego *naumaquias*. Este edificio, es por cierto el mas asombroso entre las obras maestras que quedan en Roma, y parece que el tiempo voráz, sobrecogido por tanta magnificencia, lo contempla desde lejos, y no se atreve á tocarlo con su mano destructora que lo profana todo.

El Arco de Septimio Severo, el Templo de Antonino y Faustino, el de la Paz, el de Remo, el de Venus, la Basílica de Constantino, el Templo de Cástor y Polux, el de Júpiter tonante, el de la Concordia y el Arco de triunfo, que Trajano erigió en honor de Tito, son todos monumentos que dan á conocer aun cuál fué la magna Roma, civilizadora del órbe entero. Pero las ruinas del foro romano, aunque no brindan al viajero con igual grandeza, despiertan en su mente ideas altas y profundas que le agitan fuertemente el corazon. De las piedras allí amontonadas, parece levantarse una sombra ensangrentada, que envuelta su cabeza magestuosa en la toga romana, dice con acto amenazador: «Espiró conmigo la libertad latina: mis palabras aterraron á Verres: Catilina no pudo resistir con sus armas á la fuerza de mi elocuencia: supe cautivarme el ánimo de César, y con denuedo presenté impávido mi cabeza al hacha homicida de los sicarios de Augusto.»

Pero toda la pompa y majestad de los monumentos que acabamos de describir, desaparece al aspecto del Vaticano. Al entrar en aquel templo, el hombre mas incrédulo, el mismo ateo, se sentirá arrobado de un éxtasis divino, y no podrá menos de esclamar: «Aquí reside el Dios viviente de los cristianos, el Dios de la naturaleza: adorémosle y postrémonos á los pies de sus altares.»

Los grandes pilares, las columnas de bronce, los cuadros maravillosos, los altares innumerables, los mausoleos del Vaticano, presentan al viajero la idea de lo infinito y de lo eterno. Y por último, su cúpula gigantesca, que no tiene igual en todo el orbe, os dará á conocer que aquel edificio fué obra de Miguel Angel, de ese hombre sobrenatural, que atravesó el vasto océano de la vida, teniendo por brújula la razon y por norte su genio, y que lanzándose mas allá de lo creado, nos dejó en las paredes de la capilla Sestina la pintura mas terrible del juicio final.

Seria objeto mas bien de un libro de gran bulto, que de un breve artículo de periódico, hablaros, amables viajeros, de todas las demas rarezas que contiene la ciudad de Roma, de sus bibliotecas, y principalmente de las del Vaticano y de la Minerva, de los palacios de sus magnates, de las galerias de cuadros y estátuas, de los ilustres varones que allí han florecido y florecen, de los papas que han favorecido en gran manera las bellas artes, y de las diferentes escuelas de pintura, escultura y arquitectura; por lo que nos limitaremos á insinuaros, que no dejeis de examinar atentamente el celebrado cuadro de la trasfiguracion de Rafael, las esculturas del inmortal Canova, los preciosos lienzos de Benvenuti y Camucini, la galeria Berberini, las Catacumbas, en donde reposan las cenizas de muchos mártires, el Capitolio, en donde tuvo su asiento Júpiter, la Roca Tarpeya, desde cuya cima los romanos antiguos precipitaban á los criminales condenados al estremo suplicio, el palacio pontifical de *Monte Cavallo*, San Juan de Letran, la Tumba del tan desdichado cuanto sublime cantor de la Jerusalen Libertada, y la *Villa Borghesi* con sus jardines deliciosos.

Pero despues de haber visto tantas maravillas, os exorto, amables viajeros, á que visiteis, antes de trasladaros á Florencia, la ciudad de Frascati, en donde están las ruinas de la antigua Tusculo, *villa* de Ciceron, y las cascadas de Tívoli, que el poeta Venosino ha inmortalizado en sus versos bajo el nombre de Tibur.

Florencia, esa noble ciudad, que ha merecido y merece aun el alto renombre de nueva Atenas, descuella despues de Roma sobre los demas paises de la Península itálica, por la limpieza de sus calles, por sus palacios muy elegantes, por sus iglesias y por sus monumentos de pintura y escultura. Acordaos entonces, que allí tuvieron su cuna Dante, Guicciardini, Americo Vespucci, que legó su nombre al nuevo mundo, y una multitud de varones ilustres que derramaron raudales de luz en las ciencias y en las letras, y que fueron los civilizadores de la Europa, disipando las nubes de la ignorancia que estaban todavía agolpadas sobre su superficie.

A pesar de que hay en todos los paises de Italia un crecido número de bibliotecas que contienen óbras muy curiosas y raras, ninguna es comparable á la Laurenciana de Florencia, en donde encontrareis reunidos los manuscritos que los italianos llaman *(testo a pena)* de los varones mas preclaros, y de casi todos los clásicos italianos como Guicciardini, Macchiavello, Galileo, Petrarca, etc., etc. Es tambien otro objeto de gran maravilla la galería de cuadros tan famosa en la civilizada Europa. Al entrar en su magnífico pórtico, se presentarán á vuestra vista los retratos de la ilustre familia de los Médicis, que despues de haber manejado con mucho acierto y gran sabiduría los altos negocios de la antigua y noble república Florentina, y de haber llegado hasta la cumbre de su gloria, quisieron sentarse en el trono, y esclavizaron á su patria, trocando el nombre brillante de adalides de la libertad en el de tiranos y opresores de la Italia. Allí vereis la tan celebrada Venus de Médicis, cuyas formas voluptuosas tienen algo de divino y celestial, y el famoso Apolo de Belvedere, que pasma á los viajeros mas entendidos en las bellas artes.

Las iglesias de San Lorenzo, de Santa María la Nueva y de la Anunciacion, causan asombro por su magnificencia, por su riqueza y por su noble arquitectura; pero la iglesia de Santa Cruz merece un lugar distinguido entre todos los nobles edificios de la Península itálica, pues yacen allí enterrados los despojos de los italianos mas ilustres, cuyos nombres inmortales se repiten con asombro y veneracion en uno y otro emisferio, y cuya fama será tan duradera como el mundo. Vereis allí el mausoleo en donde están depositadas las cenizas de Nicolás Macchiavello, político profundo, escritor sublime, historiador incomparable y poeta elegante. Vereis el mausoleo en donde descansan los restos de Miguel Angel, de ese genio colosal, que despues de haber dado vida á los lienzos y á los mármoles, se recreaba de sus trabajos, cantando versos melodiosos en las orillas del Arno, cuyas márgenes floridas y argentadas olas han inspirado á centenares de poetas, que han entretejido coronas de inmarcesible laurel á las musas itálicas. Vereis el mausoleo de Galileo Galilei, que sacudió con la planta de sus piés y dió un movimiento perene en el espacio etéreo al planeta que habitamos. Vereis el mausoleo del Astigiano Alfieri, que evocó las sombras de Saul, de Bruto y de Felipe II, para pintar con viveza de colores la fealdad del despotismo, y reclamar los derechos imprescriptibles de los pueblos. Vereis, por último, el mausoleo del famoso Sgricci, que calzó noblemente el coturno, improvisando tragedias.

El palacio Pitti, régia morada del gran duque de Toscana, es una fábrica colosal y magnífica. La galeria de sus cuadros es una de las mejores de la Europa, y la belleza de sus originales causa asombro á los pintores mas afamados del mundo.

Despues de haberos indicado, amables viajeros, las cosas mas notables de Nápoles, de Roma y de Florencia, quisiera tambien daros á conocer las maravillas que encierran otras muchas ciudades de la hermosa Italia, como Módena, Parma, Pádua, Pavía, Génova y la noble ciudad de Milan con sus bibliotecas, con sus preciosos monumentos de bellas artes, y principalmente con su catedral, que es por cierto uno de los edificios góticos mas magestuosos que existen en la Europa moderna. Y por último quisiera describiros con viveza de colores y brio la inclita Venecia, esa reina del Adriático, que en tiempos remotos conquistó parte del Oriente, y servia de baluarte á la civilizada Europa contra la preponente media luna. Pero las bárbaras falanges de un opresor estrangero, que ponen en juego todos los medios mas ruines para talar aquellos paises, y agoviar con cadenas á sus habitantes, me hacen estremecer, y me obligan á arrojar la pluma, prefiriendo á la descricion de escenas sangrientas y atroces un profundo silencio, hasta que se disipen del todo las nubes septentrionales que oscurecen el bello cielo de la Italia, y aparezca despejado su horizonte y alumbrado por los rayos de un sol vivificador, que infunda nuevo vigor y lozanía á hombres libres y generosos.

SALVADOR COSTANZO.



Vista de la escalera del Palacio Real de Madrid, tomada desde el descenso de los leones.

LOS ULTIMOS AMORES.

V.

Dos dias despues, la víspera de su viaje á Aranjuez, llamó el marqués á su aposento á Serafina y á la dueña Quiteria. Acudieron entrambas, aquella con la natural confianza que inspira la inocencia, y esta con la temerosa sospecha de que se hubiesen traslucido sus planes. Abrazó el anciano á su sobrina, como lo tenia de costumbre todas las noches antes de retirarse á descansar, y acercándola una silla para que se sentase, hízolo él igualmente; y despues de pasar su mano por su despejada cabeza como para coordinar sus ideas confusas, clavando sus penetrantes ojos en la dueña, que con los suyos hubiera podido contar hasta las arenillas del pavimento, las habló de esta manera:

«Serafina: mañana partimos para el Real sitio; mañana se puede decir que por primera vez nos separamos en nuestra vida.

—Cómo? no os quedareis con nosotras?

—Si: tú eres aun niña y necesitas á tu lado un hombre de mi esperiencia que te aconseje. Los instintos de tu corazon son honestos y nobles; pero, cuando no hay una voz amiga y cariñosa que nos recuerde continuamente nuestros deberes; cuando acaso una culpable condescendencia de parte de nuestros preceptores nos permite dar demasiado vuelo á las juveniles fantasías que se alimentan en corazones de quince años, entonces las inclinaciones llegan á pervertirse, y desde luego se pierde el hábito de la virtud, que es el adorno mas rico y que mas embellece á las doncellas de tu clase.

—Señor marqués, murmuró Quiteria con voz balbuciente: ya sabeis que nuestra hermana, la madre de nuestra querida Serafina, jamás halló en mí la mas pequeña falta que tildar; y que mas bien me reprendia por el celo escesivo, y por la vigilancia penosa que ejercia sobre esa inocente niña, que porque la diese alas para pensamientos pecaminosos. Santa Tecla me valga! Yo respondo de la blancura de esa paloma como de mi propia continencia; y en vida de Quiteria, aun no ha criado pestañas sobre las niñas de sus ojos quien haya de robármela de mi nido, pues es la joya de mi corazon, y á quien quiero como á mi sangre: que aunque esa me falte para justificar el cariño de madre que la tengo, la que Dios tenga en su gloria, sabe bien que su hija ha encontrado quien la remplace en el mundo.

—Señora, hacedme el favor de no interrumpirme, que aquí ni á cuento viene vuestra ternura por Serafina, ni la opinion que mi hermana tuviese de vuestra moralidad y sana conducta. Pero no está de mas el que yo recuerde á mi sobrina que los peligros son muchos, y las tentaciones grandes, y la flaqueza en la mujer no pequeña; y que es siempre acertada medida del que quiere precaverse contra los riesgos mundanales, la continua práctica de las ceremonias relijiosas, los libros de virtud y las pláticas morales. No te pongas ruborizada, Serafina.

—Señor, es verdad que de algun tiempo á esa parte.....

—Y bien, has descuidado tus oraciones de la tarde?

—Señor marqués, dos solamente, os lo afirmo, á fé de dueña.

—Dejadme hablar, os lo suplico. Y bien, sobrina mia; eso nada significa, pero puede ser el principio de locos estravios. Tu imaginacion ha llegado á ese punto en que necesita sueños con que alimentarse, y has creido que los de la religion no bastarian á tu alma.

—Tio!

—Ya he visto sobre tu reclinatorio un libro de cántigas amorosas. Ya he visto que tenias hecha una señal en dos páginas de aquel peligroso volúmen, cuyos títulos eran *el amor perdido, y el beso*.

—Señor, yo aseguro que en la lectura de esas trovas no tengo parte ninguna. Rogóme Serafina la consintiese ojear un libro, regalo de don Alvaro, y como ví que eran versos, creí que nada podrian valer, porque, quién se habia de imaginar que unas coplas!.....

—Unas coplas suelen ser las armas mas terribles contra los corazones entusiastas; y esas que llamais coplas tienen el nombre de canciones sentidas; y aunque muchas veces sean sueños de imajinaciones febriles, otras son los ayes de algun alma de fuego. Y entonces sus palabras tienen todo el sello de la divinidad; y entonces cautivan por el sentimiento que las embellece, y entonces cada voz hiere como un lánguido suspiro que se pronunciase cerca de nuestros oidos, y cuyo aliento sintiésemos pasar sobre nuestra boca.

—Ah! sí, sí, teneis razon!

—Ya lo veis, señora dueña. Ya veis como mi sobrina participa de mi opinion, y da algun valor á esas coplas. Serafina de mi alma! El cielo preserve la tuya de una pasion invencible! Si don Alvaro te la ha inspirado, apresúrese vuestro enlace, porque son muy peligrosas las relaciones de dos jóvenes amantes, y pesa gran responsabilidad sobre mi que estoy á tu cuidado. Vamos, tranquilízate. Mañana partimos á Aranjuez, como te decia. S. M. la reina te ha nombrado su camarista de honor: he aquí por qué te hé llamado á mi aposento, y por qué te he recordado los peligros de una juventud fogosa, y por qué he invocado el nombre de la virtud para que te aconseje. Vas á caminar por un terreno resbaladizo. Los placeres; la grandeza deslumbrarán tus ojos; la lisonja enamorará quizá tu inesperto corazon. Acuérdate de mis consejos; huye del roce de los hombres y del trato íntimo de las damas: domine en tu alma un solo pensamiento noble y generoso que la dirija, y acaso saldrás triunfante de la penosa lucha que vas á comenzar. Como ya soy anciano, me decidí á buscarte un favorecedor en un esposo. Por fortuna don Alvaro tiene prendas para merecerte: dentro de una semana serás suya, porque pienso cuanto antes pedir su beneplácito á la reina. En el ínterin, no te permito que le veas sino en mi presencia.

—Señor!....

—Sí; han querido sorprenderme. Me han asegurado que tenias entrevistas nocturnas, y que Quiteria era la guardadora de vuestras pláticas, poniéndose de espía en el jardin para que no os sorprendiesen.

—Tio, no lo habreis creido, no es verdad?

—Ni habreis dudado un solo instante de mi probidad y rijidez, esclamó Quiteria!

—Cuando os digo que han tratado de sorprender mi buena fé, ya os manifiesto que no he dado crédito á sus impertinentes revelaciones. Pero os confieso que ellas han contribuido á desvelarme, y hacerme sospechar de alguno de mi servidumbre. Señora Quiteria; conoceis vos á ese Tomasillo que hace dos dias se recibió como asistente de cocina?

—Señor: es un pobre muchacho, escudero de unos jentiles-hombres á quienes ha servido lealmente muchos años: y una querella con el último que tenia ha sido la causa de quedarse por puertas, y de rogarme que intercediera con vuestra grandeza para que le proporcionase acomodo en vuestra casa.

—Está bien. Sin embargo, vigilad su conducta. En cuanto á Mariquilla.....

—Ah! es una honrada muchacha, esclamó Serafina. Tan amable, tan cariñosa, tan sensible!....

—Casualidad mas favorable, prosiguió la dueña, satisfecha del elogio de su pupila! Y que Marica al fin es una persona acomodada, la cual, mas que por el provecho que pueda reportarle ol acompañar á vuesas mercedes, asistirá á mi Serafina por complacerme á mí.

—Conozco á su marido, y es un traficante honrado, segun cuentan en el barrio.

—Al menos entre los honrados se pasea, y yo por tal le he emparentado con mi familia, despreciando la nota demasiado plebeya que pudiera recaer en mi sangre.

—Bien, bien. Desde luego es una felicidad que sea una esposa amable la que asista á mi sobrina, y no una mozuela solterita y levantada de cascos. Lo peor es que, segun me habeis dicho, no podrá permanecer á su lado sino el mes que dura la ausencia del honrado cosechero.

—Así es.

—En fin, eso es lo menos, pues para entonces ya serás esposa, y don Alvaro procurará buscarte compañías que te convengan. Adios, sobrina mia. Ya es pasada media noche, y mañana temprano tenemos que emprender nuestra corta caminata. Retírate á descansar para que tus bellos y ya rendidos ojos, restaurados por el alivio del sueño, brillen mañana con toda la hermosura que tienen; pues es justo quo con tu belleza y atavio honres á nuestra reina, y justifiques su eleccion.

—Buenas noches, querido y amable tio, yo procuraré aparecer hermosa.

—Sí, sí, don Alvaro te pediria cuenta si no.

—Don Alvaro deberá amarme por mi corazon, y con un alma pura no hay rostro feo.

—A Dios, hija mia, dices bion.»

Con estas y otras semejantes razones despidiéronse afectuosamente. El marqués, al salir la dueña del aposento, volvió á decirla:

«Cuidado con que vijiles cuanto pasa. Yo no desconfio de nadie, pero tengo poca confianza en todos!

—Señor.....

—Basta..... Idos á descansar.»

Salió la dueña, y tan turbada que tropezó en la puerta, aunque sin lastimarse; cayósela el rosario, y anduvo no poco para encontrarle, segun la temblaba la mano: por último, desapareció por la larga galería del palacio, murmurando en voz baja:

«Ya no es tiempo de volverse atrás. Dios quiera que salga de esta con bien, para no meterme en otras!»

Pocos momentos despues cruzaba por la misma galería un hombre embozado; aunque procuraba andar sigilosamente, resonaba con un eco misterioso en las altas bóvedas el crugir de las aceradas espuelas. Paróse el caballero delante de una puerta que se divisaba al estremo del corredor; sacó de debajo do la larga capa una linterna, y habiéndose cerciorado de que era allí el punto de la cita nocturna, se apoyó contra el muro, volviendo á esconder la luz con el embozo. El reloj de San Salvador dió la una. Antes de concluir la última campanada se abrió la puerta y se apareció otro hombre. El desconocido se adelantó á su encuentro y lo dijo:

—En el postigo del jardin, cuya llave me has facilitado, quedan apostados seis hombres. Yo creo que esta noche y ahora mismo convendria dar el golpe de mano. La mayor parte de la servidumbre del marqués está ya en el Real sitio, al que parten los demas á la madrugada. Quizá no se me presente allí ocasion tan favorable para apoderarme de Serafina.

—Cierto es que solo hay en el palacio dos escuderos y tres criados del marqués, pero no están tan desapercibidos como creeis. Tengo entendido que hace dos noches se queda uno de vigilante, desde que por poco me sorprenden hablando con vos por el postigo del jardin.

—Pero, y bien, crees tú que en Aranjuez no se nos presentarán los mismos inconvenientes?

—Quién sabe! Allí hay jardines, donde gusta á las muchachas enamoradas vagar solas, y es fácil una sorpresa: y ademas yo siempre he preferido los golpes de astucia á los golpes de mano airada. Acordaos que no fué muy piadosa la que os abrió ese boqueron en el pecho, que creimos que con nada su cicatrizase:

—Es verdad! La dueña dices que es nuestra?

—En cuerpo y en alma. Os tiene mas miedo que á Lucifer. No creais que os sirva porque de vos se la importe un comino; nada menos que eso; os sirve porque os tiene por endemoniado: porque la he dicho yo que habíais jurado asesinarla y hacerla jigote el corazon; y, como los magos son los que mas creen en hechicerías, hásela trastornado el juicio con vos, y á vuestro solo nombre tiembla como una azogada, y por lograr lo que apeteceis se venderia á Satanás, si el diablo quisiese comprar carne de dueñas. En fin, es nuestra, y podemos contar con ella como con nuestra mano derecha.

—Celebro, Tomasillo, tu discrecion, y te prometo que he de mirar por tus aumentos, segun merece tu injenio y leales servicios. Y te aseguro que si los que por mí haces tan desinteresadamente no tuviesen recompensa, que me tendré por el mas villano de los hombres. Ahora bien; suspendo mi ataque y esperaremos: pero ya que hasta aqui he penetrado, me holgaria aunque no fuere mas que ver á Serafina.

—Venid, que no lo juzgo dificil, pues la he sentido entrar en su oratorio, y no debe haber salido aun: bien que no es nuevo, pues se pasa asi muchas noches en vela. Vamos.... seguidme sin hacer ruido.»



Don Diego.

Atravesaron varios aposentos, hasta que por último se hallaron junto á una puerta ricamente esculpida, que era la del oratorio. Sin duda, alguna ráfaga de luz de la linterna con que alumbraba don Diego, penetrando en el oratorio, debió llamar la atencion de Quiteria que velaba á la entrada. Se levantó, asomó la frente y lanzó un ay! que Tomasillo logró reprimir poniéndola entrambas manos en la boca. Don Diego dejó de ver entonces la sombria palidez de su iracundo rostro, y acabó de anonadar á la asombrada dueña. Serafina, que habia escuchado aquel ay comprimido, volvió la cabeza, y no viendo á nadie en el oratorio llamó á Quiteria con voz temerosa y ajitada; pero, como no recibia respuesta, se levantó lijera como una exhalacion, corrió á la puerta, y al divisar á Quiteria medio desmayada entre aquellos dos negros y formidables fantasmas, pues tales la parecian, retrocedió llena de espanto, y vino á caer de rodillas otra vez junto al altar. En aquel mismo instante, y cuando don Diego trataba de adelantarse á tranquilizarla, se oyeron pasos precipitados, y levantando uno de los tapices del oratorio se presentó el marqués á medio vestir y con la espada desnuda. Tomasillo, que recelaba alguna desgracia, se apoderó del brazo de don Diego y se lo llevó violentamente, desapareciendo entrambos como dos sombras fantásticas. El anciano levantó entonces el acero, y esgrimiéndole sobre la cabeza de la dueña, se dirijió á herirla, y hubiéralo conseguido, si aquella no se hubiese desviado hácia la derecha, y si la pobre Serafina, anegada en llanto, no se hubiese precipitado á las plantas del anciano enfurecido. Las protestas de la dueña que juraba por su inocencia, las lágrimas de la hermosa doncella, que levantaba sus trémulas manos pidiendo perdon de una culpa, que ninguna habia cometido, y la imposibilidad en que se encontraba el marqués de hállar remedio alguno en tan comprometido lance, desarmaron su furia, ó por lo menos le aconsejaron como mas prudente el aplazar la satisfaccion de sus dudas. Dejó la espada; santiguóse como cristiano, y arrodillándose con mesura delante del altar, é invitando á su sobrina y á la dueña á que imitasen su ejemplo, se entregó en el fondo de su alma á sus hondas meditaciones.

G. Romero Larrañaga.

Medio de aprender á dibujar sin maestro.

Los principios de todas las ciencias y de todas las artes (escepto la lectura) se pueden aprender sin maestro, supliendo á este los libros, los modelos y los buenos métodos: la perfeccion en cualquiera ramo del saber, no la dá tampoco un maestro, sino el genio del que aprende, su aplicacion, su esmero y una práctica constante. No se crea por esto que pretendemos desconocer ó negar la utilidad de un maestro para aprender aquello que se desea, no; únicamente queremos decir, que el maestro no es tan absolutamente indispensable, que los que no le puedan tener hayan de renunciar por eso al estudio de aquellas cosas á que les llama su inclinacion, ó acaso la necesidad de ellas, para desempeñar bien sus respectivas profesiones. Uno de los ramos, cuyo conocimiento es útil en todas, y necesario en muchas circunstancias de la vida, es el dibujo, y si bien en la corte ó en algunas grandes poblaciones encuentran los que no pueden costear un maestro, escuelas gratuitas donde aprender á lo menos los elementos del arte, no sucede así en un gran número de pueblos, y en ellos es donde principalmente podrá ser útil el método que vamos á manifestar, aplicable al dibujo lineal, ó sea de los contornos de las figuras, y con el cual podrán enseñar el dibujo á los jóvenes sus mismos padres ú otras personas, aun cuando no tengan conocimiento en esta materia.

Se dá al niño una figura sencilla, como por ejemplo, un ojo ó una oreja, dibujada en papel con lapiz ó tinta, ó grabada, ó de cualquier otro género, y se le manda que la copie en una pizarra, con una punta hecha de la misma materia y suficiente afilada para poder trazar una raya fina. De antemano se tiene calcado el mismo objeto con toda la exactitud posible, y con tinta encarnada, en una chapita de asta bien transparente ó de vidrio esmerilado, á la cual se dá el nombre de *corrector*, por el uso á que se destina, y luego que el discípulo ha concluido su copia, se coloca este corrector encima de ella: una simple ojeada hace ver al que aprende y al que le dirige los defectos que tiene la copia y las correcciones que hay que hacer; se levanta el corrector, enmienda los defectos el discípulo como mejor puede, y vuelve á colocarle repitiendo la operacion cuantas veces sea necesario, hasta que el dibujo esté perfectamente corregido.

Luego que ha copiado bien un modelo, se le pone otro algo mas complicado, y asi sucesivamente, hasta que haya llegado á sacar las copias sin grandes defectos desde la primera vez, en cuyo caso deja de trabajar en la pizarra y pasa á dibujar con lápiz en el papel, hasta obtener la facilidad y exactitud necesaria para que la copia tenga muy poco que corregir.

Uno de nuestros colaboradores empleó hace pocos años un método muy parecido á éste para enseñar á un jóven el dibujo geométrico. Le trazaba en un papel con líneas bastante gruesas de tinta, primero un triángulo, y sucesivamente otras figuras mas complicadas, y se las hacia copiar con lapiz en un papel fino; colocaba en seguida este papel sobre el que habia servido de modelo, y la superposicion manifestaba inmediatamente los defectos que la copia tenia, y que el discípulo enmendaba, despues de separados ambos papeles. Al poco tiempo de seguir este metodo, el discípulo copiaba desde la primera vez, y sin enmienda, cualquiera figura geométrica con tal exactitud, que sobrepuesta la copia al original, se confundian las líneas de este con las de aquella, sin que se notára diferencia alguna, dividida una línea cualquiera en dos, tres ó cinco partes, con tanta precision como pudiera hacerse con el compás, y marcaba el centro de un circulo que no le tenia señalado, sin equivocarse nunca en el punto en que precisamente debia estar. Fácil es conocer que habiendo adquirido esta exactitud geométrica en la vista, debió hacer despues rápidos progresos de las demas partes del dibujo lineal; por eso creemos que seria mas conveniente que empezase por copiar figuras geométricas, y no ojos, narices, ni bocas. En cuanto á la chapita de asta ó cristal esmerilado, podria sustituirse con el papel que llaman *vegetal*, y que es bastante transparente, ó con papel barnizado del que usan los grabadores para calcar, ó á falta de estos con un papel comun, calcando primero el objeto á la vidriera, y un-

tándole despues con aceite; pero esto último tiene sus inconvenientes, y solo deberá hacerse cuando no haya otro medio de que echar mano.

LOS GUSTOS.

El baile no es un gusto: porque el baile es uno de aquellos medios que tiene por objeto el amor y los placeres: por consiguiente debemos considerar como víctimas de pasiones secretas á los hombres de mayor edad que se ponen á mover la cabeza, los brazos y sus secas piernas á compás, y á las mugeres feas ó mal formadas que se entregan con ardor á la gimnástica amorosa llamada wals, polka, contradanza, etc.

El paseo no es tampoco un gusto: es un ejercicio necesario para los ancianos, un pretesto para los amantes, una esposicion pública para los vanidosos, y para los ociosos un modo de pasar el tiempo.

La glotonería es el placer de las personas de espíritu relajado: es la pasion de los necios cuando llegan á la edad madura, y solo ha servido para aguzar el espíritu de los primeros, y para acabar de embrutecer el de los segundos. El hombre de talento no se deja dominar por este vicio.

La caza puede ser diversion del hombre de mérito, pero solo llega á ser pasion para un hombre de ingenio inculto. El verdadero cazador, el cazador por oficio, es una especie de ser brusco que solo se trata con gente agreste, trata con aspereza á sus hijos, desprecia á su muger, y solo tiene cariño á sus perros. Es mentiroso, vanaglorioso, y de una nulidad absoluta en todo cuanto no sea jauría, traillas, caza, escopetas y montería.

En cuanto á los diferentes modos de cazar hay dos que merecen particular mencion: la caza á la espera y la caza de pájaros. Este es el entretenimiento de los estudiantes, artesanos y jornaleros. Aquella es el pasatiempo de los impedidos, física y moralmente hablando.

La pesca, como todas las pasiones, tiene sus fanáticos, sus confesores y sus mártires. El mas ardiente de todos sus fanáticos es ¿lo creerán Vds.? el incausable pescador de caña; esta especie de poste humano, plantado en la arena, cuya inteligeucia entera se agota en luchar contra la astucia del gobio y el ingenio de la carpa. Los confesores son aquellos pescadores endurecidos que postrados en un sillon, y plagados de reumatismo, pescan aun peces encarnados en una cubeta. En cuanto á sus mártires son numerosos; y tales son aquellos desgraciados que se chapuzan en los rios, y cenan con las Nayadas, sin contar los reumatismos y las ilusiones de pecho que padecen.

La *equitacion* es un placer de mucho gusto y propio de los elegantes. No obstante si el caballero monta con zapatos y sin espuelas, y solo monta los dias de fiesta, puede ser tenido por un sastre, un operista ó un cómico.

El *vestido* no es meramente un placer, es un trabajo para algunos, un arte para otros. Es trabajo para el hombre de cuarenta años que quiere agradar, para la mujer bonita de treinta y cinco que quiere conservar un amante, para la de treinta y cinco que quiere adquirir uno nuevo; es un trabajo para las mujeres feas ó mal formadas, de cualquier edad que fueren, y finalmente, es el mas penoso de todos los trabajos para el hombre estudioso á quien su genio aleja del mundo, y que se vé obligado por alguna circunstancia á presentarse con toda etiqueta.

Es una ciencia que el artista dramático estudia toda su vida, un arte cuyo secreto ha recibido la mujer coqueta, de Dios ó del diablo, porque verdaderamente es preciso apelar á ella para encontrar el gusto, la elegancia y el encanto reunidos.

El hombre que siempre se muestra en *toilette* es un talento menos que secundario: el que no sabe vestirse conforme lo exigen las ocasiones es un talento tribial.

La *toilette* es en las mugeres un indicio que raras veces engaña. La necia se viste muy mal: la gazmoña sin gracia: la aldeana virtuosa se viste con ridiculez: la orgullosa con exageracion y afectacion; la elegante posee todos los recursos de este arte, sabe elegir y combinar los diferentes colores de que se compone su trage, determinar oportunamente el vuelo, forma y corte de los vestidos, y por este medio adelgazar ó agrosar, cambiar ó modificar, ocultar ó enseñar lo que cree encubrir ó mostrar de sus bellezas é imperfecciones.

La española sobresale entre todas las mujeres de la tierra en la táctica y genio del tocador, de este arte militar del amor.

INVESTIGACIONES

SOBRE LAS DIVERSAS FORMAS DEL AÑO EN LOS PUEBLOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

(Conclusion.)

AÑO GRIEGO.

El mas antiguo de los calendarios griegos es el de Chiron, al cual se atribuia la invencion de la astronomía. Hesiodo dió uno compuesto de 12 meses y de 360 dias: de dos en dos años intercalaba un mes de 30 dias, lo que producia 8 dias de mas á cada período de dos años.

Como á fines del siglo VI, antes de nuestra era, Solon introdujo el uso de los meses de 29 dias, haciéndose el año lunar. Cléostrates trató, aunque en vano, de que concordara con la revolucion del sol en un período de 8 años.

Meton apareció, en fin, trayendo de Egipto y Caldea un período mas exacto, que despues se ha llamado ciclo de Meton ó nombre de Oro. Este ciclo, cuyo primer dia debe contarse el 27 de junio del año 427, antes de Jesucristo, formado de 19 años solares, durante los cuales pasaban 19 años lunares y 7 meses mas, estaba acordes poco mas ó menos al cabo de 19 años con el sol y la luna; sin embargo, habia aun un error de siete horas, que Calipo trató de corregir cuadruplicando el ciclo de Meton; pero este período solo sirvió á los astrónomos, no siendo jamás adoptado en el uso comun.

El año griego conservó la forma que Meton le habia dado. Entre los atenienses comenzaba con la primera luna que seguia al solsticio de estío; entre otros pueblos de Grecia empezaba, sea en el equinocio de primavera, sea con el de otoño. Los nombres de los meses variaban igualmente. Pondremos los que empleaban los atenienses y macedonios:

Meses romanos.			Meses atenienses.
1	Hécatombeon	29 dias, correspondiente á los meses de	Junio Julio.
2	Metageinion	30	Julio Agosto.
3	Boedromion	29	Agosto Setiembre.
4	Pyanepsion	30	Setiembre Octubre.
5	Maimacterion.	20	Octubre Noviembre.
6	Posidéon	29	Noviembre Diciembre.
7	Gamélion	29	Diciembre Enero.
8	Anthesterion	30	Enero Febrero.
9	Elaphebolion	29	Febrero Marzo.
10	Munychion	30	Marzo Abril.
11	Thargelion	29	Abril Mayo.
12	Scyrophorion	30	Mayo Junio.

El año macedonio daba principio en la segunda luna despues del equinocio de otoño.

Meses macedonianos.			Meses romanos.
1	Dius	30 dias, correspondiente al	24 Setiembre.
2	Appellæus	30	24 Octubre.
3	Audynæus	31	23 Noviembre.
4	Perytius	30	24 Diciembre.
5	Distrus	30	23 Enero.
6	Xanticus	31	22 Febrero.
7	Artémisius	31	25 Marzo.
8	Dæsius	30	25 Abril
9	Panémus	31	25 Mayo.
10	Loüs	30	25 Junio.
11	Gorpiæus	31	25 Julio.
12	Hyperberétæus	30	25 Agosto.

Año romano.

El año que el fundador de Roma dió á los pueblos latinos, era lunar y no se componia mas que de 10 meses, de los cuales marzo era el primero. A estos 10 meses, añadió Numa otros dos que colocó uno al principio y otro al fin del año.

He aquí el nombre de todos ellos por su órden:

1 Enero.	7 Sextilis.
2 Marzo.	8 Septiembre.
3 Abril.	9 Octubre.
4 Mayo.	10 Noviembre.
5 Junio.	11 Diciembre.
6 Quintilis.	12 Febrero.

El calendario romano tomó luego una nueva denominacion: se ignora en qué consistia precisamente. Lo que se sabe mejor, es que los pontífices, encargados del cuidado de las intercalaciones y de la vigilancia del calendario, se dieron tan mala traza, que el año instituido por Numa cayó en un completo desorden, no guardando ninguna relacion con las estaciones. Un eclipse cuya fecha se ha conservado, prueba que el año de Roma 565, 190 antes de J. C., el 1.° de enero correspondia al 15 de octubre.

Julio Cesar creyó indispensable una reforma. Llamó de Egipto al astrónomo Sosigenes, el cual fijó la duracion del año solar en 365 dias y 6 horas, y la del civil en 365 dias solamente. Para emplear estas 6 horas que restaban aun, imaginó intercalar cada 4 años un dia, que debia colocarse entre el 23 y el 24 de febrero, el sesto dia de las calendas de marzo, *bis sexto calendas martias*, de ahí el nombre de año *bisiesto*.

Para hacer que el año romano empezara el octavo dia que sigue al solsticio de invierno, Sosigenes se vió precisado á prolongar 3 meses mas, y darle 445 dias al año de la reforma que se llamó *de la confusion*.

Los romanos no contaban los dias como nosotros. Tenian cada mes tres puntos fijos, las calendas, las nonas y los idus. Las calendas caian regularmente en primero de cada mes: en este dia se convocaba al pueblo. Las nonas eran el 7 de los meses de marzo, mayo, julio, octubre y el 5 de los otros meses. Los idus eran el 15 de los meses en que las nonas caian el 7 y el 13 de todos los demas.

Este es el órden y los nombres de los meses en tiempo de los emperadores romanos.

Enero	31 dias.	Julio	31 dias.
Febrero	28	Agosto	31
Marzo	31	Setiembre	30
Abril	30	Octubre	31
Mayo	31	Noviembre	30
Junio	30	Diciembre	31

Año gregoriano.

La reforma hecha por Julio Cesar habia enmendado un gran error, pero habia introducido otro, suponiendo el año solar cerca de 11 minutos mas largo que lo era realmente. De aquí resultaba que los puntos de los solsticios y equinociales debian retrasarse un dia en 133 años.

Para corregir este error, el papa Gregorio XIII cercenó 10 dias del año 1582, de modo que se contó el 15 de octubre en vez del 5, y estableció para en adelante que se separarian 3 visiestos en el espacio de 400 años.

La reforma gregoriana fué admitida sin dificultad en casi todos los paises católicos: los estados protestantes la adoptaron mas tarde, y hoy no existen en Europa mas que los rusos y los cristianos de rito griego, que conserven el calendario griego.

Año republicano.

El año republicano se componia de 12 meses de 30 dias cada uno, á los cuales se añadian 5 dias complementarios para el año comun y 6 para el visiesto. Cada mes se dividia en tres décadas: los dias fueron llamados primidi, duodi, tridi, cuartidi, quintidi, sextidi, septidi, octidi, nonidi, decadi, tomando el nombre por su numeracion. En virtud de un senado-consulto del 22 fructidor (9 de setiembre de 1805) fué restablecido.

El orden y los nombres de los meses republicanos purgados de la impropiedad y ridiculez de los antiguos, y perfectamente acomodados á las estaciones, son como sigue:

Vendimiaire	Vendimiario correspondiente	22 de setiembre.
Brumaire	Nevuloso	21 de octubre.
Frimaire	Escarchoso	21 de noviembre.
Nivose	Nivoso	21 de diciembre.
Pluviose	Lluvioso	20 de enero.
Ventose	Ventoso	19 de febrero.
Germinal	Germinador	21 de marzo.
Floreal	Florido	20 de abril.
Prairial	Praderil	20 de mayo.
Messidor	Mes de cosecha	19 de junio.
Thermidor	Caluroso	19 de julio.
Fructidor	Fructuoso	18 de agosto.

Añadiendo los dias complementarios. El decreto de 4 Frimaire año 2.°, daba á estos dias el nombre de sans-colottider; por un decreto de 7 fructidor, año 3.°, se cambió esta denominacion por la de complementarios.

Estas son las nociones mas interesantes que podemos ofrecer sobre las diferentes formas del año en los pueblos antiguos y modernos, nociones que creemos no carezcan de interés para nuestros lectores, puesto que el conocimiento de los calendarios es la base de la cronologia, y la cronologia es la base de la historia.

ADVERTENCIA.

El primer número de LA ILUSTRACION está de manifiesto en casa de todos nuestros comisionados y corresponsales: contiene varios artículos del mayor interés y está adornado con quince preciosas láminas de todos tamaños.

Han estrañado algunos que el precio anual de la ILUSTRACION, sea igual en provincias para los suscritores al SEMANARIO y para lo demas. Al fundar aquel periódico nos hemos propuesto fijar bases por medio de las cuales sea pronto tan popular en España, como lo son en el estrangero otras publicaciones de su especie; al efecto, le ofrecimos desde luego á nuestros suscritores *por el costo de cada ejemplar* y un pequeño aumento para cubrir los demas gastos que trae consigo una publicacion; sobre esta tarifa casi increible por su baratura si pudiera verse desde luego reunido el testo y las láminas que vamos á dar, aumentamos las utilidades en la de los no suscritores al SEMANARIO que se abonen por menos de un año. Tratándose de estos, como hacen ya un adelanto de consideracion y depositan igual confianza que los otros en la empresa, hemos creido prudente no hacerlos de peor condicion que á nuestros suscritores de provincias; rebajar á estos un solo real en el precio señalado habiendo de franquear el correo era perder conocidamente y comprometer la existencia de LA ILUSTRACION; establecer un aumento para los no suscritores al SEMANARIO, era dejar en el inconveniente de establecer precios mas elevados que quisiéramos, retrayendo á muchos de suscribirse. En esta alternativa no hemos vacilado en dejar sin alteracion los precios anuales, toda vez que nuestra empresa prefiere contar para su apoyo mas con el número considerable de suscriciones que con el precio crecido de estas. Otra cosa ha sido en Madrid, donde no teniendo que pagar correo, hemos podido hacer una pequeña gracia á nuestros constantes suscritores

---

SOLUCION DEL GEROLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO 8.

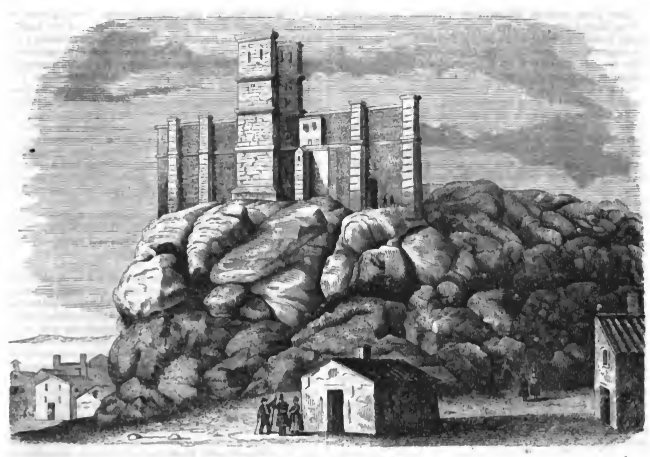
La ocasion hace al ladron.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un año 36.-Librerias de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jamelson, Gaspar y Roig, Razola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografías del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14, seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos, franca de porte, á favor de la Administracion del Semanario, calle de Jacometrezo n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, num. 4.



EL CASTILLO DE MONTEFRIO.

La lámina que va al frente de este número, es una copia del hermoso castillo que se encuentra en la villa de Montefrio, poblacion de Andalucía que cuenta unos 1800 vecinos. La vista de la fortaleza, cuya imponente masa se destaca sobre el azul del cielo en lo alto de la peña que la sirve de cimiento, está tomada desde la casa llamada del Pozo, en la calle titulada del Cármen. Aunque todavia se mantienen en pié los principales murallones de esta construccion antigua, el estado ruinoso en que se encuentra, hace esperar que antes de mucho la mano del tiempo podrá mas que la solidez con que la obra estaba construida, y no quedará de ella otro recuerdo que el que consignamos hoy en el SEMANARIO.

FR. DIEGO DE DEZA.

Cualesquiera que sean los méritos y privadas virtudes de Fr. Diego de Deza, no por eso solo creeríamos suficientemente justificado el empeño de sacar por un momento su nombre del olvido. Los merecimientos particulares de un hombre alcanzan estrechísimo espacio, y se va debilitando su influjo á medida que se dilatan, semejantes á los círculos formados en el agua, que cuando tocan á sus últimos términos apenas son perceptibles, y acaban por desaparecer sin dejar huella. Los honores, dignidades y riquezas por sí solas, mas bien que de blason pudieran servir de censura, pues grave es, á nuestro juicio, la de no poder enumerar en el panegírico de algun personaje mas que los altos puestos que ocupara y las crecidas rentas que por ellos percibia. Si la historia consiste en narrar la vida activa de la humanidad, nadie deberá ocupar puesto en ella fuera de los que han influido en esa vida. Fr. Diego de Deza tiene en esta parte un título relevante; amigo y protector de Cristobal Colon, comprendió la inmensidad de sus proyectos, se asoció á ellos, empleó en su beneficio la influencia que ejercia en el ánimo de los reyes católicos, y acaso sin su auxilio no hubiera *Colon* sacado entonces de las aguas aquel olvidado mundo. Hé ahí el título que tiene Deza á los recuerdos de la posteridad.

Descendiente de una noble familia portuguesa, que se avecindó en España cuando el casamiento de don Juan I con doña Beatriz de Portugal, nació en la ciudad de Toro en 1443 y tomó el hábito en el convento dominicano de San Ildefonso el Real. Su instruccion, de que dejó muestras en varias obras teológicas, le valió mediante oposicion, la cátedra de prima de teología en Salamanca, y el nombramiento de ayo del príncipe don Juan, á quien tuvo bajo su cuidado desde la edad de ocho años. Entonces le dieron el obispado de Zamora, y despues (en 1493) el de Salamanca.

Hallábase en esta última ciudad con el príncipe, que acababa de enlazarse á doña Margarita, hija del emperador Maximiliano, cuando la muerte arrebató á aquel jóven en quien tantas y tan lisonjeras esperanzas se cifraban. Deza le amaba con estremo, y por eso, despues de dejarle sepultado en el convento de Santo Tomás de Avila, resistió volver á un pueblo que conservaba recuerdos tan tristes para su corazon. Se le trasladó con este motivo á la iglesia de Jaen; y poco despues sucedió al célebre Torquemada en el oficio de inquisidor general, desempeñando con entereza aquella terrible magistratura. El ánimo se resiste á elogiarle por ello; tampoco le censuraremos á la ligera, porque para fallar tan grave causa no basta apreciar las ideas y necesidades de entonces, solo por las ideas y necesidades de ahora.

Los reyes le nombraron á poco su confesor, llevándole al obispado de Palencia, el mas rico de España en aquella época, para tenerle cerca de la córte: allí permaneció hasta la muerte de doña Isabel (en 1504) que le designó por uno de sus testamentarios. En el mismo año le elevó don Fernando al arzobispado de Sevilla. Renunció muerto el rey católico, el cargo de inquisidor, el cual se fraccionó en dos secciones, una para los reinos de Castilla y Leon, que cupo al arzobispo Gimenez de Cisneros, y otra para Aragon, á cuyo frente se puso á Fr. Juan Enguerra. Fué nombrado por último (en 1552) arzobispo de Toledo, cuya sede no llegó á ocupar por haber muerto en Sevilla á los 80 años de edad, el dia 9 de junio de 1523. Se le enterró en el colegio de Santo Tomás en un sepulcro de alabastro, sobre el que estaba su busto, con un leon á los pies. Cuentan que se puso en memoria de uno que tuvo en su casa el arzobispo, tan manso que ponia sobre él los pies para calentarlos. Cuento es esto de seguro, pues el leon tendria allí el mismo sentido alegórico de los que se colocaban junto á la estátua de los guerreros muertos honrosamente en el campo.

Hizo Deza muchas fundaciones piadosas, mereciendo por su amor á los pobres ser llamado *Fr. Diego de Deza el bueno*. Fundó el colegio de Santo Tomás de Sevilla, que dió origen á la universidad, luego que Paulo III estendió á todos los que estudiasen en él las gracias concedidas á los colegiales por Leon X, y que el emperador Cárlos V otorgó á sus graduados las mismas consideraciones que gozaban los de Salamanca y otras universidades.

Es comun creencia la de que Colon fué enviado á someter un gran proyecto al juicio de los cosmógrafos de la universidad de Salamanca. Dícese tambien que le calificaron de visionario, y se repite con énfasis el peregrino argumento del catedrático, que haciéndose cargo de la figura esférica de la tierra comprendia bien que las naos pudiesen *bajar*, pero no atinaba como habian de conseguir luego la *subida*. Otra fué sin embargo la acogida que obtuvo el famoso genovés, y en ella no tocó poca parte á Fr. Diego de Deza.

Sabido es que el primero que empezó á levantar el ánimo decaido de aquel lué Fr. Juan Perez de Marchena, prior del convento franciscano de la Rabida. Tal vez á sus recomendaciones debiera la proteccion que le prestó Deza; por lo menos es cierto que fué bien recibido por los religiosos de San Estevan de Salamanca; que en el convento y en granja de Valcuebo se celebraron las conferencias; que en él estuvo Colon generosamente hospedado, y que Deza tomó tan á su cargo el acreditarle y favorecerle que no solo le pagaba el gasto que hacia en la corte, sino que trabajaba *para que los reyes creyesen y ayudasen á Colon en lo que pedia*, segun refiere Fr. Antonio de Remesal en su historia de Guatemala (lib. 7, cap. 7). Lo mismo afirma el maestro Fernando de Anayo en la historia manuscrita del referido convento. Léese en ella, «que el mismo Cristobal Colon en una carta que escribió á los reyes, les dice que deben las Indias al convento de San Estevan de Salamanca y á Fr. Diego de Deza.» Esta carta, declara haberla visto el célebre Bartolomé de las Casas (historia general de las Indias, libro 1, cap. 29); la menciona tambien Fr. Antonio Gonzalez en su Memorial del estado de la órden de Sto. Domingo en el reino del Perú, y lo asevera por fin Pizarro en la *historia de los varones ilustres del nuevo mundo* (cap. 3.°). El citado convento de San Estevan, en una súplica que elevó á Felipe V, referia que Colon llegó el dia 1.° de 1484, y que volvieron con él á la Córte el prelado y otros religiosos, los que *informaron á sus magestades de lo seguro ó importante del asunto*.

Este suceso, en que tanto influyó Fr. Diego de Deza, basta para librar su nombre del olvido, asi como ha salvado el del prior de la Rabida. La gloria de Colon es inmensa, y un rayo de ella ilumina á los que sostuvieron su espíritu abatido; á los que le abrieron, por decirlo asi, el camino para llegar á esa tierra, *virgen del mundo*, como la ha llamado uno de nuestros poetas.

A. Gil Sanz.

LOS ULTIMOS AMORES.

VI.

Tomasillo, que era el encanto de las dueñas y el entretenimiento de las mozas de servicio, hallábase una tarde de solaz honesto, jugando á la gallinita ciega, y repartiendo abrazos ó pellizcos segun la vieja catadura, ó la fresca mejilla que le deparaba su fortuna encontrarse á tientas; bien es verdad que las mozuelas tapábanle los ojos tan desahogadamente, que, alzando la cabeza como sabueso que olfatea, podia vislumbrar las patitas de las doncellas, y aunque no venia muy á pelo, cuando se abrazaba con alguna, solia decirla en voz baja y á guisa de requiebro «que por la peana habia sacado al santo.» Inútil es advertir que Mariquilla era siempre la mas torpe, la que se enredaba con mas facilidad en los brazos del pajecillo y la que se encargaba casi siempre de ponerle la venda. Ella chiquita como una peonza, y él suelto y crecido como un enebro, ella risueña, y él no melancólico, ella no tímida, y él descarado como unas páscuas de carnestolendas, ella no poco inclinada al mancebo, y el mancebo muy mucho propenso á requebrar la muchacha, resultaba que la atadura del nudo solia ser mas pesada que la desatadura del que llaman *gordiano*, consistiendo la tardanza en que Marica tenia que apoyarse en las puntitas de los pies para llegarle á la puntita de los cabellos, y en aquella estraña postura solia su pecho buscar el equilibrio apoyándose en el del prójimo vendado, y los brazos cansados del estiron se sostenian igualmente en los hombros de Tomasillo, que todo lo sufria como un cordero, permitiéndose ciertas sencillas inocentadas, como la de hacerla cosquillas en las caderas, cosa que descomponia á la muchacha, y la obligaba á dejarse caer entre sus brazos, mientras celebraban el agudo discurso del mozo todas las presentes, de todas edades y condiciones, con descompuestas carcajadas. Las dueñas contentábanse con morderse los lábios, lanzar suspiros y tomar polvos; de lo que se deduce claramente que ya en aquella época habia tabaco, por lo menos de yerbas aromáticas.

Hallábase, pues, como decia, Tomasillo en una de aquellas tardes en lo mas divertido de uno de sus juegos, cuando un escudero que entró precipitadamente en la sala distrajo la atencion de las jugadoras.

—Tomás el paje? preguntó.

—Ese que veis vendado y con las manos á la espalda:» le respondió la dueña Quiteria, que fué la que mas reposadamente supo hacerlo. Tomasillo al oirse nombrar, quitóse la venda y habiendo reconocido al que venia en su busca, acudió á su recibo. Cambiaron algunas razones en voz baja, cuyo resultado fué que ambos hicieron una reverente cortesía á las atónitas y curiosas mozuelas, marchándose en seguida precipitadamente. Acudieron todas á la ventana y los vieron desaparecer en breve por detras de las tapias del monasterio. Las jóvenes quisieron renovar sus juegos, pero no hacian mas que repetir lo que en el dia pasa por refran y tendria acaso su origen por entonces, *pan con pan comida de tontos*. Debian ser la mayor parte muy discretas, y todas se conoce que quisieron por lo menos pasar por tales, pues se fueron desanimando, hasta que por último se dispersaron. Las dueñas imitaron su ejemplo á escepcion de Quiteria, que permaneció en la ventana, clavados sus ojos en el monasterio y absorta con sus ideas. Marica, que sin duda se habia retirado con sus amigas para no hacerse notar, volvió á los pocos momentos á entrar en la sala, y acercándose á su tia la preguntó con duda y desconfianza:

«Era hoy el dia decidido?

—Si, hoy era! Y acostumbrada desde mi niñez á augurar mal de todo, no sé por qué me entristecen esas ráfagas moradas que cubren la flecha del monasterio!

—Antes no érais tan agorera!

—Verdad es. Desde que don Diego...! Volvióse la dueña para mirar si podia ser sorprendida, y tranquilizada de que ninguno las escuchaba, prosiguió diciendo: Ese hombre es el mismo Lucifer. Si le hubieras visto la última noche que vino á consultarme sobre el éxito de sus amores te hubieses asombrado! Yo desahucié sus esperanzas, pero él entonces clavándome sus dedos como garfios en la garganta, y empuñando enfurecido y frenético el puñal que le pendia de la cintura, me le apoyó sobre el corazon, diciéndome con sonrisa amenazadora: «Puesto que tus conjuros ya ves que no te libertan de mis manos y que no alcanza tu magia á hacer que se embote la punta de este hierro, ay de tí, sino me haces dueño de Serafina.» Prometile cuanto quiso; verdad es que él me hubiera ahogado como á un pollo, y sin importársele un ardite. Desde entonces ando como una azacana, proporcionándole entrevistas y facilitándole coyunturas de ver á Serafina. Dios me perdone lo que la martirizo, siquiera en cuenta de la buena intencion con que lo hago, pues dicen que la conservacion del individuo es uno de nuestros mas importantes deberes. Asi es que, si yo estoy decidida á entregarla en manos de ese demonio, es únicamente porque este es el solo arbitrio que me queda para librarme de sus garras!

—La caridad bien ordenada empieza por sí mismo!

—No ves hácia aquel estremo una nube de polvo?

—Si, y aun se percibe el galope de varios caballos.

—La reina pensaba salir á sestear al monte.

—Pero precisamente llevaban el camino contrario.

—Eso es lo que me estraña. Si: ya se ven claramente una dama y dos ginetes que la siguen.

—Que quieren seguirla, direis, porque sus caballos van á una distancia grande del de la señora.

—Sin duda va desbocado.

—No puede ser menos. Si no se inclina hácia aquel lado

se estrella contra aquella encina que está al borde del camino.

—Infeliz! se dirije hácia la zanja.

—Jesus mil veces!

—San Lorenzo la ampare! Terrible caida; el animal la ha arrojado contra aquellos peñascales, y debe haberse quedado en el sitio porque permanece inmóvil:

—Oh dia de desdichas! Y aun no han desaparecido esas nubes negras que cubrian la cúpula del monasterio; quizá nos aguardan mayores contratiempos!

—El mal nunca viene solo! Corramos, corramos á favorecerla.»

Interin se apresuraron á salir á su encuentro, ya los dos caballeros que seguian, aunque de lejos, el corcel desbocado, habian llegado al lugar de la catástrofe, y prodigaban los escasos auxilios que la soledad les permitia á la hermosa jóven, que, sin dar la mas leve señal de vida, permanecia en el suelo anegada en la sangre que de su sien brotaba por una ancha herida.

—Don Alvaro, no os desmayeis, aun respira.

—No era para mi amor premio tan apetecido! Serafina, Serafina, respóndeme!

—Ayudadme á sostenerla. Su corazon late aunque imperceptiblemente. Dios, que ve vuestra amargura, reparará calamidad tan grande! Sostenedla asi la frente, para que no padezca la mas ligera conmocion. Corramos á esa casa que tan cerca se divisa..... Animo, ánimo. Nos llegan socorros: ved esas dos mugeres que se adelantan con búcaros de agua, y con esencias.

—Ay Serafina! que antes de poder llamarte mia te lloro perdida! Por qué soñé que tus amores florecerian para mi! Y tú, Dios que consientes la desesperacion de los que aman, por qué les permites la ilusion y la esperanza! Serafina! Mañana debiste dormir en mi lecho y coronada de flores, y mañana descansarás quizá en un féretro y coronada de verbena! El traje blanco de desposada se ha convertido en un sudario! Yo maldigo de mi!

—Por Dios, don Alvaro. No la habeis sentido estremecerse! Creeis que porque esté desmayada no comprende quizá su corazon el vuestro? Por qué quereis irritar ahora ese Dios, cuya misericordia necesitais!»

Don Alvaro se contuvo, pero soltó el comprimido llanto. En aquel momento llegaron cerca de la casa, y Quiteria se apresuró á ofrecerles cuanto llevaban; pero al adelantarse á frotar con un agua espirituosa las sienes de la jóven desmayada, lanzó un ay prolongado, púsose pálida como una azucena, y prorumpió en quejas y esclamaciones de dolor que hubieran enternecido las piedras.

«Serafina, Eres tú, Serafina mia! Con que la desgracia es inevitable? Con que el destino que te hubiera sido funesto llegando á los montes, te ha conducido igualmente al precipicio, aunque por opuesto camino!

—Qué estais diciendo, señora, prorumpió don Alvaro, en tanto que su amigo y Mariquilla frotaban los pulsos y las sienes de la infeliz sobrina del marqués, procurando restañar la sangre, que como de un manantial corria abundante, empapando los rubios y largos cabellos de la malograda doncella.

—Don Alvaro, yo os lo contaré todo para que me avergonceis, para que me piseis con vuestras botas.....

—Bien, en otra ocasion; Serafina va recobrando el sentido; conduzcámosla á un aposento cómodo: la tranquilidad es indispensable para conservar su preciosa vida. Don Alvaro, aun no la hemos perdido. Mientras conserve un resto de existencia, no debemos pensar sino en salvarla..... Si Dios dispone que la perdamos, entonces es la ocasion, en que yo mismo os armaré el brazo para la venganza, si habia, como sospecho, y lo manifiestan las interrumpidas frases de esa dueña, algun traidor que os quiso robar tan inestimable tesoro!»

Callaron todos, y en el mayor silencio, y con cuantas precauciones fueron imaginables, condujeron la jóven á un gabinete reservado, y la colocaron en un sillon cómodo y elegante. Serafina lanzó un ay! que hizo latir de esperanzas el corazon de todos. Don Rodrigo, comprendiendo el inmenso dolor de su desventurado amigo, lo apartó del lado de su infeliz y prometida esposa, tranquilizándole con que Serafina se veria fielmente asistida. Acudieron varias damas presurosas á prodigar sus inútiles socorros á la jóven desmayada. Arrodilláronse las unas á sus pies, y con sus besos procuraban dar calor á sus heladas manos; en tanto que la dueña, habiéndose desembarazado de la toca para obrar con mas soltura, colocaba la mano sobre el corazon de Serafina, para sentir el movimiento de sus latidos: mirándola con tanto interés y pronunciando, aunque en voz baja, palabras tan llenas de desconsuelo, que hacian derramar lágrimas de ternura á cuantos presenciaban tan dolorosa escena.

VII.

Don Alvaro, es posible?

—Sí, señor marqués, es indudable: Quiteria se ha arrojado á mis plantas y me lo ha confesado. El plan de don Diego era apoderarse de Serafina en la confusion de la caza; tenia prevenidos caballos de posta hasta la frontera, y unos cincuenta aventureros italianos, con los que pensaba, si el acaso no le favorecia, arrebatar á viva fuerza á vuestra inocente y desdichada sobrina.

—Insensato!

—El caballo que montaba Serafina dicen que estaba tan enseñado á la compañía de otros de los que acompañaban á don Diego, que por instinto el animal solo bastaria á conducirla entre los suyos. Por fortuna, ó por desgracia, vuestra sobrina es diestrísima en la equitacion y no se deja gobernar por el corcel que monta. Sus esfuerzos por contenerle y su destreza en guiarle enfurecieron sin duda al animal fogoso que se desbocó. El triste fin de Serafina ya le sabeis; en ese cuarto está moribunda!

—Dios de bondad, yo aplaudo tu justicia. Don Alvaro, yo la amaba como padre; por grande que vuestro amor sea no equivale á mi adoracion por ese ángel, que fué el sosten de mi ancianidad, el regalo de mi juventud y la compañera de todas mis dichas. Y sin embargo, yo os lo confieso, prefiero verla morir en la flor de su juventud, y remontar al seno de los ángeles tan pura y tan celestial como ellos, que no llorar su infamia, ó verla entre los brazos de ese hombre villano y licencioso.

—Ah! Quizá teneis razon! Pero de todos modos para siempre la perdemos.

—Para siempre no; en el cielo se reunen los que se amaron con la idolatría que nosotros nos amábamos!»

Se abrazaron el mozo y el anciano, y ambos soltaron el llanto comprimido; pero en breve se repusieron y continuaron paseando por la ancha sala y conversando tranquilamente.

—Sí; don Alvaro. Quiteria me ha pedido licencia para retirarse á un monasterio, y yo se la he concedido. Si Serafina nos vive, no tendrá á su lado criados infieles ni encubridores. En cuanto á la venganza, Dios se ha encargado de dárnosla cumplida, pues segun me han dicho don Diego ha caido en un mortal parasismo, y al volver de él presenta todos los síntomas de un hombre que ha perdido la razon.

—Ah! señor marqués, cuando yo lo escupa en medio de su rostro yo se la volveré, y le haré empuñar una espada que deshonra para cruzarla en la mia, porque tengo ánsia de su sangre.

—Si don Diego está en el caso de batirse, conmigo será el duelo. Vos aun no podeis defender otros derechos que los de amante, que son los que os han querido disputar: pero yo, defiendo el honor de mi sobrina, el nombre de mis mayores, la muerte de la última heredera de mi sangre.

—Señor!

—Vamos; pues me parece que oigo rumor en el gabinete de Serafina.

—Es cierto! Cielos! por qué se hiela mi corazon!

—Qué os asombra su muerte?... Muere honrada!.. consolaos!»

Cogió del brazo el anciano al aturdido y lloroso jóven, y le hizo entrar en la estancia inmediata, cerrando tras sí la puerta con mano vigorosa.

CONCLUSION.

Adios, amigos mios! decia Serafina incorporada sobre el lecho de muerte, y estrechando contra su corazon las manos del marqués y de don Alvaro. Concluye mi peregrinacion sobre la tierra! No os aflijais; nos reuniremos junto al trono del Señor. Allí donde la esperanza es siempre bella y deliciosa, allí donde el amor no muere, ni tiene sobresaltos y mudanzas. Don Alvaro, desoiriais la voz de Serafina en sus últimos momentos?

—Ah!

—Os pido que sobrelleveis vuestro infortunio con resignacion. Volved los ojos á ese anciano, padre para mí, y amigo vuestro generoso y franco. No le abandoneis en su vejez. Llenad en su corazon el lugar que le merecia su amante sobrina! recordadle mi ternura con vuestros obsequios, y mezclad á vuestros tristes coloquios el nombre de la pobre Serefina! Es cuanto exijo de vuestro amor: de ese amor que el cielo no ha consentido que florezca sobre la tierra, porque merecia solo las brisas del cielo!

—Sobrina de mi alma!

—Esposa prometida mia! no nos abandones!

—Mi muerte es la corona de mi vida. Yo la esperaba: verdad, padre mio?

—Así es: tu espíritu no se ha apartado nunca de su Dios, esclamó el sacerdote, que con el Cristo de metal estrechado sobre su corazon murmuraba las preces que se rezan en la agonía de las almas.

—Dios hablaba á mi entendimiento: y una fuerza inesplicable me hacia huir de las fiestas bulliciosas. Jamás he podido ver un caballo sin estremecerme: y ni un solo dia me he atrevido á salir á sestear al monte, sin encomendarme primero á ese santísimo cristo! Sin duda preveia yo el fin de mis dias! Los pocos azares que en ella me han sucedido siempre han sido de resultas de algun corcel: y ayer mismo, solo despues de reconciliarme con Dios, y de recibir el sacramento de la Eucaristía, fué cuando me decidí á partir para Cetrería. La providencia de Dios es grande, el hombre no debe comprenderla sino adorarla. Yo me resigno á mi suerte: conformaos con la vuestra.

—Serafina!

—Vuestra voz se debilita!

—Hija, esclamó el religioso, vuestros primeros amores pertenecieron al mundo: vuestros últimos momentos son del Señor!

—Sí..... adios..... dejadme!

Aun nos veremos! gritó don Alvaro, á quien hacian salir del gabinete.

—Sí, amigo mio, nos veremos!»

El religioso apoyó el Cristo contra los lábios de la enferma; todos habian desaparecido de la estancia.

Algunas horas despues, era pública la muerte de Serafina. Todos manifestaron el mas hondo sentimiento por tan sensible pérdida; solo en el marqués y en don Alvaro parecian cegadas las fuentes del dolor.

Vedlos atravesar por esa calle desierta, embozados en sus capas como dos espectros; ya suben esa escalera de caraçol: ya se hallan en ese salon sombrío, y en presencia del hombre que aborrecen.

—Infame! gritó el marqués á don Diego! Los que amamos á Serafina debemos seguirla á su última mansion.

—Ha muerto! murmuró don Diego con voz desfallecida y hueca; sí, debemos seguirla!

—Mal caballero, tu vida no puede ser bastante espiacion para la suya: pero, pues no hay otro desagravio, quiero toda tu sangre por ella.

—No responde!

—Villano, á qué pretendes engañar nuestra ira. No nos persuadirás como á muchos, que tu razon se ha estraviado: yo sabré volverte el juicio.—Defiéndete..... No respondes! Y á este agravio callarás tambien?» Arrojóle don Alvaro con furia su guante á la cara, pero don Diego permaneció impasible como una estátua de piedra. El marqués se acercó á contemplarle mas de cerca, y se le figuró que de sus ojos brotaban dos lágrimas de sangre. Don Alvaro, sin ser dueño de reprimir su ira, adelantóse de nuevo, y volvió á gritarle: «Vive Dios que sí creeré en tu locura, si permaneces aun impasible despues de esta afrenta.» Y descargó en su frente una tremenda bofetada, que resonó como una maza de cobre sobre una plancha de metal. Don Diego vaciló, abrió los brazos maquinalmente, y cayó sentado sobre un sillon antiguo que á sus espaldas tenia.

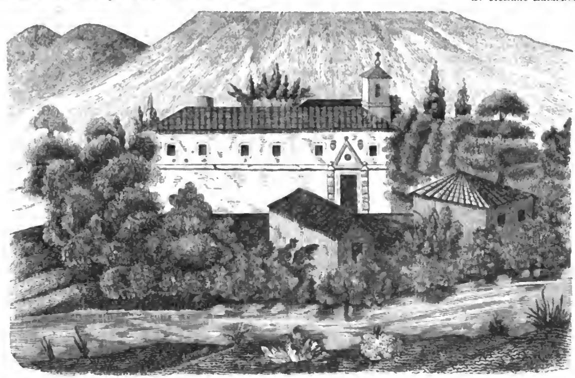
Miráronse con asombro el anciano y el mancebo. Sus ojos se fijaron con pavor en el pálido semblante de don Diego, en cuyas miradas brillaba la mas estúpida y bárbara alegría.

—Está loco!

—Sí. Está loco. Dios nos ha negado hasta la venganza.» Salieron del aposento, y no se les ha vuelto á ver mas, pues partieron para Alemania á tomar parte en las guerras de Flandes.

Don Diego vivió aun un año encerrado en aquel aposento sombrío, sentado en el mismo sillon; apoyado casi siempre en su mano derecha meditando y sufriendo! Al cumplir el año, murió, y la profecía de Quiteria se cumplió en todas sus partes, porque aquellos habian sido sus últimos amores. Esta vivió en un convento, arrepentida y contrita. Tomasillo asistió leal á don Diego hasta sus últimos instantes, y acaso fué el único que veló por su enterramiento, y el solo que derramó una lágrima sobre su sepulcro. Habiendo heredado grandes riquezas de su amo, y acordándose de sus travesuras de paje, quiso ausentarse de Madrid, dejando memoria de lo mas notable, cual fué encalabrinar á la Mariquilla, hacerla desertar de su taberna, y obligarla á correr por esos mundos de Dios, enamorada como una perdida de su agudeza, jentil donaire, y sendos doblones, que gastaron alegremente, hasta que agotándose del todo, volvió al oficio escuderil, y ella á la taberna del buen Juan, que al fin la admitió en su casa, como el padre de la escritura al hijo pródigo, celebrando con un banquete la gloriosa aparicion de Mariquilla la Pelona.

G. Romero Larrañaga.



Vista de la iglesia de San Pedro de Villanueva.

SAN PEDRO DE VILLANUEVA. (1)

«Los bajos relieves de S. Pedro de Villanueva forman una historia no escrita sino labrada en piedra.»

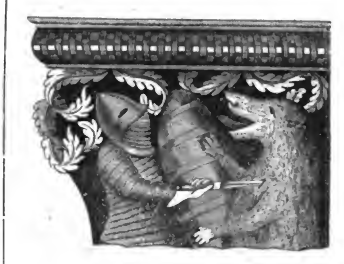
(SANDOVAL.—*Libro de los cinco obispos.*)

En las poéticas riberas del rio *Sella*, al pie de una elevadísima montaña, y en situacion la mas amena y pintoresca, se alza un modesto edificio casi abandonado, y que por do quiera se arruina. Sin embargo era un deber de los españoles conservarlo con esmero, pues ademas de los recuerdos históricos que encierran sus pardos muros, es tal vez el mas notable de España, por ser uno de los escasísimos tipos que en Europa restan de la arquitectura y de la escultura de los godos (2).

Para encontrar el origen de la fábrica del monasterio de Villanueva, nombre que se lee en antiguas crónicas, hemos de retroceder á los tiempos heróicos de la restauracion de la monarquía, y recordar los nombres de los primeros reyes que florecieron en aquellas épocas de honor, de patriotismo y de valor.

Corria el año de 737 de la era vulgar, cuando el célebre rey don Pelayo «cargado de años, y esclarecido por sus proezas, pasó de esta vida» (3) y le sucedió su hijo Fafila ó Favila. Las esperanzas que en este jóven príncipe tenian puestas los cristianos españoles fueron bien pronto desechas por su temprana é inesperada muerte, que acaeció cumplidos apenas dos años, desde que en el trono asturiano se sentara. «A causa del poco tiempo que reinó, dice el apreciable cronicon, escrito por Alfonso el Magno, nada hizo digno de la historia.» Mas lo que los cronistas no encontraron en su vida, lo encontraron en su muerte, que fué mas desastrosa y triste que la de ningun otro rey de España.

Ocupábase Fafila de continuo en la belicosa diversion de la caza, y empeñado en seguimiento de un bravísimo oso en el monte *Olicio* (hoy Osuna) cerca de Cangas, donde estaba la córte, fue lastimosamente descuartizado por la fiera antes que sus monteros pudiesen socorrerle (4). Suceso tan terrible y nunca oido llenó de consternacion á los astures, pero en especial á la reina Froilinva, y á Hormesinda, hermana de Fafila, desposada algunos años antes con Alfonso, duque de Cantabria, apellidado despues el Católico, y el primero de su nombre entre los monarcas españoles. Moraban ambos esposos á la sazon en un palacio de campo muy cercano á Cangas, y al lugar de la trajedia, y Hormesinda, deseosa de consagrar un perpétuo recuerdo á su desventurado hermano, rogó á don Alfonso convirtiese su vivienda en un templo tan suntuoso y magnífico cuanto fuese dable en tan calamitosos tiempos. Los piadosos deseos de la noble hija de Pelayo fueron cumplidos, y su esposo erigió allí una iglesia dedicada á Santa María, de quien era muy devoto, y á la que fabricara tambien el célebre santuario de Covadonga. El sitio en que murió Fafila fué tambien señalado con una cruz que se conservaba en los siglos XVI y XVII, pero que hoy no se vé ya (5). La dotacion de Santa María de Villanueva es sin embargo posterior á su fundacion algunos años, segun se deduce de la escritura que menciona Yepes, en la que se lee que los reyes Alfonso y Hormesinda, el dia 21 de febrero del año de Cristo de 746, despues de señalarle términos, le donan la iglesia de Santa Cruz de Cangas, fundacion de Fafila y Froilinva, y la mitad de los diezmos de todo el pais cercano á Covadonga, en cuya posesion continuaba Villanueva en el reinado de Felipe II, segun nos dice Morales (1). Desde su principio fué esta iglesia parroquial, y en tiempos mas próximos donada á los monjes de San Benito que fundaron allí un pequeño monasterio, y cambiaron la antigua advocacion por la de San Pedro de Villanueva, que hoy conserva. La parte material del templo sufrió muchas renovaciones, y el monasterio se reedificó totalmente el año de 1687, fecha que se vé escrita sobre la portada del mismo. Poco por consiguiente ofrece de notable, á no ser algunos bellísimos restos del antiguo que subsisten aun; tales son las columnas bizantinas que adornan la escalera principal, y que datan al parecer del reinado de Alfonso I, y varias tumbas laboreadas de escelente gusto, y contemporáneas de una lindísima pila bautismal que fué fabricada en el siglo XII, segun consta de una inscripcion latina que en ella se vé esculpida (2). El monasterio fué siempre habitado por escaso número de monjes: á la época de la esclaustracion solo habia seis, y sus rentas ascendian á 7000 ducados. No es por lo que acabamos de decir, el monasterio el que es digno de fijar la atencion del arqueólogo y del historiador, sino la vieja iglesia de la que subsisten aun la capilla mayor, y la portada, ambas de arquitectura bizantina, y del tiempo de los reyes fundadores. Hicieron estos colocar á uno y otro lado de la puerta dos grandes piedras en que se veian esculpidas varias figuras, que representaban la historia de Fafila, las que nos describe en el siglo XVI el obispo Sandoval diciendo: «En una está un caballero cubierto de malla, y una celada en la cabeza, un azor en la mano y á caballo, y una muger que se abraza con él, y como que queria detenerlo. Al otro lado del arco están estas mismas figuras, y besándose, que debia de ser cuando ya no bastaban los ruegos de la reina para detener al rey. En otra parte está el mismo caballero armado, y con el yelmo ó celada, embrazado el pavés que le cubre de pies á cabeza, y la espada



metida por el cuerpo del oso, y el oso presas ambas manos en el pavés, y abierta la boca.» Las dos referidas piedras ó bajo relieves de que habla Sandoval, habian desaparecido ya en el siglo pasado en que el P. Florez visitó á Villanueva, y copió algunas esculturas que publicó en las reinas católicas. Entonces como ahora solo permanecian en la portada tres chapiteles, dos de columna y uno de pilastra (3), en los que ademas de varias ojas volteadas graciosamente, se ven aun varias figuras bien conservadas y escultadas con pasmosa proligidad, que aluden á la muerte de Fafila, objeto de la fundacion de este templo. En uno de ellos se vé á Froilinva á la puerta de un suntuoso, aunque sencillo palacio ó castillo,

(1) Para la redaccion de este artículo se tuvieron á la vista ademas de la inspeccion del sitio, las obras siguientes: Sandoval, Libro de los cinco obispos: Carballo, antigüedades de Asturias; Trelles, Asturias ilustrada; Morales, Viajes; Florez, Reinas Católicas; Risco, continuacion de la España Sagrada; Yepes, cronica de la orden de San Benito; Romey, historia de España.

(2) El juicioso y erudito escritor Romey en su historia de España hace mencion de esta iglesia cuando describe el traje de los godos diciendo: «Poco se diferenciaban en traje soldados y ciudadanos; pues llevaban un sayo corto de lana ó piel, y grandísimos calzones muy forrados, y así aparecen representados en dos monumentos de diversa época, pero de igual autoridad histórica, á saber: sobre la columna de Arcadio en Constantinopla, y en la portada de la iglesia de San Pedro de Villanueva.»

(3) Mariana, historia general de España.

(4) Fafila filius ejus (Pelagii) regnavit ann II. Iste levitate ductus abnsso est interfectus. (Crónica de Albelder).

(5) Morales y Carballo hacen mencion de esta cruz, el primero en el Viaje Santo, y el segundo en las Antigüedades de Asturias.

(1) Los monges no tienen una sola letra de privilegios; pero tengo por verosímil haberlo fundado el espresado príncipe (Alfonso el Católico) por ser del monasterio la iglesia de Santa Cruz, y la mitad de los diezmos de todo lo de Covadonga.» (Morales).

(2) Hoy está abandonada en el patio principal.

(3) Véanse los grabados que acompañan este artículo.

flanqueado de dos torres almenadas, y á Fafila montado en un caballo enjaezado, con un alcon en la mano derecha, y en accion de marchar. Véese la reina en actitud poco noble, con ambas manos en la cintura, y fué, segun Florez, representada asi, por haber quedado en tal postura sobrecogida de espanto cuando le participaron de improviso la desgracia de su muy amado esposo. Su traje es rarísimo, pero no carece de elegancia y magestad. Compónese al parecer de dos túnicas, la esterior sin mangas, y abierta de arriba abajo por ambos costados. Desde el pecho á la cintura parece cerrada con botones, y de allí á los pies con alamares que dejan ver la túnica interior que es de poco vuelo, y mangas ceñidas. Finalmente, un velo largo hasta el talle, y echado á la espalda cubre su cabeza. El rey lleva como su esposa tambien dos túnicas de poco vuelo, y la esterior, que no tiene mangas se asemeja bastante á una sotana, y está sujeta por un rico ceñidor. Su cabellera es larga, y partida sobre la frente al uso de los godos. Segun puede colegirse completan su vestido calzas muy ceñidas, borceguíes, y un guante de manopla para coger el alcon. En otro chapitel se ve á Fafila luchando con el oso. En este su traje es una túnica corta formada de malla muy gruesa ó laminillas de acero; y en la cabeza un almete ó morrion muy estraño y tosco que cubre casi todo el rostro, y solo deja para ver un agujero en forma de ojo (1). Lleva manopla, y embraza un gran pavés, al que se abalanza el oso en la postura que Sandoval nos dice. En el tercer chapitel hay multitud de figuras que parecen monteros ó cazadores en derredor de una fiera de forma fantástica, semejante á un grifo que entre sus inmensas fauces tiene cogido un hombre, del que no se alcanza á ver sino una pierna. En todas las columnas de la capilla mayor se ve repetida la historia de la triste montería de Fafila, pues sus adornos consisten en osos, cazadores con lanzas ó espadas y cornetas, etc. Todas estas figuras se conservan con la mas cabal integridad, y al examinarlas detenidamente, no podemos calificar de exagerados los elogios que el ya citado Sandoval les tributa en el siglo XVI cuando nos dice que «don Alfonso I y su muger Ormesinda edificaron esta iglesia de tan linda cantería, y tan bien labrada, que parece se acaba de hacer, habiendo pasado ya 869 años.» El apreciable escritor y juicioso crítico Risco, sustenta la misma opinion de datar estas notabilísimas esculturas de la época de Alfonso el Católico, y esta es suficiente para que siga mereciendo la distinguida consideracion que les conceden los historiadores, anticuarios y arqueólogos, pues son al mismo tiempo que una muestra del estado en que se hallaban las artes, el tipo de los trajes civiles y militares de aquella remota época.



(1) La autenticidad de estas figuras la encontramos hasta en los historiadores arabes que describen el traje de los guerreros de Alfonso el Católico; entre otros El Laghi dice: «Llevan la cabellera larga y tendida con una birreta ó morrion tosquísimo afianzado al cuello con una correa, etc.»

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

La desposada de Amor ó la nueva Psiquis (1).

FRAGMENTOS.

En dobles velos de amaranto y gualda
envuelve el sol su refulgente faz,
y al partir ciñe espléndida guirnalda
al horizonte del inmenso mar.
Lánguido el Euro en las dormidas olas
apenas mueve su cerúleo azul,
mas las orna de leves aureolas
meciendo en ellas la espirante luz.
Desierta está la playa silenciosa,
y *Amla*, cual ella solitaria, vá
á adormecer su pena misteriosa
de aquella tarde en la solemne paz.
La estampa guardan de su planta breve
las arenas que lenta atravesó,
y ora la sienta presurosa y leve,
en alfombras de plácido verdor.
El valle cruza, la colina sube,
cual cerbatillo de su madre en pos;
mas ¡ay! sin rumbo, como vaga nube
que impele á su capricho el Aquilon.
Luego tras tantas vivas transiciones
de languidéz y agitacion febril,
reposo busca y gratas sensaciones
que hagan mas blando al corazon latir.
Vedla! del bosque en la perene sombra
la halla la noche, que se estiende ya,
muelle tendida en la florida alfombra
bajo el dosel de un pino secular.
Llega á besar sus plantas de alabastro
de un arroyo la linfa de cristal,
y en las orillas húmedas, su rastro
el césped guarda, que regó al pasar.
Pálido el ástro de los dulces sueños
sale á alumbrar la etérea soledad,
y la puebla de plácidos beleños
que vá esparciendo el céfiro fugáz.
Y en tanto eleva insomne Filomena
el eco flébil de su dulce voz,
largo y agudo en lontananza suena
de la cigarra el importuno son.
Amla no duerme, mas tampoco vela,
que en éxtasis dulcísimo cayó,
lánguida, cual la luna, que riela
en su alba frente el desmayado albor.
Asi sumida en muerte que la halaga...
(callad, y atentos mi cancion oid,
que hora en las cuerdas de mi lira, vaga
de gran misterio esposicion sutil!)
Asi, á la vista de su ansiosa mente,
evocado por su alma virginal,
aparece de súbito fulgente
el númen sacro que adorando está.
¡Al bello *Amor*, espiritu divino
del Ser Eterno eterna emanacion,
al rey del orbe, al padre del destino,
en su inefable arrobo contempló!
Cuantas bellezas la cadena enlaza
de la augusta y estensa creacion,
que en su grandeza inmensurable abraza
desde el querube hasta la humilde flor,
Todas unidas forman la apariencia
de aquel sublime inesplicable ser,
cual si encerrase su divina esencia
el gérmen primordial de cuanto es.

(1) Las estrofas que aquí se insertan pertenecen á un poema inédito de la autora. Las obras todas de la distinguida poetisa, a cuya amabilidad debemos esta bellísima composicion, van á ser reimpresas en Barcelona formando coleccion.

El mundo material y el invisible,
aquel sumo poder compendia en sí,
que en él reune un lazo indefinible
cuanto se puede amar y concebir.

—

Suena su acento halagador y grave:
—«¡Virgen! pronuncia el universo vasto,
»Nada tan bello como tú me ofrece,
»Nada tan casto!»
«Soplo exhalado de mi labio ardiente
»Es el principio del sentir fecundo;
»Soplo que llena de infinita vida
»Todo este mundo!»
«Todo este mundo con mis leyes rijo;
»Todo lo mueve mi atraccion eterna;
»Tengo en los cielos, que mi nombre acatan,
»Silla superna.»
«Solos, empero, los humanos seres,
»Angeles nobles que disfraza un velo,
»Son los que alcanzan en la tierra triste
»Goces del cielo.»
«Solo á sus almas de mi esencia pura
»Pláceme hacer revelacion secreta:
»Solo á sus almas mi cadena de oro
»Blanda sujeta.»
«Intima en ellas mi sagrada llama
»Brilla, y remonta su fecunda lumbre
»Fuera del orbe, á iluminar la eterna
»Célica cumbre.»
«Vírgenes castas mis delicias hacen,
»Ellas presienten mis supremas glorias,
»Darles me place, de su afan en premio,
»Nobles victorias.»
«Nacen algunas, de mi escelsa mano
»Sello llevando, que respeta el mundo,
»Otras, ay! locas, su corona al cieno
»Lanzan inmundo!»
«Alto tu orígen, alto tu destino
»Plúgome hacer y te elegí por mia:
»¡Virgen! el aire que aspirando bebes
»Es poesia!»
«Hondo misterio tu existencia cubre,
»Gózate, empero, si tu instinto régio
»Dá testimonio que te cupo en suerte
»Gran privilegio.»
«Fácil no empero tu camino juzgues,
»Breñas lo siembran, cenagosos hoyos;
»Alas por eso te daré que salven
»Tantos escollos.»
«Tu alma mi soplo abrasador enciende
»Orlas de fuego á tu ropaje doy!...
»¡Eres de Amor la desposada augusta!
»Yo tuyo soy!
«Mírete el mundo con asombro torpe;
»Pasa por él hollando cenagales;
»Mas guarda puras las que vistes hora
»Galas nupciales.»

—

Esto con voz dulcísona
dice el sublime espíritu;
toca su dedo cándido
de *Amia* la tersa sien;
Ornala al punto súbito
grato esplendor purísimo;
sello de suerte insólita;
prenda de eterno bien.
Luego su vuelo rápido
toma el amante alígero
rastro dejando fúlgido
por el etéreo azul.
Roto el encanto mágico
se alza la virgen trémula;
late su seno mórvido
bajo su blanco tul:
Brillan sus ojos límpidos
con entusiasmo férvido
y sus miradas ávidas
van del amante en pos:
Mas ya le velan próvidas
nubes de plata y púrpura...
¡ya ni las huellas plácidas
quedan del almo Dios!
....
....
....
....
¡Cuántas noches han pasado
desde aquella memorable
que una ventura inefable
gozó su alma virginal!
¡Cuántas que en vigilia acerba
con anhelar incesante
la ausencia del sacro amante
gimió su pecho leal!
En el bosque misterioso
cuántas veces, ay! la luna
oyó la queja importuna!
de su perene dolor!
¡Y cuántas salió la aurora
entre nacar y amaranto,
y hallóla envuelta en su llanto
allí esperando á su amor!
Pidióselo al cielo sordo
con patéticas querellas,
mas el sol y las estrellas
la burlaron á la par;
Y con el nombre adorado,
que exhalaba el labio seco,
en vano fatigó al eco
del valle, el monte y el mar!
Por eso ya adusta mira
con desden los verdes prados;
son con escarnio pisados
los altares de jazmin;
Y en pos del bien que idolatra
y cuyo olvido la aterra,
anhela cruzar la tierra
del uno al otro confin.
Ay! asi su mente insana,
que grosero el error ciega,
no comprende que se entrega
á una esperanza fatal;
Y en su alma el amor en vano
le dice con hondo grito:
—Me concibes infinito,
no me busques terrenal!!
....

G. G. DE AVELLANEDA DE SABATER.

DESCRIPCION DE LA CIUDAD DE ESPARTA Y COSTUMBRES DE SUS MORADORES.

La ciudad de Esparta era redonda, y comprendia 48 estadios de circuito: magnitud bien inferior á la de Atenas que tenia cerca de 100. Esparta en aquella época no contenia mas que 8.000 hombres en estado de llevar las armas. Esta ciudad estaba bajo la proteccion de Juno, como Samos, Argos y Micenas. Creta estaba bajo la de Júpiter y Diana; Chipre y Pafos, bajo la de Venus. Su terreno desigual estaba cortado por colinas: sus casas eran pequeñas y bajas. En la plaza pública se congregaba el Senado de los ancianos en número de 28, y el de los Eforos en número de 5. El mas bello edificio de la ciudad era el pórtico llamado de los Persas. Veíanse en él muchas estátuas do mármol blanco colocadas sobre columnas, las cuales representaban los gefes del ejército bárbaro. Se veia tambien una grande estátua que representaba el pueblo de Esparta. Habia ademas multitud de templos consagrados á la tierra, á Júpiter, á Minerva, á Neptuno, á Juno y á Apolo, y otro á las Parcas, junto al cual se veia el sepulcro de Orestes. En lo alto de la colina se divisaba otro templo dedicado á Venus, cuya forma era singular; propiamente hablando eran dos templos uno sobre otro: en el de abajo se veneraba á Morfeo ó Venus, diosa de la hermosura; pero en el templo superior se dirigian las súplicas á Venus tapada y encadenada como imágen de la fidelidad que deben las mugeres á sus maridos. Despues estaba el Dromos, que era un sitio destinado á la carrera de los jóvenes, y contenia dos gimnasios. A algunos pasos del Dromos se veia una estátua vieja de Hércules, á los pies

de la cual iban los jóvenes á ofrecer sacrificios cuando salian de la adolescencia para entrar en la clase de hombres. Los jóvenes llevaban la barba larga, los cabellos sueltos en toda su longitud, y divididos en dos ó tres trenzas que les caian sobre las espaldas; bajábanles hasta el pecho unos bigotes espesísimos; y en vez de la capa larga de los atenienses, cubren sus túnicas con una especie de casaca muy corta, que era roja en tiempo de guerra, pero siempre desaseadísima y desgarrada. Por zapatos llevaban sandalias (en tiempo de licurgo una ley los precisaba á ir descalzos) y en la cabeza una especie de sombrero en forma de cono; andaban en silencio, con los ojos bajos y las manos metidas bajo su casaquilla, y otros llevaban en la mano un palo parecido á un báculo.

Las mujeres jóvenes eran de alta estatura y de admirables proporciones: su peinado consistia en unos sombreros grandes tejidos con juncos del Eurótas; su vestido, que era cortísimo, las descubria las piernas: (las mujeres casadas iban con la mayor decencia) y el motivo porque las jóvenes iban vestidas de esta manera parecia ser porque habian de aprender á bailar, á correr en el estadio, y á lanzar el dardo. Se las habituaba á estos ejercicios para fortificar sus fibras, soltar sus cuerpos, y hacerlas capaces de dar á la patria hijos sanos y robustos. Habia tambien fiestas en que las jóvenes danzaban totalmente desnudas. Tambien se celebraban comidas públicas llamadas fidias, en las que los reyes, Eforos y ciudadanos comian en comunidad. Cada uno llevaba por mes una fanega de harina, diez y ocho medidas de vino, cinco libras de queso, dos y media de higos, y algun poco de moneda de hierro para comprar carne. Dichas comidas se hacian en salas grandes donde habia mesas puestas de 15 cubiertos. A la entrada de cada sala habia un Espartano el mas viejo, el cual advertia á los convidados que de cuanto oyesen nada habia de salir de allí: los convidados de una mesa no se mezclaban con los de otra, y ninguno podia ser admitido á ellas sin el consentimiento comun, bastando la repulsa de uno solo para dar la exclusion. En estas comidas los Espartanos contra las costumbres de los otros pueblos estaban sentados sobre bancos de madera; se les servia una salsa negra y cerdo cocido y cortado en porciones iguales; á veces se les daba caza y pescados, animando tambien el banquete la chanza y la alegría. En dos ocasiones podian los Espartanos comer en sus casas: cuando volvian de caza muy tarde, y cuando sacrificaban á los Dioses en sus casas, y en ambos casos podian enviar una pieza de lo que habian cazado, ó las primicias de sus sacrificios á los convidados de la mesa. Mientras esta comida se presentaban dos esclavos, les hacian apurar unas grandes copas de vino hasta que quedaban embriagados, los paseaban así alrededor de la sala, les mandaban cantar escolias obscenas, y luego bailar y colocarse en posiciones indecentes. Esto lo hacian para que los jóvenes que estaban presentes esperimentasen los tristes efectos de la embriaguez. Tambien permitian el hurto con tal que se hiciese sin advertirlo el dueño de la cosa, lo que sucedia frecuentemente para que aprendiesen los ardides de la guerra.

Entre los jóvenes habia varios ejercicios guerreros. La hora en que se daba la señal de la pelea era la de medio dia; inmediatamente pues, se echaban ambas partidas unas sobre otras y reñian ya á puntapies, ya cuerpo á cuerpo, ya por pelotones, ya se mordian con toda su fuerza, y ya tambien cada tropa se esforzaba para obligar á la otra á que retrocediera y se precipitara en el Euripo. Si algun jóven caia herido, no cesaba por eso el juego, sino que retiraban al herido.

Los niños habitaban en unos dormitorios cuyas camas eran de cañas, y en el invierno se cubrian para que no fuesen tan duras ni tan frias, con una especie de bello ó pelusa que cria el cardo. A la edad de siete años dejaban las casas de sus padres para entrar en aquellas casernas, y desde la de cinco empezaban á aprender la danza militar.

Habia tambien ciertas ceremonias en los nacimientos. Ponian á la recien parida sobre un escudo y la daban un dardo, y luego que nacia la criatura, si era varon, la colocaban los parientes sobre el mismo escudo diciendo en alta voz: «O SOBRE ÉL Ó CON ÉL.» El padre lo llevaba al Leschez, donde ocho de los mas ancianos de su tribu estaban ya esperándolo para verificar su complexion. El ama de leche echaba vino en un tazon, metia en él á su cria, la lavaba el cuerpo, la dejaba cierto tiempo en aquel baño, y despues lo presentaba á los ancianos. Si en esta inmersion se resentia el recien nacido y se fatigaba, declaraban los jueces que jamás llegaria á ser un hombre vigoroso, lo reputaban por inútil á la república, y pronunciaban sentencia de muerte contra él. Era una ley y por eso mandaba la república que cada diez dias los Éforos pasasen revista á los niños, los cuales habian de estar desnudos para examinar su constitucion. Los que eran sobradamente gordos, debian ser castigados y condenados á una multa.

Los espartanos sobresalian en el salto, pues saltaban mas de 23 pies. Los cobardes y fugitivos estaban escluidos de todo cargo, y era vergonzoso casarse con sus hijas, ó emparentar con ellos de cualquier modo; cuantos los encontraban podian apalearlos; vivian precisados á llevar vestidos muy sucios y remendados de diferentes colores, y habian de llevar afeitada la mitad de la barba y dejar crecer la otra mitad.

Celebraban una fiesta anual á Diana Ortia, cuyo templo estaba en la calle de Limnea. La estátua de la Diosa era de madera y muy pequeña. Poníanse los sacerdotes junto al altar, y uno de ellos decia en alta voz: «Hagamos las libaciones y oremos.» Acabada la oracion, traian las víctimas sobre cuyas frentes ponian los sacerdotes una torta amasada con harina de cebada y con sal, y derramaban vino sobre sus cabezas; quemaban sobre el altar palos de higuera y de mirto, arrancaban pelos de la frente de las víctimas, los echaban al fuego, é inmediatamente los degollaban con el sagrado cuchillo. A continuacion quemaban las piernas con la leña partida y dividian las víctimas entre los Dioses, los sacerdotes y los que las presentaban: la de los Dioses quedaba consumida por las llamas. Concluida esta ceremonia, mandaban llegar á los niños, que eran los héroes y víctimas de la fiesta. Presentábanse varios de estos de edad de siete años, y los seguian otros tantos esclavos con varas; colocábanse todos en medio del templo; acercábase á ellos una sacerdotisa que llevaba en sus manos la estátua de Diana, y la levantaba lo mas alto que podia. Entonces los ejecutores empezaban á dar á los niños multiplicados golpes con las varas. Aquellas víctimas inocentes y tiernas los recibian sin arquear siquiera las cejas, ni proferir la mas leve murmuracion. Sus mismos padres, ya con señas, ya con amenazas, ya con palabras, los exhortaban á la constancia, y á que se dejasen desollar sin proferir ni una queja, y aunque corriese la sangre resonaban todavía los azotes. Si se moderaba el ardor de los verdugos, la sacerdotisa que lo echaba de ver, esclamaba de esta manera: «No puedo sostener mas la estátua.» A este grito que era de reprension para los esclavos, como si se les echase en cara su tibieza, se animaban de nuevo y se sucedian los golpes con mas vigor y frecuencia hasta que quedaban sus cuerpos sangrientos y despedazados.

Causa horror el referir hechos tan indignos de la especie humana y que la degradan enteramente. Pero no fueron estraños en una gente ignorante hasta lo sumo, y que prohibia el aprender las ciencias. La ignorancia oscurecia en ellos el amor que debian á sus hijos, segun lo prescribe el derecho natural, y cuyos efectos se esperimentan para confusion de tales hombres en los seres destituidos de la racionalidad. Venzamos, pues, la ignorancia, procuremos adquirir mas y mas la civilizacion, y entonces brillará en nosotros con todo su esplendor ese don precioso que nos hace participantes de la Divinidad, y por el cual nos distinguimos de los otros seres criados para la tierra.

DE LOS SENTIDOS.

He aquí clasificados los sentidos, tal como la naturaleza parece haberlos colocado en los hombres, en los cuadrúpedos y en los pájaros; es decir el orden segun el cual se afectan mas sensiblemente los diferentes órganos de los sentidos en aquellas tres especies.

En el hombre el tacto es el sentido mas perfecto, el gusto el segundo, la vista el tercero, el oido el cuarto, el olfato el último. En los cuadrúpedos el olfato el primero, el gusto el segundo, la vista el tercero, el oido el cuarto, el último el tacto. En los pájaros la vista el primero, el oido el segundo, el tacto el tercero, el gusto el cuarto, el olfato el último.

MADRID: Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, num. 4.



RUY GONZALEZ DE CLAVIJO.

Las nuevas de las conquistas, devastaciones y crueldades que señalaban la marcha del Atila del Asia Tamerlan, se oian en España como las de los estragos causados por una tempestad, inundacion ó otra calamidad en lejanas tierras. Por todas partes se apiñaba la gente en torno del peregrino que volvia de visitar el santo sepulcro para escuchar la triste relacion de batallas sangrientas, horribles muertes y destruccion de ciudades, cuyas cenizas acababa de pisar. Los ancianos traian á la memoria los hechos de armas mas señalados de su tiempo, y no los hallaban comparables á los que la fama publicaba de aquel fiero conquistador; los monges se confirmaban en la idea de que era el antecristo, y hasta los guerreros crecidos entre las fatigas de la guerra y avezados á sus azares oian contar con asombro las hazañas del bárbaro escita. Empuñaba á la sazon el cetro de Castilla Enrique III, príncipe diestro en el arte de gobernar y que se complacia en unir su nombre á cuanto respiraba grandeza y gloria. Igualmente celoso por estender sus relaciones de amistad y alianza que los límites de sus dominios, deseó entablarlas con aquel hombre estraordinario, y con este fin y para que le comunicasen con verdad las increibles proezas que de él se referian, las cuales exageradas por el vulgo y no permitiendo aclararlas la distancia, tomaban para la gente entendida el carácter de fabulosas, despachó á Oriente dos de sus caballeros, Pelayo Gomez de Sotomayor y Hernan Sanchez de Palazuelos.

Desde que en 1380 impetró Leon de Lusiñan, rey de Armenia, prisionero del Soldan de Egipto, la mediacion del rey de Castilla para obtener como obtuvo la libertad, no habian vuelto á tener los castellanos inteligencia alguna con príncipes orientales, si bien sus vecinos los catalanes y aragoneses mantenian allí un comercio activo, y desde el siglo XIII tenian establecidos consulados en los principales puertos de aquella region. Pasaron nuestros emisarios al Asia, y como aventureros siguieron el campamento de Tamerlan y asistieron á la rota de Ancira, donde la ruina del trono turquesco llevó á su mayor apogeo la fortuna del sucesor de Gengiskan. Al punto que entendió el vencedor la presencia de los dos estrangeros en su campo, mandó que viniesen á su tienda, y colmándoles de regalos, entre los que figuraban dos lindas jóvenes, despojo del vencido, les despidió para España, no sin juntarles uno de sus cortesanos, de nombre Mahomat Alcagi, para que en calidad de embajador suyo saludase al monarca castellano.

Fué recibido por nuestra córte el embajador de Tamerlan como se recibe siempre al enviado de un conquistador amigo. Don Enrique no desatento á la cortesía del bárbaro, dispuso que su representante, despues de haber sido obsequiado con partidas de caza, lujosas fiestas y regalados banquetes, volviese acompañado de una embajada en toda forma para felicitarle por las recientes victorias. Merecieron la confianza del rey para desempeñar este cargo, fray Alonso de Sta. María, teólogo dominicano, de quien hace honorífica memoria la crónica general de su órden, el cual hacia como de principal ó cabeza, Ruy Gonzalez de Clavijo, historiador de esta jornada, que aparece como secretario, y un caballero llamado Gomez de Salazar, que iba en clase de agregado. Escritores bastante posteriores á Ruy Gonzalez, le hacen natural de Madrid, añadiendo que moraba en las casas que ocupaban el lugar que hoy la capilla del obispo en la parroquia de San Andrés. Lo único que se sabe de cierto sobre su vida antes de emprender la espedicion que le hizo tan célebre en aquella edad, es que tenia el empleo de camarero mayor del rey, cargo entonces equivalente al que despues del advenimiento de los Borbones se conoció con el nombre de sumiller de corps.

Embarcáronse nuestros diplomáticos en compañía del de Tamerlan en Cádiz, el dia 23 de mayo de 1403, en una carraca de un comerciante genovés que iba á Rodas. Tardaron mas de dos meses en la travesía, no solo por la natural pesadez de aquella clase de embarcaciones, sino por haber el patron hecho escala en varios puntos para cambiar el cargamento. Con este motivo tuvieron lugar de ver varias ciudades, como Málaga, que aun pertenecia al rey de Granada, Ibiza del de Aragon, Gaeta, Mecina y otras. Espectáculos nuevos fueron para nuestros viajeros los volcanes de Lipari y las helenas ó fuegos de San Telmo, que durante una borrasca aparecieron en los palos del buque, y que tomó la tripulacion, como sucedia antes que se esplicase la causa de este meteoro, por el alma de aquel celeste protector de los navegantes. Avistaron, quizá sin emocion, y pasaron de largo las costas de Grecia, únicos tal vez que han surcado aquellos mares y divisado aquellas playas sin consignar un recuerdo, sin detenerse á pisar el suelo clásico de los

filósofos y de los héroes. Con igual indiferencia atravesaron el Archipiélago, donde cada isla es un poema, y donde no hay roca á quien no deba un Dios el paganismo. Tomaron tierra en Rodas, Scio, Mitilene y Tenedos, ya para adquirir noticias de la córte de Tamerlan, proveerse de bastimentos, ó reparar averías, pero nunca con objeto de visitar un sitio memorable. En la primera de estas islas fueron muy honrados por el lugar teniente del gran maestre, desde la última contemplaron las ruinas de la córte de Priamo. De allí distinguieron ó creyeron distinguir *los edificios e pedazos del muro aportellados a lugares, e de torres enhiestas, e otros edificios como de castillos, e los muros que parescian por do fuera la ciudad.* Estos edificios y pedazos de murallas y de torres enhiestas, existentes despues de veintiseis siglos, parecen protestar contra las palabras que el poeta latino ha puesto en boca del fundador del pueblo romano al acabar de referir la série de desventuras que causaron la ruina de su patria, *et omnis humo fumat. Neptunia Troja.* Poco mas de cuatrocientos años han transcurrido desde que nuestro compatriota escribió lo que dejamos citado, y los anticuarios y curiosos viajeros que se dirigen á aquellos célebres lugares solo encuentran ya un campo desierto en que se levantan dos colinas que la tradicion señala como las tumbas de Hector y de Patroclo.

Arribaron los embajadores á Constantinopla á fines de octubre y se alojaron en el arrabal de Pera, en todo tiempo albergue casi esclusivo de estrangeros. Una sombra de nacion en que hacía cabeza una familia dividida por la ambicion y el crímen llevaba todavía el nombre de imperio oriental, título tan pomposo como falso, pues que sus límites solian ya ser los muros de la misma capital. Nombrábase entonces emperador Manuel Paleologo, príncipe no de los mas indignos que ciñeron la diadema del gran Constantino. Lisongera acogida tuvieron de él y de su córte nuestros enviados, si bien el lector no habrá olvidado que entre estos iba el de Tamerlan, á quien Manuel debia el imperio. Mostráronles prolijamente todas las curiosidades que en obras públicas, templos y reliquias encerraba la heredera de Roma, principalmente de estas últimas que fueron tantas y tan peregrinas, segun las refiere nimiamente Ruy Gonzalez, que al lado de aquellos relicarios hubieran parecido escasos y poco preciosos los del Escorial. Examinaron las fortificaciones, que nuestro autor encontró tan mal dispuestas que dudó del valor de los turcos al verlos retroceder ante ellas; «ca para tan grande gente como los turcos eran, dice, non era defendedera esta ciudad, e paresce que los turcos non son buenos combatientes, si non entraranla.» El aspecto de la poblacion revelaba demasiado su estado miserable: «en esta ciudad de Constantinopla, dice en otro lugar, hay muy grandes edificios de casas e de iglesias e de monesterios, que es lo mas dello todo caido.» Tal era Bizancio, Constantinopla ó Stambul, treinta años antes del nacimiento de Mahometo II.

Hiciéronse á la vela para Trebizonda ó Trapisonda, como entonces decian, el 14 de noviembre; mas una terrible tormenta que les sobrevino apenas habian salido del puerto, les obligó á volver á Pera donde permanecieron hasta la primavera del siguiente año de 1404, por no hallar buque que quisiera engolfarse durante el invierno. Pasado este fletaron por su cuenta una galeota y el dia 11 de abril llegaron á aquella famosa ciudad, capital de uno de los cuatro reinos en que se dividió el imperio griego. Debieron como en Constantinopla grandes atenciones á la familia real en los quince dias que allí se detuvieron para ver la ciudad, y para proveerse de caballerías y demas cosas necesarias para continuar el viage por tierra. Abastecidos convenientemente y con un guia práctico internáronse en la Armenia, teniendo que sufrir al atravesar su suelo desolado y casi desierto por el furor de la guerra, continuas vejaciones de los régulos ó señores del pais que les forzaban á pagar fuertes derechos, ó á que les diesen parte de los presentes que llevaban al Tamerlan. Tal vez se harian á nuestros compatriotas mas acerbos estos ultrajes si recordaban que un siglo antes unos cuantos españoles bajo las banderas de Roger de Flor habian recorrido vencedores aquellas dilatadas comarcas.

Pasaron el Eufrates por Arzingan, ciudad muy nombrada en las guerras de tártaros y turcos, y á las pocas jornadas se presentó á su vista el monte Ararat, en cuya cumbre, segun los espositores del sagrado testo, salió Noé del arca y ofreció el sacrificio. Comieron y sestearon á la márgen de una cristalina fuente que riega su falda, y siguiendo el camino salvaron el 5 de Junio las fronteras de la Persia, donde se reunieron á un enviado del Soldan de Egipto que llevaba al Tamorlan de parte de su Señor quince camellos cargados de presentes. Descansaron algunos dias en la populosa Tauris, cuyas murallas encerraban, segun cálculo de Ruy Gonzalez, mas de doscientas mil casas, y cuyo gobernador, que era pariente de Tamerlan, cuidó de enseñarles todo cuanto contenia de notable en alcaicerías, jardines, palacios, mezquitas y baños, aunque la mayor parte estaba destruido en virtud de cierta brutal determinacion de un hijo de aquel tirano, que luego referiremos. De aquí en adelante hallaron un servicio de postas tan bien montado, que en este punto aquel gobierno no tendria nada que envidiar á las que en el dia tienen mas perfeccionado este ramo.

Despues de seis jornadas llegaron á Sultania, rica y comerciante ciudad que habia sido víctima con Tauris de la fiereza ó locura del hijo mayor de Tamerlan, á quien este las habia dado como en feudo, el cual llevado de un bárbaro y estraño afan de renombre, semejante al que inflamaba al incendiario del templo de Diana, discurrió destruirlas para hacerse memorable. Prosiguieron su marcha en caballos de posta, que *andan quince á veinte leguas entre dia y noche.... e en cada una dellas hay tanto como dos leguas de Castilla*, y á 7 de julio pasaron por Teheran, poblacion entonces de poca importancia, donde residia un yerno de Tamerlan, quien les convidó á un banquete en que se sirvió un caballo entero, favorita vianda de aquella gente. Dióles ademas trajes del pais, distinguiendo á Ruy Gonzalez con un caballo grande y andador, cualidad á que allí añaden gran precio, guarnecido de vistosos arreos. Un nieto del señor que yacia aquí enfermo se quedó con uno de sus halcones, que hacian parte de los regalos destinados á su abuelo.

Con el escesivo calor enfermaron los embajadores y casi toda su comitiva. Ahogóseles un halcon, y antes de dejar la Persia tuvieron el sentimiendo de perder á Gomez de Salaszar, que falleció en Nixaor, capital de la antigua Media, segun Ruy Gonzalez, si bien habian concurrido á asistirle los mas célebres galenos de la comarca.

Los habitantes de las poblaciones pequeñas, al saber la aproximacion de embajadores, abandonaban sus hogares y se retiraban á las montañas con lo que de su hacienda podian llevar, huyendo de los malos tratamientos que les hacian esperimentar la soldadesca que los escoltaba. Por los caminos encontraban frecuentemente torres fabricadas de lodo y cráneos humanos, *tan altas como un ome podia echar una piedra en alto*, horribles trofeos que como para perpetuar mejor la memoria de su estúpida crueldad, solian levantar los conquistadores salidos de aquellas razas; monumentos repugnantes que afrentando á la humanidad y al siglo manchan todavía una parte del suelo europeo, la Turquia, y que han subsistido hasta muy recientemente á las puertas de nuestra patria en las islas de los Garbes.

Al atravesar la tierra de Korasan visitaron en una de sus ciudades el sepulcro de un nieto de Mahoma, cuya fama de santidad atraia gran número de peregrinos, los que, como acontece entre musulmanes, y sucedió á Ruy Gonzalez y á sus compañeros, eran luego mirados con cierta especie de veneracion en otros paises de la misma creencia. El 18 de agosto estuvieron en Balka, que colegimos será la que nuestro diplomático llama Vaeg, y el 21 pasaron el Gihon ó antiguo Oxo, que por allí *es ancho cuanto una legua.* Detuviéronse en Kesh, patria de Tamerlan, para admirar la suntuosa mezquita labrada por órden suya para guardar sus restos y los de sus descendientes, y el magnífico palacio que como retiro ó sitio habia hecho construir, y en cuya labor y adorno el lujo y gusto oriental habian apurado todos sus recursos. *Para dentro en Paris onde son los maestros sotiles, seria fermosa obra de ver,* dice Ruy Gonzalez al describir aquel soberbio rival de la Alhambra. Por último, el 8 de setiembre dieron vista á Samarcanda, córte del imperio de Tamerlan, y término de tan dilatado viaje. Asiéntase esta famosa ciudad, depósito entonces de todas las riquezas del Oriente, en medio de una feracísima vega, y extramuros se hallaba situado el alcázar, morada del árbitro del Asia. Precedidos de los regalos, y sujetándose á la humillante y ridila etiqueta oriental, presentáronsele nuestros embajadores, que fueron recibidos con ilimitadas muestras de distincion. Hízoles acercar para verlos mejor, por tener ya con los muchos años la vista cansada y débil; mandó que se sentasen en lugar preferente sobre los demas embajadores de otras

naciones, y para colmo de deferencia se informó con grande interés de la salud de su *querido hijo el rey de España*, que tan afectuoso nombre solo nuestro soberano le mereció al que solia decir que no convenia que la tierra fuese gobernada por dos reyes. Mahomat Alcagí, el embajador que vino con Sotomayor y Palazuelos, se presentó en traje de Castilla, lo cual llamó la atencion y escitó la risa de sus compatriotas.

Asistieron constantemente nuestros representantes á todas las fiestas y pasatiempos de aquella córte. Solo una vez dejaron de ser invitados por olvido del trujiman ó intérprete, omision que iba á costarle bien cara, pues fué condenado á que horada la nariz y pasada por ella una cuerda fuera asi llevado por toda la ciudad, sentencia que á duras penas pudieron conseguir quedase sin efecto. Reducíanse las dichas fiestas á comer carne asada de caballo ó de carnero, servida en bajilla de oro ó de porcelana, y á beber leche de yegua con azúcar; el vino no era permitido si no precedia el permiso del monarca, que facilmente lo concedia, pues aunque se preciaba de rígido observador de la ley muzlimica, no estaba de acuerdo en este punto con el profeta, como no lo están en el dia la mayor parte de sus sectarios. En uno de estos convites hizo ahorcar Tamerlan para fin de fiesta á varios empleados prevaricadores, entre los que se contaba su primer ministro. Probablemente ignoraria, pues á saberlo lo hubiera imitado, el tratamiento que daba á esta clase de criminales un antecesor suyo, con quien tiene muchos puntos de semejanza, Cambyses, el cual segun cuenta Herodoto, mandaba degollar vivos á tales delincuentes, y que con la piel se forrase el asiento del sucesor. Parece que uno y otro tirano se habian encargado de vengar la impunidad de que este delito ha gozado, con muy raras escepciones en todas partes, antes y despues de ellos.

Estiéndese Ruy Gonzalez en la descripcion de Samarcanda, y en referir las arbitrariedades, sinrazones y violencias que el déspota hacia sufrir á los habitantes en su vano afan por embellecerla. Y llamámosle vano afan porque siglo y medio despues un célebre geógrafo, Abrahan Llortelio, la designaba ya en sus mapas como un monton de ruinas. Empleábanse de dia y de noche millares de operarios en abrir nuevas calles, levantar casas ó demoler las que estorbaban, sin indemnizacion al dueño ni aun siquiera previo aviso. Así casi de simple aldea habia venido á ser en pocos años la ciudad mas bella y regular de aquella parte del mundo.

Esparciéronse de pronto siniestros rumores acerca de la salud de Tamerlan, que muy luego tomaron cuerpo con no presentarse este en público, y con no abrirse para los estraños las puertas de su palacio. Deseosos nuestros embajadores de volverse á España daban prisa para que les despachasen, pero los palaciegos con frívolas escusas eludian su pretension de hablar al soberano. Insistieron con vehemencia en su empeño, mas resistiéronlo tan tenazmente los privados del desfallecido monarca que acabaron por negarles sin rodeos la entrevista que solicitaban, añadiéndoles que si de grado no marchaban en breve término, les harian sin consideracion alguna partir por fuerza. Resolucion que atribuye Ruy Gonzalez al temor de que divulgaran por el camino el próximo fallecimiento de Tamerlan, y se sublevasen los gefes de las provincias que esperaban sucederle. Obedecieron los embajadores tan incalificable determinacion el mismo dia que les fué intimada, saliendo de Samarcanda, donde no era ya un secreto que el temido conquistador tocaba el fin de su carrera.

Volvieron á atravesar el Asia casi por los mismos sitios por donde les hemos seguido, mas antes de dejar los estados de Tamerlan participaron de los efectos de la descomposicion social que era inevitable á su muerte, descomposicion que sufren hasta que se reconstituyen, fraccionándose todos los grandes imperios formados de provincias y reinos allegadizos cuando se rompe el lazo que los comprime. En Tauris fueron detenidos sin saber ellos la causa por uno de los que aspiraban al trono que se habia enseñoreado de aquella ciudad, y al cabo de cinco meses, esto es, ya promediado el año de 1405, pudieron escapar abandonando parte del equipaje. Embarcáronse en Trevizonda y continuando con la mas posible celeridad el viaje, despues de mil borrascas y azares surgieron en el puerto de Génova al comenzar el año de 1406. De aquí *los embajadores fueron á Savona donde estaba el papa, por cuanto habian de ver con él algunas cosas.* Estas cosas serian tal vez el hacerle presentes las quejas y súplicas de las desoladas iglesias de Asia, de cuya opresion habian sido testigos. Era entonces pontífice Inocencio VII, y estaria en Savona huyendo de los partidarios del turbulento antipapa aragonés Benedicto Luna, que traian revuelta á Roma. Finalmente, el primero de marzo volvieron á pisar el suelo natal, tomando tierra en Sanlucar, desde la cual se dirigieron á Alcalá de Henares, donde accidentalmente se hallaba el rey, para darle cuenta de su comision.

Aquí acaba el itinerario de Ruy Gonzalez, y aquí deberia acabar tambien su biografía si la losa de su sepulcro no nos revelara la época de su fallecimiento. Dice así esta única página que debió á sus contemporáneos: *Aquí yace el honrado caballero Ruy Gonzalez del Clavijo, que Dios perdone, camarero de los reyes Don Enrique, de buena memoria, e del rey Don Juan su fijo, al cual el dicho señor rey ovo enviado por su embajador al Tamerlan, el finó dos dias de abril ano del señor de mil y cuatrocientos e doce anos.* Es cosa singular que esté envuelta en tanta oscuridad la vida de este personage, que ejerció un destino de alta categoría en palacio, que debió escitar sobremanera la curiosidad pública despues de su espedicion, y á quien no debió tratar con rigor la fortuna cuando restauró á su costa con gran lujo la capilla mayor de la antigua iglesia de San Francisco, en la cual se le erigió un magnífico sepulcro, que años despues fué trasladado al medio del templo para dar lugar al de la reina Doña Juana, madre de la Beltraneja. No dejaron reposar allí por mucho tiempo sus cenizas: á fines del siglo XVI volvieron á ser removidas y arrinadas á una de las paredes laterales, y por último, cuando se reconstruyó en el siglo pasado el edificio, se las depositó en la bóveda de la nueva iglesia donde descansan por ahora. Formaban el escudo de armas de Ruy Gonzalez, media luna de oro en campo gules y tres fajas rojas en campo de plata. Dióle el apellido á sus ascendientes, segun el concienzudo heráldico Argote de Molina, la famosa batalla que se han propuesto borrar de nuestros fastos los modernos críticos.

No habiendo visto la luz una carta de Ruy Gonzalez, que dice Gil Gonzalez Dávila, existia en el archivo de la cartuja del Paular, dirigida al prior de la misma, nos reduciremos á hablar de su único escrito que ha llegado á nosotros, el itinerario del viaje desde que se embarcaron en el puerto de Santa María hasta que á su vuelta se presentaron al rey en Alcalá. Gonzalo Argote de Molina, grande investigador é infalible por esclarecer los sucesos de aquel reinado, impidió que se sumiera en el olvido uno de los que mas lo ilustran, imprimiendo esta obra en 1582, precedida de un erudito prólogo y dedicándola al ministro Antonio Perez. Reimprimióla en 1782, mas completa por los cuidados de Don Eugenio Llaguno y Amirola el conocido librero Don Antonio de Sancha, á quien tanto debe el arte tipográfico en nuestro pais. No nos detendremos á señalar los defectos, ni á encarecer los dotes que recomiendan este libro, escrito sin las pretensiones de que se hace ostentacion ahora en los de esta clase, pues mas bien debe considerarse como unas memorias privadas, que compuesto para instruccion y pasatiempo de los demas. Sin embargo, el camarero de Enrique III tiene la diccion mas culta y el estilo mas fácil y ameno que todos sus coetáneos, sin esceptuar á Don Pedro Lopez de Ayala; describe con naturalidad, sin prevencion ni intolerancia, observa y juzga costumbres y creencias contrarias, fija con exactitud la topografía, si bien altera hasta desfigurar los nombres propios por la manía de castellanizarlos; muestra la diferencia de producciones de cada suelo y no se olvida de indicar el estado del comercio y de la industria en las grandes poblaciones. ¿Quién sabe la influencia que pudieron tener sus brillantes descripciones de palacios y festines, en que los autores de libros caballerescos hiciesen aquella region el teatro de las aventuras de sus héroes y les ciñeran por premio de sus trabajos las diademas de aquellos imperios? Pero no adelantemos una suposicion que podria atraer sobre nuestro buen camarero parte del ridículo que cubre á toda aquella estravagante literatura, que debió su muerte á España pero no su nacimiento.

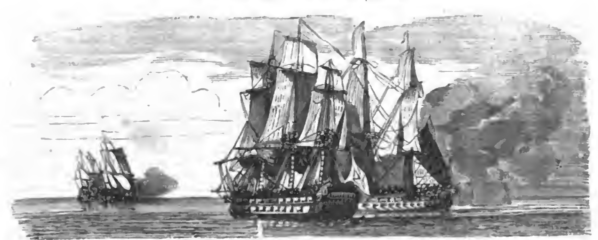
José Godoy Alcántara.



Orden de batalla.



Armada de vela cortando la linea enemiga.



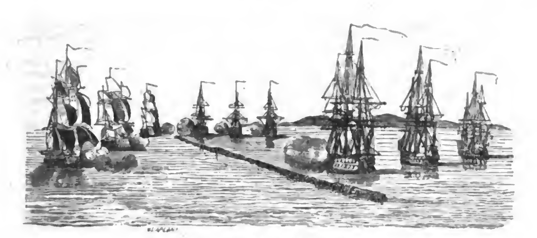
Combate al abordaje.



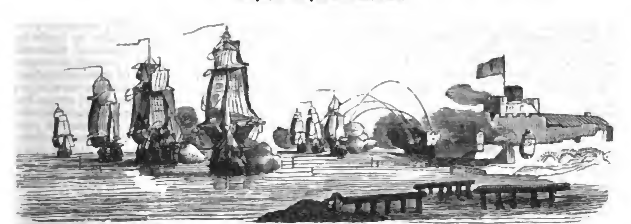
Orden de retirada.



Barcos atracados.



Ataque de buques atrincherados.



Bombardeo de un puerto.



Desembarque de tropas en pais enemigo.

TACTICA NAVAL.

Vamos á presentar algunas noticias que sirvan de esplicacion á los ocho grabados de táctica naval que publicamos en este número, persuadidos de que no han de desagradar á nuestros lectores algunos detalles sobre el sistema que se sigue en tan terrible género de combates.

1. *Del órden de batalla.* Los navíos combaten de costado porque en ellos tienen dividida la artillería; y se mantienen á la vela, con el objeto de darles el movimiento necesario para maniobrar en el combate. La distancia que se deja entre cada uno de ellos, pende no solo de la fuerza del viento, sino tambien de la estension que el almirante juzgue conveniente dar á la armada para pelear con mas ventaja.

Las fragatas marchan de manera que puedan recibir las órdenes que se las quiera comunicar; los brulotes separados de las fragatas, y á un gran tiro de cañon de los navíos, y finalmente, los barcos de carga distantes de los brulotes. Es costumbre llamar vanguardia á la escuadra que vá á la cabeza de la línea, y retaguardia á la que vá detrás: si hubiese tercera division, á la del centro se la dá el nombre de cuerpo de batalla: este es el sitio de la capitana, donde vá el general, á menos que, razones particulares, ó la disposicion del enemigo le obliguen á colocarse en otra parte. Los navíos representan las terceras divisiones de la armada. Tambien se combate por escuadras, es decir, que cada una de las divisiones obra aisladamente por su lado. Esta clase de combate es mas pronto que el primero, puesto que los cuerpos pequeños tienen mas actividad, mas ligereza, y pueden apretar mas al enemigo, pero una vez empeñada la accion, es muy dificil reunirse combatiendo por escuadras.

2. *Escuadra á la vela cortando la línea enemiga.* Se dice cortar una línea, el atravesarla con el objeto de hacer salir de ella algunos navíos, para combatirlos separadamente y rendirlos antes de ser socorridos del resto de la armada. Los navíos en línea marcan el rumbo que observan en esta maniobra, y el que la corta vá virando para reunirse á su armada. Doblar el enemigo, se dice cuando se le atraviesa en su derrota bien por vanguardia ó retaguardia, para ponerle entre el fuego de la armada enemiga y el del destacamento que le dobla: un navío dobla al enemigo por la cabeza y otro por la cola.

Envolver al enemigo es cuando aproximándose á él, se le quita todos los medios de salvarse.

3. *Del abordage.* Ir al abordage es cuando despues de combatir con un navío, se aproxima tanto á él que se hace saltar á bordo una parte de la tripulacion. Esta maniobra es tan dificil como atrevida, y son necesarios el talento y valor por causa de los accidentes que pueden ocurrir en el choque de los navíos; por esto se tiene mucho cuidado al acercarse al enemigo, de ir recogiendo velas poco á poco con el objeto de disminuir la velocidad y hacer el abordage con mas órden.

4. *Modo de retirarse.* Se ejecuta la retirada en las dos líneas que estén mas próximas, á fin de colocarse en batalla en aquella que la necesidad lo exija; si el enemigo persiguiese con calor y obligase á entrar en combate: los barcos del comvoy se ponen de manera que estén defendidos por los buques de guerra. No puede ejecutarse esta clase de retirada sino en caso de ser el viento contrario para el enemigo, y tal circunstancia permite á la escuadra retirarse en buen órden, aunque en el combate se haya llevado la peor parte. La otra escuadra no tiene la misma ventaja, puesto que su retirada tiene que ser contra viento ó bordeando, es decir, cambiando de rumbo alternativamente: en fin, tambien se puede retirar haciendo virar á todos los buques á la vez, pero esta maniobra es peligrosa porque los fuegos del enemigo los enfilan.

5. *Barcos atracados.* Se atracan los navíos, amarrando unos á otros, con el intento de impedir que el enemigo pase por medio de ellos, y tomar el sitio que ellos defienden. Se atracan ó barloan los buques ordinariamente con áncoras echadas á popa y proa, ó bien por amarras en tierra; pero si las corrientes ú otras razones no permiten amarrar los buques en el paso elegido, se les amarra, segun la disposion del parage, en uno de los lados, desde donde puedan con ventaja cañonear al enemigo si intentase forzarle. Segun las circunstancias, se aprovechan de los puntos avanzados para ocultar en ellos brulotes, que deben tenerse dispuestos á obrar cuando la ocasion lo pida: tambien durante la noche se colocan en puntos muy avanzados y separados de los buques mayores, lanchas ó chalupas para precaverlos de los brulotes que el enemigo pueda enviar.

6. *Ataque de buques atrincherados.* Mientras es posible, se ataca á estos barcos por galeotas con bombas, ó bien por baterías levantadas en tierra que puedan romper su estacada, ó al menos desbaratarla lo suficiente para que los buques de alto bordo concluyan de deshacerla pasando por encima á toda vela. Tambien deben aprovecharse las noches oscuras echando brulotes ó lanchas con camisas embreadas para que colocándolas en la estacada, el fuego consuma la parte que está fuera del agua, y de esta manera desaparezcan los obstáculos. Si no pudieren tener efecto estos ataques, se rompe el fuego de cañon contra la estacada, corriendo en seguida los barcos que le hagan á toda vela por encima de ella para concluir de romperla y entrar en el puerto. Esta maniobra, que debe ejecutarse la última, puede ser muy peligrosa en particular si los buques atrincherados están amarrados, porque detenidos los que atacan en la estacada, se encuentra entre el fuego de los buques atrincherados y el de los brulotes que pudiesen tener en el mar.

Algunes veces en lugar de emplear los medios que van indicados se impide la entrada en el puerto, sumergiendo buques muy cargados, y esto hace que sea en estremo dificil, si no de todo punto imposible el penetrar al enemigo.

7. *Borbardeo de un puerto.* Cuando se bombardea un puerto con buques se colocan, cuanto el sitio lo permita, al abrigo de los fuegos enemigos, poniéndolos detrás de islas ó terrenos cuya elevacion no impida el hacer punteria: pero si se quiere insultar nada mas, al pasar por el puerto, se hace uso de buques que disparen en su marcha dándoseles el nombre de bombardas. Estos buques son tan á propósito como cualquiera para hacer fuego cuando la necesidad lo exija, y bogan con mas ventaja y facilidad por su palo mesana. Se elige ordinariamente la noche para bombardear un puerto, porque los buques están menos espuestos al fuego enemigo.

8. *Desembarque de tropas en pais enemigo.* Esta clase de espediciones son las mas espuestas y mortíferas que pueden ocurrir á la marina cuando la parte en donde quiera hacerse el desembarco esté bien defendida. Generalmente en estas ocasiones se usa enviar primero las fragatas, ó pramas (1) á apagar los fuegos de las baterias enemigas, arrojarle de un atrincheramiento, ó al menos ver si se les puede envolver y que emprendan la retirada. Se arrojan bombas á las cercanías de la playa para impedir cuanto sea dable la aproximacion de tropas al parage del desembarque, con objeto de impedirlo. Al abrigo de este continuo cañoneo es como las lanchas conducen á tierra á los soldados y los útiles necesarios para levantar un atrincheramiento si hubiese necesidad. Cuando la playa no tiene la suficiente estension para que todas las lanchas ataquen de frente, se aproximan en hilera, y se salta á tierra pasando de una en otra. Algunas veces se dan de esta manera ataques falsos ó verdaderos, segun la idea que se haya formado de dividir las tropas enemigas y tomar las baterías cuyos fuegos impidan el desembarque. Estas espediciones siempre se practican protejidas por buques de alto bordo.

NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

LEYENDA.

I.

Entre las muchas y lucidas fiestas, con que la noble y leal ciudad de Sevilla celebró la boda del buen rey Enrique IV con la famosa portuguesa doña Juana, fué señalado un torneo de cien caballeros, cincuenta de cada parte, respectivamente capitaneados por el duque de Medina-Sidonia y por don Juan Pacheco, marqués de Villena. Compu-

(1) Pramas (especie de barcos).

niase la primera de estas cuadrillas de los mas apuestos caballeros de Andalucía y de algunos pajes de la casa del rey, á quienes por especial merced se habia concedido entonces la honra de enristrar lanza y calzar espuela, con lo cual habia ganado no escaso aumento la insigne órden de la caballería. Descollaba entre los pages agraciados con tamaña honra, el gallardo y valiente Hernando de Santillana, quien á juzgar por la priesa con que se daba á componer amorosas trovas, y el velo de tristeza que de cuando en cuando se veia anublar su trigueña y espaciosa frente, parecia esclavo de alguna beldad, cuyos desdeñosos rigores le tragesen melancólico y acuitado.

No faltaba quien mas perspicáz que el vulgo de los cortesanos hallára modo de concertar la tristeza y las trovas del bravo Hernando, con el arrugado entrecejo y receloso porte de don García Manrique, conde de Castañeda, en aquella sazon enamorado esposo de doña Leonor de Fonseca. —Pensaba la malicia de muchos, que desde el punto en que esta doña Leonor habia sido la dama que calzára la espuela al page trovador, cuando fué recibido en la órden de caballería, y desde que el page agradecido á tan alta merced, vestia los colores de doña Leonor, debia de andar el don García un si es no es receloso y mohino.

Ello era la verdad que las trovas, aunque no nombraban á dama alguna, pintaban con tales pelos y señales la hermosura de doña Leonor, y verdad era tambien que con tal arrobamiento solia contemplarla Hernando cuando ante ella parecia, que no faltaban á su noble esposo razones para estar alerta en guarda de su honor ya maltratado por lenguas murmuradoras. Era ademas don García tan caviloso y espantadizo de suyo, que aunque menos razones tuviera, siempre desde el primer dia de su matrimonio se habia mostrado con su bella esposa mas bien como un cancerbero, que como un marido galan y prudente.

La tarde en que ante el alcázar régio se celebraba el torneo que dejamos indicado, presentóse el buen caballero en la liza tan avinagrado y distraido, que llamó la atencion de todos los demas de la cuadrilla á que él pertenecia, que era la capitaneada por el marqués de Villena. Mientras los suyos solo pensaban en ostentar la gallardía de sus personas y corceles, y vencer á sus contrarios en aquel peligroso simulacro de la guerra, vagaba de un lado á otro don García, como si buscase entre los caballeros del duque de Medina-Sidonia alguno con quien habérselas en singular empeño.

Y no debió de tardar en topar con quien sin duda buscaba en medio del confuso tropel de los combatientes, pues encarándose con uno, y rogándole se apartase un poco del grupo general, díjole con tono asáz irónico, y algo descomedido.

—Hacedme la merced, novel caballero, de no tornar á dirigir la vista hácia las damas de la reina, sino quereis que este simulacro se convierta para nosotros en combate verdadero.

Cuenta la crónica que mientras don García aprostrofaba tan descortesmente al novel caballero, se demudó el color del rostro de una dama sentada en ol tablado de la reina, y que en poco estuvo no se levantára de la silla que ocupaba: cosa que sin duda hiciera para retirarse de la fiesta, si se lo hubiera consentido el temblor que la embargó de repente. Subió de punto hasta lo indecible su temor y desconcierto, cuando vió al novel caballero arrostrar con desenfado la altanera intimacion de don García, y hubiérase creido que le oia responderle como le respondió en efecto.

—No sé, caballero, por qué razon no he de mirar yo hácia ese lado que decis, ni menos con cuál derecho podeis exigir que no mire.

—Con la razon que me dá, replicó don García, encontrarse en ese lado mi esposa; y con el derecho que me dá á pediros cuenta de vuestras acciones el arrogante orgullo con que osais vestir los colores de dama, que solo á mí pertenece.

—Pudiera replicaros muy largamente, señor don García, si estuviéramos en otro lugar y otra sazon, pues á fé de novel caballero, os juro que no me pesaria ganar á costa de vuestra sangre la divisa que aun falta en mi escudo.

—Me habeis comprendido. Mañana al despuntar el dia, os espero á orillas del Guadalquivir, á un tiro de ballesta de la Algaba.

—¿Y quién me asegura el campo?

—No basta que lo asegure yo, don García Manrique, conde de Castañeda? Os doy campo, donde os he dicho, cerca de mi propia quinta, para que en todo evento podais salvar vuestra alma, pues la vida será imposible.

—Allá veremos, don García; esperadme, que os juro no faltar á la hora y al sitio que habeis señalado.

Pasado este breve diálogo en voz tan baja que nadie pudo percibirlo, separáronse los interlocutores, y mientras don García pidió vénia para retirarse de la liza, so pretesto de haber recibido un bote de lanza que le ponia fuera de combate, el novel caballero tornó á embrazar su adarga y enristró su lanza, metiéndose en lo mas empeñado de la lucha, y derribando ginetes á diestro y á siniestro, como si quisiese en aquella simulada pelea hacer prueba de su brio para la verdadera que al siguiente dia le aguardaba.

Entre tanto habiase llegado don García al tablado de la reina, que embebida en el espectáculo del torneo, no le vió entrar, y decir á su esposa con sardónicas palabras.

—Tan pálida y desconcertada os veo, mi señora, que no parece sino que sois vos y no yo, quien ha recibido el bote que le obliga á dejar la fiesta. Hacedme la merced de pedir venia á la reina para retiraros, pues ni vos podeis permanecer aquí, ni yo puedo estar sin vos en este instante.

Iba sin duda á responder doña Leonor, cuando el rey, que habia oido las últimas palabras de don García, se dirigió á él con benignidad, y poniéndole la mano sobre el hombro, le dijo:

—Sí, retiraos, don García: yo en nombre de la reina doy licencia á vuestra esposa para que os acompañe, pues la habeis menester en efecto, si os ha de ayudar á disponer vuestra partida á la ciudad de Jaen.

—Cómo! señor! replicó don García todo trémulo y consternado.—¿Habré caido en desgracia de vuestra alteza? Me desterrais de vuestra corte?

—No por cierto, mi buen conde; antes bien deseo honrar vuestro valor, como él merece, mandándoos por capitan frontalero con dos mil lanzas, para que deis un escarmiento á la osadía de los moros de Jaen, que empiezan á talar nuestras tierras.—

—Y yo, señor, os beso mil veces los piés por tan señalada honra como me dais con tal encargo. Quedad confiado en que sabré corresponder á vuestros deseos.

—Id, pues, y el cielo os guie, que mientras coronais la empresa que os confio, queda vuestra esposa bajo nuestra tutela y amparo.

Siguiéronse á estas otras frases de cortés despedida entre el rey y don García, mientras que doña Leonor, cumpliendo el mandato de su marido, besaba la mano de la reina, y á su vez se despedia de ella hasta el siguiente dia, que prometió volver á verla al alcázar.

Tan pronto como don García y su esposa se hallaron fuera del cortejo real, encargó aquel á un escudero que se adelantase á su casa, y mandara ensillar para él su caballo de batalla y preparar una litera para doña Leonor.

—¿Pues á donde quereis llevarme? preguntó esta con cierta altivez, que debió exasperar la manifiesta cólera de su esposo.

—A nuestra quinta de la Algaba, pues no quiero que paseis la noche en Sevilla.

—Caballero, volvió á preguntar doña Leonor ¿podré saber cuáles son vuestros designios?

—A vos, señora, no toca sino obedecer á vuestro marido.

—Ved, don García, que el rey me ha tomado bajo su amparo y tutela, y no olvideis que puedo apelar ante él de vuestros malos tratamientos.

—Pues bien, oid señora. Si revelais á su alteza una sola palabra acerca de cuanto pase desde ahora hasta mi partida á Jaen, si por cualquier camino intentais oponeros á mis resoluciones, poneos antes bien con Dios, y rogad por la vida de alguno mas, que vos y yo sabemos, y que os acompañaria al infierno.

En poco estuvo que al oir tan brusca amenaza, y al sentir en su delicado brazo la violenta presion con que la acompañó la férrea mano de don García, no cayera desmayada la infeliz señora. Y todas las fuerzas que quiso sacar de su flaqueza, no la habrian seguramente valido, si al volver atrás el rostro como para buscar amparo, no hubiese visto seguirla muy de cerca el novel caballero provocado en el torneo por don García, y que habiendo observado desde la plaza y adivinado con el sagaz instinto de un amante cuanto pasaba entre los dos esposos, halló medio para dejar la liza sin ser notado, y se decidió á seguir á todo trance los pasos

de aquellos sin perderlos de vista hasta asegurarse de la suerte de doña Leonor.

En cuanto á esta, asi que le hubo visto, concibió tan fundado temor de que en medio mismo de la calle viniesen á las manos él y su esposo, que sin pensar ya mas en replicar á este, empezó ella propia á acelerar el paso, como si quisiese, andando mas de priesa, quitarle tiempo de que pudiera ponerse al cabo del asunto. Protejióla efectivamente en este intento su buena fortuna, pues consiguió llegar sin mas azares á las puertas de su casa, las cuales en breve se cerraron tras de ella y de su esposo, dejando fuera al atrevido Hernando (pues no era otro quien la habia seguido hasta allí), el cual, despues de haber ansiosamente recorrido toda la casa en derredor, y disponiéndose ya para alejarse de ella, murmuró con reconcentrado encono algunas palabras, que terminó diciendo:

—La llevais lejos de Sevilla, junto al sitio donde pensais verter mi sangre, quizás para verter luego la suya. Lo veremos, señor conde; lo veremos.

II.

El dia habia sido de los mas limpios y serenos que el sol de abril derrama en la hermosa Andalucía; pero la noche empezaba á encapotarse con nubes negras como el remordimiento, que parecian tener clavadas sus moles espesas en las puntas de los arábigos torreones de Sevilla. Empezaba ademas el anual deshielo en las faldas de Sierra-Nevada, y los sevillanos, ya expertos en la observacion de este periodo, se preparaban á presenciar el magnífico espectáculo que ofrecen las inundaciones del Guadalquivir. La corriente mansa, mecida por las brisas en su cuna de flores, traspasa de repente sus diques naturales, invade la ancha llanura comarcana, y amenaza tragarse la ciudad vecina, como sepulta en sus avaros senos las pintorescas aldeas y los pingües cortijos que bordan sus orillas. Las olas desenfrenadas encarámanse sobre el puente flotante que divide á Sevilla de Triana; y cortada asi toda comunicacion entre la ciudad y su orilla derecha, solo el caritativo arrojo de los pescadores puede auxiliar con sus barquillas á los colonos y aldeanos, que sin poderse valer se encuentran repentinamente asediados por montañas de agua.

El año á que se refieren los sucesos de esta verdadera historia, se habian cubierto de nieve no solo las cimas, sino aun las faldas y llanuras contiguas á la sierra, por lo cual se esperaba que la inminente inundacion seria de las mas memorables. Ya empezaban las ondas á precipitar su curso algun tanto, luchando con la marea que las empujaba hácia atrás, y que subiendo desde el vecino Océano hasta las playas sevillanas, parecia querer protejerlas de la cercana invasion.

Don García previó oportunamente este peligro, y nosotros, cronistas verdaderos de sus intenciones, debemos decir que se alegró de él, pues favorecia singularmente al proyecto que habia meditado, cuando resolvió llevar á doña Leonor á su quinta de la Algaba. Así fué, que en cuanto la noche empezó á tender su manto, diose priesa el celoso marido á atravesar el puente de Triana, escoltando á caballo juntamente con dos criados de su casa la litera en que iba encerrada su jóven esposa inundada en lágrimas, y llena el alma de fúnebres presentimientos.

Si el temor y la pena la hubieran dejado asomar el rostro por las ventanas de su litera, cuando atravesado ya el puente, caminaba por la orilla izquierda del rio, quizás á la dudosa luz de la tarde espirante, habria visto vagar en la orilla derecha, á corta distancia del sitio que hoy se llama el Blanquillo, fuera de la puerta de la Barqueta, un caballero armado de todas armas, que con los brazos cruzados y la vista fija miraba ansioso el camino que ella seguia: y aun habria oido ciertas palabras habidas entre su esposo y los criados que le acompañaban, de las cuales se deducia no haber sido ellos los últimos en observar la actitud del curioso caballero, que desde la opuesta orilla los miraba.

En cuanto este los perdió de vista, lanzó un suspiro de lo mas hondo del pecho, y con pausado continente se dirigió á una antigua capilla consagrada á nuestra señora del Amparo, que en aquella esplanada habia construido la piedad de los sevillanos, en memoria de las varias veces que la inundacion se habia detenido en el area ocupada por el santuario, como un dique puesto allí por la madre de misericordia para salvar de todo mal á los vecinos moradores.

Lleno de terror y de angustia penetró Hernando en la capilla solitaria, que solo iluminaba una lámpara encendida ante el ara de la Virgen, y allí de rodillas, con los ojos clavados en la sagrada imagen, la invocó desde lo íntimo del alma.

—Reina de misericordia, sagrada Virgen del Amparo: tú, que desde mi tierna edad has sido siempre consuelo de mis tribulaciones y guia de mis pasos! Hoy necesito de tu ayuda soberana, y vengo, madre mia, á demandártela con lágrimas en los ojos. Tú, que sabes cuanto pasa en mi alma, tú ves cuán honesto es el amor que me acuita, y sabes que ningun mal pensamiento ha empañado ni empaña su pureza. Ayúdame, Virgen santa, en esta primera empresa, donde quiero hacer prueba de mi esfuerzo en pro de la inocencia, y concédeme que sin menoscabo de su honra, ni mengua de mi virtud, pueda yo salvar de los peligros que la amenazan, á la que tan rendido adoro, aunque sé que no puede ser mia. Yo te hago voto solemne, si con tu poderosa mediacion salgo bien de este empeño, de partir sin demora á la guerra contra los infieles que blasfeman de tu santo nombre, y te ofrezco, señora, cuanta sangre derrame en servicio tuyo y del reino.

Terminada esta y otras piadosas oraciones, levantóse erguido y confiado el cristiano caballero, y calándose su visera, se entró en la ciudad con ánimo de volver en breve á aquella orilla en cuanto hubiese tomado las disposiciones que requeria el peligroso intento que para aquella noche habia concebido.

Gabino Tejado.

Trabajos de algunos escritores durante su cautividad.

Grotius escribió en la prision su *Comentario sobre San Mateo*.

Buchanam produjo en la torre de un monasterio de Portugal su bella paráfrasis sobre los Psalmos de David.

Pelisson, durante los años de su encarcelamiento, prosiguió con ardor sus estudios del griego, de filosofía, de teología, é hizo diferentes buenas obras.

Cervantes escribió durante su cautividad en Berbería una gran parte de su *Don Quijote*.

Boecio, se hallaba aprisionado cuando compuso su escelente obra sobre las *Consolaciones de la filosofía*.

Luis XII, cuando era duque de Orleans permaneció durante mucho tiempo encerrado en la torre de Bourges; allí se dedicó á diferentes estudios, debiendo á esta circunstancia el ser un monarca ilustrado en un siglo ignorante.

Margarita, mujer de Enrique IV, compuso mientras permaneció aprisionada en el Louvre, una apología sumamente juiciosa sobre su conducta.

Carlos I, rey de Inglaterra, escribió durante su detencion una obra notable titulada *El retrato de un rey*, la cual ordenó la entregasen á su hijo.

Howel compuso la mayor parte de sus obras interin permaneció en las prisiones de Fleet.

Quevedo y Fr. Luis de Leon, hicieron tambien notabilísimos trabajos en tanto que permanecieron aprisionados.

El sabio Selden, preso por haber rebatido los diezmos eclesiásticos y las prerogativas de la nobleza, preparó sus mejores obras durante su detencion.

El cardenal de Polignac hizo un *Anti-Lucrecio* durante su desgracia y su destierro.

J. B. Rousseau compuso en el destierro su *oda al conde de Luc*, obra admirable del género lírico.

Finalmente, Voltaire trazó y concluyó en gran parte la *Enriada* mientras su encarcelamiento en la Bastilla.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un año 36.-Librerías de Peredo, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Razola, Poupart, Villa y la Publicidad, litografías del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14, seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la Administracion del Semanario, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, núm. 4.



VIAGE A LA NUEVA GRANADA.

Un viagero nos ha comunicado la relacion de una incursion que hizo en 1846 á los puntos mas desconocidos de la nueva Granada.

La relacion dá principio en Pasto, pequeña ciudad de la nueva Granada, situada en un valle fértil, en la que dicho viajero fué perfectamente acogido por el gobernador, el obispo y comandante de la guarnicion. Asi que el obispo tuvo conocimiento de que el objeto del viaje era científico le ofreció hacer venir de una aldea, cuyo nombre era Santiago, 25 indios y el párroco del pueblo, quien le serviria de guia al menos durante los primeros dias. La oferta del obispo fué aceptada con gusto, y el mismo dia se envió un correo á Santiago, distante de Pasto tres jornadas. El 1.° de marzo don Fernando, cura de Santiago, entró en casa de nuestro viajero acompañado de 25 indios semi-salvajes, entre los cuales habia tambien una india.

Los 24 hombres no eran de grande estatura, puesto que ninguno pasaba de 5 pies y 3 pulgadas, pero si fuertes y vigorosos y de aspecto hermoso; su cabellera era larga y negra, sirviéndoles para garantirse de la lluvia, porque no gastan ninguna clase de gorras. Los casados se distinguen por una especie de cinta azul, bordada de encarnado, con la que rodean la parte superior de la cabeza; cinta que la trabajan sus mujeres y que la renuevan cuando está muy gastada ó la pierden. Las mujeres llevan un collar de cuentas de vidrio azules y encarnadas, enriquecidas con grandes pedazos de nácar. Este collar le reciben de sus maridos el dia de su casamiento: tambien llevan pendientes de perlas encarnadas de figura de perillas, concluyendo por una gran concha. Su trage consiste en un pedazo de lienzo que tiene dos aberturas para pasar los brazos, ellas le atanó la cintura para formar el talle y le arreglan en la parte superior con bastante gusto.

El color de esta raza de hombres no se puede calificar sino con el titulo de neutra; no son rubicundos, ni mulatos, ni tampoco negros. Los 24 hombres y la muger se colocaron bajo una galería frente de mi puerta, comieron y se entregaron al sueño. Hice amistad con el cura, quien comió conmigo y convenimos en que al amanecer del dia siguiente dispondríamos la marcha de los indios que debian llevar las cajas y equipaje. A las seis de la mañana del dia siguiente 18 indios salieron cargados de provisiones para un mes y de las cosas mas precisas é indispensables para la espedion. El cura nombró tres que debian mandar á los demas, y ayudarles en caso necesario. Convinimos tambien en que esta vanguardia nos esperaria en Santiago, villa habitada por la mayor parte de ellos, no quedándose con nosotros sino seis indios y la muger; los cuatro mas robustos fueron destinados para mi servicio cuando tuviésemos necesidad de estriberos, es decir, para conducirme en sus espaldas segun se vé en la lámina; por turno ó alternativamente se destinó otro al servicio del eucauro, esto es, para tener cuidado de la comida del dia: el otro se encargó de cuanto tenia conexion con lo perteneciente á dormir, dándole el nombre de camero, y en fin la muger fué destinada á llevar una gran caja con separaciones, en donde iban los pollos y las gallinas.

Saliendo de Pasto, puede caminarse á caballo cerca de dos leguas; por lo tanto el dia 3 de Marzo el viajero y el cura montaron á caballo, pero los caminos son tan escabrosos y ásperos que necesitaron mas de cinco horas para llegar á la aldea de Laguna.

Dásele este nombre por hallarse situada cerca de un lago de una estension inmensa, lleno de dantas, animales que buscan las cercanías del agua, y que se arrojan á ella cuando los persiguen. Es imposible caminar por la orilla de este lago por estar rodeado de bosques espesos y de una vegetacion tan feráz, que solo las dantas y gazapos pueden penetrar.

La gente de la posada en que me detuve, dice nuestro

viagero, teniendo noticia de que buscaba animales, me citaron uno cuya aparicion en el lago y sus cercanías era de tarde en tarde, y las huellas que dejaba daban á conocer que seria un animal mayor que un elefante. Segun la descripcion de estas gentes estaba cubierto de una piel parecida á la del camello, y su fuerza debia ser bastante notable. Un hombre de la aldea aseguró que siguiendo un dia las huellas de este animal, encontró un oso hecho pedazos por él, mas con todo sostienen que es herbívoro (1).

El 5 de marzo abondonamos esta última aldea de la parte civilizada de la Nueva Granada. Uno de los indios que estaban á mi servicio hizo de mí un fardo lo mas cómodo posible para él, sin cuidarse de la dolorosa y fatigante posicion en que me ponia, y me echó al hombro como lo pudiera hacer un mozo de cordel con una maleta ó baul. Uno de los estriberos del cura le trató de la misma manera y echamos á andar en la persuasion de que en lo sucesivo nuestro camino seria el de los tigres y de los osos cuando atraviesan un bosque. A semejante modo de caminar le dan el nombre de tablillo en que se va sentado mucho menos comoda que el de la silla, silla toscamente labrada en la que se sienta el viagero y que tambien el indio se la carga á la espalda. Este modo de caminar está introducido en muchos puntos de América del Sur para los pasos peligrosos, pero seria imposible en el pais que yo iba á recorrer, en el cual necesita el indio de todo su aplomo y sangre fria, una gran fuerza, mucha destreza, y reducir lo posible el volúmen de su carga.

Mi trage se componia, segun se vé en la lámina, de unos calzoncillos de lana, un sombrero de hojas de banano construido en Sebundoi, una capa de paja hecha por los habitantes de Mocoa, y unas alpargatas. Bien se vé que no estaria con tal trage muy preservado del frio, y sin embargo ibamos á atravesar un volcan cuya cúspide estaba elevada mas de 10,000 pies sobre el nivel del mar y combatida de ventiscas y vientos tan frios que con frecuencia mataba á los indios. Asi es que tienen buen cuidado de consultar el cielo, y cuando calculan que habrá temporal, por nada de este mundo se ponen en camino. Los meses mas peligrosos del año son desde mayo hasta agosto.

Ibamos acompañados el cura y yo de los estriberos, desocupados de la muger portadora de los pollos, del camarero y del cucauro. Caminaban nuestros conductores por entre matorrales que hacian correr sangre por mis piernas desnudas, cuando ví un puente de 12 pies de largo, hecho de un solo tronco de arbol sin ramas, por debajo del cual corria un torrente lleno de guijarros puntiagudos y de 15 pies poco mas ó menos de profundidad, que es el que representa el grabado de la cabeza. Hice mis observaciones al conductor, quien me respondió que aun encontrariamos otros mas largos, y sin detenerse un momento principió á pasar el puente como si fuera un verdadero equilibrista, despues de haberme encargado no me moviese, y que si tenia miedo cerrase los ojos, pero los llevé bien abiertos sin hacer caso de nada. Continuamos de esta manera encontrando á cada paso nuevas dificultades que superaban mis estriberos con una destreza igual á su fuerza, y en fin llegamos á la cima del volcan á la sazon en que caia una lluvia menuda acompañada de un viento que mis indios calificaron con el epiteto de nómalo. Con todo sentí mas frio en este punto que en la Rusia por el mes de Enero. Tan pronto como llegamos á la meseta de la montaña los indios de mi compañia arrancaron ciertas hojas con las que se cubrian las orejas: observé que estas hojas eran lanudas y calientes, y no deje de aprovecharme de la esperiencia de mis acompañantes. Continuamos nuestro camino por espacio de ocho horas, pasando algunas veces por barrancos y rocas tan estrechas que me desollaron las rodillas, sorprendiéndonos la noche en esta planicie glacial menos dichoso que mi compañero el señor cura, quien me habia adelantado. A éste, que se llamaba D. Fernando, habia seguido el cucauro y la muger; de consiguiente me quedé á pasar esta triste noche con mis estriberos y el camero. El hambre nos aquejaba, y el frio nos tenia medio helados, pero yo hice que cortaran gran cantidad de hojas y flores parecidas á las que se habian puesto en las orejas; dispuse reunirlas en seis montones y despues de haber dejado de llover, encendimos cuatro hogueras para calentarnos y alejar los osos y animales feroces que pudiesen acometernos; en seguida los indios calentaron agua y echaron en ella un poco de harina de maiz, único alimento de que podiamos disponer.

El escaso aguardiente que aun quedaba en mi botella lo repartimos como buenos hermanos, y despues de habernos calentado perfectamente, cada uno se enterró en su monton de hojas haciendo el uso de colchon y manta: asi pasamos la noche. Por reconocimiento al beneficio que nos habian hecho, llevé con mucho cuidado algunas de estas flores y hojas, y examinadas por los profesores del museo de historia natural, convinieron que era esta planta de nueva especie y parecida á la *Espeletia grandiflora*. Podrian sin duda utilizarse estas hojas, porque examinadas al microscopio, no se diferencian de las del algodon, sino porque en cada filamento tiene nudos de trecho en trecho como el bambú, y al tacto es mas sueve que las del algodon.

Al siguiente dia 6 de Marzo continuamos nuestra marcha en direccion á Santiago: apenas habriamos andado media legua, y ya la vejetacion presentaba otro aspecto. Bajamos un poco y nos hallamos al abrigo de los vientos frios. A la verdad que hubiera sido bien dificil caminar, y acaso imposible, por este sitio, si los indios no hubiesen tomado en tiempo seco la precaucion de derribar una gran porcion de árboles que habian colocado uno tras otro, caminando por cima de ellos. Muchas veces atravesamos puentes de 20 y 30 pies, bajo los cuales habia horrorosos precipicios, però fuimos felices porque ninguna desgracia nos ocurrió.

(1) La historia de un animal gigantesco cubierto de una grande cabellera y que habita en la parte superior de la cordillera, no solo tiene cabida en la provincia de Pasto, sino tambien en el Popayan que esta proximo. En esta última se le conoce con el nombre de Pinchaque ó Panchique, palabra que en lengua de los indios significa espectro, fantasma. En el tomo V de las memorias de sábios estrangeros se lee lo siguiente.

«Este animal, de que con frecuencia hablan ciertos indios vecinos al Popayan, exisie segun ellos en las montañas cuyos valles son limitados ó cortos por la parte de Este. Para ellos es un objeto de temor y respeto a la vez, porque mezclando a la religion cristiana que hoy profesan, recuerdos de su antigua religion, viven persuadidos y creen que el alma de uno de sus principales gefes ha pasado al Pinchaque, y cuando aparece suponen viene á advertir á sus descendientes alguna desgracia que les amenaza. Dicen que esta aparicion siempre se verifica al anochecer, y tambien ya entrada la noche, las mas veces á las inmediaciones de un bosque en donde penetra con gran ruido. No se le vé en todas partes, y cuando llega á manifestarse suele ser comunmente cerca del páramo de Polindara, montaña elevada, y á dos leguas del volcan de Puracé. Las noticias de los indios estan conformes en todos estos pormenores, difiriendo únicamente en la talla del Pinchaque: los que menos exageran dicen es como un caballo, mientras otros le hacen de una altura desmesurada, y algunos habitantes del Popayan se persuaden que es real y efectiva la existencia de este animal y no desesperan de encontrarlo. Guiados por los indios de la aldea mas cercana al páramo, algunos cazadores superando obstáculos y atravesando la espesura y fragosidad de la montaña, llegaron hasta la parte que está desnuda de vejetacion. Casi en la cima de la montaña encontraron numerosas pisadas de nueve a diez pulgadas de longitud, y en un sitio dondo al parecer habian permanecido muchos animales de la indicada especie, multitud de escremento de cinco pulgadas en su mayor dimension. Los cazadores, habiendo penetrado en el bosque, en que al parecer habia señales inequívocas de la existencia de tales animales, uno de los guias que se habia separado de los demas oyó entre las ramas un ruido que dijo no podia ser sino de un animal gigantesco. En fin, uno de los cazadores habiendo hallado enredado a la corteza de un arbol y a una altura de mas de ocho pies, un mechon de pelo largo y castaño, juzgó que debia ser de algun animal que habria pasado por debajo del arbol y que su altura seria lo menos de ocho á nueve pies. Se envió á Bogotá una porcion de este escremento y examinado se hallo vestijios de *Frailejon* (Espeletia) y de *Chusque* (Nactus chusque) plantas que forman parte del alimento de los Dantas ó gazapos de las cordilleras, y todo daba á entender que á este animal deben pertenecer.

En cuanto a la desmesurada magnitud de las pisadas, exageradas sin duda por los cazadores, nada pueden probar puesto que en una superficie húmeda, en un parage donde con frecuencia tiembla la tierra y que está tapizada de musgo y raices, es facil concebir que una pisada pequeña puede hacerse bien grande. Ademas, animales de poca talla tienen los pies muy desmesurados en proporcion, y en consecuencia podremos decir que de unas pisadas por grandes que sean, no se pueden deducir las dimensiones del animal que las ha producido.

Por lo que hace al pelo hallado en el árbol es cierto que no podia ser ni de un gazapo ni de un mono, pero ¿se podrá afirmar que no sea de un oso, animal bien comun en la Cordillera, y que al trepar á un arbol, segun su costumbre, allí le haya dejado? Finalmente, dice Mr. Roulin que un gran número de monas reales y verdaderas, viniendo á apoyar un hecho cualquiera, aumentado por el espanto, han hecho creer entre los indios la existencia de un ser como el Pinchaque.»

No lo fué tanto uno de los indios que llevaban las maletas, porque le hallamos al lado de su fardo con una pierna rota. Los estriberos lo condujeron hasta el lugar vecino, abandonando mi maleta que contenia los mas preciosos objetos que yo llevaba.

(Continuará.)



Un dia bien empleado, ó la vida de un ministro.

No se crea que un ministro deja de ser madrugador. ¿Veis qué riguroso es el invierno en Madrid? pues ya antes de las ocho despierta á su escelencia, no su paje, porque esto no es hoy de moda, sino un criado decente que le ayuda á vestir en calidad de ayuda de cámara. Uno de estos, vivo como una centella, hábil y no poco ladino, habia ganado la confianza de su amo, porque le servia bien, porque adivinaba sus pensamientos, porque le escribia su correspondencia particular y muchas cosas reservadas, pues el mozo habia tenido maña de hacer comprender á su amo que nada entendia ni de lo que escribia, ni de los recados que llevaba á casa de una cierta dama que era la señora de sus pensamientos, y el consuelo de sus cuitas. Con este mozo llegué á tener por una casualidad íntima amistad: tuve encargo de verle para darle una carta de un amigo suyo, y habiéndonos tratado con este motivo se me aficionó muy particularmente, atribuyéndolo yo á mi franqueza y desinterés. Siempre que estaba desocupado venia á visitarme; y mientras su amo se hallaba en el Congreso, ó en algun banquete, ó en las funciones del Liceo, venia á pasar algunos ratos á mi casa. Por Pablito, que de esta manera lo llamaba su amo, supe yo cuanto voy á referir: mi ocupacion, pues, está limitada á escribir lo que recuerdo de las conversaciones de mi amigo Pablo. Debo advertir que este solia acompañar á su amo á la secretaría, y que en una piececita inmediata al despacho del ministro, escribia lo que aquel le encargaba.

Una mañana muy fria, abria Pablo las ventanas de la habitacion de su amo diciendo en su interior: «Me dá lástima llamarle tan temprano; anoche ha estado en el baile del embajador de Inglaterra, y no ha venido hasta las tres de la mañana... ¡pero me tiene tan encargado que le llame antes de las ocho!... ¡Qué maldita vida es esta de ministro! Sobre que no hay una hora de descanso para este buen señor desde que fué honrado con la confianza de la corona, y merece la de los cuerpos colegisladores!»

Estas últimas palabras que pronunciaba Pablo con cierto énfasis y hablando solo, indicáron á su amo ya despierto que era hora de levantarse. Se viste de prisa, se pone de bata y gorro y se sienta en su bufete, donde se ocupa en repasar los periódicos. Entretanto lo interrumpen en esta tarea algunos amigos de confianza que entran y salen. Dirigiéndose á uno le dice: ¿ha visto usted hoy los periódicos de la oposicion?

—No: no me los llevan tan temprano; ¿traen algo de particular?

—No; las injurias de siempre contra el ministerio: hoy nos dirige *el Clamor* unos sonetos de consonante forzado, que por cierto no me parecen gran cosa.

—Ha recibido usted algunos de los periódicos independientes?

—Sí, aquí tengo *el Heraldo*, *el Popular*, *la España*.... Dicen poco de mi discurso de ayer... alguna intriga debe haber en esto... yo la descubriré... amigo, dispénseme usted que voy á prepararme para la discusion de hoy en el Congreso: tengo que reunir algunos datos, y que hacer algunas apuntaciones para contestar á la oposicion.

—En Francia se facilita mucho ese trabajo, y los ministros tienen mas descanso, pues los oficiales de los ministerios, cada cual en los negocios que le pertenecen, y sobre los cuales se presentan proyectos á las cámaras, tienen buen cuidado de formar para uso de sus jefes notas bien detalladas y precisas, que le suministren cuantos argumentos pueden desear en las cuestiones que se agitan... dejo á Vd.; luego nos veremos; no es tan urgente lo que tengo que decirle.

Habiéndose este marchado, no tardó en presentarse otro, que parecia diputado por el tono con que se esplicaba, y por la franqueza con que trataba al ministro. Apenas entró, lo recibió éste con el mayor agasajo y confianza: ¿qué tenemos de nuevo? le dice, ¿ha estado Vd. anoche en el Circo? hubo mucha gente con motivo de asistir SS. MM.?

—Anoche me fui al Ateneo para oir al señor don Antonio, y despues ya tarde fui á la funcion del Liceo.

—Vamos, ¿y qué ha oido Vd.?

—Nada; se dice que en breve debe ocurrir un cambio ministerial; que no están Vds. muy bien avenidos entre sí.

—Pero hombre, ¿en qué puede fundarse ni la dimision ni la modificacion de un gabinete que tiene en su apoyo la mayoría de las Córtes?

—Si, pero tiene muchos y poderosos enemigos... antes que se me olvide, tiene Vd. muy enfadado á un diputado de la oposicion; porque no se acuerda Vd. de la palabra que le dió de atender á su sobrino.

—Dígale Vd. que hoy mismo quedará despachado..... (á Pablo que en aquel momento ponia el almuerzo sobre un velador): Recuérdame luego, Pablo, que tengo que despachar un negocio del sobrino de un diputado.

Se despide este amigo íntimo, y mientras acaba de almorzar el ministro, va dictando á Pablo varias apuntaciones que le han de servir para la discusion de aquel dia en el Congreso. Concluidas estas operaciones, se viste de prisa, aunque con bastante esmero, y acompañado de Pablo se dirige á la secretaría, ocupando ambos el coche que á la puerta los esperaba. Llegan á la puerta del palacio ministerial: se apea primero Pablo y despues S. E. que sube precipitadamente las escaleras: atraviesa las antesalas con lijereza y garbo, con dignidad afectada y sin fijar la vista en ninguna parte. Algunos pretendientes, que lo esperaban para hablarle, no pueden alcanzarle, pues corriendo se mete en su despacho. A pocos momentos se oyen fieros campanillazos. Entra el portero mayor. Sale; avisa al oficial mayor que entre inmediatamente. Entre tanto Pablo se habia dirigido á un despachito inmediato al de S. E. donde se ocupaba en repasar los periódicos y en coordinar los papeles. Vuelve á sonar la campanilla y entra

El portero mayor: Señor!!....

El ministro: Que no se me pase recado de nadie. Hoy estoy muy ocupado.

El mayor: Mire Vd. que hace ocho dias que no se resuelve ningun espediente, y que los oficiales se quejan de que no tienen firma, porque no han podido estender ninguna resolucion.

El ministro: Hoy vamos á ponernos al corriente. Hasta las dos que iré al Congreso, me ocuparé en despachar con todos los oficiales... entre paréntesis: ¿estuvo Vd. ayer en el Congreso? ¿se dijo algo en la sala de conferencias?

El mayor: Parece que la oposicion se aumenta de dia en dia, y que muchos diputados votan con el ministerio por compromisos de delicadeza. Unos acusan al ministerio de que no hace nada por sus amigos; otros de que no se dirige por un sistema bien entendido; y otros en fin de que no usa de ninguna condescendencia con la mayoría desde el momento en que se cree seguro de ella.

Interrumpe esta conversacion el portero mayor... ¡Señor!

El ministro: ¿No he dicho que hoy no quiero recibir á nadie?

El portero mayor: Es un señor diputado, que dice que para él siempre que se presenta está V. E. visible.

El ministro: Bien, que entre... ¡fastidioso!... lo menos me va á hacer perder una hora... ¡si se supiese los sacrificios que cuesta tener á su disposicion los votos de estos hombres!... Señor mayor, si se entretiene mucho, entre Vd. con cualquier pretesto para que se marche.

El diputado: ¡Oh, señor ministro!

El ministro: ¡Señor don Martin! ¿Vd. por aquí? yo creí que Vd. me tenia ya completamente olvidado... vamos, ¿cómo se siente Vd. de salud? ¿y la señora está buena? discúlpeme Vd. con ella, porque mis muchas ocupaciones, que á Vd. le constan, no me han permitido todavia ir á ponerme á sus pies, desde que Vds. llegaron á Madrid.

El diputado: Vd. siempre tiene cumplido con nosotros. Déjese Vd. de ceremonias... yo que estoy mas desocupado, vengo por aquí solo por tener el gusto de saludar á Vd. Ya sabe Vd. que yo no le he de incomodar para nada, ni nada le he de pedir. Asi le decia yo el otro dia á un diputado por Valencia delante de la chimenea de la sala de conferencia: «mi opinion no puede ser sospechosa porque es desinteresada.» Y convino conmigo. Nada: á Vd. no le faltarán visitas de famélicos y pedigüeños.

El ministro: ¡Si todos fueran como Vd. y otros!...

El diputado: Yo estimo á Vd. sinceramente, como á un amigo antiguo, pero tengo una satisfaccion en poder decir, que aunque no necesito de Vd. para nada ni de ninguno de sus compañeros, no hay otro mas decidido que yo por Vds.: no me acuerdo de haber votado una sola vez contra el ministerio!

El ministro: ¡Oh, si! en efecto; estamos muy satisfechos de Vd.

El diputado: Y el cuidado con que yo estoy para pedir en los momentos mas críticos, que se declare el punto suficientemente discutido! Y los aplausos con que interrumpo al final de un hermoso periodo los discursos de nuestros amigos, de cuyos aplausos tiene buen cuidado de hacer mencion la Gaceta. ¡Y los votos que yo he proporcionado catequizando á muchos diputados!

El ministro: (aparte) Algo me quiere este cuando me presenta su relacion de méritos. (Alto) Estamos satisfechos de que es Vd. uno de nuestros mas fieles amigos, no lo olvidamos.

El diputado: Quiero dar á Vd. una nueva prueba de ello. Acaba de vacar la administracion de rentas de la provincia de... por donde es Vd. diputado; y para que siempre que sea necesario pueda trabajarse con éxito en favor de Vd., conviene que la eleccion recaiga en una persona de confianza y de celo, de habilidad, de inteligencia laboriosa y de conocimiento del mundo y de los hombres. Vengo á proponerle á Vd. uno á cuyo favor no me habla la sangre, sino su mérito, y la ocasion de hacer á Vd. un gran servicio y de probarle mi amistad. Pocos mozos podrian servir al gobierno en ese destino como mi sobrino! jamás ha querido pretender! en esta parte es lo mismo que yo.

En este momento interrumpe la conversacion el subsecretario, diciendo: «mire Vd. que hay mucha firma retrasada, y que entre ella hay cosas muy urgentes.»

El ministro: Al momento; tráigame Vd. lo mas urgente, pues tengo que marcharme inmediatamente al consejo de ministros... Señor don Martin, quedo hecho cargo de lo que usted me indica: otro dia hablaremos.

El diputado: Pues bien, no lo olvide Vd., y esté Vd. seguro de que no lo dejaré de la mano hasta que la cosa se haga: esta noche misma me tiene Vd. aquí otra vez. Como no se trata de cosa mia, sino de hacer un servicio al ministerio, nada omitiré aunque me haga importuno. Ustedes necesitan tener en todas las provincias jefes de confianza y decididos. La de Vd. es de las mas delicadas para las autoridades: están en ellas las pasiones muy enconadas, y los partidos se hacen una guerra encarnizada: y es preciso, como suele decirse, una mano de hierro con un guante de terciopelo. Y por consiguiente, cuando yo conozco un hombre á propósito para influir en aquella provincia, no creo que debo dejar de indicarlo por la consideracion de que sea sobrino mio. Todos saben ya mi desinterés.

El ministro: Oh, si! doy á Vd. gracias por su aviso: hablaremos otro dia mas despacio.

El diputado: Yo con el mayor desinterés no he podido menos de decir á Vd. la verdad, lo que conviene á Vd. y á aquella provincia. Ya está Vd. advertido y á mí no me toca mas.

El ministro: (sentándose en su bufete para despachar la firma que le presenta el subsecretario que entra.) No olvidaré la recomendacion de Vd.

El diputado: ¡Mi recomendacion! no; es una prueba de interés y de amistad que doy á Vd.

El ministro: Sea asi; pero hablemos de otra cosa. Vd. que trata tanta gente, y que sabe mejor que nadie lo que se piensa, puede decirnos algo de lo que se dice del ministerio.

El diputado: El ministerio tiene muchos amigos: pero mas tendria si tuviese mas deferencia con ellos; yo no hablo por mi, pero oigo que acerca de esto se manifiesta no poco descontento.

El ministro: Pero ¿qué juicio se forma de nuestro sistema y de nuestra marcha política? ¿del impulso que damos al establecimiento de caminos de hierro? ¿de las mejoras que se van introduciendo en los presidios? ¿de la nueva organizacion que nos proponemos dar á la hacienda pública? ¿de la solicitud con que cuidamos de las obligaciones del culto, y del mantenimiento del clero y de las religiosas? ¿de la predileccion que nos merecen los acreedores del Estado? ¿y qué por último, del cuidado con que proyectamos moralizar la sociedad destruyendo la vagancia, que es la polilla y la hez de aquella?

El diputado: Todo eso está muy bueno, pero no basta para dejar á todos contentos... mire Vd... el otro dia le he dado á Vd. una lista de cuatro ó cinco electores influyentes

de mi provincia, cuyas pretensiones eran muy justas, y Vd. las ha olvidado; yo por mi parte no tengo en ellas el menor interés, porque no quiero ser reelegido; pero ya ve Vd., si no comprometemos á estos hombres, yo no diré que voten con los candidatos progresistas ó absolutistas: pero cuando llegue el caso de nuevas elecciones, no trabajarán en favor de Vds.; y si se quedan quietos en sus casas, vendrán al Congreso diputados enemigos del gobierno... Hablando francamente, ¿cómo quieren Vds. que trabajen por el ministerio, que promuevan reuniones de electores, que tomen el caballo y vayan por los partidos á ganar votos, si se vé á Vds. tan indiferentes con sus amigos? Siento haber hablado á Vd. tan claro: pero Vd. tiene la culpa, que me ha provocado á ello... dejo á Vd. trabajar; hasta despues.

El ministro: (mientras firma.) ¡Qué hombre tan pesado! y siempre con el desinterés en la boca..... cuando acabemos la firma, tráigame Vd. los espedientes recomendados por diputados. Es menester ponerlos á parte, para despacharlos inmediatamente. ¡Qué quiere Vd., hay que tener mucha contemplacion con ciertas exigencias!.....

En este momento se abre la mampara; entra el ministro de... el subsecretario se retira haciendo una inclinacion de cabeza, entre amistosa y respetuosa; y nuestro ministro se levanta para saludar á su cólega que se dirige hácia la chimenea, diciendo:

—Me escapo un momento para venir á hablar con Vd... Hace una porcion de dias que ni despacho ni firmo nada. Los consejos de ministros, los debates parlamentarios, los banquetes diplomáticos, las conferencias con las comisiones del Congreso y del Senado, recibir á los senadores y diputados que van á vernos, y asistir á los bailes á que somos convidados, absorven todo el tiempo de que podemos disponer... Si viera Vd. aquellos ministros ingleses cómo tienen tiempo para descansar, para asistir á partidas de caza, para meditar sus resoluciones.....

El ministro: Ya lo sé: lo he visto antes que Vd... pero vamos, ¿ha ocurrido algo de nuevo?

Su cólega: No; nada de particular; pero queria hacer observar á Vd. que la oposicion se va cada dia engrosando y que hoy me temo... ¡aqui se pierde el prestigio tan pronto!

El ministro: No importa, yo estoy seguro del resultado de las votaciones, y lo que es el número está á nuestro favor. Deje Vd. que griten cuanto quieran; nosotros podemos estar tranquilos... Pero observó Vd. ayer una poca de estrañeza en nuestro compañero C.?... Me pareció notar como que nos ocultaba alguna circunstancia de aquel mismo asunto de que tratábamos... Amigo, sus visitas á casa de... se me hacen muy sospechosas.

Su cólega: Nada de lo que proyectan nuestros contrarios me parece realizable por ahora. Los sistemas que ellos se proponen son imposibles, como esclusivos y como estremos. Creo que si hay algun sistema acomodado á las circunstancias presentes, es el nuestro, porque está deducido de un conocimiento completo de ellas y de sus verdaderas y legítimas necesidades.

El ministro: En efecto, es así; pero yo quisiera que las intrigas que se fraguan contra nosotros no tuviesen el poder; en primer lugar, de ofrecernos resistencias hasta cierto punto invencibles; y en segundo lugar, de alterar la confianza y buena armonía que debe reinar en el seno del gabinete.

Su cólega: Vd. no debe estrañar ni asombrarse de que trabajen contra nosotros nuestros mas antiguos é intimos amigos..... Tiene tantos golosos la cartera de hacienda para el que pretende hacer una gran fortuna ó reparar la que ha perdido?..... ¿Y quiere Vd. que á su amistad ó á nuestros principios políticos sacrifique ninguno una brillante espectativa?... Hoy nos quejamos de la inmoralidad, y sobre esto predicamos *ex catedra*, sin tener presente que este *virus* se ha difundido entre nosotros desde las clases superiores de la sociedad, que han escandalizado y corrompido á las demas. ¿Creemos que no hay mas principio de corrupcion que el que se propone atajar la ley de vagos?

El ministro: Vamos, dejémonos de moralidades. Esta noche nos reuniremos aquí para combinar despacio los medios de conjurar la tempestad que nos amenaza..... Se nos tiende una red muy sutil, y es preciso desbaratarla sin que se eche de ver.

Su cólega: (Le da la mano muy apretada). Hasta despues.

El subsecretario que entra: Aqui traigo un proyecto de ley, que puede Vd. presentar á las Córtes cuando Vd. quiera.

El ministro: ¿Lo ha visto Vd.?

El subsecretario: Aun no he tenido tiempo. Me lo acaba de entregar el oficial de la mesa.

El ministro: ¿Pero éste lo habrá visto?

El subsecretario: Creo que tampoco, porque en este momento se ha recibido bajo un sobre, remitido por aquel amigo á quien encargó Vd. su formacion.

El ministro: Corriente: estará bien; despues lo veré cuando se imprima y se haya de discutir. Nunca será malo que tenga algunos defectillos para que puedan acreditar su celo é inteligencia las comisiones de los cuerpos colegisladores... Bueno, que se entretengan con estas cosas, y que no nos aburran con interpelaciones ni promoviendo cuestiones de gabinete.

Pablo sale del despacho reservado del ministro, y le presenta una esquela que éste lee inmediatamente.

El ministro: (al subsecretario): Me hacen una recomendacion á que no puedo huir la cara, para la plaza que hay vacante en esta secretaría.

El subsecretario: Tenga Vd. presente que le ha dado ya palabra al señor ministro de E... que se la pidió para su sobrino, que acaba de salir de las Escuelas Pías hace mas de cinco meses, y aun todavía no está colocado.

El ministro: En efecto (aparte). ¡Qué fatalidad! que tenga uno que otorgar las gracias á las personas que aborrece y que teme, antes que á las que ama, como yo amo á la hermosa marquesa que me acaba de escribir! Ayer abracé á un antiguo compañero de colegio; le ofrecí mi poder; me pidió una plaza en la secretaria de una direccion general; se la ofrecí; pues no pude dársela porque se habia acordado *en ciertos círculos* que aquel destino fuese para una persona que habia prestado ciertos servicios... ¡Qué ilusion es el poder!.... Qué bien decia un magistrado: si no hacemos lo que queremos, de qué sirve lo que podemos!....

Saca el reloj: son las tres: (dice) no puedo detenerme mas: me marcho al Senado á bregar con la terquedad de aquellos viejos.... Mis compañeros tienen hoy que asistir al Congreso, y hemos quedado en ir dos al Senado para que haya alguien en aquel banco negro.... Despues de concluidas las sesiones, tenemos hoy comida en casa del embajador de.... En seguida tenemos que presentarnos en el Liceo, porque asisten SS. MM. y es preciso estar allí para recibirlas y despedirlas. Apenas se acabe la funcion, tendremos consejo de ministros en la secretaría de Estado. Cuide Vd. de enviarme allí la cartera. Desde palacio me vendré aquí en derechura.

Sale corriendo: Pablo le sigue con la cartera debajo del brazo. Entra en el salon del Senado: saluda afectuosamente al señor Presidente: ocupa su banco; y apenas puede prestar atencion al discurso que se está pronunciando, porque sucesivamente se van sentando á su lado muchos senadores, que van á saludarle, hablándole al oido, y dándole un papelito. Recorre este con la vista nuestro ministro, y se lo guarda, pronunciando algunos monosílabos, que dejan muy confiado al que lo dá. En esto se declaró el punto suficientemente discutido: se pasó á la discusion de los artículos, que fueron aprobados sin tropiezo: y se levantó la sesion. Sale el ministro, y se dirige al Congreso á reforzar el banco que ocupan sus compañeros: mientras habla un orador pesado, y quedan desiertos los bancos de los diputados, se entretienen los ministros en hablar unos con otros. Pasan las horas de reglamento: se acaba tambien esta sesion sin novedad: se dirigen los ministros al banquete, etc., etc. Las dos y media eran, cuando el nuestro atravesaba las antesalas silenciosas de su secretaría, alumbradas por luces moribundas. Se sienta á un lado de la chimenea, é inmediatamente se presenta el subsecretario.

El ministro: Amigo, estoy rendido!... pero vengo con ánimo de despachar mucho. Que venga cualquiera de los jefes de seccion.

Sale el subsecretario y entra uno de estos con un legajo de papeles. Se sienta delante de un velador, que está en frente de la chimenea. Principia á leer los estractos de los espedientes. Le interrumpe.

El ministro: Qué bien ha salido esta noche la funcion del Liceo!... ¿Ha estado Vd. en el Circo?... Confieso que me gustan mucho las óperas, y que me hacen pasar mejor el rato las funciones coreográficas.

El gefe de seccion: Convengo con Vd.; el espectáculo de los grandes bailes del Circo es sorprendente y admirable...

El ministro: Vamos, siga Vd..... á qué se reduce esa larga relacion?

El jefe de seccion: Que el ayuntamiento de Garrobillas solicita la aprobacion de sus Ordenanzas.

El ministro: ¿Pone la mesa su parecer?... pues bien, con la mesa: otra cosa... Dejémonos de largas relaciones... al grano... lo que solicita.

Jefe de seccion: Don Pedro Hinestrosa solicita que se le permita abrir un canal de riego en la provincia de Valladolid con arreglo á las condiciones que propone...

El ministro: (Dá algunas cabezadas y de pronto levanta la cabeza). ¿Ha informado la seccion de caminos? Yo no quiero separarme nunca del dictámen de las secciones respectivas... Ha oido Vd. hablar del desafio que ha habido esta mañana? ¿Pero se sabe el motivo?... *(Al ministro se le abre la boca y vuelve á dar cabezadas).*

Jefe de seccion: Vamos, Vd. está cansado, y ya han dado las tres. Dejaremos esto para mañana.

El ministro: Sí, mañana será otro dia.

Pronunciando estas palabras, se dirige hácia la puerta, se despide del jefe de seccion que lo sigue, y se retira yendo á buscar el coche que lo espera á la puerta. Al llegar á su casa le entregan una carta que abre y lee con interés, pues conoce la letra del sobre, que era de su amigo y compañero el ministro de... La carta que Pablo me enseñó el otro dia, decia así: «Considerando, mi querido amigo, que ya no se hallaria Vd. en su secretaría, le dirijo esta á su casa para participarle con toda reserva, que en este momento acabo de saber que mañana en el consejo de ministros, para el que seremos citados á las doce, se ha de tratar de que todos hagamos dimision con motivo de que á la sesion del sábado se le ha querido dar una inteligencia política y significativa. Yo he querido con tiempo prevenir á Vd., para que tenga tiempo de pensar lo que mas pueda acomodarle, pues se nos harán algunas ofertas que conviene no desperdiciar, y se nos preguntará qué es lo que queremos.—Mañana pasaré á ver á Vd. y le esplicaré cómo se ha dispuesto la trama. Entretanto, queda de Vd. su mas intimo y constante amigo, etc.

El ministro: Pablo, ven á desnudarme... (Aparte.) Ahora ya tendré tiempo de descansar: saldré de esa maldita vida en que no hay una hora de sosiego, en que no se gana un verdadero amigo, en que es tan dificil hacer el bien, en que tiene uno que halagar y contemplar mas á sus enemigos que á sus amigos, mas á las personas que teme que á las que ama; y en que se compran las muestras esteriores de consideracion y respeto con todo género de abatimiento y humillaciones... Ay!!...

El licenciado Redondo.

EL NIÑO DESOBEDIENTE.

Comedia en dos actos.

Por D. Juan Eugenio Hartzenbusch (1).

ACTO PRIMERO.

(El teatro representa la entrada de un lugar: á un lado la casa de Marta, unos árboles en frente, un banco debajo de ellos, y campo en el fondo).

ESCENA I.

D. Eugenio. Marta. Juanillo.

Marta. Dios le premie á V. tanta bondad, señor don Eugenio. ¡Si mi pobre marido viviera!... él que queria tanto á su capitan! Loco se hubiera vuelto de alegría al verle despues de tantos años. No me son por mi propia tan apreciables las generosas ofertas de V., como por este infeliz que no tiene sino á su madre, de quien tan poco puede esperar.

Eugenio. Marta, su hijo de V. puede esperar de mí todos los auxilios que necesite en la carrera que elija. Esto se entiende si se porta bien.

Marta. Muchacho, ¿cómo se dice? ¿No das las gracias á este señor?

(1) Adoptado el Semanario como lectura predilecta de las familias, y destinado por lo tanto á andar tambien en manos de los niños, debemos dedicar alguna vez cierta parte de nuestra publicacion á esta clase de lectores. La comedia del distinguido escritor don Juan Eugenio Hartzenbusch que hoy comenzamos á publicar, reune á su argumento moral un interés general para toda clase de personas.

Juan. Viva V. mil años.

Eugenio. ¿Cómo me ha dicho V. que se llama, galan?

Juan. Yo, Juanillo.

Marta. Muchacho, ¿cómo se dice?

Juan. Juan, para servir á V.

Eugenio. Juanito, el maestro de escuela que me ha enseñado sus planas y sus cuentas de V., me ha dicho que es V. un niño aplicado y juicioso: estas prendas merecen una recompensa; y por ahora le presento á V., no un juguete para enredar, sino este curioso estuche, donde tiene V. tintero, plumas y papel. *(Dá un estuche á Juanito que lo abre y registra con ánsia y alegría).*

Juan. ¡Ay qué bonito! y con labores doradas y todo! ¡Anda! cuando lo vean en la escuela!...

Marta. Pero, muchacho, ¿cómo se dice?

Juan. ¡Ah! sí. Muchas gracias. Madre, madre; ¡este sí que es papel bueno, y no el que vende el tio Pasmarón! ¡Ay! y un cortaplumas! Mire V., madre, mire V.

Marta. ¿Y cómo piensas tú corresponder á los favores de este caballero?

Eugenio. En efecto, yo soy algo interesado, y no hago nada de valde. Yo quisiera saber qué podria prometerme del buen Juanito, no por esa bagatela, sino por otras cosas de mas importancia que me propongo hacer por él.

Juan. ¿Y qué quiere V. que yo le prometa sino tengo nada que dar? ¿Quiere V. mi trompo? *(Sacándolo del bolsillo y presentándoselo.)* Tómele V.

Marta. Chico.

Juan. Tambien tengo un par de zancos muy altos y muy fuertes. Si le hacen á V...

Marta. Muchacho.

Juan. Lo que sí voy á dar al señor es la marica que yo he criado. ¡Verá V. qué guapa! ¡Y qué picara es! lo que sabe la malvada! No le falta mas que hablar.

Eugenio. No, gracias: lo que yo exijo de V. es que siga siendo estudioso y obediente á su madre. Cuidado con esto último. Para mí no puede tener falta mayor un muchacho que ser inobediente. Dios ha querido al fin de mis dias darme riquezas y privarme de parientes: mis bienes pertenecen á los necesitados y principalmente á la infancia desvalida, pero el niño que falte á la sumision que debe á sus padres no tiene que contar nunca conmigo.

Marta. Ya lo oyes: me parece que no querrás darme que sentir.

Juan. No señora, yo haré siempre lo que V. me mande.

Marta. Mira que lo prometes delante de tu bienhechor.

Eugenio. Y que ninguno está mas interesado que él en cumplirlo.

Juan. Vds. lo verán. Sí, yo quiero mucho á mi madre, y hago siempre lo que me dice su merced. ¡Vaya! que diga si no estoy aguardando siempre que me mande traer pan del horno, y sacar zanahorias de la huerta y alcanzar ubas de la parra, para ir á obedecerla mas listo que cardona.

Eugenio. Yo celebraré mucho que V. ejecute todas sus demás órdenes con igual prontitud y celo. Con que, amiga Marta, yo me vuelvo á mi posesion antes que se haga mas tarde.

Juan. ¿Voy á decir al mozo que le traiga á V. aquí el caballo?

Eugenio. ¿Para qué, si le tengo allí mas al paso? Marta, cuide usted de su hijo, que si se hace acreedor á mi proteccion yo le serviré de padre.

Marta. El cielo le colme á V. de bendiciones.

Juan. *(Despues de haber besado la mano á don Eugenio, advertido por Marta).* Vaya V. con Dios, señor don Eugenio.

Eugenio. Obediencia á la madre, ó no hay nada de lo dicho: porque...

Tan necio como seria
quien en profunda ceguera
la direccion no siguiera
que le indicára su guia,
tan insana es la osadía
del niño que obedecer
no quiere al que debe el ser,
y presumiendo que sabe,
riesgo ninguno precave
y en todos viene á caer.
Pero no tan solamente

procede como insensato,
es además un ingrato
el niño desobediente.
Suda la paterna frente
en su obsequio y asistencia,
preceden á su existencia
los desvelos maternales,
¡y él á beneficios táles
niega un pago de obediencia!
¿Y cómo á la sociedad
tendrá respeto despues
el niño que indócil es
del padre á la autoridad?
Pero á su indocilidad
la ley opondrá el rigor,
y sobre el que huyó de amor
el dulce y dichoso yugo
quizá descargue un verdugo
su cuchillo vengador.

JUAN. ¡Zape!

MARTA. Mira á lo que te espones si no eres bueno.

EUGENIO. Meditar esta leccion y no olvidarla nunca. Hasta otro dia. *(Váse.)*

ESCENA II.

MARTA. JUANITO

MARTA. Hijo mio, ya ves que no tengo sino á ti, ya ves si te quiero: acabás de pasar una enfermedad violenta, y mis cuidados, mis inquietudes, mis lágrimas que á veces no he podido contener, te han podido manifestar mi cariño. Dios ha premiado mis afanes con tu salud, y he vuelto á vivir alegre, á ser feliz. Otras mil pruebas tienes tambien de lo que te amo. A pesar de nuestra pobreza, ningun muchacho del pueblo anda mas limpio ni mas aseado que tú, porque tú eres el espejo en que se mira tu madre; ninguno ha sido criado con el amor y la dulzura que tú. Como hijo estás obligado á obedecerme, porque por mí vives, pero hay además otra razon para que me estés sumiso: tu mismo bien, tu interés propio. Tú no puedes saber en tus pocos años si de tus acciones te puede resultar utilidad ó perjuicio: la esperiencia me ha enseñado á mí á conocer esto, y el amor materno á emplear mi esperiencia en beneficio tuyo. Te prohibí el domingo pasado que fueses al monte; tú lloraste porque no condescendí con tus deseos; ya sabes la desgracia de ese pobre mozo de la villa inmediata. Devorado el infeliz por los lobos, su roido esqueleto ha sido hallado en lo mas espeso del bosque, y solo por los pedazos de sus vestidos fué posible conocerle. Me parece que no estrañarás que te repita la misma órden, y que te habrás persuadido de que te conviene respetarla.

JUAN. Sí, sí, madre, sí. Mire V., lo que es yo de buena gana iria al monte á coger fresas para merendar. Me gusta mucho la fresa, pero no me gustaria que los lobos me merendasen á mí. En fin, ya que no sea la merienda en el monte, la tendré en casa: ¿no es verdad, madrecita? *(Acariciándola).*

MARTA. ¡Comilon!

JUAN. Vamos, ¿qué me vá V. á dar?

MARTA. ¿Qué quieres mas? ¿Unas pasas ó una torta?

JUAN. Déme V. una buena almorzada de pasas, y me las comeré con una torta.

MARTA. *(Sonriéndose).* ¿Cómo se entiende? O uno ú otro.

JUAN. Toma, ya se ha reido V., ya tengo entrambas cosas.

MARTA. Bien, pero con la condicion de que no has de ir á buscar á Tomasito, el hijo del herrero. Ese chico te echa á perder.

JUAN. No le dé á V. cuidado, madre: libre está que vaya yo á buscarle donde ahora se halla.

MARTA. ¿Cómo?

JUAN. Le tiene encerrado su padre por la diablura que ha hecho hoy en la misa mayor.

MARTA. ¿Pues qué ha hecho?

JUAN. No dejar á la gente oir el sermon, ni al padre predicarlo. Se escondió en un rincon del coro con una carraca que puesta en el campanario se puede oir de media legua, y fué llevando con ella el compás de las palabras del predicador. Hablaba el padre Froilan de las penas del purgatorio... y Tomasillo, rac carrac, rac carrac. Decia el padre que hay hogueras en el infierno y calderas de pez, y que los condenados rechinan los dientes... y Tomasillo, rac carrac, rac carrac, dale que dale. Con que el tio herrero agarró á su hijo al salir de la iglesia, le ató al ayunque, le puso las costillas como chupa de dómine, y le ha encerrado para tenerle ocho dias á pan y agua, dejándole la carraca para que se entretenga.

MARTA. No merece menos una travesura de esa especie. Ese chico ha de dar mil pesadumbres á sus padres, y yo no quiero que tú me las des, imitando sus malos ejemplos. Mira que te prohibo que te acompañes con él: cuenta con no olvidarlo.

JUAN. Corriente; pero no olvide V. tampoco lo que me ha dicho.

MARTA. Voy á sacarte de merendar. *(Váse.)*

ESCENA III.

JUANITO Y TOMÁS *(al paño).*

TOMÁS. *(Asomando la cabeza por detrás de la esquina de la casa de Marta).* ¿Merendar dijiste? Para quien está condenado á ocho dias de abstinencia, es cosa digna de atencion.

JUAN. *(Abriendo el estuche que deja sobre el banco, y sacando de él las plumas).* Voy á ver si acierto á cortar una pluma de estas. Confesemos que de algo sirve el portarse bien en la escuela: si yo hubiese sido un novillero enredador como Tomasillo, no tendria hoy un estuche tan majo, y tal vez tendria zurras y encierros y ayunos.

TOMÁS. *(Aparte).* Lo último es lo malo: de lo demás ya hemos salido.

ESCENA IV.

MARTA. JUANILLO. TOMÁS, *(oculto).*

MARTA. *(Cerrando la puerta de su casa).* No te apartes de aquí por si viene alguien, mientras voy á ver qué me quiere la vecina, que me envió á llamar antes que llegára don Eugenio.

JUAN. Pero ¿no me deja V. algo con que pasar el tiempo?

MARTA. *(Sacando una torta y un cucurucho de pasas que dá á su hijo).* Vamos, señor goloso, conténtese V.

JUAN. ¡Cuánto la quiero á V., madrecita de mi alma!

MARTA. ¡Lagotero! ¡Qué buena maula te vas haciendo, gracias á mi bondad!

Ya que tan alegre estás
porque á tu gusto cedí,
piensa tú en dármele á mí,
y contenta me tendrás.
Cuidadosa me verás
entonces de tu regalo;
sino, aunque yo me señalo
mas por mi amoroso afan,
sabré como doy el pan,
aprender á darte el palo. *(Váse).*

ESCENA V.

JUANITO. TOMÁS, *(oculto).*

(Juanito vá á sentarse en el banco frente á la casa; se coloca á un lado sobre el mismo banco la torta y al otro las pasas, y se ocupa en cortar una pluma. Tomasito sin ser visto cruza el fondo del teatro y viene á situarse detrás de Juanito).

JUAN. *(Tomando un pedacito de la torta).* Sola mi madre sabe hacer estas tortas tan ricas.

TOMAS. *(Coge la torta y se la engulle vorazmente.)* Pues el comérselas... lo hace cualquiera.—Si, á hurtado saben, que dicen es el sabor mas gustoso.

JUAN. *(tomando unas pasas.)* Esta vez no me ha escaseado las pasas.

TOMAS. *(Cogiendo las pasas y dejando el cucurucho vacío.)* Contaria con el convidado.

JUAN. *(Despues de un corto rato en que ha estado cortando la pluma.)* Pues señor, esta pluma ha de escribir muy bien de delgado: la probaré luego, que ahora hay otra cosa mas importante que hacer. *(Va á coger la torta.)* ¡Calla! ¿y mi torta? ¿Y mis pasas? ¿Quién me las ha cogido?

TOMAS. *(Saliendo de detrás de los árboles con la boca llena.)* No hay que hacer caso, que es persona de satisfaccion.

JUAN. De demasiada segun veo. ¿Quién diantres te ha traido aquí tan á punto? ¿Sabes que no me divierte la gracia, Tomasillo?

TOMAS. Hombre, entre dos que bien se quieren con uno que coma basta.

JUAN. Ese uno podia haber sido yo.

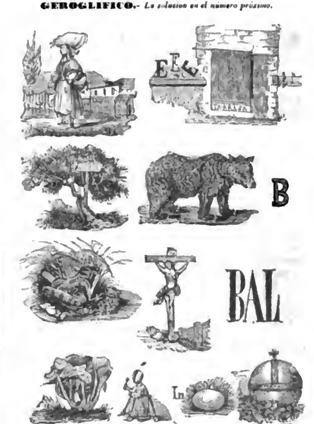
TOMAS. Mas regular es que fuese el que tuviera mas hambre.

JUAN. ¿Y por qué he de venir yo á pagar tus diabluras? Bien dice mi madre que nada traen de bueno las malas compañías.

TOMAS. ¿Yo mala compañía? ¡Vaya! Segun lo que yo sufro debo ser un santo sin remedio.
JUAN. ¡Buen santo nos de Dios! ¡Un salteador de meriendas!
TOMAS. Pues digo bien: mi padre, mi madre, mis hermanos, mis cuñadas, el maestro, todo el pueblo me zurra. Pellejo mas baqueteado que el mio no le tiene un tambor: este es un martirio capaz de santificar á un judío. Hazte el cargo, Juanito, hazte el cargo de que cuando la gazuza aprieta...
JUAN. ¿Con que no ha habido indulto de la pena de ayuno?
TOMAS. ¿Indulto para mí? A mí se me trata peor que á un faccioso.
JUAN. Ya, como tienes mucho de rebelde.
TOMAS. Si yo no me hubiese valido de mis mañas, ahora estaria en el cuarto oscuro, aburrido de hallarme solo y con la tripa como cañon de órgano.
JUAN. ¿Te has escapado?
TOMAS. No, que no. Como mi casa tiene mas roturas que remiendos la saya de tia Cosijos, columbré una grieta por donde entraba la luz, empecé á quitar cantos y yeso, abrí un agujero capaz de mi cuerpo, y me vine á ver si me convidaba mi compañero Juanillo.
JUAN. En verdad que no has aguardado á que se te hiciera el convite.
TOMAS. Ahora iba yo á gastar ceremonias con un amigo.
JUAN. ¡Amigo, amigo! Maldita la honra ni provecho que me trae tu amistad. ¿Sabes lo que me ha dicho mi madre? Que no tenga que acompañarme contigo, porque eres un tuno que me echas á perder. Y tiene razon.
TOMAS. Pues señor, bueno: corriente. Aqui acabó nuestra amistad: por lo mismo no quiero quedarte á deber nada. Vente conmigo y te devolveré la merienda.
JUAN. No me puedo separar de aquí: y ademas, ¿dónde tienes tú?...
TOMAS. Mi despensa, aunque algo distante, vale un poco mas que la tuya.
JUAN. Yo me alegraria de verla.
TOMAS. Pues tómate el trabajo de llegarte al monte conmigo. Verás allí que provision hay de fresas, madroños, espárragos, setas, criadillas de tierra, cagarrias, bellotas, á su tiempo, liebres, conejos...
JUAN. Y lobos á manta de Dios.
TOMAS. No hay despensa libre de vichos.
JUAN. ¡Canario! y que crecidos son los de la tuya!
TOMAS. Con que fuera de chanza, ¿quieres venir?
JUAN. Ya te he dicho que no puedo apartarme de la casa.
TOMAS. Pues hombre, tú estás mas preso que yo.
JUAN. ¡Yo preso!
TOMAS. A ver. Si no puedes dar un paso fuera de aquí, lo mismo es que si estuvieras encerrado entre cuatro paredes. ¡Y en un domingo, en que todos los muchachos tienen el dia por suyo! No hay duda que lo aprovechas bien.
JUAN. No tardará en venir mi madre de casa de la tia Perendenga, y entonces me dejará que vaya á jugar con los demas chicos al prado.
TOMAS. Si, espérala. En poniéndose á hablar la tia Perendenga, no acaba en dos horas, por poco que tenga que decir.
JUAN. ¡Caramba! pues á mí no me haria gracia estarme aqui de centinela mientras los otros se están divirtiendo.
TOMAS. Y que te vas á quedar solo, porque yo me voy á marchar al instante.
JUAN. ¡Qué! ¿tan pronto me quieres dejar?
TOMAS. Como tu madre no quiere que te acompañes conmigo.
JUAN. Ya, pero...
TOMAS. Y como soy un tuno que te echa á perder...
JUAN. Anda, quédate otro rato todavía.
TOMAS. No señor, el tunante se va á paseo donde le da la gana, y el niño obediente se queda aquí hecho un pasmarote.
JUAN. A trueque de que mi madre no me riña, mas quiero quedarme.
TOMAS. Buen provecho. Diviértete, hijo. Yo voy á pasar la tarde en el monte hasta que oscurezca, y luego sin que nadie lo huela me soplo en mi calabozo y me zampo las provisiones que me haya agenciado.
JUAN. Anda con Dios.
TOMAS. Si estás por aquí cuando vuelva, partiremos la fresa que traiga.
JUAN. Si me trajeses un nido te lo agradeceria mas.
TOMAS. ¿Tienes mas que venir conmigo y cojerlo tú?
JUAN. Luego me reñiria mi madre, y la verdad, no quiero disgustarla.
TOMAS. ¿Y qué costilla te romperá con sus regaños? Se la deja decir, se calla, se hacen cuatro zalamerías, y se sale del paso. ¡Aun si hubieses de llevar una mano de azotes como la que me ha sentado hoy mi padre...! ¡Canario! y qué modo de despolvorear! Un hormiguero traigo en las espaldas que me hace brincar de gozo. Pero si chasco como el de esta mañana no se ha visto. El fraile tan inquieto, tan parado, sin acertar á proseguir, el alcalde queriendo con los ojos ahogar el ruido que le incomodaba, las viejas refunfuñando, los chicos riendo, y yo impávido continuando mi carraqueo... ¡qué! no hay azotes con que pagar eso.
JUAN. Es que yo creo que todavía no has llevado por ello los últimos.
TOMAS. Pero yo me entretengo y la tarde va que vuela. Que juegues mucho: abur.
JUAN. Mira... ¿Hay mucha fresa ahora en el monte?
TOMAS. A espuertas se puede cojer. ¿Te determinas?
JUAN. Como me has dejado sin merendar... Si yo supiera que tardaba mi madre... Pero no, vete, vete.
TOMAS. *(Reparando en un látigo que hay en un rincon del teatro)* ¡Ola! qué látigo tan hermoso tienes. *(Haciéndole sonar.)*
JUAN. ¡Calla! el látigo de don Eugenio!
TOMAS. ¿Quién? ese caballero tan rico que vive en aquel cortijo, camino del monte?
JUAN. El mismo: estuvo aquí y se le ha dejado olvidado.
TOMAS. Hombre, pues debíamos ir á llevárselo.
JUAN. Ya se vé que sí. Mira tú; él ha sido el que me ha regalado este estuche.
TOMAS. Si no llevas su látigo, eres un desagradecido.
JUAN. Como que estoy obligado á hacerle este obsequio. ¿El cortijo no dista mas que un cuarto de legua, eh?
TOMAS. Escasamente: antes de una hora estamos de vuelta. Tu madre no te habrá echado de menos, y no sabrá nada.
JUAN. Y aunque lo sepa: se alegrará de que haya servido á mi bien hechor.
TOMAS. Por supuesto: vamos corriendo.
JUAN. Vamos allá, vamos.

Ya parto sin inquietud
aunque me voy sin licencia,
que si falto á la obediencia,
cumplo con la gratitud. *(Vanse.)*

GEROGLIFICO.- *La solucion en el número próximo.*



MADRID: Imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, núm. 4.



JERUSALEN.

Infinitas y buenas vistas se han publicado de la ciudad de David y de Salomon, pero no hemos visto ninguna tan completa ni tan ventajosa como la que hoy tenemos el gusto de presentar á nuestros lectores (1). Innumerables y magníficas son tambien las descripciones que de aquel pueblo inmortal se han impreso. Despues de Chateaubriand, cuyo *Itinerario* es hoy clásico, Lamartine es el escritor mas ilustre que ha visitado á Jerusalen. No hay una relacion mas reciente, mas completa, mas animada que la suya; ademas, tiene el mérito de estar trazada á grandes rasgos, en el momento mismo en que por primera vez se desarrolló á sus ojos el panorama de la ciudad santa: esta es la razon que nos ha movido á publicar algunos trozos de ella, no creyendo pecar de presuntuosos, al sentar que nos lisongeamos de que juntas, y en un todo acordes, la vista y la descripcion presentes, contribuyen á dar una idea completa del aspecto general de Jerusalen. Hé aquí, pues, las impresiones de Lamartine:

«Detrás de las altas murallas y de las bajas cúpulas de Jerusalen, se elevaba en segunda línea una ancha y alta

(1) Séanos permitido llamarles la atencion sobre la ejecucion de esta lámina, debida *como todas las que se graban para el* *SEMANARIO* á artistas españoles.

colina mas sombría, que la servia de base y ocultaba la ciudad, la cual terminaba nuestro horizonte.

»El sol no daba sobre su flanco occidental, pero rasaba su cima con rayos verticales: semejante á una tremenda cúpula, parecia hacerla trasparente y nadar en la luz, y no se distinguia la línea divisoria de la tierra y del cielo sino por algunos árboles copudos y negros plantados sobre el pico mas encumbrado de ella, por entre los cuales pasaban los rayos del sol. Este era el monte de los Olivos.»

. . . .

«Monté á caballo, y volviendo á cada instante la cabeza para ver si podia distinguir algo mas del valle ó de la ciudad, subí en un cuarto de hora el monte de los Olivos, y á cada paso que daba el caballo descubria un nuevo barrio ó un edificio mas de Jerusalen. Llegado á la cumbre, que está coronada por las ruinas de una mezquita que cubre el lugar desde donde el Señor se subió al cielo despues de su resurreccion, volví un poco á la derecha para acercarme á dos columnas derrocadas á los pies de algunos olivos, sobre un terraplen que mira á un tiempo á Jerusalen, á Sion, los valles de san Sabas que guian al mar Muerto, y aun este mismo mar se veia resplandecer desde allí por entre las cimas de los montes y el inmenso horizonte sembrado de cumbres diversas que terminan los montes de Arabia: allí me senté y se me presentó la escena que voy á describir.

»El monte de los Olivos, sobre cuya cumbre me habia situado, baja en rápida pendiente hasta lo profundo del abismo que lo separa de Jerusalen y que se llama valle de Josafá. Desde el hondo de este estrecho y sombrío valle, cuyas laderas están tachonadas de piedras negras y blancas, piedras fúnebres de la muerte, con las que están como pavimentadas, se eleva una inmensa colina cuya rapida inclinacion se parece á la de una alta muralla derribada: á ningun árbol es dado estender allí sus raices; el musgo mismo no puede enganchar sus delgados filamentos, y la pendiente está tan sumamente inclinada, que las piedras ruedan sin cesar, y que no presenta al espectador mas que una superficie de polvo árido y seco, como los montones de ceniza arrojados desde lo alto de la ciudad. Hácia el mediodia de esta colina, toman nacimiento unas altas y fuertes murallas formadas de grandes piedras, sin cortar en su superficie esterior, cuyas murallas ocultan su fundacion romana y hebrea, bajo la misma ceniza que cubre sus pies y que se eleva á cincuenta, á ciento, y mas lejos dos de doscientos á trescientos pies sobre la base de esta tierra. Las murallas tienen tres puertas, de las cuales dos están tapiadas y la que queda abierta á nuestra vista está tan vacia y desierta como si diese entrada á una ciudad sin poblacion. Estas murallas se elevan aun por encima de las puertas, sosteniendo un vasto terraplen que se estiende á dos tercios de la longitud de Jerusalen por el lado que mira al oriente. El terraplen puede tener á la vista mil pies de longitud, y unos quinientos á seiscientos de latitud, y está casi perfectamente nivelado, á escepcion de su centro, en donde se ahonda insensiblemente como para indicar el valle poco profundo que separaba en otro tiempo la colina de Sion de la ciudad de Jerusalen. Esta magnífica plataforma, preparada sin duda por la naturaleza, pero evidentemente acabada por la mano del hombre, era el sublime pedestal que servia de base al templo de Salomon. En el dia sostiene dos mezquitas turcas, la una llamada El-Sakara, en el centro de la plataforma y en el lugar mismo donde debia estar el templo, y la otra á la estremidad sudoeste del terraplen tocando los muros de la ciudad. La mezquita de Omar ó El-Sakara es un edificio de admirable arquitectura árabe que parece de una pieza de mármol, es octógono, y cada fronte ó lienzo está adornado de siete arcadas que terminan en ojiva; encima de este primer cuerpo de arquitectura hay un techo en forma de terrado, del que parte otro orden de arcadas mas estrechas, las cuales rematan con una cúpula graciosa cubierta de cobre dorado en otro tiempo.

»Las paredes de la mezquita están vestidas de esmalte azul, y á derecha é izquierda se estienden anchas paredes, terminadas por ligeras columnatas moriscas que corresponden á las ocho puertas de la mezquita. Mas allá de estos arcos desprendidos de todo otro edificio, continuan las plataformas y terminan, la una en la parte norte de la ciudad, y la otra en la muralla á la parte de mediodia. Altos cipreses, algunos olivos y verdes y graciosos arbustos, crecen indistintamente entre las mezquitas, y dan realce á la elegante arquitectura y al color resplandeciente de las paredes, ya por su figura piramidal, ya por el oscuro verde que se destaca de la fachada de los templos y de las cúpulas de la ciudad. Mas allá de las mezquitas y del emplazamiento del templo, se estiende Jerusalen toda entera, y salta por decirlo así delante de nosotros sin que pueda perderse ni un techo, ni una piedra, lo mismo que el plano de una ciudad en relieve puesto sobre una mesa por el artista. Esta ciudad no es lo que nos pintan, un hacinamiento informe y confuso de ruinas y cenizas, con algunas cabañas de árabes ó algunas tiendas de beduinos sembradas sobre él; tampoco es, como Atenas, un caos de polvo y de murallas desplomadas, entre las que busca el viagero inútilmente la sombra de los edificios, las líneas de las calles, el aspecto de una ciudad y no de una ciudad cualquiera sino brillante de color y de luz. Jerusalen presenta noblemente á la vista sus muros intactos y sus almenas, su mezquita azul con sus blancas columnatas, sus millares de cúpulas resplandecientes, sobre las que el sol de otoño se refleja en vapor brillante; las fachadas de sus casas teñidas por el tiempo y los estíos de un color amarillo y dorado como los edificios de Pestum y de Roma; las antiguas torres que defienden sus muros á las que no les falta ni una piedra, ni una tronera, ni una almena, y en medio, en fin, de una nube de casas y de pequeñas cúpulas que las cubren, una cúpula negra y rebajada del medio punto, mas ancha que las otras y dominada por otra blanca, que son el Santo Sepulcro y el Calvario, los cuales están confundidos y como anegados en el dédalo ó laberinto de cúpulas, edificios y calles de que están rodeados. A la verdad es difícil de comprender el emplazamiento del Calvario y del sepulcro, que segun la idea que nos da el Evangelio, deberian encontrarse sobre una colina separada de los muros y no en el centro de Jerusalen. Mas la ciudad que se ha estrechado por el lado de Sion, se habrá ensanchado sin duda por la parte del norte, para abrazar en su recinto los dos puntos que constituyen su vergüenza y su gloria, el sitio del suplicio del Justo y el de la resurreccion del hombre de Dios.

»Tal aparece la ciudad desde lo alto del monte de los Olivos; detrás de ella no se descubre horizonte ni por la parte de occidente ni norte. La línea de sus murallas y de sus torres, las agujas de sus numerosos minaretes y los cimbrios de sus cúpulas, se destacan con desnudez y crudeza del azul del cielo de oriente, y la ciudad sentada sobre un estenso y elevado terraplen, parece brillar aun con el antiguo esplendor de sus profecías y no esperar mas que una palabra para salir resplandeciente de sus diez y siete ruinas sucesivas, y llegar á ser *la Jerusalen nueva que sale del seno del desierto refulgente de luz*.

»Esta es la perspectiva mas asombrosa que se puede presentar á la vista de una ciudad que ya no existe, porque parece existir todavía radiante de juventud y vida, y si se mira con mayor atencion, se conoce que no es en efecto sino una hermosa sombra de la ciudad de David y Salomon. Ningun ruido se oye de sus plazas y calles, no hay caminos que conduzcan á ninguna de sus puertas, por oriente ni occidente, por el mediodia ni por el septentrion. Solo se hallan algunas sendas tortuosas que serpentean al acaso por entre peñas, y en las que se encuentran únicamente algunos árabes medio desnudos montados sobre sus jumentos, algunos camellos de Damasco y algunas mujeres de Belen ó de Jericó que llevan sobre sus cabezas una cesta de uvas de Engaddi, ó una canasta de palomas que van á vender por la mañana bajo los terebinthos, fuera de la ciudad.

»El aspecto general de las cercanías de Jerusalen puede pintarse en pocas palabras; montañas sin sombra, valles sin agua, tierra sin verdor, rocas sin terror y sin grandiosidad, algunos trozos de piedra gris cortando la tierra esteril. Una gacela ó un chacal pasando velozmente de tiempo en tiempo por entre las quebraduras de las rocas; algunas cepas asidas á la tierra gris y roja del suelo; de trecho en trecho una plantacion de olivos proyectando una sombra debil sobre los flancos escarpados de una colina; en el horizonte un terebintho ó un algarrobo negro destacándose triste y solo sobre el azul del cielo; los muros y las torres grises de los fortificaciones de la ciudad se presentan á lo lejos sobre la cresta de Sion; ni el canto de los pájaros, ni el murmullo de los insectos se percibe allí: un silencio completo, eterno, reina en la ciudad, en los caminos, en la campiña.

»Jerusalen, donde se vá á visitar un sepulcro, no es ella misma otra cosa que la tumba de un pueblo; pero tumba

sin cipreses, sin inscripciones, sin monumentos; cuya losa se ha hecho pedazos, y cuyas cenizas parecen cubrir la tierra que la rodea, de duelo, de silencio y de esterilidad.»

APOSTOLES, EVANGELISTAS Y MARTIRES.

Incendio de Roma. — Levantamiento de los judios.

Despues de la ascension de Jesucristo los apóstoles procedieron á la eleccion de un apóstol que reemplazase á Judas (1); y poco tiempo despues, en tanto que se hallaban reunidos, el Espíritu Santo descendió sobre ellos.

Y aquellos hombres, antes débiles, tímidos, sencillos, ignorantes, se hallaron de súbito dotados de una fuerza, de una inteligencia y de una sabiduria sobrenaturales.

El pueblo, que habia acudido de todas partes á Jerusalen para la fiesta, se oprimia en torno de ellos.

Veíanse allí judios de todas las naciones; porque despues de la cautividad de Babilonia, habíanse estendido por todo el Oriente, entre los Partos, entre los Medas, en Persia, en todas las provincias del Asia Menor, en el Egipto, la Libia, en la isla de Creta y hasta en la misma Roma.

Y como segun las profecías, y particularmente segun la de Daniel, el tiempo de la venida del Mesias era llegado, acrecíase mas el concurso de la multitud á la fiesta, porque se creia que el Mesías iba á llegar.

Y aquellos Judios venidos desde tan lejos, y establecidos tanto tiempo hacia en paises diversos, quedaron muy admirados de oir á los apóstoles, todos Galileos, hablar las lenguas diversas que les eran naturales á cada uno de ellos.

Predícales S. Pedro (2) á Jesucristo crucificado, declárales que este era el Cristo, el Mesías; exhórtales á que se bauticen, y tres mil de entre ellos se convierten, reciben el bautismo y aumentan el número de los discípulos.

Habiendo subido despues al templo con S. Juan á la hora de la oracion, y habiendo hallado á la puerta un cojo que le pedia limosna, san Pedro le dijo: No tengo ni oro ni plata; pero lo que tengo te lo doy; en el nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda. Y el cojo fué curado instantáneamente y cinco mil personas se convirtieron.

No obstante los sacerdotes y los saduceos, para intimidar á la multitud, hacen prender á los dos apóstoles, quienes son conducidos á presencia del sanedrin, y confiesan con firmeza el nombre de Jesucristo en presencia de los senadores, de los pontífices y de los doctores de la ley.

Habiéndose limitado la asamblea á prohibirles que enseñaran en nombre de Jesus, contestaron san Pedro y san Juan: «Juzgad vosotros mismos si es justo que os obedezcamos mejor que á Dios» y fueron dejados en libertad.

Acrecíase diariamente la multitud de los fieles; la palabra de los apóstoles, apoyada con milagros patentísimos, hacia numerosos prosélitos en las clases del pueblo, y no teniendo todos sino un corazon y un alma, eran comunes sus bienes; los que tenian tierras ó casas las vendian y entregaban su precio á los apóstoles, con el fin de seguir la palabra de Jesucristo de *abandonarlo todo para seguirle*, y el de unirse por la caridad; su vida era casta y pura; sus dias se pasaban en oraciones y en buenas obras; y aquellos admirables ejemplos de las mas santas virtudes, atraian todas las miradas, y penetraban en el fondo de los corazones. Llevábanse á los enfermos en sus lechos á lo largo de las calles por donde se imaginaba que podria pasar san Pedro con el fin de conseguir su curacion.

Y no corrian en Jerusalen y en las ciudades vecinas otras nuevas que las de todas estas maravillas operadas en el nombre de Cristo.

El soberano pontífice, cada vez mas irritado, se entiende con dos de sus partidarios y hacen que otra vez sean puestos los apóstoles en prision, y como la nobleza y la firmeza de sus respuestas no hacen otra cosa que acrecentar mas y mas la cólera de sus enemigos, proponen estos hacerlos morir. Pero un doctor venerable, llamado Gamaliel, aconseja que los dejen obrar, diciendo: «Si esta empresa viene de los hombres, ella misma se disipará; mas si viniere de Dios, vosotros no podríais resistirla.»

Adoptose esta opinion; mas sin embargo, antes de dejar ir á los apóstoles, hiciéronlos azotar; y estos marcharon despues gozosos por haber sido hallados dignos de recibir aquella afrenta por Jesucristo, y continuaron enseñando.

No obstante san Esteban el primero de los diáconos (1) citado á presencia del consejo, en donde testigos falsos le acusaban de blasfemia, es condenado á ser apedreado. Al llegar al parage del suplicio: «señor, dijo, no les imputeis este pecado (2).

A la propia sazon, estableciase como primer obispo de Jerusalen, Santiago, llamado el *Justo* (3), y habiéndose suscitado una persecucion contra la iglesia, se dispersaron los fieles por la Judea y la Samaria; pero los apóstoles se quedaron.

Santiago (llamado el Mayor), hijo del Zebedeo y hermano de San Juan, habiendo sido llamado ante el Tribunal de Herodes Agrippa, es condenado á muerte, y con él su acusador por haberse convertido en aquel mismo momento al cristianismo.

En el año 42, segundo del reinado del emperador Claudio, san Pedro, acompañado de San Marcos y de muchos discípulos, se fué á Roma y allí fijó su sede (4), aquella sede que debia sobrevivir al imperio, resistir á tantas tempestades y estender la luz en el mundo á la par que la religion de Cristo. Desde allí fué desde donde habiendo compuesto, poco tiempo despues los apóstoles, el símbolo ó compendio de la fé, se dispersaron para ir á predicar el Evangelio en los paises lejanos.

San Juan, hijo del Zebedeo, pasó al Asia menor y permaneció muy particularmente en Epheso (5), teniendo en su compañia á la santa Virgen María, madre de Jesucristo.

Fundó en Asia muchas iglesias, á saber: la de Smirna, de Pérgamo, de Thyatero, de Sardis, de Filadelfia y de Saodicea.

San Andrés fué enviado á los Scitas, desde donde pasó á Grecia y al Epiro.

(Concluirá.)

VIDA DE JESUCRISTO. (6)

Las láminas que se hallan á continuacion, pertenecen á la *Vida de Jesucristo* que se está publicando, traducida por Don Antonio Roselló y Sureda, y enriquecida con descripciones tomadas de las páginas de Chateaubriand, Lamartine, Michaud y otros célebres viageros que han visitado la Tierra Santa. De esta obra, que recomendamos á nuestros lectores, se ha repartido el tomo primero y mitad del segundo, y parece que los editores se proponen dar mayor impulso á la publicacion, cuyo curso ha sido en verdad demasiado lento hasta ahora, pues que en tres años no ha aparecido mas que la mitad del testo. La impresion y el papel son de todo lujo.

(1) La suerte recayó en Matias.

(2) San Pedro, en un principio llamado Simon, nacido de padres pescadores en Bethsaida, cerca del lago de Genesareth, en Galilea, era hermano de san Andrés, primer discípulo de Jesucristo. Ejercia la propia industria que sus padres; hallábase casado y en la edad de cerca de cuarenta años cuando llegó á ser uno de los discípulos. Jesucristo le dijo que se llamaria Cephas ó Pedro y que seria el fundamento de la Iglesia.

(1) Los apóstoles, con el fin de no abandonar un punto el ministerio de la palabra de Dios para servir á las mesas, obligaron á sus discípulos á que eligiesen siete de entre ellos para este objeto, y los elegidos recibieron el nombre de diáconos. Tenian á su cuidado el alimento de los pobres y la distribucion de lo que era necesario á cada uno para su subsistencia en aquella Iglesia, en donde todos los bienes estaban en comun. Ademas de esto servian en la mesa sagrada, es decir, en la administracion de la Eucaristía: y aun á veces predicaban el Evangelio (*Fleury Hist. ecles. lib. 1.*)

(2) En 415 se descubrieron sus reliquias en un terreno que habia pertenecido al doctor Gamaliel.

(3) Gobernó aquella iglesia durante 29 años, adorado por el pueblo á causa de su virtud. Ananus, gran pontífice, lo hizo precipitar desde la azotea del templo el año 62.

(4) Habíala tenido antes fijada durante 7 años en Antioquia, en donde dejó á Herodes su discípulo, que gobernó 26 años esta Iglesia.

(5) Su iglesia la habia fundado san Pablo

(6) Se suscribe en las principales librerias del reino.



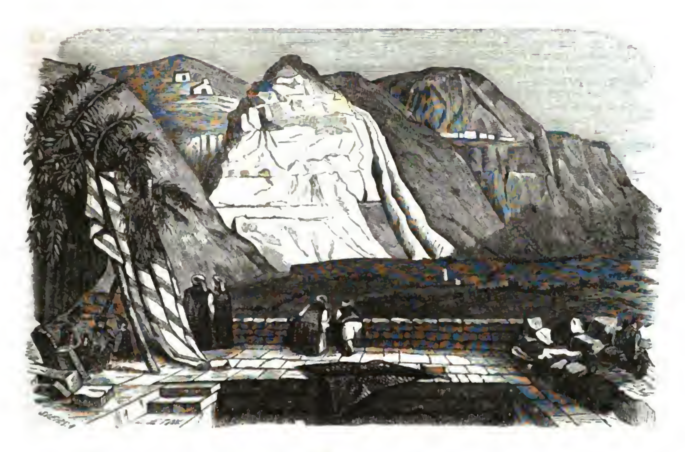
El Jordan.



Vista de Nazareth.



El mar Muerto.



Jericó.

NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

LEYENDA.

III.

Tan absorto en sus meditaciones atravesó Hernando el terreno que mediaba desde la orilla del rio hasta la vecina puerta de la ciudad, que ni al retirarse hácia esta, ni al volver despues de ella, advirtió el horrible espectáculo clavado en medio de la esplanada y frente á frente de la capilla.

Era el caso, que dos dias antes de los hechos que vamos refiriendo, habian sido ahorcados simultáneamente cuatro bandoleros de la terrible gavilla del murciano Alonso Fajardo, y segun la nada piadosa ni muy saludable costumbre de aquellos tiempos, aun pendian de la horca los ajusticiados hasta que los comiesen los buitres, si antes la caridad de los fieles no les daba sepultura. Pero los fieles andaban entonces muy ocupados en las fiestas reales, y los tristes cadáveres permanecian alli colgando de sus cuerdas y con los rostros vueltos hacia la capilla, como si aun despues de muertos implorasen de la madre de Dios el perdon de sus delitos.

Cuando volvió Hernando á este sitio, eran dadas las once de la noche, y ya ni dentro ni fuera de la ciudad se percibia otro rumor mas que el creciente murmullo de las olas, que empezando en aquella hora misma á enturbiarse y á engrosar con el deshielo de las nieves, amenazaban rebosar por los bordes de su ordinario lecho. Los pescadores de aquella márgen habian puesto en salvo desde la tarde sus barquillas, y las habian retirado á sus chozas inmediatas, con el fin de lanzarse en ellas al agua, si, como era de esperar, la ya empezada inundacion hacia sus auxilios necesarios á los moradores de la opuesta orilla. Temian, sin embargo, que sus auxilios llegasen demasiado tarde, porque el peligro se venia ya á mas andar, y la noche se habia cerrado con tal oscuridad, que seria imposible hasta el amanecer atreverse á botar en medio de las olas desbordadas sus frágiles esquifes. Asi es que, aunque velaban, estaban todos retirados y en silencio alrededor de la hoguera de sus cabañas.

Por eso, al llegar Hernando á la orilla, la encontró desierta; y ya se habia resuelto á buscar en su choza algun pescador, que por interés ó por fuerza le trasladase á la opuesta márgen, cuando en el instante de mover el pié para realizar su intento, oyó una voz que le llamaba por su nombre. Dirigióse en medio de la oscuridad, no sin haber antes requerido sus armas, hácia el punto de donde le parecia que la voz habia partido, y guiado siempre por el sonido de esta, que continuaba llamándole con breves intérvalos, llegó junto á la horca, cuyo aterrador andamio iluminaba tibiamente la lámpara encendida en la capilla inmediata, que al través de los vidrios de colores despedia un resplandor amortiguado, pero bastante, sin embargo, para mostrar á Hernando el espectáculo que tan cerca de sí tenia.

Con mas repugnancia que temor, levantó los ojos y vió ondular agitadas por el viento las túnicas amarillas de los ajusticiados, que pegados hombro con hombro, mostraban colgados en hilera sus cuerpos inertes: y despues de cumplir el piadoso deber de un cristiano, encomendándolos á Dios y rezándoles un pater noster, volvió á girar la vista en derredor por si descubria la persona que antes le hubiese nombrado. Pero á nadie vió, ni voz ninguna volvió á oir en medio de aquella terrible soledad; y ya se disponia á ejecutar su primer pensamiento de buscar algun pescador, cuando clara y distintamente oyó encima de su cabeza un profundo y angustioso suspiro, seguido de una voz que volvió á decir como antes: Hernando! Hernando!

Tornó este entonces á levantar la cabeza, y con los ojos fijos en los ahorcados, preguntó resueltamente.

—¿Quién me llama?

—Yo: le respondió tambien resueltamente, el qué parecia de mas terrible aspecto entre los cuatro.

Dudó entonces Hernando no de su valor, que no le abandonó un solo instante, pero sí de sus sentidos, y volvió á preguntar, y le volvió á responder la misma voz, pero ya añadiéndole estas otras palabras.

—Yo soy, si, quien te llama, y quien te ha llamado antes.

—Pues bien, replicó entonces santiguándose el buen caballero: en nombre de Dios te ruego que me digas qué quieres.

—Saca la espada.

Y Hernando sacó su espada.

—Corta la cuerda que me sostiene.

Y asi lo hizo, y en cuanto lo hubo hecho, el ahorcado enderezó su cuello contraido por la presion del lazo, sacudió sus miembros amoratados, abrió los ojos, desnudóse su repugnante vestidura, y tendiendo la mano hácia el rio, dijo á Hernando.

—Anda á la orilla.

Y empezó él mismo á andar efectivamente en la direccion que habia señalado, siguiéndole Hernando, á quien cuanto oia y veia le quitaba toda intencion de resistir el mandato de aquel guia inesperado.

En breve espacio llegaron á la orilla; en ella vió Hernando flotar una barca, que antes no habia visto, y que á pesar del ímpetu de las olas cada vez mas arrebatadas se mecia tranquilamente como una balsa en el lago mas sereno.

—Entra, dijo á Hernando el ahorcado, señalándole la barca.

Hernando obedeció este nuevo mandato; entró despues su compañero, y la barca empezó sin vacilar por sí misma á tomar la direccion de la orilla opuesta, como si una mano invisible la empujase burlando la corriente desatada. En vano las ondas se precipitaban amontonadas sobre el humilde barquichuelo, y en vano se estrellaban contra su costado los troncos de árboles seculares, los pedazos de mamposteria, las reses de toda especie, que arrastraban en su túrbido seno, despues de haberlas robado á los campos, edificios y rediles situados en su camino impetuoso. Puesto de pié el ahorcado en la popa del esquife, con el cuello erguido, y la derecha mano tendida hácia las ondas, parecia el genio dominador de las tempestades, paseándose en triunfo sobre las ruinas del poder humano.

A los pocos minutos arribaron á la orilla opuesta, y el ahorcado, adelantándose á la proa, fué el primero á saltar en tierra y tender la mano á Hernando para que saltase. La barca volvió á quedar flotando á bordo de tierra, como antes lo estaba en el lado opuesto, y los navegantes tomaron la direccion de la Algaba. El caballero, que sin duda no deseaba tener testigo alguno de lo que intentaba hacer en la quinta, trató de despedir á su guia, juzgando terminado el servicio para que le habia sido deparado tan estraordinariamente; pero aquel se negó á abandonarle con tenaz empeño, diciéndole que solamente le dejaria cuando hubiese cumplido el encargo que llevaba. Hernando comprendió lo inútil que le seria resistir la voluntad de su compañero, y juzgando entonces oportuno indicarle de algun modo el objeto que allí le conducia, le dijo:

—Mi empresa es peligrosa.

—Lo sé, replicó el ahorcado.—Camina y calla.

Si la noche hubiera sido menos oscura, ó si la admiracion de cuanto por él pasaba se lo hubiesen consentido, habria visto Hernando, mientras sin dejar de caminar trababa aquel corto diálogo con su guia, lo que este sin duda percibió claramente: y fué un grupo de tres hombres armados, que atento y silencioso seguia paralelamente, pero á bastante distancia sus pasos, midiendo su espiadora marcha, como si por distinto camino quisieran llegar simultáneamente al término que Hernando y su guia buscaban.

Bien pronto el ladrido de los mastines veladores, y el leve rumor de la arboleda agitada por el viento, dieron á entender á Hernando que ya casi tocaba con la mano las tapias de la quinta. Eran estas bastante elevadas, y defendidas en su lado esterior por un foso, interrumpido únicamente por el puente levadizo practicado frente á la puerta de la quinta: todo lo cual prestaba al edificio el aspecto mas bien de una fortaleza que de una casa de recreo. Verdad es que en los tiempos revueltos en que vivia su dueño, habíase construido efectivamente el edificio con aquel doble objeto: y asi era que todo estaba dispuesto para inundar el foso esterior con las aguas del vecino Guadalquivir, si alguna vez lo exigia la defensa de la casa; y aun habia practicadas en los cimientos de la tapia varias compuertas para poder en momentos de apuro inundar tambien con las aguas que rebosasen del foso, toda la planta baja del edificio, con el fin de que en todo caso pudieran sus defensores mantener ventajosamente el combate desde el segundo cuerpo del mismo.

Esto en cuanto á la parte de fortificacion: en cuanto á la de recreo, lo mas notable era un jardin bordado de multitud de plantas y flores de toda especie, en cuyas ramas estaban prendidas sutiles redes de seda, ténue prision de un verdadero enjambre de aves de vario matiz y dulce canto, mientras en las arábigas tazas de mármol y alabastro simétricamente colocadas para recibir el agua de otros tantos surtidores, se veian bullir pintadas turbas de pececillos.

La habitacion ordinaria de los condes, cuando en la quinta residian, se hallaba en la fachada, que por su parte interior limitaba este pequeño paraiso, y entre los varios adornos de arabesco estilo que embellecian tan gracioso conjunto, figuraba un ajiméz, practicado sobre el nivel de las tapias fronterizas, y desde cuya baranda se abarcaban con la vista, no solo todo el jardin, sino otros muchos lados del edificio, y grande espacio de la vecina campiña. Por consiguiente, los que á la quinta se dirigiesen desde la ciudad, podian fácilmente sin torcer su rumbo y acercándose á distancia conveniente no solo ver, sino hablar á las personas que asomadas al ajiméz estuviesen, como lo estaba doña Leonor cuando llegaron nuestros dos aventureros.

Pero ni estos pudieron verla, ni ella, aunque podia entrever sus bultos, podia distinguirlos con claridad por lo oscuro de la noche. Tanta debia ser sin embargo el ánsia de la pobre señora por comunicarse en aquel momento en cualquiera forma posible con alguna persona, que contraviniendo el espreso mandato de su celoso marido, y aprovechando su ausencia, se resolvió á encender una lámpara de las cuatro que apagadas pendian del artesonado en los ángulos de la estancia, con el fin de que á favor de su llama reflejada en el ajiméz, pudiese ser vista de los que fuera de las tapias habia entrevisto.

No se ocultaba á doña Leonor el riesgo que corria, si como era tan probable, las personas, cuya atencion queria llamar hácia ella, eran criados de su esposo, ó este mismo quizás, que desde allí la espiasen; pero se hallaba en situacion tan angustiosa, que no vaciló en probar fortuna, tentando el único medio entonces posible de hallar algun socorro. La empresa no la salió vana, ni podia tampoco ser mas oportuna para Hernando y su compañero, que no sabiendo, largo rato habia, cómo penetrar en aquel guardado recinto, y cuando se hallaban ya casi resueltos á saltar el foso y escalar las tapias, vieron lucir en el ajiméz aquel verdadero faro, que en el mar de sus confusiones les sirviera de guia.

Entonces creyó Hernando llegado el momento de usar uno de los dos menesteres, que para lances de aquel género llevaban en aquella edad dispuestos los que, como él, eran á la par guerreros y trovadores: es decir, templó su laud y ejecutó un breve preludio, lanzando de seguida un suspiro que á haber sido flecha se hubiera clavado en el mismo corazon de la beldad á quien se dirigia. Pero esta, mas celosa en aquella sazon como siempre de su honor, que atenta á conjurar los peligros que la amenazaban, en cuanto el preludio y el suspiro la revelaron quién era su favorecedor, volvió súbitamente á apagar la lámpara, y sacando en seguida casi todo el cuerpo fuera del ajiméz, esclamó con acento alterado, no se sabe si por el temor ó por la ira.

—Alejaos, caballero, y no deis lugar á sospechas indignas de mí y de vos.

Hernando, que en tan piadoso aviso no creyó ver sino un medio de entablar el diálogo que deseaba, acercose á la tapia, cuanto los bordes del foso se lo consentian, y replicó

—He venido á salvaros, señora.

—Alejaos, vuelvo á decir, repuso esta; yo no corro peligro ninguno, sino el que vos me traeis; mirad por vuestra vida y por mi honra.

—Vuestra honra, señora, harto defendida la tienen vuestros desdenes para conmigo: lo que yo vengo á defender es vuestra vida, que por mas que lo oculteis, está amenazada.

—Pues bien, caballero, dejádmela perder en paz con mi conciencia, y consagrad vuestro valor á empresas mas nobles. Si pensais que voy á morir, y haceis bien en pensarlo, volveos á Sevilla, y rogad por la salvacion de mi alma á nuestra señora del Amparo.

No bien habia articulado estas últimas frases la condesa, cuando del ajiméz en que estaba, partió un grito agudo de dolor y de espanto, que heló las venas en la sangre del caballero. Pero su compañero, menos aturdido que él, rompió entonces el silencio que hasta allí habia guardado, y le dijo:

—Apresuraos, la condesa ha sido sorprendida por su esposo y va á perecer si no la socorremos.

—Y cómo llegar hasta su estancia? replicó Hernando desesperado.

—Debiérais haberlo visto antes. Pero aun es tiempo venid.

Esto decia el ahorcado, puesto á horcajadas sobre el caballete de la tapia, y alargando el brazo á Hernando, quien sin poder darse razon de cómo aquel habia tan fácilmente trepado por cima del foso, ni menos cómo podia alcanzar con su brazo al punto que él ocupaba, se sintió levantar en el aire, como una pluma, y caer luego dentro del jardin juntamente con su compañero.

Puestos ya en este sitio, fácil era trepar al ajiméz por la red de mosquetas y arrayanes que tapizaban el muro, y ya con su espada entre los dientes, su rodela en la mano izquierda y la derecha puesta en una de las ramas, se preparaba Hernando al asalto, cuando su compañero, mas ágil que él, cogiéndole la delantera, trepaba de tallo en tallo como por la mas segura y cómoda escala; de modo que cuando aquel pudo notar esta súbita evolucion, ya este, vencida la altura, apoyaba su mano derecha en la columna del ajiméz; y se preparaba á penetrar de un salto dentro de la estancia.

Pero no holgaban entre tanto los que dentro de esta se hallaban sin duda en acecho, pues antes de que él pudiera terminar su asalto, claváronle desde dentro una daga que hundida en medio de su corazon, le precipitó en tierra, arrastrando en pos de sí á Hernando, á quien dijo en cuanto hubieron los dos caido.

—Esa daga venia lanzada contra tí: la virgen del Amparo la ha apartado de tu corazon para clavarla en el mio, donde la ves undida hasta el pomo. Tres dias hacia ya que yo gozaba junto al trono del Eterno el perdon de mis delitos, cuando llamándome la madre de Misericordia, movida de tus ruegos, me dijo: «Vuelve á la tierra para animar tu cadáver: salva á mi hijo Hernando del peligro que le amenaza, y dile que vaya á buscar peleando contra los infieles la muerte, que no he querido le coja en pecado mortal.» Lo demas todo lo sabes. Nadie sino tú me ha visto: sombra impalpable para los demas, el conde cree que eres tú á quien ha atrevesado con su daga. Mañana le acompañarás en la espedicion contra los moros de Jaen. Y á Dios: en la eternidad volveremos á vernos para no separarnos ya nunca.

Dijo, y desapareció como una sombra.

GABINO TEJADO.

ACRECENTAMIENTO DE LOS CRISTIANOS DESDE EL PRIMERO HASTA EL DÉCIMO NONO SIGLO.

En el primer siglo se contaban solo 500,000 cristianos; en el segundo se contaban ya 2.000,007; en el tercero 5,000,000; en el cuarto 10.000,000; en el quinto 15.000,000; en el sesto 20.000,000; en el sétimo 25.000,000; en el octavo 30.000,000; en el noveno 40.000,000; en el décimo 50.000,000; en el undécimo 70.000,000; en el duodécimo 80.000,000; en el décimo tercio 75.000,000; en el décimo cuarto 80.000,000; en el décimo quinto 100.000,000; en el décimo sesto 125.000,000; en el décimo sétimo 185.000,000; en el décimo octavo 250.000.000; y finalmente en el décimo nono se calculan en el número de 260.000,000.

Cultos de Austria.

Se encuentra en el imperio de Austria 500 musulmanes, 13,000 armenios, 5000 ounitarios, 480,000 israelitas, 1.190.000 luteranos, 2.800,000 miembros de la iglesia reformada, 3.040,000 miembros de la iglesia griega, y 29,000,000 católicos, de los cuales son 3,040,000 miembros de la iglesia griega, y 25,960,000 de la iglesia católica.

Cultos del Canton de Ginebra.

En uno de estos últimos años, por una poblacion de 58,666 almas, en el Canton de Ginebra, que se dividia en 28,003 almas para Ginebra y 30,663 para el resto del canton, se contaban 33,562 protestantes, 21,696 en Ginebra y 11,866 en el resto del canton; 24,995 católicos, 6,244 en Ginebra, y 18,751 en el resto del canton; y 109 judios, 63 de los cuales existian en Ginebra, y 46 en el resto del canton.



Interior de la capilla de la Natividad en Belen.

Peso de la cabeza del hombre y de la mujer en sus diferentes edades.

La cabeza del hombre adquiere ordinariamente su dimension completa á la edad de 7 á 8 años. Este peso no disminuye sino en una vejez muy avanzada. Al tiempo de nacer, el peso de la cabeza se aproxima mas al de todo el cuerpo que en ninguna otra época de la existencia; dicho peso es entonces $1/6$ del peso total del cuerpo. A los 2 años, no es ya sino el 1/[illegible]. A los 3 años es el 1/[illegible]. A los 15 años, es ya solo el 1/[illegible]. A los 20 años, es el 1/[illegible]. Desde esta edad hasta los 70 años permanece entre 1/[illegible] y 1/[illegible]. La cabeza de los adultos tiene ordinariamente un peso proporcionado á la corpulencia del individuo; varia desde 3 libras, 3 onzas á 4 libras 11 onzas. Se ha observado ademas que en los hombres de genio es la cabeza mucho mas voluminosa.

La cabeza de la mujer adulta tiene generalmente de 4 á 8 onzas menos que la del adulto; siguiendo iguales variaciones en las diferentes edades.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 12.

La bandera española la enarboló soberana Cristobal Colon en el nuevo mundo.

Se estan reimprimiendo por vez tercera los seis primeros números del SEMANARIO de este año, y se remitirán á los suscritores que carecen de ellos antes del dia 15.

No es posible que ninguna empresa lleve la puntualidad en los envios á mas alto grado que nuestras oficinas; sin embargo, recibimos reclamaciones, no ya de números sueltos, sino hasta de colecciones y tomos: hay suscritor á quien se han remitido tres ejemplares del Album sin conseguir que reciba uno. Tenemos algunos datos para denunciar faltas de ciertas oficinas de correos, y estamos resueltos á hacerlo con toda claridad si no surte efecto este aviso.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un año 36.–Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Barola, Poupart, Villa y la Publicidad. litografías del Pasaje del Iris y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14, seis 24.–Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: Imp. de [illegible] calle [illegible] núm. 3



Diccionario geográfico, estadístico, histórico de España y sus posesiones de Ultramar.

MADRID.

Nadie desconoce el gran servicio que el señor Madoz está prestando con la publicacion de la obra, cuyo título sirve de epígrafe á este artículo; la resolucion sola de llevar á cabo esta empresa, en un pais donde se carece casi del todo de datos estadísticos, y donde hay generalmente una resistencia inconcebible á facilitar los que se piden, revela un patriotismo y una laboriosidad á toda prueba. El Semanario, que aunque mas humilde que la obra de que nos ocupamos, se propone tambien realizar uno de los principales objetos del Diccionario, cual es dar á conocer de nacionales y estrangeros las riquezas naturales y las curiosidades históricas de España, ha proyectado mas de una vez ofrecer un testimonio de la simpatía y el aprecio con que vé salir á luz la obra del señor Madoz; pero obligado por su índole á escasear los artículos de crítica, para dar lugar á otras materias que prefiere la generalidad de los lectores, dejó la realizacion de aquella idea para darla todo su ensanche á la conclusion del Diccionario. El tomo diez, que se nos ha remitido, y que contiene el artículo de Madrid, nos pone en el deber de faltar á nuestro propósito; trabajo como el que vamos á examinar, aunque á la ligera, exije que de él nos ocupemos sin aguardar á la conclusion

de la obra de que forma parte, bien que constituyendo por sí solo un libro independiente de ella.

Dá principio con el artículo de Audiencia, que contiene datos judiciales, históricos y comparativos, de un interés inmenso; tanto mas, cuanto que poco ó nada se ha impreso hasta ahora donde pueda apreciarse la estadística judicial, civil y criminal; no obstante la importancia de esta materia en los progresos de la civilizacion, y la necesidad de ella á fin de establecer con conocimiento el estado moral del pais, y sacar las deducciones necesarias para hacer las mejoras legislativas mas convenientes. En la descripcion topográfica de la provincia se encuentran lo mejor que del particular se hallaba esparcido en varias obras, y una porcion considerable de curiosos detalles que contribuyen á dar una idea completa del territorio, con todos sus accidentes locales, distancias, costumbres, industria, comercio, instruccion, beneficencia, clima, producciones, obras públicas y riquezas naturales, acompañado todo de cuadros demostrativos que requieren un trabajo ímprobo y concienzudo, pero que son tambien una fuente inagotable de consecuencias del mayor interés.

Los estados de poblacion, los de riqueza territorial, urbana, pecuaria, industrial y comercial, contribucion de inmuebles, cultivo y ganadería, subsidio industrial y de comercio, consumo, derechos de puertas, hipotecas etc., son hasta tal punto apreciables, que por sí solos constituirian una obra preciosa y altamente necesaria. Esta parte del Diccionario es á nuestro entender la mas útil y estimable, porque el señor Madoz, segun tenemos entendido, no ha confiado á otras personas, como pudiera creerse, la eleccion de los materiales, la apreciacion de las comunicaciones, la formacion, en fin, de las tablas que á cada paso se encuentran, viniendo en apoyo del testo y presentando en forma sinóptica los datos exactos con los resultados que arrojan. Tarea tan ímproba, pero tan delicada, suele encomendarse en obras análogas á manos subalternas; nosotros no hemos podido menos de admirarnos al saber que el señor Madoz, celoso de la exactitud de su obra, y movido de un entusiasmo sin límites por los difíciles á la par que provechosos estudios á que se dedica, toma sobre sí el penoso cuidado de ordenar y utilizar por sí propio todas las noticias; para empresa tan colosal se necesita una constancia en el trabajo y una escrupulosidad con que ciertamente cuentan muy pocos; pero preciso es convenir en que semejante sistema es el único que debe seguir quien, hallándose dotado de un carácter emprendedor y resuelto, aspire á aproximarse á la perfeccion. Cuanto desvelo, cuanta diligencia y cuantos desembolsos hayan costado las esquisitas investigaciones que ha necesitado hacer el señor Madoz para presentar tales y tan minuciosos y utilísimos estados, lo comprenderán solo, los que teniendo un conocimiento exacto de España, sepan las dificultades con que á cada paso tropieza el que se decida á emprender estudios sérios, de la índole de los que se han necesitado para la redaccion del artículo de Madrid, y á trazar en un vasto cuadro todo lo indispensable para el exacto conocimiento de un pueblo; es decir, la organizacion de la administracion civil, eclesiástica, militar y municipal, la division interior, los establecimientos públicos, los edificios de todos géneros, las corporaciones científicas, los archivos, los museos, los hospitales, los hospicios, las fábricas é industrias particulares, en una palabra, desde la observacion de las costumbres y caractéres, hasta la averiguacion de las necesidades de la vida doméstica y medios de satisfacerlas.

Pero lo que principalmente nos ha llamado la atencion, circunscribiéndonos al rádio de la villa, es la parte monumental, que ocupa una buena porcion del tomo, y que es debida en su totalidad á nuestro buen amigo y colaborador el Señor Don José María Eguren.

No es este trabajo una mera compilacion de las noticias que hasta ahora han corrido impresas en punto á la descripcion de los edificios religiosos y civiles antiguos y modernos, sino que se halla enriquecido con un número inmenso de detalles verdaderamente nuevos, recogidos á fuerza de diligencias y de teson. Cada artículo es un servicio prestado á la historia y las artes, y merece una mencion lisongera; entre otros muchos que podríamos citar en apoyo de esta opinion, se encuentra el que se refiere al palacio real. Al leer esta concienzudísima relacion de las bellezas que encierra la morada de nuestros reyes, es preciso convenir en que cuanto se habia escrito hasta ahora por propios y estraños, acerca de este grandioso edificio, si se esceptua la estimable obra del señor Fabre sobre los frescos del mismo, es incompleto y desautorizado en comparacion de este esfuerzo de estudio, de minuciosidad y de paciencia; porque no se limita el autor á consultar autores, á elegir con buen criterio la opinion mas aceptable, desvaneciendo ciertas consejas que han solido correr como hechos positivos, sino que á cada línea estampa copiosísimas y desconocidas noticias que dan á la descripcion un mérito y una importancia estraordinaria, y cuya adquisicion revela entre otras dotes de que el autor se halla adornado, vasta erudicion, profundos conocimientos y una aficion bien entendida y no muy comun á la apreciacion histórica y artística de los monumentos. Para que no se crean exagerados nuestros elogios, diremos, que apareciendo oscura la circunstancia del edificio en que moraron nuestros reyes desde el año de 1734, en que ocurrió el incendio del antiguo alcázar, hasta que quedó habitable el nuevo palacio real, el Señor Eguren ha podido fijar que los reyes no residian en el alcázar quemado cuando ocurrió la catástrofe, como generalmente se creia; para lo cual, y para consignar otros datos curiosos, ha recorrido año por año y número por número, segun allí indica, todas las Gacetas y Mercurios desde 1733 hasta 1764.

Ejemplos mil podríamos citar de noticias recogidas con no menos trabajo y paciencia; los pormenores de la colocacion de la primera piedra en el mismo palacio, los de el Relicario existente bajo la capilla del antiguo alcázar, los del que se halla en el centro de los brazos de la cruz con que remata la media naranja de la real capilla actual y otros muchos curiosísimos pormenores que seria prolijo enumerar, y que se encuentran á cada paso en la citada descripcion, demuestran que no es este un trabajo como otros muchos publicados con gran ruido y no pocas pretensiones, aunque en el fondo estén á una distancia inmensa del que forma parte del nuevo tomo del Diccionario. Igualmente prolijos é interesantes son los demás artículos; hacer resaltar su escelencia seria tarea para un volúmen y no para un artículo de periódico; baste decir que en todos se aprovecha la ocasion de consignar noticias nuevas y rectificar opiniones erróneas.

En suma, el tomo que contiene el artículo de Madrid, supera inmensamente á los anteriores, en el número de los datos, claridad y método; y en las seiscientas veinte y cinco páginas que contiene, abraza cuanto puede desearse para conocer la villa que sirve de corte á las Españas. Este magnífico libro contiene tambien muchos estados que tienen relacion con toda la Península, y cuyo exámen detenido puede producir resultados tanto mas provechosos, cuanto que, fuerza es decirlo, el señor Madoz con los recursos de que puede disponer un particular, ha proporcionado mas datos para la apreciacion circunstanciada de España, que todas las oficinas y comisiones que los gobiernos que se han sucedido han nombrado y disuelto alternativamente al efecto.

Ya hemos dicho que no es posible dar una idea completa del mérito y utilidad del artículo de Madrid, á no hacer una enumeracion detallada de él, cosa que ni lo permiten los límites de que nos es dado disponer, ni es tampoco para hecha de ligero como este artículo; acaso volvamos á ocuparnos del tomo en cuestion cuando á la conclusion de la obra nos hagamos cargo de ella.

Para que nada falte al volúmen de Madrid, cuya adquisicion recomendamos al público como indispensable, se halla adornado de cincuenta y seis láminas en madera, la mayor parte de una ejecucion esmeradísima; lástima que algunas de ellas, como las que representan las Salesas nuevas, la carcel del Saladero, el ingreso del Casino, la cabecera del Canal, el monumento del Marqués de San Simon y alguna otra, hayan sido destinadas á reproducir estos objetos, al paso que la Plaza Mayor, la de Oriente, el interior de San Gerónimo y varios otros lugares y edificios interesantes, no han merecido ser consignados con el lapiz y el buril: lamentable es tambien que algunos de los referidos grabados no armonicen con los otros, y sobre todo la estampacion lastimosa de ellos; efecto en parte de lo atrasados que todavía estamos en España en este ramo, y en parte tambien de la mala calidad del papel para imprimir láminas. Este defecto desluce notablemente el tomo, y no dudamos que á haber tenido conocimiento de él desde un principio, no hubiera dejado de remediarse por quien con tan notable des-

interés ha hecho en este volúmen gastos tales, que segun hemos llegado á entender le ocasionan una pérdida efectiva de 5.000 duros, espendiendo todos los ejemplares; rasgos tales de desprendimiento y de patriotismo, bien merecen ser consignados como honrosas escepciones en esta época de egoismo y de indiferencia por el buen nombre de las cosas españolas. Por lo demas, la magnífica lámina que vá al frente de este número, y la que se halla al pié de este artículo, ambas debidas al Sr. Burgos, uno de los grabadores mas estudiosos y aventajados que tenemos, demuestran que no hemos exagerado nada al hablar de la ilustracion del tomo de Madrid.

A los pocos dias de repartido el 10 del Diccionario, se ha distribuido el 11, y parece que no se harán esperar mucho tiempo los que faltan para la conclusion de esta obra colosal, con la que ha prestado al pais el señor Madoz uno de los mas importantes servicios que pudieran hacérsele, y ha consolidado su reputacion científica y literaria, grangeándose la estimacion y el respeto de cuantos se interesan en los adelantos de la nacion española.



Vista del palacio de Biera.

APOSTOLES, EVANGELISTAS Y MARTIRES.

Incendio de Roma.—Levantamiento de los judios.

San Felipe se dirigió á la alta Asia y sufrió el martirio en Hieropolis, en Phrygia, á la edad de 47 años.

Santo Tomás fué entre los Partas y hasta las Indias.

San Bartolomé á la Grande Armenia.

San Simon el Cananeo predicó en Mesopotamia y en Persia.

San Matías, hácia la Capadocia, el Ponto-Euxino, y la Colchida.

San Judas, por otro nombre san Tadeo, en Arabia y en Idumea.

San Mateo, en Ethiopia.

San Pablo (1) con san Bernabé, en Chipre, en Epheso (2) en Macedonia, en Salamina, en Athenas, en Corintho; tambien vino á España, y al pasar por las Galias, dejó en ellas, segun algunos, muchos de sus discípulos. Crescencio en Viena, Pablo en Narbona, Trophimo en Arles, desde donde volvió despues á Oriente.

Todos, segun la palabra de su Maestro, *Euntes docete omnes gentes.*

Hallándose san Pablo y san Bernabé en Antiochia, suscitóse una division á causa de que pretendian muchos que los infieles convertidos debian hallarse sometidos á la circuncision. Habiéndose trasladado los dos apóstoles á Jerusalen para consultar esta cuestion con san Pedro, Santiago y san Juan, celebróse una asamblea que descargó de las ceremonias prescritas á los judios por la ley de Moisés, á los gentiles que abrazasen el evangelio, ordenándoles únicamente que se abstuviesen de la idolatría.

De vuelta en Roma san Pedro y san Pablo, despues de haber viajado por diversos paises, advirtióles Dios que su fin se acercaba; y ellos continuaban predicando á los gentiles, que llegaban de todas partes, y como sabian por Jesucristo el castigo que á los Judios amenazaba, anunciaron que, dentro de breve tiempo, este pueblo seria sometido á mano armada, saqueadas sus ciudades, todo devastado y desterrado para siempre de su patria.

A tal altura, el 19 de julio del mismo año, el X del reinado de Neron (64 de J.—C.), prendióse fuego Roma porlas tiendas del gran Circo, y duró seis dias. De los catorce distritos que componian la ciudad, cuatro únicamente quedaron enteros; tres fueron enteramente destruidos, y en los otros siete quedaron algunos restos de casas.

Neron estaba en Antium, y aun cuando pasó como cosa probada que él era quien habia ordenado prender fuego á Roma por disfrutar del placer de verla arder, para aplacar los rumores que corrian, acusó de este incendio á los cristianos que eran odiados, y á quienes se imputaban multitud de crímenes sin examinar la verdad.

Una porcion que se confesaban cristianos fueron cogidos é inmediatamente muertos á manos de la multitud. Añadíanse á su suplicio crueles escarnios. Cubríanlos con pieles de animales para hacerlos despedazar por los perros; clavábanlos en cruces: revestíanlos de túnicas impregnadas de pez ú otras materias combustibles, y despues las prendian fuego, de suerte que los pacientes servian como de antorchas para alumbrar durante la noche. Neron se

(1) San Lucas le acompañó en casi todos sus viajes.
(2) Timoteo fué dejado en Epheso por san Pablo, que lo ordenó obispo de aquella ciudad: adonde hácia el año 66 le dirigió su primera carta desde Macedonia. Tito, ordenado obispo por san Pablo, se quedo en la isla de Creta.

aprovechó de esto para dar un espectáculo en su jardin, en donde él mismo guiaba carros alumbrándose con el resplandor de aquellas horribles antorchas.

Esta fué la primera de las persecuciones de los emperadores contra los cristianos.

Y sin embargo, tal como san Pedro y san Pablo lo habian predicho, tuvieron lugar en Jerusalen en el año 65, diversos prodigios, que fueron mirados como los presagios de grandes calamidades.

En tanto que Neron estaba en Achai, los apóstoles san Pedro y san Pablo fueron sacados de la prision de Mamertin, en donde se hallaban encerrados hacia nueve meses, y conducidos al suplicio por órden de los gobernadores de Roma. San Pablo en su calidad de ciudadano romano, fué degollado á tres millas de la ciudad, en un lugar llamado las aguas Salviennas, y su cuerpo, recojido por Lucina, señora romana, fué depositado por ella en sus tierras cerca del camino de Ostia. San Pedro, conducido del otro lado del Tiber, al cuartel en que habitaban los Judios, fue crucificado (1) en lo alto del monte Janículo, y su cuerpo sepultado en el Vaticano, en la via Aurelia, cerca de un templo de Apolo.

San Lino, que habia sido ordenado por san Pedro para gobernar la iglesia romana en su ausencia, le sucedió en el pontificado.

Habiendo sabido Vespasiano (año 68) que los Galos, mandados por Vindex, se habian revelado contra Neron, y presumiendo que aquella revolucion podria atraer una guerra civil, se decidió á terminar pronto los negocios de Judea, moviéndose para ello convenientemente con sus tropas hasta llegar á Jericó, donde se le reunió su lugarteniente Trajano, que volvia de conquistar el pais situado del otro lado del Jordan.

Neron cuando le advirtieron de la rebelion de Vindex, no esperimentó casi ninguna alarma; pero su espanto fué inmenso cuando supo que España y Galba, que la mandaba, se habian igualmente sublevado, y que Rubrius Gallus, enviado contra los rebeldes hacia causa comun con ellos; aterrado con estas terribles nuevas, y abandonado por sus pretorios, huyó secretamente de Roma con cuatro de sus libertos, yendo á ocultarse en la casa de uno de ellos; y allí habiéndose informado del decreto del senado que lo declaraba enemigo del estado, se mató con la ayuda de sus gentes, en el instante en que sintió que se aproximaban los ginetes que venian en su busca. Asi concluyó el mas cruel tirano de que haya conservado nombre la historia.

Galba le sucedió en el trono á la edad de sesenta y dos años: era un hombre austero, un romano de los antiguos tiempos; habia gobernado el Africa con moderacion y la España interior con no menos equidad, aun cuando ya avanzado en edad.

Vespasiano de vuelta de Cesareo, se disponia á marchar contra Jerusalen cuando supo la muerte de Neron. Esta nueva le hizo suspender la guerra y enviar su hijo Tito á Galba para recibir sus órdenes. Pero Tito volvió muy pronto á Cesarea, siendo portador de la noticia de la muerte de Galba, segun habia llegado á sus oidos en Achai.

No obstante, no queriendo Vespasiano permanecer en la inaccion mucho tiempo, partió de Cesarea, se apoderó de las ciudades de Bethel y de Ephem, en las cuales puso guarnicion, avanzó despues hácia Jerusalen, cuyos alrededores devastó, y volvió otra vez á Cesarea, en donde tuvo conocimiento de la muerte de Othon y de la eleccion de Vitelio.

Esta noticia le produjo una indignacion estremada; pues si bien no existia nadie que supiese obedecer y mandar como él, no podia llevar en paciencia el reconocer como dueño á un hombre que se habia apoderado del imperio como de una presa espuesta á la ambicion del primer ocupante.

Por otro lado, sus oficiales y soldados, que comenzaban á ocuparse ostensiblemente de los negocios públicos, manifestaban á las claras su disgusto porque disfrutasen las tropas que se hallaban en Roma de todo género de placeres, disponiendo á su antojo del imperio, y asignándoselo á aquel de quien esperaban sacar mas dinero, en tanto que ellos, despues de haber esperimentado tantas penalidades y encanecido en las armas, eran bastante cobardes, puesto que les dejaban disponer de semejante autoridad, teniendo un hombre tan digno de gobernarlos.

(1) El 29 de julio de 67.

Inflamado con tales peroraciones, con tales quejas y con mil esperanzas el corazon del ejército, fué declarado emperador Vespasiano y reducido á aceptar esta dignidad, para salvar el imperio del peligro que lo amenazaba.

Toda la Siria prestó juramento de fidelidad á Vespasiano antes del 15 de julio.

Fué ademas reconocido por el Tria y por el Achai.

En Mesia se declaró tambien por él Antonio, quien guió á Italia una legion contra Vitelio, batió sus tropas, llegó á Roma, juntose allí con Murcio, y en medio de la ciudad desafiaron al ejército de Vitelio, que despues de haber sufrido mil indignidades fué muerto y arrojado al Tiber el 3 de octubre de 69, despues de haber reinado ocho meses y cinco dias, y de haber vivido cincuenta y seis años.

Mucio hizo reconocer en Roma por príncipe á Domicio, hijo segundo de Vespasiano, en tanto que este llegaba.

Vespasiano recibió tales nuevas en Alejandría, en donde esperó el momento favorable para embarcarse.

Poco tiempo despues llegó á Roma (hácia el fin del año 69); y reconocido emperador por el comun sufragio, envió á su hijo Tito á Judea con tropas para dar fin á la guerra.

No obstante, el número de cristianos era mayor de dia en dia. La pureza de la nueva religion, la santidad de su moral, la vida inocente y austera de los que la habian abrazado seducia los corazones. Los paganos, habituados á vivir en el centro de los atractivos de esa mitologia brillante, tan favorable á todos los placeres sensuales, á todas las pasiones, á todos los vicios, y tambien engalanada por la imaginacion de los poetas, quedábanse admirados de aquellas virtudes hasta entonces desconocidas, y muchos se convertian, abandonando los goces del siglo y esponiéndose á crueles persecuciones por practicar la humildad, la castidad, la mortificacion, la templanza y la caridad.

En el reinado de Vespasiano no hubo persecucion general; pero con todo, se hallaban siempre suficientes pretestos para hacer morir á los cristianos como sediciosos ó sacrílegos (1). Asi, entre otros mártires, pereció san Erodo, despues de haber gobernado la iglesia de Antiochia durante veinte y seis años (2). Asi murió igualmente san Apolinario, primer obispo de Rábena, despues de haber sufrido el tormento muchas veces; asi tambien, san Lino, obispo de Roma, á quien sucedió san Cleto (3).

Vespasiano murió en el año 76; es el único de entre los doce Césares que murió de muerte natural (4) y que tuvo por sucesores á sus hijos.

Tito, cuyo nombre es querido á la humanidad, no reinó sino 2 años, 2 meses y 20 dias. Pasó despues el imperio á su hermano Domiciano, que ni fué menos infame ni menos cruel que Neron; un gesto, una mirada, una palabra inocente, todo era crimen de lesa-majestad. La injeniosa sagacidad de los espias y delatores estendidos por todas partes, daban interpretaciones igualmente siniestras á las palabras y al silencio. La persecucion de los cristianos duró hasta el fin de su reinado (5). El apóstol San Juan fué puesto en Roma en un cubo de agua hirbiendo cerca de la puerta latina, pero no esperimentó daño alguno: despues de lo cual fué trasportado á la isla de Patmos, en el Archipiélago. Allí, sintiéndose inspirado el dia del domingo, le fueron hechas muchas revelaciones, ordenándole que las escribiera á las siete principales iglesias del Asia, á saber: las de Epheso, Smirna, Pérgamo, Tiatiro, Sardis y Philadelphia. Representáronsele tambien muchísimas visiones que le indicaban los acontecimientos del porvenir, las persecuciones de la Iglesia y sus triunfos, la destruccion de Roma y la idolatría (6).

Flavio Clemente, primo hermano del emperador y cónsul, el XIV año de su reinado, tenia dos hijos de muy tier-

(1) Fleuri, *Hist. Ecles.*, lib. II.
(2) Tuvo por sucesor á san Ignacio, discípulo como él de los apóstoles, y que ocupó la silla durante cuarenta años.
(3) Los griegos le llaman Anacleto.
(4) Porque de Augusto se teme que fuese envenenado.
(5) El papa san Cleto, murió segun refieren en el año XIV del reinado de Domiciano, 95 de J. C.; se le cuenta entre el número de los mártires. Tuvo por sucesor á san Evaristo.
(6) La coleccion de todas aquellas revelaciones forma el libro del *Apocalipsis*.

na edad, que Domiciano destinaba á que le sucediesen en el imperio, habiendo abrazado el cristianismo Clemente, asi como su mujer Domitilla, y llevándose ambos una vida tranquila y retirada fueron ambos acusados de impiedad y judaismo (1) y castigados, el marido con la pena de muerte cuando saliera de su consulado (2), y la muger al destierro á una isla vecina á Italia.

Poco tiempo despues, habiéndose ya hecho odioso Domiciano por sus crueldades, fué asesinado á los 40 años de edad, 15 de su reinado.

Nerva, reconocido emperador por el senado y el ejército, llamó á los desterrados, y muy particularmente á los que lo habian sido á causa de la religion.

Entonces, habiendo salido de Patmos San Juan, volvió á Epheso, donde pasó el resto de sus dias, gobernando desde allí las iglesias todas del Asia.

Habiéndose trasladado San Juan á una ciudad poco distante de Epheso, y hallado á un jóven de bellas formas y de viva imaginacion, le cobró aficion y lo recomendó al obispo, suplicándole que se tomase gran cuidado con él. Encargóse pues, el obispo, lo educó y lo bautizó. Pero el jóven se estravió, se dejó arrastrar por las compañias perniciosas, y concluyó por asociarse á una partida de bandolero, cuyo gefe llegó á ser.

Habiéndole ocurrido volver de nuevo al apóstol San Juan á la ciudad, pidióle cuenta al obispo del depósito que le habia confiado; quedóse el obispo sorprendido, creyendo que querian hablarle de un depósito de dinero.

«Hablo del jóven» le espresó san Juan.

Inmediatamente el anciano bajando los ojos y llorando le dijo: «Ha muerto.—Cómo? esclamó el apostol, y de qué muerte?—Ha muerto para Dios, continuó el obispo; ha concluido por ser un perverso, un bandido: ocupa la montaña con una cuadrilla de malvados como él.» Lanzó el apóstol, un grito á semejante nueva, pide un caballo y un guia, y partió inmediatamente. Llegando á la primera avanzada de los bandidos, se detiene y pide que lo conduzcan á presencia del gefe. El capitan esperaba enteramente armado; pero en cuanto reconoció al apóstol, huyóse confundido por la vergüenza. Siguióle san Juan á toda brida, sin reparar en su avanzada edad, esclamando: «Hijo mio, por qué huyes á tu padre, á un anciano sin armas? Ten piedad de mí, hijo mio, no temas nada; aun abrigo esperanzas de poderte salvar... Detente; cree que ha sido Jesucristo quien me ha enviado aquí.» Detúvose el jóven á estas palabras, fija la vista en la tierra, arrojó sus armas, y despues comenzó á temblar y á llorar amargamente. Cuando llegó el anciano á donde estaba abrazóle el jóven bañado en lágrimas. El apóstol le aseguró pue habia obtenido su perdon del Salvador, y lo volvió á la Iglesia como un grande ejemplo de penitencia.

En Epheso fué donde escribió san Juan en griego el Evangelio que lleva su nombre.

En los últimos tiempos de su vida hacíase llevar á la iglesia por sus discípulos, y como no tenia fuerzas para hablar seguido por largo espacio, se limitaba á decir á la asamblea: «Mis queridos hijos, amaos los unos á los otros.» y como le preguntasen sus discípulos, por qué repetia constantemente las mismas palabras, contestó: «Porque tal es el mandato del Señor, y basta con cumplirlo.» Murió el año 99 de Jesucristo, y su cuerpo fué enterrado cerca de la ciudad de Epheso.

Su evangélio y sus tres epístolas son, dice Fleury, en cuanto al órden de los tiempos, las últimas de las sagradas escrituras, dictadas por el Espíritu Santo, á no ser que la epístola del apóstol San Judas (llamado tambien Tadeo) sea posterior, porque parece escrita despues de la muerte de los demas apóstoles.

San Bernabé, nacido en la isla de Chypre, de una familia de la tribu de Lery, fué enviado por la iglesia de Jerusalen, cerca de la Antiochia, para acelerar en ellas, por medio de sus instrucciones los progresos del Evangelio, y allí recibió la mision de ir á predicar con San Pablo á los gentiles.

Los griegos, segun una relacion de Alejandro, monge de Chypre, en el sesto siglo, creen que San Bernabé sufrió el martirio en Selamina, despues de haber convertido á una gran parte de los habitantes de la isla con sus predicaciones y sus milagros.

El imperio y la humanidad respiraron bajo Nerva; pero, como estaba en muy avanzada edad, cuando fué llamado á reinar, adoptó por hijo y nombró César á Marco-Alpio Trajano, nacido en España, que mandaba á la sazon en la Fermaria.

(Concluirá.)

(1) En los primeros tiempos confundian los romanos á los cristianos con los judios.

(2) En el año 15 del reinado de Domiciano y 96 de J. C.

NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

LEYENDA.

IV.

Hernando, que por soberana permision sin duda, habia conservado hasta allí libre el uso de sus sentidos para ver y oir cuanto á su alrededor pasaba, perdió en aquel punto las fuerzas del cuerpo y del espíritu juntamente, y cayó postrado en tierra con un mortal parasismo.

En tanto la creciente del rio iba cada vez mas en aumento, y ya las olas desatadas por las vecinas llanuras amenazaban muy de cerca los muros de la quinta con rugido cercano y temeroso. Para que todo estuviese de acuerdo con este espectáculo magnífico y terrible de la naturaleza, tambien en lo interior del edificio se oian al mismo tiempo sordos gemidos de espanto mezclados con voces amenazadoras, y con crugidos de cerrojos y armaduras; que no parecia sino que todas las legiones de Satanás andaban allí abriendo y cerrando las puertas del infierno para sepultar en sus concavidades á las almas precitas.

Y en efecto, mucho infernal habia en la rabiosa cólera con que el conde de Castañeda, juzgando su honor traicionado por su casta esposa, penetró con toda la saña y la astucia del tigre en la estancia de esta, y acercándosela sin ser sentido á la ventana, la arrancó de ella violentamente, clavándola las uñas en el cuello y obligándola á lanzar el grito de dolor y de espanto que oyeron Hernando y su misterioso guia cuando se decidieron á penetrar en el jardin.

Doña Leonor quedó postrada en medio de la estancia, y su terrible esposo sin curarse de si la habia ó no matado, se colocó entonces en acecho tras el pretil del ajiméz con la daga en la mano, resuelto á atravesar el corazon de Hernando; hasta que creyendo haber sido este en efecto el blanco de sus iras, como dejamos referido, cerró con estrépito las puertas del ajiméz, y mandó iluminar la estancia sin curarse mas de lo que abajo en el jardin ocurriese.

Cuando, encendida una lámpara, vió á su esposa, la halló inmóvil y fria con el hielo de la muerte, los cabellos en desorden y el cuello ensangrentado; todo lo cual le persuadió á que el susto ó el golpe la habian privado de la vida. En esta persuasion, volvió á envainar la daga que aun llevaba desnuda, y dirigiéndose con horrible calma á los dos consternados servidores que le asistian, les dijo:

Bajad ese cuerpo á la capilla, colocadle delante del altar; poned en este dos hachas encendidas, y rezad por la que fué mi esposa.

Los criados sin replicar cogieron respetuosamente el cuerpo de su señora, y obedeciendo puntualmente las órdenes del conde, le colocaron en la capilla tendido sobre un paño negro, con la cabeza reclinada en el pié del altar, de modo que las velas encendidas sobre este vertian perpendicularmente su luz sobre aquel hermoso y entonces livido semblante. Pocos instantes despues, volvieron á subir los escuderos con ojos llenos de lágrimas á la presencia del conde, que en apariencia tranquilo los aguardaba sentado en un sitial, y la vista fija en algunas manchas de sangre derramadas por el suelo.

—¿Cumplisteis mi encargo? les preguntó en cuanto llegaron.

—Si, señor, os hemos obedecido puntualmente.

—Pues ahora escuchad. Si en algun momento de vuestra vida se os escapa una sola palabra acerca de cuanto acabais de ver, aquel será vuestro último instante.

—Contad con nuestro silencio, señor: ya sabeis que siempre os hemos sido fieles.

—Está bien. Decidme, qué hora será?

—Tardará poco en amanecer.

—Pues enjaezad mi caballo y los vuestros, porque vamos á partir los tres juntos.

—Señor, con esta oscuridad y cuando el rio va ya ganando toda la llanura, sería esponeros demasiado.

—Por lo mismo es preciso que os apresureis, antes que la inundacion nos cierre todo camino, y nos impida partir á Jaen. ¡Ya os he dicho que el rey me ha mandado salir allá por frontalero.

—¿Y hemos de dejar abandonada la quinta?

—Ira de Dios! no solo abandonada, replicó el conde levantándose bruscamente de su asiento y haciendo crugir su armadura con las convulsiones de un endemoniado; no solo abandonada, sino arrasada han de verla los que vivan, de modo que no queden ni los cimientos. Apriesa, villanos, preparad los caballos, y no repliqueis mas.

Y dicho esto, amo y criados, el primero empuja lo por la cólera, y los segundos por el miedo, saltaron mas bien que bajaron una escusada gradería, que directa y ocultamente comunicaba el piso alto con la planta baja posterior del edificio, que era donde se hallaban las caballerizas. Enjaezar los tres caballos y saltar el conde al suyo, sin esperar le diesen el estribo, todo fué un breve punto; y ya se disponian á montar tambien los escuderos, cuando el conde tirando la rienda á su bridon, impaciente por salir á campo abierto, les dijo:

—Esperad: antes de que partamos, es preciso que abrais las compuertas del foso.

—Señor, le respondió temblando el mas anciano: ved que la corriente se va echando encima; y si abrimos las compuertas, antes de una hora estará inundada la quinta.

—Pues por eso mismo, imbecil, por eso te lo mando yo; para que se innunde.

—Señor ¿y se ha de quedar sin sepultura aquella infeliz?

—Las aguas, que la lleven en su corriente, pronto la darán sepulcro en las entrañas del mar.

—Piedad, señor! ¿y si estuviese viva?

—¡Miserable! si replicas mas, te arranco el corazon.

No hubo mas remedio que obedecer. Las compuertas se abrieron; montaron despues sus caballos los dos servidores, y soltando sin mas demora las cadenas del puente levadizo, le atravesaron los tres ginetes, que con el agua casi hasta las cinchas, lograron no sin peligro y con desesperado esfuerzo ganar las colinas que á espaldas de la quinta se elevaban sobre la altura ocupada por esta. Cuando el conde se vió ya pisando en seco, trepó á la cima del cerrillo mas elevado, y parándose en él á contemplar las contiguas llanuras que en pos de sí dejaba, creyó, á la dudosa luz de la ya naciente aurora, ver cubiertas por las aguas la mitad del muro de su quinta; y agitando entonces sus labios cárdenos con una risa convulsiva, murmuró con acento ronco:

—Querian unirse contra mi honor en lazo estrecho: pues hélos ahí que pronto el mar cercano los juntará indisolublemente en sus abismos.

Dijo; torció las riendas, clavó el acicate á su caballo, y seguido de sus dos escuderos partió como el relámpago por las opuestas laderas.

V.

La brisa de la mañana, el ruido de las olas y la voluntad del cielo sacaron á Hernando de su parasismo. Perturbada su memoria, mal seguros sus sentidos, y embargado aun por el religioso terror que habia esperimentado, no pudo oir sin espanto los repetidos sones de la campana con que el vecino pueblo de la Algaba, tocando á rebato, imploraba el auxilio de la ciudad para salvarse del furor de la creciente derramada ya dentro de su humilde recinto. El buen caballero sacudiendo con repentino vigor sus entumecidos miembros, poco á poco empezó á recordar los sucesos de aquella pasada noche; y auxiliada su memoria por la propia situacion en que se encontraba, llegó á comprender que algo terrible debia haber pasado en la quinta durante su parasismo. Entonces, como era natural, empezó á recorrer primeramente la circunferencia del edificio con firme resolucion de penetrar luego en él para mediar con su ayuda donde fuese necesario.

Estrañóle no poco ver echado el puente levadizo, si bien el observar el foso esterior ya todo cubierto de agua, le hizo sospechar que aquello se habria sin duda hecho para dar paso á los moradores de la quinta, temerosos de la inundacion. Pero ¿qué habia sido de doña Leonor? ¿Por qué los que asestaron contra él el arma homicida, que no hirió sino á su compañero, le han dejado vivo en el jardin? ¿A dónde han ido?

Mientras revolvia estas dudas en su mente, decidióse á entrar en la casa; pero halló cerradas todas sus puertas con candado, y solo abiertas las de las rejas de la planta baja, al través de las cuales pudo ver claramente las habitaciones desiertas; y cuando no las viera tales, ya se lo hubiese hecho comprender el silencio que en ellas reinaba. Recorriendo asi reja por reja, y habiendo dado vuelta á todo el cerco del edificio, volvió á encontrarse en su punto de partida, es decir, en el jardin, cuyos lados todos empezó á examinar mas por menor, pues que cayendo hacia él la parte principal de la casa, y por consiguiente la habitacion de los condes, parecióle que allí debia mas probablemente haber alguna señal de lo acaecido. Pero precisamente en toda esta fachada no se veia mas reja ni balcon que el ajiméz ya conocido de nuestros lectores; y pensar en escalarlo era inútil, pues harto se conocia desde abajo que estaban interiormente cerradas sus puertas, con lo cual no habria conseguido Hernando mas que esponerse al peligro de la subida.

Un presentimiento íntimo le estimulaba sin embargo á no abandonar la inspeccion de aquel lado; y al verle tenazmente clavar la vista en toda la estension de la fachada, no parecia sino que aguardaba ver hundirse el muro por en medio para abrir paso á sus ojos ansiosos. Inspeccionando asi tan minuciosamente, llegó á descubrir un calado roseton de arabesca moldura, que por estar casi enteramente cubierto con los hojosos tallos de arrayan y mosqueta prendidos en el muro como un tapiz, no habia visto hasta entonces, á pesar de hallarse practicado casi á la altura de su cabeza.

Prontamente Hernando cortó con su espada los tallos que ocultaban el roseton, y alzándose un tanto sobre las puntas de los pies, vió por entre las molduras la llama de dos velas encendidas sobre un altar, con lo cual comprendió que aquella estancia era la capilla del edificio. Sus ojos entonces recorrieron con ánsia todo el espacio iluminado por las velas, y pronto los latidos angustiosos de su corazon, y el sudor frio que sintió correr por su frente le dijeron de quién era el cuerpo ensangrentado de aquella infeliz mujer tendida sobre aquel paño negro.

—¡Madre mia del Amparo! esclamó el buen caballero apartando los ojos con horror de cuadro tan lastimoso. ¿Por qué me socorriste á mí, que era culpable, y la abandonaste á ella, que era inocente? ¿Por qué, madre de misericordia, no te movieron á piedad su pureza y su hermosura? Quizás ha sido tu voluntad soberana hacerme mas dulce la muerte que me espera, recibiendo antes en tu sagrado seno á esa desgraciada para que yo me una con ella en otro mundo mejor. Si tal es tu voluntad, reina y señora, heme aquí pronto. Ya voy á buscar mi caballo y mi armadura: ya corro á encontrar en el campo de los infieles la muerte que me has impuesto. No me abandones ¡madre mia!

No bien habia terminado esta mental plegaria el caballero, cuando la inundacion, rebosando súbitamente el nivel del foso esterior, penetró como un torrente en el jardin al través de las compuertas, abiertas como hemos dicho de antemano, y Hernando quedó cubierto de agua hasta la cintura.

—¡Madre mia del Amparo! no es esta la muerte que me has prometido. Déjame salir á verter mi sangre en honra tuya.

Al decir esto, vió Hernando desmoronarse vencida por el ímpetu de la creciente la tapia del jardin, y por cima de sus escombros vogar hácia él una barquilla, que en breve trajo la proa al alcance de su mano. Era la misma en que antes habia atravesado el Guadalquivir, y entonces como antes bogaba sin velas ni remo en la direccion que queria el que iba en ella.

—Gracias te doy, madre mia, por este nuevo favor, dijo Hernando, puesto ya de pié en la popa.

Y la barca tornó á vogar lentamente en direccion de Sevilla, mientras Hernando con los ojos vueltos á la quinta, invocaba á su soberana protectora, pidiéndola sepultura para la infeliz que allí dejaba.

Ella habia sido el dulce pensamiento de su juventud, y habia muerto por su causa: asi es que el amor, la pena y

el remordimiento se aunaban para martirizarle. Su vista no podia apartarse de aquella funesta morada, y no cesaba de verla en su imaginacion tendida sobre el paño negro, ensangrentada su vestidura, y abandonada de los hombres.

De repente ve ceder la puerta principal interior de la quinta al ímpetu de las olas, que hallando por este camino mas ancha entrada, se precipitaron como un torrente por las habitaciones, haciendo crugir con el golpe las paredes, arrancando las rejas y devastando en fin cuanto hallaban á su paso. Empujadas sucesivamente las primeras olas, que penetraron con las que en pos de ellas se acumulaban bramadoras, veíanse á cada oleada flotar los árboles del jardin arrancados de cuajo, los muebles de la quinta, cuadros, mesas, sitiales, arneses y armaduras.

Mientras Hernando contemplaba esta dolorosa escena, parecióle ver ondulando contra la corriente y en direccion de su barquilla un paño negro, tendido como si bogara en la superficie de un remanso tranquilo, y sosteniendo un bulto, que en su centro se mecia siguiendo las ondulaciones del paño, cual si fuese clavado en él. Las ondas que corrian á su encuentro parecian desviarse de sus márgenes para abrirle paso, y la barca de Hernando parecia tambien haberse clavado en el revuelto espejo de las aguas, como si esperára que el bulto la abordase. A medida que se acercaba, creia el caballero percibir los contornos de un cuerpo de muger, y aun se le figuraba ver su cabellera cortando las aguas como un remo. Su espíritu y su cuerpo sintieron tan fuerte sacudida, que en poco estuvo no lanzarse al agua, creyendo poder á nado abordar mas pronto aquel paño flotante; pero contúvole el ver que éste ya lamia la proa de su barca: y apenas daba crédito á sus ojos, cuando, teniéndolo ya al alcance de su mano, vió ante sí el cuerpo de doña Leonor, tendido aun en el paño, como le habia visto en la capilla; solo que ya habian desaparecido de su cuello y sus ropas las manchas de sangre, y sus lábios empezaban á colorarse de carmin, y la tez de su semblante á trocarse de lívida que estaba, en blanca como la azucena. Una celestial esperanza inundó al verla el pecho de Hernando, que cogiendo por sus orillas el paño, logró sin mucho esfuerzo trasladarlo á la barca, tenderlo despues en medio de esta, y arrodillarse al lado de aquella hermosura, para contemplarla con ansiosa curiosidad.

La barca en tanto no cesaba de bogar con la proa enderezada hácia el frente de la capilla de nuestra Señora del Amparo, que ya se descubria en la márgen opuesta, como el faro de salud á aquel feliz navegante. Feliz mil veces, porque aquella hermosura que él habia juzgado muerta estaba viva: acababa de abrir sus bellos ojos, y de ver á Hernando arrodillado ante ella.—Virgen Santísima! habia esclamado Hernando sin levantarse del suelo: tú la pones bajo mi proteccion y custodia; tú premias el puro amor que la he tenido. Gracias, madre mia, porque no has querido dejarme llegar á mi última hora con tan atroz remordimiento.

Doña Leonor, aunque vuelta en su acuerdo, no podia hablar, ni oia las palabras de Hernando: con los ojos fijos en la vecina capilla, y las manos cruzadas sobre el seno, mas que muger, parecia una vírgen penetrando en las mansiones celestiales á recibir la ganada palma del martirio.

Poco tiempo despues tocó la barca en tierra. La dama y el caballero entraron en la capilla; permanecieron allí breves instantes adorando á la reina del cielo, y al cabo, ya entrada la mañana, pisaban los umbrales del palacio del rey.

Cuando á ellos llegaron, habló Hernando por primera vez á doña Leonor, y la dijo.

—Quedad en paz: yo voy á partir.

—A donde?

—A encontrar la muerte, que me está prometida. Quereis darme una memoria vuestra?

—Decid.

—Pronto mi cuerpo necesitará un sudario. Dadme ese paño negro.

—Tomadlo, y Dios os guie. En otro mundo nos veremos.

—Quedad con Dios, señora.

GABINO TEJADO.

LA CRUZ.[1]

¡Canto la Cruz! ¡que se despierte el mundo!
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que calle el universo á mis acentos
Con silencio profundo!
¡Y tú, Supremo Autor de la harmonía,
Que das sonido al mar, al viento, al ave,
Presta viril vigor á la voz mia,
Y en torrentes de austera poesía
El poder de tu Cruz deja que alabe!

Tiembla la tierra, se conmueve el cielo
De este nombre al lanzar eco infinito,
Que aterroriza al inmortal precito
En su mansion de duelo!
Canto la Cruz! el Angel de rodillas
Postra á tal voz la inmaculada frente;
Tú, escelso Querubin, tu ciencia humillas,
Y del amor las altas maravillas
Absorto adora el Serafin ardiente.

¡Alzad, alzad vuestro pendon de gloria,
¡Oh de la fé sublimes campeones!
¡Alzadlo y á su sombra las naciones
Cantarán su victoria!
Alzadlo, que el clamor no le amedrenta
Que exhalen de impiedad negros vestiglos...
¡Sangre de un Dios por púrpura presenta,
Y por sagrado pedestal se asienta
En la cerviz de diez y nueve siglos!

¡Alzadlo vencedor! Esa es la enseña
Ante la cual temblaron las montañas,
La tumba abrió sus lóbregas entrañas,
Se quebrantó la peña!
Viéndola el sol, del Gólgota en la cumbre,
Lecho de muerte al hijo del Eterno,
Velo asombrado la fúlgente lumbre;
Y al ver cesar la antigua servidumbre
De la culpa de Adan, rugió el infierno.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte régio
A cuyo aspecto hundiéronse al abismo
Los dioses del antiguo paganismo,
Desde su olimpo egrégio!
¡Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente,
Como emblema de triunfo Constantino
Sobre el cesáreo lauro de su frente,
Las águilas de Roma armipotente
Párias rindiendo al lábaro divino!

Alzadlo cual lo vió, firme, constante,
Mas fuerte que las haces de los Reyes,
Entre escombros de pueblos y de leyes
El bárbaro triunfante!
Holló de sus bridones con las plantas
El esplendor de Europa, envejecido
En tantas lides, en hazañas tantas;
Mas de esa Cruz ante las áras santas
El ruego al vencedor dictó el vencido!

¡Alzadlo cual se alzó, piadoso y bello,
A ennoblecer bajo su blando yugo
El que al destino descargar le plugo
De América en el cuello!
Dió un paso el tiempo, y á su influjo vario,
Que tan pronto derroca como encumbra,
No es ya de un mundo el otro tributario...
¡Mas inmutable al signo del Calvario
El sol del Inca y del Azteca alumbra!

(1) Esta composicion fue leida en el Liceo en la sesion religiosa celebrada el martes, y como al facilitarnosla su autora para publicarla, no la ha acompañado, sin duda por un sentimiento escesivo de modestia, de nota alguna que llame la atencion sobre una circunstancia que la distingue, ademas de su mérito evidente, la direccion del SEMANARIO se cree en el deber de decir dos palabras sobre la particularidad de que la mitad casi de dicha oda está escrita en versos de nueve sílabas: sabido es que esta harmonía métrica ha sido en vano buscada por varios versificadores, que algunos la han juzgado imposible, y que ninguno la ha conseguido perfecta. Espronceda mismo no logró presentar versos de nueve sílabas perfectamente armónicos y consonantes en el trozo de su poema que presentó como un ensayo; pues luchando con las dificultades del metro, no pudo sujetarse á una rima rigurosa; aquel ensayo es, sin embargo, el mejor que hasta ahora se habia ofrecido al juicio del público. La señora de Avellaneda ha tenido la dicha de hallar este metro nuevo y bellísimo tanto como difícil, y la presente composicion es una lindísima prueba de ello.

¡Alzadlo que su apoyo necesita
La vacilante humanidad! ¿Dó quiera
No la veis á la vez medrosa y fiera
Cuán incierta se agita?...
Su audaz anhelo á su flaqueza espanta,
Y arrastrada por vértigo profundo
En convulsiones su vigor quebranta,
Hoy abatiendo lo que ayer levanta
E inútilmente estremeciendo al mundo.

¡Alzad la Cruz que el porvenir encierra
De esa infinita multitud! Sus brazos,
Que solo brindan fraternales lazos,
Afirmarán la tierra!
¡Alzad la Cruz que de la especie humana
Vincula los destinos en su nombre!...
¡Alzad la Cruz de donde el bien emana,
Y do se ostenta en acta soberana
La verdadera libertad del hombre!

Aunque entre sangre se presenta adusta,
La paz sustenta y al amor anida:
Instrumento de muerte enjendra vida,
Y es luz su sombra augusta!
Dique opone al poder y lo afianza;
El débil se hace fuerte de ella armado;
Por ella sola la igualdad se alcanza,
Que de sus brazos la eternal balanza
Pesa á la par el cetro y el cayado.

Allí tambien la soberana diestra
Pesó el valor del mundo... ¡oh maravilla
Que si del hombre la razon humilla
Su dignidad demuestra!
Sí, pesó al mundo la Eternal Justicia;
Pesólo por romper el que lo abate
Yugo cruel de la infernal malicia,
Y tanto amor en él cargó propicia
Que una vida inmortal fué su rescate!

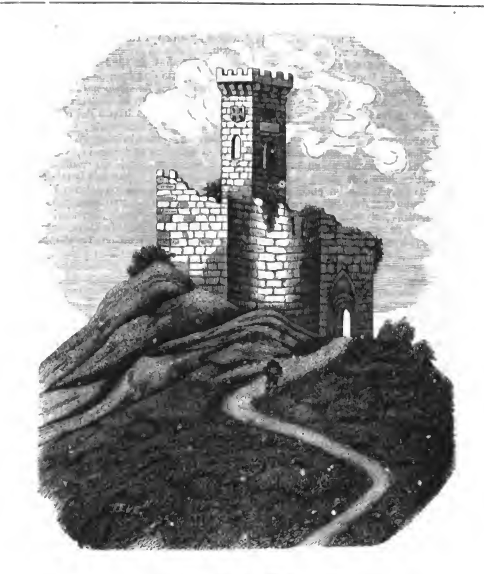
Por eso en los ásperos brazos
del leño sagrado se ostentan
las manos que al orbe sustentan,
las manos que rigen al sol.
Por eso en gemidos se ahoga
la voz que á la nada fecunda,
velada por sombra profunda
la luz de la gloria de Dios.
¡Tú espiras, oh autor de la vida
¡la muerte contigo se ensaña!...
mas rota quedó la guadaña
al darte su golpe cruel!
Subiendo á tu trono sangriento
su trono funesto derrumbas...
¡los muertos dejando sus tumbas
recogen tu aliento postrer!
El rey de la tierra probando
del fruto del árbol de ciencia,
la muerte nos dió por herencia
y esclavos nos hizo del mal.
El rey de los cielos, cual fruto
del árbol de amor nos convida,
la patria nos vuelve y la vida,
por padre al Eterno nos dá.
¡Florece, árbol santo, que el ástro
de eterna verdad te ilumina,
y el riego de gracia divina
fomenta tu inmensa raiz!
Florece, tus ramas estiende,
la estirpe de Adan fatigada
repose á tu sombra sagrada
del uno al opuesto confin!
¡Te acaten pasando los siglos
y tú los presidas inmoble,
y toda rodilla se doble
en faz de tu eterno vigor!
¡El cielo, la tierra, el abismo
se inclinen, si suena tu nombre!...
¡tú ostentas á Dios hecho hombre!
¡tú elevas el hombre hasta Dios!

G. G. de Avellaneda.



LA CONFESION.

Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, num. 4.



EL CASTILLO DE TOR-DE-HUMOS.

Si bien las vicisitudes públicas truecan la fortuna y condicion de los pueblos y alteran su fisonomía, quedan siempre ciertos rasgos característicos, que apenas puede estinguir la planta del tiempo, y que dan á conocer su antigua índole con las circunstancias de su existencia. En vano, pues, se trastornaran con desastrosas peripecias, si dejaron en su pos un monumento, donde el filósofo pueda encontrar el libro de la meditacion y de la verdad. Porque sobre sus desmoronados torreones, en cada cual de sus ennegrecidos sillares hay un geroglífico elocuente para descifrar los misterios que yacen bajo la sombra de los siglos. Verdad es que semejantes lugares, envueltos en un prestigio encantado y poético, se prestan mucho á los halagos de la fantasía, y á los ensueños brillantes de la inspiracion. Tal vez allí, sobre aquellas musgosas piedras, donde sentado el pastor entona el cantar de sus plácidos amores, lamentó algun monarca las sangrientas banderías de la ambicion y la discordia; probablemente en estos sitios llenos hoy de solitaria calma, resonó ayer el estruendo del combate ó la algazara del festin.

Así hemos reflexionado mas de una vez recorriendo el árido y empinado cerro, sobre cuya cima ostenta sus derruidos paredones la fortaleza de *Tor-de-humos*. A su sombrío aspecto nuestra memoria se remonta espontáneamente á la turbulenta época, en que inundada la España de los godos por las huestes del Corán, dió principio aquella lucha heróica, que, inaugurada en los montes de Covadonga, terminó gloriosamente bajo las torres de la Alhambra. Pues apenas los primeros reyes de Asturias y Leon tendieran su incontrastable espada, hicieron retroceder á los belicosos invasores hasta las márgenes del Duero y del Pisuerga. Establecida así la frontera de su naciente estado, preciso era hacerla inaccesible al enemigo por medio de reparos y defensas militares, que al propio tiempo protejiesen al pais contra las armas desoladoras de los infieles. Para llevar á cabo este pensamiento, llegaron á construir diversas líneas de puntos fuertes, entre los cuales tenia un lugar notable el castillo de *Tor-de-humos*.

Colocado en la cima de un cerro cónico y aislado, que domina la villa por el O. y ocupando su espaciosa plataforma, constituía un lugar culminante de la comarca y de la línea de fortificacion, como una de sus principales atalayas. Se compone de un recinto esterior, en forma esferóide, con su robusta muralla de sillería alta por 40 pies, con 6 de fondo, y almenada sencillamente, sin troneras, ni obras esternas para flanquear los frentes: pero rodeada de un anchísimo foso, cuyo vestigio aun se dibuja en toda la circunferencia. Y si bien se observan en algun trozo almenas con aspilleras para armas de fuego, indudablemente son reparacion posterior, así por su traza, cuanto por el aspecto de su fábrica. Dos puertas principales dan paso á la plaza de armas. Una en la cortina de S. á E., abierta en un recodo del muro, y formada por tres arcos sucesivos: el primero semicircular, con otro de seguridad sobrepuesto en forma ogival; el segundo muy rebajado, y el último elíptico. Entre sus intersticios caian grandes rastrillos, cuyos lechos se observan en la fábrica. Esta portada hubo de hallarse defendida esteriormente por algunos matacanes, cuya existencia anuncia un zócalo desmantelado que hay en la derecha de su vértice con el doble objeto de flanquear todo aquel frente: al tiempo que algunas troneras, para armas arrojadizas, rasgadas en la misma línea, podian limpiar el foso y cerrar la avenida hácia el porton. En el murallaje del O. subsiste la otra puerta, maltratada de ruina; y junto á ella senda poterna falsa, tambien obstruida é impracticable.

15 de Abril de 1849.

Penetrando por cualquiera de aquellas bóvedas se sube á la plaza de armas, recinto despejado y espaciosa meseta del cerro, dividida en dos mitades por una línea destruida de muralla, que apenas conserva restos de su obra enclavados en dos frentes de la torre del homenaje. Elévase esta en el centro de la planicie, y domina todo el sistema interior y esterior de la fortificacion. Su planta es poco menos de un cuadrado, con 46 pies en los lados de entre S. á O. y de N. á E., y 40 en los de E. á S. y de O. á N. (porque no está perfectamente orientada), con 10 de espesor, y sobre 60 de elevacion desde flor de tierra; construccion de silleria terminada por un orden de modillones en su coronamento. Ostentase un trofeo heráldico en su faceta de E. á S., compuesto por dos fajas unidas en cuadrilátero. Contiene la superior tres escudos: el del centro con las armas del antiguo reino de Castilla; el de la derecha, gironeado en su mitad superior, y flanqueado con banda en la inferior, siendo el opuesto ajedrezado. Y los dos de las fajas segundas son idénticos á los costeros descritos, con un adorno caprichoso en el espacio intermedio; tallado todo en piedra semejante á la del edificio. Al frente opuesto se vé otro blason con un solo escudo, igual al flanqueado y gironeado del anterior. La parte interna de la torre estuvo dividida en cuatro pisos ademas de los subterráneos: conserva aun la escalera del principal entallada en el muro; varias ventanas de medio y bajo punto, y una mira de comunicacion con los castillos de Medina de Rioseco y Belmonte al N., y con la plaza de Urueña al S., y su perímetro consta de 35 pies de E. á O., y 30 de S. á N. Los cuarteles y almacenes para la gente de guerra debieron estar en la mitad de la plataforma que cae al M. de la torre, donde todavia permanece un hermoso algibe para aguas potables; quedando el otro medio óvalo para plaza de armas. El conjunto, en fin, de esta fortaleza es de aspecto arrogante, y de sólida y poco espugnable localidad para sus respectivos tiempos.

No son conocidos absolutamente por datos especiales los años en que tuvo efecto la construccion del castillo de *Tordehumos*, ni el monarca á quien fuera debida. Sus formas son anteriores á la invencion de la pólvora, tanto por no tener troneras los muros en los antiguos almenages, ni tampoco obras avanzadas de flanqueo, como por otra circunstancia importante. Al O. del mismo se levanta el cerro de Santa Cristina, que señorea desde cerca la posicion y defensas del castillo; y desde cuyo punto culminante, los proyectiles arrojados con el misto las hubieran dejado sin efecto por su inferioridad topográfica. En este concepto eran inútiles las murallas y fortificaciones. Y cuando se erigieron, prueba es de que no existia aquella decisiva contrariedad por la falta del agente ígneo. Por otra parte, las ventanas de la torre arregladas al tipo semicircular, indican la fábrica por anterior al siglo XII. Sábese, sí, que por el año de 1300 existia en estado floreciente, y sirviendo con importancia en las guerras de entonces. Por la parte meridional de la primera línea subsiste un escaso resto de muralla, que, arrancando de la del castillo circuia la villa, asentada en la vertiente oriental de la posicion, siendo la fábrica de circunstancias y dimensiones semejantes. Adviértense las calles principales de *Tor-de-humos* trazadas en direccion vertical de la fortaleza, lo cual indica un sistema comun de defensa, en virtud de lo cual, arrojando por encima de los muros al ágrio y resbaladizo collado enormes globos de piedra (de los que se conservan algunos), podia la guarnicion del fuerte barrer las avenidas de cuantos enemigos tratasen de operar en ellas. Esto indica tambien el no uso del fuego en aquella época.

Sucesos históricos han ocurrido en estos lugares, de que no haremos sino una ligera memoria. Habiendo pertenecido á la corona desde su fundacion, entró la villa y fortaleza en el poder señorial, por la donacion que don Enrique, el de las Mercedes, hizo á don Felipe de Castro, Rico-hombre aragonés, cuando casó con su hermana doña Juana, por dotales de esta, en 1371. En tiempo de don Enrique IV eran de la casa de Sandoval; pues habiéndose enlazado el gefe de ella don Diego, con doña Leonor de la Vega, hija única de Gonzalo Ruiz de la Vega, señor de *Tor-de-humos*, y de doña Mencía Tellez de Toledo, y no teniendo aquellos tampoco mas descendiente que doña Mencia Sandoval de la Vega, recayó en ella la casa y tambien el señorío de la villa. Esta ilustre señora hubo por esposo á don Pedro de Mendoza, hijo de don Diego, que fué despues primer duque del Infantado, por merced de los reyes Católicos, y en cuya casa ha radicado desde entonces este señorío.

Por los años de 1305 ardian las revueltas promovidas por el inquieto don Juan de Lara contra don Fernando IV. Establecióse en *Tor-de-humos* el osado infanzon, y renunciando al juramento de fidelidad, se declaró en armada rebeldía. Vinieron las tropas del rey, que pusieron cerco á la plaza muy estrechamente, y despues de algun tiempo, sin llegarse á entenderse en los partidos intentados, la soldadesca sitiadora se desbandó, viendo inútiles sus esfuerzos: la operacion quedó sin resultado, y el desleal súbdito, triunfante en su inespugnada fortaleza. Pocos años mas tarde se encontró en ella don Alfonso XI por sus contiendas con don Juan Manuel, y aquí pronunció la sentencia contra el conde D. Alvaro Ossorio, partidario de éste, declarándole rebelde y traidor. En la famosa cuanto infausta guerra de las comunidades entraron en *Tor-de-humos* los patriotas, al mando de don Pedro Giron y del obispo Acuña, el 22 de noviembre de 1524, y se aposentaron hasta el 24, en cuyo dia, despues de pasar revista al ejército de la Santa Junta, salió contra los imperiales, marchando posteriormente desde aquí la vuelta de Villalpando.

Bien pudo ser que á consecuencia de esta guerra fuera desmantelada la fortaleza, como una de las medidas adoptadas por el tiránico vencedor, para evitar nuevos levantamientos. Desde entonces ningun suceso hace digno de memoria este castillo, á quien el primero de nuestros historiadores hace creer como un punto de importancia en los azares políticos del pais.

La razon etimológica de su nombre nos parece de fácil esplicacion. Sabido es el sistema de comunicacion aérea usado en nuestra antigüedad, y que los castillos no solo eran lugares de defensa sino tambien vigías ó atalayas para trasmitirse los sucesos por medio de fogatas en la noche, y de humaredas por el dia; haciendo el servicio de los modernos telégrafos en su respectiva condicion. Descompongamos, pues, el nombre complejo de *Tor-de-humos*, y resultará terminantemente la denominacion primitiva de *Torre de humos*. Lo cual esplica racionalmente que esta fortaleza se hallaba designada como uno de los principales vigías de la comarca para regir el vasto espacio de terreno, que á su pie se tiende por las riberas del rio Seguillo, al M. donde habia otros varios castillejos y aldeas fortificadas, tanto mas siendo su gobernador un oficial de graduacion, como lo era el último de que hay memoria en 1530, don Antonio Atienza, brigadier de los ejércitos del Emperador.

En la actualidad aquel castillo que ostenta su curtida mole á lo largo de las tranquilas márganes de un riachuelo humilde y silencioso, la fortaleza altiva donde tantos potentados de la tierra representaron los vergonzosos y mortales dramas de sus antojos ó pasiones, va dejando caer hora por hora, una de sus gastadas piedras, que, rodando por la áspera vertiente se lleva al polvo un recuerdo de otros dias, y representa en melancólica imágen la triste realidad de la vida y la precaria ilusion de la fortuna!!

VENTURA GARCIA ESCOBAR.

LA CIGÜEÑA.

Es tan conocida la Cigüeña en toda España, que apenas hay lugar donde no anide; este animal, que en las modernas clasificaciones ocupa su lugar en la *clase* de las aves y *órden* de las zancudas, es muy desproporcionada en su estructura, pues á unos tarsos sumamente desnudos y elevados, como á un cuello de bastante longitud, reune un cuerpo pequeño: su cabeza es angosta y poco redonda, buenas alas, revestidas siempre de pluma blanca y negra, bajo de las cuales se encuentra otra pluma mas fina, que sirve para formar con ella los penachos llamados *marabu;* su pico es enteramente recto, y además no tiene hendidura nasal, lo cual sirve de especial carácter para distinguirla de otras aves de la misma familia.

Los sitios que las Cigüeñas para su nido con preferencia eligen, son los campanarios, eminencias de las torres antiguas y palacios, con el objeto de poder tender su vuelo con mas facilidad, y sustraerse de la capciosidad del hombre, pudiendo en dichos sitios reposar con mas tran-

quilidad, y entregarse mas agradablemente á la cria de sus hijuelos. La Cigüeña es ave casta y templada, pero muy celoso el macho, por lo que no se separa mucho de la hembra, y particularmente en la época de la incubacion, en que comparte con el mayor esmero el cuidado de cubrir los huevos; su alimento consiste principalmente en reptiles, como ranas, culebras, lagartos, etc., de los que hacen partícipes á sus polluelos; producen un ruido particular con el pico, parecido al de una carraca, que puede considerarse como un indicio de benevolencia y satisfaccion, pues lo hace cuando llega la primera vez cada año al sitio donde tuvo su nido en los anteriores, cuando sus hijos aciertan á posarse las primeras veces que empiezan á volar, y en otras muchas ocasiones. Las Cigüeñas son objeto de respeto, y aun de veneracion en algunos paises, en atencion á la propiedad que tienen de limpiar la tierra de los insectos y animales que la infestan. El vuelo de la Cigüeña es tardo y pesado, bien que suele remontarse con él sobre los aires, en cuyo ejercicio dirige hácia atrás los pies tendidos, como para servir de equilibrio á lo restante del cuerpo y cuello; cuando posa en tierra sus pasos son muy graves y mesurados, por cuya razon los antiguos la presentaban como símbolo de la prudencia. La Cigüeña es viagera ó emigratoria, esto es, que no habita de continuo en nuestro continente, y sí solo se presenta en él en cierta y determinada época del año, en que la temperatura del clima comienza á ser mas benéfica. Cuando llegan á nuestro pais ordinariamente es de noche, y vienen con gran orden y concierto, siguiendo en su curso y vuelo las mas jóvenes á las de mas edad, que van siempre delante sirviendo como de guia, y hacen alto siempre junto á las lagunas y sitios pantanosos, por hallarse en ellos los animales que para su alimento necesitan.

No hace muchos años se leia en un periódico el siguiente curioso caso de emigracion ocurrido con una Cigüeña: Un caballero Polonés tuvo el gusto de coger viva una de ellas, á la cual puso por adorno en el cuello, un collarin de plata, y en él la siguieute inscripcion *hæc Ciconia est Polonia*; soltóla despues y llegada la época de la emigracion, la dicha Cigüeña desapareció con sus compañeras en busca de clima mas templado; asi lo fué efectivamente; el buen polaco tuvo sumo cuidado el año inmediato de observar la llegada de las Cigüeñas, hasta que vino un dia en que volvieron á aparecer, y el tal caballero vió con sorpresa á una de ellas con un collarin, pero de un metal diferente de color del que él habia puesto á su volátil viagera; suponiendo con fundamento alguno, que aquella Cigüeña deberia ser la misma del año anterior, redobló sus esfuerzos para poder haberla, hasta que logró conseguirla, y examinada detenidamente halló, que el collar que á la sazon llevaba no era ya el de plata que él la habia colgado el año anterior, sino que era otro de oro y en su correspondiente lugar otra inscripcion que decia asi: *India cum donis mitit ciconiam polonis.*

Esto prueba en primer lugar, que aquella Cigüeña habia estado en la India, pais mucho mas cálido respectivamente del nuestro, y que las altas temperaturas son mas conformes con su organizacion; y por último, que allá en los otros paises dió con otro hombre, si no tan curioso como el polaco, por lo menos mas satisfecho de la alhagüeña posicion que ocupaba.

Concluiremos estos apuntes diciendo, que las especies que vemos mas comunmente en nuestro pais son: la Cigüeña blanca, y la negra, cuyas descripciones en particular pueden ya ser objeto de estudio en las modernas obras de Historia Natural.

J. A. y A.



EL NIÑO DESOBEDIENTE.

Comedia en dos actos.

Por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(Espeso bosque cruzado por una senda).

TOMÁS, *(subido á un árbol).*

Juanito. Juanito. No responde. A saber dónde se hallará él á estas horas. Segun la prisa y el miedo que llevaba, lo menos ha corrido ya media legua. Ningun ruido se oye: me parece que ya me puedo apear. *(Bájase del árbol).* ¡Caramba! el lance podia haber sido sério: ¡hallarnos á lo mejor cara á cara con un lobo! Allí, encimita de aquella peña asomó: todavía me parece que le estoy viendo. Por fortuna venia acosado de los cazadores, y apenas sintió los perros, escapó como un rayo. Pero ¡qué susto el de Juanito! qué modo de correr! Cuando oyó los escopetazos de los cazadores, tan fijo pensó que se los tiraban á él. Yo á lo menos acerté á ponerme en salvo. El dirá tal vez que le dejé en las astas del toro, pero que diga lo que quiera: cada uno debe mirar por sí. Aquí se le quedó el pañuelo, el látigo.... ¡Qué gaznápiro es el tal Juanito! al cabo, Juan. ¡Mire V. á mí qué me importaba que llevase ó no el látigo á su dueño! lo que yo queria era hacerle salir del lugar, que luego yo le llevaria donde me diese la gana. Tambien se le cayó el estuche: no, pues este ni el látigo no los vuelve á ver,

(Mete el estuche en el pañuelo). Yo me internaria mas en el monte para buscarle, pero, ¿y si me pierdo? Ya se ha puesto el sol: ¿á qué hora he de llegar á mi casa? Y luego que estoy molido de la zurrra y del viaje. *(Gritando).* Juanito. Juanito. A la tercera: Juanitooo! Pues señor, Dios te guie y la Magdalena. ¿Hácia qué lado deberé tirar? Yo no lo sé, pero á la ventura, por aquí marcho. *(Se detiene al oir la voz de Saturnino).*

ESCENA II.

EL TIO SATURNINO. TOMAS.

SATURNINO. *(Dentro).* Mula de Barralbás, vuelve. Mal rayo no te parta. Miála, miála. *(Sale en una mula).*

TOMAS. *(Aparte).* Bueno será preguntar á este hombre...

SATURNINO. Arre, condenada.

TOMAS. Dios guarde á V.

SATURNINO. ¿Que adonde voy? Adonde me dá la gana. ¡Me gusta la curiosidad del arrapiezo!

TOMAS. No digo que adonde vá V. sino que vaya V. con Dios.

SATURNINO. El te ampare, muchacho: no traigo suelto.

TOMÁS. *(Aparte).* Es sordo como un leño. *(Gritando).* No pido limosna; pregunto si voy bien por aquí para Valhermoso.

SATURNINO. ¡Ah! ¿eres de Valhermoso, eh? Entonces me sabrás decir si esta senda guia al cortijo de la Chopera.

TOMÁS. *(Aparte).* ¡Buenos estamos! Le pregunto yo el camino ¡y quiere que yo le dirija!

SATURNINO. Aun no ha ocho dias que he venido á esta tierra de condenacion, y en saliendo del cortijo, buenas noches... ya no sé por dónde girar.

TOMAS. *(Aparte).* La mula se le queria volver: sabrá el camino mejor que el ginete: sin duda es por donde yo queria ir. *(Al tio Saturnino, récio).* El camino es por aquí. *(Señalando el mismo lado por donde venia Saturnino).*

SATURNINO. ¿Conque piés atrás? Vaya, hombre, Dios te lo pague: eres el primer muchacho que ha hecho conmigo una cosa buena.

TOMÁS. *(Aparte).* ¡Qué génio tan áspero tiene el tio este!

SATURNINO. Tú irás á Valhermoso: ¿Verdad?

TOMÁS. *(Hace seña que sí).*

SATURNINO. Háblame con la lengua y no con cabezadas. ¿Te parece que no oigo?

TOMAS. No digo tal disparate.

SATURNINO. ¿Que si quiero llevarte? Espantábame yo de que no tuvieses tus antojitos? Aguarda, me apearé para subirte, y de camino apretaré la cincha. *(Se apea).*

TOMÁS. Viva V. mas años que mi abuela... *(aparte)* que dicen que murió de veinte. El sordo vale un Perú.

SATURNINO. ¿Qué látigo es ese, chico *(tomándosele).* ¿Dónde te has encontrado tú este látigo? ¡Jesus! ¿Si le habrá sucedido algo al amo?

TOMÁS. ¿Es su amo de V. don Eugenio? Se lo ha dejado olvidado en el lugar.

SATURNINO. ¿Se lo ibas tú á llevar? ¿Con que tú le conoces?

TOMÁS. Sí señor: ha estado en el pueblo esta tarde.

SATURNINO. ¿Queria mucho á tu padre? ¡Calla! ¿eres hijo siquiera del cabo Manuel? De juro: si dijo esta mañana el amo que hoy iba á ir á tu casa. ¿Cómo no te he conocido yo antes? A fé que no niegas la casta. Los ojos, el pelo, la fisonomía... así... un poco apicarada de Manuel... Purico, purico á tu padre.

TOMÁS. Sí señor, todos dicen que me parezco mucho á mi padre.

SATURNINO. Haces bien en quererla; tu madre es una escelente mujer. ¡Lo que se alegrará cuando sepa que soy mayoral del cortijo de don Eugenio! ¿Qué llevas en ese pañuelo? *(Lo abre y mira).*

TOMÁS. Fresa que he cogido en el monte.

SATURNINO. ¡Y huevos de perdices! Diablejo, si te me sorbes los huevos ¿qué piezas he de tirar luego yo? Este estuche te lo ha regalado mi señor. Un paquete de esos ha traido para repartirlos á los chicos.

TOMÁS. *(Aparte).* Este hombre se lo dice todo, sin necesidad de que yo mienta.

SATURNINO. Lo que siento es que cuando lleguemos al cortijo, no estará el amo.

TOMAS. *(Aparte).* No me podias dar noticia mejor.

SATURNINO. Asi que vino del pueblo, tuvo que salir y no estará de vuelta hasta mañana. Pero yo me encargo de obsequiarte en su nombre. Cenarás conmigo, y luego te enviaré á tu casa en la mula con un mozo, para que no esté tu madre con cuidado.

TOMAS. *(Aparte).* Todo se compone perfectamente. *(A Saturnino).* Muchas gracias.

SATURNINO. ¿Y tu tio Ginés?

TOMAS. *(Aparte).* Esto es malo. *(A Saturnino).* ¿Mi tio Ginés, dice V?

SATURNINO. Sí, el artillero.

TOMAS. ¡Ah! mi tio Ginés el artillero! *(Aparte).* ¿Qué le diré yo? *(A Saturnino).* Se metió fraile.

SATURNINO. ¿Cómo? quedrba en el baile? ¿Con que está en el lugar? Es preciso que yo vaya un dia de estos á ver toda esa gente buena. Ea, aupa. *(Le monta á las ancas.)* Tente firme. ¿Cómo te llamas tú?

TOMAS. Tomasito... digo.

SATURNINO. Juanito, sí, ya me acuerdo. Mira, Juanito, yo te he de querer mucho, porque me parece que has de ser uno de los pocos muchachos que hay de provecho.

Siempre tuve una aversion
á los muchachos cruel;
mas por la misma razon,
si hallo uno bueno, es pasion
la que tomo por aquel.

JUAN. *(Aparte.)* De mi amigo me desuno
y de su nombre me valgo
sin escrúpulo ninguno.
Ya que me trata de tuno,
que me lo diga por algo.

SATURNINO. Agárrate bien, que vamos á ir echando centellas. *(Monta.)* Arre Gavilana, arre, mira que te he de valdar. *(Vánse.) (Queda el teatro desierto por algunos instantes.)*

ESCENA III.

JUANITO. Ya hallé la senda; esta es. Sí, este es el sitio donde estábamos cuando eché á huir: reconozco el peñasco, los árboles, todo. Pero Tomás no se halla aquí... Habrá huido tambien por su lado... ó tal vez... ¡Ay! no lo quiera Dios... habrá sido despezado por el lobo. ¿Por qué he venido yo al monte? por qué he desobedecido á mi madre ¡Madre de mi vida! Ya está anocheciendo: cuando vuelva á casa y no me halle ¡qué pesadumbre vá á tener! ¡Huf! *(Se deja caer en el suelo rendido de fatiga.)* No puedo dar un paso; los pies no me caben en el calzado de hinchados que los tengo. Me he lucido con mi paseo! Me he destrozado la ropa, los pies, he perdido mi estuche, el pañuelo... y lo peor de todo es que no he probado ni una fresa de las que cojí. No, lo peor de todo es que no sé cómo he de llegar á mi casa. Este Tomás tiene la culpa: él me ha engañado, él me ha seducido... ¡Ah! ¿y por qué cedí á sus instigaciones faltando á las órdenes de mi madre? Cuando le vuelva á hacer caso en adelante... Cuando le hable en mi vida... Pero es preciso animarme. Si me quedo aquí... si vuelven los lobos... ¿He de pasar aquí la noche? Cuanto mas tarde se haga, será mas dificil acertar con el camino: esforcémonos. *(Procura levantarse y no puede).* Es en vano, no me puedo mover del sitio: aquí voy á perecer esta noche lejos de mi madre. ¡Dios mio! tened misericordia de mí. *(Momento de silencio: Juanito llora amargamente).* Me parece que oigo á lo lejos campanillas de caballerías... Sí, ya se acercan. Gracias, Dios mio.

ESCENA IV.

SABAS Y JUANITO.

SABAS. *(Canta dentro con acento gallego:)*

Quien se atreva á preferir
su capricho á un buen consejo,
á costa de su pellejo
se tendrá que arrepentir.

JUANITO. Demasiado cierto es. ¡Ojalá no lo esperimentase yo por mí propio! Es un galleguito. *(Sale Sabas guiando una caballería menor).*

JUANITO. Amigo, amigo, por Dios que me lleves á mi casa.

SABAS ¿Cómo? ¿Qué te pasa rapázl?

JUANITO. Estoy cansado, no puedo moverme, no puedo

llegar á mi casa, mi madre estará muerta de sentimiento por mi tardanza. Por Dios que me conduzcas á los brazos de mi madre: ella te pagará bien este favor.

SABAS. Entonces curriente: yo ¿á qué estoy si no á janar? ¿De dónde eres tú?

JUANITO. Soy de Vallhermoso.

SABAS. El caso es que yo nu llegu hasta tu pueblo; pasu á un cuarto de legua, pero nu entru en él.

JUANITO. ¿Qué te cuesta andar esos cuatro pasos hasta dejarme en mi casa? Ya te digo que mi madre te lo agradecerá bien.

SABAS. Es que tambien tengo yo padres que me ajuarden y á pocu que tarde habrá la de Dius es Cristo. Yo nun puedo hacer mas que dejarte cerca de tu puebla, desde allí te puedes ir á pata.

JUANITO. Bien, aunque sea á rastra me iré desde allí.

SABAS. Pero en ese casu ¿quién me paja?

JUANITO. Llégate mañana á mi casa.

SABAS. Mañana salgu con una carga de fruta para la feria del jueves, y tengu que llevar un camino todu al revés. Non puede ser.

JUANITO. Pues yo no tengo dinero que darte.

SABAS. Pues yo nun sirvu de valde á naide. Mi padre me ha enseñadu á nun dare nin los buenos dias si nun me lus han de volver cun janancia.

JUANITO. ¡Por Dios!

SABAS. ¿Qué Dius ni qué santa María? ¿Te parece á tí que diérunme el burricu de limosna? ¡Nun tiénes diñeiru y quieres andar á caballu! Tú quieres gullerias á manta de Dious.

JUANITO. ¿Has de ser tan gallego que no quieras hacer un favor?

SABAS. Hacer favores es de zopencus.

JUANITO. ¡Pobre de mí! está visto que no podré llegar á ver á mi madre. No tienes alma. Si yo me hallara en tu lugar...

SABAS. Pues vamos á ver comu te portas tú que la echas de rumbon. Suponte tú que yo te pidu por favor que me des la tu chaqueta y la tu monteira.

JUANITO. Haste el cargo de que no puedo disponer de mi ropa, porque al cabo no es mia, si no de mi madre.

SABAS. ¡Ah perreiron! Tampocu el burru es miu: con que non puedu disponer de él. Hijo, compunte comu puedas, si nun sudas algu, para Dius mi alma que nun saques raja de Sabas Zurramandeira. Dios te valga y el Señor Santiaju.

JUANITO. Espera.

SABAS. Nu hay que andar cun parlerías.

JUANITO. Oyeme.

SABAS. U truecas tu chupeta por mi farda y tu gorru por mi chapeu, ú non le calientas el lomu á mi pollinu. Tú farás lo que mejor te cunvenga.

JUANITO. Llévame á mi madre, mas que sea en camisa: toma *(quiere darle la chaqueta)*.

SABAS. Esu nou: paja adelantada diz que es paja viciosa. Cuandu llegaremus á la encrucijada donde tengo que dejarte, allí trocaremus. Ya puedes subir en el Chilu.

Nun te se haga caru el viaje
segun el apuru apreta,
se ha de pajar el bagage.
¿Te hiciera ir de este parage
á tu casa tu chaqueta?

JUANITO. *(Despues de haber montado)*.

Que sin mi ropa seré
mal recibido colijo,
pero á mi madre diré:
si dí la chaqueta fué
porque vale mas un hijo. *(Vánse)*.

ESCENA V.

(Campo, y á un lado la entrada á un cortijo. Es de noche).

MARTA. SATURNINO.

MARTA. ¡Válgame Dios! ¡qué hijo este! No se puede V. figurar lo que pasé cuando al volver á casa me hallé sin él, y me digeron que le habian visto dirigirse hácia el monte con el muchacho del herrero.

SATURNINO. Vds. se asustan de nada. Los chicos no han de estar cosidos á las faldas de su madre. Y hágase V. el cargo de que el motivo de la escapatoria le... vamos, le hace honor. Además que ya el niño... No se apure V. tanto porque anda solo, que no se perderá.

MARTA. No me da cuidado el que ande solo, sino el que se acompañe mal. La debilidad de su carácter es la que me hace temblar.

SATURNINO. Seguro: el dia de mañana á todos los mozos del pueblo ha de hacer temblar. Es de la piel del diablo, que es como me gustan los muchachos á mí.

MARTA. ¡Qué dice V.!

SATURNINO. Mientras la cena-merienda me ha tenido embobado con sus ocurrencias. ¡Qué maldito! ¡Qué cosas me ha contado del herrero, del padre predicador, del alcalde, de V.!

MARTA. ¡De mí! ¿Es posible?

SATURNINO. Señora, no son ningunos pecados mortales. Al cabo V. es viuda, y joven y guapa: ¿qué tiene de particular que la haga á V. algunas visitas el sacristan?

MARTA. ¡Dios mio! ¿eso ha dicho mi hijo?

SATURNINO. Me aflijo, me aflijo... No hay por qué afligirse, señora, cuando no hay ofensa de Dios... Verdad es tambien que en un momento que yo me separé de la mesa se me bebió cerca de una botella de vino, y su cabecilla no estaria muy firme.

MARTA. ¡Qué es lo que escucho!

SATURNINO. No, para un estómago fuerte no es mucho: no le hará daño. Y señor, no ha de beber agua toda su vida: es menester que principie á hacerse á poder sufrir un bromazo.

MARTA. Es preciso, es preciso que yo tome una medida severa para corregir á este muchacho. Si don Eugenio hubiera presenciado esas cosas... Ya estoy deseando volver á casa: yo le diré...

SATURNINO. Con que todo eso no vale nada. Yo espero que V. no le reñirá por esas frioleras.

MARTA. ¿Frioleras las llama V?

SATURNINO. Por supuesto que voy á acompañar á V. Voy á mandar que saquen una caballería.

MARTA. No, tio Saturnino, no: mil gracias. Para lo que falta que andar no es necesario.

SATURNINO. ¿Que no dice V.? Como V. quiera. A ver si encontramos en el camino al mozo que fué con el chico. Digo, si acierta á venir por la senda que nosotros llevemos, porque si toma por la otra, nos sucederá lo que antes le ha sucedido á V.: nos cruzaremos.

MARTA. *(Alto.)* Mucho siento causarle á V. esta molestia.

SATURNINO. No hay molestia para mí tratándose de servir á una persona que estimo tanto.

MARTA. *(Alto.)* V. siempre me ha favorecido.

SATURNINO. ¡Ah! V. se lo merece.

Tambien es capricho necio *(aparte)*
cuando mis respuestas bordo,
cuando de todo hago aprecio,
dar en hablarme tan recio
como si yo fuera sordo.

(Gritando.) Matabelas. Matabelas.

MATAB. *(Dentro.)* Mande V.

MARTA. *(Aparte.)* ¡Que con tal descaro habló
mi hijo, con tal desatino!
ó en otro se convirtió,
ó quien el vino bebió
fué sin duda Saturnino.

ESCENA VI.

MATABELAS. DICHOS.

SATURNINO. Cuidado con la puerta y la casa. Yo pronto volveré. Si por una casualidad viniese el asno entre tanto... No debe venir hasta mañana, pero bueno es prevenirlo... Si viene, le dices que me he llegado al pueblo á acompañar á la madre de ese chico que ha estado aquí.

MATAB. De modo, tio Saturnino, que... si V. me dijera qué chico es el que ha estado aqui.

SATURNINO. ¿No le has visto?

MATAB. Yo no he visto á nadie, tio Saturnino.

SATURNINO. Es el hijo de la señora Marta, Juanito Lopez.

MATAB. Está bien, tio Saturnino.

SATURNINO. Cuenta con lo dicho, Matabelas.

MATAB. Vaya V. sin aquel, tio Saturnino.

(Vánse Marta y Saturnino.)

ESCENA VII.

MATABELAS.

MATAB. Yo no he querido decir nada al tio Saturnino, porque como estaba ahí la madre de su hijo, y como cada tendero alaba sus agujas, y la mejor palabra es la que está por decir, y como dicen que soy un bárbaro, y como pueden tener razon, yo no queria soltar una barbaridad. Ello, la moza jura y perjura que allí no ha entrado vicho viviente sino él. Voy á dar un vistazo por allá arriba, á ver.... si no parecen, ciertos son los toros. Y entonces si le atrapo, ya le contaré yo un cuento al tal Juanito *(Éntrase en la casa y cierra)*.

ESCENA VIII.

JUANITO.

JUAN. Esta es la casa de don Eugenio; un cuarto de legua me falta para llegar á la mia. El rato que he venido á caballo me ha servido de mucho. Ya me siento con mas ánimo. Y luego la alegría que me ha causado el hallazgo de mi estuche. Sin duda Tomas lo cogió, y lo ha perdido al pasar por aqui. ¿Si encontraré tambien el látigo? Miremos.

ESCENA IX.

MATABELAS. JUANITO.

MATAB. *(asomado á una ventana.)* Ese muchacho que anda rondando la casa... ¿Cuánto vá que es él? *(Quítase de la ventana.)*

JUAN. No parece: si le hubiese encontrado, llamaba aquí, se lo presentaba á D. Eugenio, y tal vez... Pero; qué! ¿habia de verme en este trage? ¿Le habia de contar lo que me ha pasado? No, no, á mi madre sí, todo se lo diré, todo sin faltar un ápice á la verdad, mas que me mate á golpes: bien merecido lo tengo. No me volverá á suceder el desobedecerla, no.

(Sale Matabelas con un látigo.)

MATABELAS. ¿A dónde vas muchacho? ¿Cómo te llamas? ¿Te llamas tú Juanillo?...

JUAN. Juanito Lopez, pa servir á V.

MATABELAS. Para servir al demonio. *(Le ase.)* Tú eres el que yo buscaba, picaron, canalla.

JUAN. ¿Qué dice V.? Suélteme V.

MATABELAS. ¿Soltar? Cuando yo te suelte cada pedazo te se ha de ir por su lado. Ladron.

JUAN. ¡Ladron á mí! V. falta á la verdad.

MATABELAS. ¿Quieres que te ahogue? ¡Bribonazo! Mira si restituyes al momento lo que has cogido: si no, te ahorco de una reja.

JUAN. Pero por Dios, por la Virgen, si yo no he cogido nada á nadie. ¡Ah! ¿lo dice V. por la chaqueta y el sombrero que llevo? Es verdad que no son mios, pero...

MATABELAS. ¿Con que esa mas? ¿con que has robado tambien esas prendas?

JUAN. Yo no las he robado.

MATABELAS. Mira si me entregas corriendo el cubierto, porque si no te voy á poner hecho un san Bartolomé.

JUAN. Yo no tengo tal cosa, yo no he robado nada.

MATABELAS. ¿Con que no?

JUAN. No señor, no señor, es mentira.

MATABELAS. Pícaro. *(Le dá de latigazos.)*

JUAN. Ay Dios mio. ¡Ay madre mia! favor! Por Dios, por Dios... Si yo no tengo eso.

MATABELAS. ¡Ratero! restituye ó te mato.

JUANITO. ¿No hay quien me socorra? Que me mata este hombre.

ESCENA X.

D. EUGENIO. DICHOS.

EUGENIO. ¿Qué es esto? ¿que sucede aquí?

JUANITO. Señor D. Eugenio, socórrame V.

EUGENIO. En un momento que he faltado ¿ya ha habido aquí un escándalo? Mucho me alegro de haber anticipado la vuelta. ¿Cómo te atreves á maltratar á un niño?

MATABELAS. ¡El niño y su alma! ¿Sabe V. nuestro amo lo que ha hecho? Robarle á V. un cubierto de plata.

JUANITO. Es falso.

EUGENIO. ¿Cuándo ha podido hacer eso? ¿Cuándo ha entrado en casa?

MATABELAS. Ahora, hace poco: le trajo aqui el tio Saturnino.

JUANITO. Es falso.

MATABELAS. Le dió muy bien de merendar, y le ha pagado el obsequio de ese modo.

JUANITO. Falso; yo no he puesto los pies en esta casa.

MATABELAS. ¡Jesus! qué muchacho tan desvergonzado! Negará que hay Dios, vamos. Pero si es imposible que... Yo juraria que aun tiene el robo en el bolsillo.

JUANITO. Bien fácil es de ver. Yo no tengo en mis bolsillos mas que esto. *(Saca el estuche que le dió D. Eugenio: Matabelas se lo arrebata de las manos.)*

MATABELAS. Eso es de casa tambien: yo he visto de esas cosas en su cuarto de V.

EUGENIO. *(Severamente.)* Ese estuche se lo he dado yo.

MATABELAS. Pues mucho pesa... y aqui dentro... *(Le desata y abre.)* ¿Qué decia yo? Mire V. aquí el tenedor y la cuchara.

JUANITO. ¡Virgen santísima! *(Aterrado.)*

MATABELAS. Ahí está, no falla: mire V. la cifra. Pero todavia falta el cuchillo.

EUGENIO. ¿Que responde V. á esto, Juanito?

JUANITO. ¡Dios poderoso!

EUGENIO. ¿Nada dice V. para disculparse?

JUANITO *(llorando.)* ¿Y qué he de decir yo, si es imposible que me pueda justificar?

EUGENIO. Luego confiesa V. que...

JUANITO. No señor, yo no confieso nada: mentiria si confesase tal cosa. La verdad es, señor D. Eugenio, que yo no he entrado en su casa de V., ni sé quién es el tio Saturnino, ni sabia si V. tiene cubiertos de plata, ni nadie me ha dado de merendar.

MATABELAS. El chico es una alhaja. Con que...

EUGENIO. Dígame V. primero ¿cómo es que se halla V. aquí? Cuando yo ví á V. en su casa no creo que tuviese V. intencion de hacerme una visita.

JUANITO. Desde entonces ni he hecho ni me ha sucedido cosa buena. Me dijo mi madre que no me apartase de la casa ni me acompañase con un muchacho con quien suelo jugar: vino él á buscarme, ví que V. se habia dejado allí aquel látigo tan hermoso, quise venir á traérselo á V...

EUGENIO. ¡Y desobedeció V. á su madre! Bravo!

JUANITO *(sollozando.)* Sí, señor. En lugar de venirnos aquí en derechura nos fuimos al monte, vimos un lobo, yo huí, mi compañero se subió á un árbol y no le he vuelto á ver. Con el susto me dejé olvidado el látigo y un pañuelo en que tenia ese estuche.

MATABELAS. ¡Jesus cómo las enreda!

EUGENIO. Calla tú. Pero ¿cómo, dónde le ha vuelto V. á recobrar?

JUANITO. Aquí mismo... ahí delante de la valla. Yo acababa de separarme de un gallego que me encontró en el monte sin poder dar un paso, y que no quiso traerme hasta aquí si no trocaba con él de chaqueta y sombrero; y al acercarme á esta casa, reparé que estaba en el suelo mi estuche.

EUGENIO. ¿Quién puede haberle traido aquí?

JUANITO. Eso, Dios lo sabrá... yo no quiero acusar á nadie.

MATABELAS. Ya viene quien desenredará la madeja: el tio Saturnino.

JUANITO. ¡Y mi madre! ¿Dónde me esconderé?

ESCENA XI.

MARTA, SATURNINO, UN MOZO. DICHOS.

MARTA. ¡Ah! ya le veo, ya respiro. Hijo de mi corazon. *(Va á abrazarle, Juan lo resiste)*.

JUANITO. No me toque V., que dicen aqui cosas de mí.

SATURNINO. ¿Con que es este? Por supuesto que sí. Este sí que se parece á Manuel. Purico, purico á su padre.

MARTA. Disimule V., señor don Eugenio, si he faltado al pronto á las atenciones que merecia su presencia de V.

SATURNINO. Si ya decia yo que era imposible que aquel tunante tuviese sangre de un hombre de bien. Mire V., nuestro amo, yo que á pesar de mi sagacidad, me dejo engañar por el chico del herrero, le doy una merienda opípara, creyendo que era el hijo de la señora Marta, y el maldito se me bebe una botella de vino, se emborracha y se lleva este cuchillo de la mesa. *(Mostrándole)*.

JUANITO. ¡Ay madre! ahora sí que la abrazo á V.

MARTA. Pues ¿qué es esto?

MATABELAS. Toma, que yo... *(aparte)* vaya, pues la he hecho buena.

EUGENIO. Silencio.

MARTA. Pero, señor...

EUGENIO. No es nada: que su hijo de V. ha sido equivocado con otro.

JUANITO. Pues, nada mas que eso, pero ya está conocida la equivocacion.

SATURNINO. Crea V., nuestro amo, que cualquiera se hubiese engañado como yo. Dió tantas señas... el látigo de V., un estuche...

JUANITO *(á Matabelas)*. ¿Vé V. cómo yo decia bien? Tomás lo recogeria en el monte.

MATABELAS *(á parte)*. Quedo convencido de que soy un animal. ¡Pobre muchacho! ¡cómo le he puesto!

EUGENIO. ¿Y de quién han sabido Vds.?...

MARTA. De este mozo, que de órden del tio Saturnino ha llevado á Tomás al pueblo. Antes de llegar á él se halló el muchacho en tal estado de embriaguez que perdió todo conocimiento: el mozo preguntó, le dirigieron á casa del herrero, y al acostar al chico le encontraron un cuchillo que el mozo conoció al instante. Nosotros le hemos hallado en el camino y volvíamos en busca de mi hijo, á quien ya que ha cesado la inquietud en que me tenia, quiero llevarme á casa para castigarle severamente por una travesura tan peligrosa y para saber la causa de esa mudanza de vestido.

EUGENIO. Ha sido un trueque forzoso en que no ha ganado.

MARTA. El lo pagará: en vez de una chaqueta nueva tendrá por mucho tiempo que contentarse con ese andrajo.

EUGENIO. El castigo de Juanito me toca á mí. Hoy le he prometido mi proteccion si continuaba siendo sumiso á su madre, y hoy mismo la ha desobedecido gravemente. Para que conozca lo que se ha espuesto á perder, suspendo por un año el cumplimiento de mi oferta, puesto que fué condicional, y si en este tiempo vuelve á reincidir le abandono para siempre.

MARTA. Ese es el mayor castigo que podias sufrir, y por desgracia tengo que confesar que es justo.

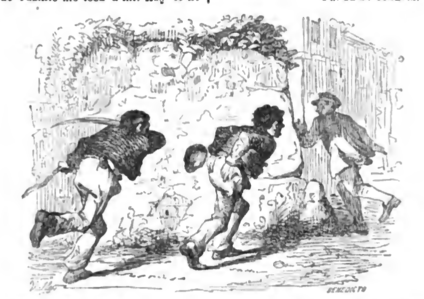
JUANITO. Y yo lo conozco tambien, y le pido á V. mil perdones del disgusto que le he causado, madre mia; será el último. Verá V., señor don Eugenio, cómo sé hacerme acreedor á que V. me quiera siempre.

EUGENIO. Pues bien: de aquí á un año veremos: entre tanto no hago nada por V. Tengo esperanza de que cumpla su promesa porque la leccion de hoy ha sido un poco dura.

JUANITO. ¡Caramba si ha sido!

Espuesto á ser devorado
por una fiera me vi,
y en aquel apuro fui
de un amigo abandonado.
De mis galas despojado
me pilla un hombre inclemente,
y aunque equivocadamente,
zurrado de firme soy.
¡Bien escarmentado estoy
de haber sido inobediente!

FIN DE LA COMEDIA.



NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

LEYENDA.

VI.

Aquella misma tarde partió Hernando á incorporarse con otros muchos caballeros que bajo el mando del conde de Castañeda habian salido el dia antes á Jaen contra los moros del vecino reino de Granada.

La noche que el conde entró en aquella ciudad, recibió aviso de cómo los moros habian salido de Alhama con muchos caballeros y peones, y poco despues supo que habian echado corredores para talar el campo de los cristianos. En vista de estos sucesos determinó salir á la mañana siguiente para contener la tala, y para presentarse con el grueso de su hueste ante las fuerzas reunidas del moro, con el fin de darle una batalla decisiva.

Con este doble intento salia de la ciudad en el instante mismo que Hernando abordaba sus muros, de modo que fácilmente pudo éste incorporarse á los demás caballeros sin que la mayor parte de ellos entendiese que hasta aquel punto no se les habia unido.

En cuanto la hueste se hubo alejado de Jaen como media jornada, mandó el conde que saliesen de esploradores hasta cuarenta ginetes, que él mismo quiso elegir de entre los mas resueltos; para lo cual metióse dentro de las filas, y departió sucesivamente con varios caballeros para saber por lo que con ellos hablase, en cuál debia fiar mas principalmente el comienzo de su empresa.

Recorriendo asi varias escuadras, acertó á pasar junto á Hernando, que por llevar levantada la visera mostraba al descubierto su triste y varonil semblante. El árabe asaltado de improviso por el tigre en su propio aduar, no se estremece con terror tan profundo como sintió el conde al ver ante sí la melancólica figura del que juzgaba no solo muerto al golpe de su daga, sino tragado por las aguas del Guadalquivir, y siendo ya pasto á los peces de la mar vecina. Estremecíale como un remordimiento la profunda mirada con que los ojos de Hernando parecian provocarle á nuevas venganzas, y acaso el terror le habria hecho abandonar el puesto sin pararse en mas averiguaciones, si agitando la muerta llama de sus celos una idea que le asaltó de repente, no hubiera sentido sustituir al terror de su espíritu los ímpetus de la mas rabiosa ira.

Pensó si la mano que habia salvado á su rival de la muerte, podria tambien haber salvado á su esposa, y en ese caso, él mismo habia juntado en vida para consumar su deshonra por su propia mano á los que juzgó haber unido en la muerte para saciar su venganza. Acosado asi por el confuso tropel de varios pensamientos y pasiones como le agitaban, decidióse á marchar al lado de Hernando, y abordóle en efecto, preguntándole en voz baja, cuando ya sintió chocar los estribos de su montura con los de la de aquel:

—¿Quién sois vos, caballero, que no he tenido la honra de veros hasta ahora entre los mios?

—¿Quién soy, me preguntais, conde de Castañeda? Me preguntais quién soy despues de haberme visto, y cuando os veo yo palidecer ante mi presencia, y siento crugir vuestra armadura con el temblor de vuestro cuerpo? Yo soy vuestro cuerpo. Yo soy vuestra conciencia, que os sigue inexorable desde que osásteis injuriar la castidad y atentar contra la vida de la mas bella y la mas infeliz de las mujeres.

—Pero, decidme: esos ojos con que me mirais, y esa voz con que me estais hablando son de un hombre, que vive con su vida mortal...

—Creiais habérmela quitado, por ventura?

—Ira de Dios! caballero: si una vez he podido errar el golpe, yo os juro que no le erraré la segunda... Yo habia querido mataros en la Algaba, como caballero, hasta que ví que asaltábais como ladron el honor de mi casa... Ahora que vuelvo á hallaros, vuelvo otra vez á consentiros que cruceis vuestra espada con la mia, y quiero que sea al instante. Venid conmigo: nos apartaremos un buen trecho de la hueste, y ante la presencia de Dios realizaremos ahora el combate, que vos sabeis por qué antes no se ha realizado; venid pues...

—Sosegáos, buen conde, sosegáos, y enfrenad un poco esa ira para que Dios os perdone las culpas de que ya sois reo...

—Vais á predicarme alguna plática? O es el miedo quien os hace tan cartujo?

—El miedo! me ampara un poder demasiado escelso para que yo pueda temer á ningun mortal. No, conde; no puedo temeros á vos, porque no puedo temer la muerte...

—Parece, sin embargo, que la esquivais con empeño...

—Callad: antes que se hunda en los mares el sol que nos alumbra, habré dado ya al juez eterno cuentas, que no quiero daros á vos ahora. Nombradme para salir con los esploradores que pensais mandar al campo enemigo, y yo os juro que no volveré...

—Jurádmelo.

—No necesita jurar un caballero: yo os digo que moriré antes que el presente dia. Si creeis que realmente os he ofendido, tomad mi muerte como espiacion de mi culpa, y si no lo creeis, rogad á Dios que os perdone haber deseado matarme.

A cada una de estas últimas frases de Hernando, mirábale y escuchábale el conde con creciente sorpresa, y á pesar suyo sentia irse debilitando su cólera y convirtiéndose en una especie de oculto respeto á quien tan triste y mesuradamente respondia á sus provocaciones.

En esto, la hueste se habia metido en una estrecha senda limitada por espesos matorrales y á trechos interrumpida por gruesos peñascos que dificultaban no poco la marcha de los peones, y casi imposibilitaba la de los caballeros. Temeroso el conde de que la noche los sorprendiese en posicion tan desventajosa, mandó hacer alto antes de intrincarse en lo mas hondo de la maleza, y dispuso se colocasen vigias sobre algunas de las rocas inmediatas para evitar en todo caso el peligro de una sorpresa.

Pero estaba escrito en el libro eterno que por aquella vez habian de sufrir amargas pruebas los defensores de la Cruz, pues antes de que pudieran ser ejecutadas las tardías prevenciones del conde, y cuando ya el sol iba á ocultarse en su diaria tumba, empezaron á salir como abortados del seno de la tierra multitud de peones y caballeros moros que cayendo de improviso sobre los descuidados cristianos, en un punto los deshicieron, matando á una gran parte, y poniendo en fuga á los que con gran trabajo y no sin haber antes peleado bravamente pudieron escapar con la vida.

El conde de Castañeda, que era valiente y veia su honra tan gravemente comprometida en aquel inesperado trance, empezó á atacar y defenderse como un leon acosado, manteniendo cuerpo á cuerpo multitud de combates parciales que habian costado la vida á cuantos contrarios se le pusieron delante. Fatigado asi por tan repetidos combates, y deseando quizás ya en su desesperacion perder una vida que tan cara iba vendiendo, metióse espada en mano en un grupo de cuatro ó cinco peones que vió avanzar en su busca, y afirmándose en los estribos cuanto pudo, empezó á dar tajos á diestro y siniestro sin curarse de la defensa. De repente sintió vacilar las piernas de su caballo, que atravesados los hijares por una lanza enemiga, cayó en tierra, dando apenas tiempo al ginete para sacar los pies de los estribos, saltar al suelo y arrimarse de espaldas á una peña, desde la cual á pié firme continuó defendiéndose con estraordinaria bravura.

En medio de tan desigual pelea vió ir desapareciendo por entre los matorrales los combatientes de una y otra parte, que empeñados en la refriega habianse ido alejando paulatinamente. Esta circunstancia redobló los esfuerzos del conde, que alentado con la vaga esperanza de poder quizás restaurar la honra perdida, intentó desembarazarse de los peones que le acosaban para salir á auxiliar á los suyos si aun fuese tiempo. La empresa era dificil, porque sus contrarios no perdian terreno, y ya casi sus fuerzas estaban agotadas, cuando sintió cerca de sí el galopar de un caballo, que saltando como una cabra las peñas y matorrales venia hacia él, y en seguida oyó la voz del ginete que le decia:

—Teneos firme, señor conde, que yo voy á socorreros.

El conde conoció la voz de Hernando, quien efectivamente en breve llegó con lanza en ristre y atacó por la espalda á los peones moros, dejando dos de ellos muertos en el suelo, y haciendo huir á los demás.

—Estais en salvo, dijo Hernando al conde: dirigíos por la derecha, pues los enemigos han tomado el rumbo opuesto.

—¿Y cómo hacerlo? replicó el conde mirando á su caballo, que yacia anegado en sangre á pocos pasos de él.

—Tomad mi caballo, le repuso Hernando, apeándose del suyo.

—No puedo consentirlo, caballero: veo que quereis avergonzarme con vuestra generosidad; pero esa fineza os costaria la vida.

—¡La vida! os he dicho que he de perderla antes que muera el dia... y mirad... ya el sol va trasponiendo nuestro horizonte.... Mirad.

Hernando para señalar al occidente, levantó el brazo derecho, y entonces vió el conde ensangrentada su túnica, y reparó en la mortal palidez que bañaba el semblante del caballero....

—¿Estais herido? le preguntó el conde.

—Herido de muerte... Me quedan pocos instantes... Subid á mi caballo, alejaos y dejadme morir. Mirad, mirad el ocaso..

—Caballero... decidme antes de morir... ¿vive mi esposa?... ¿No respondeis?... Ah!

Hernando no podia ya responder. El último rayo del sol que habia iluminado aquel dia fatal, señaló la hora de su último suspiro. Acababa de comparecer ante el tribunal eterno, donde la madre de misericordia le esperaba para interceder por él. *(Se concluirá.)*

La fuente de la Alcachofa en Madrid.

Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, num. 4.



VIAGE A LA NUEVA GRANADA.

(Conclusion).

Tres horas despues llegamos á una montaña, desde donde se descubria la aldea, y hasta entonces no habia visto pájaros cotingas que nos hubieran podido servir de alimento, revoloteando únicamente los pájaros moscas por delante de nosotros. Ya no nos faltaba mas que una cuesta muy pendiente que bajar para entrar en el pueblo, en donde efectivamente entramos y ví á mi derecha un especie de cobertizo que me dijeron era la iglesia: luego habia una plaza y en medio de ella una cruz. El cura estaba descansando delante de la puerta de su casa en una hamaca, pues que habia llegado á las 11 de la mañana, habiendo pasado la noche en un rancho. Dan este nombre á un especie de barraca que hacen los indios con un foso alrededor para librarse de que el agua les inunde, y para esto los hacen siempre en una pendiente ó cuesta. No hacia mas que tres dias que habia salido de Pasto y tenia suma necesidad de reposo, porque las cuerdas con que me habian atado los tobillos me los hincharon de tal manera que no podia dar un paso; ademas tenia las piernas en carne viva. Viven en Santiago 250 indios en casas formadas de cañas de bambú sobre las cuales echan tierra: el clima de este pais hace que necesiten un resguardo mayor que en el pais que llaman tierra caliente, y la única pieza que constituye la casa tiene por suelo la dura tierra. En el centro de esta pieza hacen el fuego, rodeándole de algunas piedras que sirven de bancos, y el humo sale por las rendijas del techo. Alrededor de este cuarto hay unas especies de bancos hechos de bambús que sirven de camas á la familia; en un rincon se ven dos palos cruzados que constituyen el dormitorio de las gallinas, y en el otro por lo regular está brincando un mono: el tercero queda reservado para colocar las cerbatanas con las flechas envenenadas; y por último, en el cuarto se ponen los pucheros. Los cerdos se pasean por todas partes, pues que los indios son aficionados á ellos, y dos ó tres perros flacos y mohinos custodian la casa con sus tesoros.

Este pueblo está edificado en una de las mesetas de las cordilleras de los Andes; cultivan el maiz, alimento ordinario de sus habitantes. La caza es únicamente de venados, muy abundantes en aquel pais; matándolos con flechas de 30 centímetros de largo que despiden con sus cerbatanas á mas de 60 pasos de distancia.

Los sábados hacen una procesion los indios de Santiago cantando á coros letrillas compuestas en su lengua primitiva, pero el cura no toma parte en esta ceremonia. Los habitantes nombran tres alcaldes para la administracion del pais. El primero es siempre un anciano, llevando en señal de autoridad un baston de junco con puño de oro.

Siete dias hacia que permanecia en Santiago, y nadie habia querido todavía ir á buscar la maleta que habíamos abandonado en el bosque, siendo el motivo de esta negativa que pesaba 20 libras mas del peso que ellos tienen prefijado como máximun: no teniendo estos hombres necesidades, no trabajan sino cuando la oferta que les hacen les agrada, ó cuando tienen deseos de satisfacer la malhadada pasion de la bebida. Por lo demas el cura me aseguró que seria fácil enviar un hombre de Sebundoy, y aunque todos sabian que la maleta contenia objetos de valor nadie la tocaria.

Salí de Santiago acompañado de don Fernando el 15 de marzo y no puedo comparar la vejetacion de este pais no siendo con la de Coban en la América central: bien es verdad que en los dos paises duran las lluvias 10 meses. A las 5 entramos en Sebundos, pueblo mas populoso que Santiago, y el cura, que vive en una y en otra aldea me condujo á su casa, compuesta de dos cuartos pequeños de tapias de tierra, un taburete de madera, una mesita y una banqueta de bambú que servia de cama, era lo que constituia su menaje. Un hombre vigoroso consintió por fin en ir á buscar mi maleta que la trajo tres dias despues: exigió de mí por este servicio dos hachas, dos cuchillos, un espejo, componiendo todo ello el valor de unos 100 rs.

Los indios de Sutundoy, asi como los de Santiago, hacen

pucheros, escudillas y cubitos de madera, no teniendo otro instrumento para hacerlos que una hacha, llevando á vender estos objetos á Pasto, de donde los cambian por aguardiente y sal.

El 20 de Marzo llegó un jóven oficial de la república, llamado Manuel Carrasquillo, seguido de indios que conducian mercancias. El objeto de su viaje era buscar oro y piedras preciosas, y acordamos con él que no saldriamos de Sebundoy hasta el dia 28. Este dia nuestra escolta, compuesta de 32 indios, se presentó delante del cura para recibir su bendicion, y despues de haber abrazado al bondadoso don Fernando nos pusimos en camino.

No bien habiamos andado 200 pasos de la aldea, pasamos la casa llamada *Chaqueta*, donde daban principio las dificultades, y hasta llegar á Mocoa no teniamos esperanza de encontrar ni un solo habitante. El silencio de estos grandes y magníficos bosques no se interrumpia, sino por los rujidos de los tigres, los chillidos de los monos y papagayos y el silvido de las serpientes que en esta parte se encuentran en gran número, siendo muy raros los condores.

Estando un dia solo en la orilla del Patoyaco con un indio que me servia de criado, persiguiendo un lindísimo pájaro de la familia de los manaquins, desconocido para mí, casi puse el pie en una serpiente de cascabel que se presentaba con malas intenciones para conmigo; pero estaba tan cerca de ella que tuve gran dificultad de moverme sin poner el pie en las ramas que probablemente la hubieran tocado: la prudencia exigió que obrase segun lo habia hecho en circunstancias iguales; cogí al animal por el cuello, se me enroscó al cuerpo, y me oprimió tan fuertemente que me privó de la respiracion; hice señas á un indio para que acudiese á mi socorro, pero en lugar de dirigirse hácia mí, huyó sin que le volviera á ver. Durante un cuarto de hora luché con el animal, que me llevaba precisamente hácia el punto en que habia dejado un frasco con veneno; pude al fin cogerle, y destapándole, derramé algunas gotas en la boca del animal, que al punto murió.

Este veneno tan activo que mata instantáneamente, no es mas que una fuerte infusion de tabaco en aguardiente.

Cuando mis indios vieron que llevaba esta serpiente y supieron el modo con que la habia muerto se sorprendieron maravillosamente; desde este dia me tuvieron un gran respeto; todas las mañanas me pedian la bendicion, y sobrepujó su estimacion de la que tenian á D. Manuel Carrasquillo, quien ciertamente estaba dotado de mas fuerza y energía que yo, pero que aun no habia demostrado su valor.

Sin contratiempo alguno pasamos el 4 de abril el Patoyaco, dirijiéndonos hácia el rio de San Franciscoyaco, delante del cual debiamos acampar nuevamente. Antes de llegar á este rio, tuvimos que atravesar tres montañas tan escarpadas, que nos fué preciso para trepar por ellas hacer tanto uso de las manos como de los pies, haciéndome en esta ocasion enteramente inútiles mis portadores.

En seguida pasamos sucesivamente los rios de Titango, y Ninayaco, haciendo noche unas veces en las grutas naturales y otras en los ranchos construidos de cualquiera manera, sin mas alimento que mazorcas de maiz asadas ó cocidas.

Cuanto mas avanzábamos era mas admirable la naturaleza: encontrábamos árboles y plantas del cenador, cuya magnificencia y hermosura sobrepuja á toda descripcion; ya no veiamos á los condores sino en las alturas, cuando pocos dias antes los teníamos á tiro de fusil, pero los monos los hallamos donde quiera. Encontraron los indios en estos bosques una planta muy parecida á la lechuga, aunque de hojas mas largas y mas estrechas, y si se ha de dar crédito á lo que dicen, estas hojas sin cortezas y condas hacen el efecto de un escelente vomitivo, pero la corteza es solo purgante. Tambien sacaron una especie de leche de una fruta tan dura como el coco y poco mas ó menos del mismo tamaño. Esta leche se parece mucho á la que contienen las cajas de conserva; es muy gruesa y con solo batirla un poco se obtiene una especie de manteca de buen gusto y que puede servir como el aceite, asi es que le dan el nombre de mantecosa, y le produce una clase de palmera llamada *Virus chonta*.

Continuamos nuestro camino lloviendo continuamente; pasamos los rios de Sarayaco y Campuzano; llegamos cerca del Chapacalí y nos vimos en la necesidad de disponer un campamento porque las aguas habian crecido. Veinte y siete dias pasamos delante de este rio, sin poder salir apenas de nuestros ranchos, siendo el mio tan estrecho que tenia que bajarme mucho para entrar en él. Para libertarme de los mosquitos hice una puerta del alambre que tenia destinado para hacer jaulas y poner en ellas á los pajaros-moscas que cogia vivos. Casi todo el tiempo le empleaba en fumar y en sufrir, pues que conocí que mi salud me abandonaba. Asi es que mis salidas eran muy raras y siempre desgraciadas. Una vez uno de mis indios estribero, habiéndose alejado unos cien pasos de mí, le mordió una serpiente en una pierna: cuando llegué junto á él, le hallé inchado y echando espuma por la boca: me fué imposible abrirle los dientes para que tragase el antidoto que yo poseia compuesto de una especie de haba, llamada *Cedron* que se encuentra en las cercanias de Santa Fé de Bogotá. Mucho aumentó nuestra tristeza la muerte de este hombre. Otra vez, persiguiendo á un pájaro-mosca casi en una especie de pozo, cuya boca estaba oculta con malezas, me creí perdido: no hallaba medio alguno de salir de él, pero mi perro ladraba con tal fuerza que fué oido de seis hombres, y vinieron donde estaba, y me ayudaron á salir: me dijeron que era un lazo de que se sirven los salvajes para cojer fieras, aun en el dia, y que se encuentran muchas veces porcion de ellos á muy poca distancia unos de otros.

Luego que decrecieron las aguas continuamos nuestra marcha, y llegamos al gran rio de Mocon, en el que desembocan la mayor parte de los ya citados, á escepcion del de San Franciscoyaco y otro llamado Putinnayo que desaguan en el de las Amazonas, que habiamos pasado en una balsa hecha con varas de Agacie: el interior de estas varas es esponjosa como el corcho, y son muy estimadas por los entomólogos que pueden emplearlas por apresar por medio de ellas los insectos.

Mis indios me enseñaron una clase de junco delgado llamado *floca*, del que sacan un jugo que ellos beben, diciéndome que esta bebida les daba fuerza, y no dejaban de beberla cuando tenian proporcion, pero siempre con moderacion, pues de otro modo enfermaban, y les era suficiente la porcion que pudiera caber en una pequeña copa. El 9 de mayo pasamos sin grandes dificultades el rio Mocoa dividido en cinco brazos.

Mocoa se compone de diez cabañas reunidas, y unas cuarenta de ellas dispersas en los bosques. Sus habitantes se pintan la cara y cuerpo con una materia grasienta encarnada que sacan de un arbusto llamado *achiole*, cuyas hojas son grandes, tiene una corteza espinosa, blanda, de un espesor de casi tres dedos y llena de unas pequeñas semillas negras y cubiertas de gran cantidad de dicha materia, de la que se sirven tambien para sus guisos. El carácter de estos habitantes es dulce, aunque están en contínua comunicacion con bárbaros y antropófagos: viven de pescados, de bananas y de *inca*, escelente grano harinoso: su bebida en los dias de fiesta es la *Chicha*. Carecian en aquellos dias de saladillo de *tapir ó danta* y de javalí que les llevaban los indios de San Diego, pequeña villa situada á algunas jornadas. Hacen un gran comercio con la cera que les llevan los salvajes: la cambian por lo que les es necesario con los vecinos civilizados. En Mocoa se caza mucho con cerbatana y flechas como en Sebundoi, poniendo en las flechas dos clases de veneno vegetal: el uno mata inmediatamente; el otro enerva y hace morir á los pocos instantes, causando vómitos, siendo antidoto para uno y otro veneno la sal: un hombre que tenga sal en la boca, dicen ellos, puede recibir veinte y cinco flechas, sin que le causen mas mal que la picadura. No sucede asi en *Rio-Hacha* en el Oceano Atlántico, en donde los *guayros* emplean un veneno, cuyo antidoto no pude descubrir durante mi permanencia entre aquellos salvajes.

La mayor parte de los indios de Mocoa se hacen seguir de un pájaro *trompetero*: el Agamí ó el *psophia crepitans*, de los naturalistas, que causa un ruido de que toma su nombre: este sonido parece no salir de su pico, sino de la rabadilla, y por esto se le dá el epiteto que forma parte en el nombre latino. Asi que este pájaro advierte la presencia de una serpiente, se aproxima, combate con ella, y muchas veces la mata. Todos los dias el *trompetero* saluda á su amo batiendo las alas. Es de todos los pájaros el que mas se une al hombre.

No dejaré de hacer mencion de muchos árboles que se encuentran en las inmediaciones de Mocoa. Uno que se llama *Caspi toracha* (árbol de la sarna) es de una altura me-

diana, copudo, con hojas grandes y brillantes, verde claro por la parte superior, velludas, melosos por la inferior y de un olor desagrable. Los animales pueden sin peligro comer de estas hojas y dormir cerca del árbol, pero el hombre que se cobija bajo su pérfida sombra, es herido de una fiebre maligna y cubierto de una sarna difícil de curar. Si se queda dormido, ó muere, ó se despierta con las agonías de la muerte, y es notable á ser verdad lo que se me dijo, que el humo de este árbol es un preservativo infalible contra esta misma influencia. Asi, llevando en la mano un tizo á medio encender, puede ponerse cualquiera al lado de este árbol sin peligro.

El Bejuco es una planta de color blanquecino y de espesor de uno ó dos dedos, tan alta como el árbol mas elevado, y algunas veces encorvándose toca á la tierra. Cuentan los indios que cuando una persona pasa cerca de esta planta, se la vé moverse, y que aproximándose mucho, se agita con violencia y algunas veces se desprende un pedazo y sacude con fuerza al viajero.

Salí de Mocoa á fines de mayo, acompañado solamente de doce indios, cargados de efectos y de mercancías, y de otros dos que me servian de criados. Caminaba á pié tranquilamente, sostenido la mayor parte del tiempo por mis indios, admirando á cada paso la belleza y magnificencia de la naturaleza, y las innumerables riquezas que ofrece esta parte de la América. Noté una especie de planta que nace al pié de grandes árboles y que se une á ellos fuertemente, hasta que otra planta de igual especie se une á su vez y la destruye. Se saca de esta planta una resina llena de propiedades muy activas, y que entra en la composicion de varios remedios, segun me digeron mis compañeros. Llegamos á San Diego el 4 de junio, época en que yo pensé morir antes de llegar á la aldea; el calor era escesivo y me arrepentia de haber venido allí, no creyendo poder realizar mi proyecto de volverme á través de tierras ardientes, á Para por la Caqueta y rio de las Amazonas.

Luego se colgó mi hamaca, me eché en ella y me dormí. Al dia siguiente cuando desperté me encontré todo ensangrentado, y creí que hubiese sido sangrado por murciélagos ó vampiros, lo que no habia sucedido á Manuel Carrasquillo que tuvo cuidado de poner una red delante de su ventana. La sangre que derramé, me debelitó hasta el estremo de no poder hablar, y asi aconsejé á mi compañero que no me esperase, y no pensé mas que en volver á ganar las cordilleras de los Andes; dejé por tanto todas las mercancías á Don Manuel Carrasquillo que se separó de mí al tercer dia de nuestra llegada á San Diego.

Estaba muriéndome, cuando llegaron á ofrecerme un pobre niño de diez años en cambio de dos hachas: acepté apresuradamente, y me creí dichoso teniendo á mi lado esta criatura. El niño pertenecia á la nacion de los Albristotes: su padre y su madre habian sido hechos prisioneros por los Mesalles, salvajes antropófagos que habitan en las orillas de Caqueta: los dos primeros habian sido comidos, y el niño cambiado, pues estos bárbaros no se comen á los niños.

La pequeña aldea de San Diego está habitada por mas de cien indios que llevan el cuerpo pintado y desnudo, escepto un ceñidor de cortezas de árbol. Cuando uno de ellos muere, se entierra con el difunto todo cuanto le pertenece; una calabaza con pescado es lo único que le acompaña al otro mundo.

No solo atormentan en las casas de San Diego los mosquitos, los murciélagos, los escorpiones y los cien-pies, sino tambien una mosca microscópica, cuya picadura es venenosa. En los bosques se hallan otros enemigos que temer: los primeros y mas numerosos son los *nignas* y las *garrapatas;* estas son tan numerosas que en menos de cinco minutos se ve uno asaltado por millares. Los otros en el espacio de 24 horas le llenan de huevos. Los ataques de estos molestos insectos se evitan frotándose cada dia con infusion de aguardiente y tabaco.

Y pues que he hablado de insectos no dejaré de mencionar una pequeña araña encarnada, del tamaño de un guisante, que segun dicen, mata en el mismo instante que muerde. Esta araña se encuentra en un pais distante treinta leguas de Guatemala, llamado Eseuintla, en el que me detuve.

Durante mi permanencia en san Diego, los hombres mas inteligentes de la aldea me hablaron de animales estraordinarios y de plantas maravillosas.

Existe entre ellos, decian, una serpiente que llaman la serpiente-perro: su longitud es de dos metros, su grueso la de una vela ordinaria; su cuerpo es rayado, verde y negro; su cabeza grande, con dos orejas de tres dedos de largas; tiene el olfato de perro; sigue á las personas por la noche, y si el viajero hace alto en el bosque, apetece tocarle la piel; basta tener algunas hojas de tabaco para ahuyentar esta serpiente.

En las florestas hay un animal que llaman *Quimza nahuit*, ó tres ojos; es un mono negro del tamaño de una ardilla; el cuerpo esbelto y un poco galgueño; el hocico algo largo; el tercer ojo, que le tiene en medio de la frente, no es verdadero ojo, aunque tiene párpados que abre y cierra: no ve con este ojo privado de pupila, pero le sirve de linterna por la noche, pues abierto le reluce en la obscuridad como una estrella. Este ojo no es otra cosa que una materia carnosa de color amarillo como el huevo duro.

Tambien hay una hormiga de cuatro dedos de grande que se llama *itula:* el aguijon es venenoso, pues su picadura causa una fiebre con un delirio que dura veinte y cuatro horas, y una pequeña serpiente llamada *ishipi*, que no teniendo mas que dos pulgadas de largo, salta y se clava en la cara ó en las manos hasta que se la separa con fuerza, pero no tiene veneno.

Se encuentra en los bosques una planta llamada *pinchera* y comunmente *vergonzosa*. Cuando el hombre se aproxima á ella se acorta, alargándose cuando el hombre se aleja. Las raices de este árbol cocidas en agua, dicen que curan las hérnias.

No debo olvidarme de un árbol grueso y muy elevado, del que se hace un liquido parecido á la leche; basta picar ó cortar su corteza, para que salga el liquido blanco y espeso. Se llama á este árbol *palo de Leche* ó arbol de la leche. Esta, mezclada con la resina del pagucu, forma una buena cera para sellar, y mezclada con la cera y goma copal una brea escelente, de la que usan los salvajes para calafatear sus canoas.

El número de salvajes de esta parte de América asciende á cerca de 56000, divididos en tribus, de las que las mas conocidas tienen los nombres siguientes: Andaguies, Tamas, Huesgues ó Mesales, Coreguaces, Payagaces, Macaguaces, Consaguaces, Bodaques, Guiyoyoes, Aguamingues, Encabelludos. Todas estas tribus tienen una lengua particular, guardando entre sí la mayor parte alguna analogía. Estos salvajes, comprendidos los Huagues, Coreguaces y Huitotes, que son antropófagos, recojen cera blanca que cambian facilmente con sus vecinos que la van á vender á Para. Cultivan tambien el tabaco que es de escelente calidad y sacan de él las mismas ventajas: preparan un veneno vejetal llamado *curare*, veneno muy activo que venden con facilidad: en fin, constantemente tienen provisiones de plumas de pájaros en estremo bonitas con las que adornan las amacas que construyen, y cambian como las demas cosas por hachas, cuchillos, anzuelos y espejos.

Los Huaques ó Mesales son muy laboriosos, reconocen á uno por su capitan y cacique, á quien se presentan cuando tienen un sueño que no pueden desechar, y este gefe les hace una esplicacion de él, en cuya esplicacion creen. Llevan la cabeza adornada de plumas de pájaros y en las narices unas flechas pequeñas: el resto del cuerpo embadurnado de distintos colores. Están en guerra constantemente con los Coreguaces y los Huitotes: se comen los prisioneros, á quienes matan de la manera siguiente: les atan las dos manos, y uno de ellos hace dar vueltas á la víctima, mientras que los otros cantan ¡matemos al Huitote! y en un momento dado le asesinan dándole un golpe en la cabeza con un arma plana de dos piés y medio de largo, puntiaguda y cortante por ambos lados, hecha de madera y hierro: generalmente no necesitan repetir el golpe para dar la muerte; solo á los niños hasta la edad de catorce á quince años se les perdona, pero los guardan como esclavos ó los venden.

La nacion de los Coreguaces, ó Coneguajes tienen costumbres bastante curiosas tocante á los muertos: los parientes del difunto le conducen hasta la mitad de una montaña, y le colocan cerca de un árbol que le da sombra. Cuando ya no queda del cadáver mas que los huesos, los queman, recojiendo las cenizas que las mezclan con la ruta llamada jagua; hacen un licor de color negro, con el que se pintan el rostro y todo el cuerpo, procurando imitar las manchas del tigre, volviendo á casa para bailar y beber la *chicha*, licor que tienen preparado de antemano; y

despues de estos regocijos se olvidan enteramente del difunto, á quien creen haber hecho todos los obsequios posibles.

En estas naciones no se usa la sal, pero en su lugar se sirven de las cenizas de una hoja pequeña, de que siempre tienen grande provision.

La tribu de los andaquies es belicosa y una parte de ella cristiana; recojen estos indios una cera negra con la que hacen velas que van á vender á Timana. Los andaquies tienen en mucho lo que poseen, asi es que cuando uno de ellos muere, su familia y sus enemigos, despues de haber llorado, exhalado fuertes gritos durante doce horas junto al cadáver, le entierran con cuanto poseia. Todas estas naciones están separadas de la poblacion civilizada por las cordilleras de los Andes, que son sus límites al Oeste, al Este el Brasil, el Orinoco al Norte, y el Moco al Sur. Dejé á San Diego á fines de junio acompañado de mi huerfanito y de mi fiel perra, y con la gracia de Dios volví despues de algun tiempo á ver la ciudad de Pasto. *The end.*

APOSTOLES, EVANGELISTAS Y MARTIRES.

Incendio de Roma.—Levantamiento de los judios.

(Conclusion).

Despues de la muerte de Nerva, cuyo reinado duró solo un año, cuatro meses y seis dias, prohibió Trajano las cofradías ó sociedades, con el fin de estinguir asi á los cristianos que continuaban celebrando siempre sus asambleas. En Italia hicieron morir á Flavia Eomitilla la jóven, poniendo fuego á su habitacion, en donde pereció con dos mujeres que se hallaban á su servicio, Euphrosine y Teodora. Algun tiempo antes habia hecho morir á otros cuatro de su servidumbre.

Entre el número de los cristianos que sufrieron el martirio en las persecuciones particulares de aquella época, se halla el obispo de Jerusalen, Simeon, hijo de Clophas y de María, primo hermano de Jesucristo. Habia sido sucesor en aquella sede del apóstol Santiago. Contaba ya la edad de 120 años cuando fué llevado á presencia de Attico, gobernador de la Syria. Soportó durante muchos dias las mayores torturas con una constancia y una paciencia que admiraron á cuantos se hallaban presentes, hasta que al fin espiró clavado en una cruz.

Se puso en su lugar, en la silla que habia ocupado durante mas de 40 años, un judio de nacimiento, llamado Justo; porque un gran número de circuncisos habian abrazado el cristianismo.

Siendo Plinio el jóven gobernador de Bythimi, en donde habia predicado san Pedro la fé, halló un número de cristianos tan considerable en aquella provincia que creyó debia consultar al emperador sobre la conducta que habia de observar con ellos, y habiéndole contestado aquel que no era necesario buscarlos, sino castigar únicamente á los que fuesen denunciados y convictos, esta respuesta proporcionó alguna calma, pero no fué bastante á impedir las persecuciones particulares que se ejercian en cada una de las provincias.

En el año 116 de J.—C. (Trajano, despues de haber vencido á los Dacios, pasó al Oriente, marchando hácia Armenia y contra los Parthos; y como estuviese en Antiochia san Ignacio, á quien llamaban *Teophoro*, obispo de aquella ciudad, temiendo por su iglesia, quiso ser conducido á su presencia. El emperador le interpeló: «Quién eres tú, desgraciado, que desprecias mis órdenes, é inclinas á los demas á su perdicion?» Habiendo dicho san Ignacio su nombre de Teophoro, le preguntó Trajano: «Quién es quien sostiene á Dios? «El santo le respondió: Aquel que tiene á Jesucristo en el corazon.—Tú crees por lo tanto, replicó Trajano, que nosotros no llevamos en el corazon á los dioses que combaten con nosotros contra nuestros enemigos?» Ignacio le dijo: «Os engañais al llamar dioses á los demonios de los gentiles. No hay sino un solo dios que ha hecho el cielo y la tierra y el mar y todo lo que en ellos se contiene; no hay sino un Jesucristo, á cuyo reino aspiro.

«Hablas, observó Trajano, del que fué crucificado bajo Poncio Pilatos?—Aquel, dijo san Ignacio, que crucificó mi pecado con su autor, y que pone toda la malicia del demonio á los pies de los que le llevan en su corazon.—¿Llevas por lo tanto en tí al Crucificado?—Si, respondió, porque está escrito: Habitaré y caminaré en ellos.»

Entonces pronunció Trajano esta sentencia:

Ordenamos que Ignacio, que dice que lleva en si al Crucificado, sea encadenado y conducido á Roma por los soldados, para que lo devoren las bestias en los espectáculos populares.» A estas palabras esclamó el santo lleno de alegría: «Os doy gracias, señor, por haberme honrado con la caridad perfecta hácia vos, para ser cargado de cadenas como vuestro apóstol Pablo.» Y habiendo sido embarcado en Seleucia con tres de sus discípulos, con escolta de diez soldados, llegó á Smirna, en donde vió á san Policarpo, obispo de aquella ciudad, su antiguo amigo (1), y en donde halló diputados de todas las iglesias vecinas, que venian á participar de las gracias de aquel martirio. Cuando llegó cerca de Roma, en donde se habia esparcido el rumor de su próxima llegada, los hermanos cristianos caminaron juntos delante de él llenos de temor y de alegría; regocijábanse del honor de tener entre ellos á aquel santo, é iban afligidos porque sabian que era conducido á la muerte; y él, habiéndolos saludado á todos, les conjuró á que tuviesen para con él una verdadera caridad, no envidiándole la dicha de ir al Señor; y poniéndose de rodillas con ellos, rogó al hijo de Dios por las iglesias, porque cesára la persecucion, y por la mútua caridad de los hermanos; despues fué conducido al anfiteatro, y espuesto á las bestias feroces en presencia de un inmenso concurso del pueblo, el 13 de las calendas de enero, año 107 de J. C. Los osamentos que quedaron en la arena fueron piadosamente recogidos y llevados á Antiochia, en donde se recibieron con el respeto que era debido á las reliquias de tan santo mártir.

Cerca de dos años despues (el 109), sufrió tambien el martirio el papa san Evaristo, porque no cesaba la persecucion.

En el año 115, se revelaron de súbito los judios que se hallaban en Alejandría, en todo el Ejipto y la Cirenáica, sin que dieran cuartel á los romanos ni á los griegos.

Habiendo muerto el emperador Trajano (el año 117), le sucedió, Elio Adriano, su hijo adoptivo. Aquel príncipe, muy adherido á las supersticiones del paganismo, hizo morir en un principio á muchos cristianos, y entre ellos al papa san Alejandro, sucesor de san Evaristo.

Hácia los primeros años de aquel reinado fué cuando se alzaron en Oriente muchos heréticos, los principales de entre los cuales fueron Saturnino y Carpocras. Los discípulos de este último se apropiaron el nombre de *Gnósticos*, que significa sabios ó iluminados; su culto era una mezcla de idolatria y de magia; con las imágenes de Jesucristo, guardaban las de Pitágoras, Platon y Aristóteles y les hacian iguales honores que los paganos á sus ídolos. Y como tomaban el nombre de cristianos, hacian despreciable al cristianismo con las estravagancias que enseñaban, haciéndole ademas odioso con las abominaciones que cometian.

A este tiempo, la rebelion de los judios, comprimida un momento por la fuerza de las armas, habia estallado de nuevo. El emperador acababa de enviar una colonia á Jerusalen para restablecer la ciudad, á la que habia dado el nombre de Elio capitolino, edificando un templo de Júpiter en lugar del Templo de Dios; y los judios no pudiendo soportar el ver que se convirtiese á la ciudad Santa en asilo de la idolatria, volvieron á emprender la lucha en la cual sucumbieron: los unos perecieron por el hierro ó por el hambre; los otros fueron vendidos, y los que no pudieron venderse transportados al Egipto,

Tal fué la manera con que se consumó la dispersion final de los judios.

Muerto Adriano, le sucedió en el imperio Antonino, su hijo adoptivo, de sobrenombre el *Piadoso*, en el año 138. Bajo este reinado hubo tambien un gran número de mártires en todo el imperio; y entre otros, los papas san Telesforo (año 139), san Higinio (año 142), san Pio I (año 157), asi como santa Felicidad y sus siete hijos. Aquella muger, que era de una familia ilustre, al verse citada con ellos ante el prefecto de Roma por órden del emperador, les decia para animarlos: «Mirad hácia lo alto, hijos mios, ved el cielo;

(1) Habian sido á la par discípulos del apostol san Juan.

allí es donde os espera Jesucristo con sus santos; continuad fieles en su amor y combatid por vuestras almas» y todos soportaron la muerte con la mayor firmeza.

Hácia aquel mismo tiempo (año 150) fué cuando san Justino el *Filósofo* compuso su primera apologia de los cristianos, dirigida al emperador.

Quejábase en ella san Justino de que fueran únicamente perseguidos los cristianos, en tanto que se permitian todas las demas religiones, en las cuales se adoraban los árboles, las flores, los cocodrilos y la mayor parte de los animales, y concluia rogando al emperador que no condenase á morir á gentes que no habian hecho mal alguno; «porque os declaramos, añadia que no evitareis el juicio de Dios, si perseverais en vuestra injusticia. Por lo que á nosotros toca diremos: que la voluntad de Dios ha sido cumplida!»

Mas no por eso dejó de continuar la persecucion; porque el emperador, que era por otra parte un escelente príncipe, participaba mucho de las supersticiones del paganismo, y los pontífices idólatras, viendo el descrédito en que poco á poco caia el culto de sus dioses, invocaban contra los cristianos la severidad de las leyes, el poder de los gobernadores y la credulidad del pueblo.

Antonino murió el año 161, dejando el imperio á Marco-Aurelio, su yerno, y á Lucio Vero, su sobrino, ambos sus hijos adoptivos.

Marco-Aurelio tenia cuarenta años, y de él es de quien se dice con razon que, durante el curso de su reinado, se habia verificado el dicho de Platon, *que los pueblos serian felices cuando fuesen filósofos sus reyes*. Aquel príncipe se dedicó con cuidado á organizar el interior de su imperio, de concierto con el senado, y en hacer respetar las fronteras continuamente atacadas por la Germania y por el Oriente. Pero, aun cuando quiso hacer alarde de clemencia, y acostumbró castigar con mucho menos rigor que el de las leyes, no por eso persiguió menos á los cristianos; ya por instigacion de los filósofos que no podian soportar que les escediese hombre alguno en sólida virtud, ya que obrase por sus propios sentimientos, porque se sujetaba á la estricta observancia de la antigua religion de los romanos. La apologia publicada por Athenagoro, dirigida por él á los emperadores hácia el año 166, no tocó su corazon; porque, el año siguiente, hubo muchos mártires en Smirna y en Asia, entre los cuales se cuenta á san Policarpo (1) que gobernaba aquella iglesia hacia cerca de setenta años, habiendo sido puesto allí por el apostol san Juan.

De tal suerte, aquellos principes, á quienes representa la historia como amigos de la humanidad, como delicias de la tierra, se mostraban injustos, crueles y sanguinarios para con los ciudadanos pacíficos, virtuosos, que no invocaban para su defensa sino la pureza de sus costumbres, su desinterés, su piedad hácia Dios, su fidelidad hácia los dueños del imperio, y que soportando con heróica resignacion los suplicios mas ignominiosos, no pronunciaban contra sus verdugos sino palabras de perdon y de paz.

J. B.

(1) Fué quemado vivo en una hoguera.

De la construccion de armas de fuego en Madrid, desde su origen.

Cosa por demas sabida es el aprecio en que se han tenido siempre, y se tienen aun, las escopetas construidas en la época en que ejercian con ventajas esta industria varios artistas madrileños. Tuvo esta su origen en el reinado del emperador Cárlos V, que trajo de Alemania los dos primeros artífices que trabajaron en la Córte, y que fueron los maestros de todos los armeros españoles.

Bien sea por la bondad del hierro de nuestras minas, ó por la destreza de los artífices, ello es que las escopetas de Madrid adquirieron en breve grande fama en Europa. En varios paises se creyó que sus ventajas consistian en el hierro y carbon de España, pero habiendo llevado ambas materias de Madrid, á fin de conseguir iguales resultados, la esperiencia demostró que los cañones construidos con tales elementos no podian resistir las pruebas que los fabricados en Madrid. En tal caso se apeló al recurso de falsificar las marcas de los armeros de Madrid, poniéndolas en las obras que salian de Lieja, Praga, Munich y otros puntos del estrangero; este ejemplo no dejó de tener imitadores entre vizcainos y catalanes, compitiendo asi propios y estraños en la suplantacion de las marcas por el deseo de encontrar comprador, y esponiendo á estos á las consecuencias que pueden seguirse de manejar sin desconfianza una arma que no ofrece toda la seguridad necesaria.

Cuan importante sea conocer con exactitud las marcas legítimas y verdaderas que estamparon en sus obras los arcabuceros de Madrid, se halla demostrado en las indicaciones anteriores, y asi lo comprendieron el autor de un curiosísimo libro, que publicó en 1795 Isidro Soler, arcabucero del Rey, y el público que no tardó en agotarle, hasta el punto de que hoy con mucha dificultad puede hallarse un ejemplar. Esta obrita, doblemente importante como manual del arte de armero, como noticia histórica de este ramo de industria nacional y como indicador indispensable tambien para los cazadores y aficionados á armas de fuego, que pueden comparar las marcas de los cañones con las reproducidas en las láminas que la acompañan, es la que comenzamos á insertar á continuacion y concluiremos en el número siguiente, seguros de que con la reimpresion y con la de las láminas que hemos hecho copiar con toda exactitud, hacemos un obsequio á los aficionados á armas de fuego, y aumentamos una curiosidad mas á las que procuramos reunir en nuestra publicacion.

COMPENDIO HISTORICO DE LOS ARCABUCEROS DE MADRID DESDE SU ORIGEN.

Es el ejercicio de la caza la diversion mas gustosa, útil y entretenida, porque al mismo tiempo que embelesa el alma, haciéndola olvidar de todos los cuidados y afanes de la vida, fortifica y da agilidad al cuerpo por una fatiga moderada, y trae continuamente ocupado el entendimiento en los ardides y estratagemas de la guerra, por cuyas razones ha sido y será siempre el recreo y aun el alivio de los monarcas, príncipes, señores y demas particulares. La variedad de armas que se usaron antiguamente, han cedido poco á poco su lugar al arcabúz ó escopeta, y como en su seno ó cavidad se desenvuelve é inflama la temible actividad de la pólvora, de la seguridad de aquel pende la de las vidas mas interesantes de los reinos.

De esto se infiere cuánta fidelidad y circunspeccion encierra el arte de arcabucero, y cuánto debe la humanidad á los maestros que en sus obras han llegado á unir la hermosura, la solidez y la comodidad, desterrando hasta la sombra misma de la desconfianza. Los arcabuceros de Madrid han sido los únicos que desde su origen han logrado esta singular satisfaccion, conservando constantes á su patria la gloria de no poder igualar á la seguridad de sus escopetas ninguna de cuantas se fabrican en otras partes. Convencidos de esta verdad los potentados y señores estrangeros, hacen vanidad de poseerlas, y los monarcas y príncipes españoles se las regalan como singulares demostraciones de su afecto.

Algunas naciones de las mas respetables de Europa se han empeñado, no pocas veces, en igualar sus cañones en la bondad y crédito con los de Madrid, como se ve en los ejemplares siguientes: Animado un embajador inglés de aquella noble ambicion que los distingue en solicitar la perfeccion de las artes, mandó construir cuatro cañones á los mas famosos arcabuceros de Londres, con las mismas medidas y circunstancias de uno de Madrid, que les presentó para modelo; fabricáronse con todo el cuidado posible, pero ninguno resistió la prueba, quedando todos cuatro reventados, y el madrileño triunfante: recelando el embajador que esta ventaja dimanase del hierro, carbon, etc. hizo se condujesen de Madrid; repitiéronse con menos desconfianza las pruebas, pero quedó igualmente victorioso el español, y desconocida su resistencia, pues aunque por entonces se atribuyó á la influencia del aire, por no deslucir sin duda la reputacion de los maestros ingleses, quedaron estos tan prendados de ella, que solicitaron con esfuerzo se les permitiese estampar sus marcas en el referido cañon, no para darle mayor realce, sino para que quedase autorizada su escelencia por cuatro Arcabuceros de una Nacion á la que todas miran con respecto en el manejo de los metales.

Teniendo presente un comerciante Milanés que en su patria se trabajaba el hierro con algun primor, en virtud de ciertos secretos que poseian para dulcificarlo, determinó conducir desde Madrid los materiales necesarios para la fábrica de cuatro cañones; pero reflexionando que los ingleses no habian dado en llevar la arena del rio Manzanares, de que usan los arcabuceros de Madrid para el recaldeo, por evitar esta desconfianza la llevó consigo: hiciéronse los cañones en su presencia, pero antes de que se concluyesen conoció, por lo que habia observado en Madrid, que no lograba el intento; con este recelo esperimentó dos con solo media prueba, rebentaron ambos, y se restituyó con los otros á esta córte, para convencer á los dudosos, que los armeros de Madrid no tienen mas ventaja para la escelencia de sus obras que la de su escuela y grande habilidad.

El augusto rey D. Felipe V, en el año de 1710, época en que era arcabucero de S. M. el famoso Nicolás Bis, mandó hacer prueba con seis cañones trabajados en Francia con el mayor esmero, en competencia de otro igual número de los fabricados en Madrid, que quedaron sin lesion, habiendo rebentado los franceses. No dudaba aquel soberano esta resulta, pero la buscó seguramente su justificada benignidad para apoyo de la gracia que concedió entonces á los arcabuceros de Madrid, declarando libre de todo mecanismo su arte liberal, y perdonándoles cierta cantidad que debian al Real erario.

El señor D. Cárlos III (que está en gloria) y sus serenísimos hijos, aunque estaban bien seguros de lo mismo, á fin de convencerse por sus propios ojos del delicado y penoso trabajo de los cañones, tuvieron la bondad de mandar á Salvador Zenarro y á Miguel Zegarra, arcabuceros de S. M. principiar y acabar una escopeta á su real presencia, en cuyos benignos semblantes leian estos artesanos, llenos de regocijo, la admiracion de SS. AA. á cada paso que la obra adelantaba.

Muchos señores estrangeros solicitaron llevar á sus reinos arcabuceros de Madrid, proponiéndoles partidos considerables, tal vez para descubrir, como algunos han sospechado, si padecia variedad la perfeccion de sus obras con la diferencia de climas; pero ninguno lo ha conseguido.

Acaso habrá quien crea que esta resistencia en dichos armeros nace de temor á la decantada variedad; pero la esperiencia de aquellos pocos que precisados á espatriarse, han mantenido en todas partes el mérito y estimacion de sus obras, desvanece esta duda imaginaria: nace, pues, de un verdadero pundonor, y de aquel amor á la patria, que hallándose fortificado con un loable desinterés, encadena al ciudadano honrado dentro de sí mismo, haciéndole mirar con indiferencia, y aun con horror, una fortuna mas brillante en las regiones estrangeras; lo que se ve palpablemente en la moderada suerte de estos arcabuceros, pues á pesar de su habilidad, y de reunir á un tiempo mismo el conocimiento de muchas artes, no aspiran á mayor fortuna, que la de conseguir la confianza de sus soberanos, y la opinion general, en tanto grado, que estando en su mano construir cañones de corto precio, para lograr mayores ventas, desprecian esta ganancia, contentándose con sacar para pasar estrechamente la vida de las pocas obras que se les encargan, sin querer estampar su nombre sino en cañones, cuyo penoso trabajo en consolidar los materiales mas esquisitos, y en darles toda la perfeccion imaginable, los constituye raros y costosos.

No niegan los arcabuceros de Madrid, que hay varios en Europa que saben forjar un cañon de bastante aprecio y hermosura; pero ademas de que nunca padrá igualar la solidez de los fabricados por ellos, se circunscribe por lo comun la habilidad de unos á esto solo, la de otros á construir una llave, y otras piezas separadamente, y como no puede llamarse perfecto arcabucero el que solo sabe forjar un cañon ó una llave, de aquí es, que están muy distantes de poder competir con los de Madrid, no solo en la universalidad, pero ni aun en dar á las piezas que fabriquen el punto de perfeccion y verdaderas reglas que se observan constantemente en las escopetas de Madrid.

Por consecuencia los que hacen éstas, puede decirse sin ensalzarlos demasiado, que esceden á los demas arcabuceros parciales, pues su habilidad se estiende á construir primorosos cuchillos de monte, graciosas bayonetas, frascos de bello gusto, y todo lo perteneciente á la caza de cuantos modos se haya inventado: últimamente, tienen la noble vanidad, de que si no en todos los metales, á lo menos en el hierro llegará su destreza adonde se estienda la de los demas.

Conozco que habrá algunos de estos genios melancólicos, que ciegamente preocupados en favor de los estrangeros, mirarán lo que acabo de referir como una desvanecida exageracion; pero en nombre de mis compañeros me convido á demostrarles esta verdad, siempre que gusten hacer la esperiencia acercándose á algun arcabucero de los completos de Madrid.

Debo tambien confesar en honor de la verdad, que si las escopetas de Madrid logran esta prerogativa, acaso no la deben tanto á la habilidad de sus constructores, como á la bondad del hierro, y al prolijo y estudiado método que desde los principios emplearon los maestros antiguos en trabajarlas, como se verá en los capítulos siguientes.

Forjábanse en Madrid los cañones antiguamente tirando ó alargando un pedazo de hierro nuevo en forma de barra ó plancha, del largo que se queria el cañon; puesto el hierro en este estado, se iba volviendo hasta que llegasen á tocarse las orillas en toda su longitud; pasábase despues á unir y consolidar la juntura, lo que se hacia metiendo dentro del cañon una varilla ó broca de hierro de la mejor calidad que se encontraba, y sobre ella, luego que estaba en disposicion, se golpeaba con el martillo hasta que no se conociese dicha union, debiendo tener el mayor cuidado en no dar ningun golpe sino sobre la broca cuando se caldea, porque de hacerlo, no pegaria el hierro, y quedaria en falso la obra.

Aunque este método de forjar era el comunmente adoptado en toda la Europa, como lo es en el dia con poca diferencia, no tardaron los maestros de Madrid en percibir, que tenia el gravísimo inconveniente de que quedando siempre la veta del hierro á lo largo, era muy dificil consolidar el cañon de modo que opusiese en toda su estension una resistencia igual al ímpetu de la pólvora, y por consiguiente, que dejasen de rebentar muchos al tiempo de probarlos; para precaverlo tomaron el medio de solapar, esto es, cargar una orilla sobre la otra, y efectivamente consiguieron, no solo que á menos golpes de martillo uniese mejor el hierro, sino que tambien contraponiéndose la veta, fuese mucho mayor su resistencia.

Conseguida esta ventaja, quedaba por vencer otra dificultad mucho mas importante, cual era, el evitar la pérdida de todo el cañon cuando se echaba de ver en él algun pedazo de hierro ágrio ó escabroso, pues forjándolo todo de una sola pieza, era imposible separar una parte sin destruir el todo; y como era tan dificil encontrar una barra que tuviese la misma calidad de hierro en toda su estension, para que saliese el cañon igual, segun lo habia demostrado muchas veces la esperiencia, creyeron, que no habia mas arbitrio que el de forjar á trozos de una cuarta poco mas ó menos, los cañones todos, para precaver las contingencias.

Lograron efectivamente por este sencillo medio, no solo la utilidad de poder reemplazar con un trozo bueno al que entre los cinco ó seis de que se compone el cañon se encontraba de mala calidad, sino que tambien la de que solapando muchas veces las uniones, se cruzaban y confundian las vetas del hierro, dejándolo mas unido y compacto; de modo, que no tardaron en conocer las ventajas de este método en la fortaleza de los cañones, y en la mejor construccion de todas sus partes, como precisamente debia suceder; pues ademas de que podian quitar facilmente el trozo que no correspondia á la bondad de los otros, los caldeaban con mucha mayor solidez y perfeccion, ya porque era mas facil manejar un trozo de una cuarta, que el cañon entero; y ya tambien, porque podian dársele todas las caldas que el artífice queria sin recelo alguno, á causa de que tomando cada trozo de por sí, es la broca ó alma que tiene en el medio tan corta, que no hay el peligro de que se rompa y quede metida dentro, como muchas veces sucedia con la larga; de lo cual resultaba, que el maestro mas escrupuloso daba solamente al cañon las caldas que creia suficientes, temiendo siempre las funestas consecuencias de la longitud de la mencionada broca; pero con el método de forjar á trozos se consiguieron ambas ventajas, por cuya razon subsiste hasta hoy, aunque emplean otro hierro, y se valen de otras precauciones.

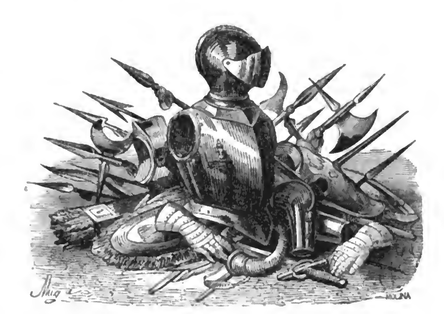
Concluida la operacion de la fragua, se barrenaba el cañon, y para asegurarse despues de su solidez y resistencia lo probaban, echándole dentro una cantidad de pólvo-

ra igual al peso de la bala que recibia, con un taco muy justo y embreado; sobre éste el peso de cuatro balas de perdigon zorrero con otro taco como el primero; cargado el cañon en esta forma le disparaban en un lugar apartado, y si resistia tres veces seguidas la misma prueba, le ponian las marcas, y proseguian en su trabajo hasta la conclusion.

Es verdad, que los cañones forjados en aquellos tiempos eran tan pesados, que ninguno bajaba de cuatro libras y media, y por esto no hay de qué maravillarse, en que teniendo tanto cuerpo, pudiesen resistir unas pruebas de esta naturaleza.

Hasta principios de este siglo se mantuvo el método de forjar los cañones de hierro nuevo, segun dejamos referido; y como á pesar de todas las precauciones que tomaban en buscar y elegir el mejor, se desgraciaban muchos cañones al tiempo de probarlos, conociendo el famoso Nicolás Bis, arcabucero de Felipe V, que este daño nacia mas bien de la mala calidad de la materia, que del modo de manejarla, intentó corregirlo en su origen mismo.

(Se continuará.)



NUESTRA SEÑORA DEL AMPARO.

LEYENDA.

(Conclusion).

VII.

Mohino y avergonzado del mal éxito de su jornada, entraba el conde tres dias despues en el régio alcázar de Sevilla. El rey Enrique IV naturalmente bondadoso, y no muy diligente en las cosas del estado, apenas le mostró pesar alguno, pues antes bien salióle al encuentro con agradable semblante, y tendiéndole una mano amiga, le dijo:

—Perdonadme, buen conde, que os haya puesto en tan grave empeño. Debí pensar que apartaros de vuestra bella y amada esposa, era poneros en el camino de las desventuras... Pero consolaos de vuestra derrota, pues que si no podeis traerme cabezas de moros, en cambio puedo yo devolveros á Doña Leonor tan bella y honrada cual la dejásteis.

Dudaba el conde si eran irónicas ó sinceras las palabras del rey, pues no acertaba á esplicarse ni cómo su esposa vivia, ni cómo se ignoraba en la corte cuanto habia pasado en su quinta de la Algaba. Y sin embargo, era verdad que nada se sabia, pues Doña Leonor ocultando con honrada prudencia los estraordinarios sucesos que por ella habian pasado, hizo creer que la habian libertado de perecer en la inundacion las barcas de pescadores que acudieron á darla oportuno auxilio. El hecho era verosímil, y fué fácilmente creido hasta por el propio conde, que poco despues lo oyó referir á su misma esposa delante del rey y de la reina.

Cuando Doña Leonor hubo brevemente referido su inventada fábula, pidió la reina al conde le contase pormenores de su desastrosa jornada, y éste que por razones particulares no deseaba otra cosa, dirigióse á Doña Leonor, y clavando en ella los ojos como para espiar el efecto que la produjesen sus palabras, la dijo.

—Veo, mi señora, que Dios ha querido salvarnos á los dos de una muerte casi cierta, punto menos que milagrosamente.

—¡Cómo! tambien vos habeis corrido algun riesgo grave? le preguntó Doña Leonor con vivo y sincero interés.

—En la guerra, repuso el conde, siempre se está corriendo grave riesgo, y el de que os hablo, no seria ni mas ni menos estraño que otro cualquiera, si no fuesen un tanto cuanto estraordinarias las circunstancias que me libertaron de él.

—¿Se os apareció algun encantador amigo? preguntó la reina con graciosa donosura.

—Punto menos que eso, señora. Figúrese vuestra alteza que acosado por cinco perros infieles peleaba á pié firme, por haber perdido mi caballo, contra todos ellos, cuando se me apareció como una sombra un caballero de los mios, mató á dos de mis contrarios, puso en fuga á los demas, y en seguida me ofreció su caballo, que es el mismo en que he entrado en Sevilla, y cuya ligereza me salvó de los ginetes morunos.

—¡Notable hazaña! esclamó la reina: fué gran generosidad en vuestro salvador esponerse así por vos, pues es claro que quedándose él á pié, ha debido correr muy graves peligros...

—¡Oh! señora: si él hubiera quedado en peligro, no habria yo aceptado su generosa ayuda....

—¿Pudo quizás guarecerse con tiempo?

Si señora: guarecerse en asilo, donde ya ningun poder humano podrá alcanzarle...

—¿Qué quereis decir? preguntó Doña Leonor, á quien un secreto presentimiento la hacia escuchar ya toda temblando el relato del conde...

—El pobre caballero venia herido de muerte, y poco despues de haber salvado mi vida, perdió la suya en mis brazos.

—¡Oh! Decidnos su nombre, repuso la reina enternecida.

—Si, decidlo, añadió Doña Leonor, para rogar á Dios por él en mis diarias oraciones.

—¡Pobre caballero! continuó el conde, mirando mas de hito en hito á su esposa ¿quién le habia de decir el funesto fin que le aguardaba, cuando vuestra hermosa mano le ceñia pocos dias há la espuela de caballero?

—¿Era Hernando? preguntó la reina.

Pero el conde ni oyó siquiera la pregunta, porque convulso de ira habia tendido los brazos para recoger el cuerpo de su esposa, que poseida de un repentino desmayo habia perdido el sentido. Al verla en tal estado, dispuso la reina se la condujese á una estancia retirada para auxiliarla

inmediatamente, y así se hizo, siguiéndola su esposo, que reprimiendo por entonces sus celosos ímpetus, se esforzó en mostrar todo el interés que pudo para mejor disimular los amortiguados conatos de venganza, que tornaron entonces á fraguarse en su pecho mas ardientes que nunca.

Pocas horas despues se hallaba ya sin testigos el conde á la cabecera del lecho, que apenas restaurada de su parasismo ocupaba doña Leonor, contemplándola cruzado de brazos, y esperando sin duda el momento de que enteramente recobrada pudiese oir las temibles recriminaciones, que la preparaba en su mente.

Cuando este momento hubo llegado, cerró el conde por dentro la puerta de la estancia, y volviendo á cruzarse de brazos ante su mujer, que pálida y desencajada le miraba, la dijo con sardónico acento...

—Me alegro, señora, de saber cuánto es el amor que os debo, pues solo la narracion de los peligros que he corrido, ha estado á punto de quitaros la vida... Es menester que no seais tan estremada en vuestros afectos, señora, porque si no parais en ese camino ¿que será de vos, cuando me hieran ó me maten en alguna batalla?...

—Pediré á Dios que no suceda, replicó la condesa con trémulo y lloroso acento.

—¡Oh! ya sé que sois muy buena cristiana, y que os place rogar á Dios, sobre todo por los muertos...

—¡Por los muertos!... si, señor conde, sobre todo, cuando esos muertos, mientras vivian, salvaban á vuestra esposa de la mas injusta venganza, y os libraban á vos de un remordimiento, de un crimen, que no habríais podido disculpar en el tribunal supremo...

—Es decir, señora, que segun vuestras palabras, no fueron pescadores los que os sacaron de la quinta.

—Ni los que lavaron en mi cuello la sangre que vos habíais derramado...

—Ni los que sin duda os dijeron amorosas ternezas, que vos como agradecida guardais en el fondo del alma...

—¡Ah! callad... no provoqueis mas la cólera divina...

—Callad vos, y no ofendais al Cielo, poniéndolo por testigo para ocultar vuestras liviandades... ¿Por qué habeis ocultado que fué Hernando quien os salvó?...

—Porque creí que á nadie si no á vos debia decirlo.

—Y sin embargo, no lo habríais dicho, estoy muy cierto de ello, si el desmayo que os tiene en ese lecho, no me hubiera revelado mi deshonra.

—Si tal creeis, si tanta es vuestra ceguedad que no puedo conseguir desengañaros, rogaré tambien á Dios que os ilumine y os perdone...

—Basta ya, señora, de invocar á Dios para disculparos: invocadle para que os asista en vuestra última hora, porque la teneis ya muy cercana...

—¿Quereis otra vez atentar contra mi vida?...

—Dentro de dos horas os traeré algun cordial que cure de raiz vuestros desmayos...

—¡Oh! acudiré al rey, le contaré la verdad, esclamó doña Leonor incorporándose en el lecho como para arrojarse de él...

—Entonces, señora, perdereis la vida y la honra, porque os acusaré de adulterio ante su alteza: os lo probaré en juicio, y os haré enterrar viva en lo mas hondo de un cláustro.

—¡Adúltera yo!

—Sí, adúltera...

—Mentís, esclamó entonces un guerrero, que armado de punta en blanco y con visera calada penetró por la puerta de la estancia, dejándola cerrada en pos de sí; mentís, conde de Castañeda, y os lo sostengo con todas armas, en campo abierto, ó aquí mismo si quereis.

El conde oyó este reto del recien llegado tan inopinadamente y sin contestarle, volvió á su esposa, y la dijo.

—Veo crecer el número de vuestros salvadores, y me alegro, señora, de hallarlos tan celosos de vuestro bien que vengan á defenderos á vuestra misma estancia.

—En todas partes se defiende la inocencia, repuso el recien llegado.

—Y en todas partes se castiga la osadía, le replicó el conde, sacando la espada.

Doña Leonor habia vuelto á su anterior parasismo en cuanto vió entrar á su nuevo favorecedor, que sacando tambien el acero, se puso frente á frente del conde, y le dijo con solemne acento

—¡Señor conde! oidme bien antes de cruzar vuestro acero. En nombre de Dios os digo que en vuestro honor no hay mancha ninguna: que vuestra esposa es la mas pura de las mujeres, y que ni aun con el pensamiento os ha ofendido. Si despues de esta declaracion, insistis en reñir conmigo, vos solo respondereis á Dios de tan injusto combate.

La respuesta que dió el ciego conde á tan piadosa intimacion, fué arremeter á su contrario con tanta saña y denuedo que del primer tajo le derribó en el suelo; metiéndole en seguida la espada en el sobaco por la juntura del peto y espaldar. Inmediatamente y sin curarse de sacar la espada que le habia hundido hasta el pomo, le levantó la visera con objeto de reconocerle; pero por mas que sus ojos ansiosos recorrieron la cavidad del morrion, no halló cara ni cabeza. Trémulo de espanto, desató despues las correas del peto, y al separarlo del espaldar, vió con sus propios ojos una armadura hueca, sin contener en su cavidad mas que un paño negro.

Con el cabello erizado, púsose entonces á examinar despacio aquellas piezas de hierro, que acababa de ver moverse como sustentadas por un cuerpo humano, y pronto reconoció ser las mismas con que iba armado Hernando de Santillana, cuando tres dias antes le habia salvado la vida.

El pobre caballero entonces, derramando lágrimas de arrepentimiento, llegó al lecho donde yacia su esposa, y arrodillándose ante ella empezó á pedirla perdon humildemente. Pero ella no le respondia; y el conde, juzgando este silencio castigo de sus sospechas, cogió una mano que pendiente sobre la colcha tenia doña Leonor para regarla con sus lágrimas; pero estas lágrimas tardias heláronse de pronto en su mejilla, sintiendo el frio marmóreo de la mano, que estrechaba, y que era en efecto la mano de un cadáver.

Aquella santa mártir de su virtud acababa de morir sin pronunciar una palabra, sin un gemido, pero con la mente y el corazon puestos en la sagrada Virgen del Amparo, que la habia llamado á su eterno seno en el instante de ver al conde convencido de su inocencia.

Gabino Tejado.



TRAJES DEL SIGLO XIII.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. Un mes 4 rs. tres 20. Un AÑO 36.-Librerias de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Poupart, Villa y la Publicidad, litografias de Pelegrini y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14, Seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la Administracion del Semanario, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerias.

MADRID: Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, núm. 4.



DAOIZ Y VELARDE.

El escelente grupo en mármol, cuya copia tiene á la vista el lector, se admiraba antes en la galería de escultura del Museo de Madrid, y se halla en la actualidad en el Parterre del Retiro.

Está ejecutado en mármol de Carrara, por don Antonio Solá, que tuvo que luchar en su composicion con el inconveniente de los trages contemporáneos, que tan poco se prestan á la nobleza y magestad que pide la escultura. Las figuras están llenas de energía y espresion, y el grupo no carece de magestad y de elegancia.

Cuando á la conclusion de la guerra civil se trató de emprender algunos mejoras en el sitio del Buen Retiro, casi del todo abandonado en su parte pública, pues los pocos jornaleros que se contaban en él, escasamente podian atender á la conservacion de lo mas perentorio, y siendo en 1841 intendente general de la Real casa don Martin de los Heros, se reconoció la necesidad de hacer digna de la córte la posesion del Buen Retiro. A este fin se procedió á la plantacion de árboles y arbustos análogos al terreno, y á la restauracion del Parterre, completamente destruido á la sazon. En el centro se levantó un pedestal con destino á sostener la estátua ecuestre de Felipe IV, que entonces se encontraba en lo reservado del Retiro: mas despues de haberla puesto en el sitio que hoy ocupa en la plaza de Oriente, se pensó colocar en su lugar la de Felipe III, que estaba en los jardines de la Casa de Campo; finalmente, no habiendo tampoco tenido lugar la realizacion de este pensamiento, por haber resuelto colocar dicha estátua en la plaza de la Constitucion, se resolvió aprovechar el pedestal construido en el Parterre para poner el famoso grupo de que nos ocupamos, por mas que el citado pedestal, labrado con distinto objeto, se hallara muy lejos de corresponder, ni por sus proporciones, ni por su forma, al bello grupo que descansa sobre él; hallándose privado de toda su gallardía por la posicion que ocupa en un punto muy elevado, y por la compañía de las estátuas colosales de reyes que se hallan á los lados, y que ni por su tamaño ni por lo que representan se hallan bien en aquel sitio.

Lo mismo puede decirse del grupo de Daoiz y Velarde, quienes en vez de aparecer como defensores de la poblacion, tienen, colocados en aquel sitio y mirando á Madrid en aptitud amenazadora, el aspecto de conquistadores mas bien que de otra cosa.

De la construccion de armas de fuego en Madrid, desde su origen.

(Conclusion).

Habiendo averiguado por esperiencias repetidas, que el hierro de las herraduras de Vizcaya era el mas dulce de toda la Europa, y que por consiguiente debia ser el mas apropósito para construir los cañones, respecto á que lo

agrio y escabroso del nuevo, que hasta entonces se empleaba, era el vicio capital de que adolecian, escogió una porcion de dichas herraduras despues de bien batidas á los pies de los caballos, y forjando un cañon con ellas, no solo consiguió que saliese tan limpio y sólido como lo deseaba, sino que resistió sin la menor alteracion cuantas pruebas se hicieron con él: gozoso con este importante descubrimiento, principió á publicarlo, y aunque los ignorantes ó envidiosos le mormuraron á causa de la novedad que introducia, á todos despreció con discrecion (1), siguiendo su plan constantemente.

Desengañados finalmente los arcabuceros, siguieron las pisadas de Nicolás, comprando cantidad de herraduras viejas, que llevaban á labar de la tierra que tienen pegada, y se introduce en los agujeros de los clavos, al rio Manzanares; cuya precaucion tomaban no solo con este fin, sino principalmente con el de conocer la calidad del hierro, pues hay algunas herraduras, que por no ser vizcainas, le tienen mas agrio y quebradizo, y una sola sobra para inutilizar un cañon entero.

Adoptado desde entonces en Madrid el método de no forjar sino con herraduras, se ejecuta en la forma siguiente: escójense para cada cañon regular dos arrobas de las mejores, y de ellas se hacen cinco partes; la primera debe pesar catorce libras, doce la segunda y las tres restantes ocho cada una; asi divididas, se toma el primer monton, esto es, el que pesa las catorce libras, y metiéndolo en la fragua, se bate y une hasta ponerlo en figura de una pala; pero para cortar y atravesar la beta del hierro, se le da un corte con la tajadera á tres dedos de la punta, y doblando esta parte sobre la otra, se caldea viva y fuertemente; cuya operacion se repite tres ó cuatro veces, caldeando siempre del mismo modo, hasta que el trozo que figuraba pala, quede hecho un ladrillo: es preciso tener gran cuidado de sacudir el trozo cada vez que se dobla, á fin de que caiga la caspilla ó escoria que cria siempre que se calienta: pues si se quedase alguna en medio del doblez al tiempo de unirse ó soldarse, podria tener el cañon resultas muy desagradables: puesto en figura de ladrillo, se dobla en caliente, solapando las orillas, esto es, poniendo la una encima de la otra, y metiendo dentro del hueco una broca ó alma de hierro bien ajustada, con lo cual queda hecho un cañuto ó barquillo, y lo mismo todos los restantes; dispuestos en esta forma, se principia el cañon tomando el primer trozo, quiero decir, el que pesaba en bruto las catorce libras, que debe ser el de la recámara, y metiéndolo en la fragua, se pega á un cañon viejo para manejarlo: despues se ensancha por la punta á manera de embudo el segundo ó de mas peso y se une al primero, y asi los tres restantes sucesivamente, segun la longitud que quiera dársele: bien entendido, que á cada barquillo ó trozo, para que quede perfecto, se le deben dar treinta y dos caldas por lo menos, y de este modo saldrá el cañon de la fragua con toda su figura y ochavas, y del peso de cinco libras poco mas ó menos, pues rara vez llega á seis, respecto á que, para que se logre la solidez y firmeza que se necesita, debe comerse el fuego en la fragua las cuarenta y cuatro libras que faltan para completar las dos arrobas que se juntaron al principiar la operacion; despues de concluido, segun queda dicho en la fragua, entra la barrena y cañas, y luego la lima, con la cual se deja del peso que gusta el que lo mandó hacer, pues algunos los quieren muy ligeros, y otros no; y como esto no es esencial, debe el artífice sujetarse á complacer en ello á los compradores.

Este es el secreto que han descubierto, y conservan los arcabuceros de Madrid, para conseguir que ninguno de cuantos cañones se han probado á competencia con los suyos, les haya escedido en el alcance ni en la resistencia; y la razon por qué los sugetos que los usan y conocen esta ventaja inapreciable, los prefieran á todos los demas; tal es la confianza que ha producido la opinion fundada en la esperiencia de casi todo un siglo.

A fines del siglo quince, y principios del diez y seis, época del nacimiento de los gloriosos príncipes Francisco I de Francia y Carlos V, rey de España y emperador de Alemania, se inventaron los arcabuces ó armas de fuego, y aunque se mantuvo largo tiempo el uso de la ballesta, hizo no obstante progresos tan rápidos el nuevo descubrimiento, que no solo se sirvieron de él en tiempo de paz, sino que lo adoptaron prontamente para la guerra, puesto que en la batalla de Rábena, dada en 1552 por los españoles, habia en su ejército muchos arcabuces; y en la retirada de Rebec en 1524, fué muerto de un tiro el general Bayard; siendo digno de admirar, que apenas se encontrará otra ninguna invencion, por útil é importante que fuese para el género humano, que en menos tiempo haya logrado mas universal aceptacion.

Adoptado su uso en Europa, conociendo Carlos V que la España abundaba de materiales esquisitos, para que prosperasen en ella las fábricas de armas de fuego establecidas ya en Alemania, hizo que pasasen á la corte dos maestros armeros, que sin duda serian los dos mejores de aquel imperio, llamados Simon Marcuarte y Pedro Maese; el primero era mas bien conocido por Simon de Hoces, á causa de que su marca eran dos Hoces: el segundo ponia tres para distinguirse.

Simon Marcuarte enseñó á sus dos hijos Felipe y Simon, los cuales siguieron á su padre en poner las dos hoces por marca, con sus respectivos nombres.

Felipe enseñó á Laguisamo y á Andrés Herraez: el primero se estableció en Sevilla, y puso por marca dos javalies; y el segundo en Cuenca, poniendo por marca una águila, la que estampaba tambien en las espadas que fabricó de bastante estimacion.

A Simon Marcuarte, que fué arcabucero de los señores reyes don Felipe II y III, se debe la invencion de las llaves de patilla, que hoy llamamos á la española; hasta entonces solo se conocian las de rueda, y sin embargo de haber sido apreciable el invento de estas, porque antes de él se disparaban los arcabuces con mecha, sostenidos de una horquilla, mucho mas debe de serlo el de Simon, con el cual se desterraron las de rueda, que sobre ser mas perezosas, no dejaban asegurar tanto los tiros, lo que no sucede con las de patilla; por cuyas ventajas, aunque se han mejorado mucho asi en el pulimiento y ligereza, como en los demas accidentes, jamás se estinguirán en lo sustancial.

Este enseñó cuatro discípulos, tres de los cuales se establecieron en diversas partes del reino, y el cuarto se quedó en Madrid.

Los que salieron han sido Pedro Muñoz, que se situó en Sevilla, y ponia por marca una P. Juan de Metola, fabricante tambien en Sevilla, que ponia su nombre, y Francisco Hernandez, que trabajó en Córdova, y ponia como el antecedente, su nombre por marca.

El que se quedó en Madrid fué Juan Salado, que adelantó bastante, pues ha sido el primero que enderezó los cañones á cuerda, y que puso contramarca, la que era un caballo ademas de su nombre.

De su escuela salieron Pedro Palacios, que se estableció en Soria, y ponia por marca dos P.P. Cristobal de Ricla, que ha sido fabricante en Aragon, y ponia por marca una X., y Juan Sanchez de Mirueña, que habiendo sido llamado de Salamanca á esta córte por el señor infante don Fernando, sobrepujó á todos sus antecesores, y fué el primero que forjó los cañones á trozos; ponia por marca su nombre, y por contramarca un leon.

Su discípulo Gaspar Fernandez, llamado tambien á la córte por órden de dicho señor infante, escedió ventajosamente á su maestro, y sus cañones eran mucho mas estimados que todos los construidos hasta entonces: ha sido bastante general, y fabricaba las llaves de patilla con mas arte que todos sus antecesores. Adelantó lo que ha podido, ayudado de la proteccion del señor infante, que le estimulaba á buscar la perfeccion, y si los actuales se han acercado mas á ella, se debe en parte al espresado Fernandez; ponia su nombre por marca, y por contramarca un caballo.

Este artífice sacó dos discípulos, que fueron Domingo García y Juan Belén.

Domingo García ponia por contramarca un leon con la mano izquierda levantada, los punzones como su maestro, y sin cruz encima, y aunque hizo pocos progresos en el ar-

(1) Para manifestarles cuán satisfecho estaba de su descubrimiento, les contestó diciendo:

Yo, que la sacra diestra
Armé de acero con mi llave maestra,
Fiado en mis aciertos
Del orbe abrí las puertas y los Puertos,
Pues todas las naciones
Admiran el primor de mis cañones
Comprando la hermosura,
Que fué carbon y callos de herradura

te de arcabucero, fué laudable por los temples que daba á los cuchillos de monte, cortaplumas y cañavetes, á los cuales ponia por marca el mismo punzon que á los cañones.

Contemporáneo suyo fué el famoso cuchillero Angel Horbeyra, conocido solo por el Borgoñon, que sin embargo de no haber sido arcabucero, es acreedor á que se haga memoria de él en esta obra por su estraordinaria habilidad: era gallego, y habiendo en su corta edad pasado á la ciudad de Namur en Flandes, aprendió el oficio con tanta perfeccion, que viéndose sin igual en el conocimiento de los temples, volvió á España, puso su tienda en la calle de San Benito, y sus obras son mucho mas estimadas y deseadas que las de Domingo García; ponia por marca una cruz cuadrada, murió en esta córte, y está enterrado en San Martin.

Juan Belén superó con mucho esceso al espresado Gaspar Fernandez, su maestro. Fué nombrado arcabucero del Rey Don Cárlos II en el año de 1684, y murió en el de 91; ponia por contramarca un unicornio mirando á la izquierda, en accion de clavar el asta en un árbol. Sacó los tres discípulos siguientes: Nicolás Bis, Alonso Martinez y Luis Santos.

Nicolás Bis, de nacion aleman, fué nombrado por muerte de su maestro arcabucero de dicho monarca Don Cárlos II en el año de 1691, y continuó sirviendo al Rey Don Felipe V hasta el de 1726, en que falleció. A este artífice se debe el laudable invento de los cañones de callos de herradura, que le hace digno de perpétua memoria, á vista de ser los de esta especie, sin la menor duda, los mas sólidos y apreciables por todas las circunstancias, con la particularidad de que una herradura mala mezclada con las muchas que embebe un cañon, es suficiente para malearlo. La contramarca es un mundo con su cruz, y á los lados dos flores de lis, de las cuales está pendiente una cadena.

Muchos están persuadidos á que este Nicolás vino de Francia de órden del referido monarca don Felipe V.; pero están equivocados, pues ha sido Miguel Montargis, que no hizo obra ninguna, y solo servia de limpiar y cuidar las escopetas en el cuarto del rey, siguiendo á S. M. en las campañas, en donde recibió dos heridas. Disfrutó el sueldo de arcabucero de S. M., que era de cuarenta escudos al mes, de á diez reales de vellon cada uno, que componen 4800 reales annales; sirvió este encargo desde el año de 1 hasta el de 1733, en que falleció.

Alonso Martinez trabajó con mucho primor á competencia con el espresado Bis. Su genio fogoso y altivo no solo le llevó al estremo de forjar un cañon de clavos de herradura (lo que ninguno imitó hasta ahora por el sumo costo é ímprobo trabajo), sino al de marcharse á Portugal, en donde el rey don Juan le nombró para arcabucero suyo; pero viendo que no le probaba aquel pais, pasó á Cataluña, en donde lo prendieron con varios partidarios que tenian pena capital: los condujeron á Barcelona, y puestos en capilla, conocido Martinez por un oficial militar, nombrado Garrido, que estaba de guardia, y le habia tratado en Madrid, dió este parte al capitan general, que lo era el príncipe Pio; y hallándose precisamente este escelentísimo con obras del mismo Martinez, que apreciaba mucho, pesaroso de que semejante habilidad pereciese, le libertó, y mandó fuese á trabajar á casa del arcabucero Pedro Estéban, en donde permaneció hasta que le confirieron la plaza de maestro mayor de armas de Mallorca, en la que murió: sus obras en todas partes fueron de igual mérito y grande estimacion; y si Pedro Esteban fué el mejor artífice de Cataluña, lo debió á Martinez: ponia este por contramarca un perdigueromirando á la derecha, con la mano izquierda levantada.

Luis Santos, aunque ha sido buen arcabucero, como se deduce de el hecho de incluirle en la lista de los de mayor estimacion, no son de tanta sus obras, como la de sus condiscípulos: murió en Madrid en 27 de abril de 1721, puso por contramarca un leon rapante.

Nicolás Bis sacó un solo discípulo, que fué Matías Baeza.

Este ha sido nombrado arcabucero del Rey Don Felipe V en el año de 1739: puso por contramarca un delfin con una estrella en medio de nubes, y dos aves volando.

Alonso Martinez sacó los tres discípulos siguientes: Diego Esquivel, Juan Fernandez y Diego Ventura.

Diego Esquivél fué muy primoroso en sus obras y aun en sus costumbres, pues murió en buena opinion: sucedió su muerte en 26 de enero de 1732: ponia por contramarca un venado en ademan de correr, mirando á la izquierda.

Juan Fernandez fué nombrado arcabucero del rey don Felipe V en el año de 1726: puso por contramarca una águila con un cetro y flor de lis.

Diego Ventura, siendo de edad muy avanzada, fué nombrado arcabucero del rey don Cárlos III (que está en gloria) en el año de 1760, y murió en el de 62: puso por contramarca un perdiguero, como su maestro Martinez.

Luis Santos sacó un discípulo, que fué su hijo Juan Santos.

Los cañones de este artífice no desmerecen en punto á la solidéz, pero la emulacion les hizo decaer de su debido aprecio; puso por contramarca un leon en dos pies, y una flor de lis en la mano derecha.

Matías Baeza sacó los tres discípulos siguientes: Francisco Bis, Ignacio Barcina y Sebastian Santos.

Francisco Bis fué nombrado arcabucero del rey don Felipe V en el año de 1740, y murió en el de 65; este fué hijo de Baeza, y nieto de Nicolás Bis: ponia el apellido de su abuelo por la fama de este; pero para diferenciarse usó la distinta contramarca de dos mundos, con una flor de lis en medio, y una corona encima.

Ignacio Barcina puso por contramarca una águila con dos cabezas, una corona encima, y á los lados el cetro y la espada.

Sebastian Santos fué elegido arcabucero del rey don Fernando VI en el año de 1752, y murió en 62: su contramarca un leon coronado con un mundo y cetro en la mano derecha.

Diego Esquivel sacó un discípulo, que fué Gabriel Algora.

Este ha sido nombrado arcabucero del Rey Don Fernando el VI en 1749, y murió en 64; su contramarca un venado corriendo, y mirando al contrario del que puso en la suya su maestro Esquivel, y en el ángulo superior á la izquierda una A.

Juan Fernandez sacó los discípulos siguientes: Manuel Sutil, José Cano, Joaquin Celaya y José Lopez.

Manuel Sutil, bien digno de este apellido por la sutileza de su ingenio, trabajó en Madrid de arcabucero por algun tiempo, y se trasladó á Astorga, en donde murió. Sus obras tan apreciables como deseadas y buscadas, no padecieron variedad con la mutacion de clima, aguas, etc., cuyo ejemplar, y el referido de Alonso Martinez, son pruebas incontrastables de que en la verdadera maestría de preparar y organizar los cañones consiste solo su bondad. La contramarca de este artífice un leon desgajando una rama sin hojas, y á la parte opuesta un mico con cola dilatada.

José Cano fué nombrado arcabucero honorario, y en propiedad del rey don Felipe V en el año de 1740, y murió en el de 51, sus obras contienen el mérito que su universal estimacion publica, y su habilidad y gusto no se limitaron al arte de arcabucero, segun manifiesta el ejemplar siguiente.

Habiéndose roto al rey una hebilla de un juego de acero, que habian regalado de Francia á S. M. y tenia en mucho aprecio, preguntó á José Cano si podria componerla: respondió este, que no solo prometia componerla, sino tambien hacer unas mejores que las indicadas; y efectivamente presentadas á S. M., quedó tan convencido como lleno de satisfaccion.

Joaquin Celaya ha sido nombrado arcabucero honorario de don Fernando el VI en el año de 1747, y en propiedad en el de 49, y falleció en el de 60; sus obras son dignas de aprecio; la contramarca una águila con flor de lis á la derecha, y un cetro á la izquierda.

José Lopez fué tambien arcabucero de mérito; su contramarca un leon coronado, puestas las dos manos encima de un mundo.

Diego Ventura sacó un discípulo, que fué Benito San Martin.

Las obras de este, aunque merecen estimacion, perdieron bastante por lo que despues se dirá; su contramarca un San Martin partiendo la capa.

Juan Santos sacó al discípulo Francisco Lopez.

Este fué admitido por arcabucero del rey (que está en gloria) don Cárlos III en el año de 1761, y jubilado en el de 73; su habilidad y esmero llegaron á la perfeccion que está publicando el aprecio que merecen sus obras en toda

la Europa; puso por contramarca las armas de Madrid, que son el oso y el madroño (1).

José Cano sacó al discípulo Diego Alvarez.

Este fué nombrado arcabucero del rey don Cárlos III en el año de 1775: su contramarca un castillo con dos banderas, y en ellas dos flores de lis, y una cabeza de leon á la parte superior del castillo.

Joaquin Celaya sacó los discípulos siguientes: Salvador Cenarro, Antonio Gomez y Pedro Ramirez.

Salvador Cenarro fué nombrado arcabucero honorario del rey don Cárlos III en el año de 1761, y en propiedad en el de 62; pidió su jubilacion en el de 92, y murió en el de 93. De su habilidad es ocioso hacer elogio, cuando la está publicando la confianza que mereció á S. M. y sus serenísimos hijos. Ponia por contramarca un leon con un mundo, espada y cetro.

Antonio Gomez fué nombrado arcabucero honorario del espresado monarca don Cárlos III en el año de 61, y en propiedad en el de 62; su contramarca un unicornio.

Pedro Ramirez principió á trabajar muy bien en su oficio de arcabucero; pero lo dejó por habérsele proporcionado destino cómodo y decente. Ponia por contramarca una águila con las alas abiertas.

Tambien fué discípulo de Celaya Agustin Bustindui, aunque no desde sus principios, pues siendo armero en Vizcaya, y conociendo que estaba muy corto en su oficio, vino á Madrid á tomar alguna escuela; púsose á la de Celaya, y sin embargo de haberla tomado poco tiempo, logró por su aplicacion ser el mejor fabricante conocido en aquella provincia, en la que dejó varios discípulos que van progresando, segun lo manifiesta el aprecio que sus cañones merecen por su seguridad y limpieza. Del mismo modo que Bustindui pasaron tambien varios fabricantes de llaves de aquel pais á tomar nociones en Madrid, y efectivamente se acercan cada dia mas á la perfeccion.

Sebastian Santos sacó al discípulo Pedro Fernandez.

Este dejó el oficio, y pasó á la fábrica de espadas de Toledo, donde murió: su contramarca un gallo.

Gabriel de Algora sacó los dos discípulos Agustin Ortiz y Miguel Cegarra.

Agustin Ortiz fué nombrado arcabucero honorario del rey don Cárlos III en el año de 61, y en propiedad en el de 65: murió en el de 71, su contramarca un cisne nadando.

Miguel Cegarra fué nombrado arcabucero del rey don Cárlos III en el año de 1768, en propiedad en el de 71, y murió en el de 1783; su contramarca contiene las armas de Madrid, con una flor de lis á la derecha.

Francisco Lopez sacó los cuatro discípulos siguientes: Francisco Antonio García, Isidro Soler, Francisco Targarona y Gregorio Lopez.

Francisco Antonio García fué nombrado arcabucero del rey nuestro señor don Cárlos IV en el año de 1788, y murió en el de 92; ponia por contramarca una cifra, que quiere decir Madrid, con el oso y dragon á los lados, mirando á una corona que está encima.

Isidro Soler, autor de esta obra, fué nombrado arcabucero del rey nuestro señor don Cárlos IV en el año de 1792 pone por contramarca dos mundos en medio de dos columnas, con corona ducal encima.

Francisco Targarona fué nombrado arcabucero del rey el año de 1792; pone por contramarca las armas de Madrid, y al lado opuesto del oso un dragon en igual postura.

Gregorio Lopez fué nombrado arcabucero del rey en el mismo año de 1792; pone por contramarca las armas de Madrid, con siete estrellas, y una corona encima.

Agustin Ortiz sacó dos discípulos Pedro Fernandez y Cárlos Rodriguez.

Pedro Fernandez ejerce su oficio actualmente en Madrid; pone por contramarca una águila con dos cabezas.

Cárlos Rodriguez, tambien residente en Madrid, pone dos patos nadando.

Miguel Cegarra sacó al discípulo Antonio Navarro.

Antonio Navarro, establecido en Madrid, pone por contramarca un navío.

Diego Alvarez sacó hasta ahora al discípulo Valentin Lopez.

Este reside en Madrid, y pone por contramarca los trofeos de guerra.

Salvador Cenarro sacó cuatro discípulos: Juan de Soto, Cárlos Montargis, Manuel Cantero y Hilario Mateo.

Juan de Soto fué nombrado arcabucero de rey en 1783, pone por contramarca un caballo.

Cárlos Montargis fué nombrado armero de la real armería en 1792, pone por contramarca las armas de esta villa, cinco estrellas, dos palmas á los lados, y una corona ducal (1).

Manuel Cantero, establecido en Madrid, pone por contramarca un leon con espada y cetro, mirando al contrario que el de su maestro Cenarro.

Hilario Mateo pone por contramarca dos leones en ademan de reñir.

Antonio Gomez sacó dos discípulos: Juan Lopez y Ramon Martinez.

Juan Lopez, situado en Madrid, pone por contramarca un perro atravesado por el lomo con una espada.

Ramon Martinez marchó á Indias, y se ignora su paradero, hallándose pocas obras suyas; ponia por contramarca un unicornio con la punta del asta clavada en un árbol.

Isidro Soler ha sacado hasta ahora dos discípulos, Besilio Escalante y su hijo Manuel Soler.

Basilio Escalante trabaja en Madrid, pone por contramarca un castillo con dos escaleras á los lados, y dos banderas encima.

Manuel Soler pone por contramarca dos columnas con el sol encima, y en medio una áncora.

(1) Otro Francisco Lopez ha sido arcabucero en Salamanca, cuyas obras no admiten la menor comparacion con las del anterior; tienen encima de la marca la contramarca, que es un leon de cola muy delgada con las manos levantadas, y corona en la cabeza.

(1) El padre de este, tambien llamado Cárlos, ha sido grabador en Madrid con alguna inteligencia de arcabucero, y su bisabuelo Miguel fué igualmente arcabucero en tiempo de Luis XIV, rey de Francia, lo que prueba la antigüedad de esta familia en el referido arte.

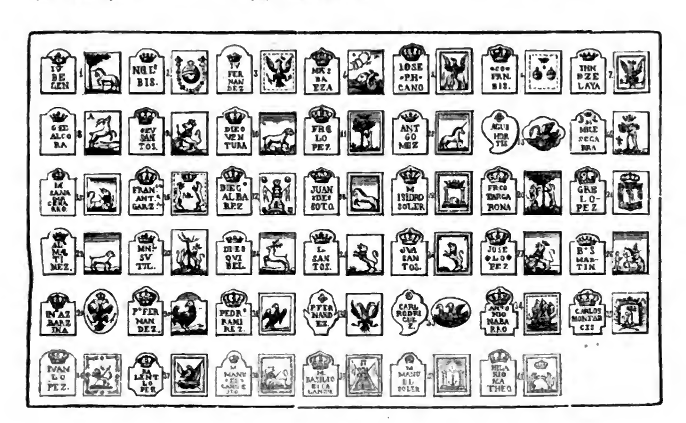
Marcas y contramarcas de los arcabuceros del rey que hubo en Madrid desde 1684 hasta 1795.

(1) Juan Belen.
(2) Nicolás Bis.
(3) Juan Fernadez.
(4) Matias Baeza.
(5) José Cano.
(6) Francisco Bis.
(7) Joaquin de Celaya.
(8) Gabriel Algora.
(9) Sebastian Santos.
(10) Diego Ventura.
(11) Francisco Lopez, reservado.
(12) Antonio Gomez.
(13) Agustin Ortiz.
(14) Miguel Cegarra.
(15) Salvador Cenarro.
(16) Francisco Antonio García.
(17) Diego Alvarez.
(18) Juan de Soto.
(19) Isidro Soler.
(20) Francisco Targarona.
(21) Gregorio Lopez.

Marcas y contramarcas de los arcabuceros de Madrid que no han sido del rey, pero cuyas obras son de merito y estimacion.

(22) Alonso Martinez.
(23) Manuel Sutil.
(24) Diego Esquivel.
(25) Luis Santos.
(26) Juan Santos.
(27) José Lopez.
(28) Benito San Martin.
(29) Ignacio Barcina.
(30) Pedro Fernandez.
(31) Pedro Ramirez.
(32) Pedro Fernandez.
(33) Cárlos Rodriguez.

(34) Antonio Navarro.
(35) Cárlos Montargis.
(36) Juan Lopez.
(37) Valentin Lopez.
(38) Manuel Cantero.
(39) Basilio Escalante.
(40) Manuel Soler.
(41) Hilario Mateo.



LOS PRETESTOS.

Los pretestos, son la hipocresía del interés, del sentimiento, de la necesidad, de la opinion.

En amor son algunas veces encantadores los pretestos; cuando se trata del dinero, suelen ser innobles; en política hay ocasiones en que son terribles.

Las mujeres tienen siempre pretestos que por lo regular no suelen ser otra cosa que caprichos calculados. Un *baño* es casi siempre un pretesto para las mujeres bonitas que salen por la mañana.

La religion es frecuentemente el pretesto de la devocion.

La economía, de ordinario, es el pretesto de la avaricia.

La guerra es muchas veces un pretesto provisto de metralla.

El amor sirve á menudo de pretesto á la galanteria.

La libertad suele llegar á ser con el tiempo el pretesto del despotismo y de la anarquía.

La legalidad misma puede servir de pretesto á la iniquidad.

La diplomacia es el grande arte de esplotar con talento los pretestos de la política.

En el fondo de casi todas las conquistas hay un pretesto.

En las revoluciones de los pueblos hay siempre una causa legítima, un principio, una idea; pero la mayor parte de las revoluciones suelen estribar en un pretesto únicamente.

Bajo pretesto de defender á sus clientes difaman los abogados á sus adversarios.

Bajo el pretesto de que nada cuestan, hay mujeres que arruinan.

Bajo pretesto de favorecernos existen amigos que nos deshonran.

En casos determinados se convierte una mujer en pretesto del egoismo de su marido. ¡Cuándo ha respondido un marido á un amigo: *Es mi mujer la que tiene la llave del dinero!* dejará morir á aquel amigo de hambre por faltarle un real de palta.

Cuando no se tiene derecho á una distincion, á un empleo, á una plaza, se puede llegar á obtenerla con un pretesto.

La cosa mas bella del mundo puede servir de pretesto á las acciones mas infames, chocarreras ó ridículas.

Desdichados nosotros que tantos pretestos ruinosos, para el pais, damos con nuestras civiles disensiones.

EL COMPADRE.

Al promediar la noche y con nublos mas negros que mis pecados, en cierta villa del ojito negro de España, mas tomados del vino que de la cólera, brincaban fronteros dos bravos de pellico marteleño y sombrero entre poniente y levante. El uno lucia en la derecha mano brillante alfiler de Santa-Cruz, y con la siniestra rebozada en los duros pliegues de una *nube* burda de ovanes; estaba al quitar de un guadifeño como del hombro á la mano, que graciosamente manejaba el contrario con mas elegancia y soltura que su péñola los escribas en negocio de rico.

Brincaban, deciamos, haciendo firmas con los pies y eses con el rosario del espinazo, y dirigiendo diestramente las herramientas por el camino mas corto hácia ios ventrículos y demas partes vulnerables de sus corporaturas. Y no tenian ociosa la *sin-hueso*, antes bien acompañaban sus *jabeques*, vueltas y cortes con sendos adverbios y vociferaciones de las mas punzantes y usadas en nuestro idioma.

El eco y retintin de estos coléricos desahogos despertaron á la tia Márgara, á Toña la quinquillera y á Frasca la del escribano, vecinas de aquel solitario arrabalejo, y con ellas, por el mismo reclamo atraidos, comparecieron en el andito de la calleja, mas por contrapuestas vias, dos mo-

zos de un lado y un ternejal del otro, que formaron ringla de batalla favoreciendo al que les tocó por delante. Los dos nuevos de allende venian pertrechados con estacas de nudoso almendro, y el ternejal lucia una *almarada* de regazo dentado y punta tomada de yerbas malignas, tan larga y afilada, que pudiera pasar por aguja de esterero ó por herramienta morisca.

Frente á frente y mano á mano diéronse á reñir los cinco con tanta furia y desentono, que á no ser por la oscuridad de las tinieblas de la noche, pronto fuera el esquinazo teatro de mortandades; pero como la tia Márgara sacase un candil, buscáronse el bulto los mas pegajosos y se tejió la mas rica tarea de linternazos, pases, hurtamientos, *pinjadas, viages*, coces y palabras mayúsculas. Ni las voces de *¡la justicia! ¡la justicia!* que daban Toña y la escribana, ni el candil de la Márgara que vino á caer sobre los combatientes, con su añadido de aceite y pábilo, fueron bastantes á suspender la quimera, que tomó nuevo giro con la aparicion del alcalde y su ministro.

Quisieron estos disolver la asamblea con el uso recomendable de sus bastones de jurisdiccion, que asi eran de encina como hijo yo de mi madre; mas el mulo sobre cojo y tuerto de un ojo respondia con las herraduras, y la gentecilla del reñidero se vino toda sobre el bravo monterilla y su adlátere sin respetar los premáticas de las leyes. Con semejante entuerto aumentóse el griterio, el blasfemar, las resueltas evoluciones, los ayes, el son de los badajazos y paradas. Juraban y maldecian los combatientes, demandaba ¡favor al rey! el alcalde y su alguacil, chillaban la escribana, la Toña, la Márgara y la vecindad en redondo; algarada de piratas argelinos ó sedicion por hambre parecia el caso por lo intrincado, y visos no llevaba de tener fines.

Otra cosa dispusieron los cielos divinos.

Por la encrucijada de lo hondo venia con reposado andar un hombre panzudo, con sus tres *decinueves* de años, que metiendo su abultada persona entre los de la lidia dijo sin alterarse.

—Quede aquí la cosa, que ninguno es mas que ninguno. Guarda Tobalo el limpia-dientes. Recoger vosotros las capas. Limpiate Juilon esa boquera. Y póngase en razon el señor alcalde luego que repare el castoreño.

Obedeció el universo mundo como si mandase el rey en un entremés antiguo; solamente el alcalde repuso con la voz temblorosa del airado.

—Compadre: en la carcel han de dormir por esta vara que el rey me dió.

Los mozos aprestáronse de nuevo.

—Quieto el mundo, que su mercé está en la razon; pero como no hay ley sin privilegio... el caso, pues... basta y sobra que yo me haya entrometido para que el señor alcalde dé su brazo á torcer, y esto quede entre nosotros sin que haya perjuicios de papeles... y... salud.

—Compadre: ni el general Ballesteros con su coluna me corta el revesino de esta prision... V. lo promedia y no se hable mas.

—Muchachos, se acabaron las desazones, que los hombres no se pierden por quitame allá esas pajas. Cada cual á su cueva y sin tropezar en falso: que lo igo yo. Guarda tú ese chisme: andan las cosas de manera que por dos dedos mas en una herramienta echan á un hombre á presidio. Ponte una poca yesca en esa cara. Báñate con aguardiente alcanforado el ojo. Buenas noches, caballeros. Tia Márgara, chiton.

—Compadre quié V. compaña, porque todos... porque pues...

—Volateo solo... al avío.

Sin mas ni mas, disolvióse la hueste y cada cual fué á ponerse bajo el ala de su tejado, y á reparar el daño recibido.

¿Quién era este hombre tan autorizado como obedecido? El Compadre!!! tipo prodigiosamente multiplicado en todo el ámbito del canastillo de flores que llaman Andalucía: amigable componedor en las contiendas, testigo de primacia en los repartimientos y en la adjudicacion de bienes procomunales, delantero con su escopeta en las guerrillas levantadas para defender la independencia nacional, los derechos del lugar ó los depósitos de contrabando, consultor perpétuo en enfermedades de toda laya de animales siquier racionales ó irracionales, asesor en las litis, mayordomo del santo y con mucho boato y decoro, temido y contemplado por gente enamorada de lo ageno, rara vez alcalde, pero dominador del barrio si se esceptúa y aparta su deslenguada esposa.

Sirvió en granaderos provinciales ó en la caballeria, vino al pueblo y nunca se dió á valentias, aunque dicen malas lenguas que trabajaba en el matute de la carne ó del aguardiente y traia sus cargas de la *Plaza*. Trató en este ejercicio con caballistas y gente de camino, tropezó en el lugar y tuvo que largarle una mojada al mozo de mas fachenda: ya se vé, en estos azarosos tiempos los hombres andan de una conformidad que en sintiendo por el pecho media cuarta de acero se caen muertos como alfeñiques. Nuestro hombre se entaramó en la sierra y por envidia de un potro cordovés dieron los carabineros en su seguimiento hasta que lograron poner su carga en pública venta y su persona á la sombra de un calabozo.

Se untó al relator y al abogado, se atestiguó en falso, comió el escribano y el subdelegado, hubo embrollo para dias, y al fin el compadre vino á dar con su cuerpo en Africa.

En la cárcel y entre la gente maleante del presidio, no alzó el gallo, ni tramó pinturas; mas como andaban escasos los intereses y el hombre no es camaleon que del aire se mantiene, reventó de una patada á un negro que cobraba el barato desde tiempo inmemorial en Alucemas y su ruedo, y halló asi algun desahogo. Generoso, eso sí, no se veia miseria por su lado. Cantaba á la guitarra que no hay mas ver, y esto le valió la libertad, pues una hija negruzca y libidinosa del comandante de la plaza dió en escuchar las tonadas plañideras del preso, y luego quiso verle la cara, que era muy bien proporcionada, con ojos ardientes y grandes como tazas. La niña querenciosa y el hombre que atisbó luz de libertad tras de aquel espantajo, hincó el hombro, se dió á perros, hubo lio y nuestro compadre se engalanó con botonadura de plata, caireles morunos y faja tunecí.

Mas habiendo logrado ver prisioneras en su bolsillo de lobo marino tres doradas como tres soles, tomó sin enterar á su Dido la costa de Tarifa y no paró hasta su pueblo, donde vive hace veinte años ayudado de una labor con dos pares que le trajo en dote la comadre.

El compadre es reposado en el andar, en el decir un tanto oriental, y grave en toda la compostura de la persona. Si tose tiemblan los mas renegridos de alma, y si manda los pregonados se entregan. Su casa es el amparo de los pobres.

—Compadre que no hay trabajo.—Que mi mario no tiene trigo para sembrar.—Que el zurdo está desaviao.—Que me han quitado la burra en el rumblar.

—Ve á casa de don N. y que su mercé te dé trigo y un marranillo.—El administrador del duque te pondrá cincuenta pesos en el cortijo de las Albarradas con esta esquela mia.—Toma tú una cuartilla de garbanzos y vé mañana á las heras por la borrica.

Ninguno de estos usías desatiende tales mandatos; de lo contrario, que no asome orejas suyas por el pueblo, ni corte mieses, porque allí están los caballistas cuando menos se piense y habrá talas y rescate.

¿Quiere V. comprar potros? Lleve V. el compadre á la feria y lo mejor del mercado vendrá á sus plantas, como si fuera rey absoluto.—¿Le engañaron en una bestia?—Llame V. al compadre y oirá lo que es bueno.

Se acerca nuestro héroe, recoge al gitano y le dice con accion espresiva y teniendo al frente el cuerpo del delito.

—Este jaco le sirvió á Noé para andar por el barro cuando su mercé salió del arca...

—Compare, mírele V. la dentadura: hombre sí es un angelito, pues no faltaba mas sino que al señor...

—Los dientes están limados y entodavia se puede sacar de ellos un Cristo de cuerpo entero.

—Pero compare ¿no hemos de vivir?

—El señor es un amigo y aquí queda esto.. trae la tordilla murciana... dará seis pesos encima... y tú dale corriente á ese vigolin de murga.

Al pie de la letra como lo dice se hace, y cuidado que el gitano es un temeron.

Hay cantares, reunion y fiesta en casa de la comadre y se aparece como llovido el hijo del duque, ó el sobrino del cura y como el pollo es Lovelace se mete en el haza de patas y quiere soplarle la moza mas garbosa del ruedo á Trigueros, jaque de chapa; pero este no quiere bronquis, porque el compadre es un hombre y se ofenderia su mercé.

Se entera nuestro héroe, y guiñando el ojo canta aquello de

Cuando un probe quiere á una
y un rico se le atraviesa
lo mejor que jase el probe
es romperle la cabeza.

El usía lo entiende y despeja ó viene el mas soberano de los bronquis que vieron los cielos.

Se supone que el pueblo entero le llama compadre con razon, pues ha sacado de pila un niño en cada casa, regalando su gallina para la parida y su mantequelo para lo nacido, por esto como á padre le consultan en sus casos y cosas.

—¿Qué hago, compadre, con estos papeles que me han dado por el pago de la *destruicion* de *paja* y *cilicios?*...

—Guarda esas cartas mas que los mandamientos.

—¿Tomo licencia de escopeta?... las cosas... andan malas y los civiles...

—Llévala siempre con comida de postas en el vientre y á vivir, que las licencias no son mas que sacaliñas.

Pues ¿y relatar una campaña?... Con la boca abierta se quedan viejos y niños.

En fin, es hombre de ingenio claro y de valor mucho, por eso domina y sobresale en esta nuestra sociedad española, que conserva á pesar de pesares como rasgo característico el individualismo de las razas salvajes y nómadas.

J. Jimenez Serrano.

ANTES QUE TE CASES MIRA LO QUE HACES,

PROVERBIO

ó cuento que se parece á una historia.

Juan Anvil nació en Inglaterra, de un padre que tenia muy poco, y de una madre que jamás habia poseido nada. Cuando ya grandecito, empezó vendiendo naranjas de Portugal á un *penique* (1), y tantas vendió, y tanto ganó, y tanto ahorró, que se metió á embrollar en varios comercios, y llegó al fin á ser opulentísimo capitalista.

El padre de Juan Anvil era trapero, y solo dejó á su hijo cuatro pingos por herencia; pero Juan Anvil, ya rico, compró mas trapos, y una máquina, y una casa; y con la casa, la máquina y los trapos, fundó una fábrica de papel, y aumentó su capital, ya muy crecido.

«Poderoso caballero es don dinero», ha dicho Quevedo; pero, antes que lo dijera nuestro ilustre poeta, ya lo sabian los ingleses, por lo que, convencidos de la nobleza de las pesetas, honraron á nuestro héroe con título de *caballero*, lo que le procuró el inefable placer de ser admitido en los salones de la aristocracia, y de prestar algunas cantidades bastante considerables á los Gentlemen mas encopetados de Lóndres, que á porfía le honraban pidiéndole á menudo les adelantase dinero, y no pagándoselo jamás.

Por lo que ya va dicho, habrá adivinado el lector perspicaz que era Juan Anvil hombre de pró; fáltanos añadir que, aunque ya *caballero* por la gracia de sus *schilings*, no por eso se habia envanecido, ni humillaba á los que, menos ricos que él, se hallaban imposibilitados de gastar y triunfar... y llevar peluca empolvada: aunque, si se ha de creer á sus biógrafos, tanto estimaba su título que diz haber un dia puesto un pleito á su tio, al verdadero hermano de su padre, por haberse este buen señor olvidado de poner la palabra *Knight* (2) delante de su apellido en el sobrescrito de una carta que le dirigió.

Sin embargo, debe ser esto una calumnia, pues nos consta que el caballero Anvil sabia vivir con todo el mundo, y que era hombre de gran tono. Verdad es que á veces se rascaba las pantorrillas en medio de un salon, se metia los dedos en las narices hablando con las señoras, plantaba su sombrero sobre la cama de todo el mundo, y que jamás se cortaba las uñas; verdad es que fumaba en pipa por los paseos, bebia vino en las tabernas, y se embriagaba como un simple alguacil, sin desdeñarse de andar á puñetazos con su lacayo; pero aparte estos *defectillos*, era Juan Anvil un caballero cumplido y generoso en estremo, y nos consta que llegó á dar á su ayuda de cámara hasta treinta y dos cuartos de aguinaldo el dia de Navidad.

Mas no obstante su generosidad, sus buenos modales, el mucho dinero que prestaba á los estafadores de alto bordo que le favorecian con su confianza, y su inmensa fortuna, y su título de *Knight*, era el buen Juan Anvil muy infeliz.

—¿Para qué me sirven mi título y mis riquezas? se preguntaba el inquieto caballero. Yo no soy ambicioso, pero soy rico, soy noble, tengo alguna gracia y peluca empolvorada..... ¿Qué me falta para ser feliz? añadia.

Dióse un puñetazo en la frente y esclamó:

—¡God-dam! ¡ya sé lo que me falta!

Y con tono solemne añadió:

—¡Una muger! Eso es, continuó; una muger, una esposa adorada; pues solo cuando la tenga podré decir á mi mayordomo cada vez que venga á turbar mi reposo:

—Pregunta eso *á tu señora;* vé lo que dispone *la señora;* haz lo que guste *la señora*.....

Y prosiguió nadando en su propia vanidad como un ganso en el agua.

—¡Eso sí que me dará tono!.... me voy á casar.

Se asegura que, imbuido en la idea de casarse, pasó el caballero Anvil cerca de tres horas sin beber vino, y mas de dos sin chupar su piporra, lo que en él indicaba un gran trabajo de imaginacion; pero se decidió por fin. Tomó el sombrero; se aliñó la peluca; salió de casa, y se fué á ver á un casamentero de los muchos que hay en Londres, y que, mediante una comisioncilla de 5 por 100, casarán al gallo de la pasion con la burra de Balaán.

Llegó por fin el caballero Anvil al chiribitil que habitaba el casamentero y le habló como sigue:

—«Señor casamentero, me quiero casar. Necesito una mujer que gobierne mi casa y se muera por mi. Búsquemela V., y, cuando la haya encontrado, déme aviso si estoy en Lóndres, y si me hallare ausente espidamela por la via mas corta, bien condicionada, asegurada y con la competente factura de gastos, que pagaré *á la vista*, salvo el caso de averías; caso en que, como se usa entre honrados comerciantes, abonaré una cantidad razonable por indemnizacion y por perjuicios causados, etc., etc.»

Tomó en seguida un polvo en la caja que le presentó abierta el casamentero, arreglóse el peluquin y continuó:

—Yo soy de fácil contentar y no pido para esposa una mujer perfecta; bastará que la que V. me envie sea jóven, bonita, amable, bien criada é instruida, y que en sus venas circule sangre noble.

—Y que lleve buen dote; añadió el casamentero.

—El dote importa poco, replicó hinchándose de orgullo el buen Anvil; harto rico soy yo, lo que me hace falta es una mujer digna de unirse á mi. Asi pues, no se hable mas del asunto y quédese con Dios.

Y diciendo y haciendo, tomó el caballero Anvil su baston, se caló el tricornio y volvió á su casa muy satisfecho de lo que en su mercantil lenguaje llamaba «*una bien planteada operacion.*»

El tercer dia despues de la visita de que acabamos de hablar, se presentó en la antecámara del caballero Anvil uno de esos avechuchos vestidos de negro y asaz mugrientos, que andan siempre revoloteando alrededor de las cárceles, en las vicarías, en los entierros; uno de esos animales que, aunque creados á la imágen de Dios, son mas feos que un demonio; uno de esos bichos con acartulinada y macilenta cara, ojos hundidos, cejas cerdosas, manos garriformes, estatura entre asnal y cigüeñuna; una de esas lepras sociales, que, so pretesto de *agenciar negocios* siembran en las familias pleitos y desolaciones, con el sórdido objeto de chupar algun real.

El ente cuyo retrato precede, se llamaba *Mister Chupon*, y era nada menos que el casamentero á quien el caballero de Anvil habia encargado le buscase una digna compañera de sus dias.

—¿Está el caballero Anvil visible? preguntó *Mister Chupon*.

—Está; le fué respondido por uno de esos enormes bípedos que con título de porteros de estrados se vé todo

(1) Dos cuartos.
(2) Caballero.

gran señor obligado á vestir, calzar, mantener y pagar para dormir, murmurar de todo ser viviente, y fastidiar á todo fiel cristiano que tiene la desgracia de rozarse con ellos.

—Pues bien, continuó *Mister Chupon* con ufana voz, pase V. recado á su señor y dígale que desea hablarle *Mister Chupon* su agente de bodas, entierros, bautizos y otros negocios de la misma moralidad, con privilegio del señor constable de policía.

—Que pase adelante, gritó el caballero Anvil que desde su gabinete habia oido la voz del mencionado avestruz.

—Y bien ¿qué hay de nuevo? preguntó el enriquecido trapero.

—Hay, escelentísimo señor, que he descubierto un verdadero tesoro, una mina inagotable de felicidad, un encanto de muger:

—¿Bonita? preguntó el caballero relamiéndose los labios.

—Como un saco de doblones! respondió el agente.

—¿Amable? continuó preguntando Anvil.

—Como un pleito ganado, replicó *Mister Chupon*.

Regodeose el buen caballero á manera de pavo que hace la rueda y añadió.

—¡Supongo que será noble!

—¡Noble! esclamó el corredor de himeneos alargándosele al mismo tiempo la cara mas de seis pulgadas; ¡noble! es nada menos que hija de una camarera de la esposa del ayuda de cámara de uno de los descendientes del rey Arturo. Verdad es, añadió el oficioso agente, que su nobleza es femenina; pero eso es mejor que si fuera masculina, puesto que siempre puede asegurarse que la madre es.... la madre....

—Basta, dijo gravemente el buen caballero Anvil; hablemos de la escritura matrimonial.

—La escritura matrimonial es lo de menos, monseñor, replicó el alagartado agente; eso de la escritura es negocio mio; y si vuecencia se dignase concederme un momento de audiencia, pudiera leer á vuecencia el borrador que he redactado inspirado por los modestos deseos de su respetable futura esposa.

—Veamos ese borrador.

Calóse *Mister Chupon* las gafas, sacó del bolsillo de su mugrienta casaca un legajo de papeles y, con voz entre grave y gangosa, empezó la lectura del borrador susodicho en los términos siguientes:

Ante nos, infrascrito y testigos, comparecieron el caballero de *En-Ville*.....

—Perdone V. señor infrascrito, interrumpió el futuro, yo no me llamo *En-Ville* sino Anvil.

—Eso bien puede ser repuso el agente; pero *Miss Pride* (1) desea cambie vuecencia su nombre de Anvil por el de *En-Ville*, siendo esta última apelacion francesa y, por consecuencia mucho mas elegante que un nombre nacional.

—¡Ah! siendo esa la causa, prosiga V. leyendo.

Y el rapaz avestruz continuó:

—Comparecieron el caballero de *En-Ville*, propietario y del comercio de esta noble ciudad de Londres y en la cual tiene su morada, Hanover Square.

—¡Pero hombre ó demonio! esclamó impacientado el caballero Anvil; ¿qué está V. diciendo? Yo no vivo en Londres ni quiero vivir en semejante Babilonia.

—Ya lo sé, contestó con mas calma que un prior de carmelitas, el agente matrimonial, y añadió: *Mis Pride* exige que venga V. S. á vivir á la córte, en Hanover Square, por ser esta última plaza el solo barrio de la Gran Bretaña digno de albergar á su noble descendencia y al esposo que ella escoja.

—¡Ah!... Si para obrar como noble se necesita habitar en Hanover Square, prosiga V.

Y continuó leyendo el corredor de himeneos.

—En Hanover Square, y *Miss Pride* cuarta hija legítima del honorable Adam *Pride* y de Sarah *Pride*, ex-camarera de la ex-esposa del ex-ayuda de camarera, del Lord Malbouroug (alias Mambrú), descendiente del ex-rey Arturo, por parte de madre, los cuales *comparecientes* declararon querer contraer legítimo matrimonio bajo las estipulaciones siguientes.

Artículo 1.° El caballero *En Ville* reconoce y declara haber recibido, como dote de su futura esposa, la cantidad de 200,000 libras sterlinas.

(1) Orgullo.

—¡Ola! esclamó deslumbrado *Anvil* con tan rollizo dote; ¿tan rica es mi futura?

—Nada de eso, replicó gravemente el agente infernal; la futura no posee un solo *penique*. (1)

—¿Y quiere V. que yo reconozca haber recibido tan enorme cantidad?

—Seguramente, pues solo obrando asi prueba V. E. su nobleza y pasa por un caballero cumplido, digno de...

—Bueno, bueno interrumpió el ex-trapero; si eso me ennoblece no hay mas que hablar.

—Añádase que obrando asi, insinuó el agente, si por desgracia llegase V. E. á quebrar....

—¡Yo quebrar!

—Eso, añadió con la mayor pachorra el agente, no es deshonra en el dia, comerciantes muy honrados conozco yo que vivieron con sus trabajillos mientras pagaron regularmente, y que no han gozado de ninguna de las comodidades de la vida hasta que tuvieron la escelente idea de quebrar y retirarse á vivir con sus rentas en paz y en gracia de Dios.

(Se concluirá).

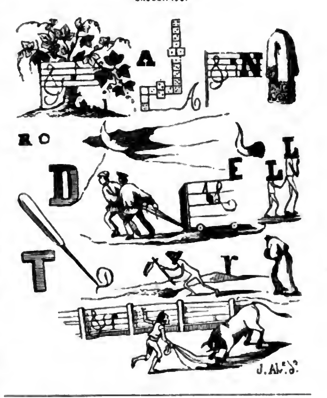
Manuel Lucifer.

(1) Dos cuartos.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El jueves de la semana última, salieron de Madrid los números del primero al sesto del Semanario, ambos inclusive, que por *tercera vez* se han reimpreso para servir á los suscritores nuevos que de ellos carecian. Los que no los hayan recibido aun, deben reclamar á vuelta de correo, en la inteligencia de que despues no se atenderá ninguna reclamacion de ellos.

GEROGLIFICO.

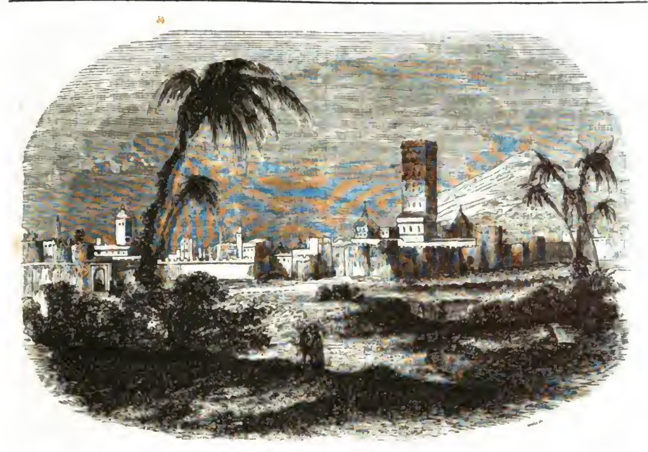


Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un AÑO 36.-Librerias de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Poupart, Villa y la Publicidad, litografías de Pelegrini y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14, Seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la Administracion del Semanario, calle de Jacometrezo, n. 26, o en las principales librerias.

MADRID: Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, num. 4.



Vista de Marruecos.

IMPERIO DE MARRUECOS.

Los árabes, en la época en que hicieron la conquista del Africa, le dieron el nombre de *Maghreb*, que significa Occidente, por oposicion al de *Cherck*, Oriente, de donde ellos venian. Atendiendo despues á la posicion respectiva de estos paises, llamaron *Maghreb-el-Aouel*, ó primer Occidente, al Africa Cartaginesa, hoy las regencias de Tunez y de Trípoli; *Maghreb-el-Aousath (Ousth)*, ú Occidente medio, á la Mauritania Cesariana, hoy la Algeria, y *Maghreb-el-Aksa*, ú Occidente estremo, á la Mauritania Tingitana, pais conocido en la actualidad con el nombre de Imperio de Marruecos.

Este pais ha ido obedeciendo sucesivamente á los romanos, á los vándalos, á los griegos, y últimamente á los árabes desde el octavo siglo. Marruecos fué, en 1051, quitado á los kalifas fatimitas por los almoravides (*El-Mrabetin*, los marabotts), que estendieron su dominacion á todo el Maghreb y á España. A los almoravides les sucedieron los almohades (*El-Mouahdin*, los unitarios) en 1129; los merinitas (*Mérien*) en 1270; y finalmente, en 1516, los cherifes, que pretendian ser descendientes de Mahoma. Esta última dinastia, la novena despues del año 789 de la era cristiana, es la que reina aun hoy dia en Marruecos. El soberano actual es Moulei-Abd-el-Rahman, que subió al trono en 1822. Los soberanos de Marruecos toman el título de *sultan* ó el de *emperador*.

El imperio de Marruecos, formado hoy dia por los antiguos reinos de Marruecos y de Fez, ocupa el ángulo Nord-oeste del continente africano y se halla situado en las dos vertientes Nord-oeste y Sud-oeste de la inmensa cadena del Atlas, elevado 3475 metros sobre el nivel del mar como los Pirineos. Limita al Oeste con el gran Océano Atlántico, al Mediodia y al Sud-este con el Sahara, al Este con la Algeria, y al Norte con el Mediterráneo. Ocupa en el globo una superficie de cerca de 6300 mitriámetros; es decir, una sesta parte mas que la totalidad de la Península ibérica (España y Portugal), ó que Francia.

El reino de Fez se hallaba en otro tiempo dividido en diez provincias: Fez, Temesna, Chaouia, Beni-Hasan, El-Gharb (subdividida esta en las de Azghar y Habat), Hiaina, Er-Rif, Gharet, Chlah, y el desierto de Angad, que separa al reino de Fez de la Algeria.

El reino de Marruecos se hallaba igualmente dividido en diez provincias: Tadla, Zerara ó Beled Miskin, Dekkala, Abda, Chiedma, Hahha, Rhamna, Chragna, Askoura y Sous.

La administracion civil y militar de estas diversas provincias se halla actualmente dividida en treinta gobiernos ó gefaturas, en donde tiene el emperador un Kaid revestido con mas ó menos autoridad, y que, en ciertos parages, toma el titulo de pachá ó gobernador general.

Los nombres de estos gobernadores son:

En la provincia de Fez: Fas-Beli (antiguo Fez), Fas-Djedid (nuevo Fez), Meknas (Mequines), Dar-el-Beidah (Casa Bianca, la Casa Blanca), Rbath, Sala (Salé), Beni-Hasan (los hijos de Hasan), El-Kasr (Al-Kassar, el Castillo), El-Araich (los Parrales), Tandja (Tanger), Tetaouan (Tetuan), y Ve-Rif, Chechouan, Teza, Doubdon, Oudjda (Ouchda).

En la provincia de Marruecos: Mrakech (Marruecos) y Erhamna, Tadla, Oudjana, Djerari, y Habaouat, Chiadma y Amar, Bridja (Mazaghan), Azemmour, Safi y Beni Melek, Souira (Mogador), Taroudant y Hahh, Agader (Santa-Cruz).

La provincia de Tafileet, ó pais de los Amazirghs Fileli se halla gobernada por un cherif, pariente del emperador, que reside en Gourghlan.

El resto del imperio está administrado por los gefes casi independientes de las tribus amazirghs y árabes, instalados en los valles de Sedjelmasa, de Djezoula, de Dra'a, de El-Harets, de Adrar, de Sous, en los confines del gran desierto y en las alturas ó en las vertientes del monte Atlas.

Todas las tribus de los berberiscos y de Chlah (Cheleux, Schelloks) establecidas en el imperio, forman una especie de federacion republicana.

Los rios mas considerables en la provincia de Fez son: el Mloufah, que desagua en el Mediterráneo, y el Oued Sbou, que se precipita en el Océano: la ciudad de Fez, insiste en las márjenes de este último; en la provincia de Marruecos, la Omm Rbia (la madre de las yerbas ó de la primavera), el Tensift, en cuya orilla se halla situada la ciudad de Marruecos y el Oued Sous; todos los que desembocan en el Océano; en las vertientes meridionales del Atlas, el Oued Dra'a, el Guir y el Ziz: el Oued Dra'a recorre en su curso una sesta parte mas de terreno que el Rhin.

6 de Mayo de 1849

La parte del Maghreb-el-Aksa, bañada por el Mediterráneo, es de cerca de 400 kilómetros, y se dilata desde el Oued Adjerout hasta el cabo Spartel. La costa se replega en el Océano Atlántico, y ocupa un espacio poco mas ó menos de 1000 kilómetros hasta la embocadura del Oued Dra'a, y en el límite del pais de Noun.

En toda esta estension de costas, únicamente posee Marruecos el puerto de Tetuan. En el estrecho de Gibraltar se halla la pequeña bahía de Al-Kassar-el-Seghir, y un poco mas al Oeste otra mas cómoda y segura, la de Tanger.

Los puertos que posee aun España en la costa marroquí, en el Mediterráneo son: Melilla, el Peñon de Velez, Alhucemas y Ceuta.

Los surgideros de Marruecos, en el Océano, son los puertos poco seguros de Arzilla, de El-Araïeh, de Rbath, de Fdhala, de Dar-el-Beïdah, de Azemmour, de El-Bridia (Mazaghan), con una rada bastante buena en el cabo Blanco, de Safi, de Mogador (Souïra) y de Agader.

La mayor parte de los autores que han escrito acerca de Marruecos difieren entre sí al estampar el guarismo de su poblacion. Los unos la reducen á 6.000,000 de habitantes; los otros la ascienden á 14.000,000. M. Graeberg de Hemsoe, en su *Specchio di Marrocco*, publicada en 1834, evalúa la poblacion marroquí en 8.500,000 habitantes, repartidos de la siguiente manera en una superficie de 24,379 leguas cuadradas:

Provincia de *Fez*. . . .	3.200,000 hab.	9,853 l. cuads.
Provincia de *Marruecos*.	3.600,000	5,709
Provincia de *Tafilelt*. .	700,000	3,184
Provincia de *Adrar*, de *Sous, etc*.	1.000,000	5,633
	8.500,000	24,379

Esta cifra dá cerca de 349 individuos por legua cuadrada.

El mismo escritor divide, como sigue, esta poblacion entre las diversas razas repartidas por toda la estension del territorio:

Berberiscos.	2.300,000
Cheah (Cheleux ó Schelloks). .	1.450,000
Arabes.	4.290,000
Israelitas.	339,500
Negros.	120,000
Europeos cristianos.	300
Europeos renegados.	200
	8.500,000

Las veinte ciudades mas pobladas de Marruecos, segun tambien M. Graeberg de Hemsoe, son:

Fez, 88,000 almas; Mequines, 56,000; Marruecos, 30,0000; Rbath, 27,000; Salé, 23,000; Taroudant, 21,000; Mogador, (Souïra), 17,000; Tetuan, 16,000; Tedsi, 14,009; Safi, 12,000; Teza, 11,000; Tefza (Tadla), 10,500; Tafilelt, 10,000; Tanger, 9,500; Mouleï-Dris, 9,000; Demenet, 8,000; Tagodast, 7,000; Aghmat, 6,000; Al-Kassar-el-Kebir, 5,000; El Araïch, 4,000.

Existe cerca de un número igual de otras ciudades cuya poblacion es menos considerable, y que todas reunidas, cuentan sobre cerca de medio millon de individuos instalados en los pueblos, castillos y ciudades amuralladas.

Las dos capitales del imperio son: al sud Marruecos, y y al norte Fez; cerca de este se halla Mequines, en la cual suele fijar tambien muchas veces su residencia el emperador. La rivalidad de las dos capitales ha obligado durante mucho tiempo al sultan á residir alternativamente ya en la una ya en la otra; porque, cuando prolongaba su permanencia en el Sud, se sublevaban las provincias del Norte, é idénticas sublevaciones tenian lugar en las provincias del Sud, cuando se prolongaba en el Norte la estancia imperial. Para hacer que cesasen estas agitaciones, Moulei-Abd-el-Rahman ha confiado há ya algunos años la administracion de las provincias del Sud á su hijo mayor Moulei-Mohammed, invistiéndole de todas las prerogativas imperiales, con inclusion del parasol, insignia de la autoridad suprema.

La ciudad de Marruecos (Mrakech), antigua capital del reino de este nombre, á 240 kilómetros de Mogador y de la mar, fué fundada en 1052 por los almoravides, y llegó bien pronto á una alta prosperidad. Arruinada por una série de guerras desastrosas, y despoblada por el azote de la peste, únicamente le resta una sombra de su pasado esplendor. Su poblacion evaluada en los tiempos de su grandeza en mas de 500,000 habitantes, es hoy apenas de 30,000 almas. Sus murallas, últimos restos de su antigua magnificencia, se hallan flanqueadas de distancia en distancia por gruesas torres, y circundadas por un ancho foso: abrazan una circunferencia de 12 kilómetros. Las puertas son grandes arcadas, de lo alto de las cuales caen rastrillos de hierro, de la misma manera que en las residencias góticas de los portugueses. Todas las tardes se cierran á la entrada de la noche. El interior carece de alineacion; las calles, estremadamente desiguales en longitud, ensanchándose y estrechándose en diversos parajes, son, por lo general estrechas y mal empedradas, como casi todas las de las ciudades musulmanas. Las casas no suelen tener mas de un piso, y pocas ó ninguna ventana al esterior. Las ventanas dan á un patio interior, adornado ordinariamente por una fuente.

La ciudad de Marruecos se halla dividida en tres partes: la ocupada por el palacio imperial, la ciudad del centro y la Al-Kaiseria, ó gran mercado, que es en donde se venden todos los objetos de comercio y de agricultura, y en donde habitan los mercaderes moros y judíos. Los Moros son zapateros, carpinteros, albañiles, cerrajeros y tejedores de Kaiks. Los Judíos no ejercen muchos artes ú oficios; solo suelen ser plateros, hojalateros y sastres. Ocupan un cuartel separado, que tiene tambien su muralla particular, de cerca de dos kilómetros de vuelta: su puerta se halla cerrada durante la noche y los sábados, y guardada por un kaid.

La mayor parte del recinto de Marruecos está ocupado por el palacio imperial, especie de gran prision, á semejanza del serrallo de Constantinopla. Las murallas de este palacio podrán tener cuatro kilómetros de circunferencia. Es una reunion de casas, de pabellones, de cuerpos de habitacion entremezclados de patios y de jardines. Por cima de esta confusa aglomeracion domina la torre de la mezquita que fué edificada por Moulei-Abd-Allah. Estos numerosos edificios están ocupados por los dignatarios del Estado. Los pabellones principales, los en que habita el emperador, llevan los nombres de las ciudades mas considerables del imperio: existe el pabellon de Fez, el pabellon de Taroudant, el de Mequines, el de Souïra, el de Tanger.

Entre el gran número de mezquitas de Marruecos, se distinguen tres grandes: El-Katibin (de los Escritores), El-Moueddin y Ali-Ben-Iusef. La mezquita de El-Katibin se halla aislada en medio de un grande espacio descubierto; es de una arquitectura elegante, y su torre de notable altura, es de una gran belleza. Las otras dos han sido construidas por Ben-Iusef há ya cerca de setecientos años, y El-Moueddin, trescientos cincuenta. Numerosos imames se hallan empleados en su servicio; pero la mediania de las asignaciones que perciben les obliga á buscar otros medios de subsistencia con el piadoso tráfico de los talismanes ó amuletos que venden para curar las enfermedades, los venenos, las heridas, y los maleficios.

El marabú, patron de la ciudad de Marruecos, es Sidi-Bel-Abbas. Su mezquita se compone de un salon cuadrado, superado por una cúpula octógona, cuyas vigas están talladas, pintadas con arabescos y recubiertas por telas pintadas de colores. El sepulcro del marabú está sobrecargado de multitud de paños de lana y seda, colocados los unos sobre los otros. A su lado se vé el cepillo de las limosnas: el piso y parte de las paredes están recubiertas por tapices. Muchos patios con séries de arcos contienen habitaciones destinadas á cobijar de mil quinientos á mil ochocientos pobres, impedidos, inválidos y ancianos.

La ciudad de *Tanger*, en árabe *Tandja*, en la que ha existido desde el tiempo de los romanos un establecimiento considerable llamado *Tingis*, que dió su nombre á la Mauritania Tingitana, cuya capital era Tanger, á la que la permanencia de todos los estrangeros que allí residen, hace que se la considere en cierto modo como una ciudad europea, presenta del lado de la mar un aspecto bastante regular. Su situacion en anfiteatro, las casas blanqueadas, las de los cónsules construidas con regularidad, las murallas que circundan la ciudad, la Kasbah edificada en una altura, y la bahía que es bastante grande y rodeada de colinas, forman un conjunto notable. Pero desde el momento en que se pone el pié en el interior de la ciudad cesa el prestigio. A escepcion de la calle principal, que es un poco ancha, y que desde la puerta de mar atraviesa irregularmente la ciudad de levante á poniente, todas las demas calles son de tal modo estrechas y tortuosas, que apenas pueden pasar por

ellas tres personas de frente. Las casas son tan bajas que con la mano se puede tocar á la mayor parte de los tejados. Todas tienen en cima de la puerta una mano roja, como se vé en Argel; este es un signo protector contra los malos genios.

Varias son las puertas que ponen en comunicacion á la ciudad con el esterior por los lados del Oeste y del Este. Dos de ellas dan al puerto; la mas frecuentada es la de la marina (Bab-el-Mersa), es tambien la mejor defendida, porque se compone de tres puertas sucesivas bien desfiladas y guarnecidas por un revestimiento de palastro, con clavos de cabezas enormes. La segunda es la de los curtidores (Bab-el-Debbaghin). Cada una de las puertas de la ciudad está guardada por un puesto de soldados regulares que, en circunstancias ordinarias, la guardan con bastante descuido; negligentemente agrupados, se ocupan con preferencia de sus pipas que de los fusiles.

Tanger se divide en tres cuarteles bien distintos: la Kasbah, el cuartel europeo ó de los cónsules, y el cuartel de los indígenas. La Kasbah, por su posicion, domina la ciudad, el estrecho y la playa. Sus únicos edificios notables son: la casa del pachá, una mezquita, la tesorería y algunos almacenes pertenecientes al Estado. Al Sud-este se estiende el cuartel consular, el mas aseado y bello de los tres. Las casas de los cónsules han sido edificadas por los europeos, á espensas de la nacion que representan, y formando especies de ciudadelas. El pabellon nacional flota sobre cada una de estas vastas habitaciones, al frente del pabellon de Marruecos enarbolado en todas las mezquitas, en todos los fuertes, en todas las baterías. En el cuartel de los indígenas, colocado entre los otros dos, se hallan el fondouk (mercado), las tiendas, los talleres, tales como se ven en todas las ciudades árabes. El edificio mas notable del cuartel árabe es la gran mezquita (Djama-el-Kebir), construida en conmemoracion de la evacuacion de la ciudad por los portugueses y de la vuelta de los verdaderos creyentes. Al lado se eleva un minarete de elegante construccion, terminado por una torecilla sobre la cual se destaca una graciosa cúpula.

Origen y etimología de los dioses manes que se encuentran en las lápidas sepulcrales.

Entre las muchas y preciosas lápidas que nos quedan de la antigüedad, hay algunas que empiezan por estas dos letras D. M. que los anticuarios leen Diis Manibus, esto es: á los dioses manes; pero la gran dificultad no consiste en traducir á los Dioses Manes, sino en saber quiénes eran ó qué es lo que quisieron significar los antiguos bajo de estos nombres; porque algunos creen que eran ciertas deidades infernales, y otros dicen que eran las almas de los difuntos: no obstante de que esta última opinion tiene suficiente apoyo, sin embargo los escritores discurren con variedad; por lo que nos valdremos de la autoridad de los mas célebres para demostrar que estas dos letras D. M. significan las almas de los difuntos.

El alma racional es aquel espíritu inmortal que vivifica y domina al cuerpo humano: de la union de aquella y este, segun discurren los filósofos, está formado el hombre: este hombre compuesto de alma racional, y de cuerpo sensitivo, fué obra de Dios, que lo hizo á su imagen y semejanza (1); y sin embargo de que á nuestros primeros padres les constaba esta doctrina, que despues se conservó por tradicion, llegó á tal estremo la ignorancia de algunas gentes, que perdieron la memoria é idea del verdadero Dios. Es verdad que con tiempo parece que lo buscaron, pero era por medios estraños, en que demostraban su crasa ignorancia; pues que juzgando unos que el sol era su criador, lo reverenciaban como á su verdadero Dios; otros adoraban á la luna, á las estrellas, el fuego, las legumbres, etc., y no contentos con estas y otras mil ridículas deidades, inventaron á Saturno, padre de Júpiter, de Neptuno y de Pluton, dioses famosos de la gentilidad: á Júpiter lo hicieron progenitor de los dioses, y rey de los hombres: á Neptuno le dieron el dominio del mar, y á Pluton el de los infiernos; y por eso le llamaron *Summanes*, que quiere decir soberano de todas las almas. Diodoro Siculo dice (2) que el motivo de atribuirle el reino infernal á Pluton es, porque fué el primero que introdujo en el mundo el uso de los entierros y de los sepulcros; y aunque esto sea así, no sabemos que esta deidad de los paganos fuera protectora de las almas de los difuntos, ni tampoco que hubiera otra que tuviera estas atribuciones, mayormente cuando se sabe que los antiguos creian que el hombre cuando moria no moria en todas sus partes; y aunque para ellos era indudable la inmortalidad del alma, ignoraban dónde iba á establecer su domicilio despues de separada del cuerpo.

(1) Génesis, cap. 1.° v. 26.
(2) Libro quinto, cap. 13.

San Agustin (1) hablando de las almas de los antiguos, refiere la opinion de los platónicos, que creian que las almas de los hombres son demonios, y que de hombres se hacen lares, si son de mérito, y si no lemures ó larvas; y que cuando no se sabe si son de buenos ó malos méritos, entonces se dicen dioses manes. Tres distinciones hace San Agustin de las almas de los difuntos, dividiéndolos en dioses lares, ó caseros, en dioses lemures ó fantasmas y en dioses manes.

Esta distincion de espíritus, que unos eran tenidos como dioses benéficos y otros como demonios, dice tambien San Agustin en el lugar citado que era conforme al sistema de Pitágoras, que fué adoptado por los mas hábiles romanos, segun el cual, y conforme á la opinion de Mr. Simon, las almas de los justos, desprendidas ya para siempre de las ligaduras del cuerpo perecedero, estando purificadas de las manchas que habian contraido por el comercio de los sentidos, volaban á la morada de los bienaventurados, donde gozaban de un descanso y una felicidad completa en compañía de los dioses inferiores, trasformándose en su naturaleza, y pudiendo tambien elevarse luego con una virtud muy pura hasta la perfeccion de los dioses celestes é inmortales; pero las almas culpables de grandes delitos permanecian siempre unidas á la tierra, hácia la que eran impelidas con el peso de sus vicios, hasta que despues de varias revoluciones habian espiado las culpas de sus delitos; por esto solian poner en sus sepulcros lápidas escritas por este estilo:

D. M. S.
L. IVLIO CAPITONI
SALMANTIC.
AN LXX. LVLIA RVSTICELIA
SOROR PIENTISSIMA H. S. E.
S. T. T. L.

Las cuatro últimas letras de esta lápida, que se encontraba en la iglesia de San Pelayo de Salamanca, dicen: *sit tibi terra levis:* la tierra te sea leve ó ligera: hé aquí el origen de aquella loable y devota deprecacion que suelen proferir los fieles en sufragio de las benditas almas del purgatorio: *Requiescant in pace:* en paz descansen.

Apuleyo siguiendo tambien la misma opinion de San Agustin divide igualmente las almas de los difuntos en tres clases, esto es: si las almas eran de personas virtuosas, entonces permanecian en sus propias casas, y á estas las llamaban lares familiares, porque cuidaban de su familia: si las almas eran de hombres perversos no tenian mansion determinada, y á estas llamaban larvas, porque como fantasmas iban haciendo daño; y aunque dudaban si las almas gozaban de su mansion doméstica, ó andaban errantes cerca de los sepulcros, las llamaban manes ó dioses manes; pero es de advertir, que tambien habia muchos que creian que las almas de los difuntos descendian á los infiernos; y esto lo hacian tan comun, que dice Mr. Simon (2), que hasta los héroes y los semidioses estaban sugetos á esta ley.

Ciceron atribuye el origen de esta opinion vulgar á la antigua costumbre de enterrar los muertos; por lo cual dice que la tierra era la última habitacion de los hombres: es verdad que otros creian que las almas de los justos moraban en los campos elíseos, esto es, en un lugar agradable y delicioso. Sin embargo de tantas y tan ridículas opiniones se ignoraba por los antiguos el lugar cierto que el autor de la naturaleza habia señalado á las almas de los difuntos; porque como ya hemos insinuado, unos creian que las de los hombres benéficos y honrados se complacian en permanecer en sus casas, á la par que las de los malos y perversos andaban vagando alrededor de sus cuerpos: por esto cuando moria alguno, que ignoraban de qué clase era, escribian sobre las lápidas de sus sepulcros— Diis Manibus.

De aquí se sigue, que esta especie de dedicatoria que hacian los antiguos á los dioses Manes, solo significa las almas de los difuntos: verdad es, que bajo del nombre de

(1) Libro 9, cap. 11, de la ciudad de Dios.
(2) En su disertacion de los Lemures.

Manes, tambien se puede entender las deidades infernales; y en la sagrada escritura se cuenta (1) que en la cena del rey Baltasar se apareció repentinamente una mano que escribió en la pared del salon donde se verificaba la cena estas palabras:

נבהתקלי ופרסין

Mane, *Thecel*, *Phares*: así que el rey vió este asombro, lleno de pavor y confusion, hizo llamar á sus adivinos, pero ninguno supo descifrar el enigma. La reina Nitocris, madre de Baltasar, le aconsejó mandase llamar á Daniel: en efecto se presentó el profeta que reprendió al rey sus impiedades, y le anunció el juicio de Dios sobre él y su reino, é interpretó asi las tres palabras:—«*Mane*—Dios ha contado los años de tu reinado, y ha fijado su fin: *Thecel*—ha sido puesto en la balanza y le ha hallado muy ligero: *Pharés*—tu reino está dividido y entregado á los medos y persas.» Aquella noche se verificó lo mismo que predijo Jeremias; pero dejando aparte estas interpretaciones, en las lápidas no puede tener tal significacion, porque Apuleyo y San Agustin espresamente dicen: que cuando se ignoraba el mérito de las almas se llamaban Dioses Manes.

Para mayor corroboracion de lo espuesto, nos parece oportuno poner los siguientes versos de Horacio para hacer ver que los Manes no eran sino las almas de los difuntos:

Diris agam vos: dira detestatio
Nulla espiatur víctima
Quin, ubi perire jussus espiravero,
Nocturnus occurram furor;
Petangue vultus umbra curvis unguibus;
(Quæ vis Deorum est Manium). (2)

El P. Urbano Campos (3) traduce estos versos de la manera siguiente.

Yo os perseguiré con maldiciones: la cruel detestacion
con ninguna víctima se purga.
Y aun luego que espirare, pues me acabais violentamente,
os saldré al encuentro nocturna furia,
Y fantasma heriré con mis corbas uñas vuestro rostro:
(Este es el poder de los dioses Manes).

Por el contesto de Horacio, y la traduccion que de él hace el P. Campos, se deduce que los Manes de que se hace mencion en los citados versos, *son las almas de los niños romanos*; y por eso dice el referido autor en el epitome: «Mas el niño echóles muchas maldiciones y les pronosticó, que así él despues de muerto, como los demas niños romanos, las perseguirian hasta acabar con ellas, y dejarlas para pasto de las aves y fieras;» y en la nota 59 dice el traductor para aclarar este pasage de Horacio: «que los Manes son, ó Dioses de los infiernos ó las mismas almas de los muertos, de las que se creia que tenian alguna cosa de divino.» Contentándonos con lo dicho hasta aquí por no hacer difusa esta ilustracion, ciñéndonos únicamente á manifester que el P. Sarmiento dice (4) que los Manes, Lares, Lemures, Larvas, Penates, etc., significaban entre los antiguos, *las almas de los difuntos*. El origen de la voz Manes lo deducen algunos de la antigua lengua latina, de la que derivan la etimología; pero dicho P. Sarmiento (5) se inclina á creer que se debe buscar en la lengua oriental, y por eso deriva la voz Manes de la raiz *Mun*, que significa los muertos; y de aqui infiere haber podido tener su origen en Egipto, en donde principió la necrolatria, ó adoracion de los muertos.

Finalmente, Goropio Becano nos asegura, que los lamentos de Thammuz entre los hebreos, de Adonis entre los fenicios y de Lino entre los griegos, no era otra cosa que una imitacion de lo que los egipcios hacian cuando lloraban la muerte del hijo de Men. Trasplantado ya á los romanos este caos de historia fabulosa y ritos necloráticos, se aumentó entre ellos con la mania de *Manes*, *Lares*, *Larvas* y otras denominaciones, que como ya hemos dicho por autoridad del Mtro. Sarmiento, tenian por cierto que las almas de los difuntos, á quienes llamaban dioses Lares, residian en las mismas casas de su familia, como dioses familiares y benéficos, que estaban propicios á oir sus súplicas; y por consiguiente suponian que eran del número de las almas santas, á quienes su virtud, libre ya de las miserias del cuerpo, se habia elevado sobre la condicion humana, lo que no se podia decir de todos los muertos; pues habia muchos que se sabia haber tenido una vida desarreglada y escandalosa; pero como era imposible saber su destino, y el lugar que ocupaba en el otro mundo, la piedad de las gentes los inclinaba á ponerlos en la clase de los buenos, con tanto mas motivo, cuanto tenian por un punto religioso no hablar de los difuntos, sino con el mayor respeto: por esto, cuando moria algun romano, le solian poner una lápida escrita poco mas ó menos de esta manera:

D. M.
M. VOLGINAE
CALLISTO
ANNO XVIIII.
VOLGINAE
CALLISTE
MATER

Este epitafio se lee asi: «Memoria dedicada á las almas de los difuntos: á Marco Volcina Calisto, de diez y nueve años, Volcina y Calisto su madre.» Ya se dijo como las letras D. y M. del primer renglon dicen Diis Manibus; pero cuando hay tres D. M. S. se deben leer: *Diis Manibus Sacrum;* y entonces dirá: Monumento consagrado á las almas de los difuntos. Las mas veces se encuentra abreviada esta dedicacion; pero tambien hay ejemplares que la ponen en todas sus letras; asi como en la lápida que sigue, que estaba en Córdoba en la puerta de San Pablo:

DIIS MANIBUS SACRVM
POMPONIÆ Q. F. TUSCA
AVFIDII. (1)

Ya se ha dicho como el Diis Manibus Sacrum era una especie de deprecacion que usaban los romanos en las lápidas sepulcrales, la que solo significaba, que aquel monumento estaba dedicado ó consagrado á las almas de los difuntos, que respetaban como á Dioses. (2)

Despues, los romanos usaron ya poner en lugar de Diis Manibus Sacrum, estas tres letras: D. O. M. que quieren decir: Deo Optimo Maximo: los cristianos de aquellos tiempos solian usar mas bien del monograma del nombre de Cristo, unas veces solo, y otras acompañado de las letras griegas alfa y omega, de esta forma.

P
A X Ω
I

Este monograma es el mismo que vió en el cielo el emperador Constantino en la batalla contra Majencio, donde oyó voces angelicales que le decian; *con esta señal vencerás;* pero no pudiendo comprender lo que habia oido, se le apareció en sueños Cristo con la cruz, y le dijo: «Que hiciese un estandarte á aquella semejanza y usase de él como de su protector en las batallas.» Desde este tiempo usaron los cristianos de este signo, como distintivo de su religion; pero la época en que generalmente se empezó á usar fué en tiempo de los arrianos, porque desde entonces tomaron esta señal los católicos para confesar la consubstancialidad de Jesucristo en cuanto Dios con su Eterno Padre, para diferenciarse de los arrianos que lo negaban. Despues se simplificó este signo, y en lugar del referido monograma de Cristo, usaron los cristianos de la señal de la cruz.

Santa Eulalia de Abamia.

El viajero que vaya en busca de grandes emociones, de pintorescos cuadros, y de románticas leyendas, no debe

(1) En la profecía de Daniel, cap. 5, v. 25.
(2) Libro del Epodon, oda quinta.
(3) En la edicion de 1783.
(4) Demostracion crítica-apologética del teatro universal. t. 2. disc. 35.
(5) Lugar citado.

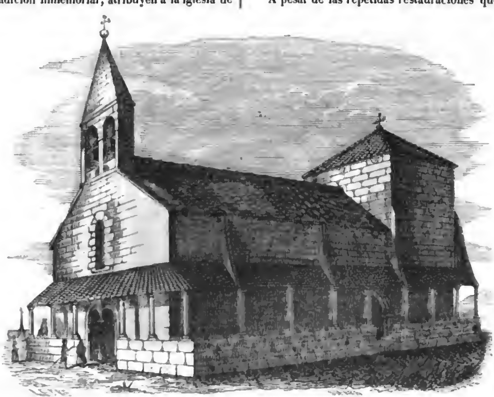
(1) En castellano dice. «Memoria consagrada á las almas de los difuntos. Tusca muger de Antidio, puso esta lapida á Pomponia, hija de Quinto.»
(2) Pomponio Mela, dice en el libro 1.°, cap. 8.°: «Que los Augilas, pueblos del Africa menor, tienen por dioses solo a los espiritus de los difuntos, consultandolos como á oraculos, y jurando por ellos.»

recorrer las ciudades populosas, pues nada hallará en ellas que hable á su corazon. Que suba á las aldeas edificadas en las crestas de los montes, y allí encontrará las costumbres sencillas de los patriarcas, las tradiciones y recuerdos de las pasadas edades, y cuanto pueda en fin halagar la imaginacion mas poética. Los erguidos riscos de la renombrada tierra de Asturias, de esta tierra clásica de honor y valentía, de piedad y nobleza, sembrados de edificios que sirvieron un dia de morada ó de sepulcro á nuestros antiguos héroes, conservan en depósito un inmenso tesoro de memorias gloriosas, de antigüedades y bellezas, que no se ha esplotado aun. Lejano del centro de España este nobilísimo pais, está como olvidado, y es casi desconocido de los españoles que en él tienen la cuna de su fé, de su libertad, y de su independencia.

No lejos de Cangas de Onís, de la *Canicas* romana, y del celebrado santuario de Covadonga, lugares tan renombrados en los primeros tiempos de la restauracion, y sobre una amena colina siempre cubierta de verdura (1) se vé una vieja iglesia, pobre hoy en su fábrica, pero rica en timbres y recuerdos. El nombre de este templo venerando lo vemos escrito por la pluma de los mas antiguos de nuestros cronistas... es la Santa Eulalia de *Belapnio* del rey historiador Alfonso el Magno... La *Belania*, y *Abelaniæ* del monge de Albelda, la Abamia de los tiempos posteriores... Dos solas consideraciones bastarian para que este piadoso edificio fuese mirado con respeto y entusiasmo: ser la iglesia mas antigua que existe en España, y cobijar bajo sus bóvedas binantinas el sepulcro que guardó un dia los restos del inmortal Pelayo. Cual siempre acontece al relatar la historia de monumentos que datan de épocas tan remotas, se hallan divididas las opiniones para fijar la de la fundacion de Santa Eulalia de Abamia. El erudito y diligente Carballo afirma en sus Antigüedades de Asturias, se debe su fábrica al rey don Pelayo que la dedicó á Santa Eulalia de Mérida, y le dió el sobrenombre de la Sierra de Belamio donde estaba situada. Otros autores de no menor nombradía, y la tradicion inmemorial, atribuyen á la iglesia de Abamia un orígen mas lejano, y todo hace creer sea esta asercion la verdadera. Lo que parece completamente averiguado, es que este templo fué antigüamente monasterio, en el que como en la mayor parte de los de aquella época se seguia la regla de San Benito. Yepes, en la historia de esta institucion Monástica, lo afirma así y señala sus principios en 737, añadiendo que esta su opinion tiene por apoyo antiguos instrumentos. El citado Carballo nos instruye que á la iglesia de Santa Eulalia se acogieron muchos monges, de los que desde otras provincias del interior vinieron á Asturias huyendo de los árabes, y que esta fué la causa de convertirse en monasterio.

Divísase á corta distancia de la iglesia que nos ocupa, un ameno lugar llamado el *Cueto*, donde se ven las ruinas, ó mejor dicho los escombros de dos casas muy pequeñas, en las que, segun la tradicion confirmada por algunos escritos, residió algun tiempo y murió en 737 el rey Pelayo. Estas casas pertenecieron por largos años á la familia de *Fernandez-Cueto*, y hoy recayó su posesion en la de *Noriega* del inmediato lugar de Corao, la que conserva una antigua escritura en la que se lee que el célebre rey, en el referido año, murió en las citadas casas del Cueto, y se enterró en un sepulcro de la vecina iglesia de Santa Eulalia. La Crónica de Albelda, la de don Alfonso el Magno y todas las posteriores convienen en que la muerte de Pelayo se verificó en territorio de Cangas, y que su sepulcro fué en Santa Eulalia de Belamia, donde fueron tambien depositados los de su esposa Gandiosa que habia fallecido algun tiempo antes (1). De esta reina ignorariamos el nombre y la existencia á no revelarnos uno y otra el tantas veces mencionado Cronicon de Alfonso el Magno. En 802 vuelve á escribirse en la Historia el nombre del monasterio de *Abelaniæ*, pues en él fué encerrado por algunos meses el ínclito Alfonso el Casto, cuando despues de once años de un glorioso reinado se vió arrojado del trono, y preso por los proceres asturianos alzados contra él, por su alianza con el famoso emperador Francisco Carlo-Magno (2).

A pesar de las repetidas restauraciones que sufrió des-



Perspectiva de la iglesia.

de su creacion el antiquisimo templo que hoy nos ocupa, conserva especialmente en su esterior numerosos vestigios de mutuosidad y belleza que bastan para hacernos concebir en su primitivo estado, á la primera basilica de los reyes de Asturias, edificada con aquella severa y magestuosa arquitectura que nació en Binancio en tiempo de los constantinos, y murió en Jerusalen en la época de los cruzados.

El color pardo oscuro de los anchos sillares que consti-

(1) Dista Santa Eulalia de Abamia una legua de Covadonga, y media de Cangas de Onis, á cuyo ayuntamiento y partido judicial pertenece.

(1) El Cronicon del rey don Alfonso el Magno dice: «Pelagius post nonum decimum regni sui annum completum, propria morte decessit, et sepultus cum uxore sua Gandiosa territorio Cangas in ecclesia Sanctæ Eulaliæ de Velapnio fuit. Era DCCLXXV». En la Cronica de Albelda solo se lee: «Obiit quidem prædictus Pelagius in locum Canicas. Era DCCLXXV.»

(2) Isto XI regni anno per tyrannidem regno expulsus, monasterio *Abelaniæ* est retrusus.» (*Crónica de Albelda*).

tuyen su fábrica revisten á esta iglesia de un aspecto de ancianidad que inspira á primera vista respeto y devocion. Entre los restos del primitivo edificio contemporáneo de los triunfos de Covadonga, que hoy permanecen en el actual, debemos presentar en primer término, los sepulcros vacíos de Pelayo y Gandiosa, y la parte comprendida entre la puerta y la capilla mayor (que fué edificada en tiempos no tan distantes). La circuye una muy rara cornisa formada por cabezas de animales, todas distintas y espantables que vierten por sus bocas las aguas llovedizas, y tiene á la parte del mediodia una suntuosa portada que en otros tiempos era la entrada principal. Es notabilísima por su imponente sencillez, y muestra desde luego, á pesar del escelente estado de conservacion en que persevera su remota antigüedad. Compónese de tres arcos semicirculares que van disminuyendo gradualmente hácia el interior, sostenidos por ambos lados los dos primeros por medias columnas, y el tercero que abarca la puerta por una pilastra, que asi como aquellas tienen esculpidos en los chapiteles, ángeles en actitud de hacer oracion. Completa la decoracion de esta entrada una ancha orla tambien semicircular en la que se ven en relieve algunas figuras toscamente escultadas que representan al parecer el infierno, pues se ve un diablo que arrastra á un hombre por los cabellos y otro que con ambos brazos sostiene una caldera sobre una hoguera, y dentro de la que asoma la cabeza de un hombre con los cabellos erizados. Segun las tradiciones populares alude este bajo relieve al desastrado fin del malvado obispo don Opas que cautivado por Pelayo, fué de órden de este precipitado desde unas altas peñas y arrebatado por los diablos en el momento de comenzar la batalla de Covadonga. No es de aceptar la opinion de que las referidas figuras quieran representar la muerte de Opas, puesto que ni el hombre arrastrado, ni el que se vé en la caldera tienen ninguna señal de obispo. Cuatro fuertes estrivos afianzan de cada lado el todo del edificio, y el campanario que ocupa lo alto de la fachada occidental está formado por un prisma cuadrangular, y una pirámide que tiene en la cúspide una cruz. En el centro de la citada fachada hay una tronera estrecha, y debajo de esta la que es hoy puerta principal, que aunque demuestra antigüedad no parece debe remontarse mas allá del siglo XII. A esta misma época debe referirse la fábrica de la capilla mayor que se eleva algo mas que el cuerpo de la iglesia, y que manifiesta ser mucho mas reciente, aunque vulgarmente en el pais se atribuye á don Pelayo. En ella se vé una ventana digna de observarse, pues es segun nuestro concepto una muestra de la transicion del género bizantino al gótico. No es aun ojiva, pero se le aproxima mucho. Un ancho y pesado cobertizo de teja sostenido por columnas grotescas rodea toda la iglesia, y la afea notablemente (1).

La parte interior de esta iglesia, si bien espaciosa y de altas bóvedas, ofrece poco de notar, pues está blanqueada y renovada de muy poco tiempo acá. Todos los altares parecen ser obras de los últimos años del siglo pasado, y en el mayor se ve representada en relieve y muy detalladamente la batalla de Covadonga. Varias de las figuras principales, tales como la de don Pelayo, su caballo y tres guerreros que le acompañan que están en primer término, son casi del tamaño natural. En cuanto á los cenotafios de Pelayo y Gandiosa deberemos escribir aquí algunas palabras del tantas veces citado Craballo. «Murió Pelayo en tierra de Cangas de Onís y antes su mujer, que como él, fué enterrada en santa Eulalia de Velamio; pero ni él ni la reina lo fueron dentro de la iglesia, porque ne era costumbre; pero habiéndola alargado quedó dentro el lucillo de don Pelayo, y ahora llaman al lugar donde estuvo, *Cuerpo Santo*. El lucillo de la reina está al presente fuera, vacío y sin cubierta porque el cuerpo fué trasladado con el de Pelayo á Covadonga». En el dia uno y otro sepulcro restaurados desde poco tiempo están dentro de la iglesia, el de Pelayo al lado del evangelio y el de Gandiosa al de la epístola. Son absolutamente iguales, y están protejidos por arcos de medio punto. En el primero se vé toscamente labrada una



Portada antigua.

espada, la cruz de la victoria, y esta inscripcion de letras modernas:

Hic requiescit Rex Pelagii

En el segundo, la misma cruz de la victoria y el epitafio

Hic requiescit Regina Gandiosa.

La familia de Noriega, de que antes hemos hablado, es la dueña y poseedora de estos lucillos, en los que á nadie se sepulta por guardar el justo respeto á la memoria de Pelayo y de su esposa. La época de la traslacion de sus cuerpos á Covadonga, es muy incierta por no mencionarla ninguno de los antiguos historiadores. Ambrosio de Morales supone debió ser posterior al siglo XIII, puesto que la Crónica general de Alfonso el Sábio afirma estar en Belamia los restos de don Pelayo; sin embargo, era ya tradicion inmemorial en el siglo XVI, y hoy subsiste viva, que aquella se verificó por Alfonso I el Católico, cuando la ereccion del monasterio de Santa María de Covadonga, hoy Colegiata, creyendo acertadamente aquel célebre rey que el heróico padre de su esposa debia reposar en el mismo lugar que fuera teatro de su gran victoria.

En tal estado permanece hoy la histórica iglesia de Aba-

(1) En la mayor parte de las iglesias rurales de Asturias se ven estos cobertizos llamados *cabildos*, porque en ellos suelen tener lugar las reuniones de los vecinos para tratar asuntos de procomun. Ofrecen grande utilidad en un pais como este, donde son las lluvias tan frecuentes.

mia, tan digna por todos títulos de la atencion de los eruditos. Por lo demás, aun sirve de Parroquia á un estendido territorio, pues es matriz de dos anejos ó hijuelas *Labra* y *Zardon*, y comprende ademas de los lugares de este nombre los de *Abamia*, *Aleos*, *Bustobela*, *Celorio*, *Corao*, *Castillo de Corao*, *Corain*, *Cueto de Abamia*, *Igena*, *Intriago*, *Isonso*, *Pareso*, *Perllece*, *Santianes de Zardon*, *Soto de Cangas*, *Teleña y Torio*. Ademas son de su jurisdicion los caseríos de Carmones, Tabariega, Pan desiertos y otros, y asciende su poblacion á 1033 habitantes.



Sepulcro vacio de don Pelayo.

NICOLAS CASTOR DE CAUNEDO.

ANTES QUE TE CASES MIRA LO QUE HACES,

PROVERBIO

ó cuento que se parece á una historia.

(Conclusion).

Y volviendo á tomar su lectura prosiguió.

—La cantidad de 200,000 libras esterlinas, obligándome ademas á desposar á dicha Miss *Pride*.

ARTICULO 2.° Yo María *Pride*, me comprometo á honrar al caballero de *En Ville* dándole mi mano, y á someterme enteramente á su voluntad cual sumisa esposa, con tal que dicho caballero deje á mi entera disposicion sus haberes pecuniarios y otros, que se conforme á vivir en Hanover Square, que cambie su nombre de Anvil contra el de *En Ville*, mucho mas armonioso por ser menos nacional, y en fin, que jamás me irrite los nervios oponiéndose á mis deseos.

—Mucho exigir es eso, se permitió de observar el futuro.

—¿Vuecencia olvida, observó el agente, que la señora futura promete someterse á la voluntad de V. E?....

—Eso ya es otra cosa, ¿Hay mas?

—Solo falta la firma de V. E.

—¡Mi firma! ¡eso no! ¡que antes quiero ver si me gusta la novia!

—¡Oh! eso no puede, ni debe exigirlo un hombre del rango de V. E.

—¿Y si no me gusta? ¿Y si no puedo amarla?... esclamó, echando un taco, el caballero Anvil.

—Señor, dijo con voz hipócrita el truan, en materia de casamientos lo que importa es el dinero y la nobleza; dinero tiene V. E. y tiene su señora futura mas nobleza que la reina de Sabaa.

Abrió el caballero Anvil tanta boca, miró al taimado agente como pudiera mirar á un animal raro embalsamado, y temiendo ser ridículo, ú obrar cual hombre de poco mas ó menos, tomó la pluma que le presentaba insidiosamente el maldito tentador y firmó como en barbecho.

Leyó *Mister Chupon* la firma, envainó las gafas, dobló la escritura matrimonial, saludó al estúpido animal que se creia un gran caballero porque era un gran capitalista, y tomó las de Villadiego.

Quince dias despues se celebró en la iglesia parroquial de san Pancracio, New-road, en Londres, el feliz enlace del caballero *En Ville* y la señorita *Miss Pride*. Si le salió bien el tomar por mujer á dicha señorita, eso el lector lo dirá cuando haya leido el fragmento de una carta autógrafa que escribió el buen caballero diez años despues á un amigo suyo, fragmento que tuvo la bondad de prestarnos, y que insertamos á continuacion para escarmiento de los que, en lugar de unir su corazon á un corazon que les ame, unen su dinero á un poco de vanidad, ó la nobleza de su sangre á la brutal y estúpida ignorancia enriquecida. . . .

. . . .

FRAGMENTO.

«...El padre y los hermanos de mi noble costilla me han mostrado por largo tiempo un desden humillante para mí y poco provechoso para ellos; pero me quieren mucho y están muy lisonjeros conmigo desde que he pensado en dejarles engullir á mi mesa y prestarles cuanto necesitan para sus gastos, sin tomar jamás la libertad de volvérselo á pedir. Azson Pride, hermano mayor de mi *cara* esposa, tiene conmigo una franqueza que me obligará á quebrar por poco que continúe honrándome con el insigne honor de considerarme como su banquero. Figúrate, amigo Eduardo, que me debe ya el tal Azson mas de cincuenta mil libras y que aun me pide mas. ¡Y mi mujer! El otro dia me tomé la libertad de decirla que me estaba arruinando su familia, á lo cual me respondió con mucha frescura:—Sois un animal incapaz de comprender los delicados gustos y los caballerescos desórdenes de un *homme comme il faut*. (1)

Y para completar su impertinencia, añadió que debia tenerme por muy feliz habiéndose su hermano dignado preferirme á todos sus amigos, y gastar mi dinero; lo que era aceptarme tácitamente como miembro de su esclarecida familia; yo diré á mi hermano, continuó, que se engañó creyéndoos digno de ser pariente suyo, cuando solo sois un villano mal criado, un plebeyon que nada comprende, y que no merecia emparentar con la ilustre estirpe de los *Prides*.

Como te lo puedes imaginar, supliqué á mi esposa perdonase mi grosería y dijese á su señor hermano que podia seguir *honrándome*; esto es, metiendo la mano hasta el codo en mi caja y activando mi ruina final; que nada es demasiado caro cuando se trata de pasar por caballero, y quiero yo pasar por tal.

Se me olvidaba decirte que hemos tenido un niño desde que te fuiste á la Jamáica; un niño que mi esposa ha querido se llamase Arturo, como el rey nuestro pariente. Mucho hubiera yo deseado que se llamase Juan como su padre que soy yo; pero su madre me ha asegurado ser Juan un nombre muy trivial y asaz populachoso, y por consecuencia indigno de su hijo. Es menester, añadió, que se borre de nuestra familia toda especie de vulgaridad. No creí yo que la nobleza consistiese en esas puerilidades; pero parece que si.

¡Ah! se me olvidaba decirte que ha despedido mi mujer á mis dos criados, á los dos pobres diablos que á fuerza de fidelidad y de trabajo me ayudaron á hacer fortuna; pero casi me alegro; me habian conocido cuando era un pelon, y eso siempre humilla al advenedizo favorito del Dios Pluto... ¡Ahora sí que estamos bien servidos! en lugar de los dos mendrugueros mios, ha recibido mi mujer á cuatro zanganotes de seis piés, que desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche se están en la antecámara, fumando, durmiendo y murmurando á razon de veinte libras esterlinas al mes, y como embuchados en sus magníficos casacones de librea galoneados y su enorme pelucon. Para su propio servicio tiene mi señora una doncella francesa

(1) Hombre decente.

que no hace otra cosa en todo el dia mas que chillar y cantar en la lengua de su pais, cosas preciosas, pero que no comprendo yo, porque, como dice mi señora, soy un grandísimo bestia.

¡Tambien el interior de nuestra casa ha cambiado de aspecto! Ya no tenemos muebles ingleses, ni porcelana de china, ni vino español, ni fruta portuguesa. Hasta el *bull-dog* que teníamos antes, ha sido reemplazado por un carlin francés; chimeneas, mesas, rinconeras, sillas, cuantos muebles y rincones hay en la casa están llenos de china de *Sevres y de Limoges*, lo que me ocasiona el incomprensible placer de no poder dar un paso en mi casa sin hacer cascajo con las *chinoisories* de mi mujer.

Damos grandes *soirées en el salon*, pero de lo que en ellos pasa, no te puedo hablar, pues mi mujer no me permite asistir á sus soirées, temiendo comprometa mi falta de educacion la nobleza de su origen y su supremo *bon ton*. Ya te he dicho que tenia un chiquillo mas; pero he olvidado añadir que ese chiquillo es mucho menos patan que su papá, pues sabe la historia y otra infinidad de cosas... asi es, que el otro dia se puso á recitarme de coro la biografía de su tatarabuelo que fué sacristan mayor de san Dustan, y la de su bisabuelo que sirvió como mozo en el famoso buque en que murió Nelson; sin olvidar la particularidad de haber su abuela bailado un wals con el sobrino del mayordomo del duque de Wellington; como el mocosillo es ya tan sapienton, me preguntó, para instruirse mas, sin duda, cuántos duques pares del reino y almirantes contaba yo en mis antepasados, lo que me aturrulló. Pero lo mas interesante se me olvidaba. Ya conoces á mi hijo mayor, al mayorazgo; pues sábete que es un gran caballero que honrará mucho el nombre que lleva.

Mira tú si tendrá humos caballerescos: el otro dia, sin mas que porque me tomé la libertad de decirle que ya era hora de estudiar su leccion, me alargó un puntapié y me dijo con mucho aire, que no olvidase quién era él, quién era su madre y lo que era yo! ¡Y eso que aun no ha cumplido diez años! ¿qué será cuando le apunte el bigote? sobre todo si le dá, como á otros muchos, la mania de hacerse literato, ó poeta, ó general!

Pero basta, que no tengo mas papel: en mi próxima carta te acabaré de contar lo que sufro con mi mujer, á quien todo el mundo llama *una bendita*, con mis hijos, con mis cuñados y hasta con mis criados, grandísimos tunos que se burlan de mí y me llaman por detras el *ambicioso pelagatos*; no te cases, ó si lo haces mira lo que haces: escoje una mujer que te guste, que no sea *mas que tú*, á la antigua, ó muérete solteron como tu padre que en paz descanse, y Adios!

Tu invariable amigo.—*Juan Anvil.*

MANUEL LUCIFER.

LAS CUENTAS DEL GRAN CAPITAN.

Reinaban en la patria del Cid dos seres que la Providencia formó, y sin duda unió para constituir su gloria y felicidad; para padres de la nacionalidad española, para maestros del valor, del saber, del patriotismo y de tantos y tan insignes héroes, que asombrado el mundo todo de sus nobles hechos, jamás conoció en tan escaso terreno ni en tan breve periodo otros mas dignos de ocupar los primeros puestos en el templo de la inmortalidad. Fueron aquellos los ínclitos Fernando V de Aragon é Isabel I de Castilla.

Distinguiéronse entre sus discípulos un Gonzalo de Córdoba, un Colon, un Cortés, un Cisneros, un Magallanes, un Pizarro y tantos otros que no es posible enumerar.

Desde la conquista de Granada ya merecia Gonzalo el renombre de Gran Capitan, que despues le confirmó unánimemente la Europa.

Gonzalo Fernandez de Córdoba, duque de Terranova, de Santangelo, de Vitonto y de Sesa, condestable y virey de Nápoles, hijo de don Pedro Fernandez de Aguilar, rico hombre de Castilla, y de doña Elvira de Herrera, de la familia de los Henriquez, nació en Montilla en 1453, y se casó con Zulema, hija de Muley-Hassan, en 1492, año de la conquista de Granada, en cuya ciudad murió de pesadumbres y cuartanas el 2 de diciembre de 1515, y se le hicieron magníficas exequias, contemplándose en el túmulo doscientas banderas y dos pendones reales por él ganados.

En Italia, teatro principal de sus proezas, cada paso del Gran Capitan fué un ataque, y cada ataque una victoria. Empero habiendo en 1506 pasado el rey católico á Nápoles, sus tesoreros por adular al genio de él, no menos que en ódio de Gonzalo, persuadieron á Fernando á que residenciase á aquel héroe por el empleo de las grandes sumas que habia recibido para los gastos de la guerra. El monarca tuvo la miserable condescendencia de acceder á tal demanda y aun de asistir á la conferencia.

CARGO.

Por los libros que produjeron los tesoreros resultaba que el fisco reclamaba al Gran Capitan ciento treinta mil ducados remitidos por primera partida; ochenta mil pesos por segunda; tres millones de escudos por tercera; once millones de escudos por cuarta; trece millones de escudos por quinta; y asi por este estilo seguia relatando el grave, gangoso y cortado secretario que autorizaba un acto tan imponente y sério.

Gonzalo trató semejante demanda con desprecio, y se propuso dar una leccion asi á ellos como al rey, de la manera cómo debia tratarse á un conquistador. Respondió, pues, que al dia siguiente presentaria sus cuentas, y por ellas se veria quién era el alcanzado, si él ó el fisco.

DESCARGO.

Efectivamente, el gran Gonzalo cumplió su palabra, y al presentarse en la segunda audiencia sacó un libro en que principió á leer sus descargos en alta y sonora voz, para que pudiesen tomar razon, del siguiente modo:

Doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales, en frailes, monjas y pobres, para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas españolas.

Cien millones, en picos, palas y azadones.

Cien mil ducados en pólvora y balas.

Diez mil ducados en guantes perfumados para preservar á las tropas del mal olor de los cadáveres de sus enemigos tendidos en el campo de batalla.

Ciento setenta mil ducados en poner y renovar campanas destruidas con el uso continuo de repicar todos los dias por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo.

Cincuenta mil ducados en aguardiente para las tropas un dia de combate.

Millon y medio de idem por mantener prisioneros y heridos.

Un millon en misas de gracias y Te-Deum al Todopoderoso.

Tres millones en sufragios por los muertos.

Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espias, y

Cien millones por mi paciencia en escuchar ayer que el rey pedia cuentas al que le ha regalado un reino.

Iba leyendo por este estilo otras partidas tan estravagantes y abultadas, que los circunstantes soltaron la risa, los tesoreros se confundieron, y Fernando avergonzado rompió la sesion, mandando que no se volviese á tratar mas del asunto. Parece que se lee un cuento hecho á placer para tachar la ingratitud del rey; pero los historiadores de aquel tiempo lo aseguran, la tradicion lo ha conservado, se ha solemnizado en el teatro, y *las cuentas del Gran Capitan* han pasado en proverbio.

Las célebres cuentas estractadas del Gran Capitan obran originales en poder del conde de Altamira, y una de las auténticas con la firma autógrafa del inmortal Gonzalo, existe en el museo militar de Lóndres, donde se custodia con gran cuidado.

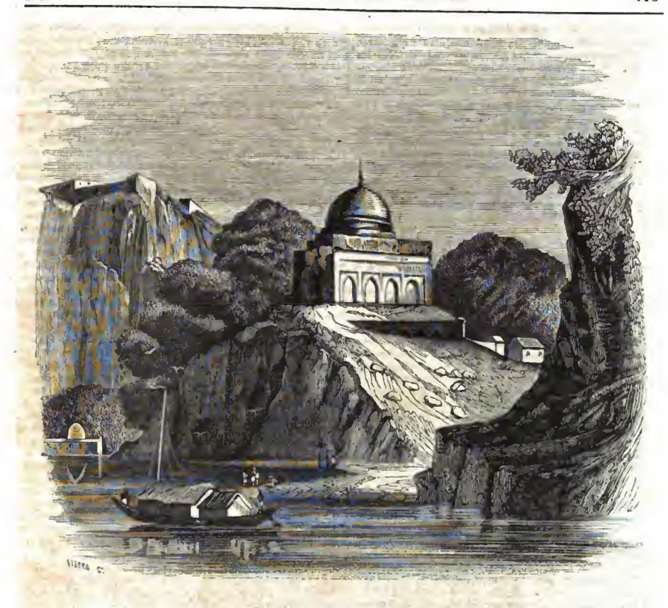
ADVERTENCIA.

Habiendo observado que muchos periódicos políticos y literarios de Madrid y de las provincias, copian con bastante frecuencia escritos del SEMANARIO sin citarle, advertimos: que si bien nos consideramos muy honrados en estas muestras de aprobacion, desde hoy prohibimos formalmente la reproduccion de cualquier materia publicada en nuestro periódico, como no sea poniendo al pie el título del SEMANARIO por completo.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUM. 17.

La envidia dominó á don Alvaro de Luna, arrastrándole hasta el estremo de acabar decapitado en Valladolid.

Madrid, Imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, num. 4.



EL BUNDELKAND.

El Bundelkand, en otro tiempo una de las provincias del Allahabad independiente, se estiende desde el Agrah hasta Malwa. La mayor parte de este territorio, invadido por los ingleses, se halla hoy comprendido en la presidencia de Calcutta. Banda, la capital del pais, está situada en la ribera del Kiane. Una de sus fortalezas, la de Adji-Gur, es notable por su posicion. Construida sobre una roca escarpada, de cerca de 300 metros de altura, siguen sus muros los contornos irregulares de la meseta mas elevada. Antes de la invasion inglesa, habia sobrado siempre para defenderla un reducido número de hombres; bastábales con desprender fragmentos de roca y dejarlos caer sobre sus enemigos.

El paisage de Bundelkand es de inmensa belleza: la vejetacion, rica y vigorosa, está en admirable armonía con los restos de los templos y de los sepulcros, testigos aun del gusto y magnificencia de la antigua India. Las perspectivas son de una variedad encantadora. Frecuentemente el viagero, despues de haber atravesado sombrios desfiladeros, quebradas profundas entre montañas, que por ambos lados forman terrazos, y dominadas por ruinas, llega de súbito ante una vasta llanura en donde superficies bellísimas de aguas tranquilas y puras reflejan los esplendores todos del cielo. Mas lejos atraviesa inmensos bosques cuyo silencio se halla únicamente turbado de tiempo en tiempo por los espantosos bostezos de los tigres, los ahullidos de los lobos ó los silvidos de las serpientes. Un viage nocturno por aquellos paises ofrece á cada paso contrastes que producen en el alma impresiones de un encanto indeleble. Nada es comparable á la belleza de las noches en el Indostan, dice el misionero Perrin. El cielo se vé constantemente esmaltado por millares de estrellas; una luz dulce y tranquila permite distinguir la mayor parte de los objetos. Sucede ademas frecuentemente que se roba la noche entera al sueño, entregándose en cambio al descanso durante los ardores del siguiente dia. El sol, cambiando el aspecto de la naturaleza, suele embellecerla tambien, pero al propio tiempo esclarece las tristes escenas de una decaida civilizacion. Parece que todo debia invitar á la calma y á la felicidad en un suelo fértil que se cubre casi por sí mismo de frutas y de mieses, y que oculta en su seno minas de diamantes, rivales de las de Golconda. Pero un solo hecho indica al observador estrangero que no sabe aprovecharse el hombre de las liberalidades de la Providencia divina. Vése continuamente armados á los habitantes; el labrador conduce su arado sin abandonar el sable, la lanza, ó el mosquete. La ignorancia, la miseria, la esclavitud, las disensiones intestinas ejercen sus estragos hace muchos siglos en aquel bello pais. La anarquia ha convertido una mansion de delicias en lugar de sufrimientos.

DE LA ÉPOCA EN QUE COMENZÓ Á HACERSE USO DEL CABALLO EN DIVERSOS PAISES.

Mucho ha sido el trabajo que he empleado en procurarme las nociones necesarias para descubrir cuál fué el pais en que comenzó á convertirse el caballo en *animal domés-*

tico, y por quien, ó al menos en qué época ha sido adiestrado para la caza: sin embargo, todos mis afanes quedarian colmados, si fuesen de algun interés para mis lectores los resultados de las investigaciones que aquí les presento.

Aparece como indudable, que en el Egipto y no en la Arabia, es donde debemos buscar las primitivas huellas del caballo; puesto que respecto de este pais recibimos las primeras nociones por la via misma de la Sagrada Escritura.

Leemos en el lib. I de Moisés, cap. 47, v. 17: «y Joseph les dió (á los Egipcios) pan para sus caballos.» Hé aquí el primer indicio que so nos dá acerca de la domesticidad del caballo, y que nos prueba que se ocupaban ya en Egipto de la cria caballar en 1102, antes de la era cristiana. Remontándonos mas arriba aun, en 1689, leemos en el mismo libro: «E iban en su comitiva carros y caballos.»

Posteriormente, cuando abandonaron los hebreos el Egipto para sustraerse á la esclavitud, al atravesar los desiertos para llegar á la tierra de promision, vemos que Dios, por la voz de su profeta legislador, les prohibió espresamente el uso de los caballos, con el fin de evitar el que entrasen en relacion con los egipcios: «Pero que no tenga (el rey) muchos caballos para su uso, y así no hará que renueve el pueblo su comercio con los egipcios al ir á comprarlos.» (5 lib. de Moisés, 17, 16.)

Despues que Saul fué elegido rey de Israel, es decir, 1095 años antes de J. C., condujo su ejército contra las tribus árabes; y parece que no se hacia aun uso en ellas del caballo, puesto que, en la enumeracion del botin que cogió Saul en aquella espedicion, se hace únicamente mencion de camellos, de asnos y de carneros.

En el capítulo IX del 2.° libro de las Crónicas, se nos dice: «que Salomon imponia tributos de oro y plata en la Arabia y de *caballos* en el Egipto. Y nada probaria mejor que esto en nuestro juicio, que el Egipto era entonces el único pais rico en caballos, y en donde, por consiguiente, se hallaba mejor establecido su uso. Lo que prueba ademas que no fueron conocidos en la Arabia hasta mucho tiempo despues, es que en el séptimo siglo (de nuestra era), cuando Mahoma combatió con la tribu de Koreisch, le cogió únicamente 24,000 camellos y 40,000 carneros; y, sin embargo, de haber habido caballos en el pais, aquella tribu hubiera sido la primera á tenerlos: además que no solo no se cogieron caballos en el botin, sino que se dice que solo eran *dos* los que llevaba en su séquito el profeta.

En cuanto á saber cuál ha sido el primer pueblo en que se sirvieron del caballo *para montarle*, es punto de muy difícil solucion; pero nada mas cierto, aun cuando esta asercion pueda aparecer como dudosa, que antes de todo fué empleado en el *tiro*.

En 1250 antes do J. C., segun el libro do los Jueces, el pueblo de Canaan se servia de caballos cuando hacia la guerra. El rey David tenia caballos en sus ejércitos; sin embargo, parece que no los tenia en grande estima, á juzgar por muchos pasajes de los salmos (1) y la órden que dió, despues de haber vencido á los sirios y cogido un gran número do carros de guerra *con* 300 *caballos*, de no reservar sino 100 y mutilar los otros, cortándoles los tendones.

Se trata de saber ahora si los cananeos y los sirios tenian aquellos caballos para *montar en ellos* ó para *tirar de sus carros de guerra*.

Los que son de opinion de que *los montaban*, citan en apoyo de su parecer, el pasage mencionado mas arriba, con motivo del viaje que hizo Joseph para asistir á los funerales de su padre: «Tuvo tambien en la comitiva carros y gentes de á caballo: y se formó un gentío no pequeño.» Ademas se dice en efecto con referencia al paso del mar Rojo, que «siendo perseguidos los hebreos por los egipcios, se volvieron las aguas y cubrieron *los carros* y *la caballeria* de todo el ejercito de Faraon, que habian entrado en su seguimiento.» No obstante, una sola palabra viene á destruir las conjeturas que en esto pudieran fundarse: y es que nosotros traducimos, con muchá impropiedad, por la palabra *caballería*, la que, en el lenguage de aquel tiempo significa *conductor de carro*.

Pasando á otros pueblos y consultando los escritores griegos, vemos que Sesostris fué el primero que enseñó la manera de adiestrar un caballo y de montar en él.

(1) Véanse los salmos penitenciales: *Beati quorum remissæ*. Nolite fieri secuit equus et mulus, quibus non est intellectus. In chamo et freno maxillas eorum constringe qui non approximant ad te.

En tiempo de Salomon, el precio de un buen caballo era el de 150 siclos (1100 á 1500 rs.), suma muy considerable en aquella época. Xenophonte refiere que pagó á 500 *dank* (1400 rs.) á Shentes de Tracia el caballo que montaba al volver de la espedicion de Babilonia.

Despues de los egipcios, los asirios fueron los ginetes mas afamados de los tiempos antiguos, y en muchos pasajes de la escritura se hace mencion de ellos como de tales.

Detrás de estos, los Persas fueron quienes adquirieron mejor reputacion. No obstante, Xenophonte nos dice que antes del reinado de Ciro, ya fuese por el mal estado de su tesoro, ya por las dificultades que presentaba lo montañoso del suelo para la cria del caballo, carecian casi de ellos; pero que despues, animados por su propio ejemplo, se hizo general la aficion por los caballos. Algunos avanzan hasta pretender que la Persia debe su nombre á la predileccion de sus habitantes por los ejercicios ecuestres, y que se deriva de una palabra caldea, *Perech*, que significa *caballero*. Tanto entre los persas como entre los asirios, parece que se multiplicó la raza de estos animales de una manera estraordinaria, á juzgar por lo que se nos dice de una *piara de* 150.000 *caballos que se apacentaban en una llanura*. Los de Nicea, de los cuales se servian los reyes de Persia en sus campañas, eran mirados entonces como los caballos mas hermosos del mundo.

Así pues, siguiendo el hilo de nuestras investigaciones, vemos pasar el caballo (y la manera de adiestrarlo) desde los egipcios á los asirios y á los persas; de Asiria á Cappadocia, al pais de las Amazonas y al Helesponto, punto en el cual lo cuidaban con un particular esmero; porque lo consideraban como el animal mas hermoso de la creacion, y digno, por lo tanto, de servir de víctima en los sacrificios que le ofrecian al sol. Desde el Helesponto, pasó el caballo en pos de las poblaciones que se corrieron hácia el occidente, á Frigia y á las costas meridionales de Propontido; de allí, con el famoso Pelops, á Thesalia, en donde causaron un gran terror á sus primitivos habitantes, que los creyeron al principio seres estraordinarios, imaginando que el caballo y el ginete eran *un solo ser*.

Virgilio quiere que sean los lapitas los primeros que domaron, adiestraron y montaron el caballo; en sus Georgicas, III, leemos lo que sigue:

Primus Erichtonius cursus et quatuor ausus
Jungere equos rapidusque rotis insistere victor,
Fræna Pelethronii Lapithæ gyrosque dedere,
Impositi dorso atque equitem docuere sub armis,
Insultare solo et gressos glomerare superbos.

Los antiguos tenian la costumbre de marcar sus caballos con una sola ó con muchas letras, ó bien sino con algun signo simbólico. Las señales mas ordinarias eran Σ *(sigma)*, K *(Kappa)*, y una cabeza de buey. Los caballos asi marcados se designaban por los nombres de Σαμφοραι (Sanphorai), Καππαμιαι (Kappapiai) y Βουκεφαλοι (Bucephaloi). De aquí provino, segun muchos autores, el nombre del caballo de Alejandro el grande; no obstante Allus Gellius pretende quo osta costumbre no influyó en ello para nada, y que se le llamó Bucéfalo á causa de la semejanza de su cabeza con la de un buey.

Llegado que hubo á Europa, no tardó en propagarse el caballo con una rapidez tan grande, quo no solo se difundió su uso por todo el continente, sino que tambien en todas las islas que de él dependian. Citaremos por ejemplo, que, cuando hicieron los romanos su irrupcion en Inglaterra, se encontraron á los habitantes armados y preparados á recibirlos *sobre carros de guerra de una construccion destructiva y arrastrados por caballos*, lo cual prueba bien que se hacia uso de ellos de largo tiempo atrás.—A la mano he tenido escritos irlandeses, que atestiguan asimismo, que sus autores se hallaban perfectamente instruidos en el empleo del caballo.

Es muy probable que, aun antes de llegar á domarlo, hubiesen presentido ya nuestros antepasados la utilidad que podian sacar de él en la caza, para seguir á los perros adiestrados en este ejercicio.

Hacian correr poco á los perros quitadores, y esto por la razon sencillísima de que los seguia el cazador *á pié*; aunque, segun lo que hallamos en las monedas y aun en otros *facsimiles* de aquellos primeros tiempos, el perro de caza no era entonces otra cosa que un *co-agente* del freno, es decir, que servia unicamente para descubrir la caza por el olfato, cuyas huellas, *teniéndolo atraillado*, seguia el cazador has-

ta matarla. Esto se entiende solo respecto del perro de parada; porque el uso del lebrel es mucho mas antiguo.

Tan pronto como fué adiestrado el caballo para la caza, se necesitó aumentar la celeridad de la carrera de los perros; poco á poco quisieron añadir los cazadores á esta caza un *latido melodioso:* y hé aquí ya el origen de las *cuadrillas regulares*. Bien pronto se alzaron los ejercicios de caza á un grado de perfeccion que en nada cedia al refinamiento de nuestros *sportsmen* modernos.

Háme sido imposible obtener reseñas tan satisfactorias como hubiese deseado acerca de las primeras cazas á caballo.

Palaphatus nos hace con este motivo la narracion siguiente en su libro: *De incredibilibus historiis*.

«En tiempo de los reyes de Tessalia, acaeció que una manada de toros, que pasaba por el monte Pellion, fué presa de la rabia y comenzó á devastar todo el pais de los alrededores. Irion prometió una recompensa considerable á los que concluyesen con aquellos animales. Algunos jóvenes del lugar de Nephelé, imaginaron que el caballo podria serles de grande utilidad en una ocasion semejante, si conseguian amaestrarle: por lo tanto dedicáronse á adiestrar algunos y probaron á *montarlos;* cosa muy estraordinaria á los ojos de todos, porque hasta allí solo se habia servido de estos animales para que tirase de los carros. Ya bien ejercitados y asegurados de sus monturas, lanzáronse aquellos jóvenes en persecucion de los toros; y favorecidos por la veloz carrera de sus caballos, concluyeron por esterminarlos todos ; de lo cual les provino el nombre de *centauros*, —picador de toros.

El nombre del pueblo de donde salieron aquellos jóvenes añadió tambien algo á la fábula á que dió origen el mencionado acontecimiento. *Nephelé* significa *nube*, de donde Virgilio llamó ingeniosamente á los centauros: *Los hijos de las nubes*, y muy pronto acreditó la fama que eran los hijos de *Irion y de una nube*. Esto no obsta para que algunos autores aseguren que «*aquellos mónstruos, mitad hombres y mitad caballos*, han existido realmente. Plutarco nos habla de un *centauro* que habia sido *visto* por Periandro de Cormthe. Plinio (VIII, 3) nos dice *haber visto él mismo uno, que habia sido transportado desde Egipto á Roma enteramente embalsamado* (y además añade) *con miel.*

Cuando llegaron los españoles á Mégico, sus ginetes produjeron un gran espanto en los habitantes de aquel hemisferio; los tuvieron como ya habia sucedido en otras ocasiones, por mónstruos estraordinarios: y aun despues de haber salido de su error, los megicanos creyeron durante mucho tiempo que los caballos eran animales carnivoros, y que devoraban á los enemigos que sus dueños mataban en las batallas. Cuando relinchaba un caballo, decian ellos que *era para pedir carne humana*.

Los romanos que hicieron bajo César la conquista de la Gran Bretaña, hallaron ya una porcion de caballos que tuvieron por tan escelentes, que se llevaron infinidad de ellos consigo á Roma. César habla en muchos pasages y con elogio de la fuerza y del fuego que los distinguian.

Segun Beda, en 630 fué cuando se puso la primera silla al caballo en Inglaterra, y cuando comenzó la moda de montar en él.

En el reinado de Athelstan, segundo sucesor de Alfredo y su hijo natural, comenzaron á ocuparse con un esmero especial en la cria del caballo. *Hugo-Capeto*, al pedir á *Athelstan la mano de su hermana*, le hizo presente de algunos caballos de Alemania.

El año de 930 apareció en Inglaterra un edicto que prohibia la esportacion de caballos, escepto en los casos en que quisiese hacer presente con ellos el soberano al estrangero. Desde aquella época comenzaron á importar caballos de simiente, para procurarse la mejora de las razas del pais.

Howel Dhue (ó el bueno) de Wales se ocupó de fijar el precio de los caballos y de otros animales domésticos, para poner coto á algunas supercherías que indudablemente tenian lugar. Bajó en mucho el precio del caballo y estableció que se concederian al comprador *tres dias* para asegurarse de que el animal no padecia de vértigo, *tres meses* para cerciorarse del estado de sus pulmones, y *un año* para la seguridad de que no se hallaba atacado de muermo. ¿Dónde irian á parar nuestros chalanes con una órden por el estilo de esta?

Hallamos en un documento muy original del año 1000, un reglamento del mismo Howel Dhue, segun el cual: «El que hiciese morir voluntariamente ó por negligencia *un caballo padre*, pagaria como en resarcimiento 30 schelines; *una yegua ó un potro*, 20 schelines; *una yegua ó un potro* que no sirviesen aun, 5 schelines; *una muleta ó un asno*, 12 schelines; *un buey*, 2 ½ schelines; *una vaca*, 2 schelines; *un cerdo*, ½ schelines; UN HOMBRE, 48 schelines es decir, segun la moneda de hoy dia, de 10 á 12 libras esterlinas.»

Otra ordenanza de aquel buen príncipe:

«Si toma alguien prestado un caballo, y por causa del poco cuidado, se le hace *una desolladura* en la espina dorsal, pagará en indemnizacion 4 stübers; si la tal *desolladura* se ha interiorizado mucho en *la carne*, pagarán 8 stübers; si *profundizase la herida hasta el hueso*, pagarán 16 stübers.»

Las carreras de caballos se pusieron en boga en Inglaterra bajo el reinado de Enrique II; la arena principal era entonces Shmithfiedld. Ricardo Corazon de Leon, fué el primero que importó en el territorio inglés *la raza pura oriental;* trájose en su séquito dos caballos padres de la isla de Chipre, notables por su fuego y su belleza; sus antecedentes genealógicos eran en verdad desconocidos, pero lo que está fuera de duda es que fuesen árabes, pues que entonces, y de mucho tiempo atrás, se hallaba la Arabia en posesion de las mejoras razas.

Eduardo III tenia muchos caballos de carrera llamados *running horses*, para distinguirlos de los pesados y fuertes, de que se servia para la guerra y para la agricultura.

Enrique VIII sea que fuese muy amante del fausto, ó que sintiese gran pasion á los caballos, exigia que todos sus súbditos tuviesen un cierto número de caballos, segun su rango ó condicion. Los arzobispos y los duques debian tener siete caballos de silla, de la misma alzada, es decir, de 14 *palmos* de altura. Todo eclesiástico cuya renta se elevase á 100 libras sterlinas, ó bien todo particular *cuya mujer llevase capucha á la francesa ó manteleta de terciopelo*, estaba obligado, bajo multa de 20 schelines, á tener un buen caballo trotador.

En cuanto á los carruajes, el conde Arundel fué quien introdujo la moda en Inglaterra, en tiempos de la reina Isabel; hasta entonces iba esta á caballo á la iglesia, teniendo delante de sí á un escudero. El uso de los coches y de los carruajes aumentó bien pronto la necesidad de los caballos; y á fines del mismo reinado ya dió la cámara alta un bill *para reprimir el escesivo abuso de carruajes*.

Jacobo VI estableció las carreras públicas, de las cuales eran teatros ordinarios Gortenly en el Yorkshire, Croydon cerca de Lóndres, y Theobalds en Enfield-Chase. El peso dado al jockey era el de 140 libras.

Casi siempre consistia el premio en una campanilla, al principio de madera, y de plata despues, con el mote: «*Bear avvag the bell» llevar la campanilla*, por ser vencedor.

Cuando Guillelmo III subió al trono, fundó una academia de equitacion.

La reina Ana protejió del mismo modo las carreras, y por consecuencia la cria caballar. Su esposo, el príncipe de Dinamarca, tenia singular aficion á la carrera y á la caza.

Jorge I dejó de dar *roeles*, reemplazándolos con una suma de 100 guineas.

En el reinado de Jorge II fué muy desatendido el caballo, y la equitacion decayó estraordinariamente.

Jorge III elevó, en cambio, uno y otra. Hizo disponer un parque real, en el cual se entregaba él mismo á diferentes ejercicios de equitacion en compañía de muchas personas de la nobleza. A él se debe la fundacion de la primera escuela de veterinaria en Inglaterra; el principal profesor de ella fué M. Vial de Saint-Bel.

Jorge IV era un cumplido caballero, y bajo su reinado alcanzaron los ingleses, en el arte de la equitacion, una perfeccion á la cual no podria aspirar nacion alguna.

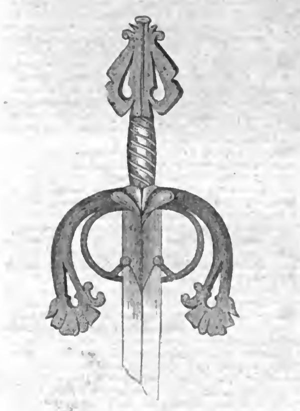
Jorge V contribuyó tambien á su mejoramiento, aun cuando no fuese gran ginete.

La reina Vitoria es hoy dia la amazona mas cumplida; su esposo, el príncipe Alberto, tiene igualmente una aficion muy pronunciada por la equitacion, de la que se satisface perfectamente, asi como de la de la caza.

LA TIZONA,

FAMOSA ESPADA DEL CID.

Las hazañas y renombre del celebrado Rodrigo Diaz de Vivar, llamado ademas el Cid Campeador, son y serán siempre objeto de admiracion de nacionales y estranjeros, y constituirán una de las mas bellas páginas de la historia de España, pais tan fecundo en héroes, que á semejanza de los de la primitiva antigüedad han rayado casi en lo fabuloso por lo increible de sus hechos, abultados despues por las generaciones venideras, que los han encomiado en sus cantos y leyendas. El Cid ¡voz mágica que representa á la vez el valor, el heroismo y la lealtad castellana! Todo lo del Cid es grande y respetable. El célebre monasterio de Cardeña, sepulcro por tantos siglos de sus cenizas, de las de la célebre doña Jimena su esposa, y casi toda su parentela; Burgos, la venerable cabeza de Castilla, donde está la casa y solar del mayor de sus guerreros; Valencia, Toledo y tantos otros puntos, testigos de sus empresas, cobijan aun bajo sus muros recuerdos indelebles de la existencia y huellas de Rodrigo Diaz. A mas de sus mortales restos, cuya autenticidad, solo un hombre se ha atrevido á disputar, aun quedan en el dia objetos que fueron de su pertenencia, y que una constante tradicion los conceptua como tales sin que de aquellos mismos resulte opinion en contrario. No existe, y sí solo pertenece á la historia el decantado Babieca, corcel insigne á cuya celebridad no ha llegado ningun otro animal de su especie; pero sí nos queda aun otra prenda mas identificada con el héroe de Castilla; aun existe la *tizona*, espada que compartió con la *colada* el honor de que



la empuñase aquel brazo, terror de la morisma. La crónica de estas armas es la crónica misma del Cid, de ellas se hace mencion en todas sus batallas, desafios y contiendas, y ellas por último fueron siempre la alhaja de prediteccion, y como si dijeramos, el talisman sagrado que condujo á la victoria y abatió siempre el orgullo y la pujanza de los enemigos de Rodrigo. De ambas espadas, la que actualmente nos ocupa y cuyo dibujo va al frente de este articulo, es la tizona, de la quo al presente es poseedor el Excmo. Sr. marqués de Falces, en cuya casa, desde hace varios siglos, ha permanecido vinculada esa joya histórica y arqueológica, sobre la cual daremos cuantas noticias nos han dejado trasmitidas las antiguas y respetables memorias, juntas con las tradiciones populares.

En la Armería Real de Madrid se conserva otra espada que se tiene vulgarmente por la colada del célebre Campeador; pero entre esta y la que es objeto de este escrito, media una notable diferencia, no pudiéndose decir de la tizona lo que justamente observó Mr. Jubinal al dar á luz el diseño de la supuesta colada, en la descripcion de la Real Armería (lám. 30 de aquella coleccion) demostrando que la tal tradicion forma un visible anacronismo de muchos siglos con la forma y hechura del arma que se atribuye á aquel célebre guerrero, que en vez de pertenecer á su época debia fabricarse á mediados del siglo XVI.

«Por el contrario vista detenidamente la que justamente se cree la tizona del Cid, que examinamos y comparamos, prosigue el mismo Jubinal, con las de Pelayo y de Bernardo del Carpio, qué existen en la misma armería y que tambien han sido publicadas, se nota al punto la analogia que existe entre ellas; basta observar la sencillez de su empuñadura, que tiene alguna semejanza con la cruz que forma el distintivo de la órden militar de Santiago, y por último, su dimension que solo es de tres pies, cuatro pulgadas y seis líneas, medida española, desde el pomo á la punta, para hacer muy probable la opinion de que esa arma es la legítima y verdadera tizona, pertenencia del valeroso caudillo cuyos estraordinarios hechos tocan en lo fabuloso y que vivió en época en la que las armas eran cortas y los brazos esforzados.»

«No traeremos como una prueba incontestable de su autenticidad la inscripcion que se lee en la hoja de esta misma espada: *Esta es tizona, fué fecha en la era de mil é cuarenta*, aunque no es tan fácil grabar en una hoja templada; pero sí es de gran peso la autoridad de los autores españoles, y á mas de eso, el aprecio y veneracion con que se ha conservado y se conserva en la ilustre casa de los señores marqueses de Falces, una de las primeras de Navarra.»

Hasta aquí Mr. Jubinal, cuyas observaciones hemos encontrado exactísimas al examinar de nuevo y con el mayor detenimiento, tanto la una como las restantes armas citadas por ese juicioso escritor, á lo cual tan sólo añadiremos que la tradicion de la autenticidad de la tizona es constante en toda Navarra, y que como prueba de respeto sirve aun esta gloriosa espada, para que sobre ella tomen posesion de sus estados de Falces los nuevos sucesores.

El estado de conservacion de esta curiosa arma es bastante bueno; la empuñadura es de hierro enteramente negro; la hoja de dos filos, delgada, tersa y flexible, y la vaina que la encierra es evidentemente moderna.

Supuestos estos preliminares, la imaginacion puede ya, á la vista de tan curioso monumento, remontarse hasta su origen y una por una saborear con gusto las glorias que van unidas á esta espada respetable. En los romances y crónicas caballerescas consta la ocasion y época en que adquirió el Cid las dos espadas, de que tanto aprecio hacia; las que dió como en dote á sus hijas al casarlas con los infantes de Carrion, y á quienes despojó de ellas muy luego el mismo suegro, atendida la conducta infame y villana de aquellos malos caballeros, y al recobrarlas, estrechándolas contra su pecho las dirigió este sentido apóstrofe: «¡Ah las mis espadas co»lada é tizona! por verdad puedo decir por vos, que sodes »las mejores espadas que hay en España, é yo vos gané, ca »las non hube por compra ni por cambio; á vos *tizona* gané »del rey Juñez de Marruecos, el dia que lo vencí cerca de »la ciudad de Valencia y lo encerré en el castillo de Fuen»teja, é á vos colada gané el dia que prendí al rey don Pedro »de Aragon y al conde don Ramon Berenguel que vos traia; »é por honrar á mis fijas di vos con ellas en guarda á los »infantes de Carrion; mas vos non érades para ellos ca vos »traian fambrientas, é non vos cebaron de las carnes como »soliades ser cebadas etc.»

El romancero del Cid en el núm. 67, cuenta todo esto poco mas ó menos en los propios términos y de la manera siguiente:

En las cortes de Toledo
do le fueron entregadas
ante el VI rey Alfonso
por los Condes las espadas,
así fablaba con ellas (el Cid)
sin fartarse de mirarlas:
«¿Dó estais, mis queridas prendas?
¿A dó estan mis prendas caras?
No caras porque os compre
por dinero, oro ni plata:
mas caras porque os gané
con el sudor de mi cara.
Del Rey moro de Marruecos,
siendo Valencia cercada
y vos mi espada tizona
que vos traie en su guarda,
y al conde de Barcelona,
á vos os gané colada
cuando les tomé á los moros
los castillos de Brianda.
Yo nunca os fice cobardes
antes, por la fé cristiana,

en la sarracena gente
os traje siempre celadas.
A los Condes mis dos yernos,
por ser joyas tan preciadas,
vos di, y ellos ¡ mal pecado!
os tienen de orin tomadas.
Non erades para ellos
que vos traian afrentadas,
por de dentro muy fambrientas,
por de fuera pavonadas;
libres estais de las manos
que os traian cautivadas:
el Cid os mira en las suyas
donde sereis mas honradas.»
Hijo, y a Pedro Bermudez
y a don Alvar Fañez llama,
y manda que se las guarden
mientras las córtes duraban.

Hablando Jimena en las mismas córtes sobre las espadas, dice al Cid lo siguiente en el romance 58.

Cobrad vuestras dos espadas
para Bermudo y Ordoños,
que ellos pondran en sus filos
el uso de vuestros golpes;
sacarán de fuego mio
la tizona los tizones,
y la famosa colada
la mancha de las pasiones.

A este famoso juicio entre el Cid y los Condes, siguió luego el desafio entre Pedro Bermudez y Martin Antolinez contra aquellos:

ROMANCE 72.

A los Condes les pesó
de lo que el Rey les avia.
La colada y la tizona
al Rey suplicado habian
que non entren en la liz
que era mucha su valia.
. . . .
. . . .

ROMANCE 77.

Y ya desmayado en tierra
Fernan Gonzales caia
por las ancas del caballo,
asido a la misma silla,
la lanza echara de si,
mano á tizona ponia,
dijole á Fernan Gonzales:
«Traidor, perderás la vida;»
y él, conociendo la espada
que el buen Bermudo traia,
temiéndose de la muerte,
y antes que le diera herida,
dijo: «Yo soy vencido
y por tal me conocia.

En otros varios romances se hace mencion de la tizona:

ROMANCE 9.

. . . .
. . . .
Una gorra de gontrai
con una pluma de gallo,
llevaba puesto un tudesco
de felpa todo aforrado,
la tizona rabitiesa
del mundo terror y espanto,
en tiros nuevos traia
que costaron cuatro cuartos.
. . . .
. . . .
Y el Rey sosiegue su casa
antes que busque la agena,
que no me farán coborde
el mi amor y la mi queja,
que mas traigo siempre al lado
á tizona que a Jimena. (R. 27.)
. . . .
. . . .
Espero en Dios que mi brazo
ha de facelle rico mientras
la mano apriete á tizona
y el talon fiero á Babieca. (R. 40.)

Esta misma tizona fué la espada que llevó el Cid asegurada en su mano cuando despues de muerto, lo presentaron á caballo en la salida que hizo la guarnicion de Valencia, sitiada por los moros, sobre lo cual no se hizo mas que lo que el mismo Rodrigo dejó dispuesto antes de la batalla y ya próximo á espirar:

ROMANCE 74.

. . . .
. . . .
Y desque esto fuere hecho
Babieca se ensillaria,
fareislo muy bien armar
y pondreis mi cuerpo encima
apuestamente guarnido
y atáreisme de tal guisa
que non puedo del caer
aunque faga arremetida.
En la mi mano derecha
tizona se me ponia,
y don Gerónimo, obispo,
á un lado de mi iria, etc.

En el monasterio de Cardeña, en la pared cercana al sepulcro del Cid hay un epitafio antiquísimo en que se hace mencion de esta jornada y de las espadas, puesto en boca del Cid:

Cid Ruiz Diez so que yago aquí enterrado é vencí al rey Bucar con treinta y seis reyes de paganos. Estos treinta y seis reyes, los veinte y dos murieron en el campo, vencilos sobre Valencia, desque yo muerto encima de mi caballo. Con esto son setenta y dos batallas que yo vencí en el campo. Gané á colada y á tizona, por ende Dios sea loado. Amen.

Aunque á tan maravillosas leyendas no se de mas fé que la de tradiciones populares, su antigüedad sin embargo hace á cual mas recomendable la espada que aun existe de aquel celebrado caudillo. El P. Moret diligentísimo coronista, y erudito investigador de las antigüedades de Navarra, cita igualmente esa arma con estas palabras: «la espada celebrada con el nombre de *ticiona* como se ve en ella misma y vinculada en el mayorazgo de los marqueses de Falces que la conservan en su palacio de Marcilla» etc (1).

Réstanos averiguar cómo y de qué manera ha podido trasmitirse esa arma desde el Cid hasta uno de los Peraltas, de cuyo ilustrísimo linage descienden los actuales marqueses de Falces, y sobre esto, á falta de auténticos documentos, de que carece el archivo de esa casa, deben tener lugar las conjeturas é inducciones históricas, que formen nuestra opinion. Consta por los Anales de Navarra que muerto alevosamente, en 1076 el desgraciado rey don Sancho, llamado el de Peñalen, por el nombre de la roca desde donde fué precipitado por sus hermanos don Alonso y doña Hermesenda, quedó vacante dicho reino, del cual se apoderaron y entre sí repartieron, el rey de Aragon y don Alonso VI rey de Castilla, haciéndose este ademas cargo de la familia del difunto que consistia en los dos hermanos citados y en don Ramiro su primo, hijo de don García VI, nieto de don Sancho el mayor, dos hermanas suyas y los dos niños infantes Garcías, hijos de aquel, todos los cuales siguieron su córte y firman en los privilegios de aquella época, habiendo casado el mismo don Alonso VI á una de las infantas llamada doña Urraca con el conde García Ordoñez, su privado.

Este infante don Ramiro, dicen las crónicas y memorias antiguas que fué el que casó con una de las hijas del Cid, á quienes unos llaman Elvira y otros Cristina, y que tuvieron un hijo llamado don García, el cual consta que se estableció en Toledo y fué dueño de tierras y heredamientos en aquella ciudad por merced del conquistador de ella don Alonso, y al cual le llama vulgarmente *el desheredado* por verse privado de un reino que legítimamente le pertenecia y que en su mayor parte disfrutaron los reyes de Aragon don Alonso y don Pedro Sanchez.

En las memorias del tumbo negro de Santiago se comprueba este enlace con estas palabras:

«E mio Cid ovo moiller Donna Jimena, nieta del rey D. »Alfonso fija del conde D. Diego de Asturias et ovo en cilla »un fillo et dos fillas, et el fillo ovo nombre Diago Roiz, et »matáronlo en Consuegra los moros: de las fillas la una ovo »nombre Dona Cristina, la otra Dona María; casó Dona »Cristina con el Infant D. Ramiro, casó Dona María con el »conde de Barcelona. El Infant D. Ramiro ovo en Dona Cris»tina fillo al rey D. García de Navarra al que dijieron García »Ramirez. El rey D. García tomó por mujer á la reina Dona »Magelina é ovo della fillo al rey D. Sancho de Navarra. Este »rey D. Sancho tomó por mulier la filla del emperador Des»pana, et ovo della fillo al rey D. Sancho, que agora es rey de »Navarra.»

Otros dicen que el don García *el desheredado*, de que acabamos de hablar, casó en Toledo con una hija del famoso Alvar Fañez Minaya, alcaide que fué de Toledo y uno de los guerreros mas valientes que acompañaron siempre al Cid, el cual segun aparece por los romances y crónicas antiguas debió heredar de aquel caudillo la tizona que ninguno mejor que él fué digno de poseer.

Sígase la opinion que se quiera, todas las tradiciones y memorias antiguas confirman y están apoyadas en la idea de que una de las hijas del Cid, heredera ya por sí, ya por alguno de sus maridos de una de las espadas de su padre, entroncó con la familia Real de Navarra, cuya corona, restaurada y vuelta á ser independiente en los tiempos de don García Ramirez debió ser la dueña de tan preciosa alhaja.

Resta aun por averiguar en qué época y por qué rey pudo darse esta arma tradicional, y pasar á poder de la familia de Peralta, por cuyo linaje y descendencia la poseen los marqueses de Falces. El P. Moret en sus investigaciones históricas de Navarra, consecuente con esto, cree que la donaria algun soberano de ese estado «á algun ascendiente del linaje de los Peraltas por cualquier servicio relevante.»

Para confirmar esta conjetura del erudito y sábio cronista seria de desear copia de la carta real en que se hiciese esta donacion; pero aunque no se ha encontrado en los archivos de la casa documento alguno que pueda llenar en todo ó en parte este vacío, basta saber que Mosem Pierres de Peralta llamado el viejo, fundador de esta casa en España, vino de Francia á casarse con doña Leonor de Navarra, hija de Cárlos, rey de Navarra y duque de Nemours; que su hijo del mismo nombre llamado el mozo, condestable de aquel reino estuvo casado en segundas nupcias con doña Isabel de Fox, prima de la reina doña Catalina, así como en primeras lo habia estado con doña Ana de Brabante, hija delduque de Borgoña, y si ademas de estos enlaces se recuerda el grande influjo que tuvo dicho condestable en los negocios políticos y militares de la época, se podrá inferir sin violencia, y á falta de otras pruebas, el modo honroso con que pasaria á sus manos la célebre tizona de las de cualquiera rey ó príncipe de Navarra de ese tiempo, y por qué se conserva ese objeto monumental en su descendencia, juntamente con el baston de condestable, con las llaves del castillo de Agreda que conquistó, y con una cota que es fama se desciñó el emperador Cárlos V y puso con sus propias manos á un

(1) Investigaciones históricas de Navarra, tomo único, página 667.

don Luis de Peralta, descendiente de aquellos, quien todavía mancebo y entrando sin armadura en una de las infinitas batallas que se dieron durante las interminables guerras de Alemania, fué herido á presencia de aquel monarca.

Los gloriosos recuerdos que llevan consigo estos preciosos objetos que han sobrevivido á los trastornos y vicisitudes de las épocas de destruccion y vandalismo que la España ha atravesado, son un timbre y nuevo blason para las casas ilustres que afortunadamente aun los poseen, y las que en ese caso se encuentran deben á todo trance conservarlos, ya como monumento arqueológico, ya tambien como prenda de nobleza, y del valor y constancia de sus venerables antepasados.

NICOLÁS MAGAN.

BEATRICE CENCI.

LEYENDA.

E se non piangi, di che pianger suoli?
DANTE.

En el siglo XVI, llevados los italianos en alas de su genio, cultivaban con esmero las ciencias, las letras y las artes; pero á pesar de que un destello divino inflamaba su pecho, inspirándoles altas concepciones, y recordándoles á cada paso la grandeza de su origen y el resplandor de sus ilustres antepasados, muchas bárbaras instituciones, que habian echado raices muy hondas por obra de los godos y otros pueblos septentrionales, hacian azarosa su existencia, y perturbaban la tranquilidad de las ciudades mas populosas de la hermosa Italia.

Los señores feudales gozaban de fueros y privilegios que les habian trasmitido sus progenitores, y mantenian á su sueldo bandoleros, sicarios y asesinos, prontos á perpetrar toda especie de crímenes, y á acometer á los ciudadanos indefensos y pacíficos, para satisfacer las pasiones ruines y las venganzas del señor, que les escudaba con su alto y prepotente patrocinio.

Sisto V, que desde el fondo de su humilde choza supo elevarse hasta el capitolio, ciñendo sus sienes con la tiara, cuyo poder abrazaba entonces el orbe entero; este varon preclaro, este pontífice de renombre imperecedero, apenas sentado en la silla del príncipe de los apóstoles, abrasado de celo y de amor á la justicia, concibió el noble proyecto de poner coto á la avilantez, á la tiranía y al poder brutal de los patricios romanos, que por conducto de sus infames satélites perpetraban enormes delitos.

Queriendo, pues, aquel pontífice dar un escarmiento terrible á los señores feudales, que abusaban tan torpemente de su elevada posicion, les hizo notificar que se trasladasen á su régia morada en un dia determinado y á la misma hora, insinuándoles que debia conferenciar con ellos sobre asuntos muy urgentes que atañian al bien del estado. Aquellos altos personajes acudieron solícitamente á la intimacion de su soberano, que les recibió con semblante muy severo, y les habló de esta manera: «Vuestra desenfrenada tiranía y la maldad de vuestros fieles servidores acosan miserablemente los estados de la iglesia; vosotros hollais todos los derechos humanos y divinos, pero el imperio de las leyes bajo mi reinado, será mas fuerte, mas sólido y mas duradero que vuestra tiranía; y para que conozcais que estas palabras no son amenazas vanas ó una jactancia pueril, mirad hácia lo alto de las ventanas de este palacio.»

La ira y el encono de aquellos patricios al oir el breve, pero tremendo discurso del pontífice, se trocó en espanto y horror, cuando al alzar los ojos columbraron á través de los cristales á los ministros de su iniquidad, colgados de unas horcas levantadas sobre los tejados de las casas, que estaban enfrente del palacio pontifical.

Sisto, mirando entonces con torvo ceño á aquellos personajes, que estaban aun á su alrededor, y que con cara demudada y los ojos fijos en el suelo no osaban pronunciar palabra, añadió en tono de cólera: «Acordáos de este espectáculo que habeis presenciado, y no me provoqueis á mostraros mañana otro mas terrible.»

El acierto de las resoluciones soberanas del pontífice, la firmeza, la incorruptibilidad, el rigor de los ministros de justicia ahogaron la tiranía de los patricios romanos, pero el reinado de Sisto fué muy corto, y aquel esclarecido varon no pudo llevar á cabo sus vastos designios, ni arrancar de raiz los desmedidos privilegios y torpes abusos, que enaltecian el orgullo de los patricios, los cuales, acaecida su muerte, volvieren á levantar la cabeza, como una serpiente asquerosa en cuyas venas infunden un nuevo calor los rayos ardientes del sol, despues de haber disipado las nubes que habian oscurecido el cielo, vertiendo nieves y granizos sobre las yerbas del campo. Así es, que en la época á que se refiere la funesta historia que vamos á describir, habia vuelto á germinar la mala semilla de malhechores y asesinos, pensionados por los señores feudales del estado romano, entre los cuales sobrepujaba, tanto por su riqueza, por su larga clientela y noble alcurnia, como por su violencia, por su altivez y repugnantes crímenes, Francisco Cenci, padre de la desventurada *Beatrice*.

Su rostro pálido y descarnado, sus ojos hundidos y fruncidas cejas, sus miradas torvas y malignas, su talle delgado, sus pasos tardos y lentos hacian traslucir su alma pérfida y amancillada de terribles delitos. Este hombre, que parecia el hijo primogénito del pecado, y que hollaba todo derecho humano y divino, este hombre, que escarnecia los afectos mas tiernos que la naturaleza ha estampado en nuestros corazones, y que habia sido el asesino de su jóven esposa, cortándole el hilo dorado de una vida lozana con un brebaje venenoso, prendado de la hermosura y de las gracias seductoras de Lucrecia Petroni, noble matrona romana, queria cautivarse á toda costa su amor, pero esta rechazó con desden las bajas lisonjas de Francisco Cenci, conociendo que nacian de afectos caprichosos é impuros. El candor de su alma y la honestidad que habia sabido conservar ilesas en los años de su viudez, quitaban á Cenci toda esperanza de conseguir sus torpes deseos: la brindó, pues, con las promesas seductoras del himeneo, confirmándolas con repetidos agasajos y ricos dones. La Petroni, aunque no se habia mostrado múy propensa á aquel nuevo enlace, no tuvo bastante teson para rechazar con desden los halagos que trae consigo la opulencia, el fausto y la pompa; y cedió por último á los impulsos de una ambiciosa vanidad, pasion terrible, que ejerce su imperio en el mundo, y encuentra siempre un firme apoyo en el corazon de toda mujer, por altas que sean sus virtudes y sus afectos tiernos, candorosos y nobles.

Ufano Francisco Cenci de haber ablandado á una mujer tan esquiva, apresuró sus bodas, que se celebraron en uno de sus mejores palacios de Roma. Pendian allí de las paredes pomposa y lujosamente ricas colgaduras de varios y deslumbrantes colores, que reflejaban á la luz brillante, que despedian de sí arañas de luciente cristal, adornadas de záfiros y esmeraldas. Se veian allí los retratos de los mas ilustres varones que habian pertenecido á la familia Cenci, y la fama de cuyos hechos se habia trasmitido á la posteridad. En uno de los costados de la espaciosa sala se presentaba á la vista el retrato de un guerrero con su cota de malla y vestido todo de hierro, que llevaba en su pecho el signo de nuestra redencion para dar á conocer que habia atravesado en tiempos muy remotos los desiertos arenosos y abrasados del Asia, peleando contra los infieles para reconquistar los santos lugares. Estaba mas allá el retrato de un hombre envuelto en una larga toga, y que teniendo en su mano un proceso, parecia mirar con fruncidas cejas y decir: *veremos*. Se veia al opuesto lado el retrato de un hombre de semblante muy severo, y cuyos hábitos significaban que habia tenido el alto honor de pertenecer al número de los príncipes de la iglesia. No muy lejos se veian los retratos de dos guerreros que llevaban con un fiero ademan y mucha arrogancia dos largos pendones, desplegados al viento, cuyos colores daban á entender que sirvieron de guia en la edad media á las facciones de los blancos y de los negros que sacudieron hasta en sus cimientos la libertad de Italia. En el fondo de la sala, y en última lontananza estaban los retratos de Francisco y Lucrecia al pié de un altar, y prontos á proferir el voto solemne delante del sagrado ministro.

Pero tanta alegría se trocó muy pronto en tristeza y acerbo dolor. Francisco Cenci, despues de haber satisfecho su orgullo y su vanidad, granjeándose el afecto de Lucrecia Petroni, volvió á sus hábitos antiguos, y desplegó la fuerza de su tiranía y la ferocidad de su alma contra su nueva y tierna esposa. Sus hijos Jacobo, Bernardo y *Beatrice*, que habian mirado con regocijo aquel himeneo, alimentando una placentera esperanza de que la honesta

matrona con su dulzura y la pureza de sus costumbres amansára la índole perversa de un padre tan crudo, se encontraron sumidos en nuevas y terribles calamidades, y en vez de tener un alivio, desahogando sus pasadas desdichas en el seno de una madre cariñosa, se vieron en el duro trance de mezclar sus lágrimas amargas con el llanto que vertia la nueva víctima caida bajo el dominio de un hombre, cuyo corazon no latia mas que para la ira, el encono y la venganza.

Francisco Cenci, abandonando la ciudad de Roma, se trasladó con sus hijos y Lucrecia á un viejo castillo, que en tiempos muy antiguos habia sido morada de sus antepasados, y en donde residian á la sazon bandoleros y asesinos, que eran ministros de su iniquidad. El silencio y la soledad de un campo desierto, las murallas de aquel castillo ennegrecidas por los años, el largo foso que le rodeaba, sus ventanas estrechas y ahumadas, sus almenas góticas y todo el conjunto de su arquitectura le daban un aire de tristeza y de terror. Al mirarlo desde lejos creeria el viajero que moraban allí espíritus malignos, y que por la noche á sus alrededores se celebráran las mas sacrílegas tragedias. Francisco Cenci, que tenia encerrados en cuevas oscuras y hediondas á sus hijos y á su nueva esposa, les escaseaba hasta los alimentos, y dejándoles muchas veces bajo la vigilancia de sus viles satélites, se alejaba por algunos dias de aquella mansion de infamia y horror, vagando solo y triste por los campos desiertos, acompañado de un grueso perro, que lejos de ser para él un símbolo de fidelidad y amor, era el emblema de la malignidad y de la rabia.

Aquellas víctimas, exasperadas, determinaron en su quebranto abreviar los dias de su tirano, y Lucrecia Petroni, á la idea acosadora de sus ofensas, y del encono profundo contra Cenci por los ultrajes con que agoviaba á sus propios hijos, añadia tambien sospechas terribles de que fuesen para *Beatrice* un don funesto, y causa de perpétuo deshonor su hermosura, sus encantos, su inocencia, su candor virginal, que Francisco, hombre de alma corrompida, no estaba muy ageno de salvar con infamia los afectos tiernos de padre. Dominados pues, por el pensamiento del parricidio, lo revelaron á *Beatrice*, pero aquella niña angelical, pálida, descarnada y temblorosa por los daños que la habian ocasionado la lobreguez y la humedad de su cárcel, y la escasez de los alimentos, nada comprendió del proyecto infame que sus parientes le insinuaban, y sin pronunciar palabra bajó los ojos, y prorumpió en lágrimas acompañadas de sollozos y lamentos. Jacobo, Bernardo y Lucrecia, ensañados aun mas á la vista de un espectáculo tan desgarrador, y creyendo á *Beatrice* casi fuera de juicio, y próxima á su hora estrema, determinaron apresurar el golpe fatal, consumando el horroroso crímen.

Uno de los malvados, á quien Francisco Cenci habia confiado la custodia de las víctimas desventuradas, conmovido de su suerte lastimosa, las habia manifestado afectos altamente piadosos; le comunicaron pues su plan, y para que le animaran á ejecutarlo, le prometieron ricos dones, y le dieron de antemano una cantidad muy subida de algunas monedas de oro, que tenian guardadas en una larga faja, que llevaban bajo sus vestidos. El sicario, codicioso de adquirir riquezas, pero avezado desde largos años á mirar con mucho respeto y sumision profunda á Francisco Cenci, se quedó suspenso y mudo por largo rato, cuando Jacobo, Bernardo y Lucrecia, jurándole que aquel hecho tremendo seria sepultado en el silencio, y rogándole hincados de rodillas, y con los ojos empapados en lágrimas de dolor y encono, redoblaron sus largas promesas hasta vencer su resistencia. Logrado pues, el deseado consentimiento, Lucrecia Petroni y los dos hermanos convinieron en que el ministro de su venganza penetraria, favorecido por el silencio y las tinieblas, hasta la habitacion en donde Cenci procuraba acallar sus remordimientos en el seno del sueño y del olvido; y que encontrándole indefenso y solo, le traspasára con un largo clavo las sienes, y despues trasladára su cadáver al jardin del castillo, introduciendo en las sienes heridas por el instrumento homicida, el ramo de una alta higuera que estaba bajo la ventana de su dormitorio, y que con otro ramo del arbol mismo le atravesára el vientre, para que al dia siguiente pudieran propalar, afectando sorpresa y dolor, que Francisco Cenci, por funesto caso ó de intento se habia abalanzado desde la ventana de su habitacion, suicidándose miserablemente.

Habia la noche estendido su negro velo sobre todo lo creado, y la soledad profunda interrumpida por el graznar de las fatídicas aves nocturnas, que revoloteaban alrededor del viejo edificio, acrecentaban el horror de las tinieblas, cuando el asesino, aunque agitado de remordimientos acosadores, entra en el aposento de Francisco Cenci, y se acerca hasta su lecho, ya lanzando pasos inciertos y vacilantes, ya arredrándose estremecido de terror; pero descubriendo á la luz moribunda de una lamparilla á Francisco inerme y sepultado en el sueño, que se ofrece víctima involuntaria á la traicion del que quisiera atentar contra su vida, sobrecogido de la idea terrible de un parricidio, huye precipitadamente, y volviendo á donde estaba la Petroni y los hijos, con cara demudada y voz temblorosa les dice, que arrepentido de su resolucion, tenia mucha repugnancia en perpetrar un crimen tan alevoso. Pero aquellos, amedrentados de que se descubriera su plan, y ciegos de furor, apostrofaron ignominiosamente al que habian destinado para instrumento de su venganza, y le llamaron vil y cobarde, pero despues, pidiéndole perdon, le recordaron entre sollozos y gemidos su desventurada situacion, y le ofrecieron gran parte de los tesoros de Cenci, obligándole de esta manera á cobrar valor, y á satisfacer sus deseos. Aquel hombre, endurecido en el crimen, suponiendo que una obstinada resistencia pudiese dar margen á que se le creyera falto de valor, sin protestar mas, vuelve al aposento de Francisco Cenci, y ejecuta el proyectado parricidio.

Al despuntar el alba se encontró el cadáver de Cenci, que colgaba de las ramas de la infausta higuera, tan desfigurado y negro como el del vendedor de Cristo; y la gente, aterrada al mirarle, recordaba con estremecimiento los vicios que amancillaban el alma de Francisco Cenci, y atribuia su muerte á la cólera y á la venganza del Hacedor Supremo. Lucrecia, Jacobo y Bernardo, compadeciendo con fingido dolor é hipocresía un suceso tan funesto, dejaban al cabo de pocos dias el castillo, volviendo á su palacio de Roma llenos de contento, y llevando consigo á la desdichada *Beatrice*, cuyo corazon oprimido por las pasadas desventuras, le vaticinaba nuevas y terribles desgracias, á pesar de que su alma pura no hubiese participado del crimen alevoso, que habia quitado del mundo á Francisco Cenci. Pero Lucrecia y los hijos esperaban que se perderia toda traza del parricidio, por haber partido á Nápoles el asesino á quien habian colmado con sus dones: cuando uno de aquellos acontecimientos á que no alcanza la humana prevision disipó todas sus esperanzas, y acarreó su última ruina.

El sicario instrumento de tanta iniquidad, llegado un año despues á su hora estrema, y despedazado por remordimientos acosadores, reveló en su agonía el parricidio cometido en persona de Francisco Cenci para que se publicara á los tres dias de su muerte. Trasmitida aquella noticia á Roma, Clemente VIII, que ocupaba entonces la silla apostólica, estremecido de horror mandó arrestar á la familia Cenci, sujetándola á los tribunales para que indagáran todos los pormenores de aquel terrible acontecimiento, y falláran sin retardo segun el rigor de las leyes.

Lucrecia Petroni, Jacobo y Bernardo negaron con arrojo el crímen que se les imputaba; pero la desfortunada *Beatrice*, derramando lágrimas invocaba al cielo como testimonio de su inocencia. Entonces fué, cuando Ulises Moscati, destinado á la instruccion del proceso, mandó torturar á los acusados, quienes, no teniendo fuerza bastante para sufrir impávidos, y sofocar la voz de su conciencia, apenas sujetados al tormento, confesaron su delito, á escepcion de la desdichada *Beatrice*, que lejos de manchar su alma pura con una mentira, que la declararía criminal y parricida, arrostró con fuerza varonil la tortura, proclamando su inocencia en los dolores mas estremados, que la dislocaban sus miembros tiernos y delicados. Pero la atrocidad del crimen, y la firme resolucion del pontífice en que se castigára segun el rigor de las leyes á los autores del parricidio, hicieron sujetar nuevamente *Beatrice* al tormento. Envuelta la desventurada víctima en una túnica blanca, que dejaba descubiertos sus brazos de marfil, el verdugo la ató los puños con una cuerda, que colgaba de una garrucha clavada en el techo y cuyo cabo, que tenia estrechado en sus manos, tirando con violencia, levantó del suelo el cuerpo delicado de su víctima, pero aflojando luego, y deteniendo de pronto la cuerda misma, sufrió *Beatrice* un fuerte sacudimiento, y quedó en el aire sofocada de su propio peso; pero entre los dolores y los pasmos de la muerte, sin desmentir su firme-

za y medio desmayada, decia con voz debil y lamentosa: «¡Oh! Virgen santa, no me abandoneis en tan duro trance vos que conoceis el candor y la inocencia de mi alma.» Ulises Moscati, no pudiendo resistir mas á un espectáculo tan lastimoso, mandó, vertiendo lágrimas, que se soltase la víctima, y que se la prestasen todos los remedios, que pudiesen aliviar sus quebrantos en tanta afliccion.

Llegada á los oidos del pontífice la noticia de lo acaecido, relevando á Mises Moscati de su cargo, confió el proceso de Cenci á César Lucini, hombre de brutal rigor, y cuyo corazon estaba cerrado á todo afecto compasivo. El nuevo juez se trasladó á la cárcel de *Beatrice*, y mandándola comparecer ante sí, la hizo entrar en un gabinete colgado todo de negro, cuyas paredes reflejaban una luz opaca y moribunda. César Lucini, sentado en medio del aposento, se apoyaba en una mesa, teniendo enfrente la imágen del Crucificado, á la derecha los santos evangelios y á la izquierda una cabeza de muerto con las sienes huecas y ensangrentadas. La doncella desventurada, pálida y desfigurada por los horrores de la cárcel y los tormentos, se arredró á la vista de objetos tan terribles, pero César Lucini, la dijo con acento ronco y fiero: «Acercaos, parricida, y confesad vuestro crimen, si quereis que os perdone el Crucificado; mirad esta cabeza; mirad sus sienes huecas y ensangrentadas, y acordaos que fueron traspasados con un clavo homicida por vuestro mandato.» *Beatrice* entre tanto protesta ser inocente, y cae desfallecida en los brazos de los ministros de justicia que la habian sacado de su calabozo para llevarla al gabinete de Lucini, el cual, viéndola privada de sentido, esperó friamente que volviese en sí, y siguió vilmente diciéndole: «No creais que vuestra juventud, que vuestros encantos, que los halagos de vuestro sexo hagan mella en mi pecho; confesad vuestro crimen, sino dormireis en un lecho mas blando que el de *Procuste*, que os he preparado. Era este el tormento mas atroz que habia inventado la crueldad humana en los tiempos de barbarie. El cuerpo del paciente, cubierto de una túnica muy sutil, se tendia de espaldas sobre una larga tabla, sembrada de guijarros puntiagudos, en donde se le ataba, y despues por medio de una soga, que pendia de una gran garrucha, se le columpiaba con violencia, así que, por la fuerza que comunicaba á la soga el desapiadado balanceo, los guijarros laceraban las carnes del



torturado. *Beatrice* arrostró con denuedo este nuevo género de tormentos, y con los ojos empapados en lágrimas entre lamentos y sollozos protestaba cada vez mas su inocencia, pero Lucini, inspirado por su demonio, viendo á *Beatrice* casi exánime, y conjeturando que en su debilidad, cualquiera nueva y fuerte impresion le arrancaria la confesion deseada, mandó suspender el cruel tormento, é hizo entrar de repente en el oscuro calabozo á Jacobo Bernardo y Lucrecia, á quienes habia dado á entender que evitarian la estrema pena si *Beatrice* no persistia en su negativa. Aquellos desventurados, impelidos por una esperanza falaz, se hincaron de rodillas delante de la niña infeliz, asegurándole que el áncora de su salvacion se apoyaba en que ella afirmase lo que Lucini quisiera. Entonces *Beatrice*, vencida por el dolor y la piedad, afirmó todo lo que Lucini le sujirió; pero al cabo de pocos dias cayó el terrible fallo de muerte sobre la cabeza de los acusados. Clemente VIII, solicitado por los mas altos personajes para que agraciara al menos á *Beatrice*, no quiso acceder á los repetidos ruegos, y solo trocó el estremo suplicio en prision perpétua á Bernardo, porque era todavia menor de edad. Recibiendo las demas víctimas los últimos consuelos de la religion, fueron llevados al patíbulo.

Jacobo subió al cadalso tembloroso, y fué degollado con el hilo cortador de un acero, para que fuese su muerte mas cruel y dolorosa; Lucrecia se abandonó desvanecida al hacha homicida, pero *Beatrice* avanzó impávida y serena al suplicio que la aguardaba. El verdugo queria apretarla el velo blanco que la ceñia la cabeza, y la bajaba hasta los hombros, pero la doncella, echándole una mirada desdeñosa, díjole: «Aléjate de mi, que no tuve nunca hombres semejantes que me sirvieran;» y sin pronunciar mas palabras, levantó los ojos al cielo, como á su última morada, y se ofreció en holocausto al Creador de todas las cosas. La sangre que brotó de su tronco manchó el blanco velo, y aquellos colores tan diversos dieron á conocer á los espectadores, sumidos en una afliccion profunda, que la víctima martirizada habia llevado consigo al sepulcro un corazon puro y el candor de su virginidad.

El viajero que atraviesa la ciudad de Roma, mira aun con pasmo en la galeria Berberini el retrato de *Beatrice Cenci*, hecho por el famoso Guido Reni. Aquella imágen, animada por el pincel divino del artista, inspira pureza de afectos y ternura en los corazones sensibles, y parece decir en mudo lenguaje al viajero: ¿Podia cobijarse bajo formas tan angelicales la idea terrible del parricidio? ¡Fuí desventurada y no criminal!.... Derramá una lágrima de dolor sobre mi tumba, pero deplora aun mas, oh viajero, la injusticia de los hombres!!...

SALVADOR COSTANZO.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. UN MES 4 rs. SEIS 20. UN AÑO 36.-Librerias de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Poupart, Villa y la Publicidad, litografias de Pelegrini y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 12. Seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerias.

MADRID: Imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, num. 4.



DON PELAYO.

Breve reseña del estado que alcanzan las ciencias históricas en España, y apuntes críticos sobre las obras de este género nuevamente publicadas.

ARTÍCULO PRIMERO.

Ninguno de los ramos diversos de la literatura señala tan fijamente como la historia, el punto de grandeza á que una nacion es llegada, y las esperanzas que ofrece su porvenir. Pueden los pueblos ser ricos en poesía cuando su estrella política esté eclipsada; pueden levantarse tambien los ánimos á grandes abstracciones filosóficas, cuando corran turbias las fuentes del engrandecimiento nacional. Pero es quimera pensar que allí donde la historia no se cultiva broten pensamientos altos y generosos, ni que mantenga hondos sentimientos de patria el pueblo que solo conoce la suya por lo que le dicen de ella los estrangeros. Calderon pudo hallar inspiraciones para su musa, aun viviendo entre el polvo envilecido de Villaviciosa y de Rocroi: Pulgar, Mariana y Mendoza, no hubieran escrito en otra época que en aquella de Cernola, de Mulberg y de San Quintin.

Por eso, cuando alguna vez hemos llevado nuestra mente á contemplar la desventura de los tiempos que alcanzamos, nada nos ha causado mayor desconsuelo que el ver cuán olvidada anda la historia nacional, y que si algo de ella aprendemos viene de fuentes estrañas. No tiene porvenir de gloria la mísera generacion que desdeña los recuerdos gloriosos de sus padres, ni será nunca *nacionalidad independiente* aquella que funda sus tradiciones en el enojo unas veces, y otras en la compasion afrentosa de otros pueblos. Leyendo únicamente traducciones, y apreciando los hechos históricos por el criterio protestante que combatieron nuestros padres dos siglos enteros, ó bien por el prisma de la soberbia francesa, que mantuvieron nuestras banderas en humillacion tantos años, hemos llegado á ser estrangeros en nuestra propia pátria, y cada pensamiento que se desprende de nuestra inteligencia, cae como una maldicion sobre los restos venerables de nuestra nacionalidad y de nuestra gloria. Por muy negros que parezcan estos colores, todavía están lejos de representar fielmente la realidad tal como se presenta en las lides políticas de estos últimos años: hombres de todos los partidos han olvidado igualmente la tradicion de España; realistas y demócratas, constitucionales y moderados, todos han ido á buscar recuerdos en el

estrangero y todos han puesto mano en demoler los cimientos de nuestra nacionalidad por ignorancia y criminal abandono de nuestra historia.

Tiempo era ya de que tantos desengaños no pasaran en balde; tomando el espíritu español su verdadero camino, la historia era lo primero que debia cultivarse, y ciertamente se cultivará en adelante si nuestra esperanza no nos engaña, si el movimiento literario que comienza á sentirse no se para en la mitad de su carrera. Pero por lo mismo que ahora comienza tal movimiento, y con auspicios afortunados por cierto, conviene dar cuenta de él, señalando al paso los entorpecimientos que pueden detenerlo, y previniendo los escollos en que puede estrellarse y perderse.

Mentira parece que ningun grande historiador haya producido España en dos siglos, y que en los últimos cincuenta años particularmente solo en el Conde de Toreno se encuentren páginas dignas de ser contadas y tenidas por de historia española: desde el Conde de Toreno acá la proporcion es mucho mayor seguramente, y manifiesta con harta evidencia el afortunado movimiento literario de que vamos ocupándonos. La historia de Granada del Señor Lafuente Alcántara, la historia de los judíos del Señor Amador de los Rios, la revolucion de Masianello por el Duque de Rivas, la traduccion anunciada del *Almakari*, historia de las dinastías muslímicas en España por el yá célebre orientalista Don Pascual Gayangos, el discurso político sobre la fórmula del antiguo juramento de los reyes de Aragon por Don Javier de Quinto, los primeros capítulos que han visto la luz pública de la historia de la infantería española que escribe por orden del gobierno Don Serafin Estevanez Calderon, todos estos trabajos, venidos casi á un tiempo, muestran que no es temeraria, cuando menos, nuestra esperanza de ver puesto algun dia en su verdadero punto el cultivo y el estudio de la historia nacional.

Dos estorbos gravísimos encuentra por lo pronto nuestra historia y que dan mayor esmalte á las obras importantes que dejamos mencionadas. Es uno de ellos lo escaso y costoso de los libros y documentos necesarios y aun la carencia absoluta de muchos de estos que dejan en impenetrable oscuridad puntos de la mayor curiosidad é importancia. Parte de esta falta ha de atribuirse á la incuria de nuestros padres que dejaron secarse estas fuentes de esperiencia y de vida para los pueblos, parte consiste tambien en el poco trabajo que hasta ahora se haya empleado en visitar nuestros archivos y bibliotecas. Por lo demás, lo escaso y costoso de los libros no toma orijen de que los grandes conquistadores del siglo XVI anduvieran remisos en apuntar sus hazañas, sino que tales obras no se han reimpreso ni podrán reimprimirse, mientras el público con amor ya de saber las glorias nacionales no se muestre propicio á recompensar á los editores. Parece que los cronicones antiguos incluidos en la España Sagrada y los inéditos, deberian imprimirse formando cuerpo aparte, que por ser de no demasiado volúmen andaria en manos de todos, haciéndose comunes y conocidos por este medio los orígenes de la monarquía. La coleccion de crónicas de Sancha, deberia completarse con los varios manuscritos que aun existen en nuestras bibliotecas ó corren en manos de los aficionados á este género de estudios. Con esta coleccion de crónicas de Castilla seria preciso juntar otra de crónicas de la corona de Aragon y del reino de Navarra. Mengua es que los franceses tengan impreso el original catalan de la crónica de Desclot, mientras nosotros poseemos solamente la traduccion y esa rara y desconocida; ni es menos de estrañar en el patriotismo de los catalanes que Muntaner, su gran cronista, lo tengan en coleccion los franceses perfectamente impreso, mientras en España son rarísimos los ejemplares de tal libro. No parece sino que ha querido perpetuarse la separacion funesta de las nacionalidades españolas con apartar sus historias. Los dos grandes caudales que vinieron á formar la gran monarquía española, deben confundirse en una historia comun, y es fuerza para ello que lado por lado de la coleccion de crónicas de Castilla, se encuentren los doctos cronistas de la casa ilustre de Aragon. Las crónicas que quedan de ambos pueblos son muchas, y todas ellas debieran ir saliendo á luz poco á poco, segun vaya despertándose en España la aficion á tales estudios. Pero no bastan las crónicas de Aragon y Castilla para formar por completo la historia nacional de los siglos medios: otro pueblo hubo entre nosotros grande por sus hechos, ilustre por sus obras, cuyos recuerdos los topamos por todas partes, debajo de nuestras plantas, donde quiera que tornemos los ojos; un pueblo enemigo siempre, con el cual compartíamos sin embargo el pan de nuestras campiñas, los regocijos de nuestras grandes fiestas y el amor y la galantería de aquellos tiempos. Preciso sería tambien para que se pudiera trabajar con fruto en la historia nacional, que los historiadores árabes, vertidos sus testos en nuestro idioma, viesen pronto la luz pública formándose de ellos otra coleccion importantísima y curiosa por estremo. Solo de esta suerte podremos apartar lo cierto de lo falso en las relaciones de aquellos hechos, contar los héroes de nuestro campo y dirigir miradas de simpatía á los valientes del bando contrario; que ellos eran tambien españoles y amaban nuestro suelo como nosotros lo amamos, siendo solo en el orijen encontrados vencedores y vencidos, sin poder alegar mejores títulos á la dominacion de España, los que vinieron de entre los hielos del norte, que aquellos que nacieron en las secas arenas del Africa. Vergüenza es tambien que de estos trabajos Arábigo-Hispanos, el único que hayamos hecho de verdadera importancia se mantenga aun en idioma estranjero. Don Pascual Gayangos, catedrático de término de nuestra Universidad Central, viendo que en España ni editor era posible que hallase para la traduccion que tenia pensada hacer del *Almakari, historia de las dinastías árabes en España* llevó su pensamiento á Londres, donde, imprimiendo en idioma inglés tan importantísimo trabajo, sacó un lucro considerable, y alcanzó la honrosa opinion que disfruta en la sabia Europa. Tales ejemplos no son para animar ciertamente á los venideros, y como llevamos dicho mas de una vez, cosa es esta que solo podrá remediarse cuando se despierte en España la aficion á tales estudios. Ojalá que veamos pronto traducida á nuestro idioma esta obra nuestra y que nada nos ha aprovechado hasta ahora.

Sin estar tan íntimamente ligada su historia con la general de la nacion, como las que llevamos apuntadas, Navarra tiene tambien entre sus tradiciones estrangeras, crónicas dignas de ser recogidas y estudiadas. Aquí es preciso volver á decir vergüenza y vergüenza grande para nuestro tiempo. El laborioso y erudito escritor Don José de Yanguas y Miranda, archivero de Comptos en Pamplona, lleno de íntimo y verdadero sentimiento patriótico, ha dado á luz trabajos históricos que solo aguardan para ser conocidos y recompensados que haya en España amor al cultivo de la historia. Contando solo con su buen deseo, ha impreso por primera vez la *crónica del Príncipe Don Carlos de Viana*, reimprimiendo la *conquista de Navarra* de *Luis Correa*, libro rarísimo y tambien de no pequeña importancia. Ademas de esto ha impreso un diccionario de antigüedades del reino de Navarra, y un compendio de su historia, estractado de la del jesuita Moret, con algunas rectificaciones y enmiendas curiosas. Todas estas obras duermen en casa de los libreros sin ser conocidas ni apreciadas de nuestros literatos y escritores.

La coleccion de documentos inéditos para la historia de España que publican dos señores individuos de la real Academia, sin ser inútil para el esclarecimiento de algunos sucesos importantes, deja mucho que desear en punto á método, buena eleccion de papeles y copiosidad de los mismos, llenándose hartas veces entregas enteras sin encontrarse en ellas cosa alguna de verdadera utilidad y provecho. Mayores trabajos que este merecen nuestros archivos, que si esperiencias recientes prueban lo apartados que esten de llenar las exigencias de una investigacion circunstanciada y profunda, ya sea por incuria y poca formalidad de nuestros antepasados en ciertas materias, ya por el escaso cuidado que ha solido ponerse en su conservacion y arreglo, no por eso dejan de contener importantísimos papeles que en buena y ordenada coleccion convendria muchísimo que viesen la luz pública.—De los grandes historiadores de los siglos XVI y XVII nada queremos decir porque andan en manos de todos, siendo tambien su importancia de forma y estilo propiamente, cosa de que luego nos ocuparemos. Pero hay dos géneros de historia poco conocidos ambos, de los cuales puede sacar gran partido el historiador de nuestros dias. Apenas podrá contarse suceso señalado en el largo espacio que abrazan nuestras campañas de dos siglos en Italia y en Flandes, en África y en el nuevo Mundo, que no haya sido narrado particularmente por testigos presenciales las mas veces. Esta multitud de historias, cuyos autores no han podido romper por mérito propio la densidad de los tiempos, merece especial consulta y estudio. Ya tienen por objeto estos libros las conquistas del cardenal Jimenez y de Pedro

Navarro en África, ya la guerra de Rosellon en tiempo de Fernando V, y el sitio de Salsas, ya la campaña contra Roma que ejecutó el duque de Alba, el socorro de Malta, la reduccion de los araucanos por el marqués de Cañete, el levantamiento del sitio de Fuenterrabía por los franceses y otros tales sucesos, perteneciendo tambien muchas de estas relaciones á las guerras de Flandes. No hay que buscar en tales obras artificio retórico; soldados muchos de los autores, relatan con lealtad los hechos en que tomaron parte.—Del lado mismo de este raudal de noticias y datos brota otra fuente no menos copiosa y clara que esta que anteriormente hemos mencionado, y olvidada tambien como ella: hablamos de las historias de ciudades.—Si esceptuamos el Colmenares de Segovia, el Jimena de Jaen y algun otro, pocos de estos libros andan en manos de los literatos siendo de necesidad su estudio en muchos trances.—Cuentan estos libros entre otras la ventaja de contener ó referir los documentos mas notables que encerraban los cabildos municipales y los archivos de los conventos en las diversas épocas que se escribieron. La revolucion que ha puesto su mano sacrílega en todo lo grande y todo lo venerable, ha quemado los pergaminos viejos al propio tiempo que derrocaba las instituciones antiguas y desacreditaba las creencias tradicionales, para que nada quedase de nuestros padres. De esos archivos de conventos convertidos en cuarteles tantos años, y esos cabildos formados con alcaldes y regidores constitucionales, nada creemos que pudiera sacarse ahora para la historia. Quizá lo único que nos queda de tanta riqueza repartida en mil puntos diversos son las noticias que de ella contienen las historias de ciudades.—No vamos á decir que de estos libros se formen tambien colecciones; lo quisiéramos, y no nos atrevemos á llevar tan lejos nuestras esperanzas. ¿Pero tampoco habrá de ser lícito desear que tales colecciones las formen nuestras bibliotecas? ¿No estará al alcance del Estado lo que han podido llevar á cabo literatos de modesta fortuna? Ojalá poseyese el público sobre esta materia los libros que cuenta en su biblioteca el señor Gayangos á fuerza de sacrificios y penalidades literarias! Nosotros decimos esto de la historia como los amigos de la novela y de la poesía tendrán ocasion de repetir á cada paso: ¡que no se encuentren en las bibliotecas del Estado la mitad de los libros de caballería que cuenta el señor Estevanez Calderon en la suya! ¡que no posea la nacion cosa parecida á los tesoros de romances del señor Duran!

Por lo que dejamos apuntado podrá venirse en conocimiento de las dificultades con que habrá de luchar el historiador español en solo á copiar datos para su obra. Diremos algo tambien del otro estorbo que encuentra nuestra historia para desenvolverse con lozanía y alcanzar el punto de perfeccion á que es llegado en otros paises.

Desde la mas remota antigüedad la historia, como tan necesaria para los hombres de todas categorías, ha necesitado *formas* especiales que llevasen el convencimiento á los espíritus elevados, al propio tiempo que el estímulo y la fé á los corazones de la muchedumbre. Por eso las primeras historias se pusieron en verso, trasmitiéndose de generacion en generacion por medio de cántigas populares é himnos sacerdotales y en la Iliada y Odisea. Mas tarde, cuando la civilizacion habia dado mayores pasos, Heredoto y Tucidides escribieron los hechos heróicos de sus antepasados en pájinas sublimes y cuadros dramáticos de grande efecto para escitar animacion y entusiasmo: el pueblo griego reunido para los juegos olímpicos acogió con aclamaciones ardientes la lectura de algunos de los sucesos de sus mayores en el relato inmortal del Padre de la historia. Contemplando la marcha de la civilizacion en todas épocas y en las diversas regiones del mundo, encuéntrase siempre la verdad que vamos demostrando. La *forma* de la historia ha tenido siempre que estar de acuerdo con los sentimientos generales del pais donde se ha escrito: el amor de la tradicion que se liga en el hombre con su naturaleza misma puesto que en él hallan fundamento las sociedades y de él nacen los sentimientos mas elevados del individuo y de la humanidad, asi como enjendra la necesidad de la historia, exije tambien que esta necesidad se satisfaga por medios simples y elevados, correspondientes á la importancia y naturaleza de su objeto.

Dos formas principales puede tomar la historia moderna para cumplir estas condiciones, fundadas ambas en la índole de nuestras sociedades, y tomadas de las condiciones que dejamos dichas: la psicológica ó la estética. O el historiador sigue al través de los hechos el espíritu humano que ha ido desarrollándose con ellos, ó se limita á resucitar los personajes antiguos, dándoles el propio movimiento y la faz misma con que se presentaron á sus contemporáneos. Cualesquiera que sean las distinciones y sutilezas del pensamiento aleman en este punto, cualesquiera que sean la escuela filosófica que se sigan en el análisis de las facultades y en la apreciacion de los movimientos del espíritu, siempre habrá de resultar esto mismo: la escuela histórica *psicológica* busca en la historia, no el hombre esterior tal como se presentaba á los ojos de la muchedumbre, sino el hombre-razon, las condiciones del espíritu que guiaron los hechos sensibles. La escuela que puede llamarse *estética* es anterior á la Psicológica y opuesta á ella diametralmente. Los antiguos griegos y latinos y aun nuestros españoles del siglo XVI pertenecian esencialmente á esta escuela. El historiador daba vida á sus personajes, hablaba como ellos debieron hablar, les devolvia sus antiguos vestidos, retrataba sus mismas facciones y lo ponia en relaciones con el lector. Cuando apreciaba las intenciones y determinaba las causas de los hechos, transmitia casi siempre las murmuraciones de sus contemporáneos, recogia los rumores que cada suceso habia ocasionado; en fin, no solo levantaba de la tumba á los héroes, sino tambien á sus amigos y enemigos para que el lector transportándose entre ellos pudiese juzgar de las cosas como si las hubiese presenciado. Escuela amable que ha producido la relacion de *Trasimeno* por Tito Livio y la gran fisonomía de *Pericles* por Plutarco. Ni el azul del cielo en los dias felices, ni los nublos de la hora del infortunio, dejaban de parecer en sus libros: pintaban tambien las fuentes y las aves y las flores: contaban los prodigios cuando ellos eran creencia del pueblo.

No es nuestro ánimo en este punto ensalzar ni deprimir particularmente ninguna de estas dos escuelas: únicamente hemos querido dejar sentados que en estos dos estremos, y el punto ecléctico, intermediario entre ambas, rueda toda la teoría de las formas históricas. Las naciones consagradas por largo tiempo á las grandes abstracciones filosóficas y al análisis contínuo de los hechos intelectuales prefieren y deben preferir ciertamente la *forma psicológica* para la historia; nosotros (por ahora al menos) si queremos conformarnos á las condiciones que han venido trayendo hasta aquí nuestros estudios, si pretendemos que la historia sea leida de todos; si aspiramos tambien á tener historia nacional, debemos preferir la forma *estética*.

Reasumiendo, pues, el segundo estorbo, que como hemos dicho se opone en España al buen desarrollo de la historia, diremos, que esa forma estética de que hablamos, tiene por cimiento el estilo y el lenguaje, y por desgracia entre nosotros tener estilo parece cosa de fábula, escribir lenguaje castellano vá tocando tambien en lo maravilloso. La *forma*, considerada puramente, es despreciable en España, y el desprecio se ha vuelto á la postre ignorancia. Ya no se retrata á los personajes, porque no se sabe retratarlos; no se escriben muchas historia-novelas como en desden se las llama, porque hay poquísimos que puedan escribirlas. Y en vez de cultivar esta forma nacional y sobre todo, conveniente al estado de nuestras ideas, así como vergonzantes, es de ver la manía de muchos escritores por emplear en todas cosas cierta tecnología filosófica, tomada de prestado allende los Pirineos. Se inclinan á considerar las cosas *psicológicamente* sin saber otra cosa que los términos y esos no siempre con la exactitud necesaria, y al paso que nada consiguen de por sí mismos en mérito absoluto de sus obras, logran que el pueblo no los entienda y que sus escritos sean completamente impopulares: preciso es no olvidar que la popularidad es condicion indispensable de toda buena obra histórica.

Concluimos, pues, este artículo repitiendo: que en España escasean los datos y documentos que forman el fondo de la historia y que la buena forma de este género de literatura es dificilísima de alcanzar, porque la *estética* necesita de estilo y la *psicológica* de estudios filosóficos, cosas ambas rarísimas en nuestro pais, teniendo este último método que parece preferirse la desventaja de ser impopular completamente. En otro artículo nos ocuparémos de los escritores afortunados que han logrado salvar en todo ó en parte los estorbos gravísimos que hemos señalado.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

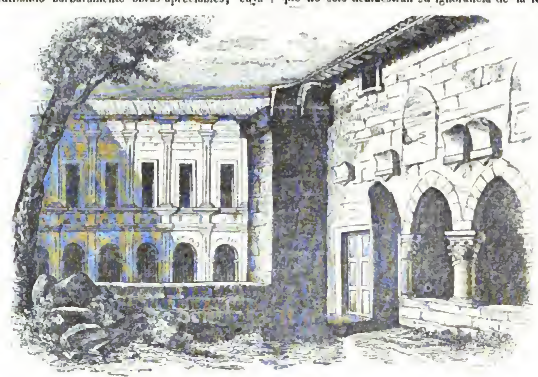
Historia del P. Mariana continuada hasta nuestros dias, é ilustrada con notas y grabados.

No cabe duda que la reproduccion de obras clásicas, es uno de los mayores servicios que los editores pueden prestar á las letras; y si esta reproduccion no se reduce, como las de cierta famosa biblioteca, á una mala reimpresion atropelladamente hecha, llena de incorrecciones y errores groseros; sino que el testo gana en la traslacion, aventajado á las ediciones anteriores en la forma, la belleza de la impresion y los adornos, entonces sube de precio el mérito de semejante empresa. Cuando hemos visto premiado



Esterior de la mezquita de Córdoba.

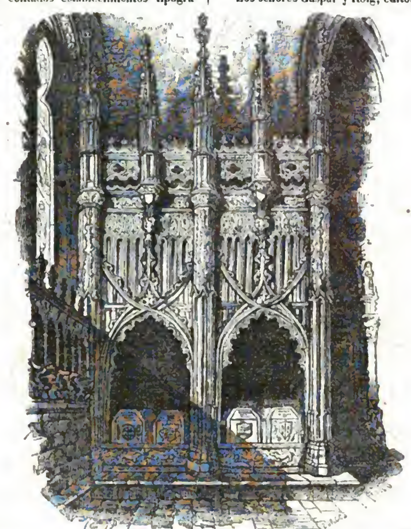
con distinciones y honores, so pretesto de servicios prestados á las letras españolas, á cierto editor que ha hecho su fortuna mutilando bárbaramente obras apreciables, cuya propiedad no le costaba nada, y plagando el pais de malas traducciones francesas, hechas á destajo por personas que no solo demuestran su ignorancia de la lengua fran-



San Pedro de Cardeña.

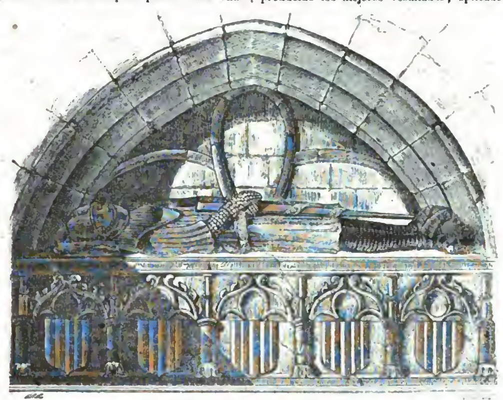
cesa, sino que prueban hasta la evidencia que desconocen absolutamente la castellana, justo es ensalzar como se merece uno de los muy contados establecimientos tipográficos de Madrid que dan á luz ediciones correctas y elegantes, dignas de la proteccion pública.

Los señores Gaspar y Roig, editores conocidos por varias



Sepulcros del Monasterio de Oña.

obras ilustradas, emprendieron tiempo ha una reimpresion de lujo de la Historia General de España por el P. Mariana. Este buen pensamiento que en Inglaterra y Francia habia producido los mejores resultados, aplicado á la historia



Sepulcro de D. Ramon, conde de Barcelona.

nacional respectiva, tuvo tambien entre nosotros buena acogida. Los editores por su parte no economizaron nada; papel superior elaborado á propósito, tipos nuevos, claros y elegantes, hermosos grabados que pueden juzgarse por los que publicamos en este número, buena estampacion y esmerada impresion, tales son las cualidades que recomiendan la nueva edicion de la Historia. Pero por lo mismo que los editores no han economizado nada para dar á su publicacion toda la brillantez posible, es de lamentar que las notas puestas al testo de Mariana, no sean siempre tan convenientes ni tan atinadas como debieran, que las preciosas láminas intercaladas en la impresion no se dediquen principalmente á dar á conocer objetos desconocidos, á caracterizar la fisonomía de las épocas, y dar á la parte artística, mas bien que la amenidad de una galería de imágenes, la importancia de una coleccion de antigüedades que faciliten la inteligencia del testo. Hacemos estas ligeras indicaciones porque esperamos no serán perdidas y podrán tal vez aprovechar en los tomos sucesivos.

La ejecucion de las láminas es muy esmerada, y por nuestra parte no hemos podido menos de esperimentar una satisfaccion al ver que los datos que vamos archivando en el SEMANARIO, empiezan á ser útiles á las personas que se dedican á estudios históricos: las noticias de algunos monumentos y varias láminas, señaladamente las que representan la vista de Covadonga, San Juan de la Peña, el Sepulcro de Mudarra, el Cofre del Cid, la Puerta de Visagra, el sepulcro del Cid, el de don Ramiro el Monge, etc., están fielmente copiadas de nuestras páginas, que esperamos que andando el tiempo han de ser consultadas con algun fruto por cuantos quieran enterarse de las riquezas artísticas y naturales de nuestro suelo.

El público ha correspondido al desprendimiento con que los editores han obrado, agotando la primera edicion y obligándoles á tirar sin demora la segunda: no será esta la última vez que nos ocupemos de la nueva publicacion de los señores Gaspar y Roig, señalándosela á nuestros lectores entre el inmenso turbion de impresos de todos géneros, que salen actualmente á luz.

IBIZA.

Existe un hermoso territorio que un tiempo fué independiente, despues perteneció á la corona de Aragon, y en la actualidad forma parte de la monarquía española, que se ostenta en medio del Mediterráneo y al Sud-sudeste del proceloso golfo de Valencia; este territorio es una isla; esta isla es Ibiza; segun el vulgo, una de las Baleares; aunque varios y autorizados autores afirman que el nombre de Baleares solo debe aplicarse á las de Mallorca y Menorca y que á Ibiza y á la inmediata de Formentera les es peculiar desde la mas remota antigüedad el de islas *Pithiusas*, por la abundancia de los escelentes pinos que producen sus poblados montes. A pesar de ser esta isla la mas inmediata al continente, puesto que desde su costa, cuando la atmósfera está despejada y en un dia de hermoso y radiante sol se descubren con la vista natural las de Denia; no se tiene de ella noticias exactas, y lejos de esto se forjan en perjuicio de la misma las invectivas mas gratuitas é inveraces: ni hay conocimiento de sus producciones, de su hermoso suelo, de lo que vale, de lo que pudiera valer, de la índole candorosa de sus naturales, de sus costumbres morigeradas y aun patriarcales, de la instruccion nada vulgar de una gran parte de sus habitantes, de sus usos, que muy poco se parecen á los del resto del continente, de nada en fin, de cuanto á esta isla concierne y atañe. En las costas de Valencia y aun de Cataluña, se cree generalmente que Ibiza se encuentra doscientos años atrasada de los demás pueblos de la monarquía, y en verdad que este juicio es inexacto en todos estremos. Cuando en el año anterior (1848) tuve que embarcarme para aquella isla, pregunté en Valencia, desde donde partí, por las circunstancias de aquel pueblo; varios sugetos, y por cierto no vulgares, me contestaron unánimes lo siguiente: *Vá usted á una roca escarpada á donde no encontrará mas que chozas de carboneros y seis ú ocho barquichuelos en la playa que hacen el tráfico de este combustible, cobachas de pescadores, y verá usted de vez en cuando trepar por las asperezas de aquellos matorrales algunas cabras monteses, que matan los indígenas á manera y como lo hacen con sus flechas los salvajes de América, cuya carne es la única que para alimentarse allí se encuentra. No hay trato de gentes, ahullan en vez de hablar, y no encontrará usted quien entienda una palabra el castellano:* así se espresaron. En los artículos que sobre esta isla me propongo escribir, probaré histórica é irrecusablemente lo inexacto de estas absurdas aseveraciones. Inconcebible parece que á tan corta distancia, aunque esta distancia la separen los mares, se tenga una idea tan equivocada de aquel pueblo, de que lejos de hallarse en el atraso que le suponen, se encuentra en varios estremos mucho mas avanzado que algunos del continente, en virtudes sociales, en su honradez proverbial y caracterizada, en su filantropía estrema y casi fabulosa: de aquel pueblo que tiene un regular comercio y contratacion con nuestro continente y con nuestras Antillas, que verifica en buques de 8,000 y mas quintales construidos por sus hijos con maderas indígenas y con herraje, cables y velas elaborados en sus talleres: de aquel pueblo que produce tan ópimos y sazonados frutos, sin embargo de ser susceptible de mas abundantes recolecciones, y tan saludables y sabrosas carnes: de aquel pueblo que cuenta con habitantes de una instruccion nada comun en todos los ramos del saber, en todas las ciencias y artes: de aquel pueblo cuya estadística de causas criminales desde 1801 á 48 (que he tenido lugar de examinar) no arroja de sí mas que tres crímenes los cuales hayan producido la infamia y el deshonor á sus perpetradores: de aquel pueblo por último, que en ninguna época ha dado cebo, ni promovido, ni fomentado civiles ni intestinas disensiones. ¡A un territorio en quien concurren estas apreciables circunstancias se le moteja en los términos que espresados dejo á 25 leguas de distancia! no hay que atribuir, pues, á malicia este errado juicio: solo puede achacarse á ignorancia, y es el caso, que como tan generalizada se halla esta idea en las costas de Cataluña y Valencia, se ha generalizado tambien y difundido en casi todo el reino. Yo, imparcial, yo que he permanecido nueve meses en aquel pais de ventura, paz y tranquilidad, me propongo sacar de su error á los que suponen á Ibiza una roca escarpada, y á sus hijos y moradores una tribu de salvajes. Su posicion topográfica, sus producciónes, la amenidad y hermosura de sus campos, sus magníficas salinas, su poblacion, sus usos, sus costumbres, muy particularmente las de los payeses ó campesinos, en las que advertirá el lector novedad y le proporcionará soláz que le entretenga admirando unos hábitos tan estraños al resto del continente: todos estos motivos serán objetos de distintos artículos.

Muchas veces he tratado de averiguar el orígen que pudieran tener la diatribas inventadas contra Ibiza, y jamás he podido atinar con la verdadera causa. Sin embargo, hasta hace pocos años aquel pueblo carecia enteramente de relaciones mercantiles con el continente, y aun con las otras islas: el sistema monstruoso y hasta bárbaro de prohibirles la estraccion de ninguna de sus producciones, originaba, despues de los muchos males consiguientes á tan atroz arbitrariedad, la de que estuviesen enteramente privados de toda clase de comunicacion, esto sin duda produjo que en aquellos tiempos se formase de Ibiza el concepto que llevo dicho y como el vulgo ni analiza las causas ni aun diferencia las épocas, ha seguido en la misma creencia que se puede llamar tradicional, cuya creencia pudiera ya haber rectificado. A otra causa tambien puede atribuirse este mal juicio. La opulenta isla de Mallorca y la menos importante de Ibiza, por una de aquellas aberraciones inconcebibles del corazon humano, debiendo por su vecindad, por su separacion del continente, y por otras mil causas ser dos pueblos amigos, unidos y mancomunados, son de muy antiguo antipáticos, en tal estremo, que Ibiza preferiria estar sujeta á cualquier capital de provincia del continente por no estarlo á Palma, y el vulgo de Mallorca no es el que menos fomenta y propala las invectivas en contra de Ibiza; Mallorca tiene contratacion, por su importancia mercantil, con todo el mundo conocido, y esto ha podido producir, en gran parte, el juicio equivocado que de Ibiza se tiene.

Al concluir este artículo de introduccion, ó llámese prólogo, de los que acerca de esta isla pienso publicar, me ha parecido oportuno copiar algunas estrofas de una oda que

escribí y se imprimió en la misma isla dedicándola á sus moradores. Por sus versos podrá comprender el lector, aunque en concreto, la índole y virtudes de aquellos honrados habitantes, hasta que en los artículos siguientes esprese mas en detalle este y los demas estremos de que me haré cargo.

Alza tu voz al cielo, Fabio mio,
Alza, y bendice al ser Omnipotente,
Pues que quiso clemente,
Ostentando su inmenso poderío,
Conservar de los hombres la pureza
Con su innata largueza,
En region apartada y escondida
Que un tiempo fué del árabe temida.
Esta region, tu fé quizá se estraña,
Pertenece á la España,
A esa España ¡oh dolor! tumultuosa:
A esa nacion ¡mi canto desfallece!
Que dió leyes al mundo,
No hallando su poder nunca segundo,
Y á sus castillos, barras y leones
Se postraron mil reyes y naciones.
A ese pueblo que ahora ¡desdichado!
En guerras agitado,
Y en ferales discordias dividido,
Sus ódios fementidos y rencores
Jamás pone en olvido:
A esa nacion que aviva sus pasiones
Y con distintos lemas y pendones,
Se alarma, y paz no goza
Y sus mismas entrañas ¡ay! destroza.
En medio, empero, de desdicha tanta,
Y para prez de la española gente
Un pueblo se levanta
Que separado está del continente,
Adonde la virtud firme se ostenta
Y la infanda traicion de allí se ahuyenta.
Este pueblo es Ibiza
Su hospitalario suelo
Al estranjero préstalo consuelo:
Tranquilos moradores
Al desgraciado préstanle favores.
Allí la paz halló seguro asiento:
Allí homicida y criminal espada
Jamás se vió embotada
Con la sangre de hermanos con hermanos:
Allí civil contienda no conocen:
Allí los ciudadanos
Al infortunio ávidos socorren,
Sin mirar opiniones,
Timbres, clases, nobleza ni blasones.
Vieras en su mansion ¡oh Fabio amado!
Practicar las virtudes por costumbre
Asi la muchedumbre
Como el magnate mas autorizado.
De la crápula envidia y la falsía;
Del dolo el juramento y latrocinio,
Del audaz lenocinio
No fueron presos aquellos moradores
Nunca, jamás sufrieron sus rigores.
Si un estranjero á la campiña sale
A observar cuánto vale
Aquel jardin ó eden tan delicioso,
Y el manto de la noche presuroso
Le sorprende, y se pierde en el camino,
No tema su destino;
Del sencillo payés (1) llame á la choza,
Verá cual se alboroza
Y le presta su lecho y alimento
Y al darle auxilio muéstrase contento.
Al despuntar la aurora, el desayuno
Afable le presenta;
Y si despues, al ausentarse, intenta
El estrangero, á fuer de agradecido,
Darle el premio debido,
El rudo se sonroja, se violenta,
Desprecia el interés y dice ufano:
Yo os di mi albergue solo como á hermano.

(1) Asi llaman á los campesinos en aquel pais

Allá en la poblacion hacen lo mismo;
No es menos su heroismo.
Yo lo ví, Fabio, yo lo ví asombrado,
Sus plazas y sus calles discurria
Un hombre desgraciado;
Su famélico rostro lo decia.
Vé perdido al acaso un fruto insano,
Con temblorosa y descarnada mano
Le coge asaz hambriento,
Y ¡triste! lo destina á su alimento:
Compasivas le observan dos mugeres,
Y gritanle: Detente!
Detiénese, asombrado, el indigente;
Y al punto aquellos seres bondadosos,
Cual ángeles hermosos,
Préstanle auxilios mil, dánle consuelo,
Que él imagina ser del mismo cielo.
Tres hombres se acercaron al proviso.
Mira, estrangero, pues que el cielo quiso,
Le dicen, *que á esta tierra hayas llegado,*
No serás desgraciado:
Que entre la isleña y compasiva gente
Nunca ha de perecer el indigente (1).
Si á cantar fuese las virtudes todas
De este pueblo feliz y afortunado,
De este pueblo dechado
De magnánimas prácticas, sin cuento,
No acabára, lo juro, en luengos años:
Es su querer, y su mayor contento
Huir el crimen y esquivar amaños.
Su preciada riqueza
Es proceder en todo con nobleza.
. . . .
. . . .

EL TIO FIDEL.

(1) Este hecho es historico.

¡POBRE PERIÓDICO!

«La abundancia es madre de la indiferencia; por lo mismo, señores, cuanto vds. hagan es inútil: ni su prestigio ni su talento lograrán que el público diga sí, como una vez haya dicho que nó.» Con estas ó semejantes palabras respondió en cierta ocasion un anciano inteligente á la consulta, que, sobre la formacion de un *Periódico*, le hicieron varios jóvenes literatos. Si el anciano dijo bien ó mal, yo no lo sé, pero es lo cierto que los jóvenes observaron al pié de la letra el consejo, y el *Periódico* no vió la luz.

Todo el mundo sabe ya lo que es un *Periódico*, y cuánta puede ser su influencia en las costumbres é inclinaciones del corazon; pero no saben todos del mismo modo los pormenores de su vida azarosa, porque esta, aunque demasiado pública, tiene misterios profundos é incomprensibles, que solo la mano del sacerdote puede revelar. No vayan á figurarse ya mis lectores, por lo que acabo de decir, que trato de proporcionarles un rato de broma, descorriendo el velo y presentándoles *al pobre Periódico* en camisa como su madre lo parió; no, señores: diré solamente lo necesario para entender lo que yo he podido averiguar de sus desgracias, por de contado de puertas afuera, sin atreverme de ningun modo á descubrir sus ocultos manejos, porque no llega á tanto la escudriñadora vista de los profanos.

Un *Periódico*, en los tiempos que hemos alcanzado, es necesario á toda clase de personas que quieran pasar plaza de entendidas; es un artículo, *sine quo* mas de cuatro primorosos se verian imposibilitados de recitar tiernamente al oido de una hermosa dulces y melancólicos trozos de poesía.

Un *Periódico* hace su primer entrada en el mundo con timidez, porque desconoce la clase de seres entre los cuales ha de vivir; pero estos le reciben con magnificencia y esplendor, gracias á los informes ventajosos que con anticipacion tienen cuidado de repartir algunas almas caritativas. En los primeros dias lo pasa alegremente de broma y algazara, compra dijecitos, se viste á *la derniere*, gasta

y despilfara, á fuer de novicio, en añejos usos, se enfada, se entristece, llora, rie, se formaliza, hace todo lo que acostumbra un niño mimado cuando tiene juguetes á su disposicion. ¡El *pobre Periódico* no sabe entonces la suerte que le espera mas adelante!

Un *Periódico* tiene la fortuna de ser conocido de los presentes, de los ausentes, y hasta de los ignorantes, porque lleva regularmente un nombre bonito, de los que no están en el calendario: su persona, modales y costumbres salen de la regla comun, y ya sabemos cuanto nos impresiona todo lo extraordinario y original; asi es que en el momento que sale á paseo, es decir, que toma un asiento en la sociedad, recibe saludos, enhorabuenas y felicitaciones de toda clase de personas, masculinas y femeninas, y pasa á ser el queridito del alma de unos y otros, porque el *Periódico*, en materia de sexos, pertenece á la raza de los *hermafroditas*.

Un *Periódico*, en concepto de todos, es el tipo mas perfecto de la sabidurla, elegancia, buen gusto y educacion, pero estas recomendables dotes, que en cualquiera producirian á lo menos respeto y veneracion, son por el contrario en el *Periódico* causa de franquezas y exigencias continuas, pues como su bandera es amistad para todo el mundo, tiene que sacrificarse por dar gusto. He aqui el principio y fin de sus desgracias y padecimientos. El jóven de cascos alegres le dice que sea jugueton, calavera y bullicioso. El enamorado quiere formalidad sentimiento y melancolia, entrevistas nocturnas, viajes aéreos, fantasmas y cementerios. La *incomparable*, esa alambicada creacion de la moda, que en todas partes domina y á todos tiempos pertenece, quiere que dedique sus páginas al tocador, que hable con ella de Paris y de Lóndres, de madama *Petivona*, de Muarés, esencias y cosméticos, y de vez en cuando que la distraiga con dulces versecitos, baladas tiernas, ó con la historia lastimera de los personages de allende, porque son mas finos, mas sensibles, mas enamorados que nosotros. El literato reprende todo lo que no sea discurrir sobre la escelencia de las Bellas Letras; para él es una miseria ocuparse de chismografia, trages y amoríos. El *pobre Periódico*, al paso que le dá la razon, le suplica, tenga presente que cuando vino al mundo hizo profesion de *Cosmopolita*. Los fisgones, al revés de los literatos quieren estar siempre con cara risueña, y en disposicion de murmurar; estos son los que con mas asiduidad persiguen al *pobre Periódico*: le visitan una docena de veces al dia; y, como tienen franqueza, le pellizcan, le sofocan y le aburren hasta que les cueta dos ó tres aventurillas de callejon, sazonadas por del contado con su correspondiente pimienta; les dá puntua conocimiento de las notabilidades últimamente aplaudidas, y de las obras traspirenáicas mas recientes, para poder de este modo hablar algo de interco en la tertulia de la *Marquesita*. El *pobre Periódico* hace todo esto contra su voluntad, pero no le es posible marchar por otro camino; si no lo hiciera, tendria que habérselas, nada menos que con un fisgon, el enemigo mas encarnizado de los misterios y de la sociedad entera. ¿Y los artistas? ¡Oh! estos tambien son de los inseparables. «Sr. *Periódico*, le dicen, nosotros simpatizamos, debemos ser amigos por fuerza; vd., como buen español, debe procurar por las glorias de su pais, ensalzando nuestro mérito.» Si, señores, contesta el *pobre Periódico*, entre mohino y risueño; seremos amigos, porque debemos serlo, hablaré á todo el mundo de vds., porque me gustan los buenos artistas, y es mi deber por otra parte estimular la aficion en nuestros compatriotas. Y luego los abogados le dicen, que no se olvide de visitarlos de vez en cuando, para interpretar algunas leyes oscuras del Digesto y las Partidas. Los médicos que hable de hijiene; los naturalistas de escorpiones, arañas y escarabajos; los historiadores de las diversas guerras, dinastías y coronas que han existido en España, desde *Tubal* hasta la fecha; y los geógrafos, astrónomos, químicos, matemáticos, filósofos, teólogos, agricultores y arqueólogos exigen al *pobre Periódico*, que se ocupe tambien de su ciencia. ¡Oh, y cuán desgraciado es el destino del *pobre Periódico!* niño se ve forzado á llevar sobre sus hombros el peso de infinitas obligaciones, y aunque el camino esté sembrado de malezas y precipicios, tiene que continuar marchando, si ha de recoger el fruto de sus penosas vigilias!

Pero no es lo peor de todo que los críticos ensayen sus venenosas flechas contra el *pobre Periódico*, y que los amigos, sin fundado motivo, deserten de su devocion; nada es eso, comparado con las humillaciones y bajezas que mas tarde ha de sufrir: porque... no espere ya el infeliz verse conservado como á su mérito correspondia, ni tiene que esforzarse para ser oido como en otro tiempo en bufetes y tocadores; puede darse por muy satisfecho, si, como dijo en cierta ocasion un folletinista de teatros, hablando del argumento de una opera, las paleras manos de una señorita lo convierten en patrones de corsé. ¿En patrones de corsé, cuando llevan las inspiraciones del poeta, los raciocinios del hombre pensador y los profundos discursos del filósofo? ¿cuando todo eso ha costado mil desvelos, mil sacrificios y vigilias? y cuando el poeta, el filósofo, el hombre pensador, escribieron para ilustrar, para ser aplaudidos, van sus obras queridas á morir bajo el agudo filo de una tijera? ¡*Pobre Periódico!* Pero no hay que darle vueltas, asi ha sucedido y sucederá mientras haya hombres; una vez fulminado el decreto de muerte contra el *pobre Periódico*, es imposible revocarlo, porque la sociedad no muda tan facilmente de resoluciones. ¡Oh! si en la decrepitud conservase, lo mismo que la infancia, relaciones amistosas con la moda, si cuidase con mas esmero de su vestido, si fuese siempre galante, amable y condescendiente, si supiese aprovechar en las ocasiones apuradas al prestigio que le dieron; seguramente que no se veria espuesto á una suerte tan cruda, porque hay que desengañarse lo primero que se pregunta en nuestros tiempos á un *Periódico* es si saldrá elegante, no si dará buenos artículos; ¡á tal punto han llegado los caprichos del gusto y las exigencias de la moda.

¡*Pobre Periódico!* Nadie en el mundo sufre tanto como él, nadie prueba mejor la instabilidad de las cosas humanas. Sin contar los azares de la parte politica, los lances, las denuncias, las polémicas desagradables, los conflictos, las persecuciones y otros contratiempos de que no es nuestro ánimo ocuparnos. Bajo la férrea mano del Cajista sufre cercenes y amputaciones; en poder de la sociedad es un tiempo querido, la mayor parte olvidado. ¡Nació para vivir, vivió para sufrir!

F. S.

Máximas y pensamientos.

La estrella polar, de la propia suerte que la esperiencia, guia solo al hombre por la noche y se levanta cuando vá él á acostarse.

El incidente mas leve puede llegar á descubrir la trama mejor hurdida, de la propia suerte que la niebla caida sobre una tela de araña pone de manifiesto hasta los mas ténues de sus hilos.

Los hombres tienen en mas el mal que puede hacérseles, que el bien que se les hace.

El amor propio ensancha el centro en que vivimos, agrandando el todo de que constituimos una parte.

Hay tanta exageracion en el menosprecio de lo que se compra, como en el elogio de lo que se vende.

En otro tiempo era la cualidad, hoy dia es la cantidad de las obras lo que constituye el mérito de los escritores; se toma en cuenta la fuerza de cuatrocientos volúmenes como en los paquebots la de cuatrocientos caballos.

Hay gentes que sirven para todo, escepto para lo que hacen y están solo fuera de su lugar cuando se hallan en el que ocupan.

Creemos que nos honramos con la estimacion de los grandes y que honramos á los pequeños con la nuestra.

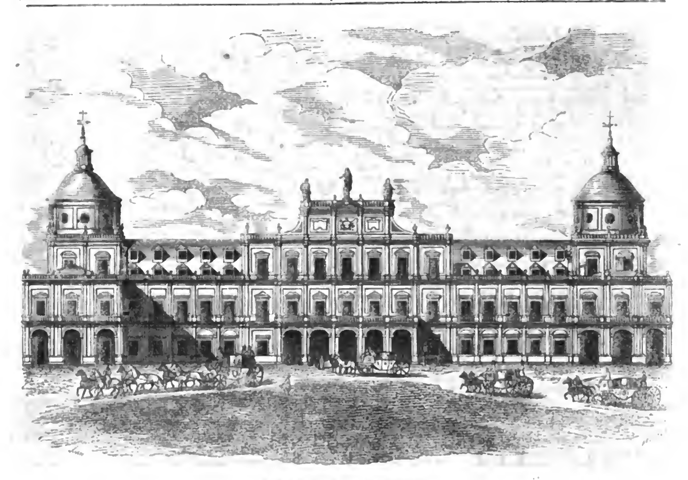
El pedante procura mas bien instruirnos de lo que él sabe, que de lo que nosotros ignoramos.

Siempre nos presta mayores atractivos el pensar en lo que hubiéramos podido decir, que el recordar lo que hemos dicho.

Asi como se apercibe muy pronto todo el mundo de que un recien venido es rico, se conoce con mucha mayor rapidez aun al que no lo ha sido siempre.

Apreciamos mas bien los servicios que nos hacen los demás por lo que nos valen que por lo que les cuesta.

MADRID: imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, num. 4.



PALACIO DE ARANJUEZ.

Esta residencia real es durante la primavera un verdadero oasis en medio de una campiña árida. Al Tajo y el Jarama, que riegan la comarca, se deben la estraordinaria altura y vigor de los árboles de Aranjuez, y la rica y admirable vegetacion que tanto atractivo tiene en las cercanías de Madrid.

Aranjuez es una villa á la holandesa, segun el plan concebido por el marqués de Grimaldi á su regreso de la embajada de Holanda. Calles largas y rectas, casas poco elevadas, jardines pintorescos, paseos agradables, cafés, teatro, plaza de toros, nada falta á Aranjuez para ser una poblacion de placer, una mansion deliciosa. El jardin de la Isla, por medio del cual corre el Tajo, y el del Príncipe, regado tambien por el mismo rio, abundan en sombrías alamedas y encantadores sitios de retiro. Pero no es hoy nuestra intencion describir el sitio; proponemos solo hablar del palacio real, digno por mas de un concepto de la atencion de nuestros lectores.

Establecidos en Ocaña, segun se dirá, los grandes Maestres de la órden de Santiago, y convidados por la feracidad y delicias del sitio, y abundancia de la caza y pesca, se destinó Aranjuez para *mesa maestral*, y para mayor comodidad en gozar estas riberas, el maestre D. Lorenzo Suarez de Figueroa, hizo levantar un palacio de escelente fábrica de cantería y ladrillo, desde los años 1387 al 1409 en que murió: este palacio se hallaba en el mismo parage que ocupa el actual próximamente; su forma era de arquitectura antigua con 4 fachadas; en lo interior un espacioso patio adornado de columnas de piedra blanca, que sostenian las galerías del piso principal; sobre las columnas en unas tarjetas de la misma piedra estaban las insignias de la órden de Santiago, que alternan con las armas de Figueroa propias del Maestre: tenia dos entradas, al E. y O., y un puente de madera y ramaje, que luego se hizo de piedra para dar paso por encima del canal de las aceñas á la isla, donde estaba la huerta y el jardin: adquirida por los señores Reyes Católicos la administracion perpétua y el cargo de Maestres de las órdenes, se alojaron muchas veces en este palacio, y lo mismo hicieron D. Cárlos I y D. Felipe II; pero no siendo capaz de contener toda la familia de este Monarca, quiso hacer un cuarto real para sí; al efecto eligió el sitio al S. del palacio antiguo, dejando una calle por medio: mandó hacer lo primero una capilla pública, y unido á ella el Cuarto Real: en 10 de octubre de 1561 se subastó la apertura de las zanjas para este obra; se remató á 15 mrs. vara y se empezaron abrir inmediatamente, resultando de escavaciones 1,947 varas lineales con 13 pies de profundidad. Era entonces arquitecto mayor del rey el insigne maestro Juan Bautista de Toledo, natural de Madrid, á quien S. M. hizo venir de Roma para idear la obra del templo del Escorial, á la cual se dió pincipio un año despues: desde 1571 hasta primeros de 1568 iban gastados 8.080,650 mrs., y estaba en el tercer cuerpo la capilla, y poco mas adelantado el Cuarto Real: en este estado murió Juan Bautista de Toledo y paró la obra: estuvo suspensa hasta 1574 que continuó al cargo de Juan de Herrera y de Gerónimo Gili, que unidos firmaron algunos papeles de destajos: se trabajaba con lentitud, tanto que en 1584, siendo ya Herrera maestro mayor de las obras reales, dió un papel de lo que faltaba que hacer, escrito y firmado de su puño: concluido este palacio, ocupaba el cuadrilongo donde estuvo la capilla antigua mirando al S. con fachadas al O. hasta el pórtico actual; al N. por frente de la escalera principal de hoy, y al E. por la larga del patinillo que está detras del jardin de las Estátuas: la piedra necesaria se estrajo de una cantera que se compró y escavó en el término de la villa de Colmenar, constando por cédula de 17 de marzo de 1687 que el rey concedió 1,000 varas de sillares al conde de Chinchon para la obra de la capilla de aquella villa que se hacia entonces: la madera para las armaduras, las del convento del Escorial y el de Doña María de Aragon en Madrid, se condujo de los montes de Cuenca por cuenta del rey en el año 1584; el plomo para las cubiertas y las del Escorial se sacó de unas minas que entonces habia en Madrilejos y Consuegra, las cuales no existen ya. En el oratorio interior se puso un retablo de pintura en lienzo sobre tabla, representando á Cristo N. S., como le ponian en el sepulcro, obra del Ticiano, con molduras de dorado y negro, y su cortina de tafetan azul con cordones de seda; y una piedra de alabastro guarnecida de madera, que en 19 de mayo de 1591 entregó Antonio Boto,

guardajoyas del rey y príncipe, segun con las mismas espresiones consta en el recibo que dió el conserge. Esta pintura del Ticiano se llevó al oratorio de Aceca, y allí estaba en el año 1614. En el año 1599 se hicieron dos pasadizos desde el piso alto, para dar comunicacion al palacio viejo de los Maestres, que atravesaban la calle que quedó formada entre ambos; se concluyó el jardin que sirvió á este cuarto real (y es el de las Estatuas) cercándole con tapias y poniendo una fuente en medio: delante de la capilla se formó una plaza de árboles, cercada de palenques y puertas para correr toros y hacer los herraderos al frente de los balcones de palacio: el viejo se destinó para alojar los gefes y caballeros de la corte, y el nuevo sirvió para habitacion de los reyes, sin mas novedad hasta el año 1686; en el patio del antiguo estuvo colocada la estátua pedestre de bronce que representa el emperador Cárlos V con el Furor encadenado á los pies, la cual se mudó al Buen-Retiro el año 1634 por órden del superintendente, de 5 de marzo, en que dice, *se lleve la heregia del Emperador;* se colocó en el jardin de San Pablo, y hoy se halla en el real museo de escultura de Madrid. En 12 de diciembre de 1660 se prendió fuego al palacio de los Maestres, causando bastante estrago en los adornos y muebles interiores; pero poco en la fábrica. En el de 1665, se repitió igual desgracia, quemándose un cuarto enteramente, el cual se compuso luego: en tal estado permaneció hasta el año 1727 que se mandó derribar para concluir la obra del que hoy existe, hallándose en sus cimientos varias monedas del tiempo de su construccion. En el nuevo cuarto real se emprendieron nuevas obras por órden del marqués de Torres, fecha 21 de febrero de 1636; mandando se mudase la destilacion de las aguas, que estaba á la entrada del jardin de la isla, para continuar el cuarto y el trascuarto de la Reina, que mira á Levante, haciendo las escaleras que fueron menester para tomar las damas desde el cuarto nuevo la casa del palacio viejo, y escalera para bajar S. M. al corral de los álamos y á los jardines: esta obra es la parte de fábrica que sigue hácia el Oriente y hace fachada al jardin de las Estátuas, llamándosele Cuarto de la reina. En esta forma se mantuvo el palacio durante los reinados de los SS. D. Felipe IV, D. Cárlos II y D. Felipe V, pero éste mandó á su maestro mayor y aparejador de las obras del palacio de Madrid, D. Pedro Caro Idrogo, que trazase los planos para completar un cuadro con cuatro líneas de fábrica y un pátio en el centro, guardando el órden y forma que tenia lo que estaba fabricado, y otra cúpula á la parte del N. que igualase con la que servia de media naranja á la capilla: cumplió su órden este arquitecto presentando su trabajo firmado en el año 1715, en el que se distingue con colores lo que habia hecho, y lo que debia hacerse: lo aprobó el rey, y en órden de 14 de agosto mandó se construyese un cuarto mas: perseveró S. M. en la idea, y por otra órden de 2 de mayo 1727 se continuó esta obra bajo la direccion del referido D. Pedro Caro, quien dispuso el derribo del antiguo palacio y mandó reconocer la antigua cantera de Colmenar, que era del rey, y ponerla corriente para sacar toda la piedra necesaria: en 1728 se abrieron las zanjas de la fachada de O. que es la principal; se deshicieron los molinos ó aceñas que habia en la parte de abajo, en el jardin de la isla; se concluyó el puente de piedra que da entrada al mismo jardin, con escalones, y se formó la presa que sirve para dar agua á la cascada (de que se hablará). Muerto D. Pedro Caro, fué D. Teodoro Ardemans, arquitecto mayor del rey, á reconocer las obras, pero no tuvo el manejo de ellas; habiéndose encargado su direccion en 1733 á D. Esteban Marchand, coronel de ingenieros, y en 1734 á D. Leandro Brachelieu, tambien ingeniero: en 1735 se siguió la muralla de silleria en el canal del rio para poder formar la plazuela delante de la fachada principal del palacio, y se trabajó en el resto de la fábrica, teatro y gabinete para la reina: lo relativo á pinturas y adorno lo dirigia D. Juan Bautista Gailuci, D. Santiago Bonavit y otros profesores italianos: ademas de las pinturas y dorados se puso en aquel gabinete una fuente y juegos de agua en un peñasco grande con 4 cabezas de vientos, y otros pequeños con conchas y tazas de mármol y varias figuras de bronce: 1 Neptuno grande, 4 delfines, 1 con con una flor de lis en la mano, y otro en ademan de beber, una sirena, un fauno, unos árboles con pájaros, y otras invenciones: duraron estas obras hasta el año 1739, en que se concluyeron, segun consta en 2 lápidas que se pusieron en la fachada, y se guardan hoy en el almacen de materiales: en 1740 se arregló un coliseo para representar óperas y serenatas, y por órden de 24 de junio de 1744, se ideó la escalera principal con grandes luces y magnífica bóveda, aunque los muchos derrames y entradas le hacen aparecer teatral, cuya obra duró tanto tiempo: en el mismo año se mandó deshacer un mirador de madera dorado y pintado, cubierto de pizarra, sustituyéndole con otro de canteria que se derribó en 1768, todo bajo la direccion de don Santiago Bonavit. Ocurrió á este palacio la fatal desgracia de un voraz fuego la noche del 16 de junio de 1748, estando en él SS. MM., que informados del progreso que hacian las llamas, dejaron su real habitacion y por la mañana del lunes siguiente se trasladaron al Buen-Retiro.

Acudiendo prontamente á fin de estinguir el incendio, se logró salvar la mayor parte del edificio y todo lo mas precioso de muebles y adornos; pero quedaron destrozadas las paredes interiores y armaduras: con este motivo se emprendieron de nuevo las obras para repararle, que duraron algunos años, y entonces se pintaron al fresco la sala de la conversacion, el teatro y otras piezas por el célebre Conrado Giacinto, y D. Santiago Amiconi, haciendo otras obras al óleo que aun se conservan. Concluida esta reparacion y la escalera principal, pórtico y distinta forma que se dió al frontispicio de la parte de O., poniendo un escudo de las armas reales y balaustrada, se colocaron tres estátuas de piedras que representan al Sr. D. Fernando VI en el medio; al Sr. D. Felipe V á la derecha y al Sr. D. Felipe II á la izquierda con estas inscripciones:

Philipus II instituit.
Philipus V provexit.
Ferdinandus VI pius felix
Consumavit anno MDCCLII.

El Sr. D. Cárlos III de gloriosa memoria, autor de tantos monumentos magníficos que eternizarán su nombre, perfeccionó las obras de este palacio, y construyó el suntuoso gabinete para su despacho, que no tiene igual: está vestido por sus 4 paredes y bóveda, con piezas de China, de infinitas figuras de gran tamaño, bello dibujo y mucha propiedad, puestas con tornillos que fácilmente pueden desarmarse: obra ejecutada con primor en la fábrica de porcelana de la China que el mismo rey habia establecido en el Buen Retiro, y de que nos ha privado la envidia de los estrangeros: para la dilatada familia de este monarca acordó el mismo en 20 de mayo de 1771, se añadiesen dos alas prolongadas unidas á los estremos de la fachada principal, guardando la arquitectura que tenia la obra antigua, mudando á la izquierda la capilla pública, y á la derecha un nuevo teatro que empezó á pintar D. Antonio Rafael Mengs, pero que no se concluyó y se ha deshecho despues: trazó los planos, y dirigió este aumento D. Francisco Sabatini, mariscal de campo, coronel de ingenieros y maestro mayor de las obras reales, en el año 1772; en el medio de cada ala, y sobre las puertas principales, en unas espadañas con trofeos militares se pusieron estas inscripciones: en el lado derecho

Carolus III adjecit anno MDCCLXXV.

y lo mismo en el izquierdo, con la diferencia de ser 1778, que fué el en que se concluyó: al frente de los dos estremos de las obras adicionadas se hizo una plazuela en medio círculo, y en ella 12 bancos de piedra con respaldos de buen gusto, canastillos de flores y unas piñas por remate: lo grandioso de estas obras, con el inmenso número de árboles que las acompañan, forman el mas agradable y delicioso objeto que cabe en la imaginacion: estos fueron los principios, variaciones y adiciones que ha tenido el real palacio de Aranjuez, primero y principal de sus actuales edificios, hasta el estado de complemento que hoy tiene: en su interior son de admirar los bellos cuadros de Jordan que hay en una hermosa pieza, representando á José el Casto; 3 en las entreventanas de muy buena composicion alegórica del mismo, y otro mas notable por su escelente colorido; igualmente llama la atencion el techo de esta sala pintado por Santiago Amiconi, alegórico y muy bueno: en el gabinete antiguo hay una Juno y otras pinturas de Jordan, ademas 7 cuadros del mismo representando fábulas y varios paises; tambien allí y en otras piezas se ven paisages de Juan del Moro, de mediano colorido: en la pieza de mayordomos existen 6 cuadros de Jordan de fábulas y figuras de caprichos, entre los que se admira el que representa á Orfeo, rodeado de anima-

les escuchando su música, con tal gracia de actitudes y atencion que sorprende: en otras salas se hallan los retratos del gran duque y gran duquesa de Toscana y de sus 4 hijos, pintados por Rafael Mengs; los de los reyes de Sicilia por Bonito, y una vista del Vesubio por Antonio Yole, pintor lombardo; varias vistas de Nápoles y de sus contornos, y algunos bajos relieves en cera de colores, ejecutados con mucho esmero, representando cacerías y pesquerías, obra de un tal Pieri. El oratorio interior para el rey, dedicado al misterio de la Inmaculada Concepcion, está adornado con retablo de ricos mármoles, y el Sr. D. Cárlos IV le hizo pintar al fresco por D. Francisco Bayeu, con algunos paisages de la historia de Nuestra Señora: el cuadro de la Concepcion que le sirve de titular es debido al pincel de D. Mariano Maella; pero lo que mas debe admirarse, es un rico relicario de pórfido, de trabajo delicadísimo, como tambien un crucifijo de marfil que hay encima, y un mosáico representando una marina, cuya exactitud en las medias tintas es de lo mas perfecto á que se puede llegar.

CRISTOBAL DE MONDRAGON.

Nació en un pueblo de Vizcaya el año de 1504: empezó á servir en las jornadas de Túnez y de la Goleta, mandadas por el emperador Cárlos V. Si nada hemos podido investigar relativo á la historia de los primeros años de Mondragon, hemos tenido el gusto de leer un documento curioso, del cual copiamos algunas líneas que bosquejan del modo mas conciso á este célebre personage, y nos hacen formar una opinion muy favorable hácia su persona. Es una carta en que cierto general de aquel tiempo le recomienda á S. M. Empieza de este modo: «S. C. M.—»El dador de la presente es Cristóbal de Mondragon el »cual agora es hombre darmas en una de estas compañias, »y uno de los buenos y fuertes soldados que sirven en es»tos ejércitos, y de los mas apuestos y galanes hombres »que se hayan visto jamás; y siempre se me ha presentado »en el mejor órden de caballos y armas, etc.» Asistió Mondragon á todas las facciones de guerra ocurridas desde que abrazó este noble ejercicio, y el año de 1567, mandando un tercio como maestre de campo, fué reclamado por el duque de Alba para dar principio á las famosas guerras de Flandes. Mondragon que anhelaba ser uno de los elegidos, recibió con júbilo tan agradable noticia, y se dispuso con la mayor presteza á dar principio á las mayores hazañas de su vida. Contaba entonces la avanzada edad de 63 años; pero dotado de una complexion prodigiosamente robusta era admirado por todo el ejército y reputado por el mas duro en las fatigas de la campaña. De esto tomó origen el mote con que le bautizaron los soldados; llamábanle *pena vira*, (1) indudablemente por la circunstancia de no haberse rendido jamás en ninguna marcha, las cuales hacia siempre á pié á la cabeza de su tercio. Apenas llegaron á Flandes nuestras tropas, le confirió el duque el mando de 15 enseñas de infanteria Walona, y el gobierno de Damuillers asegurándole que se acordaria de él en todas las empresas arriesgadas, para las que le consideraba de los mas á propósito. No tardaron en ofrecerse. Despues del sitio y rendicion de Mons, á que asistió, siendo uno de los pocos que lograron distinguirse, concibió un pensamiento atrevido; un pensamiento de esos que solo asoman á la mente de los hombres llamados para grandes hechos. Los rebeldes con obstinado empeño tenian puesto sitio á Targoes y casi reducidos á capitular aun á las pocas fuerzas que defendian la poblacion, pues ni esperaban socorro, ni era posible que llegase á tiempo por el largo rodeo que tenian que dar los que lo intentasen. Mondragon conocia el pais y sabia estos inconvenientes; pero pensó en socorrer á los sitiados y nada le hizo desistir de su propósito. Púsose á la cabeza de tres mil hombres, manifestóles el peligro que corrian sus compañeros, y acabó por decirles que habia resuelto vadear el brazo de mar que los separaba de la plaza, único medio de socorrerla. Inflamó á los soldados el entusiasmo de su gefe y á grandes voces pidieron que no demorase aquel intento, pues todos estaban dispuestos a seguirle. Efectivamente, las tres leguas de mar fueron vadeadas, y Jargoes recibiendo tan considerable refuerzo se vió libre de los enemigos que la asediaban. Despues de este hecho memorable pasó al sitio y toma de Harlem, en el que se le encomendaron los puntos de mas peligro.

El año de 1573 defendió á Midlemburg y Ramua, que entregó por capitulacion por órden del comendador mayor de Castilla, que conociendo la imposibilidad de la defensa le previno capitulase para evitar que entrando por asalto no respetasen la vida de Mondragon y la de los pocos soldados que tenia á sus órdenes. Capituló, pues, y saliendo con todos los honores de la guerra, se incorporó con Sancho Dávila y concurrió á la famosa batalla de Mock. Infatigable en la guerra y celoso y ardiente defensor de nuestros legítimos derechos á aquellos infortunados paises, revolvia en su fecunda imaginacion mil proyectos en contra de los sublevados. Reunió un dia toda la fuerza de su mando y eligiendo trescientos hombres de los que mejor sabian nadar, les comunicó la arriesgada empresa á que iban á dar cima, con mengua y desdoro de sus enemigos. Tratábase de atravesar á nado el brazo de mar que les separaba de la isla del Finart, y de tomarla á viva fuerza. Señalóles el trage y armas que deberian llevar y á las 12 de aquella misma noche se echó á nado el primero, seguido de su pequeña columna; pero no eran las aguas el mayor obstáculo que se les ofrecia; los rebeldes tenian apostados algunos navios en defensa de la isla, y era preciso pasar á tiro de piedra de ellos. Ya de antemano habia eficazmente recomendado el silencio, asi es que fueron salvando los sitios de mayor peligro hasta tocar en la isla que acometieron al arma blanca y ganaron despues de una obstinada resistencia.

En este año, que era el de 1575, ganó tambien del mismo modo la isla de Zierickzee, para cuya faccion le acompañaron dos mil soldados: seguidamente puso sitio á la villa que toma el nombre de dicha isla y la redujo, venciendo antes al príncipe de Orange, que habia intentado hacerle levantar el sitio. Despues asistió al asalto de Bommeneé, y queriendo emprender otras operaciones se le amotinaron los soldados por falta de pagas y le retuvieron en calidad de preso para evitar que viniese contra ellos con alguna fuerza respetable. La frecuencia de estos motines, inevitable por la escasez de recursos, paralizaba y entorpecia la pacificacion de la Flandes. Pocas veces se imponian castigos á los culpables, pues siempre era unánime el movimiento y como no habia seguridad de pagarles en adelante con mas exactitud se temian las venganzas á que pudiera dar lugar un estado de insurreccion. Por otra parte en la simple clase de soldados servian jóvenes pertenecientes á casas ilustres, y esto contribuia á que reinase en los alborotos, en cierto modo, el mejor órden. Esponian sus quejas con templanza y sin insultos y fijaban en las esquinas todas las providencias adoptadas y la marcha que se proponian seguir hasta que se les abonasen sus sueldos. (1). Afortunadamente duró pocos dias el alboroto que retenia á Mondragon, pues habiendo pagado á sus soldados, asistió con ellos al asalto de Amberes, cuya ciudad habian tomado los rebeldes por traicion. Algunos meses despues se fir-

(1) Es costumbre inmemorial entre nuestros soldados el poner motes á sus mismos generales, fundándose en el caracter, condicion, ó en algun hecho del personage. No queremos pasar en silencio uno que nos ha chocado sobre todos. Pedro de Paz, maestre de campo del ejército de Alejandro Farnesio, era tan bondadoso con sus soldados, que cuando la escasez y el hambre se dejaba sentir entre ellos por falta de recursos, vendia sus propias alhajas para comprarles pan, y solia decir: «siquiera que no les falte pan.» No hubo necesidad de mas; los soldados de otros tercios cogieron al vuelo aquella frase y bien pronto fué conocido en todo el ejército con el nombre de *Pedro de Pan*. No debe confundirse este Pedro de Paz con otro de igual nombre que figuró al principio del mismo siglo.

(1) Es curioso uno de los pasquines fijados en Amberes durante el tiempo que un motin se enseñoreaba de aquella ciudad. Decia asi: Deben pensar nuestros enemigos que metidos nosotros entre los regalos y vicios de Amberes y blanduras de las damas, nos hemos de afeminar y asi harán despues de nosotros lo que quisieren, porque habremos perdido el sólito vigor y brio, como lo hicieron los soldados de Alejandro en Babilonia y los de Aníbal en Capua; persuádense de esto porque nos ven tan sosegados y porque no hacemos mas que comer bien y beber frio. Conviene, pues, que de cuando en cuando nos hagamos sentir, y trayendo los frascos llenos, haya de respeto pólvora porque tenemos mas enemigos que pensamos

mó la paz y pasó á Madrid en compañía de Sancho Dávila; pero alterada Flandes segunda vez le confirió S. M. el mando del tercio de Julian Romero, que habia fallecido aquellos dias y pasó Mondragon al teatro de sus glorias, donde le esperaban nuevos lauros. Gobernaba á la sazon aquel pais don Juan de Austria, de cuyas relevantes prendas se esperaban grandes resultados; pero el veneno que abrasaba las entrañas de este varon insigne, acabó con sus dias el 1.º de octubre de 1578. Sustituyóle Alejandro Farnesio, jóven lleno de salud y de ardimiento. Emprendiose la guerra sin descanso; Mondragon era el alma de todos los movimientos: en pocos meses puso sitio á Carpen que tomó por asalto: asistió al de Martrich que tambien fué ganada á viva fuerza y se apoderó de Dunquerque, despues de una obstinada resistencia. Atormentaba á Farnesio la idea de ver á Amberes en poder de los enemigos, pues á consecuencia de la paz habian introducido en ella su guarnicion.

(Se concluirá).

M. J. Diana.

TIPOS ESPAÑOLES.



¡S. E. no da audiencia!

LA CRUZ DE LA ESMERALDA.

TRADICION POPULAR.

I.

1569.

No es necesario poseer grandes conocimientos históricos para recordar que el 2 de enero de 1492 se rindió la ciudad de Granada, último emporio y baluarte del poder árabe en España, á los gloriosos reyes Católicos doña Isabel y don Fernando; y que los moros, reducidos á la dominacion cristiana, tascaron el freno impacientes, y aprovecharon cuantas ocasiones se les presentaron de sacudir sus pesadas cadenas y promover graves disturbios. Las tentativas de insurreccion de los árabes y moriscos cedieron siempre en grave daño de sus mismos promovedores, que perdieron en cada una de ellas buen número de las garantías estipuladas al entregarse la ciudad, y acabaron por quedar reducidos á la mas humilde condicion. Trece años despues de la conquista murió la reina de Castilla doña Isabel; nueve años despues que la reina, murió el rey de Aragon don Fernando; y como desde muchos años antes estaba turbada la razon de la legítima heredera de ambos reinos, denominada *Juana la Loca*, empuñó las riendas del gobierno su hijo primogénito, don Cárlos I de España y V de Alemania. Durante los treinta y ocho años del reinado del hijo de *Felipe el Hermoso*, hicieron varias tentativas los moriscos de Andalucía para reconstituir su perdido reino de Granada, tentativas que se estrellaron en la fortuna y el poder del armipotente emperador. Retirado á Yuste este monarca, empuñó el cetro su hijo único Felipe II,

príncipe cauto y poco belicoso, que en vez de buscar los laureles como su ilustre predecesor, confió á los capitanes de su padre el cuidado de hacer respetar en ambos mundos las armas españolas, y se consagró especialmente á robustecer el poder real, aliándolo con el religioso, para que la unidad política y de las creencias se ayudasen: contribuyendo la primera á cerrar las puertas de España á la *reforma*, que tan crudamente combatia á la segunda, y la segunda á estinguir los últimos restos del feudalismo de los municipios y los grandes, sombra que aterraba á la primera. Los moriscos de Andalucía debieron sentir los efectos de esta política alianza, como súbditos poco sumisos y como sectarios del Coran; y despues de haber promovido, durante los trece primeros años del reinado de don Felipe, mas ó menos sérios disturbios, acabaron por presentarse en declarada rebelion. Ni astucia ni arrojo escasearon para hacerse dueños de Granada; y no habiéndolo conseguido, merced á la gran vigilancia de las autoridades reales, se retiraron al pais montañoso, llevando el fuego de la guerra á las Alpujarras, Almijara, Rio de Almanzora, Sierra-Nevada, y los fértiles y profundos valles escondidos entre estas fragosas montañas. A estinguir el repentino incendio acudieron de toda la península las banderas de las ciudades y algunos tercios aguerridos; pero á pesar de los esfuerzos de los marqueses de Mondejar, los Velez y otros ilustres capitanes, la desesperacion y el terreno multiplicaban de tal modo las fuerzas de los moriscos de Granada, que, con próspera ó adversa fortuna, pero siempre caprichosa é incierta, iban prolongando la guerra, mucho mas que convenia á los planes y gran poder del monarca, á quien hostilizaban. Cansado Felipe II de tan prolongada contienda, y queriendo ponerla término á la posible brevedad, mandó reunir un poderoso ejército, y tomando una estraña determinacion, poco conforme á su carácter y política, lo puso bajo las órdenes de su hermano don Juan de Austria, hijo natural de Cárlos V. Esta eleccion debió parecer á todas luces incomprensible y desacertada: lo segundo porque el jóven príncipe habia pasado sus primeros años dedicado á sérios estudios; pues Luis Quijada, por órden del emperador, lo destinaba al sacerdocio: y viniendo despues á la córte, á pesar de su gran corazon y ánimo marcial, no habia presenciado, ni mucho menos tomado parte en ningun reencuentro ni batalla; y lo primero porque habiendo meditado y vacilado mucho Felipe II antes de decidirse á declarar á don Juan de Austria su real origen, como temiendo que el águila imperial quisiera remontarse alto, le proporcionara una ocasion de unir á lo ilustre del nacimiento el esplendor de la victoria. No es fácil hoy adivinar las causas, y existir debieron muy graves, que hicieron obrar al monarca del modo que hemos referido, y dejando la cuestion histórica entremos en la tradicion popular.

Entre los varios capitanes que servian bajo las inmediatas órdenes de los marqueses de los Velez y de Mondejar, se distinguia particularmente el hidalgo Diego Velazquez, brioso capitan de caballos, que habia medido su tizona con las moriscas cimitarras de los mas valientes guerrilleros, y á quien los moriscos miraban con un invencible terror; contaba el capitan Velazquez á la sazon treinta y seis años, y, soldado desde la infancia, se habia hallado en el sitio de Mest, última y desgraciada espedicion guerrera del emperador Cárlos V, y en la batalla de San Quintin, primero y glorioso hecho de armas del hijo del emperador. Su estatura casi gigantesca; su tez morena y á mas tostada por el sol de los campamentos; sus facciones duras y singularmente varoniles; su voz bronca y sus imperiosos ademanes, estaban en perfecta armonía con su gran ánimo marcial: y los moriscos, como los cristianos, le concedian las altas prendas de guerrero.

A las cuatro y media de la tarde del 24 de diciembre de 1569 se encontraba Diego Velazquez á corta distancia de Orgiva, acompañado de cien guerreros que lo secundaban de ordinario en sus peligrosas correrías. Ocupaban una alquería que les servia de alojamiento, guareciéndolos de la ventisca y menuda nieve que iba tendiendo su blanco manto sobre las praderas y colinas. Los compañeros de Velazquez reposaban cómodamente sobre la paja, se calentaban al hogar, jugaban á los dados y bebian; pero el capitan, preocupado con alguna idea muy importante, se paseaba apresuradamente, asomándose de vez en cuando á la puerta de la alquería, como si esperara impaciente la llegada de alguna persona. Cerraron las sombras de la noche; la impaciencia del capitan crecia por momentos, y no pudiendo entretenerla con asomarse á la puerta, porque le era imposible descubrir ni el mas corto trecho de camino; continuó sus rápidos paseos, derribando al paso las cántaras de los que bebian y las cajas de los que jugaban; pisando á los que estaban acostados, y empujando á los que se calentaban al hogar. De improviso se abrió la puerta, y un morisco, envuelto en un albornoz negro, sembrado de menudos copos de nieve, se adelantó hasta el capitan, que á su vista habia interrumpido el paseo. Velazquez lo cogió de un brazo, y despues de haberlo llevado al rincon mas apartado de la cuadra, le preguntó en voz apenas perceptible:

—¿Qué noticias me traes?

—Las mejores: repuso el morisco en el mismo tono misterioso.

—Sepamos.

—Una partida de moriscos rebeldes, al mando de Aben-Aboo y algunos otros guerrilleros, se encuentra á una legua corta de aquí.

—¿Cuántos son en número? preguntó el capitan, radiantes los ojos de alegría.

—Doscientos, repuso el morisco, temiendo que el número desanimara al capitan.

—¡Voto á Santiago! que estás haciendo un buen negocio.

Esta esclamacion manifestó al morisco que se habia equivocado, creyendo á Velazquez capaz de intimidarse por el número, y repuso, con la satisfaccion de un usurero que vé asegurado un buen negocio cuando perdido lo creia:

—Hemos estipulado que me dareis por cada cabeza de morismo diez ducados.

—Así es la verdad: y siendo doscientos los moriscos te corresponderán dos mil ducados, si todos perecen al filo de nuestras espadas, respondió el capitan Velazquez.

—Tomad bien vuestras disposiciones, pues no me gustaria perder, por culpa vuestra, ni un solo ducado.

—Así lo haré. Pero ya que me has recordado una de las condiciones de nuestro contrato, la favorable para ti, no estará demás que yo te recuerde la onerosa. Si me engañas y erramos el golpe, pagarás con la cabeza tu torpeza ó mala intencion.

—Nada mas justo, capitan. De un lado poneis dos mil ducados, del otro pongo mi cabeza; no puede ser mas igual la partida. Pero si quereis que no se malogre no perdamos un solo instante.

—Señores, gritó el capitan dirigiéndose á sus soldados: dejad el vino, tirad esos malditos dados, apartaos del fuego, estirad esos miembros entumecidos, y empuñad las armas.

Los soldados de Diego Velazquez estaban muy acostumbrados á obedecer las órdenes de su intrépido jefe para que hicieran repetírselas. Los jugadores se levantaron, dejando en suspenso las partidas: los bebedores apuraron de un solo trago sus anchas cántaras: los mas friolegos se apartaron de la chimenea, como si temieran quemarse: y los que dormian profundamente se despertaron como si sonara la trompeta del juicio final; y á uno solo, que no consiguió disipar los densos vapores del sueño, lo cogió Velazquez por un pié y sacó arrastrando fuera de la puerta de la alquería, sin hacer caso de sus ayes.

Puestos en órden los soldados, y despues de haberles encargado que marcharan en el mas rigoroso silencio, se colocó Diego Velazquez á la cabeza de su gente, llevando á su izquierda al morisco, garante y guia de aquella arriesgada espedicion. Caminaron mas de dos horas, despreciando intrépidamente el frio y la humedad de la noche; pasaron por un estrecho y frágil puente el rio Guadalfeo, que arrastraba sus turbias corrientes en ronco y compasado son: dejaron á un lado el Lanjaron, pintoresco lugar, oculto entre sus perfumados bosques de limoneros y naranjos, y avanzaron resueltamente, internándose en las asperezas de la feraz sierra de Lujar. A medida que se internaban, caminaban con mas cautela; y tanto importaba á los cristianos no ser oidos, que el ruido sordo y prolongado de sus pasos mas parecia el de una serpiente que se arrastra, que el de una hueste que camina.

Acababa de trepar la hueste una agria cuesta, y se preparaba á descender hasta una profunda cañada, cuando el morisco dijo al capitan.

—Manda hacer alto á tus soldados, si quieres conocer por ti mismo la posision de los rebeldes.

Velazquez cumplió inmediatamente la indicacion del guia, y adelantándose con él, vió una inmensa hoguera que ardia á la puerta de una grande alquería, situada en la pendiente de la montaña, y oyó distantemente las voces de muchos moriscos, que con la mayor seguridad gritaban, cantaban y reian. Las pupilas de Diego Velasquez se dilataron y brillaron, como las del tigre al ver su presa; dividió su gente en pelotones, marcándoles los distintos caminos que debian seguir para llegar á la alquería; y media hora despues, caia, espada en mano, sobre los alegres moriscos, que no esperaban encontrar la muerte por término de su festin.

Aunque sorprendidos y aterrados, Aben-Aboo y sus compañeros procuraron vender sus vidas al mas alto precio posible, y se trabó una brava pelea, que tiñó de sangre la alquería y se prolongó largo tiempo. La intrepidez de los moriscos cedió sin embargo al valor de los soldados de Velazquez; Aben-Aboo, con algunos pocos, se retiró en el mejor órden; y los moriscos que no sucumbieron al filo de los aceros toledanos, se desvandaron por las breñas, esperando hallar su salvacion entre las sombras de la noche y lo espeso de la maleza. Diego Velazquez y sus soldados habian jurado no dejar un morisco con vida; y tan decididos estaban á cumplir este juramento, que sin temer las emboscadas ni detenerse ante las tinieblas de la noche, se lanzaron tras los fugitivos, acosándolos como perros que siguen el rastro á la caza. En esta lucha de hombre á hombre, cupo en suerte al capitan Velazquez un morisco de alta estatura, vigorosos miembros, cuarenta y cinco años de edad, y que se habia batido con el mayor encarnizamiento. El capitan lo persiguió largo trecho, y, cuando esperaba rendirlo, se le perdió entre la espesura, como si se hubiera abierto la tierra para albergarlo en sus entrañas. Un hombre menos temerario que el valeroso capitan hubiera temido una emboscada, y retrocedido hasta los suyos; pero Velazquez se habia prometido á si mismo acabar con aquel rebelde, y era incapaz de no cumplir esta palabra. Prosiguió internándose en la sierra, y de repente descubrió una casita solitaria, perdida en un bosque de encinas; y que debia estar habitada, porque una columna de humo se desprendia del encendido hogar. Pensó Velasquez que aquella casita podia encerrar alguna presa capaz de recompensarle dignamente la perdida del morisco que perseguia, pero antes que pisara el dintel, cayó sobre su bien templado yelmo una pesada cimitarra. Vaciló un momento el capitan, de sorpresa y dolor á un tiempo; pero reponiéndose al punto cerró con su fiero antagonista á mandobles y cuchilladas; viendo con asombro que su contrario era el mismo con quien habia lidiado antes y perdido entre la maleza. Diego Velazquez se regocijaba de haber encontrado su presa, y el morisco combatia cada vez con mayor encarnizamiento, cerrando la entrada de la casita misteriosa. Este encarnizado combate era sumamente desigual, sino por el valor y la fuerza de los antagonistas, por lo desigual de las defensas; pues Diego Velazquez combatia completamente armado, y el morisco solo oponia á los rudos golpes del cristiano su tosco vestido de lana; que empezó á teñir en su sangre, vertiéndola en tanta abundancia, que cayó en tierra bajo el umbral que defendia.

Defensa tan desesperada y sangrienta, hecha por un enemigo que habia huido momentos antes, confirmó al capitan la idea de que la casita misteriosa encerraba un rico tesoro; forzó la puerta, sin hacer caso de los rugidos del morisco, que se revolcaba en su sangre, y se encontró en un aposento, alumbrado por una lámpara y adornado con cierta riqueza y buen gusto. Una morisca de diez y seis años no cumplidos, y mas hermosa que las huries que pueblan el perfumado Eden, lanzó un grito al ver al cristiano; y cubriéndose el rostro, corrió á ocultarse horrorizada. Diego Velazquez la siguió, cogió las delicadas manos entre las suyas, que las oprimian como un gran tornillo de acero; la estrechó una vez y otra vez entre sus brazos, y empezó una lucha terrible entre la doncella casta y pura, que queria defender su honor, y el guerrero indómito, que se irritaba mas y mas con la obstinada resistencia. Moráima era débil, Velazquez fuerte, la victoria no era dudosa. Sucumbió al cabo la doncella, y el capitan la dejó casi desmayada, pasó sobre el cuerpo ensangrentado del morisco, y se fué en busca de los suyos.

Vuelta Moráima de su letargo, comprendió todo el infortunio que acababa de sucederle; pero al mismo tiempo recordó que su padre habia combatido en la puerta de la casita, y salió en su busca: lo halló, pero lo encontró moribundo. Olvidando su inmenso dolor, bendó las heridas del morisco, y, á fuerza de amor y cuidado, consiguió volverlo á la vida. Cumplido este deber sagrado, se entregó la pobre morisca al recuerdo de su desgracia; siendo tanta su melancolía, que enfermó gravemente. Su padre quiso consolarla, pagarle los afanes que acababa de pasar por él; pero si Moraima consiguió curar al morisco las heridas del cuerpo, el morisco no pudo curar á su hija las heridas del alma, y Moraima murió de verguenza.

II.

1570.

La espada, el nombre ó la fortuna del bastardo de Cárlos V, D. Juan de Austria, héroe un año despues de Lepanto, habia terminado felizmente las penosas y largas campañas á que dió lugar *la rebelion de los moriscos;* y solamente en lo mas apartado y áspero de las Alpujarras destellaba de vez en cuando alguna centella de la vencida rebelion. El prudente Felipe II tenia demasiado talento y esperiencia para no comprender que una chispa mal apagada puede reproducir el incendio; y, lejos de dar poca importancia á los subyugados rebeldes, los tuvo en memoria; mandando á sus capitanes generales de Andalucía, especialmente al de Granada, que no los perdiera de vista, y que estableciera presidios, muy particularmente en las fortalezas enclavadas en las montañas que se estienden desde el fértil valle de Lecrin hasta muy cerca de Almería. Estaban muy acostumbrados los capitanes de don Felipe á obedecer sus mandamientos para que dejáran de cumplir uno tan espreso como importante: y, ademas de proveer los fuertes de soldados, artillería y municiones de boca y guerra, nombraron para gobernar los presidios, gefes conocedores del terreno, curtidos en la guerra, esperimentados en duros trances, y que gozáran gran prestigio entre los soldados por su intrepidez personal. El gobierno de la estensa y áspera comarca de Orgiva y la custodia de su fortaleza eran cargos que requerian tanta actividad como valor, y el capitan general de Granada puso los ojos en el capitan de caballos Diego Velazquez, á quien habia tenido mucho tiempo bajo sus órdenes durante la pasada guerra, y cuyo carácter entero conocia en toda su verdad. Recibió el capitan Velazquez con júbilo y reconocimiento el difícil cargo confiado á su vigilancia y valentía; y recordando con deleite las varias hazañas que habia acabado, y el terror que supo infundir á los rebeldes, juró mantener en paz la comarca y sentar la mano tan de recio á los moriscos mal avenidos con el reposo, que, segun su espresion, «no volveria á nacer vello en la piel sobre la cual sentára una vez su guantelete.» Diego Velazquez era hombre que cumplia fielmente su palabra, y si vivieran los moriscos que estuvieron bajo su dominio, atestiguarian que la cumplió el cristiano alcaide de Orgiva. Instigado por su rencor hacia la secta mahometana, y por temperamento infatigable, corria en todas direcciones su comarca; y lo mismo de dia que de noche, con huracan, granizo ó lluvia, se presentaba en los estremos mas distantes con tan prodigiosa rapidez, que el vulgo comenzó á creer, que por buenas ó malas artes se multiplicaba á su antojo.

Tres meses habian transcurrido desde que llegó Diego Velazquez á la fortaleza de Orgiva, sin que el menor amago de rebelion viniera á turbar la comarca; pero el celoso capitan no se descuidaba por ello, antes creia ver en la calma un presagio de tempestad. Llegó el 24 de diciembre, dia cuya noche consagran los cristianos á celebrar el nacimiento del hombre Dios, y creyendo Diego Velazquez que los moriscos podrian aprovecharse del general descuido y júbilo para dar un golpe de mano, en vez de entregarse á los placeres, montó á caballo, y sin escudero ni escolta dejó al anochecer la villa. Ni lo empinado de las cuestas, ni lo fragoso del terreno, retardaban la veloz marcha del fogoso tordo cordobés, que montaba el activo alcaide; y desde las cumbres de los montes, descubria Diego un panorama tan imponente y pintoresco, que cautivaba su atencion. Se alzaba á su espalda como un gigante de alabastro, la aromosa *Sierra Nevada*, envuelta en su manto de nieve, y decorada, como una gran catedral gótica, por sus dos esbeltas atalayas que la sirven de torres, los picos de Veleta y Muley Hazen. Mucho mas humilde, y manchada apenas de nieve, se es-

tendia á la diestra del capitan cristiano Sierra de Luyar, y á su falda se descubrian las blancas casas del Lanjaron, casi perdidas entre sus jardines de limoneros y naranjos. Entre estos jardines y la huerta de Orgiva, corria el cenagoso Guadalfeo; súcio y turbulento como una serpiente mal herida, que arrastra sus negras escamas sobre rocas, causando un desapacible rumor. A su frente descubria Velazquez los lugares de Capileria, Pitres, Pampaniera, Treveles y otros, pequeños fantasmas envueltos en la neblina de la noche. La luna, próxima á su ocaso, iluminaba este cuadro magestuoso; y sus claras olas de luz ya se quebraban en los ángulos de las montañas, ya reflejaban sobre la nieve de las sierras, ya rielaban en las llanuras y los rios, y ya se perdian en las profundísimas cañadas. El ambiente era tan apacible como el de una noche de primavera, y no dejaba sospechar siquiera la adusta presencia del invierno. Sin embargo, un ojo avizor y esperimentado, como el de pastor ó marinero, hubiera predicho la lluvia, al descubrir en occidente un grupo de nubes cenicientas, que se elevaba pausadamente, para robar los últimos rayos á la luna, muy próxima á tocar su ocaso. Estas anticipadas sombras no alarmaron al capitan, antes bien las deseaba mas densas, para proseguir su larga ronda sin temor de ser descubierto.

El risueño aspecto de la noche se fué cambiando lentamente en melancólico; las colinas cambiaron sus tintas plateadas por otras cenicientas y tristes, las cañadas se ennegrecieron; el ambiente comenzó á humedecerse, y los arroyos y los rios, perdidos entre pardas sombras, solo indicaban su presencia con el ronco ruido de sus pasos: pero el capitan Diego Velazquez no pensaba volverse á Orgiva; y seguia corriendo los lugares, muy satisfecho de no descubrir ningun síntoma de revuelta. A las once y media de la noche desapareció el amortiguado reflejo que despedia la velada luna, y de improviso las tinieblas rodearon al intrépido alcaide, hasta punto de no permitirle ver á dos pasos de distancia; como si se acercáran los horizontes para chocarse y confundirse. La repentina oscuridad y una lluvia menuda y lenta que empezaba á caer, advirtieron al capitan lo conveniente que le seria volver sus pasos hácia la villa, sino queria correr el riesgo de perderse entre los espesos encinares, ó de rodar y perder la vida en el fondo de algun torrente. Incomodado por la lluvia, y no queriendo perder tiempo, hirió los hijares de su poderoso caballo, y con toda la rapidéz que la maleza permitia, tomó la vuelta del castillo. Habria caminado media hora, sin encontrar otros obstáculos que lo fragoso del terreno, cuando notó que su caballo habia perdido la vereda, y por mas que quiso reconocer las particularidades del sitio en que se hallaba, no le fué posible conseguirlo, á causa de la impenetrable oscuridad. Hombre de mermada paciencia era el alcaide, y ya iba á prorrumpir en juramentos, cuando oyó los pasos de un hombre que debia traer su mismo camino.

—¿Quién llega? preguntó el capitan, seguro de encontrar un guia.

—Un pobre paisano: le respondió una voz sumisa, aunque ronca: y un segundo despues se encontraba á su lado un hombre de elevada estatura, aunque encorbado, envuelto en un mal capote de monte.

—¿A dónde vas? le preguntó Velazquez.

—A Orgiva: respondió el paisano humildemente.

—Esta no es la senda.

—Es verdad; pero lo mismo que vuestra señoría, he tomado el campo atraviesa, para llegar mas pronto á la villa.

—¿Y cómo sabes que yo me dirijo á la villa?

—¿A dónde, sino á Orgiva, puede dirigirse el señor alcaide?

—¿Me has conocido, segun veo?

—Toda la comarca conoce al señor capitan Diego Velazquez, que la mantiene en paz.

—Está bien. ¿Y tú quién eres?

—Yo señor, soy un pobre morisco, que obedezco á S. M. el rey católico.

—Pues supuesto que vás á Orgiva, ponte delante de mi caballo, y haremos juntos el camino.

El morisco no replicó, se puso delante del caballo y volvieron á caminar.

No habian andado cincuenta pasos, cuando el capitan Diego Velazquez dirigió la palabra á su guia, diciéndole:

—Para hacer mas corto el camino, vendria bien que me entretuvieras con alguna conseja ó cuento.

—Haré muy gustoso lo que su señoría me mande: respondió el morisco, con su acostumbrada humildad:

—Ya te escucho: añadió el alcaide.

—¿Quiere vuestra señoría que le cuente alguna leyenda de mis antepasados los árabes?

—Te escucharé con atencion: aunque no he tenido nunca gran cariño á tus ascendientes, no lo tengo mayor á tus hermanos, y creo que tampoco lo tendré á tus descendientes.

—A mis descendientes: murmuró el morisco tan bajo, que el capitan percibió el rumor de las palabras, sin poder entender la frase.

—¿Qué dices? pregunto el alcaide.

—Que voy á empezar mi leyenda.

Hizo el morisco una breve pausa y prosiguió de esta manera:

—«Un palomo de noble casta, que habia vivido mucho tiempo en el palomar de un soberano, se cansó de su vida ajitada, y uniéndose á una casta paloma, trasladó su nido al hueco de unas peñas, ocultas en lo mas fragoso de una sierra. Entregado completamente al púdico amor de su apacible compañera, consiguió olvidar los dolores de su vida pasada, y, sin ambicion ni esperanza, veia correr sus tranquilos dias, tan risueños como el manantial cristalino que brotaba bajo las peñas. La suerte parecia empeñada en protejer al feliz palomo, y, para colmar sus delicias, le dió, por fruto de su amor, una palomita, que prometia ser tan hermosa como su madre. La suerte es de suyo inconstante y se cansó de proteger al pobre palomo; su esposa murió, poco tiempo despues de ser madre, y el viudo palomo tuvo que ahogar sus dolientes suspiros para atender únicamente al alimento de su hija. Conforme iba creciendo esta se aumentaba su dulce encanto y su prodigiosa hermosura, siendo un retrato de su madre. Tenia, como ella, blancas plumas, mas blancas y brillantes que la nieve de la altiva Sierra Nevada: tenia, como ella, pico rosado, mas rosado que el coral puro y trasparente: tenia, como ella, ardientes ojos; mas ardientes que los de los caballos del desierto y las aguilas de las sierras: tenia, como ella, blando arrullo; tan dulce y blando que parecia á la vez una música y un suspiro. El pobre palomo estaba loco de contento, contemplando tanta hermosura, tanta gracia y tanto candor. Hubiera querido ocultar su nido á las miradas de las aves y de los hombres; encontrar un mundo muy pequeño y desconocido para encerrarse en él con el tesoro de su amor. Difícil seria reducir á peso todos los quilates de aquel amor paternal, único, inmenso, reconcentrado: amor que anudaba todos los amores; que se alimentaba con el fuego de todas las pasiones, fundidas en una pasion pura y santa. Felices horas pasó el palomo cuidando de su hermosa hija, en su rústico y apartado nido: pero las horas fueron breves, y la tranquilidad del nido no fué mas larga que las horas. Bandadas de aves de rapiña aparecieron en los horizontes; los pájaros de la comarca huyeron, pero no lograron con la fuga dejar de caer entre las garras de los buitres y los milanos. El palomo corrió afanoso á cernerse sobre su nido, no para salvar su propia vida, que estimaba en poco, sino para resguardar á su hija, oponiendo su pecho á las garras de las conquistadoras aves. Un buitre, mas negro que esta noche, siguió el vuelo del pobre palomo, y cuando este quiso cerrarle el paso, para que no llegara al nido, le escondió su pico en el pecho, dejándolo en tierra moribundo. En tanto que el herido palomo forcejaba por levantarse...»

—Llegó el buitre al nido y mató á la blanca paloma: interrumpió el capitan Velazquez, queriendo manifestar que habia adivinado el fin del cuento.

—La mató y no la mató: repuso el morisco con voz entrecortada y ronca.

—No te comprendo.

—La deshonró.

—¿Con qué los buitres pueden deshonrar á las palomas?

—Sí. La paloma murió de vergüenza un mes despues.

—No sabia yo que las palomas morian de vergüenza.

—Sí, señor alcaide: las palomas mueren de vergüenza.

—¡Pobres palomas! ¿Pero qué sucedió al palomo? ¿Murió tambien de sus heridas?

—No, señor capitan Velazquez. El palomo vivió, sin duda para que cumpliera su destino.

—¿Sepamos su destino?

—Era noble. Primero debia verter amargo llanto sobre el sepulcro de su hija.

—¿Y despues?

—Despues debia vengarla.

—¿De modo qué continua la historia?

—Continua: repuso el morisco, poniéndose al lado del alcaide, y bajando la voz, como si los sucesos que iba á referir exijieran el mayor secreto.

—Sepamos: insistió el alcaide.

—Pasado algun tiempo, el palomo fué dueño de la vida del buitre.

—¿Y se la quitó?

—Diego Velazquez, acabas de dictar tu sentencia: gritó el morisco enderezándose y atravesando con su *gúmia* ambos costados del alcaide.

—¿Quién eres? murmuró el capitan, cayendo al suelo moribundo.

—El padre de la niña Moráima, á quien deshonraste hoy hace un año.

—Castigo de Dios: murmuró el alcaide, y cerró los ojos para siempre.

El morisco contempló á su víctima por espacio de algunos minutos, y luego que adquirió la certeza de que estaba muerto, desapareció entre las breñas lanzando una siniestra carcajada, que hicieron mas horrible, al repetirla, los sonoros ecos de las sierras.

Cuando abrieron las puertas de Orgiva, al amanecer del 25 de diciembre, el caballo de Diego Velazquez entró en la villa sin ginete, lo que produjo grave alarma. Salieron en busca del alcaide varios destacamentos de soldados, y despues que hubieron recorrido la mayor parte de la comarca, lo encontraron entre dos rocas, atravesado el corazon con la rica *gumia* del morisco. En el puño de esta *gumia* brillaba una hermosa esmeralda, de estraordinaria magnitud, que enamoró á todos los soldados, mucho mejor que lo hubiera hecho la mas hermosa sarracena. Disputarsela pretendian, pero el gefe cortó la querella diciéndoles:

—Señores, fuera una impiedad considerar como botin el arma alevosa que ha traspasado el corazon á nuestro alcaide, el esforzado capitan Diego Velazquez, que aquí vemos. A uso mas piadoso es necesario destinarla, y propongo lo que vais á oir. La riqueza de esa *gumia* consiste particularmente en la esmeralda que adorna su mango; ahora bien, arranquemos esta esmeralda de su sitio, vendámosla á algun judío, y con su importe levantaremos sobre estas rocas una cruz de piedra, que perpetue la memoria de Diego Velazquez. Y ya que no podamos depositar aquí su cuerpo, porque seria poco piadoso privarlo de lugar sagrado, pondremos, debajo de la cruz, la *gumia* que le ha dado muerte, teñida en su sangre como está, para que no vuelva á manejarla mano de moro ni cristiano.

Los soldados se conformaron con el parecer de su gefe: trasladaron inmediatamente el cuerpo del difunto alcaide á la villa; vendieron la hermosa esmeralda; con su importe levantaron la cruz, bajo la cual depositaron la *gumia*.

Cuenta la tradicion, que, durante mas de veinte años, todas las noches venia un hombre á sentarse al pié de la cruz, no se sabe si á orar ó maldecir, porque el visitante era el morisco. Pasado este tiempo, nadie se acercaba diariamente á la cruz piedra; pero en la noche del 24 de diciembre de cada año se acercaban, por distintos caminos, dos esqueletos á la cruz, y trababan porfiada lucha, lucha que se repite en nuestros dias, siendo los combatientes los esqueletos de Diego Velasquez y el morisco.

La cruz es conocida en la comarca con el alegórico nombre de LA CRUZ DE LA ESMERALDA.

JUAN DE ARIZA.

FABULAS

TRADUCIDAS DEL ALEMAN.

La Prudencia.

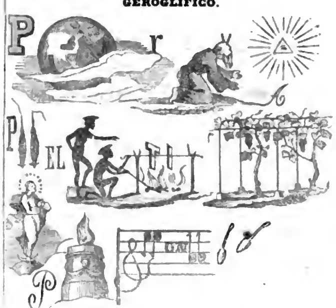
Cayó en la red del pescador certero
un barbo tiernecito:
¡allí fué echar la hiel el prisionero
para cortar el cáñamo maldito!
chupa, muerde, batalla,
deshilacha el torzal, rompe una malla,
y al fin se libra del peligro fiero.
«¡Caramba!» prorrumpió: «de buena escapo:
viviré en adelante sobre aviso;
quien me pesque otra vez ha de ser guapo.
Mas ¡calle! cosa de comer diviso
que á merced de las olas sobrenada,
por un hilo sutil á un brazo atada.
Es, si no me equivoco,
pan y buena racion: pues me la emboco.»
Tírase al cebo el pez sin mas recelo,
y al salir de la red tragó el anzuelo.
Así con sus propósitos ufana
se arroja en pos del apetito loco
de yerro en yerro la prudencia humana.

El Asno Feliz.

Llevaba por las calles un jumento
varios tiestos en flor, y el grato aroma
que embalsamaba el viento,
al rededor juntaba del pollino
cuantas narices de goloso olfato
hallaba en el camino.
Viendo que se le sigue, va y lo toma
por él el mentecato,
y esclama interiormente:
no hay duda que hay aquí muy buena gente,
y es conmigo finísima en sus modos.
Todos me obsequian, me acompañan todos.
Pero el florista su jardin apura.
Sucede que otro dia
Le cargan á mi burro de basura,
y huyendo entónces el fatal encuentro,
se vuelve cada cual ó se desvia,
y en hallando un portal se mete dentro.
Y la estólida bestia se decia:
no se me puede honrar mas á las claras:
todos, para que marche sin tropiezo,
se apartan de mi lado veinte varas.
Así vive feliz un arrapiezo
porque tiene la suerte,
gracias á su pobrísima chaveta,
de que nada en su daño lo interpreta,
de que todo en sustancia lo convierte.

J. E. HARTZENBUSCH.

GEROGLIFICO.



Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un año 36.-Librerias de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Poupart, Villa, Baili Bailiere y la Publicidad, litografias de Pelegrini y de San Felipe Neri.
PROVINCIAS. Tres meses 12, Seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, o en las principales librerias.

MADRID: imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, núm. 4.



América del Sur: vista tomada en el arroyo del Rosario.

EL RIO DE LA PLATA. [1]

(República oriental del Uruguay.)

El rio de la Plata es, despues del de las Amazonas, el que parece destinado en la América del Sur, á ser el agente mas poderoso de civilizacion para aquella parte del mundo. Lo primero que llama la atencion, es la aridez de sus riveras desnudas de vejetacion y reducidas á inmensos arenales, sembrados de tal cual arbusto de triste aspecto. Este es el mismo en una estension de muchas leguas, y si por casualidad se descubre alguna habitacion, es, como la pequeña aldea de Maldonado, oculta entre cerros de arena movible. La primera poblacion de alguna importancia, es la capital de la República Oriental, que se estiende al norte del rio, siguiendo el ramal llamado el Uruguay. Montevideo presenta desde luego un aspecto muy agradable; casas con azoteas, dominadas por elegantes pabellones, una multitud

(1) El artista ha dibujado en este paisage una escena de la última guerra, que consiste en la sorpresa de una lancha por una guerrilla emboscada.

de campanarios y cúpulas brillantes, las fachadas de diversos establecimientos públicos y la confusion de colores que produce la agrupacion de las fachadas, le dan un aspecto de alegría que sorprende á primera vista. Su puerto es muy frecuentado, y en él reina grande animacion, pero se halla espuesto á la violencia de los *pamperos* y *suestadas*, que soplan la mayor parte de los meses del año.

Despues de Montevideo, hasta la colonia del Sacramento y las Vacas, pequeñas poblaciones de la república, el aspecto general del pais continua siendo el mismo; territorios arenosos, interrumpidos por algunas praderas; aquí y allá un verdor mas vigoroso y algunos árboles frondosos que indican el curso de un arroyuelo. En el interior de estos arroyos la naturaleza se presenta bajo formas nuevas; las riberas se muestran ricas de vejetacion y de vida, á cada sinuosidad se descubren bellas praderas en que apacentan los ganados; por todas partes se elevan bandadas numerosas de aves acuáticas y de loros de rico plumage, que cruzan á cada instante de un lado á otro.

A medida que se avanza, las orillas se presentan mas escarpadas y estrechas, hasta el punto en que las ramas se atraviesan, los árboles se enlazan, y es imposible pasar adelante.

Colonia es digna de mencion por la amabilidad de sus habitantes, pero su puerto y sus cercanías no merecen fijar la atencion. Avanzando al oeste, se encuentra la isla de Martin García, cuyo puerto, bien abrigado de los vientos del sur, es la escala natural de los buques que se internan por el rio de la Plata.

En suma, la República Oriental, cuya poblacion pasa en la actualidad de 300,000 almas, es una vasta soledad; á escepcion de una poblacion, Montevideo, no cuenta con otra cosa que con algunas mezquinas villas. Las campiñas pobladas en otros tiempos por numerosas tribus de indios, lo están hoy casi esclusivamente por rebaños de animales salvages. Este pais, en que la naturaleza prodiga tantos tesoros, parece abandonado por el hombre, y es dificil prever la época en que podrá entrar en la via de prosperidad, á que le hacen acredor su posicion y su hermoso clima.

Descubrimiento y ocupacion de la California por los españoles, é idea que estos tuvieron de su produccion aurífera.

Vencedor Hernan Cortés en la metrópoli de las calumnias y asechanzas de sus émulos, triunfo en que acreditó no menor prudencia y grandeza de ánimo que en el someter imperios y debelar ejércitos, volvióse al Nuevo-Mundo para seguir acumulando provincias bajo el cetro español. Estiéndese al norte del entonces llamado imperio mejicano, un dilatado territorio desigual en clima, en producciones y en aspecto: su pobreza mas que lo áspero de sus cordilleras y lo infecundo de sus arenales mantúvole ignorado y sirviole de barrera contra la corrompida civilizacion azteca y sus crueles ritos. Pareciéndole á Cortés que tras de aquellos bosques y desiertos se abria un nuevo campo á su insaciable deseo de gloria, determinó engolfarse en el mar del Sur que aun no habia reflejado otro pabellon que el español, con direccion al norte, para desembarcar y tomar posesion de aquellos que juzgaba en sus dorados ensueños poderosos estados. Mas la fortuna cansada de mimarle le retiró esta vez su favor. Perdidas dos de las tres naves que componian la flota, y cabalmente las que llevaban los bastimentos, acogiéronse los españoles á una isla esteril cuyos eriales ni aun les ofrecian agua para apagar la sed. Cortés veia sucumbir cada dia valientes soldados y antiguos compañeros bajo el peso de las fatigas y de las enfermedades, no columbraba auxilio de ningun género, y sin embargo lastimábale tanto el volver á Nueva-España sin naves, sin gente, sin tesoros y sin noticia del supuesto imperio, que adoptó una de esas resoluciones que solo engendran almas de muy elevado temple. Se decidió pues, á proseguir en su empresa hasta llevarla á cabo, ó á que las olas guardasen para siempre el secreto de su desgracia. Su amigo Bernal Diaz del Castillo despues de describir el miserable cuadro que presentada el campamento español en aquella roca inhabitable, añade, que «por no ver Cortés delante de sus ojos tantos males, fué á descubrir á otras tierras, y entonces toparon con la California que es una bahía.» Llegó á alarmar la tardanza de Cortés á su esposa que ya temia hubiese terminado sus dias la furia del mar ó de los bárbaros, como los de tantos otros intrépidos descubridores, y al virey don Antonio de Mendoza amenazado de un levantamiento de todos los caciques del reino porque creian ya muerto al conquistador: que tal era el imperio que ejercia aun ausente este hombre estraordinario sobre aquella nacion belicosa que bastábale saber que existia para mantenerse sumisa. Enviaron en su busca á Francisco de Ulloa, el cual le encontró en la bahía de la Paz, y habiéndole hecho presentes las inquietudes y peligros que reclamaban su vuelta, consintió en hacerse á la vela para Nueva-España.

Lejos de desmayar Cortés con los anteriores reveses equipó á su costa otras tres naves que al mando del dicho Ulloa zarparon de Acapulco pocos meses despues para reconocer las costas que rodean el golfo que ha llevado el nombre de su insigne descubridor. El éxito de esta espedicion, el juicio que del pais formaron los españoles y el fruto que de ella sacó su promovedor refiérelo el cronista Gomara con esa naturalidad que caracteriza á los primitivos historiadores de Indias.»... Del Guiaval, dice, atravesaron á la California en busca de un navío, y de allí tornaron á pasar por aquel mar de Cortés, que otros dicen Bermejo, y siguiendo la costa mas de doscientas leguas hasta do fenesce, que llamaron Aucon de San Andrés por llegar allí su dia. Tomó Francisco de Ulloa posesion de aquella tierra por el rey de Castilla en nombre de Fernando Cortés. Está aquel Ancon en 32 grados y aun algo mas..... Hay por aquella costa muchos volcanejos y están los cerros pelados. Es tierra pobre..... Del Ancon de San Andrés, siguiendo la otra costa llegaron á la California, doblaron la Punta (el cabo de San Lucas), metiéronse por entre la tierra y unas islas y anduvieron hasta emparejar con el Ancon de San Andrés; nombraron aquella Punta el cabo del Engaño y diera vuelta para la Nueva-España por hallar vientos muy contrarios y acabárseles los bastimentos. Estuvieron en este viage un año entero y no trajeron nueva de ninguna tierra buena: mas fué el ruido que las nueces. Pensaba Fernando Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva-España, pero no hizo mas de lo que dicho tengo..... Gastó doscientos mil ducados, ca envió muchas mas naos y gente de lo que al principio pensó, y fueron causa como despues diremos, que hubiese de tornar á España, tomar enemistad con el virey don Antonio (de Mendoza, hermano del marqués de Mondejar), y tener pleito con el rey sobre sus vasallos, pero nunca nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas.» (Crónica de la Nueva-España, cap. 189.

A pesar de la ninguna recompensa que hasta entonces habian hallado los esploradores, avivó en ellos el deseo de examinar mejor aquella tierra las exageradas relaciones de unos españoles, que náufragos ó estraviados se habian internado muchas leguas y que despues de mil penalidades habian logrado volver á Nueva-España, sobre la riqueza de las perlas que se criaban en sus costas y sobre el poderío de un reino que suponian en lo que despues fué provincia de Sonora y Cinaloa, relaciones que confirmaron unos frailes á quienes habia llevado hasta allí su celo por esparcir la semilla evangélica. Quiso Cortés ser gefe de una nueva espedicion, honor que le disputaba el virey Mendoza por creer que se le presentaba ocasion de engrandecerse oscureciendo la gloria del ilustre guerrero de quien en su visible vanidad se juzgaba competidor. Dirimióse la contienda enviando á un tercero, á Francisco Vazquez Coronado, el cual llevó mas de mil hombres y por guias á los frailes ratificadores de las maravillas contadas por los estraviados aventureros. Completo fué el desengaño: en vez de fuertes y pobladas ciudades hallaron miserables aduares de indios; y en lugar de ricos y florecientes reinos, áridos campos que no les brindaban con ningun género de bastimento. Asaz menguado su número llegaron los infortunados espedicionarios á Méjico en 1542. Impaciente Mendoza por señalarse en su gobierno despachó en este mismo año una lucida flota al mando de Juan Rodriguez Cabrillo, quien registró la costa occidental de la península hasta los 44 grados, dando nombre de *Mendozino* en honor del virey á uno de los cabos mas avanzados. Aportó á Nueva-España á principios de 1543.

Olvidada quedó la California durante casi toda la mitad del siglo XVI y hubiéralo sido por mas largo tiempo si Drake y otros temidos corsarios ingleses y holandeses no la hubiesen escogido por guarida. Habiendo sido apresado varias veces por estos piratas el rico galeon de Filipinas, pensó

sériamente nuestro gobierno en formar allí establecimientos. Cometióse este encargo al capitan Sebastian Vizcaino, *hombre de buen juicio, buen soldado y plático en semejantes cosas*, segun un historiador que debió conocerle. Fué allá en 1596 con una flotilla compuesta de tres buques, recorrió la costa oriental á la entrada del golfo, tremoló en algunos puntos el pendon real y disparó artillería en señal de que tomaba posesion, ceremonia practicada ya por Ulloa. Descansó algunos dias en el puerto de la Paz, asi llamado por las muestras de amistad y afecto con que le recibieron los naturales, que aun hacian memoria de Cortés y conservaban algunas herramientas y utensilios de los que les dejaron los españoles. No obtuvo Vizcaino igual acogida en otros lugares: víctimas muchos de sus soldados de la perfidia de los indios ó de su incontrastable superioridad numérica, y no pocos de las enfermedades que ocasionaba la escasez y mala calidad de los víveres, dió la vuelta á Acapulco dejando registrados algunos buenos puertos y llevando pruebas de que no exageraba la fama en lo que decia de la abundancia de perlas en aquellos mares.

Haciase sentir cada vez mas la necesidad de un buen fondeadero para que hiciese escala el galeon que venia á Acapulco. Volvió Vizcaino en 1602 por órden del gobierno á reconocer la costa occidental de California y subiendo á la altura de 47 grados descubrió el escelente puerto de Monterey, que asi le llamó en memoria del conde de aquel nombre á la sazon virey. Ofreciendo este puerto mas ventajas que ningun otro de aquella parte para el objeto deseado, tornose el capitan á participarlo al gobierno de Nueva-España. No debió ir mal á los intereses de Vizcaino en estas dos espediciones á costa de la real hacienda, pues á poco vino á la corte á solicitar licencia del consejo de Indias para emprender la tercera. El consejo, á quien eran mas visibles los gastos que los resultados de tales espediciones, provechosas por lo comun solamente á quien las dirigia, demoró dar el permiso para esta hasta cerciorarse de su conveniencia por los informes de las autoridades de Méjico, «pero el general Vizcaino, á quien sobraba corazon para luchar con las borrascas y calmas del mar, dice un historiador, no le tuvo para luchar con las calmas y varios vientos que emperezan y agitan el mar de la corte, y saliendo de ella mal contento se volvió á Nueva-España á buscar un retiro, en que pasar en paz el resto de sus dias.» Infundado fué el despecho de Vizcaino, pues no tardó en seguirle una real cédula dirigida al virey para que le franqueara cuantos recursos necesitase para el tercer viaje. Frustrose este por haberle sorprendido la muerte próximo ya á hacerse á la vela.

Muerto quien mas acaloraba estas empresas, abandonó nuestro gobierno de todo punto la idea de colonizar la California, y durante casi todo el siglo XVII, no volvió á sonar en el consejo de Indias el nombre de este pais, sino con motivo de las solicitudes que se hacian por los capitanes de buque ó por especuladores, deslumbrados por la granjería de las perlas, para que se les permitiera tocar ó recorrer sus costas. En 1615 se dirigió allá el capitan Juan Iturbi, y llegó hasta los 30 grados, impidiéndole pasar adelante los noroestes y la falta de víveres; volvióse á Acapulco escoltando el galeon. Las muchas perlas de raros tamaños y subidos quilates que presentó en Méjico como una corta muestra de la riqueza que encerraba el mar que bañaba las riberas Californias, causaron allí un efecto comparable al que han producido las nuevas del oro del Sacramento, en algunas ciudades de ambos mundos. Dieron los mejicanos por descubierto un nuevo potosí, y en gran número vinieron pidiendo licencia para ir á esplotarle. Obtúvola por su mayor favor ó diligencia Francisco de Ortega, el cual hizo tres viajes en los años de 1632, 33 y 34, á la bahía de la Paz, que era la parte de costa que pasaba por mas abundante en placeres ó criaderos de perlas, trayendo en cada uno buena cantidad de ellas.

Propúsose Ortega persuadir al virey y á la audiencia de la necesidad de poblar por españoles aquel pais, y poner guarniciones que protejieran á los nuevos pobladores é impidiesen establecerse á los estrangeros, que tarde ó temprano atraería un tan lucrativo ramo de comercio, pero mientras él andaba en estas gestiones, su piloto Esteban Carboneli, velando su codicia con promesas de nuevas investigaciones en el mal conocido golfo, alcanzó la vénia para hacer una espedicion, que verificó en 1636, sin otro resultado que el de recoger cuantas perlas pudo. Tan infructuosas para el gobierno como las ya mencionadas, fueron las demas espediciones á la California, que tuvieron lugar en los años siguientes hasta el de 1683.

Iba transcurrido siglo y medio desde el descubrimiento de la California, y el conocimiento que de aquella tierra tenia el gobierno de la metrópoli, habia adelantado muy poco al que habia dado su descubridor. Las dificultades para su ocupacion, habian crecido con el odio de los indígenas á los europeos, que les maltrataban para robarles las perlas, y desapiadadamente les obligaban á bucear sin descanso, dándoles no pocas veces el espectáculo de sangrientas reyertas sobre el reparto del botin. Los esploradores convertian toda su atencion hácia la pesquería de perlas, y nunca se internaban, juzgando el interior tan estéril como la costa, y luego volvian diciendo que por mas entradas y registros que habian practicado, no les habia sido posible hallar sitio acomodado para poblar, con lo cual se arraigaba cada vez mas la idea que se tenia de la mala calidad del suelo de California, y se separaba de allí la atencion del gobierno. En fin, era tal la ignorancia en que se estaba respecto de aquel territorio, que no se sabia si era isla ó península. Mas comprendida por el consejo de Indias la importancia que iba tomando aquella region con el tráfico de las perlas, se decidió á hacerla provincia española algo mas que en el nombre. Encomendóse esta obra á Don Isidoro Otondo y Antillon, el cual partió con una armada en 1683, acompañado de varios jesuitas que llevaban por superior al P. Kino, célebre misionero aleman. Desembarcaron en la Paz, y aunque á los naturales no se les vió esta vez muy inclinados á justificar el nombre de su bahía, mostráronse, sin embargo, pacíficos al oir los disparos de los mosquetes y ver sus estragos. Hicieron algunas escursiones los misioneros encontrando cuanto mas se alejaban de la costa, los indios mas afables y el terreno si bien áspero menos ingrato. Permanecieron los españoles en aquella bahía por espacio de tres meses, teniendo alguna vez que hacer uso de las armas para que siguiera la aparente y forzada amistad de los indios; pero alarmados con la tardanza de un buque que habian enviado en busca de bastimentos, reembarcáronse y fueron á proveerse de ellos á la costa de Cinaloa, donde para lograrlo tuvo Otondo que empeñar sus alhajas. Volvieron á California, habiéndose unido en la travesía al buque que creian perdido, y dieron fondo en una ensenada á 26 grados y medio que llamaron de San Bruno. Desembarcaron al encontrar el lugar abundante de agua y leña, y á propósito para poblar, y fabricaron una iglesia, en torno de la cual agruparon varias casas. Filosófica y loable costumbre la de los descubridores españoles, elevar ante todo el altar del verdadero Dios y la cátedra de la verdad! Residieron en este punto cerca de dos años, pero no habiendo llovido ni una sola vez en todo este tiempo, principiaron á murmurar los soldados y á clamar por la vuelta á Nueva-España. Los misioneros, que con el trabajo que es de suponer, habian conseguido aprender aquella lengua bárbara, hasta poder traducir en ella el catecismo, y que encontraban á los indios muy dispuestos á recibir la fé cristiana, oponíanse con todas sus fuerzas á los deseos de los soldados; mas prolongándose la sequía y siendo generales las quejas, consintieron al fin, con harto pesar suyo, en abandonar una tierra que tan copiosos frutos espirituales ofrecia. Incorporóse la flota espedicionaria al galeon de Acapulco, y arribó á esta ciudad á los tres años de haber emprendido el viage. Costó esta jornada de Otondo á la real hacienda doscientos veinticinco mil pesos.

El gobierno español en aquella desdichada época, con el tesoro agotado, el pueblo miserable y cargándose cada vez mas de atenciones dispendiosas, no dejaba parar dinero alguno en las cajas de ultramar; asi es que cuantas espediciones á California se intentaron despues, fracasaron por falta de metálico. Solo una se llevó á cabo en lo restante del siglo y eso porque el capitan la hizo á su costa. Fué esta la de Francisco de Itamarra en 1694, el cual trajo grandes quejas y reconvenciones á los misioneros de parte de los indios, porque no habian vuelto, como segun parece, les habian prometido al despedirse.

Tiempo hacia que andaban gestionando los jesuitas para que se les encomendára la reduccion de la California. Despues de sufrir por mas de veinte años contestaciones negativas, ó de ver eludidas sus pretensiones con mal disimulados subterfugios, otorgóseles al fin el tan ansiado permiso, sujetándoles empero á estas dos condiciones: no gastar ni librar contra la real Hacienda, y tomar posesion de las tier-

ras en nombre de S. M. (1). La piedad que edificaba catedrales y monasterios mas suntuosos que los palacios de los reyes, vino á protejer la causa de la civililizacion. Encuéntranse en las listas de los suscritores que contribuyeron para la fundacion y sostenimiento de las misiones de la California, particulares, corporaciones y cofradías que dieron diez, quince y veinte mil pesos, y no pocos que ademas del primer donativo les asignaban una renta anual. Partió el P. Salvatierra en 1697, llevando por toda compañía cinco soldados y un cabo, y desembarcó en la bahía de Loreto, donde fundó la primera mision, la cual, andando el tiempo, creció tanto en poblacion que ha venido á ser la capital de la antigua California.

No seguiremos los pasos del misionero en sus entradas y escursiones por el interior de la desconocida península. Verdadero imitador de la abnegacion y constancia de los discípulos del Salvador, renuncia á las comodidades de la vida civilizada por llevar la luz á sus semejantes, y abandona, tal vez para no volverlo á pisar, el suelo que le vió nacer; surca los mares sin sobresalto y arriba á playas inhospitalarias ó desiertas. Afanoso por distinguir la huella del hombre, se interna por selvas impenetrables y por desiertos de abrasada arena, teniendo por único testigo de sus padecimientos á la naturaleza que se le muestra en toda su imponente y salvage magestad. Si mueven su lengua las alabanzas del Altísimo, solo responden á sus sagrados cánticos las hojas que agita el viento, las fieras que rugen, ó el torrente que se despeña, y cuando se reclina sobre el polvo para aliviar con un ligero sueño sus miembros fatigados, dirige al cielo las plegarias del moribundo, porque no sabe si se arrodillará al otro dia para saludar la nueva aurora. Encuentra al fin los seres que buscaba, ingiérese entre ellos, y con inminente riesgo de ser sacrificado trabaja por inculcarles los principios de la fé, hasta que consigue que aquellas frentes indomables se inclinen para recibir el agua que regenera. Entonces se les asocia amoldándose á sus groseras costumbres para suavizarlas, y la misma mano que los bautiza y bendice abre los surcos, arroja la simiente, planta frutales y edifica albergues. El misionero es el padre, el juez, el maestro, el consejero y el médico de la tribu, é instruyendo y consolando consume su ignorada existencia, hasta que el Criador lo llama á descansar, y entonces una cruz sin inscripcion señala el lugar de su sepulcro.

Esta milicia de la Iglesia, en menos de ocho años adelantó mas en la ocupacion de California, que en dos siglos los capitanes y aventureros citados. He equi un fragmento de una carta del P. Salvatierra, dirigida al rey y fechada á 25 de mayo de 1705, dándole cuenta de la estension del territorio sometido, de la adhesion de los habitantes y del amparo que allí encontraban los náufragos: concluye con un dato que hacen bastante precioso las actuales circunstancias de aquel pais. «El estado hoy dia de la California consiste, en ser el Rey nuestro señor poseedor de cincuenta leguas de playa desde la bahía de la Concepcion, hasta la de Agua-verde, y otras cincuenta leguas de la tierra adentro, ó riñon de la sierra entre los dos mares; y en estas cien leguas de circuito toda la tierra de paz, que toda la andan los padres solos sin escolta de soldados, obedientes los naturales de toda esta circunferencia á la voz de los padres y orden del cabo militar, prontos á tomar las armas á nuestro favor, con mil y doscientos cristianos y otros catecúmenos y gentiles. Ademas de la tierra reducida ó conquistada hay otras descubiertas solamente, como son tres caminos para la contra costa del poniente, hasta llegar á las mismas playas, y visitadas dos jornadas de dicha playa, por donde viene la Nao de Filipinas..... Es ya la California refugio de españoles derrotados de tempestades del mar del Sur, de modo que dos años há se abrigaron setenta personas, perdidas ya sus embarcaciones, que todas hubieran perecido: y *ya empieza á haber buenos asomos de minas* en el descubierto y obediente pais.»

Entre los grandes proyectos de Alberoni para reconstruir y elevar á la vasta y descuadernada monarquía española á la posicion que le correspondia, existió, segun dicen, el de colonizar la nueva California, que así se llamó á la parte que se estiende al Norte de la península, con objeto de facilitar las comunicaciones con las provincias centrales de la América Septentrional, y dar mas actividad é importancia al tráfico con las islas Filipinas, á las que trataba de hacer el emporio del comercio asiático. Desapareció de la escena política Alberoni, y con él sus proyectos de rápido engrandecimiento, casi todos por lo gigantescos irrealizables. Diremos en su honor, ya que algunos han pretendido demostrar que en él corrian parejas la corrupcion y la sed de mando, que rechazó la propuesta de cierto mercader de Nueva-España que le ofreció ochenta mil pesos porque le nombrára gobernador de la California, llevando las patrióticas miras que son de suponer, en quien por tal camino llevaba las pretensiones.

(1) Llamamos sobre esto la atencion del lector si es de los que creen tan omnimodamente preponderante el elemento teocrático en aquel infausto reinado que no tenia otro regulador que su propia voluntad. Todavia le parecerán mas estrañas estas repulsas á los deseos de los jesuitas, si considera la privanza de Nithard, y que no pocos de los muchos confesores que los partidos de la corte ponian y quitaban al rey para que favoreciesen sus respectivos intereses, eran jesuitas.



Cristobal Colon.

En 1719 se dió órden al Virey de Méjico para que se hiciesen nuevas investigaciones á ver si se hallaba el tan buscado puerto en que habria de hacer escala el galeon de Acapulco. Fueron por tierra desde Loreto á reconocer la bahía de la Magdalena que distaba setenta leguas, el P. Guillen y el capitan Rodriguez Lorenzo con buen número de soldados. Llegaron á ella, habiendo sufrido mucho en la penosa travesía, y la juzgaron bastante capaz y abrigada para acoger buques de gran porte, pero no encontraron en sus alrededores señales de agua dulce, con lo cual todos se volvieron á dar cuenta del inútil reconocimiento. Dos años despues se confió la direccion de una espedicion por el golfo al Padre Ugarte. Salió de Loreto en una balandra construida en la misma California y tripulada por indígenas, llevando un inteligente y esperimentado piloto, de nombre Guillermo Sfrafort, que tal vez seria alguno de aquellos irlandeses que arrojados por la miseria de su pátria, pasaban á España ó á sus colonias á buscar fortuna. Siguieron la costa oriental hasta la embocadura del rio Colorado, sin descubrir canal ni estrecho alguno que comunicara con el mar del Sur, y por lo tanto se cercioraron de que la California era península y no isla como no pocos afirmaban. El derrotero del P. Ugarte sirvió para rectificar el mapa de aquella region; y sus curiosas observaciones vinieron al Consejo de Indias, para quedar sepultadas en el océano de su archivo.

Continuaban los jesuitas estableciendo misiones donde podian conseguir que los naturales abandonáran la vida errante, hábito el mas arraigado y difícil de destruir en el salvage, cuando un acontecimiento funesto vino á malograr

el fruto de largos años de trabajos. Fué esta la sublevacion de los indios del Sur, los cuales dieròn cruel muerte á dos misioneros y ahuyentaron los demas que habia por aquella parte. No paró aquí el desastre, sino que habiendo el año anterior (1734) arribado el galeon al cabo de San Lucas para tomar agua y desembarcar los enfermos, siendo muy bien acojidos por los jesuitas que les dispensaron cuantos socorros estaban á su alcance, determinaron hacer en este lo mismo no teniendo noticia alguna de lo ocurrido; en efecto saltaron en tierra sin prevencion ni temor alguno los españoles, mas los indios que al divisarles se habian ocultado para que desembarcaran sin recelo, cayeron de improviso y en gran multitud sobre ellos, mataron un buen número y destrozaron el boto en que se habian acercado á la playa. Con las nuevas de tales atentados el virey envió soldados que reprimieran la sublevacion y guarnecieran el cabo: pero allí, apartados de la vigilancia de gefes superiores, entregáronse á la codicia y al desórden de tal modo que estuvo á punto de estallar un nuevo levantamiento. Tuvóse pues por mas acertado retirar el presidio y dejar á los misioneros que por sí gobernaran y se las aviniesen con su ingrato y descarriado rebaño.

Desde los tiempos de Alberoni hasta los de Carbajal no se nota que el gobierno español se acordase de que tenia una provincia llamada California. Mandó en 1744 el segundo de los citados ministros, hombre de no muy largos alcances pero de recta intencion y acendrado patriotismo, que se estableciesen misiones en la Nueva California y que por cuenta de la real hacienda se emplearan dos balandras armadas en recorrer la costa occidental, para acudir á sofocar cualquiera rebelion, perseguir los piratas, escoltar el galeon y coger perlas: sobradas atenciones en verdad para dos balandras. A mediados del siglo el comercio de las perlas llegó á tomar un incremento casi fabuloso, baste decir que cada quinto de barco de buzos estuvo arrendado por muchos años en doce mil pesos. En cuanto al conocimiento de la produccion mineral muy poco se habia adelantado. «De minerales no se ha hecho exacta averiguacion, escribia un autor bien informado del estado del pais en una obra que se imprimió en Méjico á poco de promediar el siglo pasado, pero segun el parecer de algunos inteligentes, en algunos parages, como en la Sierra Pintada, hay todas las señales de minerales de plata y oro..... No será de estrañar que sean muchos y muy abundantes los mineros en la California, cuando en la costa opuesta, en la provincia de Sonora y Pimeria, son tantos como se sabe, y tan ricos como se vé, entre otros en el Real de Arizona, y como se vió aun mejor por los años de 1730 en el descubrimiento de una montaña de la Pimeria, no lejos de este Real, que á poca diligencia dió tanta plata que admiró á toda la Nueva España, dudándose si era mina ó depósito de tesoros escondidos. Tampoco se han reconocido algunas que parecen vetas de otros metales.»

(Se concluirá).

José Godoy Alcantara.

CRISTOBAL DE MONDRAGON.

(Conclusion).

Amberes defendida por el Escalda, á cuyas márgenes se eleva, era reputada por inespugnable, mayormente cuando tenia la ciudadela, como acontecia en la presente ocasion. Todas estas razones tenian gran peso en la prudencia de Alejandro, y jamás se hubiera resuelto á emprender el sitio contra la opinion de los demas cabos de su ejército; quiso, pues, oirles en consejo: el voto fué casi unánime porque se desistiese de tal idea: solo Mondragon sostuvo lo contrario en un breve razonado discurso en que lució sus vastos conocimientos en el arte de la guerra, acabando por convencer á los que mas oposicion habian mostrado. Acordes ya, ordenaron un plan de sitio tan atrevido y grande como requeria empresa de tamaña consideracion. Un verídico historiador habla de él en los terminos siguientes: »Ahora tengo que referir el mas memorable ataque que jamás se habrá dado á otra ciudad alguna. Porque nunca »con mas operosas molestias se habrán enfrenado los rios, »ni los ingenios se armaron con mas osadas invenciones, »ni se peleó con gente de guerra que, en mas repetidos »asedios hubiese hecho provision de destreza y de coraȥge. Aquí se echaron fortalezas sobre los arrebatados rios, »se abrieron minas entre las ondas, los rios se llevaron »sobre las trincheras, luego las trincheras se plantaron so»bre los rios, etc.» Y no se crea que hay nada de hiperbólico en esta descripcion, pues allí se pusieron en práctica, con buen éxito, cuantas invenciones puede sugerir la ambicion de gloria. Amberes se ganó despues de un año de asedio y repetidos choques en que siempre se vió á Mondragon afrontando el primero los peligros. En recompensa de tan buenos servicios le nombró Alejandro gobernador de la ciudadela; pero con espresa condicion de que no se le habia de tener encerrado allí mientras hubiese peligro en otras partes, «pues si llegase, decia, á mis oidos el ruido »de las picas y el sonido de los mosquetes, tenga Vuese»lencia por cierto que en aquel punto y hora acabará mi »gobierno; asi que, provea las cosas de modo que pueda »yo salir y entrar cada y cuando los lances de la guerra lo »requiriesen.» Escuchadas fueron con gusto sus razones, y despues de acceder á su peticion quedó con el mando de la ciudadela, que fué reparada por hábiles ingenieros. Tambien desempeñó el cargo de gobernador de Gante. No se sabe la época de su vida en que peleando contra los franceses fué hecho prisionero; es lo cierto que habiéndole conducido á Paris, se le encerró en la Bastilla, y cuando mas envanecidos estaban nuestros enemigos de tener á buen recaudo á un hombre que tanto les habia molestado, burló un dia la vigilancia de sus guardas y presentose sano y salvo al frente de sus soldados. Era Mondragon hombre de elevada estatura, de una gordura proporcionada, pero no tanto que quitase la agilidad de sus miembros: tenia la nariz aquileña, los ojos grandes y vivos y el rostro afable y hermoso. Espresaba con claridad sus pensamientos, y tenia el don de escoger las palabras mas persuasivas, siempre que hallaba contrarios pareceres para llevar á cabo alguna empresa. Vivió siempre con la mayor estrechez, pues aunque el rey, en recompensa de sus muchos servicios, le hizo merced en 1578 de 800 escudos de renta en el reino de Nápoles, sobre cobrarse mal esta dádiva, se hallaba Mondragon cargado de familia, y eran muchos los gastos que la guerra le ocasionaba. Corria el año de 1591, y á los ruegos de Alejandro Farnesio para que se retirase del servicio, pues la edad de 87 años era la mas á propósito para el descanso, respondia que en el campo habia nacido y en el campo queria morir, y, pues, que jamás habia hecho peticion alguna á sus superiores, le serviria de gran disgusto ver desairada la primera que era seguir sirviendo hasta acabar la vida. Cuatro años despues le sorprendió una aguda enfermedad, que iba en breves momentos consumiendo su existencia. No se le ocultaba al esforzado campeon: con faz tranquila y ánimo sereno hizo colocar su lecho frente de una ventana desde donde se divisaba á lo lejos un campamento, y allí, puestos en él sus moribundos ojos y su corazon en Dios, exhaló el último suspiro con sentimiento de todo el ejército que envidiaba sus virtudes y admiraba su valor, siempre presagio de la victoria.

M. J. Diana.

PESO DE UN POCO DE PAJA.

LEYENDA PIADOSA.

Il faut lire la vie des saints dans le même esprit qui l'a dictée.—Si la foi vous manque laissez là, ce récit des vielles époques, votre sourire est trop facile pour etre de bonne compagnie et de bon gout.

Jules Janin.—*Feuilleton du Journal des Debats.*

29 Juin 1844.

Las cosas santas se deben leer con el mismo espiritu conque fueron escritas. Si os falta la fé, dejad de leerlas; vuestra esceptica sonrisa es demasiado facil y vulgar, para ser de buen gusto ni de buen tono.

Rien qui soit ènemie du cœur comme l'esprit.

Alexandre de Lavergne.

No tiene el corazon peor enemigo que la cabeza.

Habia un señor, rico y poderoso, que vivia en su castillo, del cual no salia sino para guerrear, asolar los campos de sus vecinos, saquear los pueblos, y robar á los viageros. Era tan malvado y cruel que nada humano habia quedado

en su corazon, sino el amor á su muger, apacible y bella criatura, que pasaba los dias y las noches llorando las maldades de su marido, y pidiendo á Dios se las perdonara. En vano su marido la rodeaba de cuantos goces dan el lujo y la riqueza; de nada disfrutaba la humilde señora, nada queria, nada deseaba, sino la conversion de su marido.

En una espantosa noche de invierno en que el cielo desencadenando tempestades, parecia querer acabar con la tierra, estaba sentada la señora delante de una gran chimenea en que ardia una brillante hoguera. El viento mugia entre las torres, cual si le enojara su resistencia; las nubes arrojaban sus aguaceros con ira; los relámpagos atravesaban caprichosamente las tinieblas como espiritus malos: todos los vivientes buscaban un abrigo contra la inclemencia de aquella lóbrega noche; pero el señor del castillo aun no habia vuelto de su correría, la angustiada esposa rezaba.

Oyóse llamar á la puerta, y poco despues, un criado entró en la estancia y dijo á su ama, que dos pobres religiosos, cansados, casi muertos de frio y de necesidad, perdidos en aquel pais agreste pedian ser acogidos en la fortaleza, aunque fuese en el establo. La buena señora se sobrecogió, porque sabia que su marido odiaba á los religiosos, y le era tan sumisa, que ni el bien se atrevia á hacer sin su beneplácito. Pero ¿cómo rehusar á los santos varones una súplica tan humilde?

«El señor no lo sabrá, »-dijo el buen criado, que al ver á su señora suspensa adivinó sus pensamientos: «al rayar el dia se irán.»

La castellana consintió en ello, encargando al criado que los escondiese bien en la caballeriza.

No bien hubo salido cuando sonó una trompa, y el galope de los caballos, anunció la llegada del señor. A poco rato entró, y despues de haber trocado su armadura teñida en sangre, con un rico vestido de seda forrado de ricas pieles, se sentó con su muger á una mesa profusamente servida de ricos manjares, sobre la cual innumerables bugias blancas, finas, suaves como virgenes, esparcian su melancólica y pura luz.

La castellana, ricamente prendida con un trage de terciopelo verde bordado de oro y pedrerías, no comia: el resplandor de las luces se reflejaba en los brillantes que cubrian su frente, y en las lágrimas que surcaban sus mejillas como otro adorno mas, porque eran de aquellas con que el corazon hermosea el rostro.

¿Qué teneis? Dijole su marido con cariño.

No respondió.

¿Temíais por mi, en esta noche de espantoso temporal? Pues fuera temores, ya me teneis aqui sano y salvo, pésele á Satanás.

La hermosa castellana, no respondia y seguia llorando, porque las lágrimas son hermanas bienavenidas, á una sigue otra, en pos de una van mil.

Pero él, á quien su ángel bueno habia guardado en su corazon el amor á su muger, como una áncora de salvacion, se afligió de verla llorar, y la dijo:

Contadme, señora, lo que os aflige, y juro por mi barba, enjugar vuestras lágrimas, si está en mi poder hacerlo.

Señor, respondió su muger, lloro, porque mientras aqui disfrutamos de todos los bienes de la vida, otros carecen de lo necesario; porque mientras esa llama se levanta viva y alegre, y nos envia su calor como una caricia, otros tiritan de frio: mientras estos manjares escitan al paladar con sabrosas exhalaciones, otros, señor, tienen hambre... y por eso, se anuda mi garganta y no puedo comer.

Pero, señora, la dijo su marido, ¿quién sabeis que se esté muriendo de frio y de hambre?

Dos pobres religiosos, señor, que me pidieron albergue y que están en la caballeriza.

El marido frunció el ceño.

¡Frailes! dijo, holgazanes, pancistas, petardistas! qué, querian regalarse á mis espensas.

No han pedido mas, que un techo y un poco de paja.

El castellano llamó á sus criados.

¡Oh! señor, señor, dijo sollozando la castellana, no los echeis fuera! acordaos de vuestra promesa.

Perded cuidado, contestó el marido, comerán, se calentarán y además me servirán de diversion. Ya vereis!

Mandó en seguida á los criados que los trajesen á su presencia.

Disipóse, no obstante, el amargo humor chancero del castellano, como la fria y opaca niebla que levanta la noche de un pantano á los primeros rayos del sol; cuando se presentaron á su vista los religiosos: por un impulso involuntario se puso en pié, y la impia chanza que asomaba á sus lábios, retrocedió como una serpiente que se encoje y se vuelve á su cueva. Porque ello era, que habia en el rostro del mas anciano, en los cabellos blancos que coronaban su vejez, como corona una orla de albas rosas la juventud, en la serenidad de sus ojos, en la gravedad de su boca, una dignidad que señoreaba, una mansedumbre que atraia, un poder, capáz de sujetar y conmover un alma corrompida y helada.

Mandólos el señor sentar á la mesa, y guardó silencio por un breve rato. Pero el religioso, fiel á su obligacion, hizo oir la palabra de Dios en aquel lugar de donde habia sido desterrada, huyendo al corazon de la castellana como á un santuario. Callaba el señor, y escuchaba mirando á su muger, que con ansiosas miradas y cruzando sus blancas manos, miraba al misionero, como el marino en noche de tormenta mira de hito en hito el faro, que le indica el puerto de salvacion, mientras sus lábios murmuraban: «bendito es el que escucha!»

Concluida la cena, cogió el castellano una vela y alumbró y llevó, él mismo á sus huéspedes, al mejor aposento del castillo, donde ricas camas doradas con colchones de damasco estaban dispuestas. Mas los religiosos se negaron á dormir en ellas. Diciendo que jamás descansaban sino sobre paja.

Entonces el señor, bajó el mismo á la caballeriza, y volvió cargado de paja y la estendió en el suelo.

Padre, dijo, rompiendo con un generoso esfuerzo el hielo de su corazon, yo quisiera volver á Dios; pero es imposible que el señor me perdone mis iniquidades!

Aunque vuestros pecados, repuso el misionero, escediesen en número á los granos de arena del mar, á las gotas de agua de las nubes y á las estrellar del cielo, todas las borraria el arrepentimiento y las perdonaria la clemencia de Dios: por eso el pecador endurecido no tiene disculpa, y eso es lo que formará su eterna desesperacion.

Entonces, arrodillándose, confesó sus pecados, mientras que abundantes lágrimas de contricion caian de sus ojos, sobre la paja en la que se habia arrodillado.

Cuando el misionero, despues de dar gracias al Señor misericordioso, se quedó dormido, sintióse transportado ante el divino tribunal. La eterna justicia tenia en la mano la balanza que pesa el bien y el mal: una alma iba á ser juzgada: era la del castellano. El espíritu infernal, con insolente triunfo, puso en una de las balanzas el cúmulo de sus iniquidades. Los ángeles buenos se cubrieron la cara con horror y compasion. El alma gimió con dolor. Entonces se acercó el ángel de su guarda, ese ángel tan dulce, tan paciente y tan bello, ese ángel, que nos pone el arrepentimiento en el corazon, las lágrimas en los ojos, la limosna en la mano, el rezo en la boca; traia algunas pajitas mojadas de lágrimas, y las puso en el plato opuesto de la balanza.

El alma se salvó.

Cuando el religioso se levantó á la mañana siguiente, halló al castillo en consternacion. Preguntó la causa.

El castellano habia muerto aquella noche.

FERNAN CABALLERO.

CASAS DE MADERA EN AMÉRICA.

En el interior de los Estados-Unidos, reemplaza la madera á la piedra y al hierro sin que se sigan de ello graves inconvenientes. En las calles de muchas ciudades, está formado el piso por maderos ligados transversalmente, ó por tarugos clavados verticalmente á manera de estacas. Muchas arrecifes hacen el oficio de caminos de hierro con el auxilio de listones de madera colocados en una armadura transversal. Los malecones son construidos con idéntica sencillez. Se plantan troncos de árboles apenas cuadrados, en un agua bastante profunda para sostener á nado edificios grandes, se los nivela por cima de las mas altas mareas, y se eleva en lo interior un terraplen cuya plataforma se compone de un encajonamiento de maderos ó de

tejos á la altura de las calles vecinas. Tales son los malecones de Nueva-Yorck y de Botors. Tambien es en los Estados-Unidos donde se encuentran los puentes de madera mas atrevidos.

La madera es así mismo la materia principal con que se construyen las casas en lo interior del pais. Distínguense tres modos de construir las casas de madera. El mas sencillo es el de las *loghouses*, mansion ordinaria de los colonos primitivos, que se establecen en los bosques. El colono empieza por derribar un cierto número de árboles, cortándolos de la altura que le conviene, sin cuadrarlos ni aun despojarlos de la corteza.



Los bueyes les sirven para acarrear estos materiales á la inmediacion del lugar que han escogido. Recorre despues las habitaciones mas cercanas invitando á veinte ó treinta colonos para que concurran á ayudarle á construir su casa. En casos como este á nadie le es permitido escusarse á acudir á la invitacion. Reúnense en un dia convenido, y se ponen manos á la obra bajo la direccion de un gefe. En los ángulos se colocan piedras que sirven de soportes á las vigas que marcan las dos fachadas principales de la casa, y cuyas estremidades sesgadas reciben los tirantes que designan los costados. De esta primera hilada se pasa á la siguiente, taraceando siempre las vigas paralelas en los sesgos de los dos tirantes colocados precedentemente. Para colocar la última hilada, se hacen rodar los troncos de los árboles por estacas que forman un plano inclinado. El techo se construye paralelamente con vigas enclavijadas por la parte inferior á la última hilada de la muralla, y unidos por lo alto por medio de sesgos que permiten reunir sus estremidades. Entonces se separan, despues de un frugal banquete, quedando al cuidado del propietario al cerrar por sí mismo las aberturas que queden en cada pared, cubrir el techo con cortezas, de llenar con musgo y tierra arcilla los intérvalos de las vigas del esterior, y clavar las tablas por la parte interior.

Concluye la chimenea en lo interior ó fuera, segun la magnitud de la casa, y practican aberturas destinadas á recibir la puerta y las ventanas. Muchas veces suele instalarse en la nueva morada la familia del colono, sin esperar a que se hallen convenientemente cubiertas las aberturas. Las casas de esta especie son ordinariamente aseadas y cómodas: pueden durar de 20 á 40 años, quedando de esta suerte á sus propietarios tiempo suficiente para procurarse una habitacion mas conveniente. Entonces es abandonado el *log-house*, siendo muchas veces apresurada por el fuego su destruccion. El viagero que recorre las antiguas colonias, halla muchas veces, en medio de algunos cercados ó de un campo baldío, una columna de piedra groseramente construida, de unos 20 pies de altura. Es la chimenea de un *log-house* destruido, y del que no ha quedado ninguna otra huella. Tales son las *ruinas* con que se tropieza en los Estados-Unidos.

El segundo método de construccion es el de los *block-houres*, que son formados por maderos cuadrados y colocados por hiladas. Desgraciadamente los maderos inferiores se pudren á los pocos años, y por otra parte, cuando sobreviene una sequedad despues de prolongadas lluvias, se abre la madera en todos sentidos, y se desforman las paredes de la casa. Tal es la razon de que abunden tan poco las de este género.

Las casas mas elegantes se denominan *frame-houses*. Su frágil armadura consiste en cuatro fuertes vigas verticales, colocadas en los cuatro ángulos, y reunidas por travesaños horizontales. Numerosos pies derechos intermediarios terminan estos travesaños: llénanse sus intérvalos con latas y yeso, ó bien con un revestimiento de tablas delgadas, claveteadas interior y esteriormente. El techo es de tablas, sostenidas por cábrios de cedro ó de pino. Estas casas, pintadas de blanco, y decoradas con persianas verdes, presentan un aspecto agradable, pero resisten mal al calor y al frio, y á pesar del mayor esmero, no pueden durar mas de medio siglo. En cambio son de tal naturaleza que pueden ser trasportadas enteras de un parage á otro. Acaece tambien en los Estados-Unidos que el propietario que quiere construir una casa nueva en lugar de la que habitaba, se halla dispensado de hacerla derribar, como se le obligaria en Europa: vende su morada antigua á un comprador, que la hace trasportar á donde le conviene. Algunas veces tiene lugar este trasporte por otros motivos. Hé aquí un ejemplo tomado del *Penny Magazine* (t. VI):

El propietario de un molino de cuatro pisos, en su altura, y de cincuenta piés de longitud por cuarenta de latitud, quiso hacer trasladar dicho edificio á cien metros de distancia con el fin de tener una caida de agua mas fuerte durante las estaciones secas. Se convino por 100 dollares (2000 reales) con un mecánico, que se obligó á responder de todos los daños. El mecánico hizo construir entre el nuevo parage y el que ocupaba la casa, una via formada por cinco bandas de madera cuadradas, que correspondiesen á las cinco gruesas vigas longitudinales sobre que descansaba el piso del molino. Dicho piso fué quitado con el fin de dejar descubiertos los maderos, que fueron arrancados íntegros de la tierra con el auxilio de cuñas. Se colocaron debajo de cada tirante cuatro rodillos de madera, de ocho pulgadas de diámetro y cinco piés de longitud; ambas estremidades de los rodillos se hallaban llenas de agujeros, en los cuales podia ser introducida una palanca, como en los cabrestantes. Colocóse un hombre en cada palanca, ó lo que es lo mismo, cuarenta en su totalidad. Al cabo de tres horas de trabajo, la casa, llevada sobre los rodillos, habia atravesado la distancia apetecida; quitáronse los rodillos por medio de las cuñas que habian servido al principio para introducirlos debajo de las vigas, y hallóse el molino asestado sobre nuevos cimientos, sin que se hubiese arrancado un clavo, ni roto un vidrio. Esta operacion, ejecutada bajo la direccion de un simple obrero, demuestra bien hasta qué grado poseen los americanos el instinto de la mecánica.

FABULAS

TRADUCIDAS DEL ALEMAN.

La Verdad Sospechosa.

Llevaban á enterrar dos granaderos
al soldado andaluz Fermin Trigueros,
embrollon sin igual, que de un balazo

cayó sin menear ni pié ni brazo.
«¡Hola, sepultureros!»
les dijo un oficial: «murió ese tuno?»
«Murió» contesta de los dos el uno.
Aquí Trigueros en su acuerdo torna.
y oyendo la cuestion, dice con sorna,
«lo que es por la presente,
me figuro que vivo, mi teniente.»
A lo cual replicó su camarada:
«no dé Vd. á Fermin crédito en nada.
Siempre embustero fué: su fin es cierto,
pero de broma está despues de muerto.»
Quien falte á la verdad con esto cuente:
dirá que hay Dios y le dirán que miente.

El Viudo.

Suele amar la muger con gran ternura;
pero es siempre su amor de poca dura.
La firmeza al contrario, tiene un templo
en el alma del hombre: va de ejemplo.
Agonizando estaba
una muger á quien su esposo amaba,
no con amor vulgar, sino estremado
y en un largo noviage acreditado,
en que hubo riñas, paz, extasis, celos,
paterna oposicion, rival y duelos,
parando al fin la baraunda toda,
en enfermar la pobre señorita
sin desechar las galas de la boda,
«nadie su fin evita»
dijo la moribunda á su consorte;
«mas ya que está mi muerte decretada,
hazme para que menos angustiada
nuestra fatal separacion soporte,
haz, Gabriel, á tu Inés el juramento
de no tratar segundo casamiento:
con esto en paz conseguirás que duerma.»
Juró Gabriel y se murió la enferma.
¡Cuál fué el dolor del viudo!
¡Jesus! dolor de codo y mas agudo,
canicular dolor, seco y sin llanto
sordo al consuelo, y como sordo, mudo.
Pero Inés falleció, y hay por lo tanto
un cuerpo que llevar al campo santo.
Para ello se amortaja
con el nupcial vestido á la difunta;
mas antes que la encierren en la caja,
viene á verla Gabriel. «¿Quén es» pregunta
cuando la vé tan maja,
«quién es el que dispone de lo ageno,
y asi me echa á perder trage tan bueno?
Si mañana me caso por ventura,
¿no le vendrá muy bien á la futura?»
Con la pena tal vez el desdichado
no se acordaba ya de lo jurado,
ni al jurar conoció que era simpleza
primero no contar con su flaqueza.

Uno de Tantos.

Poderosos, venid: trazaros quiero
la historia de un ilustre caballero
que, inmensamente rico,
años contó noventa y nueve y pico.
Escuchad y aprended: la historia es esta.
Nació mi buen señor, ya se supone:
comió, bebió y murió.. ¡Dios le perdone!
»¡Qué pérdida tan grave y tan funesta
»si llega á fallecer niño de pecho
»persona de tantísimo provecho!»

E. Hartzenbusch.

Máximas y pensamientos.

Ni cuaja nunca la nieve sobre el fango, ni existe nada que pueda lavar á un traidor.

El genio en las artes y las criadillas de tierra en los campos, se eximen de las reglas del cultivo; son fáciles de hallar, mas no asi de reproducir.

El creso avaro que se cree pobre, en sueños, sueña que no duerme.

Quien se confia á un hablador y presta á un pródigo, suele hallarse en todas partes con su secreto, pero en ninguna con su dinero.

Siempre nos manifestamos muy reconocidos hácia los favores que se nos van á dispensar.

En el amor mas puro existe siempre mas humo que llama viva.

Solucion del geroglifico inserto en el número anterior.

Sin saber el verdadadero origen que pueda tener, circula entre el vulgo una especie de anécdota, acaecida entre el rey don Felipe IV y uno de sus mas festivos poetas, que por ser demasiado conocida, nos limitaremos á referir ligeramente, porque asi conviene para la solucion del geroglifico inserto en el número anterior.

Parece ser que al referido rey le hicieron un gran presente en alhajas de oro y plata de muchísimo valor, lo cual visto por Quevedo (que es el poeta de quien hemos hecho mencion) esclamó ¡Nadie se acuerda del pobre Quevedo! Gustóle al rey sobre manera la insinuacion de éste, y le concedió todo lo que del regalo pudiera nombrar en una cuarteta improvisada; habia entre otras cosas, como imágenes, servicios de mesa, etc., unas antiparras, y como Quevedo era corto de vista y las usaba de contínuo por necesidad, creyó oportuno llevárselas incluyéndolas en la improvisacion y que al mismo tiempo le sirvieran para la asonancia de la cuarteta; entonces con el mayor aplomo, y mirando todo aquello que mas gracia le hacia, fué nombrando y componiendo á la par sus versos que resultaron así:

Por ver Moisés á Dios,
Púsose las antiparras;
Purísima Concepcion,
Para mí son las cucharas.

Y asi fué efectivamente que se las llevó, dejando al rey celebrando la ocurrencia. Lo que de verdad pueda haber en este cuento, no lo sabemos; solo sí, que es una de las muchas vulgaridades que andan de boca en boca, y que vengan bien, ó no, en siendo algo chistosas se atribuyen al mas festivo de los poetas del siglo XVII.

CUESTIONES RECREATIVAS.

El interés con que son recibidos los geroglíficos que publicamos de tiempo en tiempo, nos ha hecho creer que nuestros suscritores verian con gusto alternar con estos juguetes, otros problemas sobre la historia, las ciencias, las artes, etc., mas instructivos tal vez y no menos entretenidos que los geroglíficos. A continuacion insertamos nuestras primeras cuestiones, cuya solucion daremos en el número siguiente.

I. Determinar, por medio de la geometria, la posicion mas ventajosa de los pies, para mantenerse derecho con toda firmeza.

II. Distribuir entre tres personas veinte y seis toneles, de los cuales siete estén llenos, siete vacios y siete medio llenos; de suerte que cada persona se lleve igual cantidad de vino y de toneles.

III. ¿En qué ciudad de España se han llegado á ver tres soles á la vez, en qué año y cómo?

MADRID: imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, núm. 4.



D. José Utrera y Cadenas.

No vamos á escribir una biografía de este aventajado pintor gaditano, cuya pérdida lloran las artes; el retrato de este malogrado jóven y las presentes líneas, no son otra cosa que un homenage á su memoria. Un año ha que consagramos una página del SEMANARIO al recuerdo de Alenza, el pintor de genio que supo sorprender los rasgos mas marcados de las costumbres españolas, próximas á desaparecer para ceder su puesto á otras de estraño suelo. Hoy es Utrera, pintor de talento tambien y de porvenir, muerto como Alenza cuando empezaba á ser ventajosamente conocido, á quien dedicamos esta memoria. Nadie ha olvidado aun el lienzo en que supo representar uno de los hechos mas héroicos de nuestra historia nacional, el de Guzman el Bueno, en el sitio de Tarifa, conquistando una reputacion envidiable con esta obra que debia ser la última, y que acaso contribuyó á acortar los dias de Utrera (1). Nació el 26 de diciembre de 1827, dejó de existir el 8 de mayo de 1848; en el corto periodo que separa estas dos fechas, Utrera siguió esa carrera de laboriosidad y de noble ambicion, que recorren generalmente cuantos se sienten animados del deseo de gloria que es consecuencia del genio.

SANTO TORIBIO DE LIÉBANA.

Narrar con entera exactitud las circunstancias que á la ejecucion de este convento precedieron, es tarea que su mucha antigüedad hace cuando menos de gran dificultad; mas no por eso hemos querido privar á nuestros amables lectores del conocimiento de los curiosos datos, que con el exámen de algunos manuscritos y cronicones hemos podido recoger respecto á él.

No es el edificio en general digno de llamar mucho la atencion de los arqueólogos, pues solamente encierra una hermosa capilla, de la cual nos pensamos ocupar mas adelante y que sin duda alguna, á juzgar por su género de construccion y buen estado en que se halla, debió ser levantada diez ó doce siglos despues que el resto del monasterio.

Es lo mas singular en su historia el sin número de tradiciones que dan á conocer otros tantos milagros, consiguientes á la adoracion de las preciosas reliquias, que aun actualmente se conservan, de las que, atendiendo al corto espacio con que podemos contar, solo vamos á citar aquellas que nos han parecido mas notables.

Situado este convento en un parage aislado y pintoresco, en el partido de Liébana, provincia de Santander, presenta una vista bastante agradable, á pesar de que en su frontis, como hemos dicho, no trataron de esmerarse mucho, la cual está reproducida con entera exactitud en la viñeta que va al frente de este artículo.

Fué fundado, segun cuenta Fr. Gregorio de Argaiz coronista de la órden de san Benito el año de 457 por el mismo santo Toribio, obispo que fué de Astorga y sacristan de Jerusalen. Lo mismo dice el P. Sota coronista de Cárlos II, añadiendo que fué el segundo que de su órden se fundó en España, siendo el primero el de san Victorian en Aragon. El santo, segun parece, se halló habitando todo el tiempo que duró la ejecucion de este convento, una cueva natural, que se vé situada en uno de los montes, á cuya falda está colocado. Esta cueva, albergue en otro tiempo de las sagradas reliquias que santo Toribio traia de Jerusalen, dió acogida á principios de este siglo, á un tal Policarpo, sargento retirado del ejército, quien revestido con un trage estrambótico, recorria semanalmente todos los pueblos del partido, volviendo bien provisto á su misteriosa habitacion. Por largo tiempo logró con sus gazmoñerías tenerlos engañados, asi como á los frailes; hasta que por casualidad, ó mas bien por providencia del cielo, llegaron á saber era el mas solemne pícaro, que abusando de su credulidad vivia holgadamente con las muchas limosnas que sacaba y lo que él se tomaba contra la voluntad de sus dueños, siempre que se le presentaba una ocasion.

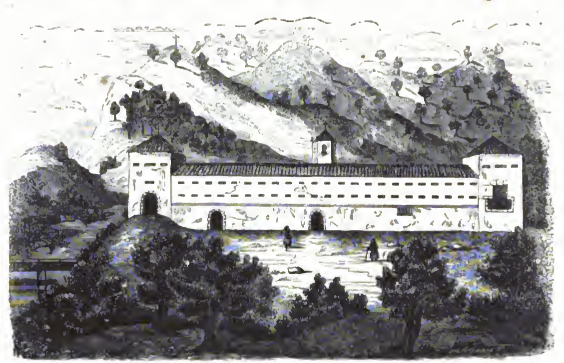
Las reliquias que segun el P. Sota trajo de Jerusalen el santo, son en número bastante grande, y como nosotros no

(1) S. M. ha adquirido últimamente este precioso cuadro.

nos hemos propuesto citar sino aquellas mas notables, hablaremos solo de dos que en nuestro sentir lo son, y atraen el mayor número de fieles.

La primera es el brazo izquierdo de la santa cruz donde espiró nuestro Redentor y la segunda un eslabon de la cadena que el mismo Señor arrastraba en su paseo por el monte Calvario. En lo antiguo y hasta principios de este siglo era inmensa la concurrencia, que no solo del pais sino de puntos muy lejanos llegaba á este convento, con solo el objeto de adorar estas santas reliquias, con especialidad los dos dias 3 de mayo y 14 de setiembre, dedicados el uno á la Invencion, y el otro á la Exaltacion de la santa Cruz; siendo causa de debilitar esta devocion y entusiasmo religioso la guerra de los franceses y sucesos posteriores, como la incuria y tibieza de los mismos frailes que tenian en el mayor abandono hasta el edificio y demas preciosidades que debian conservar por sus recuerdos históricos y religiosos.

Dice el mismo P. Sota, que el año de 915 de Cristo nuestro Señor, quiso apoderarse del cuerpo de santo Toribio, existente en este convento, el conde don Alfonso de Lebeña, que al intento y en el supuesto de encontrar oposicion por parte de los monges, se dispuso un dia en union de su esposa doña Justa y todos sus vasallos bien armados á sacarlo de allí á viva fuerza si así fuere preciso, pero que próximos ya á conseguir su objeto, se vieron él y su gente privados súbitamente de la vista. Este fatal accidente, dió á don Alfonso á conocer toda su imprudencia; y deseoso de repararla en algun tanto, otorgó en aquel mismo dia una escritura, cediendo en beneficio de los frailes todos sus castillos y tierras, inclusa la villa Illaredes, hoy de Maredes en el valle de Cereceda, la cual dice habérsela comprado á su



Vista general de la iglesia de Sto. Toribio de Liébana.

señor don Ordoño II, rey de Leon, con todas sus dependencias. Esta escritura que en su crónica copia íntegra el padre Sota, fué puesta el mismo dia en manos del abad Opila, no siendo al parecer en vano tan grande sacrificio, pues cuenta el famoso historiador, que así logró tanto el conde como su esposa y vasallos, no permanecer mas tiempo en las tinieblas de la noche, que el puramente preciso para estender la citada escritura de cesion.

Mas despues y mediados del pasado siglo resulta que el Illmo. Sr. obispo de la ciudad de Astorga quiso tambien trasladar el cuerpo de este mismo santo á aquella capital; pero tuvo que abandonar este proyecto por ignorar el punto determinado donde se hallaba sepultado, no sin haber antes intentado realizarle por diferentes medios, llegando hasta socabar á la ventura gran parte del edificio, por cuya razon, dícese si llegó á falsear uno de los arcos de la nave principal.

Tenia hasta hace muy poco tiempo la cadena mencionada, la virtud de curar completamente á los energúmenos ó endiablados que por una ó mas veces la suspendieran sobre sus espaldas ó cuello; pero esta perdió todo su prestigio, cuando á principios de este siglo el P. Cortés, abad del monasterio, determinó que durante la operacion del conjuro, estuvieren dos robustos legos sacudiendo las espaldas del paciente con una buena verga.

Es lo cierto que este físico remedio unido al espiritual, ha obrado tan prodigiosamente que desde aquella época hasta el dia, ni uno solo ha vuelto á presentarse con igual solicitud.

Vamos por último á describir la preciosa capilla del camarin, donde se hallan depositadas las reliquias.

Su pavimento es todo de una piedra azulada muy comun en el pais, salpicada de multiplicadas vetas blancas, que la hacen muy semejante al jaspe, siendo de este mismo material casi todo el resto de la capilla.

Arrancan de sus cuatro ángulos otras tantas pilastras perfectamente trabajadas, y las circuye una magnífica cornisa del mismo órden que forma un polígono octagonal, y de donde se elevan hasta una altura elegante y proporcionada, cuatro arcos de medio punto de un diámetro de treinta pies castellanos.

Los lados de este polígono se ven ricamente vestidos con hermosos relieves en una piedra puramente blanca, que representan los cuatro evangelistas, con todos sus correspondientes atributos, y en la bóveda abrazada por el segundo y tercer arco tiene origen la obra mas perfecta de esta capilla.

Es esta un dodecágono que se eleva sobre todo el resto de ella mas de cuarenta pies y en cuyos lados lo mismo que en los del octágono que viene á ser su verdadero punto de apoyo, se notan infinitos relieves ejecutados con notable perfeccion, y cuatro ventanas ojivales que dan paso á la luz que baña todo el fondo de la nave.

En la perpendicular que pasa por el centro de esta cúpula, está situado el camarin que encierra las santas reliquias. El altar sobre que se eleva es de madera, y su forma un polígono, en cuyos lados, los dias de funcion se ofician diferentes misas á la vez. Se compone el total de cinco cuerpos distintos, los dos primeros de los tres restantes en cuanto al órden de arquitectura, si bien son iguales en un todo en su forma que es la misma del altar.

El tercero y cuarto son de un trabajo escesivamente mas bello y costoso que todos los demas.

En aquel se encuentra colocado y en medio de un inter-

columnio corintio, el brazo de la cruz, y en este igual al anterior, aunque de mayor altura, está la imágen de Ntra. Sra. visible por todos los ocho lados del polígono. Es admirable la perfeccion con que están ejecutadas las diez y seis columnas de ambos cuerpos, así como los muchos adornos del total del camarin perfectamente dorado, pero esto no obstante se vió no hace mucho tiempo amenazado de ser presa de las llamas para estraer el oro que su autor empleó en él con tanta profusion. Hemos querido consignar todos estos detalles tanto mas, porque el estado de abandono en que se halla el convento en general, hará que muy pronto desaparezcan de la vista del científico viajero; apresurándonos á asegurar no los hemos logrado describir con aquella exactitud que su escesivo mérito exigia.

Lucinio Martinez de Velasco.



Vista interior de la capilla de Sto. Toribio.

LA VELADA DEL HELECHO,

ó

EL DONATIVO DEL DIABLO.

Novela.

I.

Al tomar la pluma para escribir esta sencilla leyenda de los pasados tiempos, no se me oculta la imposibilidad en que me hallo de conservarle toda la mágia de su simplicidad, y de prestarle aquel vivo interés con que seria indudablemente acogida por los benévolos lectores, (á quienes la dedico), si en vez de presentársela hoy con las comunes formas de la novela, pudiera hacerles su relacion verbal junto al fuego de la chimenea, en una fria y prolongada noche de diciembre; pero mas que todo, si me fuera dado trasportarlos de un golpe al pais en que se verificaron los hechos que voy á referirles, y apropiarme por mi parte el tono, el gesto y las inflexiones de voz con que deben ser realzados en boca de los rústicos habitantes de aquellas montañas. No me arredraré, sin embargo, en vista de las desventajas de mi posicion, y la historia cuyo nombre sirve de encabezamiento á estas líneas, saldrá de mi pluma tal cual llegó á mis oidos en los acentos de un jóven viagero, que, tocándome muy de cerca por los vínculos de la sangre, me perdonará sin duda el que me haya decidido á confiársela á la negra prensa, desnuda del encanto con que su espresion la revestia.

Era la víspera del dia en que solemniza la iglesia la fausta natividad del precursor del Mesías. El sol iba á ocultarse detrás de las magestuosos cimas del *Moleson* y del *Jomman*, (en español *Diente de Jaman*), magníficas ramificaciones de los Alpes en la parte occidental de la Suiza, y la pequeña y pintoresca villa de *Neirivue*, situada á alguna distancia de las orillas del rio *Sarine* en el canton de Friburgo, presentaba en aquella tarde el espectáculo de un movimiento inusitado entre sus pacíficos moradores. La causa, sin embargo, no era otra que el estar convidados una parte de ellos, que en la época de nuestra historia no llegaban á 200, á pasar la velada en la casa del rico ganadero Juan Bautista Kéller, poseedor del mas grande y hermoso *Chalet* (ó casería) de cuantos se conocian en Neirivue; el cual celebraba en él todos los años en compañía de sus amigos, la noche que antecede á la festividad de su glorioso patron.

Los viejos del pais, que podian atestiguar la antigüedad que tenia en él la costumbre de solemnizar la mencionada noche con una alegre velada, acudian gozosos á tomar parte en la fiesta del espléndido Kéller, que en tales circunstancias ponia á disposicion de sus convidados los mas esquisitos productos de su quesera, y los mejores vinos de Berna y de Friburgo. Los mozos por su parte no desperdiciaban la ocasion de ir á solazarse un poco de las fatigas de sus diarias faenas, animado ademas cada uno de ellos, con la lisongera esperanza de merecer la dicha de bailar con la jóven Ida Kéller, que no era solamente una de las mas ricas herederas del lugar, sino tambien la mas apuesta y gentil doncella de cuantas pudieran encontrarse en muchas leguas á la redonda. A pesar de esto, era tan modesta y tan amable la

hija de Juan Bautista, que la querian de todo corazon sus compañeras, y andaban tambien muy listas en ir á felicitarla por el santo de su padre, ataviándose por tan plausible motivo con sus galas de los domingos.

Veíanse, pues, circular por las calles de la humilde poblacion, dirigiéndose de todas partes al *Chalet* de Kéller, bulliciosos pelotones de zagalas y pastores, entonando á coros aquellos cantos particulares de su pais, cuyo mágico poder seria probablemente nulo para los oidos del estrangero, sino conociese de antemano ser tan grande el que ejerce sobre los naturales, que, segun nos ha hecho saber el elocuente autor de la nueva Heloísa, hubo que prohibir, bajo pena de muerte, que se tocasen aquellas melodías llamadas *Ranz de las vacas* entre los soldados suizos, á causa de ser tan enérgica y profunda la impresion que hacian en ellos, que desertaban para volver á su pátria, ó morian de dolor por no poder verificarlo.

La siempre limpia casería del opulento ganadero, ostentaba aquel dia las señales del estraordinario esmero con que procuraba la bella Ida hacerla mas agradable y digna de los regocijos de que iba á ser teatro. Hallábase construida aisladamente á las orillas de un arroyuelo formado por parte de las aguas del torrente de *Hongryn*, que despues de perderse entre las villas de Allieres y Montvolion vuelve á aparecer cerca de la de Neirivue, cuyo nombre toma, andando para ello cerca de legua y media por un canal subterráneo.

Lo esterior de aquel sencillo edificio de madera no ofrecia nada que notable fuese, mas cuando se traspasaban sus humildes dinteles, echábase de ver que no carecia en él su dueño de ciertas comodidades, no comunes en los *Chalets*, que no consistian generalmente, sino en cuatro estensas paredes de madera formando un cuadro, con techo de tablas sobrecargado de piedras, para servir de abrigo en el mal tiempo á los ganaderos y á sus reses, que se aposentaban juntos en maravillosa armonía.

Distinguíase el de Kéller tanto por la mayor solidez de su construccion como por su capacidad y buen arreglo. Constaba como los otros de un solo piso bajo, pero suficiente para prestar alojamiento á los varios pastores que empleaba Juan Bautista en la guarda de su numeroso ganado, teniendo ademas un espacioso departamento reservado para el propietario, y que será el único de que hablaremos, por ser el destinado á servir de punto de reunion á los convidados á la velada de San Juan. Componíase, pues, dicha parte de la casería, de dos salitas cuadrilongas, de las cuales una estaba señalada el dia á que nos referimos para la recepcion de los convidados, y la otra para las mesas en que debian disfrutar mas tarde la agradable refaccion que se les preparaba. Servian de ornato á las paredes de la primera, varias cornamentas de gamuza, que indicaban no ser Kéller menos buen cazador que ganadero; confirmando la verdad de dichas señales los grandes cuchillos de monte que alternaban con aquellas, y las escopetas que en union con gruesos garrotes de agudas y férreas puntas, (indispensables á los que transitan por los Alpes), se veian hacinadas debajo de las altas rinconeras clavadas en los cuatro ángulos de la sala. Dos largos bancos de pino se estendian por dos testeros de esta; y una monstruosa mesa de encina que ocupaba otro, y algunas sillas de haya agrupadas cerca del hogar en frente de aquella, completaban el mueblage que tenia por exuberancia la añadidura de cuatro figuras de aliso hábilmente labrado, representando á la Santa Virgen, al bienaventurado San Juan Bautista, al glorioso apostol San Pedro y al bendito San Nicolás, que es objeto de especial devocion entre los friburgueses. Se ostentaban las mencionadas efigies sobre las rinconeras de encina, entre jarrones de flores agrupadas con tal arte y variedad de colores, que demostraban haber andado en ellas la delicada mano de Ida Kéller.

A pesar de la buena disposicion de su Chalet, el ganadero era bastante rico para no vivir en él, y habia hecho construir en el centro de la villa una linda casa de dos cuerpos, en la que se daba la importancia de un señor feudal, si bien conservando siempre á su Chalet el esclusivo privilegio de servir de teatro á las campesinas fiestas de la víspera de su Santo.

La tarde era serena, y el sol acababa de desaparecer, dejando coronadas las montañas con brillantes aureolas de sus últimos rayos, cuando los convidados de Kéller comenzaron á llegar al Chalet, que al punto fué iluminado con numerosas hachas de viento, sembradas en las márgenes del arroyo, y por grandes faroles que se encendieron en lo interior de la casa. Juan Bautista, con un aire de hospitalidad verdaderamente patriarcal, salió al encuentro de sus huéspedes, mientras que su graciosa hija, puesta de pié en el umbral, tendia por todos los grupos que se aproximaban anhelantes miradas, cual si intentase distinguir algun objeto, que sin duda no logró encontrar, pues exhalando un largo suspiro se adelantó en seguida á recibir á sus alegres compañeras, con una sonrisa que tenia algo de forzada y melancólica.

En breve fué tan numerosa la concurrencia que hallándose apretados en la pequeña sala del chalet y viendo la serenidad del tiempo, corrieron los jóvenes de ambos sexos á esparcirse y á bailar á las orillas del arroyo; mientras que las personas de edad madura tomaban posesion, en fuerza del hábito, de las inmediaciones del apagado hogar.

A los sonidos del tamboril y la zampoña, que tocaban dos pastores, la bulliciosa tropa juvenil comenzó á bailar con creciente vigor; pero Ida continuaba distraida y displicente, negándose á tomar parte en el baile por mas que la invitasen á porfía los mejores mozos de la reunion, y que la diesen incitantes ejemplos sus compañeras. Sin embargo, quien la observase atentamente hubiera notado poco despues iluminarse de repente su mirada con la inefable espresion de la esperanza; mientras sus oidos parecian atender con la vigilancia de un perro, á cierto leve rumor que apenas se podia percibir entre el ruido que armaban los bailadores; y tambien habria echado de ver que una sonrisa deliciosa vagó fugaz sobre el carmin de sus lábios, en el instante en que vino á interrumpir momentáneamente la danza pastoril la aparicion de un nuevo personaje.

Era este un jóven como de 22 á 23 años, delgado, esbelto, de estructura nerviosa, con hermosos ojos y rizados cabellos oscuros, tez fina y pálida, y manos cuya blancura indicaba no pertenecer á un hombre consagrado á los trabajos del campo. ¡Arnoldo Késsman! ¡Arnoldo Késsman! esclamaron al verle los circunstantes.—¡Que baile con Ida! dijeron las doncellas.—Sí, que baile con Ida, repitieron, aunque de mala gana, los mancebos.

El recien llegado obedeció presentando su diestra á la hermosa hija de Kéller, que no se negó esta vez á tomar parte en la danza: no, empero, sin decir antes á su pareja con tono de reconvencion:—Sois el último que habeis venido, Késsman!

—Ya sabeis que soy un verdadero esclavo, Ida, respondió el jóven al conducirla: os he dicho cien veces que estoy sujeto al hombre mas adusto é intratable de la Helvecia.

—¡Oh! ¡salid de su casa! dejad á ese rudo conde de Montsalvens, repuso la doncella. ¿Os parece justo que no podamos vernos sino cuando su capricho lo permite?

El jóven suspiró, pero no contestó palabra porque la danza se comenzaba en aquel momento. Mientras ella dura quiero dar algunas noticias á mis amables lectores respecto al individuo cuya presencia ha disipado los enojos de la linda Kéller, y del otro que parece haber sido causa de la tardanza que diera orijen á aquellos.

No era ciertamente la época de nuestra historia de las mas prósperas para el feudalismo, en la antigua Helvecia sobre todo; pero hay que advertir que el lugar que tenemos por especial teatro es precisamente el que conservó por mas tiempo el sello de aquel sistema.

Corrian los primeros años del siglo XV, y no se contaba todavía Friburgo entre los cantones emancipados, cuya confederacion aun no estaba consolidada con las victorias de Grandson y de Morat, obtenidas á mediados del mismo siglo. No se preveia entonces aquella próxima ruina del poder de Borgoña, ni menos se contaba con los repetidos desastres que habian de forzar poco despues al emperador de Alemania á renunciar sus derechos y á celebrar la paz con la Suiza. Los friburgueses, constantemente agradecidos á los privilegios que les concediera Rodolfo de Hamburgo por los años de 1274, se mantenian fieles y adictos á la potestad del Austria, fidelidad en que perseveraron en medio del contagio de tan opuestos y victoriosos ejemplos, hasta que en 1450 la misma Austria tuvo á bien eximirle de sus juramentos.

Asi, pues, aunque el feudalismo hubiese comenzado á caer en Helvecia desde el siglo XIII; aunque las cruzadas, disminuyendo las familias privilegiadas, favorecieran el

desarrollo de las ciudades, y que la triunfante insurreccion de Uri, Schwytz y Unterwalden, en 1308, hubiese dado un golpe mortal á la nobleza, ligada con el Austria en contra de ellos; ni esto ni los nuevos levantamientos que se sucedian rápidamente, siempre coronados con el triunfo, habian podido destruir el prestigio de las casas aristocráticas en el canton de Friburgo, que leal por escelencia en aquella época dió repetidas muestras mas tarde de su decidida inclinacion á la oligárquia. El feudalismo pues, amenazado por todas partes, y en muchas completamente hundido, declinaba con gran lentitud en aquel lugar, y hallaba en él una seguridad que en vano hubiera buscado en ningun otro de la antigua Helvecia, que tomó el nombre de Suiza desde el sangriento bautismo de Morgarten.

Entre los grandes señores cuyos dominios se hallaban en Friburgo, uno de los mas ricos é ilustres, despues de los condes de la Gruyere, era el de Montsalvens; y al poseedor de aquel título en el año de nuestra historia, servia en clase de paje Arnoldo Késsman, que, como ya han podido adivinar nuestros lectores, es el amante preferido de la bella Ida Kéller. Segun se decia entre las gentes de Neirivue, pertenecia aquel jóven á una familia noble, aunque no legitimamente, y era tan pobre que nada poseia en el mundo sino la proteccion de su señor, de la cual, á decir verdad, poco podia esperar, atendido el profundo egoismo que caracterizaba á aquel personage. Pero Arnoldo vivia en su castillo desde los primeros años de su vida, y aunque debia ser forzosamente infeliz en la dependencia de un hombre tan rudo como lo era, segun la opinion general, el conde de Montsalvens, el pobre jóven á quien amenazaba la indigencia, aceptaba agradecido el amargo pan que se le concedia bajo aquel techo inhospitalario.

Instruidos ya los lectores de estas no insignificantes circunstancias, volvamos á buscar á la juvenil cuadrilla que acababa de terminar su prolongada danza.

¡Arnoldo! decia un robusto moceton, que veia con envidia las preferencias que aquel alcanzaba de la bella hija de Juan Bautista, y que deseaba probar ante esta la superioridad de su propio mérito, graduado por él segun la estension de las fuerzas corporales. ¡Arnoldo! quereis luchar conmigo? aquel que derribe á su contrario tendrá derecho de estar toda la velada cerca de Ida Kéller.

—Forma un talle como el mio cada uno de vuestros brazos, Gerster, respondió el provocado; pero no importa: lucharé con vos si lo permiten estas beldades.

—No por cierto, dijo Ida asiéndose de uno de los brazos de su amante. Mirad, amigos, el cielo se va oscureciendo mucho, y viene de las montañas un viento desagradable. Os ruego que volvamos al Chalet, donde ya debe estar preparada la frugal colacion en que teneis la bondad de querer acompañarnos.

Tiene razon Ida, dijo otra de las doncellas: estaba tan hermoso el tiempo hace un momento!... Késsman! añadió riéndose, habeis traido con vos la tempestad.

Es que la llevo siempre en el corazon, dijo Késsman en voz baja á su bella compañera, y empezó á andar con ella en direccion al Chalet, siguiéndolos en peloton toda aquella gente turbulenta, que inundó como un torrente el hasta entonces pacífico recinto en que platicaban las personas sensatas.

Habian discutido sin alterarse sobre los precios de los cereales en aquel año; graduado la esportacion de quesos que tuviera Friburgo; y aun entraban ya en la enumeracion de las arbitrariedades y rapiñas del gobernador austriaco, á quien cordialmente detestaban á pesar de sufrir pacientemente su yugo, cuando se vieron de pronto interrumpidas sus importantes conversaciones, por la bulliciosa tropa que invadió sus dominios y desterró de ellos para siempre toda esperanza de calma. En balde los mas ancianos, que son por lo comun los mas tenaces, intentaron repetidas veces reanudar el roto hilo de sus agradables pláticas, imposible era entenderse en medio de la algazara de la jóven cuadrilla que intentaba continuar en la sala el baile comenzado en el campo, y para acallar á unos y disipar el enojo de otros, Juan Bautista creyó lo mas prudente anunciar en alta voz que iban á dar las nueve, y que le parecia conveniente pasar á la otra sala donde la refaccion los esperaba.

Nadie oyó con disgusto tan halagüeña invitacion y en un instante se vieron sitiadas por todos lados dos largas mesas, colocadas paralelamente en medio del cuadrilongo que formaba el nuevo recinto, las que, cubiertas por blancos manteles, ostentaban á porfía los mas ricos quesos del pais y las mas esquisitas mantecas, alternando con promontorios de sazonadas y diversas frutas, y flanqueadas por anchas ánforas llenas de vino; y por cestillos de mimbres atestados de tortas de cebada amasadas con manteca, y de blancos panecillos de trigo.

Durante algunos minutos preocupó tanto á los convidados de Kéller la presencia de aquellos apetitosos objetos que no se limitaba á gozar con el solo sentido de la vista, que reinó gran silencio en toda la compañía y pudo oirse el ruido del viento que arreciaba por instantes, probando que el inconstante cielo de la Suiza habia hecho suceder la tempestad á la deliciosa calma con que comenzó la noche.

Sin embargo, la gente desvelada no parecia inquietarse por aquel cambio repentino á que están asaz habituados los moradores del pais, y como la estacion alejaba los temores de una *avalanche* (1), ni los silvidos del viento ni los sordos y dilatados truenos que devolvian las montañas interrumpieron las inequivocas señales con que daban á entender á Juan Bautista que encontraban verdaderamente deliciosa la colacion prevenida.

Dos personas únicamente hacian poco honor á los incitantes manjares; eran Ida y Arnoldo, que aprovechandose de la general distraccion entablaron en voz baja el diálogo siguiente:

(Se continuará.)

G. G. DE AVELLANEDA.

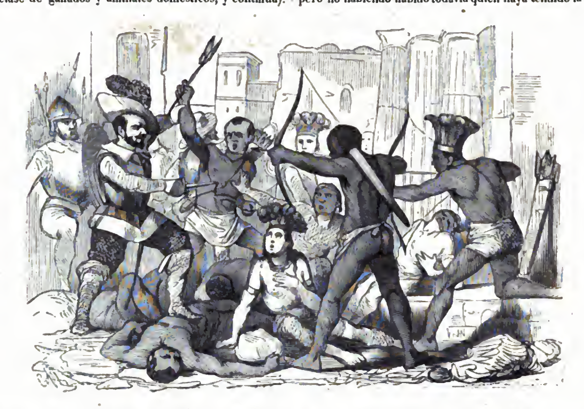
DESCUBRIMIENTO Y OCUPACION DE LA CALIFORNIA POR LOS ESPAÑOLES, É IDEA QUE ESTOS TUVIERON DE SU PRODUCCION AURÍFERA.

La determinacion mas aplaudida y vituperada del reinado de Cárlos III, la espulsion de los jesuitas, púsose allí en ejecucion en 1768. Los frailes franciscanos les reemplazaron en las diez y seis misiones que habian logrado establecer desde el cabo de San Lucas hasta el grado 29 de latitud, y diéronse á fundar otras nuevas. Culpóse á aquellos padres de haber ocultado maliciosamente al gobierno la fertilidad y riqueza de la California, pintándola estéril é inhabitable para que no les turbaran en su pacífica posesion. Imputacion calumniosa que ya apuntó tres años despues de la espulsion el arzobispo Lorenzana en su historia de Nueva-España, y que acogió con inesplicable fruicion el apasionado historiador Robertson en su constante empeño por deprimir cuanto concernia á españoles. Hé aqui las palabras del autor inglés: «Hácia fines del último siglo los jesuitas que se habian tomado el trabajo de estudiarla (la California) y civilizar sus habitantes habian adquirido sobre ellos una autoridad tan absoluta como la que tenian sobre los pueblos del Paraguay, y pugnaban por introducir allí el mismo sistema y gobernar los indios por las mismas máximas. Para que la córte de España no recelara de sus operaciones, habian tenido gran cuidado de dar una pésima idea del pais. Segun ellos el clima era tan insalubre y el suelo tan estéril que solo el celo por la conversion de los indios habia podido determinarles á establecerse allí.» (Historia de América, lib. 7.°) No pretendemos paliar las faltas de aquella tan en nuestros dias vilipendiada institucion, pero en esto es tan palpable la injusticia con que se la trata que si dejáramos pasar dicha inculpacion sin refutarla, nos quedaria el remordimiento del que pudiendo facilmente desvanecer una acusacion falsa, abandona á el que se supone reo sin proferir una palabra en su favor. Veamos como el P. Piccolo misionero jesuita describe el *clima insalubre* y el *suelo estéril* de la California en una memoria dirigida á la audiencia de Guadalajara. «En la estacion de las lluvias es el diluvio, pero cuando ha pasado, en vez de lluvia cae un rocío tan abundante todas las mañanas que parece ha llovido, lo cual hace la tierra muy fertil. En los meses de abril, mayo y junio cae con el rocío una especie de maná que se congela y endurece en las hojas de las cañas. Yo lo he gustado y es tan dulce como el azúcar, si bien no tan blanco. El clima debe ser sano á juzgar por

(1) Creemos que nuestros ilustrados lectores no ignoraran que las *avalanches*, fenómeno el mas terrible y estraordinario de los que presenta la naturaleza en los Alpes, consisten en la precipitacion de enormes masas de nieve ó de hielo que, con un ruido semejante al trueno, se desprenden y ruedan desde las montañas á los valles, arrastrando cuanto se opone á su paso, y causando á veces grandísimos daños. En nuestros Pirineos, donde tambien se esperimentan, aunque con menos violencia y estragos, se llaman *aludes*.

nosotros mismos y por los que nos han acompañado, porque en los cinco años que hace que hemos entrado en el reino estamos todos buenos, á pesar de las grandes fatigas que hemos sufrido..... Hay en California como en los mas bellos paises del mundo grandes llanuras, hermosos valles y en todo tiempo escelentes pastos para toda especie de ganados, manantiales, arroyos y rios, cuyas riberas cubren sauces, cañas y viñas salvajes. Los rios son abundantísimos de peces..... Asi puede decirse que la California es un pais muy fertil..... Si este pais es abundante en frutos no lo es menos en granos; hay catorce especies de que estos pueblos se alimentan..... El pan es tan bueno que no es raro que muchas plantas lleven fruto tres veces al año. Cultivando la tierra y con un poco de inteligencia en la direccion de las aguas se haria todo este pais estremadamente feraz, pues no hay género de frutos ni de granos que aquí no se cogieran en grande abundancia. Nosotros lo hemos esperimentado porque habiendo traido de Nueva-España trigo, frisoles y lentejas los sembramos y tuvimos una abundante cosecha, á pesar de no tener buenos instrumentos de labranza, pues todos ellos se reducian á una mula vieja y á un arado. (Dice que habia aclimatado y se multiplicaba prodigiosamente toda clase de ganados y animales domésticos, y continua). En cuanto á aves todas las de Méjico y casi todas las de España se encuentran en California. El mar abunda mucho en pescado, y este de muy buen gusto..... (En cuanto á minas dice) no dudo que se encontrarian en muchos lugares, si se las buscase; porque este pais está bajo el mismo clima que las provincias de Cinaloa y Sonora donde las hay muy ricas.» Esta memoria en que el jesuita Piccolo pinta la California como otra isla de Calipso, se imprimió en los primeros tomos de las *Cartas edificantes y curiosas*, obra que daba á luz la misma compañía, y que aunque olvidada hoy gozó de gran popularidad en el último siglo.

Hallábase de visitador en Méjico cuando la espulsion de los jesuitas el consejero de Indias don José de Galvez, hombre de oscuro nacimiento, á quien habia elevado Grimaldi, instruido para su tiempo, y que despues obtuvo en pago de la habilidad y celo con que promovió saludables reformas en la administracion de aquellas apartadas provincias, y procuró el aumento de las rentas reales, ademas del título de marqués de la Sonora, la presidencia del Consejo y la secretaría del despacho de Indias, puestos en que se conservó hasta su muerte gobernando la América mas como rey que como ministro. Pasó Galvez á inspeccionar la California pero no habiendo habido todavía quien haya tendido la mano



al polvoriento legajo que guarda en el archivo de Indias la relacion de su viaje para darnos de él detallada noticia, no consta mas sino que suprimió algunas misiones por hallarse situadas en mal terreno, designó los lugares en que debian fundarse otras, y estableció ciertas leyes para el buceo, que era á la sazon tan segura grangería que se ha conservado memoria de uno de los soldados que le acompañaban, llamado Juan del Ocio, que en muy poco tiempo reunió una considerable fortuna. Permaneció allí Galvez reconociendo el pais durante los años de 1768 y 69, sin que le arredrara la epidemia que entonces diezmaba la poblacion, y que hizo víctima al astrónomo Chappe d'Auteroche enviado á California por la Academia de Ciencias de París, como años atrás lo habia sido á la Siberia, para que observara el paso de Venus por el disco del sol.

El descubrimiento de un nuevo ramo de comercio casi tan lucrativo como el de las perlas, atrajo por este tiempo la atencion del gobierno, y dió mayor importancia á la California; las pieles de las nutrias que con tanta abundancia allí se crian, cambiábanlas los ingleses por bujerías á los indios, únicos que á fuerza de paciencia y astucia lograban coger á aquel anfibio sin que se les estropease la tan apreciada piel, y luego en Europa las vendian á un precio exhorbitante. Enterado nuestro gobierno de este escandaloso abuso, previno á los misioneros que recogieran cuantas pieles pudiesen, y en cambio se les daria los géneros y artefactos que necesitasen. Asi se hizo, retribuyéndoles por cada piel valor de diez pesos.

Todavía antes de cerrarse el siglo fué teatro la California de grandes desventuras. Desarrollose en 1781 una horrible epidemia de viruelas, que complicada con la sifilis, dolencia habitual y heredada en aquella gente, acabó con misiones enteras. Pocos años despues, cuando principiaban á olvidarse los estragos de la anterior calamidad, se sublevaron nuevamente aquellos bárbaros, y la sangre de los misioneros regó por segunda vez el suelo californio. Por este tiempo (1788) ascendia la poblacion reducida á 3,015 almas, que componian 1,099 familias, repartidas en diez y siete pueblos con veinticuatro misioneros. La guarnicion era de sesenta soldados.

Concluiremos esta reseña de nuestra dominacion en aquel pais copiando el siguiente párrafo de una carta de un misionero escrita en 1794, en el cual se da una sucinta idea del estado de la industria minera y de los obstáculos que impedian su desarrollo, y confirma la creencia en que ya se estaba de que allí la tierra ocultaba en sus entrañas abundantes y ricos minerales: la observacion con que finaliza no iba tan descaminada como á primera vista parece. Dice asi el párrafo á que nos referimos: «En el grado 24 y cerca de la mision de Todos los Santos hay un pueblo de

mineros, que casi todos son mulatos, negros y muy pocos españoles. Este pueblo se llama el Real de santa Ana, á donde se saca plata la mas pura y apreciable, pero muy lentamente por falta de brazos, de modo que ni las dichas minas, ni los lavaderos de oro que se han descubierto han podido sacar á aquellos infelices de su miseria. Algunos españoles que, atraidos de estas noticias entraron en este departamento con el deseo de hacerse ricos, jamás lo han logrado, pues unos fueron muertos por los indios californios, y otros que fueron mas dichosos se volvieron del mismo modo que entraron. En algunas ocasiones que llueve por el verano y corren los arroyos con furia, se han visto en los arenales de los mismos muchos granos de oro, y yo he tenido algunos muy finos, los cuales se creen arrastrados de las minas por la violencia de los aguaceros. Yo soy de dictamen que si de hecho entrasen á trabajar las minas, se podria sacar mucha riqueza, pero se perderian los indios, se acabaria la poca religion que aquí se obseva y los españoles serian víctimas del furor de los bárbaros (1).»

Estas ingénuas razones de un digno misionero pueden servir de contestacion á las injustas diatribas que contra nuestros padres dirigen estrangeros y aun compatriotas, tachándolos de abandonados é ignorantes por no haber atinado con los recien descubiertos tesoros. Ademas, el pais que hoy produce el oro en tanta abundancia, que es el que riega el rio del Sacramento, no perteneció á España mas que de nombre, pues que teniéndolo por estéril, y siendo habitado por salvajes feroces é indomables que daban lenta y cruel muerte á todo europeo que caia en sus manos, infeliz suerte que cupo á algunos soldados de nuestra guarnicion de Monterey y á veinticuatro marineros de los buques de Laperouse, no se formó empeño en reducirlo por la fuerza, temiendo no sucediese lo que en Arauco, que costó á los españoles el ser dueños de unas cuantas leguas de terrenos pedregosos y áridos largos años de sangrienta guerra: que acontece á las naciones el tener que proseguir por porfía y vanagloria la contienda ya empeñada, aunque conozcan que del triunfo no ha de redundarles beneficio. Considerada por el gobierno por poco importante y muy costosa la conquista de la Nueva California, se confió á los misioneros franciscanos. ¿Qué se hubiera dicho de estos si en lugar de confirmar con su ejemplo la doctrina que predicaban hubiéranse dedicado á buscar el oro, dando á conocer á aquellos habitantes el valor de este ansiado metal, origen de casi todos los crímenes? Desgracia grande ha cabido á nuestros antepasados en los juicios de la posteridad. Si por las armas tomaban posesion de desconocidos imperios, eran codiciosos y crueles; si lo encomendaban á pacíficos conquistadores, á inermes sacerdotes, fanáticos é indolentes. Acerbas é injustas recriminaciones á que en valde acuden los estraños para disminuir la admiracion que inspiran aquellos varones ilustres que descubrieron un mundo, sojuzgaron poderosas naciones sin esterminarlas y dejaron á sus hijos por colonias continentes.

José Godoy Alcántara.

(1) Aprovechamos esta ocasion para consignar las ideas de un oscuro jesuita español, del P. Miguel Venegas, sobre una de las preocupaciones que mas ha trabajado por desterrar la economía política, cual era la de que la abundancia de preciosos metales constituia la riqueza de una nacion. Véase como este olvidado autor mostró tener por inconcuso lo contrario en una historia de las misiones de California y la Sonora, que escribió al final del primer tercio del siglo XVIII; no sin elegancia de estilo, dote rarísima en aquella edad, y téngase en cuenta que esto se decia mas de treinta años antes de que Smith escribiera la *Riqueza de las naciones*.—«De Sonora puede decirse que es una de las provincias mas ricas y mas pobres á un tiempo de la América y del mundo. Sobre su fertilidad en todo género de frutos, se hallan sus tierras pobladas de vetas y minas de plata tan abundantes, que de algunas se cuentan cosas que esceden toda fé; y si se ha de dar crédito á lo alegado en pleitos ante el supremo consejo de Indias es preciso dejarse de admirar del cerro del Potosí y de otros cualquier fecundos mineros del mundo, porque en Sonora hay montañas poco menos que de plata maciza... Sin embargo la provincia es una de las mas pobres, y apenas puede hallarse prueba tan de bulto como ella, de aquella mal conocida verdad y elemento político que no el oro, no la plata, no la pedrería y los metales preciosos, hacen ricos y poderosos los estados; sino la muchedumbre de habitantes laboriosos, é industriosos en la labranza de la tierra, crianza de ganados y labor de toda suerte de manufacturas precisas para su consumo; gobernados con justicia y equidad para que no se destruyan los unos á los otros.»

A la Señorita Doña Luisa L.

SERENATA.

Niña hermosa y modesta
pálida y grave,
tu alabanza en mi boca
sé que no cabe.
¿Qué ser encierra
tu belleza?—se ignora
sobre la tierra.

—

Por tus mil me pareces
raros primores,
hermana de las aves
y de las flores.
Serán antojos:
mas al verte ven flores
y aves mis ojos.

—

Al verte en movimiento
y al verte en calma,
en poética duda
vacila el alma.
Dudo (¿quién sabe?)
si eres flor por lo pura,
por lo hermosa ave.

—

Si entre flores hallára
tu faz serena,
la creyera el capullo
de una azucena;
porque en ti hallo
lo gentil de su esbelto
florido tallo.

—

Si al andar, movimiento
tu cuerpo toma,
tu paso creo el vuelo
de una paloma;
porque resbalas
sobre tus piés, como ella
sobre sus alas.

—

Niña hermosa y modesta
pálida y grave,
tu alabanza en mi boca
ves que no cabe,
porque la tierra
ignora en tu hermosura
lo que se encierra.

—

Del color de los cielos
son tus pupilas:
como ellos tus miradas
puras, tranquilas.
Tu forma entera
como la de los ángeles
casta y ligera.

—

Las palabras que brotan
de tu garganta,
dulces son como trinos
de ave que canta:
y de tu aliento
con el vapor fragante
se asoma el viento.

—

Caminar por la tierra
los que te miran
con respeto y asombro
mudos te admiran.
No sé qué tienes
de los cielos que de ellos
juzgan que vienes.

—

Criatura mas pura
que las humanas
las pasiones que inspiras
no son mundanas.

Cual de las flores
de tu virtud se exhalan
puros vapores.

La planta que tu nombre
llevó hasta ahora
es á tu lado, ¡oh Luisa!
yerba inodora.
Solo podria
competirte la rosa
de Alejandría.

Adios niña modesta
pálida y grave,
tu alabanza en mi canto
ves que no cabe.
Mi voz espira
y á seguirla se niega
ruda mi lira.

Luisa, á quien el poeta
cantar no sabe,
como á hermana te miren
la flor y el ave.
Como ellas seas:
cual los de ellas hermosos
tus dias veas.

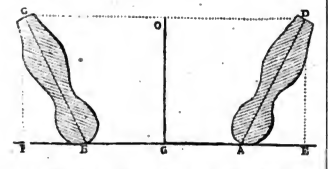
Cruza flor ó paloma
por nuestra esfera
como la flor y el ave
pura y ligera.
Y ¡ójala ignores
que encierra mas el mundo
que aves y flores.

J. Zorrilla.

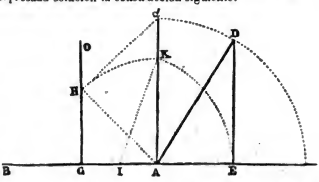
SOLUCION Á LAS CUESTIONES PRESENTADAS EN EL NÚMERO ANTERIOR.

I. Sabido es que no ha estado siempre á la órden del dia llevar echada hácia fuera la punta del pié. Parece ser, que en la antigua Roma, se andaba con la punta del pié hacia adelante, sin inclinarlo hácia dentro ni hácia fuera. Entre los orientales, al contrario, exigia la dignidad del andar una postura de pierna que pareceria hoy ridícula á lo sumo en las naciones civilizadas. Otro tanto poco mas ó menos es lo que puede decirse del modo de andar de los grandes personages de los siglos XVII y XVIII, tal como nos los representan los dibujos de la época.

No obstante, no puede menos de convenirse en que el equilibrio del cuerpo no resulta mas notable en el andar ordinario ó en la inmovilidad, cuando la punta del pié se halla inclinada moderadamente hacia fuera. Este es un hecho que cada cual puede demostrar á cada instante en la esperiencia diaria. Montucla, geómetra distinguido del siglo último, refiere con una bondad y sensatez estremas, que habia tratado de confirmar este hecho por el cálculo; y de justificar por las leyes de la mecánica, el motivo de la gracia que hallamos en andar con los pies echados hacia fuera. Hé aquí su manera de resolver el problema que fijamos en nuestro número anterior.



El equilibrio del cuerpo será tanto mas estable cuanto que la base comprendida entre los puntos de apoyo que nuestros pies le ofrezcan en el suelo sea mas considerable, porque la vertical que pasa por nuestro centro caerá con mas dificultad fuera de dicha base. Se trata pues, siendo dada la posicion de los talones, de hallar la inclinacion mas favorable de la línea media de los pies, para que la superficie de la base que determinan sea la mayor posible. De donde deducimos, que este es un problema de geometria, cuya fórmula seria la siguiente: ***dadas dos líneas*** AD, BC, ***iguales y movibles en los puntos*** A ***y*** B ***como centros, determinar su posicion cuando el cuadrilátero ó trapecio*** ABCD ***sea el mas grande posible***. Este problema se resuelve con la mayor facilidad por los métodos conocidos de los geómetras para los problemas de igual género, deduciéndose de la espresada solucion la construccion siguiente.



Sobre la línea A*d*, igual á AD ó BC, constrúyase el triángulo AH; despues, habiendo tomado AI igual á $\frac{1}{4}$ AG ó á un cuarto de AB, tírese la línea KI perpendicular indefinida que corte en D el círculo descrito desde A, como centro, con el rádio A*d*; el ángulo DAE será el buscado.

II. Nuestros lectores habrán rectificado fácilmente la errata que se escapó en esta cuestion, puesto que por la distribucion se conoce fácilmente que no eran 26, sino 21 los toneles que debian repartirse entre tres personas de la manera que allí se espresaba. Hé aquí dos soluciones representadas en los dos siguientes estados:

		Toneles llenos.	Toneles vacios	Toneles medio llenos
1.ª solucion	1.ª persona.	2	2	3
	2.ª persona.	2	2	3
	3.ª persona.	3	3	1
2.ª solucion.	1.ª persona.	3	3	1
	2.ª persona.	3	3	1
	3.ª persona.	1	1	3

Resultando que en estas dos combinaciones, cada persona llevará siete toneles, y de ellos tres y medio de vino.

III. La ciudad de España en que la historia dice haberse visto tres soles á un tiempo, es Córdoba, el año de 753: el fenómeno fué causado por una nube de cierto espesor y densidad, en la cual se reflejaban como en un espejo tres soles.

Si la línea AB, y por consecuencia AG ó AI, es nula, se hallará que AE será igual á AH, y que el ángulo DAE será equivalente á la mitad de uno recto. Asi es que, cuando se tienen los talones absolutamente aplicados el uno contra el otro, el ángulo que deben formar las líneas longitudinales de la planta de los pies es igual ó casi igual á la mitad de un recto, á causa de la cortísima distancia que hay entonces entre los dos puntos de rotacion que se hallan en medio de los indicados talones.

Supongamos ahora que la distancia AB es igual á AD, resultaria por el cálculo, que el ángulo DAE deberia ser de 60 grados.

Suponiendo AB igual á dos AD, dará este cálculo el ángulo DAE de 70 grados poco mas ó menos. Y haciendo AB igual á tres veces la línea AD, el ángulo DAE resultará próximamente de 74° 30'.

El cálculo confirma, pues, el hecho de que los pies deben tender al paralelismo á medida que se vayan separando mas y mas, de la propia suerte que á la costumbre adquirida de volverlos ligeramente hácia fuera para la separacion habitual.

MADRID: imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, num. 4



EL SUEÑO DEL SOLDADO.

Suena la retreta: brillan los fuegos del vivac; los centinelas se trasmiten el quien vive; los soldados acostados sobre el campo de batalla se duermen hasta el amanecer.

Para los veteranos que tienen por patria la guerra, esta noche es como cualquiera otra, una parada entre la gloria y la muerte; olvidados de lo pasado, inciertos del porvenir, hace tiempo que cifran su existencia en el presente. ¿Qué les importa ayer ó mañana? ayer pasó ya, mañana

tal vez no llegue nunca para ellos; bástales con gozar del dia de hoy! — Echa de beber vivandera; gritan contentos. — ¡Centinelas! ¡avivad el fuego! — Poco despues el veterano se envuelve en su capote, coloca la carabina al alcance de su mano, y apoyando la cabeza sobre su mochila se duerme satisfecho.

Pero para el recluta, el círculo de la vida no es aun tan estrecho. El presente no es para él mas que un punto casi indiferente entre dos infinitos que le seducen, el porvenir por la esperanza, lo pasado por el recuerdo.

Tambien duerme, pero en el reposo de sus sentidos la imaginacion obra con mas actividad. Disponiendo de su memoria como de un teatro, se sirve para decoraciones de las imágenes de lo pasado y llama en su ayuda esos actores encantados del poema de la juventud; costumbres del hogar doméstico, goces de la familia, ilusiones de la infancia, sueños de los primeros años. El joven soldado vé revivir como por magia todo lo que ha perdido. Parécele atravesar campiñas conocidas, oir á lo lejos la campana de su aldea, oler el perfume de las plantas que ondulan en la cima de la colina. He aquí el pequeño sendero que conduce á la iglesia, la fuente en que las muchachas se reunen por la mañana; allá mas lejos ese humo que se escapa por entre las tejas; pero que le permite ver los contornos de una casa..... es la morada en que ha nacido, en que su madre le ha enseñado á conocer á Dios, sus hermanos á amarlos, su padre á conducir el arado: ¡trabajo, ternura, piedad, todo lo ha aprendido allí! en el seno de la familia, de ese mundo en pequeño, que es el solo que sabe enseñar á vivir en el grande. Tales impresiones le impiden contener su emocion; lanza un grito de júbilo; llama por sus nombres á aquellos de quienes se habia separado derramando lágrimas; todos reconocen su voz, todos corren hácia él con trasporte; su jóven hermana le estrecha en sus brazos; sus hermanillos le saltan al cuello; las esclamaciones se confunden, los nombres se cruzan, las preguntas se multiplican sin dejar tiempo á las respuestas. ¡Confusion encantadora! ¡seduccion del regreso á un punto de lmenos recuerdos, que nadie deja de esperimentar, y que con nada puede compararse!

Duerme, soldado, y prolonga tu sueño dichoso; toma de nuevo posesion de tus costumbres de tiempos felices; sigue á tu hermana á los establos para que te muestre la novilla cuidada por ella, y que debe dentro de poco suministrar alimento á la familia; vé á visitar con tu padre los trigos que comienzan á inclinar sus verdes espigas; enseña á tu hermano, crecido en tu ausencia, cómo se espera la caza en acecho, y de qué manera debe uncirse el yugo á los bueyes de labor. Héte aquí vuelto á tu reino; á ti te toca suplir las fuerzas desfallecidas de tu padre, y conducirlo todo mientras él se entrega al reposo cerca del hogar.

Pero los fuegos del vivac palidecen; el horizonte se aclara, las tiendas de los jefes se dibujan sobre el azul del cielo. Un ruido estraordinario de cajas y cornetas se hace oir: ¡es el toque diana! Adios la morada natal, las caricias de la familia, los dulces y tranquilos trabajos de la vida doméstica! ¡El soldado se ha convertido en obrero de guerra, cuya obligacion es matar ó morir!

Levántate recluta, abandona los recuerdos de tu pais; para tí no hay ya mas familia que tu regimiento que prepara las armas; el campanario de tu aldea se ha convertido en la bandera destrozada por la metralla, cuya punta se mira aun enrojecida con la sangre que corrió abundante el dia anterior y correrá de nuevo en el que amanece. ¡Plegue al cielo jóven soldado que tu primer sueño no sea el de la muerte!

MAXIMAS.

Luchad contra el desaliento. — Conservad vuestra calma. — Emplead vuestros ócios en el estudio, y tened siempre alguna obra entre manos. — Sed puntual y metódico en los negocios, y aprended á economizar el tiempo. — Haced respetar vuestra propia dignidad, sin que tenga la apariencia de orgullo: el esterior es de alguna importancia en el mundo; para ciertas personas lo mas importante. — Sed reservados en vuestros discursos, prudente y lento al hablar. — Resistios á dar satisfacciones á quien no tiene derecho para interrogaros. — Sed estrictamente sóbrio, y tened presente en todas vuestras acciones que debeis dar cuenta de ellas.

LA INDEPENDENCIA FILIAL.

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA, TRADUCIDA DEL FRANCÉS

por D. J. E. Hartzenbusch.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un cuarto de estudio. A la izquierda un armario de libros, en el fondo una ventana abierta, y delante de ella una mesa con una esfera, libros y recado de escribir.

ESCENA I.

LUISITO, *sólo.*

(Aparece escribiendo sentado á la mesa: un momento despues se levanta con la pluma en la mano, aparta con despecho la silla; y dice:)

¡Maldito sea el latin y el que le inventó! Imposible que yo salga con la traduccion que me han echado de Cornelio Népote. Cuidado, que ya hace dos horas que ando á vueltas con ella... ¡pero es tan dificultosa, tan enrevesada! Pues entre vd. luego con el francés, la geografía, la historia de España, la aritmética... Es el cuento de nunca acabar. Siempre está uno pegado á los libros; no hay hora sin enseñanza, no hay momento sin ocupacion. Y todo ¿para qué? Para ser el dia de mañana un abogado vocinglero, ó un matasanos que no tenga á quien matar. ¡Vaya una cosa divertida! ¡Cuánto mas me gustaria á mí ser un militar á la tremenda, con un caballo como el del Retiro, una espada como la de Guzman en la Pata de Cabra, un bigote de á palmo, plantarme delante de un batallon, y decir, contoneándome, con una voz de becerro: «de frente, paso redoblado, marchen... ¡au!» Pero volvamos á la tarea: no asome por ahí mi ayo don Vicente; ¡qué! es tan rigoroso el buen señor! *(Vuélvese á sentar, y escribe.)*

ESCENA II.

D. VICENTE, *con un libro abierto en la mano.*—LUIS.

VICENTE. Buenos dias, Luisito.

LUIS. *(con displicencia.)* Téngalos Vd. muy buenos.

VICENTE. Parece que esta mañana se halla Vd. de buen humor.

LUIS *(como antes.)* Si, pues tengo motivos para ello. No goza uno de un momento de libertad.

VICENTE. En Vd. consiste: si no dejase Vd. siempre sus tareas para la última hora, no tendria en ella tanto que hacer.

LUIS. ¿Si querrá Vd. decir que soy un haragan?

VICENTE. No digo tal cosa: es Vd. diligente, pero por capricho: es Vd. estudioso, pero sin constancia; y por añadidura es Vd. orgulloso, testarudo, y se enfurruña á cada instante.

LUIS. ¡Ay, si yo tuviera la fortuna de estudiar en la universidad de Madrid, como mis vecinos Perico y Serapio...!

VICENTE. Cierto: esos chicos no tienen la desgracia de ver á su lado un preceptor que les diga verdades acerbas, y que los corrija cuando lo merecen. En saliendo del aula pueden hacer cuantos disparates les ocurran; y esta libertad es la que Vd. echa menos. Tiempo há que observo la influencia que los consejos de esos niños ejercen en Vd., y por lo mismo no estrañará Vd. que dé cuenta á papá.

LUIS. ¿Tambien me quiere Vd. privar de la compañía de mis amigos?

VICENTE. Lo que yo quiero es cumplir mi obligacion como hombre de bien. Pero, Luisito, ¿por qué ha puesto Vd. la mesa delante de la ventana? ¡Cuántas veces se lo he prohibido á Vd.!

LUIS. La he mudado porque veo aquí mejor.

VICENTE. Ese es un pretesto: lo que Vd. quiere es registrar lo que pasa en la calle. Haga Vd. el favor de volver la mesa á su sitio.

LUIS. Pero ¿qué mas dá que esté delante de la ventana, ó que esté en otro lado?

VICENTE. Dá mas, porque ahí se distrae Vd.

LUIS. Sí, ¡buena distraccion nos dé Dios!

VICENTE. Ya sabe Vd., Luisito, que no gusto de contesta-

ciones. Su obligacion de Vd. es obedecerme sin réplica.

Luis. *(levantándose colérico y mudando la mesa.)* Pues bueno, yo le obedeceré á vd., ya que no tengo otro recurso, porque Vd. es el que puede mas; pero le declaro que no reconozco en Vd. derecho para mandarme; que le aborreceré como á un hombre injusto; y que he de decir en todas partes que es Vd. un déspota. *(A lo último de esta escena aparece don Alfonso á la puerta del cuarto.)*

ESCENA III.

D. Alfonso.—*Dichos.*

Alfonso. ¡Muy bien, Luisito! ¿Con qué Vd. cree que no hay derecho para mandarle?

Luis. *(confundido.)* Papá, yo no hablaba con Vd.

Alfonso. Con nadie sino conmigo, porque la autoridad que don Vicente ejerce sobre Vd., se funda en la mia quo lo he delegado. ¿No lo sabia Vd., señorito?

Luis. ¡Pues qué, papá! ¿debo yo obedecer al señor como á Vd?

Alfonso. Si señor, y si le desobedece Vd., á mí es á quien desobedece.—Con que, á ver, dime que injusticia es la que yo cometo mandándote, para repararla en seguida.

Luis. *(cortado.)* Yo, papá...

Alfonso. Nada, nada, habla sin rebozo.

Luis. Pues mire Vd.: yo no digo que Vd. cometa injusticia ninguna conmigo; pero no acierto á comprender por qué razon de justicia han de poder los padres mandar á sus hijos lo que se les antoje; porque al fin y al cabo tambien los hijos tienen su voluntad y su libre albedrío.

Alfonso. Probablemente será porque faltando á los niños el entendimiento y buen juicio suficientes para gobernarse por sí, es necesario que sus padres suplan esta falta por ellos.

Luis. Pero á mí me parece que si los muchachos no se saben ó no se quieren gobernar bien, eso es cuenta suya: allá se las avengan.

Alfonso. ¿Luego tú crees que si á un niño de dos años se le antoja meter la mano en la lumbre, ó subirse á una ventana con riesgo de estrellarse, no hay derecho para impedírselo?

Luis. ¡Buena diferencia va de un caso á otro!

Alfonso. Yo no hallo ninguna: tan respetable me parece la voluntad de una criatura de dos años como la de un muchacho de doce: ambos pueden hacer desaciertos, aunque de diferente género, que exigen se vigile tanto al niño como al muchacho.

Luis. Hum... Alguna razon de peso habrá en contra, aunque yo no atine con ella.

Alfonso. Pues vaya, Luisito: tú no quieres que yo te obligue á hacer lo que te convieno; tú no quieres que te mando: ¿no es verdad?

Luis. No digo yo eso.

Alfonso. Aunque no lo digas, yo lo conozco; y como no quiero yo que me tengas por hombre injusto, te prometo no mandarte nada, hasta que tú me lo vengas á rogar.

Luis. ¿Hasta que yo le ruegue á Vd. que me mande? Pero, papá, ¿no ve Vd. que yo no se lo rogaré nunca?

Alfonso. Eso el tiempo lo dirá, querido: yo gusto de tener esta humorada, y desde ahora me despojo de toda mi autoridad hasta el momento en que me pidas que vuelva á recobrarla. Usted, señor D. Vicente, tendrá que hacer otro tanto, porque sus derechos de Vd. cesan con los mios.

Vicente. Por supuesto: haré cuenta qué estoy de vacaciones.

Alfonso. Conquo, Luisito, ya nadie te manda; usa á tus anchuras de tu libertad, y cuida de no renunciarla sino cuando estés bien persuadido de que no te conviene; porque te prevengo que yo entonces usaré en desquite de mi autoridad sin reparo ninguno. *(Vase. Mientras don Alfonso hablaba á su hijo, D. Vicente se ha sentado y puesto á leer).*

ESCENA IV.

D. Vicente. Luis.

Luis. *(Mirando á su padre al retirarse).* ¡Pero qué! ¿Va de veras?

Vicente. *(Leyendo).* No suele papá chancearse on asuntos tan serios.

Luis. *(Con alegría).* Pues entonces voy á aprovecharme de mi libertad..... ¡pero bien! *(Coloca la mesa delante de la ventana, mirando si D. Vicente le observa).* Vaya un par de brinquitos. *(Tiende una silla en el suelo y la salta).* A la una le daba la mula: bien. A las dos le daba la coz. *(Pone otra silla, va á saltarlas y se da un porrazo).* ¡Ay, ay! y buena coz que me he dado! ay! qué daño me he hecho! *(Levántase D. Vicente y hace que se va).* ¿Se marcha Vd. D. Vicente?

Vicente. Voy á leer á otra parte donde no haya este estrépito infernal.

Luis. Quédese Vd., quédese Vd., que yo no quiero echarle del cuarto. Si voy luego á despachar mis tareas.

Vicente. *(Sentándose).* Como Vd. guste; yo nada tengo que mandarle.

Luis. Y luego nos iremos á pasear, ¿eh?

Vicente. ¡Yo con Vd! No por cierto.

Luis. ¡Calla! ¿Y por qué?

Vicente. Porque se le puede á Vd. antojar andar mas de prisa que yo, echar á correr, tomar otro camino que el mio..... mil cosas. Y no me divertiria el andar tras de Vd. arriba y abajo

Luis. No, yo le prometo á Vd. andar á su paso, y ademas ir donde Vd. quiera.

Vicente. Sí, pero podria ocurrirle á Vd. algun capricho desatinado, al cual deberia oponerme: y como ya no puedo, no quiero proporcionarme un disgusto.

Luis. Me obligo tambien á obedecer á Vd. mientras el paseo.

Vicente. Corriente: voy á decir á papá que renuncia Vd. al convenio y que vuelve á entrar bajo nuestra autoridad.

Luis. No señor, eso no: mientras paseamos, y nada mas.

Vicente. ¿De modo que no solo quiere Vd. hacer su santa voluntad, sino sujetarme á ella? Amiguito, eso pasa de raya. O recobro yo completamente mis facultades, ó no se pasea Vd. conmigo: elija Vd.

Luis. *(Con enfado).* Mi padre quiere que yo me pasee.

Vicente. Pero no exige que yo le acompañe á Vd., cuando de nada puedo servirle.

Luis. Yo pensaba quo Vd. me queria mas, señor D. Vicente.

Vicente. Le queria á Vd. antes, porque podia enseñarle á ser bueno, y Vd. me necesitaba. Pero ya sabo Vd. que no necesita de mí: Vd. sabe manejarse por sí propio.

Luis. *(Con disgusto).* Para eso lo mismo da ser libre que no serlo. Bien que ¿quién me quita el irme solito á paseo?

Vicente. Por supuesto que nadie. Vd. es libre; á Vd. nadie le manda.

ESCENA V.

Perico, Serapio.—*Dichos.*

Perico y Serapio. *(Que salen corriendo).* Buenos dias, traga-libros, buenos dias.

Luis. *(Dándoles la mano).* Buenos dias, amigos; me alegro muchísimo de veros.

Perico. Hoy es dia de asueto, vamos á pasear, y venimos á saber si quieres acompañarnos. Pero ¡ah! que estás ocupado con tu maestro: abur, abur; que no queremos distraer de sus estudios á un niño tan juicioso, *(riéndose)* ¡ah, ah, ah!..... y tan aplicado.

Luis. No tienes que hacer burla de mí, Perico; yo soy libre, sí señor, y un poco mas que vosotros, porque puedo hacer todo lo que me dé la gana. Si no, que lo diga D. Vicente.

Vicente. No hay cosa mas cierta, señoritos. D. Alfonso ha dado á su hijo entera libertad y yo ya no tengo poder ninguno en él; porque ya ven Vds. que Luisito no es un muchacho..... es un hombre ya..... ni mas ni ménos que Vds. Luisito no necesita que le lleven de los andadores, porque sabe gobernarse como el mas estirado.... Y por eso ya nadie le manda. ¿No digo bien, Luisito?

Luis. ¿Lo oís?

Serapio. ¡Cosa rara! *(A Perico á parte).* Apostaria que D. Vicente se está chuleando con él.

Perico. Siendo asi, vas á venirte con nosotros. Nos vamos á divertir, lo que se llama en grande. Vamos á ir adonde estuvimos el domingo pasado. Allí juegan á la rayuela y á los bolos toda casta de gentes, allí juran como carreteros, allí anda la paliza que canta la gloria: en fin, allí se goza el mejor rato del mundo.

SERAPIO. Fuma uno, bebe buen moscatelillo..... Ya verás, ya verás.
LUIS. Pues, chicos, eso á mi maldita la gracia que me hace.
PERICO. No importa, ven. Si te digo que te has de divertir como un duque.
SERAPIO. *(Dándole una gorra que habia en una silla)*. Aquí tienes tu gorra: ten. Vamos, vamos.
PERICO. ¡Lo que vamos á reir!
LUIS. Abur, señor D. Vicente.
PERICO. Abur, señor D. Vicente.
SERAPIO. Abur, señor D. Vicente. ¡Cómo nos vamos á divertir! *(Vánse los tres corriendo)*.

ESCENA VI.

D. VICENTE.

Pena me da verle ir con esos locos, que no dejarán de hacerle tomar parte en alguna diablura. Perico y Serapio son dos muchachos, cuya educacion ha sido descuidada; están hechos á la briba, y ni tienen respeto á sus maestros, ni ganas de aprender. D. Alfonso, únicamente por consideracion á los padres de esos chicos, que son muy amigos suyos, tolera que frecuenten esta casa y jueguen con Luisito; pero esto no puede durar. ¡No es nada el resultado que tales ejemplos pueden tener!

ESCENA VII.

D. ALFONSO.—D. VICENTE.

ALFONSO. ¿Con que se le llevaron?
VICENTE. Y sabe Dios dónde.
ALFONSO. Yo tambien lo sé. Al bajar la escalera he oido decir á esos tronerillas que iban á Carabanchel. Supongo D. Vicente, que ha adivinado Vd. el fin que me propongo con esta determinacion.
VICENTE. Si tal, y le apruebo, porque no dudo que produzca un efecto saludable en el ánimo indócil del chico: él no podrá menos de incurrir en alguna falta, y entónces se verá precisado á recurrir á Vd., y rogarle que vuelva á revestirse de su autoridad.
ALFONSO. Ese es mi objeto; pero para conseguirle cuento con Vd.
VICENTE. Cuanto yo pueda......
ALFONSO. ¿Le parece á Vd. que seria bueno seguir los pasos á esos tres locos?
VICENTE. Iba á hablar á Vd. de eso mismo.
ALFONSO. Pues si á Vd. no le incomoda, vámonos inmediatamente á Carabanchel.
VICENTE. Al momento. ¡Quiera Dios que salgamos con nuestro designio!
ALFONSO. Pierda Vd. cuidado, que la leccion no será perdida. *(Vánse)*.

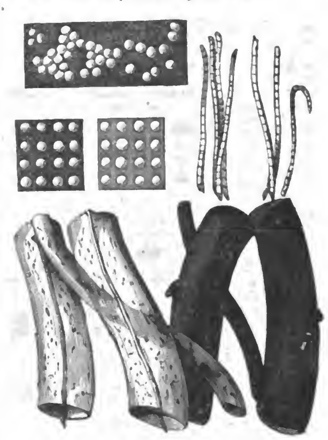
FIN DEL PRIMER ACTO.

La sangre y los cabellos.

El santo rey David esclama: «Miedo y admiracion me causa la organizacion de mi cuerpo.» Despues de lo cual continúa dando gracias á Dios. Habrá quizá quien viva en la cree..cia de que nuestra sangre se compone de una sola sustancia, y por lo tanto quien se admire al saber que se reconocen en ella muchas muy distintas y diferentes todas entre si. La sangre extraida del cuerpo se divide poco tiempo despues en dos partes; una de ellas es un fluido claro y transparente, la otra una sustancia de color subido y casi tan sólida como la carne. Al cabo de mayor espacio, la parte sólida se divide aun en materia blanda y blanca, formándose tambien multitud de globulillos rojos, perceptibles únicamente con el auxilio del microscopio. Pues bien, las partes todas del cuerpo, la saliva, las lágrimas, la leche, los cabellos, las uñas, los huesos y los dientes provienen de la sangre; y como todas estas cosas se componen de una multitud de fibras é hilos ligados entre si habria quien creyera que la numerosa reunion de estos glóbulos las forma todas. Al hacer pedazos un trozo pequeño de carne bien cocida, se la verá dividirse como una madeja de hilo, véase el grabado, y en él podrán observarse hácia la derecha algunas fibras vistas al miscroscópio, hallándose mas arriba los glóbulos reunidos de que se componen; y estando en la parte inferior diseñados dos filas de glóbulos circundados por una piel roja, y otros que no lo están.

Las figuras grandes representan la estructura de un cabello, no menos digno de ser estudiado. Cada uno de nuestros cabellos forma un tubo delicado, á cuya estremidad se advierte una protuberancia, semejante á la bulba de una flor, que lo sostiene adherido á la piel. En los jóvenes, está lleno este tubo de una materia blanda, de color subido, que es la que dá á cada cual un matiz distinto en el pelo; pero en llegando á edad muy avanzada, la materia colórea se transforma en médula disecada que se estiende por la parte interior, y el tubo, no teniendo color en sí mismo, aparece de un blanco argentino. Un ejemplo de esto es el que se presenta en las tres figuras de la izquierda.

Los cabellos de algunos animales tienen tan poca relacion con los nuestros, que casi nos hallamos inclinados á negar que exista entre ellos analogía alguna. En muchos, no obstante, podemos observar con mayor certeza que son tubularios. Las plumas de los pájaros son tambien cabellos, bajo diferente forma, viéndolos de hecho huecos en la parte llamada *cañon*, segun ya lo hemos indicado; en tanto que en el erizo de nuestro pais, y mas aun en el puerco-espin, se ven puntas huecas y duras en lugar de cabellos.



LA VELADA DEL HELECHO.

ó

EL DONATIVO DEL DIABLO.

Novela.

II.

¿Permanecereis con nosotros hasta el fin de la velada, Arnoldo? dijo la bella Ida. ¿Habeis pedido permiso al conde para estar fuera del castillo hasta las doce?

—No lo hubiera alcanzado, respondió el page. El señor de Montsalvens tiene por costumbre decir *no* á todo lo que se le pide; pero me he fugado del castillo y entraré como salí, sin ser visto de nadie. Tengo modo de hacerlo, aunque á la verdad algo arriesgado.

—Pues sabed que no quiero que os arriesgueis á nada para verme: por mucho que me haga padecer vuestra ausencia la sufriré sin quejarme á trueque de que no hagais ninguna locura, Késsman. Vuestro señor me parece un mal hombre. No lo he visto sino una vez que andaba de caceria con otros propietarios de los alrededores; pero os confieso que me hizo muy desagradable impresion su figura alta, flaca, acartonada, tan amarilla, tan séria, con aquellos dos ojillos negros y hundidos bajo la ancha y protuberante línea de sus cejas grises y encrespadas. Apostaria cualquier cosa á que jamás se vé asomar la risa á los lábios de vuestro conde, y á que apenas conocen su voz las gentes de sus dominios. Pues no; los condes de la Gruyere, con ser tan grandes y poderosos señores como son, no tienen el orgullo de vuestro áspero Montsalvens. He ido algunas veces á llevar flores y natas á la hermosa condesa, porque habeis de saber, Arnoldo, que, aunque somos villanos, los ilustres condes de la Gruyere fueron padrinos mios, como que mi madre, que Dios tenga en su gloria, dió de mamar con sus pechos á la señorita Matilde, que es mi hermana de leche y que me quiere de todo corazon: sí por cierto; siempre que voy al castillo me dice que el dia que me case me hará un gran regalo de boda. Oh! nosotros los Kéllers estamos muy bien quistos de la nobleza; mi padre lo dice asi con frecuencia. Si mucho nos aprecian los condes de la Gruyere, mas todavía el baron de Charmey. ¿Conoceis al baron de Charmey, Arnoldo?

—Su castillo no está distante del de Montsalvens, Ida, pero no recuerdo haber visto nunca al baron. Creo que viene rara vez á sus posesiones.

—Sus posesiones!... no son muy vastas por cierto, aunque dice mi padre que su casa ha sido opulenta y que aun debia serlo hoy dia. En todo el pais se murmura de vuestro señor, porque se ha apropiado dominios muy pingües que le corresponden al baron.

—Esas son habladurias, porque bien debeis conocer que no se dejaria despojar tan tranquilamente el baron de Charmey, si tuviera en realidad los derechos que le supone el vulgo. He oido decir que cuando el conde heredó el señorío á que haceis alusion, que es por cierto uno de los mejores de la Helvecia, intentó disputárselo el tal baron, pero pronto debió convencerse de que era su pretension injusta, pues se apartó de ella y no ha vuelto á pensar en renovarla.

—Es verdad, Késsman, muchas veces se ha admirado mi padre de esa conducta del señor de Charmey, y él la llama incomprensible: porque nadie le podrá convencer de que no tiene derechos incontestables á los dominios en cuestion. Pero ya veis, el baron es jóven y un poco mala cabeza, segun dicen; asi es que no se cuida de hacerlos valer y solo piensa en divertirse. Os aseguro que me alegraria mucho de que tuviese mas prudencia, porque es tan amable, tan franco!... habla con los villanos como si fuesen sus iguales y todos lo quieren como á las niñas de sus ojos. Mi padre, sobre todo, le tiene una ley!... es verdad que bien la merece, pues los Kéllers siempre han sido muy favorecidos por los señores de Charmey. Mi difunta madre era hija de un montero del viejo baron (que Dios haya perdonado), y el dicho montero mi abuelo (que tambien descanse en paz), tuvo una vez la dicha de salvar la vida á la señora baronesa Eleonora, que dicen era la mas hermosa dama de su tiempo. Os contaré si quereis la ocasion y el modo de prestar mi abuelo tan importante servicio á la casa de su amo.

—Dejadlo para otro momento, mi querida Ida. ¡Alcanzo tan raras veces la felicidad de poder hablaros! Decidme solamente si habeis pensado en mí algunos minutos durante tantos dias que hemos pasado sin vernos.

—Y qué! necesitais preguntar eso, ingrato! esclamó la jóven dándole un golpecito sobre las manos con el ramillete de flores que tenia en las suyas.

—No, mi bien, sé que me amas: pero ¡oh Ida! ¿no hay esperanzas para nosotros? ¿nunca, nunca he de poder llamarte mia? Este pensamiento ha de volverme loco.

—Dios es Todopoderoso, Késsman, repuso ella suspirando: ¿por qué no hemos de confiar en su bondad infinita?

—Ida! soy pobre, lo seré siempre, y vuestro padre (perdonadme el decirlo), vuestro padre es codicioso. Jamás dará su hija, él mismo lo asegura, á un hombre que no sea tan rico como él.

—Pero vos sois noble, Késsman, y como mi buen padre es tambien algo vano...

—Noble!... decis que soy noble!... ¿sé yo por ventura lo que soy? Es cierto que algunas veces me dice el conde: «Arnoldo, eres muy inclinado á la canalla y es preciso que te corrijas; porque tienes en tus venas sangre muy ilustre.» Pero yo no he conocido nunca á mis padres: desde muy niño me hallé recojido como por caridad en casa de Montsalvens. No conozco á nadie por estas cercanías que tenga el apellido que á mí me dan, y que no sé á qué familia pertenece. ¡El conde es tan intratable! por mas que me he aventurado en diversas ocasiones á hacerle preguntas sobre mi nacimiento, solo he podido saber que soy huérfano, que no poseo nada en el mundo, y que aunque mis padres no estaban autorizados por el cielo para darme la vida, eran personas de un rango tan elevado que no debo avergonzarme de mi orígen. Esto me dicen; esto creen, sin saber los fundamentos de su creencia, las personas que me conocen; pero ni yo mismo, Ida, puedo estar seguro de que sea cierto, y aun dando por hecho que lo sea, ya veis que mi suerte no es ciertamente envidiable.

—Sabed, Késsman, que no falta quien piense que sois hijo natural del mismo conde de Montsalvens, y como no los tiene legítimos bien pudiera suceder... pero no; yo estoy cierta de que no es vuestro padre ese odioso conde. ¿Vos tan hermoso y tan bueno habriais de proceder de un hombre tan feo y tan malo?

Sonrióse el page y respondió. Sois muy lisongera conmigo y muy severa con mi protector, querida niña: pero creo como vos que carece de toda verosimilitud la suposicion á que os referis. No, el conde de Montsalvens no es mi padre: el corazon me lo asegura. Siempre he creido firmemente en el presentimiento interior que llaman *voz de la sangre*. Si yo viera á mi padre adivinaria que lo era. Mas hablemos del vuestro, Ida. ¿Teneis alguna esperanza de que pueda ablandarse en favor nuestro?

—No puedo negaros que lo considero milagro, y que por tanto solo lo espero del poder y de la piedad divina. Mi padre no os mira con buenos ojos desde que ha sospechado que me amais, y ayer mismo me habló con un tono que no acostumbra usar conmigo, espresándome terminantemente que cesaria de ser un buen padre si llegaba á conocer que se me pasaba por el pensamiento la loca idea, asi dijo, de casarme con vos.

—Ya lo veis, Ida!... esclamó el jóven con profundo dolor: no hay para mí ninguna esperanza de felicidad en la tierra!... morir, solo morir es lo que debo anhelar.

—No os desalenteis asi, mi buen Arnoldo, le dijo la doncella esforzándose por ocultar una lágrima que temblaba á pesar suyo en sus hermosos párpados. Escuchad! hablábamos hace un instante del baron de Charmey, y no sin idea os he hecho su elogio; porque os confieso que he pensado mas de una vez en implorar su poderosa mediacion en favor de nuestros amores. Habeis de saber que cuando fuimos mi padre y yo á felicitarle y á ofrecerle nuestros respetos la última vez que estuvo en su castillo, me dijo muy bajito al despedirme. «Ya sé por William (William es su conserge, querido Késsman). Ya sé por William que un buen mozo delira por tus ojos y que el papá no se muestra propicio: cuenta con mi apoyo cuando lo necesites.» Por desgracia dejó el castillo dos dias despues, hace ya dos meses, y aun no ha vuelto, á pesar de que le decia en aquella ocasion á mi padre. «Mi gordiflon! resérvame un jarro de vino y el mejor pedazo de tu queso la noche de la velada de San Juan, pues te advierto que tengo vivos deseos de visitar tu chalet en aquella época de su gloria.

No presteis crédito, ángel mio, á las promesas de los grandes señores, porque tan prontos son en hacerlas como en olvidarlas. Además, Ida, por grande que pueda ser el respeto de vuestro padre por el baron de Charmey, no condescenderia en dar su hija única á un pobre mancebo como yo, sin porvenir en el mundo. Necesito ser rico y no puedo serlo. ¡Oh! no podeis imaginar cuán devorante es esta sed de oro que el amor ha despertado en mi alma! Daria mi vida por un solo dia de riqueza, porque ese dia, Ida, lo pasaria en vuestros brazos. Dios mio! perdonadme! pero momentos ha habido en que creo que hubiera pagado el oro á precio de mi salvacion eterna.

—No digais eso, Arnoldo: oh! no digais eso nunca! Yo quiero que me ameis mas que á todas las cosas del mundo, pero no consiento en que me prefirais á vuestra feli-

dad en la otra vida. No obstante todo lo que nos aflije yo tengo el presentimiento de que...

La jóven no habia acabado su frase cuando una de las puertas de la pieza en que se hallaban se abrió de repente con estrépito, y entró por ella un gallardo jóven de hasta 26 años, en traje de cazador, dejando oir al mismo tiempo la concurrencia esta esclamacion unánime. El señor baron de Charmey!

—El mismo en persona: respondió el nuevo personage, apoderándose sin ceremonia de una de las sillas próximas á la mesa. Héme aquí, mi rollizo Kéller, vengo en busca de la parte de tu refaccion que te encargué me reserváras. No os molesteis por mí, buenas gentes, añadió al ver que se mantenian en pié los circunstantes: volved á ocupar vuestros asientos y continuad divirtiéndoos como mejor os plazca; mientras yo reconozco por mí mismo si el buen papá Juan Bautista tiene, como se asegura, los mejores quesos y los mas añejos vinos del pais.

Acabando estas palabras empezó á comer y á beber con muestras de muy buen apetito, si bien echando investigadoras miradas por su alrededor, hasta que descubriendo á la bella Ida las detuvo en ella diciendo con galantería. — Bendita sea por el glorioso San Juan la rosa de Neirivue, la estrella del Moleson, la gloria de las doncellas! brindo por la salud de Ida Keller. — Y desocupó de un solo trago los restos de un ánfora que tenia delante.

Kéller se apresuró á acercarle otra enteramente llena, hacinando ademas junto á ella todos los cestillos de tortas, y los diferentes platos de mantecas y quesos que quedaban en la mesa, no sin espresar al mismo tiempo cuán sensible le era no los hubiese comenzado su ilustre huésped, y que si se dignaba aguardar un instante se traerian nuevos manjares mas esquisitos é intactos.

No hagas tal, mi buen gordiflon, no hagas tal, decia, á esto el jóven cazador: los restos de tu refaccion bastarian para abastecer por muchas semanas la cartuja de Val-Sainte, fundada por mi digno abuelo el baron Gerardo de Corbieres. Bebo segunda vez á la salud de todos los de la velada, y en particular por la de la persona que sea mas grata entre todas á los bellos ojos de Ida Kéller.

—Os ha mirado, Arnoldo! dijo en voz baja la doncella á su amante.

—A vos es á quien mira demasiado, Ida, respondió el jóven dominado por cierto impulso de celos.

—Os engañais Késsman: he notado que sus ojos se han detenido en vos.

—Si: porque estoy á vuestro lado, Ida.

—Mirad, mirad ahora con disimulo: aunque está hablando con el viejo Nicolás Bull, os echa unas ojeadas!...

—Acaso no le agrade que esteis hablando conmigo.

—¡Cá! ¿con que ha brindado por aquel á quien yo vea con mejores ojos, y pensais que los suyos os miren con desagrado?

Arnoldo no contestó; pero á pesar de la hermosa y simpática presencia del jóven baron, y de la llaneza casi escesiva de su trato, se sintió poco dispuesto á participar del orgullo y la satisfaccion que causaba en todos aquellos campesinos ver á un gran señor alternando con ellos. Kéller sobre todo, en quien recaia la mayor parte de tan estraordinaria honra, no cabia en sí de gozo, y tan trastornado lo puso la alegria que rompió seguidamente dos grandes ánforas llenas de vino, de cuyo contenido hizo partícipes á los vestidos del mismo Charmey y de otros varios de sus convidados. Todo empero se le perdonaba en circunstancia tan rara como gloriosa.

Cuando hubo dado fin el baron á la doble racion de queso que el mismo se sirviera, sazonándola con repetidas libaciones, dijo volviéndose al ganadero.—Ya ves que soy fiel á mi palabra, pues he venido á tomar parte en tu fiesta Dios sabe desde que distancia; y luego ¡qué tiempo! ¿Sabeis mis buenos amigos, añadió dirigiéndose á la reunion, que hace una noche horrible para los que intenten *velar el helecho* este año? Vosotros al menos velais debajo de un buen techo, y cuando apriete el frio, que ya va haciéndose sentir, teneis un abundante fuego que he visto encender á mi llegada.

Cuando vuestra señoria lo disponga, dijo Kéller, nos acercaremos á él: pero me sorprende, señor baron, que tengais noticia de la *velada del helecho*, pues creia que solo nosotros, las gentes del pueblo, teníamos conocimiento de esas costumbres vulgares.

Permitidme observar, vecino Kéller, repuso otro ganadero llamado Tomás Huber, que pasaba por hombre muy instruido entre sus compañeros, que esa costumbre á que aludis ha dejado de existir hace mucho tiempo; y tan es así que acaso muchos jóvenes de los que se hallan presentes no tienen ni aun noticias de ella.

—Yo si! yo si! yo tambien! esclamaron muchos pastores y zagalas.

—No está tan olvidada como pensais la velada del helecho, señor Huber, dijo entonces el anciano Nicolás Bull. Sin ir mas lejos, os puedo asegurar que diez personas la hicieron el año último, y que no creo falten algunas que la hagan en este, á pesar de la tempestad que aumentará los horrores del *camino de Eri*.

—¿Conoce vuestra señoría, preguntó Kéller á su noble huésped, todas las particularidades de la tradicion de que se habla?

—Mejor sin duda de lo que crees, contestó aquel; pero pues me brindabas hace poco con el calor de tu hogar, vamos allá y me contareis todo lo que vosotros sepais de esa antigua costumbre, que sentiria hubiese caido en desuso, como afirma el buen Tomás; pues tengo grandísima inclinacion y singular respeto por las viejas tradiciones.

El baron se levantó, se acercó á Ida, la ofreció un brazo, no sin mirar antes al jóven Késsman con incalificable espresion, y toda la compañía fué á instalarse alrededor de la gran chimenea, en que chisporroteaba la gruesa leña de encina invadida por las llamas.

—No sé, dijo entonces Kéller sentándose en frente de su ilustre huesped, ni creo que pueda nadie saber, desde qué tiempo data precisamente la popular creencia, cuyas particularidades desea conocer su señoria; asi como tampoco podríamos decir su origen: lo cierto es que de padres á hijos se ha trasmitido durante muchas generaciones, y que, segun ella, es cosa notoria que la víspera de mi glorioso patron, cuando se cubren de helecho — planta hija de las sombras y de la humedad — los bordes del precipicio que llaman los de la tierra *camino de Eri*, precisamente á la mitad de la noche aparece en aquel lugar el mismo Satanás en persona, y mediante ciertas condiciones enriquece cada año á aquel ó á aquellos que se encuentren velando el helecho en un parage cubierto todo por dicha planta.

—¿Y no se saben cuáles son las condiciones que impone el diablo á los que alcanzan sus donativos? preguntó el baron que parecia tratar con seriedad é interés aquel asunto, ridículo probablemente á juicio de nuestros lectores.

—Solo se dice, repuso Juan Bautista, que la persona agraciada debe hallarse completamente sola y en profunda oscuridad, y no faltaba antes quien asegurase que el demonio exigia ademas se le entregase un papel, y que en aquel papel escribia, para hacerlo constar á su debido tiempo, la compra que hacia de aquella pobre alma.

¡Dios mio! esclamó Ida estremeciéndose: ¿luego se condenaba para siempre quien recibia el donativo?

—El diablo no regala nunca, niña mia, dijo con acento grave el anciano Nicolás: solo hace cambios en provecho propio. Cualquiera que acepta los dones de aquel perverso espíritu, queda esclavo suyo por toda la eternidad.

—Yo no lo entendia así, dijo el baron: pensaba que ese donativo era un castigo que imponia Dios á Satanás, obligándole á ser generoso á su despecho, y á festejar el dia del santo precursor de Jesucristo. Tengo razones para creer que no son funestos sus dones para quien los recibe en tan fausta ocasion, y que el papel que exige no debe ser mas que una prenda que, depositada ante el trono de su juez, pruebe hallarse cumplida su sentencia.

—Eso es mas creible y menos horroroso, dijo Ida, que sin embargo continuaba temblando y apretándose maquinalmente contra el jóven Arnoldo, que habia vuelto á su lado: pero este por primera vez de su vida parecia olvidado del objeto de su amor. Con la mirada fija, la frente mas pálida que de costumbre, y el aliento casi suspenso, atendia con todas sus potencias á la conversacion que se habia entablado.

—El señor baron de Charmey hace demasiado honor al demonio, dijo á su turno el erúdito Tomás, cuando presume que desempeña con tal fidelidad las comisiones del Altísimo. Sabido es que aquel maligno enemigo de nuestras almas es un rebelde pertinaz, y si alguna vez nos dispensa aparentes beneficios, no cabe duda en que lo hace por cuenta propia, y siempre seguro de resarcirse con usura. Pero

no veo en la tradicion de que se trata sino un cuento de viejas; nadie, que yo sepa, ha recibido nunca el tal donativo de la velada del helecho.

—Es verdad, dijo otro interlocutor, que la tia Andrea pasó en el camino de Eví toda la noche víspera de San Juan hace dos años, y solo sacó de allí una pulmonía que la llevó al sepulcro algunas semanas despues.

—Y el pastor Lami, añadió una zagala, ha hecho la velada tres años seguidos, y tan pobre se está como se estaba.

—¡Jesus María! esclamó otra, ¿con que hay quien desee el oro hasta de mano del diablo?

—¡Dios nos preserve! dijo santiguándose Nicolás Bull, pero por desgracia es cierto que existen muchas gentes que no reparan en nada cuando tratan de enriquecerse, y que si no se venden al diablo es porque el diablo no quiere comprarlas por el precio en que se estiman ellas.

—¿Qué teneis, Arnoldo? preguntó en aquel instante Ida á su jóven amante. Estábais pálido, y ahora parece que quiere saltar la sangre de vuestra cara. El page nada respondió: evidentemente todo su ser estaba concentrado en un pensamiento único. Su estraña preocupacion debió ser notada por el baron, pues tenia clavados en él sus grandes ojos color de venturina, cuando pronunció estas palabras.

Como la conversacion que hemos entablado pudiera afectar á las personas escesivamente nerviosas é impresionables que se hallen entre nosotros, os ruego, mis buenos amigos, que cambiemos de asunto; mas permitid que os diga antes que aunque vosotros los poseedores de la tradicion no teneis noticia de ningun hecho que la acredite, yo, con pertenecer á una clase que apenas tiene conocimiento de ella, puedo atestiguar su verdad con un ejemplo muy respetable.

Todas las miradas se fijaron con ardiente curiosidad en el semblante del baron, y echando él de ver que se esperaba con ansiedad la relacion del suceso que acababa de indicar, atizó la leña, tosió por dos veces, para desembarazar su garganta y aclarar su voz, y se esplicó en estos términos.

(Continuará).

G. G. DE AVELLANEDA.

Origen de las cartas de juego.

Mucho es lo que se ha escrito acerca del origen de las cartas de juego, sin que se haya estado nunca verdaderamente de acuerdo, ni acerca de su invencion, ni del pueblo á que esta deba atribuirse. Vamos á ocuparnos nuevamente de esta investigacion curiosa.

El abate Rilles dicen que se usaban ya en España hácia el tercio del siglo XIV, fundando su opinion en la prohibicion de jugar dinero á las cartas ó á los dados, hecho por los estatutos de una órden de caballeria llamada la órden de la Banda, establecida hácia el año 1332 por Alfonso XI, rey de Castilla.

Otros autores atribuyen su invencion á los alemanes. Curt de Gibelin las hace provenir de los antiguos egipcios. No obstante, otros quieren decir, con algun fundamento, que ha sido Francia su cuna. Algunos cronistas la hacen elevarse al reinado de Cárlos VI, diciendo que fueron inventadas para procurar algun distraimiento á este príncipe cuando le dejaban intervalos de tranquilidad sus accesos de locura: á tal entretenimiento se llamaba entonces juego del rey.

Segun los mismos cronistas, el juego llamado *juego de los cientos* fué inventado por Cárlos VII.

David, rey de espadas, seria, segun ellos, Cárlos VII; Cárlos, rey de oros, seria Carlomagno; si bien nada precisan acerca de César, rey de copas, ni de Alejandro rey de bastos. No obstante debe creerse que se ha querido, bajo estos nombres, hacer alusion á dos soberanos franceses: primero, porque las pelucas, las prolongadas cabelleras y los pespuntes con que se representa á estos dos reyes, no se asemejan de suerte alguna á los trajes de los dos héroes de Roma y Macedonia, cuyo nombre llevan; y ademas porque en las cartas mas antiguas que se conservan se hallan siempre flores de lis en los mantos reales de los reyes de bastos y de copas.

Argine, sota de bastos, y el anagrama de *Regina*, representa la reina María de Anjou, muger de Cárlos VII; Raquel, sota de copas, es Agnés Sosel; Palas, sota de espadas, es la casta y guerrera Juana de Arco; y Judhit, sota de oros, es la emperatriz del mismo nombre, mujer de Luis el Benigno.

Lahire, caballo de oros, es un gran capitan del tiempo de Cárlos VII; Hector, caballo de copas, es Hector de Galardun, otro célebre guerrero del propio reinado; Ogier, caballo de espadas, es un héroe de tiempo de Carlomagno; y Lancelot, caballo de bastos, es tambien otro capitan notable de la misma época.

Los cuatro caballos representan por lo tanto á la nobleza.

Los nueves, los ochos y los sietes representan los soldados.

Los ases significan la plata y las riquezas, de la palabra latina *as*, que entre los romanos designa una moneda.

Los seises, los cincos, los cuatros, los treses y los doses, llamados cartas bajas, no existian en aquel reinado; dícese que fueron inventados posteriormente para representar al pueblo.

Los oros eran el símbolo del valor de gefes y soldados.

Las espadas indicaban las armas que debian servirles para su defensa.

Los vastos representaban los forrages y las provisiones del ejército.

Las copas eran tambien flechas terminadas por una punta de hierro en figura romboidal y que eran lanzadas con la ballesta.

LA PESCA DE LAS PERLAS.

Muchas son las personas que se lanzan á empresas peligrosas, movidas de la esperanza de procurarse objetos, á los cuales dan los hombres grande valor; pero la industria de que vamos á hablar, escita la admiracion hasta el último estremo. ¿Quién no conoce las perlas, esas blancas y magníficas sustancias de las cuales se hacen collares, pendientes y adornos de tantas clases? Difícil seria presumir que estos elegantes y admirados objetos se encuentren en la concha de una ostra. En algunas costas de Inglaterra hay moluscos que producen perlas, pero donde se encuentran las mas bellas, bien que siempre desiguales, es en los mares de Indias. Créese que las perlas tienen su orígen en una enfermedad del animal que las produce.

Los pescadores se procuran las ostras sumergiéndose en el mar. Dirígense muchas veces en bote á un sitio profundo, unos se sumergen en el fondo y recogen con toda la prontitud posible las ostras, que guardan en un saco pendiente de la cintura; cuando les falta la respiracion hacen señal por medio de la cuerda que tienen atada al cuerpo desde el buque, para que les suban; entonces reposan mientras otros los reemplazan, sucediéndose asi todo el dia. Como seria no solo muy enojoso, sino tambien operacion larga, abrir las ostras una á una, se echan todas reunidas en un hoyo, donde no tardan en corromperse y entonces las conchas se abren por sí solas; despues las recojen y las lavan para examinarlas.

En este estado se limpia tambien la materia corrompida, que es á su vez escrupulosamente examinada, porque entre ella suelen escaparse las perlas mas preciosas.

Este trabajo, es al mismo tiempo penoso y enfermo. El olor que exhala esta materia corrompida, ademas de desagradable es insano: por otra parte, sucede con frecuencia, que rondan al redor de aquellos lugares peces grandes y voraces, tales como los tiburones, los cuales se apoderan de los infelices operarios, que aun cuando escapen de los dientes de estos mónstruos, alcanzan siempre una muerte temprana, á causa de los esfuerzos que hacen para retener la respiracion.

Apenas salen del agua cuando empiezan á echar sangre por las narices, la boca y los oidos. Poco se piensa ciertamente cuando se admira la belleza de una perla, en los peligros que corren los que nos procuran este objeto inútil.

Lo que se llama nácar de perla, es la sustancia interior de la concha de la perla y de otras de diferentes especies. El esterior, que es áspero y sólido, se lima hasta la aparicion del nácar, que es de una trasparencia magnífica, y refleja la luz sobre los mas brillantes colores. Los chinos son mas hábiles que nadie en la fabricacion de objetos de esta sustancia; ellos les dan un esmalte y una belleza que no han podido aun conseguirse en Europa.



Secreto para vivir muchos años.

Hace algun tiempo, dice un autor aleman moderno, leí en los periódicos que cerca de Roma habia muerto un hombre á la edad de 120 años, que jamás habia estado enfermo, y que durante su larga vida no habia tenido un rato de mal humor. Escribí inmediatamente á Roma para saber si en el método de vida del anciano, habia algo de particular que hubiera influido en la prolongacion de una existencia tan dichosa; la respuesta fué en estos términos:

«El hombre por quien preguntais, habia sido muy metódico, no comia ni bebia mas que lo necesario para vivir y jamás desde su infancia habia cometido un esceso.»

Tomé, pues, nota de esto un en librito en que acostumbraba á escribir generalmente aquello de que queria conservar un recuerdo. No tardé mucho en leer en otro periódico que en las inmediaciones de Stockolmo, acababa de fallecer á la edad de 115 años una muger que habia vivido siempre dichosa y sin ninguna enfermedad. Escribí sin pérdida de tiempo á Stokolmo, preguntando cuál era el medio empleado por la difunta para alargar sus dias, conservando la salud; la contestacion fué:

»Vivia con mucho método, tenia costumbre de lavarse todos los dias la cara, los pies y las manos con agua fria, y cuando se la presentaba ocasion tomaba un baño; no bebia ni comia manjares delicados, salados ni dulces; rara vez tomaba café, y jamás probaba el vino.»

Tomé tambien nota de esta respuesta, á la que tuve pronto ocasion de añadir otra relativa á un anciano muerto en San Petesburgo á los 130 años.

»Se levantaba temprano, me contestaban desde aquella capital para satisfacer mi curiosidad, no dormia mas que siete horas, ni tenia nunca pereza; trabajaba al aire libre, principalmente en su jardin. Ya fuese andando, ya de pié, no se inclinaba nunca á los costados, sino que se sostenia siempre derecho, y despreciaba las costumbres de lujo afeminado, de la época presente.»

Estos casos me hicieron reflexionar que era preciso ser muy loco para no aprovecharse de tales ejemplos. Escribí pues, todo lo que sabia de estos dichosos centenarios en un papel que pegué á mi pupitre, á fin de que teniéndole constantemente á la vista, pudiera servirme de guia de la conducta que me convenia seguir. Todos los dias por mañana y tarde leo el contenido de mi cartel, y me atengo á ello para saber lo que debo hacer, ó de lo que debo abstenerme, con lo cual me vá perfectamente y gozo de buena salud.»

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias por tres ó seis meses, cuyo abono concluye en fin del corriente, ó sea en el número próximo, se servirán renovar con tiempo, á fin de que no esperimenten interrupcion en el recibo del periódico.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un AÑO 36.-Librerias de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Poupart, Villa, Baih Balliere y la Publicidad, litografias de Pelegrini y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14, Seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerias.

MADRID: imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, núm. 4



VISTA DE MEISSEN.

Todos los viageros están de acuerdo en el encanto particular que el agua comunica á los paisages; sin ella falta al efecto general esa vaga harmonía que sirve para enlazar los detalles por medio de una série de degradaciones y reflejos. El agua es como un segundo cielo, que reproduce abajo una parte del efecto de las medias tintas y de los perfiles que se destacan en lo alto sobre el otro cielo. Con razon se ha llamado «la gracia de la naturaleza» á ese cristal que bulle, se agita y reproduce todas las imágenes, haciendo alarde de gozar de mas vida que el resto de la creacion. El murmullo de las ondas que chocan al pié de la escalera de las casas, la espuma blanca que se sumerge en la oscuridad de los puentes, convidan al misterio y á la poesía; así es que los rios y los lagos han sido siempre para la tradicion popular el gran receptáculo de creaciones fantásticas: en ellos se encuentran las poblaciones que se hallan habitadas por los genios y las hadas de las aguas. La mayor parte de las ciudades alemanas edificadas sobre agua, han conservado los recuerdos de estas fábulas encantadoras, que acostumbran á repetirse durante

las veladas del invierno, cerca del hogar, al ruido de las olas que murmuran misteriosamente al pie de las ventanas.

La posicion de Meissen es apropósito para favorecer estos cuentos de viejas; una parte de las casas se halla bañada en sus cimientos por el rio, como lo indica nuestro grabado, encontrándose por consecuencia en relaciones de vecindad con el terrible pueblo *de seres* acuáticos.

Nada mas encantador en realidad que esas casas de tejados ondulantes, medio perdidas entre las copas de los árboles, y mirando su imagen en la superficie inquieta del agua.

Meissen, que forma parte del reino de Sajonia, se halla situada á algunas leguas de Dresde; no cuenta mas que 7,600 habitantes, pero es célebre por sus manufacturas de porcelana, cuya fabricacion fué introducida allí por primera vez en Europa. El gobierno la fundó en 1710, y desde luego dió los magníficos productos que tan apreciados son aun hoy dia. Por espacio de mucho tiempo la fábrica de Meissen ha ejercido el monopolio en la fabricacion de porcelana. Penas severas se hallaban prescritas para quien revelase el secreto de esta fabricacion, cuyo mérito consistia en las primeras materias de que se hacia uso, pero estas precauciones no han podido impedir que establecimientos rivales de Berlin, Brunswick y Viena hayan al fin descubierto el misterio.

La greda blanca que se emplea en la fabricacion de la porcelana de Meissen (cuya pasta todavía no se ha podido imitar), se saca de las canteras que hay en Erzgebirge, cadena de montañas que separa á Sajonia de Bohemia.

LA INDEPENDENCIA FILIAL.

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA, TRADUCIDA DEL FRANCÉS

por D. J. E. Hartzenbusch.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la plaza de Carabanchel de arriba, con una taberna ó parador á un lado.

ESCENA I.

LA CRIADA DE LA TABERNA.

Para no ser domingo ni fiesta, mucha gente ha subido hoy de Madrid. Eso sí, el dia está que dá envidia, y los madrileños rabian por pasearse; allí cuesta el vino un ojo de la cara, y en Carabanchel le tienen bueno y barato. Luego, en esta casa siempre se halla buena provision de chuletas, pescado, magras y chorizos, todo aderezado á ley; hay buen aguardiente, rica cerbeza, aunque para mí, Dios la bendiga. Asi tenemos parroquianos como agua.

ESCENA II.

DON ALFONSO, DON VICENTE.—*Dicha.*

ALFONSO. Guarde Dios á Vd., doncella.

CRIADA. Y á Vds. tambien, caballeros.

ALFONSO. ¿No han venido á esta casa tres muchachos de doce ú catorce años, muy alborotadores, con gorras de terciopelo?

CRIADA. No señor, lo que es hoy no ha venido muchacho ninguno con gorro asi.

ALFONSO. *(A don Vicente).* Como hemos cruzado por San Isidro... Vamos, les hemos tomado la delantera. Digo, si no se han ido á otra parte.

VICENTE. Nos desharian nuestro plan. Pero no, se habrán entretenido en el camino, ó habrán dado un rodeo.

ALFONSO. Es de creer. Con que vamos á acomodarnos aquí hasta que vengan. Mocita, esos chicos nos interesan: ¿podríamos desde algun cuarto ver y oir lo que hiciesen aquí, sin ser vistos nosotros?

CRIADA. Sí señor, sin dificultad. ¿Ven Vds. esa ventana de encima de la puerta? Pues corresponde á un cuarto que dá á los dos costados de la casa. No chistarán sin que Vds. los oigan.

ALFONSO. Bueno. Subamos inmediatamente, no venga la cuadrilla y nos cale la idea. No les deje Vd. ni maliciar siquiera que estamos aquí; que nosotros nos mostraremos agradecidos.

CRIADA. No tengan Vds. cuidado. Vengan Vds. conmigo, señores. *(Vánse.)*

ESCENA III.

LUIS, PERICO Y SERAPIO.

LUIS. ¡Huf! Dejadme alentar, si no quereis que me ahogue.

SERAPIO. ¡Cómo nos vamos á divertir!

LUIS. *(Picado.)* Si, divertido es el principio. Lo primero, no bien habiamos salido de casa, echais á correr como locos, llevándome casi á rastra, dando lugar á que toda la gente dijera: vaya qué tres perillanes van allí. Luego os empeñais en que pasemos el rio por los pontones de los lavaderos, me meteis en un lodazal, y me pongo de cieno hasta las rodillas.

PERICO. Quéjate un poquito por la costilla que se te ha roto.

LUIS. No se me ha roto costilla; pero tenemos los pantalones hechos un asco, y yo asi no entro de dia en Madrid.

SERAPIO. Echa una lagrimita porque se te han salpicado los pantalones.

PERICO. Toma, yo me alegro; asi no la pintará tan en grande.

SERAPIO. ¡Estaba él poco ufano por venir mejor vestido que nosotros! ¡El elegante! ¡el marquesito!

LUIS. Sí señor, yo me precio de ir aseado; y si á vosotros os gusta andar hechos unos dropes, buen provecho os haga.

PERICO. Vaya, vaya, déjate de niñerías y sentémonos á esta mesa con honores de banco, porque tengo un calor que me beberia yo solo toda una horchateria. *(Siéntanse.)*

SERAPIO. ¡Y yo, que estoy hecho una sopa!

PERICO. *(Aporreando la mesa.)* ¡Eh! muchacha, mozos, aquí todo el mundo.

ESCENA IV.

LA CRIADA.—*Dichos.*

CRIADA. ¿Quién es el que mete tanta bulla? Pues aunque entrase un regimiento en Carabanchel...

PERICO. ¡Cuánto has tardado en venir! A ver cómo nos sacas tres medios chicos de moscatel, paleta.

CRIADA. Voy allá. *(Aparte.)* Me figuro que estos son los tres chicuelos de aquel señor, porque segun la pinta, buenas piezas deben de ser.

SERAPIO. Eh, mozuela.

CRIADA. ¿Qué mas ocurre?

SERAPIO. ¿Es bueno el moscatel que teneis?

CRIADA. ¿Qué si es bueno? Ya me lo dirá Vd. cuando lo paladee. ¡Qué si es bueno el vino del tio Panzalaire!

SERAPIO. Pues anda, anda, sírvenos pronto; que tengo una sed que rabio.

CRIADA. *(A parte.)* Sí, sí, ellos deben ser: avisaré á aquellos señores. *(Váse.)*

LUIS. Pero, Serapio, tú gastas poquísima urbanidad.

SERAPIO. ¿Qué urbanidad ni qué chirivia? ¡Habrá simple! ¡Con los sirvientes urbanidad! A zapatazos debe tratárseles.

LUIS. Pues no trata así mi padre á los suyos.

PERICO. Este á cada cosita saca á relucir á su padre. *(Sale la criada con tres vasos que coloca sobre la mesa.)* Vaya, no es malo este vino, chica: lo digo porque lo entiendo. A tu salud, Luisito.

SERAPIO. Mira, mira: este no se atreve á beber. Aprende de mí que ya me he soplado mi racion. Vamos, tendré yo que colarla por él. *(Bebe el vaso de Luis).*
(Cantan dentro.)

Para no sentir penas
en esta vida,
no hay remedio en el mundo
como una chispa.
Se duerme un rato,
y se despierta un hombre
tan consolado.

PERICO. ¿Quiénes son los que cantan ahí?

CRIADA. Una gavilla de borrachones que están jugando á los bolos en el patio, y descansan empinando de todo.

PERICO Y SERAPIO. Vamos á ver jugar á los bolos, vamos á ver jugar. *(Entranse en la taberna.)*

ESCENA V.

LA CRIADA, *(sola.)*

Lo que sobra es estar bien criados los señoritos estos. No' si fueran hijos mios, ya los enderezaria yo en forma' Cuando ellos se atreviesen á alzar los ojos delante de mayores... No hay que darle vueltas, que solo en los lugares es donde se enseña á los chicos cristianamente. Pero no señor, en Madrid, como los crian para usías les dejan salir con cuanto quieren, y se hacen unos diablejos que no hay quien los sufra. *(Oyense voces dentro.)* ¡San Babilés! ¿qué será esta bulla?

ESCENA VI.

LUIS. — *Dicha.*

LUIS. ¡Ay mi cabeza! ¡ay Dios mio!

CRIADA. ¿Qué le ha sucedido á Vd., señorito?

LUIS. Esos pícaros compañeros me han echado de un empujon en el juego de bolos, y uno de los jugadores me ha dado sin querer un bolazo en la cabeza. Si no es por el gorro me deja en el sitio. ¡Ay! qué dolor tan grande! ¡ay!

CRIADA. Pues digole á Vd. que ha sido bonita diversion. A ver la cabeza. ¡Válgame Dios! si tiene un chichon tan gordo.

LUIS. ¿Un chichon gordo, eh? Por fuerza, segun el porrazo.

CRIADA. Aguarde Vd., que voy á traer para ponerle un paño de vinagre aguado.

LUIS. Dios se lo pague á Vd. Crea Vd. que he sentido mucho el mal modo con que la han tratado.

CRIADA. Vamos, bien, eso me gusta. Vd. no tiene traza de ser tan malo como los otros. *(Váse.)*

LUIS. No, cuando yo vuelva á acompañarme con ellos, ya habrá llovido.

CRIADA. *(Con unos paños.)* Venga Vd. acá, señorito; con esto desaparecerá la hinchazon. Déme Vd. ahora su pañuelo. *(Se lo ata.)* Mañana no tendrá Vd. ya nada.

ESCENA VII.

SERAPIO, PERICO.—*Dichos.*

SERAPIO. ¡Vaya, que tino como el de aquel hombre!..

PERICO. Se le figuró que tu cabeza era una bola, y tras... ¡Ah, ah, ah!

SERAPIO. Repara, repara qué gracioso está con el pañuelito por las sienes.

PERICO. Le cae divinamente. Vaya, hombre, ¿resucitaste ya?

SERAPIO. Se ha amoscado: parece pollo mantudo segun está de cabizbajo. Animo, que no te morirás por eso.

PERICO. Valientes majaderos somos nosotros que hacemos caso de este lloron. Pero ¡qué burla te van á hacer! A todos los chicos del barrio les hemos de contar que has llorado. Ya, ya verás como te hacen rabiar.

SERAPIO. Y hemos de decir en todas partes que es un marica, que no tiene mas valor que un mosquito.

LUIS. Por Dios, hombres, no hagais eso: todos los pillos de Madrid se meterian conmigo.

PERICO. Pues acaba de una vez tus lloros. Ya es preciso que dejes de ser niño, que seas hombre. Moza, tráenos cigarros y copas de aguardiente.

CRIADA. ¡Cigarros y aguardiente! ¡Ave María! ¡Unos chiquillos como Vds! Les vá á hacer á Vds. daño, se van Vds. á achispar.

SERAPIO. ¿Si será la primera vez que uno bebe y fuma? Vaya, vaya, saca eso, chica, que nosotros no somos criaturas. *(Váse la criada.)*

PERICO. Pues señor, hay que pagar. ¿Quién tiene dinero?

SERAPIO. Yo no tengo un ochavo.

PERICO. Ni yo tampoco. Pero Luis lleva siempre el bolsillo bien acompañado y él nos obsequiará.

SERAPIO. Por supuesto, ¿quién nos ha de obsequiar sino él?

LUIS. No me parece muy regular que yo solo sea el pagano. Tengo algun dinero; pero lo iba juntando para comprar el Robinson.

SERAPIO. Trae, trae aquí, no seas ruin en tu vida, eso es muy feo. Tu padre es el que debe comprarte los libros que necesites. *(Sale la criada trayendo el aguardiente, los cigarros y lumbre.)* Conque, doncella, ¿cuánto se debe?

CRIADA. Todo es treinta y tres cuartos y medio.

SERAPIO. Tome Vd. una peseta. Lo que sobra es para Vd.

CRIADA. Pues es puñado. Vaya que el señorito es garboso. *(Vase.)*

PERICO. ¡Qué entretenido es un cigarro! ¡y qué gustoso cuando á uno le han prohibido fumar!

SERAPIO. ¡Qué rico es el aguardiente! le pone á uno mas alegre que unas castañuelas. Pero, Luis, ¿qué haces que no bebes y fumas como nosotros?

LUIS. *(probando el aguardiente.)* ¡Puf! ¡qué cosa tan fuerte! Esto es rescoldo.

PERICO. Pues es menester que lo bebas.

LUIS. Pues no me dá la gana de beberlo.

SERAPIO. Y es preciso que fumes.

LUIS. Pues no quiero fumar.

PERICO. Tendrás que hacerlo, y tres mas. Nosotros nos hemos propuesto irte haciendo á las armas, y queremos que te diviertas.

LUIS. Yo quiero divertirme á mi modo. ¿Me habeis de hacer beber y fumar á la fuerza?

SERAPIO. ¿Y quién nos lo ha de impedir? Aquí no hay mas remedio que beber, Luisito, con que... *(Agárranle y le llevan el vaso á la boca.)*

LUIS. *(Forcejeando.)* Esto es una picardía. Si mi padre estuviese aquí... Sobre que no he de probar el aguardiente. *(Escápaseles.)*

PERICO. Ese pobrete siempre tiene en la boca á su padre. Tras ti vamos, ya te pillaremos. *(Vánse corriendo.)*

ESCENA VIII.

DON ALFONSO, DON VICENTE, LA CRIADA.

CRIADA. ¡Oiga! ¿ya se han ido los tres?

ALFONSO. Sí, ya volaron.

CRIADA. ¿Se marchan Vds., señores? ¿Han estado bien donde les dije?

ALFONSO. Perfectamente: Vd. nos ha servido en un todo, y para mostrarla nuestro agradecimiento... tome Vd. Esto por el gasto, y esto para Vd.

CRIADA. Viva Vd. mil años, caballero. Crea Vd. que yo no lo hacia por el interés.

ALFONSO. Vámonos, don Vicente: yo quisiera llegar á casa antes que Luis, para que no echase de ver que hemos salido.

VICENTE. Entonces no debemos detenernos, porque ahora no hay trazas de que se entretengan en el camino.

ALFONSO. Por San Isidro acortamos. Adios, niña, hasta otra ocasion.

CRIADA. Vayan Vds. con Dios, señores: cuando vengan Vds. á Carabanchel, no dejen de pasar por aquí.

ALFONSO. No nos olvidaremos de Vd., no. Abur. *(Vánse don Alfonso y don Vicente.)*

ESCENA IX.

LA CRIADA.

¡Un duro! ¡Cristo del Pardo! ¡qué rica estoy! á pocos dias que tuviera de estos ¡qué buena saya podia hacerme! Si no fuese por estos buenos señores de Madrid, ¿qué sería de nosotras? Voy á echarle en la hucha, á ver si la tengo llena para la feria: y entonces con un buen vestido de muchos colores, con un hermoso pañuelo, una peineta chica, y un lazo muy grande en el moño, todos los mozos del lugar me dirán chicoleos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

TAITI.

Hay en el Océano pacífico entre los 16 y 17 grados de latitud, 13 islas que se llaman de la sociedad, que han sido sucesivamente visitadas por Quirós en 1606, por Bougainville en 1768, y por Cook en 1769, y al presente son frecuentadas por navíos de casi todas las naciones. Taiti es una de ellas, que ni por su posicion geográfica, ni por su riqueza puede ser codiciada. Sin embargo, tal como es, y contra todos los cálculos que pudieran haberse formado hace poco tiempo, si á alguno le hubiera ocurrido acor-

darse de ella, ha estado á punto de ocasionar un rompimiento entre dos naciones poderosas. En efecto, hace un año nadie se hubiera podido figurar que podia alterarse la paz del mundo solo porque existia en el Océano pacífico un punto casi insignificante, cuya posesion ningunas ventajas ofrece, ni que la isla de Taiti adquiriese tal renombre é importancia que fuera objeto de sérias contestaciones, de acalorados debates, y que ocupase meses enteros la atencion del mundo político. Asi ha sucedido sin embargo, y esta circunstancia nos mueve á dar á nuestros lectores una descripcion lo mas exacta posible de la isla de que tratamos, de las costumbres de sus habitantes, y de cuanto pueda interesar su curiosidad en este punto.

El clima de Taiti es acaso el mas delicioso del universo; el árbol del pan y el cocotero son en aquella isla prodigiosamente fecundos, y las cañas de azúcar llegan algunas veces á 20 y 25 pies de altura.

Los taitianos tienen el color aceitunado; son de alta estatura, y en su mayor parte de notable corpulencia. Sus vestidos nada tienen de uniforme; cada uno se viste segun su fantasía, rodeándose el cuerpo del modo que mas le agrada, ó bien una especie de sábana de algodon ú otra que fabrican con fibras de moral maceradas, estendidas y reunidas despues por medio de un agua gomosa. Las mugeres se adornan tambien con plumas, flores, perlas y conchas, y generalmente son ellas las que dibujan en el cuerpo de sus maridos las figuras y líneas de que están cubiertos.

Gustan apasionadamente del baile, y su orquesta se compone de trompas marinas, de *viros* ó flautas de cuatro agugeros, y de *iarus*, especie de tambor formado de bambús.

En cuanto al origen de los taitianos, nada se sabe positivamente, pues las únicas ideas que se nos han trasmitido de sus tiempos remotos, están envueltas en el caos de la mitología. Diremos algo sin embargo de lo que refieren sus tradiciones mas admitidas. *Taaroa* es, segun estas, el primer principio creador que tenia bajo su dependencia



Vista de Taiti.

á otra divinidad subalterna, llamada *Atua*. Estas divinidades convinieron en crear un mundo, y en efecto, Taaroa, despues de haberlo producido, formó al hombre de tierra encarnada, la cual le sirvió tambien de alimento hasta la aparicion del árbol del pan. Despues Taaroa creó los animales de toda especie, escepto el puerco, que nació del cadáver putrificado de un hombre sábio y poderoso, que vivió en los primeros tiempos. La ganeología de los soberanos de Taiti, segun la tradicion la ha establecido, se remonta hasta los dioses: las dos supremas autoridades de la nacion son Dios y el rey; pero como el primero delega su autoridad en el último, este reune ademas de la cualidad de rey la de sumo sacerdote.

La sociedad está dividida en tres clases: la primera se compone de la familia real y la nobleza, la segunda comprende los *Bue-ratiros* ó propietarios y labradores del campo, y la tercera está compuesta de los mana-ounes ó populacho. La última de estas clases se divide en *titis*, esclavos, y en *teuteus*, criados. Los titis eran prisioneros hechos en la guerra, ó bien habitantes de pais conquistado, y permanecian en depósito para sacrificarles á los dioses en caso de necesidad, tratándoseles entre tanto con clemencia, y alimentándoles bien para poder ofrecer á sus divinidades una víctima digna de ellas. Los *ratiros* ó propietarios se subdividen tambien segun sus riquezas; á esta clase pertenecen los militares y los sacerdotes.

La justicia se administra por gefes, y la pena de muerte está desterrada de la isla, escepto en los casos de asesinato ó falta de respeto al rey, cuya persona es sagrada.

Dividido el sistema de las divinidades taitianas entre dioses y espíritus, los habia innumerables que presidian á todos los estados de la vida y á todas las ocupaciones; el mar, el aire, el fuego, la tierra, los placeres, etc., tenian cada uno su dios protector.

El duelo y funerales por los difuntos eran antes solemnes en Taiti. Inmediatamente que moria un individuo tenia obligacion la familia de dar parte á la autoridad ó gefe del pueblo, para que procediese á indagar las causas de su muerte. El gefe tomaba una piragua, y recorria las aguas de la isla en busca del alma del muerto, que debia aparecerse, y decirle las causas por qué habia abandonado el cuerpo. Despues otro agorero emprendia su obra de conjurar y alejar de la familia del difunto la enfermedad que pudiera amenazarla. Luego se procedia al funeral colocando el cuerpo en un lecho de hojas de plantas aromáticas; los mas próximos parientes se hacian dolorosas heridas en todo el

cuerpo, y despues si el difunto era gefe se embalsamaba su cadáver, y se le dejaba espuesto al aire hasta que solo quedaban de él los huesos, los cuales se recogian y se enterraban al pié de las estátuas de madera, que representaban las imágenes de sus dioses. Alrededor del cuerpo embalsamado del difunto debia haber constantemente viandas y frutas, las cuales, segun los taitianos, tienen partes invisibles y fluidas que se exhalan y alimentan á los muertos. Sus cementerios ó *morai* son sagrados aun para los enemigos que ocupan por fuerza un pais.

Los alimentos de la isla son pues mariscos, plátanos, cocos, castañas, patatas, el sagu y otras muchas raices y frutas alimenticias.

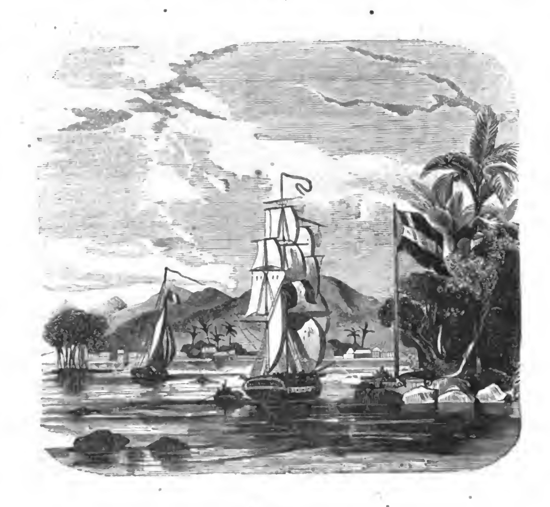
Los naturales de Taiti son de índole apacible y honrados, retratándose en sus almas la hermosura del clima en que viven.

Estos pueblos admitieron el cristianismo en 1815, en tiempo de Pomaré I, que era el soberano de las islas, á la llegada de los misioneros ingleses que arribaron por aquella época. Los misioneros ingleses han ejercido desde entonces un inmenso influjo en toda la isla, debiéndose á ellos, sin duda alguna, los adelantamientos, aunque no son muchos, que han hecho los taitianos en la civilizacion. No han dejado de pagar cara en verdad esta civilizacion, que al mismo tiempo ha corrompido algun tanto sus costumbres, y vendrá con el tiempo á someterles al yugo de una nacion estrangera.

Dos naciones se han disputado el derecho de introducir en aquel pais los beneficios de lo que se llama civilizacion. Los franceses, habiendo tenido que abandonar su establecimiento de las islas Marquesas, que mas que ventajas les proporcionaba gastos inútiles, pensaron en estender su influencia á las islas de Taiti, en que ya de mucho tiempo antes la ejercian los ingleses. No tardó en publicarse en Paris una carta de la reina Pomaré dirigida al rey de los franceses, y en que ponia sus estados bajo la proteccion de la Francia. En su consecuencia, el gobierno de la nacion vecina envió una escuadra á aquellas aguas, cuyo comandante estaba encargado de ejercer la proteccion que el rey tenia á bien dispensar á los taitianos.

Celosos los misioneros ingleses de Taiti, á cuya cabeza se hallaba el célebre M. Pritchard, de la preponderancia que habian sabido adquirir los franceses, procuraron suscitarles dificultades en el ejercicio de su protectorado; y por una parte el carácter impetuoso y ligero de los franceses, y por otra los manejos de los misioneros ingleses, llegaron á concitar el ódio de la reina y el pueblo contra sus nuevos protectores. Solo faltaba un pretesto para romper abiertamente, y pretestos de esta clase entre los débiles y los poderosos nunca faltan. El que dió origen al rompimiento fué la cuestion de si en cierta solemnidad habia estado el pabellon de la reina Pomaré mas alto ó mas bajo que el de la Francia: sabido es que los marinos son muy susceptibles en estas materias, y exaltado el pundonor francés, el comandante de la escuadra protectora no halló mejor medio de vengar el ultrage hecho á sus banderas, que tomar posesion de las islas en nombre de la Francia. La reina Pomaré tuvo que refugiarse á un buque inglés, lanzada de su territorio por los mismos á quienes habia llamado para protejerle. El famoso M. Pritchard quiso constituirse en paladin de la desgraciada reina, olvidando su carácter pacífico de misionero y su calidad de cónsul de la Inglaterra; hizo desembarcar armas y municiones, y armó y sublevó á los indígenas contra sus dominadores; pero solo consiguió dar pretestos mas plausibles á la conquista, hasta que se derramase la sangre de los pacíficos habitantes del pais y ser desterrado de él, despues de haber sufrido algunos dias de prision.

Esta es la situacion actual de aquel territorio, que sin duda ha de dar materia para otros artículos, puesto que en virtud de las reclamaciones de la gran Bretaña, la Francia ha desaprobado la conducta de los que la adjudicaron la soberanía de Taiti, y que, como habrán visto nuestros lectores, sus agentes en la isla han llevado muy adelante los planes de conquista.



Bahia de Taiti.

LA VELADA DEL HELECHO.

ó

EL DONATIVO DEL DIABLO.

Novela.

III.

«Mi abuela, que Dios tenga en su gloria, señora de cuya escrupulosa veracidad no nos es dable admitir la menor duda, referia gravemente que allá en los tiempos de su mocedad tuvo por amiga á una hermosa dama llamada Emma (espero que me dispensareis de decir los nombres de familia), la cual amaba apasionadamente al doncel Arturo de... con quien la naturaleza anduvo tan pródiga como avara la fortuna. Para mayor desgracia el baron, padre de la doncella, era hombre arruinado é incapaz por su carácter de comprender el invencible poderío de una pasion generosa. Asi pues, negándose á aceptar por yerno al noble doncel sin patrimonio, se decidió á dar la mano de su hija á cierto plebeyo rico, que se ofrecia, ambicioso de emparentar con gente ilustre, á pagar las enormes deudas del magnate. En tal estado las cosas, llegó al pais en que pasaban, la vieja Margarita, labradora de Albeuve, y que habia sido nodriza de la madre de Arturo, á quien recibió en sus brazos cuando vino al mundo. Halló al pobre jóven en lastimosa situacion, y pronto echó de ver que corrian á la par inminente riesgo su corazon y su vida, si llegaba á perder de todo punto la esperanza que, aun contra todas las probabilidades, alienta todavia en el fondo del corazon mas destrozado. La anciana labradora se acercó al lecho en que yacia postrado por su tristeza el amante de Emma, la noche en que acababa de saber estar ya definitivamente fijado el dia funesto que pondria entre los dos un muro insuperable, y colocando su diestra sobre el pecho del jóven—¿Teneis valor? le preguntó.

—¡Oh! esclamó él: ¿Si solo se necesitase arrostrar los mas inauditos peligros para conquistar á Emma?...

—Pues no es menester otra cosa, dijo sin dejarle concluir Margarita. ¡Levantaos Arturo! id á presentaros al baron; pedidle que difiera por solo dos meses el casamiento concertado, y que si al cumplimiento de dicho plazo volveis vos á su presencia siendo poseedor de una fortuna superior á la del rival á quien sois pospuesto, os conceda el derecho de entrar con él en competencia y que decida Emma cuál de los dos es mas digno de su mano.

¿Estais loca buena anciana? repuso el doncel. ¿Qué caso ha de hacer el baron de semejante proposicion, ni qué ganaria yo con verla admitida? Bien sabeis que no puedo abrigar la menor esperanza de hacerme rico en tan breve tiempo.

—¿No estamos en los últimos dias del mes de abril? preguntó Margarita.

—Asi es.

—¡Pues bien! en los últimos dias de junio podeis ser mas opulento que el indigno villano que osa competir con vos, porque aquel cuya mano ha de dotaros ha sido llamado, y debe serlo todavia, *príncipe del mundo*.

—Ningun poderoso de la tierra me ha protegido nunca, observó el jóven.

—Hay poderes superiores á los terrestres, respondió la vieja.

—Nada comprendo de cuanto quereis decir, Margarita; pero no importa: necesito una esperanza por quimérica que sea: ¡mandad! haré cuanto querais.

—Marchad, pues, sin tardanza á pedir al baron el plazo que os he indicado. Sois noble y alcanzareis desde luego que os prefiera, en igualdad de las otras circunstancias, al caballero de nuevo cuño, á quien hoy quiere honrar con su enlace. Asegura dle que de hoy en dos meses sus deudas estarán satisfechas, y vos os ofrecereis á Emma con una corona de conde.

—Pero, Margarita...

—¡Callad! nada lograreis, os lo advierto, si no teneis en primer lugar fé, en segundo *valor*.

—¡Bien! yo voy á obrar como si poseyera la primera, y os afirmo que deseo ardientemente pongais el último á prueba.

En efecto, Arturo hizo al baron su demanda, y aunque sin duda le pareció á este muy risible ó estraordinaria, se prestó despues de algunas vacilaciones á los deseos del mancebo, y le empeñó su palabra de honor de que no casaria á su hija antes del postrer dia del mes de junio, á cuyo tiempo si volvia á presentársele tan rico como su rival, Emma sola decidiria la eleccion.

Volvió Arturo con esta promesa á donde lo esperaba Margarita y la dijo: —¡El plazo está concedido: héme aquí! ¿qué debo hacer ahora?

—Acompañarme á mi lugar, respondió ella.

—Estoy determinado a seguir en todo vuestros consejos, repuso Arturo: ¿pero no querreis darme alguna luz respecto á vuestros intentos? ¿Cuales son vuestras esperanzas, buena vieja? ¿A dónde me mandareis á buscar esos tesoros que deben adquirirme la posesion de mi amada?

—*Al camino de Evi*, respondió sin vacilar Margarita.

—Pero, si no estoy trascordado, observó el jóven, el camino de Evi no es otra cosa que una senda casi intransitable que conduce al Moleson. ¿Cómo es posible que encuentre allí los medios de enriquecerme?

Allí es donde únicamente podeis hallarlos, contestó Margarita.

—Me parece, replicó Arturo, que me habeis hablado de no sé qué protector... ¡de un príncipe! ¿Quién es ese personage de quien tanto esperais?

—Es poderoso; todos los hombres nacen siervos suyos: todos le rinden tributo durante su vida.

—¿Pero su nombre?... decidme su nombre, Margarita.

—Va á daros miedo, Arturo.

—Yo os juro que no soy susceptible de otro temor que el de perder á Emma. Pronunciad pues ese nombre, cualquiera que sea.

—Pues bien Arturo, el protector que os ofrezco se llama... ¡Satanás!

Palideció el doncel y quedóse suspenso por algunos instantes; mas no abandonó su empeño. Siguió á Margarita á la villa de Albeuve, que como sabeis se halla vecina del camino de Evi, y dos meses despues, el dia 30 de junio, (creo que debió ser en el año de 1340) volvió á verlo entrar por las puertas de su castillo el arruinado baron, que por su parte cumplió religiosamente la promesa empeñada.

Mi abuela asistió algunas semanas mas tarde á la suntuosa boda de la hermosa Emma con el muy alto y poderoso conde Arturo de... poseedor de vastísimos dominios en la parte occidental de la Helvecia. Aquella enamorada pareja disfrutó muchos años en este mísero mundo la felicidad mas completa que pueda en él alcanzarse, y debemos esperar piadosamente, mis buenos amigos, que el soberano dispensador de todos los bienes la haya prolongado mas allá de su vida pasajera, puesto que dieron ejemplo durante ella, de acrisoladas virtudes, habiéndoles proporcionado el donativo del diablo el poder alegar muchas buenas obras delante de Dios.

—Que descansen en paz como su señoría lo desea, dijo el viejo Bull cuando acabó su relacion el baron; pero que nos preserven nuestro Divino Redentor y el bienaventurado san Juan Bautista, á todos los que aquí estamos, de anhelar jamas tesoros venidos por semejante conducto.

—*¡Liberanos Domine!* repitieron los labriegos, y el mismo señor de Charney respondió devotamente.—*¡Amen!*

En aquel momento la gran campana de la parroquia de Neirivue sonó lentamente las once, y al espirar la última vibracion se vió levantarse al page de Montsalvens como si súbitamente le hubiese mordido una víbora, y lanzarse hácia la puerta con tal ímpetu y velocidad que hubiera podido creerse era impulsado contra su voluntad por la fuerza superior de una potencia invisible.

—¡Kessman, Kessman! le gritó Ida: ¿quereis dejarnos ya? no son mas que las once, y hasta la media noche no se termina la velada.

—Volved, Arnoldo, añadian las demas doncellas. Mirad, que con el permiso del señor baron, bailaremos un poco todavia: venid y tendreis á Ida por pareja. ¿No ois como brama la tempestad? Dejadla calmar un poco antes de poneros en marcha para el castillo.

El page que se habia detenido en el umbral de la puerta mientras se le dirigian tan persuasivos ruegos, volvió en efecto hácia la reunion; pero fué para despedirse de ella haciéndose sordo á cuanto se le repetia para detenerlo.

Apenas traspasó los umbrales, cuando una sonrisa indefinible apareció y desapareció fugaz en los labios del baron, y si hubiese habido allí algun maligno observador que recordase el disimulado empeño con que aquel personage ha-

bia provocado y sostenido la conversacion de la Velada del Helecho, y las penetrantes ojeadas que de tiempo en tiempo lanzaba sobre el amante de Ida, acaso hubiera sospechado que adivinando la nerviosa vehemencia de aquel pobre jóven y la especial predisposicion en que se hallaba su espíritu obraba en todo con refinado artificio, para alejarlo de allí y poder suplantarlo cerca de aquella linda criatura.

Esta suposicion, que no nos atreveremos á decir fuese de todo punto infundada, hubiera adquirido mayor fuerza al ver que no bien pasados tres minutos de la ausencia de Kessman, el jóven baron fué á ocupar la silla que dejára vacante junto á Ida, andando no menos listo, cuando un instante despues se trató de renovar la danza, para ofrecerse por su caballero. La jóven sin embargo, no parecia muy bien lisonjeada con las preferencias de que era objeto. Desde que Arnoldo dejó la reunion, Ida perdió su alegria y hablaba y bailaba como una máquina, pintándose en su semblante la preocupacion de su ánimo.

Por mas cándidos y poco perspicaces que pudieran ser en general los asistentes á la velada, no dejaron de hacer aquella doble observacion, y se entablaron en voz baja algunos dialoguillos, poco mas ó menos de la índole del siguiente:

—Mirad qué galante está el baron con la hija de Kéller: el pobre Arnoldo se ha ido sin duda por eso. Habia estado acechando las miradas del jóven caballero, y conoció ser Ida el objeto á quien se dirigian constantemente. Se ha marchado loco de celos: ¿no notásteis qué cara tenia tan desencajada, y cuán desatinado se iba sin decir adios á nadie?

—Pues lo que es la muchacha no le da por cierto motivos para estar celoso. Observad qué displicente se muestra mientras baila con el señor de Charmey. Está perdidamente enamorada del page, y no comprendo qué esperanzas puede alimentar, pues es bien seguro que no consentirá nunca Juan Bautista en que se case su hija única con un hombre que no tiene mas que la noche y el dia, como decirse suele.

—¡Escuchad! decia otra voz femenil. Se han visto grandes señores casarse por amor con humildes pastoras. Tiene tan feliz estrella ese Kéller que no será mucho le veamos convertido en padre de todo un baron.

—A la verdad, añadió un acento menos blando que el anterior, son estraordinarias las demostraciones de aprecio que dispensan á esta familia el señor de Charmey, y solo se pueden esplicar creyendo que encierran miras particulares. ¡Pero qué! no hay que pensar por eso que se le ocurra la idea de casarse con Ida. Vosotras las mugeres sois á veces tan cándidas! Las gentes de cierta clase se persuaden que honran mucho á una villana tomándola por querida.

—¡Pues no! Lo que es eso no sucederá con Ida: dijo otro jóven, no insensible á los encantos de la que nombraba. No piense su señoría que nos dejaremos robar la perla de las doncellas del pais para que le sirva de juguete. No le faltan á Ida Kéller buenos partidos para establecerse aunque no seamos barones.

— Pero es estraño que no esté mas alegre Ida, bailando con un caballero tan galan, que se conoce le va diciendo cosas muy dulces, dijo una rolliza zagala que se habia quedado sin pareja. A mí me parece mejor mozo el baron de Charmey que ese Arnoldo, tan descolorido y tan triste. ¡Oh! ¡ tiene el baron unos ojos !....

—Los mismos de su madre, observó Nicolás Bull. La baronesa Eleonora era de las bellas si las hay. ¡Lástima que la hubieran casado con un hombre que podia ser su padre! Lo menos hace diez años que murió, y me parece que la estoy mirando. ¡Qué talle aquel! ¡qué garbo! su hijo se le asemeja bastante; solo que tiene la boca un poco grande, como el padre, pues lo que es la baronesa, aquello no era boca, sino un boton de rosa.

Mientras asi charlaban los escluidos del baile, la parte de la reunion que gozaba de aquel placer daba muestras de ser verdaderamente incansable, y no sabemos hasta cuándo se hubiera prolongado la danza si Ida no se hubiese sentido ligeramente indispuesta. Desde el punto en que la reina de la fiesta se negó á continuarla, la general animacion comenzó á decaer visiblemente, y acabó del todo cuando el baron, no obstante las miras que se le sospechaban, manifestó no hallarse dispuesto á prolongar por mas tiempo su permanencia allí. Al chasquido del látigo que llevaba en la mano apareció el palafrenero que le acompañara, y cumpliendo las órdenes que recibió fué corriendo á ensillar los caballos, y volvió muy en breve anunciando que ya estaban prontos.

Despidióse el ilustre jóven de todos y de cada uno en particular, con cuya atencion acabó de ganar todos los corazones; por manera que luego que se ausentó hubo por algunos minutos un numeroso coro de elogios, que Kéller escuchaba con tanto orgullo y satisfaccion como si fuese el baron un miembro de su familia.

(Continuará).

G. G. DE AVELLANEDA.

A ORILLAS DEL DARRO.

Serenata.

Granada, ciudad bendita
reclinada sobre flores,
quien no ha visto tus primores
ni vió luz, ni gozó bien.
Quien ha orado en tu mezquita
y habitado en tus palacios,
visitado há los espacios
encantados del Eden.

Paraiso de la tierra,
cuyos mágicos jardines
con sus manos de jazmines
cultivó celeste hurí,
la salud en tí se encierra,
en tí mora la alegría,
en tus tierras nace el dia
y arde el sol de amor por tí.

Tus fructíferas colinas,
que son nidos de palomas,
embalsaman los aromas
de un florido eterno abril:
de tus fuentes cristalinas
sulcan cisnes los raudales:
bajan águilas reales
á bañarse en tu Genil.

Gayas aves entristecen
con sus trinos y sus quejas
el afan de las abejas
que en tus troncos labran miel:
y en tus sauces se detienen
las cansadas golondrinas
á las playas argelinas
cuando emigran en tropel.

En tí, como en un espejo,
se mira el profeta santo:
la luna envidia el encanto
que halla en tu dormida fáz:
y al mirarte á su reflejo,
el arcangel que la guia
un casto beso te envia
diciéndote—*duerme en paz*.

El albor de la mañana
se esclarece en tu sonrisa,
y en tus valles vá la brisa
de la tarde á reposar.
¡Oh! Granada, la sultana
del deleite y la ventura,
quien no há visto tu hermosura
al nacer debió cegar!

J. ZORRILLA.

MATRIMONIOS A LA MODA. (1)

Contento está con su esposa
don Simon, ¡pues ahí es cosa!
cierto que ella es un vestiglo,
y que cuenta medio siglo,
mas tambien llevó un millon,
y con tal compensacion
dice Simon:
Bien supe lo que me hacía,
en optar á tal prebenda,
pues aunque un Simon se venda
no lo llaman simonía,
lo llama la gente toda
un matrimonio á la moda.

Don Juan y doña Refugio
viven en santo conyugio,
ellos reciben aparte,
sin que nada los coarte;
mas si reciben ó dan,
doña Refugio y don Juan
lo sabrán.
Solo sé por referencia
que allá cuando se casaron
uno y otro proclamaron
libertad é independencia:
lo cual llamar me acomoda
un matrimonio á la moda.

Logra el buen don Timoteo
un empleo y otro empleo
sin méritos ni servicios:
¿cómo le están tan propicios?
¿si será su buena estrella?
pero su muger es bella,
y era ella.
Y aunque Timoteo sabe
que en esto ha de haber busilis;
no se le exalta la bilis,
y no falta quien le alabe;
porque esto el mundo lo apoda
un matrimonio á la moda.

Con la esposa de su amigo
de bracero vá Rodrigo,
y no vá precisamente
porque esté el marido ausente,
que es marido de buen tono,
y vá detrás en abono
¡mira qué mono!
Pasan, y al ver al soslayo,
sea en junio, marzo ó febrero,
á la esposa de bracero,
y al esposo de lacayo,
esclama la gente toda:
un matrimonio á la moda.

Se tratan á la francesa
el marqués y la marquesa;
son de miramiento ejemplo,
cada cual tiene su templo,
su adoracion y su culto,
donde entrar fuera un insulto,
y no hay indulto.
Cuando él llega á su mezquita,
«tras, tras... ¿Madame?—¿Quién es?
«*Luis, pas visible*, Marqués?;»
y el se aguanta y no se irrita,
y se vuelve á su pagoda.
Un matrimonio á la moda.

(1) Leida en el Liceo Artístico y Literario de Madrid la noche del 14 de diciembre de 1848, con ocasion de representarse la comedia titulada: *Un Matrimonio á la Moda.*

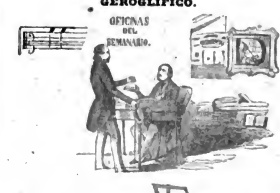
Julia va todos los años
á Bayona á tomar baños;
padece ataques soberbios,
por supuesto de los nervios;
y con doncella ó doncel
la deja marchar Miguel;
que ella es él.
Y luego vuelve... tal cual,
segun certifica el físico,
pero no sin dejar tísico
el bolsillo conyugal;
mas así les acomoda,
y... un matrimonio á la moda.

Por la noche va al casino
don Antonio mi vecino,
la vecina por virtud
va al baile, al Circo ó la Cruz;
vuelve ella, vuelve él tambien;
y se ven ó no se ven,
y hacen bien.
Tienen de hijos gran porcion,
pero es un consorcio egregio,
las niñas van al colegio,
los niños á la pension,
y nada los incomoda.
Un matrimonio á la moda.

En la bolsa y el bolsin
pasa el tiempo don Fermin;
no es que tenga el pensamiento
clavado en el tres por ciento
lo que á su muger da grima;
lo que ella siente y lastima
es la prima.
Y si ella hace astutamente,
sea noble, ó no sea noble,
una operacion en doble,
sin intervencion de agente,
¿qué dice la gente toda?
un matrimonio á la moda.

FRAY GERUNDIO.

GEROGLIFICO.





Siendo propiedad esclusiva de la empresa de este periódico cuanto en él aparece, y viendo que apenas hay numero de que no copien los demas diarios, estamos en el caso de advertir que se procederá contra cualquier publicacion que, haciéndonos el inmerecido honor de aceptar nuestras humildes producciones, omita citar con todas sus letras el título del SEMANARIO.

MADRID: imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, núm. 4.



Trage que usaban los españoles.



Trage que queria introducir Esquilache.

MOTIN CONTRA ESQUILACHE.

ARTICULO I.

El reinado de Cárlos III tan benéfico para España, tan propicio á las artes de la paz, y en todo género de glorias tan fecundo y memorable, no dejó de esperimentar, sobre todo en sus principios, contrariedades y borrascas que sobresaltando el ánimo de aquel rey, fueron causa de que en lo sucesivo procediera á veces con mas rigor del que á su bondadosa índole convenia. Uno de los acaecimientos mas curiosos de este tiempo, fué el que sirve de epígrafe al presente artículo, la conmocion del pueblo madrileño el año 1766: mas como quiera que las causas que la produjeron solo pueden deducirse de conjeturas mas ó menos fundadas, tendremos que apuntar antes algunos pormenores que guardan cierta conexion con el asunto, aunque para ello sea preciso retroceder á época mas distante.

Muerto Fernando VI sin sucesion en 1759, pasó la corona de España á su hermano Cárlos, soberano de las Dos Sicilias. Nuestra nacion podia compararse entonces á las mas florecientes: las ciencias y las artes, el comercio y la agricultura, cuantos elementos constituyen el poder y la dicha de un estado, habian recibido prodigioso acrecentamiento, y mientras cundia por la Europa toda el incendio de la guerra, mientras Francia se lamentaba de las derrotas de sus ejércitos, del destrozo de sus naves y de la pérdida de importantes posesiones arrebatadas en Quebec por la prepotencia inglesa, reposábamos nosotros entre las dulzuras de la paz, y surcaban sin zozobra alguna los mares cuarenta y nueve navíos y veinte y una fragatas con que contaba á la sazon nuestra marina. Tan lisongeros resultados se debian principalmente al bello sistema de neutralidad planteado y sostenido con invencible teson por el buen Fernando; príncipe moderado, prudente y justo, que logró comunicar á la nacion el sosiego en que vivia, redimirla de los quebrantos padecidos, y merecer el renombre de padre de sus vasallos.

Cuán grande fuese el sentimiento de estos por tan temprana pérdida, no es menester encarecerlo; pero se aumentaba su tristeza á medida que el temor, nuncio siempre de desastres, iba ganando los ánimos, y representándoles entre confusos nublados el cuadro de lo futuro. Recordaban uno á uno los beneficios de que eran deudores á aquel monarca; contemplaban embebecidos los monumentos artísticos que legó á la posteridad su munificencia, y hacian partícipes de sus elogios al fiel ministro Carbajal y al célebre marqués de la Ensenada; al primero porque habia fallecido sin desmerecer del favor de su soberano, y al segundo porque vivia aun tolerando la amargura de su desgracia. Pasando luego á consideraciones mas profundas, examinaban el gran principio en que cimentó Fernando la política de su gobierno, el de la mas estricta neutralidad, y no hallaban elogios bastantes con que ensalzarlo; pues decian que si la Francia hallando infructuosas todas sus tentativas, procuró una vez introducirse en el sagrado de su conciencia, supo responderla dignamente deponiendo á su director espiritual el padre Rábago, y que si Mister Keen, el embajador inglés, tocó para ponerle de su parte cuantos resortes le sugirió su astucia, tampoco recibió mas que desaires; de suerte que en la actual contienda que tenia divididos los esfuerzos é intereses de las demas naciones, solo España aparecia independiente y noble.

Por último, descendiendo al punto principal en que ahora se ocupaban, cada cual aducia sus razones para venir á demostrar que el nuevo rey emprenderia diverso rumbo. Quién sostenia que la inaccion que le obligó á observar como rey de Nápoles en 1742 la escuadra inglesa del Mediterráneo, le habia infundido un ódio mortal á la Gran Bretaña; quién por el contrario afirmaba que á consecuencia del servicio que le prestó mas adelante el ministro inglés Pitt, descubriéndole el plan fraguado para arrebatarle la corona de España, se habia convertido á favor de aquella potencia y enemistádose con los Borbones; y los mas repu-

taban como siniestro agüero el desprecio con que trató á su buen hermano cuando no solo se negó á acceder al tratado de alianza de Italia, sino que seducido indudablemente por las lisonjas de la córte francesa, prefirió su union á las ventajas que la de España le prometia.

Suele ser el pueblo muy sagaz en escudriñar los secretos del porvenir, mas tambien se manifiesta escesivamente obstinado en sus opiniones, dejándose llevar casi siempre del instinto de la costumbre. Asi en el presente caso creia cifrada la felicidad de España en la persona de Fernando VI, y su ciega adhesion á este monarca le preocupaba de antemano contra la conducta de su sucesor.

Puestas en órden las cosas de Nápoles, y arreglada la sucesion de su corona, dióse á la vela Cárlos III para España y desembarcó sin contratiempo alguno en el puerto de Barcelona. Allí restituyó á los catalanes algunos de los fueros suprimidos por Felipe V, y queriendo dejar memoria durante de su advenimiento, hizo merced á los naturales del Principado y á los pueblos de Aragon y de Castilla del descubierto en que se hallaban en el pago de contribuciones. Llegado que hubo á la córte, se enteró prolijamente de la situacion del reino, examinó las personas que le rodeaban y alzó el destierro al marqués de la Ensenada, permitiéndole fijar en Madrid su residencia. Con estas generosidades pretendia captarse desde luego el afecto de sus vasallos.

No eran estos insensibles á los favores del buen monarca, mas tampoco daban enteramente de mano á sus recelos, antes bien los concibieron mayores al ver que por colocar en el ministerio de Hacienda al marqués de Squilace ó Esquilache, como decimos nosotros, napolitano de nacion y muy querido del rey, se exoneraba de aquel empleo al conde de Valparaiso. Esto bastó para que comenzasen á correr entre el bulgo hablillas y murmuraciones, y para que se cobrase á la persona del marqués mayor ojeriza que á ningun otro, porque el pueblo español no quiere ver estranjeros en sus destinos, vengándose asi de ellos por el injusto desprecio con que le tratan.

Ciertamente militaban en favor de esta resolucion razones de mucha fuerza, y á falta de otras bastaba la de que para cargos de esta especie debe valerse el poder de personas de su confianza; y claro es que el nuevo soberano no conociendo á Valparaiso, naturalmente debia inclinarse al lado del estranjero. Por esta vez sin embargo reprimieron los ánimos su disgusto, aguardando á que nuevos sucesos justificaran sus sospechas ó desarmasen su oculto enojo; mas por desgracia los que fueron sobreviniendo, dado que muchos de ellos se juzgaban inconsideradamente, parece que concurrieron á concitar de propósito las pasiones.

El primero y principal tuvo lugar en el siguiente año, y es célebre en la historia con el nombre de *pacto de familia*. Era una alianza ofensiva y defensiva entre España, Francia y las Dos Sicilias, en virtud de la cual formaban causa comun estas potencias y prometian rechazár la agresion que esperimentasen de cualquiera otra. Cárlos se dejó llevar demasiadamente en esta ocasion del afecto que á su familia profesaba, pues por mas naturales y necesarios que sean siempre los vínculos de las dos naciones que divide el Pirineo, por mas temores que inspirase la ambicion inglesa respecto á nuestros dominios de América, á la sazon semejante pacto equivalia á una declaracion de guerra, y la guerra ninguna ventaja podia proporcionarnos, cuando por el contrario eran tantas y tan palpables las que de la pacífica neutralidad nos resultaban. La consecuencia inmediata de esta resolucion era que ó provocásemos ó fuésemos provocados á la lid con la Gran Bretaña; y en efecto, á poco tiempo viéronse en grave riesgo los galeones del Nuevo Mundo con los tesoros que conducian á nuestros puertos; hubimos de invadir el vecino Portugal sin fruto alguno, y perdimos dos posesiones tan importantes como la Habana y Manila, donde los vencedores pudieron saciar su ambicion de riqueza y gloria.

La paz concluida en 1763 entre los Borbones é Inglaterra nos restituyó las anteriores conquistas á trueque de ceder la Florida, la bahía de Panzacola y ciertos derechos exigidos por el inglés que dieron despues motivo á contestaciones desagradables. Los que habian manifestado inquietudes por lo futuro, los descontentos y los que codiciaban algun aplauso por el acierto en sus pronósticos, comenzaron nuevamente á sembrar especies, que si por el pronto no influian en la tranquilidad pública, podian ocasionar mas adelante discordias y alteraciones; sin embargo de que el rey sabia neutralizar el mal efecto de todos estos contratiempos y acallar las quejas de los que los deploraban restableciendo el crédito de la nacion y creando instituciones que sirviesen como de base á su futura prosperidad y engrandecimiento. Fundó la lotería á beneficio de los hospicios y otros establecimientos piadosos; sociedades patrióticas ó de amigos del pais en las principales ciudades del reino para el cultivo de los estudios científicos é industriales; academias militares para la instruccion de los cadetes en Cádiz, Barcelona, Oran y Ceuta, y un colegio de artillería en Segovia que ha dado en todos tiempos oficiales sobresalientes en tan noble arma.

Continuaba á la sazon en el ministerio de Estado don Ricardo Wall, que en tiempo de Fernando VI habia sucedido en este destino á don José Carbajal, ya difunto, como hemos insinuado: el cual, ó porque realmente no aprobase la conducta política del monarca, ó porque ambicionase mayor influjo del que tenia al presente, ó en fin, por no indisponerse con los que se contemplaban agraviados, resolvió hacer dimision del ministerio. Opúsose el rey á ello; mas fueron sus instancias tantas; y tan eficaz el artificio de inflamarse aparentemente los ojos y suponerse afectado de contínuos vértigos, que al cabo accedió el rey á su solicitud, dándole permiso para retirarse á Granada. Entró en su puesto el marqués de Grimaldi, genovés, antiguo embajador de nuestra córte en la de Francia, y muy protejido del marqués de la Ensenada en otro tiempo. De ambos se dice que renovando la pasada amistad, proyectaron derribar á Esquilache; mas que no pudiendo lograrlo, asi por el afecto que el rey le tenia, como por el crédito de que gozaba con algunos de los cortesanos, hubieron de renunciar á su propósito hasta ocasion mas oportuna. Con esto eran ya dos extrangeros los que al lado del monarca entendian en la direccion de los negocios.

Los debates ocurridos por entonces con motivo de la restitucion de la colonia del Sacramento á los portugueses, y la inesperada cesion que hizo de ella el año 65 el ministro Grimaldi, asi como los disturbios movidos en Méjico á causa de la alteracion del sistema de impuestos en América, comenzaron á atizar el fuego que ocultamente se alimentaba. La esplosion sin embargo no se verificó hasta el siguiente año.

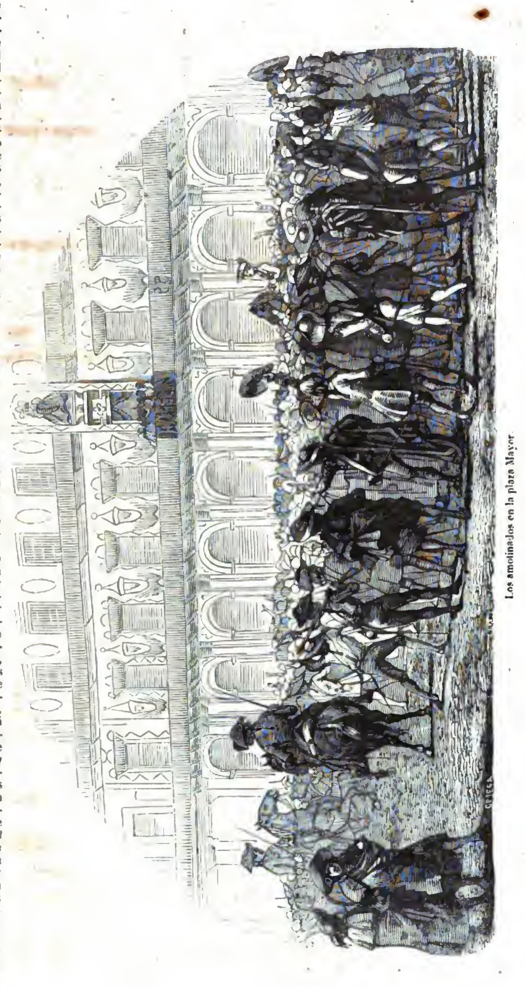
Era el pueblo de Madrid honrado y pundonoroso, amante de su rey, como lo habian sido sus abuelos, celoso observador de sus costumbres, y enemigo por consiguiente de todo el que intentára cercenar la libertad que miraba como vinculada en ellas. Su natural franqueza y docilidad contribuian al pacífico carácter que forma una de sus principales alabanzas; pero en vengar los agravios y defender su honor cuando se creia ultrajado, mostrábase resuelto y valiente, á veces soberbio y cruel en demasía. El marqués de Esquilache desempeñaba ahora los ministerios de Hacienda y Guerra, y estaba encargado ademas del ramo de industria pública, policía de la córte y todos los pertenecientes al régimen interior. Habia hecho en estos últimos reformas muy útiles y acertadas, tales como el alumbrado y limpieza de las calles de Madrid, que no pudieron menos de elogiar todas las personas sensatas é ilustradas; mas por otra parte, y casi al propio tiempo, concedió un privilegio de monopolio para el abasto, que encareciendo el precio de los comestibles, fué muy mal recibido de las clases menesterosas. Pagóse sin duda únicamente de los aplausos, y viendo cuánto disgustaban al rey muchos de nuestros usos, resolvió llevar adelante el espíritu innovador, tratando de acomodar el trage nacional á la moda de otras partes y al gusto de sus ideas. No sabia cuánto arriesgaba en semejante determinacion, ni conocia que la animosidad de sus contrarios tomaria este pretesto para derribarle.

El traje del pueblo madrileño á la sazon se componia de chaqueta larga, chupa, calzon y media de lana ó hilo, zapato sin hebilla en lo general, el pelo atado, ó sujeto mas bien con redecilla ó cofia, sombrero redondo, comunmente llamado gacho, y capa larga que bajaba hasta los talones. Contra esta y el sombrero tenia especialmente Esquilache una aversion irresistible; á la verdad daban á la persona aspecto poco garboso, pues un hombre envuelto en la capa y con el gacho metido hasta las cejas apenas conservaria similitud de forma humana; mas las prescripciones relativas á los trages siempre llevan en sí alguna cosa

de ridículo, á no ser que con ellas se traten de enmendar vicios ó abusos perjudiciales. Apareció, pues, el 11 de marzo de 1766 un real decreto espedido en el Pardo, por el cual prohibia S. M. el uso de sombrero redondo y capa larga, el gorro y la redecilla en paseo público, y mandaba al propio tiempo que se llevase sombrero de tres picos y cabriolé ó capingot, y en caso de gastar capa que no llegase al suelo con una cuarta. Los infractores eran multados con seis y doce ducados, y con pena de destierro si reincidian por segunda vez.

Enterarse la plebe del bando y prorumpir en imprecaciones y denuestos parecian cosas muy naturales; pero fijar al punto un pasquin en la puerta de Guadalajara con terribles amenazas al ministro, arrancarlo inmediatamente la justicia, obstinarse el paisanage en vestir como antes y los alguaciles en coger gente, llevarlos á la cárcel, sacar multas y recortar las capas que no estaban arregladas á la medida propuesta, eran amagos de otro golpe futuro mas ruidoso y formidable.

Con efecto el pueblo tomó ya la resistencia por punto de honra, y llegó su resolucion hasta el estremo de formar unas ordenanzas con fecha 12 de marzo en que se establecia la insurreccion como una ley, y se prefijaban las bases con que debia llevarse á cabo. Es este documento tan peregrino, que no resistiríamos á la tentacion de trasladarlo aquí, si no fuese ya bastante conocido, y los límites de este escrito lo consintieran. Las personas que componian el partido insurgente tomaban el nombre de ***cuerpo erigido por el amor español en defensa de la patria***; su divisa era la ley divina, el rey don Cárlos III y el bien de la patria; sus fines ***abolir y quitar ciertos sugetos perjudiciales á la monarquía***. Fijábase la señal que debia preceder al levantamiento; aconsejábanse los medios conciliatorios, y si estos no bastaban, se



Los amotinados en la plaza Mayor.

permitia usar desde los mas suaves hasta los mas ásperos y violentos; se prescribia el secreto bajo juramento, prometiendo, caso de que los contrarios encarcelesen á alguno, mantener sus hijos, mujer, madre y demas familia, *para que el temor no los acobardase*; condenábase á ser pasado por las armas al que cometiese una accion de villano; se ordenaba que si el rey no accediese á los ruegos del pueblo y tuviese éste que hacer la justicia por su mano, no quedase vida alguna de los traidores que aconsejaban á S. M.; que á ningun otro vecino se le perjudicase en lo mas leve, y se abonáran los daños que necesariamente se hiciesen para excitacion de los ánimos, prohibiéndose continuar en aquel cuerpo á todo el que cometiese escándalos; y finalmente, se mandaba pedir la cabeza del marqués de Esquilache, y en caso de ser cómplice suyo, la del marqués de Grimaldi. Principios eran estos que mostraban bien á las claras lo que se seguiria.

(Continuará.)

CAYETANO ROSELL.

LA INDEPENDENCIA FILIAL.

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA, TRADUCIDA DEL FRANCÉS

por D. J. E. Hartzenbusch.

ACTO TERCERO.

La decoracion del primero.

ESCENA I.

D. ALFONSO *y* D. VICENTE, *jugando al ajedréz.*

VICENTE. Adelanto el caballo.

ALFONSO. Mala jugada para mí: no puedo defenderme, es golpe de mate. Vamos al desquite. *(Colocan las piezas para principiar juego).*

VICENTE. Si continúa Vd. jugando tan distraido, va á perder todas las partidas.

ALFONSO. Verdad es que no estoy en el juego. No ceso de pensar en el chico, porque hace un cuarto de hora que estamos de vuelta, y aun no ha venido.

VICENTE. Algun nuevo petardo que le habrán jugado sus amigotes.

ALFONSO. No lo sentiré mucho, porque eso le desvanecerá mas pronto sus locas ideas de independencia.

VICENTE. Yo tambien lo espero así. Pero es preciso confesar que los tales Perico y Serapio son de la piel de Satanás, y que le han tratado inicuamente.

ALFONSO. Me parece que sube alguien.

VICENTE. Sí, él es: en las pisadas le he conocido.

ALFONSO. Volvamos al juego para hacer la deshecha.

ESCENA II.

LUIS.—*Dichos.*

ALFONSO. ¿Qué es esto, Luisito? ¡tan pronto de vuelta!

LUIS. ¡Ojalá no hubiera salido!

ALFONSO. *(Riendo).* Verdad es que vienes aseado. Mírele Vd., don Vicente.

ALFONSO. ¿Y qué tal? ¿has disfrutado bien de tu libertad? ¿te has divertido mucho?

LUIS. ¡Sí, divertirme! En mi vida he rabiado mas.

ALFONSO. Lo dices de todo corazon. ¡Pobre hombre! Pues ¿qué te ha pasado?

LUIS. Que Serapio y Perico se han valido malamente de que pueden mas que yo; me han querido obligar á hacer mil diabluras, y porque yo me he negado á ello, sobre haberme hecho burla cuanto les dió la gana, me han aporreado.

VICENTE. ¡Para que se vea lo que son muchachos en libertad!

LUIS. De modo que estoy echando venablos; y cuando ellos no me la paguen..... No, como hubiese Vd. estado allí, Vd. me hubiera defendido, Vd. hubiera impedido que me pusiesen la mano.

ALFONSO. En eso te equivocas, Luisito: yo te hubiera dejado componerte como pudieras.

LUIS. ¡Pues qué! ¿no me hubiera Vd. socorrido? ¿no me hubiera Vd. ayudado contra ellos?

ALFONSO. Ya sabes que yo nunca me meto en lo que no me va ni me viene.

LUIS. Y si vinieran aquí ¿no les reñiria Vd. de firme por sus iniquidades?

ALFONSO. ¿Yo? ¿Pues qué me han hecho á mí? ¿Por qué he de oponerme yo á que esos caballeritos hagan lo que se les antoje? Bien sabes que todos deben ser libres de hacer lo que quieran.

LUIS. *(Con viveza).* Esto es una engañifa. Ahora lo comprendo. Usted los ha incitado para que me hagan rabiar.

ALFONSO. Se equivoca Vd., señor mio; que yo ni siquiera les he hablado.

LUIS. Sí; pero se alegra Vd. de lo que me han hecho. Si es por castigarme del convenio que Vd. ha aparentado que hacia, podia Vd. haberme hablado claro; que yo no le he pedido á Vd. que me deje libre.

ALFONSO. Luisito, yo no he querido castigarte, ni hay de qué, ni tengo derecho para hacerlo; pero por ventura ¿me asiste alguno para impedir á tus amigos el hacer lo que les parezca? ¿Crees que la libertad ha de ser para tí solo?

LUIS. Pero yo soy su hijo de Vd.; y en otra ocasion, de otro modo se hubiera Vd. portado.

ALFONSO. Sí tal, porque como antes tenia una completa autoridad sobre tí, debia ser tu protector; ahora que dependes de tí mismo, á tí te toca defenderte.

VICENTE. Luisito, cuando no se quiere depender de nadie, á nadie se debe necesitar.

LUIS. ¿Tambien Vd., don Vicente, tambien Vd. se pone contra mí?

VICENTE. Era una simple reflexion.

LUIS. Papá, segun eso, si quisieran matarme, ¿Vd. lo veria cruzado de brazos, sin dársele un pito?

ALFONSO. *(Sonriéndose).* ¡Oh! no, no creo que mi reserva llegase hasta ahí; sin embargo, yo lo pensaré, porque aun no he examinado ese caso. Pero, amiguito, no hay que culparme; porque yo no habia visto nunca hijos que se creyesen dispensados de obedecer á su padre. D. Vicente, nuestra partida de ajedrez se ha acabado: conque vámonos á mi habitacion. *(Vánse don Alfonso y don Vicente).*

ESCENA III.

LUIS.

Está visto que mi padre se mofa de mí, y que don Vicente le ayuda..... pero no le hace, yo les mostraré que tengo humos, y no renunciaré al convenio. Sí..... Pero ¡vaya una libertad graciosa que es esta! y lo que es el estreno se me ha lucido! Si no tengo á nadie que me proteja, todos me pueden hacer daño. Como que principio á creer que la autoridad de los padres sobre los hijos es necesaria. Ya; pero yo me guardaré muy bien de confesárselo á mi papá. ¡Buen bochorno seria para mí! ¿Y si lo supieran mis camaradas? ¡No es cosa cómo me pondrian! No señor, no: primero mártir que confesor. ¡Estoy aviado! *(Siéntase).*

ESCENA IV.

PERICO Y SERAPIO *(que salen de puntillas).*—LUIS.

PERICO. *(Aparte á Serapio).* Allí está.

SERAPIO. *(Aparte á Perico).* Llega tú.

PERICO. *(Llega sin ser sentido á Luis, que está de espaldas, y le tapa los ojos con las manos).*

LUIS. ¿Quién diantres es?

SERAPIO. *(Ahuecando la voz).* La justicia.

PERICO. ¡Ah, ah, ah! Se ha asustado. Luisillo, hombre, ¿te dura todavía la murria?

LUIS. Déjame en paz.

SERAPIO. Aun está enfadado. ¡Qué pollino eres! Esas cosas se echan á broma.

LUIS. Os digo que me dejeis. No quiero tener nada que ver con vosotros.

PERICO. Pues, señor, si le pica la mosca, que se la rasque él solo, y buen provecho le haga. Al cabo será porque le habrá reñido su padre, y le habrá embargado su libertad. ¡Ah, ah, ah!

LUIS. No hay tal cosa; mi padre no me ha reñido, y yo puedo hacer todo lo que quiera.

SERAPIO. A otro con ese cuento; que por aquí no pasa. Mira tú que colorados tiene los ojos.

Luis. Me parece que no me habeis cogido nunca en mentira.
Perico. ¿Quieres que te creamos? Juega con nosotros.
Luis. Si es preciso para convenceros, corriente, yo jugaré.
Serapio. ¿Y en qué nos hemos de entretener?
Perico. ¡Calla! Ese gato se está aquí durmiendo, repantigado en una silla, sin hacerse el cargo de que nosotros estamos en pié.
Luis. Y es el de la vecina del cuarto segundo.
Perico. ¿De doña Eduvigis? ¿Esa vieja gruñona que nos bautiza así que nos oye chillar en el corredor?
Serapio. ¿Esa tia sin gustos que se ha ido á quejar á mis padres, y me han dado por ella una zurra? Que pague el gato las que nos ha hecho su ama. *(Le sujeta).*
Luis. ¡Pobre animal! ¿Qué culpa tiene él de eso? Eh, no le hagais daño.
Perico. No nos la vengas á echar de misericordioso. Ni yo trato mas que de atarle unas carretillas al rabo.
Serapio. ¡Famosa idea! Pónselas, que yo le tengo.
Luis. ¡Qué susto se va á llevar el pobre! y qué enfado para su ama!
Perico. Lo que yo siento es que no estará aquí para verlo, porque ahora quedaba en la zapateria de mas abajo. *(Perico saca del bolsillo á su tiempo un orillo de cuerda y un cortaplumas, corta un pedazo y ata con él al gato las carretillas á la cola).*
Serapio. Estate quieto, pichon: si esto no es nada: es para darte una leccion de volatinería.
Luis. ¿Y dónde vais á soltarle?
Perico. ¿Dónde? En ese patio: ahí le podremos ver saltar mas á gusto; y como es cerrado, no encontrará salida.
Luis. ¿Vais á arrojarle al patio? Le vais á matar.
Serapio. Le podemos descolgar en un sombrero.
Luis. No tomeis aquel, que es de don Vicente.
Perico. Auto en favor: ya que tantas veces nos ha fastidiado ese tio Regaña, sirva para nuestra diversion una prenda suya. La cuerda de mi cometa nos viene de perilla para todo.
Serapio. ¡Qué! ¿se quiere Vd. escapar, amiguito?
Perico. Ya está atada la cuerda al sombrero.
Serapio. Yo tengo yesca y fósforos: toma.
Luis. Prende la mecha de modo que no empiecen á estallar las carretillas antes que el gato baje.
Serapio. Ea, al patio con él.
Luis. Dejádmele bajar á mí, porque me temo que vosotros le vais á estrellar.
Perico. Bien, descuélgale á tu gusto. ¡Qué rato vamos á tener!
Luis. El pobre bicho no sabe lo que le pasa.
Perico. Despues será la fiesta. Ya saltó al patio. Recoge el el sombrero. Principiase la funcion: banderillas de fuego.
Serapio. *(Asomado á la ventana).* Por mas vueltas que des, no tienes escapatoria. Primera descarga: bien. ¡Anda, cómo brinca!
Perico. ¡Otra! ¡Ah, ah, ah! ¡Qué remolino hace! no se le ve, de listo que da las vueltas.
Los tres. ¡Ah, ah, ah!
Perico. ¡Voto á sanes! se ha metido por una gatera en el almacen de aguardiente.
Serapio. Y aun faltaban que disparar dos ó tres carretillas.
Perico. Se acabó la diversion. *(Remedando al gato).* Miau, miau. ¡Si doña Eduvigis lo hubiera visto!
Serapio. Entonces nos echa encima, no digo yo agua, sino aceite hirviendo.
Luis. ¿Qué ruido es ese que suena en el almacen?
Voces dentro. ¡Fuego, fuego!
Serapio. Fuego dicen.
Luis. ¿Si habrá prendido el fuego el maldito del gato?
Perico. Pues en el portal suena bulla tambien. Disputan con el portero..... Sube gente: ¿ois los pasos?
Serapio. Sálvese el que pueda.
Voces. ¡Fuego, fuego! ¡Socorro, vecinos!
(Perico y Serapio huyen: Luis se asoma un momento á la ventana, y cuando quiere huir tambien, es detenido).

ESCENA V.

Una Vieja, un Tendero, Vecinos. —Luis.

Vecinos. Él es, él es.
Tendero. De aquí es de donde ha salido el animal; mi medidor lo ha visto.
Vieja. Tenga Vd. cuenta de que ese alhaja no se nos escape.
Tendero. *(Cogiendo á Luis de un brazo).* ¿Con que Vd. es, seo pillo, el que ha dado lugar á que se me ardan cincuenta arrobas de aguardiente y se me quiebren cien botellas de licores?
Vieja. *(Cogiendo á Luis del otro brazo).* ¿Con que Vd. es, seo trasto, el que ha puesto carretillas á mi micho, dando lugar á que se haya ahogado en una tinaja de aguardiente?
Tendero. Yo le enseñaré á Vd. á que no vuelva á asustar la vecindad, pegando fuego á la tienda de un hombre honrado.
Vieja. Nosotros le enseñaremos á respetar hasta los ratones de los vecinos.
Luis. Pero, señores, ¿qué es lo que he hecho yo?
Tendero. ¡Qué es lo que ha hecho! ¿Se dará igual desvergüenza? Ya, ya le diremos á Vd. lo que ha sido.
Vieja. Y de modo que no lo olvide tan pronto.
Tendero. Esto es una picardía.
Vieja. Es una infamia.
Tendero. Pero me ha de pagar el perjuicio el doble de su valor.
Vieja. Y á mí me ha de abonar mi gato á peso de oro, como me llamo Eduvigis.
Vecinos. Bien hecho, sí señor: así, así.
Tendero. Y si al momento no me satisface, voy á llamar la guardia de ahí cerca.
Vieja. Si no me da un doblon por mi gato, voy á dar parte al señor juez.
Tendero. Veremos si hay justicia en Madrid.
Vieja. Veremos si se permite que le maten á una pobre muger los objetos de su cariño.
Tendero. A fé de Longinos Cambroneras, que me las ha de pagar. ¿Dónde está don Alfonso? Yo tengo que hablar con don Alfonso.

ESCENA VI.

D. Alfonso.—*Dichos.*

Alfonso. Aquí está: ¿qué me quiere Vd.?
Tendero. Que me satisfaga los estragos que su hijito de Vd. acaba de hacer en mi casa.
Vieja. Y que me indemnice de la pérdida de mi pobre minino, que valia un dineral.
Tendero. Ya sabe Vd. que me llamo Longinos y que ocupo el almacen de abajo. Estaba acabando de llenar una tinaja de aguardiente..... mientras subia del sótano un barril, entra en la trastienda un gato furioso, zámpase en la tinaja que estaba descubierta, suena el estallido de una carretilla, empieza á arder el aguardiente, se agarran las llamas á la anaquelería, y rebientan con el calor en un momento todos los licores que tenia embotellados. Esa habilidad ha hecho su hijo de Vd., que es el que ha descolgado al patio el gato de la vecina con una porcion de carretillas atadas á la cola.
Alfonso. Señor Longinos, mucho siento lo que le ha sucedido á Vd., pero nada puedo hacer en ello; si efectivamente mi hijo es el que ha hecho ese estropicio, arréglese Vd. con él; conmigo no va nada.
Tendero. Pues es menester que vaya: sino ¿quién me ha de pagar?
Alfonso. Señor, yo no lo sé; pero si mi hijo lo ha hecho, ha sido sin noticia mia, sin que yo haya tenido la menor parte. Yo no respondo de sus acciones.—Bien conoces que esto es justo, Luisito, y que yo no puedo responder de lo que tú hagas, no teniendo medio alguno para sujetarte á mi voluntad.
Tendero. Pues Vd. tiene que venir conmigo ante el juez del cuartel.
Alfonso. Quien tendrá que ir no soy yo; será mi hijo.
Tendero. Es que tal vez su hijo de Vd. dormirá esta noche en la cárcel: se lo prevengo á Vd.
Alfonso. Lo sentiré mucho; pero yo no lo puedo remediar.
Tendero. Pues conmigo no juega nadie: á la cárcel, al Saladero. Muchacho, ve y llama la guardia.
Vieja. Ya vienen los soldados aquí por haber oido las voces de fuego.
Luis. Papá, por Dios, no permita Vd. que me prendan los soldados: compadézcase Vd. de mí; no me deje Vd. llevar á la cárcel.
Alfonso. Pero, hijo, ¿qué derecho tengo yo para impedirlo, ni qué motivo tampoco? ¿No renunciaste á mi proteccion?

Luis. ¡Oh! vuélvamela Vd., y le obedeceré y haré todo lo que Vd. quiera.

Alfonso. ¿Me lo prometes? ¿Deseas verdaderamente que recobre yo mi autoridad?

Luis. Sí, sí señor: castígueme Vd. como quiera, con tal que no vaya preso.

Alfonso. Siendo así, señor Longinos, yo soy el que debo pagar á Vd. Pero para eso no creo que haya necesidad de recurrir al juez. Puede Vd. retirarse tranquilo: se tasará el daño, y le pagaré en el dia. *(A la vieja)*. Lo mismo la digo á Vd.

Vieja. Entonces.....

Tendero. Entonces se acabó: yo reclamo, Vd. satisface: pleito concluido. *(Vánse la Vieja, el Tendero y los vecinos).*

ESCENA VII.

D. Alfonso, Luis: *luego* D. Vicente, Serapio *y* Perico.

Alfonso. ¿Y dónde están tus camaradas, Luisito?

Vicente. Aquí se los traigo á Vd. Allá en la guardilla los he encontrado agazapados en un rincon, llenos de polvo y telarañas, y temblando como la hoja en el árbol.

Alfonso. ¡Muy bien, caballeritos! ¿Con que despues de haber instigado á Luis á quebrantar todos sus deberes, le han abandonado Vds. en el momento del peligro? ¡Bizarro modo de portarse! Mucho tiempo hace que yo notaba que los malos ejemplos y peores consejos de Vds. me echaban á perder mi hijo: hoy he adquirido una completa certeza de ello. Y como Luisito ha vuelto ahora á entrar bajo mi autoridad, deseo (y lo prevendré á sus padres de Vds.) que no tenga con Vds. trato ninguno, hasta que no hayan mudado de conducta. Pueden Vds. retirarse. *(Vánse Perico y Serapio).*

Luis. ¡Oh querido papá! Sírvase Vd. de perdonarme.

Alfonso. No, yo nada te tengo que perdonar. Bien sabia yo al darte esa libertad que abusarias de ella, y que dejándote seguir tu capricho, te esponias á cometer faltas: por eso debes conocer la necesidad de obedecerme.

Luis. ¿Y Vd., mi querido ayo, me volverá su amistad?

Vicente. Usted nunca la ha perdido, amado Luis; pero se aumentará, si cabe, puesto que se halla Vd. determinado á corregirse.

Luis. Cuente Vd. con ello: yo le obedeceré en todo, me aplicaré mucho, y me guardaré de replicar á nadie.

Alfonso. Harás muy bien, porque á nadie tendrá mas cuenta que á tí. Ahora, hijo mio, bien comprenderás que los padres pueden tener derecho para estorbar los desaciertos de sus hijos, una vez que los pagan. Y no solamente deben dar cuenta á la sociedad de los yerros de sus hijos; la deben muy estrecha á Dios, que se los ha confiado para que los crien, los instruyan, y los hagan hombres de bien.

Fin.

LA VELADA DEL HELECHO,

ó

EL DONATIVO DEL DIABLO.

Novela.

(Conclusion).

Era tan grande el vacío que dejaba el baron en aquella rústica sociedad, encantada con su presencia, que no fué posible reanimar los espíritus, y á la primera campanada de las doce todos se apresuraron á separarse, los mas para ir á dormir tranquilamente, descansando de los placeres de la velada; algunos para pensar en ellos, y la hermosa Ida para contar hora tras hora en fatigante insomnio, pues se hallaba enteramente perturbada por la inesplicable conducta de su amante en los últimos momentos que habia pasado junto á ella. ¿Qué origen pudo haber tenido la profunda preocupacion en que cayó el jóven, haciéndose sordo é insensible á la voz que hasta entonces ejerció siempre tan gran poder en su alma? ¿Por qué se habia alejado Késsman despreciando una hora mas que podia pasar junto á su amada? ¿Se habria enojado contra ella? ¿Estaria realmente celoso del baron? Pero de todos modos ¿qué significaba aquella salida súbita y desordenada? ¿Adónde habia ido?

La pobre Ida no podia adivinarlo, por mas que martirizase su pensamiento en aquella noche de vigilia, mas yo me apresuraré á sacar de iguales dudas á los amabilísimos lectores, que se dignen dispensar al héroe de mi historia sus lisongeras simpatías, haciéndoles saber dónde se encuentra Késsman, en tanto que vela pensando en él su interesante Ida.

Oscura por demás estaba la noche en el momento en que abandonó el page la casa de Juan Bautista. Solo le alumbraban de cuando en cuando los relámpagos, que, como fugaces sierpes de fuego, se tendian y desaparecian instantáneamente sobre las montañas. Algunas gotas de lluvia comenzaban á desprenderse de las densas nubes que envolvian al firmamento, y el viento que las movia al parecer con trabajo, dejaba oir fuertes y penetrantes bramidos, confundiéndolos con los retumbantes ecos del trueno que rodaban incesantemente desde aquellas alturas.

Arnoldo respiró con avidéz los soplos de la tempestad, y recibió la lluvia en su cabeza descubierta como si quisiera apagar con ella el devorante pensamiento que sentia abrasarla. Andaba de prisa, y cuando brillaba la siniestra luz de los relámpagos, volvia los ojos atrás con notable azoramiento como recelando ser seguido y acechado por algun malicioso espía.

El castillo de Montsalvens, cuyas ruinas se enseñan todavia al viagero, estaba situado al declive del puntiagudo Mont-Merlan, guardando, por decirlo así, á la villa de Bruck, que se estiende á la orilla derecha del Sarine, en la confluencia de dicho rio y de los torrentes de Jogne y de Treme; pero no era esta la direccion que tomaba Arnoldo Késsman. Encaminábase hácia al S. E. del Moleson, y al cabo de media hora de marcha se encontró á la entrada de un sendero sombrio, del cual se oia salir la amenazante voz de un torrente sobresaliendo aun entre los bramidos de la tempestad. Detúvose allí el mancebo: gruesas gotas de sudor se mezclaban en su frente con el agua que destilaban sus empapados cabellos, y si alguna vista humana hubiera podido contemplar en medio de las tinieblas la mortal palidez que le cubria, su mirar estraviado, sus rodillas trémulas, y la espresion de cruel vacilacion que se pintaba en todas sus facciones, hubiera creido sin duda hallarse presenciando los últimos esfuerzos de la razon y del instinto contra el atroz pensamiento del suicidio. Sin embargo, Arnoldo no iba á buscar la muerte; sin que nos atrevamos á decir por esto que era menos culpable y horrorosa la idea que se albergaba en su alma. ¡Tenia delante de sus ojos *el camino de Evi!*

Todavia existe allí, tal cual estaba en la época de que hablamos, aquella ruta abierta en peña viva, y encajonada, digámoslo así, en los bordes de un hondo precipicio en cuyo fondo muge incesantemente aprisionado entre murallas de piedras que apenas dejan paso á la luz del dia, un espumoso torrente. Los ganados que tienen sus pastos hácia aquella parte del Moleson toman por lo comun aquel sendero, pero los pastores no dejan entrar sus reses sino de dos en dos, ó de tres en tres, y el cura del lugar, con el hisopo en la mano, los espera allí para bendecirlos antes de que penetren en aquella especie de abismo.

Nadie empero se hallaba allí en tan tempestuosa noche para dar una bendicion al desdichado huérfano, que dominado casi á su pesar por sus ideas religiosas, mas empujado por la irresistible fuerza de una pasion delirante, se adelantaba y retrocedia repetidas veces delante de aquella entrada tenebrosa que bien podia representar una de las bocas del infierno. De repente se le ocurrió que mientras perdia el tiempo en cobardes vacilaciones acaso estaba á punto de sonar la hora solemne de la media noche... un vértigo inesplicable se apoderó entonces de su turbada cabeza; pensó que llegaban hasta su oido las palabras que la vieja Margarita habia dirigido un siglo antes á aquel otro amante tan desesperado como él.—*¡Tened valor!* y desatentado, loco, con el cabello herizado y las trémulas manos estendidas hácia adelante, se precipitó entre las tinieblas por la angosta garganta del precipicio.

Los campanarios de Neirivue y de Albenve, villas cercanas á aquel lugar, daban en el mismo momento las doce. ¡Aquella era la hora precisa de la aparicion del diablo!

El ruido de las pisadas de Késsman habia cesado de per-

cibirse ya, y sin embargo, á la pálida luz del relámpago se hubiera podido descubrir una figura siniestra que se adelantaba evidentemente á la entrada de la gruta.

IV.

Era el 27 de junio: habian trascurrido tres dias desde la noche de la velada y Arnodlo Késsman no habia vuelto á aparecer por la casa de su querida. No era ciertamente la primera vez que pasase tanto tiempo, y aun otro mas dilatado sin verse nuestros jóvenes; pues distaba cerca de tres leguas el castillo de Montsalvens, y no siempre alcanzaba permiso el page para ir á pasearse á Neirivue, ni tenia proporcion de escaparse sin que se notase su ausencia. Nunca, empero, habia sido tan alarmante y dolorosa para Ida la separacion de su amante como lo era la vez á que nos referimos: la doncella que no podia esplicarse á sí misma satisfactoriamente la conducta de aquel en las últimas horas de la velada, ansiaba ocasion de hablarle, y despues de pasar tres largos dias en inútil espectativa, resolvió hacer ella alguna diligencia para encontrar á aquel que parecia olvidarla. Era domingo y tales dias, en la buena estacion, solian las zagalas subir al Moleson en las primeras horas de la mañana para correr y bailar á sus anchuras aprovechando la festividad. Arnoldo habia asistido algunas veces á aquellas reuniones matutinas, y no dejaba Ida de tomar parte en ellas siempre que Juan Bautista se hallaba favorablemente dispuesto en el instante de pedirle su permiso. Por fortuna sucedió asi el dia 27 de junio, y la jóven, que no habia dormido mucho la noche anterior, saltó del lecho á los primeros gorgeos de las aves que saludaban al alba, y vistiéndose con ligereza corrió á juntarse á la lozana tropa juvenil que iba á emprender la subida al compás de los tamboriles y zampoñas.

Estaba alegre y fresca la madrugada, y las muchachas gozosas y juguetonas como los pájaros que saltaban trinando entre las ramas de los árboles, y como los corderos y ternerillos que triscaban subiendo por las hervosas faldas de la montaña; pero nada alcanzaba á distraer á nuestra heroina de sus amorosas inquietudes, y en medio del regocijo de la naturaleza parecia presentir su corazon que aquel dia que comenzaba tan sereno y tan puro, seria origen para ella de graves é inesperados sucesos.

El Moleson, elevado 1997 metros sobre el nivel del mar, notable por su forma pintoresca, por sus riquísimos pastos y por las plantas útiles y raras que abundan en él, es ademas uno de los puntos de mas hermosas vistas que pueden gozarse en aquella parte de la Suiza. No lejos de su cúspide se eleva tambien la del Jomman, desde la cual esclamaba trasportado el célebre autor del Childe-Harold:—«¡Esto es hermoso como la ilusion de un sueño!» En efecto, asi en aquella altura como en la del Moleson admira embelesado el viajero uno de los cuadros mas grandiosos que puede presentar la naturaleza. La vista se estiende por todo el rico territorio de Friburgo, contempla el de Vaud encajonado entre elevadas cumbres; recorre gran parte del de Berna, Soleure y Neuchatel, con su borrascoso lago; alcanza las amenas orillas del Morat, y siguiendo la inmensa cordillera del Jura, penetra en el Canton de Basilea; descubre la Saboya y el bajo Valais, y se pierde en el magnífico anfiteatro de los Alpes.

Las vacadas y rebaños de las cercanías cubrian las pendientes de la montaña, y mientras los pastores que las custodiaban se reunian á las jóvenes y preparaban sentados en la yerba un desayuno frugal, Ida de pié en lo mas elevado de la cima tendia á un lado y á otro sus afanosas miradas, indiferentes sin embargo, al soberbio espectáculo que se ofrecia ante ellas. ¡Arnoldo no estaba allí! ¡Arnoldo no aparecia por ninguna de las subidas del monte!

Ida, para quien ningun atractivo tenia ya aquella fiesta campestre, se escabulló sin ser notada en el instante en que se disponia una contradanza, y comenzó á bajar sola y triste por el sendero mas corto. Insensible á la fatiga y á los ardores del sol no hizo la menor parada durante el camino, y apenas podrian ser la once de la mañana cuando se encontró otra vez á la puerta de su casa. Un grito de jubilosa sorpresa se escapó al punto de su pecho: ¡Arnoldo la aguardaba en los umbrales! Hasta aquel momento no habia sentido su cansancio la preocupada jóven: entonces no pudo resistir á este y á su emocion, y cayó casi desfallecida en los brazos de su amante. Arnoldo la estrechaba apasionadamente sobre su corazon; pero no articulaba palabra, y era tan singular la espresion de su rostro que ni el observador mas hábil hubiera podido decidir si indicaban satisfaccion ó enojo, placer ó dolor, esperanza ó pavura.

—¡Cuánto he deseado veros! dijo por último la doncella. Dadme el brazo Arnoldo, y entremos en mi casa: necesito sentarme: apenas puedo tenerme. He subido y bajado la montaña en busca vuestra, y aunque estoy acostumbrada á largas caminatas, y el gozo que siento ahora me hace dulce la fatiga, con todo, me encuentro verdaderamente rendida. ¿Qué os habeis hecho? prosiguió con ternura, mientras subia apoyada en el mancebo la empinada escalera de su morada. ¿Os ha sido imposible hasta ahora alcanzar permiso del conde para venir á Neirivue?

—De hoy en adelante, respondió Arnoldo, no será menester licencia de nadie para veros! He dejado el servicio del señor de Montsalvens.

—¿Habeis sido despedido, Késsman?

—No, Ida, me he despedido yo: ¿soy acaso siervo del conde? ¿No está á mi arbitrio servir á quien me acomode?

—Pareceis muy alterado, amigo mio: ¿habreis recibido algun injusto castigo? ¿alguna afrenta? ¿Tuvisteis la desgracia de irritar á vuestro señor?

—No: le he dicho simplemente que no me convenia permanecer mas tiempo á su servicio porque iba á casarme.

—¡A casaros!

—De eso queria hablaros.

—¡Arnoldo! temo que no esté muy en caja vuestra cabeza. Estais demudado, y luego, decis unas cosas!

El ex-page pasó sus manos por su frente y sus cabellos cual si quisiera borrar todas las señales de la estraña turbacion que leia la doncella en su semblante, y dijo luego con acento mas tranquilo.

—Si, Ida: espero obtener vuestra mano y quisiera hablar hoy mismo á vuestro padre. ¿Sabeis dónde se halla?

—Miradlo venir hácia aquí; pero qué pensais decirle, Késsman? ¿No estais persuadido vos mismo, de que jamás consentirá?..

—Callad, Ida, y dejadme con él; mas no, pronunciad antes que estais pronta á ser mi muger si vuestro padre lo aprueba.

—¿Podríais dudarlo? pero decidme vos en nombre del cielo, Késsman...

Antes que pudiera terminar su frase la sorprendida jóven entró Juan Bautista en la estancia, y al encontrar á su hija sola con Arnoldo frunció su poblado entrecejo y aun hizo ademan de querer espresar su descontento con alguna ruda palabra, que ya acudia á sus labios, cuando adelentándose el jóven le dijo resueltamente.

—En vuestra busca vengo, señor Kéller; necesito hablaros.

—¡Hacedlo pues! respondió con sequedad el ganadero, sentándose junto á una mesa en la que empezó á desenvolver un gran paquete de pólvora que acababa de comprar.

—Debeis conocer (dijo acercándose Arnoldo, mientras Ida toda amedrentada se arrinconaba al estremo opuesto de la sala); debeis conocer, señor Kéller, que hace mas de un año que amo apasionadamente á vuestra hija, y no concibo felicidad posible si no alcanzo que me la deis por muger.

—Hum! ¿qué decis? pronunció Juan Bautista soltando su paquete y mirando al jóven pasmado de su audacia. ¡Daros por muger á mi hija!

—Esa es toda mi ambicion, repuso aquel, perdiendo visiblemente la serenidad con que comenzó á esplicarse.

—Bien lo comprendo, dijo con maligna sonrisa el ganadero. Ida es hija única de un hombre que puede alfombrar con sus quesos todo el camino de Neirivue hasta el Moleson: pero aunque me hagais la justicia de creer que no soy ni avariento ni orgulloso, bien podríais conocer que no es posible consienta en entregar mi heredera á quien nada posee en el mundo. No es justo que Ida compre á su marido; ¿entendeis? Hay un antiguo refran que dice: para que un casamiento sea dichoso es menester que uno de los dos lleve el almuerzo y el otro la comida.

—Eso me parece muy bien, replicó el jóven; pero no presumo que exijais sea un potentado vuestro yerno.

—No, ciertamente, dijo Kéller: ni un potentado ni un

mendigo: ni mas ni menos que mi hija: pero sabed, Késsman, que el dia que se case Ida, llevará por dote á su marido un *alpage* de primera clase con una *sennte* (1) de 200 vacas de las mejores del pais, con la añadidura de 300 ducados de Berna (2) en buena moneda de oro.

—¿Os bastaria, dijo Arnoldo, que esa dote pudiera ser aumentada por el marido de Ida con mil piezas de oro de treinta y dos *franken*? (3)

—¿Qué duda cabe? contestó el ganadero que no sabia qué pensar de todo aquello. Os he dicho que no ambiciono por yerno un potentado, que me contento con que mi hija no caiga con su dote en manos de un descamisado: esto no lo digo por vos, Arnoldo; no trato de ofenderos en lo mas leve. Si se le presenta un partido ventajoso, y por tal estimaria al mozo que comenzase su carrera con mil piezas de oro de 32 franken, no solo lo aceptaria gustoso sino que hasta aumentaria la dote de la niña con 50 vacas mas.

—Pues yo venia precisamente á rogaros, señor Kéller, que me guardeis en depósito esa suma, que traigo encima y que me pesa sobrado, dijo el jóven desenvolviendo su talle de dos anchas fajas elásticas que tenian por entretela lucientes monedas de oro, las cuales empezaron á caer sobre la mesa á medida que las sacaba su dueño de aquella especie de cárcel.

Juan Bautista con los ojos desmesuradamente abiertos y atentos los oidos al sonido del metal (pues no se fiaba del testimonio de un solo sentido) miraba sucesivamente á Arnoldo y al dinero, sin acabar de persuadirse con todo eso de que era realidad lo que pasaba á su vista.

—Aqui teneis mil piezas de 32 franken, dijo Késsman cuando acabó de amontonar delante del ganadero todo el oro que traia: podeis contarlas si gustais.

Hízolo asi Juan Bautista mientras su interlocutor aprovechando el momento, buscó con los ojos á Ida, que alelada con lo que presenciaba desde su rincon apenas podia decir si estaba despierta ó dormida. El jóven se acercó á ella, la tomó por la mano, y el ganadero se halló con entrambos enfrente cuando concluyó la cuenta.

—Mira, Ida, mira, dijo trasportado: ¡mil piezas de oro de 32 franken! De Arnoldo; todo es de Arnoldo! no es asi, mi guapo Késsman? vuestro esclusivamente?

—Sí, señor Kéller; esa suma me pertenece, y si ella os parece suficiente para equilibrar mi posicion con la de Ida, los dos os suplicamos ahora que señaleis sin demora el dia de nuestra anhelada union.

—Ningun inconveniente veo, respondió Juan Bautista; ¿pero sabeis que no hubiera sospechado jamás fuese tan generoso el conde de Montsalvens? ¡Mil piezas de oro de 32 franken!... Creo ahora positivamente, mi querido Arnoldo, que era fundada, exacta la suposicion que hacian en el lugar... sí, el señor de Montsalvens es vuestro padre.

—No es el conde de Montsalvens quien me ha hecho ese donativo, repuso el mancebo bajando los ojos y cambiando de color dos ó tres veces en un minuto.

—¡No ha sido el conde!... pues mirad, me alegro Arnoldo; me alegro que no debais la vida ni la fortuna á ese usurpador de los dominios agenos. Pero decidnos pronto, decidnos quién es el protector generoso...

Arnoldo le interrumpió diciendo con tanto enfado como descontento:

—Os ruego encarecidamente que no me hagais pregunta ninguna: debeis comprender que hay á veces circunstancias... circunstancias graves que exigen secreto, y...

—Estoy en todo; dijo Kéller, queriendo prestar á su ancha y mofletuda cara un aire de sútil penetracion. Hay mezcladas en este negocio personas de importancia; se sabe que perteneceis á una noble familia: todos lo dicen asi, vuestros padres, ó ilustres parientes os habrán hecho ese regalo para que podais estableceros: nada mas natural; pero en fin, cuando uno no ha nacido con autorizacion del cura párroco es menester que las cosas se hagan con cierto misterio, sobre todo tratándose de gentes encumbradas. En mi concepto, nada os perjudica, querido jóven, nada absolutamente el que seais... pues; el que vuestros padres no puedan reconoceros públicamente: no por eso dejais de ser noble y tener derecho á que miren por vos, como ya, á Dios gracias, empiezan á hacerlo. ¡Oh! yo os aseguro què debeis esperar mucho de la ternura paternal tanto tiempo reprimida. Decidme solamente...

—¡Nada! nada sobre este particular, mi amado señor Kéller, le interrumpió Arnoldo: vuelvo á suplicaros que no me hagais preguntas que me hacen padecer, porque no debo, no puedo responder á ellas. Básteos saber que ese dinero es mio, y tened la bondad de guardarlo, pues habiendo dejado para siempre el castillo de Montsalvens é ignorando aun donde he de albergarme esta noche, no quisiera tenerlo conmigo.

—Quedais desde este instante instalado en mi casa... en la vuestra, hijo mio, pues ya la debeis considerar como propia; ve, Ida, haz que la criada disponga para Arnoldo la salita verde del segundo piso.

La jóven obedeció corriendo y saltando de gozo. Las suposiciones de su padre respecto á la procedencia del súbito caudal de su amante habian parecido á Ida completamente satisfactorias, y cualesquiera que hubiesen podido ser los temores que se le ocurrieran en el primer momento de tan extraordinaria sorpresa, todos quedaron agradablemente disipados, dejando reinar absoluta la seductora idea de que nada se oponia ya á la ventura de su amor; que iba á ser en breve para ella un deber tan dulce como sagrado. Mientras tanto habia sacado Kéller de un escaparate una bolsa de piel de gamuza, en que guardó el dinero diciendo durante esta operacion á su futuro yerno, que la miraba en silencio.

—Puesto que deseais señalemos hoy el dia de la boda y que os quedais en casa desde luego, creo, mi buen Arnoldo, que lo mas pronto es lo mejor, para evitar hablillas y murmuraciones del lugar. Asi, pues, id vos ahora mismo á prevenir al cura, á fin de que todo se arregle con la brevedad posible, y yo por mi parte avisaré al escribano y daré parte á los amigos; pues si no lo llevais á mal celebraremos mañana el contrato y la comida de boda, y al dia siguiente, ó el último del mes que cumple Ida sus diez y ocho años, se puede verificar la ceremonia nupcial.

—Me parece muy bien, respondió Késsman, y espero que me dispenseis ademas el obsequio de ser nuestro padrino.

—Sí que lo seré, hijo mio; pero ¡maldita casualidad que se haya marchado hoy al amanecer á Friburgo ese baron de Charmey! Si estuviera en su castillo él y no otro os acompañaria al altar: ¡Oh sí! es bien seguro que lo haria con mil amores. Pero no está! me lo ha dicho William esta mañana.

—Renunció sin pena al honor de tener por padrino á ese personage, dijo Arnoldo, que aun no habia olvidado las atenciones del jóven baron hacia Ida; me agrada mas que lo seais vos, señor Kéller.

—Bien, bien, yo os lo agradezco infinito: ¡Eh! he aquí ya bien encerrado vuestro oro: voy á meterlo en mi arca y saldré al instante á cumplir mi parte de diligencias. Marchad vos á casa del cura: ya conoceis el adagio, *casamiento y caldo escaldando*. Hasta la vista, buen mozo! dadme un abrazo: ¡asi! ¿vendréis á comer *en familia*, ¿no es verdad?

—Estaré de vuelta antes de una hora.

—Corriente; dareis conversacion á vuestra futura hasta las dos ó las tres que vuelva yo. La dejo confiada á vuestra honradez; sé que sois un escelente chico y que nada anticipareis.

(Continuará.)

G. G. de Avellaneda.

(1) En Suiza se da el nombra de *alpage* ó *alpe* á la estension de terreno de pasto que es propiedad de alguno, y se llama *sennte* el número de vacas que se alimenta de él. El valor de un *alpage* varia segun su estension y la calidad de su pasto.

(2) El ducado de oro de Berna equivale á poco mas de 11 francos y medio de Francia.

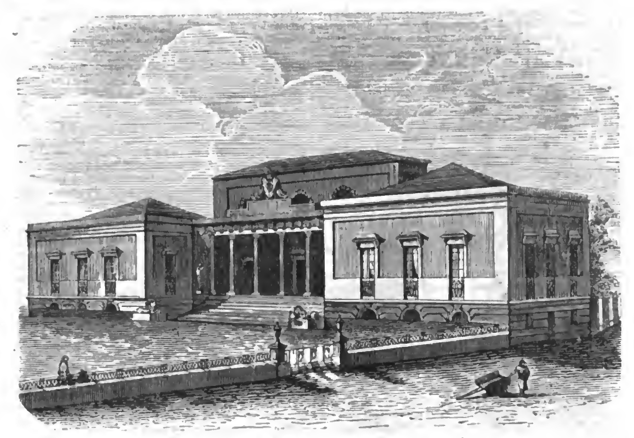
(3) Cada pieza de oro de 32 franken vale en el cambio con la moneda francesa 47 francos y 42 céntimos, Es decir, nueve duros españoles próximamente.

Solucion del geroglifico publicado en el num. anterior.

Las suscriciones de medio año concluyen en este número.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, numero 26

MADRID: Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, núm. 4.



CASA CIUDAD DE VITORIA.

La *Casa-Ciudad* de Vitoria, es un edificio moderno, que hace honor á la diputacion foral, á la cual se debe; su sencilla pero elegante fachada es tal cual la representa la vista que ofrecemos. El lujo de este palacio empieza desde el pórtico, cuyas paredes están vestidas de estuco bruñido, con todas las apariencias de mármol. El gran salon de juntas, es de forma oval y lucen en él elegantes molduras, las del techo especialmente, de una ejecucion perfecta. El gabinete ochavado que se abre en el fondo de dicha sala, es asimismo de mucho gusto y no menos riqueza que las otras dependencias del edificio. El archivo, las oficinas, los almacenes, y finalmente los jardines de la Casa-Ciudad, todo se halla dispuesto con acierto. En suma, el edificio de que nos ocupamos, erigido en medio de las revueltas y trastornos porque ha pasado nuestro pais, es una de las mejores obras que en España se han levantado en el siglo actual.

MOTIN CONTRA ESQUILACHE.

ARTICULO PRIMERO.

(Continuacion.)

Varios dias trascurrieron sin otra novedad notable: acercábase la Semana Santa, y era de presumir que llamada la atencion del pueblo hácia las festividades de la iglesia, no llegaria á turbarse el sosiego de la córte. Del mismo modo se pasó la mañana del domingo de Ramos, que este año cayó en el 23 de marzo; mas serian las cinco de la tarde cuando el oficial de la guardia del cuartel de inválidos, situado entonces en la plazuela de Anton Martin, reparó en un hombre que con sombrero gacho y capa larga se paseaba sosegadamente. Acercóse á él y le dijo:—*paisano ¿no sabe Vd. la órden de S. M.?—La sé*, respondió el embozado. *—Pues ¿por qué no la obedece Vd. y se quita eso?—Porque no me da la gana*, replicó nuevamente sin turbarse. Llamó el oficial á los soldados; salieron estos; el paisano tiró de una espada que llevaba oculta y se fué hácia ellos, y dando al mismo tiempo un silbido, acudieron en su auxilio y con armas unos treinta hombres que allí cerca estaban embozados, lo cual visto por los soldados y el jefe, juzgaron conveniente retirarse al cuartel y dejarles el campo libre.

Esta puedo decirse que fué la señal del levantamiento. Formados los paisanos en ala, se dirigieron la calle de Atocha arriba á los gritos de ¡viva el rey, viva España y muera Esquilache! Detenian á cuantas personas encontraban, obligándolos á repetir sus voces, á desapuntar los sombreros si los llevaban de picos, y á incorporarse con ellos para que aumentasen el tumulto. De esta suerte llegaron á la plaza Mayor, donde reunidos con otro grupo que desde la plazuela de la Cebada venia dando los mismos gritos, tomaron la puerta entonces dicha de Guadalajara. Encontráronse allí con el duque de Medinaceli, que como caballerizo mayor del rey, venia de palacio en su coche: llegáronse á él y le dijeron que era menester volviese á palacio á decir al rey que el pueblo pedia la cabeza de Esquilache; y aunque el duque mostró alguna repugnancia, tuvo que condescender y dar al punto la vuelta, seguido de un inmenso gentío que á cada paso se acrecentaba.

No se habia dado hasta ahora señal alguna de agresion por parte de los amotinados, ni se creia que osasen apelar á las armas para el logro de sus intentos: así que se contentó el rey con venirse inmediatamente de la casa de campo donde estaba cazando, y con dar órden á los guardias de corps y á los guardias españolas y walonas, única tropa que habia en Madrid, para que no hiciesen uso de la fuerza. Oida la comision de Medinaceli, respondió que se aquietase á los amotinados con buenas razones y se les diese alguna esperanza con que entretenerlos, para ver en este tiempo lo que debia hacerse. Ocupaban ya la plaza de Palacio mas de tres mil personas que sin temor á la guardia, ni reparo al lugar en que se hallaban, proseguian gritando con ahinco, pidiendo la vida de Esquilache, y desfogando su furor en palabras injuriosas; tanto, que fué menester cerrar la puerta del real alcázar; y viendo que no cesaba, sino que por el contrario iba aumentándose cada vez mas el griterío, salió el duque de Arcos, capitan de guardias de corps, y en nombre del rey les dijo que se tranquilizáran y se retirasen, que lo que pidiesen se les otorgaria; á lo cual replicaron todos á un tiempo con las voces de ¡viva el rey y muera Esquilache!

Cansados ellos mismos de tanto escándalo, fueron saliéndose de la plaza, y se repartieron en cuadrillas para recorrer todos los barrios y calles de la capital. Un tropel de mas de mil personas se encaminó á la casa del ministro

su enemigo, que estaba al fin de la calle de las Infantas, y era la llamada de las Siete Chimeneas. Fortuna fué del buen marqués no hallarse casualmente en ella, pues estaba de campo, y tan ajeno de lo que pasaba, que cuando llegó á la puerta de Alcalá y se enteró de la causa del motin, tomó la ronda adelante, segun afirman algunos, y á buen páso se metió en palacio por la entrada del campo del Moro: el pueblo sació su rabia allanando su casa y llevándose lo que encontraron de comer, pues aunque intentaron pegarla fuego, desistieron de tan mala idea y se contentaron con hacer pedazos todas las vidrieras. Esta misma suerte tuvieron la del marqués de Grimaldi, que habitaba en la calle de San Miguel, y la del Sr. Rojas, obispo de Cartagena y gobernador del Consejo, que la tenia enfrente de las monjas de Santo Domingo el Real.

Roto una vez el freno de la obediencia, no perdona el populacho ni aun las cosas que le son mas útiles; y asi acordándose de los faroles del alumbrado comenzaron á quebrarlos todos, diciendo que no habia de quedar ni aun aquel recuerdo del traidor napolitano; solo respetaron los que tenia en su manzana la casa del duque de Medinaceli, que á este señor miraban todos con particular afecto. Luego que llegó la noche se proveyeron de achones con que alumbrarse. Detenian á cuantos coches encontraban y metian dentro las luces para reconocer quien iba en ellos, obligando á desapuntar los sombreros á todo el mundo, aun á los cocheros y lacayos. Halláronse una vez con el embajador inglés, y queriendo dar sin duda un testimonio público de sus opiniones, prorumpieron en aquel dicho vulgar de *con todo el mundo guerra, y paz con Inglaterra*, en lo cual seguramente anduvieron mas que políticos, oportunos. Al fin por lo avanzado de la noche y por el cansancio del dia determinaron recogerse, y cada cual se encaminó á su casa con firme propósito de no abandonar la empresa á menos que el monarca no diese oidos á sus clamores.

Sin embargo pasáronse tranquilamente las primeras horas del siguiente dia: discurria el populacho por las calles, y todos con sombrero de tres picos, aunque muchos con armas, otros con palos y piedras, de las que pudieron hacer suficiente acopio en la plaza Mayor, que á la sazon se estaba empedrando. Confiados quizá en que el rey les daria alguna satisfaccion, permanecieron al principio silenciosos, mas viendo los principales puntos ocupados en hostil apariencia por la tropa, volvieron á los gritos del dia anterior y á ponerse los sombreros gachos, que era como enarbolar nuevamente la bandera de la discordia. Esta disposicion tan poco lisongera de los ánimos vino á exasperarse por una imprudencia de los walones, cuyo carácter de extrangeros los hacia tambien bastante odiosos á los amotinados. Un piquete que habia inmediato al arco de Palacio hizo fuego sin saberse con qué motivo, y cayeron dos mugeres, una muerta y otra herida. Acometiólos la plebe furiosamente; se apoderaron del soldado á quien creyeron autor de estas desgracias, le mataron á pedradas, y no sabiendo cómo saciar su cólera, llevaron arrastrando su cadáver por la calle Mayor y puerta del Sol, y por las calles de la Montera y de Carretas. A la entrada de esta última habia otro piquete de walonas, los cuales se mantuvieron quietos á pesar del triste espectáculo que tenian delante y de los insultos que se les dirigian; mas no fueron tan sufridos otros que estaban en la plaza Mayor, pues al ver la inhumana complacencia de aquella turba, dispararon sus fusiles, y en un instante se vieron destrozados y dispersos. Uno murió allí mismo y su cuerpo fué arrastrado hasta la puerta de Toledo donde intentaron quemarle: dos que iban huyendo perecieron en la calle de las Fuentes, y otros dos al entrar en la plazuela de Santo Domingo. En el cuartel de la de Herradores acontecieron tambien desgracias. Felizmente se habian precavido hasta ahora estos desastres, pero una vez sucedidos, no era fácil prever á qué número llegarian.

Sobresaltose el rey con la nueva de tales ocurrencias, porque no esperaba tanto furor y atrevimiento del paisanage; y como quien se ve cercano á un grave riesgo, acudió al punto á oir el dictámen de sus consejos y de varios personages que se habian reunido en el palacio. La primera resolucion fué despachar correos para que sin demora viniesen los regimientos que estaban mas próximos á la capital; y por si el pueblo se daba á partido buenamente, se determinó despues que saliesen á tranquilizarle dos sugetos que mereciesen su confianza. En su consecuencia fueron elegidos el duque de Arcos y el de Medinaceli, que en efecto salieron por la calle Mayor hasta la puerta del Sol, escoltados por un piquete de guardias de corps. Ambos procuraron calmar la irritacion de los ánimos con blandas palabras y promesas de que S. M. les concederia cuanto pidiesen; mas al poner por condicion que dejasen pasar tres dias, no pudieron proseguir hablando: el innumerable auditorio que los escuchaba comenzó á dar voces de desaprobacion que los obligaron á retirarse.

Viendo ineficaz este medio, se apeló á otro mas ingenioso. Habia en el convento de san Gil un famoso misionero público llamado el padre Cuenca, de gran prestigio para con el pueblo. Este se encargó de apaciguar el motin, y con un crucifijo en la mano, una soga al cuello, y en la cabeza una corona de espinas, se asomó á un balcon que caia junto á la puerta de Guadalajara. Prestóle atencion el populacho; mas al ver el rumbo que daba á su discurso: «déjese de predicarnos, padre, le dijeron, que somos cris»tianos por la gracia de Dios, y lo que pedimos es cosa »justa.» Varió entonces de tono el religioso, y les manifestó que iria á hablar con el rey si le decian lo que solicitaban; lo cual oido por uno que en el hábito parecia clérigo, contestó que él estenderia la peticion, si lo tenian á bien; y aprobándolo todos, sacó papel y tintero, y leyó á poco rato las condiciones siguientes:

1.ª Que salga desterrado de España el marqués de Esquilache con toda su familia.—2.ª Que salgan asimismo de la corte los guardias walonas.—3.ª Que hayan de ser españoles los ministros de S. M.—4.ª Que el pueblo vista segun su costumbre.—5.ª Que se quite la junta del abasto y se pongan los víveres por obligados.—6.ª Que se bajen los comestibles, y salga S. M. para dar palabra de cumplirlo.

Oyó el concurso estos capítulos con grande algazara y muestras de beneplácito, y tomándolos el padre, se dirigió á palacio para presentárselos al rey. Todos esperaban impacientes el resultado, cuando á poco tiempo volvió el mismo padre diciendo que S. M. otorgaba cuanto pedian; mas que no juzgaba prudente dejarse ver de sus vasallos en el estado de alteracion que los ánimos esperimentaban: que fué mostrar una desconfianza de que necesariamente debia ofenderse el pueblo; si bien reflexionado el caso detenidamente, no estaba demas tanta cautela, en primer lugar porque no era fácil conocer aun, siendo tan fútil á primera vista, el verdadero designio de la conmocion, y despues por el carácter de esta y por el inmenso número de personas que la componian, entre las cuales se hallaban las mas bajas de la plebe, y hasta las mugeres de la galera, á quienes se habia dado suelta sin duda para que hiciesen bulto en el motin, y con sus gritos alentasen á la muchedumbre.

Cuando mas acalorados estaban los revoltosos, salieron por las calles tres alcaldes de corte con varios alguaciles y un escribano, y fijaron carteles en que mandaba el rey se rebajase dos cuartos en pan, tocino, aceite y jabon, que eran los artículos mas subidos, pues el pan valia á doce cuartos, la libra de tocino á veinte, y el aceite y jabon á diez y ocho; mas esta rebaja lejos de satisfacer al pueblo, se tuvo por muy mezquina; y como la energía de las pasiones en tales casos no permite espresarse por indicios, sino por obras, hubo algunos tan insolentes, que á vista y paciencia de los alcaldes arrancaron los carteles y los hicieron trizas.

Esto encendió la cólera del rey, é irritó sobre manera á varios de sus consejeros que andaban hasta entonces indecisos y aun temerosos. El duque de Arcos, capitan de guardias de corps de la compañía española, y el conde de Priego, coronel de guardias walonas, opinaron que debia llevarse todo á sangre y fuego, y sujetar al pueblo con las armas: voto nada estraño en el conde, que ademas de ser francés, hablaba como resentido de los ultrages hechos á su cuerpo, y así no pareció tan vituperable como el del duque: pero á todos venció la templanza del marqués de Sarriá, coronel de guardias españolas, el cual con prudentes razones, y con poner delante de los ojos los males que acarrea un rigor extemporáneo, desbarató los argumentos de aquellos é hizo renacer en el pecho del rey sus sentimientos generosos.

Salió pues, S. M. á uno de los balcones de palacio, despues de haber ordenado que se dejase entrar en la plaza á todo el mundo, y fué tal el gentio, que con ser aquel sitio tan anchuroso, quedó mucha gente fuera. El padre Cuenca se colocó en otro balcon inmediato con un papel en

la mano, y haciendo seña para que callasen, pues todo era vivas y confusion y aclamaciones, quedó la plaza en el mayor silencio. Leyó entonces el papel, que era el de las peticiones, y el rey las aprobó todas en alta voz, prometiendo ademas que se bajarían cuatro cuartos en cada libra de los mencionados artículos, para cuyo cumplimiento empeñó su real palabra. Decir los estremos de alegría á que se entregó con este motivo aquel inmenso auditorio sería tan prolijo como imposible. Las voces de ¡viva el rey! repetidas unas cien veces con indecible entusiasmo; los aplausos espresados por cada cual á su manera, los sombreros volando por el aire en la mas estraña confusion; todas aquellas almas entregadas á un mismo afecto, todos aquellos rostros esplicando una misma idea; finalmente, aquel movimiento universal y aquel interminable griterío debian infundir tanto mayor júbilo, cuanto mas lamentables eran las desgracias ocurridas y mas fundado el temor de que se empeñase una lid sangrienta. Cárlos no vió en aquel pueblo la implacable ferocidad del trigre sino la índole generosa del leon, y se mostró sensible á espectáculo tan interesante. Con tan dulces momentos hace olvidar el cielo á los príncipes las amarguras de su destino.

Y ciertamente en el punto á que habia llegado el levantamiento, no habia sino motivos para lisongearse. El populacho que con tanta audacia habia dado el grito de rebelion, que creia justas sus pretensiones, vulnerado su honor y sus intereses comprometidos, trocaba de pronto en pacífica alegría por una mera palabra del rey sus resentimientos; y el soberano que con diversos pretestos se habia negado antes á las exigencias de un motin, hacia ya imposible toda discordia accediendo á ellas.

Un recelo quedaba sin embargo que no podian menos de abrigar cuantos pensasen con discreccion: el pueblo habia conseguido una verdadera victoria; el poder sucumbia despues de haber hecho ostentacion de su fuerza; este quedaba en el concepto de vencido, y aquel como triunfador. La alianza pues, que de esta nueva situacion resultaba no podia ser duradera, porque el uno adquiria la superioridad y aun el prestigio de que el otro se despojaba, reflexiones que indudablemente se ocurririan al monarca y á sus consejeros; en cuyo caso se apresurarian, sino á retirar la palabra dada, porque semejante inconsecuencia no cabia en el ánimo de Cárlos, al menos á manifestar cierta indiferencia y rencor que escitarían otra vez la desconfianza de los vencedores.

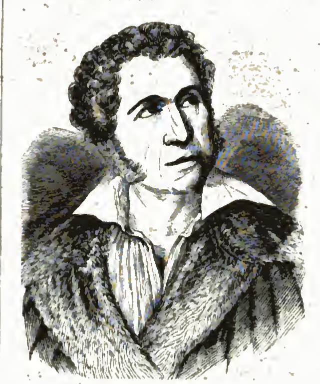
Las calles de la capital ofrecian en la noche del 24 un aspecto enteramente opuesto al de la anterior: los hombres con hachas encendidas y las mugeres con palmas en las manos celebraban entre alegres canciones y vivas su triunfo. La córte empezaba á oir con disgusto el incesante clamoreo del vulgo: despues veremos cómo la imprudencia de esta suscitó nuevos escándalos y disturbios, y cómo el júbilo y aclamaciones se cambiaron al siguiente dia en furor y enemigo estruendo.

CAYETANO ROSSEL.

JOAQUIN CAPRARA.

Uno de los artistas dramáticos cuya pérdida lamentan aun los amantes del teatro español, es Caprara, nacido en Boloña, ciudad de los estados pontificios, por los años de 1770 á 1772, de una familia distinguida, bien que escasa de fortuna. Pero su pátria adoptiva fué España, en cuyas banderas se alistó, llegando al grado de sargento al comenzar la guerra de la república: la misma graduacion tenia en el propio regimiento don Rafael Perez, célebre tambien en nuestros fastos teatrales, y no tardó en ligar á los dos militares una amistad íntima, nacida y alimentada con la aficion estraordinaria que ambos sentian al arte de la declamacion, en el cual logró distinguirse Caprara en varias reuniones particulares adquiriendo no pocos admiradores.

Contábase entre ellos Godoy, quien despues de alcanzarle la licencia le proporcionó los medios de hacer su primera salida en el teatro de los Caños del Peral, por los años de 1799 á 1800. El público le recibió con benevolencia, apreciando sus escelentes dotes, pero sin acostumbrarse á las faltas de pronunciacion inherentes á un estrangero. Desde entonces Caprara se dedicó con tenacidad á perfeccionarse en el idioma y al estudio de la difícil carrera que habia emprendido, y que recorrió brillantemente hasta que Maiquez le ajustó para el teatro del Príncipe en 1814; mas tarde, siendo barba de este coliseo, se le confirió la direccion de él en union con don Antonio Guzman, actor que aun dá lustre á la escena española. Decaida su salud, obtuvo la jubilacion en 1829, pero aun trabajó despues un año en Sevilla, y finalmente, á la creacion del Conservatorio de música, fué nombrado maestro de declamacion. Agravados sus males y yendo en busca de climas templados, halló la muerte en Cádiz en abril de 1838.



Descollaba Caprara especialmente en los papeles de carácter patriarcal, como los de *Wsinton*, el *Abate L'Epée*, *Adan*, *Fenelon* el *Gran Maestre de los Templarios* y otros: distinguíase en la escena por su grave y magestuoso continente, por la naturalidad de su accion, por la flexibilidad de su fisonomía y por la admirable espresion de sus ojos; poseia un profundo conocimiento del teatro, y aun tradujo del francés y del italiano diversas producciones que fueron representadas con buen éxito.

LA VIRGEN DE LA ALMUDENA.

Madrid por tradicion de sus mayores
Busca su imagen con devota pena,
Donde los africanos vencedores
Tenian de su trigo el Almudena.
El muro produciendo varias flores
Por los resquicios de la tierra amena
Con letras de colores parecia
Que les mostraba el nombre de María.

LOPE DE VEGA.—*La Virgen de la Almudena*.—POEMA.

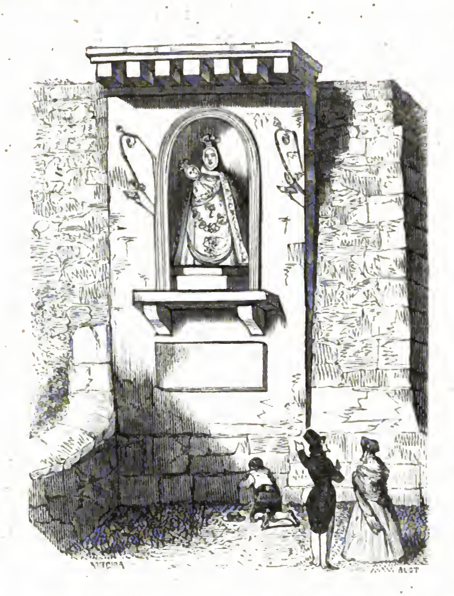
Cuenta la tradicion, que cuando el apóstol Santiago vino de Jerusalen á predicar á España, trajo la milagrosa imágen de que nos ocupamos, y la colocó en la iglesia de su nombre, en compañía de uno de sus discípulos llamado Calocero, que fué el primero que predicó en ella (año de J. C. 38). Es la primera que adoró la villa de Madrid, y se ha tenido y se tiene como labrada por San Nicodemus, viviendo nuestra señora, y colorida por San Lúcas.

La celebridad de que goza la imágen, y la circunstancia de hallarse próxima á cambiar de aspecto la cuesta de la Vega, en cuyo muro estuvo oculta dicha vírgen, nos mueven á referir ligeramente lo que acerca de ella se refiere.

Las huestes vencedoras de Muza acababan de tomar á

Madrid, que habian entrado á sangre y fuego; en aquellos críticos momentos, temiendo los sacerdotes que los moros arrebatáran la imágen, determinaron ocultarla en el cubo de la torre murada contigua á la iglesia, tapiándola en un nicho: así lo hicieron en efecto, cuidando de dejarla alumbrada con dos velas que quedaron encendidas dentro de aquel secreto recinto.

Tres siglos despues, Madrid se hallaba libre yá de los musulmanes, y don Alonso VI habia purificado los templos, consagrando especialmente á la reina del cielo la que antes fué mezquita principal de los moros. Conservábase la tradicion de la imágen escondida, pero nadie sabia donde pudiera hallarse, y el rey deseando encontrarla, despues de hacer públicas rogativas, dispuso una procesion que investigára los sitios en que podia suponerse que estuviera oculta la imágen; al pasar por la torre contigua á la iglesia, dividióse de pronto por sí mismo el muro, y se dejó ver la virgen, con las dos velas encendidas aun. Trasladósela al sitio que hoy ocupa en la iglesia de Santa María, y se hizo otra imágen que se colocó en el cubo de la Almudena para recuerdo del suceso, que es la misma que hoy existe, sin otra variacion que el adorno del retablo, reformado modernamente como le presenta nuestro grabado. Tal es la tradicion que se conserva respecto á la virgen de la Almudena, cuyo nombre proviene de haber sido hallada junto al sitio donde los moros tenian el almoden, alholí ó alhóndiga del trigo.



LA CAPILLA DE LOS BENAVENTES,

EN LA PARROQUIA DE SANTA MARIA DE MEDINA DE RIOSECO.

En medio de las irreparables pérdidas que á la riqueza monumental de España ha causado el espíritu vandálico de la codicia y de la ignorancia, invocando falaz nombres sagrados, produce espansion en el ánimo la vista de cualquiera creacion de las artes salva de la mano asoladora de la especulacion y del egoismo. Porque indudablemente se ha destruido mucho. En pocos años hemos visto desaparecer monumentos, á cuya creacion concurrieron acaso los esfuerzos y tendencias de sucesivas generaciones. ¿Dónde están, pues, las suntuosas obras, que á través de los siglos atestiguaban las fases de nuestra vida social, y eran el reflejo póstumo del espíritu y civilizacion de otras edades? ¿Qué se han hecho tantas maravillosas fábricas, inmensas páginas de piedra, donde la mano del tiempo hiciera la apoteosis del heroismo, grandeza y virtud de tantos y tan ínclitos varones? ¿Cómo se han perdido las epopeyas colosales de mármol y granito, donde el artista quiso eternizar en caráceteres misteriosos la memoria de inmarcesibles triunfos; donde pendian los rotos estandartes del vencido Musulman; donde se veian las tumbas de los reyes, de los héroes y de los mártires? ¡Ay! Bien podemos esclamar con el doliente poeta de Italia.

»Solo quedan memorias funerales.
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo...
. . . .
De todo apenas quedan las señales.

Pues donde ha poco, se alzaban orgullosas y radiantes aquellas artísticas maravillas, hoy vemos la sombra de la ignorancia señoreándose fiera en un yermo de ruinas y depredacion. ¿Y esto se ha hecho en nombre de la libertad?

¿Cómo holocausto á la civilizacion? ¡Qué sarcasmo! Pero no. Esa es una obra de mercaderes sórdidos, que para saciar sus menguados instintos, se han cubierto con una máscara de seguridad; y curado de declinar su odiosa especulacion sobre un principio santo, que profanan y que no son capaces de sentir en su metalizado corazon. ¡La libertad y la civilizacion en divorcio con el esplendor de las artes!!.. Lo mismo hubieran podido decir las tribus armigeras del siglo V. Pero no es cierto, repetimos. La civilizacion, el sol vivificante del mundo moderno, á cuyo influjo germinan el perfeccionamiento social, la grandeza de los pueblos y la suavidad de las costumbres, no pueden alumbrar esos cuadros de aberracion y de oprobio. Y la libertad, ese númen dulcísimo y resplandeciente, aparecido ante los hombres á la voz del Divino Maestro, para disipar las tinieblas del materialismo, emancipar el pensamiento y ennoblecer el género humano, solamente acepta en sus altares el homenage de la inteligencia y de la perfeccion moral y material; pero rechaza y rechazará siempre de su santuario á los profanos que la ofrecen cual ovacion mentida, la negra hecatombe de las glorias artísticas del pais.—Bien comprendemos que siempre hay exageraciones en tiempo de una revolucion. Pero no pretendan los que han puesto su mano sobre las obras de Berruguete y Herrera hacer pasar por un tributo á las ideas, y un servicio á la causa pública, lo que fué no mas un tráfico deplorable de fácil enriquecimiento. Ni quieran echar la odiosidad sobre una medida de gobierno acorde con el espíritu del siglo. Pues entre suprimir ciertas instituciones y destrozar el árbol de las artes, en la relacion que con ella pudo tener, hay tanta diferencia como de la buena á la mala aplicacion de un gran principio.—Nos hemos alejado empero de nuestro primordial objeto. El dolor, el enojo que inspiran tamaños estravios en nuestra época, nos llevaron involuntariamente á lamentar esa funesta obra, que parece debiera estar reservada á los Atilas y Gensericos. Volvamos, pues, al cauce propio nuestra imaginacion, y hablemos ya de la famosa *Capilla de los Benaventes.*

Por los años de 1546, Alvaro Alfonso de Benavente imaginó la creacion de un santuario á la Virgen Maria, que al propio tiempo sirviese de suntuoso enterramiento á sus progenitores y descendientes. El pensamiento fué puesto en ejecucion. La capilla que lleva su nombre familiar es el resultado de aquella piedad y largueza. Veamos en comprobacion las primeras líneas de la difusa y detallada inscripcion, que, al lado del Evangelio se lee dentro del oratorio. Y ademas de esta letra, el estilo arquitectónico de la capilla, y el instrumento escriturario para la construccion del altar acreditan asimismo el tiempo de la fundacion, y la persona del fundador. Verdad es que los bultos de las tumbas son del siglo XII, y que están tendidos sobre ellas, cuando en el siglo XVI, época de Alvaro Alfonso, el gusto dominante colocaba de hinojos las esculturas; y cierto es tambien que la antigüedad del templo parroquial de santa María de la Asuncion, donde radica la capilla, es obra del siglo XIV. Pero esto no obsta, siendo tan evidentes los datos anteriores, y viendo la fábrica de la Capilla; desde el panteon subterráneo, que ya es bóveda semicircular, hasta su coronamiento, demuestra una construccion entera y nada comun con el género gótico y antigua traza del templo. Y los bultos muy bien pudieron ser traidos de otro punto, para exornar el mausoleo del Benavente, quien sin duda constituyó la Capilla, cual hoy se ve, dedicándola á la Concepcion de la Santísima Virgen, bajo la advocacion de Nuestra Señora de media Villa. Y aludia claramente esta denominacion al punto topográfico del Santuario, colocado sobre el centro de la poblacion. Hizo para su servicio cuantiosas donaciones, y estableció dotacion de doncella huérfana, instituyó capellanes, etc. etc., segun por menor consta de la letra ya mencionada, y que comienza así.»

Año de 1564.

»El católico varon Alvaro Alfonso de Benavente, hijo »de Juan de Benavente y de María Gonzalez de Palacios su »muger, levantó esta capilla en memoria y alabanza de la »Santísima Concepcion de Nuestra Señora; y con este título »y advocacion edificó y de principio fundó esta Capilla, y »dió por el sitio de ella á esta iglesia de Nuestra Señora »donde está fundada doce mil maravedís de renta perpétua, »é introdujo y nombró para el servicio de ellas tres capellanes:..» Y concluye su largo contesto con la noticia siguiente. «Acabada esta obra á fin del mes de octubre »de 1554.»

El interior de la capilla es un cuadrado de 28 piés castellanos, coronado por un elegante cascaron á medio punto. Ya dijimos que su estilo arquitectónico *es plateresco.* Pero donde está el gran mérito es en el detalle de las formas, en los accidentes de adorno, en el refinamiento de la ejecucion cubiertos los muros del santuario; en sus faces internas, de un riquísimo estucado, parece se estiende sobre ellos una tapicería admirable por la opulencia de su dibujo, la lozanía de sus proporciones y lo fantástico de su concepcion. Desde el pavimento hasta la clave no se descubre un átomo de la escelente sillería de su fábrica. Todo se vé cuajado de florones, cintas y grupos quiméricos, de móustruos y fenómenos; do quiera caprichos grotescos, rasgos originalísimos. Todo tan variado y lleno de imaginacion, tan correcto, vistoso y bien entendido, que los ojos encuentran cada momento nuevas bellezas, y la mente se juzga bajo la influencia de un sueño misterioso, que forja aquella perspectiva mágica, aérea, ideal. Y en medio de sus delicados pormenores osténtanse medios relieves, medallones y entabladuras correspondientes á la magnificencia del conjunto. Por cierto que alguno de aquellos, al través de una fórmula grotesca, encierra un pensamiento profundamente filosófico, y sobremanera cristiano. Representa pues, un cuadro, abierto en el espacio mediante entre el cornisamento y la curva de uno de los arcos de la bóveda, la historia de nuestros primeros padres, en tres grupos de gran relieve. En el del fondo se halla el Eterno, sacando á la muger de la costilla del varon; en otro Eva entrega al débil Adan la fatal manzana, y este gusta el fruto de maldicion. Los moradores del Eden caen aterrados á la voz del Señor, y ante la presencia del ángel vengador de tamaña desobediencia, formando un grupo maravilloso en el centro inferior. Y por último, en el de la izquierda aparecen los esposos pecadores huyendo del ministro celestial, que les arroja del Paraiso. Hasta aquí todo es severo, patético, grande. Mas en el borde del cuadro se destaca un objeto raro, insolente, ridículo, la muerte: pero la muerte danzando y tañendo una guitarra, que precede con mofa cruel á Eva y Adan en su salida del jardin santo. Y esta figura, que á primera impresion arranca una carcajada, revela en seguida al espíritu pensador una idea terrible bajo aquel emblema chocante. La degeneracion de la humanidad, la miseria y los dolores del hombre, la historia moral del mundo... todo, todo se encuentra significado tras de aquel geroglífico de cómica y vulgar acepcion!!!...

El último altar de la capilla notable por mas de un concepto es la mejor obra de *Juan de Ruiz.* Alvaro Alfonso contrató con el famoso artista su construccion por escritura otorgada en Valladolid á 1.° de Junio de 1557. Su coste ascendió á 450 maravedises de oro, y tardó el artífice dos años en la obra: lo cual es admirable por el mucho y escelente trabajo. Su decoracion es *corintio-jónica*: consta de dos cuerpos, en los que están distribuidos cinco medios relieves que representan la vida de la Madre de Dios; cuya efigie en escultura ocupa el lugar de preferencia. Esta obra ejecutada en madera (de cerezo si mal no recordamos) es de tamaño natural y muy bella.

El enterramiento de los fundadores forma otra de las cosas notables de la capilla. Constituido por un cuerpo de arquitectura tambien plateresca, se abre en toda su estension una elegante galería de arcos semicírculos, sostenida por bellísimas cariátides, y talladas con formas del mejor gusto en piedra perfectamente trabajada, y enlucida con terso y brillante barniz, color de cera. En cada uno de los tres nichos sepulcrales cobijados bajo los medios puntos, se alza un suntuoso lecho fúnebre; y sobre cada cual reposan dos hermosas estátuas, de tamaño de 8 palmos, á cuyos piés vela un lebrel, ó luce otra alegoría funeraria.—Y en la faceta esterior de las tumbas hacen heráldico alarde los escudos blasonados de Benaventes y Palacios, sostenidos por genios y circuidos de primorosas labores á relieve.—En el primer túmulo yacen Juan de Benavente, hijo de Alvaro Alfonso, y María Gonzalez Palacios, padre del fundador, que falleció por los años de 1530. En otro Juan Gonzalez Palacios y Beatriz Arias. Y el postrero Diego de Palacios y Esurtanza Espinosa. En el fondo de los arcos están los epitafios; y sobre ellos otras tantas pinturas en tabla, de Blas Pardo, y de buen merecimiento.—Encima del cornisamento

general de la galeria termina su decoracion un lindísimo adorno del mejor gusto y delicadeza. La composicion de esta obra es sencilla, grave y hermosa; la exornacion ligera, correcta y hábilmente calculada; el trabajo es limpio, y de mano distinguida; el conjunto indisputablemente magnífico.—El pavimento es mosáico azul y blanco, en cuyo centro hay dos hermosas lápidas de jaspe rojo manchado, de gran magnitud. Por bajo de la capilla existe el panteon de silleria, donde deben estar sepultados los fundadores, y que servia tambien de depósito cinerario para sus descendientes.

Dada cima á la obra en 1554, aparece que su fabricacion duró ocho años cumplidos. Su coste debió ser cuantioso. Gran parte de los relieves y molduras conserva aun el sobredorado, que acaso iluminaria el fondo de la decoracion.—La entrada principal de la capilla desemboca sobre la mayor del templo, al lado del Evangelio. Consta de un grande arco semicircular, con sobrepuestos ogivales, decorado con mascarones y preciosos recortes, y cubierto por una espaciosa verja, cuyo escelente trabajo, gusto y artísticas galas compiten con los estucados de la fábrica. Fué obra de Francisco Martinez, en 1554. Y el director de la construccion del santuario parece se llamaba Gerónimo Corral, segun consta de un tarjeton colocado allí en el año que se dió por concluida.

Ciertamente hizo una cosa magnífica. Pero el abandono, la ignorancia y el mal tratamiento se han sucedido á la solicitud y predileccion de los fundadores. Bien que hasta la enorme lucera que debia inundarla con un torrente de resplandor necesario para tantos y tan finos detalles al discreto cálculo del artífice, se halla torpemente tapiada en su mayor parte, para hacer menos costoso el vidrierage. Esta y otras profanaciones tienen mal parada esta primorosa construccion, cuyo deterioro es una ignominia para el cabildo y fábrica de su iglesia, y una reprension perenne contra los descendientes de aquellos piadosos varones, que, al rendir un homenage al cielo, escribieron una hermosa página en el álbum de las artes españolas.

No terminaremos este artículo, sin hacer mencion del magnífico cuadro del señor Villamil, en el cual ha trasladado con bellísimo acierto la *capilla de los Benaventes*. La amable complacencia del célebre artista nos permitió examinarle en su estudio con todo detenimiento, y vimos allí un trasunto que rivaliza en prendas admirables con su siempre admirado original. Seguros estamos de que, mientras el gusto de lo bello y de lo bueno exista vivo entre nosotros, tanto la obra del arquitecto como la del pintor ocuparán un lugar distinguido en la posteridad.

V. García Escobar.

LA VELADA DEL HELECHO.

ó

EL DONATIVO DEL DIABLO.

Novela.

(Conclusion del capitulo IV).

Hablando así salió el ganadero de la estancia para ir á guardar los doblones de su presunto hijo, y ansioso de correr en seguida por toda la villa divulgando aquellos sorprendentes sucesos, y asegurando que Arnoldo habia descubierto ser hijo natural de un magnate opulentísimo, á quien motivos poderosos obligaron á guardar hasta entonces el mas profundo silencio; pero que acababa de reconocerlo, haciéndole por primera demostracion de su paternal afecto, un regalo de *dos mil* piezas de oro de 32 franken; pues no ignoraba Juan Bautista que en lo tocante á intereses pecuniarios es asaz general la antigua costumbre de atribuirse el duplo de lo que realmente se posee, siempre que no sea mayor la conveniencia de rebajarlo en proporcion del aumento.

Késsman por su parte salió tambien, menos por ver al cura que por respirar al aire libre, buscar la soledad y entregarse sin testigos á los contrarios sentimientos que se combatian en su alma. Logró en efecto presentarse mas tranquilo á la hora de la comida, y sostuvo las conversaciones de la noche con bastante desembarazo; pero cuando se halló solo encerrado en la salita verde que le habian señalado para dormitorio; cuando se volvió á encontrar consigo mismo en el silencio y pavura de la alta noche, esforzándose por conciliar el sueño que tenazmente le huia, entonces, decimos, cambió completamente de aspecto y hubiera causado lástima á su mayor enemigo (si algunos tenia), la deplorable situacion de su conturbado espíritu. ¡Oh! bien se echaba de ver que un recuerdo horroroso, un remordimiento profundo se albergaba en aquella alma. Los descompasados pasos con que recorria el triste recinto de su estrecha estancia, cuyo color sombrío prestabá siniestros reflejos á la lámpara que la alumbraba; los estremecimientos nerviosos que por momentos le asaltaban; la especie de pánico terror con que se asombraba al mas leve rumor de la madera que crugia, del gato que saltaba al tejado, la espresion particular de sus ojos y la contraccion de sus lábios... todo estaba indicando que el malaventurado jóven se hallaba muy distante de la serenidad de conciencia, con que descansaba bajo el mismo techo que él la inocente Ida en su lecho virginal.

Cayó por último de rodillas despues de su prolongada y tétrica agitacion, y un torrente de amargas y ardientes lágrimas brotó de repente de sus párpados. ¡Oh Dios! ¡Dios de misericordia! esclamó con voz ahogada: ten misericordia de mí...! he sucumbido al violento poder de una pasion insensata en un momento de delirio y de fascinacion... ! pero no me deseches para siempre! no me condenes como merezco! ¡Dios mio! ¡Dios mio! añadia golpeando su frente contra el duro pavimento: ten piedad de mí, y no permitas que *ella* partícipe de mi horrendo castigo, pues no ha sido cómplice, aunque sí causa inocente de mi delito.

Aun permaneció postrado y llorando delante de Dios una gran parte de la noche, y esto pareció calmarle; pues se adormeció un momento cerca de la madrugada, y cuando al despertar al otro dia vió su estancia inundada de luz y á Kéller que estaba poniendo sobre su velador hermosos ramilletes de flores salpicadas de rocío, que Ida habia ido á recoger por sí misma á los faldas de la montaña, y que se las enviaba como primer saludo; cuando oyó cantar las aves, y mugir las vacas, y sintió por todas partes el movimiento y la actividad de la vida, pareciole que todos sus anteriores pesares no habian sido mas que una tormentosa pesadilla, y que salia de ella con nuevo aliento y vigor.

En efecto, el cielo despejado y sereno, la tierra alegre y engalanada con la pompa de la estacion y de la aurora, todo contribuia á hacer olvidar las tétricas meditaciones de la noche, y anunciaba que aquel dia, en que se iban á celebrar los convenios matrimoniales, presidiria dignamente tan faustos preliminares de una próxima ventura.

Arnoldo se sintió gratamente impresionado por las influencias esteriores, y cuando se presentó delante de su amada, su hermoso, aunque descolorido semblante, habia recobrado la natural espresion de apasionada dulzura. Pero bien pronto fué menester separarse: aquel era un gran dia: Kéller no paraba dando disposiciones para el suntuoso banquete con que, siempre espléndido, habia determinado solemnizar la celebracion de los contratos. Ida, que esperaba á todas las mugeres del lugar que habian de acudir á felicitarla, tenia que preparar sus galas; Arnoldo que debia hacer su regalo de boda en el acto de firmarse las capitulaciones, aun no lo habia comprado: cada cual, pues, tiraba por su lado, y todo era agitacion en la casa del ganadero, que tenia la gloria ademas de haberla hecho estensiva á toda la villa; pues no habia quien no hablase de los acontecimientos ocurridos y de los que debian ser su consecuencia inmediata.

—¿No os decia yo que Juan Bautista Kéller era el hombre mas afortunado del mundo? pronunciaba la frescota propietaria de una de las mejores viñas del pais, mientras en union con tres ó cuatro vecinas iba colocando por sí misma en un ceston los hermosos frascos de barro vidriado llenos de escelente vino que destinaba por regalo á los novios. ¡Ya veis! su hija no se casa con el baron, pero el page se convierte de pronto en rico caballero para ser su yerno: eso es tener buena estrella, ó no las hay buenas en el firmamento.

—Hace mucho tiempo que habia oido yo decir que el jóven Késsman era noble; pero á la verdad no se me habia

ocurrido nunca que podia salir siendo hijo de un conde: ¿no dijo Kéller que era conde el padre de su yerno?

—¿Conde decís...? ¡príncipe! á mi me han asegurado que es un príncipe de no sé donde.

—Teneis razon, vecina; Juan Bautista es el hijo de la dicha: todavía lo habeis de ver á él mismo, en carne y hueso, hacerse conde y príncipe el dia menos pensado.

—Callad, vecina, callad, que hay cosas capaces de hacer dudar de la justicia divina: porque pregunto yo: ¿qué virtudes tan grandes son las de ciertas gentes que en todo son benditas por Dios nuestro Señor? ¿qué es lo que han hecho para merecer su constante fortuna...? ¡Ay! otras hay que se consumen trabajando y nunca salen de pobres.

—Vos no podeis quejaros: vuestras viñas prosperan á pedir de boca; ¡pero yo, pobre de mí! yo soy viuda de todo un escudero de buena alcurnia, y aun no he podido reunir un miserable *sennte* de 100 vacas...!

—¿Pues qué decís de mí? saltó otra: mi marido era el gefe de los monteros del conde de la Gruyere', nuestro señor, y sin culpa ninguna se vé arrojado del castillo y obligado á ganar el pan guardando los ganados agenos.

Mi hijo se hubiera muerto de hambre despues que salió del servicio del conde de Montsalvens, si ese buen jóven, que Dios bendiga, el baroncito de Charmey, no le hubiera hecho su page de cámara: por cierto, vecinas, que ha venido á verme esta mañanita; él fué quien me despertó, ¿y sabeis lo que me dijo?

—¿Qué? preguntaron á la vez todas aquellas comadres.

—Me dijo, prosiguió la otra con tono de confidencia, que el baron iba á... á... ¿sabéis que lo he olvidado...? Pero debió ser á Friburgo, porque allí es segun creo donde se ventilan esas cosas.

—¿Qué cosas, vecina, si no habeis dicho nada?

—¿No lo dije? ¡ah, si tengo una cabeza! pues bien; ¿no habeis oido decir que las mejores posesiones que hoy hacen parte de los señoríos de Montsalvens, pertenecen en justicia al jóven baron?

—Eso es positivo, y luego que despache este regalo os he de poner tan en claro los derechos del señor de Charmey sobre los dichos dominios, que podeis jurar en conciencia ser tan suyos como mios estos frascos, mientras no salgan de mi casa se entiende.

—Pues bien, mi hijo dice que el baron ha ido á reclamar lo que le pertenece, y que William, el conserje del castillo, dá por seguro que ha de volver triunfante antes de mucho.

—Ya lo creo: si eso no es mas que enseñar sus títulos y ya está: lo estraño es que no se le haya ocurrido hasta ahora á ese buen baron el hacerlos valer: pero ¡Dios mio..! ¿qué hora es esta que suena? ¡las nueve, y á las once se firman los contratos! déjadme os ruego, vecinas mias, tengo que mandar mi regalo y que arreglar mi vestido color de escarlata.

—Nosotras tambien estamos convidadas.

—¡Oh, todo el pueblo! ese Kéller es rumboso: respecto á esto no se le puede tildar.

Las mugeres se separaron para hacer sus *toilettes*, y en idéntica ocupacion se halló una considerable parte de la gente femenina del lugar, hasta que sonaron las once en la gran campana de la iglesia. Entonces los ámbitos de la casa de Kéller comenzaron á llenarse de lucida concurrencia. Ida hacia los honores, vestida sencillamente con infinita gracia, y poco despues se presentó el ganadero enlazado un brazo al de su yerno futuro, y ostentando sus mas lujosos atavíos. Unánime aclamacion resonó entonces en la sala, y todos los asistentes se apresuraron á porfía á ir á felicitar á entrambos, y en especial al hijo del *opulento príncipe* que recibia por primer caricia paternal dos mil piezas de oro de 32 franken. Al mismo tiempo apareció el escribano con las manos cargadas de papeles, y leyó en alta voz la escritura dotal de la novia, en la que declaraba el esposo recibir de su padre político un estenso alpage con 200 vacas gordas, otro mas pequeño con 50, y la cantidad de 300 ducados de Berna en buena moneda de oro.

¡Viva el rico ganadero! ¡viva el generoso papá! esclamaron los testigos; mientras Kéller entregaba á su yerno las escrituras de donacion, y en un lindo bolso de seda los 300 escudos mencionados. Nuevos vítores resonaron al ver en mano del jóven aquella dote considerable para ser de una villana, y se aumentó el entusiasmo cuando el jóven declaró en alta voz que dotaba por su parte á la jóven desposada con mil piezas de oro de 32 franken.

¡La mitad de su fortuna actual! decia Kéller al oido de sus vecinos: ¡le regala la mitad de su fortuna actual! ¿pero qué es eso para él? ¡el hijo de un potentado!

¡Viva el señor Arnoldo Késsman! ¡viva el novio rumboso! decian todos exaltados por aquel rasgo de desprendimiento y de conyugal ternura, y el jóven firmó las escrituras entre un concierto de aplausos.

En aquel momento un nuevo tropel de gente invadió la sala de la reunion, y todo ruido cesó, y todas las miradas se preguntaron con lenguage mudo qué significaba aquello, al notar que los recien venidos eran hombres armados, y traian la divisa de una casa ilustre y poderosa.

Señores, dijo Kéller adelantándose:

—¿Qué buscais en mi casa armados de este modo en un dia de regocijo para mi familia?

—¿No se halla aquí, preguntó el que hacia veces de gefe, el ex-page Arnoldo Késsman?

—Es novio de mi hija, respondió Juan Bautista: héle allí: ¿qué quereis de él?

¡Arnoldo Késsman! pronunció entonces con atronante voz el hombre armado que capitaneaba á los otros. En nombre del muy alto y poderoso señor conde de Montsalvens, quedais preso desde este instante: seguidme, tengo órden de poneros incomunicado en uno de los calabozos del castillo.

¡Preso! esclamaron todos asombrados. ¿Pero de qué delito es acusado este jóven? preguntó todo trastornado el ganadero.

—Se ha perpetrado un robo de la mayor importancia en el castillo de su señoría, respondió con destemplada voz el hombre armado, y todas las sospechas recaen en ese mancebo. Asidlo vosotros, añadió dirigiéndose á su gente.

—¡No es menester, dijo Arnoldo, adelantándose á ellos pálido como un espectro: estoy pronto á seguiros!

G. G. de Avellaneda.

(Concluirá.)

EL CIEGO.

—

À MI RESPETABLE AMIGO EL SEÑOR MARQUES DE HERRERA

Que en tal mal fuera bien hallar la muerte.
Herrera.—Soneto CXXX.

Eso que en torno mio
cual torbellino gira
¿es el mundo quizá?—Sí, yo recuerdo
que en dias mas dichosos
ese nombre le dí; pero ese mundo
¿es el que amaba con amor profundo,
o el que hoy contemplo con voraz hastío?
¿Es el que siembra de pomposas flores,
ricas en hermosura y en colores
el campo de la vida?
¿O es el que seca el corazon ardiente,
ciñendo á nuestra frente
corona de martirio y de dolores?
—¿Es el Edén de la exaltada idea
con un cielo sin nubes,
y un ambiente impregnado de ambrosía;
o es el averno do Luzbel campea,
do el rayo centellea,
y se agosta la virgen fantasía?

—

¡Ay! sí: tendedme por piedad las manos,
guiadme en mi camino;
que el mundo y los humanos
me arrastran en su hirviente torbellino.
Guiadme, sí; que en la espantosa sima
en donde oculto mi mortal tristeza
el hombre con sus odios no me oprima,
que en mi cana cabeza
la inmunda huella de su pié no imprima.
—¡Oh! que respete la agolpada nieve,
que hielo en mi corazon las sensaciones.....
—¿No hay una mano que á espirar me lleve
lejos de estas regiones?

¿Adónde voy? ¿mi paso
adonde se encamina?
—Sin Norte y sin Ocaso
la luz de mi existencia ya declina.
¿Qué encuentro en lontananza?
el mundo ¡ay! ¡un vacío!....
mi vista atras se lanza ...
¡otro cruzó el pié mio!
—La flor de mi esperanza
ni nació en verde mayo, ni en estío
cayó al embate de huracan bravío.
—Nao en ignotas mares
sin puerto y sin orilla,
fueron mi ayer, pesares,
tormentos, lo presente,
mañana..... mas dolores.....
—¡Qué trague la corriente
la cargada de horrores,
la frágil y decrépita barquilla!.....

—

En medio de esos seres
que bullen por do quiera,
apurando del mundo los placeres,
¿qué soy yo, pobre ciego,
de hundidos ojos y de faz severa?
—¿Qué soy yo con mis lágrimas
y mi sonrisa lúgubre?
—Buho de augurio tétrico
en la feraz pradera;
en un festin de vivos
vacía calavera;
tristísima salmodia,
que las canciones báquicas
con sepulcral entonacion parodia.
¡Ay! yo turbo del mundo los festines...,
estorba su camino
mi vacilante huella:
¡por eso me atropella
su maldecida raza de Caines!

—

—¡Oh tú, Señor, que de la informe nada
creaste los jardines,
do el alma á su placer yace encantada!
¡Oh tú, que de tus ojos
brotar hiciste un rayo,
cuyos destellos rojos
repartiesen al orbe vida y fuego:
tú, en cuya excelsa mente
primero de la luz surgió la idea,
para que el hombre en tu inspirada frente
tu omnipotencia lea;
¿por qué no me das luz? ¿por qué me impides
la vida, el pensamiento,
que embellece tu hechura gigantea?
—¿Quizá desde tu asiento
la pequeñez de la materia mides?

—

Solo ¡oh Dios! si de Milton y de Homero
el sublime raudal de poesía
hubieras derramado
en mi ya delirante fantasía;
fuera menor la triste pena mia.
Sí, yo adivinaria
la belleza inmortal de tus creaciones.
El rio que susurra,
la flor que vierte aroma,
las plácidas canciones
de la fugaz paloma...
¡en todo tu poder admiraria!
—Mas hoy ... nada del prado
me dicen los verdores;
en penas abismado
huello las tiernas flores.
Huyo del bosque humbrío,
—y cuando el Sol me abrasa,
apenas del estío
por mi cerebro la memoria pasa;
y solo doy al Sol mi despedida
con voz agonizante
cuando la nieve azota mi semblante.
—Hoy seca ya la mente,
ahogado el corazon por el hastío,
quizás elevo á tu dosel ¡Dios mio!
las sacrílegas quejas de un demente.

—

¡Perdóname!—tu solo
de mí eres contemplado:
¡tan solo á tí desde la tierra veo!
—¿Ver á mis semejantes me has negado?...
—En tí mirar mis semejantes creo,
—¡Hermanos, por piedad! cuando á la orilla
paseis de mi camino,
¡alargadme una mano!
¡las lágrimas secad en la megilla
de vuestro triste hermano!
¡Compadeced siquiera su destino!
—A los sarcasmos del infame agenos
miradme con faz leda,
guiad mis pasos, y ¡miradme al menos,
ya que miraros el Señor me veda!!

Madrid.—Febrero.—1849.

VICENTE BARRANTES.

FABULA ORIENTAL.

El jóven Seba-Abbas era muy amante de su pueblo, y sus mas agradables pasatiempos eran informarse acerca de su felicidad. Habiéndose encontrado un dia en sus jardines al filósofo Sadi. «Tú conoces, le dijo, los dos ministros que han gobernado el imperio desde que ocupo el trono; imposible es que puedan hallarse nunca principios mas opuestos, conducta mas diferente que los que ambos han practicado. ¿Cómo es que un pueblo halla siempre iguales motivos de queja?—Señor, le respondió el sábio ¡puede hacerse el mal tan bien y el bien tan mal! Solo existe un modo de ser feliz, empero en cambio existen ciento de no serlo!...

DE LA CIGÜEÑA.

Sr. redactor del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

He leido en el número 15 de su periódico, páginas 114 y 115 el artículo que Vd. dedica á la cigüeña, y conducido por el interés que resulta del verdadero conocimiento de la historia natural, añado las noticias siguientes:

Es un problema resuelto por los que hemos tenido la desgracia ó la fortuna de visitar las antes opulentas capitales de la Numida, *tossora* y *capsa*, que la cigüeña es de las aves de mas larga vida; pero que no se reproduce mas que una sola vez, y sucede al siguiente año de su nacimiento.

La cigüeña, conducida por las leyes de su propio instinto, tiene necesidad para reproducirse de abandonar el gran desierto, clima infecundo, porque no domina allí nunca en las primaveras el aire engendrador; pero lo verifican solamente los hijos, no pudiendo hacerlo los padres, porque estos pierden sus plumas todos los años en los meses de noviembre y diciembre, y no vuelven á vestirse hasta marzo ó abril. Verdad es esta comprobada con la observacion, de no haber visto nunca aumentarse los nidos en los sitios adonde siglos hace crian. De todos tiempos y por todos los pueblos, ha sido la cigüeña tenida en gran estima, y los musulmanes, que la conocen con el nombre de Veled-Erge (adorno del pais), en veneracion. El fanatismo religioso compuesto de la ignorancia y de la barbarie, ha divinizado entre los habitantes del Veled-ul-yerit, las benéficas propiedades de la cigüeña. Los reptiles venenosos del Sahara, hubieran impedido fuese habitada la mayor parte del Africa, y la Europa no seria tan feliz, si millones de cigüeñas no tuvieran la mision de alimentarse de aquellos, y mas principalmente de la langosta: yo las he visto en bandadas de muchos miles cada una, poblando toda la estension del desierto que la vista alcanzaba, colocado en lo alto de un murallon que se conoce por vestigios del palacio de Yugurla.

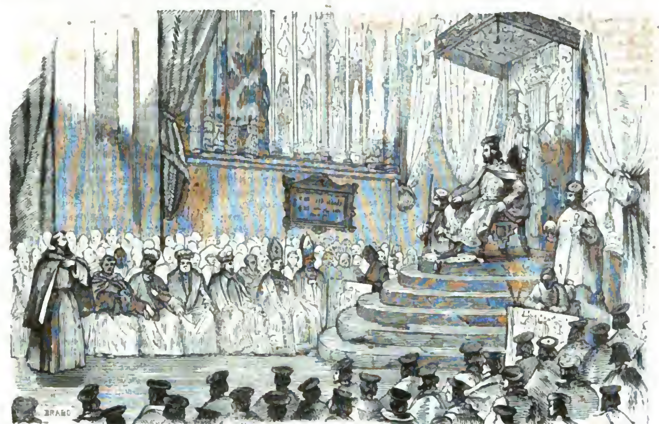
L. DE C. Y V.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. UN MES 4 rs. SEIS 20. UN AÑO 36.-Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Poupart, Villa, Baili Balliere y la Publicidad, litografías de Pelegrini y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14, Seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, núm. 4



Salon de las antiguas Córtes.

DE LAS ANTIGUAS CORTES EN ESPAÑA.

Las costumbres de nuestros mayores escitan justamente la curiosidad de los que recorremos la azarosa época presente. La celebracion de Córtes, es sin duda alguna de las tradiciones mas interesantes bajo todos aspectos, y merece bien que dediquemos algunas líneas á dar idea de los medios y las circunstancias que concurrian en la ceremonia de aquellas memorables reuniones, cuya pompa y aparato no se han olvidado aun.

La carta *convocatoria* del príncipe era el paso prévio para la reunion: redactábase aquella no en forma de decreto, sino particularmente á cada individuo que gozaba el derecho de concurrir á las Córtes, á cada ciudad, á cada concejo de los que tenian voz y voto en ellas. No todos podian envanecerse en un principio con este honorífico privilegio, sino solo los que alcanzaban en virtud de real cédula de institucion municipal, jurisdicion y autoridad pública en su territorio; en las cartas de llamamiento cuidaban mucho los reyes de espresar, ora general é indeterminadamente, ora con especialidad, las causas ó motivos por qué las Córtes se juntaban; y los pueblos se reunian á deliberar, no solo acerca de las personas que diputaran, sino tambien de las facultades que sobre cada punto les habian de conceder, y los representantes y apoderados no podian escederse de las instrucciones en el poder contenidas, ó reservadamente y en pliego aparte encomendadas.

Los pueblos no tuvieron intervencion en nuestros comicios hasta fines del siglo XII: antes de esta época se formaban únicamente de magnates, prelados y caballeros; pero desde que el tercer brazo del estado comenzó á tener accion en los negocios públicos, por la política de los reyes que no hallaron mejor arbitrio para contrarestar la desmedida ambicion de los nobles, los pueblos ejercitaron siempre su derecho con la mayor libertad.

La gloriosa concurrencia á los combates, dió por igual á todo vecino ó cabeza de familia influencia directa en las elecciones; don Alonso XI, de acuerdo con los pueblos, varió luego la forma de las municipalidades, adjudicándolas el derecho esclusivo de nombrar diputados de su seno; la ley prohibia no obstante á los príncipes y poderosos mezclarse en tan importante asunto. Las elecciones se hacian ya por medio de votaciones públicas, ya secretas, ya tambien por suerte, y el rey dirimia las discordias: antes de proceder á la eleccion juraban los concejales hacerla recaer en las personas, á su juicio, mas aptas y celosas, y los diputados juraban solemnemente tambien corresponder á la confianza que de ellos hacia el concejo, sin que por interés, temor, deferencia ni otro motivo, se apartasen de sus órdenes ni atencion. La ley prohibió á los procuradores, so pena de muerte y confiscacion de bienes, que pudieran durante su oficio recibir mercedes y honores, pero en cambio los ayuntamientos les pagaban salario fijo desde su salida del lugar hasta que volvian á sus hogares; añadiendo otra cantidad estraordinaria, con el nombre de *ayuda de costas*, por razon de los gastos que se les ocasionasen; y ademas de las instrucciones verbales les entregaban un cuaderno de peticiones dirigidas al Trono, con encargo de librarlas á satisfaccion del concejo. Bajo tales auspicios y recíproca garantía, se encaminaban los representantes al sitio donde el rey tenia su córte, entonces ambulante, razon por la que se llamaron *Córtes* estas grandes juntas de la nacion: los pueblos miraban por sus procuradores hasta el punto de proporcionarles alojamientos convenientes en un solo barrio, del cual se hacia cargo el primer procurador que se presentaba.

Entregados los poderes ante el canciller del sello real ó el secretario de las Córtes, ó bien ante el consejo de la cámara, examinada la legitimidad y suficiencia de aquellos documentos y besada la mano del rey, disponíanse los procuradores para asistir á las reuniones que tenian lugar á veces en las iglesias ó en sus sacristías; á veces en los conventos, cláustros y cementerios, y á veces tambien en las casas de grandes y títulos. En todas reinaba el decoro al lado de la magnificencia, y especialmente en las que fueron convocadas para los alcázares de Madrid, Segovia, Toledo y otras principales de la monarquía.

El dia de la ceremonia acudian al local con gran pompa y boato los obispos y prelados, los magnates y ricos-hombres, hidalgos y caballeros, así como los procuradores de las municipalidades. Tambien las señoras de vasallos, y hasta las ricas-hembras solian comparecer en medio de las cámaras, por medio de procuradores y encargados. Hallábase el recinto aderezado con adornos y guarnecido de colgaduras, y á la cabeza un alto solio compuesto de gradas, sobre las cuales habia un sillon cubierto de brocado y protejido por un magnífico dosel, con destino á la magestad del príncipe. A los costados se estendian por el pavimento los escaños en que se habian de colocar los representantes, ocupando la derecha banda el clero, la izquierda

los nobles y el centro las comunidades, al estremo inferior de la sala frente al rey.

Presentábase éste precedido de su comitiva, y revestido de las insignias reales; subia al trono con los infantes, quedando al pié sobre las gradas el gran canciller, el presidente y asistentes, los letrados y demas oficiales del acompañamiento: los notarios de las Córtes se acercaban á sus asientos, y todos permanecian en pié; el rey entonces mandaba cubrir á los concurrentes; pero al ir á tomar sus puestos levantábase contienda entre las ciudades sobre la preferencia de ellos: Toledo y Búrgos especialmente se los disputaban hasta haber llegado á resistir los mandatos del monarca, obligándole á bajar de su silla *para quitar por su mano mesma á los procuradores de la ciudad de Toledo... y poner á los de Búrgos diciendo: «deja ese lugar que todos dicen é ansi parece que los procuradores de Búrgos deben estar en el é non vosotros:»* esto ocasionaba protestas y la cuestion se renovaba al hablar y votar, hasta que nuestros príncipes decidieron que se diese la preferencia segun la calidad personal del procurador; mas tanto se repitieron las reclamaciones, que al cabo se designó á Toledo un sitio aislado en medio del local.



El Rey jurando.

Avenidos los ánimos, el rey hacia la *proposicion*, que en lo antiguo era una arenga en la cual esponia las necesidades y asuntos que motivaban aquella convocacion, y despues quedó reducida á un anuncio de lo que por escrito llevaba el secretario real y leia en alta voz; este documento formaba á la cabeza y principio de las actas ó cuadernos de las Córtes: tres de los mas principales diputados se alzaban y llegaban juntos á las gradas del trono, y uno en nombre del concurso formulaba la respuesta que tambien se insertaba en el proceso.

En tal estado usábase en Aragon conceder los reyes algunos dias de gracia, y prorogar el plazo de la convocatoria para los que aun no hubiesen llegado.

Los reyes no volvian á presidir las sesiones hasta el acto de disolverlas, y en su nombre lo hacian los presidentes de Castilla, sentándose en el mismo, aunque inferior lugar que los príncipes. El rey elegia tambien *tratadores* que se acercasen á aquellas reuniones y tratasen de arreglar los puntos que se discutiera.

Concluidos los negocios que abrazaba la proposicion, los procuradores del reino tenian derecho de representar y proponer cuanto juzgaban conducente al bien del concejo y territorio que les diputaba; reunidos entre sí, oyendo el dictamen de letrados, y arreglándose á las instrucciones comunicadas por sus respectivos pueblos, ordenaban el cuaderno de peticiones que el rey decidia.

Terminados los asuntos ó sometidos á la deliberacion del congreso, señalábase dia para la autorizacion á lo acordado y convenido; el rey se presentaba con la misma suntuosidad que en la apertura; su camarero mayor le precedia con el estoque desnudo hasta que le depositaba en las manos del príncipe, así que ocupaba el trono; el notario, con voz levantada y clara leia lo resuelto por todos, el *servicio* ya ordinario ya estraordinario de gente ó cantidades que el monarca pedia á sus reinos, y solia ser la causa principal de la convocatoria, servicio que no siempre se concedia; luego los *fueros* otorgados ó confirmados á las poblaciones y las medidas generales para la prosperidad del pais; y por último los *actos de córte*, como limosnas, donaciones á monasterios, rentas vitalicias y otras gracias y mercedes.

Hecho esto se ratificaba con la ceremonia del juramento á la cual daba principio el monarca, quien descendia hasta la última grada del solio para prometer á Dios guardar lo allí establecido, y no venir contra ello en todo ni parte bajo ningun pretesto ni razon. Lo mismo juraban despues los ministros y jueces superiores en manos de S. A., y los diputados que se nombraban al efecto. Entonces el rey daba las gracias y disolvia las Córtes.

Con esto, y pidiendo copia autorizada de sus respectivos fueros y concesiones, volvian los procuradores á sus hogares á disfrutar de la noble satisfaccion que produce el haber hecho desinteresadamente algo por su pais.

MOTIN CONTRA ESQUILACHE.

SEGUNDO LEVANTAMIENTO.

(Continuacion.)

Amaneció el 25 de marzo, y habiéndose divulgado la noticia de que aquella misma noche habian por órden del rey salido de Madrid los guardias walonas, no quisieron los bullangueros de la víspera dejar que entrase mas el dia sin dar un testimonio de gratitud al bondadoso soberano; y así atropelladamente, y con las acostumbradas señales de regocijo, se encaminaron á palacio. Vieron al acercarse que estaban libres de tropa las avenidas, y que la real morada parecia desierta; mas nunca hubieran podido adivinar la nueva que los esperaba: el rey y su familia habian salido sigilosamente á media noche para el sitio de Aranjuez. Este imprevisto caso dió lugar al principio á varias reflexiones. Hubo algunos quo interpretando favorablemente la conducta de S. M. trataron de sosegar los ánimos que comenzaban á inquietarse; prudencia en verdad loable, pero inútil á la sazon, porque llevados los mas del primer ímpetu de su ira, y creyendo que aquel proceder era fruto de una intencion premeditada, estaban resueltos á atropellar por todo y hacer ver al rey, ó á quien quiera que fuese el autor de semejante determinacion, el riesgo en que se ponia.

Averiguaron las circunstancias del suceso, y supieron como á la hora que de antemano estaba dispuesta se habia evadido la familia real por una puerta falsa del palacio, acomodándose en tres coches el rey, la reina madre, el príncipe y los infantes, y en otro que servia como de comitiva cuatro personages que desde luego se supuso serian los duques de Medinaceli, de Arcos y de Losada y el marqués de Esquilache; exactamente los mismos que acompañaron á las personas reales.

Llegó entonces á su colmo la irritacion del pueblo, no tanto por contemplar ya en salvo á su enemigo, clemencia muy natural en el monarca, cuanto por la desconfianza que mostraba este y el empeño de posponer la quietud pública y las quejas de sus vasallos al capricho de un ministro y á los medrosos avisos de sus consejeros. Esto pensa-

ban los sublevados, si justa ó apasionadamente no hay para qué decirlo; aunque desde luego se conoce que unos y otros, ofensores y ofendidos, habian dado á sus agravios, como sucede siempre, mas importancia de lo que se debia. Cárlos mostró mucha timidez para un espíritu tan magnánimo como el suyo, lo cual prueba que no comprendió el verdadero objeto de la rebelion; y los que formaban esta tomaron demasiado á pechos los que ellos contemplaban como ultrages, fiscalizando la conducta de la córte, y llevando sus exigencias hasta un estremo que no consienten ni el equilibrio bien entendido del estado, ni la obediencia en que debe vivir el pueblo. Esta es la única esplicacion que en nuestro concepto puede darse á aquellos acaecimientos, porque de admitir otra cualquiera, aventuraríamos un juicio poco favorable á la buena memoria de aquel príncipe, y á los honrados sentimientos de los madrileños.

Pasados los primeros momentos de efervescencia, tratóse de indagar la verdadera causa que hubiera impelido al rey á tan repentino viage, y como era natural, todos comenzaron á abrigar alguna desconfianza respecto á sus intenciones, las cuales desde luego tuvieron por siniestras, figurándose que no podia menos de ocultar algun proyecto de venganza. Los que encubiertamente movian aquellas turbulencias tomaron este nuevo pretesto para exasperar los ánimos, é hicieron cundir la voz de que la salida del rey no tenia mas objeto que ponerse en lugar seguro para desde allí poder dirigir sus tiros sin compasion contra los perturbadores, y reducirlos por la fuerza á la ley que quisiera darles. La invencion era tan á propósito para el vulgo, y tan en su favor estaban todas las apariencias, que no tardó en producir el apetecido efecto, pues como si todas aquellas gentes hubiesen sido á la vez tocadas de un sacudimiento eléctrico, arrojaron las palmas que aun llevaban en las manos, volvieron á los gritos de los dias anteriores, y llenaron otra vez las calles de la capital de confusion y espanto. Mas como á esta nueva situacion convenia tambien alguna nueva empresa, nada menos concibieron que la de encaminarse todos á Aranjuez, sin duda para pedir al rey satisfaccion de aquel desaire; y sin embargo de que pasaban de seis mil hombres, desde luego resolvieron llevar á cabo su pensamiento.

Hubiéranlo hecho indudablemente á no habérseles representado los muchos obstáculos que se oponian á ello, que no hay asunto difícil hasta el momento de la ejecucion. Pesaron las ventajas que podian conseguir con los inconvenientes de resolucion tan grave; consideraron las molestias á que iban á esponerse en aquella jornada, y de comun acuerdo convinieron en otro proyecto que por lo factible pareció menos descabellado. Determinaron formar un cordon con que incomunicar todos los caminos que conducian al sitio, y no dejar pasar á nadie que fuese á él; y tan presto y tan resueltamente lo pusieron por obra, que no solo á los ministros, del despacho y á otras personas menos notables, sino hasta las camas que llevaban para las personas reales hicieron que volviesen á la córte. Mas cautos y prevenidos anduvieron en apoderarse de un almacen de pólvora que habia en el pueblo de carabanchel, pues de este modo evitaban que llegase á servir á sus contrarios. Armas tenian ya algunas, con las cuales y con las que, como diremos, vinieron á sus manos, podian caso de necesidad oponer una resistencia formidable.

Sin embargo, habia perdido la insurreccion mucha parte, si no de su fuerza, al menos de sus esperanzas, desde el momento en que se vió precisada á obrar lejos de la vista del gobierno. Esta reflexion debieron tener presente los corifeos del motin, y con el designio sin duda de hacer llegar sus voces al soberano, fijaron sus ojos en el obispo gobernador del consejo, y le eligieron por intérprete de sus deseos. En efecto, varios de los grupos que andaban por Madrid se dirigieron á su casa, que como anteriormente dijimos, la tenia en la cuesta de Santo Domingo, y obligándole á tomar el coche, le hicieron que partiese en busca del rey, encargándole que no regresase sino en su compañía. Gran parte de los males de que el pueblo se dolia los achacaba á la ineptitud y condescendencia del consejo, pues por su medio se habian expedido las órdenes y decretos que ocasionaban aquellos trastornos: por lo tanto sabia muy bien su presidente que la menor resistencia que emplease solo serviria para hacerle mas odioso, y quizá perdido el respeto á su carácter y autoridad, tuviese que lamentar los funestos resultados de mayores estravios. Obedeció pues, á la suerte que comenzaba á mostrársele contraria, y sin tiempo siquiera para preparativo de ninguna clase, púsose en camino aceleradamente; pero no bien habia llegado adonde estaban los del cordon, cuando estos y la turba que seguia al coche lo arreglaron de distinto modo. Opinaron, y á decir verdad, con fundamento, que el Obispo llegaria al sitio, el rey oiria su comision, y ni aquel volveria á Madrid, ni este se daria por entendido de los nuevos clamores que se le dirigian. Al momento se convencieron todos de la exactitud de estas sospechas, y al momento decidieron que volviese el obispo á su casa, como tuvo que hacerlo, no ya sin algun pesar de ver que al fin se quedaba entre aquellas gentes para ser el tope de sus demandas y vituperios.

Llegó, pues, á su habitacion seguido de un gran gentio, y allí se resolvió que estendiese y firmase á nombre del pueblo un memorial en que reasumiendo enérgicamente las ofensas recibidas, los actos de la administracion de Esquilache, pidiese al rey le exigiera las cuentas de todo aquel tiempo, y se dignase regresar cuanto antes á la córte. La representacion no era lacónica, antes con prolija detencion y uno á uno ibanse enumerando en ella los quebrantos que padecia el reino; y para dar una muestra del espíritu con que estaba redactada, citaremos el siguiente trozo, en que se refiere lo mas interesante.

«....Subyugáronse los españoles á cuantos imaginarios arbitrios pensó la codicia, sufriendo que en una guerra dentro de casa muriesen sus hermanos; tolerando que los justos pagos de nuestros vecinos no se hiciesen, y que se causasen muertes, despues de mal correspondidos; permitieron ver los presidios mal proveidos; vieron sobre la nacion el despojo de tantos empleados espuestos á la inclemencia; observaron muchas reformas en las oficinas de V. M.; establecimiento de otras, sin hacer caso de los despojados; y que se atendió solo á subir los sueldos del ministerio por lo que interesaba. Abrumáronse las costillas de toda la nacion por la violencia de portear el trigo, dejando sin labor los campos, y los ganados muertos por los caminos; están viendo que las cartas de Indias se las hacen pagar á peso de oro, cuando hay obligacion constituida por las compañías para su franquicia, no dejando de mirar la constitucion en que se hallan las Indias por los nuevos impuestos; están cargados de tributos los pueblos; han venido años escasos, y mas apremios para el pago con notoria ruina del vecindario; han sufrido nuevos impuestos para caminos; han tolerado con mil perjuicios la limpieza de la capital, causando mil daños sus empedrados; han aguantado los vilipendios y palabras con que se ha injuriado á la nacion; los han oprimido hasta quitarles el trage: y finalmente, señor, ¿qué cosa ha quedado libre de las garras de la tiranía?....»

Por este estilo eran las demas razones que se alegaban en el escrito. La ridícula queja del empedrado y limpieza de las calles manifiestan el profundo aborrecimiento con que se miraba al ministro; todas las otras eran exageradas, y en el fondo igualmente insustanciales, refiriéndose la mayor parte á hechos que podian considerarse como verdaderas reformas contra las cuales siempre se declara el vulgo, unas veces por esceso de ignorancia, otras por malicia y envejecidas preocupaciones. Era menester hacer llegar la esposicion á manos del rey, y no faltó quien se brindase á realizarlo, creyendo contraer un relevante mérito ó arrostrar un terrible compromiso; y para que todo concurriera á hacer mas despreciable la farsa, y por lo tanto mas repugnante á la dignidad del soberano, fué el destinado un cochero ó calesero, llamado Bernardo, que no se halló ó no quiso buscarse persona mas lucida que representase los intereses de los sublevados. Algunos presumieron que el tal comisionado era digno de los comitentes: lo cierto fué que ostentando una arrogante satisfaccion, salió sin detenerse para el sitio, prometiéndose los resultados mas felices, no solo de su elocuencia, sino de su audacia.

CAYETANO ROSELL.

ALVAREZ.

En la villa de Priego, asentada en los confines de Jaen y Granada, nació el 22 de abril de 1768 un niño que sin educacion artística de ningun género, y luchando con la indigencia en los primeros años de su vida, habia de admirar

con sus obras á la culta Europa, restaurando el buen nombre de los artistas españoles de los siglos XVI y XVII. Este niño era don José Alvarez y Cubero.

Hijo de un marmolista, no solo se manifestó diestro desde tiernos años en el oficio de su padre, sino que pronto demostró que habia nacido para ser algo mas que picapedrero, cuando se principió el famaso trasparente del convento del Paular, en que espontáneamente se desarrolló el genio de Alvarez.

Hizo sus primeros estudios en Córdoba, pasó luego á Madrid y tuvo que desempeñar las humildes funciones de picapedrero, para sostenerse en la córte; pero al mismo tiempo asistia á la Academia de San Fernando, en la cual aventajó á los dos años á todos sus condiscípulos. En 1799 le fué adjudicado el primer premio en el concurso que abrió la Academia. Noticioso el rey del mérito de Alvarez, le pensionó en Paris, donde en 1802 tuvo la honra de alcanzar el primer premio en el Instituto de Francia: una esposicion celebrada por la misma corporacion, en la cual presentó Alvarez una hermosa estátua de Ganimedes, le valió un tercer premio y la gloria de ser coronado por mano de Napoleon.



Alvarez.

En Roma, adonde pasó despues, emprendió un grupo colosal de Numantinas; pero la exigencia de que reconociera á José Napoleon como rey de España y su negativa, le acarrearon una prision en el castillo de Sant Angelo: á su salida hizo unos bajo-relieves para el palacio Quirinal, que le dieron la mas alta fama. La Academia de San Lucas de Roma le abrió en 1814 sus puertas, la de San Fernando de Madrid le admitió en su seno, la de Carrara premió sus talentos sentándole entre sus individuos, el Instituto de Francia le contó entre sus miembros, la Academia de Nápoles le hizo su socio, la de Amberes le honró con igual título, asi como otras muchas corporaciones. Finalmente, al escuchar las proezas de Zaragoza contra las huestes de Napoleon, concibió el pensamiento de legar á su patria un testimonio de su reconocimiento y lealtad, dedicando sus tareas á ese magnífico grupo que posee el Museo de Madrid y que nadie desconoce. Muchas proposiciones se hicieron á Alvarez de varios paises para comprarle esta obra, pero las rechazó todas y prefirió verse mezquinamente tratado por el gobierno español, á que su obra fuese á adornar un museo estrangero.

Por último, cuando apenas rayaba en los 59 años, dejó de existir en Madrid, en 1827, siendo enterrado en el cementerio extramuros de la puerta de Fuencarral. Tal es en resumen la brillante carrera que recorrió el que, empezando por picapedrero en Priego, acabó por conquistar uno de los primeros puestos entre los artistas de Europa.

LA VELADA DEL HELECHO,

ó

EL DONATIVO DEL DIABLO.

Novela.

(Conclusion.)

V.

En tanto que como un foragido atravesaba Arnoldo Késsman las calles de Nirivue en medio de la gente de armas del conde de Montsalvens, reinaban el espanto y la desolacion en la morada de Kéller, teatro un momento antes de tanto regocijo. Ida, desmayada desde que sonaron en su oido las palabras del gefe de la guardia, habia sido trasportada á su lecho por algunas vecinas caritativas, mientras otras menos sensibles y bondadosas (y entre ellas habremos de colocar á la propietaria de viñas) se apresuraban á alejarse de aquella casa en que habia entrado la desgracia, diciendo de paso á cuantos encontraban:

—¿Sabeis la gran novedad que ocurre? el decantado regalo que decian procedente de la mano de un príncipe, padre de Arnoldo de Késsman, es nada menos que un robo verificado por el ex-paje en el castillo de su amo. El culpable ha sido llevado á un horrible calabozo y la novia queda moribunda.

—Ya veis en lo que han venido á parar los húmos de esa familia! decia otra. Despues de tanta bambolla se vé hoy objeto de burla ó lástima para todo el lugar. ¡Bah! ¡bah! con el hijo natural del gran personaje! de qué modo prueba su elevado origen!

—Parece increible que ese muchacho haya podido cometer un delito tan feo: decian otras personas: tiene aspecto tan noble y aparenta tan buenos sentimientos...! pero la culpa no es suya, sino de ese codicioso Juan Bautista que se negaba á darle su hija si no se hacia rico. Ya veis: era ponerle en el disparador, porque el pobre chico estaba furiosamente enamorado.

—Lo cierto es (esclamaba suspirando otro ganadero rico pero mezquino y avariento,) que hemos perdido un banquete suntuoso, y otro ademas que probablemente nos habria dado el despilfarrado papá el dia de la boda. Por eso es codicioso Kéller, amigos mios, porque rabia por gastar, y distinguirse en el pais con sus festines y con sus veladas.

—Es verdad, repetian algunos con no menos mohina ¡hemos perdido una comida opípara! ¡Qué lástima que esa maldita gente de Montsalvens no hubiera llegado cinco ó seis horas despues!

—Pero decid, vecino, qué hariamos para poder saber con todos sus pormenores, lo que pase en el castillo y cuanto responde el reo á la acusacion que pesa sobre su persona.

—Oid, yo tengo gran intimidad con el halconero Julian é iré mañana á rondar en torno del castillo hasta que pueda verle y preguntarle todo lo que sepa relativamente á este suceso estraordinario.

—Oh! lo que es por mí nada quisiera saber sino la determinacion de Kéller en estas graves circunstancias. El tiene en su poder el dinero robado.

—Robado!... aun no sabemos si lo es: no hay que ser ligero al juzgar al prójimo.

—Pero me parece que todas las apariencias...

—Las apariencias, vecina, suelen ser engañosas.

—No lo niego, señor Bull, pero tambien las apariencias son á veces claras, acusadoras! Arnoldo que no tenia la mas remota esperanza de herencia ó donativo, deja de repente el servicio del conde y aparece poseedor de mil piezas de oro de 32 franken; al mismo tiempo que se descubre la perpetracion de un robo considerable en el castillo do su amo. ¿Qué hemos de pensar en vista de esta notabilísima coincidencia. ¿Es dable no ver la luz cuando brilla delante de nuestros ojos?

—Señor Tomás, nada se pierde con ser circunspecto, aun en demasía, cuando se trata de condenar á un desdichado. Harto rigor ha de encontrar el mísero mancebo en ese rudo conde que seria capáz de hacer ahorcar á la propia madre que lo llevó en su seno.

—Sí! en verdad! pobre Arnoldo!

—Yo daria de buena gana una tercera parte de mis re-

sos por sacarlo de entre las manos de ese cruel señor, sea culpable ó no lo sea.

—Oh! nadie le desea mal: tambien yo mismo haria cualquier sacrificio por librarlo.

—Todos lo hariamos; ese es punto aparte; pero en fin; ¿qué hará Juan Bautista con el dinero? ¿Continuará guardándolo á riesgo de ser acusado de complicidad, ó se lo entregará al conde?

—Ni una cosa ni otra debe hacer; dijo el anciano Bull, pues lo que corresponde es depositar la mencionada suma en poder de la autoridad hasta que se averigue su verdadera procedencia.

Cuando estas y otras conversaciones por el mismo estilo se entablaban entre los vecinos de Neirivue, Juan Bautista ejecutaba exáctamente lo que acabamos de ver indicado por el prudente Nicolás. Dejando á su hija en poder de dos ó tres amigos habia salido para Friburgo, á depositar el numerario en cuestion en manos del mismo gobernador, ó en las del conde de la Gruyere que se hallaba tambien en aquella ciudad.

Durante todas estas cosas y en tanto que la pobre Ida esclamaba sin cesar, en brazos de sus amigas. «Arnoldo no es ladron... es imposible!» sin que calmase aquella misma conviccion el acerbo dolor que la oprimia, el infeliz que era objeto de tantas murmuraciones, inquietudes y pesares, acababa de ser sepultado en el mas oscuro calabozo del feudal edificio que habia recientemente abandonado.

—Hé aquí vuestra morada; le dijo con rudeza su conductor; el conde no se halla en este momento en el castillo, pues ha sido necesaria su presencia en Friburgo; pero yo estoy encargado de representarle y soy responsable de vuestra persona. Estais pues incomunicado con todos, escepto conmigo, y debeis prepararos á responder con entera verdad á su señoría cuando tengais el honor de ser interrogado por él, si quereis evitaros la cuestion del tormento.

Se retiró aquel hombre al terminar estas palabras, cerrando la única puerta que allí habia y dejando al preso en casi completa oscuridad; pues solo recibia luz el calabozo por una mezquina claraboya abierta al estremo de aquel muro sombrío, que tenia tres metros de espesor. Por único recurso de descanso y refrigerio veíase allí un cántaro de agua junto á un monton de paja seca entre la que se agitaban familias de sabandijas de las muchas que se hospedaban pacíficamente en aquella estancia inmunda que estaba por fortuna rara vez habitada. La desesperacion del jóven era, empero, tan profunda, que ninguna impresion pareció hacerle el repugnante y miserable aspecto del lugar en que se hallaba. Con los brazos cruzados, la mirada fija y ardiente por el fuego de la fiebre, los labios contraidos y la cabeza inclinada sobre el pecho, quedóse de pié é inmóvil en mitad de su prision, semejante á una estátua de piedra en medio de un mausoleo. No nos es fácil decir cuántas horas pasó de aquella manera, ni qué pensamientos tétricos y profundos despedazarian su alma durante aquel triste período de cavilacion sombría; solo sabemos que cuando volvió el carcelero á traerle luz y una racion de pan y queso, aun le encontró en el mismo sitio y actitud, haciéndole estremecer el sonido de su voz como si le despertase de un sueño profundo y doloroso.

—Aquí teneis vuestra comida ó vuestra cena, como querais llamarlo, le dijo poniendo en el suelo el plato y el candil que traia. Todas las noches recibireis igual racion, y por las mañanas os renovaré el agua y podreis almorzar algunas patatas ó un vaso de leche caliente. Tengo órdenes muy severas respecto á vos, pero no trato de abusar de ellas.

Arnoldo nada contestó; volvió la espalda al alimento que se le ofrecia y fué á echarse sobre el monton de paja que debia servirle de lecho. Allí lloró por fin; allí desahogó su pecho gimiendo toda la noche, y allí vió aparecer el reflejo de luz que filtró, por decirlo así, al través de la claraboya, cuando un nuevo dia renovó la vida y el movimiento de la naturaleza. El carcelero se presentó poco despues á cumplir lo prometido y á advertirle que su señoría el conde de Montsalvens estaria al dia siguiente en el castillo, viniendo espresamente para recibir por sí mismo las declaraciones del preso.

Tampoco esta vez contestó Arnoldo, ni probó bocado del almuerzo que se le traia. Volvió á su inmovilidad y á su cavilacion, y nada pudo sacarle de ellas hasta que veinte y cuatro horas despues se presentó de nuevo su guardian á traerle un vaso de leche y á notificarle que dentro de algunas horas compareceria ante el conde. Entonces Arnoldo, que desfallecia ya con su larga abstinencia, tragó rápidamente el vaso de leche y pareció reanimarse.—Estoy pronto á presentarme á su señoría cuando guste, respondió al carcelero: pero decidme en nombre del cielo ¿sabeis algo de la familia del ganadero Kéller?

—Me está prohibido responder á ninguna pregunta que me hagais, contestó su interlocutor.

—Bien, pues dejadme!

—Volveré á buscaros cuando lo mande el señor conde, añadió el carcelero, y se marchó echando al preso una mirada de compasion: el desgraciado se puso entonces de rodillas y oró silenciosamente con todas las apariencias de una contricion sincera.

Aun no habrian pasado dos horas cuando su guarda, seguido de otros dos hombres armados, vino á buscarle para conducirle adonde le aguardaba su señoria, y Arnoldo los siguió sin articular palabra y con mas serenidad que habia mostrado hasta entonces. Sin embargo, vaciló esta notablemente al verse introducido por sus conductores en la horrible cámara llamada de la tortura, accesorio característico de la época del feudalismo, y del que casi ningun castillo se hallaba privado. El horrible potro ocupaba el centro de aquella pieza abovedada, en la que se veian además otros instrumentos de suplicio.

—Aquí es donde debeis aguardar al señor conde, dijo el carcelero: su señoria no tardará en venir,

En efecto; una de las angostas y macizas puertas de la pavorosa estancia se abrió rechinando al mismo instante, y entró por ella el conde de Montsalvens.

Era aquel personage un hombre de cuarenta años, alto, flaco, de aspecto adusto y desagradable, echándose de ver que aumentaba entonces la natural rudeza de su fisonomía la violenta indignacion de que se hallaba poseido. A una seña suya abandonaron la cámara los guardas del preso, y el que se presentaba como su acusador y su juez pronunció estas palabras.

—Me habeis hecho un robo de grandísima consideracion, Arnoldo Késsman; seria en valde negarlo: estais convicto. El jóven guardó silencio, y el conde continuó, esforzándose por reprimir su cólera. Malignas sugestiones os persuadieron sin duda de que seria para vos de alguna conveniencia sustraer esos objetos de imponderable valia para mí; pero aun pudiera perdonaros y concederos mayor utilidad de la que creais encontrar poseyendo lo que me habeis robado, si ahora mismo me haceis su devolucion, ó declarais el paraege en que lo habeis ocultado. ¡Qué! nada respondes, miserable! esclamó dando sueltas á su furor al ver que el preso proseguia callando. ¿No confiesas haberme robado?

—Si señor, lo confieso, pronunció Arnoldo bajando los ojos, y apoyando su espalda contra la pared, para no caer en fuerza de su dolorosa emocion.

—Pues bien! decid al punto dónde ocultais el robo.

—No lo oculto en parte alguna, señor conde.

—Lo teneis por ventura aquí? esclamó su interlocutor animado por lisongera esperanza.

—No, señor conde.

—Se lo habeis dado á alguien, miserable! hablad! se lo habeis dado á alguien?

—Sí, señor conde.

—Ah! si, ya lo suponia yo, infame bastardo! gritó Montsalvens fuera de sí: estabas confabulado con el baron de Charmey y me has robado mis papeles para entregárselos, y en union con él despojarme de mi hacienda! herirme en mi honra!.. Pero estás entre mis manos y yo te juro que no te dejaré disfrutar los provechos de tu traicion.

—Señor conde; yo os juro tambien, dijo el jóven, que estais hablando en un supuesto falso. Solo una vez en mi vida he visto al baron de Charmey, por casualidad en una fiesta, y nada sabe su señoría de los papeles que segun decís contenia aquella caja.

—El conde clavó con incredulidad sus penetrantes ojos en los del jóven, y despues de un instante de silencio, durante el cual procuró concentrar su violento despecho, dijo con fingida calma.

—¡Arnoldo! si decis verdad aun pudiéramos entendernos; aun pudiera yo perdonaros. Si no están todavía en manos de mi enemigo esos importantes documentos; si os hallais

pronto á devolvérmelos hoy mismo, al instante, porque luego seria tarde; en ese caso yo os empeño mi palabra de que conseguireis, no solamente lo que os habeis propuesto al posesionaros de ellos, sino que os daré ademas notables testimonios de mi agradecimiento. Alguien os ha informado de lo que contenian aquellos papeles, antes de que os resolviéseis á robármelos; si no fué el baron personalmente, no cabe duda en que seria algun agente suyo, y porque sabe que ya me habeis desposeido de tan poderosas armas, se atreve á hacer valer derechos olvidados. Pero vos no podeis anhelar que quede arruinado el hombre á cuyo lado habeis vivido veinte años; no podreis dar un ejemplo de tan horrenda ingratitud. Leo en vuestro semblante que os hallais arrepentido y que me restituireis al punto esa caja inapreciable en la que se encierra mi destino.

—¡Oh! ¡creedlo, señor conde! esclamó el jóven prorrumpiendo en llanto: quisiera haber muerto antes que cometer ese delito: daria mi sangre por haceros la restitucion que deseais; puesto que, segun decis, encerraba aquella malhadada caja papeles que os interesan tanto: si lo hubiera sabido...

—¿Pues no lo habeis comprendido al leerlos? esclamó el conde volviéndo á enfurecerse. ¡Decid, desventurado! ¿no visteis qué esos papeles eran mi única defensa para no ser desposeido, arruinado?

—No sé nada; no he abierto vuestra caja, respondió el mancebo; segun la tomé de vuestro escritorio, asi la puse en manos de aquel que me la habia pedido.

—¿Luego es falso lo qué asegurabas? ¡vil hipócrita! ¿luego el baron posee ya, ó ha destruido, esas pruebas de su deshonra?

—Os vuelvo á decir, señor conde, que nada tengo que ver con el baron: jamás le he hablado.

—¿A quién, pues, disteis la caja? prorrumpió Montsalvens espumando de rabia.

—No puedo decirlo, respondió estremeciéndose el acusado. Eso es un misterio horrible, señor conde.

—¿No puedes decirlo? miserable ladron. ¡Oh! lo dirás: yo te lo aseguro: lo dirás cuando te lo pregunte de otro modo. ¡Ola! gritó aproximándose á la puerta por donde habian salido los hombres que acompañaron á Késsman. Venid á tender en el potro á éste reo inconfeso.

—¡Deteneos! dijo el jóven adelantándose todo trémulo: diré lo que deseais, puesto que es un secreto que á nadie mas que á mí puede dañar: sí, todo lo sabreis, señor conde.

Volvió éste á acercarse despidiendo á los ejecutores que ya aparecian en el umbral de la puerta, y el desventurado jóven habló asi:

—Yo amo á una jóven del país, cuyo padre habia dicho muchas veces que no la concederia jamás por muger á un hombre privado enteramente de bienes de fortuna.

—¡Y bien, qué! dijo impaciente el conde.

—Y hay una tradicion popular, prosiguió Arnoldo con voz ahogada, que asegura que en la noche que antecede al dia de san Juan... ¡Oh! señor conde, ¡tened piedad de mí! es horroroso lo que voy á deciros.

—¡Acabad! ¡acabad! gritó Montsalvens, golpeando impaciente el pavimento con sus descomunales piés.

—Existe á poca distancia de Neirivue, articuló Arnoldo estremeciéndose, un lugar que llaman el camino de Evi, y la tradicion afirmaba que el Diablo aparecia allí á la mitad de la mencionada noche, y enriquecia al individuo que osaba esperarlo en un parage oscuro y cubierto de helecho.

—¡Miserable! ¿me venís ahora con cuentos de viejas?

—No, señor conde, esto no es un cuento, porque yo... yo estuve la víspera de san Juan en el camino de Evi.

—¿Y qué tiene que ver eso con el robo que me hicisteis?

—Que el Diablo, señor conde, el Diablo mismo fué quien me sugirió aquel crimen. Sí, su voz ronca y terrible llegó á mis oidos en medio de la oscuridad de aquella noche pavorosa.—Arnoldo Késsman, me dijo, tú no vienes á pedirme la posesion de un trono ó de feudales dominios: solo anhelas á una muger, y para que la obtengas me basta hacerte un modesto donativo. No seré por tanto exigente contigo: no te pido tu alma, solo reclamo una señal de tu valor y obediencia. El conde de Montsalvens, tu amo, guarda en su castillo una cajita de preciosas maderas enchapada de plata, y en ella cincelada una corona de conde y las iniciales del nombre de una casa ilustre que no es la suya. Esa caja contiene papeles que son mios; sí, solo el Diablo tiene derecho á ellos. Es menester que descubras el sitio en que se encuentra esa alhaja; que la sustraigas, y que dentro de tres dias, á esta misma hora, me la traigas á este sitio. En cámbio de ella tendrás al instante mil piezas de oro de 32 franken. Guárdate empero de abrirla, porque si lo haces quedas desde aquel instante siervo del infierno para siempre, y yo no quiero en mis dominios sino á los que conquistan su entrada con hechos mas funestos y trascendentales. ¡Oh! ¡señor conde! prosiguió el jóven sollozando: cuando salí de aquel horrible lugar, me hallaba resuelto á no cumplir las condiciones del Diablo, á renunciar como debia su ominoso donativo; ¡pero... él lo tenia todo dispuesto para tentarme! La noche del 25 de junio os dormísteis poniendo bajo la almohada la llave del escritorio en que yo habia visto, una vez que lo abrísteis en mi presencia, la funesta caja cuyas señas me habia dado el maligno. Aquella llave estaba al alcance de mi mano... vuestro sueño parecia profundo... ¡oh! ¡perdonadme! caí en la tentacion, señor conde, y Satanás recibió la noche siguiente el objeto que deseaba.

—Estás loco, desdichado, dijo el conde, ó eres el mas vil de todos los embusteros del mundo.

—No estoy loco ni miento, repuso el jóven cada vez mas desolado: toda la villa de Neirivue sabe que despues de aquella aciaga noche soy poseedor de mil piezas de oro de 32 franken: tal fué la recompensa que me dio Satanás por la villana conducta que tan justamente estoy espiando.

—Me robarias esa suma, infame, cuando me robaste los papeles: no presumas engañarme con tus cuentos de bruja. ¡Mi caja! ¡mi caja al punto ó te hago sufrir tortura!

—Haced lo que querais, respondió Arnoldo con dolorosa resignacion. He dicho la verdad, pero soy culpable, matadme.

—¡Oh! ¡sí! yo te juro que ha de hallar Charmey regados con tu sangre los dominios de que me despoje: te juro sembrar con tus miembros despedazados el camino triunfal por donde vaya á tomar posesion de los bienes que ambiciona. ¡Me has perdido, miserable bastardo! pero no has de triunfar con el malvado de quien eres complice: no quedará sin venganza el conde de Montsalvens cuando quede arruinado por tu alevosía.

—¡Ola! ¡corred, echad en el potro á este bandido! dijo á los tres hombres que acudieron presurosos á su primer llamamiento. Atormentadlo sin piedad hasta que confiese donde ha ocultado el robo.

Los que recibieron esta inhumana órden no anduvieron tardos en ejecutarla, y ya habian asido al desdichado Arnoldo para comenzar la tortura, cuando un ruido estraordinario se hizo sentir en todo el castillo, y el conde y los ejecutores de su sentencia oyeron con asombro estas palabras pronunciadas por atronante voz.—En nombre del emperador, llevanos á la presencia del conde de Montsalvens.

El conde hizo una señal de que se suspendiese la tortura del reo, y se adelantaba precipitadamente hacia la puerta por donde entró antes, cuando apareció en los umbrales de ella un oficial austriaco al frente de un piquete de soldados, y llevando á su lado al baron de Charmey.

—Señor conde, dijo el primero: advertido el gobernador de Friburgo por el señor baron de Charmey, que se halla presente, de que un vasallo de dicho señor ha sido preso por órden vuestra y se halla en este castillo, me envia para sacarlo de él, advirtiendoos que si alguna reclamacion teneis que hacer contra el jóven Arnoldo Késsman, lo verifiqueis de la manera y en los términos que corresponden.

—El gobernador ha sido engañado, dijo el conde lanzando sobre el baron iracunda mirada: la persona de quien se trata está á mi servicio, y nada tiene que ver con el señor de Charmey.

—Vuestra señoría es quien se equivoca, respondió éste: Arnoldo Késsman ha nacido en mis dominios, y en el momento en que se verificó su captura no pertenecia á la servidumbre del señor conde de Montsalvens.

—¿Decís que ha nacido en vuestros dominios? ¡probadlo! esclamó el de Montsalvens con inesplicable sonrisa.

—Estoy pronto á ello, dijo tranquilamente el baron; pero antes quisiera que su señoría me concediera dos minutos de secreta conferencia, pues me parece que quedaria convencido, y que este negocio se terminaria sin necesidad de entrar en ciertas cuestiones enojosas.

—No sé que esperanza maligna animó al oir estas palabras la sombria fisonomía del señor de Montsalvens; pero

lo cierto es que se apresuró á complacer al de Charmey, rogando á todos los presentes se sirvieran pasar á la sala inmediata.

—El acusado puede quedar, dijo el baron: lo que tengo que deciros le interesa especialmente.

Arnoldo que nada comprendia aun de cuanto estaba pasando, tenia fijos en el jóven Charmey sus grandes y melancólicos ojos con indescribible afan. Este, apenas quedaron solos, dijo con dignidad, despues de cerrar por sí mismo todas las puertas.

—Señor conde, la villa de Neirivue acusa á este mancebo de haberos robado mil piezas de oro de 32 franken; pero en el momento en que tengo la honra de hablaros se está desmintiendo como es debido tan vil calumnia por todos mis agentes, á quienes he dado el espreso encargo de divulgar la verdad, restableciendo la buena reputacion que merece el acusado. Las mil piezas de oro que posee Arnoldo Késsman se las he regalado yo.

—¡Vos! esclamó el jóven estupefacto.

—Habeis pagado con ellas, dijo furioso el conde, la caja que me robó por sujestiones vuestras.

—Esa caja no os pertenecia, señor conde, repuso sin alterarse Charmey: no podeis acusar de robo á este mancebo, porque aunque llegarais á probar hasta la evidencia que se habia posesionado de los papeles que contenia la mencionada caja, él pudiera probaros tambien con ellos mismos que eran propiedad suya que vos injustamente le reteniais.

—¡Oh! ¡qué lo haga! ¡qué lo haga! esclamó con feroz alegría su interlocutor; aconsejádselo vos, baron de Charmey. Eso es precisamente lo que anhelo. ¡Sí! haced que divulgue el contenido de esos papeles! yo os desafio á que lo ejecuteis.

—Sonriose el baron y contestó.—Os comprendo, señor conde, pero veo al mismo tiempo que teneis poca memoria, asi como antes he podido conocer que no poseis toda la prudencia y sagacidad que os suponia. Olvidais que no es necesario presentar todos los papeles que encierra la caja para probar al mundo que es propiedad de Arnoldo Késsman. Entre las cartas que con laudable intencion guardabais tan cuidadosamente tuvisteis la indiscrecion de dejar otras de distinta letra, firmadas con otro nombre, y en ellas consta, en primer lugar, que la caja y todo lo contenido en ella se os dejaba en depósito; en sagrado depósito para que se lo entregáseis á este huérfano cuando cumpliese los 20 años: en segundo lugar, consta tambien en ellas; recordadlo, que como de aquellos papeles se os dejó depositario tambien de la considerable suma de cinco mil piezas de oro de 32 franken, de las cuales sois deudor á este jóven todavía.

Palideció el conde mientras hablaba su contrario, y tembló de pies á cabeza al oir la conclusion de su discurso.—Y bien! dijo con sofocada voz despues de un instante de meditacion. ¡Habeis vencido, baron de Charmey! me arruinareis, me quitareis la honra, pero la vuestra no ha de quedar intacta. Lo que no puedo probar con papeles lo divulgaré á gritos por toda la Helvecia.

—Poco crédito puede alcanzar un hombre que queda infamado, respondió mordiéndose los labios el jóven Charmey. Despues que os hayamos probado que sois un ladron, señor conde, nadie tendrá dificultad en creer que seais tambien un calumniador, y yo tengo una espada para sostenerlo. Pero no es eso lo que ahora deseo: llevais aunque indignamente un nombre ilustre que quiero respetar yo, y me interesa que no salgan jamás de labios como los vuestros otros nombres que respeta todo el mundo. Atended pues á lo que voy á deciros. En este instante se está pronunciando un fallo que vá á arrancaros los vastos dominios que me usurpasteis: yo os dejo si quereis, para que no sea completa vuestra ruina, os dejo en tranquila posesion de la herencia de este jóven, obligándome á resarcirle de su pérdida. Nada sabrá el mundo de la infame conducta que habeis observado reteniendo el patrimonio de un huérfano confiado á vuestra tutela, y vos por vuestra parte jamás pronunciareis sin veneracion los ilustres nombres de aquellos cuyos secretos sabeis. El dia que os atrevierais á faltar á esta condicion fundamental, arrojaria yo las cartas del padre de este jóven á la faz del orbe, y á vos os cerraria la boca con una bala.

Rugió Montsalvens como el tigre encarcelado; pero aceptó las proposiciones de su contrario: ¡Habeis vencido! repitió con ahogado acento: ¡mandad! os toca á vos ahora.

—Pues bien; quedamos convenidos, añadió: solo falta que salgais á decir en alta voz á todos vuestros domésticos que quedais completamente satisfecho de la inocencia de Arnoldo, que lamentais la lijereza de vuestra conducta, y que deseais que se divulgue por todo el pais la verdad de estos hechos.

—¿Eso mas? dijo el conde con amarga sonrisa.

—El honor de este mancebo lo pide, señor de Montsalvens.

—¡Bien! dijo el conde, y salió con precipitacion.

Entonces Késsman, que de todo aquello solo habia comprendido claramente que debia al baron la libertad y la honra, se precipitó á sus plantas esclamando:—Con nada podré pagaros jamás lo que por mí habeis hecho, señor de Charmey; pero decidme en nombre del cielo si en efecto os debo á vos el dinero que me dieron en el camino de Evi, ó si solo lo habeis dicho para evitarme el remordimiento y la mengua de haber recibido un donativo del diablo.

Podeis estar perfectamente tranquilo, mi querido Arnoldo, le respondió su salvador con visible emocion. Ese dinero ha salido de mi bolsillo para pasar al vuestro. Vos erais paje de cámara de un hombre que guardaba, como ya habreis comprendido, papeles que comprometian el honor de una familia: pensé en que podria sustraerlos por vuestra mediacion, y aprovechando las favorables circunstancias de aquella antigua tradiccion y del anhelo que debiais tener por adquirir dinero, imaginé el ardid que tan felizmente me ha salido. Entonces, Arnoldo, añadió el jóven caballero mas conmovido aun, ignoraba yo mismo lo que sé ahora por aquellos documentos: ignoraba que al quitárselos al conde no haciais mas que tomar lo que era vuestro.

—Pero si eran mios esos papeles, observó Késsman, ¿porqué os interesaba tanto el conquistarlos vos, señor de Charmey?

—¡Escuchad, Arnoldo! dijo el baron bajando la voz que su emocion hacia trémula. Una dama de elevada clase cuyo marido se hallaba ausente, tuvo la desgracia de inspirar una pasion tan invencible como la que sentis por Ida Kéller, á un caballero ilustre, que para mayor desventura supo ademas hacerse amar. Sí; el tirano sentimiento que os hizo aceptar un donativo infernal, en vuestro concepto, fué tambien poderoso en el alma de aquellos dos desgraciados. ¡Todo lo olvidaron, Arnoldo! Pero volvió el esposo: los culpables hubieron de separarse para siempre; y poco despues murió uno de ellos en brazos del conde de Montsalvens que era su amigo y su deudo. Quedó en poder de ese malvado un niño infeliz fruto de aquella pasion infausta, y con este sagrado depósito que le hiciera un padre moribundo, recibió tambien los papeles, cuya existencia ignorabais. Muchos de ellos eran cartas de amor; cartas trazadas con tanta pasion como imprudencia por la mano de una muger: ¡firmadas con su nombre! Otros eran escritos del amante dirigidos á su confidente y amigo: por ellos he sabido que vos sois, Arnoldo, aquel huérfano confiado á la tutela del indigno sugeto en cuya casa habeis ocupado el lugar de un criado: en ellos tambien consta que vuestro padre os dejaba en manos de ese infiel depositario una parte de sus caudales. Pero nada de esto sabia cuando anhelaba la posesion de aquellos documentos: entonces solo pensaba en arrancar de manos de un infame las pruebas del deshonor de una respetable familia; porque el que las poseia, Arnoldo, habia hecho de ellas un arma para proteger sus usurpaciones: ¡sí! era bastante bajo para decirme—el dia que reclameis los bienes que os he quitado, ese mismo divulgaré los secretos que poseo; removeré las cenizas de la desgraciada que ya no existe, y arrancaré á su memoria el usurpado respeto que la acompañó á la tumba.

—Me estais descubriendo la mas inaudita bajeza, dijo Késsman, y os rindo infinitas gracias, señor baron, por haber salvado el honor de mi madre, haciéndome instrumento de vuestro designio; pero permitid que os diga que aun no comprendo el interés personal que en todo esto teneis: no, no alcanzo el motivo que os puede hacer tan precioso el buen nombre de mi familia que por conservarlo habeis dejado al conde en tranquila posesion de vuestros dominios.

—¿No lo habeis comprendido todo, Arnoldo? repuso el baron reteniendo con dificultad una lágrima que asomaba á sus párpados: ¡pues bien yo voy á esplicarlo! Sabed que nos es comun á los dos el sagrado deber de conservar sin mancha el nombre de aquella que os dió la vida, porque... tambien en su seno comenzó la mia!

—¡Sois mi hermano! esclamó trasportado Arnoldo.

—¡Mas bajo!... respondió Charmey: venid á pronunciar ese nombre sobre mi corazon, hermano mio; pero despues olvidadlo! Este sacrificio nos impone á entrambos el respeto debido á nuestra infortunada madre.

Los dos jóvenes se precipitaron uno en brazos de otro y confundieron sus lágrimas en aquel largo y tiernísimo abrazo; pero al mismo tiempo llegaron á sus oidos estrepitosas aclamaciones que resonaban en torno del castillo. ¡viva el baron de Charmey! ¡viva Arnoldo Késsman! repetian innumerables voces.

El oficial austriaco se presentó en aquel mismo instante en la estancia en que se hallaban los dos hermanos. —Señor baron, dijo, el conde de Montsalvens me ha manifestado quedar perfectamente satisfecho de la inocencia de este mancebo, y segun tengo entendido su novia y los vecinos de Neirivue acaban de llegar á las puertas de este castillo clamando por vos y por él. Vengo, pues, á felicitaros con todo mi corazon, y á advertiros que me vuelvo á Friburgo con mi gente.

—Señor oficial, respondió el baron, acepto con gratitud por mí y por mi protegido vuestro cordial parabien; mas rechazo vuestra despedida. Sabed que este jóven fué preso el mismo dia que celebraba sus contratos matrimoniales, segun supe en Friburgo por su futuro padre, al cual he dado mis instrucciones á fin de que podamos terminar hoy mismo en el castillo de Charmey los interrumpidos regocijos. Me creo con derechos de ser preferido para padrino de la boda y os convido á presenciarla esta noche. Mañana mas descansada vuestra gente podreis volveros á Friburgo.

El oficial se inclinó en señal de asentimiento, y Arnoldo hizo otro tanto para besar las manos del baron que le dijo entonces.—Vamos, amigo mio, á abrazar á Ida, (espero que me lo permitireis sin tener celos esta vez), y á advertirle á Juan Bautista que debe añadir á los contratos la cláusula de que aportais al matrimonio 5000 piezas de oro de 32 franken de las que me reconozco deudor. Yo me reservo el derecho esclusivo de disponer los festejos de las nupcias, y os advierto desde ahora que una de las novedades con que quiero obsequiaros, será la iluminacion del camino de Evi, á donde hemos de ir en caravana á cortar el helecho para alfombrar la capilla en que recibais la bendicion.

Los vecinos de Neirivue lograron en aquel instante ganar por asalto las puertas del castillo, y entrando en tumulto se apoderaron de Arnoldo para llevarlo en triunfo á los brazos de su Ida.

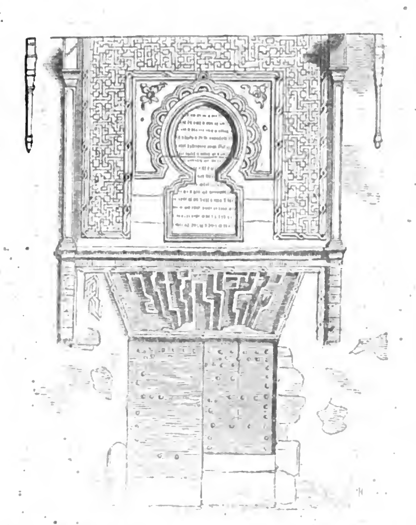
. . . .

En toda la villa de Neirivue y aun en otras muchas del contorno fueron objetos de conversacion para el resto del año las suntuosas bodas de Ida Keller con Arnoldo Késman, y los populares regocijos que siguieron á aquellas con motivo del completo triunfo del jóven baron de Charmey, puesto en posesion de los pingües dominios que le habia usurpado hasta entonces el aborrecido conde de Montsalvens.

No falta tampoco quien nos asegura que al año siguiente, en la noche de la velada del helecho, ocurrió un nuevo motivo de la alegria, cual fué haber dado á luz felizmente la esposa de Késsman un hermosísimo infante, á favor del cual repitió el baron de Charmey, en el acto de su aparicion en el mundo, *el donativo del diablo.*

G. G. DE AVELLANEDA.

FIN DE LA NOVELA.



Portada del hospital de los Arabes en el barrio del Hageuz en Granada

Madrid: Imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, num. 4.



Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza.

Si hay un culto que pueda llamarse verdaderamente *nacional* en España, es el que desde tiempo inmemorial tributan las almas piadosas á la venerable imágen de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. Desde tiempo inmemorial, hemos dicho, y en efecto el orígen de ese culto se pierde en la noche de los tiempos, siendo ya en la comun opinion coetáneo de la introduccion del cristianismo en España. La crítica se siente sin fuerzas para impugnar y aun para discutir la verdad de tradiciones, sancionadas por el transcurso de tantos siglos, así como el fundamento de creencias tan dulces y consoladoras, como las tradiciones y las creencias que van unidas á la historia de la sagrada imágen de que nos ocupamos.

Numerosísimas conversiones habian coronado la árdua mision del apóstol Santiago el Mayor, cuando por mandamiento de Dios vino á regenerar esta postrera provincia de Europa. Ya habia abierto á la luz de la fé las almas de una muchedumbre escogida. Galicia, las Asturias, Castilla, que se llamaban entonces España Mayor y casi toda la España Menor, que és la provincia de Aragon, habian ya recibido en su seno las semillas de la nueva doctrina. Estaba el apóstol evangelizando la poblacion de César-Augusta, hoy Zaragoza: ocho discípulos tenia ya conquistados en esta ciudad, y con ellos, para meditar con más sosiego sobre los sublimes misterios de la divinidad, solia salir por las noches á recorrer las márgenes del Ebro, cual si esperara de la contemplacion de las maravillas nocturnas, de la seductora calma de la naturaleza en aquellas calladas horas, de las mil voces, en fin, que hablan al alma cuando callan todos los rumores de la tierra, la confirmacion de sus altas predicaciones. Una de aquellas noches, á la hora en que estaba el bienaventurado apóstol esplicando á sus discípulos las palabras del Salvador, andando lentamente, segun su costumbre, por las márgenes del rio, estaba la Reina de los ángeles, todavía en su vida mortal, implorando en su oratorio de Jerusalen á su divino Hijo, por aquel que, segun ella sabia, iba á sellar el primero entre los apóstoles con su sangre la fé cristiana. Esta presciencia del destino que estaba reservado á Santiago, despertaba en el tiernísimo pecho de la Vírgen un grande afecto hácia él; así no cesaba de pedir á Dios en sus oraciones que le sacase triunfante de su apostolado en España, objeto tambien de la particular predileccion de María Santísima.

Movido por las plegarias de su Madre, descendió el Salvador en un trono de inefable magestad al oratorio donde le imploraba María, y confortándola dulcemente, le dijo que luego en el mismo instante se partiese para España en busca del apóstol Santiago, y le mandase volverse á Jerusalen; pero añadió: «no lo hará hasta despues de haber edificado en Zaragoza un templo en honor y título de vuestro nom-

bre, donde por intercesion vuestra obrará mi Padre todos los milagros que le sean por vos demandados, ¡oh Madre mia!»

Estas palabras inundaron de júbilo el corazon de la beatísima Virgen. Luego que los hubo pronunciado, desapareció el Salvador de los hombres, y en cumplimiento de su divina voluntad, transportaron en un momento los ángeles á María entre celestiales cánticos de alabanzas al Altísimo, al sitio donde se hallaba el apóstol prosternado á la orilla del Ebro haciendo oracion, mientras rendidos de cansancio reposaban á corta distancia sus discípulos. Una vivísima claridad iluminó entonces de súbito aquella desierta campiña; los ecos de los coros seráficos sacaron dulcemente de su letargo á los ocho discípulos del apostol, y de esta suerte pudieron ser testigos y dar testimonio de la milagrosa aparicion de que iban á ser teatro aquellas afortunadas riberas. Traian los ángeles á su Reina en un trono de refulgente luz; unos iban arrodillados sobre trasparentes nubes, cual si estuviesen en adoracion en derredor de ella; otros venian pulsando misticas arpas y entonando en suavisimos y alternados coros *Ave María, Salve sancta parens, Regina cœli lætare*, á que respondia alguna vez la Virgen, refiriendo todo aquello al Autor Supremo con tanta humildad de corazon cuanto eran grandes el honor y beneficio que la dispensaba: muchas veces repetia: *Santo, Santo, Santo Dios de Sabaot, ten misericordia de los míseros hijos de Eva!...*

Arrobado el felicísimo apóstol, vió á los ángeles suspender delante de él en los aires el trono de María, vió á estos inclinarse un poco hácia un lado, tomar de manos de los serafines una pequeña columna de jaspe, sobre la cual se alzaba una imájen de diferente materia riquísimamente aderezada con reales vestiduras, y presentándosela en seguida con un ademan lleno de inefable dulzura, dióle su bendicion en nombre del Padre y del Hijo diciéndole: «Jacobo, siervo del Altísimo, bendito seais en su diestra; él os llene y manifieste la alegría de su divino rostro.» Y todos los ángeles respondieron: *Amen.* Y prosiguió la Reina del Cielo: «Hijo mi Jacobo, este lugar ha señalado y destinado al Altísimo Todopoderoso Dios del Cielo para que en la tierra le consagreis y dediqueis en él un templo y casa de oracion, donde debajo del titulo de mi nombre quiere que el suyo sea ensalzado y engrandecido, y que los tesoros de su divina diestra se comuniquen, franqueando liberalmente sus antiguas misericordias, con todos los fieles que por mi intercesion los alcanzarán, si las pidieren con verdadera fé y piadosa devocion; y en nombre del Todopoderoso les prometo grandes favores y bendiciones de dulzura, mi proteccion y amparo, porque este ha de ser templo y casa mia, mi propia herencia y posesion. Y en testimonio de esta verdad y promesa quedará aqui esta columna, y colocada en ella mi propia imágen, que en este lugar, donde edificareis mi templo, perseverará y durará con la santa fé hasta el fin del mundo. Dareis luego principio á esta casa del Señor, y habiéndole hecho este servicio partireis á Jerusalen, donde mi Hijo Santísimo quiere que le ofrezcais el sacrificio de vuestra vida en el mismo lugar en que dió la suya por la redencion del linage humano.»

Dijo, y mandó á los ángeles que colocasen la columna con la soberana imágen en el mismo lugar en que hoy están, y así fué ejecutado en un momento. Luego los mismos ángeles, el apostol y sus discípulos reconocieron aquel lugar por casa de Dios y puerta del cielo, y adorando allí á la divinidad, celebraron los primeros aquella nueva y primera dedicacion de un templo instituido en el orbe despues de la redencion humana en nombre de la gran Señora del cielo y de la tierra.

Y todas sus promesas se cumplieron. La celestial columna perseveró y perseverará por los siglos de los siglos. El santuario que edificaron el apóstol y sus discípulos en derredor de ella, sucumbió á las injurias del tiempo, y otro y otros le sucedieron; la sacra columna permaneció ilesa, desafiando la barbarie, el fanatismo, la rabia de tantos pueblos enemigos, romanos, bándalos, musulanes. ¿Qué mucho? Las promesas del cielo no podian faltar, y la custodia de la santa imágen del Pilar estaba encomendada á un ángel, que la cubria con sus blancas alas, como cubre con su amor una madre al tierno fruto de sus entrañas.

Esto dice la tradicion. La estampa de este artículo representa la suntuosa capilla del Pilar tal como se halla hoy dia.

EL MOTIN CONTRA ESQUILACHE.

ARTICULO SEGUNDO.

(Conclusion.)

A tal estremo habia venido un levantamiento tan pomposamente preparado, un levantamiento, no diremos justo, pero hasta cierto punto disculpable. Pudo seguramente darse á las pretensiones de los que figuraron en él un viso mas noble é interesante sin tanta ilegalidad y estrépito; y aun admitido el motin, pudo este tomar un carácter mas propio de un pueblo moderado, obediente á las leyes, y dócil al régimen de la autoridad suprema; pero al ver aquella falta de juicio y aquel esceso de imprudencia, debió suponerse que ó los perturbadores estaban sin guia que diese direccion al vuelo de sus pasiones, ó que la que tenian era tal, que ni á sí propia sabia conducirse. Quizá no parecerá desacierto inclinarse á la opinion de que los motores de aquel escándalo, arrepentidos de su propósito, dieron el primer empuje y no tuvieron fuerza para seguir mas adelante.

Así se vió en lo restante de aquel dia que los grupos que paseaban las calles no llevaban otro plan ni mas objeto que el de vagabundear por ellas, comer y beber de balde, alzar impunemente el grito de viva España, disparar tiros al aire cuando querian producir espanto, y humedecer á menudo sus fauces en las tabernas. Lo mas singular fué, y esto prueba cuán lejos estaba aquello de una verdadera conspiracion, que entre tanta gente como andaba alborotada, pues llega su número á diez mil personas, de costumbres groseras la mayor parte, hambrienta y codiciosa de mejor fortuna, nadie hubo que se propasase á grandes escesos, nadie que se permitiera un hurto, una muerte, una venganza, fuera de las mencionadas; ni ninguno de los demas crímenes que llevan consigo las conmociones populares. Y no era porque careciesen de medios para hacer frente á las fuerzas que pudieran oponérseles: ya hemos dicho que contaban con algunas armas y municiones; la casualidad les proporcionó proveerse de mayor número de las primeras, pues habiendo pasado por la calle de la Montera unas cargas de fusiles destinados á los regimientos, se apoderaron de ellos y los repartieron entre sí, de suerte que por lo menos existian ya cuatro ó cinco mil hombres armados. Pero la conducta, inofensiva hasta cierto punto, del populacho en aquellos dias, debe atribuirse principalmente á su natural honradez, y despues á la inaccion absoluta de la tropa, la cual pareceria increible á no saberse que hubo cuartel donde no solo se entregó á los amotinados cuantas armas se guardaban dentro, sino hasta el fusil del centinela y las cajas de los tambores.

La única novedad notable ocurrida en el mismo dia 25, fué la aparicion de un bando puesto de real órden en las esquinas de los parages públicos, en que ademas de permitirse el uso de las capas largas, sombreros gachos, y todo trage español, se decia que habia tenido á bien S. M. aplicar su benignidad mandando que se rebajasen los cuatro cuartos en cada libra de los comestibles consabidos; que se quitase la junta de abastos, y gobernasen estos como antes ó como lo consultare el consejo; que se retiraran de Madrid los guardias walonas, y se saliese tambien de la corte el marqués de Esquilache, dándole por sucesor al español don Miguel de Muzquiz. Estas concesiones dábanlas ya todos por otorgadas, y asi no produjeron efecto alguno; el objeto ó pretesto mas bien de este segundo levantamiento era el regreso de S. M., y por lo tanto no debia esperarse la pacificacion de los ánimos hasta que volviese el cochero Bernardo con la respuesta del rey que suponian todos favorable.

En efecto, de este suceso dependia el desenlace de aquella trama. Bernardo llegó al sitio, se fué á palacio con la esposicion y pidió ser llevado á la presencia del rey, á lo cual manifestaron los cortesanos alguna repugnancia; mas obstinándose él en no entregar el pliego á otra persona, y sabedor S. M. del caso, fué preciso introducirle en la estancia regia. Presentose con mas desembarazo del que su humilde clase prometia, y con notable llaneza y resolucion manifestó al rey quién era y el motivo que allí le habia conducido, añadiendo que formaba parte del motin; que hiciese con él S. M. lo que quisiera, pero que tenia que volver á Madrid con la respuesta: el rey entonces, lejos de

mostrarse ofendido, le dijo que esperase y se la daria, como hizo á poco rato.

Púsose nuevamente en camino y entró en la capital antes de las diez de la mañana del 26. Dirigióse en derechura á la casa del gobernador del consejo donde le estaba aguardando innumerable gentío: la calle, el zaguan, las antesalas y hasta la cámara del obispo estaban llenas de hombres y mujeres que lo habian invadido todo como albergue propio: agregáronse tambien los que estaban en el campo, y otros muchos que acudieron á aquel punto así que supieron la venida del comisionado. Convocado el consejo en casa de su gobernador, se resolvió pasase á las casas llamadas de la Panadería en la plaza Mayor, para leer la respuesta del rey; y seguido de un inmenso concurso y de todas las turbas armadas, lo verificó así inmediatamente. Bernardo llevaba el pliego todavía cerrado, y entregándolo delante del público al escribano de cámara, que con el gobernador y señores del consejo estaba en los balcones del mencionado edificio, lo abrió el mismo escribano, y leyó su contenido concebido en los siguientes términos:

«Illmo. Sr.—El rey ha oido la representacion de V. S. I. con su acostumbrada clemencia, y asegura sobre su real palabra que cumplirá y hará ejecutar todo cuanto ofreció ayer por su piedad y amor al pueblo de Madrid; y lo mismo hubiera acordado desde este sitio y cualquiera otra parte donde le hubieran llegado sus clamores y súplicas, pero en correspondencia á la fidelidad y gratitud que á su soberana dignacion debe el mismo pueblo por los beneficios y gracias con que le ha distinguido, y el grande que acaba de dispensarle, espera S. M. la debida tranquilidad, quietud y sosiego, sin que por título ni pretesto alguno de quejas, gracias ni aclamaciones se junten en turbas ni formen uniones; y mientras tanto no den pruebas permanentes de dicha tranquilidad, no cabe el recurso que hacen ahora de que S. M. se les presente.» De este escrito y de un bando que á consecuencia de él estendió el consejo, se hicieron difentes copias y se fijaron en los puntos públicos.

Oida la contestacion, todos se mostraron satisfechos, conviniéndose en desistir de la empresa y retirarse pacificamente á su hogares: resolucion hecha con tanta sinceridad que no habian transcurrido cuatro horas cuando Madrid ofrecia el espectáculo de la mas completa calma, y cuando las armas todas, así las sacadas de los cuarteles, como las pedidas en las tiendas de los espaderos y arcabuceros, se habian devuelto puntualmente sin que faltase una sola. Esta circunstancia basta para dar una idea del estraño carácter de aquel motin; otra no menos singular es la de que todo el importe del consumo hecho por los sublevados aquellos dias en las tabernas, bodegones y tahonas se satisfizo religiosamente por varios desconocidos que con gran reserva andaban averiguando y pagando lo que segun un cálculo prudencial decian haber aprontado los respectivos dueños. Si Cárlos tuvo, como debió tener, noticia de estos hechos, hizo mal en no restituirse á Madrid inmediamente, dejando de parecer enojado y receloso: semejante integridad, dado que otros fundamentos no hubiese, mostraba bien claramente que aquellos disturbios no habian sido parto de las almas ruines y degradadas.

Pero hasta qué punto le fuese desagradable aquella rebelion, y cuán presente la tuviera despues en su memoria, las consecuencias lo comprobaron. Esquilache se dirigió á Cartagena donde permaneció á despecho de sus enemigos hasta que habiendo recibido por órden del rey todos sus haberes, se dió el 22 de abril á la vela para Sicilia, y algun tiempo despues fué nombrado embajador en Venecia por nuestra córte. Exonérose de la presidencia del consejo al obispo Rojas, mandándole que en el término de tres horas dejára la córte y se trasladára á su obispado, y diósele por sucesor al célebre conde de Aranda, don Pedro Abarca de Bolea, capitan general de Aragon en la actualidad, á quien eligió tambien S. M. para la capitanía general de Castilla La Nueva. Mandóse bajo severas penas que nadie hablase del motin, y con tanto rigor se llevó esta prescripcion, que por haber faltado á ella recibieron dos soldados carreras de baquetas; y un caballero murciano, llamado don Juan Antonio Salazar, pagó en el patíbulo, despues de haber sido arrastrado y cortado la lengua, el crímen de haber proferido ciertas amenazas contra el soberano. Finalmente, sin riesgo de aventurar especies vagas, puede asegurse que ningun otro suceso del reinado de Cárlos III inspiró á este monarca mayores cuidados ni sinsabores. Siendo de condicion benigna y apacible, pareció entonces adusto é inclemente; la confianza con que antes miraba á sus vasallos pareció tambien trocarse en prevencion y desasosiego; la ilustrada corte española, modelo de condescendencia y gravedad, se mostraba ahora intolerante y sombría, y el hábil gobierno que solo meditaba en planes tan benéficos como grandiosos, ocupábase á la sazon en dar oidos á una turba vil de espías y delatores.

Verdad es que en parte el mismo pueblo daba ocasion á esta conducta, porque diariamente aparecian en las calles de Madrid sucios pasquines y coplas indecorosas; y así como en nuestros tiempos semejantes medios solo indican la abyeccion del que los emplea, quizá en aquellos serian una especulacion segura para ganar á la multitud al partido de los descontentos y revoltosos; al modo que cuando las guerras de sucesion las piedras artificiosas con el monograma de Felipe daban razon y prestigio á sus secuaces y defensores. Con todo, Cárlos tenia á su favor la inmensa mayoría de la nacion, la superioridad del talento y la prepotencia de las armas, y no debia cuidarse mas de lo justo de las murmuraciones de la plebe; y por eso la resolucion que formó de no volver á Madrid en largo tiempo, parecia poquedad de ánimo, si no hubiesen estado todos persuadidos de lo viva que se representaba en su mente aquella ofensa.

Así fué que á pesar de las instancias del cónde de Aranda, de las súplicas del consejo, nobleza y gremios, y del campamento de diez mil hombres que se estableció en las inmediaciones de la corte para asegurar su tranquilidad, el rey se ostinó en permanecer en los sitios, trasladándose desde Aranjuez al Escorial y San Ildefonso;

No estaban sus temores completamente destituidos de fundamento, porque muy á menudo veia las cartas que el abate Gándara escribia desde Madrid á su ayuda de cámara llamado Pini, y deduciendo de su contesto que el pueblo continuaba inquieto y disgustado, tenia por exageradas las noticias que del conde recibia. Averiguó este el origen de sus sospechas, mandó prender al abate, y justificados los cargos que contra él resultaban, fué llevado inmediatamente al castillo de Pamplona. Queriendo despues complacer al rey con una agradable sorpresa, y penetrado de que con sagacidad y política se alcanza á veces lo que no es dado al imperio de la fuerza, celebró una junta con los diputados de todos los gremios, les rogó que se pusiesen sombrero de tres picos y se valiesen de su ascendiente para que se generalizara esta costumbre, y en breve, sin queja ni resistencia alguna, todos los afiliados en los mismos gremios y todos los que antes miraban la innovacion con repugnancia, se acomodaron espontáneamente á ella. Esta novedad produjo el resultado apetecido. El rey dió la vuelta de san Ildefonso al Escorial, y prometió que en seguida se dirigiria á Madrid, como lo verificó efectivamente á principios de diciembre, habiéndose formado para recibirle las tropas acantonadas; y merced á la prudencia y energía del conde de Aranda, lejos de reproducirse estos disturbios en lo sucesivo, correspondieron siempre con su amor y lealtad los españoles al benéfico celo de tan glorioso soberano.

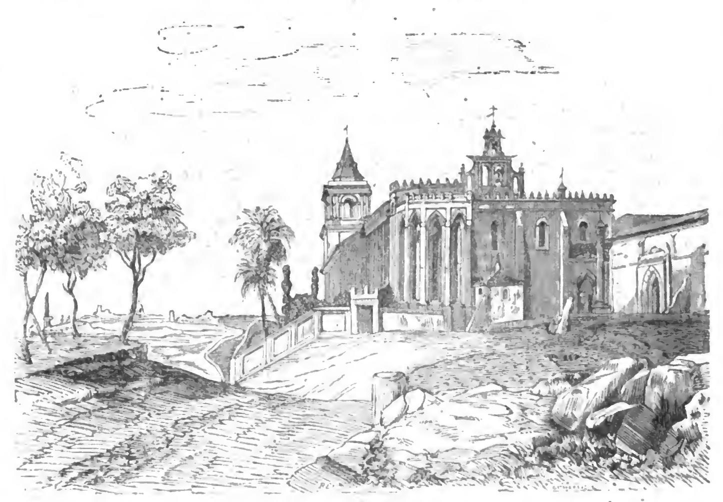
Resta indagar ahora quiénes fueron los inventores del motin y el objeto que con él se proponian: averiguacion harto difícil, no habiendo llegado aun á nuestras manos escrito alguno de donde claramente se deduzca, si no tuviésemos algun rastro que quizá nos lleve al punto mismo de la verdad. El propio rey que habia prometido perdonar á los cabezas de aquella sublevacion, no pudo menos de imponer algun castigo á los que en virtud de sospechas muy fundadas ó de irrecusables pruebas se designaban como tales; y siendo el partido favorable á la Francia el que mas interesado parecia en aquellos sucesos, no causó estrañeza la órden que se dió al marqués de la Ensenada para que dejase la capital y se trasladara á Medina del Campo, donde mas adelante acabó sus dias. Esquilache era parcial de Inglaterra; Grimaldi, fundador del pacto de familia, deseaba ver á Ensenada en el ministerio, no solo por la amistad que con él le unia, sino por introducir un espíritu mas homogéneo en el gabinete; y así no carece de fuerza la opinion de que puestos ambos de acuerdo, intentaran derribar á su competidor, como lo consiguieron, por medio de un alzamiento popular. Sin embargo, esta conjetura quedará en gran manera desvirtuada con solo una insinua-

cion: la de que no hubieran podido ocultarse al rey los amaños de su ministro, en cuyo caso se hubiera apresurado á exonerarle de su destino; pero esta objecion vendria únicamente á hacer recaer toda la culpa sobre Ensenada, de cuya presuncion participamos con tanta mas seguridad, cuanto que el carácter irresoluto y tímido de Grimaldi se acomodaba muy poco al papel de conspirador.

Otros muchos argumentos se opondrán á nuestro propósito. En primer lugar las aclamaciones que dijimos dió el pueblo al embajador inglés, y despues el que en las ordenanzas casi desatendidas para el levantamiento, se señalaba tambien como víctima á Grimaldi en caso de resultar cómplice de Esquilache; y ni lo uno ni lo otro hubiera consentido Ensenada siendo enemigo del primero, como representante de intereses que no le convenian, y defensor y leal amigo del segundo. Pero tanto valdria negar entonces que Esquilache no miraba con predileccion á los ingleses, porque el pueblo aplaudia al embajador de esta potencia: inconsecuencias parecidas se hallan en las insurrecciones mejor organizadas y dirigidas; y ademas, ¿quién puede asegurar que Ensenada no tomase aquel color para disfrazarse mas completamente y estraviar las pesquisas que despues se hicieron? El cargo que admitidas estas suposiciones pudiera hacerse á Grimaldi por no haber impedido el destierro de su antiguo amigo y protector, apenas merece tomarse en boca, puesto que ni sabemos hasta qué estremo emplearia sus buenos oficios, ni su situacion era tal que pudiese abogar abiertamente por los acusados, ni la inflexible voluntad del soberano cedia tan facilmente á las insinuaciones de sus ministros.

Algun tiempo despues fueron arrebatados entre las sombras del ministerio y conducidos á estraños climas los padres jesuitas que en gran número habia diseminados por España: con lo que creyó el vulgo que ellos habian sido los principales agentes de la sublevacion, y aun algunos afirmaron haberlos visto aquellos dias disfrazados entre la plebe y estimulándola con sus palabras. Si tal hubiera sido el fundamento de la espulsion, nos atreveriamos á sincerarlos; y aunque de todas suertes la reserva con que se llevó á cabo y el no haber cuidado despues de justificarla con las verdaderas razones que la prescribieron, favorecen muy poco á una medida de pública conveniencia, siempre respetaremos la profunda prevision, los sabios designios y el dichoso acierto del soberano que á la sazon regia los destinos de nuestra patria.

CAYETANO ROSELL.



San Isidoro del Campo.

SAN ISIDORO DEL CAMPO.

Las ruinas de Itálica

Como á una legua de Sevilla, desde cuyas almenas se divisan las celebradas ruinas de Itálica, se halla situado San Isidoro del Campo, rico depósito de artes y de tradiciones, visitado constantemente por cuantos aciertan á pisar el suelo donde levantó sus soberbias torres la ciudad, cuya destruccion tan melancólica y tristemente cantó el inmortal Rioja. Imposible seria de todo punto el contemplar los restos de aquella colonia infortunada, sin volver la vista al antiguo monasterio, para buscar algun consuelo al dolor, de que se siente el pecho sobrecogido en brazos de la religion velada en aquel recinto solitario por las artes y por los recuerdos.—Itálica ofrece á nuestra alma como en un mágico espejo la destruccion del mundo antiguo con sus grandezas y su poderío: San Isidoro del Campo nos dá á conocer cuáles fueron los sentimientos de nuestros mayores, cuáles sus creencias y sus costumbres, que han venido á servir de base á la sociedad moderna.—Por esta causa no se puede llegar á aquellos contornos, sin elevar un pensamiento á otras épocas mas venturosas quizá, y sin verter una lágrima de triste desconsuelo sobre las ruinas de la famosa Sancios, si bien llega á mitigarse esta amargura al pasar los umbrales de San Isidoro.

Cuantos viajeros vienen de remotas regiones á admirar

las encantadas orillas del Guadalquivir, coronadas de cien y cien monumentos, en donde han derramado distintos pueblos toda su ciencia y su ingenio, creerian cometer una gran falta si no se apresurasen á examinar los restos de Itálica, rindiendo al mismo tiempo un justo homenage á las preciosidades que encierra en su seno el antiguo monasterio de *Gerónimos*.—Nosotros, que hemos pasado en Itálica muchos dias, estudiando detenidamente los fragmentos de su antigua grandeza, que ha respetado el tiempo, y consumido no pocas horas contemplando las bellezas que el templo de San Isidoro atesora, quisimos, pocos dias antes de abandonar aquella encantada comarca, dar el último adios al despedazado anfiteatro, y recorrer otra vez los sitios que habian sido campo de nuestras especulaciones arqueológicas.

Llegamos, pues, una mañana de febrero del presente año á la portería del monasterio, situado al oriente del pueblo de Santi-Ponce y como á tiro de fusil de los despojos de la gran Sancios.—El sol principiaba ya á colorear aquellos muros que revelan desde lejos el espíritu feudal de los fundadores, dándole el aspecto de un castillo señorial, en donde parecen haber dominado á los pensamientos religiosos los instintos guerreros, en donde se muestran como en lucha abierta la *iglesia* y el *mundo*. Pero esta contradiccion, esta falta de unidad que en San Isidoro del Campo se advierte, será bien que la espliquemos por su historia.

Cuéntase que habiendo encontrado algunos moradores de Sevilla el cuerpo de San Isidoro entre las ruinas de un antiguo colegio, fundado por aquel santo, levantaron en el mismo lugar una ermita en su memoria. Era este santuario concurrido por muchos caballeros ilustres de la capital de Andalucia, que atraidos de las virtudes de tan célebre doctor, acudian llenos de fé á demandarle su intercesion y ofrecerle el culto mas ferviente.—Visitábalo tambien con frecuencia el novilísimo caballero Alonso Perez de Guzman, que habia conquistado en la gloriosa defensa de Tarifa el alto renombre de *el Bueno*; y juzgando que seria á los ojos de Dios un acto meritorio el edificar un monasterio, en *donde el culto fuera servido, Sevilla honrada y su cuerpo y el de sus sucesores sepultado*, participó á su esposa este pensamiento, *la cual le puso mayor voluntad para llevarlo adelante.* Disfrutaba Guzman el Bueno de pingües rentas, y logró al cabo de poco tiempo ver realizada su idea, poblando el monasterio de monges Bernardos del órden del Cister, y dotándolo de inmensas riquezas.

Otorgóles por juro de heredad á *Sevilla La Vieja*, nombre con que eran entonces conocidas las ruinas de Itálica, y dióles á Santi-Ponce con imperio *mero mixto de horca y cuchillo*, cediéndoles todos sus heredamientos, olivares, tierras, calmas y mil fanegas *de pan de renta*, y poniéndoles por condicion especial el decir por su alma y la de doña María Alfonso, su esposa, diez misas diarias, una de las cuales deberia ser cantada por la comunidad entera. Adquirió Guzman para dar cima á esta fundacion un privilegio del Rey D. Fernando IV, el Emplazado, expedido en la ciudad de Palencia el año de 1288, cuyo documento trasladariamos integro de buen grado, si no temiéramos hacer demasiado largo el presente artículo.—Todavía lo creemos tan interesante, que no renunciaremos á trascribir aquí aquellas cláusulas que mas cuadren á nuestro propósito. Despues de autorizar D. Fernando al fundador para que pueda heredar el monasterio en la forma que mejor estime, se encuentra el párrafo siguiente: «E por facer mas bien et »mas merced á este monasterio, por honra de vos, dóles »que puedan haber vasallos que labren é moren en sus he»redades, é que hayan ganados é todas las otras cosas en »todas las partes de mis reinos, asi como las mias mesmas »é defiendo firmemente que ninguno non sea osado de ir ni »de pasar contra esta merced que yo fago á dicho monaste»rio, ni á ninguna de sus cosas en ningun tiempo por al»guna manera; é cualquier que lo ficiere pechar me há en »pena diez mil maravedis de la moneda nueva é al monaste»rio ó, á quien su poder hubiere el daño que por ende reci»biere doblado.» Asi termina este curioso documento. «Sobre esto mando al mi consejo de la cibdad de Sevilla é á »todos los otros consejos, alcaldes, joeces, justicias, meri»nos, comendadores, é á todos los aportillados de las vi»llas é de los logares de mis reinos que esta la mi carta vie»ren, que guarden é fagan guardar al dicho monasterio to»das estas mercedes que yo le fago;...é que esto sea »firme é non venga en dubda mandé ende dar esta carta »sellada con el mio sello de plomo colgado.»

Dióse principio á la fábrica en 1301, y terminóse al poco tiempo, quedando establecidas formalmente las condiciones que habian de observarse para en adelante por medio de una carta de dotacion fechada en Sevilla en 1339 y otorgada ante Juan Alonso, escribano de aquella capital, y Esteban Fernandez, escribano público.—Decian en esta carta los fundadores que donaban al monasterio el pueblo de Santi-Ponce con todos sus derechos, segun lo habian comprado á la reina doña María de Molina y les habia sido ratificado por su hijo D. Fernando, *con montes, con fuentes, é con pastos, é con devisas, é con aguas corrientes, é con prados, é con todas entradas é salidas.* Exigian en cambio de concesion tan importante, el que morasen en San Isidoro continuamente cuarenta monges, veinte de los cuales habian de ser de misa, eligiendo de entre ellos el abad, á quien debia confiarse su gobierno. Prohibíase el que pudieran los sucesores de Guzman atentar contra los bienes del monasterio, quedándoles sin embargo reservado el derecho de patronazgo, y elegíase en la misma carta para enterramiento de los patronos el espacio que *media entre el coro y el altar mayor*, donde todavía existen las cenizas de ambos esposos, como despues observaremos. El mencionado instrumento concluye de este modo: «E porque esta confirmacion sea »firme e valedera para siempre jamas, mandamos ende facer »dos cartas, pasadas por A. B. C. á tal la una como la otra: »la una que tenga el monasterio, é la otra que finque con »nusco.»

Por esta relacion puede venirse en conocimiento de lo que debió ser San Isidoro desde el momento de su fundacion: asi es, que en la parte primitiva del edificio se halla este coronado de almenas y defendido por torreones, que como dejamos ya apuntado, le dan el aspecto de una fortaleza, mas bien que el de una iglesia cristiana. Pero el monasterio de Santi-Ponce no era solamente la morada del retiro; el monasterio de Santi-Ponce era tambien el palacio de un señor feudal, que disponia de la vida ó la muerte de sus vasallos.

La iglesia levantada por Alonso Perez de Guzman, constaba de una sola nave de arquitectura gótica, compuesta de cuatro bóvedas de regulares dimensiones, que por otra parte ningun interés artístico ofrecen á los viajeros. No era en verdad, la época en que se construyó la mas á propósito para producir grandes obras; y asi fué, que cuando mas adelante, deseando D. Bernardino de Zúñiga y Guzman que recibiesen sus restos sepultura en el mismo templo que sus mayores, edificó á sus espensas la segunda bóveda, tomó la iglesia otro carácter, si bien desde luego se advierte que no pudo convenir la planta que ahora tiene á su primera traza. Pero si la parte arquitectónica no llama tan vivamente la atencion de los viajeros entendidos, no sucede otro tanto con los objetos que en la iglesia de San Isidoro se encieran, siendo la primitiva nave un verdadero depósito de preciosidades artísticas.

Contémplase en su primera bóveda el retablo mayor, compuesto de dos cuerpos de arquitectura de órden corintio, el cual termina con un gracioso ático, viéndose ricamente exornado de bellas esculturas, debidas al célebre Juan Martinez Montañés, cuyas obras tanta reputacion gozan entre naturales y estranjeros. Contiene el primer cuerpo dos escelentes medallones, que representan el *Nacimiento de Jesus* y la *Adoracion de los Reyes*, cuyas composiciones están concebidas con mucha filosofía, resaltando la ejecucion por la gracia del modelado en las carnes y el acierto con que se ven plegados los paños de entrambos relieves. Descansa sobre un templete, en donde se guarda la *custodia*, una estátua de *San Gerónimo* de tamaño natural, que aparece arrodillada y en ademan de adorar un Crucifijo que sostiene en la siniestra mano, mientras la derecha golpea fuertemente su pecho con un duro guijarro. Esta obra bastaria por sí sola para acreditar de grande artista á cualquiera que no contase con los gloriosos títulos que ilustran el nombre de Montañés. El rostro que se ostenta poseido de una fé sublime, que se halla agitada del mas alto entusiasmo, es una de las creaciones mas perfectas que entre nosotros ha producido el arte, pudiendo sufrir la comparacion con el celebérrimo San Gerónimo de Torregiano, si bien por nuestra parte damos á este la preferencia. ¡Cuánta nobleza, cuánta dignidad respira aquel semblante!.. Y no es menos estimable lo restante de la estátua. Montañés

quiso mostrar en ella hasta el punto que llegaban sus conocimientos anatómicos, y sin afectar dureza alguna, logró representar un anciano demagrado, pero bello.

Encierra tambien el segundo cuerpo dos medallones no menos dignos de estima: figura el de la derecha la *Anunciacion*, y el de la izquierda la *Resurreccion de Cristo*. En el centro se encuentran la estátua de *San Isidoro*, obra de un mérito estraordinario, por la delicadeza de la ejecucion, especialmente en el ropaje; y en el ático se contempla la *Virgen de la Asuncion*, rodeada de ángeles y querubines, descansando sobre la cúspide de aquel un *calvario*, en donde adoran dos bellísimos ángeles al Salvador del mundo. Sobre el cornisamento se ven dos escudos, que deberian contener las armas de los Guzmanes, sostenidos por las cuatro *virtudes teologales*, representadas por otras tantas jóvenes de singular hermosura. Es todo el retablo de mano de Montañés, y quizá uno de los que mas se prestan al estudio en la capital de Andalucía.

En el mismo espacio elegido por Alonso Perez de Guzman para su enterramiento, encuentra hoy el viajero su sepulcro y el de su esposa; al lado del Evangelio está el de



Estátua de don Alonso Perez de Guzman.

D. Alonso, al de la epístola el de Doña María.—Sobre la losa cinericia del primero, se vé una estátua arrodillada ante una reclinatorio en un rico almohadon de gruesos borlones, unidas ambas manos en ademan suplicatorio, ceñida su espada, cubierto de todas armas y vistiendo una larga túnica abierta por los lados, cuyos pliegues vienen á quebrarse sobre el almohadon indicado. A la izquierda de esta figura se vé un escudo de armas, que en campo azul ostenta dos calderones, colocados verticalmente. En la losa del sepulcro se lee la inscripcion que sigue:

Proprio filio suo non pepercit.

AQUI. YACE. DON. ALONSO. PEREZ. DE. GUZMAN. EL. BUENO. QUE. DIOS. PERDONE. QUE. FUE. BIENAVENTURADO. E QUE PUNIÓ. SIEMPRE. EN SERVIR. A. DIOS. É A. LOS. REYES. E FUE. CON. EL. MUY. NOBLE. REY. DON. FERNANDO. EN. LA. CERCA. DE. ALGECIRA., E ESTANDO. EL REY. EN. ESTA. CERCA. FUE. EN GANAR. Á GIBRALTAR. E DESPUES.* QUE. LO GANÓ. ENTRÓ. EN. CABALGADA. EN LA SIERRA. DE. GAUSIN. E OVO. HI. FACIENDA. CON LOS MOROS. E MATARONLO. EN: ELLA. VIERNES. 19. DE SEPTIEMBRE., ERA. DE MIL. E TRESCIENTOS Y CUARENTA. Y SIETE. QUE. FUE AÑO DEL. SEÑOR. DE MIL. Y TRESCIENTOS. Y NUEVE.

H. S. E. 19 SEPTEMBRIS ANNO DOMINI 1609.
300 Á DIE SUI OBITUS.

Sobre la losa del sepulcro de Doña Maria existe otra estátua en la misma actitud que la de D. Alonso, la cual representa á aquella esclarecida matrona. Viste un brial de manga boba guarnecida de pieles, y sujeto al talle con un rico cinturon de borlas, teniendo puesta en la cabeza una toca blanca y cubriendo sus hombres un bien plegado manto, que se recoge en la parte posterior sobre el almohadon en que la estátua descansa.—Al lado de esta se vé un escu-



Estátua de doña Maria Alfonso Coronel.

do de armas con cinco cornejas en campo de oro y en la losa de la urna cinericia se lee este epitafio:

Digna corona de los coroneles.

AQUI. YACE. DOÑA. MARIA. ALFONSO. CORONEL.
QUE. DIOS. PERDONE MUGER. QUE. FUE. DE. DON. ALONSO.
PEREZ. DE GUZMAN. EL. BUENO.
Y. MADRE. DEL. SEGUNDO. ISAAC. FINÓ.
ERA. DE. MIL. É. TRESCIENTOS. Y SESENTA. AÑOS.
QUE FUE. DE. XPO.
DE. MIL. É. TRESCIENTOS. Y
VEINTE AÑOS

(Concluirá.)

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

LOS DOS AMIGOS.

Lanzaba el sol sus ardientes rayos sobre una llanura de Andalucia, árida y estéril. No corrian por ella rios ni arroyos: secas yacian las flores y tiernas plantas de la primavera; solo verdegueaban allí algunos espinos lentiscos y aloes, cuya dureza resiste al rigor de las estaciones. Un furioso levante formaba nubes de polvo ardiente como lava de volcan.—El cielo puro, y el dia claro, parecian sonreirse al dar tormentos á la tierra.—Solo los ganados del pais con su endurecida piel y el animoso é impasible español, que desprecia todo padecimiento físico, podian tolerar aquella encendida atmósfera; ellos durmiendo y él cantando.—

Veíanse sobre esta llanura el 20—de agosto de 1782—las muestras de un reciente combate; caballos muertos, armas rotas, plantas pisadas y teñidas de sangre.—A lo lejos desfilaba en buen órden un destacamento inglés.—A otro lado el comandante de un escuadron español; ocupábase en formar sus impacientes soldados y sus caballos fogosos para perseguir á los ingleses, que inferiores en número se retiraban con la calma de vencedores.

En el que habia sido campo de batalla, un jóven sentado en una piedra al pié de un azebuche apoyaba en el tronco su pálido rostro; mientras que otro jóven en cuya fisonomia se manifestaba la mas violenta desesperacion, arrodillado á sus pies procuraba detenerle con un pañuelo la sangre que le corria del pecho por una ancha herida—¡Ah, Felix, Felix! (esclamaba con la mayor angustia), ¡vas á morir y por mi causa!—Has recibido en tu fiel pecho el golpe que me estaba destinado.—¿Por qué generoso amigo, me libraste de una gloriosa muerte para entregarme á una vida de desesperacion y de dolor?—No te desesperes, Ramiro, le decia su amigo con apagada voz. Estoy debilitado porque he perdido mucha sangre; pero mi herida no es mortal.—Entre tanto, Ramiro, ¿tú no reparas que tu mano, que supo vengarme, está herida tambien?—Socorros, (decia Ramiro sin escucharle), prontos socorros podrian solo salvarte; pero aislados, abandonados como estamos, ¿cómo te los podré procurar? No me encuentro capaz de separarme de tí, ¡pero Felix, moriremos juntos!!! En este momento oyeron el galope de un caballo.—Ramiro lleno de ansiedad dirigió su vista al lado por donde el ruido se sentia, y descubrió á su fiel criado, que habiéndolos perdido en el combate los buscaba lleno de inquietud.—

Felix del Araal y Ramiro de Lérida, pertenecian á dos familias unidas mucho tiempo habia por la amistad mas sincera. — Educados juntos, servian en un mismo regimiento, adonde muy jóvenes pasaron de capitanes, habiendo sido pages del rey. — Felix, de alguna mas edad que Ramiro, con un carácter mas firme, con un temperamento mas tranquilo, y con razon mas madura, tenia sobre su amigo un ascendiente, que en vez de disminuir la ternura de su amistad, añadia á este sentimiento; en el uno, la consideracion y reconocimiento que inspira la proteccion que se recibe; en el otro, el interés y apego que engendra la proteccion que se concede.—Despues de tan evidente prueba de afecto como la que Felix acababa de dar á Ramiro, esponiéndose á morir por salvar la vida de este, arriesgada con imprudencia; el vehemente cariño de Ramiro para con su amigo ya no tuvo límites. — Lo miraba como su ángel tutelar; y estremoso como era, habria destruido sus fuerzas y su salud, asistiendo á su amigo en la larga enfermedad ocasionada por su herida, si el mismo Felix no lo hubiese impedido, valiéndose de la autoridad que le prestaban su amistad y su estado doliente.

Por las calles de san Roque, donde estaba destacado para el sitio de Gibraltar, desfilaba el regimiento de la Princesa, precedido de su música militar, irreflexiva y animada como una Bacante.—Lindas mugeres se asomaban á los balcones para ver los oficiales que las saludaban con su música alegre y con sus miradas lisongeras.—Mira allí y verás, por vida mia, una hermosa muger dijo Ramiro á Felix, que marchaba á su lado.—Alzó Felix la cabeza, pálida aun, y vió en el balcon de una de las mejores casas de la ciudad, una jóven de maravillosa belleza, medio oculta detrás de las macetas de flores que cubrian su balcon, como una hora de felicidad precedida por las de la esperanza.—«Eres buen huron para descubrir muchachas lindas» respondió Felix sonriéndose.—Pasaron; pero Ramiro volvia de cuando en cuando la cabeza á ver de nuevo aquella que habia llamado tanto su atencion; mientras que ella seguia tambien con sus miradas á los dos oficiales; el uno alto, pálido, de porte interesante y noble; el otro mas pequeño, pero ágil, bien formado, arrogante y vivo.—Harias muy bien en retirarte, Laura; dijo el corregidor, tirando del brazo á su muger, y quitándola del balcon. Esos pisaverdes te miran como si tuvieses una danza de monos en la cara.

Al menos, si no muy brilante, podemos decir que estuvo bien alegre el baile de anoche (decia Ramiro á un grupo de oficiales reunidos en la plaza de la ciudad).—Debió parecerte así; contestó un teniente de cazadores, cazador tan infatigable en el baile como en el campo de batalla; porque á fé mia que te divertistes en él muy bien.—Yo solo me entretuve observando al corregidor, que queria tragarte con los ojos.—¿Tragarme? y por qué? preguntó Ramiro—¡Me gusta la pregunta!—¿Quieres que un marido celoso vea con buenos ojos al que los pone en su muger?—Y mas si el tal es buen mozo, añadió un oficial de granaderos apartando de su frente las mechas de pelo de oso de su gorra—Y elocuente como un san Agustin, dijo otro oficial—Y emprendedor como Colon, dijo otro—Y que sabe insinuarse como la serpiente de Eva, dijo un tercero.—Si así fuese, contestó Ramiro con aire sério, el corregidor se inquietaria por cosa muy corta, y deberia gastar mas flema—Eso estaria mas de acuerdo con su gran barriga, replicó el de cazadores; pero amigo, es que él guarda un tesoro que no merece poseer.—Lerida, prosiguió el mismo, hay mas gloria y placer en esta conquista que en la de la plaza de Gibraltar.—

Basta ya ya de chanzas, señores, repuso Ramiro.—Desgraciadamente el sitio de la plaza que marcha con tanta lentitud, nos tiene ociosos, y hé aquí lo que ocasiona estas habladurias.—

Ya te veo en cuerpo y alma metido en una intriga, dijo Felix á su amigo al separarse de los demas, pues te has formalizado.—No olvides, Ramiro, la copla:

Yendo y viniendo,
fuime enamorando,
empecé riendo
y acabe llorando!—

¡Reflexiones! ¡Raciocinios! respondió Ramiro.—Mira, Felix, esas fortificaciones que nos vomitan muertes.—Sabe Dios cuántas horas viviremos.—Ademas, pregunta á los viejos, cuanto duraron sus veinticinco años.—Gozemos, Felix, gocemos.—

Nada gozaba, no obstante, el pobre Ramiro cuando al abandonar su lecho sin haber conciliado el sueño y apoyándose en la barandilla de su balcon, miraba y apenas veia el sol que elevándose sobre el horizonte despertaba al universo como una campana de luz.—Apasionado como estaba, su amor habia llegado al último grado por los insuperables obstáculos que se le oponian.—En vano su ternura era correspondida con igual ardor: un marido celoso levantaba impenetrables barreras entre los dos amantes.—Laura no salia de su casa desde que su inquieto marido habia principiado á sospechar.—Mudas y temerosas entrevistas en la iglesia; algunas palabras por la noche en la reja, cuando Ramiro podia pasar disfrazado; pobres billetes que mas que palabras contenian lágrimas, eran el único alimento de su exaltada pasion, pasion en todo jóven, en todo lozana, y en todo andaluza; sedienta de lo futuro y sin pasado para vivir de recuerdos.—Maldecia Ramiro tantos obstáculos y se entregaba á una verdadera desesperacion.—Estaba tan embebido en sus tristes pensamientos, que por dos veces fué necesario le advirtiera una disimulada tosecilla que la buena vieja María, nodriza y confidenta de Laura, pasaba por debajo de su ventana, para que él lo notase.—Apresuróse Ramiro á bajar, y siguió á lo lejos á la buena muger; no atreviéndose á mirar á nadie de miedo de ser visto.—Despues de muchos rodeos, María llegó á la callejuela solitaria: de un lado se levantaban las altas y severas paredes de un convento, y del otro las del jardin del corregidor.—Paróse entonces María, llegó Ramiro y ella le entregó un billete que él abrió precipitadamente y que contenia estas pocas palabras: «Mi marido se vá al campo. Estoy libre esta noche y »podré verte. Es la primera y será la última.»—¡Quién podrá dar el justo valor al arrebatamiento de Ramiro, careciendo de su ardiente alma, y no estando apasionado como él!!! Besó con el mayor ardor el billete, que por esta vez no estaba empapado en lágrimas, pero cuyas letras temblonas y mal trazadas probaban la agitacion con que se habia escrito—con el mismo enagenamiento besaba las descarnadas

manos de la oficiosa María.—Sacó despues una bolsa bien llena y se la entregó llamándola su genio tutelar, su madre y su amiga benéfica.—Mas la fisonomía de María cambió de espresion en un momento.—Enderezó su encorvado cuerpo, sus apagados ojos se vivificaron y miró á Ramiro de pies á cabeza con arrogancia é indignacion.—Señor, ¿quién ha ha creido Vmd. que yo soy? le dijo.—Lo que acabo de hacer por amor de mi niña puede ser una debilidad; pero si lo hiciese por interés sería una infamia.—La buena María desapareció en el momento, entrándose por el postigo del jardin de su ama aquella misma mañana.

Felix al entrar en el cuarto de su amigo para desayunarse, quedó espantado al encontrarlo entregado á la desesperacion mas violenta.—Arrancábase los cabellos de sus hermosos y negros rizos, tiraba con rabia cuanto encontraba á la mano.... rompia los muebles...—¿Qué tienes Ramiro? le preguntó. Pero él solia responderle: ¡maldito sea, decia, el estado militar! ¡maldita, esta dorada esclavitud! ¡maldito el coronel, tirano absoluto! maldita la hora en que con estas charreterras recibí una cadena que no me es posible romper! Pero, amigo mio, le dijo Felix; nada comprendo de tus arrebatos.—¿Has tenido algun disgusto con el coronel? ¡Ah! respondió Ramiro, ¡no se trata de disgustos, sino de la felicidad de mi vida!—Nada tengo oculto para ti—toma y lee.—Dióle el billete de Laura, y Felix despues que lo leyó, ¡Y bien! dijo!—Y bien! replicó Ramiro; ¿no soy yo el mas desgraciado de los hombres?—Estos renglones, contestó Felix, me hacian suponer lo contrario—¿No sabes, esclamó Ramiro, que estoy nombrado de guardia para la avanzada?—Mordíase las manos al decir esto, y Felix se echó á reir.—¿Y es esa la causa de tu desesperacion? le dijo.—Eso si que es propiamente lo que se llama ahogarse en una gota de agua.—Yo haré el servicio por ti; tú lo harás por mí cuando me toque.

Ramiro estrechó entre sus brazos á su amigo, diciéndole: Felix... Felix mio... naciste para mi felicidad: eres mi providencia, un ser benéfico que siembra de flores mi vida; ¿cómo podré yo jamás pagar tu ternura, tu amistad generosa?—Pero ¿he hecho yo alguna cosa, contestaba Felix, que no hubieras tú hecho en mi lugar, mi querido Ramiro?—Este no dió otra respuesta, que estrechar á su amigo contra su corazon tan lleno de amor y de amistad, como de esperanza y de gratitud.

Elevábase el sol sobre el horizonte con su magestuosa monotonía. «Mucho te apresuras hoy, rubio mio» decia Ramiro, echándole una colérica mirada y deslizándose por la puerta del jardin, que María cerró con prontitud luego que aquel salió.—¡Qué dichoso se encontraba Ramiro! Estaba lleno de orgullo, de reconocimiento y enternecido.—Todo su ser parecia haberse triplicado.—Saboreaba en el profundo santuario de su corazon cuantas emociones produce una verdadera pasion correspondida.—Embriagado de placer bendecía su suerte.—En su éstasis no reparó en el teniente de cazadores, que salia á su encuentro.—Al verle quiso, haciendo el distraido, echar por otro lado; porque en momentos como en el que se hallaba, toda distraccion le parecia profanar sus recuerdos.—Mas el teniente se apresuró á unírsele, diciéndole: «cuanto me alegro de verte, Lérida! ¡te creia de servicio en la avanzada!» —Bien, ¿y qué? contestó Ramiro.—Es una friolera, respondió el de cazadores. Los ingleses han hecho una salida, y el comandante del puerto ha sido muerto.

Ved la antigua Sevilla sentada sobre una llanura como una viuda en su poltrona.—Vedla envuelta en sus viejas murallas como en un manto real desechado.—Mirad al viejo Betis besando sus pies con la respetuosa galantería española; oid cual le pregunta donde están sus flotas que daban la vela, llevando á los Colones, los Corteses y Pizarros al descubrimiento y conquista de un nuevo mundo, y volvian cargadas de plata y oro.—Sevilla suspirando le enseña su barco de vapor.—¡Oh progresos del tiempo!—Aproximaos.—Hablad con ella.—Como vieja le gusta hablar de las épocas de su juventud y grandeza.—Ella pues, os llevará desde luego á su catedral.—Os enseñará el cuerpo de su San Fernando; pero arrodillaos....adorad....venerad con ella.... sino estad seguros de que la vieja Sevilla no volverá á hablaros.—No podríais comprenderla.—Despues la seguireis al Alcazar, palacio de reyes, viejo y romántico como ella. —En los baños de las reinas moras, de doña María de Padilla, es donde os contará en romances su historia, sus vicisitudes, sus triunfos, sus glorias y sus creencias;—y los ecos del palacio, habitado solo de recuerdos, repetirán sus palabras con sus aéreas bocas.—En seguida os sentareis con ella á la fresca sombra de floridos naranjos en las orillas del Betis, y os hablará de sus hijos queridos: os recitará con mágia y encanto los versos tan bellos de Herrera, Rioja y Góngora; las hazañas de los Ponces de Leon y los Guzmanes, y os llevará de la mano á admirar las portentosas obras de su Murillo, su Velazquez y su Montañés.—La vereis jóven, ardiente, poética, exaltada: mas luego volviendo á su verdadero estado de muger anciana, acaba por deciros suspirando ¡cómo han cambiado los tiempos!

Saliendo por la puerta llamada de Triana, seguireis dos calles de árboles que conducen á los *Malecones*, que son una porcion de gradas elevadas para precaver la ciudad de las inundaciones del rio, cuando este sale de madre.—Pasados aquellos encontrareis una llanura llamada el Arenal; de donde sale el puente que conduce á Triana.—Vereis en esta llanura una concurrencia elegante dirigiéndose hácia la izquierda donde principian los hermosos paseos, que adornan á Sevilla cual una guirnalda de flores.— La vecindad del rio es quien sostiene ese lujo de vegetacion, esa multitud tan variada de flores que los embellecen.—No pudiendo ya enriquecer á su amada con tesoros, la adorna con rosas.—A la derecha de la puerta de Triana, vereis la *Plaza de armas* que hizo construir el general marqués de las Amarillas.—Los pilares que sostienen sus cuatro puertas, están adornados de un leon de bronce destrozando un águila; y hacen alusion á los nombres que llevan aquellas que son Bailen, Victoria, San Marcial y Albuera.—Honor al noble español, que eleva un monumento á la gloria de su nacion!!! Que procura libertarla de injusto olvido donde la sepulta el culpable descuido nacional! Que comerció en su corazon, verdaderamente patriótico, el recuerdo de esta gloria potente, elevada, sublime, que existirá en los venideros siglos, cuando yazcan en el olvido las disensiones domésticas que la hacen descuidar hoy.

Un domingo del año 1833, muchas damas adornadas con mantillas blancas, flores y cintas; muchos elegantes jóvenes, á pie y á caballo, se apresuraban á llegar al Paseo.—Dirigíase la alegre multitud á la izquierda, en tanto que á la derecha se observaba un contraste admirable.—Un misionero capuchino, subido sobre el Malecon predicaba á un gran número de gente del pueblo, que en pié y con la cabeza descubierta, formaban en derredor una porcion de círculo á manera de abanico.—A cierta distancia, un inglés apoyado en un árbol, dibujaba en su album el admirable y venerable rostro del capuchino.—Un paisano mirando el dibujo por encima del hombro del inglés, se sonrió y dijo con la franca cordialidad española, á quien basta una mirada para hacer conocimiento: «por vida mia, que se parece como un ojo de la cara á su compañero» Vmd. es un gran pintor, señor mio, y si Vmd. es inglés como pienso, muy ageno estará al mirar á ese pacífico y santo varon de que haya echado quizás debajo de tierra á algunos de los abuelos de Vmd.—El inglés miró al español con admiracion y este le volvió á decir: si señor, valiente espada era la suya el año 1782.—En el sitio de Gibraltar se distinguió mucho hasta que....pero es historia larga—Suplicóle el inglés se la contára, y el buen hombre que no deseaba otra cosa, le hizo la relacion que se ha leido.

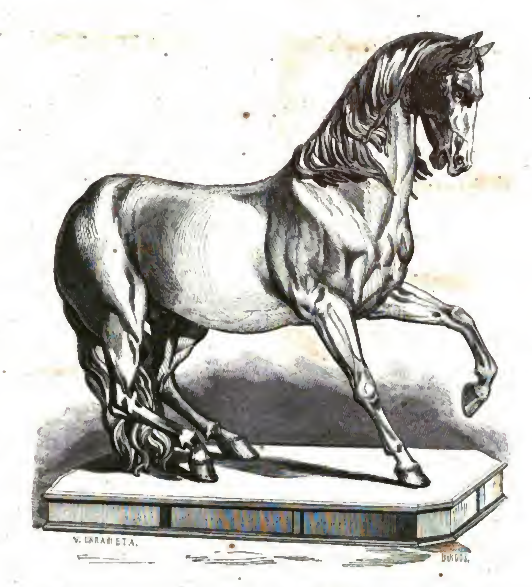
Viendo, añadió por último el español, con tanta claridad el dedo de Dios, que le castigaba con tan espantosa catástrofe, fuera de sí, de dolor por haber causado con su criminal pasion la muerte de su amigo don Ramiro de Lérida solo vió dos alternativas: morir ó hacer penitencia.—Gracias á Dios era cristiano y tuvo valor suficiente para escoger la última.

El inglés miró ya con un nuevo interés al misionero.—Tenia, por decirlo asi, el microscopio que podia penetrar aquella cubierta, humilde y silenciosa.—Mas en vano buscó en aquel semblante, envejecidos surcos de lágrimas; un tinte de dolor, ó una mirada que denotase un recuerdo.—Todo habia desaparecido en aquella tranquila y venerable fisonomía, no por obra del tiempo, sino porque ese habia hecho vulgar variacion.—Una elevada virtud habia desprendido de este mundo su corazon y conducídolo á aquella altura, en que segun el elocuente poeta Lamartine

«hasta el recuerdo huyó, sin dejar huella.»

FERNAN CABALLERO.

Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, núm. 4



Caballo ejecutado en madera por el Sr. D. José Siro Peres para la figura de Carlos V colocada en la Armería Real (1).

SAN ISIDORO DEL CAMPO.

Las ruinas de Itálica.

(Conclusion.)

Al pié de la citada inscripcion se encuentran estos versos:

«¡Oh ínclita Roma, si de esta supieras
Cuando mandabas el gran universo,
Qué gloria, qué fama, qué prosa, que verso,
Qué templo vestal á la tal hicieras!!.

H. S. E. 19 SEPTEMBRIS ANNO DOMINI. 1609 283 Á DIE OBITUS.

Omitimos hacer aquí algunas reflexiones sobre los citados versos, porque suponemos que nuestros lectores no ignoran el hecho á que aluden, hecho que coloca á doña María Coronel al lado de las Aspasias y Lucrecias, tan celebradas en la historia.—Hay en la segunda bóveda, que comunica con la nave posteriormente construida, un retablo de gusto churrigueresco, en donde se encuentra un niño Dios de escelente escultura, debido tambien á Montañés, asi como las dos estátuas de los sepulcros, que dejamos descritos. Las dos bóvedas restantes contienen el coro que es bastante espacioso, y está decorado de una silleria de buen gusto, la cual se halla enriquecida por un cuerpo de arquitectura de órden dórico, que se levanta sobre los brazos de la segunda hilera de asientos. El facistol que se apoya sobre cuatro mal trazados leones, aunque pobre en estremo, no es de todo punto despreciable.

No encierra la segunda nave tantos objetos interesantes para las artes y la historia. La primera bóveda es sin embargo, depositaria de tres enterramientos que merecen examinarse. Contiene el del lado del Evangelio los restos de Excmo. Sr, don Bernardino de Zúñiga y Guzman, fundador de esta parte del edificio, y los de la epístola los de doña Urraca Osorio y don Juan Alonso Perez de Guzman.—En el primer sepulcro se vé un bulto ó estátua mortuoria, cubierta de todas armas, aunque sin inscripcion alguna grabada en la lápida de la urna: el segundo aparece exornado tambien con una estátua de piedra tendida sobre la losa, que lo cubre, notándose á sus pies un pequeño busto de mujer, que parece representar á Leonor Dávalos, su criada, la cual fué víctima de su lealtad acrisolada. El epitafio dice así:

AQUI REPOSAN LAS CENIZAS DE DOÑA URRACA OSORIO DE LARA, MUJER DE DON JUAN ALONSO PEREZ DE GUZMAN, ILUSTRÍSIMO SEÑOR DE SAN LUCAR, MURIÓ QUEMADA EN LA ALAMEDA DE SEVILLA POR ÓRDEN DEL REY DON PEDRO, EL CRUEL, POR LE QUITAR LOS TESOROS É RIQUEZAS. TAMBIEN SE QUEMÓ CON ELLA PORQUE NO PELIGRASE SU HONESTIDAD LEONOR DAVALOS LEAL CRIADA SUYA. AÑO 1367.

Sobre la losa del sepulcro de Don Juan Alonso hay tambien una estátua de piedra de mediana escultura, la

(1) El artículo correspondiente á esta lámina irá en otro número.

cual ostenta bajo una túnica corta ó dalmática su armadura, viéndose entre sus manos un montante, cuya arma parece haber usado durante su vida con mas frecuencia que las demas. La inscripcion de su sepulcro está concebida en estos términos:

AQUI YACE DON JUAN ALONSO DE GUZMAN, HIJO DEL GRAN DON ALONSO PEREZ DE GUZMAN Y DE DOÑA MARIA ALFONSO CORONEL, ILUSTRISIMO SEÑOR DE SAN LUCAR, MARIDO DE DOÑA URRACA OSORIO DE LARA, HIJA DEL CONDE DON ALVARO NUÑEZ DE OSORIO, GRAN VALIDO DEL REY DON ALONSO ONCENO: HALLÓSE EN LA BATALLA DEL SALADO Y EN TODAS LAS BATALLAS DE SU TIEMPO, POR LO CUAL LE LLAMARON EL GRAN BATALLADOR. MURIÓ EN PAZ, ESTANDO EN JEREZ AÑO DE 1351.

Estas dos inscripciones han sido puestas con mucha posterioridad á la ereccion de los sepulcros, viéndose ya casi enteramente borradas por estar pintadas al temple en el muro de la iglesia, que sobre ser húmedo se desconcha fácilmente. En la parte inferior del arco que da comunicacion á las dos naves, se encuentra un epitafio latino, concebido en esta forma:

Hic situs est Fœlix Guzmana stirpe Joannis
Spes, et amor fratris, magnanimique ducis.
Ante ortum patri mœror, quia postuma proles,
Gaudia post matris deliciæque fuit.
Heu! heu! sed rapitur tenera lanugine fato,
Cum vitæ impleret bis duo lustra suæ.
Nec doleas scitius, nam quod vocabatur ut esset
Mors hunc é vivis abstulit ante diem.
Quæso, igitur, lector dicas pia verba sepulchro
Terraque felicis contegat ossa levis.

Por la forma de los carácteres de este epitafio se viene en conocimiento de que debió escribirse á principios del siglo XVI ó fines del XV.—El señor don José Toro Palma, último abad de este monasterio y actual cura párroco de Santi-Ponce, modelo de virtud y de mansedumbre, sacerdote instruido y respetable, cuyas mansas y severas costumbres le han atraido la veneracion de sus feligreses y son el encanto de cuantos llegan á san Isidoro, ha traducido cuidadosamente estos versos latinos, que con la amabilidad que le es propia lee y recita á los viajeros, á quienes instruye menudamente en los recuerdos de que es este monasterio depositario. El temor de traspasar los límites que hemos fijado, al trazar este artículo, nos priva del gusto de trasladar aquí la traduccion indicada.

Tal es la descripcion de la iglesia de *San Isidoro del Campo:* el monasterio ha sufrido tambien variaciones importantes, que han contribuido á desfigurarlo hasta el punto de no quedar ya casi vestigios de su primitiva fábrica. Existen sin embargo dos patios de bastante antigüedad, en uno de los cuales se conserva una estátua de San *Gerónimo*, que á juzgar por el estilo y las formas debe pertenecer á los tiempos de la fundacion, ó cuando menos á una época no muy distante de aquella. Es un monumento, que debe examinarse para apreciar los primeros pasos dados por la escultura entre nosotros, pudiendo asegurarse por la rigidez y mala proporcion de sus miembros que pertenece á la antigua escuela alemana, correspondiendo á los ensayos que hacian por aquel tiempo en la pintura Juan Sanchez de Castro y sus discípulos. Lástima es no obstante, que la mala intencion y la barbarie hayan puesto en ella sus manos, desfigurándole casi enteramente el semblante. Está el santo vestido de cogulla y hábito monacal, y á sus pies se encuentra un leon, raro en estremo y de mezquinas proporciones.—En uno de los angulos de la galería que rodea este patio por la parte de medio-dia y occidente se contemplan algunos fragmentos de pinturas *al fresco*, debidos indudablemente al último tercio del siglo XV ó á principios del XVI. No parece sino que cuantos han pasado por aquel sitio han abrigado decididamente la idea de destruir estas pinturas, picándoles los rostros y las manos. Lo que en otros paises seria objeto de veneracion y de estudio, es entre nosotros presa de la estupidez y de la barbarie mas vandálica. El carácter de estos *frescos* no es de todo punto desagradable; y por los trozos que se conservan todavia puede suponerse que son frutos de los primeros tiempos de la escuela sevillana. Aun existe una figura entera que representa un monge vestido en son de guerra; cuyo traje puede servir de modelo á los artistas y de curioso estudio á los literatos para conocer las costumbres de nuestros abuelos.

Examinado *San Isidoro del Campo* restábamos hacerlo con las *ruinas de Itálica*, en donde tantas horas de meditacion habíamos pasado en medio de aquellas tristes soledades.—Quisimos ver (1) el magnífico mosáico, situado al oriente de la antigua *ciudad de los mármoles* y dedicado á Julia por Ulno, segun constaba de una inscripcion encontrada por nosotros, cuando en meses anteriores dibujábamos aquel rico pavimento. Pero todo habia desaparecido: algunas piezas de *thesalata* y de *pórfido egipcio*; sembradas en el suelo sin órden alguno, era cuanto habia quedado de aquellos vistosos medallones, de aquellas caprichosas grecas, que con mil variantes encantaban la imaginacion de los viajeros. Mentira parecia tanta barbarie, mentira que en el siglo XIX, en que tanto se preconiza el amor á las artes, en que parece haber despertado el gusto por las antigüedades, se hayan cometido tales desacatos á ciencia y paciencia de las autoridades, que debieran haber vigilado sobre este género de monumentos.—Mas teníamos aun que sufrir otros desengaños no menos crueles, los dos bellísimos mosáicos de las Musas, situados en el sitio llamado de las Eras, habian sido tambien destruidos inhumanamente así como otros varios que se veian en su alrededor, que si bien no eran de tanto mérito como aquellos, no por eso aparecian menos dignos de conservarse. Las columnas del edificio á que se habia dado el nombre de *Foro de Trajano*, los muros del larario público y de las termas habian esperimentado igual suerte.

Cuando vimos destrozo semejante nos pareció que estábamos rodeados de una horda de salvajes del Canadá, mas feroces aun que los mismos septentrionales, que habian ejercitado su saña en la ciudad de los emperadores. Los mosáicos habian perecido á manos de los moradores de Santi-Ponce, que codiciosos de vender á los estranjeros las piedrecitas y pastas de que se componian, nada habian respetado en ellos: los muros del foro, del larario y de los baños públicos habian pasado á servir de materiales para los miserables casucos levantados nuevamente, asi como en los mas antiguos se descubren donde quiera trozos de columnas respetables y de otros fragmentos, que manifiestan claramente que ha nacido Santi-Ponce de las ruinas de Itálica.—¿De qué habian servido, pues, las escavaciones tan recomendadas por el gobierno y elogiadas por la prensa?... ¡No parece sino que la infortunada Itálica estaba destinada á lucir sus galas en el presente siglo, para que diera este una prueba mas del vértigo que le agita, y tuviesen que llorar sobre aquellas ruinas las generaciones venideras esta nueva pérdida!!.

En otros paises hubieran sido los descubrimientos de Itálica un acontecimiento fecundo para las ciencias y las artes, las Academias, los sabios y los artistas hubieran corrido á beber la luz de la historia, las lecciones del tiempo en aquellos escombros, en donde la hazada descubria á cada paso un objeto digno de estudio. En España, si no ha pasado aquel hecho enteramente desapercibido, solo ha llamado la atencion pública por breves instantes; y cuando algunas corporaciones ilustres han querido intervenir con sus conocimientos en aquellos trabajos, han visto surgir por todas partes los obstáculos, teniendo al cabo que abandonar su noble empresa. ¡Vergonzosa contradiccion la que ofrecemos hoy al mundo civilizado! Jamás se ha hablado en España tanto de progreso, tomando esta palabra en la acepcion filosófica, y jamás se ha retrocedido tanto al estado de barbarie, como en la presente época. Porque dígasenos sino, ¿qué significa ese afan decidido por destruirlo todo y por borrar de una vez los recuerdos del pueblo español?... Menos vociferaban su amor á las artes nuestros abuelos y mas respeto tenian á los monumentos de la antigüedad, los cuales eran estudiados profunda y concienzudamente. Pues qué!...¿ han adelantado por ventura tanto las artes que ya no hagan falta los antiguos modelos? ¿Hemos tocado ya el término de la perfeccion moral de la sociedad y del individuo para que no hayamos menester de las lecciones y los recuerdos de lo pasado? Nosotros con

(1) Esta última visita á Itálica la hizo el autor del presente artículo acompañado del apreciable actor D. Joaquin Arjona.

el corazon lleno de fé por nuestro porvenir, que es el porvenir de la humanidad entera, creemos que nos hallamos aun muy distantes de uno y otro caso; y por esta causa es para nosotros una pérdida grave, una pérdida que no puede reponerse en modo alguuo, la destruccion de cualquier monumento artístico, que ya por su mérito, ya por su antigüedad pueda servir de modelo ó de documento para conocer la marcha de las generaciones pasadas.

Estas reflexiones, que habian despertado en nosotros los mosáicos y los demas objetos destruidos, vinieron á ser mucho mas tristes á vista del anfiteatro, situado al occidente de la antigua ciudad, amenazado de una destruccion próxima. —Imposible nos parecia que hubiese españoles con tan poco amor patrio, con tan poca fé que se atrevieran á poner sus manos en aquel destrozado monumento, para pulverizar sus pesadas moles, respetadas por mas de veinte siglos! Pero era demasiado cierto: algunos arcos, formados por el desnivel de los murallones, otros que se habian conservado enhiestos, habian ya desaparecido, para servir de materiales á la inmediata carretera de Estremadura. —Aquel monumento histórico y geográfico, citado repetidas veces por la Academia de nobles artes de san Fernando, como modelo y tipo de la arquitectura romana, aquel monumento que ha sido el norte de la situacion de Itálica, tampoco se habia salvado de la irrupcion de nuestro vandalismo. Mientras habiamos estado examinando los demas objetos de las ruinas, habiamos recordado á cada paso la magnífica cancion de Rioja: cuando llegamos al anfiteatro no pudimos menos de prorumpir con él en estos versos:

«Este despedazado anfiteatro,
ímpio honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido á trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo! representa
cuánta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no sueña?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
luchador ¿dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo:
mas aún el tiempo dá en estos despojos
espectáculos fieros á los ojos,
y miran tan confuso lo presente
que voces de dolor el alma siente.»

Si no se trata de poner enmienda de la destruccion comenzada, muy pronto dejará de *dar el tiempo aquellos fieros espectáculos*, que tanta melancolía derramaron sin embargo en el corazon de Rioja. Cuando volvimos á Sevilla, hicimos lo posible porque llegase este hecho á noticia de la autoridad á quien estaba confiada por las leyes la conservacion de esta clase de monumentos, y tuvimos el consuelo de que se adoptaran algunas disposiciones para contener la ruina. —Pero ¿cuándo tendrán reparo los mosáicos, cuándo los demas objetos, que habíamos visto con tanta complacencia y que eran la admiracion de todos los viajeros que acuden á llorar sobre las ruinas de Itálica?...

Al despedirnos de aquellos contornos llevábamos en el corazon muy tristes recuerdos, que solo podia mitigar la consideracion de que en *san Isidoro del Campo* moraba un sacerdote tan digno y de tanto amor á su patria el cual vigilaria porque no cupiese igual suerte á la iglesia de aquel respetable monasterio. Este sacerdote se apartó de nosotros con las lágrimas en los ojos, y volvió á su retiro á entregarse al estudio, hasta que otros viajeros hubiesen menester de su ilustracion para visitar á *san Isidoro del Campo y las Ruinas.*

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

DESCUBRIMIENTO Y TRASLACIONES DE LOS CUERPOS DE LOS AMANTES DE TERUEL.

La historia de *los Amantes de Teruel*, es tan popular en España, como en Francia la de *Abelardo y Eloisa*; el sepulcro de estos escita en aquel pais el mas vivo interés; lo que vamos á decir en punto á los restos de los Amantes de Teruel, no puede ser indiferente a nuestros lectores.

En el año 1555 estando cavando en la parroquia de San Pedro, con el objeto de reedificar una antigua capilla, en donde segun la tradicion de los turolenses, se habian enterrado los dos amantes, se hallaron dos cajones juntos, y dentro del uno apareció un pequeño pergamino, en el que pudo leerse: *este es Diego de Marcilla, que murió de enamorado.* Esta notable circunstancia, unida á la uniformidad de la tradicion, no dejó lugar de dudar á la creencia de los turolenses de ser los verdaderos cuerpos de *Marcilla y Segura.* El estado irregular en que se hallaron despues de trescientos treinta y ocho años, dió nuevo incremento á la celebridad del suceso, y se enterraron segunda vez en la capilla de los santos Cosme y Damian de la misma parroquia.

Habiendo aparecido en el año 1619 un manuscrito referente á la historia de los *Amantes*, se presentaron algunos racioneros de aquella iglesia, que apoyados en la relacion de ancianos, testigos oculares del descubrimiento de los cuerpos de *Marcilla y Segura* á mitad del siglo XVI, pidieron permiso á la autoridad eclesiástica para exhumar dichos cuerpos.

Obtenida la licencia solicitada, mandaron cavar al pie del altar de los mencionados mártires, y en una concavidad sepulcral hallaron los dos cajones juntos, sin que apareciesen otros, ni fragmento alguno cadavérico en todo el distrito de la capilla. Estendióse una formal escritura de cuanto se practicó en el acto, en la cual se insertó la descripcion del estado en que se hallaron, cuyo documento legalizado se depositó en el archivo de la parroquia.

En el año 1708 fueron trasladados los dos esqueletos de los amantes á un cláustro contiguo á la iglesia, que servia de cementerio, en donde se hallan colocados en un armario ó panteon, digno de mayor suntuosidad, y en donde reciben diariamente las visitas de innumerables patricios y estranjeros, que al paso por Teruel concurren á aquel sitio á satisfacer su curiosidad.



El esqueleto de Marcilla, colocado al lado izquierdo del de Isabel, es de ocho palmos de alto, y se conserva entero y trabazonado, de manera que asido de las tibias, se pue-

de levantar, quedando firme. Tiene la cabeza inclinada hácia Isabel; la cuenca derecha llena; la oreja izquierda formada y pegada; la nariz consumida; conserva todas las muelas del lado izquierdo y algunas del derecho: tiene los hombros, muslos, cías, rodillas y tobillos cubiertos de carne consumida y mómia, y en fin, se halla casi todo su continente cubierto de pellejo muy poco trepado, escepto por la espalda, que está mas corroido, efecto sin duda de la humedad del cajon.

El esqueleto de Segura está mas deteriorado, y en gran parte separado de su armazon, á resultas del poco cuidado que se tuvo al tiempo de su exhumacion. Tiene la cuenca izquierda llena; algunas uñas en pies y manos; el brazo izquierdo separado del cuerpo; la cintura desencuadernada: sin embargo, se conserva en el mismo estado natural que el de Marcilla, escepto en aquellos miembros en que padeció destrozo en ambas escavaciones.

Sobre el armario en que se hallan depositados se lee la siguiente inscripcion:

AQUI YACEN LOS CELEBRADOS AMANTES DE TERUEL
DON JUAN DIEGO MARTINEZ DE MARCILLA Y DOÑA ISABEL
DE SEGURA. MURIERON EN 1217,
Y EN EL DE 1708 SE TRASLADARON Á ESTE PANTEON.

UN ABAD COMO HUBO MUCHOS, Y UN COCINERO COMO NO HAY NINGUNO (1).

Cuento.

En las estensas llanuras de Castilla la Vieja, elevaba sus afiligranadas agujas góticas una nombrada y rica abadía, que á trueque de pingües heredades habia dispensado el honor de ser enterrados en su recinto á no pocos reyes y magnates. No hemos dejado piedra por mover para averiguar la fecha del suceso qué vamos á referir, consultando el arte de verificarlas, registrando archivos y revolviendo tumbos y becerros; pero todo ha sido inútil. Al que con mejor fortuna lo lograre debe la Academia de la Historia abrirle desde luego sus puertas.

Reinaba en dicha abadía, que cetro mas que cayado, fué en un tiempo el báculo pastoral de los prelados, un orondo abad, gran dispensador de indulgencias, complaciente conmutador de cotos y penitencias en limosnas y donaciones á su abadia y asáz afectuoso con los gefes de los partidos de la córte, amparando á los caidos en el sagrado de su morada, para que cuando subieran al poder pagáran este servicio aumentando los privilegios de la casa. Con esta mónita, viendo crecer cada dia sus rentas, se deslizaba tranquilamente su vida sibarítica sin que la turbara otra idea desagradable sino la de que tarde ó temprano habia de tener término, pensamiento que procuraba prontamente desechar en las dos únicas ocasiones que se le acordaba, que eran, en la muerte de algun compañero ó en alguna fuerte indigestion. Situados sus dominios á bastante distancia de la frontera, no le inquietaban los rumores de invasiones estrangeras, ni de trastornos interiores, confiado en que el olor de santidad que antiguamente esparcia su abadía no se habria evaporado y le serviría de *palladium*. Su erudicion gastronómica era portentosa, por lo cual sus toscas homilías iban siempre empedradas de comparaciones y metáforas culinarias. Sabia los terrenos que criaban mas sabrosos carneros, terneras mas suculentas, perdices y capones mas delicados. Citaba por sus nombres los pueblos en que mejor adobaban los jamones y chorizos, y marcaba con inapelable fallo los rios, lagunas y costas en que se pescaban mejores anguilas, tencas, besugos ó salmones. De licores no se hable, que ante su reconocida pericia hubiéranse confesado vencidos no solo los dos antepasados de que tanto se enorgullecia Sancho y que aclamaba por los mas insignes mojones que habia producido el suelo manchego, sino los mas célebres *wine tasters* del reino unido. En fin, absorvian de tal modo su atencion los placeres de la mesa, que discurrió dar el empleo de cocinero por oposicion entre todos los de la comarca. Pero vamos á la historia.

Cantaba un dia reposadamente sus vísperas la comunidad, cuando entró á turbar su pausado canto llano un donado que todo alborotado y jadeando decia que el rey con algunos caballeros se acercaba al monasterio. Tal nueva dejó inmóviles las manos del organista sobre las teclas de su gangoso instrumento y anudó la mitad del versículo en las gargantas de los que hacian el coro. Los dos frailes que se sentaban á los lados de la silla abacial sacudieron fuertemente á su reverendísimo padre, que sepultado en su acostumbrado sueño, hacia el bajo con sus acompasados ronquidos. Abrió los ojos sobresaltado figurándose que habria ocurrido alguna gran novedad cuando habian tenido la audacia de despertarle, é informado de la visita, manifestó con su agriado gesto no augurar muy bien de ella: lo cual advirtió el padre secretario y le dijo.—Tal vez querrá recibir vuestra bendicion antes de ir al encuentro del enemigo.

—O vendrá por el clavo de la herradura del caballo de Santiago, ó por la correa del acicate de San Jorge, que tan visiblemente han protegido en las batallas á casi todos los valientes caballeros que por devocion los han llevado sobre sí, añadió el padre Reliquiero (1) con cierta fruicion al nombrar aquellas dos alhajas que enriquecian el relicario de aquel monasterio con no poca envidia de los otros comarcanos.

Entre tanto los frailes aturdidos corrian de uno á otro lado, cuál á ponerse hábitos nuevos, cuál á alfombrar la escalera y cláustros, cuál á echar á vuelo las campanas, cuál á preparar un ascético ambigú. El rey, que venia armado de punta en blanco, dejó el caballo á la puerta, y al entrar por el átrio de la iglesia topó á nuestro abad que con palio y entre dos hileras de cogullas, y precedido de una falange de pages, reyes de armas y demás funcionarios que componian la servidumbre místico-profana de un abad en la edad de oro de los abades, le salia al encuentro cantando la salmodia. Contestó el rey entre dientes y por monosílabos á los oficiosos ofrecimientos y saludos del abad, y retirándose con él al fondo de una capilla inmediata le habló por espacio de algunos minutos. Volvió á salir al punto y desdeñando al paso las instancias de los Reverendos para que aceptase un refrigerio, montó á caballo y desapareció con los que le acompañaban.

Confusos quedaron los padres Secretario y Reliquiero al ver que el rey no se habia acordado de bendiciones ni de reliquias, y como ellos todos los monges procuraron descubrir en el semblante del obeso abad si habia de ser para la comunidad motivo de alegría ó de sentimiento aquella inesperada visita. Inclináronse á lo segundo viéndole caviloso, los ojos en tierra y fruncidos los labios dirigirse silencioso á su celda, y al observar la mudanza que hubo en él desde aquel momento. Hablaba poco y solo para proponer cuestiones estravagantes ó ridículas; gustaba estar solo, y se estraviaba distraido y meditabundo por los bosques; ya no era necesario despertarle en su asiento cuando acababan las horas de coro, y aun repetian ciertos padrotes por lo bajo, refiriéndose á conversaciones de los

(1) Esta *conseja*, de que apenas hay lengua en Europa en que no cuente una version, siendo imposible señalar á cual de ellas pertenece la propiedad, la insertó Juan de Timoneda en su *Patrañuelo*, obra publicada en 1576. En manos del rapsodista valenciano perdió este cuento el gracejo é interés que en otros idiomas, acomodándolo al carácter y costumbres de su nacion, le han prestado agudos y festivos escritores. Como muestra de la fria y descolorida version castellana pondremos aqui el epígrafe y el comienzo de ella. Dice asi:

«A un muy honrado abad,
Sin doblez, sabio, sincero,
Le sacó su cocinero
De una gran necesidad.

Queriendo el rey quitar el abadia á un muy honrado abad y darla á otro, por ciertos revolvedores, llamóle y dijole, etc.» Tal vez contendria á Timoneda para no presentar al abad en caricatura la idea de desagradar al tribunal de la fe, que tres años antes de la publicacion de su libro habia alterado los tratados cuarto y quinto del *Lazarillo de Tormes*, en que se entregaban al ridículo algunos abusos del clero.

Esta advertencia tiene por objeto dar á conocer la historia de esta conseja, y no deprimir la antigua version que tenemos de ella para hacer resaltar el poco ó ningun mérito de la que hoy ofrecemos engalanada con nuevos atavios.

(2) Llamaban en los conventos y monasterios padre reliquiero al fraile ó monge que cuidaba de las reliquias, y que las enseñaba á los curiosos ó devotos.

pages que le asistian, que pasaba las noches desvelado; pero lo que acabó de alarmar á todos fué el advertir como de su habitual glotonería habia pasado á tan parco que los platos que antes mejor saboreaba, ahora los levantaban de su mesa intactos. Hundiéronsele las mejillas, perdiendo estas y la punta de la nariz su vivísimo tinte de remolacha y denunciando los vergonzantes pómulos, de cuya existencia hubiera dudado antes cualquier anatómico. Los mechones grises que amojonaban su redonda calva caian lácios y desordenados. Apagábanse sus chispeantes ojos, y aplanábase visiblemente su esférico vientre. En fin, á tal estado llegó en su desfallecimiento físico é intelectual, que los monges de campanillas dábanse prisa para ganar terreno para la eleccion que veian ya próxima. Confirmáronse todos en que el cerebro de su abad no estaba en caja cuando le vieron entrar en la biblioteca, estancia que jamás habia honrado con su presencia, y hojear infolios y deletrear índices; él, que solia decir que la sola vista de un libro le producia jaqueca.

Agotados por el cocinero todos los recursos de su arte para despertar el mas inapetente estómago, presentóse al abad para hacérselo presente, y á que le señalara un nuevo rumbo á su fecundísima inteligencia cocinal. Oyóle el abad su relacion sin interrumpirle, y con sus apagados ojos le iba siguiendo el índice de la derecha cuando con él pasaba varias veces revista á los dedos de la izquierda para mostrarle el número de platos que antes eran sus favoritos, y ahora no los tocaba.—Amigo mio, contestóle el descaecido abad, agradezco tus cuidados y tus votos por la conservacion de mi vida y por la vuelta á mi pristina inmemorial robustez; pero la enfermedad que me aflige no es del cuerpo, es del espíritu.

Conjuróle el cocinero abrazado á sus rodillas le hiciese partícipe del infortunio que le habia sumido en tal abatimiento, jurando y perjurando aliviarle de él cualquiera que fuese. Levantóle el abad compungido, y echándole los brazos al cuello le dijo:—Ahora conozco por el interés que me muestras que te debo mirar como mi único y verdadero amigo, y para darte una prueba de que correspondo á tu amistad, voy á comunicarte la causa del secreto disgusto que me consume, y no porque de tí espere el remedio, porque es negocio que no lo admite de persona humana.

Reiteróle el cocinero la promesa de ayudarle con sus luces y sacarle á salvo de aquel apuro, y el abad, despues de haber registrado cuidadosamente las alcobas, huecos y armarios de su celda para cerciorarse de que nadie le escuchaba, esplicóle de esta manera el motivo de su pesar:

—Mi amargura, amigo mio, data, como todos presumen, desde la malhadada visita del rey. ¿Sabes cuál fué su objeto? injuriarme: decirme que vivia en la holganza, mientras él esponia cada dia la piel por mantener la paz y tener á raya los enemigos. ¡Yo en la holganza! ¡Yo que tengo cuidado de que todos los dias se aplique una misa por su salud, y veinte para que cuando el enemigo venga talando y destruyendo sea derrotado antes de llegar á los terrenos del monasterio! ¡Perdónele Dios y nuestro Santo fundador tal ofensa! Despues de insultarme así me añadió con insolente sonrisa: Vengo á proporcionaros un pasatiempo en que podais entretener vuestros ócios, y consiste en que me resolvais satisfactoriamente estas tres cuestiones en el término improrogable de tres meses, preparándoos sino á ser desposeido para siempre de cogulla y báculo, y vestido de juglar á llevar el ronzal del asno en que son paseadas las viejas hechiceras por las calles de la córte, compartiendo con las suyas vuestras espaldas las caricias del verdugo. Las proposiciones en cuya solucion os habeis de ejercitar son las siguientes:—Primera; cuánto valgo sentado en mi trono, con mis mejores vestidos, empuñando mi cetro de oro, y ciñendo mi corona de pedrería. Segunda; en cuánto tiempo podria cabalgando dar la vuelta al mundo. Tercera; me habeis de adivinar en lo que esté pensando, y lo que piense ha de ser una equivocacion. Dentro de tres meses os confirmaré en la abadía, ó daré con vuestra figura de juglar azotado un buen rato á los habitantes de mi córte, concluyó diciéndome, y aumentando al pronunciar las últimas palabras su maligna y despreciativa sonrisa. Ya conoces toda la estension de mi desgracia, y te consta que desde entonces, por mas que has refinado tu arte, no has conseguido que pruebe bocado que me esté en sazon.

—¿Y es eso solo lo que trae tan asendereado á vuesa reverencia? respondióle el cocinero; vuelva la vista hácia esas pilas de jamones y chorizos que se nos están pudriendo en la despensa, y piense únicamente en hacerlos mermar que lo demas corre por mi cuenta.

Clavó el abad en su confidente sus llorosos ojos llenos de ira, creyendo que se le burlaba; pero encontró en él tal aire de seguridad, ingenuidad y confianza, que no dudó que la Providencia, de quien habia oido decir á un viejo lector que á veces se valia de los humildes para humillar á los poderosos, habia inspirado á aquel hombre medios de salvar á su siervo. Instole vivamente para que le impusiese en sus planes, pero el cocinero se resistió á ello, no exigiéndole mas si no que le prestase sus hopalandas y báculo, á lo cual accedió el abad de muy buen grado.

Esta escena tuvo lugar pocos dias antes que espirasen los tres meses prefijados por el rey. El mismo dia en que se cumplieron asentose este en su trono, resplandeciente de oro y pedreria, á esperar al abad, que juzgaba sumergido en gran consternacion, y desesperado por no poder acertar los que él creia indescifrables enigmas. Apenas se habia dejado caer el rey sobre el dorado asiento, cuando un galoneado servidor anunció con voz llena y solemne, acompañada de una de esas reverencias en que mas á prueba ponen los palaciegos la flexibilidad de su espina dorsal, al muy reverendo abad de San Salvador del Monte. Abriéronse las puertas del régio salon, y pisó el dintel un bulto negro, que bajo un ancho capuchon dejaba con dificultad entrever las facciones de un rostro al parecer humano; una holgada túnica de finísimo paño caíale flotando desde los hombros sin dibujar talle ni forma alguna, por lo cual hubiérase creido que encubria algun tonel ó pipote, á no ser por dos remos ó brazos que de aquel tronco se desprendian, los cuales remataban dos coloradas y mantecosas manos bordadas con cicatrices de ligeras sajaduras.

Repitióle el rey en levantado tono la primera pregunta de que cuánto valdria con todas las alhajas que le adornaban, encargándole de paso tuviese cuenta con no equivocarse ni en un maravedí, porque indefectiblemente le enviaria á tirar del ronzal del asno. El abad contestó con voz resuelta:

—Nuestro redentor fué apreciado en treinta dineros: no creo lastimar vuestra vanidad valuándoos en veintinueve.

Admirado dejó al rey esta ingeniosa salida, inesperada en el inculto y grotesco monge. Pasó á la segunda proposicion, que era en cuánto tiempo podria darle la vuelta al mundo, advirtiéndole como anteriormente que si se equivocaba en un minuto estaba perdido.

—Cabalgad sobre el sol, fuele replicado, y á las veinticuatro horas habreis logrado vuestro deseo.

Picole al rey mas esta segunda sutileza, pero confiando en que fallaria en la tercera cuestion, por considerarla de imposible resolucion, se apresuró á proponérsela. Réstanos la última, le dijo; si no la contestais de nada os servirá el haber eludido sagazmente las anteriores. Mostradme, pues, lo que pienso en este momento, lo cual, como ya sabeis, deberá ser un error.

—Pensais que estais hablando al abad de San Salvador, y os engañais, porque quien teneis delante es su cocinero; y se echó atrás el supuesto abad la capucha, descubriendo una mofletuda faz respirando salud y malicia.

Estupefacto quedó el rey al contemplar aquella metamorfosis, y bajándose del trono, venid, dijo tomando por la mano al cocinero, que ahora mismo os voy á presentar á mi córte por verdadero abad de San Salvador.

—No, contestó el cocinero avocado á ser abad. Ademas de retenerme para no aceptar lo que me ofreceis los favores que debo á mi señor, no me considero tan feliz bajo este prestado sayo como bajo el mugriento mandil de mi oficio.

—Pues pídeme una gracia, seguro de alcanzarla.

—Que dejeis á mi señor gozar tranquilamente de su vida de abad.

Escusado es referir las deferencias que en adelante mereció el cocinero á nuestro abad, no siendo la menor la de asesorarse de él en todo lo concerniente á la direccion y gobierno de la abadía. Poco disfrutó, empero, de la recuperada felicidad. Cuando desechadas zozobras y pesares ocupábase en desquitarse del pasado ayuno, la muerte envidiosa le lanzó uno de sus aleves tiros dis-

frazado con la máscara de una apoplegía fulminante, que le arrebató súbitamente de entre sus añejos vinos y regaladas viandas, con harto duelo de su leal cocinero.

J. G. A.

UN CAPRICHO DE ALENZA.



El diablo iluminando las megillas de una vieja.

TRANSMIGRACION DEL ALMA DE UN HOMBRE AL CUERPO DE UNA PULGA.

(Alegoría contra la crueldad con los animales.)

Sentado y meditabundo estaba yo en mi gabinete, cuando despues de mucho cavilar determiné acostarme. No tardé en dormirme, é imaginándome todavía en mi estudio, de repente oí una voz delgada y chillona pronunciar las palabras siguientes.

«Toma la pluma y escribe lo que te voy á dictar.»—

Prepareme á obedecer al punto, y la voz me dictó la narracion siguiente.

«Yo fuí hijo primogénito de un caballero de aldea, dueño de una hacienda considerable. Llegado á la edad de 19 años, y hallándome un dia cazando, di una peligrosa caida con mi caballo y me rompí el pescuezo, quedando muerto en el acto. Acto continuo empero, me hallé vivo con la mayor sorpresa y pesar, bajo la forma de un perro, bastante feo, en la cuadra de una posada, y en poder de un hombre que habia sido criado de mi padre y se habia casado con la cocinera.

»A la verdad no dejaron de hacerme caricias; pero mi amo, con el fin, segun decia, de que ganara en hermosura y robustez, muy luego me cortó las orejas y la cola. Amen del dolor que me causó la operacion, esperimenté en una infinidad de ocasiones los inconvenientes de semejante mutilacion. Pero todo esto no era sino tortas y pan pintado, respecto á las calamidades que estaba condenado á sufrir bajo esta malhadada forma. Mi amo tenia un hijo de cerca de cuatro años, mas querido aun que yo, cuyas pasiones halagadas siempre segun se iban desarrollando, le animaban á satisfacer su resentimiento contra cualquier objeto, ya fuese animado ó inanimado, que le ofendiera, por lo cual me maltrataba á menudo; y cuando él cometia algun daño, los padres ó criados me zurraban por él.

»No me era posible aguantar mas que me trataran asi unas gentes á quienes yo antes solia despreciar y tratar con insolencia: y asi un dia por la mañana tomé las de villadiego.

»Continué mi viaje, sin parar hasta por la tarde. Serian las cuatro cuando pasé por un pueblo, y reparando en un monton de virutas puestas al abrigo de la humedad debajo del techo de una casuca que unos carpinteros estaban gobernando, me arrastré hácia aquel rincon para descansar sobre las virutas, imaginando no ser visto. Pero un hombre que cepillaba una tabla, viendo en mí un perro sin amo, se propuso divertirse con sus compañeros á mi costa. Con este fin hizo un agujero en una tabla, me cojió de repente, y metiéndome en aquel diabólico aparato lo poco que me habia quedado de cola, me la aseguró en el agujero con una caña y á golpes de mazo, que al magullar el hueso me causaron dolores inesplicables.

»Al punto el bárbaro me puso en el suelo. Los espectadores del chasco se reian á carcajadas al ver los raros movimientos con que espresaba mis tormentos, y las tentativas ridículas é inútiles que hice para desembarazarme de la carga que no pude menos de arrastrar conmigo. En fin, me auyentaron hasta perderme de vista. Siguiendo adelante con velocidad involuntaria, incitado por el terror y la pena, me precipité con tal fuerza entre dos estacas, cuya distancia no era suficiente para dejar pasar mi diabólico apéndice, que este se arrancó, llevándose de camino el resto de mi cola.

»A la sazon me hallé en el corral de una aldea, y observando á cierta distancia un pérrazo de carnicero, temí ser acometido por él, y continué mi fuga. Pero algunos aldeanos ocupados en una granja vecina, reparando que yo huia sin ser perseguido, y que tenia los ojos inflamados y el hocico cubierto de espuma, imaginaron que debia estar rabioso, y me rompieron la tapa de los sesos á garrotazos.

»Abandonando inmediatamente mi espíritu aquel mutilado cadáver, me hallé bajo la pluma de un pinzon en un nido con otros tres compañeros. Me alegré sobremanera, con la esperanza de poder volar pronto fuera del alcance de los hombres, que tan crueles eran, llegando yo á ser á la par de mi madre un habitante del aire. Pero antes de hallarme en estado de volar, mi madre fué sorprendida en su nido por un perverso muchacho de escuela, el cual la apretó tanto para que no se le escapara, que muy luego murió. En seguida cogió el nido con todo lo que contenia, metiéndolo en una cestita, en cuyo sitio perdí dentro de poco á mis tres compañeros de infortunio, de resultas del cambio de cebo y del mal tratamiento. En cuanto á mí, sobreviví, y poco despues de hallarme capaz de comer solo, la madre de mi tirano, al ir á pagar su renta, me llevó consigo para regalarme á la hija del rentista, señorita de 18 años y sumamente hermosa.

»A la sazon mi cautividad comenzó á perder algo de sus horrores. Ya no temí las garras de un rapaz perverso, cuyo cariño no era menos temible que su resentimiento. La reclusion de la jaula se me hizo costumbre, imaginando que bajo el patrocinio de una persona linda y amable nada tendria que padecer.

»Tal era mi situacion, cuando una señorita de Londres hizo una visita á mi ama, y en ella mil cariños á mí. A fin de mostrar cuán agradecido me sentia á sus favores, salté á su dedo empezando á cantar. Asi que puse fin á mi gorjeo, la jóven dirigiéndose á mi ama, la dijo, que podria convertirme en el pajarito mas delicioso y manso del mundo, sacándome simplemente los ojos y encerrándome luego en una jaula mas estrecha. Mi linda señora convino gustosa en una propuesta tan horrible, y mucho mas cuando su amiguita la aseguró que mi canto se mejoraria notablemente; asi pues, la cruel operacion se ejecutó con una aguja de hacer media, hecha áscua al efecto. No tuve que padecer por mucho tiempo la triste situacion de una oscuridad perpétua; pues una noche un gato entró en el cuarto, me sacó por entre los alambres de mi jaula, y me devoró.

»No me pesó de verme libre de cautiverio y de ceguera, y en aptitud de revolotear en el aire bajo la forma de un abejorro. Pero á penas habia entrado en la nueva escena de mi existencia, cuando el dueño del jardin en que yo me regalaba con las hojas de un cerezo, me cogió; y vuelto á su hijo, á quien acababan de vestir los primeros calzones, le dijo: «Toma, Periquillo, aqui tienes un pajarito para divertirte.»—El rapazuelo me cogió con un gesto de placer hor-

rible, y segun le habian enseñado, me empaló vivo con un alfiler atado á un hilo, y de este modo me forzó á revolotear en la agonía de la muerte para divertir á mi jóven verdugo. Cuando agotadas mis fuerzas, ya no podia hacer uso de mis alas, le dijeron que me pisara, pues ya para nada servia, mandato que el chico ejecutó piadosamente despachurrándome al punto con su pié.

»Al dejar los restos del miserable insecto, mi alma transmigró al cuerpo de una lombriz de tierra, consolándome con la dulce esperanza de pasar mi vida oscura y sosegadamente fuera de la presencia del mas cruel de los seres.... del *hombre*.

»¡Vana esperanza! Mi consuelo duró bien poco. Una mañana llamó mi atencion cierto ruido estraordinario, acompañado de un movimiento particular de la tierra que me rodeaba. Al punto me puse á cabar hacia arriba, para indagar la causa del fenómeno; pero asi que me asomé á la superficie del suelo, fuí cogida por un hombre, que habiendo hincado en tierra una horca de hierro la movia á todos lados, con el fin de producir el efecto que á la sazon se habia verificado. Inmediatamente me metieron con otras muchas compañeras de infortunio en un cacharro roto, para entregarme á uno de aquellos mónstruos inhumanos que cifran su diversion en el arte no menos cruel que innoble de pescar con anzuelo.

»Aquel malvado nos llevó la mañana siguiente á orillas de un rio, é inmediatamente le ví, con el mayor estremecimiento, coger á una de mis desgraciadas compañeras, y silbando una tonadilla, el bárbaro atravesó un horrible garabato barbudo por toda la longitud del cuerpo de aquella, introduciéndolo por la cabeza y sacándoselo por la cola! El desdichado animal se torció en vano alrededor del gancho sangriento, en medio de unos tormentos que no puede figurarse ningun hombre. En tan mísero estado mi infeliz compañera fué arrojada y suspendida en el agua á modo de cebo para los peces, hasta que fué tragada por una anguila, juntamente con el anzuelo en que estaba ensartada.

»Al contemplar yo el horrible espectáculo, hice varias reflexiones filosóficas acerca de la desigualdad entre el corto placer de coger semejante presa y los tormentos indecibles que para ello se le hacen pasar al cebo. Pero de nada me sirvieron estas mis reflexiones, pues muy luego tuve que sufrir la muerte con las mismas agonías de que habia sido espectadora.

»Me falta tiempo y modo de relatar todos los tormentos que en seguida tuve que padecer por la barbaridad inconsiderada del género humano, bajo las formas sucesivas de gallo, de cangrejo marino, de anguila, de cerdo..... Diré únicamente que sufrí la misma clase de muerte que los delincuentes cuyo cuerpo se rompe en la rueda. Fuí tostada viva á fuego lento; desollada y viva todavía frita en una sarten, y azotada con cuerdas hasta la muerte. Todo con el fin de satisfacer el apetito lujurioso de la gula, ó de contribuir á la diversion de un populacho inconsiderado y bruto.

Hasta aquí habia escrito en calidad de amanuense de un ser invisible, cuando (siempre soñando) sentí una picadura en el vientre; y al desviar mis ojos del papel para ver lo que era, descubrí una pulga, que al punto cogí y maté poniendola en la luz.

Al mismo instante el insecto desapareció y una jóven de suma belleza se halló dalante de mí.

«Hombre desapiado é irreflexivo!» dijo ella. »¿ Con que tú tambien has cambiado la condicion de mi existencia, esponiéndome tal vez á mayores desgracias que las que he esperimentado hasta ahora? Bajo la forma de pulga fuí tu mentor, y como tal podia haberme librado de tu crueldad, sino hubiera intentado instruirte. Con todo, publica cuanto acabo de comunicarte. Con tal que esta relacion pueda servir para desviar á algun hombre de atentados criminales contra las criaturas de órden inferior, impidiéndole causarles tormentos inútiles y haciéndole reflexionar sobre los efectos de sus acciones, no habré padecido en valde.»

Al escuchar este razonamiento, mi corazon latia con mayor violencia, y de resultas de los esfuerzos que hice para contestar, desperté.

Traducido del inglés por J. Mieg.

Diálogo entre un Galan y el Eco.

GALAN.

Bellas selvas, donde ví
mi dulce pasion premiada,
dadme nuevas de mi amada
que pienso que la perdí.

ECO.

Dí.

GALAN.

¿Que diga? ¡Lindo donaire!
mas pues responderme quieres,
dime primero quién eres,
porque no te haga desaire.

ECO.

Aire.

GALAN.

¿Eres ninfa enamorada,
ó eres gallardo pastor,
que por cuidados de amor
no cuida de su manada?

ECO.

Nada.

GALAN.

Si eres nada, no está bien
que de tí se fie un hombre;
y pues me callas tu nombre,
mi pena callo tambien.

ECO.

Bien,

GALAN.

Pronto convienes por cierto
en callar: la prueba es esa
de cuán poco te interesa
este mi dudar incierto.

ECO.

Cierto.

GALAN.

Claridad gastas á fé:
pero dime por tu vida,
¿de la que lloro perdida
sabes nuevas que no sé?

ECO.

Sé.

GALAN.

Pues no me niegues el gusto
que al oirlas tendré yo:
dí ¿por qué no me escribió
causándome tal disgusto?

ECO.

Gusto.

GALAN.

¿Gusto fué? mal gusto tiene
en causarme tal dolor:
¿mas si tendrá algun pastor
que en mi ausencia la entretiene?

ECO.

Tiene.

GALAN.

¡Quién creyera sus mudanzas!
¿Con que aquellos juramentos
solo fueron fingimientos
y engañosas asechanzas?

ECO.

Chanzas.

GALAN.

Chanzas que á mil precipicios
me guiaron; vil mujer,
¿qué causa pudo tener
para olvidar mis servicios?

ECO.

Vicios.

GALAN.

Nunca pudiera pensarlos
en su virtud: si supiera
quién es su amante, corriera
en el instante á buscarlos.

ECO.

Cárlos.

GALAN.

¿Cárlos es? ¿di, cómo ó cuándo
su voluntad se ganó?
¿de qué medios se valió
para ir su pecho ablandando?

ECO.

Dando.

GALAN.

Mira que parece bola:
mil veces se lisonjeaba
que el oro nada lograba,
si no la constancia sola.

ECO.

¡Ola!

GALAN.

Cuando me ausenté de aqui
alguien la seduciria,
y en mi daño la hablaria
porque me olvidase asi.

ECO.

Sí.

GALAN.

Dame por tu vida el gusto
de decir quién es ese hombre,
si es que merece este nombre
hombre que fué tan injusto.

ECO.

Justo.

GALAN.

No me acuerdo quién es ese:
¿si será el que se reia
de mí porque nunca hacia
cosa que ella no quisiese?

ECO.

Ese.

GALAN.

Ya daba yo por supuesto
que ese fué quien me vendió;
mas pues ella me olvidó,
á mudar de amor me apresto.

ECO.

Presto.

GALAN.

Hermosuras hay sobradas
de quien prendarme podré:
bien pronto dama hallaré,
pues que las hay á bandadas.

ECO.

Dadas.

GALAN.

Satisfecho voy de vos,
pues me habeis desengañado;
y de pastor tan honrado
la vida pediré á Dios.

ECO.

A Dios

Máximas.

Un buen oficio es un tesoro. Bien puede llamarse rico quien no tenga deudas apuntadas en libro ageno y lleve dos cuartos en el bolsillo.

Donde no hay leyes no tendrás mas protectores que tus puños; donde menudean los reglamentos y bandos por las esquinas, ten cuidado con los alguaciles y escribanos.

Cuando repares que las muchachas son generalmente delgadas y descoloridas, pregunta que laguna se encuentra en la inmediacion, ó cuantas noches de baile tienen á la semana.

Donde te hagan hacer antesala y te pregunten el nombre antes de decirte si el señor está en casa, es de creer que andan acreedores y se teme su visita: si puedes llegar hasta el amo sin que te pasen revista los criados, no vaciles en encargarte de cualquier trabajo, que alli es segura la paga.

El agua que cae gota á gota, concluye por oradar las piedras. Con trabajo y paciencia corta el ratoncillo una maroma, y un golpe tras de otro golpe hace venir al suelo las mas altas encinas.

Todas las pasiones nos hacen cometer faltas; pero ninguna tan ridícula como el amor.

El cadalso para el justo es el trono de su gloria.

La sabiduría sirve de freno á la juventud, de consuelo á la vejez, de riqueza á los pobres y de ornato á los ricos.

Los sábios tienen sobre los ignorantes las mismas ventajas que los vivos sobre los muertos. La sabiduría es un adorno en la prosperidad y un refugio en el infortunio.

El oro es la piedra de toque del hombre.

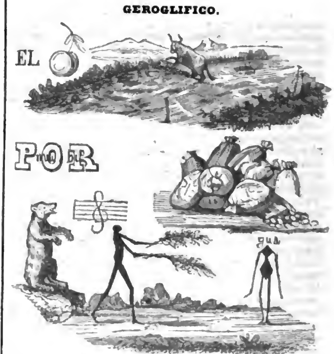
Tan fácil le es al sábio enriquecerse como difícil el que desee ser rico.

Todo el que entra libre en el palacio de los reyes, se transforma prontamente en esclavo.

Un hombre jamás debe avergonzarse de confesar que ha errado, pues es lo mismo que decir en otras palabras que hoy es mas sábio que ayer.

Un semi-sábio es mas necio que un ignorante.

GEROGLIFICO.



LA SOLUCION EN EL NÚMERO PROXIMO.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. Un mes 4 rs. Tres 20. Un AÑO 36.-Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Poupart, Villa, Baili Balliere y la Publicidad, litografías de Pelegrini y de San Felipe Neri.
PROVINCIAS. Tres meses 14. Seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la Administracion del Semanario, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.

MADRID: imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, núm. 4.



Vista de la Tienda de Laban.

LEYENDA DE VIRGILIO

PRESENTADO COMO HECHICERO.

Los hombres pensadores se admiran de la leyenda de los hechos maravillosos de Virgilio, tradicion de la edad media, que todos los antiguos cronistas han exornado á su antojo, y que nos presenta como un gran mágico al que no fué otra cosa que un gran poeta. ¿Será esto debido á la admiracion que inspiró? ¿Habrá dado solo márgen á ello su égloga cuarta, que basa en una profecía del nacimiento de Jesucristo? ¿O será por ventura su única causa, la aventura de Aristea y las mágicas descripciones del libro sesto de la *Eneida?* Tal es la opinion de algunos sábios. Pero Gervasio de Tilbury, Vicente de Beauvais, el poeta Adenes, Alejandro Neeckam, Graciano de Ponto, Gauthier de Metz y cien otros cuentan de él mil prodigiosas aventuras que parecen una página arrancada de los maravillosos cuentos de las *Mil y una noches.*

Creemos haber dado con el origen de esta leyenda sobrenatural. De la propia suerte, que se ha confundido al doctor Fausto, el célebre mágico, con el inventor de la imprenta, asimismo ha podido equivocarse á un contemporáneo de Peppin-le-Bref, Virgilio, obispo de Salzburg, con el poeta de la corte de Augusto. Lo que nos parece que viene muy en apoyo de nuestra asercion, es que los autores de las leyendas hacen del bello, del elegante Virgilio, un hombre pequeño y cojo; y es sabido que el obispo Virgilio era contrahecho, y tenia estraordinario talento: nacido en Irlanda segun unos, en los Ardenes segun otros, llegó, solo merced á su mérito, á la alta dignidad del episcopado. El fué quien sostuvo la existencia de los antípodas, y como se ocupaba de la astronomía y de las ciencias físicas, dejó un renombre de hechicero profundamente adherido á su memoria. El sabio obispo tenia idéntico nombre que el gran poeta; ha podido muy bien hacerse uno solo de dos nombres, y todo lo demas haber sido obra del tiempo. Otra razon aun mas en prueba de lo que decimos es que una de las leyendas del autor de la *Eneida* se titula: *Los hechos maravillosos de Virgilio, hijo de un caballero de los Ardennes:* esta leyenda es la que refiere mayor número de cosas estraordinarias.

Vamos á ofrecer á nuestros lectores una breve reseña de la referida leyenda, que era mirada como verídica historia por nuestros antepasados, hace quinientos años. Existian aun tantos creyentes en el décimo séptimo siglo que, Gabriel Naudé, en su *Apología de los altos personages acusados de magia*, se creyó en la obligacion de refutarla con seriedad. Aun se halla palpitante en Nápoles, en donde cuenta con sobrada buena fé el pueblo muchos trozos de ella.

Virgilio, segun las tradiciones históricas, nació en Andes, pequeña aldea cerca de Mántua, el año de Roma 684, sesenta antes de Jesucristo. Segun las autoridades de los siglos once y doce, no puede fijarse con exactitud el lugar de su nacimiento. Pero casi todos los autores de leyendas concuerdan en decir que era hijo de un valiente caballero, tan hábil mágico como terrible hombre de guerra.

El nacimiento de Virgilio se anunció por un temblor de tierra que lo trastornó todo; y algunos lo esplican diciendo que el caballero de que lo hacen hijo no era otra cosa que un demonio incubo; tal fueron el padre del encantador Merlin y el padre de Roberto el Diablo.

Como el niño se mostrára desde sus mas tiernos años, sútil é ingenioso, lo enviaron sus padres á la escuela, en donde aprendió cuantas cosas eran á la sazon conocidas. Ya crecido en años, un dia que se paseaba al acaso, pensando en su madre, á la sazon viuda (porque el caballero á quien debió la vida habia desaparecido, sin que se supiese á donde hubiese ido), entró en una gruta profunda, abierta al pié de un viejo peñasco. No obstante la profunda obscuridad, avanzó hasta su fondo. Oyó una voz que lo llamaba; miró en torno suyo, y en las tinieblas de que se veia circundado nada distinguió. Pero la voz, dejándose percibir de nuevo, le dijo: No ves ante tí una piedra que obstruye una abertura?

Virgilio la tocó con la punta del pié y respondió:

—Creo verla en efecto.

—Quítala, respondió la voz, y déjame salir.

—Pero, ¿quién es el que asi me habla?

—Soy el diablo, á quien una mano poderosa ha encerrado aquí hasta el juicio final, á menos que me liberte un jóven vírgen aun. Si me sacas de aquí, como está en tu mano el hacerlo, te enseñaré en cambio la mágia; serás dueño de cuantas riquezas existan en la tierra, y no habrá ser alguno tan poderoso como tú.

—Enséñame primero la mágia y el secreto de todos los libros ocultos, le respondió el estudiante; y despues de esto te ofrezco que quitaré la piedra.»

El diablo hizo con buen deseo cuanto le exigian. En menos de una hora, se convirtió Virgilio en el hombre mas sábio del mundo y en el mas hábil de los mágicos. Cuando

hubo sabido cuanto deseaba, impelió la piedra con el pié; y por la abertura, que no era mucho mas ancha que el espacio ocupado por dos manos, salió entre una manga de humo blanquecino un hombre muy corpulento, á quien al instante vió en el suelo de pié.

El jóven adepto no comprendió al pronto como hubiese podido pasar un cuerpo tan enorme por una abertura tan estrecha. «No es posible, dijo, que hayas pasado por ese agujero.»

—Y no obstante, es verdad, le contestó el diablo.

—Pues estoy seguro de que no volverias á pasar!

—¡Oh! lo que es eso, con la facilidad del mundo.

—¡Te apuesto á que no!»

El diablo picado quiso convencerle; y volvióse á entrar por la pequeña abertura. Entonces, Virgilio, con la mayor presteza volvió á colocar la piedra; y aun cuando comenzó el prisionero á suplicarle de nuevo, marchóse veloz el estudiante, dejándolo en su obscuro encerramiento.

Al salir de la caverna, se halló Virgilio enteramente transformado. Supo por medio de su arte mágico que un cortesano del emperador habia despojado á su madre de su castillo, que el emperador se negaba á hacérselo devolver, y que ella en tanto gemia en la miseria. Inmediatamente la mandó cuatro mulos cargados de oro, y, no teniendo ya necesidad alguna de seguir estudiando, emprendió el camino para Roma. En cuanto llegó, abrazó á su madre, á quien no habia visto hacia ya doce años. Cólmó de riquezas á todos aquellos de sus parientes que habian socorrido á la despojada viuda, que, como de costumbre, eran los mas pobres.

Cuando llegó la época en que el emperador distribuia tierras á los ciudadanos, Virgilio se trasladó á su presencia, y despues de haberlo saludado, le pidió pusiese á su madre en el dominio de lo que tan injustamente habia sido despojada. El emperador, despues de haber oido á sus consejeros, uno de los cuales se hallaba en posesion del castillo de la viuda, respondió que no podia acceder á la demanda. Virgilio se retiró jurando que se vengaria. Aproximóse el tiempo de las recolecciones; y Virgilio, por medio de su poder mágico, hizo arrebatar y trasladar á su casa y á la de sus amigos todo cuanto iba á recolectarse en las tierras que le habian sido confiscadas.

Este prodigio originó vivísimos rumores. Era una cosa sabida el poder de Virgilio; veíasele alojado como un príncipe en un vasto y magnífico castillo, y rodeado de tantos servidores que hubiera podido formarse con ellos un ejército.

—«El mágico es quien ha hecho esto, digeron los cortesanos.»

—«Es preciso ir á combatirlo,» dijo el emperador.

Y seguido de tropas escogidas, marchó en derechura al castillo de Virgilio, proponiéndose derruirlo y arrojar á su dueño en una dura prision.

En cuanto distinguió Virgilio las huestes que venian á asediarlo, llamó á toda su arte en su socorro. Inmediatamente circundó su castillo de una niebla espesa y fétida, tanto que ni el emperador ni los suyos pudieron avanzar ni un paso mas. Despues, con el auxilio de ciertos espejos maravillosos, fascinó de tal suerte la vista de los soldados, que todos se creyeron rodeados de agua agitada y próximos á verse sumergidos en ella.

Llevaba el emperador cerca de su persona un nigromántico muy hábil, y que era reputado como el mas sábio de los hombres en la ciencia de los encantos. Hizole venir á su presencia. Dijo que iba á destruir los prestigios de Virgilio y hasta á adormecerlo á él mismo. Pero Virgilio, que se hallaba oculto á algunos pasos en la niebla, oyó dichas palabras; y en el instante mismo, por un nuevo encanto producido con prodigiosa rapidez, hizo que fuesen todos presa de una inmovilidad tan perfecta, que el emperador y su mismo mágico parecian convertidos en estatuas.

—¿Cómo nos libertarás de esto? mugió el príncipe, sin ser dueño ni aun de mover la fisonomía.

—Eso le es dado únicamente á Virgilio, respondió con abatimiento el nigromántico.

Propusiéronle por lo tanto la paz. Inmediatamente se apareció el filósofo ante el emperador. Exigió que se lo diese la herencia de su padre; que fuese doblada su estension á espensas de los consejeros del príncipe, y ser admitido ademas en el consejo. El César suscribió á todo. Al momento se desvanecieron todos los encantos; Virgilio recibió al emperador en su castillo y lo trató con magnificencia inaudita.

El emperador, amigo ya á la sazon de Virgilio, le pidió, puesto que era tan sabio y disponia de aquella suerte de la naturaleza, que le hiciese un prodigio por cuyo medio pudiese saber en todo tiempo si pensaba en revelársele alguna de las naciones que le estaban sometidas.

—De esta suerte, dijo, prevendré todas las guerras y reinaré tranquilo.

El filósofo construyó una grande estátua de piedra, á la cual dió el nombre de Roma, y que colocó en el capitolio; despues tomó el principal idolo de cada una de las ciudades vencidas, en el templo en que los romanos recibian todos los dioses; reuniólos á todos y los colocó alrededor de la grande estátua, poniéndoles á cada uno de ellos una trompeta en la mano. Desde entonces, tan pronto como pensaba una de las naciones sometidas en revelarse, agitábase el ídolo que la representaba, se volvia hácia la estátua de Roma, y tocaba la trompeta de una manera terrible. El emperador, prevenido de esta suerte, enviaba tropas, que por tal causa llegaban siempre á tiempo. Este talisman recibió el nombre de *la salvacion de Roma*.

Virgilio sentia por Nápoles una singular terneza, habitaba mucho tiempo en aquella risueña ciudad, que hubo fundado y edificado, si seguimos la opinion de los autores de algunas leyendas. Durante un estío muy caluroso, se inundó la ciudad de un diluvio de moscas muy gordas, que invadiendo las carnecerías maleficiaban las carnes. El filósofo, para contener este azote, colocó en una de las puertas de Nápoles una gran mosca de bronce; durante los ocho años que allí permaneció, impidió que entrase mosca alguna en la ciudad.

En las antiguas consejas se hallan muchos talismanes de esta especie. Fusil asegura que en la gran carnecería de Toledo, no entraba en su tiempo, sino una sola mosca durante todo el año. Bodin refiere en su *Demonomanie*, que no hay ni una sola mosca en el palacio de Venecia; pero si sucede esto, añade, es porque hay algun encanto enterrado bajo el umbral como se descubrió despues de algunos años, en una ciudad de Egipto, en la cual no se veian cocodrilos, y era porque habia un cocodrilo de plomo enterrado bajo el umbral de la mezquita; quitósele de allí, y desde entonces se vieron espuestos los habitantes á los cocodrilos, de la propia suerte que los de las demas ciudades situadas en las márgenes del Nilo. Hoy es cosa sabida que los cocodrilos no entran en las ciudades. Pero volvamos al mágico.

Hallábase ocupado Virgilio en construir, para el emperador, baños tan prodigiosos, que cada vaso curaba la enfermedad cuyo nombre tenia, cuando una plaga mas horrorosa que las moscas vino á desolar la ciudad de Roma. Era una inmensa nube de sanguijuelas, que, sumiendo las casas en la oscuridad, mataba, chupándolos, á muchos ciudadanos. Recurrióse al mágico. Hizo una sanguijuela de oro y la echó en un pozo profundo fuera de la ciudad, á donde atrajo todos los reptiles.

Queriendo en seguida cautivarse la admiracion del pueblo, encendió, Virgilio, sobre un pilar de mármol, en medio del Forum, una lámpara que ardia constantemente sin que hubiese nunca necesidad de prestar alimento alguno á la llama. Era tanta y tan grata la claridad que difundia, que se hallaba Roma, en su totalidad, iluminada. A algunos pasos colocó un arquero de bronce, que tenia una flecha y un arco tendido, con esta inscripcion: «*Si alguien me tocare, dispararé la flecha.*» Trescientos años despues, habiendo tocado un loco al arquero lanzó la flecha contra la lámpara y la apagó.

En tanto que ejecutaba tales maravillas, habiéndose presentado ocasion á Virgilio de ver á la hija del emperador, que era jóven, bella y bulliciosa, quedó al estremo prendado de ella, sin embargo de ser tan feo, cojo y filósofo. La princesa, queriendo divertirse con él, aparentó no serle indiferente y le dió una cita de noche al pié de la torre en que ella habitaba. Virgilio acudió con exactitud. La princesa habia convenido, contando con el auxilio de su muger de confianza, en subirlo á su aposento, valiéndose de una cuerda á cuyo estremo se hallaba fija una cesta. Colocóse en la cesta, y la jóven tiró de la cuerda; pero tan pronto como vió al filósofo á la mitad del camino, hizo un nudo en su ventana, y lo dejó suspendido en el aire.

Graciano del Ponto atribuye esta burla, en su *Contro-*

version del sexo masculino y femenino, no á la hija del emperador, sino á una cortesana de Roma.

A la mañana siguiente, en efecto, el pueblo que se dirigia, no á la procesion, sino al mercado, se mofó del poeta, que no halló un alma compasiva sino hasta cerca del ocaso del dia.

En cuanto volvió á verse en el suelo, apresuróse á ir á su casa; y desde ella, para vengarse de todo el pueblo que lo habia escarnecido, apagó á la vez todas las lumbres que ardian en Roma.

Anonadado el pueblo corrió al emperador. Buscósele á Virgilio. «Los fuegos apagados no volverán á verse encendidos, dijo, hasta que sea yo vengado.»—Vengado de qué? —De vuestra hija.—Refirió su mala ventura; y exigió que la princesa ó la cortesana fuese en camisa á un tablado erigido en medio de la plaza pública, y que allí, con una antorcha, distribuyese fuego al pueblo todo durante tres dias. Virgilio, para consolarse en parte, se marchó á Nápoles, en donde se entregó al estudio. Entonces fué cuando puso en una de las puertas de Nápoles dos estátuas de piedra, la una alegre y graciosa y la otra triste y horrible, teniendo la virtud de que cualquiera que entrase por el lado de la primera conseguiria escelentes resultados en cuantos negocios emprendiese; pero que, al propio tiempo, al que entrase por el lado de la otra todo le saldria mal durante su permanencia en Nápoles.

Construyó un jardin en el que florecian las plantas y los árboles de los paises todos del universo. Hallábanse en él todos los animales que pueden ser útiles y todos los pájaros cantores. Veíanse tambien en magníficas vasijas los peces mas bellos del mundo. A la entrada de la gruta en que encerraba Virgilio inmensos tesoros, se admiraban dos estátuas de un metal desconocido, que sacudian en un yunque con tanta melodía, que los pájaros se quedaban suspensos en el aire para oirlas.

Construyó un espejo en el cual leia el porvenir, y una cabeza de bronce que habl ba y se lo anunciaba.

No queriendo que existiesen objetos que limitasen sus miradas, habia circundado sus jardines con un aire inmóbil, que hacia las veces de muralla. Para sus viages, fabricó una especie de puente volante de bronce, en el que se trasladaba adonde queria con la viveza del pensamiento. Añádese que tambien fué debido á su arte el abrir el camino subterráneo del Pausilippo, y que murió allí.

No hemos hablado de los sentimientos de Virgilio hácia la hija del sultan de Egipto, porque no son referidos sino por el autor del libro intitulado: ***Hechos maravillosos de Virgilio, hijo de un caballero de los Ardennes***, y porque era en el siglo XVI cuando escribia este cronista. Pero sí citaremos la anécdota de Osmone acerca de la muerte del filósofo-mágico-poeta. Cuenta Osmone, en su ***Imágen del mundo***, que, próximo á emprender un viaje lejano, consultó á su Androides, es decir á la cabeza mágica que habia hecho, y que esta le dijo que si guardaba bien su cabeza tendria su viage feliz: Virgilio creyó que necesitaba únicamente velar sobre su obra; y no abandonó sus Androides ni un instante. Pero habia comprendido mal; habiéndose descubierto la frente cuando se hallaba perpendicular el ástro del dia, fué herido en la cabeza de un rayo de sol, que le ocasionó la muerte. Su cuerpo, segun la espresion de su voluntad, fué transportado á Nápoles, en donde existe aun bajo el imperecedero laurel que lo recubre.

Los napolitanos miran la tumba de Virgilio como su paladion; ningun conquistador ha osado arrebatársela. Creen en cuantas maravillas acabamos de referir y en otras muchas mas aun. El pueblo de Nápoles os las referirá. Pero, en sus alabanzas, no olvida nunca los prodigios incontestables de Virgilio: ***las Geórgicas y la Eneida***.

X.

UN TESTAMENTO FALSO.

I.

La visita entre dos luces.

Al final de un dia frio del mes de diciembre, y en que reinaba un viento glacial, dirigiase rápidamente, un caballero, hácia la entrada principal del caserio de Marstoke en el condado de Warwick.

¡Ah! ¡Walter Greville! esclamó el dueño de la morada, que á falta de otra mejor ocupacion para desechar el fastidio, se paseaba de lo largo á lo ancho en su espaciosa sala, como un marino de cuarto sobre el castillo de popa, mirando de vez en cuando hácia el parque, á través de los claros de la reja, en tanto que le anunciaban era llegada la hora de la cena; porque, en aquella época, los señores de las campiñas se acostaban casi tan pronto como las gallinas de sus corrales. ¡Ah! ¡Walter Greville, el esforzado! por el cielo, que me encanta el volver á verte. Y continuó para sí: ¡Qué no te sofocáran las nieblas del Sur! ¿Qué demonio habrá impelido hácia aquí á este perro de mal agüero?

—Mucho me complace el hallaros con tan perfecta salud, mi buen señor Oldcraft, dijo el viagero con una voz gutural y enronquecida, descendiendo de su caballo abrumado de fatiga; con cuanta lentitud y precaucion son anexas á un hombre que parecia haber hecho entre el nacer y el morir el dia, una tan larga jornada, que sus piernas habian contraido una especie de calambre y se hallaban vueltas hácia fuera como la de un perro dedicado á dar vueltas á un asador. Os hallais aqui solo ¿no es cierto, Oldcraft? dijo ya pié á tierra. ¿O bien teneis alguna visita, ó se halle actualmente hospedado alguien en vuestra casa, á mas de vuestra muger?

—Estoy solo, contestó el huésped, pues hasta mi muger se halla ausente: á estas horas se encontrará en Warwick.

—¡Bueno! prosiguió el otro, dejando su caballo en manos de un criado, y dándole un apreton de manos á su amigo: mejor aun.

—Pero estás pálido y aun parece que enfermo, Greville, esclamó Oldcraft; entra, entra; un vaso de vino te dará fuerzas y te reanimará; ¿sin duda ha sido muy rápida la jornada que has traido?

—Rapidísima, respondió el viagero; desde la del alba no me he distraido ni entretenido un segundo, escepto para beber, y una vez en Weedon para mudar de caballo; y me felicito mucho de ello, puesto que, quizá merced á lo precipitado de mi caminata, os hallo solo, y que tengo que narraros cosas que solo pueden hablarse ante vuestro oido y el mio. Hablando asi, desató la correa que sostenia su cumplida capa de viage, quitóse su ancho sombrero de castor, y conducido por el dueño de la casa, penetró en su interior, en pos de él.

Los personages que acabamos de presentar al lector, tenian ambos bastante buena fisonomía y agradable presencia,—bellos diseños de hombres, como dice Portia,—de formas vigorosas, espaldas cuadradas y de privilegiada musculatura; ambos vestian ropas que, bajo el reinado de Isabel, eran el trage ordinario de las personas de condicion residentes lejos de las ciudades. No obstante, aun cuando llevaban trages con los colores, aberturas y bordados de la última moda, aunque sus gorgeras estuviesen almidonadas y tiesas como tablas y llevasen al costado espetones largos de cerca de cuatro piés, sin embargo, podia observarse al primer golpe de vista, que ni uno ni otro eran un ***gentleman***, un hombre ***come il faut***.

Uno de ellos, á quien podemos suponer propietario de la casa y de la heredad en que con él hemos dado, puesto que de ella se hallaba en posesion, tenia una casaca bordada de varios colores y acuchillada en correspondencia con el resto de su trage; llevaba borlas enormes en los zapatos, y, como ya lo hemos dicho, las señales distintivas del hidalgo de su tiempo, el espadon y la daga á la cintura. Sus facciones no tenian nobleza alguna; y si bien indicaba su fisonomía mucha resolucion, valor y destreza, su figura no obstante se resentia esencialmente de vulgar y comun; era demasiado grueso y pesado; habia tambien en sus maneras, en su persona toda, un embarazo, que ni sus vestidos ni lo elevado de su estatura era bastante á que pasase desapercibido. En una palabra, su aire era mas bien el de un hombre en el que ha recaido de súbito una gran fortuna, que el de quien la ha adquirido ó posee desde su nacimiento.

El otro, el recien venido, era un soberbio mozo de aire sombrío, é inquieta mirada; tenia la nariz aguileña y la faz á lo don Quijote; sus cabellos eran negros y crespos, y su fisonomía se hallaba inmutada y convulsiva como si le agitase el temor contínuo de que las gentes de justicia se hallasen al alcance de sus trusas y dispuestas á echarse sobre él de improviso. Parecia hosco y presa

de mil cuidados, leyéndose distintamente en su rostro abatido, á mas de su espresion habitual, los efectos de un viage precepitado y el abatimiento de una estremada fatiga. Hallábase, de la propia suerte que su amigo, vestido con ropas bastante ricas, á la manera de un hidalgo provinciano de la época; y á mas su daga y su terrible tizona de concha primorosamente trabajada, llevaba á la cintura un par de pistolas de arzon, largas de pié y medio. Sus enormes y pesadas botas de viage, se prolongaban hasta la mitad del muslo, yendo guarnecidas de espuelas macizas, cuyos acicates poseian argumentos escesivamente persuasivos.

Asi que maese Oldcraft hubo introducido á su amigo en una espaciosa sala entarimada de pino, y en cuya chimenea ardia buena porcion de leña, repitióle que habia venido en buen hora á Marstoke: y, agitando una campanillita de plata colocada sobre la mesa, ordenó á un criado que trajese, sin perder momento, vino y algunos otros refrescos.

No obstante, su convidado, despues de pasar las manos por cima de los tizones, y sus gruesas botas por en medio de las llamas para calentarse los pies, y de instalarse con perfecta comodidad en un escelente sillon en frente del que ocupaba Oldcraft, pareció como que se olvidaba de su fatiga para entregarse enteramente á la ansiedad y á los sufrimientos de su espíritu. Contrageronsele estremadamente las cejas, su rostro apareció mas pálido aun, sus ojos se hallaban sumidos en sus órbitas, y sus gestos todos espresaban la inquietud y la turbacion de su ánimo. Tembló como un criminal cuando el criado abrió la puerta para traerle el vino y los demas refrescos: al cruzarse sus miradas con las del lacayo separólas con espanto, y, aproximándose á la ventana, pareció como que esperaba con ansia la furiosa nevada que amenazaba caer: despues, volviéndose bruscamente al lado del fuego, permaneció profundamente absorto en sus penosas meditaciones.

Oldcraft observó á su huésped con mirada fija durante cierto espacio de tiempo, sin interrumpir su sueño. Parecia como que descubria en la preocupacion de éste alguna cosa que no era enteramente de su gusto, porque sus palabras habian cedido en mucho de su cordialidad cuando, al escanciarle un vaso de vino, le instó al viagero á que lo bebiese y tomase aliento. Walter Greville tomó la copa que se le ofrecia, é hizo razon á su amigo hasta la última gota; despues, lanzando un largo y profundo suspiro, dejóse caer sobre una silla cerca de la mesa, y ocultó entre ambas manos su rostro.

El húesped, teniendo siempre fija en él una obstinada y escrutadora mirada, se dispuso á hacerle sufrir una especie de interrogatorio.

—Este vino es bueno, ¿no es cierto, Greville? dijo para comenzar. Vaya un segundo vaso, amigo mio, puesto que parece tienes algo nublado el ánimo. Nunca recuerdo haberte visto conmovido hasta tal estremo. No ha mucho decias que deseabas conferenciar conmigo. ¿Conservas aun en el corazon algun resto de aquella antigua impresion de que venias á hablarme? Yo creia que semejante asunto deberia haber quedado para siempre en el silencio entre nosotros dos, ¿hein?

—Aquel negocio está y quedó concluido, respondió el recien llegado; pero han nacido de él otras cosas de las que necesito hablaros inmediatamente; cosas que no son personales. En fin, tengo necesidad de los consuelos y de la tranquilidad que podré hallar, señor, en vuestra sociedad y en vuestros consejos, sin que hable de lo oportuno que me es en este momento el abrigo de vuestro techo. Aquí vengo, maese Oldcraft, á reclamar vuestra hospitalidad, porque emprendo un viage al Oeste. Ya veis que no echo mano de ceremonia alguna en la forma, y que tampoco tengo escrúpulo en invitarme á mí mismo. Por lo demas, en cuanto á esto, nos conocemos bastante para que os diga que conviene á mis intereses tomar el aire del Warwickshire durante algunos meses, y que nadie me vea durante este tiempo, asi como tambien qué *debe* conveniros el responder: Walter Greville, seas bien venido á mi casa.



—No necesitas evocar las sombras de la tumba, para valerme de las espresiones usadas por nuestro nuevo poeta de Stratford, respondió el húesped, para decirme eso, Greville. Cesa de batir los montes; descubre tu secreto, y sepa de una vez si es que puedo auxiliarte en algo. ¿Qué nuevo crímen es ese, que tan enormemente pesa sobre tu conciencia?

—Aun cuando me faltan espresiones con que esplicar-

me, Oldcraft, dijo al viagero, necesito... sí, es preciso que te lo refiera todo, ó de lo contrario me moriria.

—Maldito endemoniado! murmuró Oldcraft, lo que hace el ser tonto!... Qué, tu insaciable codicia, dijo en alta voz con alguna amargura, no contenta aun con la fortuna que conmigo compartiste, te ha impelido de nuevo al torbellino del juego? ¿Acaso te han despojado las deudas de cuanto poseias y con tanta sordidez habias acumulado liar tras liar, y semejante pérdida te ha trastornado el juicio? Vienes por tal razon llorando, á confiarme tu mala estrella, y á exigirme de nuevo tu parte, imaginando, segun acabas de darme á entender, que no osaré rehusártela?

—No, por vida mia! objetó al otro con la gruesa voz gutural que le era peculiar, nada tenia que temer respecto á este punto. Sumido quisiera verme en la miseria hasta la barba, con tal de que lograra verme libre del crimen que he cometido. Soy dos ó tres veces mas rico, Oldcraft, que cuando nos separamos. Pero, maldita sea la hora en que lo fui! malditas las acciones que de ello me han hecho poseedor! ¡por qué he cometido un crímen atroz para obtener estas riquezas, y la mano del cielo pesa sobre mi cabeza! Oldcraft, ambos seremos castigados!...

Oldcraft, por sobrenombre Sin-Miedo, habia tomado el titulo de escudero de Marstoke-House, en el condado de Warwick, habiendo llegado á esta dignidad de simple procurador que habia sido en Londres, y despues de haber contado las horas durante muchos años en Briderrell-Dock. Era, en toda la estension de la palabra, un hombre osado y frio, y en esta ocasion la imperturbable sangre fria de su caracter se mostró escediéndose á sí propio. No retrocedió horrorizado ante la brusca declaracion de Greville; tampoco se puso en guardia para contener al criminal despues de una confesion sobradamente esplícita, quizá tenia sus razones para ello. Pero, fuere por lo que quisiere, es lo cierto que en un principio se mostró á lo sumo tranquilo: de pié ante él, enfrente de la inmensa chimenea gótica, se mantenia el atlético visitador nocturno, cuyo perro, pronto á defender á su amo, se arrastraba refunfuñando por el suelo. En cuanto á Oldcraft, siempre sentado, el cuerpo inclinado, el puñal en una mano, una pistola armada en la otra, y la vista fija sobre su importuno huésped, parecia hallarse bien dispuesto á recibirlo.

Levantóse, por último, de su asiento con la sonrisa en los labios, dirigióse hácia la puerta de la sala entarimada en que se hallaban encerrados, la abrió rápidamente cuan grande era, dió uno ó dos pasos por el aposento, girando velozmente los ojos de izquierda á derecha; despues de lo cual, volviendo con suma tranquilidad á ocupar su asiento, tomó la campanilla de plata, y la agitó con un aire al parecer muy satisfecho, para llamar á un criado.

Walter Greville, no obstante, seguia con la vigilancia del gato, todos los movimientos de su confidente. Habíase apoderado convulsivamente con la mano derecha de la culata de una de las pistolas pendientes de su cintura, como dudando de la fidelidad de su amigo; pero cuando Oldcraft volvió á entrar en el aposento, observó con su mirada de águila el movimiento de Greville, y le indicó que abandonase aquel arma, antes de que el criado acudiera á recibir órdenes.

—Tengo, le dijo al criado cuando hubo entrado, negocios importantes que areglar con mi amigo; se halla muy fatigado á causa de un prolongado viage, hacedle encender una buena lumbre y disponedle cama en la habitacion que tengo destinada para hospedar á mis mejores amigos; que le sirvan de cenar sin dilacion, vos colocareis en la mesa todo cuanto hayamos menester, despues de lo cual os retirareis; practicareis vuestra ronda para mayor seguridad, y en cuanto todo se halle bien cerrado, nos dejareis solos el resto de la noche. Cuando tengais algo reparadas las fuerzas, Walter-Greville, añadió en cuanto salió el criado á apresurar la cena, continuaremos nuestra conversacion; de aquí para entonces puedes adquirir calma y tranquilidad vuestro espiritu. Como dicen los escoceses, no hay conversacion posible entre un hombre satisfecho y otro hambriento.

Concluida la cena, levantóse el huesped, tomó al propio tiempo las pistolas de su convidado, colocólas en la mesa detras de un sillon, y descolgando una enorme pipa, grabada y esculpida con estraordinario arte, la llenó con todo cuidado y tranquilidad de esa hoja embriagadora, que á la sazon comenzaba á hacerse moda, y, volviendo á colocarse en su silla de descomunal respaldo, lanzó, en tanto que se disponia á escuchar la narracion de su amigo, nubes tan espesas de humo, que la voz podia llegar muy bien hasta él, á través del fuego animado que incesantemente alimentaba, pero la fisonomía de su interlocutor y aun su persona toda se hallaban completamente eclipsadas y ocultas detrás de la nube.

—Preciso será, dijo Greville, que comience mi historia desde la época en que me marché de aquí. Despues que conseguimos hacernos dueños de estas posesiones, que hubimos enterrado á sir William Marstoke, y que, ganado el proceso que sabeis, tomásteis domicilio aquí en el Warwickshire, os quedásteis vos con los bienes, y yo recibí mi parte en dinero contanté; convengo en que la particion fué equitativa, y nunca he tenido por qué quejarme de la manera con que fué hecha.

—En buen hora, sois razonable, mi querido amigo, espuso Oldcraft, vamos, me complazco en que me hagais justicia en esto, como yo os la he hecho á vos en otros puntos; pero continuad, lleguemos á la historia y sed breve, dejad á un lado los cumplimientos, no los necesito de suerte alguna, y sí mucho el cerciorarme de los hechos.

(Continuará.)

DESCRIPCION DE LA CAVERNA DE SAN PEDRO, INMEDIATA Á MAESTRICH; SACADA DEL VIAGE Á HOLANDA Y LA BÉLGICA, QUE HA PUBLICADO POCO HÁ EL CÉLEBRE ESCRITOR INGLES JOHON MUFRAY.

Despues de haber recorrido las fortificaciones de Maestrich, seguimos la orilla pintoresca del Mosa; y al cabo de una media hora llegamos al pié de una colina, sobre la cual está construido el nuevo fuerte que defiende por este lado las inmediaciones de la ciudad. Aun teníamos que atravesar un bosquecillo para llegar hasta la entrada de la caverna, cuando se ofreció á nuestra vista un número tan copioso de viageros, que estuvimos por volvernos atrás, recelando que tanta gente reunida nos impidiese hacer las observaciones que teníamos meditadas. Sin embargo los guias nos hicieron seguir adelante; y encendiendo nuestros hachones, nos lanzamos con ellos en las entrañas de la tierra.

Mudamos repentinamente de temperatura, lo cual, si bien nos causó alguna sensacion al principio, no nos maravilló, aunque la transicion era algo violenta; pues el termómetro de Reaumur que fuera estaba á 23.°, bajó á 11 en el interior de la caverna. En aquellas densas tinieblas, cuya profunda oscuridad apenas podia aclararse con las trémulas luces de los hachones, descubrimos una gruta de 52 pies de ancho sobre 44 de alto. Desde ella nos encaminamos por un sendero abierto á pico horizontalmente en la roca, que tenia de altura en parte 6 pies, y en otras 20. A derecha é izquierda distinguíamos otras galerías semejantes sin abertura alguna lateral. En el fondo tenebroso y horrible de estas escavaciones se oia la voz humana, ya resonar como un áspero chillido, ya prolongarse á manera de un agudo y penetrante silvido, segun la desigualdad de las superficies repercusivas.

Despues de media hora de marcha descubrimos otros caminos largos, mas ó menos anchos y cuya bóveda tenia 20 á 30 pies de elevacion. Estas calles subterráneas abiertas por las manos de los hombres hace dos mil años, y que van en aumento cada dia, se estienden sobre un radio de seis leguas de longitud y dos de anchura: sus líneas se cortan y cruzan en tan diversas direcciones, que el hombre mas osado se espanta á vista de este horroroso laberinto; y aun los operarios mismos que trabajan en estas canteras, no podian acertar con la salida, á no ser por el instinto de sus perros y sus caballos; por cuya razon no nos atrevimos á examinarlo todo. La oscuridad y el silencio que reinan en aquel subterráneo son tan profundos, tan intensos, que uno se cree fuera de los confines del mundo, en el seno de la nada, en una tumba inmensa. Toda una nacion podria alojarse en aquellas espaciosas galerías, si tuviesen luz y bastimentos. Corre por cierto, que durante las guerras sangrientas que asolaron los Paises-Bajos, fueron allí á refugiarse muchas veces los habitantes de Maestrich y de sus cercanías.

Segun nos internábamos, íbamos haciendo observaciones

sobre la calidad de las paredes y bóvedas de las galerías: la superficie de algunas era desigual y escabrosa; la de otras al contrario lisa y tersa como si se hubiera pulimentado con arte. A veces encontrábamos cavidades donde, entre la arena de las piedras estraidas por los trabajadores, se descubrian incrustaciones de concha y plantas y pescados fósiles, reliquias de un mundo antiguo; por los cuales se echaba de ver que el mar habia cubierto en otro tiempo aquellos lugares. La configuracion particular de la mayor parte de aquellos objetos nos revelaba tambien una grande antigüedad, y la destruccion de antiguas castas de animales, como tambien de especies antiguas de conchas y plantas. Para analizar y clasificar aquella grande multitud de testáceos, moluscos, pescados, madréporas, pólipos, etc., hubiéramos necesitado largos dias; y asi nos contentamos con tomar muestras de varios objetos. Lo que llamó particularmente nuestra atencion fueron los restos de una especie de saurio gigantesco, del que sacamos dibujo, y segun los diversos trozos que de él pudimos reunir, juzgamos que este anfibio deberia de tener, por lo menos, de 35 á 40 pies de largo.

Los guias nos hicieron detener en un sitio llamado la Fuente: era esta un manantial ó chorro de agua que brotando del pié de un árbol fósil, comprimido por dos rocas enormes iba á caer en un grande estanque formado por la naturaleza en un banco de mica, y á cuya orilla nos sentamos.

La imágen del caos que teniamos presente, el silencio que guardábamos, las luces de los hachones reflejadas por las aguas movibles del estanque, daban á aquella escena un aspecto mágico, mas fácil de sentirse que de pintarse. Las piedras de que se compone el interior de esta caverna son de una arena cuarzosa de granos pequeños unidos entre si por una sustancia calcárea. Esta piedra reducida á polvo es objeto de un gran comercio; pues llevada á Holanda y Alemania se emplea allí en beneficiar las tierras y en otros muchos usos. Despues de haber descansado un corto rato entramos en una galería, cuyas paredes revestidas de brillantes estalactitas nos suministraban nuevos objetos de observacion; pero un encuentro fatal que tuvimos no nos permitió llevar adelante nuestras indagaciones geológicas.

Fué el caso que habiéndonos internado algo mas, disertando sobre lo que se nos presentaba á nuestros ojos, descubrimos en medio de la galería un objeto que á primera vista nos pareció una piedra que habia caido de la bóveda. Nuestro conductor, que nunca habia entrado en esta galería, aunque hacia veinte años que se ocupaba en servir de guia á los viageros, se adelantó con intrepidez; mas apenas distinguió bien el objeto, cuando retrocediendo con espanto gritó: es un hombre. Acercámonos inmediatamente para socorrerle, y nos encontramos con un esqueleto, una verdadera momia conservada perfectamente por el aire seco de la caverna y la falta de insectos; sus vestidos estaban intactos; un sombrero de tres picos se veia cerca del cadáver, el cual tenia en la mano derecha un rosario. La contraccion de sus miembros nos hizo suponer que este desdichado, habiéndose perdido en aquel espantoso laberinto, murió víctima del hambre. Por la forma del trage inferimos que pudo suceder su muerte á mediados del siglo XVIII. Volvimos atrás por no esperimentar igual suerte, á pesar de la seguridad que procuraba inspirarnos nuestro conductor.

Absortos con las reflexiones que nos sugeria tan desagradable encuentro, no pensamos ya en nuestras disertaciones científicas, sino que íbamos retirándonos lenta y silenciosamente, cuando el guia nos despertó de este enagenamiento con las siguientes palabras: «Vean Vds., dijo, sacudiendo su hachon, el sitio donde todos los viageros dejan escrito su nombre. En este largo catálogo de inscripciones hallarán Vds. las firmas autógrafas de los hombres de todos tiempos, confundidas con las de otros desconocidos.» En efecto, recorrimos aquellas lápidas inmensas, verdaderos anales de la caverna de san Pedro, que nos suministraron materia para nuevas reflexiones de distinta especie que las anteriores.

Aquella multitud de inscripciones acompañadas de fechas que abrazan un periodo de mas de diez siglos: aquella variedad de caractéres, y el ayuntamiento de nombres pertenecientes á personas y épocas tan distintas; la edad media contrapuesta á la antigua, y realzada con aquellas mágicas é imponentes letras S. P. Q. R.; las sentencias de los filósofos; los afectados versos de los poetas; las hinchadas frases de los prosistas; las místicas estrofas de los alemanes; los epígramas picantes ó fanfarrones de los franceses; en suma todos aquellos garabatos, aquella confusa mezcla de nombres y de cosas, de abstracciones y de realidades, ofrecian á nuestros ojos un verdadero cuadro de la sociedad moderna y de sus costumbres. En medio de esta confusion de nombres propios buscábamos el de Napoleon, pero en vano, pues segun nos dijo el guia una mano enemiga lo habia borrado en 1815.

Nosotros aumentamos la lista de los viajeros con nuestros dos nombres oscuros, y nos apresuramos á salir de aquel maravilloso subterráneo, donde habíamos pasado cerca de cuatro horas, enriquecidos con una preciosa coleccion geológica.

Del diamante.

Destinada por los hombres esta bella creacion de la naturaleza, asi como lo creado por ella, para objeto de su estudio, merece ademas llamar nuestra atencion por el gran mérito y belleza que como adorno tiene: el primer deseo de unos y otros es conocerla; su imitacion ha llegado á un estado tan perfecto, que sin apelar á los caracteres esenciales con que la ciencia la determina, es imposible alcanzarlo; esponer estos, su composicion é historia es el fin que nos hemos propuesto, aunque en compendio; procuraremos no omitir nada de lo mas interesante que respecto á ella se sabe.

El diamante para la generalidad es la piedra preciosa (*genma*) de mas valor: el químico, hallada su composicion á cuyo resultado en sus constantes ensayos ha aspirado, no ve en él mas que *carbono* puro, de corta importancia, por sus escasísimas aplicaciones en general y en particular, en la esencia á que está consagrado; el naturalista, admirando propiedades en él, de que carecen los otros seres del reino inorgánico, su escasez, causa asi como la moda de su escesivo precio, dedicóse con fervor á su estudio y ha llegado á caracterizarle de tal modo, que apesar de la semejanza de caracteres con algunos otros seres del mismo reino, con los que él posee, y apesar de la identidad á primera vista de los falsos (*strasi*) con él, le llega á conocer sin grandes esfuerzos, distinguiéndole perfectamente de ellos. Conocido de la antigüedad, diole esta el nombre de *adamas*, y el tiempo, reformando muchas de las voces de nuestra lengua, apoderose de esta para refundirla en la de *diamante* (indomable) con que vulgarmente y en el comercio se le conoce; la mineralogia le designa tambien con esta voz, aunque admite la de *carbono puro cristalizado* que esta ciencia le ha aplicado, tratando de sistematizarle como ha hecho con los demas seres. El diamante es un cuerpo vitreo, dotado de un *brillo sui generis*; espuesto á la llama de una bugia, produce unos destellos hermosísimos, cuya propiedad la imitan los falsificadores cargando los vidrios de óxido de plomo (*strass*), causa por la que como caracter mineralógico es de poco interés; es tal la fuerza con que refracta los rayos solares, que es la admiracion del vulgo y lo que hizo decir á Neuton, que en su composicion debia entrar alguna parte combustible, anuncio muy grande y de doble laurel para este hombre pródigo por la naturaleza en el ramo de las ciencias físicas; desde entonces se le separó de las tierras y piedras en que estaba comprendido, y que atendiendo á los caracteres werurianos (1) de esta clase, con tanta razon se le habia colocado. Espuesto á la accion del sol durante algunos minutos y pasándolo repentinamente á la oscuridad, fosforea, único indivíduo del reino á que pertenece, que lo verifica por *insolacion*. Lo mas frecuente es que se presente incoloro y diáfano, aunque á veces se encuentra manchado por matices amarillentos y parduscos, lo cual le hace desmerecer, teniendo que sacrificar su volúmen porque desaparezcan; otras, con un color *azul*, *gris*, negro (savoyardo), rojo y verde, los cuales siendo vivos y limpios se aprecian tanto como los primeros, pero estas variedades de color, principalmente las dos últimas son poco frecuentes. Siempre se presenta en

(1) Werner y los que á este sábio han seguido, fundaban sus clasificaciones mas en los caracteres físicos como el color, brillo, etc., que en los químicos de los que, Auy, Beudant y Bercelico, etc., han obtenido tantas ventajas en las suyas: las que se siguen en la actúalidad en todas las escuelas de ciencias naturales.

formas semejantes á poliedros gemeótricos: estos son el octaedro sólido de ocho caras triangulares y el de cuarenta y ocho y algunos otros hasta el número de quince, teniendo la particularidad de asemejarse á pequeñas esferas, por tener las caras, cortes y esquinas curvas y llega hasta tal punto que perdiendo su forma geométrica adquiere la irregular de *canto rodado*, en cuyo caso, así como los que adolecen de los defectos mencionados, se emplean pulverizados para labrar los otros. Es el mas duro (1) de todos los cuerpos conocidos: *él* los raya á todos y no se deja impresionar por ningun otro; este caracter por sí solo es suficien para llegar á conocerle y evitar á cualquier error en su eleccion, mas no nos debe satisfacer al hacer el ensayo que raye á tal ó cual cuerpo que se crea por muy duro vulgarmente, el que se haya de proveer de una *genma* de tanto valor como la que nos ocupa; debe sacrificar para este fin alguna cantidad mas que ella valga, debe quedar plenamente convencido no ha sido juguete de la malicia; para este efecto debe efectuarse *aquel* sobre un *rubí ó záfiro* de corto valor y mas duras que cualquier otro, únicamente impresionables por él; adhiriendo á esta prueba la de su peso específico, el cual es de 352 á 355, podremos llegar á su conocimiento.

Guiados por lo enunciado por Neuton, al fin del siglo XVII y con objeto de hallar su composicion, se hicieron con él grandes ensayos en la academia de Florencia, en lo que intervinieron personas de suposicion como Cosme III, quien suministró diamantes para que los quemasen; valiéronse para ello de un espejo lutorio en cuyo foco les colocaron, y Boisi, que fué quien la estableció, publicó como resultado de ellos, que espuesto á una gran temperatura, sin que haya aire no se altera, pero cuando hay presencia de este, va sucesivamente disminuyendo de volumen hasta desaparecer; ¡cuál fué su sorpresa al encontrarse sin él, no ignorando que nada deja de existir, sino que toma una nueva forma, ¿en qué se habia convertido? estaba reservada la resolucion de este enigma á otro hombre tan ilustre como desgraciado (2), á Lavoisier: este sábio dijo que por resultado de los anteriores esperimentos y los que nuevamente él habia practicado, se convertia, combinándose con el oxígeno del aire, en gas *ácido carbónico* y con esto esplicó mas que suficientemente que el diamante no es mas que un *pedazo de carbono*, no siendo esto y no existiendo él, ni cuerpo alguno que lo pudiese ceder, cómo se esplica la formacion del nuevo cuerpo que habia tenido lugar durante la combustion: únicamente así. Davi, Arago, Biot y otros químicos modernos, despues de haberle estudiado, han convenido con el célebre químico del siglo XVIII, de tal modo que nadie du la ya de su naturaleza; la fuerza de *cohesion* y el estado de impureza esplican muy bien, las otras formas bajo las cuales se presenta (3). Verificada su descomposicion, nada mas natural, ni mas importante, y sabiendo de qué se componía, se tratase de volver á formar: aquí se estrellaron todos los recursos de la ciencia; y no podia menos de suceder asi, incapacitados de obtener el carbono libre bien en estado de líquido ó gas, ¿cómo se efectúa su cristalizacion? este, como otros muchos fenómenos, está reservado á la naturaleza esplicarlos; confiemos en el progreso de las ciencias, y el que tal consiga ceñirá el láuro mas positivo que en el dia se conoce; el *interés*, pues á nuestro modo de ver habia descubierto la *piedra filosofal*.

Los antiguos ignoraban la manera de darle forma alguna, y por consiguiente qué grado de belleza adquiere con su talla; hijo este descubrimiento, asi como otros muchos, de la casualidad, se le debemos á Luis Berguens, el que frotando un diamante con polvo de otro, halló que sus caras naturales habian adquirido mas magnitud que anteriormente tenian; iluminado con esto llegó á darlo una forma caprichosa; en el dia se combina con este medio el de su afoliacion, la que es facil, verificándola paralelamente al eje del poliedro; danle los lapidarios tres formas bien conocidas de todos, segun su volumen y la necesidad que halla de privarle de algun defecto: la primera es la de *tabla* cuando es pequeño y tiene *aquellos*, que suelen aparecer en la operacion; la de *rosa* cuando es algo mayor y finalmente la de *brillante* para los mas voluminosos. El primer diamante pulimentado le llevaba Cárlos el Temerario, el cual le perdió en una accion de guerra, viniendo á parar á poder de Luis XVII, quien entre las alhajas que dió de dote á su hija le incluyó.

Siempre se encuentra en terrenos de transporte; corrientes de rios y faldas de montañas, de formacion moderna, separado de su matriz (1) y encubierto por una costra arcillo-ferraginosa, de tal modo, que los prácticos en su recoleccion, no le conocen á veces aunque le tienen á mano: de ella le privan por medio de una locucion en agua. Sus localidades principales son la India, reinos de Golcorda y Visapur, donde hay pandillas en bastante número de esclavos, dedicados á su beneficiacion; á fines del siglo XVIII se le encontró en el Brasil, distrito de Serra-do-Frio, propiedad del reino de Portugal, de donde son la mayor parte de los que circulan en Europa, asciende la cantidad recogida cada año de 13 á 14 libras, cuyo importe cubre algunas necesidades; en Bengala, hácia la frontera del Messore, isla de Borneo, descubierto á mediados del siglo XIV, propiedad del rey de Visapur; entre todas las mas abundantes son las de Gani, Golconda y Gonel: la primera pertenece al reino de Golconda ya mencionado, celebradísima por haberse allí encontrado los mas gruesos. En 1829 se ha encontrado tambien en Siberia, á la falda occidental de los montes Orales

El valor del diamante se gradua en bruto, por su peso (absoluto); cuando está tallado hay que tener en cuenta el trabajo empleado y el peso que ha perdido; la unidad despues de que se hace uso para este objeto es el *quilate*, nombre que recibe en botánica una semilla de la familia de las leguminosas, y de la que se valen los indios para pesar el oro; esta unidad equivale á *cuatro granos*. Un diamante natural de un quilate vale 192 reales siempre que merezca ser tallado: despues de verificada su talla, se valúa su valor segun el cálculo siguiente: si ha valido (natural) 292 reales se eleva esta cantidad al cuadrado y el resultado se multiplica por 144; en proporcion al aumento de volumen y belleza, puede variar esta regla, aunque no es muy frecuente.

Concluiremos haciendo mencion de los diamantes mas preciosos y de mas valor que se conocen: el mayor de todos es el del Radjah de Mattan, en Borneo: pesa 300 quilates (dos onzas); sigue á este el del emperador del Mogol, que se lo compara en volumen á la mitad de un huevo de gallina; está valuado en 11.000,000 de francos, y tendria mas valor si careciese de una grietecita que es apenas imperceptible; el de la emperatriz de Rusia, cuyo peso es de 193 quilates, fué comprado por dos millones y medio de francos y una renta vitalicia de 20,000 duros; el del emperador de Austria que pesa 193 quilates, tallado en *rosa* y de mala forma, vale 2.600,000 francos; pero el que supera á todos en hermosura, es el de la corona de Francia, llamado el *Regente*, por haberle comprado el duque de Orleans durante su regencia: está tallado en forma de *brillante*, en cuya operacion se emplearon dos años, valió al vendedor Witt, caballero inglés y bajo cuyo nombre tambien se le designa, la cantidad de 2.000,000 de francos, mitad del precio en que está valuado. El de la reina de Portugal sino por su gran valor, es digno de llamar la atencion como objeto mineralógico: conserva la forma natural de octaedro, y es el mayor de los criados en el Brasil.

(1) La dureza en mineralogia, como se habrá podido observar, tiene diferente significacion que en el leguage comun; se dice, en esta ciencia que dureza, es la resistencia que oponen algunos minerales á ser rayados ó impresionados por otros, por cuyo medio se ensaya; bajo esta acepcion no se opone á la *frangibilidad* con la que es compatible, como sucede en este caso, ni es semejante á *la ductilidad*, con la que se le confunde.

(2) Victima de los terroristas, fué guillotinado el 8 de mayo de 1794, á los cincuenta años de edad

(3) Nos referimos á la Antracita y Plumbagina que se les coloca en el mismo género y especie como un apéndice.

(1) En 1841 y 1845, se ha presentado á la academia de ciencias de París un cristal que dicen ser la matriz del diamante, se está ensayando su cristalizacion.

VICENTE ARGENTA.

Infidelidad de las mugeres entre los romanos.

En todas épocas se ha declamado con mas ó menos razon contra la relajacion de las costumbres; pero esta crítica que usada oportunamente puede ser muy saludable por su influencia moral, se ha solido convertir en exageracion ridícula no pocas veces, suponiéndose que en tiempos anteriores habian sido los hombres menos corrompidos. De ser esto cierto, deberia creerse que antiguamente la tierra habia sido la morada de los dioses, y que en decadencia progresiva, en punto á moralidad andando el tiempo habrá de venir á ser habitada de diablos solamente.

Debemos asegurar para tranquilidad de gentes pacatas, que segun nuestra esperiencia, los hombres han sido, son y serán siempre los mismos poco mas ó menos. Contrayendo esta opinion al vicio del galanteo, veamos si las principales señoras romanas fueron mas modestas y pundonorosas que las menos escrupulosas damas de nuestros dias: creemos que en la comparacion no han de ser las últimas las que salgan peor libradas.

Julio César, jóven, de gallarda presencia y de los mas favorecidos por las mugeres, tuvo el disgusto de que supiese todo el mundo, el comercio de su esposa Pompeya con Claudio, y aunque haciéndose *superior á vulgaridades* no quiso enemistarse con el autor de su desdicha, tuvo al fin que repudiar á aquella que él mismo sostenia ser inocente, mas no exenta de sospecha.

No habrá hombre tan ofendido de su esposa que no pueda consolarse de semejante desgracia, al considerar que todo un Julio César no estuvo exento de ella.

Pompeyo, el famoso rival de César, este *hombre grande* volviendo de la guerra contra Mitridates, supo tan estrañas cosas de la conducta de su muger Mucia con Julio César, que no pudo menos de repudiarla. No obstante por eso no dejó de unirse algun tiempo despues en estrecha amistad con Julio César, ni fué obstáculo para que su muger Mucia se casase con un hombre de mejor figura que Pompeyo. Es necesario convenir en que estos *grandes hombres* eran muy tratables en este particular, muy *despreocupados*. Debe no obstante observarse que Pompeyo no fué vendido por su esposa sino en el tiempo de su ausencia, en vez de que César lo fué por la suya á su misma vista, en la fiesta mas célebre y de mas esplendor.

Marco Antonio, el triunviro, que tenia un mérito raro para con el otro sexo, vió la infidelidad de su primera muger con Dolabela, pero no dejaron por eso de estar siempre estrechamente unidos. Hay presunciones para creer que tampoco ignoró la pasion de su segunda muger Flubia por Augusto, que no era bastante discreto, ni tan su amigo que le dejase ignorar aquel secreto; y si es cierto que muchos han creido que estaba casado con Cleopatra, seguro es que tambien fué engañado por esta reina de Egipto, que veia secretamente á Delis, á pretesto de ser el amigo y confidente de Antonio.

El padre de Bruto, el conjurado, vió los amores de su muger Servilia con César y oyó decir públicamente en la ciudad que Bruto era hijo de aquél. Servilia era hermana uterina de Caton, filósofo tan virtuoso como rijido; y los amores de César con ella fueron duraderos, porque no obstante otros muchos galanteos á que se entregaba Julio César, conservó siempre su aficion á Servilia, y esta se mantuvo constante á él.

Lúculo, este hombre cuya dulzura, grandes acciones y suntuosidad no fueron por nadie sobrepujadas, esperimentó la misma suerte que los demas con su muger Claudia, que llevó su disolucion y la perversidad de su conducta al estremo de entregarse á su propio hermano, de un modo tan público y escandaloso que no fué ignorado de nadie.

Su padre no habia sido mas dichoso, y todos saben á qué escesos se entregó Cecilia, madre de Lúculo, en tal disposicion que fué preciso todo el relevante mérito del hijo para que su memoria no fuese vilipendiada.

Seria cuento de nunca acabar el ofrecer á la observacion crítica é imparcial de los moralistas mas apocados, cuantos ejemplos suministra la historia en punto á galantería, que pueden inducir á creer que las costumbres modernas no son mucho peores que las de otros tiempos: los hombres siempre son los mismos.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

El Manzanares pasaria muy bien por caudaloso si llevára mas agua.



Los Borrachos.—Cuadro de Velazquez.

Madrid : Imp. de ALHAMBRA Y COMP., calle de la Colegiata, num. 4.



CESAR Y CLEOPATRA.

CREACION DE LA ORDEN DE LA BANDA.

Entre los estudios útiles, y al propio tiempo agradables, que con mas afan debe cultivar el entendimiento humano, uno de los mas importantes, si no el primero, es indudablemente el de la historia, de cuya existencia, ya tradicional, ya escrita, dificilmente pudiera esplicarse el progreso intelectual de la especie humana, dado que la facultad inherente á esta de conservarse y perfeccionarse adquiere un prodigioso incremento en vista de los sublimes ejemplos de lo pasado, y de los funestos estravíos en que, por apartarse de ellos, incurrieron cien y cien individuos y otras tantas generaciones. No hay cuestion importante al bienestar de una sociedad ó de un pueblo cuya sancion no se apoye en el testimonio de la historia: por esto, entre otras calificaciones dignas de su grande ingenio, la llamó Ciceron maestra de la vida.

Si de su importancia descendemos al agrado que inspiran sus lecciones, comprenderemos por qué razon constituye uno de los ramos de la amena literatura. El ánimo se extasia en la contemplacion de tantos y tan diversos acaecimientos; sigue las huellas de los personages que en ellos tuvieron parte; aplaude el triunfo de la virtud; condena la abyeccion del vicio; llora con el desdichado, y con el justamente feliz se entusiasma y se gloría. La historia, en fin, es un drama tan variado como inmenso: unas veces sangriento y tumultuoso, otras pacífico y risueño, pero animado siempre, y tanto mas seductor, cuanto menos se descubra en su tejido la hilaza de las ficciones.

Recorriendo el vasto campo que ofrece á la imaginacion, nos hacemos espectadores de todos los siglos y testigos de sus estrañas vicisitudes, de las cuales deducimos avisos provechosos y desengaños no menos saludables. La gloria de tantas naciones famosas por su grandeza y poderío, por su ilustracion y sus virtudes, pereció entre el olvido de los sublimes principios que las elevaron á tanta altura; por el contrario la oscuridad y envilecimiento de otras fueron trocándose en esplendor y nombradía á medida que fructificaron en ellas los gérmenes de prosperidad y cundieron entre sus individuos sentimientos enérgicos y generosos.

Los anales de España suministran la prueba de todas estas aserciones. Un pueblo de dudoso origen, de costumbres sencillas, pero groseras, exento de toda ambicion, y sin embargo altivo y pundonoroso, tuvo que luchar desde luego con diversas gentes que atraidas por la fama de sus riquezas, plantaron en su suelo privilegiado la bandera de sus conquistas. Allí los celtas y rodios, allí los cartagineses y fenicios se disputaban la presa que la ignorancia de los naturales les ofrecia; y apenas quedó dueño el africano de una gran parte de su territorio, cuando se vió obligado á aprestar sus armas contra el gigantesco poder de Roma. Las falanjes invasoras llevaban principalmente la ventaja de una civilizacion superior á la de los vencidos; pero en cambio de la esclavitud les dejaban sus usos y sus leyes, sus artes y sus estudios; é ilustrándolos insensiblemente, los enseñaban á sacudir el ominoso yugo que pesaba sobre sus cuellos.

Acaeció la ruina del imperio de los Césares, hollado por las desenfrenadas turbas del Norte, y España, como miembro del imperio, esperimentó la misma suerte; sin embargo Roma cayó anonadada, desapareció de la lista de las naciones, y España se mantuvo ilesa hasta cierto punto, confiando su salvacion al cetro de los godos, emparentando con ellos, y conservando su nombre, que en breve se hizo comun á intrusos y á naturales. Desde esta época recibió una existencia mas individual, tuvo legislacion propia, echó los cimientos de su futura grandeza, y civilizándose mas y mas, adquirió el noble entusiasmo de independencia que tanto contribuyó á su inmortalidad en los siglos sucesivos.

La obstinada y sangrienta lucha contra los sarracenos no hizo mas que robustecer en las almas el heróico sentimiento del patriotismo, y el grito dado por Pelayo y sus compañeros en el asilo de Covadonga se comunicó como por encanto á todos sus conciudadanos, así como á sus hijos y descendientes. Verdad es que en este resultado influyeron considerablemente las creencias religiosas; pero esto mismo viene tambien en apoyo de nuestra asercion, puesto que la fé del cristianismo era otra consecuencia del progreso intelectual en la época de que hablamos. La presencia de un pueblo estraño en el seno de la nacion produjo tambien una mudanza notable y provechosa en nuestras costumbres, como la habia producido el trato con los romanos: los moros introdujeron en España su amor á las artes, su espíritu caballeresco, su carácter generoso y ga-

lante, y dieron á nuestra lengua y literatura el sabor oriental que se percibe aun en muchas de nuestras producciones.

En este exámen nos han precedido ya autores muy recomendables, y recientemente un escritor laboriosísimo que ha tocado por incidencia el asunto del presente artículo; así que dejando á un lado el cuadro de los progresos de nuestra civilizacion en los primitivos tiempos de la edad media, apreciaremos meramente sus efectos por una institucion en estremo singular, y la mas curiosa de cuantas se vieron en Europa en el siglo décimo cuarto.

Los desórdenes suscitados por la ambicion de la nobleza castellana durante la minoría de Alfonso XI parecen seguramente contrarios á la llaneza de las costumbres de aquel tiempo, y no obstante en estas mismas costumbres tenemos una de las causas que mas contribuyeron á la indocilidad de dichos nobles. Los ricos hombres de aquella época eran, como todos saben, pequeños soberanos, y rivales á veces del jefe supremo de la monarquía: sus casas se llamaban palacios; tenian grandes estados con pingües rentas, gentes armadas que acudian á su llamamiento, vasallos que los obedecian como á señores, y un verdadero dominio sobre los pueblos de su propiedad y jurisdiccion. Estas preeminencias consideradas en mayor escala nos dan una idea de la autoridad real, porque en efecto no eran otras las prerogativas de la corona; y como por otra parte el esplendor que rodeaba á esta no tenia carácter tan imponente como en la actualidad, los señores sabian aprovecharse de las ventajas que su posicion y todas las demas circunstancias les ofrecian.

Que el prestigio de la corona pareciese menor que en nuestros tiempos, no es menester detenerse á demostrarlo. Por la organizacion misma de aquella sociedad en que las diversas gerarquías se rozaban con mas frecuencia, y por el cúmulo ó importancia de los sucesos que reclamaban donde quiera la presencia del soberano, los reyes tenian necesidad de relaciones mas directas con sus súbditos, se familiarizaban mas con ellos, y de consiguiente todos podian examinar de cerca la majestad del trono. Las crónicas nos refieren mil circunstancias en que apoyar esta opinion; el mismo Alfonso XI, á pesar de su natural energía y severidad, comia á veces familiarmente con sus vasallos, terciaba en sus diferencias, y no se desdeñaba de tratar asuntos graves hasta con un simple halconero. Otra prueba de la llaneza de las costumbres, que Mariana llama falta de policía y primor, dió el mismo monarca, cuando queriendo elevar á su privado Alvar Nuñez Osorio á la dignidad de conde de Trastamara, no halló ceremonia mas cumplida que la de echar tres sopas en una taza de vino, convidarse con ellas tres veces uno y otro, y por último tomar la una el rey y el nuevo conde la otra. De esta franqueza de trato, de estas distinciones concedidas frecuentemente y muchas veces con prodigalidad, nacian la insoportable altivez y la turbulenta desobediencia de los señores; de la ambicion de estos y del deseo de atraerlos á su partido, las mercedes y halagos que se les hacian. No conocian aun los soberanos que dando pábulo al orgullo de los poderosos, atizaban por su mano el fuego de la discordia.

Con el objeto, pues, de refrenar el espíritu de desunion é infundir otros sentimientos en los corazones de los nobles, como la emulacion del valor, la aficion á empresas gloriosas, el amor al aplauso y á los favores de la hermosura; pasado ya el azaroso período de su tutela, y en una de las ocasiones mas solemnes de su reinado, determinó el mismo monarca fundar un cuerpo de caballería bajo la denominacion de *Orden de la Banda;* honra que quiso hacer principalmente á los hijos segundos y terceros de las casas mas distinguidas, los cuales, por carecer de patrimonio, pasaban una vida oscura, segun lo afirman el célebre obispo don Antonio de Guevara y otros escritores.

En el año de 1330 pasó el rey á la villa de Vitoria, invitado por los procuradores de la tierra de Alava, que le habian ofrecido el señorío de toda ella. Allí, sin coaccion de ninguna especie, se sometieron á su autoridad, pidiéndole por merced que les diese fuero escrito, lo cual les concedió en una junta celebrada en Arriaga, permitiéndoles que viviesen conforme al de Calahorra. Este acaecimiento, de suyo tan plausible, y el deseo de aumentar la solemnidad de su próxima coronacion, que debia verificarse en Burgos, le decidieron á poner cuanto antes en obra su propósito, para lo cual eligió los caballeros y escuderos mas lucidos de su corte, mandándoles que á su imitacion, y segun dice su crónica, vistiesen ***paños con banda***, que él mismo les dió al efecto.

Eran los paños blancos, la banda ***prieta***, esto es, negra, que bajaba diagonalmente desde el hombro izquierdo hasta encima de la cadera derecha. Esto dice tambien la crónica, cuyo testimonio no puede ser dudoso, y el mismo parecer siguen el citado Guevara en sus ***Epístolas familiares***, Andrés Favin en su ***Theatre d'Honneur et de Chevaliere***, y en el ***Tesoro militar de Caballería***, don José Micheli Marquez. Por el contrario Mariana y otros escritores que han hablado de esta Orden suponen que la banda se cruzaba de derecha á izquierda, y la misma discordancia se advierte respecto al color, pues unos afirman que era roja, otros que parda, azul, amarilla, etc.; y aun en la anchura, que cada cual la aumenta ó disminuye segun el dictámen que les parece mas fundado. Pero todas estas diferencias se esplican fácilmente, concediendo, como no puede menos de concederse, la inconstancia que traen consigo el transcurso de los tiempos y los caprichos de la moda. La banda seria en un principio tal como la crónica la pinta; despues cambió de color, de forma y aun de direccion, y daremos las pruebas que citan otros en favor de esta conjetura.

En un opúsculo titulado ***Dissertatio militaris de vexillo regali in casteletensi pugna francis erepto, auctore Joanne Jacobo Chifletio***, hallamos que Alfonso de Cartagena, obispo de Burgos, publicó los estatutos de la órden de que tratamos, y no hizo mérito del color de la banda, quizá por no haber sido siempre el mismo, ***ideo fortasse quod unus idemque minimé fuit***. El autor de este opúsculo asegura que el mismo Alfonso XI prefirió despues el amarillo ó dorado, y dió bandas de otros colores en diversos tiempos; y si esto hizo el fundador, no es maravilla que se tomasen igual licencia sus sucesores.

Por analogía podemos deducir que no seria mas constante el uso de la colocacion de la banda; y si bien no sabemos en qué época se introdujo la novedad de ponerla sobre el hombro derecho, es indudable que bajo el reinado de don Juan II se hallaba generalizada esta costumbre, puesto que en el sello áureo de este monarca, cuyo anverso y reverso copiamos á continuacion, se advierte que la banda, representada en el escudo, tiene la direccion de derecha á izquierda.

Otra prueba de esta alteracion nos suministra el retrato del rey don Enrique IV (1), el cual copiamos tambien por parecernos de original auténtico, segun el citado opúsculo, de donde está sacado, y al propio tiempo por ver confirmado en él lo que la historia nos dice de la fealdad de su rostro y del desaliño de su vestido, que, como el de Luis XI de Francia, formaba singular contraste con la gala y ostentacion de sus cortesanos.

No debemos confundir la banda de la Orden así llamada con la que existió algun tiempo en Aragon, cuyo uso se debió al rey don Fernando I de este nombre, conocido en Castilla por el infante de Antequera. Su direccion era de izquierda á derecha, como se advierte en el retrato del infante don Enrique, hijo del mismo don Fernando, que lleva además la condecoracion ó collar de oro de la *Orden de la Jarra*, denominada tambien *del Grifo*, y fundada por dicho rey á principios del siglo XV.

Esta postrera, aun en sus dias, gozó de poca celebridad; pero la banda de Castilla fué estimada por mucho tiempo como un honor eminente, no solo por los nuestros, sino aun por los estraños que merecian ser inscritos en el catálogo de sus individuos. Contábanse entre ellos gran número de caballeros ilustres por su cuna y por sus hazañas, los que en la guerra con los moros tenian fama de mas valientes, los que mas pruebas de fidelidad habian dado á su soberano. Alfonso XI, célebre por tantos

(1) Por ignorar el dibujante el principal objeto con que se reproducen estos grabados, los ha copiado en la propia posicion que tienen los originales, y de consiguiente al estamparlos han aparecido por la faz opuesta. De aquí la contradiccion que se advierte entre el testo y las correspondientes láminas, en las cuales es preciso suponer que las bandas llevan direccion contraria es decir, la de Enrique IV de derecha á izquierda, y la del infante de Aragon de izquierda á derecha, que es como han debido representarse. La falta de tiempo impide renovar estas copias; y así esperamos merecer la indulgencia de nuestros lectores.

conceptos en las páginas de nuestra historia, monarca que inspiró respeto y amor aun á sus mismos enemigos, se mostró á los ojos de la Europa tan cortesano y discreto en la paz, como animoso y esperimentado en los lances de la guerra; pues si por una parte dió pruebas de su entusiasmo é intrepidez en los campos del Salado, por otra legó á la posteridad los mas dulces recuerdos en la institucion á que nos referimos.

Ella sola bastaba para dar un nuevo impulso al enérgico carácter español, y reproducir los maravillosos hechos del Cid, las proezas de Bernardo del Carpio, las heroicidades de Perez de Vargas, y tantos otros ejemplos que en aquella edad ni parecian fabulosos, ni por lo tanto habrian caido aun en vergonzoso olvido. La fama de lo que acaecia en Castilla movió á muchos caballeros estranjeros á dirigirse á este reino, con el fin de tomar parte en las justas y torneos que frecuentemente se celebraban; y el deseo de imitar al monarca castellano hizo tambien que los reyes Juan II de Francia y Eduardo III de Inglatera creasen en sus respectivos estados las órdenes de la Estrella y de la Jarretiera; pero ninguna de ambas podia compararse, ó al menos superar á la nuestra en la delicadeza del objeto, en la originalidad de la idea, ni en el espíritu caballeresco que tan poderosamente obraba en la mente del fundador.



Retrato de don Enrique IV.

Para que no parezcan exagerados estos encomios, se nos permitirá transcribir á continuacion el reglamento ó estatutos á que debian someterse los que entraban en la Orden, pues aunque por su estension sean desproporcionados á los limites de este artículo, y aunque muchos de nuestros lectores los conocerán como nosotros, conviene propagar estas nociones que tanto se dan la mano con las de nuestros antiguos usos y costumbres, en cuyo estudio debiéramos ocuparnos incesantemente.

El gran maestre de la Orden era el rey, y únicamente él podia dar la banda, debiendo los que la recibiesen ser hijos de caballero ó de algun notable hidalgo, haber residido diez años en la corte, y servido en la guerra contra moros. El dia en que recibian la banda hacian pleito homenaje en manos del rey de guardar la regla, la cual comprendia las cláusulas siguientes:

Debia el caballero de la banda hablar al rey en pro de los naturales de su tierra y por la defensa de la república, sopena de ser privado del patrimonio y desterrado de la tierra.—Debia decir al rey siempre verdad y guardar fidelidad á su corona y persona; y si alguno murmuraba del rey en su presencia, y él lo disimulaba y aprobaba, seria echado con infamia de la corte y privado para siempre de la banda.—Debia hablar poco y esto verdadero; el que dijese alguna notable mentira, andaria un mes sin espada. —Acompañarse con hombres sabios, de quienes aprendiese á vivir bien, y con hombres de guerra que le enseñasen á pelear, so pena, caso de pasear con algun marchante ú oficial, ó plebeyo, ó rústico, de ser gravemente reprendido del maestre y encarcelado un mes en su posada.—Debia mantener su palabra y guardar fidelidad á sus amigos; y si no cumplia su promesa, aunque fuese dada á persona baja y sobre cosas pequeñas, andaria por la corte solo, sin osar hablar á nadie, ni llegarse á ningun caballero.—Estaba obligado á tener buenas armas en su cámara, buenos caballos en su caballeriza, buena lanza á su puerta, y buena espada en su cinta, y si en algo de esto faltare le llamarian en la corte por espacio de un mes escudero, y perderia el nombre de caballero.—Ningun caballero de la Banda podia andar en la corte á mula sino á caballo, ni sin la banda en público, ni atreverse á entrar en palacio sin espada, ni á comer solo en su posada, pues por cualquiera de estas infracciones pagaria un marco de plata para la tela de la justa.—No debia servir nunca de lisonjero, ni preciarse de chocarrero; y si alguna vez se pusiese en palacio á contar



Retrato de don Enrique, infante de Aragon.

donaires ó á decir lisonjas al rey andaria por la corte un mes á pie, y estaria otro tanto tiempo arrestado en su posada.—Nunca se quejaria de heridas que tuviese, ni se alabaria de hazañas que hubiese hecho, pues el que dijera ¡ay! al tiempo de la cura ó relatára muchas veces sus proezas, seria gravemente reprendido del maestre, y no visitatado de los demas caballeros de la Banda.—Ninguno de estos se atreveria á jugar á ningun juego, en especial al de dados secos, so pena de quedar un mes sin sueldo, y no entrar en palacio en mes y medio.—No debia empeñar sus armas, ni jugar las ropas de su persona, ni apostar sobre ellas, pues en estos casos andaria dos meses sin banda, y estaria preso otro mes en su posada.—Estaba obligado á vestir de paño fino, y á sacar en las fiestas alguna seda, y algo de oro en las páscuas: el que tuviese medias calzas y llevase botas, las perderia, dándoselas á los pobres de limosna. Si quisiese pasearse á pié en palacio ó por la córte, no habia de andar muy apriesa ni hablar á grandes voces, sino bajo, y pasearse despacio, so pena de ser reprendido por los otros caballeros y castigado por el maestre.—Ni en burlas ni de veras debia decir palabras que

afrentasen ó lastimasen á otro caballero; de lo contrario pediria perdon al injuriado, y saldria tres meses desterrado de la córte.—Ningun caballero de la Banda entraria en contienda con ninguna doncella, ni leventaria pleito á muger hidalga, porque en tal caso incurriria en la pena de no poder acompañar á ninguna señora del pueblo, ni servir en palacio á dama alguna.—Si encontrase en la calle alguna señora que fuese generosa y valerosa, estaba obligado á apearse y acompañarla; y de no hacerlo asi perderia un mes de sueldo y seria desamado de las damas. Ademas, si alguna muger noble rogase á un caballero de la Banda que hiciese por ella alguna cosa, y pudiendo hacerla no la hi-



ciese, seria llamado en palacio por las damas *el caballero mal mandado y no bien comedido.*

Ningun caballero de la Banda se atreveria á comer cosas torpes y sucias, como puerros, ajos, rebollas, pues en tal caso no podria entrar en aquella semana en palacio, ni sentarse á mesa de caballero. — Tampoco deberia comer



estando en pie, ni comer sin manteles, pues si asi no lo hiciese comeria un mes sin espada, y pagaria un marco de plata para la tela. — No habia de beber vino en vasija de barro, ni agua en cántaro; y al tiempo de beber se santiguaria con la mano y no con el vaso; haciendo lo contrario, quedaria desterrado un mes de palacio, y no beberia vino en otro mes. — Si riñesen dos caballeros de la Banda y se desafiasen, trabajarian por ponerlos en paz los otros

caballeros, y si no quisiesen ser amigos, que de nadie fuesen ayudados, so pena que si alguno los bandease anduviere un mes sin espada y pagase un marco de plata para la justa. — Si alguno llevase banda sin habérsela dado el rey, le desafiarian dos caballeros de la Banda; y si ellos le venciesen á él no podria ponerse banda; mas si él los venciese á ellos, podria en adelante llevar banda y llamarse caballero de la Banda. — Cuando en la córte se hiciesen justas y torneos, el caballero que ganase la joya de la justa y la presea del torneo ganaria tambien la banda, aunque no fuese caballero de ella, la cual le daria el rey en el acto, recibiéndole los caballeros en la Orden. — Si algun caballero de la Banda echase mano á la espada para otro compañero suyo, no pareceria delante del rey en dos meses, ni podria en igual tiempo llevar mas que media banda.

(Concluirá.)

CAYETANO ROSELL.

Apuntes críticos sobre las obras históricas nuevamente publicadas.

ARTICULO I.

En la somera relacion que nos hemos propuesto hacer de los buenos trabajos originales que van anunciando una época feliz no lejana para la historia nacional, poco estensamente podremos ocuparnos de cada uno de ellos, y antes superficiales que profundos habrán de ser nuestros juicios. Las diversas y complicadas cuestiones que brotan al paso del historiador, por muy trillado camino que corra, parecen exigir del crítico que se detenga á meditarlas, y dé luego su opinion sobre ellas; tarea laboriosa que no nos es dado acometer en estos momentos, siendo, como son, várias las historias de que hablaremos: todas importantes, todas concienzudas, y por último de cosas de España que es como decir de cosas olvidadas, de *mithos*, porque no otra cosa parecen los hechos mas curiosos de nuestro pasado, segun lo dificil que es el probarlos y esclarecerlos en bibliotecas y archivos. Libro hay á cuyo análisis detenido no renunciamos en tiempo oportuno: ahora serán todos iguales, de todos nos limitaremos á dar una idea breve.

Con el título de *Estudios sobre los Judíos en España*, ha dado un libro á la estampa don José Amador de los Rios, merecedor por altos títulos de ser leido y aun verdaderamente estudiado. Era ya punto de honor nacional que se emprendiese este trabajo: con él se ha llenado una ancha laguna, no solo de nuestra historia política, sino de nuestra literatura tambien y de la civilizacion española en general. Por ventura no ha gozado la gente hebrea tiempos tan felices ni gloriosos para ella como aquellos que tuvo en España desde el cumplimiento terrible de las profecías, y desde que Tito dió esta respuesta siniestramente generosa á los moradores de Antioquia, que anhelaban vivamente su destino (1): «Dejadlos estar, que los hemos arrancado de su tierra y no hallarán, si los echan, tierra alguna donde vivir.» — España acogió con benevolencia á los proscriptos, que traian sobre sí maldicion eterna: dióles una nueva pátria que pudo hacerles olvidar en cierto modo la ciudad de las profecías; y en Córdoba primero, bajo el amparo de los califas, y luego en Toledo, protegidas por los héroes de la reconquista cristiana, se alzaron academias talmúdicas, no menos célebres que aquellas de Persia, malamente destruidas por el fanatismo de los musulmanes de Oriente. Al fin llegaron para ellos nuevos dias de amargura: ni sus riquezas, ni sus servicios, ni su amor á la tierra de España, pudieron libertarlos de la terrible sentencia del profeta (2): «Sus compañías esparciré á todo viento y desenvainaré cuchillo en pos de ellos;» — la inquisicion acabó la obra que el pueblo fanático habia comenzado, y tuvo cumplimiento una vez mas el decreto inflexible de Dios. Basta este ligero cuadro para conocer que ya bajo el aspecto político, ya mirando solamente las consideraciones literarias, hubieran debido merecer los judíos á nuestros eruditos de todo tiempo, largos y concienzudos estudios; sin embargo, el señor Amador de los Rios es el primero que ha emprendido la obra de darnos á conocer sus buenos y malos tiempos, sus hechos gloriosos ó torpes, sus libros, su destierro, y los lamentos tambien del proscripto en tierra estranjera, que solia esclamar, vueltos los ojos á la playa de España:

«¿Donde la yerba de olvidar se cria?» (1)

Por eso deciamos que el señor Amador de los Rios ha llenado una laguna abierta hasta ahora en nuestra historia, y añadiremos ahora que ha hecho un señalado servicio á las letras humanas. La Academia de la historia ha andado acertada en premiar sus laboriosos trabajos, dándole lugar en su seno: nada menos merecian los *Estudios históricos, políticos y literarios de los judíos en España*.

¿Podrian encontrarse defectos de composicion en esta obra? podria probarse que habian faltado datos en tal ocasion, que en tal otra la crítica del historiador no es muy segura, que aquí lo arrastra su imaginacion poética, allí lo desvanece una preocupacion irresistible de espíritu? Sin duda alguna que cosas de estas podrian hallarse en la obra del señor Amador sometida á un análisis concienzudo, pasada por el crisol de una crítica escrupulosa. Pero á mas de que no entra en nuestro ánimo esta tarea, seria sobradamente injusto pedir absoluta perfeccion al primero que recorre una senda y que acomete una obra de tanta importancia. El señor Amador ha leido mucho, ha visto mucho, se ha aprovechado de cuantas noticias contienen los libros hebreos, y sobre todo la curiosísima *Nomologia* de Imanuel Aboab, ha examinado los libros de la literatura hebráica concienzudamente, nos ha dado á conocer obras casi completamente olvidadas en el fondo de nuestras bibliotecas, ó bien avaramente escondidas en los armarios de nuestros eruditos de profesion, y si en la apreciacion crítica y filosófica de los hechos, puede alguno rechazar y aun combatir sus doctrinas, no por ello podrá negar, que todas las cuestiones están tocadas concienzudamente y resueltas con discrecion. ¿Y cómo hablar de las desgracias de ese pueblo hermano nuestro tantos años sin manifestar por ellos simpatia? ¿Cómo recordar sin entusiasmo á veces las nuevas épocas de la literatura rabínico-española, desde los Aben-Hezra suegro y yerno hasta Isahak Abohab el gaon ó gefe que alcanzó el triste privilegio de llevar sus sesenta años á la tierra estrangera para morir en ella rodeado de hermanos proscritos y sin esperanza? ¿Quién no recuerda con orgullo que á esa raza maldecida pertenecieron el autor de la *Danza general* y Juan Alfonso de Buena el compilador del *Cancionero*, á quien debemos que no se hayan perdido para siempre las galanterías poéticas del siglo de don Juan II? ¿Quién puede pasar indiferente sobre el recuerdo del cronista Alvar García de Santa María del ilustre prelado don Alonso de Cartagena, de Miguel de Silveira el del Macabeo y del simpático cuanto desventurado Enriquez Gomez con otros cien y cien conversos de igual merecimientos, sino de reputacion tan levantada? Sobradamente imparcial es generalmente su pluma para que puedan tomársele en cuenta algunos arranques de simpatía: harto se esfuerza por justificar la necesidad del Santo Oficio en cierta época, ya que el repugnante absurdo de su constitucion no sea posible.

El señor Amador ha puesto á la luz del dia el cruel fanatismo en que nuestros padres arrancaron de sus tierras tantos millares de hermanos suyos en idiomas, en costumbres y en literatura para enriquecer pueblos estrangeros con sus bienes y su inteligencia; pero no ha olvidado lo que debia á su pátria en tan penosa tarea; no se ha dejado llevar de ese *humanitarismo* pueril de otros escritores nacionales y estranjeros que al condenar la espulsion de los Hebreos en España ha ido mas allí de donde la buena razon pedia por no contar en nada para su juicio las condiciones del siglo, del pais y de los hombres que conciliaron y llevaron á cabo aquella estraordinaria resolucion.

Multitud de cuestiones importantes toca en su libro el señor Amador que no nos es dado acometer en este momento; pero quien quiera que pretenda formarse una idea exacta de nuestra antigua España, quien aspire á conocer con alguna profundidad el carácter de nuestra literatura

(1) Flavio Josefo.
(2) Ezechiel. 8. 14.

(1) Henrique Gomez Elyio.

en todos los tiempos, el político el historiador y el poeta deben estudiar y meditar profundamente tales cuestiones: el señor Amador suele revolverlas con discrecion y conciencia, puede haberse equivocado sin duda, mas por lo mismo es preciso estudiar su libro con buen esmero. Vanamente se intentaria hacer el estudio que puede llevarse á cabo fácilmente sobre la obra histórica de que vamos hablando, compulsando y ojeando los libros y documentos originales por la generalidad del público. Aparte de que la *Nomología*, el libro de las Egadencias de Cardoso y la biblioteca de Rodriguez de Castro, que es donde mayores datos ha podido encontrar el historiador de los judíos, no contienen de por sí cada uno sino lo que ha ordenado y esclarecido con muchos nuevos datos el señor Amador, son aquellos libros tan raros, que la ocasion de compulsarlos y estudiarlos viene á ser ya una escepcion singularísima. De estos libros de judíos españoles, quien posee una coleccion casi completa, única de su clase en España, es el distinguido orientalista, y erudito literato don Pascual Gayangos, catedrático de árabe en la universidad central de esta córte. Pero ni la generosidad con que este presta sus libros para que con ellos se hagan trabajos de la importancia del que nos ha presentado el señor Amador y sin la estrema laboriosidad y perseverancia de este jóven escritor tambien catedrático de la central, sus conocimientos estensos en hebreo y en literatura castellana, la amistad antigua á los cronicones de la edad media que supo inspirarle su buen maestro Sisto y otras cualidades y circunstancias no menos singulares y necesarias para tal empresa, por mucho tiempo aun hubiera echado España de menos un estudio concienzudo y estenso de los judíos en España tal como el que acabamos de examinar en este momento.

El señor don Adolfo de Castro, literato de talento y de conciencia, dió tambien á luz una breve historia de los judíos, que pudiera mirarse como un compendio de sus principales hechos, sin que el autor aspire á dar á su trabajo toda la importancia que tiene el del señor Amador. Esta obra de conciencia, como todo lo que hemos tenido ocasion de ver de su autor, prueba mas y mas que la necesidad de un libro que nos diese á conocer al pueblo judío desterrado de nuestra patria, era sentido de muchos, y formaba, por decirlo, una condicion necesaria de la ruina y supresion del Santo Oficio. Aun llaman nuestras simpatías los hebreos descendientes de aquellos tristes proscriptos, hablando nuestro idioma en la tierra estrangera ni mas ni menos que como se hablaba en el siglo XVI cuando dejaron ellos nuestras costas, rezando mucha parte de sus oraciones en buenos versos castellanos, antiguas traducciones de sus padres y envolviendo testos castellanos en caractéres hebreos; muestra acaso de alianza entre dos patrias queridas, entre sus recuerdos mas dulces y sus dos mayores esperanzas: la tierra de Jerusalem y la tierra de Castilla. Esto de escribir en caractéres hebreos leyendas castellanas, es idéntico á lo que hacian los moriscos tambien proscriptos como los judíos, escribiendo en letras árabes, las juras del Koran en castellano, y poesías y novelas de su propia composicion. Aljainiados se llaman estos escritos.

La *Historia de Granada*, del señor don Miguel de Lafuente Alcántara, debe ocupar tambien un lugar distinguido en la historia severa que habrá de hacerse un dia de nuestra literatura moderna. Obra de mas estension é importancia que la anterior, no mueve tanto la curiosidad como ella, ni responde á una necesidad tan urgente de nuestras letras. Su autor, muy jóven aun y de escasa reputacion literaria cuando comenzó á publicarla en 1843, ha levantado muy alto su nombre con ella, mereciendo tambien plaza de Académico en la de la Historia. Recompensa grande, pero no injusta: el libro del señor Lafuente Alcántara será de los pocos que sobrevivan á sus autores en estos dias de superficialidad y mal gusto. Pero al lado de este homenage que tributamos casi con orgullo de comprovincianos al jóven autor de la Historia de Granada, será justo que apuntemos algunas observaciones que nos ha inspirado la lectura de su obra y que mas que al hombre se refieren á la sociedad y al tiempo en que le ha tocado ejercitar su inteligencia.

Parece á la primera lectura de esta obra que hay en ella mucho de mas y que por ventura el ideal del arte habria tenido mucho que agradecer á su autor si hubiera guardado algo de tanta erudicion y riqueza para otro trabajo literario. Defecto ordinario de escritores jóvenes y de talento. El señor Lafuente que hizo de su obra, como nos dice él mismo, la *Señora de sus pensamientos*, durante largos años, quiso hacerla tambien el depósito de todo su saber, de toda su inteligencia: esto puede honrar al hombre, pero hace que desmerezcan las obras. Así puede notarse en ella una cosa que el señor Amador pudo huir, gracias á la forma particular de su libro. La historia de los judíos se divide en tres *Ensayos* que son como tres disertaciones distintas: la union de las tres, el punto en que se enlazan á un mismo pensamiento lo pone al lector sin dificultad, y como la obra no tiene pretensiones de *historia*, sino de estudios para la historia, nadie pide mas ni podria exigirse otra cosa tampoco. Pero el señor Lafuente no se propone hacer estudios solamente, piensa escribir una historia, y con efecto lleva á término honroso su empresa: esta es la mas alta gerarquía de los estudios históricos: aquí es donde pide la crítica que se llenen mas difíciles condiciones y al frente de todas ellas pone *la unidad*, la armonía de las gentes con el todo, la simetría podria decirse, hablando de la composicion material del libro. Y esto es lo que se nota primeramente como consecuencia del esceso de riqueza que el autor ha puesto en su obra querida: falta de unidad.

Era en verdad muy difícil comprender en un cuadro clara y distintamente señaladas, épocas tan diversas, tiempos tan largos, gobiernos, usos y acontecimientos de tan encontrado orígen y tendencia, como han de contarse en una historia de Granada. Por otra parte, y esto no puede echarse en olvido, la obra de que nos ocupamos ha comenzado á publicarse antes de estar concluida: orígen siempre de imperfeccion y falta de órden en las obras del ingenio, costumbre perjudicial que va tomando fuerza de ley por la calamidad de los tiempos y que hará imposible, sin contar otras causas, el que produzca una obra completa nuestro siglo. La diversidad de tiempos en que se ha escrito la obra publicada desde 1843 á 1848 no solo se deja sentir esta falta de unidad que hemos señalado, sino que se revela en casi todos los defectos que pudieran encontrar un análisis detenido en la Historia de Granada del señor Lafuente. El tomo primero es cosa verdaderamente notable. Mucho se ha escrito sobre el tiempo fabuloso de España; mucho sobre las épocas cartaginesa y romana; copiosos volúmenes poseemos destinados á dar á conocer la Illiberi de los primeros siglos eclesiásticos, á descifrar las inscripciones de aquellos tiempos y esplicar su sentido histórico, plumas aventajadas han descrito ya la irrupcion de los pueblos septentrionales en nuestras campiñas, trazando al paso los caractéres y figuras de los caudillos, las armas y empuje de los soldados, la devastacion que los seguia, el espíritu regenerador é invisible que caminaba delante de ellos. Y sin embargo, el anticuario lo mismo que el filósofo y el historiador y el poeta, deben estudiar este tomo de la obra del señor Lafuente: algo les queda todavía por saber, y hánlo de encontrar allí sin duda. Es aunque compendioso y breve el libro que mejor traza esos sucesos de cuantos conocemos en castellano. Nótase sobre todo una cosa que va siendo rara en España; digámoslo con vergüenza: el perfecto conocimiento de la antigüedad greco-latina. El estilo mismo del señor Lafuente, fácil, armonioso, de buen sabor, no hallará muchos rivales en libros castellanos de medio siglo á esta parte. Hay retratos y descripciones que parecen hechos por mano de Mendoza ó Solís. Pero á medida que avanza la obra (no es esta sola opinion nuestra) se siente vacilar el pensamiento, escasean los datos, desfallece el estilo. Bien conocemos que el autor no sabe árabe, como sabe latin, y por consiguiente que no podia tener á su disposicion todos los datos precisos en esta parte de su obra, como los tuvo para formar el tomo primero: de esto harto nos lamentamos nosotros; personas hay que pudieran acometer con fruto tales trabajos y no lo harán nunca, dominadas de una pereza invencible. Verdad es tambien que el autor en muchos periodos importantes de la época de los árabes, ha tropezado con obras maestras en castellano: cuando de los tiempos anteriores apenas habia cosa de provecho: describir mas bellamente que Wasington Irving la conquista de Isabel y Fernando es punto menos que imposible: trazar con tanta magestad como Mendoza la rebelion de Abenhumeyas y Abenabó, es temeridad en solo intentarse. Conde tambien y Mariana nos han dejado páginas apacibles que nos vienen funestamente á la memoria cada vez que pretendemos superarlas y aun imitarlas. Luego el Ro-

mancero, ese tesoro nunca debidamente preciado de la historia y de la poesía: por último la Alhambra, porque esta es la forma fiel y grande verdaderamente del pensamiento árabe: en ella es donde con mas fuerza y verdad se representa la civilizacion de los Nozeritas; la historia de Alhamar y de Boabdil. Con tales elementos contrarios, con grandes historiadores y poesías inmortales y maravillas, monumentos de arquitectura, ha tenido que luchar el Sr. Lafuente Alcántara en la empresa de representarnos á la árabe Granada. No es mucho que no parezca tan original y lozano en esta parte de su obra, como en aquellos que comprende los siglos romanos y góticos. Sin embargo, nosotros encontramos otra causa, otra razon mas poderosa todavía para que esta desigualdad se presente como inevitable, el cambio total de circunstancias, de afecciones, y aun pudiéramos decir de costumbres del autor. Bien podrá ser que andemos desacertados en este juicio: acaso nos engañe nuestro amor apasionado á las buenas letras; pero, sinceramente lo decimos, hubiéramos deseado que el jóven y distinguido historiador de Granada, no hubiera dejado antes de concluir una empresa que segun nos dice él mismo hermosamente en la última página de su obra, «ha sido bajo el cielo claro y sereno de Granada, al aspecto de sus ruinas y en la soledad de sus cercanos valles y jardines un estímulo de meditaciones dulcísimas y aun afan agradable en los años floridos de su juventud.» La política, esta negra hermanastra de la literatura, vino á turbar no pocas de esas meditaciones *dulcísimas* y á acibarar algunos de esos *agradables* afanes. La vida tumultuosa del parlamento y de la córte, se hermana mal con el trabajo lento y uniforme que es preciso emplear en las buenas obras históricas: mas á esto todavía que al encuentro de grandes rivales, queremos y aun debemos atribuir esa vacilacion en el pensamiento que antes hemos señalado, esa escasez de datos que en muchas partes sorprende: ese desfallecimiento de estilo, que se siente, se toca á medida que avanza la narracion por los últimos capítulos. Bien podrá ser que nos equivoquemos, repetimos, pero sinceramente creemos que sin la política, la funesta política de nuestros dias, el Sr. Lafuente habría evitado muchas de las imperfecciones de su obra, y que si tal como está merece contarse sin duda alguna entre nuestros mejores libros modernos, de otra suerte hubiera alcanzado renombre de clásico, levantando mucho mas alto aun la reputacion del autor.

Por no alargar mas este artículo, aplazamos para otro el presentar algunas consideraciones sobre los trabajos históricos últimamente publicados.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

UN TESTAMENTO FALSO.

(Continuacion.)

—Cuando os dejé, conocereis perfectamente que no me hallaba muy dispuesto á ir á establecerme en Londres, despues de todo lo que habia pasado. Vendí, por consecuencia, el reducidísimo número de efectos que podia tener en la antigua casa de Bridewell-Dock, que tantas veces nos habia dado asilo para hacer nuestros negocios; cambié mis ropas de luto por trages de los mas elegantes, y comencé á deliberar conmigo mismo á dónde me acomodaría vivir, y, puesto que me hallaba en estado de poder hacerlo, de igual á igual con la humilde nobleza del país. Ni un momento se habia separado de mi imaginacion Mateo Marstoke el católico, hermano de sir William, á cuya casa acostumbrábais enviarme, durante su proceso con Sherloke, proceso que perdimos hará unos diez años. La amable hospitalidad de Mateo Marstoke, y la vida tan agradable que en su casa se pasaba, durante las cortas mansiones que hice de vez en cuando en su casa del condado de Kent, mantenia en mí una vivísima impresion. Recordé tambien su carácter social y las frecuentes invitaciones que me tenia hechas de volver á verlo; sobre todo me acordaba de las inmensas riquezas que poseia, de las veces que me habia hablado de tanto dinero como guardaba, y de que no sabia qué empleo darle, de los baules llenos de vajilla de plata y de alhajas encerradas en su guardaropa, así como de los sacos de oro que habia acaparado con la prosecucion de los años debajo de su cama sin llevarlos por cuenta. En una palabra, me resolví á visitar á Mateo Marstoke, y, partiendo para Kent, llegué á Sandwich, en donde supe que habia abandonado la casa que ocupaba, y que á la sazon vivia en otra de las suyas de Wingham.

—»Conozco perfectamente esa casa, repuso Oldcraft, ante su fachada hay plantados algunos álamos, y aun, si, estoy seguro; he entrado en ella. Tambien hago memoria de su habitacion de Sandwich, es una grande de ladrillo encarnado, situada á uno de los estremos de la plaza del mercado; Diccon Grusp, nuestro agente, vivia en un costado, y maese Hoysflesch, el merino, habitaba en el otro.

—»Arrendé esta casa, continuó Greville, porque Marstoke la habia dejado á causa de que era visitada frecuentemente por los espíritus: oíanse en ella ruidos espantosos durante la noche. Despues de haber permanecido unos quince dias en casa de Marstoke, tomé esta casa y fuíme á morar en ella. Debo advertiros que, mientras tanto, habíase visto Marstoke acometido de súbito de un ataque de demencia, ó mas bien de imbecilidad. Su salud se habia ido amenguando, y al propio tiempo se hallaba paralítico; así que esperimentaba un indecible placer cada vez que yo iba á visitarle, porque vivia en pugna continua con los criados que, segun sus espresiones, le devoraban vivo y le mataban á fuego lento. Ya debeis haberos figurado que, antes de que se pasase mucho tiempo, me habria yo hecho dueño de la casa, en la cual me hallaba á todas mis anchuras. Mantuve separados á sus colaterales, maltraté á unos criados y eché á otros; en fin, hice una reforma completa en la casa. Por último, vínosele en mientes al bueno del hombre el consultarme acerca de la intencion que tenia de inutilizar su antiguo testamento y de hacer otro nuevo. Comprendereis que no presté oidos de mercader á su proposicion, tanto mas cuanto que era muy natural el suponer que tenia proyectado el instituirme su heredero, á consecuencia de los servicios que habia prestado. Juzgad de mi sorpresa y de mi despecho, cuando despues de habernos encerrado juntos, supe que tenia una hija que moraba á la sazon en Gante: habíale echado de casa; y rechazado de sí hacia un sin número de años, á consecuencia de haberse casado segun su inclinacion y contra la voluntad de su padre, que la habia desheredado, habiéndole durado treinta años la cólera; pero á la sazon eran mas dulces sus sentimientos para con ella, y ansiaba verla antes de morir. En su consecuencia, encargóme de la comision de escribirla, anunciándola su perdon, dándome al propio tiempo todas las instrucciones necesarias para otorgar un testamento en favor de su hija, sin que apareciese mi nombre en él para legado alguno.

II.

El molino.

—»¡Oh! ¡oh! esclamó Oldcraft, hubiera querido ver en aquel momento tu cara; tu cara que por su forma es enteramente un hacha; apostaria que acariciabas con los dedos el mango de tu puñal.

—De suerte alguna; pero juré tomar una horrible venganza de aquella mistificacion, y fragüé un plan que no tardé en poner en ejecucion.

—¡Ah vamos! entrastes la mano hasta el codo en los sacos que yacian debajo de la cama; probablemente harias saber á sus colaterales famélicos las intenciones del pobre diablo, y lo abandonarias á semejante jauría, de suerte que se viera devorado por los propios?

—Aun no habeis dado con ello, contestó Greville, y aquí es donde comienza la historia de mi actual desdicha.

—Comiénzala pues, prorrumpió el otro. Pero, á la verdad, amigo, que yo habia tomado tu preámbulo por el principio, medio y fin.

—Vais á oirla. Empero, dadme vino, porque esta historia me ahoga y quita el paso á las palabras. El plan que yo formé fué el siguiente: invité á Marstoke para que fuese á pasar á mi casa en Sandewich la semana de natividad. La ciudad se hallaba á la sazon en movimiento. La invasion con que nos amenazaban los españoles obligaba á todo el mundo á hacer preparativos. Sandwich es, como sabeis

muy bien, uno de los cinco puertos, y, por consecuencia, un punto de alguna importancia. Por tal razon todos los dias habia convocatorias para juntas, los soldados se hallaban alojados en las casas, los negociantes, la nobleza y la clase media equipaban, á cual mas podia, barcos á sus espensas, é incesantemente era recorrida la costa por piquetes de soldados. Por mi parte, concurrí á las asambleas, tomé parte de palabra y obra en cuanto se disponia: ofrecíme á marchar en la espedicion, y mostré tanto entusiasmo y decision como el que mas de la ciudad. No obstante, me preocupaba un pensamiento único, el de hallar los medios de apoderarme de las riquezas de Marstoke, y de desembarazarme del viejo sin comprometerme. Una idea homicida asediaba noche y dia mi mente, y es que poseia la conviccion de que no hallaria calma ni reposo hasta que hubiese llevado á cabo mi proyecto. ¡Cielo santo! ¡cuán lejos me hallaba entonces de entrever el estado á que se veria reducido mi espíritu despues de haber cometido semejante crimen!... En fin, ya lo sabeis, la invasion se difirió; llegó la pascua de Navidad, y Marstoke recibió hospitalidad en la antigua casa de Sandwich. Busqué entre los soldados, marineros, trabajadores y hombres de armas de que se hallaba inundada la ciudad; busqué, repito, y ajusté dos criados, hombres desavenidos con la fortuna, y á quienes hube creido capaces de ejecutar todo cuanto me pluguiese encomendarles, y de los cuales podria fiarme, tratándolos y pagándolos bien. El dia de Noche-buena convidé á cenar á muchos habitantes de la ciudad, é hicimos durar el banquete hasta cerca de la mañana siguiente. Concebiréis por lo tanto fácilmente que no habria nada de estraño en que el viejo Marstoke se sintiese súbitamente indispuesto, viéndose obligado á irse á acostar. Y aun llegó á ponerse tan malo, que juzgué oportunísimo qué hiciese un testamento segun la intencion que últimamente me habia espresado.

—¡Ah, ya! interpuso Oldcraft. ¡Qué! acaso aderezaste su copa, heim! compusiste su *roas-beef* y su *plum-pudding*, ó le echaste el específico de los ratones en la salsa? ¡Ah! á la verdad que eres un solemne tuno, Greville; pero no tienes lo mejor organizada del mundo tu cabeza para tales negocios.

—Nada de eso, replicó Greville. Hice cundir que se hallaba gravemente enfermo Marstoke; y durante la tercera noche, cuando se hallaba toda la ciudad entregada al sueño, hice entrar en su aposento á los dos bravos de que ya os tengo hecha mencion, con instrucciones terminantes. Maldita sea la hora en que hube imaginado semejante crimen. Nunca podré olvidarme de los horrores de semejante noche; en medio del zumbar del viento y de la lluvia, parecíame que iba á desplomarse la ciudad, y que todo se habria convertido en ruinas antes de que hubiese apuntado la aurora. Como me hallaba espiando á la puerta de la víctima en tanto que se perpetraba el crímen, pude oirle luchar muy distintamente con los malvados que le estrangularon en su lecho. Cuando amaneció, ya me hallé con alguna sangre fria; porque habia ido á arrojarme á tientas en mi lecho, como un niño á quien asustan las tinieblas; y reflexionando que lo mas horrible de tan espantoso drama habia pasado ya, me ocupé de la ejecucion del resto de mi proyecto. Tuve que hacer algunos esfuerzos para reunir todo mi ánimo. Subí la escalera y me aproximé á la alcoba de Marstoke; pero fuéme necesario mucho tiempo antes de tener la osadía suficiente para abrir la puerta. Temia ver el desfigurado cuerpo del anciano yaciendo en el pavimento á donde le habia sentido caer, y quedéme con la mano en la llave, sin serme dado abandonar ni retroceder, cual si me hallára bajo la influencia de un espantoso ensueño.

Por último, despues de haber permanecido muchas horas en esta irresolucion penosa, los dos miserables de quienes me habia valido llamaron á la puerta y digeron que querian entrar: el ruido que hacian me patentizó la necesidad de obrar. Oí que la criada abria la puerta de su cuarto para ir á la de la calle, y revistiéndome entonces de toda mi energía, me precipité en el aposento, y corriendo hácia el cordon de la campanilla, tiré de él violentamente, gritando al propio tiempo á la criada que mandára al punto montar á caballo á uno de aquellos hombres, y que fuera á toda brida á Wingham en busca del notario de Marstoke, porque se hallaba tan malo, que deseaba otorgar inmediatamente su testamento.

En el interin y antes de que llegase el tabelion, condujé á Diccon Web, el otro hombre, y lo hice que se colocára en el lecho al lado del muerto; despues de correr las cortinas todas en torno del lecho y de cerrarlo todo de suerte que no penetrara sino muy escasa luz en el aposento, le encargué que se quejase como un hombre que se halla agoviado de sufrimientos; que imitase la voz de Marstoke; y que, cuando respondiese á las preguntas que le hiciese el hombre de la ley, de si me dejaba todos sus bienes, desvaneciese cuantos escrúpulos pudieran ocurrírsele al escribano dejándole un legado considerable. Fueron tan bien conducidas las cosas, que todo se sucedió sin interrupcion y sin despertar la menor sospecha. Web, remedando la voz del viejo Marstoke y fingiendo tener apenas fuerza suficiente para espresar la forma en que queria que fuese hecho su testamento, dispuso de su fortuna entera en mi favor; despues de lo cual, manifestó deseos de descansar durante un momento del esfuerzo que acababa de hacer, y se suplicó de parte del enfermo á cuantas personas se hallaban presentes, que lo permitieran un instante de descanso. Antes de que hubiese trascurrido mucho tiempo difundí la nueva de su muerte por toda la casa, y, haciendo subir á todos los criados, mostréles el cuerpo como si acabára de espirar en su lecho.—No obstante, aun nos resta lo peor del caso. Cierto que habia heredado su fortuna, pero los remordimientos de que aun me siento perseguido, no me permitian seguir viviendo en aquellos lugares; hubiera sentido un vivo reconocimiento hácia cualquiera que hubiese puesto fuego á mis dos casas y me las hubiese reducido á cenizas. Hasta tal punto llegaron á dominarme semejantes impresiones, que temblaba aun á la vista de mi propia sombra. La fisonomía del viejo Marstoke, y sus gritos cuando me llamaba en su socorro, me atosigaban noche y dia. Los dos miserables Web y Basset, comenzaron tambien á serme una insoportable carga, y su constante presencia me producia el efecto del basilisco. Temia deshacerme de ellos, y su presencia me era ruinosa; derrochaban cuanto dinero querian, me robaban á mi propia vista, y, uno de ellos, estando bebido, confió á sus camaradas que estaba en su mano el hacer prender á su amo el dia que se le antojase. Informado yo de todo, por Basset, su compañero, me sentí en un embarazo tan violento, que resolví huirme de aquel parage, y, para evitar el daño que pudiera ocasionárseme de sus nuevas baladronadas, arreglé con Basset el modo de deshacernos en secreto de Web. Para esto, hicelos partir á ambos con el objeto de reunirme á ellos en Lóndres, la víspera del dia mismo que me habia yo prefijado para partir, encargando á Basset que se deshiciese de Web en el camino. Basset siguió perfectamente mis instrucciones, solo que las ejecutó mucho antes de lo que hubiera sido menester. Hirióle á su cómplice por detrás, á la sazon que iban cabalgando el uno al lado del otro, sobre los méganos de Sandwich, y apeándose del caballo, arrojó el cuerpo al mar. Habiéndolo escupido las olas inmediatamente, con la marea de la mañana, lleváronle á mi casa, con horror y confusion mias, en el momento mismo en que me disponia para emprender el viaje, de suerte que me vi obligado á asistir con el corregidor á las pesquisas que se hicieron acerca de la muerte del malhechor, y aun me vi en la precision de convenir con el magistrado en lo urgente que era enviar á alguien en persecucion de Basset, como sospechoso que aparecia en el asesinato.

(Concluirá.)

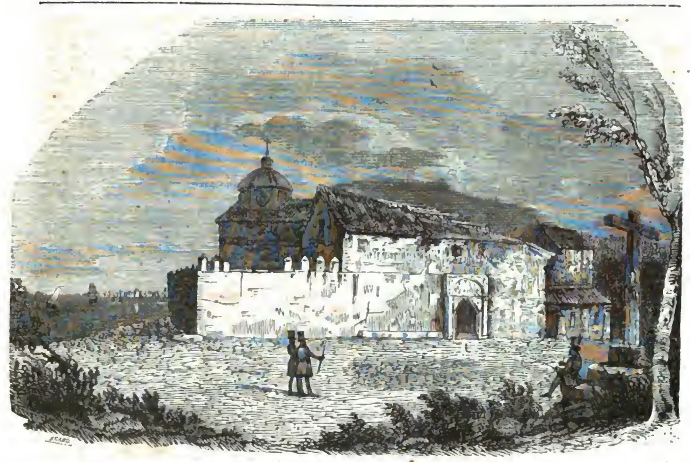
UN SIGNO DE SALVACION.

La mano llevada á la cabeza era, entre los antiguos, un signo de seguridad, ó demandada ú obtenida. Plutarco, en la vida de Tiberio Graco, refiere que este, viendo que Scipion Nasica venia á matarle, y que era tan grande el tumulto que no podia dejarse percibir su voz, se puso la mano sobre la cabeza para indicar la magnitud del peligro y demandar socorro.

CUESTIONES RECREATIVAS.

I. Sacar agua de un pozo con una cuerda sin cubo.
II. Adivinar el número que uno haya pensado.

Imp. de Alhambra y Comp., calle de la Colegiata, núm. 4.



Convento de la Rábida.

LA RABIDA.

Era una fresca y apacible mañana de abril, y soplaba blandamente la brisa de los mares en las tendidas lonas de los pequeños buques, que se aprestaban á abandonar el abrigado puerto de Moguer, cargados de riquísimos vinos para la opulenta Albion; cuando en una barca de cuatro remos, en que bogaban dificilmente dos ancianos pescadores, me embarqué acompañado de dos amigos mios, que deseosos cual yo, de visitar el monumento que sirve de epígrafe á este artículo, tenian resuelto consagrar un dia entero á romería semejante. Habiamos visitado juntos la iglesia del convento de Santa Clara, en donde es fama que oró Colon la tarde antes de emprender su inmortal viaje y el dia despues de su vuelta de América; y con el respeto y el entusiasmo en el corazon dirigimos tambien nuestras preces por la quietud de su alma en el mismo lugar en que él se habia reclinado por aquellas memorables épocas. Conocido ya el sitio de la oracion, faltábanos visitar el puerto, en donde se habian fabricado las carabelas que dieron á España un nuevo mundo; de donde habian partido, llevando en pos de sí las burlas de unos y la admiracion de otros; y finalmente el apacible retiro, en que habia encontrado abrigo el sábio genovés, en que habian sido comprendidas por primera vez sus teorías, y en que satisfecho de hallar en España quien le oyera y alentára, habia hecho firme propósito de arrostrar toda clase de obstáculos, yendo á la córte de los reyes católicos con cartas para Hernando de Antequera, confesor entonces de la reina doña Isabel.

Comenzaba ya el sol á tenderse sobre la tierra, rielando en las aguas que se quebraban en mil alegres cambiantes, y volaban sobre nuestras cabezas las blancas ánades, y otras aves marítimas, que poblaban aquellos contornos, saludando con sus desapacibles graznidos tan hermoso dia; y al llegar á la confluencia del Tinto y del Odiel, nos vimos en medio del anchuroso canal, cuya corriente parecia haber estado convidándonos para la meditada empresa. Embebidos con los recuerdos que despertaban en nosotros aquellas riberas, creiamos hallar á cada paso en los *místicos* y *laúdes*, que pasaban á nuestro lado, una de aquellas famosas carabelas, y pensábamos ver sentado en su popa á Cristobal Colon, que unas veces volvia triunfante del nuevo mundo, y otras se dirigia al Océano, sediento de gloria y lleno el pecho de sublimes esperanzas.

Como nuestra barca adelantaba lentamente, y el viento empujaba con rapidez las demas embarcaciones, parecias nos que pasaban delante de nuestros ojos por arte do encantamiento, como en un vistoso panorama.—Dos horas navegamos en esta forma, escuchando solamente el ruido de las olas, alteradas algun tanto por las brisas y el golpear monótono de los remos, cuyos dueños tanto se cuidaban de Colon y del nuevo mundo, como de las conquistas del virey de Egipto; al cabo de las cuales avistamos en la ribera izquierda y en una especie de ensenada un pueblo de corta estension, que saludaron nuestros marinos con el nombre de *Palos*. Grande fué la sensacion que todos esperimentamos al escuchar invocacion semejante, recordando cada cual una tradicion de las muchas que guarda aquella villa, ahora casi desierta, mas rica y populosa en otro tiempo.—Ocurrióseme si existirian algunos vestigios de la antigua *Olontigi*, mencionada por Pomponio Mela, y deseába ya verme en tierra para saciar mi nuevo deseo, si bien no era de este parecer uno de mis dos amigos, el cual, decididamente asentaba con Festo Rufo Avieno, que correspondia á la *Palus Etrephœ* de los romanos, y para corroborar su opinion recitaba unos versos del mismo autor, que si mal no recuerdo son los siguientes:

..................«Multa propter est Palus
Etrephœa dicta: quin et Herbi civitas
Stetisse fertur his locis prisca die,
Quœ prœliorum absumpta tempestatibus,
Famam, atque nomen sola reliquit cepiste.»

Llegamos, por fin, á la orilla, y saltamos en tierra en hombros de nuestros marinos, por ser muy peligroso el andar por aquellos esteros y almarjales á los que no tienen de ellos experiencia. Todas las ilusiones que habia concebido desde mi barquilla, desaparecieron entonces de un solo golpe.—Palos era un pueblo que no conservaba á la vista monumento alguno por donde yo pudiera sustentar mi opinion, y reducido á un corto número de casas de

poco valer presentaba un aspecto, bastante desagradable, capaz de causar pena al mismo Demócrito.

Nuestro primer cuidado fué, no obstante, dirigirnos á la iglesia parroquial, por ver si en ella podiamos descubrir algun vestigio, que como el hilo de Teseo, nos diera luz en el laberinto de dudas que habian nacido en nosotros con la contemplacion de la casi arruinada villa. Pero ni la iglesia pudo servirnos de guia porque su construccion se remontaba cuando mas al siglo XIV, á juzgar por el carácter de su arquitectura, ni hallamos en ella monumento alguno que prestára interés á la historia ni á las artes. Preguntamos despues por la casa en que habia vivido el físico Garci Fernandez, que tanta parte tuvo en la noble determinacion de fray Juan Perez de Marchena, y tampoco logramos una respuesta satisfactoria, ni del cura párroco ni de otros religiosos, únicas personas que por otra parte oyeron sin extrañeza nuestra demanda. Desesperados ya y cansados de dar vueltas inútilmente, nos disponíamos á volver á la barquilla, cuando nuestra buena suerte quiso depararnos un jóven religioso, que habia profesado en la *Rábida*, é informado de nuestros deseos, se ofreció espontáneamente á acompañarnos, no sin proveerse antes de un libro forrado de pergamino, que no pudo menos de llamar nuestra atencion vivamente.

Tornamos, pues, á nuestro barco, y á poco tiempo divisamos sobre una mansa colina un edificio de pobre y modesto aspecto, al cual estaban amenazando de consuno la mano del tiempo y la impiedad de los hombres. Este edificio era la Rábida. Mientras cortaba nuestra barquilla, á impulso de los remos, el corto espacio que de aquella colina nos separaba, abrió nuestro compañero su misterioso libro y comenzó á leernos algunas noticias relativas á la historia del convento, que nos fueron entonces de todo punto agradables, y que por parecernos ahora muy curiosas referiremos en este sitio.

La fundacion de la Rábida se remontaba, segun aquel manuscrito, hallado en el archivo del convento, casi tanto como nuestra era vulgar; siendo debido á un gobernador de Palos, llamado *Terreum*, hombre cruelísimo y gran valido del emperador Ulpio Trajano. Añadíase, que habiendo muerto una hija de aquel César y deseando Terreum darle una muestra de gratitud, mandó levantar un templo en su honor, dedicándolo á Proserpina, cuyo nombre llevaba. Consumió en la obra cerca de tres años, al cabo de los cuales, concluido el edificio enteramente, hizo colocar la estátua de la diosa, que era de piedra, sobre una peana de oro, plata y bronce, señalando el dia 2 de febrero para celebrar una solemne fiesta en via de aniversario, fiesta á que concurrian todas las doncellas de los contornos, muchas de las cuales eran sacrificadas en las aras de la implacable diosa. La descripcion de esta celebridad es tan rara é interesante, que no he podido resistir á la tentacion de trasladarla tal como en el referido manuscrito se encuentra.

«En el dia primero de febrero por la tarde, dice, juntábanse todas las doncellas acompañadas de los sacerdotes y justicias, con gran número de gentes en el lugar destinado para el sacrificio ó degollacion que era el que hoy se llama *Prado de Alcalá*, hácia el oriente, quince pasos desviado del camino, que al templo conducia, cerca de la corriente del agua para que esta se llevase la sangre de las víctimas y para que bebiesen de ella los demas, con el objeto de curar sus enfermedades, santificarse y preservarse de los males venideros. Reunidas, pues, todas las doncellas, echábanse suertes y aquellas á quienes tocaban eran degolladas y reputadas por santas. Ejecutaban esta degollacion las personas mas allegadas á las víctimas ó de mas dignidad en la comarca, y concluida tan horrible ceremonia, encendian velas amarillas y formando dos hileras cuantos á las fiestas habian asistido, se dirigian al templo, que estaba exornado suntuosamente, con grande regocijo y entusiasmo conduciendo los cadáveres, como en triunfo, hasta la misma ara de Proserpina. Repetian por el espacio de quince dias estas mismas escenas, y haciendo en los últimos ricos presentes al templo, se despedian de él con grandes llantos y muestras de inconsolable tristeza.»

Esta relacion y la circunstancia de tener *Palos* un gobernador tan favorito de un César, me aseguraron en mi primera opinion de haber sido aquella villa la antigua *Olontigi*, poblacion harto rica y famosa, para que no dejasen de interesar sus recuerdos y sus ruinas. Pero á vista ya de la *Rábida*, no hubo tiempo de pensar en otra cosa. Tuvo este templo en su principio forma de castillo, siendo tan sólida su construccion como las que son hoy conocidas con el título de á prueba de bomba. Constaba el grueso de sus muros de seis pies, de noventa y seis la longitud del santuario, treinta su latitud y sesenta su elevacion desde el pavimento hasta las bóvedas. En el año 51 de su fundacion, que debe corresponder al 160 de la venida de Cristo, extendida algun tanto por las regiones occidentales la religion católica, algunos nobles de Palos llamaron á un sacerdote sevillano, nombrado Siriaco, para que los iniciase en los misterios cristianos. Acudió aquel con grande solicitud al llamamiento de los nobles, y despues de catequizar y bautizar muchos de los moradores de aquella poblacion, obtuvo permiso del gobernador romano para bendecir el templo de Proserpina, consagrándolo á *Jesus* y á *su divina Madre*. Permaneció desde entonces dedicado al culto cristiano, hasta que conquistada por los árabes toda esta parte de Andalucía, lo erigieron en mezquita dándole el nombre de *Rábida* por la belleza del lugar; nombre que conserva todavía y que equivale á *Eremitorio* ó sitio solitario y sagrado.

Poco tiempo estuvo consagrado este templo á mezquita: la tolerancia de los árabes en materia de religion, por mas que hayan dicho algunos escritores lo contrario, contribuyó á sacarlo de aquel uso para restituirlo al culto del cristianismo. Ptolomeo y Teodoro, dos mozárabes que habian adquirido por sus virtudes el aprecio de los moros, propusieron al gobernador de Palos que si intercedia con su rey para que les cediese el templo mencionado, se obligarian ellos á pagar en tributo cinco monedas de plata por cada uno de los cristianos que á él concurriesen, cuatro para el monarca y una para el referido gobernador, por via de gaje y de remuneracion del valimiento que invocaban. Oyó el rey con ánimo propicio esta propuesta, y accedió á la súplica de Ptolomeo y de Teodoro, volviendo á resonar en el recinto de la *Rábida* los sublimes himnos, dedicados por la iglesia á cantar los altos misterios de la religion, sellada con la sangre de Cristo sobre el Gólgota.

Cuando á fines del siglo XIII cayó la ciudad de Niebla con todo su condado en poder de D. Alonso, á quien ha conocido su posteridad con el glorioso renombre de *Sábio*, tomaron los caballeros del Temple posesion de algunos castillos y ciudades en el territorio conquistado de los sarracenos y se apoderaron tambien de la *Rábida*, cuya situacion era muy favorable al género de la guerra conocido en aquella época. Con los nuevos dominadores adquirió otro aspecto el *lugar solitario y sagrado* de los musulmanes y el sosegado templo de los cristianos. Agregáronsele nuevos departamentos, que llevaron desde luego el carácter de una casa fuerte, cuyas almenas manifestaban que era morada de guerreros, y al pacífico culto de la religion vinieron á mezclarse el estruendo de las armas y el relincho de los caballos. Pero muy en breve volvieron á enmudecer aquellos contornos, tan acostumbrados al silencio: airado Felipe, el Hermoso, contra los Templarios por causas ajenas de este artículo, y anatematizados por la bula de Clemente V lanzada en 1311, fueron tambien estinguidos en España y tuvieron que abandonar la *Rábida* á los veinte y cuatro años de haber tomado posesion de ella. Vinieron á habitarla despues religiosos *conventuales*, en cuyo poder estuvo hasta mediados del siglo XV, época en que pasó al de los *observantes* por bula de Eugenio VI, permaneciendo estos en ella hasta la extincion de todos los regulares verificada en el año de 1835.

No bien habíamos acabado de escuchar estas importantes noticias, que hemos añadido é ilustrado algun tanto al trascribirlas á nuestros lectores, cuando entró nuestro barco en la ensenada, que besa la colina sobre que está asentadada la *Rábida*, y nos vimos á pocos instantes al pié de aquel edificio, que no pudimos menos de mirar sobrecogidos de admiracion y de respeto. Estábamos en el mismo sitio que habia pisado el descubridor del nuevo mundo; á donde habia llegado pobre, abatido, burlado de unos y compadecido de otros, con el convencimiento de la ciencia y la fé en el corazon; donde habia pedido pan y agua para su primer hijo, á quien veia desfallecer en sus brazos, y á donde á la piedad cristiana habia sucedido la curiosidad, y á la curiosidad la comprension del proyecto mas jigantesco que habian visto los siglos.

Al llegar á la portería, situada al oriente del edificio, parecióme ver al entendido fray Juan Perez, que con rostro afable y aire escudriñador examinaba al noble estranjero que, vistiendo un justillo rojo, un manto de lana pardo de mangotes y capilla, cubriendo su cabeza un birrete de velludo y calzando unas botas portuguesas, traía á su espalda un zurron, en donde guardaba un pequeño astrolabio, unos pergaminos y una brújula marina. Era su frente despejada, su vista penetrante, aguileña su nariz y muy espresiva su boca. Su estatura era proporcionada, y su edad rayaba apenas en los cuarenta y ocho años. Así se pintaban en mi mente aquellos dos célebres personajes, que el cielo juntó en buen hora para gloria de España y eterna fama de sus nombres.

Pero mis compañeros de viaje, que mas curiosos ó menos preocupados que yo de aquella idea, deseaban vivamente examinar el interior del edificio, me obligaron á seguirlos mal mi grado, y nos hallamos, despues de pasar por algunos corredores casi derruidos, en la iglesia, cuyas bóvedas habian recogido los fervorosos votos de Colon y los cantos sublimes á que habia mezclado su acento durante su permanencia en la Rábida. La iglesia constaba de una sola nave de mas reducidas dimensiones que las señaladas al templo antiguo: en su cabecera se veia aun un retablo pobre y modesto, y casi á los lados del presbiterio dos altares consagrados á *San José* y á *San Antonio*, de los cuales habian ya desaparecido los objetos que les servian de ornato. Algunos libros de coro abiertos y derramados por el suelo, de donde habian sido arrancadas las viñetas de miniatura, que en otro tiempo los decoraron, algunos volúmenes de obras sagradas rotos y comidos de ratones... hé aquí cuanto se conservaba en aquel recinto, que en otras naciones recibiria el culto de la admiracion y de la veneracion mas profundas.

Bien hubiera querido volverme á la barquilla que nos habia conducido hasta aquel sitio, para tener al menos el consuelo de contemplar desde lejos un monumento tan amargamente abandonado. Mas deseoso de calmar algun tanto el sentimiento que esperimentaba, traté de registrar lo restante del edificio, y ocurrióseme visitar la celda, que habia servido de morada á fray Juan Perez de Marchena, sospechando que encontraria tal vez en ella motivo para templar mi enojo. No me engañaba en efecto: la celda del ilustre guardian, del insigne amigo de Cristóbal Colon, aunque abandonada y solitaria, aunque próxima á desaparecer entre escombros, conservaba aun algunos vestigios de lo que fuera. Su techumbre, si bien no podia llamarse rica, daba muestras de haber sido bastante bella y apreciable: las vistas que desde sus balcones se gozaban, eran encantadoras. —Al occidente la villa de Huelva, tendida en la playa, al mediodía el Océano con sus cien torres, que de trecho en trecho le sirven de atalaya y defensa.—Cuando pude recoger mi imaginacion, se me representó la sublime escena del *almuerzo*, en que el ilustre guardian, adivinando en parte el atrevido pensamiento de Colon, le habia invitado á esplicarle sus teorías.—Allí estaba Garci Fernandez con su ropilla de estezado, sus calzas de estameña con su capa de pardo monte y su sombrero de alas largas, pintadas en su rostro la sagacidad y la malicia; allí el anciano mareante Pedro Velasco, cuyos viajes eran la fábula de toda la comarca, allí Cristóbal Colon rebosando en su rostro la alegría y el mas puro entusiasmo, al esplicar sobre sus pergaminos tan inaudito sistema; allí fray Juan Perez pasmado al escuchar sus raras y nuevas esplicaciones, y hasta el lego, que habia recibido al celebérrimo nauta en la portería, mientras el tierno infante se entretenia en jugar con los adminículos que el zurron de su padre encerraba. —En aquel momento no pude menos de recordar el magnífico pasage que en *Los recuerdos de un grande hombre*, escritos por mi querido amigo; el Excmo. Sr. D. Angel de Saavedra, duque de Rivas, habia leido pocos dias antes, pasage que me veo obligado á trasladar á este sitio:



Almuerzo dado á Colon por fray Juan Perez de Marchena.

Fué bastante haber tocado
con sagacidad la tecla:
la facilidad verbosa
del genovés se desplega.
Y con aquellas razones
de convencimiento llenas,
con que se siente y sostiene
lo que se sabe de veras,
sus inspiraciones pinta,
sus observaciones cuenta,
su sistema desenvuelve,
sus proyectos manifiesta.
Recurre á sus pergaminos,
los desarrolla, y enseña
cartas que él mismo ha trazado
de navegar, mas tan nuevas,
y segun él las esplica
en cosmográfica ciencia
demostrándose eminente,
tan seguras y tan ciertas,
que el pasmo del religioso
y su decision aumentan,
mientras al médico encantan,
le convencen y embelesan.
De aquel ente estraordinario
crece la sabia elocuencia,
notando que es comprendido,
y de entusiasmo se llena.
Se agrandan, brillan sus ojos,
cual rutilantes estrellas,
brotan sus labios un rio
de científicas ideas:
no es ya un mortal, es un ángel,
de Dios un nuncio en la tierra,
un refulgente destello
de la sábia Omnipotencia.

Con harto dolor no sigo copiando este soberbio romance: mis compañeros de viaje habian encontrado en las pa-

redes de la celda algunas inscripciones escritas en diferentes idiomas y llamaron mi atencion sobre ellas. Todas se dirigian á ensalzar y bendecir al entendido religioso, que tan benignamente acogió al descubridor del nuevo mundo, todas eran debidas á un momento de entusiasmo. Entre ellas habia no pocas españolas y algunos versos, que no nos parecieron despreciables: en la pared del lado de occidente se veia escrito;

«Un pensamiento colosal abriga
el gran Marchena y de entusiasmo lleno
con dulce ruego al genovés obliga
á que del gran Fernando el cetro siga.»

En la de mediodia leimos:

«La antorcha de la fé brilló luciente
por Marchena en las playas de Occidente.»

Estos recuerdos no podian ser mas gratos para quienes, llevados de un sentimiento patriótico, visitaban aquel monumento ya casi reducido á lamentosas ruinas.—Despues de examinar esta celda, quisimos ver el sitio en que habia pasado Colon algunas horas, embelesado en sus dorados sueños.—Subimos, pues, al mirador que dá vista al mediodia, y desde él descubrimos de un lado al anchuroso Atlántico, cuyas poderosas ondas venian á romperse, cargadas de espumas, en las pedregosas playas; de otro un hermoso y apacible paisaje, que despertaba en la imaginacion las mas poéticas ideas.—Tambien habia sido este lugar consagrado por la tradicion y el respeto: tambien conservaban sus muros leyendas, hijas del mas tierno afecto y del mas vivo entusiasmo, leyendas que trasladaria aquí, si no me aquejara el temor de ser demasiado prolijo; pero copiados ya algunos versos de la celda de fray Juan Perez, justo creo el no pasar en silencio los que nos parecieron mas notables en el mirador, que son los siguientes:

«¡Duerme, Rábida arruinada,
con tus peñascos grandiosos,
con tus recuerdos gloriosos
en mi patria desgraciada!»

Inmediatos al ángulo de la derecha se leian estos:

. . . .
Mi pasmo admirador, Colon, recibe
y glorioso en la GLORIA eterno vive.»

Restábanos ver si conservaba la *Rábida* algunos vestigios de su fundacion primitiva, y recorrimos en este empeño la mayor parte de sus habitaciones y departamentos. La mano de los siglos habia pasado alternativamente sobre ella, imprimiéndole el sello de cada cual, y dándole un carácter vago, que bastaba, no obstante, para conocer su historia, escrita en aquellos muros con la mas sublime elocuencia. Aun se conservaban algunas almenas, que revelaban la dominacion de los Templarios; aun en sus cláustros se veian algunos arcos que eran parte de otras épocas posteriores y de otros dueños menos orgullosos, notándose por un azulejo que existia en su patio principal que habia sido restaurado en 1804; pero todo en un estado triste, todo anunciando ruina. Encontramos, al fin, una media naranja de construccion fortísima y ahogada casi enteramente por varias paredes y tabiques construidos en su alrededor, no quedándonos ya duda alguna sobre las noticias que habiamos recogido del mencionado manuscrito. Esta media naranja era indudablemente del templo de Proserpina.

Examinada ya la *Rábida*, cuyos recuerdos habian producido en nosotros una sensacion tan profunda, al compararlos con su miserable estado, nos pareció oportuno recorrer los lugares, en que habian sido bendecidas las dos carabelas espedicionarias en 30 de abril de 1492, y de donde se habian dado á la vela en 3 de agosto del propio año. Bajamos, pues, en direccion al occidente sobre el canal, y llegamos á un brazo que se entra en la colina hácia la parte del mediodia, el cual es conocido con el nombre de *Domingo Gordo*, desde el dia de la bendicion de aquellas carabelas. Verificóse esta ceremonia el *Domingo de Pascua de Resurreccion*, y acudieron á ella todos los moradores de Palos, que asustados unos, y llenos otros de entusiasmo, corrian todos á contemplar aquel hombre estraordinario, á quien las preocupaciones presentaban ya como un ángel ó un mago, ya como un demonio.—Allí habia estado Colon, almirante ya de las Indias, allí Marchena, bendiciendo lleno de gozo la alta empresa que habia alimentado con sus consejos, allí Garci-Fernandez, allí Pinzon, allí Pedro de Velasco, y finalmente, cuanto mas ilustre abrigaban entonces aquellas poblaciones litorales.

Entramos de nuevo en nuestra barquilla, que habian acercado nuestros pescadores á *Domingo Gordo*, y dirigimos la proa hácia la barra de *Saltes*, de donde, como dejamos insinuado, partió la pequeña escuadra de Cristóbal Colon, compuesta de dos carabelas y una sola galeota, siete años despues de su primera llegada á la *Rábida*. Nada encontramos en aquel islote que recordase tan memorable acontecimiento; y dimos por esta causa la vuelta, encaminándonos á Moguer, no sin dejar antes en Palos al entendido don José Vela, que este era el nombre del jóven religioso que se habia prestado tan noblemente á acompañarnos.

Al separarnos de aquellos lugares no pudimos menos de hacer los mas fervientes votos porque atendiese el gobierno aquel monumento venerable, pareciéndonos que el destinó mas propio que pudiera dársele era el de consagrarlo á *casa de refugio* de nuestros marinos inutilizados en campaña. Estos mismos votos repito ahora á cien leguas de distancia de la Rábida. Quiera Dios que no sean vanas mis esperanzas (1).

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

UN TESTAMENTO FALSO.

(Conclusion.)

Esta contrariedad debia trastornarme naturalmente el ánimo; mas no habiendo dado felizmente los oficiales de justicia con Basset, abandoné la ciudad dos dias despues, y hallándose el pais todo ocupado en los preparativos para resistir á la Armada, me agregué á las fuerzas reunidas en el fuerte de Tilbury, bajo el mando del conde de Leicester. Si hubiera podido pasarme ú los españoles, sin esposicion, lo hubiera hecho. Mas de todos modos, traté de olvidarme con el ruido del campo, y con la monótona pompa de la guerra, de los horribles atentados en que habia tenido tal participacion; pero esto me era imposible. Todo cuanto llenaba de entusiasmo á los que me rodeaban carecia de interés para mí. El espectáculo glorioso de una reina poniéndose á la cabeza de sus ejércitos en un campo de batalla, y recorriendo las filas para exhortar á los soldados, recordándoles lo que debian á su pais, y manifestándoles su ánimo de conducirlos ella misma al enemigo, y de morir antes que sobrevivir á la ruina y á la esclavitud de su pueblo, todo esto pasaba desapercibido para un desdichado, cuyas noches y cuyos dias corrian en la agonía de los remordimientos. El estrépito mismo del combate, el desórden y la confusion que acompañaron á la destruccion de la flota, los ayes de los moribundos, los gritos de la victoria, el cañon tronando y vomitando la muerte, todo, todo pasó para mí desapercibido. Recorria el puente de mi navío, y aun abordé al enemigo siempre con la sombra cadavérica de Marstoké delante de mi vista, á cualquiera parte que la tornase, de tal modo que tuve que tomar muchas veces la determinacion de declararme á la vuelta de la flota, de confesar lo criminal de mi existencia entera, y acabar en la horca mi carrera de maldades.

—Y ¿á qué altura se encuentra en la actualidad este negocio, interrogó Oldcraft, que se tomaba á la sazon un vivísimo interés en la narracion de su cólega. Habla, habla pronto. Acabas de decir que todo se hallaba aventado. ¿Te asiste alguna razon para creerlo así?

—Solo la noticia que recibí ayer, respondió Greville, antes de dejar á Londres en donde me tenia oculto. He sabido que Basset acababa de ser arrebatado en Faversham, y conducido á la cárcel como acusado del asesinato de Neb. Inmediatamente me he puesto en fuga, y hé aquí como me teneis reducido al último estremo.»

El criminal, cubriéndose el rostro con ambas manos,

(1) Despues de escrito este artículo he sabido que la diputacion provincial trata de destinar la *Rábida* á lazareto, y que el jefe político, abundando en la misma idea que nosotros, ha propuesto al gobierno erigirla en *casa de refugio* de marinos inutilizados en campaña, que podrán prestar allí eminentes servicios.

prorumpió en mal contenidos sollozos despues de su espantosa narracion. En la agonía de sus remordimientos, se dirigió á su camarada: mas tranquilo y sin duda alguna mas endurecido que él, para demandarle consejo.

—»Consoladme, Oldcraft, esclamó, porque siento un pesar tan fuerte, la mano del cielo sobre mí, que no puedo vivir bajo la carga de mis crímenes. La muerte parece que aploma mi cabeza, y no obstante, no puedo morirme; pero creo percibir el olor de la muerte aun dentro de esta estancia en que nos hallamos; no parece sino que es esta mi sepultura.

—Tus palabras son proféticas, dijo Oldcraft adelantando el brazo derecho, y descargándole á Greville una de sus propias pistolas en mitad del pecho, y atravesándole los pulmones; tan á boca de jarro habia sido el tiro. Tus palabras son proféticas, insensato, porque esta es tu sepultura!»

La desgraciada víctima dejó escapar un grito; la hirviente sangre salia á grandes borbotones, y cayó de frente inanimado. Su verdugo, poniéndose entónces de pié, lanzó la pipa al estremo opuesto de la estancia.

—»A la verdad que ya era tiempo de velar á este idiota, esclamó precipitándose sobre el cadáver palpitante; y, volviéndolo sobre la espalda para rejistrar los bolsillos de su casaca y apoderarse de sus papeles, arrojándolos inmediatamente en el fuego sin examinarlos. Ya era tiempo de parar la lengua de este lloron, ó me hubiera visto comprometido hasta por cima de los pelos, á causa de sus infernales confesiones. Los negocios mas antiguos, de la propia suerte que las aventuras mas modernas, hubiesen ido saliendo todas una á una, y aun no hubiera acabado su maldito rosario. ¡Ola! ¡olá! ¡á mí! ¡socorro! ¡al asesino! ¡socorro! ¡Oh! ¡á mí! ¡Stephen, Robin, James! ¡á mí! ¡socorro! Y á la par que continuó prorumpiendo en penetrantes gritos, sacó de la vaina la espada de Greville y la tiró al lado del cuerpo. Despues de esto, corrió á la puerta y abrióla de par en par. ¡[illegible] socorro! ¡Arriba todos!... ¡arriba digo!... Me asesinan en mi propia casa.

—»Mirad, esclamó, en cuanto los criados, salidos á medio vestir del lecho, acudieron, asustados y despertados por el pistoletazo y por sus gritos. Ese miserable, no contento con haberme querido arrancar el dinero esta noche, me ha arremetido de súbito espada en mano, y hubiérame asesinado, á no caberme la fortuna de apoderarme de una de sus pistolas y de matarlo en el acto.»

Un profundo silencio mezclado de espanto reinó durante el resto todo de la noche en Marstoke-House, silencio únicamente interrumpido por el ruido de la nieve lanzada en gruesos copos contra los vidrios, y por las ráfagas de un helado viento de invierno. Los criados, hombres y mujeres, á quienes el estrépito del tiro y los gritos de su amo habian arrancado de sus lechos, se hallaban apiñados los unos contra los otros en la cocina, en donde, despues de haber encendido el fuego, se comunicaban en voz baja las sospechas y las suposiciones á que habia dado lugar tan estraño suceso.

En aquellos tiempos de espeton y de daga, un hombre muerto en una casa de campo no era un acaecimiento tan raro que originase escesiva confusion y espanto.

No obstante, una muerte tan estraña como la de aquel hombre, que habia recibido un tiro, en medio de la noche, y al lado del hogar mismo en que, tan cortos momentos antes, se le habia visto vaciar la copa de la amistad con su huesped, una muerte de semejante especie no pasó del todo por natural, ni sin que diera márgen á bastantes comentarios.

Por su parte, el principal actor de tan horrible drama se paseaba del uno al otro estremo de su aposento, al cual se habia retirado despues de haber ordenado que se dejara el cuerpo de la víctima exactamente de la propia manera que lo habian hallado los criados cuando acudieron en socorro de su señor.

—»Mi estrella, se decia, como examinando en su interior la accion que acababa de cometer, mi estrella está aun en su creciente, puesto que mi ángel bueno, ó mi ángel malo si se quiere, poco me importa cual de ellos sea, me ha enviado aquí á ese miserable lloricon, desembarazándome de la inquietud y de la desconfianza que me inspiraba hace mucho tiempo.

Estas felicitaciones que á sí mismo se hacia maese Oldcraft fueron de súbito interrumpidas por las pisadas de algunos caballos que pasaban rápidamente por debajo de la ventana de su aposento, puso fin á su soliloquio, apagó inmediatamente la lámpara que ardia sobre la mesa colocada al lado de su lecho, y, aproximándose á la ventana, entreabrió con precaucion uno de los postigos, y se puso á mirar hácia fuera.

Comenzaba á pintar el dia, y vió una pequeña partida como de diez hombres que doblaba á la sazon el ángulo del edificio. Dirigíanse hácia el patio principal, y apenas tuvo tiempo para entrever lo brillante de sus lorigas, cuando desaparecieron por detras de una de las torres que flanqueaba el viejo caserío, dirigiéndose hácia la entrada principal.

En otro tiempo, á principios del reinado de Henrique VIII, habia sido Marstoke-House un establecimiento religioso, habitado por una santa comunidad de carmelitas. En la actualidad se hallaba únicamente habitado por maese Oldcraft y por sus criados, reducidos en número, que únicamente ocupaban parte de un ala; y como quiera que fuese mal visto y poco estimado en la vecindad, tenia siempre la quinta un aspecto triste y solitario, aun en sus mas festivos dias. Por el lado habitado de la casa, habia al estremo del jardin un gran molino de agua, que habia pertenecido en otro tiempo al monasterio. En la actualidad se hallaba ocupado por un tal Jeuden, molinero, que lo hacia trabajar.

En el parque, en las tierras de labor y en los prados situados al otro lado del molino, habia muchos estanques deliciosamente sombreados por la proyeccion de las ramas de árboles gigantescos y separados por una especie de divisiones ó calles que servian para pescar con red ó para desecar aquellos viveros. Antiguamente, casi todas las abadías, castillos ó quintas, tenian sus estanques ó viveros para el abastecimiento de la casa.

Un no sé qué hubo de herir el corazon del culpable cuando se pusieron los ginetes en batalla, pidiendo con grande estrépito que les franqueasen la entrada; opinó que la llegada de los soldados podia tener alguna relacion con las últimas fechorías de Greville, y aun que él mismo quizá no seria estraño á ella. Esperimentó una opresion de alma cuando oyó los repetidos golpes que daban á su puerta principal, y muy pronto, aun cuando de todo punto ageno al miedo, se sintió presa de unas palpitaciones que le embargaron la fuerza toda. No obstante, bien pronto dueño otra vez de toda su energía, lanzóse fuera de su habitacion y caminando á tientas por el corredor, gritó á sus criados que no descorriesen los cerrojos á las puertas antes de que se hubiera él asegurado de qué era lo que pretendian aquellas gentes. Empero, la órden habia llegado demasiado tarde, porque la puerta habia sido abierta con tanta mas prontitud, cuanto que el gefe de la tropa habia intimado que abriesen á nombre de la reina, anunciando que era portador de una orden de prision contra el llamado Nicolás Oldcraft, acusado de asesinato de sir William Marstoke de Marstoke-Hall.

Maese Oldcraft habia entendido mal estas terribles palabras en el momento de penetrar en el salon, pero no se detuvo mas por ello, y, de la propia suerte que otros muchos tanto ó mas valientes que él, rehuyó el peligro que se le acercaba, y volviéndose á su cuarto despues de haber cerrado la puerta, arrojó un tablero de corredera sobre el enmaderamiento de detras de su lecho, y por allí descendió al jardin desde el cual esperaba irse á ocultar en el molino, ó escaparse por los estanques que se hallaban á su espalda.

La persecucion duró mucho menos tiempo de lo que él se prometia, pues que se apercibió al avanzar cortísimo espacio por el jardin de que se hallaba ya el molino ocupado por muchos soldados que habian penetrado en la casa. No obstante, el molino era su única áncora de salvacion, y deslizándose por una calle sombría que iba á lo largo del riachuelo, trató de llegar á él. El molinero, que se hallaba de pie cerca de la puerta, oia con la boca abierta la relacion que le hacia uno de los hombres de armas de Warwick. Al llegar Oldcraft al estremo de aquella calle, no teniendo nada que temer, el fugitivo atravesó el maderamen sin promover el mas leve ruido; y como quiera que el molino se hallase parado no titubeó un segundo en ocultarse en la rueda.

—»A la verdad que son nuevas bien estrañas, decia el robusto molinero atravesando la plataforma; y que vivimos

en bien estraños tiempos. ¡Ah! constable, siempre habia yo dicho que no era Olderaft de lo mejor del mundo. Nunca he querido á ese hombre, y en cuanto á su mujer...; ¡bah! en este punto me callaré, porque nada de esto me importa; así que, voy á hacer lo que únicamente me interesa.»

Y así diciendo, se adelantó el molinero y dió agua al molino. Inmediatamente se sintió salir un grito penetrante de en medio de las aguas que hervian debajo de él. El molinero, de todo punto alarmado, obró con ligereza suma, paró el agua y se detuvo la rueda, pero era demasiado tarde, y el cuerpo del desgraciado Olderaft seccionado en dos, flotaba ya en medio de las espumantes olas, arrastrado por la corriente.

Aun cuando este cuento pueda aparecer como estraordinario, se halla atestiguado por los cronistas. El espresado testamento fue dictado por el asesino que, introduciéndose en el lecho al lado del cadáver de su víctima, hizo el papel de testador en presencia de todos los de la casa, sin que concibiese ninguno de los espectadores la menor sospecha de fraude. Ademas la circunstancia de un hombre escondido en la rueda de un molino y dividido en dos, no es una ficcion. Lo que sí no se cuidaron de referir los cronistas es, que la víctima de Greville era católico, por lo cual, aun cuando Olderaft hubiese protejido el crímen, la providencia se hubiera encargado de su venganza.

Del estado que alcanzan los estudios históricos en España, y apuntes críticos sobre las obras de este género nuevamente publicadas.

Artículo III (1).

Corriendo el año de 1841 dió á luz un primer tomo de historia de la última regencia el señor don Joaquin Francisco Pacheco, literato y escritor tan conocido del público que en balde amontonaríamos palabras para elogiarle: su reputacion está ya hecha: su nombre raya tan alto, que casi sería temeridad nuestra el poner en tela de juicio el mérito de una obra salida de sus manos. Pero cúmplenos hacer notar en este punto, que no conocemos escritor alguno que sepa como el señor Pacheco narrar con imparcialidad y juzgar sin pasion los acontecimientos contemporáneos. No solo del talento, del caracter mas bien del hombre sacamos este íntimo convencimiento. Porque talento no faltó ciertamente en Thiers, en Lamartine, en Luis Blanc, y ninguno de ellos ha podido arrancar de su criterio histórico, toda huella de simpatía ó antipatía personal hablando de los sucesos que han pasado á sus ojos ó han influido directamente en las cosas actuales. Se necesita para ello un particular temple de alma: una conciencia fria y enérgica, un dominio propio que está al alcance de pocas personas. El señor Pacheco es el hombre de tales cualidades: es repetimos el escritor en quien mas aptitud reconocemos para referir y juzgar sucesos contemporáneos. Ya que admiten nuestras costumbres este peligroso género de historia, ya que los vivos han de escuchar la sentencia que debe seguirlos mas allá de la tumba; sean los inconvenientes los menos posibles, escriban hombres como el señor Pacheco, historias como esta de la regencia de doña María Cristina.

Bien da á conocer lo que llevamos asentado la lectura del primer tomo: es una introduccion mera de su obra, y Godoy y Fernando VII, Aranjuez y Bayona, las Cortes de 1812 y los realistás de 1814, el trienio de libertad que vino á cerrar Angulema, y el despotismo de diez años en que terminó su reinado el príncipe *deseado*, se encuentran descritos, ó mas bien puestos de relieve, con ejecucion maestra y tan severa justicia que causa admiracion el verlo. Ya era tiempo en verdad de que cayese la luz sobre ciertos sucesos envueltos en tinieblas por el encontrado espíritu de las diversas facciones y partidos. Todos ellos son tratados como merecen sus faltas que á la verdad son grandes; pero sin aspereza, sin pasion. Y sin embargo recordamos haber oido lamentarse al autor de ciertas calificaciones duras en su sentir, que atribuye al ardor inconsiderado de su juventud, porque jóven era todavía el señor Pacheco cuando dió á luz este primer tomo de su historia: dureza como aquella quisiéramos ver en todos los libros de cosas contemporáneas, tal inconsideracion juvenil desearíamos que hubiesen empleado en sus juicios, hombres tales como Thiers, Lamartine y Luis Blanc.—Por lo demas la historia de la regencia de doña María Cristina permanece ahora suspendida si no son inexactos nuestros informes: ojalá pueda su autor anudar pronto estas tareas y llevarlas al buen término que esperamos.—Tambien hemos oido que piensa escribir una historia de la monarquía goda en España, trabajo importantísimo que desempeñado con el acierto que la introduccion al fuero-juzgo escrito últimamente por el mismo señor Pacheco para los códigos de la *Publicidad*, dará á su autor mucha gloria y enriquecerá nuestras letras con un tesoro de mas.

El Sr. *Quinto*, ha dado á la estampa en este mismo año un libro histórico que juntará gran reputacion á su nombre.—Desde que las ideas democráticas comenzaron á ajitarse en España, fué dogma de la ciencia política que en la antigua constitucion de Aragon el Rey era jurado de los ricos hombres con esta fórmula: *Nos que valemos tanto como vos y que podemos mas que vos os nombramos Rey con tales condiciones y sino nó.* Transmitidos á nosotros por libros extranjeros antes que por los naturales; viniendo con todo aparato de novedad, trayéndole gran comodidad á cierta escuela para comprobar históricamente sus teorias; tal fórmula fué grandemente popularizada y vivió con general crédito largos años. Sin que demos sobrada importancia á tales palabras; sin juzgar favorecida ni amenguada ninguna opinion política porque hayan ó nó sido pronunciadas en juramentos reales; fuerza es reconocer que la aclaracion y resolucion de este punto histórico era conveniente y aun necesaria: acometió esta empresa el señor Quinto ya académico de la historia, y bien conocido por sus trabajos en el mundo de las letras.—Sagacidad, discrecion, copiosos datos, erudicion estensa; nada le faltaba al autor para llevarla á buen término; y sin embargo, fuerza es decirlo, quedó harto dudosa la importancia de su trabajo, dejándolo incompleto por una parte, sobradamente estendido por otra.

Si el señor Quinto queria probar solamente que la fórmula del juramento *Nos que valemos tanto como vos* no se ha aplicado jamás á la coronacion de los monarcas aragoneses, cumplió perfectamente su empeño: despues de haber leido su libro es imposible sostener la contraria doctrina.—Ya en otra ocasion nos ocupamos estensamente de este libro y dirémoslo, no de propia vanagloria sino por encarecimiento del señor Quinto: nada se ha podido criticar en él despues de lo que nosotros criticamos: cuantos esfuerzos se han hecho para contradecir su doctrina y sostener la verdad de tal fórmula de juramento, aun siendo muy eruditos no han dejado de ser infructuosos enteramente. El autor ha probado con riguroso criticismo histórico que ningun testimonio digno de crédito puede alegar la opinion contraria: ha descubierto el punto mismo donde ha nacido el error, lo ha seguido por todas partes hasta nuestros dias, viéndole cambiar de término frecuentemente, ahora encojiéndose, ahora ensanchándose al compás de los tiempos: ha demostrado tambien que las mismas palabras de la fórmula, son de estraña cosecha y que en la lengua de Aragon no han podido nunca decirse.—Tal juicio, tal erudicion ha mostrado el señor Quinto en todo esto que las mas apasionados y severos, al refutarle comenzarán siempre por admirar su obra.—Pero no solo que la fórmula era supuesta quiso probar el señor Quinto: su espíritu, exaltado con la evidencia de lo que veia, quiso mirar mas allá; pasó los límites de la verdad misma que acababa de descubrir, y perdido y vacilante recorrió un camino amplísimo que estaba fuera de su ánimo deliberado y fuera por consiguiente de sus medios actuales de investigacion. Resbalóse el señor Quinto al querer probar que la fórmula no pudo existir por hallarse en contradiccion con el espíritu del pais y el carácter general de los siglos medios. Trabajo mas grande se necesitaba para esto que no para la primera empresa, y el autor olvidó que no lo tenia hecho. Nosotros creemos lo contrario de lo que crée en este punto el señor Quinto: sostenemos que la fórmula del *Nos que valemos tanto como vos* estaba en el carácter, en el corazon de los aragoneses; y en nuestra opinion detenidamente reflexionada, *Hotman* el célebre autor de la *Franco Gallia* á quien esta invencion se atribuye, no hizo otra cosa que reducir á principio y poner en sentencia la doctrina profundamente

(1) Entre las muchas erratas que sacó el artículo anterior por causa de la mudanza, debe contarse en primer lugar el haberle puesto al frente «primero» en vez de «segundo».

liberal esparcida en las instituciones y en los hechos prácticos, en las crónicas antiguas, en la tradicion general del pais. No pretendemos sin embargo, criticar en la obra del señor Quinto como malo lo que es diverso de nuestra opinion por solo serlo: en otro lugar hemos discutido ya esto con alguna estension.—Pero aun manteniendo la opinion que el señor Quinto mantiene, siempre hallaríamos floja y descuidada esta parte de su libro.—No dice en defensa de su opinion todo lo que deberia decir, una vez resuelto á defenderla: toca superficialmente este punto importantísimo quien tanta conciencia puso y tal copia de erudicion supo hallar para convencernos de que la fórmula del *Nos que valemos como vos* no se ha empleado jamás en la coronacion de los reyes aragoneses. Esto no puede atribuirse sino á la causa que de antemano dejamos señalada: acaso el objeto principal del señor Quinto, era probar que no hubo tal fórmula; no que era imposible que la hubiera habido; no que la constitucion aragonesa dejára de ser aristocrática y extraordinariamente restrictiva del poder real; no que los soberanos fueron casi absolutos en aquella antigua corona. Lo primero lo ha probado tan bien el autor que pasará á ser dogma de la ciencia histórica dejándole al paso grande y lejítima nombradía, mas aun que nacional estranjera; lo segundo no ha podido probarlo: ha quedado á medio tratar en su obra; se ve que ha habido en ello precipitacion, incertidumbre. Por esta última consideracion hemos dicho que quedaba en duda la importancia absoluta de esta obra: que habia quedado incompleta.

Mas modernamente aun que la obra del señor Quinto han salido á la estampa algunos capítulos de la grande obra de historia que de órden del gobierno y con su apoyo inmediato, trabaja y escribe lenta y concienzudamente el señor Estévanez Calderon conocido en las bellas letras con el seudónimo del *Solitario*. Aparte de sus bellos cuadros de costumbres y del inimitable estilo clásico de sus obras, era ya conocido el señor Calderon como buen escritor de historia, por un libro impreso en 1844 con el título de *Manual del oficial en Marruecos*. Si el pensamiento del autor al escribir este libro no fué hacer una historia, por tal deben contarse sin embargo los capítulos en que relata las gloriosas entradas y espediciones de los españoles al Africa con la descripcion de la batalla funesta de Alcázar que no fuera desdeñada de Tito Livio y un resumen breve pero verídico y palpitante de los hechos y hazañas que han llevado á cabo los marroquíes en todos tiempos, de sus diversas sujeciones y dinastías que los han gobernado, de las guerras civiles que los han afligido, y en fin de cuanto puede contentar la curiosidad mas estremada. Obra toda ella de gran erudicion y novedad, escrita en hermoso estilo y que es lástima que el autor no levantara á las proporciones de verdadera historia. La academia premió tambien este trabajo importante con admitir en su seno al señor Calderon. Pero el libro de que vamos á ocuparnos y de que solo han visto algunos capítulos la luz pública, se titula historia de la *Infantería Española*, y en él se ha propuesto el autor levantar un momento de gloria á nuestra milicia, dejando altos ejemplos que estudiar é imitar á la belicosa juventud que empuñe en adelante las armas de la patria: si por la ejecucion merece gloria grande el señor Calderon, no menor deberá tocarle al ministro que concibió tal pensamiento y á todos los que despues han protejido su realizacion. La obra se anunció desde su principio tal como deberá ser, tal como podia esperarse que fuera.

Cuando en nuestra niñez llevados de sed de poesía ojeábamos las *Orientales* de Victor Hugo, solíamos detener los ojos en una página: pararnos á meditar sobre un breve renglon castellano puesto al frente del canto del Mufti. Aquel renglon decía: *Hierro despiértate*; y el autor francés habia puesto por debajo *grito de guerra de los almogábares*. Aquella enérgica esclamacion de que no guarda semejanzas la historia: aquel idioma en que estaba escrita nos llenaba de orgullo, era cosa de España: era un tributo pagado por el estrangero á una de nuestras glorias mayores. Pero nosotros ignorábamos aun dónde, en qué ocasion, por qué gentes se habia dado tal grito de guerra: *hierro despiértate*. Recorríamos con la mente toda nuestra historia y no lo hallábamos en ninguna parte: hasta el nombre de almogábares nos era desconocido. Habíamos nacido en tierra de la antigua corona de Castilla, y la historia de esta provincia era para nosotros la historia entera de España. Ya señalamos este error comun en nuestro primer artículo. Pero en verdad que aun siendo aragoneses no habríamos tenido por qué conocer á los almogábares tales como fueron. Tambien han tratado con despego este punto los descendientes de los conquistadores de Sicilia y de Atenas, triunfantes en Europa y en Africa y en las fronteras de Asia contra todo linage de enemigos. Un libro precioso reimpreso á fines del siglo pasado cuando tantas buenas obras ya olvidadas tornaron á ver la luz pública, la *Espedicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos* de don Francisco de Moncada por ser de comun adquisicion, que anda en manos de todos, parece que deberia haber remediado en alguna parte este olvido verdaderamente vergonzoso. Pero Moncada no hizo otra cosa que darnos á conocer una de sus campañas: el origen de los almogábares lo decide erradamente, de su organizacion militar, de su modo de combatir, armas y vestiduras que llevaban, costumbres que seguian y hazañas que ejecutaron ántes de pasar á las regiones de Oriente, nada dice, ni dá á entender tampoco que de esto hubiese estudiado. Por lo mismo las hazañas maravillosas que nos refiere en su libro pierden mucho interés del que parece debieran inspirar á todos los lectores españoles: el ánimo se siente inclinado á tomar tales hechos por fábulas ó exageraciones de aquellos siglos apartados. Leida pues, con indiferencia, conservada de pocos en la memoria, la hermosa relacion de Moncada, si con altos y conocidos quilates literarios, ha tenido hasta aquí poquísima importancia histórica. El comun de las gentes en España, aun en las clases mas ilustradas, aun en sus mejores personificaciones literarias, ha desconocido hasta este punto la importancia de ese recuerdo, de esa gloria militar de nuestro pais que ha alcanzado pocos rivales en el mundo. Quizá no hayamos sido nosotros los primeros que hayan tenido fijos los ojos por largo espacio en la página donde estampa Victor Hugo el *hierro despiértate*; y al volver lentamente aquella hoja hayan pensado como nosotros que si ese soberbio grito es español y si representa toda una historia de orgullo y de grandeza, debiera ponerse mas al alcance de todos para que niños ni ancianos, nadie en fin lo desconociese en España. *(Concluirá).*

ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO.

LA SED DE ORO.

ODA.

Que mas fuerce la cava,
Cuanto pone mas el alma avara.
FR. LUIS DE LEON.

De rosas y jacintos
Enlaza tu albo cuello;
Adórnate, o muchacha,
Y al baile acude presto.
Y ríñate en buen hora,
Algun avaro viejo,
Que tú eres inocente,
Y son taimados ellos.
¡Con cuánto afan y susto
Aquel varon sin seso
Doblones amontona,
Entierra en rudo encierro.
¿No ves en su semblante
Rugoso, macilento,
Sentada la codicia,
Luchando los recelos?
Un soplo le amedrenta,
Un ¡ay! se le hace trueno;
Espántale su sombra,
Y tiembla al menor eco.
Ni come, ni descansa;
Si duerme, horribles sueños
Le ciñen de fantasmas
Que asaltan su dinero.
El néctar de las vides
Precioso don del cielo,
Jamás su pecho ensancha,
Jamás borró su ceño.
Mas no le dan de valde,
Ni él pone á nada precio;
Ni en vaso en que libra
Su amigo, halla el contento,

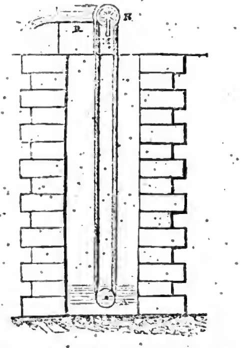
Pues vaya lejos, vaya,
Con su codicia necio,
Y mas tesoros junte
Qué tuvo nunca Creso.
Yo en mas que sus metales
Un dulce brindis tengo;
Y si él doblones guarda,
Alegre como y bebo.
¿Mas cuántos años cuenta
El Tántalo ese nuevo?
¡Ay! solo cuatro lustros
Le faltan para ciento.
¿Y es este el baron sábio
Que sábios quiere hacernos,
Sin ver que ya la tierra
Le está la fosa abriendo?
De rosas y jacintos
Enlaza tu albo cuello;
Adórnate, muchacha,
Y al baile acude presto.

FRANCISCO DE LAIGLESIA Y DARRAC.

Solucion de las cuestiones propuestas en el número anterior.

I. Por estraña que haya parecido nuestra primera cuestion, no deja sin embargo de ser susceptible de una solucion tan sencilla como la que á continuacion estampamos:

Atense una á otra dos estremidades de la cuerda, de suerte que resulte de ella una cuerda sin fin: arróllesela en la garganta de la polea superior B colocada en el brocal del pozo, y, para mantenerla en un grado de tencion conveniente, enróllese tambien la parte inferior de la misma cuerda en una segunda polea. A movible alrededor de un eje fijo, y sumergida en el agua, de la propia suerte que lo representa la figura. Imprímase despues un movimiento de rotacion rápida á la polea B por medio del manubrio M; la cuerda, enrollándose sucesivamente alrededor de las poleas A y B que giran alrededor de sus ejes, arrastran consigo del fondo del pozo una cantidad bastante notable de agua, que podrá ser arrojada y recibida en su receptáculo R, colocado en la parte superior del pozo, un poco mas abajo del punto mas elevado que toque la roca.



A esta máquina, tan singular por su propia sencillez, se le ha aplicado el nombre de *Vera*, cartero de París, que concibió semejante idea al ver la gran cantidad de agua que arrastraba en pos de sí, entre sus asperezas, una cuerda que sacaban del Sena. Se concibe que puede hacer muy buenos servicios en ciertas circunstancias particulares, especialmente en el caso de que llegasen á faltar vasos á propósito para la elevacion del agua. Mas; tambien es cierto que su *efecto útil*, que su rendimiento de agua, es muy corto en relacion á la fuerza empleada.

Lalande refiere, en su historia de las matemáticas de Montacla, que habiendo sido empleada la máquina de Vera, en las cabernas de Courbevoie, elevaron dos hombres en seis minutos 274 litros de agua, á cerca de 27 metros de altura. Pero este guarismo es evidentemente exagerado, en atencion á que fué el resultado de un esperimento de cortísima duracion, y en el cual el esfuerzo empleado era muy superior á lo que lo seria durante todo un dia. En efecto, el trabajo de cada uno de estos obreros hubiera producido en un dia de ocho horas la elevacion de 295,920 litros á 1 metro de altura, y este número va mas allá seguramente en mas de dos tercios de lo que representa la fuerza que puede gastar un peon, empleando su esfuerzo durante el mismo tiempo en una manivela. Ademas seria necesario, valiéndose de la máquina para elevar agua, gastar mas de un tercio de la fuerza en ponerla en movimiento.

Otro esperimento citado por el propio autor, dá un resultado mucho mas aproximado á la posibilidad, aunque todavía escesivamente grande para el trabajo de un dia entero. «En el estremo de la calle de l'Arcade-Saint-Honore, en la inspeccion del Petite-Pologne, dice Lalande, bastaban diez y seis cadenas de hierro para elevar á 6 metros de altura, cerca de 7 metros cúbicos de agua por hora.» Les fué posible suprimir la polea inferior, que no sirve sino para sostener la tension de las cuerdas ordinarias. Este trabajo equivale á la elevacion de 168,000 litros á un metro de altura en ocho horas; lo cual es aun un tercio mas de lo que produciria un peon trabajando incesantemente con la mejor máquina hidráulica por medio de una manivela.

La invencion de Vera valió á su autor la aprobacion universal y una gratificacion de 2,400 francos. Hízose aplicacion de ella en las demas naciones, y aun en Inglaterra. El célebre físico Deluc mandó colocar una en un pozo de 55 metros de profundidad, cerca del palacio de Windsor. La cuerda se enrollaba en la parte superior en una polea de hierro de un metro de diámetro, colocado en el eje de la manivela con una rueda emplomada que servia de volante; la polea de abajo fué suprimida, porque se reconocia que era inútil en verificándose con cierta rapidez la rotacion. El agua subia en abundancia.

No obstante todos estos esperimentos que la fueron tan favorables, la máquina de Vera no suele figurar hoy sino como una curiosidad de escasa aplicacion en los libros de enseñanza ó en las esplicaciones de los cursos de física y mecánica.

II. Hay una infinidad de procedimientos para resolver esta cuestion. Hé aquí uno elegido entre los mas sencillos.

Mandésele á la persona que ha pensado el número que lo triplique, y despues que tome la mitad exacta de este triplo, si es par, ó la mitad mas grande posible, si no puede verificarse la division con exactitud. En seguida se volverá á hacer triplicar esta mitad, y se preguntará cuantas veces se halla comprendido el número 9 en el resultado. El número pensado será el doble, si ha podido verificarse la division por la mitad; pero, si el triple del número buscado era impar, habrá que añadirle la unidad. Asi por ejemplo, sea 5 el número que haya que adivinar, su triplo es 15, cuya mitad mas grande es 8; el triplo de 8 es 24 en el que se halla contenido dos veces 9. El número pensado es por lo tanto el doble de 2 ó 4, añadido en 1 ó sea la unidad.

AVISO.

El trastorno que ha ocasionado en la marcha normal del SEMANARIO, la organizacion de un establecimiento tipográfico en el mismo local en que se encuentran las oficinas del periódico, ha sido causa de que en los últimos números se deslicen algunas faltas inevitables, para las cuales demandamos la indulgencia de nuestros constantes favorecedores.

Imp. de Alhambra y Comp., calle de Jacometrezo, núm. 26.



LA MONTAÑA DE ORO EN CHINA.

El Kin-chan, *ó la montaña de oro*, se eleva un poco al Oeste de la ciudad de Tchein Kiang-fou, que se halla al Este de Nan King. Hé aquí los detalles que, acerca de esta célebre montaña, se encuentran en la *Geografia* general de la China, segunda edicion, lib. 62, fol. 8.

La montaña de oro se halla situada en medio del gran rio Kiang, á 7 lis (7 décimas de legua) al Noroeste de Tan-tou-hien, ciudad de tercer órden, bajo la dinastia de los Long; en el quinto año del periodo de Ta-tchong-tsiang-fau (en 1012), soñó el emperador Tching-song, que se paseaba sobre esta montaña, y le dió el nombre que lleva hoy; suele llamársela tambien Feou-gu, es decir *Jaspe flotante*, se lee en los opúsculos de Tcheou-pi: «Esta montaña se vé circundada por el mar: cuando sopla el viento con violencia por todos lados, se creeria que se conmueve y que va á cambiar de sitio.» Tal es la razon de que se la haya llamado Feou-yu (Jaspe flotante.)» A 20 lis (2 leguas) al Sud de la ciudad de Tchin-kiang-fou, hay una montaña de forma prolongada que se eleva al Noroeste; se la da el nombre de Ou-tcheou-chan; se estiende hasta la bahia de Hia-pi-fou, y allí penetra en el rio Kiang; despues vuelve á elevarse bruscamente y forma *la montaña de oro*. Los puntos mas elevados de esta montaña se llaman Kin-'ao-fong (pico de una altura prodigiosa). Al Este se elevan las cimas llamadas Ji-tchao-yeu (cima iluminada por el sol); Kin-yu-yeu (cima de oro y de jaspe); Mias-tong-yeu (cima de la gruta maravillosa). Se distingue ademas la gruta denominada Tchao-yang-tong (ó gruta vuelta al Mediodia), y Long-tong (gruta del Dragon). Al Oeste, se alza la cima de Thcou-tho (nombre de un general célebre en el sétimo siglo; y ademas la gruta del (general) Fei-kong. Al Norte, se encuentra la gruta de los Ropages blancos (Pe-i-tong), y la gruta de las Nubes voladoras (Fei-yun-tong). Al pié oriental de la montaña, se vé la piedra de la Longevidad, la roca de la Fidelidad (Sin-ki), y la escarpadura de la Inteligencia (Khio-'an). Al Norte de la montaña en medio del rio Kiang, hay una roca denominada Men-lau-chi; al Este de la montaña, en medio del mismo rio, se eleva el monte Kouo-chan (ó monte del Gavilan), y el monte Che-pi-chan, en el que se halla la tumba del célebre comentador Kuou-pou. En frente del monte Che-pi-chan se alza el monte Pi-kia-chan, llamado tambien Sau-chan-chi, ó Peñasco de los tres picos contiguos.

Bajo la actual dinastia, el emperador Khang-hi, al visitar las provincias del Mediodia en el año cuadrigésimo segundo de su reinado (en 1703), compuso (con el tema del monte de oro) una inscripcion intitulada: *Kiang-thien-i-lan*, es decir, una vista del cielo (pais) del Kiang, y escribiendo las tres palabras *Song-fong-chi* (roca de los pinos y de los vientos) sobre la cima llamada Si-tchao-yeu cima iluminada por el sol), y las dos palabras *Yun-fong*, pico de las nubes) en la gruta Tchao-yang-tong (caverna vuelta hácia el Mediodia.)

El Emperador Kieng-long, visitando el Mediodia en el décimo sesto año de su reinado (1751), hizo construir un palacio en lo alto de esta montaña, y escribió una composicion en verso intitulada: *Thsou-teng-kin-chan-chi* (es decir, versos escritos despues de haber subido por la vez primera al monte Kin-chan, ó monte de oro) y otra composicion titulada: *Ten-kin-chanta-ting-chi* (versos escritos despues de haber subido á la cima de la pagoda del Kin-chau, ó monte de oro).

CREACION DE LA ORDEN DE LA BANDA.

(Conclusion.)

—El caballero de la Banda que hiriese á otro de la Orden sobre enojo y rencilla no entraria en palacio en un año, y estaria preso la mitad de este tiempo.—Ningun caballero de la Banda que fuese justicia por el rey en la córte ó fuera de ella podria ajusticiar á ningun caballero de la Banda, sino prenderle y remitirle al rey.—Yendo el rey á la guerra

irian con él todos los caballeros de la Banda, y puestos en el campo se juntarian bajo una bandera, y estarian y pelearian á una; de lo contrario perderian un año de sueldo y andarian otro año con media banda.—Ningun caballero de la Banda seria osado de ir á guerra si no fuese de moros; si en alguna otra se hallase quedaria por entonces sin la banda, y si pelease en favor de otro que el rey, la perderia.—Todos los caballeros de la Banda debian juntarse tres veces al año donde el rey mandase, y estas juntas serian en abril, setiembre y navidad para hacer alarde de sus armas y caballos, y tratar de asuntos de la Orden.—Debian todos los caballeros de la Banda tornear por lo menos dos veces en el año, justar cuatro, jugar cañas seis, y tener carreras todas las semanas: el que fuese negligente en ir á estos ejercicios militares ó mostrase poco arte en ellos, andaria un mes sin banda y otro sin espada.—Estaban asimismo obligados dentro de los ocho dias que llegase el rey á algun lugar, á poner tela para justar y carteles para tornear: y ademas de esto debian tener maestro y escuela á donde fuesen á esgrimir y á jugar de puñal y espada, so pena que el negligente en esto fuese arrestado en su posada y privado de media banda.—Ninguno de esta Orden habia de estar en la córte sin servir á alguna dama, no para deshonrarla, sino para festejarla ó casarse con ella; y cuando saliese fuera debia acompañarla como ella quisiese, á pie ó á caballo, llevando quitada la caperuza y haciendo la mesura con la rodilla.—Debia tambien, cuando supiese que en torno de diez leguas de la córte se hacian justas ó torneos, ir á justar y á tornear so pena de andar un mes sin espada y otro tanto sin banda.—Si algun caballero de la Banda se casase veinte leguas en torno de la córte, todos los demas irian con él al rey á pedirle alguna merced, y despues le acompañarian todos hasta donde se habia de casar, para hacer allí algun honroso ejercicio de caballería, y ofrecer alguna presea á su esposa.—Todos los primeros domingos de cada mes irian juntos á palacio y muy bien ataviados los caballeros de la Banda, y allí en el patio, ó en la sala real, delante del rey y de toda su córte jugarian de todas armas dos á dos, de manera que no se lisiasen.—Tornearian treinta con treinta, y esto con espadas romas y sin filo, y tocando las trompetas arremeterian juntos, y en sonando el añafil se retirarian todos, so pena de no entrar mas en torneo y de no ir un mes á palacio.—En la justa no debian correrse mas de cada cuatro carreras; los jueces debian ser cuatro caballeros, y el que en cuatro carreras no quebrase lanza, pagaria todo lo que costase la tela.—Al tiempo que falleciese algun caballero de la Banda le irian todos á ayudar á bien morir, y despues irian á enterrarlo, y se vestirian todos de negro un mes, y no justarian en otros tres.—Dos dias despues de enterrado al caballero de la Banda se juntarian todos los otros caballeros de la Orden, é irian al rey, lo uno á darle la banda del muerto, y lo otro á suplicarle recibiese en su lugar algun hijo grande de él, é hiciese alguna merced á su muger para sustentarse y casar sus hijas.

Estas eran las obligaciones que contraian los individuos del cuerpo de la Banda, algunas de las cuales nos parecerán ridículas hoy dia; mas en aquellos tiempos en que las prendas de un buen caballero participaban de todas las virtudes públicas y domésticas, de todo el atractivo de la honradez, elegancia y cortesanía, no lo eran de modo alguno. Otra observacion nos sugerirá la lectura de tan peregrinas constituciones: que mientras en las famosas órdenes de Santiago, Alcántara y Calatrava se prescribia como en recuerdo de su antiguo origen y por medio de los votos que hacian sus candidatos, un régimen de vida monástico hasta cierto punto, la de la Banda solamente compendiaba los deberes que en aquella época eran propios de toda persona distinguida, y por lo tanto podia llamarse esencialmente caballeresca. ¿Hay algo mas delicado que las consideraciones que se mandan tener con el bello sexo, y la prescripcion de que todo caballero tuviese una dama á quien servir, la acompañase con muestras del mayor respeto, y no la galantease sino con el honesto fin de merecer su mano? En medio de la grosera sencillez que descubren las costumbres de aquellos siglos ¿no denota este solo rasgo que la muger ha gozado siempre en nuestra sociedad de una especie de culto que nunca podrá alcanzar con la quimérica emancipacion de la filosofía moderna?

Pero volviendo á los sucesos que nos hemos propuesto referir: cuenta la crónica que como fuese el rey don Alfonso de muy nobles acciones, y procurase honrar en todo su dignidad, determinó coronarse, armarse á sí propio caballero, y dispensar luego este honor á los ricos hombres, infanzones é hidalgos de sus reinos; á cuyo efecto mandó que concurriesen todos en dia señalado á la ciudad de Burgos. Hallábase á la sazon en este punto; y para dar tiempo á que acudiesen al llamamiento, se encaminó en romería á Santiago con el designio de visitar el cuerpo del santo apóstol, y recibir de él la órden de caballería: resolucion digna de su grande espíritu, y prueba de lo arraigada que estaba la fé aun en los corazones menos supersticiosos. Llegado que hubo á aquella ciudad, en la que entró á pié por mas humildad y devocion, fué en derechura á la iglesia, donde pasó toda la noche velando sus armas, que estaban puestas sobre el altar del santo. Al amanecer el arzobispo de Santiago don Juan de Limia, le dijo misa; y bendiciéndole las armas, el gambax ó sobreveste, la loriga, los quijotes y canilleras, los zapatos de hierro, y por fin la espada, púsoselas el mismo rey sin que le ayudase nadie; y por último llegándose á la imágen de Santiago y acercando el rostro, recibió la pescozada. Era indispensable todo este ceremonial para quedar armado caballero; por otra parte la dignidad del soberano no permitia que pudiese tocarle nadie, sino el santo patron de España, caballero y alférez mayor de Jesucristo, y alférez mayor del pendon de Castilla y de Leon, como entonces se le llamaba.

Hecho esto, tomó don Alfonso la vuelta de Búrgos, donde encontró ya muchos caballeros de los que habia citado, y mientras iban llegando los restantes, mandó que se pusiesen dos tablados para justar, ademas de los que con el mismo fin habia en diversas partes de la poblacion. En cada uno de aquellos estaban cuatro caballeros de la Banda para mantener la justa contra todo el que quisiese lidiar con ellos; y pasando entonces por Burgos muchos estranjeros que iban en romería á Santiago, so los invitaba á tomar parte en la fiesta, á lo que accedian los mas con el deseo de lucir su gallardía y denuedo. De este modo al estímulo del amor propio se añadia el espíritu de patriotismo, y á la humillacion de quedar vencido, el público desdoro de serlo por un desconocido en quien á veces se hallaria un ilustre personaje y á veces un oscuro aventurero. El mismo rey que se complacia estraordinariamente, y aun solia mezclarse en estas diversiones, no obstante lo peligrosas que eran, tenia mandado que en todos los pueblos inmediatos á Burgos á donde iba frecuentemente, hubiese tablas para justar, y prevencion suficiente de armas y de todo aquello que para el caso se requeria.

Llegó el dia de la coronacion, y la ciudad toda, llena de innumerables gentes, así del pueblo como de la nobleza y clero, anunció desde muy temprano la solemne fiesta que se preparaba. El rey se trasladó desde la habitacion del obispo de Burgos á sus casas de las Huelgas, en cuyo monasterio debia verificarse segun costumbre la ceremonia; y á la hora señalada se dirigió á la iglesia á caballo, rodeado de toda la grandeza de sus reinos y de todos los caballeros que habian venido á la fiesta de la coronacion, los cuales caminaban á pié formando un acompañamiento no menos brillante que numeroso. La crónica ya citada describe prolijamente la magnificencia del vestido del rey y la riqueza de las guarniciones de su caballo: admirable profusion de gusto y suntuosidad en unos tiempos tan incultos aun y desasosegados, en que afortunadamente los representantes de la real estirpe se mostraban superiores á la ilustracion general, como lo habian sido antes á los golpes del infortunio.

El rey sentado en el trono, y al lado su esposa Doña María, oyeron la misa que dijo el mencionado arzobispo de Santiago en presencia de otros varios prelados vestidos de pontifical. Al ofertorio, dejando los reyes sus asientos, subieron al altar y se arrodillaron: el arzobispo ungió al rey en el hombro derecho y bendijo las dos coronas que estaban sobre el altar, las cuales tomó D. Alfonso, poniéndose la una él mismo y colocando la otra sobre las sienes de su esposa. Ambos siguieron en aquella humilde actitud hasta la elevacion, y concluida esta, volvieron á sus puestos y permanecieron en ellos hasta el fin de la misa sin quitarse las coronas. Era un espectáculo interesante ver asegurada en las sienes de aquel monarca la diadema que en su niñez habia sido el juguete de ambiciosos y descontentos: al carácter que supo mostrar apenas tomó las riendas del gobierno, el rigor, tan necesario entonces, con que trató á los mas indóciles y revoltosos, y las continuas empresas en que tuvo ocupados á sus vasallos, libraron al

trono de los peligros que le amenazaban, y retrajeron de sus siniestros propósitos á la turbulenta aristocracia, causa muy principal de los quebrantos que se padecian.

En celebridad de tan fausto suceso, hubo aquel dia juegos de lanzas y bohordos, y todos los demas regocijos que en tales casos y en tales tiempos se acostumbraban. Al siguiente armó el rey caballeros con grandes ceremonias y aparato, á los principales ricos hombres é hidalgos de su reino, los cuales comunicaron luego este honor á un número determinado de nobles, cada cual segun su poder y categoría. Todas estas novedades, pues así podian llamarse (dado que de tiempo atras no dispensaban los reyes la honra de caballeria, y por esto trató D. Alonso de restablecerla), todas estas novedades fueron acompañadas de funciones y regocijos militares en que los ánimos se habituaban á los peligros y estruendo de la guerra, y se disponian á grandes empresas y heróicos hechos; y en todas estas escenas desempeñaron el principal papel los caballeros de la banda.

La historia no vuelve á hacer mencion de la nueva Orden hasta el año de 1333, en que algunos suponen, acaso con fundamento, que esperimentó algua reforma, y aun dan por seguro que entonces formó el rey D. Alonso los estatutos que ya hemos visto. Lo cierto es que en el citado año, hallándose el mismo rey en Valladolid, se verificó un famoso torneo, esclusivamente sostenido por los caballeros de la Banda contra los llamados de la ventura que quisieron entrar en él. Hallóse entre los mantenedores el propio D. Alfonso, aunque encubierto, por no quitar la libertad que debia reinar, y si hemos de creer lo que la historia dice, hubo encuentros muy reñidos, y heridas y pesados golpes, de que cupo al monarca alguna parte, despartiéndose por último sin que los fieles supiesen á quiénes adjudicar el lauro de la victoria.

Otro torneo semejante tuvo lugar en Burgos el lunes de pascua del año 1335 con motivo de varias ordenanzas que mandó promulgar el rey relativas á la administracion de justicia, y á la moderacion en el vestir, pues el demasiado lujo empobrecia las casas y daba ocasion á vicios y abusos vituperables. Con el tiempo fueron entregándose tambien al olvido estas diversiones, ó por lo menos no ofrecieron tanto interés; bien es verdad que las circunstancias, cada vez mas complicadas, eran poco á propósito para semejantes entretenimientos, á no ser en alguna ocasion memorable, ó cuando naturalmente hallaban placer en ellos los reyes ó sus favoritos. Asi en 1356 celebró uno en Tordesillas el rey D. Pedro; posteriormente no hallamos mencion de importancia hasta el largo reinado de D. Juan II en que el carácter enérgico y caballeresco de D. Alvaro de Luna reprodujo en la córte estos espectáculos, ya al paso por Valladolid de la infanta de Aragon doña Leonor, que iba á desposarse á Portugal, ya en las cortes de Madrid de 1443, ya finalmente en las justas que se hicieron en Valladolid por el casamiento de D. Enrique IV, siendo príncipe todavía; fiestas de triste memoria por las desgracias que produjeron. Por último, en el reinado de este D. Enrique se tuvo un famoso torneo entre Madrid y el Pardo, del cual fué mantenedor el privado D. Beltran de la Cueva, con grande escándalo del pueblo que le vió derramar á manos llenas el oro que debia á la liberalidad del soberano.

En todos estos festejos, prescindiendo de los que los estatutos les prevenian, tomaron mas ó menos parte los caballeros de la Banda, y por lo tanto no puede ponerse en duda la existencia de la Orden á mediados del siglo XV, sin embargo, no es fácil averiguar cuándo comenzase á perder el valor que se la daba generalmente; por el contrario Juan I, segun el testimonio de Garibay, no halló obsequio mas honorífico para los caballeros que vinieron á Castilla con el emperador Segismondo, que la concesion de de la citada Banda: y del escudo que dejamos copiado en el sello de D. Juan II, se deduce que aun en tiempos de este monarca era insignia de grande estima. Despues esperimentó esta institucion la suerte que corren todas, y así el historiador Mariana nos dice que en sus dias no se conservaba de ella rastro ni señal alguna.

Lo propio puede decirse de las costumbres á organizacion de nuestros antiguos pueblos, lo propio de la mayor parte de los linajes que los habitaban y ennoblecian. ¿Qué traslado nos queda de aquellos ilustres héroes, orígen de la sociedad que fué mas adelante el asombro y modelo de la Europa? Algunos han sobrevivido al trastorno universal perpetuando sus nombres en su descendencia; la mayor parte vieron irse menoscabando su fama en sus sucesores, los cuales yacen hoy dia confundidos y despreciados aun entre el vulgo. Pudiéramos anotar aquí los nombres de los ilustres personajes que componian la órden de la Banda si no temiéramos ser molestos: en su número se hallaban comprendidos ademas del rey los infantes y otros nobles cuyos mayorazgos subsisten todavia, caballeros tan principales como Pedro Fernandez de Castro, apellidado *de la Guerra*, sin duda por sus proezas, padre que fué de Doña Juana de Castro, esposa momentanea del rey D. Pedro; Alfonso Fernandez Coronel, Alvar García de Albornoz, Garci Jofre Tenorio, Pedro Trillo, Juan Rodriguez de Villegas, Mendo Rodriguez de Biezma, Juan de Cerejuela. Juan Fernandez de Bahamonde, Gil de Quintana, Juan Rodriguez de Cisneros, Iñigo Lopez de Orozco, y muchos mas cuyos apellidos eran de casas ilustres y poderosas, que figuraban al lado de las de la primera nobleza. «Hay ahora en España, dice el ilustrísimo Guevara haciendo estas mismas reflexiones, otros linajes que son Velascos, Manriques, Enriquez, Pimenteles, Mendozas, Córdovas, Pachecos, Zúñigas, Fajardos, Aguilares....Carvajales, Sotomayores, y Benavides....Es de creer que de aquellos linajes antiguos haya ahora tantos descendientes que son nobles y virtuosos, á los cuales como los vemos tener poco y poder poco, tenemos por mejor callarlos que nombrarlos.

Esta degradacion querria quizá evitar tambien D. Alfonso XI al instituir la órden de la Banda, abriendo una escena en que pudiesen conquistar gloria y aplausos aquellos á quienes la suerte habia negado las ventajas de la primogenitura; pero se dejó engañar de su buen deseo. Esta inconstancia de prosperidad y cambio recíproco de gerarquias estan en los principios inmutables de la naturaleza, porque ni los individuos ni las familias pueden perpetuar en sus vínculos los favores de la fortuna; las naciones perecen: los tronos se hunden en el abismo de la nada; se corrompen las generaciones y desaparecen de la tierra, y todo vive espuesto á esa inmensa série de vicisitudes sin la cual caducarian el progreso y perfeccion del mundo.

Cayetano Rosell.

Del estado que alcanzan los estudios históricos en España, y apuntes críticos sobre las obras de este género nuevamente publicadas.

Art. III.

(Conclusion.)

Ya á principios del año pasado de 1848, un jóven poeta con cuya generosa amistad nos honramos, hizo algo á invitacion nuestra por popularizar este recuerdo. El señor don Nicasio Camilo Jover, quien es el poeta á que nos referimos, daba entonces su última mano á *las Glorias de España* notable coleccion de poesías destinadas á hacer comunes embellecidos con las galas de la imajinacion y de la armonía, los hechos históricos y los caracteres mas grandes que haya presentado nuestra nacion en todos los siglos. Acaso nuestras ardientes escitaciones no fueron inútiles para inspirarle una improvisacion brillante y enérjica que debe contarse entre los mejores poemas de la coleccion. Pero el eco de una voz jóven todavía, ni el reducido campo de una poesía, bastaban para poner en su justo lugar el carácter profundamente orijinal y maravillosamente heróico de los Almogábares. Tal empresa estaba reservada para tal escritor como el señor Calderon. En el espacio señalado por el gobierno á su historia de la Infantería no pueden acaso comprenderse otras acciones que las ejecutadas desde el tiempo de los Señores Reyes Católicos; la escepcion de esta regla en favor de los almogábares era sin embargo un deber nacional y literario y el señor Calderon ha sabido cumplirlo. De hoy mas la figura siniestra pero magestuosa del almogábar, aparecerá con claridad en nuestra historia: la avidéz con que se han leido los números de la *Revista Militar* en que ha visto la luz ese capítulo promete tambien mayor popularidad á su recuerdo.

Distínguese el señor Calderon como historiador por la

fuerza y clasicismo de su estilo: su historia es la historia *estética*, ó acaso mejor dicho de *representacion* que señalamos en nuestro primer artículo como la mas conveniente para España en las condiciones actuales de nuestra civilizacion. Si esta escuela debe preferirse en nuestra opinion á las escuelas *psicológicas* en muchos casos, tratándose de una historia destinada á ofrecer grandes ejemplos al valor y mover el entusiasmo de los militares, parécenos que es punto incontestable.—Ver al almogabar y admirarle es pasar los ojos por el diseño ó retrato que hace de ellos el señor Calderon. «De estatura aventajada, alcanzando grandes »fuerzas, bien conformado de miembros, sin mas carnes »que las convenientes para trabar y dar juego á aquella »máquina colosal y por lo mismo ágil y ligero por estremo, »curtido á todo trabajo y fatiga, rápido en la marcha, fir»me en la pelea, despreciador de la vida propia y asi señor »despiadado de las agenas confiado en su esfuerzo personal »y en su valor, y por lo mismo queriendo combatir al ene»migo de cerca y brazo á brazo para satisfacer mas facil»mente su venganza, complaciéndose en herir y matar, el »soldado almogabar ofrece á la mente un tipo de feroci»dad guerrera que hace eclipsar la idea del falangista »griego y del legionario romano. Su gesto feroz parecia »mas horrible con el cabello copioso y revuelto que oscu»recia sus sienes: los músculos desiguales y túrgidos se en»roscaban por aquellos brazos y pechos como si las sierpes »de Laoconte hubieran querido venir á dar mas poder y »ferocidad á aquellos atletas despiadados. Su trage era la »horrible mezcla de la rusticidad goda y de la dureza de los »siglos medios: abarcas envolvian sus pies y pieles de las »fieras matadas en el bosque le servian de antiparas en las »piernas; una red de hierro cubriéndole la cabeza y bajándole »en forma de sayo como las antiguas capellinas, le prestaba »la defensa que á la demas tropa ofrecian el casco, la co»raza y las grevas: el escudo y la adarga jamás la usaron »como si en su ímpetu sangriento buscasen mas la herida »y la muerte del enemigo que la defensa propia: no llevaban »mas armas que la espada, que ó bajaba del hombro de »una rústica correa ó se ajustaba al talle con un ancho ta»labarte y un chuzo pequeño á manera del que despues »usaron los alféreces de nuestra infantería en los tercios del »siglo XVI; la mayor parte llevaba en la mano dos ó tres »dardos arrojadizos ú azconas, que por la descripcion que »de ellos se hace se recuerda al punto el terrible *pilum* de »los romanos: ni los desembrazaban y arrojaban con me»nos acierto ni menos pujanza: bardas, escudos y armadu»ras todo lo traspasaban hasta salir la punta por la parte »opuesta. En el zurron ó esquero que llevaban á la espalda »ponian el pan único menester que necesitaban en sus es»pediciones, pues el campo les prestaba yerbas y agua si »no llegaban al término de ellas, ó en las ciudades y reales »enemigos encontraban despues largamente todo género »de manjares.—El rio mas caudaloso lo pasaban á nado. »Ni el rigor de la escarcha ó hielo, ni el ardor del sol mas »rigoroso, hacian mella en aquellos cuerpos endurecidos: »la jornada mas dilatada y áspera era obra de pocas horas »para ellos; y diestrísimos en la lid, cantos cuando convenia, »silenciosos á veces para ser mas horribles en su alarido lle»gado el caso, escesivos en sus saltos, muy ágiles en sus »movimientos, y por consiguiente certísimos en los asaltos »é interpresas jamás hallaron obstáculo ni impasibilidad, »ya marchasen, ya asaltasen ó combatiesen ciudades ó cas»tillos.—Sus banderas y estandartes eran los de Aragon y »Sicilia; su grito de guerra el mas siniestramente elocuente »que pudo imaginar la ferocidad del soldado. Tal grito azo»tando el hierro contra el hierro ó contra la tierra era decir: »*hierro, hierro despiértate* y ya toda misericordia estaba por »demas.»

De intento hemos copiado todo este pasage que puede darse como acabado modelo en la forma que hemos llamado de *representacion*. En esto está el mayor mérito del señor Calderon. Mas no por ello ha de pensarse sino que pone tambien los hechos truncados ó dudosos en toda su exactitud y verdad. Asi deja ya sentado como cosa indudable el origen y naturaleza de los almogabares; asi en otro capítulo que tambien se ha publicado de su historia, revela toda la fuerza de inteligencia y de ánimo que hubo de emplear Gonzalo de Córdoba en la trabajosa y desigual campaña del Liris ó Garellano. Y revelar decimos, porque en verdad, las relaciones incompletas y encontradas de Pulgar, Paulo Jovio y Guicciardini, copiados ó seguidos sin reflexion por escritores modernos, dejaban en oscuridad profunda la razon de aquella memorable victoria, dándole solamente al general español, la gloria que nunca suele negarse al favorecido de la fortuna. Ya el *gran* Quintana, en sus biografías de célebres varones castellanos (trabajo histórico de altos quilates por cierto), declaró al terminar la relacion de esta campaña del Garellano que si otras victorias pueden atribuirse á la fortuna, aquella era «enteramente debida á la capacidad del gran capitan que entonces llenó toda la estension de este renombre». Pero el cuadro que traza este autor de aquellos sucesos, aunque insuperable en dotes de concision y de verdad, no pudo contener de sobrado estrecho todo lo que se necesitaba decir y relatar para dejar asentado; que en el Gran Capitan se reunian «las grandes inspiraciones del Genio de nuestro siglo con las prendas de prevision y prudencia de los grandes generales de la antigüedad.» Palabras son estas últimas del señor Calderon: puede decirse que él ha realizado cuanto era de esperar en su alta reputacion y cuanto la nacion española pedia en este punto para mayor esclarecimiento de su fama.

Un ilustrado crítico de esta córte y varios periódicos estrangeros, entre ellos la *Revue des deux mondes*, se han ocupado ya de cierta obra histórica del duque de Rivas, donde cuenta y describe la insurreccion napolitana que acaudilló Tomás Aniello, comunmente llamado Masaniello, contra el dominio de España en Nápoles. Todos la han juzgado ventajosamente, y no seremos nosotros los que demos opinion contraria. El libro es digno de su autor: baste por todo encomio, ya que no sea posible que mas nos detengamos en estos apuntes críticos.—Pero obra que verdaderamente merecia largo espacio y seria atencion de nuestra parte, y que deberá contarse por una de las mejores producciones de nuestro siglo, es la historia de la arquitectura española que acaba de publicar á costa del Estado el señor Caveda. Libro primero en su género; escrito con erudicion copiosa, con gran criterio y conciencia, salpicado de profundas observaciones, con órden y claridad incontestables, conduciendo el ánimo apaciblemente desde las agrestes iglesias levantadas por los reyezuelos de Asturias, hasta las maravillas católicas de Toledo, de Búrgos y Sevilla, símbolos de grandes conquistas y de vasto poderío; llevándole despues á Córdoba, y de Córdoba á la Alhambra, emblemas fieles de las dinastías muslímicas que trocaron en lazos y flores el hierro de sus espadas, y cambiaron por airosos ajimeces y puntiagudos arcos egipcios, los torreones macizos y los castillos roqueros de los primeros tiempos de su dominacion. Así el historiador Al-Katti se vanagloriaba torpemente de que en su tiempo no llevase ya el caballero de Granada ancha loriga ni ruda visera, sino mas bien airoso morrion y leve coraza: ya Vegoçio nos pintó algo parecido en los siglos de la degradacion romana, dejóse allí tambien en las armas lo rudo por lo bello, lo pesado por lo gentil. La historia de la arquitectura representa mejor que ninguna otra esa ley terrible del progreso humano que hermana las grandes acciones con la infancia del arte y no deja para su perfeccion sino miseria y desvanecimiento.

El antiguo general y hombre político don Evaristo San Miguel ha terminado tambien la publicacion de su historia del rey don Felipe II, escrita con imparcialidad casi siempre y harto diferente en verdad de como parecian anunciarla los antecedentes y opiniones del autor. La verdadera religiosidad del Monarca que se ha llamado por ciertos escritores hipocresía, la justicia del castigo aplicado al príncipe don Cárlos que se ha solido calificar de asesinato, la persecucion de Antonio Perez y otros tales sucesos desnaturalizados tanto por la pasion y el encono de los enemigos del gran rey, se encuentran relatados y aun juzgados con lealtad y justicia. En la parte militar suele mostrarse el autor entendido y hábil, aunque á la verdad no admitimos de modo alguno su manera de considerar á la infantería española, la razon de vencer que tenian aquellas falanjes y otras circunstancias harto importantes sobre su composicion y armamento. No podemos detenernos en este punto; pero estamos ciertos de que la *Historia de la Infantería Española* que se está escribiendo por órden del gobierno rectificará las equivocaciones que en nuestro sentir ha cometido el respetable general San Miguel en esta parte de su obra. Por lo demas la imparcialidad de que ha dado muestras al hablar del *demon du Midi*, dice mucho en favor de su conciencia. Mas hále faltado la *forma*: la brillante representa-

cion *estética* del señor Calderon: la profunda, clara y popular psicologia del señor Pacheco para cotejar todos los hechos con los grandes principios de la inteligencia y de la voluntad. Su estilo de fácil degenera en trivial.

A todos estos trabajos importantes que dejamos mencionados, habremos de añadir dentro de poco, si no estamos equivocados, la *Historia de Fernando VII*, que escribe el académico don Antonio Benavides, escritor de nervioso y cáustico estilo, gran colorista, juez severo, que sabrá retratarnos con toda exactitud las flaquezas y desventuras de aquel funesto reinado. La historia de los *Protestantes españoles*, por don Adolfo de Castro, de cuyo mérito dejamos hablado algo, y unos trabajos curiosos y concienzudos sobre el famoso *Don Juan de Austria*, y el no menos célebre cardenal *Jimenez de Cisneròs*, en que se ocupan ó últimamente se han ocupado los jóvenes académicos de la Historia don Miguel Lafuente Alcántara y don José de Zaragoza, actual jefe superior político de la Córte.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.



TIPOS ESPAÑOLES.



La Manola.

LA QUERIDA DEL SOLDADO.

NOVELA ORIGINAL.

PROLOGO.

Que es indispensable aunque no lo parezca á algunos lectores.

CAPITULO I.

Flores y abrojos.

Hace cuatro años, cuando yo no contaba mas que diez y seis, residia en una capital de provincia, cuyo nombre no hace al caso. Alejado del mundo por mi hermosa edad y por la situacion de aquel pais, cuando presenciaba un hecho de los que solo tienen lugar en otras poblaciones mas civilizadas ó mas populosas, creia que solamente observándolo y estudiándolo con detencion podria llegar á conocer perfectamente el mundo.

Sucedió, pues, hace cuatro años una cosa que, por las circunstancias que la acompañaron, tardará mucho en olvidárseme.

La audiencia de C... habia condenado á muerte á un foragido, y la sentencia debia ejecutarse en la poblacion donde yo residia. Como desde los principios de la guerra civil no habia herido mi imaginacion un acontecimiento de esta naturaleza, renovóse en mí con mas ahinco la idea de estudiar, como antes dije, al mundo en el hombre, y á este en los terribles momentos en que se muestra tal como fué criado.

Tocó por casualidad á un oficial amigo mio la guardia de la cárcel el dia en que el sentenciado fué metido en capilla, y recuerdo perfectamente que me causó una impresion en alto grado dolorosa, ver que la multitud corria como á un festin al sitio donde levantaban el tablado, mientras que otros, en no menor número, se agolpaban con avidez á las puertas de la cárcel, atropellándose y disputándose el umbral, que pronto los sacerdotes y curiales mandaron despojar á los centinelas.

Y sin embargo, yo tambien corrí á ver el escalon, sobre el cual iba acaso á elevarse un alma al cielo, y tambien esperé con impaciencia la venida de la noche para ir á acompañar á mi amigo, como habíamos convenido.

Entonces, por fortuna, no acertaba á esplicarme esta contradiccion en mis ideas; ahora por desgracia, sí. ¡Triste ventaja la que lleva el hombre al niño!

Cuando descorro el velo que en mi memoria envuelve los recuerdos de aquella feliz primavera de mi vida, siento un no sé qué, que me desvanece y me apesadumbra. Los ternísimos recuerdos de la infancia, como huyendo los ardores del estío de la vida, acógense en la edad madura bajo las alas del corazon. Cada uno que de allí se arranca,

le arranca un suspiro, que no porque parezca dulce deja de ser en el fondo muy amargo.

¿Por qué elegiria la noche para contemplar á un moribundo? ¿Encontraba en mi mente alguna asimilacion entre la noche y el aniquilamiento de nuestra raquítica materia?

Aun no habia sonado la última campanada de las oraciones, y ya atravesaba yo, no sin terror secreto, el dilatado aunque modesto vestíbulo de la cárcel de mi pueblo.

A la izquierda, conforme se entraba, habia una reja cuadrangular cubierta por una cortina encarnada, á través de la cual se percibia el lúgubre resplandor de dos velas; pero nada se oia.—Nadie me dijo lo que allí detras pasaba, y sin embargo lo adiviné, porque aquellas luces me causaron una especie de mareo.

En la pared de enfrente otra reja aun mayor que la primera daba paso á las prisiones, y arrodillados en el interior estaban los reos que no merecian gemir atados de pies y manos en el fondo de un calabozo. Pero así como aquel espectáculo me enternecia, recuerdo tambien que me horrorizó distinguir en la penumbra á dos ó tres de aquellos forajidos jugando los naipes, mientras sus compañeros rezaban y uno se encomendaba á Dios.—Ahora me parece que no iba muy errado al creer que podia estudiar el mundo en una cárcel.—Y sin embargo, yo era un niño.

Mi amigo me esperaba con ansia: aunque acostumbrado á ver morir en los campos de batalla, la muerte que da la justicia impresionaba en gran manera su corazon de soldado. El aparato lúgubre que allí se desplegaba le tenia, si no afligido, por lo menos triste y silencioso.

Como si fuera á cometer un crimen me acerqué temblando sobre la punta de los pies, á la reja de la capilla, hice un esfuerzo sobre mí mismo, y alcé por uno de sus estremos la cortina encarnada... Aun me parece que estoy viendo al infeliz reo, con las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza caida hácia atrás, y contestando por monosílabos á las piadosas reflexiones que el venerable ministro de Dios le dirigia. En el momento en que yo le miraba poseido de terror, pareció esperimentar una contraccion nerviosa. Estendió los brazos adelante, enderezó la cabeza, y sus ojos se encontraron con los mios...

Sin duda habria oido mis pasos... ¿Creería que iban á sacarle ya para el patíbulo, ó á llevarle la revocacion de su sentencia?

Aquella mirada me desvaneció..., dejé maquinalmente caer la punta de la cortina, y para llegar á donde me esperaba mi amigo, tuve que apoyarme á cada paso en la pared.

Pero como en las imaginaciones juveniles es toda idea transitoria, despues de poco olvidamos hasta el objeto que nos reunia en aquel sitio.

Dieron, sin embargo, las diez de la noche, hora que en las capitales de provincia es la del silencio y el descanso, y empezó á oirse en la capilla un vocear acompasado y lúgubre, que nos heló el corazon, quitándonos el placer de los divertimientos propios de nuestra edad.—Recuerdo perfectamente que empezamos á hacer conjeturas sobre el motivo que podria obligar al sacerdote á hablar con mas esfuerzo, y recuerdo tambien que no encontramos uno que nos satisficiera de todo en todo.

Aunque esta introduccion es por casualidad una ojeada retrospectiva sobre una página de ese libro tétrico y monótono que se llama historia de mi vida, estrañará el lector que descienda con placer á ciertas trivialidades que parecen de poca monta; pero al desmenuzar los recuerdos de la infancia, al hacerlos pasar por el tamiz de la memoria, se suele encontrar en ellos tanta belleza, un sabor tan dulce y cándido, que el alma goza en aspirar ese aroma puro, como gozan las mugeres en los recuerdos de sus amores.

Ahora que veo las cosas por un prisma menos seductor, paráceme estraño no haber comprendido entonces que si la voz del ministro del Altísimo vibraba con mas fuerza seria probablemente porque, habiendo oido el infeliz reo las diez de la noche en el relój de la carcel, comprenderia que á igual hora de la mañana siguiente dejaria de existir, y esta reflexion tal le debió poner que el sacerdote pensára encaminar las suyas á un autómata.

Para librarnos de aquel tétrico clamor que así nos entristecia, refugiámonos mi amigo y yo en la habitacion del alcaide, y como ni aun allí pudiésemos desechar las tristes ideas que nos preocupaban, llamó J..... á su asistente, soldado viejo y de buen humor que daba puñetazos á diestro y siniestro al hablar de sus batallas, y tan entusiasta de los generales á cuyas órdenes habia servido, que al leer un dia en un periódico una composicion poética en que yo cantaba la gloria de uno de ellos, me fué á buscar sin conocerme, y me dió un abrazo que recordaré mientras viva.

Gozaba de grande fama el asistente entre sus compañeros, no solo por su antigüedad en el servicio, pues habia cumplido y reenganchádose varias veces, sino tambien por el aire de inteligente superioridad que sabia tomar en algunas circunstancias.—Estaba ademas acribillado á balazos, y nadie osaba poner en duda su valor; lo que dá mucha preponderancia al soldado entre sus camaradas.

II.

Historia del sargento novelista.

Era Nicanor—que así se llamaba el asistente—un macizo cazador de hasta siete lustros, de fisonomía brusca, pero agradable, de ademanes toscos, pero moderados y sobre todo de una facundia sin par para esto de historietas y cuentos de soldados. Debia tambien á la naturaleza el arte de hacer reir sin afectacion, que, unido á su proverbial donaire, y un no se qué de melancolía que incrustaba, por decirlo así, en todas sus narraciones, me trasportaba oyéndole á la época en que los religiosos ó los eruditos iban al azar buscando por veredas y encrucijadas los ancianos de las aldeas, tradiciones vivientes que sirvieron despues para escribir la historia.

Le habíamos rogado que nos contase una de amores, ó algo que nos entretuviese mientras el sueño nos acométia; pero él, despues de reflexionar un rato, comenzó á menear la cabeza.

—¡Qué!—¿no te acuerdas de ninguna?—le pregunté.

—Ya os las he contado todas, señoritos—me replicó.

Y no mentia seguramente; porque á cada instante poníamos á contribucion su repertorio.

—Pues es preciso pasar el rato de alguna manera,—insistí.—Este sitio no tiene nada de agradable y nadie mejor que tú puede distraernos.

—Harto sé lo que en una cárcel se entristece uno, y de mí sé decir que, como hace mucho tiempo he perdido el buen humor que tenia, siempre aprendo algo cuando á ella vengo.

—¿Tan dado eres á la observacion?

—No es por gusto, no. Es—prosiguió con su acostumbrado aire melancólico—es porque las cárceles me recuerdan una historia muy terrible.

—¡Una historia, y callada la tienes!—le interrumpió mi amigo.

—¡Ay señorito! así como los recuerdos dulces,—el de una batalla en que uno no ha sido herido por ejemplo—recrean el ánimo y alhagan la imaginacion, los que están empapados en sangre—como este;—y dió un suspiro—dejan, al despertarlos en la memoria, una huella dolorosísima que no es fácil de borrar.

—¡Tonterías!—esclamó mi amigo.

Yo callé porque me pareció un sacrilegio levantar el sudario de olvido que cubria aquella historia.

—Cuéntanosla,—prosiguió—con su acostumbrada veleidad su amo.

Nicanor parecia arrepentido de haber hablado de aquello, y estaba meditabundo.

—¿Para qué?—dije yo entonces queriendo sacarle de su embarazo;—¿qué nos importa á nosotros de una historia triste, y para qué nos serviria ademas en una noche como esta?

El asistente me agradeció mi mediacion con una mirada en que creí entreveer una lágrima.

—Pero si no sabe otra,—añadió su amo,—que nos la cuente.....

—No, no: seria abusar.....

—¡Qué abusar! ¡Bueno es eso!—Nicanor, cuéntala.

—¡Pero, señorito....!

—Cuéntala y déjate de bromas.

—Es muy larga.....

—Mejor que mejor.

—Apenas con una noche bastaria.....

—¡Bravísimo!

—Pero, hombre.....—balbuceé, deseando en mi inte-

rior—debo confesar mi flaqueza,—que el pobre asistente se viera obligado á obedecer, aunque fuese á la fuerza.

—¡Dale!—esclamó J.....—Nicanor, al caso.

Yo quise interponerme todavía; pero mi amigo repuso un tanto enfadado:

—¡No faltaba mas!

El asistente dobló la cabeza, enjugó el sudor que inundaba su rostro y esclamó:

—Sea, pues, si asi lo quieren vds.; pero no contaré aunque me maten la historia de mis amores, que es la que aludo, sino la de un pobre sargento amigo mio que la escribió. Despues, traeré á vds. el manuscrito que conservo.

Reunímonos, pues, en torno suyo, y ni un momento le concedimos para coordinar sus ideas.

Así comenzó Nicanor.

—Durante la guerra última sucedió cuanto Rodriguez ha escrito en esos papeles. Amaba á su obra, tanto como á mí, que soy el héroe de ella, y nunca hubiera venido á parar en mis manos á no encargarse la muerte de contrariar sus gustos. El vacío que dejó en mi existencia la falta de mi amigo, poco tiempo despues de haber perdido para siempre á Lucía, me ha trocado de alegre en taciturno, de afable en seco, descontentadizo y brusco.—¡Rodriguez murió por mi causa! ¡Lucía me ha abandonado por mi culpa! siempre que la idea de la justicia humana ó de la divina me asalta á la imaginacion, padezco tanto, que, no sé como no me vuelvo loco.

Calló un momento el asistente, y luego con aspereza, como avergonzado de su debilidad, prosiguió:

—En la última accion que se dió en Navarra antes del famoso convenio, nos habíamos batido Rodriguez y yo como desesperados. Mi compañía estaba cercada por un regimiento enemigo, que nos iba acorralando junto á un puentecillo de dos ojos adonde dirigian sin cesar sus tiros las baterías facciosas colocadas en una eminencia. Nuestra situacion no podia ser mas apurada: solo nos quedaba el recurso de morir matando. Todos los oficiales habian caido y el desaliento empezaba á cundir en nuestras filas. Busqué con la vista á Rodriguez, que un momento antes se ocupaba en animar á todos, y juzguen vds. de mi sorpresa al ver su puesto vacío: corrí á informarme de cuantos á su inmediacion se hallaban, y ninguno supo darme razon de él. Túvele por muerto, y desde aquel instante no volví á pensar en defender mi vida. Me dirigí solo, con el fusil terciado á la entrada del puente, destrozado ya por las balas de cañon, seguro de que muy pronto conseguiría mi deseo. Oialas zumbar en torno mio, me enderezaba para presentarlas mayor blanco..... ¡todo en vano! Decidido estaba ya á poner yo mismo fin á mis dias, cuando á pocos pasos de mí, detrás de un trozo de la fábrica del puente, ví flotar un plumero encarnado, que al punto reconocí por el de Rodriguez. Arrastrándome con cautela, porque ya temía la muerte, logré reunirme con él, y ¡ojalá que antes de conseguirlo hubiera espirado!—Encontré á mi amigo agazapado detras del poste, tiritando, con los ojos desencajados y dando visibles muestras de una enagenacion mental. En vano le pregunté mil y mil veces porque le hallaba en aquella situacion; sus respuestas eran monosílabos casi ininteligibles. Por último llegué á comprender mas por sus ademanes que por sus palabras que habia presentido su última hora y queria huir de su destino. Entonces no pude contenerme, y agarrándole por un brazo con todas mis fuerzas, esclamé:

—Hasta ahora no habia yo conocido que el sargento Rodriguez es un cobarde.

La única respuesta fué un signo negativo.

Volvíle á apostrofar con mas colera, y viendo en fin que no lograba traerle su deber á la memoria, asíle por el cuello de la casaca, poniéndole de pie:

—Ven—le dige,—si Dios quiere que mueras moriremos juntos.

En esto nuestros soldados habian intentado abrirse paso por entre las filas enemigas: una nube de balas los acababa de diezmar, y una de ellas hirió en mitad de la frente á mi pobre amigo, en el mismo instante en que yo lo arrancaba por fuerza de su parapeto. Ni una queja, ni una injuria para mí salió de sus lábios. Cayó en tierra con el cráneo destrozado, murmuró solamente:

—¡Bien lo sabia!.., los presentimientos no engañan!... —¡Voy á morir! ¡A Dios!... Aquí en mi mochila... guárdalo.... guárdalo mientras vivas....

Un momento despues solo estrechaba entre mis brazos un cadaver. Cuando exhaló el último aliento, me pareció que tambien me faltaba el mio, y caí exánime á su lado.

. . . .

Cuando volví en mi acuerdo me hallaba prisionero de los facciosos, y tenia entre las manos el ensangrentado manuscrito de la historia de mis amores, que guardaba en su mochila mi pobre amigo. . . . .

Notas. Aquella misma noche nos llevó Nicanor á la cárcel el manuscrito á que se referia; escrito todo por el sargento, y empapado en su sangre. Al separarse de él para entregárnoslo, respiró con fuerza, como si le hubiesen quitado de la conciencia un remordimiento.

—¡Pobre Rodriguez!—balbuceó—¡yo fuí su verdugo! ¡yo he sido el asesino de cuantos he amado!

El estilo fácil, sencillo, y casi pastoral, y la forma de novela en que estaba escrita, me aficionaron tanto á esta historia, que, á trueque de estropearla resolví escribirla á mi modo, y apropiármela. Quiero, pues, espiar la mala tentacion en que he caido, deplorando aquí la suerte del sargento novelista. Un manuscrito libró á Chateaubriand de una bala republicana. Por culpa de una bala realista ha llegado á mi poder otro de un hombre desconocido. Aquella nos legó un genio.... ¿quién asegurará que esta no nos lo haya robado? ¡Pobre Rodriguez! Solo Nicanor le lloró; diez años mas tarde quizá le hubiera llorado toda España.

Vicente Barrantes.

(Continuará.)

GEROGLIFICO.





LA PESADILLA.

FANTASIA CANICULAR.

INTRODUCCION.

¡Qué fuego! Es la canícula.
El aire denso y cálido
de la cargada atmósfera
no templa el seco ardor:
y en vano el cuerpo lánguido
con ánsias mil inútiles
hallar quiere benéfico
reposo ni frescor.
Ya es alta noche: lúgubre
silencio reina: el ánimo
me enerva soporífero
cansancio... ¡qué calor!
¡Ah! me rindió por último
el sueño; mas mi espíritu
se agita entre quiméricos
insomnios con pavor
á impulso del maléfico
canicular sopor.

I.

Qué es esto? De vapores la atmosfera cargada
sobre mi frente pesa: la siento en derredor
en raudo remolino rodar arrebatada,
prensándome las sienes con infernal dolor.
Qué es esto? Deliro? Qué espíritu horrendo

suspenso en los aires me eleva tras sí?
Mi estrecha garganta se vá comprimiendo:
no veo, no siento, no aliento. ¡Ay de mí!
Esto es que el fin de mi existencia toco:
esto es sin duda que se muere así,
la última idea en el cerebro loco
girando en espiral, que espira en sí.
Esto es ¡ay! que arrojado en el viento
á su nada el espíritu vá;
y anudado en el último aliento
nuestro cuerpo arrebata quizá.
Sin duda, eso es: y yo espiro
rodando en el aire á la par
lanzando el estremo suspiro,
lanzado sin fin á rodar.
Sí, voy rodando en el viento
condenado hasta espirar,
tan horible movimiento
á seguir y á no parar.
Y en giro interminable
rodando sin piedad,
caeré en la inmensurable
sombría eternidad.
Se irá enrareciendo
el aire tal vez,
y yo iré cayendo
con mas rapidéz.
Cual hoja suelta
que lleva el viento,
á cada vuelta
voy mas violento:
casi no siento
como las doy.
Ciego, desmayo
ya como el rayo
rápido voy.
Ya no siento
como giro;
ya no hay viento
en mi redor.
No respiro;
veo que espiro:
ya es mi aliento
vago, lento,
violento
como último
estertor.
Ya ruedo
sin tino;
ni puedo
camino
buscar,
ni sé
si acaso
podré
mi paso
parar.
Ya vago
perdido.
Su lago
el olvido
me tiende
al pié:
y en vano
me afano;
no hay tino,
ni hay mano,
que ayuda
me dé.
Sin duda
caeré:
lo creo,
lo sé.
Lo veo;
mi sino
tal fué.
Cierto,
sí;
yerto
voy,
caí.
¡Muerto
soy!
nada
hay
aquí
¡Ay!
Fuí.

II.

¡Jesus! ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy, Dios mio?
¿Qué vértigo letal me trastornó?
Mi fatigado cuerpo aun tembloroso
bañado siento de mortal sudor.
Impetuoso y rugiente torbellino
por el vacío me llevaba en pos,
en remolino rápido rodando
cual átomo que arrastra el Aquilon.
Hirviente mar de cenagosas ondas
me esperaba al caer; denso vapor
me quitaba el aliento y los sentidos
Di al fin en aquel mar, y me sorbió.
La bóveda ondulante de sus aguas
cerróse sobre mí con lento son,
y en su bullente inmensidad oscura
la negra eternidad comprendí yo.
Pero soñaba sí: tocan mis manos
mi lecho: sueño fué. ¡Gracias á Dios!
era una fatigosa pesadilla
de una noche de julio: ya pasó.

¿Qué hora será? Por los cristales creo
que percibo del alba el resplandor.
La luz despejará mi fantasía:
la luz serenará mi corazon.

III.

Yá
lento
viento
soplo
blando
dando
vá.
Parda
nube
tarda
sube.
Tinta
roja
pinta,
y da
al cielo
fulgor
y al suelo
color.
La niebla,
que puebla
la hueca
region,
se trueca
ahogada
en lumbre
rosada,
que dora
la cumbre
del verde
peñon.
La brisa
sonora
se pierde
indecisa,
y suave
su son
al ave
levanta,
que canta
canora
la aurora,
que estensa
colora
la inmensa
creacion.
Ya amanece;
la luz vaga
segun crece
desvanece
los alientos
de vapor
que la noche
que ha pasado
ha dejado
en derredor.
La tierra entera
saluda al dia
con la hechicera
grande armonía,
que en diferentes
puros acentos,
á su arrebol
alzan contentos
árboles, fuentes
aves y vientos,
alborozados
con los dorados
rayos nacientes
del nuevo sol.
Ya entero su disco
se vé en el espacio.
El valle y el risco,
la choza, el palacio,
la corte, el aprisco
baño su esplendor.
Y ardiente cruzando
la reja entreabierta,
y al hombre llegando
le dice: «Despierta,
bendice al señor.»
Por rejas, miradores,
postigos y terreros
sus mil respiraderos
franquea la ciudad.
Ya parten los obreros,
ya van los labradores,
y bajan los pastores
al llano y los oteros,
do tienen sus labores,
ó el pasto mas feraz.
Ya por las abiertas rejas
do quier se vé á las mugeres
sus domésticos quehaceres
oficiosas emprender:
y aumenta el ruido, y se escucha
de los hombres el acento,
y se estiende el movimiento
de la vida por do quier.
Reflejan al sol los tejados
de fresco rocío mojados:
inunda las calles la luz.
Caballos y carros que cruzan
por entre la gran multitud,
el polvo al pasar desmenuzan
doblando el rumor é inquietud.
Ya se vuelve el martillo y la sierra
y la voz del que vende á escuchar;
y otra vez desvelada la tierra,
el silencio y la calma destierra,
y otro dia comienza á pasar.
Ya en luz el Universo resplandece.
La noche entre sus nieblas arrastró
los sueños con que el alma desvanece,
y la sangre en las venas enardece,
y el aliento sofoca y entumece
los miembros del que insomne le agitó.
Las vanas quimeras del sueño mi mente
en pos de las sombras nocturnas lanzó,
y libre y sereno mi espíritu siente
que nuevo y fecundo raudal imponente
de fé y poesía la luz le inspiró.
Mi lengua desatada prorrumpe en armonía,
la inspiracion arrastra mi corazon en pos,
y encima de los rayos del sol del nuevo dia
eleva bajo formas de fácil poesía
mis preces matutinas al sempiterno Dios.

IV.

Señor, yo te conozco; tu omnipotencia creo.
Lo mismo en las tinieblas centellear te veo
Que al estender el alba su espléndido arrebol.
Tu faz ante mis ojos do quiera resplandece.
Señor, yo te bendigo cuando la noche crece,
Señor, yo te bendigo cuando amanece el sol.

J. ZORRILLA.

Imp. de Alhambra y Comp., calle de Jacometrezo, núm. 26.



Espronceda.

Coronacion de los reyes en Aragon.

Libre España del romano yugo y asentada su independencia al abrigo de las armas godas, comenzó á proclamar sus reyes con mas solemnidad y aparato. Los detalles de las ceremonias que tenian lugar en aquella época, no pueden menos de escitar la curiosidad: los de la proclamacion de los reyes de Aragon son sobre manera interesantes. Elegido el príncipe, los nobles y dignidades del reino le levantaban puesto en pie sobre su escudo hasta colocarle encima de los hombros, para que el pueblo le saludára recibiendo y prestándole el debido juramento. Todavía en tiempos de la dominacion agarena conservaron esta práctica los pueblos que lograron esquivarla, y aun quedó á los últimos siglos como perpétuo monumento de tan magestuoso acto, la frase *alzar por rey* que en su principio estaba muy lejos de ser metafórica, por la misma razon se llamaron *fieles* los súbditos, atendido el juramento de fidelidad que entonces hacian y tambien *homines ú homes del príncipe*, de donde provino la palabra homenaje, atravesando hasta nosotros por mas que falten hoy las ideas que en su orígen encerrára; pero convirtió unas y otras denominaciones la servil lisonja en la disonante voz *vasallos*, de aplicacion incierta, oscuro nacimiento y naturaleza dudosa.

Mas no tardó la ambicion de los pontífices en invadirlo todo, y apoderarse juntamente con las fórmulas del derecho popular en ellas incrustado y como reconocido, la solemnidad religiosa del acto les abrió camino para intervenir; pasaron en breve de la intervencion á la exigencia, y de aquí al dominio, llegando á tal estremo el abuso de la superioridad que ejercieron á nombre de la Iglesia, á tanto grado el envilecimiento de los príncipes ante sus ojos, que ya en el siglo XII no solo pretendian disponer de sus coronas, sino que las colocaban con los pies sobre sus cabezas.

El reino de Aragon, uno de los primeros que sacudió la romana tiranía á la sombra del valiente Ataulfo, y logró en parte evitar la odiosa irrupcion de los africanos, no pudo tolerar este menosprecio y arbitrario influjo, ni quiso permitir aquella usurpacion de sus fueros y prerogativas. Alentáronse los monarcas con el apoyo de la opinion, y resistieron la novedad primero con astucia y despues con franca entereza.

Don Pedro II llamado el Católico, fué modelo de sorprendente sagacidad, si bien envuelta en sombras de humilde deferencia al destemplado intento del papa Inocencio III de este nombre. Habia este promulgado una decretal por la que declaraba verdadero emperador, aquel solo á quien él agraciára con la corona del imperio; y la debilidad del monarca, transigió con tan repugnante idea, acudiendo á recibirla en Roma como si en otro caso no quedara bien segura sobre sus sienes. Mas pareciéndole asi mismo harto vergonzosa la circunstancia de acomodarla con los pies, discurrió con notable ingenio mandarla fabricar de pan ácimo ó sin levadura y enriquecerla con multitud de preciosas piedras y adornos de gran valor, por donde sin rebajar la magnificencia de la insignia logró que fuese tomada con las manos en consideracion á la materia.

Menos tolerantes sus sucesores y mal avenidos con la impuesta subordinacion, protestaron formalmente que no recibian la corona *de la Iglesia ni contra la Iglesia*; y aun hubo muchos que no consintieron fuese tocada por los obispos en quienes habian delegado ya sus facultades los pontífices para semejantes casos.

Este alto aprecio que señores y súbditos hacian de la dignidad del trono, no podia menos de reflejar magestuosamente en la solemnidad con que se celebraba el ascenso del nuevo reconocido. Comenzaban los preparativos y fiesta muchos dias antes que tuviese lugar la ceremonia, y no concluian hasta alguno despues. La ciudad de Zaragoza se inundaba de gente forastera que acudia ansiosa á gozar de tan magnífico espectáculo. El palacio en donde se hospedaba el príncipe, veiase adornado con esquisito lujo y ostentacion, entapizados los suelos y paredes con riquísimas alfombras, fabricados toldos en los descubiertos de sirgos ó damascos y en diferentes puntos elevados asientos que componian un sillon sobre gradas ocultas en recamados paños, y por remate un dosel de seda y oro, con destino á la real persona. Concurrian á la funcion los magnates y prelados caballeros ricos-hombres, tanto del reino como de las provincias comarcanas, con lucidas y numerosas comitivas en que rivalizaba la gala de los adornos con el capricho y buen gusto de la invencion; la ciudad y el rey, cada cual por su parte, establecian diversas telas para justas, nombrando mantenedores que la defendiesen, y los nobles forasteros se las disputaban uno tras otro dia, en tanto que los moros aliados vestidos de albornoces y aljaubas y armados con

sus adargas y ginetas, quebraban cañas entre sí, ofuscando la vista de los espectadores la agradable y confusa variedad del entretenimiento.

Al mismo tiempo discurrian por las calles danzas y coros de jóvenes de ambos sexos que daban vida al público regocijo; los oficiales de la ciudad dirigiéndo otros grupos de músicos en que alternaban las trompetas con los instrumentos de cuerda y órganos de mano, se entraban diariamente en los palacios del rey á saludarle enloqueciendo en su alegria; y los judios residentes entonces en la ciudad, repetian igual festejo, ceñido el traje con cintas de plata y formando alegres sones con sus voces y salterios. Entre los juegos y diversiones que por las calles se tropezaban, distinguiase por lo militar y pujante el que llamaron *bohordo*: en donde ejercitaban los caballeros su destreza y vigor inaudito para la batalla: consistia su aparato en un lienzo de tablas bien sujetas por sus estremos en dos robustos troncos á conveniente altura, los que tomaban parte en él, rompian á todo el escape de sus caballos adornados por fuero con pretal de cascabeles, y levantaba una lanza corta en que estaba severamente prohibido llevar ningun género de punta, ni aun formada en la misma madera: sin embargo, habia señalado dos premios al que consiguiera taladrar arrojandola al espesor del tablado, teniéndose con justicia en mucho el esfuerzo del tirador; despues de tan maravillosa prueba, no parecerá fabuloso que al impulso de brazos tales atravesara un dardo en la guerra el acerado arnés ó la cota del enemigo.

Llegada la noche admitian los reyes en su cámara á los principales señores que hubieran asistido á la celebridad del dia, y como en demostracion de agasajo les mandaban repartir de sus arcas preciosos vestidos y joyas; estendiendose la munificencia tambien á sus criados y personas de inferior clase, á quienes solian dar en vez de galas, dinero con que se las procurasen.

Tres dias antes de la coronacion se consagraban los príncipes al retiro y al ayuno, sin dejarse ver no siendo de sus familiares; y era indispensable requisito que se hubieran de bañar en ellos, confesando y comulgando el último para que la limpieza del alma acompañara á la del cuerpo en tan solemne ocasion. Llegada la hora, inmensa concurrencia de grandes y prelados poblaba los salones del alcázar: el nuevo rey ataviado con deslumbrante riqueza y cubierto con su manto, venia á saludar á los que le aguardaban, y sentándose en parage elevado donde el pueblo le divisara, recibia sus aclamaciones acompañadas con el músico estruendo de clarines y chirimías que en su escesivo número se confundian y desconcertaban. Alli armaba caballeros á algunos de sus escogidos; y montando despues en un caballo encubertado del mismo paño de sus vestiduras, se encaminaba á la iglesia acompañándole los infantes y primeras dignidades del reino que en igual forma cabalgaban: el resto de la comitiva le rodeaba, honrándose los señores y títulos con llevar dos largos cordones pendientes del freno. Abrian paso los juglares con sus bailes é instrumentos á las banderas y estandartes reales; detrás marchaban en órden los escuderos llevando en hombros los broqueles, espadas y espuelas de los agraciados que cerraban el séquito del monarca.

Cada clase del estado se esforzaba en obsequiarle, preparando en su tránsito alguna inesperada invencion que manifestara su alegria. Ya eran vistosas cuadrillas de caballeros armados fingiendo á su paso un torneo en donde mil variadas suertes alternaban con los tremendos golpes que se repartian hasta quebrar ó torcer las espadas: ya grandes castillos fabricados con primor y conducidos por hombres ocultos, en cuyas torres ardian ciriales de enorme corpulencia, ó bien se veian doncellas y matronas adornadas con alegóricos trages que cantaban delante del rey romances alusivos á la funcion; ya, en fin, eran prodigiosas moles representando ciudades con su fortaleza á correspondiente distancia, coronados los muros y almenas de guerreros que imitaban el cerco y combate segun la estrategia de aquellos siglos. Las calles cubiertas de olorosas plantas, envueltos los balcones y azoteas de costosos tapices y colgaduras, encendidas innumerables hachas de blanca cera, iluminando la beldad y pomposo atavio de opulentas damas que amontonaba en todas el deseo de ver y ser vistas, partiendo sus destellos en mil colores sobre la tersa brillantez de las joyas de diamantes, daban un aspecto grave y seductor á la trazada carrera. Pero antes de llegar á la catedral salian en procesion á recibir al rey, obispos, abades y clero, conduciéndole entre sus filas hasta las gradas del altar mayor dispuesto con el debido aparato.

Oraba el rey brevemente y en alta voz pidiendo á Dios acierto para desempeñar el severo cargo que se imponia; lo cual hecho se retiraba al sólio de antemano preparado en las mismas gradas, dejando espacio á que los escuderos colocaran sobre el altar los broqueles que conducian, y á los oficiales para que los orlasen con sus pendones. Los músicos al pié del ara repetian sus canciones y juegos en tanto que el monarca hacia públicamente colocacion de vinos y confites, servido el plato y copa por los infantes, grandes maestres de las órdenes ú otras personas de cuenta. Concluido esto, retirábanse las gentes de la iglesia, y el príncipe á la sacristía, donde reposaba en su lecho para que le encontrara descansado la ceremonia del siguiente dia; quedando en el templo algunos condes y personajes de la servidumbre á velar sus armas.

Apenas despuntaba la aurora, era la primer diligencia prepararse oyendo misa privada, y seguidamente se mostraba al pueblo en igual disposicion que la víspera. Salian entonces en procesion los caballeros, los prelados y dignidades eclesiásticas, cantando salmos, hasta rodear al monarca, que hincadas las rodillas y la cabeza reverentemente inclinada, oyó las oraciones que sobre él y sobre sus armas pronunciaba el arzobispo, vestido de pontifical. Bendecidas por fin, despues de largos ritos, ceñíase él propio la espada, y dándose una palmada en la mejilla izquierda la sacaba y blandia por tres veces ante la muchedumbre: calzábanle dos grandes las espuelas, y quedaba armado caballero, continuando la misa y oficio para la coronacion.

Retirábase ante todo á trocar el trage, siendo notable que encima de él vistiese alba, casulla y dalmática como si hubiera de representar autoridad entre las gerarquias de la iglesia; volvia luego del altar acompañado siempre de los nobles y prelados, guardando sus costados los obispos que pedian en alta voz al metropolitano le ungiese y consagrase, pues de derecho le pertenecia la corona. Suspendiendo la celebracion preguntaba este si eran sabedores de lo que aseguraban, y respondido afirmativamente por todos hasta tercera vez, el arzobispo esploraba las voluntades del rey y del pueblo: era ungido el principe con el óleo santo sobre el pecho, y cada uno de los hombros, y tomando entonces la corona, cetro y globo, sin permitir que nadie los tocase por conservar intacta su independencia, recibia la bendicion y se dejaba conducir al trono ó silla real, en cuyo momento el arzobispo entonaba el Te-deum. No era todavia bastante para entrar en el ejercicio del poder aquel tan solemne acto, si antes no hubiese jurado en córtes lo mismo que en él manifestaba. Habiendo tomado D. Alonso III, desde Mallorca el titulo de rey de Aragon, sin preceder este requisito, los nobles se juntaron y dispusieron enviarle una embajada en que de parte del reino le requerian para que luego viniese á jurar según costumbre, y sobreseyese entretanto en el llamarse su rey; pues no le tenian ni tendrian por tal, hasta que lo hiciera: y de tal modo se obstinaron en su razon, que el rey hubo de ceder y aun disculparse. Asi daban á este género de fórmulas una importancia positiva.

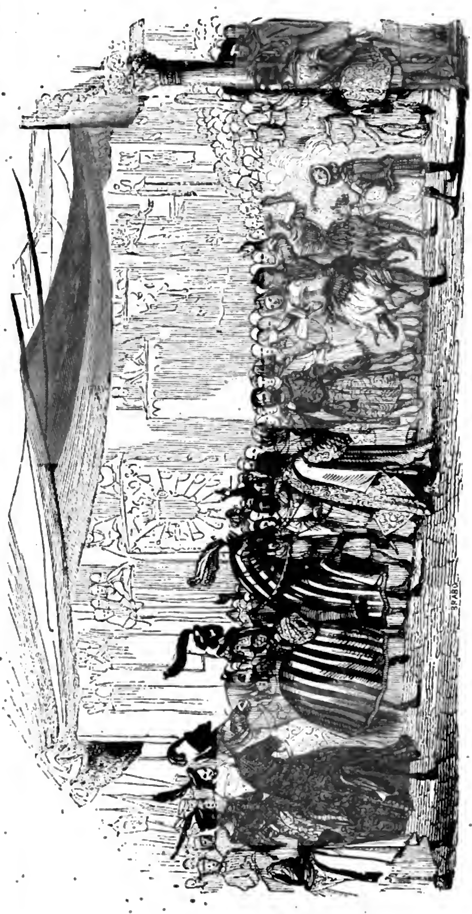
Concluidos los oficios, tomaban los poderosos al rey sobre sus hombros para sacarle á las puertas del templo: ¡Venerable recuerdo de los primitivos usos! Montaba inallí en su caballo con el embarazoso trage sacerdótal y las signias de monarca; distribuíase el cortejo en igual forma que á la venida y se dirigia con la misma suntuosidad al real alcazar. En sus patios y salones se veian grandes mesas preparadas con esmero para la comida, dispuesta sobre un tablado para los reyes, que al parecer se complacian en mostrarse á sus vasallos, y con destino los inferiores á la grandeza y resto de los convidados. Y era tanta su largueza, que daban aquel dia mesa franca á cuantos quisieran disfrutar del favor; subiendo alguna vez á diez mil las personas que acudieron á tales banquetes.

Mas no se reducia á una vana ostentacion de generosidad este agasajo, sino que descubria el intento de agradecer festejando al reino las públicas muestras de su alegria: de captarse su amor concediéndole merced tan señalada como admitir en su propia mesa á las clases del estado sin distincion, por eso no desdeñaban los príncipes responder á las invenciones del pueblo con otras de idéntico caracter que regocijaban el festin. Apuráronse en ellas los recursos de la

imaginacion, y aunque revelan á nuestros ojos el sesgo particular que el gusto habia tomado en aquella época, todavia su relacion sorprende y manifiesta el arrojo que presidia en sus mas tranquilas diversiones. Las fiestas se prolongaban por muchos dias, y el nuevo rey celebrando la octava de su coronacion, permanecia durante ella encerrado en sus aposentos. Desde sus miradores gozaba del brillante espectáculo de las fiestas y torneos que diariamente se repetian: multiplicábanse las danzas y rondas, lidiábanse toros, y hasta los judios prepararon singulares festejos, presentando en simulacro ambulantes sinagogas en aparatos de madera, donde representaban al público los ritos y ceremonias de su ley.

Sepulcro de los Reyes Godos Chindasvinto y su muger Recisverga.

Uno de los monumentos célebres de la antigüedad, fué sin duda el monasterio de monges Benedictinos fundado en el siglo sétimo en san Roman de la Hornija, distante una legua de la ciudad de Toro, por los Reyes godos Chindasvinto y su esposa Recisverga, por consejo de san Fructuoso, primer Abad de él, y con el objeto de que sirviera para su enterramiento. Destruido hoy casi en su totalidad, solo se conserva parte de la Iglesia, y en ella una pequeña capilla con el sepulcro donde se hallan los restos mortales de los fundadores. En lo antiguo, y cuando ocupaba el medio de la nave mayor de la Iglesia, obstentaba magnificencia y grandeza: hoy esta en la capilla llamada del santo Cristo de la Red, sin otro recuerdo que el escudo y urna que representa la lámina. Unos tablones dados toscamente de blanco, ocultan una gran urna de alabastro sencilla, que guarda las cenizas de los Reyes: sobre ella se vé un paño negro de vara y media de largo y una de ancho; en el centro un escudo con el fondo blanco, y en él nueve estrellas en tres órdenes; tres azules, tres blancas, y las tres restantes de uno y otro color, rematando en una corona al parecer ducal. A los la-



Convitio del rey en la coronacion.

dos del escudo hay dos pequeñas tarjetas tambien blancas, con letras pajizas, bastante deslucidas; en la del lado derecho se lee «Reciberga Regina. Requiescat in pace amen.» en la del izquierdo dice lo mismo con solo la diferencia del nombre que es el del Rey Chindasvinto: Sobre el paño negro hay un marco grande de madera dorado, contiene un tarjeton de pergamino, y en el mal latin que se lee, sin haberlos alterado en nada los siguientes versos escritos en letra gótica.

»Si dare pro morte geminas liquisset et aurum,
»Nulla mihi poterant Regum disolvere vitam,
»Sed quia sors una cuncta mortalia quassat,
»Nec præmium redimit, nec flecters egentes,
»Hisse ego te, lonjux, quia vincere fata nequivi,
»Funere perfectam sanctus commendo tuendam.
»Ut cum flamina vorax veniat convinere terras,
»Extibus igsorum merito ociata resurgas.
»Et unne chara neichi jam Reciverga valeto,
»Quod que paro feretrum Rex Chindasvintus sumtus amato,
»Jumje deflectam. Restat et dicere summam
»Qua tenuit vitam simul et conumbia nostra.
»Federe conjugis septem fere duxit in annis,
»Undeci et binii ævium cum mensibus octo.

En el mismo marco, en su parte inferior se lee que fué renovado en 1820 por uno de los monges. En la pared de la iglesia exteriormente, al mediodia, se ven dos inscripciones sumamente destruidas por las aguas, y borradas en su mayor parte, sin embargo, por algunas dicciones que aun se leen con dificultad, parece debieron ser lápidas sepulcrales: una columna de la antigua iglesia, con diferentes molduras, que se conserva en la sacristia, y el retablo del altar mayor, y principalmente el angel que presenta á san Roman la corona y palma del martirio, son de gran mérito artístico, y los únicos restos del templo antiguo construido por el mismo orden que el de san Dionisio de Paris, y que contaba muy pocos superiores en España.

Valladolid 6 de Junio.

Francisco Garcia Somolinos.



LA PLAZA DE ORIENTE.

Os advierto, amables lectoras, que tomo la pluma poseido de la mas negra melancolía; y que, si Dios no lo remedia, voy á escribir ideas muy tristes. ¿Pero cómo ha de ser? no siempre se viste la naturaleza su manto de gala. Unas veces destella el sol en nacarados horizontes, y otras se pierde bajo densas nubes: los prados ostentan en la primavera rica alfombra de pintadas flores, y en lo rigoroso del estío yerbas pálidas y marchitas: á los trinos del ruiseñor sucede el gemido del buho: una misma campana anuncia la natividad y la muerte: todo ofrece terribles contrastes: por lo mismo el hombre rie ó llora, gime ó canta, dice chistes ó murmura quejas, segun el sol de su existencia destella en claros horizontes ó entre densas nubes se pierde. Contentaos, compasivas lectoras, con la lobreguez de mi espíritu, y seguidme al campo de mi historia.

Figuraos un hombre alto ó bajo, delgado ó grueso, moreno ó rubio, como mas os plazca: á este hombre no lo cargueis mucho de años, pero no lo reduzcais tampoco á la primera juventud: hacerlo un héroe de novela, melancólico y sentimental; un libertino, incrédulo y burlon, ó un ciudadano inofensivo y bondadoso: inventar fábulas, con ellas tejer la historia de su vida: algunas fábulas saldrán historias, como muchas historias salen fábulas: pero ya que tanto he dejado á vuestro arbitrio, justo será que me reserve dar á este hombre la predisposicion de ánimo, que él mismo esplicará, en el umbral de su alojamiento, con estas cortas reflexiones.

«Estoy cansado de vivir. Pasan los dias unos tras otros, como las cuentas de un rosario, y todos como ellas, se parecen; todos presentan una insoportable monotonía. Quiero amar, y no puedo amar: quiero despertar mi ambicion, y mi ambicion duerme tranquila: quiero ser avaro ó codicioso, y el dinero se escapa de mis manos: quiero avivar mi sed de gloria, y me hace la misma impresion la corona de laurel de un poeta que la de pámpanos de un borracho: quiero, en fin, vivir, y mi vida es un permanente letargo. A este letargo es muy preferible la muerte. Comienza á oscurecer: las sombras protejen á los malos designios. Si dirijo mis pasos al Prado, me fatigará su bullicio; podré, huyendo de él, alejarme hasta el Botánico, salir por la puerta de Atocha, tomar el camino del canal y zambullirme en su fétido cieno. Asi pondria fin á mi hastío; pero un ahogado se abutaga, se pone lívido y hace malísima figura. Mejor será que me encamine á la plaza de Oriente; y, sino se modifican mis malos propósitos, me tiraré por un malecon, y moriré en seco, pues no soy animal acuático.»

Dijo el héroe de nuestra historia; atravesó á buen paso la Puerta del Sol, con grave peligro de muerte, gracias á los mil carruages que la cruzan á todo escape y á los mil vagos que la obstruyen: bajó la calle del arenal, vergüenza de la villa y corte de Madrid: cruzó la plazuela de Isabel II: dejó á su espalda el llamado Teatro de Oriente, que en vez de servir para representaciones teatrales sirve á la representacion nacional: y, siempre avanzando, llegó á la plaza de la Armería, y se reclinó sobre el pretil de piedra, que la sirve de balaustrada. Desde allí, en una noche clara ó á la luz del sol, hubiera visto el Campo del Moro, dividido en varios parterres, remedo de los jardines naturales; el lento y turbio Manzanares, con sus estériles praderas y sus alamedas escasas; la Casa del Campo, frondoso Oasis en los arenales de un desierto; y, por término del horizonte, las montañas de Guadarrama y la fria sombra de San Lorenzo del Escorial. Pero, en lo oscuro de la noche, aparecia envuelto el paisage en un gran manto de tinieblas, que se espesaban en proporcion á la distancia; formando un confuso horizonte, que cruzaban formas caprichosas é inciertas.

Apenas llegado al pretil, llamó la atencion de nuestro héroe el sonido de dos guitarras, que tañian dos ciegos en distintos parages de las ramblas del real palacio. Cantaba el uno de ellos la pasion de Cristo en pobre rima, y el otro un romance caballeresco de nuestros antiguos cancioneros. La música de ambos cantares, melancólica y elevada en su misma monotonía, se acordaba perfectamente; como se adunaban la galantería y el valor de nuestros mayores con la religion que profesaban, defendian y hacian florecer en los mundos que conquistaban. Los dos pobres ciegos, que interrumpian sus cantigas de vez en cuando, para recibir las limosnas y en nombre de Dios agradecerlas, parecian á nuestro preocupado héroe dos trovadores de la edad media, que venian á despedirse de sus reyes; el uno en nombre de la religion escarnecida, y el otro en el de la lealtad castellana debilitada y vacilante. Esta preocupacion le hizo volver los ojos hácia la Armería, y creyó leer sobre sus brillantes armaduras este mote de los antiguos caballeros: POR MI DIOS, MI REY, Y MI DAMA: triple emblema de Religion, Honor y Lealtad, que inspiró tan heróicos hechos á los reyes y los barones, á los obispos y ciudades. Como era natural, comparó época con época; y huyendo un mundo de recuerdos brillantes y nobles, se volvió á la plaza de Oriente en busca de otro mundo real, aunque abigarrado y mezquino. Sin embargo, no le era fácil abandonar instantáneamente el mundo de recuerdos, y fijó sus miradas, que empezaban á ser inciertas, en el palacio real y en la estátua ecuestre de Felipe V de Borbon. Entre la estátua y el palacio existe una verdadera analogía, porque el monarca vaciado en bronce levantó el bello edificio de piedra; pero á mas de esta analogía encontró nuestro héroe una segunda, verdadero enigma ó problema, que resulta de la colocacion del monumento. Felipe V y su caballo vuelven la espalda al real alcázar, y, á gran galope, se adelantan hácia el interior de la villa. ¿Esta posicion significa que la monarquía abandona su alojamiento; que se adelanta francamente á confundir sus intereses con los intereses generales; ó que, á guisa de conquistadora, quiere arrollar en su carrera cuantos obstáculos se la presentan para recobrar rápidamente su omnipotencia y esplendor? Cualquiera de estas tres hipótesis tendrá gran número de partidarios; nuestro héroe se contentó con formularlas sin imaginar resolverlas. Hubiera seguido, quizás, entregado á sus fantasías, á no haberlo sacado de ellas un cochecito, tirado por dos cabras, que lo atropelló y estuvo á punto de derribarlo. Iban sentados en el pequeño carruage seis niños y niñas, de dos á cuatro años, sirviéndoles de escolta sus madres, nodrizas ó niñeras. Nuestro héroe, que filosofaba, paró su atencion sobre el carruage, encontrando en él materia á graves reflexiones. En aquel cochecito iban niños pertenecientes á varias gerarquías, porque hasta la madre mas pobre puede sacrificar dos cuartos para entretener á su hijo. ¿Cuáles de aquellos niños, andando el tiempo, arrastrarian trenes magníficos, y cuáles se verian reducidos á la mas espantosa miseria? ¿No podria suceder que el hijo del artesano, y el del pordiosero quizás, fuera el preferido de la suerte, y el del alto funcionario público, el del título ó el banquero el condenado á la miseria: viéndose reducido, si es hombre, á ganar el sustento con un cochecito y dos cabras; y, si es muger, sirviendo de escolta á otro cochecito semejante? Lo cierto es que á aquellos seis niños esperan seis destinos muy diferentes. Quizás va entre ellos un Calderon, un gran duque de Alba, un marqués de la Ensenada, un Velazquez ó un Jaime el Barbudo: quizas va entre ellas una doña Maria de Molina, una santa Teresa de Jesus ó una princesa de los Ursinos. ¿Quién calculará el desarrollo y las modificaciones que pueden tener aquellos cerebros infantiles? Alejandro Magno fué un niño; niños fueron Platon y Aristóteles, Fidias y Rafael, Newton y Robespierre. Niñas fueron Corina y Cleopatra, Maria Téresa y Carlota Corday. La inteligencia en el alma del niño es un grano de trigo, que puede podrirse en la tierra; morir al momento de brotar, ó producir doradas espigas: la semilla existe, los frutos solo Dios puede vaticinarlos.

No queriendo sufrir nuestro héroe nuevamente el choque de aquel pequeño carruage, subió dos ó tres gradas de piedra y entró en el arrecife destinado al paseo de los concurrentes á pié. La niñez le salió al encuentro, formando un círculo, al cual daban tambien escolta madres, niñeras y nodrizas. Se movia la rueda lentamente al compás de un canto monotono, que entonaban algunas niñeras y repetian algunos niños; y la amalgama del carruage se presentaba en escala mucho mas estensa. Sin embargo, la suerte futura de aquellos niños, comparada á su ocupacion actual, no ofrecia tan violentos contrastes; pues si todos bailaban ahora, todos podrian bailar despues; unos sobre alfombras de Persia, bajo dorados artesones y á la luz de bugías de esperma; otros sobre florido cesped ó menuda arena, bajo la bóveda del cielo, y á la radiante luz del sol ó á la melancólica de la luna.

Siguió el héroe de nuestra historia su paseo, codeándose con laboriosos artesanos, que terminadas sus tareas, iban á tomar un poco el fresco, á fumarse unos cuantos cigarros y á dirigirse las mismas preguntas que se habian hecho la noche anterior y las pasadas, relativas á *el caballo de bronce*, al Palacio, al alumbrado de gas, al teatro de Oriente, que no se acaba, y á la Biblioteca Nacional, cuya utilidad no comprenden. Tras los artesanos venian varios cesantes, jubilados ó militares retirados; los cuales si hablaban alguna vez del Palacio ó de *el caballo de bronce*, era para compararlos á las entrañas del ministro de Hacienda, tan duras como la piedra y el metal, que los tenia á dieta involuntaria, y vestidos tan de verano, que solia comunicarse el viento con las carnes, que acababa de tostar el sol. Presentando notable contraste, seguia al grupo de los ex-servidores del Estado, uno compuesto de mugeres de quince á veinte y cinco años; tan escasas de graves penas como en desenfado abundantes. Su conversacion era variada: ya hablaban de una comida en el canal; ya de una corrida de toros; ya de cierto *baile de candil*, que tuvo curiosos incidentes; ya de Perico, Manolo y Juan, mozos de vida aventurera; ya decian una flor al primer hombre de buen pelage que tropezaban, y ya ponian un mote á un cesante desarrapado. Todas se mostraban alegres; todas gritaban y reian; y, sin embargo, muchas de ellas estaban destinadas á pasar la vida en la cárcel y á morir en el hospital. A corta distancia de estas mugeres, venia una bandada de calaverillas de mal tono, barbilampiños ó completamente imberbes; cogidos del brazo, con puro en boca, atropellando á las señoras, diciéndolas insolentes requiebros, y haciendo galá de un cinismo que asienta á su corta edad lo mismo que una negra banda de crespon sobre un cándido trage de boda. Estos mancebos serán dentro de un año ó dos periodistas, para dirigir la opinion pública; novelistas ó autores dramáticos, para reformar las costumbres: dentro de diez años ministros, para administrar y moralizar el pais; dentro de veinte años obispos, para predicar la religion. Pero qué importa: las inclinaciones se cambian en un abrir y cerrar de ojos; los hábitos se pierden por ensalmo; la educacion no deja huellas. Estos mancebitos serán censores justos y decorosos, escritores morales, ministros probos y discretos, dignos pastores de la iglesia: y sino ¿qué importan al estado el decoro, la probidad, la moralidad y religion? Intereses son muy secundarios en una sociedad tan ilustrada como la nuestra, que desdeña las preocupaciones, aunque estas preocupaciones den orden al estado, paz á las familias y felicidad al individuo.

Acá y acullá se veian algunos cuadros patriarcales: ya una madre, rodeada de cinco ó seis hijos, y una niñera que llevaba en brazos al mas pequeño, manifestando que aquella madre alimentaba con su sangre á los hijos de sus entrañas, cumpliendo enteramente los deberes de la maternidad: ya un padre que llevaba á un niño, de cinco ó seis años de la mano, y le esplicaba la Historia de España, haciéndole la de los reyes que pueblan la plaza; y ya un matrimonio ocupado en cuidar de dos ó tres niños, que saltan, rien y juguetean. Estos bellos cuadros de familia interesaron á nuestro héroe, y despues de haberlos contemplado, se internó en los jardines colaterales en busca de nuevas escenas. Estos jardines son á la plaza lo que un convento es á un teatro; lo que el paseo del Botánico es en una noche de estío al Prado de Madrid. Reina en ellos el silencio y la oscuridad. Bajo sus árboles, y arrimadas á sus arbustos, encuentra el curioso un corto número de sillas casi divididas en parejas; y efectivamente nuestro héroe encontró que estaban ocupadas, cada dos, por un hombre y una muger. Lo misterioso del lugar le hizo creer á primera vista que todas aquellas parejas eran dichosos amantes, pero un exámen detenido le hizo comprender su craso error; y para vengarse de su poco feliz

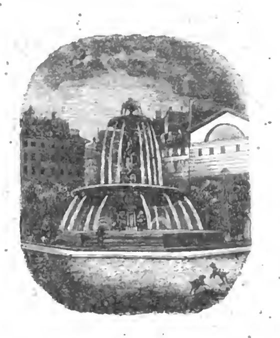
instinto se detuvo á clasificarlas: formando los siguientes apuntes:

«Pareja nocturna formada por hombre y muger de edad mediana, ó mas que mediana, que están sentados á la conveniente distancia para que el viento circule entre ellos libremente; que se ocupa de la carestía del carbon, del precioso invento de las hornillas económicas, en las cuales se cuece la comida con la tercera parte de combustible y en la mitad del tiempo; que anatematiza á los tahoneros, se queja del subido alquiler de los cuartos y habla mucho de los criados: es, sin disputa matrimonio.—La compuesta de hombre de edad madura y muger jóven, sentados á alguna distancia y con cierto despego; que tratan de modas, teatros y bailes, encomiándolas la muger y maldiciéndolas el hombre: no hay que dudarlo, esta pareja la forman un padre y su hija.—Hombre y muger bastante jóvenes, sentados muy próximos, pero sin pretension de estar unidos, que se hablan con suma dulzura del baile y la comida, de las modas y los caseros, de la lavandera y los teatros, de buenos mozos y guapas mozas; no hay que preguntarlo, son hermanos.—Pareja que forman hombre y muger de edad poco desiguales, sentados tan juntos, que ponen una silla sobre la otra, que hablan siempre de una misma cosa, aunque en distintos diapasones; que rien pocas veces y se sonrien con harta frecuencia; que miran alternativamente al suelo y al cielo, que guardan silencio y suspiran, trascienden á amantes que dá gozo.»

Tomó nuestro héroe estos apuntes, y no teniendo interés alguno en romper el velo de sombra que ocultaba aquellos jardines, los abandonó á lento paso, y con la mayor distraccion se encontró de nuevo en el paseo. La decoracion se habia cambiado: no encontró niños ni cesantes, carruagitos ni cuadros de familia. Paseaban ó estaban sentadas algunas señoras granaditas, elegantes, ó con pretensiones de serlo, y las daban conversacion algunos hombres. En algunos lados se veian pequeños grupos de mugercillas, casi tendidas en el suelo, por hombrecillos escoltadas: ¡hermoso cuadro de nuestra civilizacion! y palabras escandalosas herian los oidos, completando aquellas inmundas bacanales, que no poseen siquiera el entusiasmo de las griegas.

El relój de Palacio dió las doce, nuestro héroe creyó conveniente encerrar su humor atrabiliario entre las paredes de su cuarto: abandonó la plaza, se encerró en su modesto gabinete, tomó la pluma y escribió el artículo que habeis leido.

JUAN DE ARIZA.



LEYES Y COSTUMBRES ANTIGUAS.

Cuando los *Zacintos* fundaron á Denia, dispusieron que para el buen gobierno y prosperidad de la naciente colonia, hubiese quince varones graves y honrados, tres de ellos con absoluto poder para la imposicion y ejecucion de los castigos, todos los cuales se llamaban *Fismukos*, que en griego es lo mismo que personas venerables: tambien se les encargó de la puntual observancia de las leyes dictadas por aquellos, cuyo espíritu filosófico y tendencias, prueban la cultura, á la par que sencillez, de unos tiempos tan remotos.

Estractaremos varias de dichas leyes, y algunas costumbres raras.

Habia una de las primeras, que tasaba y moderaba los gastos de convites y vestidos, de que no se podia esceder sin graves penas.

Nadie podia tampoco dar en dote á sus hijas, cuando se casaban, mas de cien monedas: en trages solo podian gastarse cinco, y otras tantas en arreos de collares, sortillos ó joyas.

Estaba prohibido el vino á las mugeres, sopena de infamia y de otros castigos severos.

Habia un cuchillo colocado públicamente en la plaza, como en épocas posteriores la horca ó la picota, para la ejecucion de los criminales, y á no dudar seria esto un recuerdo perenne que induciria á lo bueno y á lo justo, y á apartarse de las malas acciones.

Se tenia en las puertas de la ciudad dos andas ó féretros para los cadáveres: unas para los de los libres y otras para los de los esclavos, á los cuales se enterraba con sacrificios y música, pensando que asi se aplacaba la ira de los dioses, y que se les disponia en favor de aquellos.

Se prohibia la mendicidad, y se obligaba á todos á trabajar, corriendo de cuenta de la colonia el amparo y manutencion de los verdaderamente pobres que estuviesen achacosos ó enfermos.

No se consentian máscaras ni farsas, por los abusos que, se decia, nacian de unas y otras, en particular de cosas deshonestas ó de amores, y para que no se pervirtiesen los que las ejecutaban y presenciaban.

No se dejaba entrar en la ciudad con armas á los forasteros, y se les obligaba á que las quedasen á las puertas á personas diputadas al efecto.

Siempre habia, en un sitio público, un vaso de ponzoña hecho con zumo de cicuta, con el objeto de que el que quisiese morir le bebiese; pero dando antes la razon ó causa de tan desesperada y estrema determinacion, la cual solia aprobarse si era enfermedad larga é incurable, dolor ó tristeza sobrada, pobreza suma ó desastre mayor é imprevisto; y aun asi, los *Fismukos* meditaban y reflexionaban mucho antes de conceder su licencia. Entonces honrraban al que tomaba el vaso, asistiendo á la ceremonia y á su entierro; pero si lo verificaba sin preceder aquella, se le negaba el honor de la sepultura.

Los romanos debieron abusar, luego, tanto de este incalificable remedio de poner término á sus penalidades y desgracias, como se deduce de la siguiente inscripcion hallada en Roma: «*Yo Caya Manlia, hija de Cayo Manlio, doy el alma y la vida al infierno Pluton de tres cuerpos y á su muger carisima Proserpina, y al cancebero de tres cabezas, trayendo con amigo el presente: enciérrome en este monumento por no vivir en soledad desesperada y mancillada, siéndome muertos seis hijos que se les cayó una casa encima despues que Publio Escipion los habia restituido á la Patria Camerlo trayéndoles de la Libia donde estaban trabajando en una mina de sal. He vivido cincuenta y seis años, un mes y cinco dias, las horas nadie las sabe; quédate vida.*»

REMIGIO SALOMON.

LA QUERIDA DEL SOLDADO.

NOVELA ORIGINAL.

(*Continuacion.*)

I.

Amor sobre la tumba.

Lo primero en que se ocupaba el malogrado sargento en su manuscrito era una descripcion altamente

poética y detallada de Lucía, bellísima jóven de diez y seis años, hija de un honrado labrador de Estella, que gozaba nombre de pundonoroso y altivo como un plebeyo romano. Largos párrafos dedicaba á esta tarea nuestro novelista, y aunque creemos que la desempeñó con perfeccion cumplida, no podemos adoptar su método descriptivo, por sobrado platónico y desusado entre los modernos escritores. Contentarémonos, pues, con decir que la Lucía en cuestion debió de ser tan linda y tan perfecta como las heroinas de todas las obras de imaginacion; y ahora enderezaremos nuestros pasos por el camino que nuestro antecesor siguiera.

A la caida de la tarde de uno de esos templados dias de otoño, que tan frecuentes son en nuestras regiones meridionales, á través de lo rayos del sol próximo á su ocaso, que se desplomaban como una lluvia de fuego sobre una ventana entreabierta en una de las principales calles de Estella, debia distinguir alguna cosa estraordinaria un jóven militar que, cruzado de brazos y en actitud meditabunda, contemplaba ávidamente el interior de la habitacion á que daba luz aquella ventana.

A pesar de que en torno reinaba un profundo silencio, quien hubiera, como el jóven soldado, dirigido toda su atencion hácia aquel punto luminoso, hubiera podido oir un susurro lastimero como de sollozos reprimidos y gritos casi imperceptibles, que parecian arrancados por un profundo dolor.

De vez en cuando el atento observador de aquella invisible escena llevaba sus manos á ambas megillas como para enjugar sus lágrimas, y un estremecimiento involuntario agitaba todos sus miembros.

Con efecto: en el interior de aquella estancia alumbrada por el moribundo astro, en un humilde lecho apenas elevado de la tierra, un ser humano parecia acercarse á su fin con el mismo paso que el astro del dia. Era una muger con los cabellos blancos como la nieve, el rostro seco y arrugado, la nariz afilada, los ojos hundidos y las megillas proominentes sonrosadas por la calentura.

A la cabecera del lecho de muerte rezaba un venerable sacerdote: á los piés una jóven anegada en llanto, tenia pendiente su vida de la vida de la enferma; y al lado derecho, estrechando con las suyas una de sus heladas manos, un hombre de edad madura y rostro enjuto, procuraba ocultar bajo una estóica sangre fria la esplosion de los sentimientos próximos á rebosar en su corazon.

Reinaron algunos minutos de silencio terrible, únicamente interrumpido por el débil estertor de la enferma y el apagado rezo del sacerdote. Hasta los sollozos habian callado para no turbar aquella solemne escena.

—¡Dios sea loado!—esclamó súbitamente el párroco, acercando su rostro al de la moribunda.

—¡Ya!—contestaron con dolorosa é indefinible espresion los otros dos personages, procurando conocer en la mirada del ministro del Altísimo la causa de su esclamacion.

—Sosegaos, hijos mios.. ha abierto los ojos.. vá á hablar.

El hombre y la doncella contuvieron su respiracion, y miraron al cielo para darle gracias.

En aquel mismo instante la puerta de la sala se abrió pausadamente, y un jóven de graciosa figura se reunió con los circunstantes.—Todos, poniéndose el dedo índice sobre la boca, le recomendaron el silencio.

—En buena sazon vienes, Mateo,—murmuró la anciana, fijando en el jóven sus vidriados ojos,—en buena sazon...—Se aproxima la hora... voy á abandonar el mundo; pero tranquila y satisfecha... como que puedo antes realizar tus votos, que son tambien los mios...

Al oir esto la jóven, se apoyó convulsivamente en el mástil de la cama, y Mateo se estremeció de esperanza y de alegria.

—¿Lucía?—murmuró la enferma.

—¡Madre!—contestó la jóven, anegada en lágrimas.

—Mateo será tu esposo... es buen muchacho... honrado, trabajador, y que te adora hace mucho tiempo!.... ya lo sabes...

La jóven ahogó un gemido.

—Dale la mano,—prosiguió la enferma.

Mateo alargó la suya. Lucía se cubrió el rostro con ambas.

—¡Acércate!—gritó con tono amenazador el hombre de edad madura.

—¡Padre mio!

—¡Acércate! tu madre te lo manda.

Lucía permaneció silenciosa.

—¡Voto á brios!—gritó su padre, mostrándola los puños.

—Tente, amigo mio,—balbuceó la anciana;—modera ese caracter arrebatado que la atemoriza.—Lucía, ven.

La jóven ocultó la cabeza en el seno de su madre.

—¿Por qué te niegas á hacerle feliz? ¡Te quiere tanto!... Yo tambien lo deseo... haz mi voluntad por última vez...

—¡Ay! ¡es imposible! ¡es imposible!

—Todo por ese...—esclamó Mateo, sin poderse ya contener.—Como si ese hombre... como si la quisiera mas... ni fuera tan capaz como yo de proporcionarla una existencia cómoda...

—¿Por qué te niegas?...—tornó á decir con voz imperceptible la moribunda.

—Porque... porque no le amo,—contestó Lucía en voz baja.

—¡Ah!—articuló débilmente su madre:—eso es otra...

Y doblando la cabeza sobre el pecho, exhaló el último suspiro.

El sacerdote que lo habia conocido de antemano, murmuró el rezo de la recomendacion del alma, y cogiendo del brazo al esposo de la difunta y á Mateo, los sacó casi á viva fuerza de la habitacion.

Lucía quedó sola, sin advertir nada de lo que habia pasado.

—¡Madre mia!—esclamó levantando la cabeza despues de un momento;—no me priveis el consuelo de vuestra postrera bendicion. Yo no puedo amar á Mateo... perdónadme y bendecidme.

El silencio que acogia sus palabras la reveló la verdad en toda su desnudez. Quiso correr á la puerta de la sala, y sus rodillas flaquearon; quiso gritar, y espiró la voz en su garganta. Volvió la vista á su madre, cuyo lecho abandonaba, y sus ojos cerrados y su boca entreabierta la amedrentaron. Golpes tan terribles no podian menos de agotar un espíritu débil como el suyo, y exhalando un ¡ay! de lo íntimo del alma, cayó en tierra sin sentido.

Mientras esto pasaba en el interior de la sala, el soldado que desde la calle observaba todo, parecia poseido de la mas viva agitacion. Cuando dejó de sentir ruido acercóse silenciosamente á la ventana, y como el sol se habia ya puesto, entreabrió con cautela entrambas ojas, y al distinguir á Lucía tendida en el suelo, se colocó de un salto junto á ella, despues de cerciorarse con una escudriñadora mirada de que estaba solo.

—¡Dios mio!—murmuró, pasándose la mano por la frente;—¿qué ha sucedido aquí? Lucía me habia citado á las seis y son las siete..... Sin duda el mal de su madre se agravaria.....—¡Ah!—prosiguió, reparando en el lecho y en la difunta:—ha muerto! ha muerto! pobre Lucía!

—¿Quién me llama?—murmuró la jóven con apagada voz, y alzando del suelo la cabeza.

—¿Vuelves ya en ti?.... mírame..... soy Nicanor..... tu Nicanor.....—esclamó el soldado arrodillándose junto á ella.

—¡Nicanor! ¿con que no he dormido?—y yo creia soñar con Nicanor!

—¿Soñabas conmigo ahora?

—Sí, sueño ó realidad..... no lo sé..... ¿y mi madre? ¡madre del alma! ¡ya no la volveré á ver!

—Lucía,—dijo despues de una pausa el militar,—te he esperado mucho tiempo. ¿Estás dispuesta?

La jóven no respondió, porque sollozaba.

—Me has dado palabra de partir conmigo,—prosiguió el soldado:—¿te arrepientes? ¿Acaso ese hombre te ha convencido?...

—Nicanor, por piedad..... no me atormentes..... Mi madre antes de morir.....

—Acaba.....

—Pero yo he reusado..... yo he dicho que no podia amar á Mateo..... ¡Ay! quizás mi madre habrá muerto maldiciéndome!

—¿Has reusado?—Entonces partiremos.

—¡Oh! por piedad!....

—Mi regimiento ha partido ayer...... quizá mi falta sea tenida por una desercion.....

Un ruido confuso en la habitacion inmediata interrum-

pió al soldado. Oyóse el rumor de una lucha desesperada junto á la misma puerta, y la voz del padre de Lucía que gritaba fuertemente:

—No os opongais, ó os mato!—Quiero verla! quiero verla por última vez!

—¡Mi padre!—esclamó Lucía sobresaltada,—quiere entrar..... vete..... nos asesinaría, si te encontrase aquí, porque te aborrece.

—Si no partes conmigo, me quedaré á tu lado. Quiero que Mateo me vea cara á cara.

—¡Oh! márchate por Dios!.... no me espongas de esa manera..... yo iré á reunirme contigo fuera del pueblo.

—¿Oyes?..... forcejean en la puerta... la van á abrir...

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Confiesa que ya no me amas, y yo mismo les saldré al encuentro.

—¡Que no te amo!

Y con el rostro encendido y ademanes de loca, corrió Lucía á la cama de su madre, estampó un beso en la helada megilla de la difunta, se arrodilló á su cabecera para rezar un padre nuestro, y dando el último adios á cuantos objetos allí habia, se acercó á la ventana, donde la esperaba Nicanor, murmurando:

—Ven.

Cuando los dos enamorados ponian el pié en la calle la puerta cedió á los golpes que en ella daban, y el padre de Lucía penetró desaforado en la habitacion, seguido de Mateo y el sacerdote que en vano se esforzaban en contenerle.

II.

Nuevas amarguras.

El anciano, con el arrebato del dolor largo tiempo comprimido, se lanzó sobre el cuerpo de su esposa, la estrechó una y mil veces contra su corazon, y se dejó caer sollozando sobre el lecho fúnebre.

El religioso, que acababa de darle con la mesura posible la noticia de su viudez, contemplaba aquella triste escena con húmedos ojos; y Mateo, de pié en medio de la habitacion la recorria con la vista precipitadamente como buscando algun objeto.

—Dios es la suma bondad,—dijo el sacerdote al anciano separándole de la cama;—confiad en él que os consolará.

—¡Padre mio! ya no me queda nada en el mundo! nada!.... ¡oh! ¡esta soledad es muy horrible!

—Os queda una hija..... una imagen de vuestra esposa..... la mitad de su corazon.

—¡Mi hija! callad, padre, callad!—le interrumpió el navarro.—No me recordeis..... ¿de qué sirven al hombre los hijos, si las pasiones se los han de arrebatar en el momento en que debieran de ser su paño de lágrimas? ¿De qué me sirve Lucía, si un hombre maldito ha venido á interponerse entre su padre y su corazon?

—Lucía es buena, y siempre os amará.

Mateo se perdia en reflexiones, pues no encontraba á su prometida.

—Nunca me ha amado, prosiguió amargamente el anciano.—Mi caracter duro é irritable la ha hecho separarse de mí desde su niñez, porque me ha temido. ¡Ojalá á costa de mi vida pudiera ahora ganar su amor! ¡pero es muy tarde!—¡con harta razon me lo echaba en cara esa infeliz que ya no respira!

—Aun os queda en mi un amigo, señor Jaime,—murmuró Mateo, alargándole la mano.—Y por ese irresistible influjo que atrae é identifica por decirlo así los corazones lastimados, ambos comprendieron lo que mútuamente sufrian, y se juraron eterna amistad en su interior.

La noche habia cerrado enteramente, y aun reinaba el silencio que á estas razones siguió. Mateo con la cabeza apoyada sobre la pared procuraba hallar un medio para esplicarse la ausencia de Lucía; el sacerdote rezaba sentado á la cabecera del lecho, y Jaime con los ojos fijos en el cadáver de su muger, soñaba con un movimiento, con cualquier signo que le diera á entender lo contrario de lo que veia.

Cuando se oyó el toque de oraciones, levantaron todos la cabeza, y se miraron en la oscuridad con inquietud. Todos querian preguntarse una cosa que no osaban proferir.

—¿Y Lucía?—esclamó el anciano, como sacudiendo una pesadilla:—¿dónde está?

Hay momentos, en que, dominado el corazon por un gran pesar, estalla al primer impulso que conmueve cualquiera de sus fibras. En tales momentos hay palabras que significan toda una historia de lágrimas, y que son como las centinelas avanzadas de un cataclismo de amarguras.

Al oir la pregunta de Jaime, Mateo prorumpió en sollozos, y salió de la habitacion precipitadamente sin contestar.

—¿Qué sucede, padre?—preguntó el anciano al sacerdote.—No me augura nada bueno la brusca salida de ese muchacho.

—No lo sé, hijo mio. Venid conmigo.

Mateo se habia ocultado en un rincon de la cocina, para dar rienda suelta á su dolor. Al ver que los dos hombres se acercaban trató de huir de aquel sitio; pero Jaime, cogiéndole por un brazo:

—¿Qué ha pasado?—le preguntó.—¿Por qué lloras? ¿por qué huyes de mí?

—Lucía.....—balbuceó el jóven.

—¿Dónde está?

—No sé: la he buscado por todas partes.....

—Quizá en la vecindad.....—añadió el cura.

Mateo meneó tristemente la cabeza.

—He sospechado.....

—¿Qué sospechas....? ¡Acaba por Dios!

—¡Oh! perdonad que aumente vuestras penas.

—¡Dios mio! me atemorizas.

—Creo que Lucía... se ha... fugado.

—¡Fugado! ¡justos cielos!—esclamaron á un tiempo Jaime y el sacerdote.

Por consejo de éste se registró en seguida la casa, y las vecinas; pero en vano. Las inmediaciones del pueblo fueron tambien visitadas á la mañana siguiente, y solo un pastor supo decir, que como á las diez de la anterior noche, estando él sentado á la puerta de su cabaña, vió pasar un caballo que corria á todo escape, conduciendo un bulto que le pareció de dos personas. Despues de tan vagas noticias nada se pudo saber que diera alguna luz sobre el paradero de los fugitivos.

Cuando, despues del entierro de la madre de Lucía, quedaron solos en la casa Mateo y el anciano, éste sacando de su pecho una bolsita de cuero y un puñal, dijo con acento lúgubre y solemne:

—Esto es lo único que me resta en el orbe: la venganza. Gracias á un buen amigo he logrado convertir hoy mismo en dinero mis cortas posesiones.—Mateo, vamos á buscar á la infame que sobre las cenizas calientes de la que la diera el ser, osó arrojar la primer mancha que ha oscurecido mi nombre.

—Pero, señor..:.—murmuró el jóven, menos rencoroso que Jaime.

—No me repliques, y dí si me quieres ó no seguir.

—Adonde quiera que vayais.

—Corriente.—Antes de abandonar la casa en que han nacido todos los de mi familia, juro por sus sagrados manes, no volverla á habitar hasta haber vengado nuestra deshonra en la sangre del seductor y la hija maldita.

Al dia siguiente una multitud inmensa se agrupaba á la puerta de la casa de Jaime. Todo el pueblo de Estella se hallaba reunido allí, atraido por una novedad muy grande. A pesar de ser mas de medio dia la puerta permanecia cerrada, y nadie habia visto entrar ni salir en ella alma viviente, desde que se cerró tras la difunta.

Alarmada la justicia creyó de su deber intervenir en el asunto. Echada la puerta abajo, penetraron en la casa varios soldados, y la registraron cuidadosamente.

No habia nadie.

VICENTE BARRANTES.

(Continuará).

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

El osado saca de todo mas partido que el encogido.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

Imp. de Alhambra y Comp., calle de Jacometrezo, núm. 26.



EL TAJO DE RONDA.

Granada Cristiana.

Granada cristiana se oscurece ante Granada árabe. Los conquistadores al poner frente á frente los frutos de dos civilizaciones encontradas, á el oponer á alcázares de filigrana magestuosos palacios de la mas elegante arquitectura griega, á mezquitas de caprichosa y delicada labor, suntuosas y espaciosas basílicas, á voluptuosas casas de baños, severos monasterios, creyeron que asi como habian vencido aquella nacion en el terreno de las armas, habíanla tambien dejado atrás en el mas difícil campo de la cultura y de la inteligencia. Alagüeña creencia que diríase no haber confirmado la posteridad al ver que solo es objeto de curiosidad y estudio Granada árabe: los estrangeros vienen á visitar á Granada árabe, los poetas cantan á Granada árabe y el buril reproduce cada dia y estiende por toda Europa las tan admiradas ruinas de Granada árabe. Que el interés y la admiracion por las generaciones y por las cosas que han pasado para no volver, se acrecienta en nosotros á medida que de ellas nos alejamos. Género de entusiasmo que hizo que sentado Gibbon sobre los montones de ruinas que señalan en la ciudad eterna el paso del pueblo rey, despreciase la magestad de la Roma pontificia, y echara de menos el estruendo y fastuosa corrupcion de la Roma de los Césares. Género de entusiasmo que desviando á Chateubriand de la Granada de los reyes católicos y de Cárlos V, le llevó á estasiarse ante la Granada de Boabdil y de Aixa; é hizo que el que no encontró una flor que arrojar sobre la tumba de la grande Isabel, cantara inspirado por los vestigios de una grandeza pasada la estincion de una infortunada raza de guerreros infieles. Empero nosotros respetando los monumentos que atestiguan en nuestro suelo el poder y la magnificencia de un pueblo noble y belicoso, separaremos ahora la vista de ellos para fijarla esclusivamente en los que de no menos valor nos legaron en aquellos mismos lugares nuestros mayores como un recuerdo de su ilustracion y de su gloria: que las generaciones como los individuos ansian perpetuarse y vivir en la memoria de las que les suceden.

Dueños de aquella ciudad y reino los reyes católicos dirigieron ante todo sus miras á borrar en el pueblo vencido el sentimiento de nacionalidad, primer elemento de rebelion que procuran estinguir los conquistadores en los pueblos subyugados. Por esto al mismo tiempo que hacian variar el aspecto de la poblacion mandando reformar el esterior de los edificios, y previniendo que en lo sucesivo se guardase para la construccion y ornato de estos la usanza de Castilla, se atraian con honras á los valientes, con mercedes á los nobles y con dádivas mas que con silogismos escolásticos convertian á los mas influyentes Alfaquíes. Favorecia á nuestro gobierno para el cambio á que impelia á sus nuevos vasallos, el haber ido á establecerse entre ellos multitud de familias de distintas provincias, llevadas por las franquicias de que gozaban los nuevos pobladores ó cristianos viejos, por la suavidad del clima y por las riquezas que suponian acumuladas en una capital en que habian venido á refundirse el esplendor y la opulencia de otras varias. Asi insensiblemente se transformaba Granada árabe elevándose en su seno mismo otra Granada cristiana. Ensanchábase su recinto y derramándose en hermosas calles por la llamra salvaba el valladar de sus antiguas murallas. Distinguidos artistas concurrian á enriquecer con las pro-

ducciones de su talento los nuevos templos, cuyas airosas cúpulas y duplicadas torres erguian sobre los minaretes que ostentaban la media luna, el signo de la verdadera civilizacion, para anunciar al viagero que se acercaba á Granada cristiana.

Aun no habia promediado el siglo XVI y ya encerraba aquella ciudad monumentos de todos géneros capaces de darla renombre. La viuda del gran capitan habia concluido á su costa el monasterio de San Gerónimo para encomendarle la guarda de las cenizas de su esposo. Esta obra, una de las primeras en que mostró Siloe la elevacion y valentia de su genio, hubiera bastado á darle fama duradera si no se la hubiesen asegurado otras mas vastas, si bien no mas grandiosas ni perfectas. Fué fatal cuando la invasion francesa á este digno sepulcro del vencedor del Garellano, el *Gallorum terrori* que se lee en la inscripcion gravada en el muro esterior de la capilla mayor. Los que creyeron sepultar en el olvido su derrota destruyendo el monumento de Rosbach, quisieron que desapareciera este otro que les recordaba desastres no menos vergonzosos: cual si con derribar los trofeos que los pueblos levantan en la embriaguez de la victoria ó que dedican como una recompensa á su gefe vencedor se consiguiera arrancar una sola página á la historia! Arrebataron la espada del célebre guerrero que se conservaba como preciosa reliquia suspendida á un lado del altar mayor, como si temiesen que su inanimado brazo se estendiera hácia ella para arrojar á los que osaban profanar aquel recinto.—Destruida la elegante torre hubiera desaparecido tambien el edificio si se hubiese prolongado la permanencia de los invasores.

El austero cardenal Torquemada que miraba su órden como la vanguardia necesaria del cristianismo, quiso desde luego establecerla en Granada. Diósele por los reyes católicos para este objeto un delicioso retiro que poseian los reyes moros sobre una de las colinas en que se halla reclinada la ciudad. En breve se levantó allí un magnífico convento que se denominó de Santa Cruz, agradablemente situado y con estensos jardines, en los cuales se alza todavía como para recordar su anterior destino un pabellon de arabescos. Es notable en su iglesia, en la cual todavía se hizo ostentacion del espirante goticismo, el camarin de la virgen del Rosario, aberracion artística en el esterior y rico tesoro de esquisitos mármoles y preciosos mosáicos en el interior. En los salones del convento están colocadas las pinturas que adornaron las casas é iglesias de las suprimidas órdenes religiosas. A pesar de los buenos cuadros que se han estraviado antes y despues de reunirlos en aquel local, puede considerarse esta galería como el segundo museo provincial de España.

Merece visitarse entre las antigüedades de Granada cristiana el convento de san Francisco en la Alhambra. El fué mientras se labró la capilla real el depositario de los restos de Fernando é Isabel; su pavimento cubre las cenizas del conde de Tendilla, y bajo sus bóvedas se celebraron por primera vez las exequias del gran Capitan formando pabellones en el catafalco mas de quinientas banderas enemigas.

Indigno sepulcro de sus abuelos juzgó el emperador Cárlos V la Capilla Real. Probablemente sus contemporáneos dividirian esta misma opinion cuando dejaron en la oscuridad el nombre del arquitecto que la trazó y dirigió. El César buscaba en vez de un rico mausoleo un templo tan vasto, tan inmensurable como la gloria de aquellos á cuya memoria se dedicaba. Fama europea gozan los dos túmulos de purísimo alabastro que se elevan en el crucero de la iglesia tras de una gran berja de hierro de rara labor, comparables á cuanto de mas delicado y bello nos dejó en escultura la antigüedad. Sobre el uno descansan las estátuas de los dos católicos monarcas, sobre el otro las de su hija doña Juana y su yerno don Felipe. El artista comprendió perfectamente á Fernando y á Isabel, ella tiene el cetro, él la espada. La inscripcion, debida ciertamente á algun desgraciado numen, es lo único que no corresponde al objeto.

El primer edificio civil en que se ensayó el género greco-romano transplantado en España por Machuca y Berruguete, fué el palacio de Cárlos V, labrado por órden de aquel emperador con los tributos que pagaban los moriscos, para aposentarse cuando le placiera visitar las orillas del Dauro. Demoliose para levantarle de planta el ala meridional de la casa real ó palacio árabe, cuyos mas encumbrados torreones quedaron sepultados tras los robustos muros de la moderna fábrica. «Condicion del mundo, esclama el autor de doña Isabel de Solis, levantarse los poderosos sobre las ruinas de los caidos y robarles hasta el sol y el aire.» Esta suntuosa mole, amasada con el sudor y las lágrimas de una raza infortunada parece que lleva impreso un sello de reprobacion y de desgracia. Repetidas veces se ha intentado seguirla, empeño que han frustrado obstáculos que pudieran llamarse providenciales. Ha dos siglos que permanece cual hoy la vemos, descubiertos sus arcos, sin techumbre ni resguardo sus galerias y salones, abandonada á las injurias del tiempo y de los hombres que de consuno trabajan por acelerar su ruina.

El hospital real principiado en el reinado de los Reyes Católicos, y concluido ya bien entrado el de Carlos V, muestra que ni el brillo de las conquistas, ni los preparativos de grandes empresas, ni los gloriosos descubrimientos, hacian olvidar á aquellos magnánimos soberanos los padecimientos del indigente. Este hospital ú hospicio aunque deteriorado por un terrible incendio, se ve con gusto aun despues de haber visitado los celebres establecimientos de esta clase nacionales y estranjeros de construccion moderna.

A el reinado de Felipe II debe Granada cristiana la joya que mas la embellece. Vana pretension seria la nuestra si quisiésemos describir la Catedral en un párrafo ó en un articulo; asi, no tocaremos sino muy de paso sus principales bellezas. Fue maestro de esta obra el célebre arquitecto burgalés Diego de Siloe, y empleó en ella el estilo greco-romano de que era muy apasionado, y al que solia mezclar adornos y follages de buen gusto, en cuya invencion y distribucion se le reconoce por felicísimo. En varias partes del edificio dejó pruebas de la osadia de su genio singular; levantó las bóvedas de las cinco naves á desmedida altura sin hacer perder nada al conjunto de su elegancia y magestad, y sin perjudicar á la solidez dió un atrevido corte al arco toral para que encajara el anillo del cimborrio. Las pinturas que adornan esta soberbia basílica son casi todas de escuela Granadina. Descuellan muy particularmente los siete grandes lienzos de la capilla mayor, obras maestras de Alonso Cano; son tambien muy notables otros cuadros de Atanasio y de Juan de Sevilla, que parecen protestar contra la injusticia de que sus autores no estén representados por otras obras en los museos de la Corte. En escultura llaman dignamente la atencion, en el esterior los adornos y figuras de la puerta del Perdon por Diego de Siloe, y la gran medalla de la Anunciacion por José Risueño sobre la puerta principal; en el interior un bajo relieve de Adan, que representa á San Miguel, obra de las que mas honran al cincel español en el siglo actual; una matrona acariciando unos niños, emblema de la caridad, del Torrigiano; algunas estatuas de las Moras; dos virgenes pequeñas de Alonso Cano: una con el niño, en la cuna que sirve de remate al facistol, y otra de la Concepcion en la sacristía, realizacion del bello ideal, de la modestia, del candor y de la belleza; y tres bustos tambien de Cano, uno de S. Pablo, bien conocido en las academias por un buen vaciado de yeso, y dos colocados en los centros de los pilares que sostienen el arco toral, á escesiva altura por cierto, que representan á Adam y Eva. «La bella y ancha frente del varon y su mirada sublime declaran su suprema autoridad; dividida la crencha penden agrupándose varonilmente sus cabellos de jacinto hasta casi tocar sus fuertes hombros. La cabellera de la muger cae como un velo, suelta y desordenada, ensortijándose caprichosamente como los renuevos de la viña..... El formado para la contemplacion y el valor, ella para la molicie y la gracia amable y seductora.....» He aquí descritas en el *Paraiso perdido* las dos últimas figuras que hemos designado. ¡Singular coincidencia! Dos genios contemporáneos viviendo á larga distancia uno de otró, sin haber oido pronunciar probablemente ni el artista el nombre del poeta, ni el poeta el del artista, con distintas ideas y creencias, concibieron de un mismo modo la imagen de nuestros primeros padres. Quizá al mismo tiempo que Cano diseñaba estos admirables bustos, que conservó siempre como hijos predilectos de su talento, dictaba Milton sus versos inmortales. Pudiera decirse que el mismo Genio que visitaba por las noches al cantor del Edem, batia de dia sus alas sobre el taller del escultor granadino.—Estrañarian los lectores que acabásemos esta rápida ojeada sobre una de nuestras primeras catedrales, sin decir nada de las alhajas destinadas al culto divino que aún la enri-

quecieran, y que tanta fama dieron á los templos españoles. De las que posee actualmente solo merecen citarse un precioso caliz de oro, regalo del Sr. Alcántara Navarro, Dean de esta Iglesia y último comisario de Cruzada, y la custodia del Corpus, obra de mas valor material que artístico, y no comparable á las de Sevilla y Toledo.

Pertenece tambien al reinado de Felipe II la Chancillería. Este edificio aunque llena el objeto que segun escribió Ambrosio de Morales en la inscripcion de la portada se propusieron al levantarla con tanto lujo, cual fué el que la magnificencia del tribunal correspondiese á la importancia de los asuntos que en él se tratan *(Ut rerum quæ hic geruntur, magnitudini non omnino impar tribunalis majestas)*; no por eso carece de grandes irregularidades. La escalera, construida con suma inteligencia, fué costeada, si hemos de dar crédito á una antigua anécdota, con la multa que se impuso á cierto noble presuntuoso que prevalido de sus exenciones cortesanas, rehusó prestar en una de las salas de este tribunal, el debido acatamiento á los que en la tierra representan la justicia.

Las ideas teocráticas que predominaron en nuestra sociedad durante todo el siglo XVII acabaron de poblar á Granada, como á las demas ciudades del reino, de iglesias y conventos; mas alcanzando á todos el depravado gusto en que habia caido el arte arquitéctonico, solamente nos ocuparán dos de los muchos monumentos religiosos que nos legó aquella edad, el Sacro-Monte y la Cartuja, que son los que hoy ofrecen algun interés.

El hallazgo de unas reliquias de antiguos mártires en un monte cercano á la ciudad, dió ocasion á el piadoso prelado que entonces ocupaba aquella silla, para fundar en el sitio en que los habian encontrado, una colegiata con suficiente número de canónigos, y un colegio para estudios superiores, cuyas cátedras estuviesen á cargo de aquellos. Este establecimiento de educacion, llamado el Sacro-Monte, ha adquirido cierta nombradía por algunos varones ilustres que han salido de sus aulas.

En la pintoresca ladera conocida con el nombre de Cármenes de Dinadamar eleva sus severos muros el monasterio de Cartuja. Sobre su portada jónica de mármol ceniciento reluce á larga distancia la estatua de san Bruno, de mármol de Macael, copia de la célebre de Pereira que llamaba el poeta Salas el *monge petrificado* y de la cual se refiere que Felipe IV para contemplarla á su sabor, tenia prevenido al cochero que llevase al paso los caballos cuando pasase por la hospederia del Paular (calle de Alcalá) sobre cuya puerta se hallaba colocada. Admiranse en la iglesia y sacristía los zócalos y pavimentos de ricos mármoles, los techos primorosamente estucados, las puertas y cajonerías fabricadas de concha, ébano, nacar y plata, y demas lujosos adornos que en esta como en las demas casas de la órden, daban claro testimonio de su opulencia. Consérvanse allí todavía algunos buenos cuadros y estatuas y alguno que otro mediano fresco. Entre estos notaremos uno de Palomino, en que el buen Vasari Español dejó una prueba mas de que para ser pintor sobresaliente, se necesita otra cosa que no dan los áridos preceptos. En este monasterio residió y murió el lego cartujo Sanchez Cotan, que dominó cuanto es posible la perspectiva: habilidad de que hace frecuentemente alarde en los escorzos y edificios. Dos muestras notabilísimas de su saber en este ramo, dejó en aquella Cartuja; un retablo pintado con blanco y negro que hace toda la ilusion del relieve, y una cruz con clavos salientes, donde dicen que los pájaros engañados van á pararse, como en otro tiempo iban á picar las uvas de Parrasio. Sus mejores obras se deben buscar en la série de cuadros que pintó de la vida del fundador é historia de su religion, en los cuales manifestó dotes que le colocan á la altura de los dos grandes artistas historiadores de la órden de san Bruno, Le-Sueun y Carducho.—Y ya que hemos nombrado á Carducho, referiremos una anécdota de la vida de Cotan que le concierne. Cuentan los biógrafos de este, que enamorado aquel de la maestria y buena manera de pintar que distinguian las obras del lego cartujo, hizo un viage á Granada solo por conocerle. Llegado al monasterio, salió á recibirle la comunidad entera, y al punto que entre los demas monges divisó á Cotan, le conoció sin tener antecedente alguno sobre su persona: lo cual esplica Cean Bermudez, por la relacion que observó Carducho entre el semblante y compostura del modesto Lego, con el tono y estilo de sus pinturas. A haber tenido noticia de este suceso el Doctor Gall, se hubiera apoderado de él, como de un comprobante de su doctrina sobre la deduccion de las inclinaciones del individuo por los rasgos de la fisonomía.—Tal vez creerá el lector que en este vasto y sólido edificio, á las puertas mismas de Granada, gozando de una posicion inmejorable y con abundantes raudales de agua, habrán reemplazado al monótono silencio de sus claustros y celdas, no turbado largos años sino por el rumor del lento y mesurado paso del religioso ó por el roce del cenobítico sayal, el ruido y animacion de una fábrica ó de numerosos talleres. Si tal ha creido, sentimos desengañarlo. Escepto la iglesia que es hoy parroquia rural, y una pequeña parte del monasterio llamada el claustrillo, ha sido lo demas derruido *para aprovechar los materiales*. El viagero puede pasear sus ruinas contemplando los fragmentos de columnas y cornisas, trozos de mármol labrado y pedazos de pared con frescos, sin que le distraiga de sus meditaciones, mas que el ruido de los reptiles que se deslizan por entre las yerbas y escombros.

Como es sabido, el siglo XVII fué en España el siglo de los pintores como el anterior habia sido el de los arquitectos, que hasta en esto pareció la naturaleza guardar cierta consecuencia enviando los que adornan despues de los que edifican. Granada como otras grandes ciudades, tuvo tambien su escuela particular de pintura, aunque con notoria injusticia se la haya confundido con la Sevillana. Creóla el hijo de un ensamblador de retablos, Alonso Cano, que en Sevilla saltaba las tapias de los jardines de los grandes para estudiar las estatuas antiguas que los adornaban, que probaba á sus ribales en sus quisquillas de artistas que con tanta destreza como el pincel sabia manejar una oja toledana, que acusado de un terrible delito, salió inconfeso de la carcel y del potro, que rompia los cuadros ó estatuas que querian pagarle con vilipendio del arte, que fué amigo de Velazquez y protejido de Olivares y que murió abrazado á una tosca cruz, habiendo rechazado el crucifijo que le presentaban por estar mal ejecutado. Caracterizan á Alonso Cano el toque decidido y vigoroso, y ese sabor del antiguo que sabia imprimir á sus figuras, sin copiarle servilmente como Mengs y otros pintores modernos, sino tomando lo grandioso de las formas y la morbidez de los contornos, sin esa nimia sujecion que corta los vuelos al genio y quita la originalidad. Así el Padre Eterno de Cano no es un Júpiter, ni sus Dolorosas recuerdan las hijas de Niobe. Cano hizo con los modelos griegos lo que Fray Luis de Leon con la oda Horaciana, prestarles nuevo realce con el bautismo cristiano.—A su muerte dejó el pintor granadino aventajados discípulos en aquella ciudad, de los cuales mencionaremos á Gerónimo de Cieza y á Atanasio Bocanegra, arrebatado este último á las artes en la flor de su talento por su desmedida presuncion. Distínguese la escuela granadina por su colorido fresco y natural, no tan pastoso como el de la sevillana, ni tan ideal como el que tanto agrada en la Veneciana, pero aproximándose á ambas, señaladamente á la última; por la verdad en el plegado de los paños, indicando acertadamente cuando es necesario las formas del desnudo; y por su dibujo correcto sin tocar en dureza ó sequedad, escepto en Atanasio que descuidó mucho esta parte, y que se hace notar ademas por la estravagancia de sus composiciones. Concluyó esta escuela al cerrarse el siglo XVII en Juan de Sevilla, el cual habiéndose casado con una muger hermosa no quiso tener discípulos.

El corrompido gusto por tanto tiempo reinante se despidió en Granada con la columna del Triunfo y el hospital de san Juan de Dios. Fundado este por el mismo santo en el siglo XVI se acrecentaron tanto sus rentas con las donaciones y limosnas, que en el último siglo se emprendió su reedificacion con todo el lujo y ostentacion imaginables. El edificio no es suntuoso ni magnífico, porque ni lo uno ni lo otro se aviene con el género de arquitectura que en él se empleó y que entonces se usaba, pero da una idea de lo que hacia la caridad antes que la destronase la filantropía. En la iglesia, detras del altar mayor, hay un camarin donde acumularon los mejores mármoles que encontraron, y los follages mas estravagantes é intrincados que pudieron inventar; en medio de él yacen en una urna de plata los restos de san Juan de Dios, de aquel Juan de Dios de quien dice el padre Sigüenza *que andaba con un capacho ó espuerta á cuestas pidiendo limosna para el hospital y allegaba mucho, y que se allegaron otros á servir á los pobres de la misma manera, andando con sus espuertas al hombro, gente ordinaria y mucha della menos que ordinaria.* (Historia de

la órden de san Gerónimo, parte, III, lib. I, cap. X.) Cual si la gente ordinaria que con sublime abnegacion se consagraba al servicio de los enfermos desvalidos, valiera menos que los que segregados de la sociedad pasaban la vida hojeando el breviario y entonando maquinalmente los salmos. ¡Qué ageno estaria el P. Sigüenza de que aquel instituto respetable cuyo orígen nos pinta con tanto desprecio, habia de sobrenadar en el naufragio casi general de los demas institutos religiosos! La mal encubierta animosidad del sábio Geronimiano hácia los hermanos hospitalarios provenia, segun se trasluce en un pasage de su obra, de que siendo el monasterio de su órden patrono y administrador de las rentas del hospital, moviéronle sobre esto pleito los hospitalarios, ganáronlo y como era consiguiente quitáronle el patronato y la administracion; pero el elocuente prior del Escorial al vestir el hábito de religioso no se habia desnudado de las pasiones de hombre.

Inauguraron las artes granadinas su historia en el siglo presente no edificando palacios como en el XVI, ni conventos como en el XVII, sino construyendo un teatro de buena planta y bastante capaz, y un bonito puente sobre el Genil, al estremo del paseo. En nuestros dias han levantado los señores Romeas en la plaza del Campillo una modesta columna á la memoria de Isidoro Maiquez, poco despues que se levantó en esta córte la estatua á Cervantes. Unicos genios de los muchos que en nuestra nacion han muerto oscurecidos, y pobres á quienes se ha intentado con esta especie de apoteósis, vengar de la ingratitud con que los trataron sus coetaneos. Tambien debemos hacer mencion del pedestal dedicado á doña Mariana Pineda en la plaza de Bailen, y decimos *el pedestal* porque aunque recien conquistadas las nuevas instituciones, se votó por la ciudad la ereccion de una estatua á dicha señora, se colocó el pedestal con las inscripciones dedicatorias (dignas de que llamemos sobre ellas la atencion en cuanto á la mano de obra,) pero despues ó se entibió el entusiasmo, ó escasearon los fondos ó los destinaron á otro objeto, lo cierto es que aquel quedó colocado en dicha plaza sin que hayan vuelto á acordarse de la estatua.

Al incendio que en julio del 43 redujo á cenizas la Alcaicería y arruinó infinitas familias, debe Granada el tener un lindísimo pasage. En el solar de aquel célebre mercado de sedas se ha construido un bazar árabe en que se han imitado las labores y alicatados de la Alhambra con bastante buen éxito. Pero Granada antes de tener pasage debió haber pensado en tener comercio.

Hemos hecho desfilar ante los ojos del lector los mas señalados monumentos con que embelleció á Granada la civilizacion cristiana. No hemos entrado en descripciones minuciosas porque estamos convencidos de que con estas se consigue llenar muchas páginas, pero no dar una idea exacta de ellos al lector que no los haya visto; y cabalmente Granada es la ciudad que menos se puede conocer por descripciones. Es menester para apreciar sus bellezas haber aspirado su embalsamado ambiente; haber vivido bajo su cielo siempre azul; haber tendido la vista por su dilatada vega, que un poeta árabe ha comparado á una copa de esmeralda, incrustrada de brillantes por las alquerias y aldeas de que está sembrada; haberla contemplado reclinada en la alfombra de sus vergeles, irguiéndose magestuosamente sobre ella la nevada sierra, que segun la espresion de un autor estrangero, parece coronarla con una diadema de plata; haber, en fin, recorrido las márgenes de los dos rios que se abrazan al besar sus muros: de ese Dauro que cubriendo con flores y frutos los criaderos del oro que arrastra en sus arenas, va á encontrar á el Genil, para correr unidos á depositarlo en el ancho seno del caudaloso Guadalquivir, como para enseñarnos que es inútil ese tan codiciado metal en una region en que la providencia ha derramado con tanta profusion sus tesoros.

José Godoy Alcántara.



TORDESILLAS.

Hace ya cerca de cinco años, esto es en 1844, que hallándonos en un pueblo de Castilla la Vieja, célebre por su escelente vino, tuvimos noticia de una funcion que todos los años se celebra en Tordesillas, y cuya fama es proverbial en los pueblos de la comarca. Dispuestos con tan buenos antecedentes á ser partícipes de ella, nos pusimos en camino al amanecer del 15 de setiembre, dia destinado para la funcion. Componiase nuestra carabana de una lugareñita de catorce á quince años, tan fresca y tan saludable como una manzana, y vestida con una sencillez que la sentaba admirablemente. A escepcion de una tia suya que la acompañaba, todos los demas viageros perteneciámos al sexo *fuerte*, ó como dicen nuestros modernos escritores, al sexo *feo*.

Sintiendo en nuestras almas el benéfico influjo de una de esas hermosas mañanas del otono, caminábamos por las dilatadas llanuras de Castilla entonando canciones populares, en las que nuestra joven compañera lucia su voz pura y argentina. Ya habiamos dejado á nuestra espalda el pequeño monte de la Nava del Rey, tan abundante de conejos como escaso de encinas, y no tardamos mucho en divi-

sar á los primeros rayos del sol á Tordesillas, con su viejo palacio, donde vivió encerrada por espacio de cuarenta y seis años una de las reinas mas desgraciadas de Castilla, la infeliz doña Juana, llamada comunmente la LOCA. En esta poblacion fué tambien donde uno de los adalides mas ardientes y decididos de la libertad española, sentó por algun tiempo sus reales, dispuesto á derramar su generosa sangre para arrancar á su querida patria del hominoso yugo de los flamencos. Para castigo y vergüenza de nuestra nacion, no quiso Dios en sus altos é incomprensibles juicios protejer la causa de los buenos, y el grito de agonía lanzado en los campos de Villalar por la sensible muerte de Padilla, Bravo y Maldonado, fue tambien el último de la libertad española. Estos filosóficos pensamientos escitados por la presencia de aquellos sitios, cesaron bien pronto ante la algazara de mis compañeros, cuyo buen humor se iba aumentando, á proporcion que nos acercábamos al sitio de la fiesta.

El que quiera convencerse de que la aficion de nuestros compatriotas los españoles hácia las corridas de toros y de novillos raya en locura, no tiene mas que acudir á Tordesillas, y no podrá menos, al ver plagados todos los caminos que conducen á la poblacion, por gentes que marchan reunidas en alegres grupos, de esclamar con aquel poeta.

¿Qué novedad es esta? ¿qué sucede?
¿Dónde van esos grupos numerosos,
el desierto cruzando presurosos,
apenas el sol nuevo despuntó?
¿Qué quieren estas gentes que abandonan
sus humildes cabañas, sus aldeas,
y olvidando sus rústicas tareas,
parece que un instinto las guió?

Y en efecto, todos van guiados por un mismo instinto; á todos anima un mismo deseo. Las calles de Tordesillas estrechas y mal empedradas, se encuentran obstruidas por gentes que vienen en todas direcciones. El artesano y el propietario, el hombre culto de la ciudad y el rústico de la aldea se ven alli confundidos, olvidando las distintas clases á que pertenecen, porque en semejantes fiestas es ya sabido que domina siempre el instinto popular.

El frac y el levita son reemplazados por la graciosa chaqueta, y la larga vara ocupa el lugar del baston.

El primer dia, como en casi todas las fiestas populares, está destinado á los ritos religiosos de costumbre, que se celebran en una ermita cercana á la poblacion.

Numerosos puestos de zandías, panderetas, rosquillas y bollos, ocupan el camino, y concluida la ceremonia religiosa, empieza á danzar en un estenso círculo aquella risueña juventud, al compás de la alegre gaita y el ruidoso tamboril.

Por la noche se encamina la bulliciosa muchedumbre á ver la vaca encohetada que precede siempre á las funciones de novillos de los dos dias siguientes, y que es como la inauguracion de la fiesta. Los balcones se iluminan, y con una prontitud admirable se llenan los tendidos de gente, que por esta vez sube á ellos sin retribucion pecuniaria por una costumbre inveterada.

Gran número de aficionados ocupan la plaza, en la cual, con el fin de aumentar la luz, arden puestos sobre maderos dos grandes tiestos con teas.

Cuando el concurso empieza á manifestar su impaciencia, sueltan la vaca, la cual lleva puesta sobre el lomo una manta impregnada de un combustible que se inflama con facilidad, y sembrada de cohetes bien sujetos, y que á su tiempo se incendian.

Apenas el animal siente el calor de la manta que arde, empieza á dar brincos lanzando quejidos de dolor.

El fuego graneado de los cohetes la irrita mas y mas, y de este modo recorre la plaza como una furia, en medio de los silbidos, los gritos y las risotadas del pueblo.

Cinco ó seis novillos lidiados por una mediana cuadrilla de toreros, es todo lo que se presenta al espectador en el primer dia por la mañana. Lo mismo con corta diferencia seria la funcion de la tarde, si el humor inagotable y feliz de los Tordesillanos no la presentase llena de lances á cual mas variados.

Una compañía formada de jóvenes del pueblo, acostumbra á lidiar cuatro toritos de dos años, dando de este modo á la fiesta ese viso de originalidad que la hace tan celebrada.

Dos horas antes de que esta empiece, se llenan los tendidos de gente que acude á ellos deseosa de coger buen sitio. Todos los balcones, todas las ventanas y hasta los tejados, se cubren de espectadores: en todos los semblantes se trasluce la impaciencia y el deseo.

Por fin llega el momento con tanta ansiedad esperado, y abriéndose una puerta situada frente á la casa de Ayuntamiento, da paso á una carroza cubierta de verde follage, y tirada por cuatro bonitas y fogosas jacas. En ella vienen cuatro jóvenes como de unos catorce años en trage de señoritas, acompañados de cuatro galanes vestidos de majos. Despues de saludar al Ayuntamiento, van á colocarse en un estrado construido de antemano en uno de los lados de la plaza, y adornado con ramas verdes. Cada señorita ocupa un ángulo del estrado, teniendo á su derecha al galan, cuyo solo objeto es defenderla del toro.

La fregona, uno de los actores mas principales, y que está tambien al servicio de las damas, es un hombre vestido de muger, cuya facha ingrata y modales varoniles escitan la risa general. Este personaje entra en la plaza armado de una escoba, y un descomunal abanico, del cual se sirve para sortear al toro.

Los dos botargas con su trage grotesco, le siguen dando brincos, en muestra de su mucha agilidad y destreza.

El héroe del inmortal Cervantes, D. Quijote de la Mancha, montado sobre Rocinante, con su visera calada y seguido de Sancho su escudero, que desmintiendo á la historia viene caballero en una burra, y armado de una pica, se dejan ver en medio de los mas estrepitosos aplausos. Les preceden dos jóvenes en trage de toreros, destinados á prestarles auxilio.

Un sultán, acompañado de sus guardias que vienen armados de largas picas, cierra la marcha.

Toda esta numerosa y estraña comitiva, va pasando por bajo de los balcones del Ayuntamiento, dirigiéndose en seguida á los puestos que deben ocupar.

El sultan que figura venir á presidir la fiesta, se coloca en un ancho sillon, dispuesto á conservar su imperturbable serenidad, para lo cual cuenta siempre con el apoyo de sus guardias.

Colocados ya todos en sus respectivos sitios entra montado en una arrogante y airosa yegua negra, un gallardo joven vestido con la mayor elegancia, y dando muestras de habilidad y destreza en la equitacion. Despues de recorrer la plaza, se para debajo de los balcones del Ayuntamiento, y recibiendo en su gracioso sombrero la llave que le arrojan, se retira en medio de los aplausos universales.

El sonido de una trompeta anuncia que va á darse principio á la corrida; reina un silencio general, y á pocos segundos, sale, con la velocidad del relámpago el primer torito.

Es imposible poder dar una idea exacta de lo que pasa en aquel instante. Los botargas, siempre ágiles, siempre intrépidos, le llaman y le hacen pasar por debajo del estrado, sin que por esto abandonen su sitio los jóvenes transformados en señoritas, los cuales, indiferentes á todo lo que les rodea, se entretienen en tomar el refresco que les sirve la fregona.

Don Quijote, mantiene en esta jornada el honor de un caballero andante, y á fe que no le faltan aventuras. Su escudero Sancho, en vez de mostrarse tímido, raya en temerario, alentado sin duda por su trage preservativo. Consiste este en un ancho saco atestado de heno, de modo que el gruesor de su cuerpo, equivale al de tres hombres regulares: de esta manera, preséntase al peligro sin temor.

El sultan, lleno de prosopopeya y serenidad, jamás se inquieta cuando el toro se acerca á él, llevado allí por los incansables botargas que se guarecen bajo las picas de los guardias.

Seria prolijo enumerar las muchas proezas de que todos hacen alli alarde, dando pruebas de valor y de ese caracter travieso que tanto les distingue.

La segunda corrida, es exactamente una repeticion de la primera, diferenciándose tan solamente, en que este dia hay toro de vega, y una concurrencia mas numerosa atraida por el mercado que se celebra los martes de todas las semanas.

A las ocho de la mañana, el sonido de una campana anuncia que va á salir el toro. El concurso se dirige esta vez á un sitio elevado que hay á la salida del pueblo llamado el mirador, y desde el que se domina una dilatada y arenosa vega, que se estiende al opuesto lado de las ori-

llas del Duero. A la salida del puente, un gran grupo de ginetes espera con largas picas la venida del toro, el cual despues de haber sufrido algunos pares de banderillas, se lanza precipitadamente por las pendientes calles que guian á la vega.

En aquel momento empiezan á repartirse caballos por todas partes, y los mas intrépidos se adelantan á lancear al toro, que acosado en todas direcciones, pretende huir en vano.

En este ejercicio pueden tomar parte, todos los que dispuestos á arrostrar el peligro tengan confianza en sus caballos, pues siendo el terreno muy arenoso, necesitan estos tener brios.

Esta escena vista desde el mirador, agrada sobremanera por el cuadro de animacion que presenta. La velocidad de los caballos que se cruzan en encontradas direcciones con el fin de hostilizar al animal, presenta todo el aspecto de una lucha palpitante y animada.

No tenemos noticias de que, á escepcion de Tordesillas, exista pueblo alguno en España, en donde se lanceen toros por aficionados, en campo abierto, siguiendo en esto las costumbres que nos han trasmitido los moriscos de Granada.

Figúrense nuestros lectores una esplanada cubierta de blanca y menuda arena, en la que un negro y corpulento toro se revuelve contra un gran número de caballos, que conducidos por sus ginetes le acosan como una bandada de moscardones. Figúrense, en la ladera opuesta del rio, sobre la alta peña en que se asienta la poblacion, un gran mirador ó plazoleta con un antepecho de piedra levantado en el borde del precipicio, y allí innumerables gentes arremolinadas unas sobre otras, agitando infinidad de pañuelos de todas clases, y formando con sus rápidas ondulaciones un oleage de indefinibles formas y colores, y en medio de los unos y de los otros tendido cómo una ancha cinta de plata el tranquilo y espacioso Duero, doblemente magestuoso por la agitacion que reina en sus dos orillas, y podrán formarse una idea de tan pintoresco espectáculo.

Nada mas animado, nada mas feliz que este pueblo en los dias de su funcion anual.

El que haya tenido el placer de presenciarla, no podrá menos de llevar gratos recuerdos de este antiguo pueblo de Castilla, á quien la naturaleza favorece presentándole á nuestra vista rodeado de prestigio y de poesía.

Situado, como antes hemos dicho, en el declive de una elevada cuesta, tiene á sus pies el ancho y hermoso Duero á cuyo son pacífico y armonioso se adormece.

A su derecha, en medio de una deliciosa campiña, y á orillas del rio, se ostenta cargada de transparente fruto la rica viña, mientras que á su izquierda, llena de álamos que proyectan su gigantesca sombra en las aguas, está la ribera Mohedra convidando á respirar un ambiente puro y fresco.

La vista y la contemplacion de estos sitios, imprimen en el alma del viajero que les recorre, ese caracter de felicidad y de alegría de que participan sus habitantes.

Así es, que al separarse de ellos, al darles el último adios, siente uno renacer en su espíritu un vago deseo de tristeza, y no puede menos de envidiar á los moradores de aquellos sitios destinados á la felicidad.

Juan de la Rosa.

LA QUERIDA DEL SOLDADO.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

III.

El alcalde. la alcaldesa y el bagagero.

Mientras en Estella se hacian mil comentarios á cual mas absurdos de aquel suceso, y no faltaba quien digese blasfemias de los vivos y de la difunta, dos hombres vestidos como los labradores del pais llegaron á la choza del pastor que habia dado á Mateo la noticia mas creible del paradero de Lucia, y enterados por él del camino que habrian de seguir, emprendieron su marcha animándose mutuamente.

En el primer pueblo que encontraron se detuvieron para descansar en la única posada. El mas anciano de ellos, que parecia abrumado por un gran dolor, hizo á la posadera varias preguntas que no pudieron menos de alarmarla. Pero reponiéndose un instante, como muger que sabe su obligacion, y que trata de agradar á sus huéspedes, le contestó:

—Desde hace una semana no han pasado por aquí mas que el soldado y el granuja de que os hablo. Decian que, por haberse quedado rezagados en un pueblo, iban solos á incorporarse con su regimiento que persigue á la faccion en la actualidad.

—¿Y os digeron si les faltaban muchos dias para alcanzarlo?

—No, aunque si les oí hablar de que terminaria pronto su viaje.

—¿No sabeis cómo se llama ese regimiento?

—No.

—¿En qué caminaban?

—Llegaron en un buen caballo; pero aquí sacaron bagaje.

Estas palabras fueron un rayo de luz para el viajero, que en seguida corrió á casa del alcalde.

Despues de los preámbulos de costumbre entraron de lleno en el objeto de aquella visita.

—Con que segun me manifestais—dijo el alcalde á su interlocutor,—¿deseais saber el nombre del soldado que pasó esta mañana por aquí?

—Si no os sirve de molestia,—murmuró el desconocido impaciente.

El alcalde cogió un rollo de papeles, que pasó y repasó embarazado de una mano en otra.

El viagero quiso sacarle de aquel apuro, y conociendo que no sabia leer los tomó en las suyas, y los fué examinando uno por uno.

—Aqui está—esclamó por fin, deteniéndose ante un trocito de papel que parecía cortado por una mano ni muy firme, ni muy limpia; pero sobrado económica.—«Un bagage mayor para un soldado que vá á reunirse con su regimiento á marchas forzadas.»—¡Voto al diablo!

—¿Qué? ¿qué es eso?

—No sacamos nada en limpio.

—Pues he ahí únicamente lo que obra en mi poder.

—¿Y no traia pasaporte ese soldado?

—Sí, si, me lo dijo el sacristan, que es el que entiende en eso.

—¿Y dónde se lo habrian espedido?

—En Estella..... si..... no me equivoco..... me lo dijo a estender la papeleta del bagage.

—¿Podreis decirme como se llama el labrador que lo ha facilitado?

—Mi muger lo sabrá, que es la que entiende en eso con el sacristan. Yo, por mis ocupaciones.....

Un momento despues declaraba la alcaldesa con tono magistral que el bagagero en cuestion se llamaba Telesforo Ruiz, y dió sus señas particulares, á ruego del desconocido, en forma de pasaporte, á saber:—estatura, cinco pies y cuatro pulgadas; pelo, rojo; barba, idem; nariz, aguileña; ojos, verde-mar.—Manifestó además que tenia una cicatriz en la frente, y su jaco una cola que le arrastraba.

Aunque no eran estas averiguaciones suficientes para Jaime, se dió por satisfecho, y volvió á la posada donde le esperaba con la mayor ansiedad Mateo.

Sus caballos estaban tan fatigados, que, á pesar de los esfuerzos imaginables no lograron hacerlos salir del paso, luego que volvieron á emprender su viage. Al ponerse el sol abandonaron el pueblo, y á media noche no habian andado dos leguas todavia. El terreno ademas era montuoso y casi intransitable. Caminaban entre montañas y precipicios, y oian á lo lejos la caida ruidosa de los torrentes, y el canto de los buhos que abandonaban sus nidos en los peñascos al sentirlos aproximarse. Aun cuando la luna alumbraba con luz clarisima, porque era á la sazon otoño, lo desconocido del terreno, y el temor de estraviarse y dar en algun barranco donde inutilizáran sus cabalgaduras para el dia siguiente, los obligó á esperar la mañana.

En toda la noche pudieron dormir los dos caminantes. Mateo, mas que nunca enamorado de Lucia, y de corazon tierno y compasivo, temia los arrebatos del impetuoso caracter del anciano. Habia convenido en acompañarle única-

mente por velar sobre la vida de su adorada y sobre la de su padre; pero la perseguia sin rencor, aunque con el corazon destrozado por aquel terrible golpe. En cuanto á Jaime no se ocupó toda la noche en otra cosa que recordar las señas del bagagero que le habia dado la alcaldesa, pues sospechaba que por él llegaria á saber acaso mas de lo que deseaba.

Con efecto: cuando la aurora comenzó á iluminar débilmente la cima de las montañas, el sonido de unas campanillas advirtió á nuestros viageros de la proximidad de otro, á quien muy en breve pudieron distinguir, á pesar de las brumas de la mañana. Era un labrador alto, seco, y de barba roja, como el indicado por la alcaldesa.

Al verle Jaime examinó una por una sus facciones y la cola de su caballo, y hallándolas todas conformes con la filiacion, preguntó al viandante:

—¿V. se llama Telesforo Ruiz?

—Sí, señor; —respondió el hombre.

—Viene V. de conducir dos soldados....

—No, uno que viaja en compañía de un granuja.

—¿En donde los ha dejado V?

—Con su regimiento, como á unas seis leguas de aqui.

—(No son ellos) murmuró Mateo al oido de Jaime.

—(¿Quién sabe?) —Y ese granuja, —prosiguió el anciano alargando una bota con buen vino al bagagero, — ese granuja, ¿qué hacia con el soldado?

—Absolutamente nada, —contestó el labrador relamiéndose

—¡Nada! ¡es raro!

—Toma..... como que todos los granujas que he conocido eran criados y corre-ve-y-diles de los militares, me ha estrañado mucho lo que sucedia con éste.

—¿Y qué sucedia?

—Que le trataba con mucho respeto..... que iba andando casi siempre porque el granuja fuera montado..... que en cuantas paradas haciamos cuidaba mas del granuja que de sí.....

—¿Y qué señas tenia ese muchacho? ¿qué edad? ¿qué estatura?....

—Podria tener diez y seis años: era muy blanco, aunque segun decia, el sol y las fatigas le habian ennegrecido. Pero lo que mas me estrañó sobre todo, fué su mano pequeña y fina como la de una muger.

Mateo y Jaime se miraron con ojos rebosando lágrimas.

—Ni sabia llevar el trage misto de soldado, —prosiguió el bagagero.

—(¡Dios la favorezca!) — balbuceó Mateo.

—Ni sabia tener de la rienda al jaco..... En fin — añadió el labriego con aire malicioso, — yo creo.....

—¿Qué creeis? — le preguntaron ansiosamente sus dos interlocutores.

—Como vé uno todos los dias con esta guerra cosas tan..... creo que será alguna alta señora que va á reunirse con el ejército legitimista.

—¿Y no les ha sucedido desgracia alguna?....—le interpeló con interés Mateo.

—Ninguna..... A estas horas quizá se habrá ya dado alguna accion, porque su regimiento se hallaba á la vista de los facciosos.....

(Concluirá.)



Del movimiento general que se verifica cada dia en el cielo.

Para formarse idea de lo que es el cielo, en una noche serena, es preciso considerar primero el movimiento diurno, es decir, el movimiento comun de todo el cielo, que se verifica todo los dias alrededor de los dos polos ó del eje del mundo, y que se halla representado por esas esferas armilares que todos hemos tenido alguna vez entre las manos.

Los campesinos conocen el carro, que nosotros denominamos la *osa mayor*, constelacion compuesta de siete estrellas, que se ven siempre del lado del norte, aunque ya á mayor, ya á menor altura. En el mes de abril, á eso de las nueve de la noche, la vemos sobre nuestra cabeza; en en el de octubre, al contrario, está muy baja, ó casi á la par del horizonte. Si se la observa muchas veces en una misma noche se la verá subir ó descender sensiblemente de la propia suerte que se vé subir al sol por la mañana y bajar por la tarde; por donde podemos conocer que las estrellas, del mismo modo que el sol, giran en torno nuestro todos los dias.

El punto del cielo alrededor del cual se efectua el movimiento está marcado, por decirlo asi, por la estrella polar. Es fácil apercibirse de ello observando hácia el lado del norte cual es la estrella que no cambia de lugar en el espacio de una noche; porque la estrella polar es la única que se halla en semejante caso. Pero como seria preciso observar muchas, é irlas siguiendo á cada una de por si durante muchas horas para reconocer la que no varia, es preferible valerse de la osa mayor para conocer la estrella polar; — las dos estrellas mas separadas de la cola conducen en línea recta poco mas ó menos á la estrella polar, siguiendo dicha línea á la derecha en estío, á la izquierda en invierno, hácia arriba en otoño, y en la primavera hácia abajo.

Cuando se ha llegado ya á conocer la estrella polar que es como el centro del movimiento general y el eje ó centro de la gran rueda celeste, puede concebirse la manera que tienen de girar á su alrededor las demás estrellas; las que se hallan mas inmediatas, describen círculos pequeños, las que se hallan mas distantes los describen mayores, y cuando estos círculos son tan grandes que pasan del horizonte, se ponen las estrellas: hasta alli se las vé durante toda la noche.

El sol sale y se pone todos los dias en Madrid, porque

se halla muy distante de la estrella polar ó del polo, y porque, siendo siempre muy grande su círculo diario, no puede mantenerse en el espacio que hay desde el polo hasta el horizonte; lo propio sucede con la luna y otros planetas. El cielo tiene la figura de una bola ó de un globo, y por lo tanto es imposible que una bola gire sin que existan dos polos ó dos puntos alrededor de los cuales se efectue el movimiento: tal podrá verse haciendo rodar una bola cualquiera ó un globo artificial.

De los dos polos del cielo vemos solo uno, al que se le dá el nombre de polo boreal, septentrional ó ártico. Hay otro que le es opuesto y que no vemos, que se halla por debajo de nosotros hácia el mediodia, de la propia suerte que se alza el otro hácia el norte: se le dá el nombre de polo meridional, austral ó antártico.

Entre estos dos polos, y en medio de su intervalo, puede concebirse un círculo ó una rueda: es el ecuador, que se halla asimismo representado en una esfera igualmente separada en toda su circunferencia de cada uno de los dos polos, dividiendo al mundo en dos emisferios iguales, uno de los cuales es septentrional, que es el en que habitamos; y el otro meridional, en el cual se halla una parte del Africa y de América.

El ecuador sirve en la astronomía de término de comparacion para las alturas de los astros: así, por ejemplo, el sol en estío y al mediodia se halla 23 grados y medio á mayor altura que el ecuador, y en el invierno otro tanto por debajo de él, de donde decimos que el sol declina 23 grados, ó que tiene 23 grados de declinacion boreal en verano de declinacion meridional en invierno.

El meridiano es el círculo que del lado del mediodia sube directamente hasta colocarse sobre nuestras cabezas y pasando por el polo da toda la vuel a al cielo.



El polo está elevado para nosotros del lado del norte, y el ecuador del lado del mediodia; la cantidad de esta elevacion es el primer objeto de observacion, y nosotros no podemos dispensarnos de suerte alguna de indicarlo aqui. Al ver girar diariamente las estrellas al rededor del polo, era muy natural que se le viese elevarse y bajarse: tal es lo que tuvo lugar hace ya mas de dos mil años. El punto medio entre la mayor altura y la descension mas grande indica el lugar del polo, y la distancia á que se halla del polo es á, lo que se llama *latitud* de un lugar: cuanto mas se avanza hácia el norte, mas se aumenta la latitud, y esto hay lugar de observarlo siempre por la altura del sol y por la del polo.

Comprendidas ya las latitudes de los lugares de la tierra, preciso será formarse una idea de las longitudes, que por otra parte se hallan indicadas por el movimiento diurno del sol. Supuesto que dá la vuelta á la tierra en veinte y cuatro horas, dá el mediodia sucesivamente á todos los paises que existen de oriente á occidente, unos á continuacion de los otros.

Cuando se avanza del lado del Oriente ó del Occidente, no se cambia de latitud, pero se cambia de longitud. Cuando se está á 15 grados de Paris, hácia el Oriente, por ejemplo, en Viena, en Austria, se han hecho 15 grados de longitud, y llega el medio dia una hora antes, porque caminando hácia el sol se le debe encontrar mas temprano. Continuando avanzando del propio modo hácia el Oriente, de 15 en 15 grados, ganaria el observador una hora cada vez, y si diese la vuelta á la tierra se hallaria con que al volver á Paris habia ganado 24 horas, y contaria un dia mas que nosotros; estaria en el lunes, en tanto que nosotros estariamos aun en el domingo: hubiera visto, en efecto, salir el sol una vez mas que nosotros, y hubiera tenido un medio dia mas en el mismo intérvalo real de tiempo; sus dias de un medio dia á otro hubieran sido todos mas cortos que los nuestros, y hubiera tenido por lo tanto, mayor número de ellos, es decir, uno mas.

Otro observador que avanzára del lado del occidente retardaria la misma cantidad, y volviendo á Paris despues de dar la vuelta al mundo, no contaria sino el sábado cuando fuere ya en París el domingo: esta singularidad en la manera de contar se observaria, cuantas veces se viese llegar un buque que hubiese dado la vuelta al mundo, si hubiese contado la tripulacion los dias en el mismo órden, sin reformarlos por los paises por donde hubiera pasado.

Por la misma razon, los habitantes de las islas del mar del Sud, que se hallan separadas doce horas de nuestro meridiano, deben haber los viageros que vienen de las Indias y á los que vienen de América, contar de diferente modo los dias de la semana, teniendo los primeros un dia mas que los otros; porque, suponiendo que es domingo á medio dia en Madrid, los que están en las Indias dicen que hace ya seis ó siete horas que ha comenzado el domingo, y los que están en América dicen que faltan, al contrario, mas horas aun para que empiece. Esto hubo de chocarles á nuestros antiguos viageros, á quienes se les acusó al principio de haberse engañado en su cálculo y de haber perdido el hilo de sus almanaques. Habiendo ido Dampier á Mendanao por el oeste, se halló con que contaban allí un dia mas que él. Varenius dice tambien que en Macao, ciudad marítima de la China, cuentan habitualmente los portugueses un dia mas que los españoles cuentan en las Filipinas, aun cuando poco distantes entre sí; los primeros están en el domingo, en tanto que los segundos no cuentan sino el sábado; lo cual proviene de que los portugueses, establecidos en Macao, fueron allá por el Cabo de Buena-Esperanza inclinándose siempre al lado del occidente, es decir, partiendo de América y atravesando el mar del Sud.

Las longitudes en los diferentes paises de la tierra se hallan por medio de los eclipses: supongamos que se haya observado en Madrid un eclipse á media noche y en las Indias á las seis de la mañana: esto basta para adquirir la seguridad de que la diferencia entre los dos meridianos es de seis horas ó de un cuarto de dia, lo que hace un cuarto de círculo entero que recorre el sol en veinte y cuatro horas, es decir 90 grados de longitud con respecto á Madrid.

Pero como los eclipses son muy raros y los navegantes necesitan saber continuamente la longitud del lugar en que se hallan, no esperan á los eclipses; examinan la situacion de la luna con relacion á las estrellas, en el momento en que se halla la luna, por ejemplo, á 40 grados de una estrella cuando son las seis de la mañana, en el lugar en que se encuentran; consultan el almanaque calculado de antemano; si ven que esta distancia debe tener lugar á media noche exactamente, se sigue de aqui que la longitud es de 90 grados.

La posicion de la luna dice que es media noche en Madrid: se vé por otra parte que son las seis en el buque; y esta diferencia de seis horas indica la longitud. Lo que se llama el secreto de las longitudes, ha dejado de serlo desde que se sabe calcular y observar el punto en que se encuentra la luna. Puede tambien prescindirse de la luna en teniendo un buen reloj marino que no haga mas de dos minutos de variacion en dos meses de navegacion, y que haga saber constantemente en el buque la hora que es en Madrid.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

Oficinas y estab. tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de Don G. Alhambra.



PEDRO PABLO RUBENS.

Pedro Pablo Rubens nació el 28 de junio de 1577, en Amberes: murió el 30 de mayo de 1640 en Amberes. Donde quiera se vé la imágen de este pintor célebre y ha llegado á creerse que su gracia física y airoso esterior, han seducido el lapicero de los mas hábiles dibujantes, tanto como su reputacion artística. Nacido de una familia noble, veinte años despues de la muerte de Cárlos V, al salir de esa época brillante que tan bellas páginas dejó que escribir en la historia de la civilizacion, era uno de aquellos hombre de vida elegante y animada, que vivian en las córtes y conversaban con los reyes, llevaban con gracia la espada de guerrero, las plumas y bordados á la italiana, la barba á lo Francisco I, el airoso trage de español y la gorguera y capa corta. Un retrato como este es seductor para el buril de los grabadores, que, por otra parte, le deben homenage y reconocimiento; porque él fué el primero que les enseñó el arte de imprimir los colores valiéndose de tallas hábilmente combinadas; quien favoreció, educó y formó á Pontuis, Frosterman y otros no menos célebres, grabando el mismo al agua fuerte. Pero no fué este su mérito particular entre todas las operaciones de su vida. Sigámosle desde el momento en que con su madre se despide de Colonia para volver á Amberes, patria de su familia. Reducido á la condicion de page en casa de la condesa de Lalaing, se disgustó de la mala conducta de aquella muger, y al poco tiempo pasó á casa de Adam Van Port y á la de Van Veen, donde se entregó completamente al entretenimiento de hacer los dibujos, que fueron los juegos de su infancia. Aquella delicadeza de sentimientos que le hizo huir de la condesa de Lalaing, y que siempre tuvo cuidado de conservar, le adquirió el afecto y estimacion de sus maestros. Estos le aconsejaron volver á Italia; y allí vemos á Rubens, despues de haber sido siete años page del duque de Mántua, visitar á Roma, Venecia y Génova; estudiando por todas partes los cuadros maestros de los grandes artistas, y dejando por do quiera algunas pruebas de su talento, cual si se hubiera inspirado sobre los rasgos de sus gloriosos predecesores, Ticiano y el Verones.

Hombre de la época, arriesgado, brillante é ingenioso, al mismo tiempo que grande artista, fué buscado por los primeros personages de su tiempo. Si el archiduque Alberto le recomienda al duque de Mántua, este á su vez le envia con magníficos presentes á España, donde nuestro pintor estudió ese tono vigoroso y atrevido, que caracteriza la escuela española, y de la que no parte colmado de honores y presentes hasta haber hecho el retrato de Felipe IV y de muchos grandes de su corte. Entonces en medio de su gloria naciente, es decir, en la mejor época de su vida, entre las comitivas ducales y los sucesos de todo género, es cuando recibe la noticia de que su madre se halla peligrosamente enferma; todo lo deja, se trasporta sin dilacion á su lado y la encuentra muerta.

Dolorosamente afectado con esta pérdida pasa de la vida elegante á la vida ascética de un monasterio. Por espacio de cuatro meses permaneció en la abadía de San Miguel, y cuando llegó el tiempo de volver á Italia se dejó detener en Flandes por el archiduque, que le estimaba, y por su inclinacion á Isabel Brant. Entonces, para suplir los palacios de Italia, á los cuales renunciaba, construyó en Amberes, en medio de las casas semigoticas de sus conciudadanos, una magnífica habitacion adornada en su interior de frescos, encerrando en ella una preciosa coleccion de medallas, de vasos, y sobre todo de bustos y cuadros. Desde aquí data la época en que su talento se fijó definitivamente. El triple gusto italiano, español y flamenco se sometió perfectamente á su pincel; hecho ya profesor, dió á la catedral de Amberes el célebre cuadro del ***Descendimiento de la Cruz***, á los Jacobinos ***los cuatro Evangelistas***, á la Iglesia de san Pedro de Colonia el ***crucifijo de san Pedro***, despues al Museo de Paris una série de veinte cuadros ó escenas de la ***Vida de María de Médicis***, obras todas en que se combinan la energía y audacia vigorosa de Velazquez, la facilidad y brillante mágia de la escuela italiana, y el carácter especial de la escuela flamenca, la riqueza y frescura del colorido, con la valentia vigorosa de los grupos. Allí es donde verdaderamente está el título de la gloria de Rubens y hacen notar sus apasionados la analogía del nombre (***Rubens***, palabra latina que significa rusiente) con su genio de colorista. Seria no tener de su mérito mas que una idea imperfecta, si se le mirara solo co-

mo un gran pintor, igualmente dichoso en los asuntos de historia, el retrato, el paisage de todo género, ó como un escelente grabador, sobre todo despues de la época en que fijó su residencia en Amberes, es cuando se desenvuelve toda la valiente actividad de su naturaleza privilegiada. Los pintores de paisages, Breguhel entre otros, le buscaban para que cubriera de figuras sus cuadros; los mas grandes historiadores, los poetas mas ilustres de todas las naciones sostuvieron correspondencia con él; el archiduque Alberto, en su lecho mortuorio recomendó á su esposa Isabel á Rubens, consegero escelente segun decia, en los negocios del estado; en 1625 el pintor diplomático entendió en negociaciones de paz entre España é Inglaterra, y los concluyó en 1630 con el canciller Coltigton, siendo creado caballero por Cárlos I rey de Inglaterra. Esta rara y bella generalidad iba unida en él á una sencillez de buen gusto; descubriéndose el secreto de esta variedad de ocupaciones y sucesos que obtenia en todas cosas, en la razon natural, que lo aclara todo, en la regularidad activa que alarga la vida y puede dilatar el tiempo, fijando el empleo de las horas. Gracias á esta facultad, aquel hombre, ilustre pintor, pudo desplegar sus diversos talentos sin dejar de ser un gran artista. Sus cuadros atrevidos y brillantes como su vida, participando de España é Italia, son la espresion del genio belga de aquella época, genio mas sensual y mas profundo que delicado y esquisito. Rubens debió aquella feliz existencia, no solo á los dones naturales de que Dios le dotó, sino á la elevacion de sus sentimientos, á su actividad infatigable y acreglada. Cubierto de gloria y honores espiró apaciblemente en 1640 en Amberes, donde se vé hoy á la entrada su estátua de bronce. Sus cuadros están destinados á una larga existencia en la posteridad; aun deben trasmitir por mucho tiempo á los artistas el glorioso nombre de Rubens, así como el retrato de su segunda muger, Helena Formann, á quien frecuentemente tomó para modelo de sus obras.

La lámina que encabeza este número, representa el instante en que Rubens, postrado en cama, recibidos los sacramentos, esperando la muerte con resignacion y rodeado de su familia llorosa y atribulada, se despide de otro gran pintor su discípulo y su amigo, que ha llegado al fúnebre lecho á estrechar por última vez las manos de Rubens y á proporcionar á su maestro el consuelo de dedicar el último recuerdo á Van-Dik.

Recuerdos de la armada invencible.

Ha llegado á nuestras manos la siguiente carta en que se refieren las desgracias acaecidas á un capitan que formó parte de la famosa armada que en 1588 mandó aprestar Felipe II, á la cual se dio el pomposo nombre de invencible (1). La carta se dirige al gobernador de los Paises Bajos, y está concebida en estos términos:

«Creo se admirará V. E. viendo esta carta, por la poca seguridad que se puede haber tenido de que yo soy vivo, y porque dello sea V. E. bien cierto, la escribo, y algo larga, porque hay harta causa para que lo sea, por los muy grandes trabajos é infortunios que por mí han pasado desde que salió la armada de Lisboa, de los cuales Nuestro Señor, por su bondad me ha librado; y porque no he hallado ocasion mas ha de un año para escribir á V. E. no lo he hecho hasta ahora que Dios me ha traido a estos estados de Flandes, donde llegué habrá 12 dias con los españoles que escaparon de las naos que se perdieron en Irlanda, y Escocia y Setelanda que fueron mas de 20, las mayores de la armada, en las cuales venia mucha gente de infantería muy lucida, muchos capitanes y alféreces, maeses de campo y otros oficiales de guerra, muchos caballeros y otros mayorazgos, de todos los cuales, que serian mas de 900, no se escaparon mas de cinco cabales, porque murieron ahogados; y los que nadando pudieron venir á tierra fueron hechos pedazos por mano de los ingleses, que de guarnicion están en el reino de Irlanda. Yo me escapé de la mar y de estos enemigos, por encomendarme muy de veras á Nuestro Señor y á la Virgen santísima, madre suya, con 300 y tantos soldados que tambien se supieron guardar y venir nadando á tierra, con los cuales pasé harta desventura, desnudo y descalzo todo el invierno; pasado mas de siete meses por montañas y bosques, entre salvages, que lo son todos en aquellas partes de Irlanda donde nos perdimos, y porque me parece que no es bien dejar de contar á V. E., ni que se queden atras la sin razon, y tan grandes agravios que tan injustamente y sin haber en mi falta de no haber yo hecho lo que me tocaba, me quisieron hacer los maestros antes del naufragio por órden del de Medina Sidonia, de lo cual me libró Nuestro Señor: habiéndome condenado á muerte como V. E. habrá sabido, y tan afrentosa, y viendo el rigor con que se mandaba poner en ejecucion, pedí con mucho brio y cólera la causa por qué me hacian tan grande agravio y afrenta, habiendo yo servido al rey como buen soldado y leal vasallo en todas las ocasiones y encuentros que tuvimos con la armada del enemigo, de las cuales salia siempre el galeon que yo llevaba muy mal tratado y muerta y herida mucha gente. Pedí, como digo, se me diese traslado deste mandamiento, y que se hiciese informacion con 350 hombres que habia en el galeon, y que si alguno me pusiese culpa me hiciesen cuartos; no me quisieron oir, ni á muchos caballeros que por mí intercedieron, respondiendo que el duque estaba en aquella sazon retirado y muy triste, y no queria que nadie le hablara, porque aun demas del ruin suhceso que tuvo siempre con el enemigo aquel dia de mi trabajo, le dijeron que los dos galeones, San Mateo y San Felipe de los de Portugal en que iban los maeses de campo, don Francisco de

(1) Al hablar de la armada invencible, nos ha parecido oportuno dejar consignado en nuestro SEMANARIO un documento oficial que nos da razon de las naves y gente de que se componia. Dice así: «Relacion sumaria de los navios que van en la felicísima armada que S. M. ha mandado en el rio y puerto de la ciudad de Lisboa, de que es capitan general el duque de Medina Sidonia, y la gente de guerra y mareante, artillería y pelotería, municiones, bastimentos y otros pertrechos que lleva. Van en la dicha armada 130 navios en esta manera:

65 Galeones y naves gruesas.
25 Ureas de 300 á 700 toneladas,
19 Pataches de 70 á 100 toneladas,
13 Zabras con dos groesas, de la corona de Portugal.
4 Galeazas.
4 Galeras.

Total 130, que tienen de porte 57,868 toneladas. Asimismo van en la dicha armada 10 caravelas para el servicio de ella y 10 falúas. Los navios van armados con 2,431 piezas de artillería; 1,497 de ellas de bronce de todos calibres: las restantes de hierro colado. Gente que va en la armada:

16,973 Soldados castellanos.
2,000 Soldados portugueses.
124 Aventureros.
8,052 Gente de mar.
465 Criados de aventureros.
238 Entretenidos.
163 Criados suyos.
167 Gente de artillería.
85 Empleados en el hospital.
180 Religiosos de todas ordenes.
22 Caballeros de la casa del Duque.
50 Criados de la misma casa.
17 Ministros y oficiales de la hacienda.
50 Criados suyos.
19 Ministros de justicia.
2,088 Empleados en servicio y defensa de los galeones.

La armada llevaba provisiones para seis meses, y era mandada en esta forma:

Duque de Medina Sidonia, capitan general,
Don Alonso Martinez de Leiva, capitan general de la caballería del estado de Milan, su segundo.
Juan Martinez de Recalde, almirante de toda la armada.
Diego Flores de Valdés, general de los galeones de Castilla.
Don Pedro de Valdés, general de la armada de Andalucía.
Miguel de Oquendo, general de la armada de Guipuzcoa.
Martin de Bretendona, a cuyo cargo esta la armada de naves de Levantisca.
Juan Gomez de Medina, que manda las urcas.
Don Hugo de Moncada, que manda las cuatro galeazas.
Diego de Medrano, á cuyo cargo van las cuatro galeras.
Don Antonio Hurtado de Mendoza, general de los pataches.

Harto se ha divulgado por el mundo el desgraciado término de aquella famosa espedicion. Casi derrotada por los ingleses, preso Valdés, muertos algunos valerosos capitanes, incendiado el navío de Oquendo y dispersada luego por una horrorosa tempestad, camino de derrota en derrota hasta que regresó á España el de Medina Sidonia con los restos de su potente cuanto infeliz armada. Todavia se ignora la suerte que corrieron muchos de sus buques estraviados; por eso la carta que ocupa hoy las columnas de nuestro SEMANARIO será leida con doble interés, si se atiende á que la casualidad nos ha proporcionado el gusto de ser los primeros en publicarla.

Toledo, hermano del conde de Orgaz, y don Diego Pimentel, hermano del marqués de Tabara, se quedaban perdidos en la mar, hechos pedazos y muerta casi la mas de la gente que traian, y á esta causa con el dicho se retenia el duque en su cámara, y los consejeros hacian sinrazones á diestro y á siniestro. Por enmendar su abieso ó las vidas y honras de los que tenian culpa, y esto es cierto como lo sabe todo el mundo. El galeon San Pedro, en que yo venia, recibió mucho daño con muchas balas muy gruesas que el enemigo metió en él por muchas partes, y aunque se remediaban luego lo mejor que podian, no dejó de quedar algun balazo encubierto: de suerte que por allí hacia mucha agua, y despues del bravo combate que tuvimos en Cadiz, que duró desde la mañana hasta las 7 de la tarde, estaba ya el galeon muy mal parado. Por esta sola causa digo que el duque mandó que me quitasen la vida, pero el auditor, bien informado de mí, respondió al duque que sin que le mandase una órden por escrito no podia ejecutarse la sentencia. Yo envié tambien al duque un billete que le hizo pensar bien el negocio, y respondió al auditor no se ejecutase en mi aquella órden. Mostrome gran aficion el auditor y rogó al duque me hiciese pasar á su nave, lo cual otorgáronme de buen grado, siendo desde aquel mismo instante muy grandes los peligros que me sobrevinieron, porque con un temporal se abrió de suerte la nave que se anegaba, no siendo bastante las bombas para agotar el agua que rebullia por todas partes. El duque ya no parecia: toda la armada iba desbaratada con el temporal, de suerte que unas naos fueron á Alemania, otras dieron en las costas de Holanda y Gelanda, otras en Setelanda y Escocia donde se perdieron y quemaron mas de veinte con la flor de la armada, pues los enemigos que sin descanso andaban á nuestro alcance, nos desbarataban á man salva, que era grandísima pena verlos acometer á una sola nao cuatro y hasta seis de sus mejores navios. La nao en que yo iba era levantisca, á la cual se juntaron otras dos muy grandes para socorrernos si pudiesen, en las cuales venia don Diego Enriquez, el corcobado, por maese de campo, y no pudiendo doblar el cabo de Clara en Irlanda, con otro temporal que sobrevino, cuando apenas habia calmado el primero, nos fué forzado venir á tierra con estas tres naos que, como digo, eran grandísimas, y dimos fondo, y saltando en tierra estuvimos cuatro dias sin resolver nada, ni aun lo sabian hacer, y al quinto, cuando íbamos á partir, vino tal temporal en travesía con mar por el cielo, de suerte que las amarras no pudieron tener, ni las velas servir, y fuimos á embestir con todas tres naos en una playa cercada de grandísimos peñascos, donde á poco chocando con las grandes puntas nuestras ya casi desbaratadas naos, en una hora se hicieron todas tres pedazos, de las cuales no se escaparon mas de 300 hombres, y se ahogaron mas de mil, y entre ellos mucha gente principal: capitanes, caballeros y otros entretenidos.

(Se continuará.)

LA QUERIDA DEL SOLDADO.

NOVELA ORIGINAL.

—

(Conclusion.)

Despidiéronse con esto los caminantes, y el anciano y Mateo prosiguieron cavizbajos su camino, no sin augurar tristísimos resultados de aquella gran peripecia de su vida. Al anochecer de aquel mismo dia llegaron al pueblo que ocupaba el regimiento de Nicanor, y se alojaron en una posada inmediata á la del coronel, para poder espiar cómodamente cuantos soldados en ella entraran.

Segun el plan formado por Jaime, el dia siguiente deberian presentarse al coronel para suplicarle les permitiese leer las listas de revista, y para provocar una especie de careo con la compañía de Nicanor, en el caso de que por las señas que le darian no le reconociera el gefe. Como el anciano no conocia al amante de su hija, y Mateo no recordaba sus facciones, por haberle visto pocas veces, y esas con disgusto, hallábanse embarazados sin saber sobre qué base segura podrian fundar su acusacion de rapto.

En estas imaginaciones los sorprendió al rayar el dia un gran rumor que así en la calle como en el meson se escuchaba, y conociendo que ya por ningun modo podrian conciliar el sueño, vistiéronse apresuradamente y salieron al corredor por donde tenian entrada todas las habitaciones del meson. Allí los admiró sobre manera el contínuo tránsito de gente que, bullendo, gritando, llamando á los criados, y cuchicheando unos con otros en voz muy baja, corrian de aquí para allá, desaforados, empujándose, atropellándose, riñendo y jurando como locos. En vano preguntaron á los dependientes de la casa de qué procedia aquel tumulto, pues imponiéndoles silencio con un ademan, corrian, sin contestarles, á sus quehaceres.

La mayor parte de la gente que allí habia eran oficiales, tanto del regimiento de Nicanor, como de otros que en el pueblo y en sus cercanías se hallaban, empleados que seguian al ejército, individuos del cuerpo de sanidad, y esposas de los gefes. Por la agitacion de sus semblantes y algunas palabras que pudo oirles Mateo, vinieron nuestros dos personages en conocimiento de que un espia acababa de avisar que la faccion, considerablemente reforzada, pretendia entrar en el pueblo, y que algunos de sus mas influyentes vecinos la ayudaban. El coronel, en vista de la inferioridad numérica de su tropa, que le tenia desde algun tiempo encerrado en la poblacion, habia resuelto abandonarla en buen órden, para no verse obligado á trabar una lucha que de seguro seria fatal á las armas legitimistas.

El corredor que, en el momento de que hablamos, estaba tan concurrido, hallábase alumbrado únicamente por una lámpara colgada en el techo, cuya luz esparcia sobre los pálidos rostros de los circunstantes un reflejo opaco y sombrio que tenia algo de lúgubre y de siniestro. Mateo y Jaime, que desde la puerta de su cuarto contemplaban aquella animada escena con la melancolía de su situacion y de sus pensamientos, no habian reparado en un soldado, que, oculto en un ángulo del corredor donde la luz era muy escasa, espiaba con la mayor atencion sus movimientos, y se impacientaba de que permaneciesen en aquel sitio.

Al cabo de algunos minutos la agitacion creció considerablemente por un toque de llamada que en la calle se dejó oir. El oscuro corredor apenas podia contener las personas que en él circulaban, y Mateo y Jaime se vieron precisados á retirarse un poco mas adentro de su habitacion. Entonces el soldado que al oir el toque manifestara la mayor desesperacion, abrió rápidamente una puerta que tras él se hallaba, y volvió á salir al momento, conduciendo de la mano á un granuja, vestido con una casaca militar, y llevando cubierto casi enteramente el rostro con una gorra de cuartel muy grande. Con acelerados pasos, y abriéndose á empellones camino, atravesaron por medio de la multitud, procurando cuidadosamente evitar las miradas de todos; pero al llegar en frente del cuarto de los viageros que nos son conocidos, el baston de un ayudante, colocado debajo del brazo, tropezó con la gorra de cuartel del pobre granuja, y espuso á la admiracion de todos los circunstantes la cara mas linda del mundo.

Por una de aquellas casualidades que la fatalidad encadena á las mil maravillas, la luz de la lámpara, próxima á estinguirse, lanzó un reflejo vivísimo que alumbró de lleno aquella escena.

Entonces se oyó salir de un cuarto inmediato un grito penetrante, y un hombre atravesó á saltos entre la multitud.

IV.

El coronel.

Media hora despues de los sucesos que acabamos de referir, el coronel del regimiento de Nicanor se disponia á montar á caballo en la puerta de su casa, cuando le detuvo un grupo de hombres que en su busca venian.

—¿Qué se os ofrece?—preguntó á dos de ellos que se separaron de los demás.

—Permitidnos que os hablemos un instante—le contestaron.

—Voy á partir.....

—¡Oh! ¡por favor!.... el tiempo vuela.....

—Pero.... ¿qué ocurre?.... me poneis en cuidado....
¿Acaso la faccion?....

—¡Escuchadnos por el cielo!

El coronel sacó el pié del estribo, y entró con los dos hombres en el zaguan de la casa.

—Señores ¿qué es esto?—dijo al verlos:—¡sudais!.. os hallais agitados....

—¡Justicia, mi coronel, justicia!—esclamó el mas anciano con esplosion.—Un soldado de vuestro regimiento...

—¿Qué..... ha cometido algun?....

—¡Me ha robado mi hija!

—Ja... ja... ja...

—¡Cómo! ¿lo reis?....

—¿Pues no lo he de reir?... ¡Ella se habrá dejado robar, y quereis que yo enderece sus entuertos!

—Pero, señor.....

—Esto es muy comun en campaña..... Se roban gallinas y cosas de valor: ¿qué no se hará con las mugeres, de suyo fáciles de dejarse robar?

—Pero mi honra, mi honra,—esclamó el anciano arrancándose los cabellos,—mi honra pisoteada asi por un villano ¿no merece que la autoridad me ayude? ¿no merece castigo tal acto de indisciplina?—¡Y un coronel lo consiente, y se mofa del que viene á implorarle!

—Acabemos: ¿cómo se llama ese soldado?

—Nicanor.

—¿Su apellido?

—Lo ignoro.

—Pues entre los cien Nicanores que habrá en mi regimiento, elegid uno á quien colgueis el milagro.

—Yo le conoceré

—¿Con que le habeis visto?

—¡Hace poco! en esa posada inmediata..... iba con mi hija.....

—¡Y le dejásteis escapar!

—Ese jóven le vió primero; pero á su corazon generoso y leal repugnaba la publicacion de mi deshonra.... No sabia que la esperaba una publicidad mayor!

—Va..... va..... ¡tontunas de viejo! Cuando ha estado vuestra hija cerca de vos, y su corazon no se lo ha anunciado, no la darán mucho placer las caricias paternales.

—¡Me estais desgarrando el alma!—gritó el anciano sin poder refrenarse.

—¡Ya es tarde para todo, amigo mio! El regimiento ha salido del pueblo, con que..... ¡Señores, á caballo!

Y diciendo y haciendo montó á caballo el coronel, y seguido de sus ordenanzas y de la plana mayor, se puso en marcha sin oir á Jaime que le decia á voz en grito:

—¡Algun dia nos veremos! Entonces conocerás que la honra de un plebeyo navarro vale tanto como la de un rey, si los reyes son mas que los plebeyos!

Durante este coloquio Mateo habia permanecido cavizbajo sin tomar en él la mas mínima parte. Cuando el coronel desapareció, Jaime, enjugandose las lagrimas que de corage vertia, le dijo con amargura:

—Ves? ves? ¡todo es inutil! Si por tu sensibilidad de chiquillo no la hubieras dejado escapar, ya estaria en nuestro poder.—Y ahora ¿á quién recurrimos? Ese jovenzuelo engreido era nuestra última esperanza, y se ha burlado de nosotros.....—¡Oh¡ si yo me hubiera hallado en tu lugar..... tenerla frente á frente y no.....; voto á Cristo ¡me vuelvo loco!

El pueblo, que se habia agrupado en torno de la casa del coronel, bramaba de furor al enterarse del asunto por los dependientes de la posada. Si el regimiento y la demas tropa no hubieran salido de la poblacion mucho tiempo habia de seguro que la impolítica conducta del jefe hubiera dado lugar á un grave conflicto.

Mientras por un lado salian las tropas cristinas por el opuesto entraban las facciosas. En la misma casa donde habitó el coronel que conocemos estableció su cuartel general el cabecilla que los mandaba. Enterado por los vecinos del pueblo adictos á su causa del suceso que habian motivado Jaime y Mateo, los mandó llamar, y concluyó con ellos una plática de mas de dos horas en estos terminos:

—¿Con que estamos conformes?

—De todo, en todo—respondió Jaime, brotando fuego por los ojos.

—¿Desde mañana?

—Desde mañana.

—¿Y por qué sin retribucion ni grados tan siquiera?

—Porque asi es nuestra voluntad.

—¿Puedo participarlo á mi jefe?

—Desde luego.

—Entonces..... hasta mañana.

—Hasta mañana.

Mateo apenas tomó parte en la conversacion, porque le repugnaba.

Al dia siguiente él y el anciano vestian el uniforme adoptado por los partidarios de Carlos Quinto.

V.

No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.

El pueblo de... en Navarra habia sido ganado, perdido y recuperado muchas veces por la faccion. En esa lucha continua, en esa interminable guerra de montaña sostenida por el entusiasmo y el rencor de los partidos mas que por la razon lógica de las causas que unos y otros defendian, mil prodigios de valor, mil heroicidades dignas de los tiempos medios quedaron sepultadas en el olvido, porque nada nos parece grande sino lo pasado, y porque la ingratitud de los pueblos es siempre mayor que los servicios que sus hijos los prestan. Todas las guerras del mundo han tenido sus héroes; pero ninguna tantos como la que terminó en los campos de Vergara, aunque á decir verdad tampoco en ninguna han descollado tantas reputaciones ilegítimas ni tantas usurpadas glorias.

El pueblo de..... en particular, fué, durante mucho tiempo, testigo de uno de esos encarnizados combates en que no se sabe que admirar mas, si la constancia de los vencidos, ó el valor á toda prueba de los vencedores.

Situado en una eminencia á orillas de un riachuelo, dominando con sus baterias una esplanada por donde necesitaban transitar continuamente ambos ejércitos beligerantes y enriquecido con buenas fortificaciones por cuantos le habian dominado durante la guerra, en él se hallaban fijas las miradas de todos al comenzar el invierno de 183..... Por su posicion salubre y pintoresca, y por las abundantes municiones de boca que encerraba, le habian elegido los facciosos para uno de sus cuarteles de invierno, lo que sabido por sus contrarios los decidiera á disputarles tenazmente su posesion.

Cuarenta dias despues de los sucesos que referimos en el capítulo anterior las tropas carlistas ocupaban el pueblo, y las leales lo sitiaban. Aunque en mucho mayor número la situacion de estas era sumamente critica, porque acampaban en la llanura, á orillas del rio que mencionamos, y se veian espuestas sin reserva alguna á los tiros de los sitiados que las diezmaban. El desaliento, pues, cundia en las filas cristinas y los jefes desconfiaban del buen éxito de su empresa. Nunca habian encontrado una resistencia tan temeraria, ni una ciencia militar tan profunda en sus adversarios. Mil hombres sin instruccion, y sin otros recursos que los naturales, mandados por un adalid hasta entonces desconocido, y que en pocos dias mereciera por sus hazañas el sobrenombre de *Terrible*, burlaban á cada paso á un ejercito respetabilísimo, guiado por generales espertos, que disponian de cuantos recursos pueden hacer triunfar una causa.

Tal era la situacion de ambas partes beligerantes en el momento en que anudamos el hilo de nuestra interrumpida narracion.

Era de noche.

El fuego habia cesado instintivamente, como si unos y otros se aplazáran para una próxima lucha decisiva. Un espia, protejido del coronel que ya conocemos, le habia anunciado que los facciosos harian probablemente una salida aquella noche. El coronel lo puso en conocimiento de sus superiores y se redobló la vigilancia. Por esta causa la consigna de Nicanor que se hallaba de centinela avanzada á orillas del rio, era sobremanera rigurosa.

Como sucedia siempre, despues de haberse tocado á silencio en el campo, una porcion de soldados de la compañía de Nicanor fueron á buscarle en su puesto, para que les contara una historia. Formaron un círculo alrededor de él, y le importunaban para que satisfaciese sus deseos.

—¿Estas disgustado, porque el servicio te priva del amor?..... eh!.....—decian, viendo que se negaba.

—Marchaos de aquí,—les respondia Nicanor paseándose gravemente con el fusil al hombro;—mi consigna no permite que haya aquí nadie.

Pero tanto porfiaban los soldados que se dejó convencer, y empezó á contarles, de pie, y con la barba apoyada en el cañon de su fusil, la historia de Bernardo del Car-

pio, esa epopeya de la edad media española, armonioso y valiente cuadro en que están bosquejados fielmente hasta los pensamientos de los hombres de toda una época.

Al punto llegaba con su narracion en que el conde de Saldaña era arrebatado de la córte de Alfonso el Casto, y conducido á una prision donde debia perder los ojos, cuando en medio de los murmullos de impaciencia con que los soldados anunciaban su deseo de ver á Bernardo llegar en apoyo de su padre, oyóse en el silencio de la noche un débil rumor como de las olas del rio sacudidas y cortadas por los remos de un barco.

Levantáronse al momento alarmados, y por entre las cañas que poblaban la orilla, á la sazon alumbrada de lleno por la luna, pudieron distinguir tres ó cuatro barquichuelos, que cargados de facciosos á sorprenderlos lentamente se encaminaban.

Su posicion en un barranco elevado unos cinco pies sobre el nivel del rio les permitia sabrosamente tomar todas las medidas que la urgencia del caso reclamaba. Los facciosos parecian componer un número como de cincuenta. Su primera barca habia tocado en la orilla, y las otras iban á hacerlo muy en breve. Para llegar al campamento, despues del desembarco, tenian precisamente que subir por una estrecha vereda, que, encajonada entre cañas, iba á parar al punto defendido por Nicanor y sus compañeros.

No debia, pues, perderse un instante.

Nicanor lo conoció con su acostumbrada perspicacia, y —No hay que moverse—dijo á sus compañeros.—Preparad las armas.

—Paréceme que deberíamos avisar.....—replicó un temeroso.

—El que no sea para el caso—prosiguió Nicanor en voz baja, pero firme—puede largarse cuando quiera, y cuidado que cuente alla arriba lo que pasa.

Nicanor hízoles ir arrastrándose por el suelo á esconderse entre las cañas de uno y otro lado de la vereda.

Cuando todos se hubieran colocado, los facciosos sin encontrar obstáculo de ningun género, acababan de desembarcar y empezaban á subir en silencio. Nicanor entre tanto permanecia agachado para no ser visto.

De repente, cuando llegaban á lo mas escabroso del cortísimo camino que tenian que andar, vieron levantarse en frente de ellos una sombra armada, y oyeron una voz que gritaba fuertemente:

—¿Quién vive?

Y de ambos lados del camino partió una detonacion horrorosa á llevar la muerte en las compactas filas de traidores. Los muertos rodaron hacia el rio, arrastrando en su empuge á muchos vivos, y los que escaparon de las balas de aquel puñado de valientes arrojáronse á encontrarla mas segura en el seno de las ondas.

Con las noticias que habian recibido, alarmados el general y todo el ejército de oir tan de cerca las descargas, corrieron á las armas al punto. Al mismo tiempo vadeaban el rio un poco mas arriba de aquel lugar un gran número de ginetes facciosos. La lucha era inevitable.

El regimiento de Nicanor, con su coronel á la cabeza, salió al encuentro de los sitiados que inmediatamente volvieron á repasar el rio. Aunque esta accion deberia haber hecho desconfiar al gefe de sus intenciones, el ardor de sus años juveniles y el deseo de esterminarlos distinguiéndose, le cegaron hasta el punto de mandar á sus soldados que pasasen el rio en su persecucion. Asi lo hicieron efectivamente, pero apenas pusieron el pié en la opuesta orilla, cargó de tal manera sobre ellos el ejército sitiador que los pocos que se salvaron lo debieron á la fuga.

Despues de haberse batido como un leon, el coronel, casi solo, y, cercado de cadáveres, rompió su espada, y empuñando una pistola se decidió á entregarse ó á morir matando.

No le hizo esperar mucho tiempo la ocasion. Un ginete faccioso de aspecto marcial y cuya barba blanca le pareció haber visto alguna vez, separándose de sus compañeros, corrió á encontrarle, gritando:

—¡Al fin nos vemos!—La honra de un plebeyo navarro vale tanto como la de un rey, si los reyes son mas que los plebeyos.

Al verle llegar, los pocos ordenanzas que aun acompañaban al coronel se pusieron en precipitada fuga, gritando con terror:

—¡El Terrible! ¡el Terrible!

El coronel, hechando espuma de corage, aguijoneó su caballo, y salió al encuentro del carlista; pero al afrontar con él se detuvo como aterrado.

—Ya estoy aquí!—murmuró el ginete.—Tú pudiste haberme devuelto mi hija, mas tuviste mi honra por cosa digna de menosprecio.—Pues bien, mi honra por tu vida.

Y á un mismo tiempo los dos adversarios amartillaron sus pistolas.

Los dos tiros salieron, y ambos rodaron por el suelo.

VI.

Fiebre.

A pesar de las pérdidas sufridas en aquella escaramuza, un ataque vigoroso hizo al dia siguiente dueños de la poblacion á los cristinos. Muchos facciosos quedaron prisioneros, y fueron metidos en capilla para ser fusilados inmediatamente. La vida del Terrible, ansiada por todos, no pudo sacrificarse en el altar de los vencedores, porque fué buscado en vano. Opinábase que se habria fugado con los que pudieron salir del pueblo.

Nicanor y el desconocido granuja, que gracias á hallarse aquel de centinela pudieron escapar de la muerte, se alojaron en una casa ruinosa, porque deseaban estar solos.

(El cronista á quien plagiamos pone en este lugar un largo discurso en que prueba con invencibles argumentos la superioridad del amor sobre todas las pasiones. Parécenos oportuno trasladar aquí su último párrafo, porque es un vivo retrato moral de nuestra heroina, y aun no hemos cumplido este deber de novelista con nuestros lectores).

Dice asi el sargento:—

»Quien llegue á leer esta historia comprenderá desde »luego que el granuja de que hablo era Lucía, Lucía, que »fascinada por Nicanor no habia vacilado en seguirle al »espirar su madre. No era culpable de que su corazon la »hubiera arrastrado á este delito. ¿Qué vano moralista »osária recriminarla por haberse lanzado en pos de la feli»cidad, de la felicidad, de esa quimera que todos buscan »á los veinte años? Tanto valdria impedir á las aves que »voláran, al torrente que talára los campos, á las flores »que se abrieran á los primeros rayos del sol..... ¡Pero po»ner leyes á la naturaleza! ¡Como si la natnraleza se dejá»ra dominar por la razon humana!—Lucía era un ángel; »pero Dios la habia dado una materia que podia muy bien »arrastar por el fango aquella alma de angel. La obra de »Dios se profana casi siempre durante su peregrinacion »por la tierra. ¡Un espíritu tan purísimo encerrado en un »vaso tan débil!.... ¡Pobre humanidad! ¡Pobre Lucía! »Educada por su madre en las mas sanas ideas de moral »cristiana, respetaba al anciano sin quererle, porque—co»mo ya he dicho—el carácter de Jaime era duro y des»abrido; imponia, pero desagradaba. Al verse en su ju»ventud aislada por aquella terrible pérdida, su corazon, »sediento de amor y henchido de ternura, necesitaba de »otro corazon que participara de sus emociones. El de Ma»teo, que la voluntad de su padre la imponia, no la agra»daba, á pesar del cariño y del buen natural del jóven. »Nicanor, sí, porque......—pero ¿quién puede esplicar *el »por qué* de ciertas predilecciones femeninas?—Fáltame de»cir que al dejarse arrebatar por su pasion creia que era »inocente como la paloma que huye del milano y se guare»ce en palomar amigo. Si alguna vez faltó á lo que su ho»nor la exigia, el cielo disculpe la impetuosidad de su pa»sion, que ella y no el desenfreno lo motivaria.»—

La casa ruinosa en que—segun digimos,—se habian alojado los dos amantes, hallábase situada en una de las mejores calles de la poblacion, y en ella habian tenido su cuartel general los facciosos, por cuya razon estaba acribillada por nuestras baterías. En una habitacion cuya ventana daba á la calle, y sentados en una mesa cubierta de provisiones soldadescas varios militares comian y bebian alegremente. Entre ellos Nicanor y el granuja, que parecian hacer los honores de la mesa.

No hay como estar familiarizados con la muerte para no temerla. Aquella orgía improvisada, y tantas orgías como se improvisan en campaña sobre los mismos cadáveres de los amigos que acabamos de perder, son una prueba evidente de que el estoicismo es el valor del soldado.—¡Quién sabe si yo caeré luego!—dice viendo caer á uno á su lado. —Pero pasa aquella hora y se dá una lágrima á los muer-

tos y muchos brindis á los vivos, y del festin de carne se corre al festin de Baco.

Nicanor y Lucia habian tenido que acceder á los deseos de sus compañeros, y á pesar de la melancolía de sus imaginaciones, organizaron en su misma casa la *francachela*.

La conversacion giraba sobre la accion última, y Nicanor se veia abrumado de epígramas y de pullas, que casi siempre tenian por objeto á Lucia.

El vino empezó á trastornar tanto las cabezas que la jóven se hallaba incómoda en aquel sitio. Su corazon le auguraba algun desastre. Hacia muchas noches que el sueño huia de sus párpados, y una mortal angustia la devoraba.

—*De profundis clamavi ad te*.....—esclamó de repente uno de los soldados, apurando una botella.

—¿Por qué dices eso con tono lúgubre?—le preguntó otro.

—¡Me acuerdo del coronel... tan jóven, tan valiente!..

—Es verdad.... ¡Pobrecillo! Dicen que le mató el Terrible..... ese faccioso ú ese diablo que tanto nos ha perseguido..... En cambio él tambien murió, y me alegro.....

—¿Con qué ha muerto el Terrible?....

—El coronel le mató..... de un pistoletazo.

—¡Mentira!! —esclamó detrás de ellos una voz ronca.

Volviéronse los soldados al oir esto, y vieron salir de una trampa oculta en el suelo en un rincon de la pared, un hombre alto, pálido como la muerte, y vestido de faccioso. Otro hombre, oculto aun dentro de la trampa, luchaba con él como para detenerle.

—¡El Terrible!—prorumpieron todos los soldados, apoderándose de sus armas.

Lucia le miraba de hito en hito con ojos de loca.

Nicanor tambien habia cogido su fusil. Dió un salto hácia atrás, y apuntó al recienvenido.

Lucia cayó de rodillas delante de él.

—¡Es mi padre!.... ¡es mi padre!—balbuceó.

Los soldados se miraban absortos.— El hombre que habia tratado de detener á Jaime lloraba sentado sobre la trampa.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—esclamaba la jóven sollozando.— Volverle á ver así..... herido..... Esos ojos.... esos ademanes de furor.....—¡Padre mio!....

—¡Está loco!—añadian los soldados.

Y no se equivocaban: Jaime, recogido por Mateo despues de la lucha con el coronel, en que saliera herido, sufrió una fiebre cruel que habia trastornado su razon.

—¿Quién me quiere matar?—Dijo el Terrible, desabrochándose el pecho, que apareció destrozado por la bala del coronel.

Y luego, sacando una bolsa de cuero y arrojándola sobre la mesa, prosiguió:

—Dos mil duros están ahí..... el precio de mi vida..... ¿cuál de vosotros se quiere enriquecer con mi muerte?

Un silencio profundo le contestó.

—Somos enemigos..... os he hecho mucho daño..... entregadme á vuestros gefes, que os lo pagarán tambien.

—¡Padre mio!—esclamó la querida del soldado tendiéndole los brazos.

Jaime la rechazó, lanzando una carcajada terrible.

—¡Tú mi hija! Ja... ja... ja... Yo no tengo ninguna hija..... porque los muertos no vuelven..... y Lucia murió ya para su padre..... mi corazon ha vestido ya luto por ella....

—¡Yo soy Lucía, yo soy vuestra hija!—gritó la jóven, temblando y desencajada.

—¡Ay! no renueves las llagas.... ¡Qué delirio! ¡Tú Lucía! tú.... tú entre soldados....

Y volvió á rechazarla con desprecio.

La jóven cayó sobre una silla, abrumada y murmurando:

—¡Me rechaza! ¡me rechaza! ¡soy maldita del cielo! ¡maldita! ¡maldita!

El anciano se acercó á Nicanor.

—Te he buscado para matarte, y no te he podido encontrar..... véngate.....

—¡Sálvale por Dios!—le dijo Lucia corriendo hácia él.

—Escuchad—murmuró al oido del Terrible Nicanor;—os vais á poner un trage mio..... os buscaré un caballo, y os acompañaré yo mismo.....

Jaime hizo un gesto de desden, y volviéndose á los otros soldados:

—¿Me entregais ó no?—les preguntó.

Los soldados permanecieron silenciosos.

—Pues yo quiero morir sea como sea..... La vida sin honra es peor que la muerte.

Y se lanzó á la puerta de la habitacion como un relámpago; pero Nicanor habia comprendido su idea y se interpuso, diciéndole:

—Tendreis que pasar por cima de mi cadaver.

Entonces el Terrible corrió á la ventana, y á pesar de cuantos detenerle quisieron, saltó á la calle gritando:

—¡Viva Carlos V.!

Todos los soldados se lanzaron en su seguimiento, guiados por Nicanor.—Lucia cayó en medio de la sala de rodillas, y levantando las manos al cielo con ademan sublime de dolor.

VIII.

Desesperacion.

Lucia y el compañero del Terrible quedaron solos en el cuarto. Ambos murmuraban un rezo tiernísimo, porque ambos se hallaban en una de esas situaciones, en que el alma se eleva á Dios como su único consuelo.

La jóven se levantó vacilando y fué á sentarse en una silla junto al desconocido que permanecia con el rostro entre las manos.

—¿Por que ese delirio?—se preguntaba á sí misma creyendo que estaba sola.

—Por qué? por qué?—preguntais...—respondió el jóven alzando la cabeza.

—¡Mateo! ¡Mateo!—gritó la jóven con voz moribunda.—Perdóname!

—Te he perdonado ya, Lucia;—repuso Mateo triste y dulcemente.—Ojalá te perdonára tu padre como yo te perdono!

—¿Qué dices ¡oh! qué dices? ¿No me perdonará?

—No lo espero.

—El cielo me favorezca.

—Tus amores han ocasionado su desventura. Por tí ha sido sanguinario hasta el estremo de matar á ese coronel de quien habrás oido hablar..... por tí ha hecho traicion á sus principios políticos..... por tí ha perdido la razon; por que tu padre está loco, Lucia.

—¡Calla! calla por Dios!

—Yo le trage aquí en la imposibilidad de seguir á nuestros compañaros por su herida..... esa cueva es muy pequeña..... su lecho estaba al pie de la trampa, y ha oido la conversacion de los soldados... se ha empeñado en morir y morirá, porque la ley no perdona.....

—¡Madre mia! ¡madre mia!—esclamó la jóven arrodillándose.....

—Pero aún hay mas..... su desgracia es mayor.....

—¿Qué dices? ¡mas todavía!

—¿No recuerdas, desgraciada, no recuerdas haber oido hablar á Nicanor de un servicio que tiene que hacer dentro de una hora?

—¡Ah! ¡si!... ¡si!... el cielo es implacable! ¿Qué he hecho yo para espiarlo de este modo?...

—Tu amante va....

—¡Calla! ¡calla por Dios!... No pronuncies esa palabra terrible... ¡Padre mio!...

La jóven cayó desmayada en brazos de Mateo que la recibió con una sonrisa de gozo purísmo.

Cuando Nicanor volvió á saltar por la ventana empezaba á recobrar su conocimiento. Su antiguo amante la estrechaba con frenesí contra su corazon, y ella le contemplaba casi con deleite, murmurando:

—¡Mateo! ¡Mateo!—¡qué felices hubiéramos sido!

Nicanor, que no perdia uno de sus movimientos, aunque oculto de su vista, esclamó fuera de sí al escucharla:

—¿Conque este es Mateo? ¿este es tu prometido esposo?

Y arrancando de su cintura la bayoneta la clavó hasta el pomo en las espaldas del jóven navarro, que quedó muerto sobre la trampa sin exhalar siquiera un suspiro.

IX.

Adios eterno!

Pocos momentos habian pasado. Los compañeros de Nicanor no habian vuelto á la casa. Este, arrojado en un rincon sobre una silla parecia poseido de la mas sincera de-

sesperacion. Lucía, en trage de muger, con un lio de ropa debajo del brazo, le miraba tristemente como compadeciéndole. Habia en sus dulcísimas y tiernas miradas un no se qué de resignacion sublime con las voluntades del cielo, una espresion tan casta y tan pura, que, al ver las huellas del dolor en su rostro, se la compadecia como á un angel caido.

Volvamos por un momento la vista á los sucesos que habian pasado fuera de allí.

El Terrible despues de que saltó á la calle, siguio gritando como un loco—¡viva Carlos Quinto!—hasta que llegó á la plaza del pueblo, henchida á la sazon de gefes del partido cristino. Los soldados que le iban á los alcances, desesperando de detenerle, entraron por consejo de Nicanor en la plaza por otra boca—calle. Cuando sucedió esto ya el Terrible ocupaba la prision de los facciosos que iban á morir.

En seguida se reunió la junta de gefes que habia de juzgarle.

Nicanor consiguió de un asistente del general que le introdujera en parte donde pudiera oir cuanto se hablara en la junta. Oculto detras de una cortina escuchaba con el alma en los labios, sin respirar siquiera; pero de repente la cortina se agitó muchísimo, y se oyó un ligero ruido detras de ella.

Nicanor habia oido pronunciar una sentencia de muerte, que deberia ejecutarse al mismo tiempo que la de los otros facciosos metidos en capilla.

En el mismo instante fué llamado un sacerdote para auxiliar á Jaime.

¡No habia remedio en lo humano!

Renunciamos á pintar la esplosion de los sentimientos de Nicanor cuando se acercaba á dar tan triste nueva á Lucía. No era un hombre era un autómata el que saltó por la ventana, y el que asesinó á Mateo.

Despues un estupor profundo, una paralizacion completa de las funciones de todas las facultades intelectuales reemplazó en ambos al conocimiento de su situacion.

Convencida la joven por las incoherentes frases de Nicanor de la suerte de su padre, levantó los ojos al cielo, y se puso á rezar.—Su amante la contemplaba con amor unas veces y otras con una mal reprimida espresion de odio. Le parecia imposible que en tan supremo instante le hubiera olvidado; pero no debia dudar..... la halló en brazos de otro hombre.

Concluida la prez Lucía se levantó con dignidad, y entró en una habitacion imediata, de donde salió despues de un momento vestida de muger; y tal como hemos dicho que estaba al comenzar este capítulo.

Los dos amantes se miraban sollozando, porque leian en el fondo de sus corazones.—Un toque de llamada los sacó de esta especie de marasmo.

—¡Gran Dios!—esclamó Lucía, viendo que Nicanor se apoderaba de su fusil;—¡este golpe mas!

El fusil cayó á sus pies, arrojado por su querido.

La joven lo cogio, y al devolvérsele dijo:

—No faltes á tu obligacion por una muger que ya no te ama.

—¿No me amas?... ¡ah! ¿con que siempre me has engañado?

—¡Nunca! pero ya mi amor se ahoga en sangre inocente.... estás empapado en sangre, Nicanor.

—¡Ay! ¡tanto como á tí me pesa! esta sangre me desvanece!.... !yo asesino! ¡yo!....

—Seria un sacrilegio mi amor, despues del sacrificio de mi padre.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las megillas del soldado.

—No culpo tus arrebatos—prosiguió la jóven;—porque voy á consagrarme á Dios.

Un toque fúnebre se oyó muy de cerca.

—¡A Dios!—esclamó Lucía tendiendo los brazos á su amante que se lanzó en ellos.

—¡A Dios!—Acuérdate siempre de mí!

—¡Qué desgraciados somos! Un amor criminal que nació sobre el ataud de mi madre, debia estinguirse sobre el cadalso del que me dió el ser.....

Hubo un momento de silencio espantoso.

—¿Hasta cuando?—Esclamó Nicanor con ansiedad, viendo á Lucía dirigirse á la puerta.

La joven señaló el cielo con un ademan.

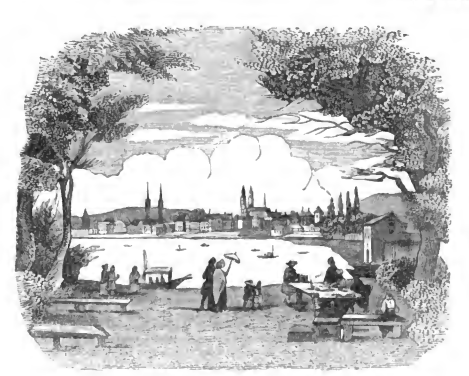
Nicanor se apoyó desvanecido en la pared, al mismo tiempo que pasaban por delante de su casa los reos entre una larga fila de soldados.

Uno de ellos contempló un instante la casa, y desatando una de sus manos, echó sobre ella su bendicion.

Era el Terrible.

(Asi acaba el manuscrito de la *Querida del soldado*.)

VICENTE BARRANTES.



Ligera escursion por algunas ciudades de la Suiza moderna.

Teatro la Suiza de no lejanos acontecimientos politicos altamente dramáticos que tuvieron absorta por no corto espacio la universal atencion de la Europa; no creemos que será del desagrado de nuestros lectores el practicar con nosotros una ligera escursion por el mencionado pais; siquiera no sea mas que por reconocer la escena de tantos y tan importantes acaecimientos. Así que no vaya á creerse por ejemplo que *Lausana* sea una ciudad sombría, sepultada en el fondo de algun barranco, entre corpulentos árboles

negros y sombríos, y habitada por hombres muy poco civilizados. Muy lejos de esto, es una ciudad lindísima que contiene quince mil habitantes, y que ofrece á los estrangeros que concurren del lago de Génova, situado á alguna distancia, buenas posadas, tales como la del *Leon de oro*, y la del *Halcon*, nombres infinitamente mas salvajes que el pais, y que por lo tanto, por muy cómodas que sean, se apresuran á salir de ellas los viageros para visitar las curiosidades de la poblacion y sus contornos, con lo cual no tendrán poco de que ocuparse. En efecto, por todas partes se hallan recuerdos, ó cuando menos construcciones, establecimientos nuevos altamente dignos de llamar la atencion de los viageros, que los franceses distinguen con el nombre de Touristas. Estos últimos hasta llegan á detenerse allí durante toda su vida, lo cual no es de estrañar en efecto, y mucho mas concretándonos á los ingleses, apasionados como nadie á viajar por Suiza, y que tienen una afeccion particular por Lausana. Muchos de ellos se han establecido en la capital del canton de Vaud, y esto está acaeciendo ya desde bastante tiempo, puesto que la tumba de alguno de ellos ha llegado á convertirse en una curiosidad del pais como, por ejemplo, la del inglés Cannig, trabajo ejecutado por el célebre Canova. Fuera de esto, contiene la ciudad en sí misma bastantes cosas dignas de ser visitadas: la casa de ayuntamiento, en la que se hallan espuestas á la curiosidad de los aficionados á formar colecciones: gran número de antigüedades; el arsenal, la escuela militar, el casino, la academia, que puede reclutar sus miembros en muchas sociedades literarias y artísticas del pais: la biblioteca, posesora de una coleccion de 9,378 medallas; el museo del canton, y lo que es menos célebre, muchas pensiones que han llegado á hacerse notables. No deben buscarse precipicios ni torrentes en Laubana, pero en cambio se hallarán ribazos cubiertos de viñas, y de los productos todos de una vejetacion activa y lozana, que constituyen la riqueza del pais mas que los rebaños y los productos de las



quejeras, recurso especial de las regiones montuosas. La naturaleza presenta en las cercanías paisages deliciosos, en medio de los cuales se encuentran muchas veces altos nombres y grandes recuerdos. Tal, por ejemplo, descendiendo hácia la estremidad meridional del lago Léman, se halla en Coppet, la tumba del ministro Necker y la de madama Stael, pudiendo allí mismo verse su retrato pintado por David, y el busto salido de las manos de Tiek; despues, de pronto en el sud-oeste, Ferney, pequeña colina eternizada por las huellas de Voltaire, pero aun se encuentra una cosa mas notable entre las dos aldeas en que vivieron el autor de *Mérope* y el de *Corina*, y es una piedra sepulcral romana, antigua y respetable, que hace fijarse al viagero esponiendo á su meditacion y á su contemplacion estas palabras:

Vixi ut vivis...
Yo vivia como tu...

El canton de Vaud, de que acabamos de hablar, ha sido formado, desmembrado el de Berna. No por eso ha dejado este de ser mucho mas grande y poderoso, no pudiendo ser comparado Lausana á Berna. Y ya que hablamos de esta ciudad, diremos que se halla á una jornada de distancia de distancia de Lausana que para ir á ella; se nos presenta en camino magnífico; por todas partes no se ven sino colinas pobladas de bosques, llanuras fecundas, altas montañas que prestan grandeza al paisage, un pais deliciosísimo: podemos avanzar hasta Berna. Sea cualquiera la puerta por donde entremos, por la de Aarborgo, en que se encuentra la casa de correccion, ó por la de Morat, encima de la cual se ostentan dos osos de magnitud colosal, esculpidos en granito por Abart, hallaremos calles rectas y espaciosas, exornadas de arcos y de tiendas lujosísimas, y lo que es mucho mejor aun, de una poblacion alegre, franca, y por todas partes habitantes que os dan un *bonjour* francés mucho mas agradable que el *Guten morgen* aleman, los que conservan en la memoria el entrar en Berna todos sus recuerdos históricos miran con curiosidad aquella raza que ha llevado á cabo tan grandes cosas, los descendientes de aquellos berneses, que mandados por Erlach, fueron los héroes de las jornadas de Morgarten, de Sauffen y de Murten. Berna, en efecto, es quizá la representante mas digna de la confederacion suiza. Ciudad guerrera y emprendedora al propio tiempo que comercial é industrial, fué la segunda ciudad de la confederacion que ingresó en ella; democráta ó popular antes que todo, luchó con valentía en contra de los electores alemanes y los archiduques del imperio, convirtiéndose en refugio de todos cuantos huian de la opresion de la nobleza austriaca. Con el tiempo vino á menos; y despues de tantos combates, conquistas y negociaciones felices, la arrebató un desmembramiento, la parte meridional del Canton. Pero aun en la actualidad tiene á su disposicion un gran poder, á ella es á donde se dirigen los plenipotenciarios y los encargados de negocios enviados por las córtes de Europa á la confederacion suiza.

(Concluirá.)

Oficinas y estab. tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



Retiro de los Apóstoles en el valle Josafát.

Recuerdos de la armada invencible.

(Continuacion.)

El D. Diego Enriquez murió allí la mas triste muerte que en el mundo se ha visto, porque con temor de la grandísima marea que habia, que pasaba por cima de los naos tomó la barca de la suya, que tenia cubierta, y él con el hijo del conde de Villafranca, y otros dos caballeros portugueses con mas de 1.600 ducados en joyas y escudos, se metieron debajo de la cubierta de la dicha barca, y mandaron cerrar y calafetar el escotillon por donde entraron, y luego se arrojaron de la nao en la barca mas de diez hombres que habian quedado vivos, y queriéndola encaminar hácia tierra vino sobre ella una tan gran marea que se hundió y arrebató la gente que sobre ella iba, y luego se anduvo volteando con las mareas de acá para allá, hasta que vino á tierra donde se sentó lo de arriba hácia abajo, y en estos lances los caballeros que se habian metido debajo de la cubiertilla murieron dentro, y despues de estar en tierra pasado dia y medio llegaron á ella unos salvajes, y la volvieron para quitarla algunos clavos ó hierros, y rompiendo la cubierta sacaron los muertos, y D. Diego Enriquez entre sus manos acabó de espirar, y los desnudaron y quitaron las joyas y dineros que tenian, echando los cuerpos por allí sin enterrarlos, y porque es caso de admiracion este, lo he querido contar á V. E. para que se sepa de la suerte que murió este caballero, y porque no será razon dejar de contar mi buen suceso, y cómo vine en tierra, digo que me puse en el alto de la popa de mi nave despues de haberme encomendado á Dios y á nuestra Señora, y desde allí me puse á mirar tan grande espectáculo de tristeza, ahogarse muchos dentro en los naos, otros echarse en el agua é irse al fondo sin tornar arriba, otros sobre balsas y barriles, y caballeros sobre maderos; otros daban grandes voces llamando á Dios. Echaban á la mar los capitanes sus cadenas, joyas y escudos; á otros arrebataban las mareas, y de dentro de las naos los llevaban; y como yo estaba bien mirando estos trabajos, no sabia qué hacerme ni qué medio tomar, y las mareas y tormentas eran muy grandes; y por otra parte veia la tierra y marina llena de enemigos que andaban danzando y bailando de placer de nuestro mal, y que en saliendo alguno de los nuestros á tierra, venian á él 200 salvajes, y le quitaban lo que llevaba hasta dejarle en cueros vivos, y sin piedad ninguna los maltrataban y herian; todo lo cual se veia muy bien desde los rotos navíos, y no me parecia á mí nada bien lo que pasaba en una parte y otra. Lleguéme al auditor, Dios le perdone, que estaba harto lloroso y triste, y díjele que queria hacer que pusiese remedio en su vida antes que la nao se acabase de hacer pedazos, que no podia durar medio cuarto de hora, como no duró. Ya se habia ahogado y muerto la mas de la gente de ella y todos los capitanes y oficiales, cuando yo me determiné á buscar remedio para mi vida, y fué ponerme en un pedazo

de la nao que se habia quebrado, y el auditor me siguió cargado de escudos que llevaba cosidos en el jubon y calzones. Pero no habia remedio de quererse despegar el pedazo de la nao porque estaba asido con unas gruesas cadenas de hierro, y la mar y maderos que andaban sueltos batian en él, y nos hacian mal de muerte. Procuré buscar otro remedio, que fue buscar un escotillon tan grande como una buena mesa, que acaso la majestad de Dios me trajo alli á la mano, y cuando me quise poner sobre él me hundi seis estados debajo del agua, y bebí tanta, que casi me vi ahogado, y cuando torné arriba llamé al auditor y le procuré poner en el tablon conmigo, y yéndose apartando de la nao sobrevino una tan grandísima marea, y batió sobre nosotros de suerte que no pudo tenerse el auditor y le llevó esta marea tras sí y le ahogó; daba voces ahogándose llamando á Dios, pero yo no le pude socorrer, porque como la tabla se halló sin peso en el un lado empezó á voltear conmigo, y en este instante un madero medio me quebró las dos piernas, y yo con gran ánimo me puse bien sobre mi tabla, y llamando á nuestra Señora de Ontanar vinieron cuatro mareas una tras otra, y sin saber cómo me trujeron á tierra, donde sali y no me podia tener todo lleno de sangre y muy maltratado. Los enemigos y salvajes que estaban en tierra desnudando á los que podian salir nadando, no me tocaron ni llegaron á mi por verme, como he dicho, las piernas, manos y rostro lleno de sangre, y toda la ropa hecha pedazos, que se habia hecho en los clavos que traian los maderos que andaban chocándose con el mio, y tal hubo que se fue con un pedazo de carne. Pareciome bien apartarme de la vista de aquellos salvajes, y asi me fui poco á poco arrastrando por el suelo, y de cuando en cuando topaba muchos españoles en cueros sin ningun género de ropa sobre sí, tiritando de frio que le hacia cruel, y en esto me anocheció y me fue forzoso echarme sobre unos juncos con harto dolor que conmigo tenia; y luego se allegó á mí un caballero, muy gentil mozo, en cueros, y venia tan espantado que no podia hablar ni aun decirme quien era, y á este tiempo que serian las nueve de la noche, ya el viento era calma y la mar se iba sosegando; ya estaba á la sazon hecho una sopa de agua muriendo de dolor y de hambre, cuando vienen dos salvajes: el uno armado y el otro con una gran acha de hierro en las manos, y llegáronse á mí y al otro que conmigo estába, que callábamos como si no hubiéramos mal ninguno, y ellos se dolieron de vernos, y sin hablarnos palabra cortaron muchos juncos y heno, y nos cubrieron muy bien, y luego se fueron á la marina á descorchar y romper arcas y lo que hallaban, á lo cual acudieron mas de 2,000 salvajes é ingleses que habia en algunos presidios por allí cerca. Queriendo reposar un poco me dormí, y al mejor sueño como á la una de la noche despertome un gran ruido de gente de á caballo, que serían mas de 200 que iban al saco y destrozo de las naos; yo volví á llamar á mi compañero por ver si dormia, y hallele muerto, que me dió harta pesadumbre y lástima: supe despues que era hombre principal; allí se quedó en el campo con mas de 600 cuerpos que echó la mar fuera, y se los comian cuervos y lobos sin que hubiese quien diese sepultura á ninguno, ni aun al pobre D. Diego Enriquez. Y venido el dia empecé á arrastrarme poco á poco derecho á un como monasterio que distinguí no muy distante para repararme en él como pudiese, al cual llegué con harta tribulacion y pena, y le hallé despoblado, y la iglesia y santos quemados y todo destruido, y doce españoles ahorcados dentro de la iglesia por mano de los luteranos ingleses que en nuestra busca andaban para nos acabar á todos, los que nos habíamos escapado de la fortuna de la mar, y todos los frailes huidos á los montes con temor de los enemigos que tambien los sacrificaran si los cogieran, como lo acostumbraban hacer, no dejándoles templo ni ermita en pié, porque todas las han derribado y hecho abrevadero de vacas y puercos; y porque V. E. se ocupe un poco despues de comer en leer esta carta la escribo tan larga para que V. E. vea en los lances y trabajos que me he visto. Como no hallase, pues, persona en el dicho monasterio mas que los dichos españoles ahorcados dentro de las rejas de la iglesia, salime muy presto fuera y metime por un camino que habia un gran bosque y probé á ponerme en pie, apoyando todo el cuerpo en un palo que por fortuna hallé á mano, y andando por alli cerca de media milla cayendo y levantando, topé una muger de mas de 80 años, que llevaba á esconder en aquel bosque unas vacas porque no se las robasen los ingleses, y como me vió, parose y reparome, y dijome: «tú, España:» dijele por señas que sí, y que me habia perdido en las naos; empezó á dolerse mucho y á llorar, haciéndome señas que estaba cerca su casa, y que no fuese allá porque habia en él muchos enemigos, y que habian degollado muchos españoles. Todo esto era tribulacion y trabajo para mí, porque me veia solo, hambriento y derramando sangre por todas partes, que las heridas las llevaba abiertas, y magulladas las piernas y brazos. Con el aviso de la vieja resolví tornarme á la marina, donde estaban los despojos de nuestras naos, pero viendo muchas cuadrillas de salvajes no osaba descubrirme ni llegar á ellos, cuando veo venir dos pobres soldados españoles desnudos en carnes, como nacieron, gritando y llamando á Dios que los socorriera. Traia el uno una muy grande herida en la cabeza que se la habian hecho al desnudarle. Llegáronse á mí, que los llamé de donde estaba escondido, y contáronme las crueles muertes y castigos que habian hecho los ingleses á mas de 200 españoles. Con estas nuevas no faltaba tribulacion, pero Dios me daba esfuerzo, y despues de haberme encomendado á él y á su santísima Madre, dije á aquellos dos soldados, que el uno era de Cuenca y se llamaba Alonso Ramos, y el otro era de Guadalajara Juan Martinez: vamos alli á las naos donde los salvajes andan robando, quizá hallaremos algo que comer ó beber, que cierto me perecia de hambre; y yendo hácia allá empezamos á ver cuerpos muertos, que era gran dolor y compasion ver los que iba echando la mar fuera y estaban por aquella arena tendidos mas de 400: entre los cuales conocimos á algunos y al pobre de D. Diego Enriquez, al cual con toda mi tristeza no quise pasar sin enterrarle en un hoyo que hicimos á la orilla del agua en la arena, y alli le metimos con otro capitan muy honrado, grande mi amigo, y no se hubieron bien enterrado cuando vinieron 200 salvajes á nosotros á ver lo que haciamos: dijimosles por señas que metiamos alli aquellos hombres que eran nuestros hermanos porque no se los comiesen los cuervos, y luego nos apartamos y buscamos qué comer por la marina del vizcocho que la mar echaba fuera, cuando se llegaron á mí cuatro salvajes á quitarme lo que tenia acuestas vestido, y doliose otro y los apartó viendo que me empezaban á tratar mal, y debia de ser principal porque le respetaban. Este por la gracia de Dios me hizo espaldas á mí y á los otros dos compañeros, y nos apartó de allí y fue buen rato en nuestra compañía.

(Continuará.)

Poesías españolas del siglo XIII.

Al nombre del rey don Alfonso X de Castilla, va siempre unido por nuestros cronistas el glorioso dictado de *Sabio*, con el que no por adulacion y sí por merecimiento le distinguieron sus vasallos. En efecto, los especiales conocimientos que le adornaban, en la historia, en la astronomía y en la filosofía, de que nos restan numerosas pruebas como las *tablas Alfonsinas*, la *Crónica general de España*, y el célebre código de *las partidas*, ponen fuera de duda la erudicion del monarca castellano que corria parejas con su esforzado valor en los combates. Tambien era trovador don Alfonso y una muestra de sus poesías es el romance que á continuacion insertamos, cuyo asunto está tomado de la vida de su padre el rey san Fernando. Habiendo nacido este renombrado principe el 31 de mayo de 1198 en un monte despoblado entre Zamora y Salamanca, donde se fundó despues el monasterio Cisterciense de *Valparaiso* (1) fué enviado por sus padres á Galicia (2) cuyo clima saludable era á propósito para la crianza robusta de los niños. De Galicia fué trasladado san Fernando en sus primeros años á

(1) El sitio donde vio la luz primera San Fernando, es el mismo donde se colocó el altar mayor del referido monasterio que fué arruinado en la guerra de la independencia. Por haber San Fernando nacido en un monte, algunos historiadores le llamaron *Montesino*.

(2) Se cree que el lugar en que pasó San Fernando sus primeros años en Galicia, fué un antiguo palacio en que residiera el rey godo Witiza, muy cerca de la ciudad de Tuy, en una aldea que conserva el nombre de *Pazos de Rey* (Palacios de Reyes) y en la que se descubren aun los vestigios o ruinas del mencionado edificio.

Burgos, donde residian á la sazon sus abuelos los reyes de Castilla (1) y allí, efecto de la mudanza del clima y de otras causas, sufrió una gravísima dolencia tal que casi se le contaba por muerto, pues los gusanos germinaban en su cuerpo. En tal conflicto la noble Berenguela, tan cariñosa madre como digna reina, fué con el tierno infante en romeria al monasterio de Oña, para rogar á la virgen por su restablecimiento que en efecto alcanzó.

Esta é como santa Maria guarecen en Onna al rey don Ferrando, quando era Mennino, di una grand enfermedade que avia.

Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria
Ca en as muy grandes coitas
Ela os acorre guia.
Na muito á amar deben,
Porque Deus nossa figura
Pillou de la, é pres carne
Ar porque de sa natura
Veno, é porque iusticia
Tenen del é dereitura,
É Rey nome de Deus este,
Ca el reyna todavía.
Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.
É por ende un grand miragre
Direi que aveno, quando
Era mozo peguennino
Ó muy bon Rey Don Ferrando,
Que siempre Deus é sá madre
Amou, é foi de seu bando,
Porque conquerou de Mouros
Ó mais da Andalucía.
Ben per esta á os Reis
D'amar á S. Maria, etc. etc.
Este Menin eñ Castela
Con Rey Don Alfonso era
Sen avoo, que do Reyno
De Galiza, ó Fez era
Venir, é que ó amaba
A, gran maravilla fera
E ar era y sa madre
A que muy ende prania.
Ben per está á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.
Esa Avoa y era
Filla del Rey d'Ingraterra,
Moller del Rey Don Alfonso
Porque el passou á Serra,
É foi á entrar en Gascona
Por la ganar por guerra
É om'en d'á mayor parte
Ca todo ben merecia.
Ben per esta á os Reis.
D'amar en S. Maria, etc. etc.
É pois tornous á Castela
De si en Burgos moraba,
É un Hospital facia
El, é sa moller labraba,
Ó Monasterio das Olgas,
É en quant assi estaba
Dos seus fillos, é dos netos
Muy gran prazer recebia.
Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.
Mais Deus non quer que ó ome
Este sempr' en un estado,
Quis que Don Ferrando fósse
Ó seu neto tan cuitado
D'una grand enfermedade,
Que foi del desasperado
El Rey; mas entou sa madre
Tornou tal come sandia.
Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.
É oyú falar de Onna
U avia gran vertude
Dis ela levalo quero
A lo, assi Deus m'ayude,
Ca ben creo que á Virgen,
Le dé vida é saude:
É quando aquest ouve dito
De seu padre s'espedia.
Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.
Quantos la ir assi viren
Grand piedad'ende avian
É muy mas polo mennino
A que todos ben querian
E ian con ela gientes
Chorando muit é changian
Ben como se fosse morto,
Ca á tal door avian.
Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.
Ca dormir nunca podia,
Nen comia nen migalla,
E vermees del salian
Muitus é grandes, sin falla
Cá á morte ya vencera
Sa vida sen batalla
Mais chegaron log á Onna,
E teveron sa vigia.
Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.
Ant' ó altar mayor logo
E pois ant' ó da Reyna
Virgen Santa groriosa
Rogandolle que agyna
En tan grand' enfermedade
Posesse la meezina,
Se servizo do mennino
En algun tempo queria.
Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.
A Virgen Santa María
Logo con sa piedade
Acorreu á ó mennino,
E de sa enfermedade
Lle deu saude comprida
E de dormir vuontade
E de pois que foi esperto
Logo de comer pedia.
Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.
E ante de quinze dias
Foi esforzad' é guarido,
Tan ben que nunca mais fora,
Demais de ulle bon sentido,
E quando el Rey Don Alfonso
Ouv' este miragr'oido
Logo se foi de camynno
A Onna en romería.
Ben per esta á os Reis
D'amar en S. Maria, etc. etc.

(1) Don Alfonso VIII, llamado el Bueno ó el de las Navas, y su esposa doña Leonor de Inglaterra.

Ligera escursion por algunas ciudades de la Suiza moderna.

(Conclusion.)

Se encuentra en estado de hacer una recepcion magnífica, y contiene para los estrangeros todos, edificios y establecimientos dignos de ser mencionados: el Munster, entre otros, catedral gótica, que data de 1421, y en la cual se hallan erigidos seis cuadros de mármol en honor de los guerreros muertos por la patria. La academia, el museo, las colecciones, el hospital, la casa de huérfanos, la biblioteca de la ciudad no pueden ser pasadas en silencio: estos monumentos ponen en relieve la riqueza y la buena direccion de Berna.

Por lo demas, es de observar que el propio bienestar reina proporcionalmente en los cantones todos de la Suiza. En *Zurich*, se hallan poco mas ó menos los mismo edificios y las mismas instituciones. Esta ciudad encierra ademas,

el sepulcro de un filósofo célebre, de Lavater, cuya patria es, el monumento alzado á Gessner, y los trabajos de Pestalozzi, á quien se gloria tambien esta ciudad de haber visto nacer. Los nombres de estos tres hombres célebres son otros tantos títulos de gloria para Zurich, y la recomiendan á la atencion de los viageros, de la propia suerte que los paseos, el lago surcado todas las noches por infinitas embarcaciones caprichosas y las cercanías en vistosos paisages. Paseando por aquellas campiñas, es como se comprende mejor á Lavater, que escribió sus obras despues de haber errado largo tiempo por lugares apartados y poco frecuentados por los compañeros de su infancia. Gessner hizo idilios muy insulsos para nosotros hoy dia, y sin embargo ha adoptado Europa los sueños frescos y sencillos que salian de las colinas de la Helvecia, las poesías bucólicas que se exhalaban del fondo de este canton suizo con una dulzura cuyo secreto se ha perdido en muchas composiciones modernas. El campo de Zurich, esplica las obras de Gessner; pero si los lugares de este pais son los mejores comentarios de los *idilios*, nada mejor para comprender el bienestar de que disfrutan hoy las ciudades suizas, que recorrer la historia de esta raza, y seguir sus detalles tan característicos. «Al sonido de una enorme campana, dice el autor de la »historia de Suiza, en el recinto de las murallas, se reu»nian los habitantes de Zurich en una esplanada, en la »cual decidian de la paz y de la guerra, de los precios de »las mercaderías, de los pesos y de las medidas.» y mas »adelante:

«Las costumbres eran sencillas, siendo tenida en honra »la frugalidad. Cultivábase empero ya la literatura, el pen»samiento se elevaba, discutíanse las doctrinas. Los trova»dores alemanes cantaban el amor y la religion.» Este consejo de estado en una esplanada, esta dulzura de costumbres, la actividad de la administracion, lo enérgico de las medidas, la independencia de Suiza, su posicion natural que la era tan favorable, han permitido á los hombres distinguidos que han salido del seno de Zurich, de Berna, de Lausana, el asegurar á su patria la gloria y el poder. Hoy dia no debe emprenderse un viage por Suiza sin algun conocimiento histórico y literario del pais. Por lo demas, los viageros de los paises todos, franquan á cada momento los humbrales de las posadas que se encuentran en aquellas deliciosas campiñas, exornadas con títulos no menos caprichosos: como por ejemplo, en el pintoresco valle de Zurich, las tres hosterías de la *Espada*, del *Cuervo*, y de la *Cigüeña*.



De los timbales.

El instrumento conocido con el nombre de timbales es importado de Alemania, donde se servian de ellos desde principios del siglo XVII. Habiendo caido algunos en poder de los soldados enemigos, al principio no se permitió su uso mas que á los regimientos que de ellos se habian apoderado. Mas tarde se otorgó el uso de los timbales á los cuerpos privilegiados. Nuestros regimientos de caballería los tuvieron por largo tiempo, y hace pocos años que aun se veian á la cabeza de los escuadrones. En la actualidad los timbales han caido en desuso en la milicia, y no se ven mas que en las orquestas.

Lo que se puede ver desde la ventana interior de una casa de Madrid.

Las habitaciones de la coronada villa, se parecen á los tapices. Tienen dos fachadas, que es como si dijéramos, *dos caras*. *El derecho* da á la calle: *el revés* al patio. Por delante representan el lujo y la opulencia con sus brillantes deslumbradoras personificaciones: por detras se des-

cubre la urdimbre de la sociedad moderna con las caricaturas de lo pasado y las estravagancias de lo presente. La riqueza y la miseria viven como buenos inquilinos, á pesar de las miradas de reojo que se dirigen en el comun portal, pero cada una toma por su escalera y desde entonces las separa la distancia que marcan los placeres á las privaciones. Coloquemos por un momento en un cuarto interior á un pretendiente malaventurado, y aprovechemos esa dudosa hora del anochecer en la que los misántropos y los amantes hacen gran acopio de dudas y suspiros, para observar como las abejas de los portales y las aceras llegan á la estrecha colmena del interior de una casa, con las alas quebradas y las patas rotas.

Entretanto que no vuelven á sus hogares algunas familias de la vecindad, presentaremos á nuestros lectores una copia desaliñada de la habitacion que ocupa temporalmente este cesante que confia en todas las caidas de gabinete y programas de partido para mejorar de fortuna.—Un estrecho corredor alumbrado con permiso del tejado de la casa contigua, porque su declive sirve de término á un pequeño tragaluz, es á la vez salon de descanso á una pasiega criadora y cuarto de estudio al amo de la casa que se entretiene en hacer esperimentos artísticos sobre la pintura al oleo..... aplicada á puertas y ventanas. El albañil que dirigió esta obra, colocó á la humanidad en un admirable justo medio de elevacion y estension. Este corredor serviria de talla en un juicio de exenciones. La campanilla de la habitacion cae perpendicularmente sobre la puerta del gabinete del pretendiente: terrible despertador á las seis de la mañana cuando llega el asturiano, y á la once de las noche cuando el cesante que anida en un chiribitil de las boardillas pide que le enciendan su vela de á dos cuartos.

Pasemos adelante. El gabinete es un pequeño paralelogramo que empieza en una puerta angosta y termina con una ventana de elevado antepecho; la ventana es casi su pared esterior.

Un felpudo entorpece el paso en medio de sus ladrillos desiguales, y unas cortinas de indiana amarilla á trozos, cansada ya de ser encarnada, quiebran los rayos del sol que se refleja en el suelo como la luz de un cosmorama. Un espejo de viaje colgado de un crucifijo se distingue enfrente de la cama, de manera que nuestro pretendiente se vé obligado á hacer la barba en el mismo sitio donde el patron de la casa reza el rosario en las perdurables noches de invierno. La cama se compone de una mala tijera que sufre con filosófica indiferencia el liviano peso de un colchon contemporáneo de los fusilamientos de Murat, y la viudez de esta prenda de familia es consolada con dos sábanas un tanto blancas que se conduelen de la escasez de aguas del Manzanares, y solo bajan de mes á mes á los lavaderos de la Virgen del Puerto. La sobrecama... no existe, pero hace sus honores un enorme barragan sin forro, perteneciente á cierto administrador de loterías. Asi se esplica la alarma producida en la vecindada por los gritos de nuestro pretendiente que dijo en una noche: *¡ladrones, ladrones!* al encontrar su pié aprisionado... en una manga del barragan y embutido en ella como una flauta en su funda.

Murmullos prolongados mezclados con pasos precipitados por la escalera interior se perciben en medio de la animada conversacion que sostienen algunos vecinos. Se acerca la hora de la observacion. Pediremos permiso á nuestro pretendiente para que nos deje colocar en la ventana interior nuestra camara obscura, y veremos pasar por su cristal algunas fisonomías originales y estravagantes descubiertas por la incierta claridad de una noche de Estio.

El interior de esta casa se divide en tres pisos, sin contar con las boardillas, cuya entrada se encuentra al paso en uno de los ángulos del tejado. Estos pisos son otras tantas latitudes morales, donde encuentra el observador fenómenos sorprendentes que pueden enriquecer el numeroso catálogo de los productos domésticos.—Prestemos atencion por algunas horas.—¿Qué algazara estrepitosa es esa que se levanta en medio del patio?—Son dos mugeres que gritan. La cuestion es de privilegio en un sitio donde no hay clases, la causa de este ruidoso incidente es un pozo de agua muerta; la víctima es un botijo roto. Son dos mugeres celosas: la compañera del aguador ha sorprendido algunas veces á su marido en plática amorosa con la criada del relojero, y aprovecha esta ocasion para reprender la falta de compostura de la Maritornes que *no ha esperado la vez*, respetando los deberes de la vecindad. Al poco tiempo cada cual asoma á su ventana: los unos se deciden por la aguadora, contándose entre estos la patrona de huéspedes que le debe algunas mensualidades, y los otros se interesan por la criada del relojero, echándose de ver entre los segundos á un estudiante para escribano que está muy constipado á ciertas horas de la noche, hasta que asoma una luz en la habitacion del componedor de relojes. Los vecinos se aprovechan de esta circunstancia para echarse en cara sus resentimientos ó reconocer sus faltas: aquí se escucha una recriminacion entre la planchadora y el baratillero de libros; allí se percibe una enhorabuena entre el cesante y el cambiador de calderilla en la plaza del Cármen; acá se atraviesen miradas insinuantes entre un *colegial* de san Cárlos y una viuda rejuvenecida; acullá se distinguen gestos provocativos entre algunos ciegos-músicos y dos Mariquitas de buen humor, que solo se dejan ver de la vecindad cuando se encienden los quinqués de las tiendas de la calle del Cármen y de la Carrera de san Gerónimo. Las ventanas son abandonadas por los curiosos con la misma prontitud con que fueron ocupadas: solo se distinguen algunas cabezas en el dintel interior de las ventanas observando al último que desea observar. Acontece con frecuencia que estas dos cabezas esperan la una por la otra para retirarse, y cansadas de no saber lo que aguardaban se ocultan con el mayor sigilo.

La noche está obscura: el vecino de semana acaba de encender el farol de la escalera, y un embozado le apaga á los pocos minutos llevando la culpa de esta travesura el chiquillo de la modista. Al mismo tiempo se abre un ventanillo que cae al corredor del cuarto principal, y colocándose el desconocido en el descanso de la escalera sostiene animada y misteriosa conversacion con un bulto que se distingue trabajosamente detras de una rejilla. El embozado es una existencia ambigua,—casado en la Habana y soltero en Madrid, español en Francia y francés en España, capitalista en la Bolsa y diplomático en la tribuna reservada del Congreso, el cual está perdidamente enamorado de la graciosa hija del valenciano. Comenzó por hastiarse de tomar horchata de chufas en el *puesto* de este cancerbero masculino para gratificar á su adorado tormento, y acabará por fastidiarse de tomar el relente en la puerta de su casa sin otra recompensa que besar una mano ó soltar algun cartucho de dulces. De pronto una voz chillona y descompuesta—la de la patrona de huéspedes—canta desde la ventana contigua á la habitacion del valenciano, esta letrilla:

Cuando vengas á verme
Ven por lo escuro,
Porque crea mi madre
Queres un burro.

A esta señal vuelven á asomarse algunos estudiantes y se multiplican las toses y los gestos. La planchadora dice sin que nadie le conteste:—Ya salen los murciélagos; las Mariquitas de buen humor sin que nadie se le pregunte, exclaman con ese acento *desgarrao* que dá á las palabras una espresion de cínico desenfado:—Buen tiempo tenemos... porque suben las arañas, y una voz aguardentosa—la de un ex-fondista—interrumpe á los demas, murmurando:—No hay duda: ese es la lechuza que bebe todas las noches el aceite del farol de la escalera. La cancion de la patrona de huéspedes fué una revelacion ingeniosa: una señal de alarma. Desde una noche en que el valenciano no la convidó á uno de sus frecuentes bailes, le declaró guerra á muerte sin armisticio ni aun para su hija. La vecindad responde á este llamamiento, y no se habla en las ventanas de otra cosa sino de los amores de *la Desamparat* con *El otro*. El desconocido se vé obligado á poner piés en polvorosa y el bulto del ventanillo desaparece para salir al corredor alegre y vivaracha, descascarando una naranja y diciendo con acento irónico y malicioso:

Medio mundo se rie
del otro medio,
y yo sola me rio
del mundo entero.

Al poco rato llega su padre acompañado de algunos amigos convidados á una rueda de *Valdepeñas*. Los ciegos le saludan de memoria desde el último piso y afinando

cada cual su instrumento, se dirigen cogidos unos á otros, hácia el cuarto principal como las hormigas que atraviesan un camino de herradura. Cada escalera vale una *ad libitum* en el violin y un resoplido en la flauta: es su manera de anunciarse cuando van á un baile. Entre tanto se renuevan las luces en casa del valenciano y se abre la puerta de su habitacion, reflejándose en la pared de enfrente la viva claridad de la sala. El valenciano dá la señal del baile con el *Punto de la Habana* que le enseñó por cifra en la guitarra un oficial de ebanisteria, y el *Ave-María* de los ciegos es el precursor de las primeras boleras que se bailarán sobre los ladrillos del cuarto principal.

Un modesto y vergonzante campanillazo suena en la habitacion de la modista, muger que frisa en los cuarenta años, á pesar de gastar algunos ahorros en jabones para alisar la piel y específicos para dar lustre al pelo. La vecindad la llama doña Gertudris, pero su nombre es pronunciado con cierta espresion irónica; de suerte que se comprende que esta honrosa concesion es lo único que le ha quedado de su primer marido. Nos equivocamos: ademas del *Don*, conserva un niño que de seguro no podrá sostener este título por mucho tiempo en el taller de pasamaneria donde asiste en calidad de aprendiz. Para doña Gertudris sobran las quince horas del dia: hasta el anochecer duerme, cose ó hace la comida. A juzgar las apariencias le gusta peinarse á la luz del velon y cambiar á la caida de la tarde las sayas almidonadas con que anda durante el dia, con el vestido de chaconada para calle, que cuelga á media noche del clavo de la tohalla. Pocas veces se asoma á la ventana: por lo regular le gusta ver sin ser vista y observar sin que nadie la observe. Su hijo es el vagamundo de la vecindad: hoy hace recados á un estudiante; mañana come en casa del valenciano; al otro dia duerme con los aguadores del patio. Los vecinos le tienen por *un infeliz*, pero la madre le llama á gritos, *un perdido*. Nada adquiere; no gana; es un aprendiz: hé aquí sus faltas. Solo hace una cosa á gusto de su madre: abrir la puerta de su habitacion cuando llega... su padrino. Para la implacable rival de doña Gertudris, para la planchadora, no es un secreto esta visita: quien acaba de tirar de la campanilla es un ex-contador de provincia, hombre ya entrado en años que *tiene capricho* por la modista. Asi, pues, cuando el casero la reprende por sus atrasos en las visitas mensuales, trayendo á cuento la exactitud de doña Gertudris, murmura entre dientes: ¡Ah! señor.... acuéstate á buena sombra y tendrás buen sueño.

A medida que el baile del valenciano se anima con las vueltas del *zapateado* y las *boleras á cuatro*, y la modista acompaña con la guitarra *el Seerni* y *la Aldeana*, el relojero—hombre estraordinariamente obeso,—abre los balcones de su habitacion, enciende un cigarro y se entretiene en desmigajar un pedazo de pan sobre las gallinas del patio. He aqui su ocupacion favorita: mañana, pasado mañana, al otro dia, saldrá á la misma hora con otro cigarro y otro pedazo de pan. De esta manera toma el fresco, durante las noches de verano hace diez y siete años. Solo se conoce que existe allí una cosa parecida á hombre, porque el humo del cigarro le hace toser algunas veces. A las diez de la noche cena y se acuesta. Es un solteron: vive solo. No existe para nadie, ni aun, tal vez, para sí. Para este relojero no hay mas que dos polos en la existencia: el placer y el dolor, representados por la mesa del comedor y el hataud del cementerio. Tiene salud, y no le faltan parroquianos: he aquí la verdadera felicidad para este artista. La mesa es para él su tálamo nupcial, su teatro, su circo, su baño, su biblioteca, su mundo. Diriase que era *la Catalina* de aquellas ruedas de loza, cuyo movimiento ordena, empezando por la sopa y acabando por los postres.—Algunas veces va á los toros—al tendido de sombra—porque su padre, su abuelo y su bisabuelo asistieron á todas las corridas. Esta es la única tradicion de familia que conserva.

Enfrente del relojero se distingue un hombre de pequeña estatura, que con la cabeza apoyada en las manos, fija sus pequeños y hundidos ojos en las baldosas del patio. Cualquiera curioso lo calificaria de uno de esos filósofos que viajan de incógnito por el mundo, pero un observador descubriria en las mangas raidas de su levita y en los ojales descosidos de su chaleco, las huellas desvastadoras de una escasa cesantia. Es un ex-oficial de Amortizacion: en la actualidad es el memorialista de los vecinos. Por su mano pasan las cuentas de la patrona de huéspedes, las cartas de la modista, los programas de los estudiantes, las solicitudes de los pretendientes, las reclamaciones de la planchadora y los índices del baratillero de libros. Ayer comió en la pradera de S. Isidro, hoy come en la fonda del *Caballo blanco*, mañana en el bodegon de la calle de la Zarza, pasado mañana en su chiribitil, al otro dia..... en ninguna parte. Entonces se hace patriota con el valenciano, ó carlista con el baratillero de libros, y despues de aventurar algunas noticias políticas de la mayor importancia—¡¡adquiridas en el café de Lorencini!!—almuerza... á las once de la noche un plato de *baca'ao al forn*, ó una sopera de *gazpacho*. El cesante es siempre aficionadísimo..... á todo lo que le presentan sobre manteles. Esta noche confia en el baile del valenciano: busca en los bolsillos del pantalon algunos pedazos de tabaco fumado, y dejando á uno de sus memoriales sin una pequeña parte de papel, se acerca á la puerta del vecino bajo el pretesto de pedir *una chispita de fuego* para encender el cigarro. El valenciano le da la mano, y haciéndole entrar con la mas franca cordialidad, le lleva hácia la antesala, donde descansa sobre una mesa de pino el surtidor inagotable de Valdepeñas, en compañía de algunos platos con chufas, torrados, roscas de Villarejo, almendras, buñuelos, queso de Villalon y requeson del tio Calandria.

Ruido de pasos acelerados se percibe en la escalera: los que suben gritan y patean. Son oficiales que ensayan en el cuarto tercero *los primeros amores*: la hija de la casa tambien los ensaya con un militar graduado de teniente. Se enamoró del grado: falta para ambos *la efectividad* de sus pretensiones. Esta actriz aficionada deja á la caida del sol el dedal por el papel de la comedia, y su pañuelo de algodon en la cabeza por una *cinta de aguas*, avergonzada de encontrarse entre un *bouquet* de flores de la estacion. Representa por compromiso, y asistirá... tambien por compromiso,—son palabras de su mamá, una de esas mugeres, alternativa providencial entre la materia y el espíritu—á una comida de campo en el cuarto molino del canal. Algunas veces propone á la tertulia dos y tres vueltas de wals y diversos juegos de prendas. La mamá presenta siempre la suerte de *soy*, *tengo y quiero*, y el papá taralea cualquiera wals contemporáneo de la proclamacion de Fernando VII. Es una reunion de confianza: el velon alumbra sobre la mesa al lado de un florero y un pequeño bastidor,—las sillas vienen de las alcobas. En las noches de calor un vaso de agua sirve para toda la tertulia: los de mas confianza beben á la catalana por el mismo botijo. Si hemos de tomar en cuenta las palabras de la mamá, á no ocupar una habitacion tan contigua al baratillero, hombre ridículo y estravagante, no faltaria *una personita* que tocaria el clarinete, todas las noches, con estraordinaria benevolencia. La niña reprende esta imprudencia de la mamá con una mirada de inapetencia filarmónica hácia las habilidades de un primo suyo... barbero y comadron en la calle del Pez.

Son las 9 de la noche: dos sombras que se mueven en la oscuridad con desenvoltura pasan por el corredor dando las buenas noches en alta voz á todos los vecinos que pueden escucharlas.

Duermen por el dia y pasean por la noche. Pertenecen á la familia de esos insectos sociales que se reproducen con la inmoralidad como la langosta con el calor. El ventanillo de un cuarto está siempre abierto: los habitadores que lo ocupan son fanáticos por la ventilacion. Un ojo avizor descansa con frecuencia detras de la rejilla: aquella mirada toma todas las apariencias de investigadora curiosidad. Aquel ojo descubre de una mirada una situacion: es un verdadero conserje de oficina pública. Se alegra cuando distingue una capa de buenos embozos y un sombrero ladeado sobre las cejas, se inquieta cuando reconoce un montecristo con pieles y un clak de color sobre pobladas melenas, se entusiasma cuando descubre una chaquetilla golpeada de botones de plata y un sombrero gacho con anchos cabos de terciopelo. Algunas veces refleja á la vez estas diversas impresiones y despues de entrar el desconocido en la sala principal y el manolo en el gabinete de confianza, se vuelve el forastero mohino y cariacontecido, entretanto que en la ventana que cae al patio una fisonomía picaresca mira de reojo á la vecindad, y dice con voz agri-dulce:

Mas quiero una guantaa
de mi Faustino

que dulces y requiebros
de un lechuguino.
¡Jesus! ¡qué pena!
too es gaban corbata
barba y melena.

El baile del valenciano ha terminado; la planchadora y la modista han apagado sus velones, y el cesante y el baratillero de libros hablan de corredor á corredor sobre los estragos del cólera-morbo. En casa del relojero se escuchan los maullidos de su enorme gato: está cenando. Su cuerpo ocupa dos sillas y un taburete; tiene sobre el pecho un paño de manos por servilleta, y su vista se fija en la mas bella perspectiva del mundo: en cuatro platos de asados y ensaladas, y en un rubicundo queso de Flandes.

Todo anuncia la proximidad de la media noche: algunos aguadores duermen alrededor de un colchon prendidos á sus bordes como sanguijuelas á una garganta inflamada; la patrona de huéspedes atranca la puerta de su habitacion, cegando poco á poco los dormitorios de sus inquilinos; y el artesano del cuarto tercero—honrado y laborioso padre de familias—ausente de su muger durante el dia, que para el quiere decir ausente del trabajo, descansa tranquilo despues de haber cenado una libra de escabeche con un *porron* de Valdepeñas.

Un sepulcral silencio reina en la vecindad. De vez en cuando, como una ráfaga de poblacion, se escucha el estornudo de una vieja ó el vagido de un recien nacido.

Retirémonos. Un meridiano separa las dos mitades de la casa. Para lo interior es ya media noche, y llegó la hora del sueño y del reposo: para lo esterior es aun media noche y llegó la hora de *las partidas* y de *las soirées*.

Unicamente, por una coincidencia original, se encuentran á la vez dos habitadores del cuarto interior con los demas del cuarto esterior. Un hombre pálido y de pómulos salientes en el semblante y dos mugeres de continente provocativo tropiezan con la calesa napolitana aristócratica, ó el rápido tilbury financiero.—El lujo y la fortuna se encaran con el juego y la prostitucion.

¡Entrevista providencial en las altas horas de la noche!!!

Antonio Neira de Mosquera.

Junio—1849.

LA CASA DEL DUENDE Y LAS ROSAS ENCANTADAS.

(Cuento.)

PRIMERA PARTE.

Sabrás, y Dios te dé la mayor ventura del mundo, que allá por la parte de Levante, donde cae el reino de Murcia, habia en tiempos de antaño un pobre labrador, á quien los malos años redujeron al estremo mas miserable. Tenia por casa una cueva; por alimento (cuando Dios queria) un pedazo de pan de maiz, y siempre larga cosecha de enfermedades y congojas.

Vino un invierno largo y frio con mil plagas y desolaciones: todas las puertas se cerraron; nadie buscaba trabajadores; el pan subia sin tasa, y de laceria y necesidad murió la muger de Pero Antunez, que asi nombraban al jornalero. Entonces cerró la puerta desvencijada de su cueva, lió el hato, y salió de su lugar á buscarse la vida, seguido de su hija única, Isabel, niña apenas raya..a en los quince mayos.

Pasaron montes y montes, caminos largos, desiertos donde no hallaban quien los socorriese con una bendita limosna, con un pedazo de pan negro; dormian en los soportales de las ciudades, amaneciendo cubiertos de la escarcha que les enviaba el cierzo crudo de diciembre, ó se albergaban en las hediondas cuadras de las ventas, condenados desde allí á ver el ancho y ardiente hogar, sin gozar de su calor.

Andando, andando, en una noche de las mas turbias y tempestuosas llegaron á Granada. Ciudad tan grande no la habian visto nunca sus ojos, y sintieron, el padre y la hija, involuntario terror al encontrarse en aquel enmarañado laberinto de calles oscuras, por donde cruzaban de vez en cuando sombras negras con anchos sombreros y largas espadas.

Era dia de fiesta, y mas de *las Animas*; las tiendas todas cerradas, y nuestros pobres caminantes no hallaban á quien preguntar: la lluvia menuda, regular, espesa, caia con esa igualdad que es presagio seguro de su duracion, y penetraba hasta los huesos; las calles parecian infinitas á Isabel y Pero Antunez; el frio entumecia sus miembros revestidos de andrajos; sus pies ensangrentados no podian sufrir las cortantes piedras del anlito de la calle: solo habian comido un pedazo de pan, y desfallecian.—Siguieron andando hasta dar en una plaza irregular: la atravesaron, guiados por un farolillo lejano, y se hallaron al pie de un santuario y en la embocadura de una costanilla.

La cuesta era larga, tortuosa y empinada; la oscuridad tanta que Pero y su niña tuvieron que agarrarse de la mano para no perderse. Allá lejos se veia una luz ancha y vivísima: nuestros caminantes creyeron de buena fé que era la puerta abierta de un meson; mas conforme se acercaban iban perdiendo las esperanzas. La luz salia de una reja grande baja, y parecia el rojizo reflejo de una fragua. —«Preguntaremos al menos, decia el padre transido de fatiga, vamos hija mia, que Dios abrirá camino.»

Sin respiracion llegaron al par de la ventana, se asomó Pero Antunez y descubrió una sala baja, llenas las altas paredes de cacharros, peroles, alcuzas, botellas y cañones de vidrio de todas formas y colores: por el suelo estaban esparcidos pedazos de mármol, de metales, muchos papeles y algunos libros revueltos con trozos de leña y de carbon. Un horno de tierra roja colocado enfrente de la reja despedia la claridad que habia engañado á los caminantes.—«No hay nadie!...» esclamó el pobre padre.

Isabel se sentó bajo el umbral de la puerta y encogiendo las piernas apoyó en ellas los codos y la frente calenturienta en ambas manos. Pero Antunez, vió al reflejo que se proyectaba en lo esterior, que tenian sobre su izquierda la puerta de hierro de una fortaleza y á sus espaldas un palacio.

Sintióse ruido en la sala baja y se acercó el labriego: por el fondo de la habitacion apareció primero una serpiente arrastrándose, despues un gato montés con los ojos como esmeraldas y luego un hombre de sotana, alto, seco, de cabellos claros y rojos, que traia en sus manos una fuente llena de llamas.

Pero Antunez, quiso dar un grito y no pudo, santiguóse aprisa, diciendo *Jesus!.. Jesus!.. Jesus!..*

El hombre de la fuente encendida con aire gruñon habló dirigiéndose al gato!

—Apártate, diablo, que voy á quemarte: y volvióse al tiempo mismo de manera que enseñó su cabeza tonsurada á usanza de clérigo.

Con el uso de la voz humana y la corona del fantasma calmose un tanto Antunez, pero el susto no le salia del cuerpo. Su hija empezó á quejarse compasadamente, el jornalero comprendió lo desesperado de su situacion y haciendo un esfuerzo dijo:

—Perdone, su merced, soy un pobre caminante que he venido con mi niña á buscar trabajo y nos hemos perdido en la ciudad con la mala noche. ¿Me podria decir donde nos recogeriamos?...

Al oir aquella voz lastimera entre la lluvia y en la misma reja, la serpiente que estaba al calor del horno se alzó irritada poniendo en espiral sus ligados anillos, el gato erizó su lomo y el hombre rojo se volvió apresuradamente.

La vivísima lumbre que del horno salia iluminaba de lleno el rostro humilde y abatido de Pero. Quejóse la niña y el jornalero hizo un gesto, como diciendo.—«Esa es mi hija que se muere como su pobre Madre.»—El de adentro se compadeció en estremo.

—Y qué posada habeis de hallar abierta á estas horas? ni cómo la encontrareis si sois forastero?

—Tiene su Merced razon, mas digame al menos un soportal donde poder libertarnos de la lluvia y del viento.

El de la sotana dudó un momento: luego resueltamente se marcho diciendo:

—Esperadme que voy á guiaros á un meson.

—Dios se lo pague.

A poco abrió la puerta el hombre alto, seco y rojo, descubrió una linterna y quiso andar; pero tropezó con Isabel que estaba medio recostada en el escalon de mármol.

—Vamos hija de mis entrañas, le decia su padre, levántate!

—¡Cómo ha de andar y seguirnos; si tiene fiebre! Vaya, ayudadme á entradla y por esta noche la pasareis en mi casa... *(Continuará.)*

J. Gimenez Serrano.

Incendio de una pradera.

Los siguientes recuerdos de un colono, pintan con vivos colores el terrible espectáculo del incendio de una pradera. Despues de haberme fatigado durante una hora, dicé, á través de una dilatada llanura de crecidas y entremezcladas yerbas salvages, llegué á un bosquecillo, y formé con ramas un pequeño cobertizo á la manera de los Indios; y acostándome al lado de una buena lumbre que encendí contra el tronco de un arbol caido no tardé en dormirme. Fuí despertado por la violencia de una brisa siempre creciente. El viento solia apaciguarse mugiendo sordamente, para volverse á alzar zumbando y silvando á través de los árboles. Despues de haber estado algunos momentos sentado ante el fuego, volví á echarme sobre mi lecho de hojas secas, mas sin conseguir conciliar el sueño. Habia algo de siniestro y de estraordinario en el ruido del viento. A veces me parecia oir sonido de voces salvages por todo el terreno cubierto de árboles. En vano intenté cerrar los párpados; apoderose de mí una especie de sentimiento superticioso; aun cuando no viese á nadie no cesaba de oir ruidos diversos.

Estaba presenciando el terrible espectáculo del incendio de un prado no lejano.

No tardó la ráfaga furiosa en llegar á la pradera incendiada. Millares de resplandores fueron lanzados al espacio, y las chispas de las yerbas inflamadas se arremolinaban hasta el cielo cual otros tantos meteoros. Las llamas avanzaron á una gran cantidad de hojas esparcidas, y replegándose hácia adelante, iluminaron los terribles estragos que en pos de sí dejaban, y difundieron á lo lejos una claridad en una inmensa perspectiva del bosque, aun cuando todo lo demas, mas allá del incendio, yaciese en las mas completas tinieblas. El rugido de las llamas, ahogaba hasta los silvidos del viento.

Cada ráfaga que se sucedia lanzaba altas pirámides rojas hacia el oscuro cielo, y sus llamas horizontales parecian, saltando hácia adelante, que alumbraban un nuevo incendio. Sucediéndose sin intermision un salto á otro avanzaban las llamas con la rapidez de un caballo de carrera. El ruido resonaba como los rugidos de la mar furiosa, y las



tumultuosas olas de aquella llama salvage se agitaba de la propia suerte que si fuera un mar de fuego. En la línea que iban siguiendo, y á alguna distancia de la pradera, habia un inmenso soto de encinas cuyas amarillentas hojas no se habian desprendido aun de sus ramas; las oleadas de fuego se reflejaban en ellas rojas y brillantes. Transcurrido un momento se dejó ver lentamente una negra madera en los árboles mas inmediatos, y las llamas, chisporroteando entre sus ramas, se alzaron triunfantes á cien pies de altura por los aires.

El efecto no fué de larga duracion. Instantáneamente quedó destruido por el fuego el soto que cogia muchas yugadas. Volvió á internarse en la pradera, dejando los troncos de los arboles destruidos, quemados y ennegrecidos cual la tinta, y al propio tiempo mostrándose resplandeciente sus ramas con una brillante y ligera claridad carmesí. No de otra suerte, barria, rápido el incendio, todo el paisage; cada colina parecia encender su propia hoguera funeraria, y el calor sofocante del incendio devoraba los tallos todos de la yerba, hasta en las cabidades. En pos del curso de las llamas, se estendia una sombría nube de humo pardusco, entremezclado de cenizas encendidas, formando muchas veces graciosas columnas, que casi al momento eran dispersadas por el viento impelidas en mil diferentes direcciones.

Durante muchas horas, no decayó el furor de las llamas; el horizonte todo aparecia rodeado de un ceñidor de fuego. A medida que se dilataba el circulo, disminuian las llamas por grados, y por último aparecia ya un leve hilo de oro al rededor de las colinas. Debian hallarse á la sazon á dos millas de distancia. Finalmente desapareció el resplandor; empero la ligera púrpura que iluminó la atmósfera, durante algunas horas, demostraba que el incendio se iba apoderando cerca de otras regiones.

Me levanté con el sol, y seguí mi viage. ¡Qué cambio tan inmenso! todo estaba desolado. El sol se habia puesto sobre una pradera cubierta con su bestido natural de follage, y se alzaba para iluminar una escena de debastacion. Ni una sola hoja, ni un tallo solo de yerba existia. El inmenso soto, que al ponerse el sol ostentaba aun sus hojas amarillentas, no presentaba ahora á la vista sino un ancho caos de ramas quemadas y deshojadas; aquello no era otra cosa que un monton de ruinas. Hallábase cubierta la tierra por una ligera capa de ceniza, y muchos corpulentos árboles cuyas secas ramas habian causado el incendio y servido de alimento á las llamas, ardian aun, lanzando al aire prolongados espirales de humo. En todas direcciones, iba mostrando la esterilidad la huella de las llamas. Habian avanzado aun hasta al lado opuesto del huracan, abrasando hasta las raices de las mas crecidas yerbas.

El viento continuaba furioso; los carbones inflamados y las cenizas se arremolinaban en nubes sofocantes. Ay! no hallé ni la mas leve huella de mi pobre choza, habia sido completamente destruida!...

Oficinas y estab. tip. del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, a cargo de D. G. Alhambra



EL CASTILLO DE CHILLON.

El domingo anterior hicimos con nuestros lectores una ligera escursion por algunos puntos notables de la Suiza moderna; hoy volvemos á llamarles la atencion sobre el mismo pais, ofreciéndoles una linda vista del pintoresco castillo de Chillon, que ha servido de asunto á un poema de lord Byron y que es indudablemente uno de los paisages mas deliciosos que puedan buscarse.

Recuerdos de la armada invencible.

(Continuacion.)

Púsonos en un camino que se apartaba de la marina y vá á un village donde él vivia y donde nos dijo le aguardásemos que volveria presto, y nos encaminaria para buena parte, y yendo con toda esta desdicha por aquel camino, habia muchas piedras, y no me podia menear ni echar paso adelante porque iba descalzo y muriendo de dolor de las heridas de las piernas. Los pobres compañeros estaban en cueros y helados de frio que le hacia muy grande y no pudiendo vivir ni ampararme se fueron por el camino adelante y yo me quedé allí pidiendo á Dios favor. Ayudóme y empecé á andar poco á poco y llegué á un alto desde donde descubrí unas caserias de paja, y yendo hácia ellas por un valle entré por un bosque y á dos tiros de arcabuz que anduve por él, salió de detras de unas peñas un salvage viejo de mas de 70 años y otros dos hombres mozos, con sus armas, el uno inglés y el otro francés y una moza de edad como de 20 años, hermosísima por todo estremo. Iban estos hácia la marina á robar, y como me vieron pasar por entre los árboles parten para mí y llega el inglés diciendo: «rinde, poltron español» y con deseo de matarme me tiró una cuchillada; yo se la reparé con el palo que traia en la mano, pero

al fin me alcanzó con otra que dándome en la pierna derecha me hizo dar una gran voz, pues dióme en la herida que llevaba abierta. Quisome asegundar cuando llega el salvage con su hija, que debia de ser amiga de este inglés: yo le dije que hiciese lo que quisiese de mi pues la fortuna me habia rendido y quitado las armas en la mar. Apartáronle de mí, y luego volviendo el salvage empezó á desnudarme hasta quitarme la camisa. Debajo de ella traia una cadena de oro de valor de poco mas de 1000 rs. y como la vieron alegráronse mucho y buscaron el jubon hilo por hilo, en el cual yo traia 45 escudos de oro que me habia mandado dar el duque en la Coruña por dos pagas, y como el inglés vió que yo traia cadena y escudos quisome tomar en prision diciendo que le ofreciese rescate; yo dige que no tenia que dar, que era un muy pobre soldado y que aquello lo habia ganado en la nao. La moza dolióse mucho de ver el mal tratamiento que me hacian; rogóles me dejasen el vestido y no me hiciesen mas mal. Tornáronse todos á la caseria del salvage; yo me quedé entre aquellos árboles desangrándome, y como pude tornéme á vestir mi jubon y sayo solamente, pues la camisa tambien se la llevaron y unas reliquias que yo llevaba de mucha estima en un habitillo de la Santísima Trinidad que me habian dado en Lisboa. Estas tomó la moza y se las puso al cuello haciéndome señal que las queria guardar, diciendo que era cristiana, y éralo como Mahoma, y envióme desde su choza un muchacho con un emplasto hecho de yerbas para que me pusiese en las heridas, y manteca y leche y un pedazo de pan de avena para que comiese, y curéme y comí, y el muchacho se fué por el camino conmigo enseñándome por donde habia de ir, apartándome de un village que desde allí se veia, donde habian muerto muchos españoles y no escapaba ninguno que pudiesen coger á la mano. El hacerme este bien nació del francés que habia sido soldado en las Terceras, y le pesó harto que me hicieran tanto mal. Al volverse el muchacho me dijo que siempre caminase derecho á unas montañas que se veian como á 6 leguas de allí, detrás de las cuales habia buenas tierras que eran de un gran señor salvage muy grande amigo del rey de España y que recogia y hacia bien á todos los españoles que á él se iban, y que habia en su village mas de 80 de los de las naos que llegaron allí en cueros. Con esta nueva tomé algun ánimo y con mi palo en la mano comencé á caminar cayendo y levantando, haciendo uorte de las montañas que el muchacho me habia dicho. Aquella noche fuí á parar á unas chozas donde no me hicieron mal porque habia en ellas uno que sabia latin. Contéles mis trabajos, recogióme el latino en su choza y curóme y dióme de cenar y donde durmiese en unas pajas; y á la media noche vino su padre y hermanos cargados de despojos y cosas nuestras, y no le pesó al viejo de que me hubiesen recogido en su casa.

Por la mañana me dieron un caballo y un mozo que me pasase una milla de mal camino que habia de lodo hasta la cinta y habiéndole pasado un tiro de ballesta, oimos un grandísimo ruido y díjome el mozo salvage por señas: España (pues asi nos llamaban) muchos salvages de á caballo vienen aquí y te han de hacer pedazos si no te escondes: anda acá presto, le respondí, y me fuí á esconder en unas quebradas de peñascos donde estuvimos muy bien sin que nos viesen. Pasaron los salvages, que serian como 150 de á caballo. Libramos de estos, pero al volver á caminar dieron con nosotros mas de 40 salvages que venian á pié, y quisiéronme hacer pedazos, pero no lo hicieron porque el mozo que conmigo venia les dijo que su amo me habia preso y me tenia por prisionero y me enviaba á curar. Con todo esto no bastó para dejarme pasar en paz porque llegaron dos de aquellos ladrones á mí, y me dieron 6 palos que me molieron las espaldas y los brazos, y me quitaron todo lo que encima de mí llevaba hasta dejarme en carnes como nací; y viéndome de esta suerte, dí muchas gracias á Dios suplicando á su divina magestad se cumpliese en mí su voluntad suprema, que aquello era lo que yo deseaba. El mozo del salvage se quiso tornar á su choza con su caballo llorando de verme como me quedaba; desnudo, tan mal tratado y con tanto frio. Pedí á Dios muy de veras me llevase á donde yo muriese confesado y en su gracia. Tomé algun ánimo y estando en el mayor estremo de desventura que jamás se vió hombre, recogí unas pajas de elecho y me rodeé con ellas el cuerpo lo mejor que pude y fuí caminando poco á poco hácia aquella parte que me enseñaron, buscando las tierras de aquel señor donde se habian recogido aquellos españoles; y llegando á la sierra que me dieron por señal, topé un lago, alrededor del cual habia como 30 chozas todas despobladas y sin gente. Queria anochecer y no sabiendo ya donde ir, busqué la mejor choza para recogerme en ella aquella noche y entrando por la puerta la vi llena de muchos haces de avena que es el pan ordinario que comen aquellos salvages, y allí gracias á Dios que tenia en donde dormir, pero en entrando algunos pasos, veo salir por un lado tres hombres en carnes que no hacian mas que mirarme; dióme algun temor porque entendí que eran diablos y ellos no entendieron menos que podia ser yo al verme con la paja rodeada por el cuerpo y viéndome en esta confusion tan grande dige ¡Oh madre de Dios, sed conmigo y libradme de todo mal. Como me oyeron hablar español y llamar á la madre de Dios, digeron ellos: tambien sea con nosotros esa gran señora. Entonces aseguréme y lleguéme á ellos y preguntándoles si eran españoles, si somos, por nuestros pecados que á once nos desnudaron juntos en la marina y en carnes como estábamos nos venimos á buscar alguna tierra de cristianos y en el camino nos encontraron una cuadrilla de enemigos y nos mataron los ocho, y los tres que aquí estamos, nos metimos huyendo por un bosque tan espeso que no nos pudieron hallar, y esta tarde nos deparó Dios estas chozas y por descansar nos habemos metido en ellas aunque no tengan gente ni que comer. Digeles: pues tengan buen ánimo, y encomiéndese siempre á N. S. que cerca de aquí tenemos tierra de amigos y cristianos, que yo traigo lengua de un village que está tres ó cuatro leguas de aquí, donde sé que se han recogido muchos de nuestros españoles perdidos, y aunque yo vengo muy mal tratado y herido, mañana caminaremos para allá. Alegráronse los pobres y preguntáronme quién era: yo les dige que era el capitan Cuellar; no lo querian creer porque me tenian por ahogado y llegáronse á mí y cuando me hubieron reconocido casi me acabaron de matar con abrazos. El uno de ellos era alferez y los otros dos soldados, con que nos regocijamos grandemente. Metímonos luego entre la paja bien enterrados con cuidado de que no se hiciese destrozo en ella ni se descompusiese de como estaba y dejando concertado de levantarnos de mañana para nuestro viage, dormimos sin cenar ni haber comido mas que moras y berros, y para que se vea cuál seria la fuerza de mi cansancio, baste decir que me dormí con las heridas abiertas que las pajas se entraban en ellas al menor movimiento y me hacian pasar mil tormentos. No era bien de dia cuando despierto y oigo hablar hácia la puerta, miro y era un salvage con su alabarda en la mano, y empezó á mirar su avena y hablar entre sí y yo quedé sin resollar y tambien los demas compañeros que habian despertado y no haciamos mas que mirar atentamente al salvage por entre las pajas, pero quiso Dios que salió y se fué con otros muchos que habian quedado á la puerta y habian venido á segar y trabajar allí cerca de las chozas en parte á donde no podiamos salir sin que nos viesen. Estuvimos, pues enterrados y platicando muy bajo lo que nos convenia hacer y fué acordado no desenterrarnos ni movernos de aquel lugar mientras allí estuviesen aquellos herejes. Pasóse así todo el dia que fué cruel para todos por el hambre y para mi mas por el dolor de las heridas. Vino la noche y se ausentaron aquellos malvados y aguardamos que saliera la luna, y revueltos con paja y heno porque hacia grandísimo frio, salimos de aquel peligro tan grande en que estábamos, sin aguardar el dia fuimos atollando y rompiendo la vida con hambre, sed, y dolor. Fué Dios servido de apartarnos á tierra de alguna seguridad donde fuimos hallando mejor gente, aunque todos salvages, pero cristianos y caritativos, donde viéndome uno que yo venia tan mal tratado y herido, me llevó á su choza y me curó él y su muger y sus hijos, y no me dejó salir de ella hasta que le pareció que pudiera bien llegar al village donde iba, en el cual hallé mas de 70 españoles que todos andaban desnudos y bien maltratados porque el señor no estaba allí, que habia ido á defender una tierra que los ingleses le venian á tomar, y aunque este es salvaje, es muy buen cristiano y muy enemigo de hereges y siempre tiene guerra con ellos. Llámase el señor de Ruergue. Yo aporté á su casa con harto trabajo, cubierto con pajas, de suerte que no habia quien no se moviese á gran lástima de verme asi: diéronme unos salvajes una mala manta vieja, llena de piojos con que me cubrí algun tanto. Por la mañana nos juntamos hasta 20 españoles en la choza de este señor de Ruergue para

que nos dieran por amor de Dios alguna cosa que comer, y estándolo pidiendo nos dieron nuevas de que habia una nao de España en la marina y que era muy grande, y que venia por los españoles que se habian escapado, con la cual nueva sin mas aguardar partimos todos 20 á la parte donde nos digeron que estaba esta nao y hallamos muchos estorbos en el camino, tantos que me fuí quedando atrás de mis compañeros, que con el ansia de embarcarse saltaron de peña en peña y se alargaron tanto que ya no podian oir mis gritos aunque los daba grandes y mas cuando caí al suelo y no me pude levantar del sitio desde donde para mayor pena ví que llegaron al puerto y acercándose la nave saltaron en ella y con grandes abrazos se hicieron á la vela la mar adelante llevándome el corazon que se me salia por los ojos viéndoles alejar. Y este trabajo que yo conté como el mayor que pudiera sucederme, fué mi salvacion, pues aconteció que la nave que habia llegado allí con gran fortuna, pues traia el arbol mayor y la jarcia muy mal tratada, dió al través en otra costa de allí á dos dias y se ahogaron mas de 200 personas y los que salieron nadando los pasaron á cuchillo los ingleses. Y tornando á que me quedé tendido en tierra hasta que ví desaparecer la nave, acertó á pasar por allí un clérigo en hábito seglar porque asi andan los sacerdotes en aquel reino porque los ingleses no los conozcan, y dolióse de mí y hablóme en latin y preguntóme de qué nacion era y de los naufragios que habia pasado. Dios me dió gracia para que yo le pudiera responder á todo lo que me preguntaba en la misma lengua latina y satisfízose tanto de mí que me ayudó á levantar, me dió de comer de lo que consigo traia y me encaminó para que me fuese á un castillo muy fuerte que estaba de allí 6 leguas, el cual era de un señor muy fuerte, salvaje y valiente soldado, gran enemigo de la reina de Inglaterra, hombre que nunca la ha querido obedecer ni tributar, ateniéndose á su castillo y montañas con que se hace fuerte. Me fuí para allá pasando en el camino muchos trabajos, y el mayor y que mas pena me daba fué que un salvaje me topó en el camino y por engaño me llevó á su choza que la tenia en un valle desierto y me dijo que allí habia de vivir toda mi vida y me mostraria su oficio que era herrero.

Yo no le supe responder, ni me atreví porque no me metiese en la fragua, antes le mostré alegre rostro y empecé á trabajar con mis fuelles mas de ocho dias, de lo cual se holgaba el malvado herrero porque lo hacia yo con cuidado por no disgustarle y á una maldita vieja que tenia por muger: yo me veia atribulado y triste con tan mal ejercicio, cuando N. S. me remedió en tornar por allí al clérigo que se espantó de verme allí detenido; yo le dige que me habia sido fuerza estar allí porque aquel salvage no me quiso dejar pasar por servirse de mí: riñóle el clérigo muy mal y me dijo no tuviese pena que él hablaria al Sr. del castillo para donde me habia encaminado y le haria que enviase por mí, como lo hizo el dia siguiente que envió cuatro hombres de los salvages que le servian y un soldado español, que ya teníalo consigo de los que se habian escapado nadando, y como me vió tan desnudo y cubierto de pajas, él y todos los que con él habia se dolieron harto y aun sus mugeres lloraban de verme así tan maltratado: curáronme y reparáronme allí lo mejor que pudieron y me estuve tres meses hecho propio salvage como ellos. La muger de mi amo era muy hermosa por todo estremo y me hacia mucho bien, y un dia estábamos sentados al sol ella y otras sus amigas y parientas y yo: preguntábanme de las cosas de España y otras partes y al fin me vinieron á pedir que las mirase las manos y las digese su ventura, y yo dando gracias á Dios, pues ya no me faltaba mas que ser gitano entre salvages, comencé á mirar la mano de cada una y á decirlas cien mil disparates con lo cual tomaban tanto placer que no habia otro mejor que yo ni que mas valiese con ellos, y de noche y de dia me perseguian hombres y mugeres para que les digese la buena ventura, de suerte que yo me veia en grande aprieto, tanto que me fué forzado de pedir licencia á mi amo para irme de su castillo. No me la quiso dar, pero mandó que nadie me enojase ni diese pesadumbre. La propiedad de estos salvages es vivir como brutos en las montañas, que las hay muy ásperas en aquella parte de Irlanda donde nos perdimos. Viven en chozas hechas de paja: son todos hombres corpulentos y de lindas facciones y miembros sueltos como corzos: no comen mas que una vez al dia, y esa ha de ser de noche, y lo que ordinariamente comen es manteca con pan de avena: beben leche y no prueban el agua, siendo la mejor del mundo. Las fiestas comen alguna carne medio cocida sin pan ni sal. Vístense con calzas justas y sayos cortos de pelote muy grueso. Cúbrense con mantos y traen el cabello hasta los ojos: son grandes caminadores y sufridores de trabajos. Tienen continuamente guerra con los ingleses que allí hay de guarnicion por la reina, de los cuales se defienden y no los dejan entrar en sus tierras que todas son anegadas y empantanadas se van toda aquella parte mas de 40 leguas de ancho y largo: su mayor inclinacion es ser ladrones y robarse los unos á los otros, de suerte que no pasa dia sin que se toque al arma entre ellos porque sabiendo los de aquel casar que en este hay ganados ú otra cosa, luego vienen de mano armada de noche y anda Santiago y se matan los unos á los otros, y en sabiendo los ingleses del presidio quien ha recogido mas ganado, luego vienen sobre ellos á quitárselos y no tienen otro remedio que retirarse á las montañas con sus mugeres y ganados, pues no tienen otra hacienda, ni mas menage; duermen en el suelo sobre juncos acabados de cortar y llenos de agua y yelo. Las mas de sus mugeres son muy hermosas, pero mal compuestas, que no gastan mas que la camisa y una manta con que se cubren y un paño de lienzo muy doblado sobre la cabeza, atado por la frente: son grandes trabajadoras y caseras á su modo. Nómbranse cristianos y dícese misa entre ellos.

Rígense por la órden de la iglesia romana. Casi todas las mas de sus iglesias, monasterios y ermitas están derribados por mano de los ingleses que hay de guarnicion y de los de la tierra que á ellos se han juntado, que son tan malos como ellos; en resolucion, en este reino no hay justicia ni razon y asi hace cada uno lo que quiere. A nosotros nos querian bien estos salvajes porque supieron que veníamos contra los herejes y que éramos tan grandes enemigos suyos; y si no fuera por ellos que nos guardaban como sus mismas personas, ninguno quedára de nosotros vivo. Teníamosles buena voluntad por esto, aunque ellos fueron los primeros que nos robaron y desnudaron en carnes á los que veníamos vivos á tierra, de los cuales y de las trece naos de nuestra armada donde tanta gente principal venia que toda se ahogó, hubieron estos salvajes mucha riqueza de joyas y dineros muchos. Llegó la palabra desto al gran gobernador de la reina que estaba en la villa de Dublin y caminó luego con 10,700 caballos en busca de las naos perdidas y de la gente que habia escapado, que serian menos de 1000 hombres que sin armas y desnudos andaban en tierra por las partes donde cada uno se habia perdido y á los mas dellos cogió este gobernador y luego los ahorcaron y hacia otras justicias, y á los que sabia que nos amparaban ponia en prision y los hacia todo el mal que podia; de suerte que nos vino harto mal deste viaje y prendió tres ó cuatro señores salvajes que tenian castillos y en ellos habian recogido algunos españoles, á los cuales unos y otros tomó en prision y caminó con ellos por todas las marinas hasta llegar á la parte donde yo me perdí, y de allí caminó la vuelta del castillo de Manglana, que así se llamaba el salvaje con quien yo estaba, el cual fué siempre gran enemigo de la reina y nunca la quiso obedecer, por lo que deseaba mucho tomarle en prision.

(Continuará).

LAS GACELAS.

Bajo el nombre genérico de gacelas, se designa una familia de preciosos cuadrúpedos de pie hendido, de cuerpo muy flexible y elegante, y extraordinariamente veloz en la carrera. Las gacelas se encuentran generalmente en Africa y en Asia. Son muchas las especies que existen, las cuales presentan algunas diferencias entre sí.

Las gacelas de Africa se asemejan al corzo: tienen la misma alzada, las mismas formas: sin embargo, sus orejas mayores que las del corzo son derechas, abiertas por el medio, terminadas en punta, y la piel que las cubre interiormente es negra y lustrosa.

Sus cuernos son negros, circundados de anillos y se inclinan el uno hácia el otro por las puntas como las ramas de un lirio. Los anillos marcan los años de su edad. Sus ojos son negros, grandes, muy vivos, y á pesar de esto lle-

nos de una espresion dulcísima y encantadora. Las piernas anteriores de las gacelas son delgadas, nerviosas y mas cortas que las posteriores, lo que las presta mayor facilidad para correr cuesta arriba que cuesta abajo.

En lo general son leonadas por el lomo, tienen casi blanco el vientre y una raya negra que separa estos dos colores en la parte inferior de sus hijares. Su cola se halla provista de pelos largos y negros.

Las gacelas viven en numerosas manadas en Berbería, en Siria, en Arábia y se alimentan de yerbas aromáticas y de los tallos de los árboles de corta edad.

Se cazan estos animales valiéndose de lazos que lanzan los naturales del pais con una destreza increible, y que ligan sus cuernos sin dejarlas libertad para desembarazarse de ellos.

Muchas veces tambien las cazan con perros, onzas y alcones.

La gacela que hemospuesto al final de este artículo es una especie un poco mayor que el corzo. Sus cuernos son mas largos y mas separados por la punta, sin embargo de que cuando nacen están infinitamente mucho mas aproximados. En lugar de correr de la propia suerte que lo hacen las demas gacelas, dá brincos y saltos prodigiosos.

Las de Africa son mucho mayores que las de la India. Son muy miedosas; pero, á pesar de su timidez, cuando se sienten sorprendidas, se detienen y hacen frente al que las ataca. En la India, los ministros de muchas religiones llevan sus cuernos como en señal de honor y dignidad.

Entre las diferentes especies que constituyen esta familia tan numerosa debemos mencionar el condoma ó condous que se encuentra únicamente en los bosques mas silenciosos del Cabo de Buena Esperanza, en donde se alimenta de yerbas y de los botones ó yemas de los brezos.

El condoma tiene la ligereza de formas, la gracia en los movimientos, la belleza de ojos y la dulzura en la mirada que distinguen á las gacelas; pero, mas animoso, sin ser mas ofensivo, no teme habitar solitariamente el desierto y lucha con el chacal, llegando muchas veces á darle muerte.

Es de tal suerte rápida su carrera y tan prodigiosos sus saltos que escapa fácilmente al leon y á la pantera como no le cojan de improviso y en la primera embestida.

Los hotentotes, á quienes gusta estraordinariamente su carne, les hacen una guerra cruel, empleando para sorprenderlo y dispararle, mil astucias, mil asechanzas, en las cuales sin embargo suele dejarse cojer muy raras veces, porque tiene tanta perspicacia como desconfianza la gacela.



LA GACELA.

LA CASA DEL DUENDE
Y LAS ROSAS ENCANTADAS.

(Cuento.)

(Continuacion de la primera parte.)

A la pálida luz de la linterna el hombre tonsurado habia examinado la enfermiza fisonomia de la niña y adivinado sus padecimientos. En brazos la subieron por los triangulares peldaños de la torcida escalera hasta depositarla en un entresuelo ahumadísimo, sucio y lleno de trevejos estraños que servia de cocina.

—Mudadle esa ropa, mientras acudo con fuego para el hogar.

—Ah Señor! se la enjugaré, cuando haya lumbre, porque no tenemos otra.

La severa frente del clérigo se oscureció, y sin hablar palabra trajo algunas astillas de leña recia, un jergon de paja, una manta de seda floja y lana á usanza morisca y una camisa gruesa:

—No puedo ofreceros mas, dijo con sentimiento; desnudad á esa niña, calentad este camison desahumándole con estas raices, no es la camisa de muger, pero sí de lienzo: enjugadle el cabello, acostadla en el jergon, abrigadla bien, alimentad el fuego y componeos con esta piel de carnero y este manteo, porque no hay otra cosa en mi ropería.

—La Virgen del Cármen le pague á su merced tanta caridad: yo me arreglaré, aquí, al otro lado del fuego: los pobres estamos hechos á pasar trabajos.

—Dadle unas tomas de este licor encarnado y cenad con este pedazo de carne:

Y le alargó una botella con tintura carmesí; un vaso pequeño y como una libra de tasajo.

El hombre de los cabellos rojos era un verdadero filóso-

fo: soldado en su juventud corrió cortés y lejanas tierras tomando como las abejas lo mejor de todas. Sabia muchas lenguas y lo mismo leia en los pergaminos viejos de las escrituras árabes que en las piedras antiguas. Entendia de todas las cosas, curaba enfermos, llevaba la palma entre la gente de Chancillería, componia cantares con su música acordada, y en lo que los clérigos aprenden, sobresalia tanto que le temian allá en Alemania los hereges y por acá se inclinaban ante su dictámen los mas laureados bonetes. Como todos los hombres grandes, por defender á los moriscos, fué encarcelado en la inquisicion de donde salió al cabo de veinte años ileso de la culpa de tornadizo. El doctor Graciano, desde entonces amaba á la humanidad sin querer trato con los hombres, daba en limosnas todas sus rentas y nunca miraba al socorrido.—Vivia solo en la última casa de la calle de Gomeres, mansion del barrio temida, porque tenia *Duende*. Hizo un observatorio en el tejado, y un laboratorio en la sala baja, domesticó un gato montés y una culebra que aprisionó pequeños en la huerta de la casa, y procurando aislarse enteramente compraba de vez en cuando una pierna de carne asada para todo alimento, y lavaba su ropa por medios químicos.

Pues, como iba diciendo, se pasó la noche mas no la calentura de la niña, segun declaró el doctor Graciano, y este con murmuracion del barrio, al volver de celebrar el sacrificio de la misa trajo una gran cesta de todo avío.

Pero Antunez le esperaba ya dispuesto para irse á una posada y su hija Isabel estaba medio vestida con la saya húmeda aun de la lluvia.

—Qué vais á hacer esclamó al verlos en aquel talante. ¿Vais á matar á esa pobre niña? Quitadle esa maldita saya, abrigadla bien, atizad el fuego y disponed una olla con estas cosas.

—Mire sumerced....

—¿No veníais á buscar trabajo?

—Si.

—Pues entonces hoy me ayudareis á componer mi observatorio, que ha destrozado la lluvia y mañana la tapia del corral.

—Solo Dios puede pagaros tan buena voluntad.

Para no cansarte mas leyente mio, como el invierno iba siendo por demas lluvioso, los pobres andaban en bandas y el doctor, aunque se restableció Isabel, no quiso despedir á sus huéspedes temiendo que pereciesen de hambre. El trato que con ellos habia tenido le hizo reconciliarse con los hombres, pues las virtudes mas se juntan á la sencillez de los campesinos.—Poco á poco el doctor fue perdiendo su vida estravagante.

Pero Antunez labró unas sillas, una banqueta para comer una cantarera y una varandilla que colocó alrededor del observatorio ayudándose de la madera que halló en la huerta. Esta era en lo antiguo un bellísimo *carmen*, con tapias almenadas como se ven aun, adarve para macetas, y bancales bien dispuestos con albarradas de piedra de rio se estendia hasta el pie de las viegísimas *torres—bermejas*: al presente por la incuria y el abandono se hallaba reducido á un bosque de maleza, abrigo de culebras, gatos garduños y otras alimañas, terror de la vecindad.

El labrador levantisco taló y quemó las zarzamoras, limpió los frutales, recompuso la tapia y los setos, levantó las desmoronadas albarradas, guió los cipreses, podó los rosales, los arrayanes y las lilas, limpió las calles, cabó los bancales y buscó semillas en los huertos vecinos; para la próxima primavera el carmen amenazaba ser de los mas ricos en verdura, frutos y flores.

Isabel comenzaba á estar hermosa, su belleza infantil encantaba como los ramos de flores, como la aurora, como los sueños en que de niños vemos la gloria. Su cutis era trasparente y blanco á la manera del alabastro, suave cual hoja de rosa primaveral, sus cabellos rubios caian trenzados hasta la encintada cenefa de su saya de picote, el color de los ojos azul, y tan grandes y con tan inefable dulzura que una fontecilla purísima es menos halagüeña y brilladora; la boca de corales y como un piñon, la nariz de oro, las cejas arco iris del cielo de su frente: el corazon de paloma, el alma mas hermosa aun que el cuerpo: donaire, ingenio, prudencia—tan rara en la muger—sensibilidad esquisita demostraban sus acciones.

Una enfermedad grave, penosa, larga, dió con el doctor en cama y entonces mas que nunca bendijo la hora en que habia recogido á los pobres forasteros, pues le cuidaron como el hermano al hermano, y la muger al padre ó al esposo. Al cabo de largos padecimientos murió el clérigo con la tranquilidad del justo.

Pero Antunez y su hija quedaron por universales herederos.—Corta era la hacienda pues no se estendia á mas de la casa y algunos ducados, pero con ella mucho se mejoró el estado y condicion de los levantiscos, siendo ademas esta herencia ocasion de impensados y maravillosos hechos como verá el que leyere.

SEGUNDA PARTE.

Isabel habia cumplido catorce años, edad de los primeros amores en el temprano y voluptuoso suelo de Andalucía: la compostura de su rostro y la elegante moridez de sus formas, su ensimesmamiento, su melancolía y el mirar dormido y cariñoso de sus claros y serenos ojos lo pregonaban.

Andaba siempre huyendo de la compañía de su padre; inquieta durante el dia, por la noche desvelaban á la pobre niña, sueños estravagantes ó agradables. Al caer de la tarde se paseaba por las calles de la umbria de su *Carmen*, queriendo ocultar las indiscretas lágrimas que bañaban sus pupilas, al pié de los tétricos y descarnados muros de Torres-Bermejas.

La víspera de san Juan, por la tarde oyó que en un corral inmediato las vecinas que tomaban el fresco platicaban por el tenor siguiente.

—¡Vaya! y aunque vino arrastrando zancajos ya tiene saya de paño verde...

—Con corpiño y ribetes de lo mismo, Madre Candelaria, y bajo que se pone el zagalejo.

—Pero alta la camisa que es fina, blanca, planchada, plegada y con cuello festoneado de cabezon carmesi que le cae á las mil maravillas, pues la chiquilla es un pino de oro.

—Y gargantilla de azabache morisco: estas rapazuelas... sacan aceite del agua clara...

—Ten la maldita lengua, segoviana, que era muy caritativo el pobre señor.

—Mirad si no que zapatos con dos suelas colorados y calzas de lo mismo trae la niña! y las trenzas tomadas con cinta de hilillo de plata fina ¡y el rosario de cristal y plata! Vaya, madre Candelaria, se le ha aparecido el duende á la rubita.

—No me lo mientes que esta es la noche de san Juan, en que sale á pasearse por estos corrales!—¡Y en buena casa vivimos!... ¡Pobre hermana mia!...

—¡Para mi santiguada! ¡Jesus!!! Contadme eso de vuestra hermana.—No me quedaré sola en la galeria esta noche.

—Has de saber, hija mia, que viviamos mi madre, mi hermana y yó en esa casa que ahora viven los forasteros, en *la casa del duende*, de esto hace ya muchos años, cuando la entrada aquí del hijo del emperador, tú no te acordarás, yo era muy niña. Mi hermana mayorcica empezaba á ser mozuela y lloraba mucho porque no la salia novio. En que con estas y otras cosas vino la noche de san Juan ¡Jesus! ¡hoy hace años!... y salió á pasearse la pobrecilla por el Cármen y en uno de los cuadros sintió como quejidos lastimeros y al dar las doce vió abrirse la tierra y salir un gigante con una porra de pedernal. Quiso ella correr y gritar, pero tenia pegada la lengua al paladar y los piés la pesaban cien arrobas. El gigante le ofreció dos canastillos uno de rosas y otro de brevas como el puño, recien cogidas y hasta con su gotita de miel en la flor. Mi hermana siempre fué muy deseosa y muy galga y tomó dos brevas ¡Nunca lo hubiera hecho! El gigante pegó un berrido espantoso, se hundió por una grieta con las flores y las brevas y á mi hermana se le convirtieron en carbones encendidos las que habia tomado.—Antes de llegar el invierno la pobrecilla se murió de ictericia que le dió del susto: ¡era como un sol!!!... Desde entonces dejamos la casa que nadie se ha atrevido á vivir hasta que la compró el clérigo para meterse en ella, como tambien era brujo. Y te aseguro segoviana, que aunque este corral solo tiene un pedazo de tapia lindero con el Cármen, cuando llega esta hora... Las vecinas, maquinalmente escucharon con supersticioso temor, pasó un mochuelo y derribó algunos chinos de la tapia: todas las del corral dieron un grito desgarrador y huyeron hácia sus cuartuchos como pájaros espantados.

Isabel estaba en esa poética edad crédula para los agüeros, confiada hasta en lo sobrenatural y oyó aquella rela-

cion de la madre Candelaria con vivísimo interés. Por la vez primera, reparó despues, que los macizos torreones se alzaban sombrios y amenazadores sobre el tajo dominador del Cármen y que entre las rendijas se oian ruidos estraños, ese conjunto terrífico y acorde que forman el hormigueo de los insectos, las alcaparras y las higueras silvestres sacudidas por el polvoroso viento de estio, el murmullo seco de las culebras al pasarse por entre lo descarnado de los adoves, el grito de los mochuelos y el silvo compasado y monótono de las demas aves nocturnas.

La pobre niña sintió un miedo frio y lento: entre las sombras de las quiebras del muro, por entre la yedra del tajo creyó ver salir enanos, gigantes, fantasmas, monstruos alados y echó á andar hacia la casa sin volver la vista atrás. Mas conforme avanzaba parecíale que en su seguimiento venian ejércitos de duendes con piernas y brazos largos, sentia sus pasos en la arena y tapóse los oidos por no oir sus horribles ahullidos.—Apresuró el peso mas, corrió.—Los espíritus alados y los espectros corrieron en ala tras de ella, casi le cogian entre sus uñas, ponian los piés en sus huellas, la pisaban los talones.—La niña gritaba, corria, corria, volaba... Un vértigo rodeó su frente, la habian cogido de los cabellos, de la cintura, habian clavado sus piés... cayó desmayada en los brazos de su padre que habia acudido á sus gritos...

Pronto volvió en sí y con Pero Antunez se sonreia de su miedo y de su mundo de fantasmas.

A las once de aquella noche el labrador y su hija dormian: el uno tranquilamente, la otra perseguida por la imaginacion: al fin despertó presa de una angustiosa pesadilla. El calor la sofocaba.—De pronto comenzó á vestirse ligeramente para salir á pasearse por el jardin! Tan cierto es que contra el miedo y el dolor no hay mejor remedio que el miedo y el dolor mismo.—Isabel queria convencerse del todo ó arrostrar todo el peligro.

Bajó, entró en el Cármen y comenzó á subir por las cuestas irregulares que terminaban al pie de las murallas de la rojiza fortaleza de los moros. La noche estaba serena, empañado un tanto el cielo y profundísimo era el silencio. Isabel vestida de blanco, suelto el cabello de oro se adelantaba con ardor febril y conforme se acercaba á la umbria sentia erizársele la piel y temblarle las piernas. Al fin del camino faltaban los arrayanes en las orillas, los últimos bancales estaban empradizados de albahaca con setos de menta y mejorana, por entre los cuales descollaba alguna parriza que arrastrándose buscaba el apoyo del muro al cual trepaba por la yedra.—¡Dieron las doce!!!... Las doce de la noche de san Juan, hora de agüeros, duendes y encantamientos en Oriente y Occidente!

A la imaginacion de Isabel vinieron todas las memorias de las creencias populares. Se paró frente del mas lozano prado á contar la hora y escuchó hasta que ya se perdia en las ondas del viento el último eco. Luego comenzó á salir de las florecillas de la albahaca un vapor blanco y luminoso, á la manera de la luz del alba que esparció voluptuosa claridad: tras del vapor, como la llama desprendida de una bujía, apareció por encanto un negrito de rostro muy afable y bello, algo amarillento y que nada inspiraba de terror; casi era un niño, y dulce sonrisa vagaba por sus labios; traia en la mano derecha un cestito de alambres de oro mate lleno de rosas de Alejandria recien cortadas, y en la izquierda un azafate de filigrana lleno de manzanas jaenes, amarillas como el ambar, gruesas de media libra y mórbidas cual los pechos virginales.—Isabel sin saber por que, no se asustó.

—Elige, ángel mio; dijo el negrito ofreciéndola á un tiempo con gracia el cestito dorado y el azafate de filigrana. Tentadoras estaban y olorosas las manzanas, era la fruta que mas le gustaba á la niña, la que menos comia por ser muy caras; no pudo menos de mirarlas con ahinco ¡muger al fin! venció el instinto de lo bello en aquel hermosísimo corazon y tomó una rosa.

—Todo es tuyo, esclamó el mancebo negro con mal disimulada alegria, hasta mañana á la noche á la misma hora: adios. Y entregándole el cestillo de las rosas desapareció dejando embalsamada la brisa de la noche.

Isabel se retiró pensativa, durmió profundamente y soñó que era reina en tierras muy estrañas donde los palacios tenian muros de cristal y puertas de rubí.

Apenas amaneció, fué á ver el cestito tomando por un sueño lo que recordaba de la pasada noche, mas halló con sorpresa el cesto á la cabecera de su cama, solo que todas las rosas eran de oro salpicadas de perlas, y natural, olorosa y fresca la que ella habia tocado con sus dedos.

Llamó á su padre, le contó el caso, y este, para certificarse sin duda, cogió hasta media docena de rosas y las llevó á casa de un platero que las tomó á buen precio celebrándole el trabajo del metal y el tamaño de las perlas. Pero Antunez parecia loco con tanto oro entre sus manos, abrazaba á su hija y prometíale mas galas que soñar puede una reina.

Isabel fué á ver al negrito que salió á las doce de la noche siguiente y le habló con suma discrecion y donaire.—Mas cual fué la sorpresa de los levantiscos al observar que las rosas de oro y perlas no se habian disminuido á pesar de la saca y que la natural no se marchitaba!!...

Todo en la casa cambió, con tan inagotable tesoro: Pero Antunez y su hija oscurecieron rápidamente á todos los ricos de Granada, y aquella niña antes desconocida fué ya la mas solicitada dama por su esplendor y su hermosura sin par.

La casa estaba magníficamente adornada y embellecida; aunque no tan grande cual á su nueva clase convenia, Isabel quiso permanecer en ella para no faltar nunca á las citas de su negro. Ambos tenian ya confianza, se sentaban sobre la albahaca como dos niños juguetones, se asian de las manos, se paseaban hablando hasta que alboreaba y aun se decian inocentes amores. La niña no estaba triste ya, ni sentia vaga inquietud en su corazon, esperaba con ansia la hora de ver á su negrito y se hallaba loca de contento á su lado.

Se notó en la ciudad, pues tenian los ojos en la garrida doncella, que por magnífico y atractivo que fuese un sarao, antes de dar las doce, desaparecia Isabel con viveza acompañada de su padre para encerrarse en su casa, y no dejó tambien de escitar las hablillas el que á pesar de sus pocos años y de gozar de todas las fiestas, no se le designase amante alguno, aunque eran infinitos sus apasionados.

Un Tenorio de aquellos tiempos, D. César de Toledo, se propuso rendir la fortaleza que todos habian sitiado en vano, y en verdad sea dicho, que llevaba mas interés por el botin que por el vencimiento. Era el emprendedor, mancebo, galan, discreto, valiente, gastador, en estremo gallardo y hermoso, dado tambien al juego, á las mozas de vida libre y corrompido de alma como el que mas. Al cabo de algunos dias Isabel le preferia á sus otros adoradores que, como acontece siempre, eran una turba-multa de necios.

Tales rendimientos hizo el galan, tantas pruebas venció y con tan grande constancia puso manos en aquellos amores, que acabó por enamorarse locamente de la *Estrella oriental* como él la llamaba.—Las pasiones se *pegan mucho* segun dice el pueblo, y la donosa hija de Pero Antunez de oir y ver continuamente á D. Cesar le comenzó á *querer* con esa pasion frívola que conceden las niñas al primer advenedizo.—Sin mas ni mas el caballero pidió á Isabel en matrimonio con todo el ceremonial y aparato de la antigua nobleza española. Pero Antunez, que siempre tiraba al monte, y se vió tan honrado, estaba mas loco que el novio y se paboneaba calculando el ilustre apellido que llevarian sus nietos.—Su hija bullia de contento pensando en su matrimonio precursor de tantas fiestas y saraos, de una vida nueva, desconocida y misteriosa.

No se cuidaba tanto de su negrito, sin embargo le visitaba todas las noches, procurando acortar las pláticas. El encantado iba cada noche mas amarillo, señal de enfermedad entre los de su raza negra, mas triste y lágrimas ardientes asomaban á sus ojos, cuando Isabel con infantil coqueteria le contaba sus amores, sus esperanzas.

—¿Por qué no te alegras conmigo? ¿Qué tristezas te atormentan?

—Esas tus alegrias, ángel mio, esas tus esperanzas son para mí la muerte: ¿qué será del pobre negrito cuando no te vea?

—Es que nunca dejaré de venir á verte: ¡ah! ¡seria una ingrata! Mira, y le estrechaba sus torneadas manos de ébano, al lado de César estoy siempre riendo, entretenida: me cuenta sus tumultuosas aventuras que salpica de graciosos donaires, me dice mil flores á lo galan, á lo bravo, á lo soldado, en lengua toscana y en provenzal, nunca se agota el manantial de su conversacion; pero cerca de tí siento un placer inefable, que tal vez es mas profundo, porque tiene algo de melancólico, como tú, se me espansia el corazon contigo....

—Y me dejas antes que otras veces!... Pronto no vendrás... ese D. César tan entretenido querrá todas tus horas, todos tus secretos y me abandonarás.... y tal vez me venderás.... siendo de mí tanto querida!...

Y al decir esto lloraba el negrito como un niño.

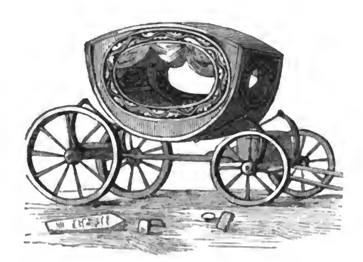
Como pudo le engañó al consolarle la niña.

A otra noche D. César de Toledo la detuvo en un sarao y no acudió al Carmen.—Tras esta noche pasaron hasta diez sin que Isabel se acordase del negro.

Todos los preparativos y galas estaban dispuestos, la ceremonia debia verificarse al siguiente dia y la hija de Pero Antunez, devorada por un vago presentimiento, triste en estremo, casi con lágrimas en los ojos se acordó de su negrito, de los momentos felices que habia pasado á su verita sentada, y tuvo remordimientos. Despidió á D. César, que se fué de muy mal talante y al espirar el eco de la última campanada de las doce de la noche bajó al jardin y se dirigió al agostado prado de albahaca.

(*Concluirá.*)

JOSE JIMENEZ SERRANO.



Coche de ceremonia en Constantinopla.

La carroza que ve el lector es copia de los carruages que circulan por las calles de Constantinopla los dias de fiesta y de ceremonia, sirviendo de vehículo á las señoras ricas. Es bien estraña y curiosa la forma de estos coches, exactamente reproducida en nuestro grabado.

De los geroglíficos.

Muy fácil nos seria estendernos en amplias consideraciones acerca del mérito artístico de los geroglíficos, de lo ingenioso y sutilísimo de sus multiplicidades y de las delicias que ocasionan á los lectores del SEMANARIO, ínterin se afanan por adivinarlos, ó en cuanto, con el orgullo del triunfo, proclaman una solucion que quizá han sido los primeros en hallar; empero no es de modo alguno nuestro intento hablar del referido mérito, sino únicamente y con los menos ambajes posibles, trazar la historia, orígen y progresos de este recreo intelectual.

Los geroglíficos, segun *l'Encyclopédie francaise*, consisten en emplear, para espresar palabras, imágenes, cosas y porciones de palabras, ó sílabas segregadas. El inglés T. Dyche, en su *Diccionario universal*, define el geroglífico «la representacion emblemática ó enigmática de alguna frase con equívocos de palabras partidas ó reunidas, ó con dibujos que las figuren.» La primera idea acerca de los geroglíficos, fué debida sin contradiccion alguna á los egipcios, inventores de la escritura geroglífica. Este hecho resulta de las sabias investigaciones del padre Causin, autor de *Symbolica Ægyptiorum Sapientia* (1647, in-4), y de muchos pasages de una obra curiosa publicada en Paris en 1595, *Hieroglyphica horapollinis a Davide Hœschelio illustrata*. Tambien pueden hallarse pruebas de lo mismo en los *Hiéroglyphes de J. P. Valerian*, llamado *Pierius*, aumentados con dos libros de *Cœlius Curio*, y traducidos al francés por J. de Monlyart (Lyon, 1616, in folio). Observamos asimismo que los geroglíficos se componian ya de símbolos, ya del retrato de los objetos mismos; en tanto que otros, basados sobre la analogía de los sonidos, despiertan una idea presentando á la vista diseños que recuerdan el signo vocal. Asi que, si bien es cierto que los egipcios pudieron ser los inventores de los geroglíficos, tambien lo es que no fijaron positivamente la fórmula de plantearlos; no obstante, es una alta honra para ellos el haber imaginado las configuraciones geroglíficas y edificado esas pirámides admiracion de tantos y tantos siglos. La creacion de los geroglíficos corresponde de derecho á los romanos, entre los cuales se hallan aun diversas huellas de geroglíficos. Ciceron, en su dedicatoria á los Dioses, escribe sus pronombres, *Marcus Tullius*, acompañados de un *garbanzo*, que en latin significa *cicer*. El primero de los emperadores, sabiendo que *César* queria decir *elefante* en el idioma mauritánico, hizo grabar un elefante en algunas de sus monedas. En el mismo siglo, Lucius Aquilius Florus y Voconius Vitulus, ambos prefectos de la moneda, mandaron grabar en el reverso de ellas una flor, y en otras un becerro. Se representaba á Asinius Pollio, gobernador de la ciudad de Bourges, bajo la figura de un asno en un sillo. ¿Era esto otra cosa que un geroglífico?

En los manuscritos de la edad media no se encuentra huella alguna de los geroglíficos: el mismo Villon, que *desenmarañó el arte confuso de los antiguos romanceros*, no mezcló ninguno á sus composiciones jocosas. Abelardo, ese ilustre mártir del amor, no nos ha dejado sino opúsculos teológicos y la memoria de sus dolores; empero Pasquier, el erudito autor de las *Recherches de la France*, indica la existencia de los geroglíficos en el blason. Asi, por ejemplo, el reino de Leon tenia en sus armas un *leon;* Castilla, un *castillo;* Galicia, un *cáliz*.

Los geroglíficos florecieron en el décimosesto siglo, y entonces fué cuando tomaron el nombre con que les distinguen los franceses: Segun el docto Menage, «los eclesiásticos de Picardia escribian todos los años, por el carnaval, unas sátiras que denominaban *de rebus quæ gerentur*, y que consistian en ciertas agudezas sobre las intrigas y las aventuras acaecidas en las ciudades, y en ellas hacian mucho uso de estas alusiones equívocas.» El geroglífico fué en efecto muy cultivado y con mucho éxito en Picardia; pero nos hallamos muy lejos de creer que deba á unos folletos su calificacion.

En aquella época llegó á ser estremada la manía por los geroglíficos en las muestras de las tiendas, de las posadas, de las hosterías; en los libros de todo género se veian pulu-

lar los geroglíficos mas ó menos ingeniosos, mas ó menos adecuados y espresivos.

El capítulo 24 del libro II de la novela de Rabalais versa todo él sobre un geroglífico. Una señora á quien Pantagruel habia engañado le envia un anillo en cuyo interior iban grabadas estas palabras hebreas: *lamah hazabathani* (¿por qué me has dejado?). En el haro de la sortija se ostentaba un diamante falso. Esto lo interpreta Panurge de la siguiente manera: «Dí, amante falso, ¿por qué me has dejado?»

Etienne Tabouret, señor de Accords, procurador del rey en el bailiage de Dijon, consagró á los geroglíficos un largo capítulo de su libro *de Bigarrures et touches du seigneur des Accords*, impreso en Rouen en 1640, con *les Apophthegmes* de Gaulare, y *les Escraignes Dijonnaises*. Define los geroglíficos *los equívocos de la pintura á la palabra*, y dice. «Son de tal suerte inclinados los franceses á los rebus, que si hubiera quien se tomase el trabajo de reunir todos los que han ideado, resultaria cantidad suficiente de papel para cargar diez mulas.»

Los geroglíficos espresados por letras, ó sea las combinaciones de palabras, no estuvieron menos en boga en nuestros últimos pasados libros: no hay necesidad para persuadirse de esto de nada mas que de abrir las obras impresas en aquellas épocas, con especialidad en las escritas en verso.

Despues fueron sustituidos sucesivamente con otros caprichos y sutilezas de ingenio, entronizadas por la moda; la misma que nos los devuelve ahora otra vez, apresurándonos nosotros á saludarla con mil *plácemes y bien venidas*, siquiera no vaya mas interés en ello que el mayor recreo de nuestros suscritores, y la no escasa amenidad que presta á las columnas de nuestro periódico.

Coste que han tenido algunos edificios de la Habana.

	Pesos.	Rs.	Ms
Pescadería	34,031	6	17
Mercado (plaza) de Cristina	115,521	»	17
Idem (idem) del Cristo	67,876	3	»
Carnecería ó plaza de Tacon	47,780	6	»
Real Cárcel, ó sea primer piso	480,640	4	»
Cuartel de Inf., sobre la cárcel ó 2.° piso	350,000	»	»
Palacio de Gobierno	102,534	4	»
Paseo de Tacon	379,237	1	»
Casa-Recreo del cap. general gobernador.	25,062	7	17
Muelle de Madera	20,000	»	»
Campo Militar	181,053	4	»
Cuartel de presidiarios	132,881	5	»
Puerta de Monserrate	100,000	»	»
Teatro de Tacon	200,000	»	»

PESO DE LAS CAMPANAS MAS NOTABLES DE EUROPA.

	Libras.
La de la Catedral de Lóndres.	84.000
La de Oxford	17,020
La de San Pedro en Roma	18,607
La de Ruan	43,000
La de Moscow	160,000
La de Sevilla	20,000
La de Toledo	30,000

FACILIDAD COMPARATIVA DE LA DIGESTION.

El tiempo que necesita una persona saludable para digerir el arroz cocido, es una hora: los garbanzos dos y cuarenta y cinco minutos: la yucá, dos horas; el pan seco, dos horas; el pan fresco, tres horas; la col cocida, cuatro horas: las ostras, dos horas y media; el salmon, cuatro horas; las chuletas de venado, hora y media; las de carnero, tres horas; las de vaca ó ternera, tres horas; el puerco asado, cinco horas y cuarto; el huevo crudo, dos horas; el huevo cocido, ocho horas; y el huevo cocido duro, tres horas y media.

ANTÍDOTO PARA EL VENENO.

Uno de los remedios mas sencillos, prontos y eficaces para contener los efectos del veneno, es tomar, inmediatamente que se sienten los primeros síntomas, la infusion de la cantidad de mostaza hecha que puede contener una cucharilla de café, en un vaso de agua caliente. Segun dicen, obra como un emético instántaneo y suspende la operacion destructora de la sustancia venenosa.

MADERA QUE PRODUCE LA ISLA DE CUBA.

Acana, Quiebra-Macha, Hierro, Roble de diferentes especies, Sabicú, Júcaro, Chicharron y Yagruma, Cuajarí, Ayuda, Baina, Guajarí, Bigueta peluda y de naranjo, Yaití Jaimiquí, Jequé, Yanguají, Almendro, Almendrillo, Tenque, Arabo, Vijaguara, Frijolillo, Yaba, Pito, Yocuma, Ocujo, Moruso, Ceiba, Ramon, Mamey colorado, Brasilete, Guairaje.

Todas estas maderas sirven para la construccion de cosas fuertes, usando para estacadas en el agua, la Quiebrahacha y Hierro.

Para las cosas de adorno el Cédro, Caoba, Ebano de distintas especies: Granadillo, Carne de doncella y otras muchas.

GEROGLIFICO.



LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un año 36.-Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Poupart, Villa, Baili Bailliere y la Publicidad, litografías de Pelegrini y de San Felipe Neri.
PROVINCIAS. Tres meses 12. Seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.

Oficinas y estab. tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, a cargo de D. G. Alhambra.



EL CID.

ARTICULO CRÍTICO.

«En Burgos nació el valor
Gloria y amparo de España;
Que es costumbre en la cabeza
Poner la insignia mas alta:
Aquel que victorias suyas
De eterna memoria estampan
En los dos polos su nombre,
Y el cielo da gloria al alma:
De quien españoles reyes
Tienen de su sangre tanta,
Que si duermen, los despierta
A la guerra y las hazañas:
El que á los hijos de Agar
Destruyeron sus espadas (1),
Y á siete reyes venció,
Despues de muerto, en batalla:
El valeroso y leal
A su señor y á su patria,
Que hizo famosa á Hesperia
Y á las estrellas la ensalza:
A quien prudentes varones
Ponen por solo en las armas,
Y por sus grandes proezas
Príncipe de ellas le llaman,
Y moros sus enemigos
Por escelencia llamaban:
El invencible Rodrigo
Y señor de la campaña.»

Romancero del Cid, reimpreso por D. Agustin Duran en su coleccion de romances.

La idea que dan del Cid estos versos, no muy correctos á la verdad, pero en cambio llenos de brio, es la que ha tenido y tiene todavía el pueblo español acerca de aquel insigne caudillo.

«Seguramente ha existido en Castilla un guerrero ilustre, que descolló sobre todos los demas de su tiempo, y llegó á alzarse á la altura de los reyes: seguramente este guerrero emprendió grandes hechos, llevó á cabo dificultosos empeños, acaudilló con fortuna á nuestros soldados, obtuvo sobre los moros señaladas victorias, y afectó profundamente la imaginacion de sus contemporáneos. Pero seguramente tambien..... sobre los hechos verdaderos de aquel personaje aglomeraron la admiracion y el afecto popular todos los que le parecieron á propósito para la gran apoteosis de su favorito: le dotaron de todas las cualidades que entonces se admiraban y aplaudian, y le atribuyeron todas las hazañas que creyeron propias á engrandecerle y sublimarle.» Don Pedro José Pidal, artículo acerca del Cid, impreso en la Revista de Madrid, segunda série, tom. III, pág. 309.

Esta es la opinion de los mas autorizados y juiciosos historiadores y críticos de dos siglos á esta parte al tratar de Rodrigo Diaz.

«No tenemos del famoso Cid ni una sola noticia que sea segura ó fundada, ó merezca lugar en las memorias de nuestra nacion. Algunas cosas dije de él en mi historia de la España árabe, porque en los puntos generalmente bien recibidos por nuestros mas respetables historiadores, no me atreví entonces á separarme de todos, á pesar de mis muchas dudas; pero habiendo ahora examinado la materia prolijamente, juzgo deberme retractar aun de lo poco que dije, y confesar con la debida ingenuidad, que de Rodrigo Diaz el Campeador (pues hubo otros castellanos con el mismo nombre y apellido), ***nada absolutamente sabemos con probabilidad, ni aun su mismo ser ó existencia.***» Historia crítica de España, tomo XX. pág. 370.

Esta es la opinion del abate D. Juan Francisco de Masdeu y la de algun otro crítico nacional y estranjero.

¿Cuáles son los fundamentos y el origen de tres tan distintas opiniones? ¿Cuál es la mas racional y probable de ellas? Permítasenos una tentativa con el objeto de averiguarlo.

El personaje, verdadero ó falso, de *el Cid* floreció ó se supone haber florecido en el siglo undécimo: fijan unos su nacimiento en el año de 1026; afirman otros que no debió nacer hasta casi mediado el siglo: en cuanto á su muerte se conviene por lo general en que ocurriria por los años de 1099. Ahora bien: ¿qué noticias, ¿qué memorias, qué documentos históricos tenemos de aquella

(1) Eran en efecto dos, *Colada* y *Tizona*.

época? ¿Qué dicen del Cid? ¿Qué es lo que dá lugar á la duda? Para responder á la primera pregunta, necesitamos subir muy arriba.

Invadida España por los romanos, Roma naturalizó en España su cultura: invadida despues por las naciones del Norte, los godos destruyeron la obra de los romanos, y á la cultura sucedió la rudeza: invadida finalmente la península por los sarracenos, aquella dureza que se habia con el transcurso del tiempo convertido ya en cultura, digámoslo así, de inferior escala, fué tambien destruida á su vez, y de la ruina de los conquistadores estranjeros, del sepulcro de los romanos y de los godos renacieron los españoles. Fugitivos, refugiados en un estrecho ángulo de la península cuantos rehusaron doblar la rodilla ante las triunfantes banderas de los últimos invasores, abrióse una lid desigual, trabajosa y larga que al cabo de siglos y siglos habia de terminar con la espulsion completa de la raza advenediza y usurpadora. En tal situacion, la guerra fué el deber único y la obligada tarea de los españoles: para pelear nacia el caballero, para servir de atalaya el pastor, para construir fortalezas el alarife, para labrar armas el artesano: las letras, como no servian para pelear, yacian y debieron justamente yacer en total abandono. Un rey valiente ensanchaba los lindes de sus cortos dominios: un monarca débil ó poco feliz perdia lo adelantado por su antecesor: hoy los cristianos penetraban en una correría au-



daz hasta el corazon del imperio árabe: mañana el árabe caia sobre los dominios cristianos y saqueaba la pobre capital del pobre reino de Asturias, Leon ó Castilla. Hasta que la reconquista no llegó á estenderse á las orillas del Tajo; hasta que Toledo no volvió á ser la morada de los reyes cristianos, los españoles no pudieron ni acordarse siquiera de la literatura: solo el clero conservó como siempre alguna luz, algun leve resto del saber antiguo: á él debemos las pocas memorias que nos quedan de aquel tiempo tan borrascoso, las cuales con ser pocas, breves y mal escritas, fueron obra sin embargo de los varones mas eminentes en saber de aquella época, los monges y los obispos. No hay que buscar allí pormenores interesantes de los hechos, ni rasgos característicos de las personas, ni indagacion de las causas, ni declaracion de los efectos: los cronicones son por lo comun unos ligerisimos apuntes, reducidos á espresar que tal rey ocupó el trono en tal año, que dió dos ó tres batallas, que venció ó fué vencido, y descansó en paz, sucediéndole fulano: suélese especificar que fundó tal ó tal iglesia ó convento; y en cambio se suele omitir donde nació el fundador, de qué edad falleció, y quiénes fueron su mujer y sus hijos: del que no fué rey, prelado ó martir de la fé, no se escribia por lo regular ni una palabra: de manera que de los siglos en que mas acontecimientos singulares debieron ocurrir en nuestro pais, la nacion no tiene una historia, la posteridad no sabe nada.

No se puede dudar que en medio de una lucha tan larga se verificarian á cada paso lances de interés grandísimo: sorpresas, cautiverios, rescates, alianzas y contiendas de particular á particular y de pueblo á pueblo, grandes hazañas y grandes crímenes; pero el silencio de los historiadores no nos ha permitido ni aun rastrearlos: distaban mucho aquellos hombres de imaginar que un dia se habia de dar importancia á cuanto les perteneciese, y nos habiamos de quejar de que no hubiesen fiado al papel los rasgos de valor, de astucia, y quizá de barbárie, que ellos presenciaban á cada momento, y por lo mismo no les causaban impresion alguna. Pero lo que para los obispos y monges no merecia que se le consagrase una linea de su desaliñado latin, para el pueblo, interesado mas de cerca y fácil siempre de conmover, merecia constantemente los honores

de ser cantado en el vulgar idioma. Cada hecho notable de armas, cada suceso que escitaba su entusiasmo, compasion ó cólera, ponia en movimiento su tosca lira y daba origen á una cancion ó un romance: los cronistas escribian historias sin hechos: los cantores populares celebraban, divulgaban y perpetuaban hechos que no componian historia. Asi pasaron unos y otros por una larga série de años de agitacion vivísima, de inseguridad general y aturdidor torbellino; y cuando reducidos ya los moros á mas estrecho espacio, pudieron al fin respirar los fieles y se preguntaron por la vida de sus mayores, solamente encontraron para satisfacer su curiosidad, cronicones que les decian muy poco, y cantares que les dirian quizá demasiado: siendo estos últimos muchos en número y de corta estension, como era preciso para poderse conservar en la memoria, se reducirian á pintar los hechos, sin indicar la época ni el lugar acaso: viciados mas ó menos sensiblemente por el paso de lengua en lengua, y por la opinion ó capricho particular de cada individuo que los aprendia, probablemente se contradecirian unos á otros, y resultaría de la comparacion de todos una confusion espantosa: los diplomas, privilegios, donaciones y demas documentos que pudieran servir para desenredar tan revuelta madeja, se hallaban en poder de corporaciones y particulares, que los guardaban como oro en paño, y no era fácil ni asequible el reconocerlos: por otra parte, una tarea de esta especie no era propia de un tiempo en que no se sospechaba la utilidad de la crítica. En tan infelices circunstancias fué cuando se emprendió la primera historia general que se publicó en romance, debida al ilustrado celo del inmortal ordenador de las Siete Partidas. El autor ó autores de aquella compilacion comprendieron que debian unir la tradicion á la crónica, para que de ambas resultase la historia; pero faltos de medios para coordinar los hechos tradicionales, los desparramaron á bulto por el campo histórico, y pocos por desgracia ocuparon el lugar conveniente. Pasaron siglos, descubriéronse monumentos de toda especie, comparólos la crítica, y al ver la crónica general plagada de inexactitudes, el voto de los mas la declaró por testigo incompetente en la causa de la verdad. En esta crónica ocupaba el Cid un lugar muy distinguido, y el descrédito del historiador atrajo en la opinion de muchos el desconcepto del héroe, perjudicándole igualmente el silencio de sus coetáneos y el testimonio de la posteridad.

Pero este silencio de los cronistas, quizá no fué tan absoluto como pudiera creerse: no hablan ciertamente del Cid los escritos de su tiempo que hoy subsisten; pero tal vez se ha perdido uno que probablemente haria mencion de tan señalado personaje. Demos cuenta, pues, de los historiadores de aquella época.

J. E. Hartzenbusch.

(Concluirá.)



Recuerdos de la armada invencible.

(Conclusion.)

Visto por el salvage el gran poder que contra él venia y que no tenia resistencia, determinó huir á las montañas, que es todo su remedio. Los españoles que con él estábamos ya teniamos nueva del mal que nos venia, y no sabiamos qué hacer y dónde nos guardar, y un domingo despues de misa nos apartó el señor Manglana, melena hasta los ojos, y ardiendo en cólera dijo que no podia esperar y que se determinaba á huir con todo su pueblo y ganados y familias; que asi mirásemos lo que queriamos hacer para salvar nuestras vidas: yo le respondí que se sosegase un poco, que presto le daríamos respuesta. Apartéme con los ocho españoles que conmigo estaban que eran buenos mozos, y dijeles que bien veian los trabajos pasados, el que nos venia, y que para no vernos en mas era mejor acabar de una vez honradamente; y pues teniamos buena ocasion, no la perdiésemos, pues de lo contrario no habia que aguardar mas que andar huyendo por montañas y bosques, desnudos, descalzos y con tan grandes frios como hacia; y pues el salvaje sentia tanto desamparar su castillo, alegremente nos metiésemos los nueve españoles que allí estábamos en él y le defendiésemos hasta morir, lo cual podíamos hacer muy bien aunque viniesen otros tantos enemigos como venian, porque el castillo es fortísimo y muy malo de ganar como no le batan con artillería, porque está fundado en un lago de agua muy profundo que tiene mas de una legua de ancho por algunas partes y de largo tres ó cuatro. Tiene desaguadero á la mar; y aunque se acreciente de aguas vivas, no pueden entrar en él, por lo cual no se puede ganar este castillo por agua, ni por la banda de la tierra que está mas cerca de él tampoco se le puede hacer daño, porque una legua alrededor de la villa, que es poblada en tierra firme, es pantano hasta los pechos, que aun la gente no puede venir á ella sino es por veredas. Bien determinado con mis compañeros, resolvimos decir todo esto al salvaje y que le

queríamos guardar el castillo y defenderle hasta morir. Que hiciese con mucha diligencia meter dentro bastimentos y armas para seis meses. Alegróse mucho el salvaje y no tardó en proveerlo todo con voluntad de los principales de su villa, que fueron contentos todos, y para asegurarse que no le haríamos falsedad nos hizo hacer juramento de que no desampararíamos su castillo, ni se daria al enemigo por ningun pacto ni conveniencia, aunque pereciésemos de hambre, ni se abririan las puertas para que entrase dentro ningun irlandés ni español ni otra persona hasta que el mismo señor tornase á él, como se cumpliria sin duda. Despues de bien preparado lo necesario, nos metimos en el castillo con los ornamentos y aderezos de la iglesia y algunas reliquias que habia, y metimos tres ó cuatro barcadas de piedra dentro y seis mosquetes y otros seis arcabuces y otras armas, y avisándonos el señor se retiró á la montaña, donde ya era ida su gente, y luego pasó la palabra por toda la tierra como el castillo de Manglana estaba puesto en defensa y en no darse al enemigo, porque lo guardaba un capitan español con otros españoles que dentro dél estaban. A toda la tierra pareció bien nuestro corage, y el enemigo se indignó mucho desto y vino sobre el castillo con todo su poder que eran cerca de 10,800 hombres y hizo alto á milla y media dél sin poderse acercar mas por el agua que habia de por medio, y desde allí nos ponia algunos miedos y ahorcó dos españoles y hacia otros daños para ponernos temor. Pidiónos muchas veces por un trompeta que le dejásemos el castillo y nos haria merced de la vida y nos daria paso para España. Nosotros le contestábamos que se llegase mas á la torre pues no le entendíamos, mostrando hacer poco caso de sus amenazas y palabras. Diez y siete dias nos tuvo cercados, y N. S. fué servido de ayudarnos y librarnos de aquel enemigo con grandes temporales y nieves que sobrevinieron; de tal suerte que le fué forzoso levantarse con su gente y caminar la vuelta de Dublin, donde tenia su asiento y presidios, y desde allí nos envió á amenazar que nos guardásemos de sus manos, que él daria la vuelta en buen tiempo por aquella tierra. Respondíle muy á mi gusto que le esperábamos para recibirle con toda la solemnidad que su persona merecia. El señor del castillo, luego que tuvo aviso que el inglés era retirado, se volvió á su villa y se aquietó y sosegó por entonces, haciéndonos mucho regalo y confirmándonos muy de veras por sus leales amigos, ofreciéndonos cuanto era suyo para que nos sirviésemos dello y los principales de sus tierras lo mismo. A mí me daba una hermana suya para que me casase con ella; yo se lo agradecí mucho y le dije que me contentaba con que me diese una guia que me guiase á sitio donde hallase embarcacion para Escocia. No me queria dar licencia á mí ni á ningun español de los que allí estábamos, diciendo que con nosotros estaban seguros los caminos y toda su tierra. No me parecia á mi bien tanta amistad, y así me determiné secretamente con cuatro de los soldados que estaban en mi compañía de irnos una mañana dos horas antes que amaneciese porque no nos saliesen al camino y tambien porque el dia antes me habia dicho un muchacho de Manglana que su padre habia dicho que no me habia de dejar ir de su castillo hasta que el rey de España enviase á aquella tierra soldados, y que me queria hacer poner en prision porque no me fuese. Con esta nueva me arreglé lo mejor que pude y tomé el camino con los cuatro soldados una mañana diez dias despues de Navidad el año de 1588, y fuimos caminando por montañas y partes despobladas con harto trabajo como Dios lo sabe, y al cabo de veinte dias vinimos á parar á unas tierras donde se perdió D. Alonso de Leiva y el conde de Paredes y don Tomás de Granvela y otros muchos caballeros que seria menester una mano de papel para dar cuenta de ellos, y allí anduve por las chozas de algunos salvajes que me contaron lástimas grandes de las gentes nuestras que allí se ahogaron y mostraban muchas preseas y cosas ricas de ellos, de lo que yo recibia grande pena, y mayor fué esta cuando ví que no me podia embarcar para ir al reino de Escocia; hasta que un dia me dieron noticia de una tierra de un salvaje que se llamaba el príncipe de Ocan, en la cual habia unas druas que estaban de camino para Escocia, y caminé para allá arrastrando, que no podia menearme por las heridas de las piernas; y como me iba la salvacion, hice la mayor diligencia para andar; pero por presto que llegué ya habia dos dias que eran partidas las charrugas, cosa que fué para mi de grandísima tristeza porque estaba en muy ruin tierra de enemigos, porque habia muchos ingleses alojados cerca deste puerto y cada dia venian á estar con el Ocan. A este tiempo me cargó gran dolor en las piernas, de suerte que en ninguna manera habia forma de poderme sostener sobre ellas, y avisáronme que me guardase, que habia muchos ingleses allí y me harian grande mal si me cogian, especialmente si sabian quién era. Yo no sabia qué me hacer, porque ya me habian dejado los soldados que venian conmigo y se habian ido á otro puerto mas adelante á buscar embarcacion. Como me vieron solo y enfermo, unas mugeres se dolieron de mí y me llevaron á unas casillas que tenian en la montaña y allí me tuvieron mas de mes y medio muy guardado y me curaron, de suerte que se me cerraron las heridas, y yo me vi en buena disposicion para venir al Casar del Ocan y hablarle, mas no me quiso oir ni ver porque decian que habian dado la palabra al gran gobernador de la reina, de no tener en su tierra ningun español, ni dejarle andar en ella. En esto, los ingleses que estaban alojados, habian caminado para entrar en una tierra y tomarla y habia ido con ellos el Ocan y toda su gente de guerra, de suerte que se podia andar libremente en la villa que toda era de paja, y allí habia unas mozas muy hermosas con las cuales yo tenia mucha amistad y entrábanme en sus casas algunos ratos á conversacion y parlar. Pero esto duró poco porque estando una tarde muy de holganza en casa de una de aquellas buenas mozas, entraron dos mancebos ingleses, que el uno era sargento y tenia noticia de mí por el nombre, mas no me habia visto, y como se hubieron sentado, me preguntaron si yo era español y qué hacia allí, yo les dige que sí y que era de los soldados de don Alonso Luzon, que se habian rendido los dias pasados á ellos y que por estar malo de las piernas, no me habia podido ir de aquella tierra, y que allí estaba para servirles y hacer lo que me quisieran mandar. Digéronme que los esperase un poco, que me habia de ir con ellos á la villa de Dublin donde habia muchos españoles principales en prision. Yo dige que no podia caminar ni ir con ellos: enviaron á buscar un caballo para llevarme y yo les dige que era muy contento de hacer su gusto é ir con ellos. Con estas promesas se apaciguaron y empezaron á retozar con las mozas. Su madre de ellas me hizo señas que me saliese por la puerta; yo lo hice con mucha presteza y fui saltando barrancos y me metí por unos zarzales muy espesos y anduve por ellos hasta perder de vista el castillo de Ocan, y seguí el camino hasta que queria anochecer, que me hallé á la orilla de una laguna muy grande, y vi andar ganado de vacas á las cuales me fui acercando para ver si habia alguna persona que me digese donde estaba, cuando veo venir dos mozos salvages que venian á recoger sus vacas y llevarlas á lo alto de la montaña donde estaban recogidos ellos y sus padres con temor de los ingleses. Me estuve con ellos dos dias y me hicieron hasta cortesía, y fué necesario ir el uno de estos mozos á la villa del príncipe Ocan, á ver qué nuevas ó qué rumor habia, y vió allí los dos ingleses que andaban rabiando en mi busca, que ya les habian dado noticia de mí, y no pasaba persona á quien no preguntaban si me habian visto. El mozo fué tan buen hombre que en sabiendo esto, se volvió para su choza y me avisó de lo que pasaba, de suerte, que me fué forzado salir de allí muy de mañana y caminar en busca de un obispo que estaba siete leguas de allí en un castillo donde le tenian ahuyentado y retirado los ingleses, el cual obispo era muy buen cristiano: andaba en hábito de salvage por ser encubierto, y juro á V. E. que no pude tener las lágrimas cuando llegué á él á besarle la mano. Tenia 12 españoles consigo para hacerlos pasar á Escocia, y con mi venida se holgó mucho y mas cuando le digeron los soldados que yo era capitan.

Hízome 6 dias que estuve con él toda cortesía y pidió y mandó que viniese con todos sus aderezos una nave, en la cual nos embarcó dándonos provisiones para mucho tiempo. Llegamos á Escocia, y allí al poco tiempo fué Dios servido que apareciese nave española en la cual pasamos alegremente á este reino de Flandes, donde con ayuda de Dios pienso morir en su servicio y el de mi rey y señor. De la villa de Amberes á 4 de octubre de 1589 años.

Francisco Cuellar.



LA CASA DEL DUENDE

Y LAS ROSAS ENCANTADAS.

(Cuento.)

(Conclusion.)

TERCERA PARTE.

Pues, siguiendo en nuestro cuento, el negro no apareció. Pasó una hora y hasta dos pasaron esperando la niña y su amigo sin venir.

Llamábale con cariñosas razones, llorando; mas nadie contestaba sus quejas.—Fatigada y sin consuelo se retiró á su estancia, al quitarse el prendido vió sobre el marmol la rosa de Alejandría que habia recibido la noche de San Juan como por coronacion de las de oro y perlas. Aquel único recuerdo de un amigo tan fiel perdido por ingratitud, escitó mas su sensibilidad y comenzó á besar la flor con amorosos suspiros y entrecortados sollozos. Rompiendo el espejo apareció sobre el tocador el negrito: sus pasos eran tardos como los de un tullido por largo encadenamiento, su rostro enfermizo, sus ojos secos por el llanto.

—Ah! esclamó Isabel entre asustada y alegre.

—Al fin te acuerdas, Isabel mia, del pobre desterrado. Voy á morir, porque amas á otro, y á pesar de tan cruel porvenir te agradezco con toda mi alma que estés á mi lado antes de espirar!

Tu morir! Como? y por qué!... No eres el genio de la noche...

—¿No te he dicho que hay un misterio impenetrable en mi vida y en mi ser?... ¿No sabes que sola tú puedes romper el sello del libro de los arcanos?...

—Quiero purgar mi ingratitud con mis lágrimas, con mi sangre: no morirás, dime qué he de hacer...

—Renunciar á tu casamiento.

—¡Cómo!...

—Si: oyeme hasta el fin, angel mio. D. César no te ama, le seduce y arrastra tu hermosura, porque eres como el sol cuyos vivos resplandores no pueden resistir ojos humanos; y si pretende casarse contigo es amen de tu belleza, por los tesoros que tu padre prodiga y la esplendente riqueza que mostrais....

—El es rico...

—Lo fué: jugador, pendenciero, dado á mozas de vida libre derritió su patrimonio que pronto se llevarán con girones de su honra los usureros: te hará muy desgraciada si le amas, se precipitará en el crimen ó la deshonra si le aborreces. Te hablo con el corazon en la mano respecto del presente y veo tu porvenir tan claro como si en un espejo se retratase. Pluguiera al Cielo que D. César pudiera hacerte la mas dichosa de la tierra y yo moriria contento entre los mayores suplicios; pero....

—Tus pronósticos me aterran!... Mi pobre padre cifra su orgullo en tan ilustre yerno!... Y me parece que te ciegan los celillos infundados que abrigas, porque D. César de Toledo no es tan malo, por el contrario una Marquesa vieja, muy esperimentada, me decia ayer que los galanteadores y casqui-vanos son la mejor madera para maridos.

—¿Consientes en una prueba?.. Es terrible, mas puede traernos tanta felicidad! me salvarias la vida, el porvenir seria magnífico y conoceríamos la verdad de los sentimientos de tu amante.

—Dime tu plan.

—Imposible! no sabes que un horrible misterio me rodea, que no puedo tener comunicacion alguna con el mundo.

—Yo...

—Si, eres un angel... pero tal vez no podrias dejar de revelarlo: perdoname esta desconfianza ¿No tienes fé en mi?

—Consiento y espero vencerte.

—¡Cuántas amarguras te ha de costar esa esperanza!

—Es cruel esto de concederte permiso á ciegas....

El negrito no contestó, habia entrado la mañana sin que de ello se apercibiesen los jovenes y al colorear el primer rayo del sol la cuspide del Veleta desapareció el encantado por los abismos del espejo dejándolo sano otra vez, festoneado de flores aromáticas y frescas.

El dia que comenzaba debia terminarse con la boda de Isabel: suntuosos preparativos se habian hecho y la ciudad toda hablaba de aquella fiesta. Las galas, las alhajas de la novia superaban á todo encarecimiento y el menage de la casa, convertida en Palacio, se habia hecho doblemente magnífico.—La niña estaba triste y oia distraida á D. César que llevaba sobre sí, en galas, los ultimos restos de su crédito.

Llegó por fin el momento, retirose el novio para volver con los testigos, marcháronse los demas á prepararse para la ceremonia y quedaron solos Pero Antunez y su hija.

. . . .

Daban las campanadas de la oracion, cuando D. César de Toledo acompañado de sus amigos, subia por la cuesta de Gomeres y luego que pasó la tapia almenada fué á entrar en la casa de su amada, mas al dar el primer paso, como que receló y volviose para mirar la fachada—El portal no era de marmol, habia desaparecido la cancela y en su lugar cerraba el paso una desvencijada *puerta-de-en-medio:* no habia columnas en la portada, ni cornisamiento de estuco ni basamentos de marmol de Loja, ni rico balconage vizcaino, ni porteras de madera de Indias.—D. César y sus amigos se restregaron los ojos y dudaron hasta de su propia existencia: aquella era la casa que hace dos horas habian dejado convertida en magnífico palacio. No podia confundirse con otra porque ocupaba el ultimo trecho de la acera: del *bosque* la separaba la *Puerta de las Granadas* y de las de abajo el jardin almenado. Existia la casa, pero pobre, descenchada, casi ruinosa, como el Doctor Graciano se la dejó en herencia á los levantiscos.

Decidiéronse á entrar los caballeros, llamaron á tientas, porque ni farol habia donde antes brillaban lámparas venecianas, y les abrió desde la escalera, tirando de un cordelillo de esparto la misma Isabel.

Subieron y se hallaron aquellos señores en una sala de las dimensiones de la antigua; pero alhajada con unas sillas como las de los *cortijos*, con los asientos de anea. Los tapices flamencos, los cortinages de terciopelo y oro, las alfombras, los taburetes, los candelabros de plata megicana, los espejos colosales, las lámparas de agata, los retratos de Ticiano y las batallas de Juan de Toledo habian desaparecido de las paredes, dejándolas negruzcas por el hornillo del clérigo alquimista: hasta andaban paseándose la culebra y el gato montés, que desaparecieron en los tiempos de bonanza.

Pero Antunez estaba sentado con aire muy cazurro en el peldaño de la escalera que daba al observatorio, con su pañuelo de yerbas revuelto en la cabeza, sus zaragüelles de angeo, sus alpargatas, en su trage de levantisco para acabar pronto. Isabel igualmente en vez de matrimoniales galas, ostentaba el trage modesto que le criticaron las vecinas en la tarde de la víspera de san Juan: saya de paño verde, corpiño ribeteado de lo mismo, camisa festoneada de cabezon carmesí, gargantilla de azabache morisco, zapatos colorados y las trenzas tomadas con hilillo de plata.—Mas hermosa le pareció á algunos con aquel trage de villana.

Nadie se atrevia á desplegar los labios: D. César al fin terciando la espada y calándose el sombrero, de mal talante dijo:

—¿Qué burla es esta, y quien son úsares que tanto se parecen al señor Antunez y á su hija Isabel?

—No hay aquí burlas si no desgracias, señor D. César de Toledo, mandad á esos caballeros que se retiren y oidme por unos instantes, pues soy el mismo Pero Antunez de hace dos horas.

—A todos nos debeis la satisfaccion y ellos la han de escuchar, puesto que debian ser testigos de mi boda.

—Como gusteis. Y en breves palabas entrecortadas contó el levantisco su historia al novio: su llegada, la herencia, la adquisicion del cesto inagotable, y no la última entrevista de su hija con el negrito, por no haber llegado á su noticia. Refirióle como por ensalmo habian visto deshacerse en humo lo adquirido, y cambiarse hasta su trage; y lo que era mas grave, que el cestito de alambres de oro mate no parecia.—En fin señor D. César, vuestra merced es rico, Isabel nada ha perdido de su belleza, y por esta cualidad y las relevantes dotes de su alma, la amábais, con que celebremos de secreto el enlace...

—Como os ha embrutecido la pobreza, señor labriego, con donaire y discrecion, ¿creeis qué podré pagar mis deudas? Ademas la ilustre alcurnia de los Toledos, se habia de envilecer descendiendo hasta un pobre mendigo.—Esto contestó con muy insolente tono D. César que nada com-

prendia si no la pobreza real de su futura, con lo cual todo su amor se habia enfriado como bañado en agua de pozo.

—¿No la amábais con tanto encarecimiento? ¿no sabiais ya la humildad de su cuna?

—No puedo entender lo que aquí pasa, mas de cualquier modo os burlais de mí, y me alejo para no atropellar los fueros de esta miserable pocilga.

Los testigos dieron á reir furiosamente viendo el estúpido espanto del levantisco, y el novio amostazado tomó la escalera á paso apresurado.

Isabel estaba en el primer descanso, pálida, llorosa y los que antes tanto la respetaron, dirijiéronle mil bernardinas y galanteos tan poco galantes como deshonestos.

El hábito no hace al mongo, dice vuestro padre; tiene razon, y la bendicion no es esencial para el matrimonio.— La mula se ha vuelto respondona.— Qué lastima de cestillo!—Asi de villana podiais ser la mas hermosa de las queridas, y al decirla esto D. César se atrevió á estrecharle una mano y aun quiso besársela; Isabel le empujó con violencia y se retiró llorando á la cocina.

Al ver tal desengaño, comprendió la niña la verdad de las palabras del negrito, lo terrible de la prueba, su tristeza y amargura: entonces adivinó cuán verdadero era el cariño que le profesaba.

Pero Antunez quiso que saliesen de Granada en aquel punto y hora, porque ¿cómo resistir los sarcasmos de todos al verles en tan deplorable estado? Isabel antes queria hablar con su negrito.

En vano fué esperar, una y otra noche hasta tres, el negro no salió y corrieron inútilmente las lágrimas de la niña. Nuestros forasteros vendieron la casa, cuyo cambio era objeto de la curiosidad del pueblo, y con ella todos los escasos efectos del doctor Graciano y se marcharon de Granada hácia su tierra.—Vayan benditos de Dios, el padre y la hija, que mientras ellos caminan, ensartaré lo que hizo D. César.

CUARTA PARTE.

Contó á sus amigos lo acaecido como disculpa, y nadie creyó la relacion fantástica del hidalgo: recibian con estrepitoso coro de carcajadas su cuento, y le tomaban por desmemoriado ó venático.

Los acreedores, gente descortés é inconsiderada de suyo, vinieron de tropel sobre su persona aumentando con tal atentado sus turbaciones, y para mejor librar decidió partirse á Italia en busca de la fortuna militar, que otras veces le habia favorecido.

Embarcóse en Málaga en una nave genovesa que volvia cargada de lana, y con viento bonancible emprendió su derrotero hácia el teatro de la guerra; mas al segundo dia embraveciése el mar y corrieron borrasca furiosa viniendo á encontrarse al rayar el alba á la altura de las costas de Africa, y cercado el buque por dos galeotas de corsarios argelinos. Siendo imposible la fuga, inventaron los mercaderes rendirse á discrecion para evitar la horca; mas don César, con otros españoles no menos alentados, entendieron el cobarde propósito, se apoderaron del barco, de las escasas armas y municiones, y se prepararon á una desesperada defensa. Pelearon como buenos, y la presa fué solo los pedazos de la nave con D. César y cuatro de sus compañeros pasados de innumerables heridas.—Los genoveses murieron ahorcados de una entena: los hidalgos fueron curados con escrupulosidad esperando gran rescate.

Restablecióse en Argel el de Toledo, y un gobernador saliente llevóle con otros muchos esclavos de gallarda presencia y de familias nobles para regalarle al Gran Señor.— Nuestro hidalgo granadino perdió toda idea de libertad al verse en Constantinopla.

Le destinaron á los jardines del Serrallo que dan al Bósforo, y se hizo querer por su gracia y desembarazo del turco que le mandaba: no dormia con los demas mozos. Llevado de su tristeza, á las altas horas de la noche, tomaba una guitarra y entre los rosales al pié de los bosques de plátanos ó de palmeras, se sentaba á cantar romances en español ó en toscano, que él mismo componia alusivos á su negro porvenir, á sus amores pasados, á sus tristezas: su voz y sus cantares tenian esa melancolía dulcísima, voluptuosa de las canciones españolas, de las plegarias de un desterrado perdidas entre las ondas embalsamadas de la brisa de la noche.

Una vez creyó oir un suspiro que respondia á sus quejas, y otra una dulcísima barcarola veneciana que hacia concepto con las últimas coplas cantadas por él; acercóse á las altas paredes del Serrallo, y meciéndose en el viento, desde una celosia, cayó á sus pies el mas hermoso de los claveles que vieron los jardines orientales.

Desde entonces con las precauciones y sobresaltos de la esclavitud se estableció misteriosa correspondencia entre el ruiseñor aprisionado en las celosías doradas del haren y el cantor andaluz. Al cabo de algunos meses llegó la ocasion que siempre llega para el que la espera con todos sus sentidos, y recibió una ajorca de oro D. César en la cual con punzon de acero se habia escrito una carta larga en italiano correcto.

Vendió la pulsera el cautivo, y, siguiendo las instrucciones de su dama, en una noche sin luna, escaló el puente por donde las odaliscas, atravesando el jardin, pasaban á las galerías que dominan el mar; con su azadon de jardinero hizo saltar una persiana, atravesó aquel camino aéreo con pasos alentados, levantó el picaporte de la puerta, metiendo el puñal por la hendidura, buscó á tientas por el suelo de alabastro, y halló el ovillo de torzal verde que buscaba: con el ovillo se guió por el hilo, viniendo á dar á una puerta cuyas junturas despedian rayos vivísimos de luz; con el cordon de seda que le servia de conductor en aquel laberinto, abrió sus dos complicados picaportes, y ayudado de la punta doblada de un clavo, forzó la cerradura.

Al penetrar en la estancia quedó ciego con tanta luz y tan deslumbradora magnificencia; una jóven de diez y seis años, hermosa como una estátua antigua, y muy parecida á la Venus de Médicis, se adelantó con un cofrecillo bajo del brazo, y dijo resueltamente en toscano:

—*Andiamo.*

—¿*Il eunuco*?

—*È morto.*

Y enseñó á D. César la griega un tronco humano nadando en sangre y un puñal enrojecido y goteando, que ella ocultaba entre sus ricas vestiduras.

—*Andiamo*, contestó el de Toledo encogiéndose de hombros y sonriéndose con esa indiferencia propia de los hombres bizarros.

Escalaron la galería que daba al mar, y una barca chata de piratas griegos los llevó á uno de esos islotes del Archipiélago, cuyas entradas y abrigo solo conocen los naturales; de allí á tierra de Venecia, de donde partieron para España en una galera bien armada.

Elena trajo consigo en aquel cofrecillo un Potosí en alhajas: tenia diez y seis años; hermosura perfecta, y estaba loca de amor por su libertador.

Llegaron á Granada ambos amantes, mas de secreto, porque D. César meditaba un estraño proyecto: enteróse de que vivia en la memoria de todos su estraña aventura con Isabel, y preparó lo que verá el lector constante.

Compró la casa de Pero Antunez, antes del doctor Graciano, la reedificó y adornó tal como estaba en tiempo de la prosperidad de su prometida (para todo ello le bastó con vender una joya) á la griega, que era cristiana, como nacida en dominios venecianos, la hizo un trage igual al de Isabel cuando novia; atavióse él de la misma manera, y en la noche que hizo el año de su desventurado matrimonio *in fieri*, envió una cita misteriosa á todos los amigos que habian presenciado su negro desengaño.

Todo estaba á punto: la hora de anochecer se acercaba: ya ardian las arañas venecianas y las lámparas de agata, las escaleras alfombradas y con búcaros rebosando flores, el patio como una ascua de oro, la puerta del Cármen, vecina á la Cancela, adornada con un gran frontispicio de guirnaldas de flores y arcos de ramage. Multitud de curiosos se agrupaban á la puerta, y aun algunos penetraron hasta el patio devorando con ávidos ojos tanta opulencia ó examinando con molesta curiosidad todos los detalles.

Entre los que traspasaron la Cancela, aunque con estremada timidez, iba una jóven villana, limpia y pobremente vestida, hermosa, aunque tostada por el sol que lloraba desconsolada cada vez que reconocia un mueble, un cuadro ó un adorno: esta jóven era Isabel, seguiala con la vista desde afuera su padre, encorvado por la desgracia y la miseria.

La hija de Pero Antunez, aprovechando la confusion general, pues aun no habian llegado los señores, apenas

pasó la Cancela, tomó sobre la derecha mano, y se entró en el Cármen á hurtadillas.

Atravesó á paso ligero las primeras calles de arrayan, y tomando la pendiente fué á buscar los arriates húmedos de la umbría de las torres donde tanta felicidad habia encontrado otras veces, tantos juegos, alegrías tantas. No existia el prado cercado de mejoranas que ella con tanto cuidado cultivaba, los linderos estaban borrados y solo se veia en aquel arenal un lozano rosal silvestre, en cuyo centro se ostentaba gallarda una hermosísima rosa de cien hojas. La jóven no se atrevió á llamar al negrito, creyó, viendo la casa en el estado que ella la habia perdido, que otra mas dichosa y menos ingrata poseia el cestito del encantado y su cariño. Isabel en aquella soledad contentóse con llorar desconsoladamente: vió la flor, y sin atreverse á cogerla aspiró con deleite su perfume, y embriagada con él, besó voluptuosamente sus hojas de olan.

Súbita claridad iluminó la umbría: la jóven se encontró cubierta de las mismas galas que debia ponerse la noche de novia; pero con mayor riqueza y mas gruesa pedrería. Salió tambien el negrito, y la jóven le abrazó entusiasmada. Junto á su turgente seno el negro tomó las formas de un gallardo mozo, blanco como el ampo de la nieve, con porte y trage de príncipe guerrero. Quiso huir aterrada la hija de Pero Antunez, mas el desconocido la dijo con voz dulcísima.

—Soy el mismo, amada mia, y el ingrato es don César, que si yo no lo impidiera se casaria dentro de un minuto con una griega que ha traido de su cautiverio. Acabas de libertarme de los lazos de infames encantadores á costa de un año de trabajos, de fidelidad, de grandes sacrificios, de muchas turbaciones que ahora procuraré recompensarte con cuanta felicidad haya en el mundo y quepa en tu corazon. Vamos, que nos esperan en la boda.

Isabel admirada se dejó llevar de la mano, arrastrada como siempre por el encanto del misterio que rodeaba á su amante y á ella misma.

Don César de Toledo y la hermosa griega llegaron en tanto en dos magníficas carrozas seguidos del cortejo y de una turba de escuderos, pages y lacayos, y se instalaron en el estrado del salon principal. Dió á conocer á su futura esposa y la llevó á un espléndido gabinete para que cubriese su cabeza con una mantilla de malinas, por exigirlo así la ceremonia de los desposorios.

Durante este corto intervalo apareció en el salon, sin saberse cómo, un hermosísimo mancebo de veinte años, lujosamente vestido y que traia de la derecha mano á una dama que todos reconocieron al momento por su hermosura sin par; con ellos venia Pero Antunez. General fué la admiracion al ver allí á Isabel tan bella como hacia un año, en los mejores dias de su grandeza, acompañada de aquel forastero tan gallardo: este previno la curiosidad de todos tomando posesion del estrado y diciendo.

—Señores: don Cesar de Toledo inventó una historia por conveniencia propia el año pasado, con la cual quedó en mal lugar si no la honra, el renombre de esta dama á quien todos conocen. Vuelto de sus viages para darla una satisfaccion cumplida, ha querido que yo, el mas íntimo de sus amigos, os haga esta manifestacion y que puesto nos amamos, Isabel y yo celebremos nuestra boda en su propia casa, el propio dia y con algunos momentos de anticipacion. —Hacedme, pues, el honor de servirme de testigos.

Dichas estas palabras entró el cura que terminó brevemente el casamiento.

Apenas hubo salido, cuando aparecieron los otros novios; furiosas bocanadas de viento abrieron las ventanas rompiendo persianas y cristales, apagáronse las luces, bamboleáronse los cuadros y los tapices, cayeron á girones las ricas cortinas, chocáronse las puertas, los cuadros y las arañas con horrible estrépito y los concurrentes se lanzaron á la calle temiendo el fin del mundo.—Aquí parece que el relato acaba, pero dos palabras mas,

Don César fuese á la Alpujarra en compañía de su Elena y aseguran aquellos montañeses que ni borracho hablaba nunca de la desventura de sus desposorios, aunque solia figurarse despues de la comida que le perseguian duendes, vestiglos y fantasmas.

Isabel con su príncipe desencantado vivió rica, feliz y por muchos años.—Igual fortuna deseo al que leyere con paciencia este cuento. JOSE JIMENEZ SERRANO.

FIN.

ODA.

A LA SEÑORA DOÑA MARIA DOLORES DE LAIGLESIA, MI ESPOSA.

El Amanecer.

In sole posuit Tabernaculum suum et ipse tamquam sponsus procedens de thalamo suo.

PSALM. XVIII. VER. 6.

Ya entre nubes de nacar
Y arrebóles asoma,
Por el angel de Oriente
Conducida, la Aurora.
La precede lloviendo
Blandos lirios y rosas,
El lucero divino
Que renueva las horas.
Ella enhiesta la frente
Mas que el oro fogosa,
Y á los polos se lanzan
Pavoridas las sombras.
Nueva vida los hombres
Y los campos recobran;
Y ante el astro que anuncia,
Cuanto alienta, se postra.
Mas las bóvedas sacras
De los cielos se doran;
De los montes las cumbres
Nieve y púrpura adornan.
Los vapores que el suelo
Suelta en fáciles ondas,
En festones de plata
Por las faldas se posan.
Rompe el himno armonioso
De alborada la alondra,
Y su canto festivo,
Y su vuelo remonta.
Mas ¡el sol!... ¡oh portento!...
Ya las ansias se colman
Con que el orbe impaciente,
Cual á dueño le invoca.
Ya de luz breve punto
Que del piélago brota,
De esplendentes rubíes
Disco hirviente se torna.
Y el inmenso horizonte
Con sus rayos corona,
Y la luz en torrentes
A los mundos arroja.
¡Cómo brillan al punto
Con diamantes las rocas!
¡Cómo vibran estrellas
De su seno las ondas!
¡Cuál esplenden los rios,
Y en cristales recortan
De esmeraldas el lecho,
Que los valles les bordan!
Las colinas descuellan...
¡Cuál sus faldas y lomas
Con flexibles guirnaldas
Verdes pámpanos orlan!
Y ciudades y templos
Que enlustraron las sombras,
Mil agujas subuman,
Y la cruz enarbolan.
A los cielos en tanto
La veloz precursora
Ascendiendo, las flores
Baña en líquido aljófar.
Y entre globos lucientes
Abren tiernas sus hojas,
Y embalsaman las auras,
Y suspiran aromas.
Y prosigue el triunfo,
Y el encomio y la gloria,
Y en tumulto en suelo
Mil sonidos se tocan.

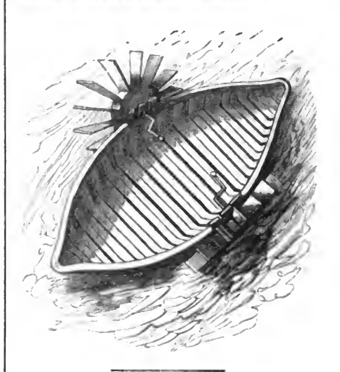
Trinan ledas las aves;
El redil abandonan
Los balantes corderos,
Tras las madres retozan.
Los zagales cantado
Al umbral de las chozas,
Van unciendo los bueyes
Que los cuellos encorvan.
Con mugidos el toro
La novilla enamora;
Juega el viento en las selvas
Y susurra en las hojas.
Y trasmiten las voces
De los ecos sonoras,
A la amada el romance
Que su pecho alboroza.
En el sol, ser inmenso,
Tu santuario colocas;
Y al fulgor que difunde
Mis sentidos se arroban.
Cual esposo él avanza
Desde el tálamo en pompa;
Y á su aspecto la tierra
Se entapiza de alfombras.
¿No la veis, cual las galas
Que la noche le roba,
Y las mieses descoge
Y esperanzas y pomas?
¿Cuál el suelo se agita,
Y á sus usos se torna,
Y al perenne ejercicio
Cómo el orbe se dobla?
Sigue el sol su carrera
Cual gigante, orgullosa;
Y aparece que el mundo
De la nada se arroja.
Mas el bronce sagrado,
Ya del dia revoca
El suspiro primero,
Para Dios que el sol forma.
Todo es paz y ventura;
Todo el cántico entona
Del Señor, que suspende
Sobre el éter su antorcha.
Deja el lecho, Dolores,
Ven, mi dulce paloma,
No defraudes á el alma
De magníficas horas.
Si en la holanda sumidos
Los magnates reposan;
Si en ultraje del dia,
Con las nieblas se gozan.
Tú, amor mio, abre el pecho
Do virtud siempre mora,
A las puras delicias
Que no enturbian zozobras.
Ven, y juntos gocemos
De la vista ostentosa,
Magestad y riqueza
Del Gran Ser en sus obras.
Las esencias aspira,
Sobre flores te postra,
Y ensalcemos unidos
Del Escelso las honras.

FRANCISCO DE LAIGLESIA Y DARRAC.

Barco con ruedas de paletas.

¿Qué orígen tiene ese aparato, al cual se ha aplicado con tanto éxito el vapor como fuerza motriz? ¿En qué época se imaginó por vez primera sustituir al movimiento alternativo del remo, la rotacion continua de las paletas fijas en un eje movible? La contestacion á estas preguntas es sumamente difícil. Hay razones para creer, que desde los primeros tiempos de la república romana, se conoció el uso de las ruedas de paletas para mover un barco.

La dificultad de emplear un número considerable de hombres, para imprimir al eje el movimiento de rotacion, ha debido limitar siempre mucho el uso de este sistema. La invencion de la máquina del vapor y la idea de aplicarle á la navegacion, debidas á nuestro compatriota Blasco de Garay, como es bien notorio, mal que les pese á Arago y otros estrangeros que han pretendido esta gloria para Dionisio Papin, podrian solo hacer adaptables las ruedas de paletas contando con un motor poderoso é infatigable.



Lo que es la suerte.

Las desgracias mas lamentables son aquellas de que no se puede culpar á nadie; así es que no se ha perdonado medio alguno para evitar semejante embarazo.—No con otro motivo se ha inventado *la suerte*, especie de poder enemigo y ruin, cuya ocupacion no es otra que la de atormentar nuestra vida, y que proporcione ese consuelo de maldecirla y de dirigir las invectivas á falta de otra cosa mejor.

MAXIMAS.

Ciceron ha dicho de los hombres quo son como los vinos; el tiempo agria los malos y convierte en mejores los buenos. Bien puede decirse que el infortunio produce en ellos los mismos efectos.

Agustin Carrachu, hermano del célebre pintor de igual nombre, habia pronunciado un gran discurso en elogio del admirable grupo de Laocoon; como todos estrañasen el que Anibal Carrachu nada dijese para alabar aquella obra maestra del siglo, cogió este un lapiz y dibujó el grupo en la pared con tanta exactitud como si lo hubiese tenido á la vista: «Los poetas, dijo entonces volviéndose hácia su hermano, pintan con la palabra y los pintores hablan con el pincel.»

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

La mitad de lo que se dice, es las mas veces lo inverso de lo que se siente.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26.

MADRID. Un mes 4 rs. seis 20. Un AÑO 36.-Librerias de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Poupart, Ville, Bailly Bailliere y la Publicidad, litografías de Pelegrini y de San Felipe Neri.
PROVINCIAS. Tres meses 12, Seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerias.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



EL CID.

ARTÍCULO CRÍTICO.

(Continuacion.)

Admitiendo la mas seguida y probable opinion de que el Cid nació hacia la mitad del siglo XI, hallaremos que ó vivia entonces muy viejo ya, ó murió por entonces el cronista Sampiro, obispo de Astorga. Su cronicon acaba en la muerte del rey D. Ramiro III, ocurrida á fines del siglo anterior. Del Cid, si alcanzó su nacimiento, nada hubiera podido decir, pues al fallecer el cronista, el futuro héroe estaria en la cuna.

El obispo D. Pelayo que ascendió á la silla de Oviedo en 1098, un año antes del fallecimiento del Cid, y adicionó la crónica de Sampiro, no solo con los reinados de Bermudo II, Alfonso V y Bermudo III, sino tambien con los de Fernando I, Sancho II, y Alfonso VI, coetáneos del adalid castellano, escribió la suya con tal brevedad, que para el glorioso é interesantísimo reinado del primer monarca de Castilla, emplea una sola página en cuarto; para el de su hijo Sancho, media; para el de Alfonso su sucesor, tres, destinando casi la mitad al elogio del rey y á la relacion de su muerte. En esta biografía y la precedente, no se lee otro nombre de caballero particular que el del traidor Vellido. Es claro que en el sistema de este cronista no entraba referir ni aun indicar las proezas del Cid.

Contemporáneo y poco posterior á D. Pelayo fué un cronista anónimo, que por haber sido religioso del convento de Santo Domingo de Silos, es de ordinario conocido por *el Silense*. En el cronicon que de él se conserva, declara que se propuso escribir la vida del rey D. Alfonso el VI; pero ó no llegó á escribirse tal vida, ó si se escribió no ha podido hallarse. Como materiales para ella y con el título de *linaje y principios de Alfonso VI*, se hallan tres páginas en su cronicon, despues de las cuales empieza á hablar de Vitiza y Rodrigo, de Pelayo y sus sucesores, saltando y volviendo atrás segun le parece. Nada dice del Cid ni de ningun magnate ó caballero de aquella época: en cambio nos conserva el nombre del caballo del infeliz Bermudo III. Es de creer que en la vida de Alfonso fuese ó hubiese sido menos conciso; pero de lo que no existe es inútil hablar. En resúmen, ningun cronista de los siglos XI y XII habla del Cid; pero á mediados de este último se compuso un poema épico para celebrar sus hazañas, el primero, á lo que se cree, que se escribió en castellano. Si el Cid no hubiera existido, el poeta no se hubiera atrevido á colocar al héroe de su fábula en una época tan cercana: todos los viejos hubieran podido decirle que en su juventud no habian conocido á tal hombre. Cuando se miente, se miente mas de lejos. La existencia del poema en el siglo XII es una prueba de la existencia del Cid.

En el siglo siguiente ya es otra cosa: en el siglo XIII no solamente se hace mencion del Cid en dos crónicas de reyes, sino que el Cid tiene ya su crónica particular latina, que por cierto ha permanecido ignorada hasta que en el siglo pasado la halló y publicó el padre fray Manuel Risco por apéndice á la obra titulada: *La Castilla y el mas famoso castellano*. Los dos cronistas régios son el arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jimenez y el obispo de Tuy D. Lucas, natural de Leon: el cronista del Cid es un desconocido. Gran distancia hay de lo que dicen los dos prelados á lo que dice el anónimo; pero no hay contradiccion entre aquellos y este, y natural era que se estendiese mas el segundo que los primeros. Como el abate Masdeu afirma, segun se ha visto en el párrafo inserto al principio del artículo actual, que se decidió á declarar fabuloso todo lo tocante al Cid precisamente por el exámen escrupuloso que habia hecho de la crónica publicada por el P. Risco, bueno será detenernos sobre el paaticular.

La idea dominante de Masdeu en su *Reprobacion crítica de la Historia leonesa del Cid* (que así tituló á la impertinente y virulenta disertacion inclusa en el tomo 20 de la historia de España, con el empeño de desacreditar la crónica latina publicada en 1792 por el P. Risco), la idea dominante y primordial, repetimos, del buen abate, diversas veces enunciada en el opúsculo citado, es que el Cid no fué un personaje real, sino un ente imaginario como D. Quijote. «Yo saco en limpio de todo esto», escribe en la página 311, tratando de la muerte de Rodrigo Diaz, «que el héroe castellano no murió, porque no vivió.» Si en efecto no existió el Cid, inútil es bajo el aspecto histórico entrar en el exámen de lo que acerca de él se haya escrito: podrán ser fábulas muy interesantes; pero serán fábulas siempre: importa, pues, demostrar la existencia del Cid; probado que existió, claro es que pudieron y debieron escribirse noticias acerca de su persona, ya fuese inmediatamente despues de su fallecimiento, ya algun tiempo despues. Los diplomas auténticos é instrumentos públicos de todo género han sido hasta ahora considerados como testimonios irrecusables en cuestiones de esta naturaleza: así, aunque

ninguno de los cronistas del siglo XI refiere que el rey don Sancho II fuese casado; como existe una escritura con el sello y nombre de la reina su esposa, forzoso ha sido admitir el enlace de aquel monarca; y el mismo D. Juan Francisco Masdeu, no pudiendo desentenderse de aquel documento, estampa en el tomo 12 de su historia crítica: «Dicen que (D. Sancho) estuvo casado con Alberta, señora estranjera.» Es verdad que añade en seguida «pero las historias mas antiguas no le dan hijos ni cuentan que tuviese mujer.» Se vé que admite como á regaña-dientes la tal noticia; pero á lo menos no la controvierte, ni disputa la validez del documento. Para mí nada tiene de estraño que un cronista de aquellos tiempos dejase de hacer mencion de una reina que estuvo muy poco tiempo casada y no dejó sucesion de su matrimonio: las historias de entonces no eran como las de ahora: entonces ni se sabia, ni se podia, ni se queria escribir la historia tal como nosotros la comprendemos. Ahora bien, acerca del Cid no solo tenemos un documento de esta especie, sino tres, y el uno de ellos no es nada menos que la carta de arras de su casamiento: los otros dos son la ereccion y dotacion de la catedral de Valencia. Masdeu las tres escrituras califica de fabulosas sin haberlas visto, y lo que es mas gracioso, sin decir nada sustancial en contra de la primera, que sin duda es la mas importante. Unicamente observa que segun la crónica castellana del Cid (la cual aunque anda separada, es sustancialmente la misma ó lo mismo que el conjunto de noticias del Cid que abraza la crónica general del rey D. Alfonso el Sabio), el Cid debia tener unos ochenta años cuando otorgó la carta de arras que se cita, además de que en ella la novia se llama Jimena, hija de Diego, duque de la tierra de los asturienses, y en las crónicas castellanas y en los romances, la esposa del Cid es Jimena Gomez, hija del conde D. Gomez de Gormaz. Decimos que esta observacion nada supone en boca de Masdeu, porque habiendo dado por fabuloso todo cuanto se ha escrito acerca del Cid, es evidente que no cree tales noticias, ó se contradice á sí mismo del modo mas grosero, dando fé á la crónica de D. Alonso el Sabio cuando no la dá á los cronicones del arzobispo D. Rodrigo y D. Lucas de Tuy, anteriores á aquella y mas inmediatos al Cid. Lógica como la que Masdeu emplea en su disertacion, no se ha visto nunca: para impugnar la crónica latina, se vale de la castellana formada sobre los romances; y para impugnar los romances y la crónica castellana, se vale de la latina y los documentos, guardando profundísimo silencio acerca de los puntos en que están acordes los documentos, la crónica anónima y los cronicones de D. Rodrigo y D. Lucas. En vez de decir Masdeu: «el Cid no ha existido; luego su carta de arras debe ser falsa,» debia haber examinado si este documento reunia todas las cualidades de legítimo; y persuadido de su autenticidad, hubiera debido decir: «el Cid se casó; luego el Cid ha existido.» En vez de alegar contra la escritura de arras del año 1074 diciendo que segun los romancistas, el Cid hubo de casarse en el año 1016, debió confesar que no existe documento de ese matrimonio, y sí del primero; por lo cual el del año 1074 es el que tiene las probabilidades de verdadero. Ese el deber del crítico: de dos hechos que se contradicen, deslindar el que debe creerse. La crítica de Masdeu lleva otro rumbo, y se pudiera formular en estos términos:—Yo no creo la existencia del Cid, porque los cronistas contemporáneos no le nombran.—Es que no se conservan todas las crónicas contemporáneas: falta la del monge de Silos.—Con eso no se prueba que el Cid existiese.—Los cronistas del siglo siguiente le nombran.—No merecen fé, no son de su tiempo.—Hay documentos contemporáneos. Son supuestos.—¿Por qué?—Porque lo digo yo sin haberlos examinado: porque yo creo que es fabulosa la existencia del Cid.—Empleando este raciocinio, Masdeu deberia reducir casi á la nada su historia, porque un buen número de los datos que en ella establece, se fundan en pruebas de igual naturaleza, y sin embargo él las admite. Diga, pues, Masdeu lo que quiera en este caso, la escritura de arras del Cid, es hasta ahora un documento fehaciente, porque nadie lo ha impugnado, ni aun el mismo Masdeu.

Las escrituras de la fundacion y dotacion de la catedral de Valencia descansan en el hecho de la conquista de aquella ciudad por manera, que si no hubo tal conquista, indudablemente aquellos documentos son falsos; y si el Cid, en efecto, se apoderó de aquella ciudad, nada importa que sean falsos ó verdaderos para probar la existencia del héroe. Valencia, como todo el mundo sabe, pertenecia á los moros entonces: los moros de España han tenido historiadores mas hábiles, detenidos y minuciosos que los nuestros: los moros abultan y engrandecen en ellas todos los acontecimientos que les son favorables, callando ó refiriendo muy de paso los que resultan en daño ó descrédito suyo: pues bien, los escritores moros copiados ó extractados por Conde en su Historia de la dominacion de los árabes en España, traen la conquista ú ocupacion de Valencia por el Cid, aunque desfigurada, refiriendo antes varios hechos del mismo. Este testimonio prueba mas que todas las escrituras y crónicas castellanas que pudieran citarse para establecer la existencia del Cid: el moro que se vió obligado á designarle por señor de Valencia, aunque llenándole de maldiciones, ya habria visto que no podia defraudarle de aquella gloria: estaba reservado al jesuita Masdeu el despojar á España de un héroe, y al héroe de la mas notable de sus hazañas. ¡Y Masdeu habia escrito una historia de los árabes sin dar con este hecho! A quererle tratar como él trató al P. Risco ¡buenas cosas se le podian decir por esta omision, ya atribuyéndosele á ignorancia, ya á malicia! Hubo pues, un hombre llamado Rodrigo ó Rui Diaz de Vivar, conocido por el sobrenombre de Cid campeador. De él tenemos documentos públicos: tenemos historiadores árabes que le mencionan, tenemos historiadores nacionales y anales extranjeros que le citan con elogio, y poetas que han cantado sus hazañas; tenemos su sepultura y su cuerpo, sus armas y otras prendas suyas; una creencia tradicional constante, una fé en su valor y virtudes profundamente arraigada en nuestros corazones; y esto no lo ha podido obtener nunca quien no haya sido, en el tiempo en que vivió, el mas brillante ornamento, el númen tutelar de su patria.

Un hombre que siendo meramente caballero particular, llegaba por su valor y talentos políticos á enseñorearse de una ciudad, que con sus pertenencias componia un reino aunque pequeño, forzosamente habia de llevarse tras sí la admiracion de sus compatriotas y aun la de todos sus correligionarios; forzosamente habia de merecer los honores de la historia, puesto que despues de la conquista de Toledo ya empezaban á respirar los cristianos, y podian dedicarse algo mas que antes á este género de ocupaciones. El códice latino encontrado por el P. Risco en el convento de S. Isidro de Leon, debió escribirse en el siglo XII, antes ó al mismo tiempo que el poema castellano del Cid: Masdeu, no solo dudó de la antigüedad del códice latino, sino casi hasta de su existencia. Parece que por los años de 1799 y 1800 estuvo en Leon Masdeu, y no pudo haber á las manos el códice de la *Historia leonesa*: no fué menester mas para que concibiese sospechas harto injuriosas á la buena fé de Risco. El códice que se hallaba fuera del archivo en 1800, volvió á él despues, y allí está ó por lo menos estaba en el año 1827, en que por disposicion de los señores D. José de la Cortina y D. Nicolás Mollinedo, traductores de la Historia de la literatura española de Bouterwek, se copió y grabó una muestra de sus caracteres. Si estos representan ó no suficiente antigüedad para suponer que el códice fuese escrito en el siglo XII, yo lo dejo al juicio de los inteligentes: si la letra es (como me parece por la muestra grabada) algo posterior, el códice no será original, sino copia. Masdeu juzga que el latin del cronicon es harto bueno para el siglo XII: á mí no me parece mejor que el latin de Sampiro, Pelayo y el Silense: un latin que huele á romance desde una legua. Y es el caso que Masdeu censura el lenguaje de la escritura por la cual fundó Rodrigo la catedral de Valencia, y dice que es desaliñado y estraño: de modo que tratándose del Cid, el estilo de la crónica por elegante, y el de la escritura por tosco, son para Masdeu indicios seguros de falsedad.

Seguirle paso á paso en cada una de las pueriles objeciones que hace á la historia leonesa, seria el cuento de nunca acabar: su sistema está reducido á decir: «esto es inverosimil, esto es absurdo, esto no va corriente con mi cronologia: Rodrigo es un fanfarron, un cobarde, un insolente, un infame, y Rodrigo, su mujer y sus hijos no han existido.» Uno de los sucesos que dá por fabulosos (verdad es que los dá todos), es la guerra entre el conde de Barcelona y el Cid, en la cual aquel fué vencido y preso: el crítico se funda en que de los condes que se nombran allí, el uno era niño todavía y el otro no era conde: y con este mo-

tivo escarnece á Risco y se espanta de sus tragaderas. No há muchos años que el eruditísimo D. Próspero Bofarull publicó la obra titulada: «Los condes de Barcelona vindicados,» en cuya obra, cuajada de documentos de autoridad indisputable, manifiesta el autor que entonces era conde de Barcelona D. Berenguel Ramon II, que peleó con el Cid repetidas veces y fué vencido y preso, hasta que por fin hicieron las paces. ¡Fiese V. en las esquisitas investigaciones del abate incrédulo! La historia leonesa publicada por Risco, concuerda pues, sustancialmente con las historias de los árabes, con los documentos ya citados, con los cronicones de D. Rodrigo y el Tudense, autor respetabilísimo, y con la historia documentada de los condes de Barcelona. La historia leonesa, pues, es fidedigna.

Mas no por eso se crea que debemos desechar por falsa alguna otra noticia que no trae la historia leonesa y se halla en los cronicones de Rodrigo Jimenez y Lucas de Tui. Ellos y el anónimo convienen en que Rodrigo Diaz descolló en tiempo de D. Sancho: el anónimo además espresa terminantemente que Rodrigo debió su educacion militar á aquel monarca: por consiguiente, todos los hechos que la crónica general de D. Alfonso el Sábio, y la castellana particular del Cid (que ya hemos dicho que es parte de aquella) le atribuyen á Rodrigo en tiempo de D. Fernando, padre de D. Sancho, no pudieron suceder entonces. Sin embargo, en estas mismas crónicas castellanas, apoyándose en los cronicones del arzobispo Jimenez y del Tudense, se dá minuciosa cuenta del famoso juramento que Rodrigo tomó al rey D. Alfonso el VI para que entrára á ocupar el reino de Castilla despues de la muerte de D. Sancho sobre Zamora. Este notable acontecimiento no se halla en la historia leonesa, razon que al P. Risco le pareció suficiente para tener por ficticio el lance, añadiendo que no era creible que el Cid ni ningun vasallo cometiese con su rey tan grave desafuero, mucho menos cuando consta que el rey casó poco despues con una prima suya á Rodrigo, lo cual manifiesta que mediaba entre los dos buena inteligencia. El P. Risco que en esta ocasion aceptó el sistema crítico de Masdeu, se equivocó lo mismo que él. En primer lugar, el anónimo autor de la historia leonesa, escribiendo como probablemente escribiría, en tiempo de Doña Urraca, hija de Alfonso VI, debió tener para callar este lance, las mismas razones que tuvieron el obispo D. Pelayo y el monje de Silos, que se expresan con una brevedad sospechosa. El primero, habiendo referido la muerte de D. Sancho á manos de Vellido, principia el reinado de Alfonso con estas palabras, literalmente traducidas: «oido lo cual, el rey Alfonso vino velozmente y tomó el reino de su hermano el rey Sancho y el suyo (propio) que habia perdido.» De qué manera tomó ó recibió *(accepit)* los dos reinos, no se precisa. El Silense, que como dijimos, escribió ó trató de escribir la historia de D. Alfonso, aun es mas breve: en los párrafos ó apuntes pertenecientes á este rey, no dice mas sino que salió de Toledo y fué á Zamora acompañado de guerreros, y allí trató en secreto con su hermana Doña Urraca y otros ilustrísimos varones el modo de asegurar la administracion del reino. Respecto á la toma de posesion de los de Leon y Castilla, ni una palabra. La explicacion de esta reticencia la hallamos en el cronicon de D. Lucas de Tui y en el de D. Rodrigo Jimenez, de los cuales el primero escribe lo siguiente: «Despues de esto, los nobles de Castilla y Pamplona, por no haber descendiente del rey á quien pudiesen tener por señor, acudiendo adonde estaba el rey Alfonso, le hicieron rey; pero poniendo por condicion que habia de jurar primero no haber tenido parte alguna en la muerte del rey Sancho su hermano. Y no habiendo quien se atreviese á tomar el juramento al rey, el susodicho Rodrigo Diaz, valiente guerrero, tomó al rey el juramento. Por lo cual siempre le miró con aversion el rey Alfonso.» Lo mismo dice el arzobispo Jimenez.—Claro es que si tanto se ofendió el rey Alfonso el VI, aunque sin razon, de aquella exigencia, los cronistas de su tiempo ó del reinado de su hija debieron callarla, puesto que callaban ó no circunstanciaban otras cosas mas interesantes. De manera que lo que se infiere de no mencionarse la jura en la historia leonesa, no es que no hubo tal jura, sino que el anónimo que la escribió vivia en tiempo en que no se debia consignar un hecho que tanto habia escitado el enojo del rey: esta omision es una señal de la antigüedad de la historia. Masdeu con la inexactitud que acostumbra en toda su pretensa reprobacion, afirma que esta relacion es claramente contraria al testimonio de los escritores mas antiguos. Masdeu soñaba ó mentia cuando estampaba esto. Los escritores mas antiguos son el obispo D. Pelayo y el monje Silense, y de ellos, como ya hemos visto, el uno ni siquiera habla de la toma de posesion de Alfonso, y el otro solamente dice que la tomó, que *recibió* el reino. Por haber prestado la jura ¿dejaba Alfonso de *tomar* ó recibir la corona? ¿Dónde está la contradiccion? *(Se concluirá.)*

J. E. HARTZENBUSCH.

Orígen, progresos y estincion de la Orden de Malta.

ARTICULO PRIMERO.

Tres Ordenes de caballeros se aventajaron á todas las demas fundadas en los lejanos climas de Oriente por los peregrinos europeos cuando las guerras y conquistas de la Tierra Santa: la del Santo Sepulcro, que fué la mas antigua, la de los Hospitalarios de San Juan Bautista, y la famosa de los Templarios. Pudiera añadirse á estas la de San Lázaro de Jerusalen, que tuvo por algun tiempo existencia independiente y gozó de grandes consideraciones, si no hubiese sido meramente una derivacion de la de los Hospitalarios. De esta, pues, trataremos en el presente artículo, prefiriéndola desde luego, en primer lugar, porque su historia en los tiempos primitivos puede servir, por decirlo así, de epítome á la de las restantes, y en segundo, por la reputacion y estabilidad en que se mantuvo, pues la del Santo Sepulcro quedó reducida á la nada al cabo de algun tiempo, en virtud de la bula de incorporacion espedida por Inocencio VIII, y los Templarios fenecieron tan trágica y ruidosamente como todos saben.

Afirman algunos que el orígen de los Hospitalarios coincide con la toma de Jerusalen por los cristianos el año 1099; otros con mas fundamento aseguran que antes de esta época hubo algunos comerciantes de Amalfi, ciudad de Nápoles, que mediante un tributo anual, obtuvieron permiso del califa de Egipto para fundar una hospedería en frente de la iglesia patriarcal del Santo Sepulcro, donde hallasen acogida los viajeros de su nacion que cada dia acudian en mayor número á visitar los lugares santos. De tan pequeños principios, como acaece ordinariamente, se levantó una institucion con el tiempo poderosísima; el modesto oratorio de rito latino, dedicado primeramente á la Vírgen María, y despues con mas ámplias dimensiones á Magdalena la penitente, se convirtió en un monasterio y hospital contiguos al célebre templo de Salomon, bajo la advocacion de San Juan Bautista; y acrecentándose por una parte el número de los que entraban en aquella congregacion, y por otra su importancia en vista de los benéficos auxilios que prestaban á todos los peregrinos del Occidente, adquirieron en breve tiempo grandes consideraciones y pingües patrimonios anejos á los legados y limosnas que se les hacian.

No es fácil sin embargo averiguar mas particularidades de su historia hasta la conquista de Jerusalen, ocurrida, como dejamos insinuado, el año 1099: solo se sabe positivamente que entonces, y aun antes de esta época, tenian los Hospitalarios por superior, con el título de administrador ó abad, á un tal Gerardo de Saint-Didier, natural de Picardía, el cual fué propiamente quien arregló la congregacion, dándole el nombre de su patrono San Juan Bautista. Godofredo de Bouillon, tronco de la efímera dinastía fundada en la ciudad Santa, y su hermano y sucesor Balduino I, contribuyeron mucho á sus progresos con la proteccion que le dispensaron; y algun tiempo despues, en el año 1113, confirmando la nueva institucion el pontífice Pascual II, dispuso que al fallecimiento del abad Gerardo y en lo sucesivo, únicamente los mismos Hospitalarios tuviesen el derecho de eleccion de superior, y al propio tiempo dictó los estatutos que debian observar, segun el carácter de congregacion religiosa que habian tomado. En efecto, los adoptaron los Hospitalarios, y habiendo muerto Gerardo en 1118, nombraron para que le sucediese á Raimundo de Puy, caballero del Delfinado, que fué quien primero se tituló gran maestre del Hospital de San Juan Hierosolimitano.

De allí á poco, el año 1120, aprobó el papa Calisto II los estatutos que acabamos de mencionar, é hizo tres divisiones de los individuos de la Orden. En la primera clase comprendió á los nobles con el nombre de caballeros de justicia; y como gente todos ellos dedicados á la profesion de las armas, entendian en la parte de hostilidades, ya concurriendo á los campos de batalla, ya protegiendo á los peregrinos contra las agresiones de los infieles. Los clérigos y sacerdotes, pertenecientes á la clase media, y destinados á desempeñar los deberes puramente eclesiásticos, formaban la division segunda; y por fin la tercera clase, que era la de los sirvientes, tenia á su cargo la asistencia y curacion de los peregrinos enfermos, y cuando era menester, acudian tambien á la guerra como los primeros. La regla de los nuevos caballeros era la misma que profesaban los religiosos de San Agustin; de sus estatutos particulares, de las dignidades de la Orden, fórmulas de recepcion de sus individuos y otros asuntos relativos al régimen interior de aquella, daremos mas adelante algunos pormenores.

Treinta años habian transcurrido escasamente desde la creacion formal de la misma, y ya su fama se habia propagado por toda Europa: los pontífices se apresuraban á confirmar sus estatutos y conceder nuevas gracias y privilegios; los reyes á dispensarle todo género de proteccion y auxilios; los príncipes y nobles del Occidente á enriquecerla con cuantiosos dones, pues, como dice nuestro historiador Mariana, «varones y mujeres á porfía, príncipes y particulares daban para este efecto pueblos, castillos y heredades.» Mucho contribuyeron indudablemente á su prosperidad y aplauso las hazañas de sus caballeros, las virtudes y heróica abnegacion de los propiamente llamados Hospitalarios; pero sobre todo debe atribuirse tan rápido engrandecimiento al prestigio universal de que gozaba ya el espíritu de asociacion religiosa, y al deseo que animaba á los cruzados de dejar en los nuevos paises establecimientos que asegurasen sus conquistas y la subsistencia de la fé católica. No fué en España donde menos parte cupo á los caballeros de San Juan de tan generoso desprendimiento, en prueba de lo cual bastará recordar el ejemplo del rey de Aragon don Alonso el Batallador, malamente reconocido por algunos como soberano de Castilla, el cual por su testamento otorgado el año 1131 en el asedio de Bayona de Francia, no teniendo sucesion, dejó todos sus estados á los Templarios, á los Hospitalarios, y á los que guardaban el Santo Sepulcro de Jerusalen, con ánimo de que los caballeros de estas Ordenes los repartiesen entre sí y poseyesen su soberanía: monstruosa aberracion de un juicio fascinado con mil supersticiones, como así lo conocieron los mismos interesados; abuso inconcebible de la potestad real, que cubria tan grande esceso con los laureles de cien victorias.



Templo de S. Juan en Malta.

Las Ordenes de Jerusalen corrieron en lo sucesivo la misma suerte que las armas de las cruzadas; y aunque para seguir los progresos de las primeras seria menester trazar ligeramente una reseña de las espediciones de las segundas, por no alargarnos demasiado, indicaremos aquí meramente lo que convenga á nuestro propósito. Saladino, visir en un principio del califa de Egipto, dueño mas adelante de este pais, de la Siria y otras provincias de aquellas regiones, acometió á los cristianos de Palestina, que faltos por una parte de los socorros de Occidente, desavenidos entre sí por otra, y amortiguado el fervor de los primeros tiempos, apenas pudieron oponerle una breve resistencia. A la completa derrota que en la batalla de Hittin esperimentaron, y al cautiverio de Guy de Lusiñan, último rey de Jerusalen, siguióse en 2 de octubre de 1187 la pérdida de esta ciudad en que tenian todos cifradas sus glorias y sus esperanzas. La mano del soberbio conquistador se estendió á otros muchos puntos ocupados por los europeos, y todos cayeron en su poder, unos dándole fácil entrada, otros puestos á fuego y sangre, por la misma temeridad de sus defensores.

Perdida Jerusalen, se refugiaron en Trípoli los caballeros de San Juan que pudieron librarse de la muerte, y allí se mantuvieron, hasta que ganada tres años despues la ciudad de San Juan de Acre, llamada en lo antiguo Tolemaida, fijaron en ella su residencia. Los cristianos encerrados en la nueva fortaleza, que podia llamarse, y realmente lo era, la capital de su dominio, formaban un conjunto poco uniforme, pues cada nacion ó pueblo tenia destinado su cuartel ó distrito, entre los cuales habia una diferencia tal, que estaban sometidos á diversas leyes y hasta se arreglaban por distintos pesos y medidas. Contábanse tantas jurisdicciones cuantos eran los estados de que existian allí súbditos y naturales; en una parte se hallaba la de los reyes de Jerusalen; en otra la de Nápoles y Sicilia, y lo mismo las del príncipe de Antioquía, el legado del papa, los condes de Trípoli y otros varios: la del gran maestre de los Hospitalarios ocupaba el décimo lugar en la escala de division, de la que sin duda provino la de las lenguas que despues veremos; y así como primitivamente se dió á conocer esta Orden con el nombre de San Juan de Jerusalen, así adoptó á la sazon el de San Juan de Acre, segun la llamó el rey de Castilla don Alonso el Sábio en la escritura de donacion del heredamiento de Alhadin que concedió á los caballeros de la misma.

De ella puede decirse que sin embargo de los contratiempos ocurridos, no esperimentó en sus progresos me-

noscabo alguno. Es verdad que se aminoró bastante el número de sus individuos, y por consiguiente su fuerza material en los últimos combates; pero en cambio adquirió mayores méritos para con los pueblos de la cristiandad que á porfía se propusieron acrecentar sus rentas y posesiones. Porque no solo los soberanos y señores de Italia y Francia, que parecian los mas interesados en aquellas empresas, sino los de Inglaterra y Alemania, y los españoles principalmente se apresuraron á aumentar el número de prioratos, bailías y encomiendas que en todos los mencionados reinos disfrutaban. De otra suerte no se comprenderia cómo en medio de la decadencia y descrédito, por decirlo así, que comenzaban á padecer los proyectos de los cruzados, solo aquella institucion pudo salvarse de la universal ruina, y cómo mientras mas ó menos aceleradamente se encaminaban á su fin otras fundadas sobre las mismas bases y con el propio objeto, únicamente la nuestra prometia largos años de prosperidad y vida.

Mantuviéronse en Acre los cristianos hasta 1291, en que hubieron de hacer frente á la invasion de un poderoso ejército de mamelucos, que acabando de enseñorearse de los reinos de Damasco y Alepo, pretendian lanzarlos de sus postreros atrincheramientos. En efecto, tardaron poco aquellas tribus orgullosas en conquistar la capital del condado de Trípoli y algunas otras poblaciones; la ciudad de Tiro se les rindió por capitulacion: pasó tambien á su poder el principado de Antioquia: ¿qué podian hacer los cristianos encerrados dentro de los muros de Acre? Meditado el caso, resolvieron seguir el partido mas prudente, solicitando una tregua que afortunadamente les concedieron; pero aun este recurso tenia tambien graves inconvenientes, porque ¿cómo sostenerse tan numerosa poblacion



Palacio de los grandes Maestres.

en una plaza aislada, y mucho menos sin esperanza de socorro y con escasos mantenimientos? Así fué que de allí á poco comenzando á apretar la necesidad, se vieron obligados á salir al campo, primero las gentes del papa, y tras ellos otros muchos que no querian sufrir los azares de un cerco largo y calamitoso.

De este pretesto se valieron los enemigos para decir que no permaneciendo los cristianos en la ciudad; la tregua era ilusoria, y por lo tanto forzoso el rompimiento. Vinose pues á las manos: los cristianos, viéndose en tan gran conflicto, se alejaron de Acre apresuradamente, y solo quedaron en la ciudad los caballeros Templarios y los de San Juan con unos doce mil hombres, la mayor parte heridos, y todos en la situacion mas desesperada. Los Templarios perdieron á su maestre, cuyo golpe acabó de desalentarlos; los de San Juan, superiores al peligro en que se veian, é insensibles al triste espectáculo que tenian delante, combatieron hasta el postrer momento con estraordinario brio; y cuando entrada la ciudad por asalto, no les quedó ya esperanza de defenderse, los unos murieron como valientes en lo mas enconado de la pelea, los otros se refugiaron á sus naves para tener nueva ocasion de entrar en lid con sus enemigos. Así eternizaron su nombre, mostrándose dignos de la preferencia con que se los miraba, dignos del título de caballeros, y últimos defensores del pendon de la Cruz en las playas abandonadas de la Siria.

Transcurrieron algunos años despues de la pérdida de Acre sin que la Orden tuviese residencia determinada; por el contrario sus galeras se mantuvieron en los mares de Egipto y Grecia, ya recorriendo sus costas, ya dando caza á las embarcaciones enemigas; y aunque este ejercicio era tan análogo al espíritu de la época, tan propio de unos guerrerros que aspiraban á ser el terror de los adversarios del nombre cristiano, llegaron á disgustarse al fin de aquella vida de piratas, y resolvieron acometer alguna empresa que les grangease mayor provecho y nombradía. Con este designio pusieron sus miras en la isla de Rodas, dependiente del imperio griego, y puesta como un antemural entre las costas de este y las de los estados turcos; su capital, que llevaba el mismo nombre, habia sido famosísima en otros tiempos por la escelente Academia de bellas letras y filosofía en que siguieron sus estudios Ciceron, César y otros hombres ilustres de la antigua Roma; al presente no ofrecia otro interés que su posicion geográfica, de la cual podian seguramente sacar algun partido sus poseedores.

La malograda defensa de Acre forma uno de los títulos mas gloriosos de aquella Orden; pero la conquista de Rodas añadió un nuevo triunfo á la historia de sus proezas. ¡Lástima que la verdad de aquel suceso la hayan adulterado algunos con fábulas inverosímiles! De este mal adolecen muchos de los anales de la antigüedad, y sobre todo los que tienen relacion con los maravillosos hechos de la caballería; que algunos por mas ensalzarlos los han colocado sobre la esfera de lo posible, creyendo que de este modo serian recibidos con mayor aplauso. Cuéntase en efecto que los caballeros de San Juan, ó por carecer de fuerzas bastantes para la empresa, ó por no debilitar las que tenian, idearon una estratagema parecida á la del caballo de Troya, y fué, que disfrazándose de pastores los principales de ellos, cubrieron con pieles de carnero á sus mejores soldados, y haciéndolos andar en cuatro piés, se acercaron á las puertas de la ciudad como si fuesen rebaños que habian de entrar en ella. Abiertas aquellas, se apoderaron de los principales puntos y dieron sobre los habitantes, que embargados con la sorpresa, se apresuraron á escapar por el lado de la marina; pero la escuadra de los caballeros prevenida por aquella parte, hizo en ellos terrible mortandad, y acabó de coronar la invencion con el resultado que apetecian. De esto cada cual presumirá lo que le parezca; lo cierto es que Rodas quedó por nuestros caballeros el año 1308 ó 9, aunque no faltan autores de mucho crédito que refieren esta conquista al año siguiente de 1310.

Con esto el nombre de Acre que habian tomado los antiguos Hospitalarios se mudó á la sazon en el de Rodas,

habiéndoles confirmado la posesion de la isla el pontífice Clemente V. Andrés Favin, hablando de esta Orden, refiere como cosa singular, y lo es efectivamente, el uso que despues de la época citada se introdujo en Francia: los nobles acusados de crímen capital eran desterrados á Rodas, donde acababan sus dias en defensa de la religion, peleando contra los infieles; y cita en apoyo de su asercion el ejemplo de un caballero llamado Antonio de Chabanes, sentenciado por el tribunal del parlamento de Paris en 1463 á la pérdida y confiscacion de todos sus bienes, y á destierro perpétuo en la ciudad de Rodas. La Orden se mantuvo en posesion de la isla por mas de doscientos años, en cuyo tiempo la mejoró estraordinariamente, dejando recuerdos de su pacífica soberanía que acaso conservarán todavía con aprecio sus habitantes, pues el baron de Tott en sus Memorias impresas en 1785, afirma que se guardaban en la capital muchas armaduras de los antiguos caballeros.



La Velette, gran Maestre de la Orden.

El engrandecimiento del imperio Otomano bajo el reinado de Selim I sugirió á su hijo Soliman, por sobrenombre el Grande, la idea de varias conquistas, y entre ellas la de Rodas, apetecible no menos por su situacion, que por el brillante estado en que la tenian los caballeros. A este fin aprestaron en 1523 un ejército de 200,000 combatientes, y una flota de 400 velas, y sin pérdida de tiempo estableció el sitio con resolucion de salir airoso ó perecer en la demanda. Los caballeros por su parte juraron venderle cara la victoria, pues careciendo de toda esperanza de auxilio, y reducidos por consiguiente á sus propias fuerzas, no podian hacer mas que prolongar la defensa cuanto les fuese dable. Era entonces gran maestre Felipe de Villiers de l'Isle Adam, animoso caballero, celoso defensor del honor de la Orden, y enemigo irreconciliable de los turcos: con su ejemplo y sus palabras alentó á los mas débiles, y exaltó el entusiasmo de los mas resueltos; de tal manera que mas de una vez llegó Soliman á desesperar enteramente del triunfo. Seis meses habian ya transcurrido desde que se comenzó el asedio; la obstinacion de los sitiadores se estrellaba contra el invencible esfuerzo de los sitiados; los unos proseguian la empresa con la esperanza del vencimiento; los otros apuraban su resistencia con la desesperacion de la desgracia, hasta que fatigados de luchar en vano, y viéndose expuestos á quebrantos mas sensibles aun que la misma muerte, determinaron capitular, y aceptadas sus proposiciones abandonaron la plaza el 25 de diciembre, saliendo con el honor de vencedores, y como dice el mencionado baron de Tott, dejando únicamente á los enemigos el campo de batalla.

La Orden se refugió por el pronto en Viterbo, ciudad de los estados pontificios, á invitacion de Clemente VII, y allí se mantuvo hasta 1530. En este año Cárlos V, que profesaba particular predileccion á tan distinguidos caballeros, les cedió las islas de Malta y Gozo, con la ciudad de Trípoli, en Africa, en virtud de un tratado concluido el 24 de marzo, pero bajo el concepto de feudo de los reyes de Sicilia, á quienes anualmente debia enviar la Orden un halcon como en señal y reconocimiento del dominio directo, obligándose ademas, siempre que quedase vacante el obispado de Malta, á presentar á los mismos soberanos tres individuos para que eligiesen el que habia de ocupar aquella silla. En el mismo tratado quedaba reconocido el derecho de reversion de la isla á la corona de Sicilia, si alguna vez trasladaba la Orden á otro punto su residencia. Desde esta fecha tomó la misma la denominacion de Malta que en la actualidad conserva; y si recientemente en Rodas y primero en Acre, habia sabido conquistar laureles inmarcesibles, nuevos y mas preciosos aun le estaban reservados en el último teatro de su gloria y de sus hazañas.

(Se continuará).

CAYETANO ROSELL.

GUAYMAS, EN EL GOLFO DE CALIFORNIAS.

Escribimos este artículo sin mas pretensiones que el orientar al emprendedor viajero, que impulsado por el vértigo que marea hoy las imaginaciones, con motivo de las grandes minas de oro descubiertas en Californias, se lance á arrostrar los peligros de un viaje largo, penoso y arriesgado, para crearse una posicion mas lisongera de la que ocupe en la actualidad. El dinero, ese talisman de la sociedad moderna, tras el cual vuelan con avidez presurosa los hombres, ha hecho emigrar á regiones desconocidas á una gran parte de los europeos. Tal vez alguno de estos vaya á parar á las costas de Sonora en que está situado el puerto de Guaymas, que sirve de escala para la navegacion de Californias, punto importante por su posicion topográfica, inmediata á los terrenos auríferos del nuevo Dorado, y por consiguiente no le será inútil adquirir de antemano algun conocimiento de él, que le sirva como de faro á su viaje de esplotacion minera.

Conócese con la denominacion de Departamento de Sonora el pais comprendido entre los departamentos de Sinalva, Durango y Chihuahua, las costas del golfo de Californias, y el rio Colorado, terminando hácia el norte por las innumerables tribus de indios bárbaros, hasta presente no conocidos (1). La mayor parte de este territorio es llano, hasta la sierra madre, de donde descienden muchos y caudalosos rios que le riegan y fertilizan, á escepcion de las costas del golfo, que son áridas. Es muy célebre el rio Colorado, que divide á Sonora de la alta California (2), porque sus arenas son una especie de corriente de oro que no se disputan los incultos moradores de sus márgenes. Sus montes abrigan fieras de todas clases, y forman selvas espesas de maderas esquisitas, como el ébano, palo hierro y otras estimadas en Europa.

En la costa occidental de este departamento, cuyo aspecto se presenta al viajero á manera de una inmensa mu-

(1) Estas tribus se subdividen en Copamaricopas, Pimas, Seris, Apaches, Papagos, Opatas, Yumas y otros muchos. Todos ellos son fracciones ó tribus de una sola raza.

(2) Se llaman *Californias* todo el pais que se estiende desde el cabo de San Lucas de la península de Californias, hasta el rio Colorado y el cabo de San Sebastian, que está en los 44 grados latitud norte, en que comienzan las posesiones inglesas llamadas *Nueva Albion*. Entre las costas de la California y la prolongacion de las costas occidentales de la república mejicana, se encuentra el gran golfo llamado de Californias ó mar de Cortés, por haberle descubierto Hernan Cortés en el año 1538. En la baja California se halla el puerto de la Paz: sirve de escala á los buques procedentes de Europa y Asia, y en su costa se pescan las perlas, que son de muy hermosa agua. La concha que produce la perla se halla principalmente en la bahía de Cerralvo y junto á las islas de Santa Cruz y de San José, en el golfo ó mar de Cortés. En la actualidad este ramo esta casi abandonado, y solo se hace algun pequeño comercio en Acapulco y Huatulco.

ralla de roca, perpendicular, de 600 á 1000 pies de elevacion, se halla oculto entre un número considerable de islas é islotes desnudos de todo verdor, el puerto de Guaymas, que es la puerta marítima de Sonora y el punto de confluencia de su riqueza, desde que el gobierno superior de Méjico lo declaró puerto franco al comercio de todas las naciones.

Está poblacion está edificada sobre un terreno escabroso, pedregoso, angosto y desigual, circundado de cerros, sin forma en sus calles, sin un rio que bañe sus inmediaciones, sin cosa alguna, en fin, que tenga apariencia de un pueblo culto. La vista se fatiga en vano buscando vegetacion y objetos que puedan deleitar los sentidos y el alma. Solo el incentivo poderoso de la plata y el oro pudo inducir á los hombres á reunirse en un punto tan opuesto al fomento de una poblacion. Su aspecto melancólico y árido producen en la imaginacion del navegante al acercarse á tierra una impresion desagradable. Sus alrededores forman la perspectiva de la desolacion.

Sin embargo, el puerto prospera de una manera sorprendente, y si continúa engrandeciéndose como lo ha hecho de algunos años á esta parte, quizás dentro de poco se aumente considerablemente su poblacion, como se aumenta su riqueza y su nombre. Quizás los pozos artesianos vayan á dar vida á esta poblacion que hoy dia no tiene otro aguadero que dos pequeñas norias, las cuales suelen en tiempos de calores agotarse.

El área de la poblacion es reducida; las casas están separadas en la circunferencia y sin uniformidad; sin embargo, lo principal que forma el centro es de regular aspecto, porque los edificios presentan buena vista, sobresaliendo entre ellos algunos por su bella construccion esterior á la europea y buenas comodidades interiores.

La plaza es espaciosa y decorada con muchas tiendas de géneros estrangeros que les dan un esterior agradable. Hay en ella algunos capitalistas dedicados al comercio, que han producido grandes beneficios al pais, aumentando los medios de produccion y circulacion. La poblacion en 1841 constaba de cincuenta á sesenta familias que formaban la parroquia de San Fernando de Guaymas, dependiente de la feligresía de San José de Guaymas, cuya poblacion es conocida con el nombre de Rancho: dista tres leguas del puerto que ha perdido en consideracion desde que aquel se abrió al comercio libre, si bien la principal causa es debida á la indolencia de sus moradores.

Por los años del 20 al 24 todavía era Guaymas un lugar desierto, y los vecinos del Pitic y otras villas del interior le creian inhabitable por la aridez de su terreno. Desde que el supremo gobierno le declaró puerto libre en 1824, mudó absolutamente de aspecto, pues naturales y estrangeros fijaron allí su residencia. La llegada de algunos buques que cambiaban sus efectos por pastas y oro en polvo, atrajo alguna gente de los departamentos de Chihuahua, y los jacales (1) aumentaron considerablemente, mezclándose entre ellos graciosos edificios á la europea. Puede decirse desde luego al ver la mezcla de tan diversas viviendas que la civilizacion está invadiendo aquellos paises, pero que los usos y costumbres detienen su poderoso influjo.

Sus cercanías son tambien áridas, lo que opone fuertes obstáculos al aumento de la poblacion, pues carecen de piedra y madera para la construccion de los edificios.

Los habitantes de Guaymas son de carácter alegre, hospitalarios y de sentimientos patrióticos y amigos de las luces. Las señoras tienen gracioso personal, maneras elegantes, y unen á la viveza interesante la dulzura mas cautivadora. Son aficionadas al baile y á la música. Se las considera apasionadas con esceso en sus relaciones amorosas, si bien no dejan de pagar el tributo á la inconstancia. Algunos las acusan de ser tan idólatras en el altar de Pluto como en el de Cupido. Nosotros diremos, solo de paso, que sus negros ojos, penetrantes é irresistibles, siempre en actividad, respiran pasion, que en ciertos momentos inspirados por la luz de sus rayos, las hemos creido las Huris prometidas por Mahoma á sus creyentes, no las hijas del Dios ambicioso y calculista.

En el pueblo reciben las gentes á sus amigos todas las noches en franca y amistosa tertulia. Los tertulianos entran á cualquiera hora solos ó acompañados, bailan ó se van sin la menor ceremonia, y recorren en la misma noche varias tertulias. Nada puede ser mas agradable que esta franca comunicacion de las gentes, de la que participan los forasteros, cuyo título les da bastante recomendacion. Cuando la dueña de la casa indica á alguno que la pone á su disposicion, equivale á decirle que puede entrar en ella á las horas que guste. Existen casas donde hay brillantes reuniones, y si bien es cierto que no suele haber en ellas tanta vida y movimiento como en las europeas, hállase grato contento y distraccion.

El carácter de la poblacion en general es indolente y perezoso, debido al ardor de la temperatura: con todo, las mugeres indígenas son inclinadas al trabajo, pues los ócios que les dejan sus poquísimos quehaceres domésticos, los emplean en teger costalillos y en labrar con mucho esmero cáscaras de cocos, que son de un trabajo minucioso y sorprendente, buscados por la mayor parte de los estrangeros como objetos de curiosidad.

La poblacion de Guaymas tiene ayuntamiento de segundo órden, que ejerce la jurisdiccion gubernativa y contenciosa en primera instancia; tres alcaldes de barrio para la administracion de la policía, que está abandonada, si bien no abundan vagabundos, como en las poblaciones centrales, sobre los que ejercen su jurisdiccion. Hay en el puerto aduana marítima y terrestre; un comandante de plaza con piquete para la guarnicion, aunque puede tenerse por indefenso el puerto, pues su fortificacion está deterioradísima. Todo su ajuar de guerra se reduce á tres ó cuatro cañones viejos sobre cureñas inutilizadas por el tiempo.

Tambien hay una cárcel pública, pero en estado que dá compasion y horror al mismo tiempo. Sus habitaciones son muy reducidas, inmundas é inseguras: los presos padecen en ellas todas las injurias de un calor mortífero y de una fetidez intolerable, viéndose compelidos á fugarse de ellas, volviendo á perpetrar crímenes con mayor audacia y encarnizamiento. Lo mismo sucede en todas las cárceles del departamento, y de esperar es que el gobierno fije en ello su consideracion, á fin de que cese la impunidad de los delitos y la humanidad no se resienta, estableciendo desde luego las mejoras que en este punto está reclamando la civilizacion del siglo.

Guaymas es generalmente cálido, haciéndose sentir terriblemente el ardor del sol desde mayo hasta octubre inclusive. En los seis meses restantes refrescan la atmósfera los vientos nortes, empezando desde noviembre y aumentándose en diciembre y enero hasta hacer sentir el frio. Son por lo tanto bastante fuertes, contínuos y oscuros en los cuatro primeros meses, y empezando á dulcificarse á fines de marzo y abril, en que son menos frecuentes y mas claros; sin embargo que en las veinticuatro primeras horas soplan con mas vehemencia, que es necesario asirse con ambas manos la capa y el sombrero, y hacer esfuerzos contra la corriente para andar por las calles. En el intermedio de los nortes reina un tiempo hermoso en que corre suavemente la brisa del dia y el terral de noche. Desde junio hasta noviembre dominan las brisas del Sur, que son en general calmosas, pero á veces soplan con mucha fuerza, acompañando las pequeñas turbonadas abundantes lluvias, truenos y relámpagos que duran pocas horas. Tambien en agosto, setiembre, y especialmente en octubre, raro es el año que no se esperimentan huracanes en el gollo, pero que no se estienden á Guaymas por los montes y cerros que abrigan el puerto; á lo mas suele sentirse la marea sorda que indica la tempestad que ha habido en mas baja latitud.

En prueba del escesivo calor que reina, baste decir que en algunos puntos, como en Guaymas y el Pitic (1), suele pasar el termómetro de Fakrenheit de cien grados. La atmósfera se queda entonces en una calma tan absoluta, que apenas puede ejercitarse la respiracion. El calor se hace insufrible por las noches hasta el estremo de no poderse dormir á puerta cerrada, y mucho menos sobre colchones. La mayor parte de las gentes tienden sus camas en campo raso sin necesidad de cubrirse. El mismo embarazo en la respiracion se esperimenta cuando soplan algunos aires calientes que provienen de los vapores inflamables que des-

(1) Casuca de indios, hecha la mayor parte de troncos de árboles y de sus ramas.

(1) Capital de Sonora á 600 leguas de Méjico y distante de Guaymas 38 leguas.

piden ciertos cerros áridos y desnudos. Semejantes aires sofocan y ocasionan calenturas y causan graves dolores de cabeza, especialmente á los estrangeros que no estan aclimatados. Hasta los mismos animales padecen terriblemente al influjo de calores tan sofocantes. En vano es, pues, apelar á todos los recursos posibles para mitigar el calor, y decimos recursos posibles, porque allí no se conocen las esteras mojadas ni las pancas de la China, ni los muros gruesos, ni los tapancos en las ventanas (celosías), ni la separacion de las casas para que las refresquen los vientos, ni ventaja alguna, en fin, de las que se obtienen por medios artificiales en otros paises calurosos: de modo que este clima ardiente es una mansion horrible para los europeos.

La fuerza vital de este temperamento y la posicion del pais sobre un inmenso litoral, ocasionan la prodigiosa multitud de insectos que tanto mortifican al paciente transeunte y á los mismos habitantes. Estos animaluchos incómodos manifiestan, no obstante su pequeñez, la activa disposicion de sus cinco sentidos, pues los ponen todos en movimiento para devorar cualquier especie de sustancia, animal y vegetal. Sin embargo, dichos insectos no son tan copiosos en Guaymas y el departamento, como en otros muchos parajes de la costa, cual San Blas, Mazatlan, etc. El que viaja especialmente á caballo, va rompiendo con el cuerpo una espesa columna de mosquitos que atacan tenazmente á los ojos.

Es preciso haber vivido en los paises en que abundan estos insectos para poderse formar una idea del atroz suplicio de sus picadas, que causan dolores agudísimos, irritan los nervios, inflaman la sangre y aun producen fiebre. San Blas es el punto mas infestado de ellos, donde se conocen tres clases, á saber: mosquitos, sancudos y gegenes, que andan á bandadas sobre las calles de su poblacion.

En Arispe (2) y algunos presidios del interior, es mas templada la temperatura y el frio se deja sentir á veces con vehemencia, á causa de su mayor altura de polo y de su terreno mas despejado. No obstante lo dicho, el clima es benigno, y la mortandad está lejos de ejercer su oficio como debiera bajo una latitud tan ardiente. Los que llegan á 60 años cumplen regularmente los 80, y por esta razon ha sido llamada siempre Sonora, el pais de la vejez.

A escepcion del mal venéreo, no está sujeto Guaymas ni el departamento á enfermedades endémicas. El sífilis es bastante comun, especialmente entre los indios, que por su lubricidad escesiva absorben la muerte en las fuentes de la reproduccion.

La medicina se halla en el departamento en el estado mas deplorable. Los médicos que aparecen eventualmente no pasan de charlatanes, los mas de ellos: boticas no se encuentran sino en el Pitic, Ures, Arispe. Así es que perecen los pobres sin los auxilios benéficos del arte, y los ricos se ponen en manos de viejas ó curanderos, que se abastecen de medicamentos en las tabernas ó tiendas de ropa, y los aplican sin mas discrecion que su capricho.

(Continuará).

VICENTE CALVO.

(2) Antigua capital de Sonora.

A LAS AGUAS DEL TAJO.

A donde beleidosas,
Aguas del Tajo, sin cesar rodando,
Correis tan presurosas,
¿Por otras vuestras márgenes dejando?
A donde, si un tesoro,
¿No habeis de hallar cual vuestro cauce de oro?

Ondas que divididas
Erais ayer arroyo venturoso,
Y hoy gemís confundidas,
¿Cual no huis de ese mas tempestuoso?
No os prestó alguna ciencia
¿La del perdido bien triste esperiencia?

Creereis que la ignorada
Margen florida por dó ayer corriais
Volverá á ser turbada
¿Por el grato rumor con que os moviais?
Creeis que á su alvedrío
¿Deja al rio el arroyo, al mar el rio?

No vísteis que corriendo,
De la suerte que ayer, cual hoy mañana,
Fuisteis obedeciendo
¿Una ley que os impele soberana?
Y que por tal comino
¿Llegareis á tocar cruel destino?

Al correr, de la vida
Que aqui llevamos el remado fuísteis:
Hoy de dolor transida
Está el alma que ayer gozosa vísteis....
Hoy convirtió ya en sueños
Las dichas de que *ayer* éramos dueños!...

Ayer todo reia
En rededor del corazon del niño,
Cariño y fé sentia
Y encontraba no mas que fé y cariño;
Mas, iba el tiempo andando
Y del cariño y fé le iba alejando.

Ondas ¡ay! quién pudiera
Suspender de la mano que nos guia
La tan fatal carrera,
Con que del bien por siempre nos desvía!..
Quien decirla «Detente!»
Y gozar de ventura eternamente!...

Mas andan y no vuelven
Atrás las ondas que hasta el mar llegaron,
Andan y se disuelven,
Las horas que por siempre se pasaron;
Y es, ¡ay que conducidas
A la muerte y al mar van nuestras vidas!...

. . . .

. . . .

Ondas, adios, no sea
Que compartais el mal con que me aflijo;
Adios, y nadie vea
Que es eterno el adios que ahora os dirijo:
Adios, que no mi lloro
Llegue á empañar vuestras arenas de oro.

Adios: y como un dia
Por vuestras ondas se abrirá camino
El angel que desvia
De mí cada vez mas cruel destino.
Decidle que en mi mente
Vivirá con mi vida eternamente.

Perdonad, si turbaros
Pudo quizá mi amor en su despecho;
Mi amor, que confiaros
Quiso pesares que escondiera el pecho:
Pesares que he finjido,
Condenar con mi amor á eterno olvido.

Que no porque se pasen
De amor las dichas para siempre mueren:
¡Adios! que aunque me abrasen
El tiempo que en el pecho me vivieren,
Nunca saldrán del alma
Memorias que aun doliendo prestan calma.

ANTONIO MARIN Y GUTIERREZ.

MADRID. Un mes 4 rs. tres 10. Un año 36.-Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Poupart, Villa, Baili Bailliere y la Publicidad, litografías de Pelegrini y de San Felipe Neri.
PROVINCIAS. Tres meses 12. Seis 24.-Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la ADMINISTRACION DEL SEMANARIO, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



FIGURA DEL KNOUTE.

Hoy que tan vivamente llama la atencion cuanto al imperio ruso pertenece, hemos creido oportuna la reproduccion de un dibujo original que representa fielmente todos los horrorosos detalles de uno de los mas crueles castigos que la ferocidad humana puede inventar. El grabado está exactamente formado en vista de la copia tomada del natural que se nos ha facilitado; la inmensa minuciosidad con que, como observarán nuestros lectores, están calculados todos los pormenores para hacer que el tormento sea verdaderamente terrible, dice, acerca de la civilizacion de los bárbaros del Norte, mas que cuantas reflexiones pudiéramos nosotros apuntar.

Origen, progresos y estincion de la Orden de Malta.

(*Continuacion.*)

Está asentada Malta en el mar que baña las costas de Africa y de Sicilia, hácia la parte meridional de ésta, y separada de aquella region unas 190 millas. Cuando se instaló en ella la Orden no ofrecia mas que una extension de tierra estéril y poco habitada; mas en breve tiempo, á pesar de la natural dureza de su suelo, adquirió bastante fertilidad y cultivo, con la cual, y con las plazas que en ella se construyeron, de bello aspecto, fuertes y suficientemente guarnecidas, pudo corresponder á su ventajosa situacion geográfica que la hacia como la llave de Sicilia y la puerta por aquel lado de lo demas de Europa. Todas estas razones, y muy principalmente el deseo de vengar los daños que continuamente recibian los turcos de los malteses, movieron á Soliman á intentar la conquista de la isla: recordaba el suceso de Rodas, la pérdida de Tripoli, que habia caido en poder de los suyos en 1551; y como la ambicion todo lo encuentra llano, creyó que sin necesidad de tomar parte en la empresa, con solo confiarla á dos de sus mas expertos capitanes, lograria extender los límites de su imperio y difundir el terror por los estados de sus enemigos.

Inmediatamente lo puso todo en ejecucion. Aprestó una armada de doscientos navíos de todas clases, cuya direccion encomendó al húngaro Piali, y un ejército proporcionado de combatientes al mando de su pariente Mustafá, hombre de mucha edad, pero fuerte aun, y acostumbrado á combates y victorias. Hízose á la vela la formidable espedicion, y antes de espirar el mes de mayo del año 1565 se presentó delante de Malta: desembarcaron las tropas en la playa y dieron principio á los trabajos y preparativos del asedio. No estaban tan desprevenidos los malteses que los cogiese aquella tormenta de improviso: el gran maestre, llamado Juan de La Valette, natural que era de Provenza, tenia con anticipacion noticia de estos proyectos, y asi pudo tomar las debidas precauciones y pedir socorros al pontífice y al rey de España, que sin dificultad se los pro-

metieron. Felipe II encargó al virey de Sicilia, don García de Toledo, que acudiese en ayuda de los sitiados, y pasando éste sin detenerse á Malta, conferenció con el gran maestre, vió el estado en que se hallaban las fortificaciones, dispuso que se hiciesen algunas obras para mejorarlas, y ofreció volver con su armada y fuerzas suficientes para obligar al turco á desistir de su proyecto.

Arreglado ya todo lo necesario, rompieron el fuego los enemigos contra la fortaleza de san Telmo, punto el mas avanzado de la isla por la parte en que habian efectuado el desembarco: su defensa estaba á cargo del gobernador Luis Brolla, saboyano de nacion y hombre de valor, aunque de edad muy avanzada. La artilleria de los contrarios comenzó á hacer horroroso estrago en las fortificaciones; al fuego se siguió un asalto mortífero y tenaz, pero solo sirvió para acrecentar el denuedo de los sitiados, porque habiendo reemplazado á Brolla por órden del gran maestre el valeroso valenciano Melchor Monserrat, y Juan de Miranda, que mandaba un corto número de españoles, cada cual hizo prodigios de valor, y de tal manera se arraigó el entusiasmo en los corazones, que parecia desesperacion el ansia con que se exponian todos á la muerte. Dias y noches trascurrieron en aquella violenta agitacion; ni sitiados ni sitiadores aflojaban un punto en la pelea: los nuestros recibian continuos refuerzos para suplir la falta de los que morian: Dragut, el famoso pirata, vino en auxilio de los contrarios: y asi, á cada hora, á cada instante se empeñaba la lid con nuevo encarnizamiento.

En breve sin embargo, se vieron los defensores en el postrer apuro, porque avisados los turcos de que les llegaban nuevas tropas, interceptaron las comunicaciones y no fué ya posible socorrerlos con un soldado. Crecia la mortandad; crecia el rigor y audacia de los enemigos, y esto que hubiera producido desaliento en los mas intrépidos, en los nuestros solo servia para exaltar mas su entusiasmo, para dispertar el heróico esfuerzo que era en aquellos tiempos, y en los presentes lo hubiera sido, el asombro de entrambos mundos. Repitieron los turcos sus embestidas y todas fueron en vano; pereció Monserrat en una de ellas, y ocupó al punto su puesto el animoso aragonés Eguiara; éste y Miranda cayeron tambien heridos, pero al dia siguiente se renovó el asalto con inaudita saña, y cuando mas contiados se hallaban los turcos en la victoria, vino á arrancársela el generoso Miranda, ofreciendo un espectáculo tan interesante como sublime.

Llevado en brazos de sus soldados, y sentado en una silla, empuñó una lanza y mandó que le colocasen donde mas recia andaba la pelea: defendióse allí con heróica serenidad é incomparable esfuerzo: Eguiara, compañero de su desdicha, quiso serlo tambien de su gloria y de su muerte, y asiendo una hacha de dos filos, segó vidas sin cuento entre la atropellada multitud de los infieles. Al cabo hubieron de ceder, no á la superioridad del valor, sino á la del número, y á la suerte que tan adversa se les mostraba, pues oprimidos por todas partes, exánimes y puestos en el mas triste aislamiento, murieron como vencedores, dejando eterna memoria de su heroismo. Un mes duró la resistencia de San Telmo, donde perecieron muchos caballeros esforzados y muchos soldados no menos animosos; los defensores habian quedado reducidos á un número insignificante; los ayes de los heridos y los quejidos de los enfermos, hacian desalentar al corazon mas insensible. Cerca de dos mil hombres faltaban en la fortaleza, y asi era imposible sostenerla por mas tiempo: los enemigos, que habian sacrificado seis mil valientes, y entre ellos al mismo Dragut, entraron al fin en ella, pero llevados de su feroz instinto, abusaron vilmente de la victoria, degollando á todos los infelices que cayeron en sus manos, como si esta brutal venganza hubiese añadido mas mérito á su trofeo.

La sangre de aquellas víctimas puede decirse que fué el precio de la salvacion de Malta, porque habiendo intentado en seguida los enemigos el ataque de la fortaleza de San Miguel, del castillo del Angel y otros puntos, no obtuvieron resultado alguno. Un volúmen entero seria menester si hubiésemos de referir circunstanciadamente los hechos de aquellos ilustres caballeros, con quienes rivalizaron á veces los habitantes de la ciudad entusiasmados con tan glorioso ejemplo: el incesante combatir de tantos y tan porfiados asaltos, la continua vigilia, los ásperos trabajos de levantar parapetos y fortificaciones y de abrir zanjas y contraminas, en vez de enervar sus fuerzas, parecia que les daban nuevo vigor y mas invencible audacia. El gran maestre La Valette, digno caudillo de aquellos héroes, se mostraba superior á todos en esfuerzo y prudencia, en serenidad y sufrimiento; ni los riesgos le intimidaban, ni los triunfos le ensoberbecian; su espada brillaba primero que ninguna en todos los combates; en su escudo, como en la égida de Palas, perdian toda su fuerza los tiros de sus adversarios. Nunca ofrecerá la historia en sus gloriosas páginas carácter mas noble ni heróico que el de este príncipe, cuyo nombre inmortal hubiera merecido en la antigüedad honores casi divinos.

Mas á pesar del denuedo de los malteses y de su admirable defensa, no hubieran desistido los turcos de su empeño, sin el feliz arribo de la escuadra de Sicilia. Al hablar de ella no podemos olvidar las amargas reconvenciones que hacen al virey Toledo y al mismo soberano Felipe II los escritores estrangeros, y en especial Vertot, que publicó en el primer tercio del siglo pasado la historia de la Orden y todas sus vicisitudes. El virey de Sicilia tuvo que obrar con precaucion en aquella empresa; las huestes aguerridas de Soliman, su numerosa escuadra y el poder de su pujante imperio hubieran hecho á los principios muy dudosa la victoria; perdida esta por las armas del rey católico, ¿quién ponia á salvo las costas de Italia de las depredaciones de los turcos? ¿quién era capaz de calcular hasta dónde llegaria su orgullo favorecido por la fortuna? En cuanto al rey Felipe, ¿habrá quien dude de sus buenas intenciones y del deseo que tenia de alejar de Europa á los que eran tambien sus enemigos? ¿No declara el mismo Vertot que don García de Toledo fué castigado despues por su irresolucion en socorrer á Malta? ¿Cómo pues pretende hacer responsable á aquel monarca de su conducta?

Llegó, segun hemos insinuado, el socorro de Sicilia con suficiente número de tropas, de caballeros, nobles y cruzados de varias naciones que acudian atraidos por la fama de aquella guerra, todos los cuales efectuaron su desembarco junto á la ciudad de Medina, lejos de los reales de los contrarios. Estos, sabida la nueva, se apresuraron á levantar el campo, y lo efectuaron en tan breve tiempo, que antes de dar á entender su resolucion se advirtió su falta. Mustafá se dirigió contra los auxiliares con las reliquias de su menguado ejército, pero á pesar de cuantos esfuerzos hizo no pudo vencer la repugnancia que sentian los suyos á pelear, y tuvo á toda priesa que ponerse en salvo. El sitio de Malta duró mas de cuatro meses: los ataques fueron innumerables; los defensores tuvieron 9000 hombres de pérdida; la de los enemigos por un cálculo que no debe parecer exagerado, se presume que pasó de 30000.

La noticia de esta victoria llenó de júbilo á toda Europa, y en todas partes se celebró como un acontecimiento de grande importancia. La moderna Malta lleva el nombre de *La Valette*, á quien Pio IV y el rey de España honraron con nuevos títulos y magníficos presentes; en aquella ciudad quedó por largo tiempo la costumbre de celebrar un solemne aniversario con procesiones y alabanzas al Sér Supremo; la Orden recibió universales parabienes, y entró, por decirlo así, en posesion del prestigio á que la hacia acreedora tan ilustre hazaña; las memorias de aquella edad y las escritas posteriormente, todas estan conformes en tributar aplausos á los heróicos varones que dieron tan alto ejemplo de constancia y de valor, de pundonor y aun de patriotismo. Entonces llegó la antigua congregacion de los Hospitalarios á la cumbre de su prosperidad y gloria, en la que se sostuvo por muchos años, hasta que el espiritu de los siglos futuros creyó inútil y anómala su existencia como lo referimos en el siguiente artículo.

Artículo II.

No esperaba Soliman la nueva de la derrota de sus armas, y así se indignó de tal manera al saber circunstanciadamente lo ocurrido, que resolvió intentar otra vez la empresa en la primavera del siguiente año. Por fortuna sus proyectos no podian permanecer ocultos, y La Valette previó con sobrada anticipacion la tormenta que le amenazaba; mas como sus fuerzas se habian aminorado mucho, disminuido tambien considerablemente sus recursos, y la isla toda se hallaba en estado poco á propósito para empeñarse en nueva resistencia, resolvió vencer por astucia al que acababa de esperimentar los efectos de su entusiasmo y de

su inconstancia. Historiadores de mucho crédito le atribuyen el incendio del arsenal de Constantinopla, donde quedaron reducidas á cenizas gran número de las galeras que se estaban construyendo, los almacenes completamente abrasados, y sepultados entre las llamas multitud de trabajadores: á la verdad, admitidos como ciertos los designios del sultan, nadie mas interesado en frustrarlos que el gran maestre: en aquella guerra todo era lícito: asi el ardid como la crueldad; y La Valette, que no contaba con elementos suficientes para hacer rostro al poder de su adversario, hubo de recurrir á un medio que en otro cualquier caso hubiera sido vituperable.

Con su energia y el prestigio de su nombre supo conservar este príncipe ileso el esplendor de su dignidad; sin embargo, en los últimos años de su vida se suscitaron cuestiones y turbulencias que no pudieron menos de ocasionarle una profunda melancolía, la cual le llevó al sepulcro en 21 de agosto de 1568. Su pérdida era tanto mas sensible, cuanto mayor la dificultad de sostener el engrandecimiento de la Orden. Habia adquirido esta bajo su mando toda la elevacion á que podia aspirar; por lo mismo comenzó á infundir inquietudes en los ánimos de algunos principes y potentados, que sembrando discordias y ambiciones entre sus caballeros, pretendieron unas veces apoderarse de sus bienes, otras cercenar sus prerogativas y hacerse partícipes de su soberanía. Los que desde luego y con menos rebozo se encaminaron á este fin, fueron los pontífices. Ya en vida de La Valette habia Pio V dispuesto del priorato de Roma á favor de los cardenales, alegando ser los papas los verdaderos superiores de la Orden; y no bastaron las enérgicas reclamaciones del gran maestre para desviarle de su propósito. Con iguales miras se introdujo en Malta por el año 1574 la Inquisicion, que en un principio se mostró inofensiva y cauta, mas en breve cobró tales pretensiones, que no solo tramó una conjuracion para derribar en 1580 al maestre La Cassiere, sublevando contra él al gran Consejo, sino que hubo vez de exigir que la carroza del soberano de la Orden hiciese paso á la de los inquisidores, que en todo querian tener imperio y supremacía.

Asi fué que en aquellos mismos de quienes debian esperar mas amistad y apoyo, tuvieron los Hospitalarios sus mayores émulos y opresores; lo cual, si bien no impedia que la religion atendiese á los principales fines de su instituto, fomentaba entre sus individuos el espíritu de desunion, y distraia parte de los recursos vinculados en los cargos de la Orden. Esta disminucion era tan poco sensible en un principio, que permitia atender á todas las espediciones y empresas en que se ocupaban sus caballeros, á prestar auxilios á todos sus aliados, y á la persecucion de los piratas, no solo en las costas de Italia, sino en las occidentales de Africa hasta la desembocadura misma del Nilo.

Sus galeras concurrieron á la memorable victoria de Lepanto; y á pesar de la rivalidad que parecia existir entre la Orden y las repúblicas de Italia, ayudaron á los venecianos en sus guerras contra Turquía: la fortuna, enemiga á veces de las armas de la Religion, ejercitaba su inconstancia proporcionándole repetidos y señalados triunfos; llevó la fama de su nombre hasta las Antillas, donde adquirió en 1652 la isla de San Cristobal; y finalmente, dejando á un lado la prolija enumeracion de los hechos poco notables que constituyen su historia en lo sucesivo, nos trasladaremos á la época en que, como otras muchas instituciones antiquísimas, y cediendo al golpe que redujo á miserable estado imperios y reinos mas poderosos, perdió de pronto sus formas y derechos, su libertad y soberanía.

Debióse principalmente este menoscabo á la influencia que ejercieron en el siglo XVIII las doctrinas filosóficas. La América inglesia dominada por el genio que mucho antes habia abortado la independencia de la metrópoli rompiendo el yugo de sus tiranos, y las peregrinas ideas que propagaban por Europa los filósofos y economistas franceses, engendraron el volcan que de allí á poco estalló con inaudito estruendo. Presagio de todas estas vicisitudes parecieron las largas y universales guerras, las ambiciones y despojos que esperimentaron todos los pueblos del antiguo continente en aquella centuria verdaderamente calamitosa; y cuando despues de tantas querellas interminables, de tantos acomodamientos inútiles, y ligas inconsideradas, y rompimientos irreflexivos, se creian fundadamente asegurados el sosiego y sistema político de Europa, con los tratados de Westfalia y todos los posteriores, vino una horrenda revolucion á introducir nuevas enemistades y preparar nuevas alteraciones, fundando imperios, y reinos y repúblicas que habian de desaparecer en breve con la espada en que se sostenian.

Fácil es presumir que en semejante estado, no solo los cuidados de las potencias, sino hasta la atencion de los particulares se volverían hácia unos acontecimientos que tanto podian influir en sus respectivos intereses; y que por consiguiente desentendiéndose de la existencia mas ó menos próspera de nuestra Orden, iria esta perdiendo insensiblemente su espíritu y su importancia, á medida que se hiciesen menores sus elementos de subsistencia y mas vago é innecesario el objeto de su fundacion. Nadie ignora por otra parte que las teorías filosóficas, cada dia mas generalizadas, se habian propuesto la supresion de toda especie de privilegios; y como la antigua religion de los Hospitalarios vivia de ellos exclusivamente, no es estraño que se la mirase, si no con animadversion, al menos con indiferencia. Su organizacion verdaderamente, la celebridad que se habia granjeado en el largo periodo de su existencia, la especie de confederacion y el sistema de igualdad que formaban la base de su gobierno, retardaron la ruina que el tiempo le preparaba; sin embargo á fines del mencionado siglo se hallaba en tal estado, digámoslo asi, de decrepitud, que apenas ofrecia, como veremos despues, señal alguna de vida.

La revolucion francesa habia conmovido á la Europa toda, ostentando el heróico denuedo de un pueblo que ambiciona su libertad, aun á trueque de todos los horrores de la anarquía. Ni la formidable coalicion que le amenazaba por sus fronteras, ni la guerra doméstica que se nutria en su seno, lograron abatir el poder de aquellos frenéticos republicanos; sus ejércitos por el contrario, compuestos en su mayor parte de jóvenes bisoños y sus generales, poco célebres todavía por sus anteriores proezas, llegaron á hacerse dignos vencedores de los soldados y capitanes que mas renombre habian alcanzado en las postreras guerras de Europa. Con todo, los triunfos de la república eran obra de sus armas; el poder vinculado en estas debia absorber tarde ó temprano todos los restantes, y el mismo gobierno que no habia tolerado hasta entonces agresion ni dominio de ninguna especie, debia concebir en breve recelos de su propia gloria, y mostrarse ofendido hasta cierto punto de sus mismos libertadores.

Bonaparte habia oscurecido con sus recientes hazañas la gloria de todos sus compañeros; Hoche, que quizá hubiera llegado á ser su competidor, ya no existia; en el jóven vencedor de Italia tenian ya puestas sus esperanzas los descontentos, y sus miras los ambiciosos, de suerte que si no se empeñaba al distinguido general en alguna empresa árdua y remota, la libertad de los cuidadanos y las instituciones alcanzadas á precio de tanta sangre, sin duda perecerían. Esto calculaba el Directorio, presumiendo que los riesgos en que ponia al jóven héroe serian el sepulcro de su fama y de su existencia; pero el cielo, que ordenaba las cosas de distinto modo, preparó nuevas complicaciones y sucesos mas inesperados.

Dióse á la vela en el puerto de Tolon la espedicion de Egipto el 19 de mayo de 1798: entre los navíos que componian la escuadra del almirante Brueys y los transportes reunidos en Génova, Ajaccio y Civita-Vecchia, se juntaron hasta quinientas embarcaciones, en que iban cuarenta mil hombres de todas armas y diez mil marinos. Bonaparte se incorporó sucesivamente á las divisiones existentes en los mencionados puntos, y formó desde luego el proyecto de apoderarse de Malta, cuya isla se reputaba aun como la llave del Mediterráneo; á cuyo fin habia entrado de antemano en relaciones con algunos de los principales caballeros.

Desde este momento debió juzgarse inevitable la ruina de la Orden, porque si los franceses no llegaban á hacerse señores de Malta, con el pretesto de evitar este peligro, hubieran consumado despues la misma tentativa los ingleses. Las quinientas velas de aquellos se desplegaron el 9 de junio delante de la isla, y so color de pedirle permiso para hacer aguada, entró Bonaparte en contestaciones con el gran maestre Fernando de Hompesch, quien alegando la prohibicion que le imponian los estatutos, negóse por el pronto á concedérselo. A esto únicamente podia reducirse su resistencia, porque la religion no era ya sombra de aquel ilustre cuerpo, cuyas alabanzas habian resonado en otro tiempo por todo el mundo. Su marina consistia en

tres ó cuatro fragatas casi inútiles, ancladas siempre en el puerto, y varias galeras que apenas prestaban ningun servicio; sus bienes habian quedado muy reducidos con la reciente pérdida de cuantos poseia en Italia y Francia; y como la postracion de los estados suele influir considerablemente en el desaliento de los individuos, hacia ya largo tiempo que no se ocupaban estos en los deberes de su instituto, pues no existia actualmente caballero alguno que hubiese hecho la guerra contra los berberiscos.

Todo esto lo sabia bien Bonaparte, y tampoco estaba ignorante de la consternacion que produjo en los malteses su llegada; asi que sin pérdida de tiempo, oida la respuesta del gran maestre, mandó practicar el desembarco al siguiente dia 10 de Junio y embestir la plaza de Lavalette, á pesar de su fortaleza. Al fuego de la artilleria de los franceses respondió la de la ciudad como con timidez; algunos caballeros practicaron una salida, y quedaron la mayor parte en poder del enemigo, con lo cual y con la oposicion que mostraron á batirse con sus compatriotas varios individuos de la lengua francesa, comenzaron á amilanarse los ánimos de los defensores. En semejante estado, y conociendo el gran maestre lo mucho que aventuraba, movió proposiciones de paz que fueron al punto aceptadas por Bonaparte. Las cláusulas del convenio se redujeron en sustancia á lo siguiente: que los caballeros cedian á la Francia la soberanía de Malta y las islas dependientes de ella: la Francia en cambio prometia su intervencion en el congreso de Rastadt para que se diese en Alemania un principado al gran maestre: y en el caso de no ser posible, le aseguraba una pension vitalicia de trescientos mil francos, y una indemnizacion de seiscientos mil al contado: concedia ademas á cada caballero de la lengua francesa setecientos francos de pension, y mil á los sexagenarios; y prometia su mediacion para que los de las demas lenguas entrasen á gozar de los bienes de la Orden en sus respectivos paises.

Este fin tuvo, despues de siete siglos de existencia, la célebre institucion de los caballeros Hospitalarios de San Juan Bautista: y en verdad que sus gloriosos antecedentes la hacian digna de mejor fortuna. El carácter aristocrático, como invencion de la edad media, que aquella república conservaba, la importancia de su situacion, lo relajada que se advertia la antigua disciplina entre sus individuos, y mas que todo el espíritu de la época, ansioso de conquistas é innovaciones, sugirieron á Bonaparte un proyecto que en otro tiempo hubiera sido temerario, y al presente de tan fácil logro como hemos visto. Sin embargo, la posesion de Malta por las armas francesas no podia prolongarse mucho si se malograba la expedicion de Egipto antes de llegar á su destino, ó si la escuadra inglesa de Nelson que iba en su persecucion alcanzaba el triunfo que se prometia: tres mil hombres dejó Bonaparte de guarnicion á las órdenes de Vaubois; y á pesar de los reglamentos y minuciosas instrucciones que dictó para el gobierno de la isla, no dejaria de conocer cuán insuficiente fuerza era aquella para retenerla bajo su dominio.

En efecto, vencedor Nelson del almirante Brueys en el tremendo combate de Abukir, dirigióse á Malta con ánimo de bloquearla, y llevado á cabo su designio capituló la ciudad, y fué transportada á su patria la guarnicion. Creian los caballeros sacar ventaja en el cambio, porque desde el principio de la revolucion habian mirado como enemigos á cuantos franceses tomaron en ella parte; pero mas adelante se convencieron de lo ilusorias que eran sus esperanzas en la Gran Bretaña, y aun entonces debieron ya presagiar que una vez señora de punto tan principal esta nacion, no habria fuerza ni astucia humanas capaces de arrebatársela.

Por esta causa fueron infructuosas las promesas que hizo el emperador de Rusia, y vano tambien el pacto estipulado en la paz de Amiens en 1802, por el cual se obligó la Inglaterra á restituir la isla á sus antiguos poseedores. Esta condicion, que no se llevó á efecto, produjo en el siguiente año un nuevo rompimiento entre las dos potencias rivales, Francia é Inglaterra, que no tuvo para la Orden resultado alguno. Las continuas y sangrientas campañas que distrajeron en estos tiempos la atencion de Europa no permitieron resolver nada acerca de la manifiesta usurpacion que se habia cometido; hasta que derribado Napoleon del trono de San Luis, y proscripto en la isla de Elva, se concluyó en Paris el 30 de mayo de 1814 por los plenipotenciarios de Francia y Austria el tratado general de paz, que firmaron despues los representantes de las demas potencias, en virtud del cual la isla de Malta con todas sus dependencias se adjudicó definitivamente á la Gran Bretaña; siendo despues confirmado este pacto en el congreso de Viena, que fué como el complemento del anterior convenio. La Orden, pues, que desde fines del siglo último quedó abolida de hecho, vio formalmente sancionada su supresion en la época llamada de restauracion en Francia; los soberanos que aun conservaban en sus reinos encomiendas y bienes pertenecientes á los Hospitalarios, pudieron disponer libremente de ellos; y los caballeros de las diversas lenguas que aun permanecian en Malta, se encaminaron á sus respectivos paises, excepto algunos naturales de Italia que no quisieron variar de residencia, y que sin embargo hubieron de contentarse como los primeros con el recuerdo de sus títulos ó dignidades, sin mas derechos, emolumentos ni prerogativas. Posteriormente ha seguido la Orden en el propio estado de nulidad; y aunque el actual Pontifice parece que trata á la sazon de restablecerla al menos bajo su primitivo carácter hospitalario, privada del asiento en que adquirió tan gloriosos timbres, de las encomiendas que constituian sus principales riquezas, y de la organizacion imposible de conservar, que era su mas firme base, creemos que solamente en el nombre se asemejará á la antigua, y esto en el caso de que llegue á tener efecto propósito tan laudable.

Réstanos, como lo prometimos en el artículo primero, hacer mencion de algunas particularidades relativas al régimen de la Orden y á los principales cargos que en ella desempeñaban los caballeros. Entonces indicamos ya las tres clases de individuos de que se componia, á saber: *caballeros de justicia, clérigos ó sacerdotes, y sirvientes.* Al honor de caballero de justicia, como el mismo nombre lo espresa, únicamente podian aspirar los verdaderos nobles, pues las rigurosas informaciones que solian hacerse exigian una nobleza de estirpe mas ó menos antigua tanto en la rama paterna como en la de madre; y por esta razon únicamente los comprendidos en esta categoría podian aspirar á las dignidades de la Religion que se distinguian con el titu de *grandes cruces;* pero entre ellos estaban incluidos los *caballeros de gracia*, es decir, los hijos de los padres ilustres y las madres plebeyas, quienes por medio de una dispensa del papa lograban introducirse en la Orden, bajo dicha denominacion, que desde luego equivalia á una tacha. En las clases de clérigos y sirvientes no eran menester las condiciones de nobleza que en los caballeros, sino solo limpieza de sangre y algunos requisitos fáciles de reunir; por lo cual los sacerdotes gozaban en aquella religion de menos consideraciones que los seglares, si bien formaban parte en ella, erigiéndose entre los capellanes el obispo de Malta, el prior de la iglesia de San Juan, que ocupaban en el consejo los primeros puestos. Habia tambien señoras religiosas de la misma Orden en Francia, Italia, y España; nuestro célebre monasterio de Sixena en Aragon y el de Dalgoveira en Cataluña fueron sobrado distinguidos para que pueda ponerse en duda que las pruebas de nobleza que se les exigia eran mucho mas rigorosas que cuantas tenian que hacer los caballeros de justicia.

Respecto al traje que unos y otros usaban, no nos es posible detallarlo exactamente. Parece que en un principio era comun á todos el hábito de San Agustin negro, con una cruz blanca de forma octógona, y de seda ú otra tela que ponian sobre el manto al lado del corazon. Los caballeros llevaban á la guerra cota dorada, como un signo de preeminencia, con la cruz encima; por lo menos así lo afirma el citado Andres Favin en su *Teatro de Honor y Caballería*; pero mas adelante es de presumir que en esto como en otras muchas cosas se introducirian frecuentes alteraciones siguiendo en el vestido el uso de cada época con aquellas restricciones que se tuvieran por convenientes: y así lo hemos observado en una coleccion de trages de la Orden mas recomendable sin duda por la exactitud histórica que por la gracia de los dibujos. *(Concluirá.)*

CAYETANO ROSELL.

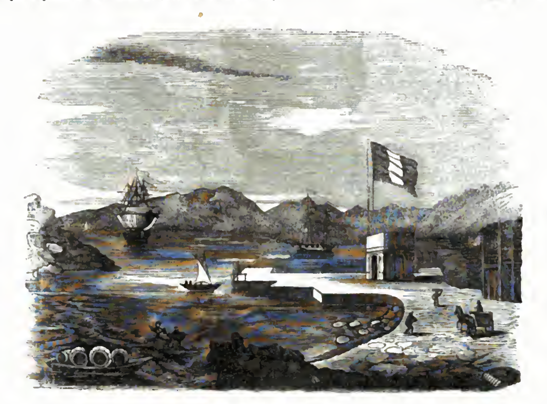
GUAYMAS, EN EL GOLFO DE CALIFORNIAS.

(Conclusion.)

Nos hemos estendido demasiado sobre Guaymas por ser este puerto la vida comercial y el gran punto de todas las

negociaciones de Sonora y de los departamentos circunvecinos. Réstanos hablar, aunque ligeramente, del tr nsito de Guaymas al Pitic, capital del departamento de Sonora, que dista 38 leguas de un camino árido y estéril, en el que el viajero á caballo con su guia indispensable encuentra solo á largas distancias una mala posada, tan escasa de comodidades como de provisiones; alguno quo otro amarillento arbusto, grandes tropas de conejos, son la única perspectiva que se ofrece al senderado caminante, y llega á hacérsele insoportable si la casualidad le conduce cabe la madriguera del zorrillo, animal de un hedor tan insoportable, que á pesar de su debilidad, se hace temer de todos los animales carnívoros. Tambien se encuentra la tarántula, especie de araña grande, peluda y tan venenosa que pisándola una bestia se le desprende al momento el casco. En la estacion de las aguas abundan por la noche las luciérnagas (cosa comun en toda la república mejicana), que son unos mosquitos que despiden luz solo cuando vuelan, por tenerla debajo de las alas. Estos animales son los que, segun Solís, engañaron á la gente de Narvaez cuando venia contra Cortés, pensando que sus luces eran mechas encendidas para el disparo de los arcabuces.

VICENTE CALVO.



Bahia de Guaymas.

Pico de la Mirandola.

¿Cuál será el estudiante en cuyos oidos no haya resonado alguna vez este nombre? ¿Que no haya oido hablar de ese prodigio de sabiduria que nos mostraban sobre un pedestal tan elevado, como un modelo á quien imitar? ¡Y no es, en efecto, una cosa maravillosa un jóven que, á la edad de veinte y tres años, sostenia una thesis en novecientas proposiciones sobre toda especie de asuntos: *De omni re scibili!*

Juan Pico de la Mirandola nació en 1463. Era el hijo tercero de Juan Francisco, señor de la Mirandola y de Concordia. Uno de sus biógrafos cuenta con la mayor sencillez que en el momento de su nacimiento apareció una aureola luminosa por cima del lecho de su madre, y de este modo esplica la idea que esta se formó acerca de los altos destinos de su hijo. Desde la edad de diez años se vió Pico de la Mirandola colocado por la opinion pública en primer término entre los poetas y oradores. Comenzó en Boloña, en 1477, el estudio del derecho canónico; pero disgustado muy pronto de este estudio, recorrió durante siete años las mas célebres universidades de Francia y de Italia, oyendo las lecciones de los mas ilustres profesores de la época, y ejercitándose en la controversia cuestionando con ellos. Al conocimiento de las lenguas griega y latina, juntaba la del hebreo, del caldeo y del árabe. Su memoria era tan prodigiosa, que no olvidaba nada de cuanto leia ú oia. Concluidos sus viajes, llegó á Roma en 1486, siendo Pontifice Inocencio VIII. Allí fué donde publicó la lista de las novecientas proposiciones *De omni re scibili* que se obligaba á sostener públicamente contra todos los sábios que se presentasen á impugnarlas, ofreciendo pagar el viage de los que se hallasen distantes, y mantenerlos durante su permanencia en Roma. Pero acaeció que siete de estas proposiciones fueron denunciadas como contaminadas de heregía. En vano fué que Pico de la Mirandola probase que, antes de su publicacion, habian sido competentemente autorizadas por la aprobacion de los teólogos; en vano trató en su apologia de hacer recaer el ridículo sobre sus detractores; las proposiciones declaradas peligrosas por los comisionados encargados de su exámen, fueron condenadas por el papa; Pico de la Mirandola se sometió á esta decision, y abandonó á Roma para volver á Francia en donde habia dejado numerosos admiradores. Sus enemigos se aprovecharon de su ausencia para decir que habia desobedecido á la Santa-Sede, sosteniendo públicamente las proposiciones prohibidas. De aquí provino una nueva citacion ante el tribunal de Inocencio VIII, y la necesidad, para Pico de la Mirandola, de justificarse, lo cual no le hubo de costar mucho ciertamente.

Semejantes persecuciones le hicieron mirar con desagrado la brillante gloria que en un principio hubo ambicionado. Arrojó al fuego sus poesias, y, renunciando á las letras y á las ciencias profanas, compartió su tiempo entre los estudios religiosos ó filosóficos y sus amigos. Pero no gozó por mucho tiempo de la paz que habia vuelto á recobrar; no sobrevivió sino dos meses á Angel Politien, el mas caro de sus amigos, y murió en Florencia el 17 de Noviembre de 1494, el dia mismo en que entraba en ella Carlos VIII. Este príncipe, que lo habia conocido en Paris, en cuanto supo su enfermedad se apresuró á mandarle dos de sus médicos; pero su visita le fué inutil al moribundo que

espiró algunas horas despues, á la edad de treinta y un años ocho meses y algunos dias.

Su epitafio consiste en un dístico latino cuyo sentido es este: «Aqui yace Juan de La Mirandola; el Tajo, el «Ganges y aun quizás los antipodas saben lo demas.»

Las obras de La Mirandola escogidas y publicadas por primera vez en Boloña en 1496, in-folio, fueron reimpresas hasta ocho veces antes del décimosétimo siglo. Una de sus obras publicada en Strasbourgo en 1507, contiene una *Fé de Erratas* de quince páginas: «No recuerdo, dice Chevallier, haber visto otra mayor para un solo volumen tan pequeño.»

¿Qué es lo que resta ya hoy dia de tanta erudicion, ciencia y fama? Nada, ó cuando mas muy poco. Y es que una gloria verdaderamente sólida no puede adoptarse sino á las ideas fecundas, á las creaciones nuevas del espíritu humano. Es cierto que La Mirandola combatia la astrologia judiciaria; pero creia en la cábala y perdia un tiempo precioso en investigaciones ridiculas. Habia bastado, para que se entregase á semejantes sueños, que le vendiese un charlatan á precio de oro una cincuetena de manuscritos hebreos asegurándole que habian sido compuestos por orden de Esdras, y que contenian los misterios mas secretos de la religion y de la filosofia segun confiesa el mismo Tiraboschi, su panegirista: las novecientas proposiciones *De omni re scibili* no presentan sino un conjunto de cuestiones frívolas, y, solo que llorar habria, al ver tan inmenso trabajo empleado de una manera tan infructuosa. Tratemos por lo tanto de sacar de esta historia una saludable máxima; y es, que la erudicion, para que tenga completo derecho á nuestra estima, debe abrir vias nuevas, ó producir teorias ó aplicaciones útiles.



Retrato de La Mirandola.

LA PRINCESA DEL BIEN PODRA SER.

En una tierra muy lejana, y cuyo nombre no recuerdo, reinaba un rey viejo y viudo, á quien querian mucho sus vasallos porque era justo y bondadoso Este buen rey tenia una hija, única heredera de su nombre y de sus estensos estados. Esta única hija era tan hermosa, que todas las damas del pais envidiaban su gentileza; pero en cambio tenia un defecto, ó mejor dicho una aprension, que era el tormento de su padre; pues desde muy niña la princesa solo pronunciaba esta frase: *bien podrá ser*. Estas palabras, articuladas con voz penetrante y sonora, probaban que la hermosa princesa no era muda de nacimiento; pero ni los ruegos del padre, ni la astucia de los mas discretos cortesanos, habian conseguido arrancarla un solo monosílabo mas. Diez y ocho años habia cumplido LA PRINCESA DEL BIEN PODRÁ SER, así en la córte la llamaban, persistiendo siempre en su tema; y el rey, que no queria ver estinguirse su linaje, resolvió casarla, imponiendo á sus pretendientes una singular condicion. Reducíase esta, á que la princesa entregaria su mano al príncipe que la hiciera hablar una palabra mas de las anteriormente enunciadas. Como la novia llevaba en dote un estenso y floreciente estado, todos los príncipes vecinos acudieron á la invitacion, provistos unos de bufones y los otros de encanecidos consejeros; sin que las gracias de los unos ni los discursos de los otros consiguieran torcer el ánimo de la caprichosa princesa. Viendo el desconsolado padre que tan ilustres pretendientes nada adelantaban, recurrió á los próceres de su reino; pero los duques y los condes no tuvieron mejor fortuna, y transcurrió un año completo en inútiles tentativas. El buen rey se desesperaba, viéndose con un pié dentro del sepulcro; y, queriendo hacer el último esfuerzo, convocó á los simples caballeros, bajo las mismas condiciones. Mas dejemos que estos se presenten, y pasemos á otro lugar.

En una ciudad de provincia, no muy distante de la córte, vivia un hidalgo de buena estirpe, que huérfano de padre y madre, habia gastado un mas que mediano patrimonio. A los tres años de ancha vida, entró en cuentas consigo mismo, y encontró que toda su hacienda se reducia á una arrogantísima figura, veinte y cinco años no cumplidos, lujoso equipaje, buen caballo, y una bolsa de seda, medianamente henchida de oro. Con una mano en la megilla y una pierna sobre la otra, empezó á meditar los medios de restablecer su fortuna, y despues de haber pensado mucho, tuvo una magnífica idea. «Yo soy caballero, se dijo, mirando un escudo de armas dividido en varios cuarteles, y puedo aspirar á la mano de la heredera de mi rey.

Ceñir á mi frente una corona seria un buen medio de restablecer mis negocios; pero yo no tengo bufones, consejeros, ni esa trahilla de servidores que han llevado los príncipes, duques y condes. Mi ingenio no es una gran cosa para que supla con ventaja al de tantos otros reunido, de modo que lo mas prudente será no salir de mi casa.» Quedóse de nuevo suspenso, pero despues de algunos minutos se levantó resueltamente y dijo con alegre gesto. «Peor que estoy no puedo quedar: voy á pretender á la princesa.» Tomada una resolucion, no era hombre para abandonarla: hizo una pequeña maleta con sus mas lujosos vestidos; mandó que le ensilláran el caballo; tomó la bolsa de que hablamos; cabalgó con sumo donaire y emprendió el camino de la córte.

Formando castillos en el aire habria corrido media jornada, cuando el hambre vino á interrumpir tan hermosa fábrica, anunciándole que no habia comido en mucho tiempo. Con la premura del viaje no habia tomado provisiones, y empezó á buscar alguna venta en que satisfacer mal ó bien su mas que mediano apetito. Ni la mas humilde descubria, cuando se fijaron sus miradas en una casilla sombreada por dos corpulentos olivos: á ella dirigió su caballo, y, llegando á la puerta, encontró un muchacho de doce á trece años, que estaba guisando un puchero.

—Buenas tardes: dijo el viajero.

—Bien venido: replicó el muchacho, con traviesa jovialidad.

—¿Qué haces aquí?

—Me como al que viene y quedo esperando al que se vá.

—¿Tambien me comerás?

—A dónde va usted?

—A casarme con LA PRINCESA DEL BIEN PODRÁ SER.

—Es usted muy tonto para eso.

—¿Por qué?

—Porque no ha entendido usted lo que he querido decir con «Me como al que viene y quedo esperando al que se vá.»

—¿Quieres esplicármelo?

—Al momento. Yo estoy guisando este puchero: al hervor suben los garbanzos; al que logro coger me lo como, y al que se me escapa espero que vuelva á subir para comérmelo tambien.

—Eres agudo. ¿Tienes padre?

—Sí señor.

—¿En dónde está tu padre?

—En el pesadero.

—No te comprendo.

—Pues no será usted quien se case con la princesa.

—¿Quieres esplicarte?

—Allá voy. Mi padre ha ido á ver una sementera: si está buena le pesará haber sembrado poco, y si mala, haber sembrado tanto.

—¿Y madre, tienes?

—Sí señor.

—¿En dónde está tu madre?

—Amasando el pan que nos comimos la semana pasada.

—Eso es imposible.

—No se casará usted con la princesa. La semana pasada comimos pan fiado y mi madre está amasando hoy para pagarlo.

—Tienes razon. ¿Hay en tu casa mas familia?

—Una hermana, que está llorando los gozos del año pasado.

—No te comprendo.

—Mi hermana se casó hace un año, muy alegre y con muchas fiestas; ahora la maltrata su marido y está llorando aquellos gozos.

—Tienes muchísima razon.

—Pero usted es demasiado tonto para casarse con la princesa.

Reflexionó un momento el viajero, y dijo despues:

—Voy á proponerte un partido.

—Sepamos: respondió el muchacho.

—Yo tengo muchísima hambre; tú manifiestas no carecer de ella; comámonos ese cocido.

—Me conformo.

—En acabando nuestra comida, seguiremos el camino de la córte; tú me ayudarás á casarme con la princesa, y cuando yo llegue á ser rey tú serás mi primer ministro.

—Concedido.

Verificado este contrato, se comieron todos los garbanzos en amor y compañía, cabalgaron despues, y, á buen paso, se fueron acercando á la córte.

Apenas entrados en ella, se apresuró el buen caballero á comprar lujosos vestidos para el ingenioso muchacho, y no tardó mucho en presentar al anciano monarca su arrogante solicitud. El rey suspiró tristemente, firmísimamente persuadido de que su hija bajaria al sepulcro con palma; los cortesanos miraron con desprecio al desconocido pretendiente; pero este no decayó de ánimo, y, acompañado de su discreto pajecillo, pasó al cuarto de la princesa. Saludóla con desenfado, pero recibió su saludo un *bien podrá ser* por respuesta: hízola otras varias preguntas, que tuvieron el mismo resultado: entonces se adelantó el muchacho y comenzó de esta manera, con teatral ademan y acento:

—Señora, yo soy hijo único del labrador mas acaudalado de esta fertilísima comarca.

—Bien podrá ser: dijo la princesa.

—Sus sembrados no tienen límites, y son tan numerosos sus rebaños, que para recoger la leche ha tenido que construir un estanque de cinco mil varas cuadradas.

—Bien podrá ser.

—Encontrándose lleno de leche, paseaba yo un dia sobre su muro comiendo piñones; como paseaba distraido, se me cayó un piñon en el estanque, y al momento se formó un pino tan corpulento, que su copa estaba oculta entre las nubes.

—Bien podrá ser.

—Me gusta mucho coger nidos, y calculé que un árbol tan alto deberia tenerlos á millares. Poseido de este pensamiento, empecé á trepar pino arriba, y despues de un largo viage llegué á su copa, que precisamente tocaba á la misma puerta del cielo.

—Bien podrá ser.

—Encontrándome á tal altura, quise ver lo que allí pasaba, y me entré sin pedir permiso. A la derecha estaba san Pedro, ocupado en coser zapatos; y san Juan estaba á la izquierda con un puesto de hermosos melones.

La princesa guardaba silencio, y el muchacho continuó:

—Quise ver si eran de buena casta, y compré el mas pequeño de ellos. Llevaba yo un cuchillo de monte, y empecé á partir el melon; pero de improviso el cuchillo desapareció por la hendidura. No quise dejarlo perdido, y me entré tras él, con la misma facilidad que si lo hiciera en este cuarto.

La princesa no replicaba; dirigia sus miradas alternativamente al narrador y al caballero, y prestaba mas atencion. El muchacho continuó:

—Dentro ya del melon, empecé á andar, por ver si encontraba mi cuchillo; pero se pasaban las horas sin que pudiera conseguirlo. De repente oí ruido de pasos, y poco despues descubrí un hombre que venia hácia mí con un arado al hombro. Hube de llamarle la atencion, y me preguntó marcialmente: «¿Adónde va por aquí el amigo?» «Voy en busca de un cuchillo de monte,» le respondí en el mismo tono. «Pues fácilmente lo encontrará, cuando ando yo con el arado al hombro hace tres dias buscando una yunta, y no he conseguido encontrarla.» Esta respuesta me desanimó, y como no queria que mi familia me echara menos, volví pies atrás, y despues de haber andado mucho, logré salir por la hendidura que me habia servido de puerta. Sin pensar mas en el melon, corrí á asomarme á la del cielo, y ví con asombro que el pino habia desaparecido del todo. Yo no podia quedarme allí sin dar un susto á mi familia, y decidí bajar á todo trance. Para lograrlo compré á san Pedro un ovillo de guita, y atando un estremo al banquillo en que estaba el santo trabajando, empecé á deslizarme por ella, con la mayor facilidad. Me faltarian unas mil varas para llegar al suelo, cuando se me acabó la guita: en tal conflicto pedí al santo que me prestara un ovillo mas; pero, en vez de atender mi ruego, cortó la que habia yo dejado atada á su banco. Faltándome el punto de apoyo, comencé entonces á hender los aires como una flecha; me fuí acercando á la tierra, cada instante con mas rapidez, y, siguiendo el violento impulso, chocó mi cráneo con una roca, se rompió en veinte mil pedazos, y en ella quedaron mis sesos hasta que un perro los lamió.

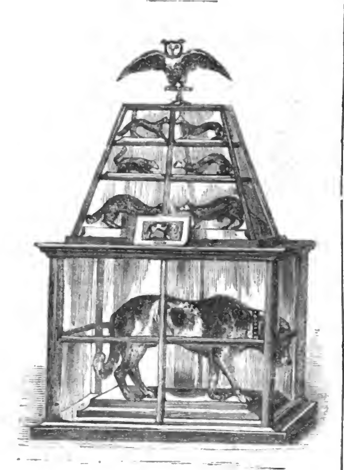
—¡Embustes enormes he oido, pero juro que este me encanta! esclamó la hermosa princesa sin poder dominar la admiracion que la producia tal historia.

—Y porque os encanta, señora, replicó el travieso narrador, sereis esposa de mi amo.

El rey y algunos cortesanos, que ocultos tras unas cortinas habian presenciado la sesion, aplaudieron el claro ingenio del locuaz y atrevido niño, cuyo triunfo preconizaban; aunque algunas damas sostenian, que mas que el chiste del muchacho, habia contribuido á hacer hablar á la princesa la buena presencia del novio. Tengan unos ú otras razon, lo cierto es que á los ocho dias se verificó el matrimonio con gran pompa; que el rey viejo murió á los pocos años; que el caballero llegó á ser rey, y el muchacho ministro, como lo habian pactado antes.

Yo asistí á la boda, al entierro, á la coronacion; fuí y vine, y solo me dieron una almendra, que la mas golosa de mis lectoras tuvo la bondad de quitarme. Y de ello da fé

JUAN DE ARIZA.



EL PERRO BARRY.

Hé aquí una verdera celebridad. Un gran número de viageros estraviados, ateridos de frio, sorprendidos por las nieves sobre el monte San Bernardo, le debieron la vida. Inteligente, enérgico, buscaba y guiaba á los que aun podian andar, arrastraba y trasportaba, con esposicion suya, á los que habian perdido la fuerza y la esperanza. Esplique quien pueda lo que se agita secretamente en la parte inmaterial de esos seres, á los cuales no concedemos otra cosa que instinto: Barry era ciertamente uno de los héroes de su raza. Una tarde, hacia un tiempo cruel, en medio de los torbellinos, un viagero vió lanzarse á su encuentro un animal muy crecido vigorosamente con la boca abierta; el hombre se creyó en peligro, y sacudió con su baston herrado al pobre animal, que cayó á sus pies quejándose:Barry habia sido gravemente herido en la cabeza. Algunos instantes despues los monges hicieron reconocer su error al viagero y deplorarle. Fueron á buscar al infeliz perro, que yacia tendido en tierra revuelto en su sangre. Prodigáronle toda clase de cuidados con poca esperanza: al menos hicieron por él lo que hubieran hecho por un hombre: fué conducido al hospicio de Berna. Pero el hierro habia penetrado en la cabeza; á pesar de los esfuerzos de la ciencia, Barry no tardó en espirar. Hizosele el único honor posible; su cuerpo fué conservado, y se le consagró un escaparate en el museo de Berna; allí reposa en pacífica compañía con otros vichos, de la manera que aparece en el grabado.

Pensamientos y máximas.

Si quereis formar juicio acerca de un hombre, observad cuáles son sus amigos.

FENELON.

Compartir los errores de los hombres, ser indulgentes con sus debilidades, formar su juicio, tratar con dulzura sus males morales, separarlos del ócio animándolos en sus trabajos, ocuparse con actividad de todo cuanto pueda contribuir á la perfeccion del género humano, oponer el espíritu de órden y union al de animadversion y de discordia, consolar á los desgraciados, calmar las pasiones vehementes, conciliar por medio de la tolerancia las opiniones enconadas, dulcificar á los fuertes, sostener los débiles, y dar á todos el doble ejemplo de amor hácia la libertad y adhesion á las leyes; en fin, contribuir por todos los medios posibles á hacer felices á los hombres, á quienes ha hecho hermanos é iguales la naturaleza, tales son los dulces y sagrados deberes de la benebolencia.

DE SEGUR.

La libertad sin costumbres, no es sino la anarquía.

MIRABEAU.

La economía es la mayor de las rentas.

CICERON.

La educacion deberia ser mirada en todos los pueblos como la parte esencial de la legislaccion. Los modernos se ocupan bastante de la instruccion, que aclara la imaginacion, y muy poco de la educacion, que forma el carácter. Los antiguos eran en este punto mucho mas reflexivos que nosotros: tambien es cierto que cada pueblo tenia un carácter nacional que ahora nos falta. Nosotros abandonamos el talento á las cátedras, y el carácter á la casualidad.

DE SEGUR.

El favor elige muy raras veces con acierto.

MARMONTEL.

En LA ILUSTRACION de ayer leemos lo siguiente:

LAMENTOS DE UNA VICTIMA.

Uno de nuestros suscritores de provincias, nos ruega que publiquemos el hecho siguiente, que prueba hasta que punto se muestran algunos aprovechados en nuestro pais, en la ciencia de la charlatanería. Es, pues, el caso que el prójimo á quien aludimos, recibió el prospecto de un nuevo periodico titulado: LA SEMANA, en que se ofrecia regalar en libros el 50 por 100 del importe de la suscricion, á todo el que se suscribiera antes de la aparicion del primer numero, y el 30 solo, á los que fueran tan morosos que no acudieran hasta despues á hacer su abono: nuestro hombre no quiso ser de los ultimos y escribió á un amigo residente en la capital de su provincia que le suscribiera sin perdida de tiempo á LA SEMANA por un año, pagando los 96 reales que costaba la suscricion, y que eligiere la obra que fuera mas de su agrado. El comisionado pagó los 96 de vellon y eligió *El hijo del Diablo*, tasado en la tarifa del periodico en 44, aunque no llenaba el importe de la mitad de los 96, es decir de los 48 que debiera tener á su favor para el abono en libros; el librero le hizo ver que lejos de sobrar dinero, tenia que abonar sobre los 96 reales 13 mas; nueve por razon de portes y cuatro por esceso, pues aunque el precio de suscricion era 96, para el abono no se contaban mas que de 80, y que si queria recibir el llamado regalo por el correo le costaba *diez y ocho reales*, en todo *ciento diez y ocho reales*. Nosotros hemos hecho pesar en las oficinas de correos de Madrid la edicion del *Hijo del Diablo* á que nos referimos, y ha resultado, que el franqueo de la obra en cuestion para cualquier punto de España cuesta *tres reales y medio*, es decir, que el editor se embolsa catorce y medio reales á título de franqueo; mas claro, que despacha á buen precio y con el nombre de regalo todos los libros que tiene sin salida en su almacen.

Nuestro suscritor se lamenta de que tras de haber pagado los 96 anuales en buena moneda, ha sacado del bolsillo 13 mas para recibir regalado *El hijo del Diablo*, que el diablo dé él la torpeza del encargado que se dejo coger en el lazo. Para colmo de la primada, la víctima nos añade la circunstancia agravante, de que hace tres años que compro por 10 reales la misma novela que ahora ha tomado regalada por 13 de vellon. En vano ha acudido pidiendo le borren de las listas de suscritores y le devuelvan sus 109 reales: el librero ha dicho que esta facultado para recibir dinero, pero no para devolverle.

Recomendamos á las gentes agarradas este nuevo é ingenioso sistema de hacer regalos.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



LA GUERRA.

La guerra! la guerra! Suenan los tambores, óyense las cornetas, la artillería hace retemblar la tierra con sus estampidos; el sol se nubla con el polvo que levanta el galope de los escuadrones. ¡Todo se pierde en una espesa nube de humo! ¡Ya no se oyen mas que los gritos confusos, no se ven mas que el brillo de las armas, las banderas que se agitan, las masas convulsivas que se mueven, marcando sus huellas con un rastro de sangre.

Pero el ruido se debilita al fin, la nube se disipa, los vencedores aparecen con los estandartes conquistados, los cañones apresados, la gente humillada y sin armas que vá á espiar como un crímen el azar de una derrota.

Que las poblaciones preparen flores para los arcos de triunfo! Que se enciendan los cirios en los altares para dar gracias al Todopoderoso! Preparad distinciones honrosas para los pechos de los soldados victoriosos, que han demostrado en la lid mas intrepidez.

Pero mirad, allá abajo del lado de los vencidos. En lugar de arcos de triunfo, grandes fosos donde se van colocando silenciosamente los cadáveres; en vez de himnos en accion de gracias, un coro inmenso de sollozos; en lugar de recompensas, la vergüenza; en vez de alabanzas, las acusaciones de la derrota.

Es que la guerra tiene como Jano dos caras; la una brillante de alegría, la otra pálida de abatimiento, y cada una de estas dos caras mira alternativamente á las naciones, porque ninguna ha conocido triunfos sin reveses, gloria sin humillacion.

¿Y quién podrá decir, si hay una sola que haya ganado mas que perdido en este lúgubre juego de las batallas? ¿Es acaso conocido el resultado de la cuenta abierta por cada pueblo á su gloria militar, ni se ha determinado si les queda á estos en definitiva, otra cosa que el recuerdo de ciudades destruidas, de generaciones segadas en flor, de campiñas transformadas en desiertos?

Que las naciones primitivas hayan traducido la oposicion de sus instintos, y la desigualdad de sus adelantos, por medio de la lucha; que hayan hecho de la guerra un instrumento para desterrar la barbárie; que la civilizacion griega haya sido inoculada en el mundo con la espada de Alejandro; la civilizacion romana por la de César; todavía puede comprenderse; entonces era tal vez permitido hacer de Minerva la diosa de la guerra. Pero hoy que la igualdad parece reinar entre los pueblos como entre los individuos, y que la barbárie ha desaparecido, es preciso tambien cambiar el símbolo. No representeis la guerra por medio de esa casta divinidad, que avanza noblemente con el casco en la cabeza y el machete en reposo; la guerra es ese hombre que huye con el puñal levantado, llevando en sus brazos una mujer desgreñada y moribunda.

¡Ah! ¡cuántos bienes produciria esa imágen si se hallara siempre presente ante los ojos de los poderosos, si la encontraran sobre el papel en que su mano vá á escribir la palabra que promueve un combate, si la viesen levantarse ante la tribuna en que sus labios van á pronunciar las palabras que siembran las discordias, si la viesen, en fin,

por todas partes como un eterno aviso que murmurase en el fondo de su alma:

«Miradme: yo soy la guerra; por mí perece todo lo que es bello, se rompe todo lo que es débil, muere profanado lo que es puro.

»Yo no respeto ni el carácter, ni el genio, ni la virtud. Yo hago atravesar el corazon mas noble por el brazo mas vil. La violencia es mi derecho.

»Yo hago depravados á los buenos por el sufrimiento y por la cólera; yo animo á los malos con el éxito; yo estingo la piedad en las almas, y propago el ódio como una necesidad.

»Dios dijo:—Creced en riqueza y en número; vivid como hermanos; amad á los otros como quereis ser amados vosotros mismos.

»Yo he dicho:—Que el mas fuerte estermine al mas débil y le despoje; que los hombres sean entre sí como fieras; que se odien implacablemente y se devoren, y que cada uno haga á los otros todo el mal que pueda para procurarse á sí mismo el mayor bien posible.

EL CID.

Articulo critico.

(Conclusion.)

Pero el padre Risco y varios críticos modernos desechan este lance por inverosímil, pareciéndoles un atrevimiento, un desacato á la autoridad real, un arrojo increible. Falso el principio, falsa la consecuencia: no hay tal desacato; no hay tal inverosimilitud. El rey D. Sancho habia despojado de sus reinos á sus hermanos, habia vencido y espulsado á D. García, habia vencido, preso y querido hacer religioso á D. Alfonso. Huye Alfonso y se refugia en Toledo; y hallándose allí, D. Sancho pone sitio á Zamora. Vellido, un audaz soldado, de acuerdo con Doña Urraca y los principales zamoranos, sale de la ciudad y mata al sitiador. Sancho muere sin hijos; la corona pertenece á Alfonso como heredero mas inmediato: suscitase entre los castellanos la sospecha de si Alfonso habrá tenido parte en la determinacion de matar á Sancho: y los súbditos de este, fieles á su rey resueltos á no dar la corona á un fratricida, determinan que Alfonso se justifique por medio de un juramento antes de ocupar el trono vacante. Esto era muy conforme á las disposiciones del Fuero Juzgo, respetables aun, que anatematizaban el regicidio, y establecian por otra parte en diversos casos la purgacion ó justificacion por medio del juramento. Para los castellanos la dignidad real no estaba representada en la persona de D. Alfonso, que aunque rey de Leon, no lo era aun de Castila; para los castellanos, la dignidad real estaba y debia estar representada en la persona de su difunto monarca D. Sancho, cuya muerte debian castigar si les era posible: la jura era un homenaje debido al honor del reino y á la conveniencia del nuevo rey que no debia entrar á reinar con la nota de sospechoso de un horrible crímen: por manera, que ese hecho que algunos consideran como atentatorio á la majestad, era precisamente todo lo contrario: era un obsequio á la dignidad y esplendor del trono. Alfonso se resintió de la exigencia, porque era rey y era inocente; pero su resentimiento fué injusto, y la prueba es que ningun escritor antiguo ha defendido ni menos aplaudido su enojo. El obispo de Tuy, D. Lucas, el arzobispo de Toledo, Don Rodrigo Jimenez, el rey D. Alfonso el Sábio (ó el que de su órden escribió la crónica general), y D. Cárlos, príncipe de Viana, todos los cuales refieren el hecho, todos se manifiestan mas ó menos inclinados á Rodrigo, todos le consagran en aquella ocasion algunas palabras de elogio: ahora bien, cuando un rey, un príncipe y dos prelados, sin contar otros muchos autores de inferior gerarquía, ó abonan ó no desaprueban la exigencia de la jura, ¿podrá dudarse que aquella peticion estaba completamente conforme con el espíritu caballeresco de aquel siglo y aun de los siglos posteriores? ¿Quiénes sabrán mejor si la jura era para aquel tiempo un desafuero ó un rasgo de pundonor nacional y de respeto á la costumbre y á las leyes? ¿los príncipes y obispos de los siglos inmediatos al suceso, ó los críticos del reinado de los Borbones? Nosotros somos jueces incompetentes en esta causa; los jueces propios, los escritores antiguos, han pronunciado su fallo en favor de los castellanos y de Rodrigo, que no tuvo mas culpa que llevar la voz de las personas que entonces representaban el reino: á la posteridad solo toca respetar y confirmar aquella sentencia. Quede, pues, sentado que la jura tomada al rey D. Alfonso el VI, aunque no se menciona en la crónica leonesa, es un hecho que debe entrar en la historia del Cid. Por lo que el Tudense y el arzobispo Jimenez dicen de este suceso, se pudiera creer que la jura se tomó en Zamora; pero atendiendo á que la tradicion no debe equivocarse respecto á un hecho tan celebrado luego por los poetas, admitimos la opinion del que escribió la crónica general que incluye la castellana del Cid, donde se lee que la jura se celebró en Búrgos, en la parroquia de santa Agueda, que entonces se llamaba santa Gadea. Quien lea los autores citados, verá que se concilian todos del modo siguiente. Muerto D. Sancho, su ejército (segun el Tudense) se aturde, se desbanda y huye, menos la valentísima hueste de los castellanos que se retira con el cuerpo del rey y le da en Oña honorífica sepultura. En seguida castellanos y navarros (es decir los magnates y prelados de ambas provincias) se reunen en Búrgos, donde en un concilio ó córtes del reino se declara que la corona es de D. Alfonso; pero que para ceñírsela ha de jurar que no ha sido cómplice en la muerte de Sancho. Si, como es probable, la reina viuda presidia en aquellas cortes, ya se ve si tal condicion era naturalísima. Mientras tanto Alfonso va de Toledo á Zamora, donde al momento se ponen nuevamente á su obediencia los leoneses y tambien quizá el partido mas numeroso de los gallegos, descontentos con Don García. Los castellanos envian una diputacion á Zamora pidiendo la jura, y Alfonso conviene en prestarla. García intenta recobrar su reino de que Sancho le habia despojado, y Alfonso, con razon ó sin ella, pero probablemente de acuerdo con los principales de Galicia, se apodera de García y lo encarcela. Acaso la jura de santa Gadea no se verificó hasta despues de la prision de D. García, tomándose Alfonso este tiempo, ya para aplacar á su cuñada la reina viuda, que debia estar irritadísima contra Doña Urraca y aun contra Alfonso, que se dirigió siempre por sus consejos; ya para hacer salir de España á aquella princesa si le estorbaba; ya en fin, y es lo mas natural, para ganar á los grandes y prelados y conseguir que renunciasen á la condicion del juramento, de lo cual en efecto por temor ó por otros motivos al fin desistieron todos, menos Rodrigo. Si la jura fué antes, de todos modos, algun tiempo se empleó en negociaciones. Por lo demás, natural era que Alfonso prestase el juramento en Burgos, capital del reino á quien se le hacia, y no en Zamora que siendo señorío particular de la infanta Doña Urraca, constituia un estado aparte. Venimos á parar despues de todas las cavilaciones de la crítica moderna, en que Sandoval, Mariana y todos los que admiten y refieren estos sucesos en la forma arriba espresada, tenian razon. Que Alfonso casára al Cid poco despues con Jimena, prima del monarca, no se opone á que el Cid hubiese tomado el juramento al rey: quien habia llevado la voz del reino y hecho ceder al rey, debia de ser persona con quien no se podia romper por lo pronto. Ultimamente, los que admiten el hecho, pero entienden que el Cid provocó justamente la ira del rey porque le hizo pronunciar el juramento tres veces, necesitan probar que lo que se determinó en el concilio, junta ó cortes de Burgos fué que el rey jurase una vez solo, y Rodrigo por sí y ante sí le hizo jurar otras dos, lo cual de ninguna manera es creible. Mas verosímil es que el juramento abrazase tres puntos y para cada uno se hiciese pregunta particular. La cólera del rey contra el Cid provino de que el Cid fué el que se empeñó en que jurára cuando los demas castellanos se habian vuelto atrás; la cólera del rey provino de que á no ser por el Cid, no hubiera tenido que jurar ni tres veces, ni una.

No se podrá defender lo mismo la posibilidad de otros lances, como por ejemplo, la espedicion del Cid á Alemania para sostener la independencia de Castilla, de quien el emperador exigia un reconocimiento de superioridad. Tal como la crónica castellana presenta el hecho, es inadmisible; pero tal vez este y todos los otros que pasan por fábulas tengan un fundamento de verdad: la desgracia es que hasta ahora no hay pruebas en que apoyar nuestras conjeturas. Por fábula se tiene la muerte del conde de Gormaz, padre de Jimena Gomez, á manos de Rodrigo, y sin embargo el suceso nada tiene de particular. Se dirá que la crónica ge-

neral y los romances lo ponen en tiempo del rey D. Fernando cuando el Cid era todavía niño; pero ¿qué dificultad hay en que sucediese despues cuando el Cid era hombre? Se nos replicará que establecemos y probamos con la carta de arras que el padre de la esposa del Cid se llamaba Diego: ¿y qué dificultad hay en que el conde muerto fuese D. Diego y no D. Gomez? Un error cronológico y una equivocacion de nombre no deben anular un hecho.

Examinando de este modo uno por uno los que se atribuyen al Cid en la desacreditada crónica castellana y en los romances, quizá se hallaría coyuntura donde poderlos acomodar todos, sin perjuicio de los otros que racionalmente no deben ponerse en duda por traerlos la historia leonesa y los prelados Rodrigo y Lucas. Habrá qu'en sostenga que sería una profanacion esta mezcla de la fábula con la historia; pero débese advertir que nosotros no tenemos por fabulosos en el fondo los hechos de la crónica y de los romances, sino por equivocados y exagerados en algunas circunstancias y accidentes: creemos en fin (y en esto nos separamos de una opinion muy respetable) que al Cid no se ha atribuido hazaña ninguna, que no le pertenezca; pero se han exagerado y tergiversado muchas de las que hizo, y acaso haria mas, y no lo sabemos por no haberse conservado romances que den cuenta de ellas. Una nueva historia del Cid que corrigiese los yerros de la crónica castellana y de los romances por medio de la crónica leonesa, los cronicones de los obispos, los documentos y los anales; una nueva historia que completase la crónica leonesa con las noticias de la castellana y de los romances, podria en hora buena ser una obra histórica de autoridad muy disputable; pero siempre ofrecería la ventaja de reunir todo cuanto se ha dicho del Cid ordenado del modo mas probablemente posible; y con esto y la indispensable circunstancia de estar bien escrito, quizá llegaría á ser el libro de historia mas popular en España. Uno de los mas acreditados profesores de la universidad de Berlin, el señor Huber, literato de gran nota, ha publicado hace poco una crónica del Cid: esperamos con impaciencia el momento de leer esta obra, para ver qué rumbo se ha prepuesto al bosquejar la fisonomía de tan gran personaje.

En resúmen, la opinion de que vulgarmente goza el Cid, fundada en la tradicion y en los romances, opinion justa respecto á la apreciacion del carácter del héroe, debe rectificarse respecto de los hechos. La opinion de que el Cid fué un gran caudillo á quien se atribuyen hazañas que no hizo, no es la nuestra; pero es la mas admitida, y como faltan datos, no es fácil impugnarla. La opinion de Masdeu es absurda, porque Masdeu concede gran valor á los argumentos negativos y se desentiende de los positivos, de los testimonios fehacientes. El Cid de los romances, de la crónica castellana y del poema, aquel Cid cuya vida abraza un siglo entero y que tiene por teatro de sus hazañas la tierra que hay desde Coimbra hasta lo interior de Alemania, ese es el Cid de los poetas, no es el Cid verdadero. El Cid grosero, traidor y contradictorio que Masdeu ha visto en medio de su furor contra el P. Risco, es un ente ideal que solo ha existido en la imaginacion del abate barcelonés, incapaz de concebir la gran figura del héroe de Castilla. El Cid de la crónica leonesa y los cronicones es el Cid que existió; pero no todo el Cid que ha existido: es el Cid visto á pedazos por entre los listones de una espesa celosía: es el Cid sin voz ni movimiento, es el Cid difunto y amortajado. Un español del siglo XII que escribia en latin no podia retratar al Cid: ¡cuánto mejor lo dibujan, aunque abultándole formas, el autor del poema, los autores de los romances, y el autor de la crónica castellana, tan poeta como ellos! La España moderna debe un cuadro al caudillo que tanto honra á la España antigua: de la historia leonesa se deben tomar las dimensiones del lienzo; pero en la crónica castellana, en el poema y en el romancero es preciso buscar los brillantes colores con que ha de darse vida á la gallarda figura de Rodrigo Diaz. Por mas brio que se le preste, todo será menos que la verdad: el hombre que fué celebrado en España como no lo fué nadie, seguramente valia mas que valió ninguno.

J. E. Hartzenbusch.



De la domesticidad en Inglaterra.

Inglaterra es el pais de la libertad..... y de la domesticidad. La aristocrácia inglesa se vanagloria de poseer los mejores criados del mundo, lo cual quiere decir, no precisamente los mas morigerados, sino simplemente los mejor enseñados. Entre un señor español ó italiano y sus criados, se vé que reina una especie de abandono lleno de bondad: el buen Sancho, el sencillo Arlequin, son los tipos de tan feliz domesticidad. En Alemania, en donde los reyes grandes ó pequeños viven como buenos ciudadanos, los nobles y los ciudadanos viven como buenos príncipes con sus gentes, un criado constituye entre ellos parte de la familia. En Francia lo mas comun es que los criados sean los amos. Unicamente entre los ingleses es en donde la domesticidad es verdaderamente un estado, una profesion regularmente constituida. Aquellos hombres libres son amos muy poco asequibles. Necesitan de criados que tengan ó afecten el sentimiento de su inferioridad, respetuosos, sumisos, puntuales, aptos, que sirvan con una precision casi mecánica. Acostumbrados á ser servidos sin dudar, sin replicar, hasta en los mas minuciosos detalles de la vida, han hecho estensivas insensiblemente á casi todas las fondas de Europa sus exigencias, siendo preciso hacerles la justicia de que ellos han sido los que han contribuido poderosamente á hacer que el servicio sea materialmente mejor, á hacer contraer escelentes hábitos de actividad, y sobre todo de aseo. Pero si bien es cierto que los viajeros les deben algun reconocimiento en esta parte, las fondas no se creen en la obligacion de deberles ninguno. Milores y miladis no se hacen querer en ellas; es verdad que se ocupan muy poco de ello: ¡qué les importa! todas esas gentes de las fondas no son, literalmente hablando, para ellos sino criados de tránsito muy inferiores á los de Inglaterra. Mandan, pagan..... con menos generosidad de la que generalmente se supone; pero como en conclusion son los que viajan mas que nadie, no hay medio de rechazar sus hábitos: se los sirve, por lo tanto, por su dinero, si bien se les devuelve frialdad por frialdad: ningun cambio de palabras, ninguna complacencia; se los trata segun su voluntad: como amos, nunca como huéspedes. Al contrario, el mas modesto viagero español, con un pequeño equipo, su baston y sus zapatos empolvados, es bien recibido en todas partes: el buen humor, la cordialidad, la franqueza entran con él. El huesped, su muger, sus criados, le saludan con una sonrisa, le preguntan sin embarazo, le piden noticias cuando llega, le dan consejos cuando se marcha: se hace mucho mas caso de su cordial adios que del basta mas ver que deja caer desde su altura el lord inglés; hace que se guarde memoria de él, y si por acaso vuelve, es una alegria: en dos ó tres dias se dá á conocer para su vida entera.

Una sola cosa basta para marcar la diferencia de caracteres que existe en este punto entre las dos naciones: los Manuales para la domesticidad y las Guias para los viageros, constituyen un ramo importantísimo de la literatura inglesa: nada semejante á esto existe en España, en donde amos y viageros se fian á su solo instinto. Autores ingleses de primera nota no se han desdeñado de tratar de estas materias *ex professo*. El mas espiritual quizá de cuantos han escrito (no quiero ponerle en parangon sino á Luciano entre los antiguos y á Voltaire entre los modernos), el dean de San-Patrick, el autor de *Gulliver* y del *Conde del Tonel*, en una palabra, el doctor Swift, ha compuesto un tratado muy original sobre los criados. Su intencion era grave: se proponia darles Instrucciones positivas, prácticas y morigerantes á esta clase, mas considerable que considerada, de sus conciudadanos. Pero la natural disposicion de su genio le ha llevado á tratar desde luego la cuestion irónicamente y de un modo inverso con intencion. En la primera division del libro finge tomar parte por los criados en contra de los amos, y les dá, les prodiga, con una vigorosa entonacion, todos cuantos malos consejos son imaginables para vejar, atormentar, engañar, vender, y faltar á la confianza de amos y amas. Por desgracia, el buen humorado dean, se ha esmerado de tal modo en esta primera parte de su obra, ha empleado tanta observacion, talento y malignidad en ella, que no le ha quedado ni gusto ni celo para la segunda: solo ha tragado en ella al-

gunas líneas con el objeto sin duda de dar su testimonio de la sana intencion de su plan; no cuidándose nada del desenvolvimiento esencial, juzgando sin duda que una pluma vulgar subsanaría tambien como la suya esta última falta. Como no es probable que se traduzca nunca á nuestro idioma el ensayo cómico de Swift, quizá sea del agrado de nuestros lectores el deslizar la vista por un ligero estracto de él.

Fragmentos.—Cuando vais mandado á algun encargo, y hayais tardado demasiado, debeis tener siempre una escusa á la mano: por ejemplo, aquella mañana ha venido vuestro tio desde seis leguas solo para veros, y se marcha mañana al amanecer; uno de vuestros camaradas al cual le prestásteis dinero cuando se hallaba desacomodado, va á partir para el continente; habeis ido á despedir á un antiguo compañero que va á pasar á las Indias; habeis estado á consolar á vuestro primo á quien lo conducian á Botany—Bay; os habeis torcido el pie contra un escalon y os habeis visto en la precision de entrar en una tienda, en la cual habeis permanecido mas de tres horas sin poder dar un solo paso; os han tirado cualquiera cosa desde un balcon...; os han llevado ante la policía como testigo de una pendencia; os han detenido en una calle en la cual habia un incendio, etc. etc. etc.



Porcances de una ama de casa.

—Cuando compreis para vuestro amo, no regateeis jamas; así le dais honor; y ademas, mejor puede soportar él la pérdida que su pobre mercader.

—Si estais al servicio de un amo que tiene muchos criados, no hagais nunca nada mas que aquello que se halla en vuestras atribuciones; respecto de todo lo demas, direis que no entendeis nada de aquello: «Eso no es de mí incumbencia.»

—Si vuestra ama os llama á su habitacion para daros órdenes, manteneos á la puerta, moved sin intermision el pestillo interin os habla, y poned la mano en el boton de la puerta para evitar el que se os olvide cerrarla.

—Si os repitieran con demasiada frecuencia que cerreis las puertas, cerradlas con tanto ruido que vuestros amos salten en sus asientos y que todo se entremezca en la habitacion.

—Si gozais de algun favor con vuestro amo hacedle entender que os ha salido otra colocacion, y, si mostrase sentimiento por perderos, decidle que seguramente quisiérais mejor vivir con él que con nadie en el mundo, porque nadie debe llevar á mal el que un pobre criado trate de mejorar de condicion, que el servicio no es una herencia, que vuestro trabajo es mucho, y que vuestro salario es corto. Con esto, vuestro amo, si es generoso, os aumentará el salario antes que dejaos partir; si no lo hace, y si os interesa positivamente no perder vuestra colocacion decidle que uno de vuestros camaradas os ha decidido á que os quedeis.

—Escribid vuestro nombre y el de vuestra mejor amiga con carbon, sobre la chimenea ó en los peldaños de la escalera, para demostrar lo que sabeis hacer.

—No acudais jamás hasta que hayan tocado la campanilla ú os hayan llamado tres ó cuatro veces: únicamente los perros son los que acuden al primer silvido.

—Si os riñera vuestro amo, respondedle que no habeis acudido antes porque no sabíais que os llamaran.

—Cuando querais entreteneros hablando con la frutera ó con el tendero, no cerreis la puerta de la calle si no teneis llave; de otro modo os vereis obligado á llamar para entrar, y sabrán que habeis salido. Por la misma causa, si quereis hablar por la parte interior de la casa con alguna vecina, dejad la luz encendida en vuestra cocina.

—Disputad, reñid unos criados con otros; pero no os olvideis nunca de que todos teneis un enemigo comun.

—Si alguno de vuestros compañeros se ha embriagado, y preguntaren por él, decid que se ha acostado porque se sentia indispuesto; vuestro amo, por buen corazon, os dará algo, para que se alivie el pobre hombre.

—Si vuestro amo pregunta, al entrar, por alguno de vuestros compañeros, que se halla fuera, decidle que acaban de venir á buscarlo no hace un minuto aun para ir á casa de uno de sus primos que se halla en los últimos momentos.

—Cuando hayais cometido alguna falta, estad impertinente, y presentaos como si fuéseis el ofendido; frecuentemente es este el medio mejor para que cese en el instante mismo la cólera de vuestro amo.

—Si os regañan, murmurad sordamente, al retiraros, los corredores y las escaleras adelante: este es el modo de hacer dudar si han sido por ventura injustos para con vos.

—¡Si vuestros amos os riñen una sola vez sin causa en su vida, dichoso, tres veces dichoso criado! nada os quedará ya que hacer en adelante, siempre que cometais una falta, sino recordarles su injusticia.

—Quereis dejar á vuestro amo sin necesidad de romper vos mismo con él, tornaos de pronto mas descocado é insolente que de ordinario; él os despedirá, y, para vengaros, hablareis tan mal de él á vuestros camaradas, que no volverá á hallar ningun criado bueno que quiera servirle.

Esto basta sin duda alguna para dar una idea del libro á nuestros lectores. Despues de estos consejos generales, escelentes para seguirlos si se quisiere ser despedido y caer muy pronto en la miseria, entra Swift en los detalles mas particulares sobre cada una de las partes del servicio, sobre cada ocupacion: las advertencias á las doncellas y á las amas de gobierno tienen sobre todo una infernal malignidad. En suma, á causa de su interrupcion, la obra de Swift es de una utilidad muy controvertible. Hace mucho tiempo, que se duda en efecto decidir si una pintura viva y fiel de los vicios, aun cuando sea inspirada por el deseo de hacerlos odiosos, es mas perjudicial que provechosa. Si, por una parte, dejando al descubierto las astucias de los malos, puede esperarse el poner en guardia contra ellos á las personas honradas, es esponerse, por otra, á aumentar el número de los malos ó á darles mayor destreza para hacer mal.

Despues de Swift se han escrito en Inglaterra tratados de moral, y pronunciado sermones sobre la domesticidad. Un autor ha publicado últimamente sobre este asunto un libro intitulado: *La mayor calamidad de la vida*. Es un cuadro romántico. Refiere una lady, como despues de su casamiento, ha puesto los criados á prueba de su vida de mil maneras, reduciéndola por último á ser la mas desgraciada de las mugeres. De este libro, bastante mediano, es del que tomamos un dibujo, de Cruikshan. Al mismo tiempo se ha dado á la luz pública en Lóndres un manual práctico de criados sério é instructivo. Hasta ahora nada semejante poseemos en España. Nuestros criados leen poco; y cuáles serán los amos que no se crean con todo el talento y todos los conocimientos necesarios para saber mandar? Se ha intentado perfeccionar la institucion de las agencias para su colocacion; estos ensayos son laudables: no podrian encarecerse lo bastante cuantos esfuerzos tiendan á elevar esta profesion en punto á moralidad é instruccion práctica.

El único medio que tienen los criados de hacer su condicion mas digna y mas feliz es la de perturbarse á sí mismos y merecer por su conducta, por su honradez, una confianza que los haga adoptar en cierto modo por las familias. Sabido es por numerosísimos ejemplos á que honrosa y admirable influencia pueden llegar con la adhesion y la perseverancia. Si bien debe tenerse presente que los buenos amos hacen los buenos criados, no es menos cierto que muchas veces pueden los buenos criados hacer buenos amos. No existen siempre en una parte sola los defectos y la corrupcion. A un criado que poseyera el talento del doctor Swift no le faltaría consejos que dar á los amos: el leon de la Fontaine no es el único que puede esclamar con razon:

¡Si mes confreres savaient peindre!



CARRETON DE VELA EN CHINA.

«Algunos antiguos viageros, dice Jorge Staunton, hablan de los carretones con vela de los chinos, método que no han abandonado todavía. Constan de carretas pequeñas de bambú, con una sola rueda grande. Cuando el viento es débil, un hombre sujeto delante arrastra este vehículo, mientras que otro le empuja por detrás. Si el viento es fuerte, despliegan una vela de estera sujeta á dos palos; esta vela hace inútil el trabajo del hombre que comunmente tira delante»

Los vendedores de comestibles, los aldeanos de las cercanías de las ciudades, son principalmente los que emplean estos carretones cuando van al mercado. En la América del Sud se hace tambien uso de un medio de transporte semejante.

SOLA. (1)

> Siempre ha estado convencido de que hay que seguir otra lógica que la de los dramas y novelas, en las cuales, por lo regular, el autor se anticipa á la justicia divina, y paga ampliamente en esta vida á cada uno segun su merecido, inutilizando de esta suerte la esperanza y el temor de los goces y castigos eternos prometidos despues de la muerte, saldándole su cuenta al bueno y al malo en la tierra, parodiando en este mundo un cielo y un infierno que dispone á su alvedrío.—He visto en esto una profanacion de ese alto pensamiento y conviccion del cristianismo, que considera esta vida como una prueba, como un problema al que solo Dios debe dar la debida solucion.
>
> *Eugenio Sué.*
> Prólogo de La Salamandra.

I.

—Por cierto, dijo el jóven coronel de milicias D. Rodrigo Ponce de Leon acercándose á la mesa del tresillo en que jugaban doña N. de Silva, el inspector de artillería y el rector de la universidad de Sevilla: verdaderamente, tia mia, nunca adivinareis á quién vengo de ver en el teatro.

—Eso será tan difícil, contestó la tia, como adivinar los números que han de ganar premio en la lotería.

—Pues bien, os lo diré: la condesa de Luna y su hija.

Los naipes se le cayeron de las manos á la señora de Silva, y pasó con un solo.

—Eso es chanza, dijo.

—Tan verdad es como imperdible era vuestro juego.

—¡Y con su hija!.... ¿la viste bien?....

—¡Vaya si la he visto! ¡es muy bonita! ¡buena está la pregunta! Inés llevaba mantilla negra de tafetan, como si fuera á la iglesia. Abria mucho los ojos, y á nadie miraba, ni aun á mí, que soy su primo en cuarto grado.

—¡Vaya, dijo la tia, es increible!

—¿Qué daban en el teatro? preguntó el viejo señor de G.

—*Sancho Ortiz de las Roelas.*

—¡Ah! ya está esplicado el enigma: la condesa es *Tavera*, y siempre va al teatro cuando dan esa pieza, cuyo argumento es verídico, y uno de los héroes pariente suyo.

—Tiene V. razon, dijo la señora de Silva, habia olvidado esta escepcion, muy justa por cierto; pues todos sabemos con qué recogimiento cria la condesa á su hija: así es Inés el modelo de jóvenes, como siempre su madre lo fué de casadas. ¡Es familia respetabilísima!

—¡Buen modo de educar á una jóven! repuso el coronel: una severidad ridícula, una gazmoñería chocante, una beatería fastidiosa..... No hay mas que verla: fria como una estátua, tan desmayada como una palurda, tímida y estúpida como una esclava.

—Hablas como un aturdido, mi querido sobrino, dijo la señora de Silva; mas bien deberias admirar aquel aire tan noble y mesurado, aquellos modales tan modestos y sin pretensiones, en fin, aquel decoro.

—Aquella frialdad, aquel orgullo, aquel desden, dijo el coronel interrumpiéndola con viveza..... Dígalo mi amigo García Tafalla, que por desgracia suya fué alojado enfrente de su casa, que la ama con pasion, y que solo es correspondido con señales de desprecio!! ¡Bien hace penar al pobre García!

—¿Supongo que lo que dices está fundado en conjeturas?

—Perdone V., tengo datos para decirlo. A nuestra llegada nos hizo unos elogios tan exaltados de Inés, que en ellos se traslucia su pasion, sin que él lo advirtiera. Algun tiempo despues, no solamente no volvió á mentarla, sino que se hizo tan mal sufrido con nuestras chanzas sobre el particular, que les dió fin batiéndose con un oficial que lo embromaba. De dia en dia se ha puesto mas adusto y melancólico, y aun esta misma noche se ha vendido completamente, pues entre todos nosotros fué el único que no la miró á la salida. Formábamos calle para ver salir á las señoras: Inés tropezó antes de llegar al coche; García corrió á ofrecerle la mano, pero Inés, sin dignarse darle las gracias, ni aun de mirarlo, tomó la del lacayo y se metió en el fondo del carruaje, como para no verse precisada á devolver nuestros saludos. Por lo que á mí toca, le aseguro que semejante conducta apagaria mis amorosas llamas, aunque fuesen tan ardientes como las de Macías. ¡Pobre Pigmalion, muerto por una estátua que no puede animar! ¡Un jóven perfecto! ¡tan noble! ¡tan honrado! ¡de tan bella presencia! En fin, un verdadero caballero.

—¿Es rico? preguntó la tia.

—¿Es rico? esa es la pregunta de todas las personas de edad; pues no señora: es el segundo de su casa. Pregunte V. ahora cuántos son los cuarteles de su nobleza; esa pregunta de los preocupados sigue á la otra, como sigue el payaso al arlequin. Es de una familia honrada de Estremadura. Ahora bien: que sea un jóven lleno de mérito y buenas cualidades, que tenga un carácter escelente, un esterior y modales distinguidos y que la adore; todo eso nada importa. Esto es, sin embargo, lo que haria la felicidad de la que fuera su muger.... pero la dicha es poca cosa.... la vanidad es el todo!

—¡Rodrigo, hablas como un chico de veinticuatro años! Pero has de saber que todo lo que has enumerado no basta al bien estar, si á eso no se unen las conveniencias: esto la juventud no lo conoce; pero luego las echa menos, llega el arrepentimiento, y todos disculpan su falta con la inesperiencia, ó culpan á sus padres. Algo mas vale el sistema que sigue la condesa de Luna: con él preserva á su hija de dejarse arrastrar y seducir por una pasion que no podria menos de hacerla infeliz. Vosotros hablais siempre del amor como del destino de la vida, y soleis mudar mas veces de amores que de guarnicion. La vida puede pasarse sin amor, como yo sin mis joyas..... es puro lujo!

Rodrigo hizo una pirueta soltando una carcajada.

—Eres un loco, dijo su tia, y volviendo á nuestro asunto: tú serás muy entendido en disciplinar soldados, no lo dudo; en cuanto á la educacion de jóvenes no entiendes una palabra.

Las doce sonaron, y la tertulia se separó.

II.

Mucho tiempo hacia que en casa de la condesa de Luna todo yacia en profundo silencio. La alcoba de la condesa sobre todo, parecia el santuario del sosiego moral y material. Era una gran alcoba, en la que se veian dos cómodas con embutidos de plata. Sobre una de ellas un magnífico crucifijo de marfil, sobre la otra un reloj de lira, que daba los minutos con la misma regularidad que ponia la condesa en todas sus acciones. Entre las dos cómodas estaba un tocador cubierto de muselina con falbalaes muy blancos, muy almidonados, muy plegados, con su espejo cuyo marco era de plata, y varios platos tazas y candeleros, todo igualmente de plata. En la pared habia un nicho, cerrado con vidriera en el cual ardia una mariposa. En el fondo de la alcoba, una gran cama maciza, con cortinas y colcha de raso liso blanco de la China, bordado en seda y oro figurando un revoltillo de pájaros, mariposas, flores y monos, verdadera imágen de los sueños que protejia. Al lado de la cama colgaba una pila de plata con agua bendita. En medio de todo este órden admirable, reposaba la condesa como su punto céntrico. Todavía era hermosa, resultas de una vida tranquila y virtuosa. Sus facciones que no se hallaban alteradas por pasiones ni pesares, habian conservado toda su brillantez como las flores bajo fanales de cristal. Soñaba que el retrato grande de Bustos Tavera, que estaba en el estrado la dirigia una mirada cariñosa por haber ido al teatro, mientras su tio el Cardenal que se hallaba enfrente, fruncia el ceño.

En la alcoba de su hija no habia ensueños, ni calma ni dormir. Inés pálida, suelto el cabello daba vueltas en ella, con una agitacion difícil de espresar, á la que se entregaba, libre de la eterna y rigorosa violencia que se hacia todo el dia. Tan pronto se paraba y se ponia á escuchar—tan pronto se echaba en su canapé, cruzando las manos y dejando caer la cabeza sobre su pecho á modo de pesada

(1) Tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores una nueva novela, del escritor incógnito, que con la simultánea y reciente publicacion de varias producciones de este género ha alcanzado repentinamente una ventajosa y merecida reputacion de novelista y de hábil pintor de costumbres; la que hoy ofrecemos aventaja notablemente á las que anteriormente han aparecido en el Semanario firmadas con el pseudónimo de *Fernan Caballero*. No será esto el último escrito del mismo autor con que amenicemos nuestro periódico.

carga. Pero la levantó oyendo una voz que cantaba quedo bajo sus ventanas.

¡Hay! amor que no entiendo
tus tiranías!
¡si mandas y ordenas
si exiges, si intimas
que canta la pena que llora la risa!

Corrió al balcon, abrió las persianas y dijo con voz baja:
—¿Eres tú Garcia?
—Yo, Inés.
Echó una cinta que volvió á recoger cuando él hubo atado á ella una escala de cuerda, pasó dos ganchos de hierro al pasamano del balcon, en seguida un gallardo jóven subió y saltó dentro del cuarto.
—Inés mia, Inés mia, dijo precipitándose así y arrojándose á los brazos de ella, ¡qué siglos de tormentos por uno de estos instantes de delicia!
—¡Ah! suspiró Inés, quién pudiera borrarlos de nuestra vida, y de nuestra memoria!
—¿No me quieres ya Inés?
—Las mugeres como yo, solo aman una vez, García.
—¡No me miraste ni una vez en el teatro!
—Y sin embargo no he visto mas que á tí:
—¡Inés! ¡Inés! Semejante existencia es insufrible.
—Y no obstante, dijo ella, cayendo abrumada sobre el sofá; tu no sabes toda nuestra desgracia!
—¡Qué! ¿nos han vendido? ¿tu madre acaso ha sabido?
—¡No, no! ¡es una desgracia mayor! ¡es el deshonor! ¡es la infamia. Garcia, prosiguió sollozando y cubriéndose el rostro con las manos, ¡Soy madre!
—El jóven se echó á sus pies, cubrió de besos apasionados sus manos bañadas de lágrimas, y las trenzas largas de sus cabellos pronunciando palabras inconexas que pintaban su enagenamiento y su ternura.
—¡Déjame, déjame esclamó Inés, desprendiòse de sus brazos; insensato! ¡egoista! que en nada cuentas el honor de la que amas, que pareces gozarte en lo que me ha de acortar la vida ó la razon!
Levantóse Inés indignada, su vista se turbó, bambaleó, y cayó sin sentido. García desesperado se vió forzado á pedir auxilio á la ama de Inés su confidenta, cuyo cuarto se hallaba separado del de Inés por un pequeño corredor. Esta vino al instante. Era una muger alta, seca y flaca, que lanzó desde luego miradas iracundas á García y que lo apartó aun con altivez cuando quiso prestar sus auxilios á la que amaba.
Dejadla señor le dijo: vos no le hareis jamás sino males. ¡En mala hora os ha conocido!
—Inés abrió los ojos. Catana, dijo á su ama; ¡la afrenta ó la muerte!
—Hija mia, dijo Catana, todo se podria componer. Tranquilízate; te estás matando! piensa que si te pones mala se divulgará tu secreto.
—Pero ¿qué haré? esclamó Inés, con desesperacion.
—Inés mia, dijo García, nos echaremos á los pies de tus padres, confesándolo todo, y ellos nos perdonarán.
—¿Qué dice V. señor? dijo Catana interrumpiéndole secamente, su padre perderia el juicio, su madre moriria. Es imposible, no hay mas que un medio de sepultar esta desgracia en un eterno olvido: la criatura no debe nacer.
—Inés dió un gemido y dejó caer su cabeza en uno de los cojines del sofá.
—¡Espiar una falta con un crímen! esclamó García.
—¡Jamás, jamás! Inés prosiguió precipitándose á sus pies. ¡Por el amor de nuestro hijo, sé mi muger! no puedo ofrecerte ni fortuna, ni rango; pero tengo mi espada, mi nombre inmaculado, y un corazon que siempre te adorará.
—Imposible García, imposible por ahora, repetia Inés volviendo á otro lado su rostro bañado en lágrimas.
—Su padre la mataría; decia Catana; su hija única, su heredera, darla á una persona sin nombre y sin bienes, su seductor! Preferirian verla entre cuatro cirios. Solo el velo del mas profundo misterio puede salvaros.
—Reemplace tu cariño, dijo Inés, el de una madre, hasta que la muerte de mis padres me deje dueña de mis acciones! Entonces García..... Oigo ruido, dijo Catana acercándose á la puerta; alejaos que oigo pasos. García se precipitó al balcon, Catana desató la escala y cerró las persianas.

III

—Mi querido Rodrigo, decia la señora de Silva abrazando tiernamente á su sobrino,—¡Como te habrás aburrido durante estos diez y ocho meses, en ese horrible rincon de Badajoz!
—He enflaquecido, tia. ¡El menor de los inconvenientes del estado militar es el darse á matar en el campo de batalla! ah ¡que horrible guarnicion! ¡que pueblo tan mal sano! todos hemos estado malos; pero lo que mas me ha emponzoñado mi estada allí, es mi pobre García, abatido ya por una pena devoradora, se entregó á su fiebre como á una amiga, y pronto murió, llorado por todos sus compañeros que han maldecido mil veces á la muger cruel que causó su muerte.
—Di á la muger razonable que no dió pie á un amor que no podia ni debia participar. Pero los hombres siempre son injustos con las mugeres: si resisten, malo; si ceden peor. Inés sin embargo recibe la recompensa debida á su juiciosa coducta. Los mejores partidos de Sevilla solicitan su mano; un Tono de Monsalve, tú sabes su antigua nobleza. La corona se halla á los pies de sus aguilas en su escudo de armas. No sabes quizás el origen de esta particularidad: te lo contaré. Juan de Monsalve fué favorito del rey Don Juan II, y aun pretendian que era su hijo, cuya opinion nació de la estrema hermosura de su madre, opinion desmentida por su alta virtud. D. Enrrique IV lo hizo su maestre Sala y conservó su empleo en tiempo de Isabel la Católica. Un dia en presencia de la reina, los cortesanos le chanceaban sobre su semejanza con la reina. Pero D. Juan, lejos de darse por lisonjeado, les respondió con enojo que mentian, y que estimaba mas el honor de mi madre que la sangre real. Entonces la noble Isabel le dijo.—Monsalve, eres digno que la corona que llevan sobre la cabeza las aguilas de tu escudo de armas, esté á sus pies.—Lo que fué ejecutado, como lo puedes verificar en las armas de marmol que se ven en el frontispicio de sus casas en la plaza Monsalve. (1) Pero dicen que el que conseguirá la preferencia es el marqués.
—¡Tia mia, Vd. es una crónica viva! dijo Rodrigo interrumpiendola. ¿Vá Vd. ahora á desenterrar los abuelos de todos los pretendientes de Inés? Por lo que á mí toca, no veo mas que á sus últimos descendientes. Uno es idiota, y el otro un cena á oscuras: su sociedad se compone de carniceros, toreros y caleseros. Yo no veo mas allá. El lustre de sus abuelos se ha evaporado lastimosamente. Yo no aprecio sino el mérito personal. Lo demas es *vanitas vanitatis* preocupaciones; no hay mas nobleza que el mérito personal; el primer rey fué un soldado valiente.
—¡Jesus Maria! dijo su tia persignándose, ¿no te avergüenzas de propalar ideas tan necias como vulgares? Esas bonitas máximas que proclamas, y nos llegan goteando sangre de la revolucion francesa, esas frívolas y superficiales máximas, que fueron el primer fundamento del edificio coronado con el patibulo de Luis XVI, ¿tendrán un juguete mas en un Ponce de Leon, un español, un catolico, á quien el rey ha confiado un regimiento? ¡ah! ¡Rodrigo! qué mal me has hecho!
—Perdonad tia, si hay alguna acritud en mis discursos, pero la muerte trágica de mi amigo me ha traspasado el corazon. Estoy furioso contra esas preocupaciones si llegan hasta el punto de hacer la infelicidad de un hombre de bien.
En este momento un criado anunció la visita de la condesa de Luna con su hija. Rodrigo quiso irse; pero su tia le detuvo. Despues de haber saludado al ama de la casa la condesa cumplimentó al jóven coronel sobre su feliz llegada. El se quejó de su guarnicion y despues añadió: —pero sobre todo despues de la muerte de mi amigo Garcia Tafalla se me hizo insoportable.
Una ligera conmocion de nervios que produjo un movimiento involuntario, hizo caer el abanico de Inés. Rodrigo se apresuró á levantarlo.—Nadie hay mas torpe que yo para manejar un abanico—dijo ella sonriendo é inclinándose para darle las gracias.
Pero el imperturbable coronel prosiguió sin dejarse desviar de su asunto.—Es una pesadumbre la que lo ha muerto. A fé mia que debe tener remordimientos la perso-

(1) Histórico: hoy dia propiedad del Sr. Marques de la Granja.

na que ha excavado la tumba de uno de los caballeros mas cumplidos que he conocido.

—¡Ah señor!—dijo Ines.—Las pesadumbres no causan la muerte á una persona que tiene salud, asi como la felicidad no da la salud á un tísico.

¡Mude Vd. de edad y de figura—esclamó Rodrigo,—ó mude lenguage! ¿Se vieron jamas reunidos el invierno y la primavera? Son flores cubiertas de nieve.

Y no pudiendo contener su indignacion, salió precipitadamente. ¡Ah, se dijo á sí mismo: despreció tu vida y tu amor y menosprecia tu muerte! ¡Que no hubiera tenido mi corazon para amarte, García mio!

(Concluirá.)

Fernan Caballero.

De la igualdad en Madrid.

El madrileño ocupa la posicion que puede, pero procura *aparecer* en otra distinta que en la que realmente se encuentra. Despues de muchos trastornos, las clases inferiores han conquistado el derecho de *parecer* iguales á las otras; es decir, han conquistado la igualdad en los gastos, pero no en los ingresos.

En Madrid, todo el mundo es rico en la calle, en los bailes, en los teatros. Pero algunos, mejor dicho, el mayor número, pagan este brillo esterior y aparente, con toda especie de miserias positivas, animosamente agravadas como necesidades indispensables, aunque puedan parecer supérfluas.

El trage y la *apariencia* son lo *necesario*, la habitacion y la comida son lo supérfluo; esta última parte es la que se cercena y escatima hasta un grado increible.

El empleado con 10,000 rs. debe usar el mismo traje, el mismo sombrero que el propietario que posee 60,000 de renta, y debe fumar los mismos cigarros habanos de á 2 rs.

El artesano mismo se retrae ahora de usar el trage cómodo y pintoresco que ha pertenecido por largo tiempo á ciertas profesiones.

El maestro ebanista no osaria actualmente presentarse el dia de fiesta con su pantalon y chaqueta negra como otras veces. Créese obligado á agenciarse un paletó á guisa de funda de violon, no importa de qué color; debe tambien tener un reloj; el reloj puede ser de un metal cualquiera, pero la cadena y la llave que aparecen en el esterior, es preciso que sean doradas, imitando á las finas.

Es de lamentar que se hayan dejado caer en desuso los trages particulares de cada profesion; esta costumbre envolvia en ella una especie de ley suntuaria, á la cual no era humillante obedecer.

Tal empleado de 10,000 rs. que se cree obligado á parecer rico en la calle, se alimenta malamente con las provisiones que él mismo va á comprar por la mañana á primer hora, cuando no teme que le vean las gentes conocidas.

Nada de esto sucede en las provincias. Los habitantes de vuestro pueblo saben al dedillo lo que poseeis en tierras y en fincas, lo que producen vuestros trabajos; no hay afan de deslumbrar, porque no es posible conseguir que nadie se haga ilusiones.

Pero en Madrid, hay quien come por real y medio en un bodegon, ó guarda en el fondo de su bolsillo un panecillo francés, cuyos pedazos va llevando cuidadosamente á la boca, aparentando rascarse las narices ó atusarse el bigote, y se dirige en seguida á la Puerta del Sol con un mondadientes en la boca, dando envidia á los transeuntes, cuya piedad debia escitar.

Asi es que los negocios mas lucrativos, las especulaciones mas seguras, son las que tienen por objeto vender cosas de lujo muy baratas. Las camisas de mal *algodon*, pero con cuello, pechera y puños de *batista*, las corbatas *fingiendo* challnas, los zapatos *imitando* botas tienen una salida prodigiosa. Hay muchas gentes que deben su subsistencia á la diferencia de precio que existe entre estas felices imitaciones y los objetos verdaderos que se creerian obligados á comprar, y que absorberian completamente sus fondos.

Asi se esplica el misterio que muchas personas guardan en Madrid respecto á su domicilio. Si teneis algun negocio con ellos, os dirán que salen temprano y entran tarde, que no se les encuentra jamás, etc., prefieren daros cita para la Puerta del Sol ó para un café. Es que el elegante habita una boardilla cuyo alquiler ha dejado de pagar hace tres meses, que duerme sobre una cama de cordeles, y que una botella vacia le sirve de candelero.

Hay muchas personas que prefieren tener apariencia de haber comido en casa de Lardy, á comer positivamente en otra fonda de menos fama.

Y lo que hay de mas curioso en estos esfuerzos heróicos por parecer rico, es que los que tal hacen, no pueden alcanzar mas que dos resultados; sin contar el de arrastrar una vida miserable, si consiguen engañar á las gentes les envidian, si no lo consiguen, se burlan de ellos.

La verdad.

La verdad reina en el cielo, ilumina la tierra, inspira la justicia y rige las naciones. Confirma lo que es patente, y esclarece lo que es dudoso. A ella es debido el que todas las virtudes lleguen á su mas alto grado de perfeccion.

La verdad constituye un deber que no es dispensado por nada. Es una moneda siempre corriente; un horizonte que no se halla empañado por nube alguna, un mar sin abismos, un puerto sin naufragios, una flor que nunca se marchita.

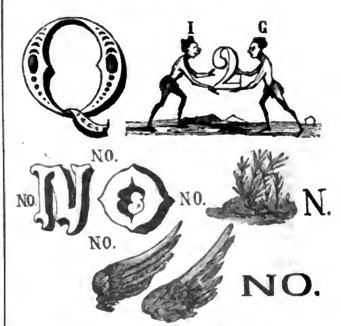
La verdad es la imágen de una salud eterna, de una vida sin fin. Es un alimento siempre sano, un sol que jamás se pone; una luna sin eclipse, una puerta que á nadie se le cierra, un camino que se halla abierto para todos.

La verdad es á la vez el orígen, la esencia y la concentracion de toda fuerza. Sin ella, el vigor no seria sino debilidad; la prudencia, temeridad; la templanza, privacion; la justicia, iniquidad; la humildad, hipocresía; la paciencia, disimulacion; la beneficencia, vanidad; la riqueza, indigencia; la libertad, despotismo ó anarquía.

La verdad es el centro comun de todas las cosas, es la brújula que dirige el mundo, es el antídoto de todos los venenos, la sombra bajo que se guarecen todas las virtudes y por lo mismo el objeto que muy pocos alcanzan.

Pedro de Medina.

GEROGLIFICO.



La solucion en el núm. próximo.

Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26

Oficinas y establecimiento tipográfico del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo D. G. Alhambra.



El venerable P. Fr. Pedro Esteve.

Uno de los hombres de mas prestigio y de mayor popularidad en su tiempo, principalmente en la capital del antiguo reino de Valencia y aun en la córte, lo fué sin disputa el venerable Fr. Pedro Esteve, religioso franciscano, cuyo retrato exacto y parecido va al frente de este artículo.

Nació en la ciudad de Denia á 19 de octubre de 1582 de padres bastante acomodados, quienes le dieron una educacion esmerada, distinguiéndose, desde sus primeros años, el jóven Pedro, por lo que aventajaba á sus condiscípulos y por las repetidas obras de caridad que ejercia.

Perfeccionado en las primeras letras y latinidad, tomó á los diez y ocho años, el habito en el convento de Santa María de Jesus, y habiendo profesado y concluido los estudios de filosofía y teología escolástica, expositiva, moral y mística, que emprendió con una constancia y aprovechamiento notables, mereciendo los mayores elogios del señor arzobispo D. Fr. Isidro Aliaga, recibió las sagradas órdenes, inclusa la del sacerdocio, y en seguida fué nombrado predicador apostólico con destino al convento de Chelva.

Transcurridos varios años y á pesar de su modestia y repugnancia, se le obligó á que aceptase la comisaría de Jerusalen, que desempeñó desde 1614 hasta 1638, en cuyo largo intermedio, no cesó de pedir por sí limosna, recorriendo á pié y descalzo las poblaciones mas distantes.

En Valencia acostumbraba á predicar en la misma plaza del mercado, sobre una piedra cerca de la lonja, y era tal el concurso que se agolpaba á oirle, que no podia darse un paso.

Todos le conocian y respetaban, y la fama de su talento y virtudes cundió tanto que hasta el rey Felipe IV lo hizo pasar á la córte, y la reina y otros personages le dispensaron muchas atenciones, y habiendo querido honrarle el primero con uno de los obispados de Galicia, le renunció, escusándose con su insuficiencia y achaques.

En 1651 hallándose sitiada Tortosa por los franceses, el arzobispo D. Fr. Pedro de Verbina juntó un tercio de infantería valenciana para ir á socorrer la plaza, como se consiguió, formando parte de la espedicion el Padre Esteve, quien animó con su fervor y ejemplo á los soldados, curó á los heridos y confesó y auxilió á los moribundos, sin descansar un momento.

Fundó varias cofradías y establecimientos piadosos y un hospicio, y compuso diferentes obras, entre ellas, la Historia del Santo Sepulcro en idioma valenciano, y diversas poesías en el mismo idioma, en cuyas obras se descubren una piedad y gracejo estremados y una lealtad acendrada á su patria y á sus reyes.

Murió en tres de noviembre de 1658 con gran fama de santidad, en el convento de San Francisco de Valencia, y aunque se tomó la precaucion de no doblar las campanas ni publicar su fallecimiento, fué en valde, porque se divulgó al instante este por la ciudad y sus contornos, y sin embargo del tiempo lluvióso y malo que hacia, se asegura, que fué un dia de consternacion general, que no vieron los nacidos mayor concurrencia á las puertas de dicho convento, y que se apresuraron y disputaron unos y otros la posesion de los efectos que usaba el P. Esteve, cuyo cadáver se colocó en un nicho de la capilla de San Luis. Al renovar y componer esta en 1674, un albañil descubrió el recordado cadáver y se halló íntegro y sin ninguna lesion ó descomposicion, cuya novedad se hizo notoria, y fué tal el gentío que acudió, que rompió las puertas de la iglesia y fué preciso, para satisfacer la ansiedad que reinaba en los ánimos, esponerle al público por dos dias, pero con tropa que facilitó el virey, volviéndole á colocar en el mismo nicho, despues de unas suntuosas exequias que se celebraron con asistencia del Illmo. Cabildo y del ayuntamiento, y de ponerle un hábito de raso á flores y dentro de dos cajas, una forrada de terciopelo carmesí con franjas de plata y otra de pino.

Decretada en 1835 la esclaustracion de los Regulares, vino á parar en cuartel el convento de San Francisco, y los soldados que le ocupaban, notando que sonaba en hueco una de las paredes de la capilla de San Luis, quitaron, la tarde del 20 de febrero de 1839 varios ladrillos y se encontraron las cajas de que hemos hablado antes y dentro un cadáver entero é incorrupto, sobre cuyo hallazgo y sobre el de unos papeles metidos en un cañon de hojadelata que mencionaban la muerte del venerable P. Esteve y lo ocurrido en 1674, se formó espediente, se examinaron testigos, intervino el teniente rey de la plaza y hasta los Sres. D. Pedro Chacon que desempeñaba la capitanía general y D. Joaquin Ferráz, gobernador eclesiástico del arzobispado, y por el segundo se hizo entrega de todo al tercero,

quien, prevía reclamacion del ayuntamiento y vecinos de Denia, se lo cedió, viniendo á parar los restos de aquel, á un cóncavo de la pared frente á la entrada del archivo de la iglesia de dicha ciudad de Denia, donde subsisten dentro de una arca de nogal cerrada con dos llaves.

REMIGIO SALOMON.

Orígen, progresos y estincion de la Orden de Malta.

(Conclusion.)

Verificadas las pruebas *testimoniales*, *literales*, *locales y secretas* que mandaban los estatutos, é identificada por ellas la aptitud del caballero, podia ser recibido en la Orden en tres épocas diferentes: en la de *mayoría* á los diez y seis años, aun cuando hasta los veinte no tiene obligacion de trasladarse á Malta pagando por *derecho de pasaje ó recepcion* doscientos sesenta escudos de oro; en la de *menoría*, abuso introducido en los tiempos modernos, en virtud del cual podia darse el título de caballero á un recien nacido, mediante breve de S. S., y satisfaciendo el derecho de unos 333 duros españoles; y finalmente se admitian tambien caballeros en el concepto de *pajes* del gran maestre, desde los 12 hasta los 15 años, en que perdian este carácter, abonando por su receptacion una cantidad casi igual á la que se pagaba por la mayoría. Otra formalidad indispensable antes de obtener el título de caballero de justicia eran las *caravanas* ó expediciones que hacian los aspirantes al mismo título en las galeras de la Religion, ya para combatir contra sus enemigos, ya para prestar cualquiera otra clase de servicio. Podian, pues, considerarse como una prueba de idoneidad; duraba cada una por espacio de seis meses, y se requerian cuatro completas, aunque á veces se rebajaba este número y aun el tiempo de duracion, por gracia particular y en atencion al mérito de algun hecho distinguido, ó á la calidad de los insinuados servicios.

La Orden de Malta estaba dividida en ocho lenguas, correspondientes á las distintas naciones que en otro tiempo la componian: Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragon, Inglaterra, Alemania y Castilla, enumeradas siempre por este órden. Cada lengua tenia una dignidad particular que era su cabeza ó representante; Provenza la de *Gran Comendador*; Auvernia la de *Gran mariscal*; Francia la de *Grande hospitalario*; la de *Grande almirante* Italia; la de *Abanderado* (Drapier), despues *Gran conservador*, Aragon; la de *Turcopolier ó general de la caballería*, Inglaterra, título que tomó mas adelante de resultas del protestantismo el Senescal del gran maestre; finalmente, á la lengua de Alemania correspondia el *Gran Bailío* de la Orden y el *Gran Canciller* á la de Castilla. El obispo de Malta y el prior de la iglesia de San Juan estaban incluidos tambien en la categoría de jefes ó *pilares* de la religion, que así se denominaban los susodichos.

Estos eran los *Bailíos conventuales*, llamados de esta suerte porque debian residir ordinariamente en los conventos ó domicilios destinados á cada una de las lenguas; y esta calificacion los distinguia de los *Bailíos capitulares*, nombre que indica su concurrencia á los capítulos generales ó provinciales de la Orden, lo cual no se oponia á que residiesen en los prioratos donde radicaban sus *bailiajes* ó encomiendas. A esta clase correspondian tambien los *Bailíos de gracia ú honorarios*, título vano, aunque perjudicial al buen régimen é intereses de la Orden, que como casi todos los abusos introducidos, emanaba de la suprema autoridad de los pontífices.

Los *Grandes priores* eran los superiores de cuantos religiosos moraban en su priorato, distinguiéndose algunos con nombres particulares, como el de Portugal, comprendido en la lengua de Castilla, á quien se llamaba *Prior de Ocrato*, y el de Aragon, conocido en la historia por el *Castellano de Amposta*. Los *Comendadores* ejercian una especie de administracion sobre los bienes de la Orden situados en sus territorios ó *encomiendas*, y sus cargos eran amovibles, porque siendo unas encomiendas mas ricas y productivas que otras, con la esperanza de mejorar de suerte, necesariamente habian de conducirse con integridad, como la mejor recomendacion que podian alegar en sus nuchas pretensiones.

Otros muchos destinos menos importantes y honoríficos completaban bajo el aspecto personal la organizacion de aquella república tan singular como la de Venecia; secretarios, escuderos, caballerizos, procuradores, camareros, auditores, protectores, comisarios, gobernadores, comandantes, capitanes y otros cuya clasificacion seria tan prolija, que faltaríamos á la brevedad que nos hemos propuesto, y abusaríamos de la indulgencia de nuestros lectores. Por la misma razon juzgamos conveniente no decir nada de la eleccion del Gran maestre, en que á pesar de las complicadas combinaciones que estaban prescritas, no dejaban de introducirse la intriga y el soborno; y por igual motivo prescindimos de otros puntos que como mas directamente enlazados con el sistema de gobierno de la Orden, parecerán á muchos preferibles á los que tan ligeramente hemos tocado. La dignidad de Gran maestre, superior á todas las demas en poder y categoría, llegó á tener, sobre todo en los postreros tiempos, menos autoridad de la que convenia: sujeta por una parte á los votos y decisiones del Gran Consejo, que no siempre estaba dispuesto á complacerle, y sometida por otra á las ambiciosas exigencias de los papas, como hemos visto, no merecia los afanes y sacrificios que empleaban algunos para alcanzarla. Tenia á su alrededor todas las apariencias de la soberanía, y esto bastaba para que la contemplasen con ilusion los que no se contentaban con los recuerdos de su ilustre cuna.

Hechas las informaciones de costumbre, se procedia á la admision de los nuevos caballeros en la Orden de la siguiente forma. Presentándose el candidato con vestidura larga seglar, desatada, se arrodillaba ante el altar, teniendo una vela encendida en la mano, que significaba la caridad, y poniéndose delante del caballero que le recibia, le manifestaba sus deseos de pertenecer á la sagrada religion del hospital de San Juan de Jerusalen. El caballero le preguntaba si pertenecia á otra Orden, y en virtud de su respuesta negativa, le recomendaba las obras de misericordia, exhortándole al servicio de Dios y á la defensa de la fé católica, como asimismo á ser el protector de las viudas y los huérfanos. El candidato prometia no olvidar aquellas advertencias; y mandándole levantar el caballlero, le ponia en la mano una espada desnuda que estaba colocada en el altar y tenia por leyenda estas palabras: *Por La Fé*. Le encargaba que se sirviese de ella para su defensa y la de la religion católica, y despues que la pasase por el brazo en ademan de limpiarla y la envainase, hecho lo cual, y prescribiéndole que la conservase siempre limpia, se arrodillaba el candidato, el caballero le ceñia dicha espada en el nombre de Dios, de la Vírgen María, y del glorioso San Jorge ó San Juan Bautista; le mandaba despues que la desenvainase y diese tres golpes al aire, como amenazando á los enemigos de la fé y en memoria de la Santa Trinidad, y vuelta á limpiar sobre el brazo, la colocaba otra vez en la vaina.

Exhortado de nuevo por el caballero á la práctica de las cuatro virtudes cardinales, tomaba este la espada del candidato, le daba tres golpes en el hombro y una pescozada, y le advertia que quedaba armado caballero. Calzábalo despues unas espuelas de oro, y oida misa sin otra interrupcion, y recibida la comunion, volvia á acercarse el candidato al caballero, quien preguntándole lo que solicitaba, y respondiendo aquel que pedia entrar en la compañía de los hermanos de la sagrada religion del Orden de San Juan de Jerusalen, le manifestaba que semejante honor no podia concederse sino á personas de muchos merecimientos, pero que en la confianza de que él se mostraria digno de aquella distincion, se le concedia. Declarábale en seguida todas las penalidades y contradicciones que tenia que esperimentar, y vista su conformidad, se le dirigia las siguientes preguntas: si habia hecho profesion en otra religion; si habia contraido matrimonio con alguna señora; si estaba obligado á otros por fianza ó deuda notable; si era esclavo ó plebeyo de condicion, y si padecia persecucion por la justicia. Desvanecidos estos reparos por el candidato, le amenazaba el caballero que si algo hubiese mentido, seria expulsado de la Orden con grande afrenta, pero que no siendo esto creible, quedaba admitido, ofreciéndole desde luego únicamente pan, agua, sol y un vestido humilde.

A continuacion y para prueba de obediencia le mandaba traer el misal, y abriéndole, poniendo el candidato la

mano extendida sobre el Cánon, juraba observar los votos de obediencia, pobreza y castidad. Le ponia el manto, la cruz de ocho puntas, por alusion á las ocho bienaventuranzas, al lado del corazon, y le mostraba el cordon en que estaban representados la soga, los azotes, los dados, la esponja, la columna y la cruz de la pasion del Redentor, rodeándoselo al cuello. Finalmente, le imponian la obligacion de rezar cada dia 150 padres nuestros ó el oficio de la Vírgen ó el de difuntos, y añadiendo algunas otras prescripciones, le enseñaba la cota de armas ó sobrevesta que debia usar en la guerra, y terminaba la ceremonia con las oraciones designadas en los estatutos para tales casos, y con los acostumbrados abrazos que daba el candidato á todos los demas caballeros y amigos suyos.

Cayetano Roseli.



LA CUEVA DE BENIDOLEIG.

En la grande estension que ocupa el monte Mongó y las cordilleras próximas que dan vista al *Mediterráneo*, existen multitud de cuevas de preciosas estalactitas, en las cuales se admiran los prodigiosos caprichos de la naturaleza, haciendo que el viajero que penetra en aquellas, reconcentre al instante su espíritu y que se agolpen á su imaginacion mil y mil ideas y consideraciones inesplicables.

Varias de dichas cuevas son azotadas constantemente por las aguas del mar, sus paredes están cubiertas de mariscos y de yervecillas de distintos colores, y en algunas, solo con botes bien remados y dirigidos y con achones, pueden examinarse y recorrerse sus obscuros recintos.

Una de las principales, que ha servido de asunto para componer mas de una novela, y de la cual se ocupan las viejas del pais con harta frecuencia, inventando las consejas mas absurdas, se halla á un cuarto de legua al E. del pueblo de Benidoleig, á la falda de una montaña caliza compuesta de bancos horizontales; su boca ó entrada mira al N., tiene sesenta pies de altura y cuarenta y dos de ancho, cuyas dimensiones conserva por espacio de cuarenta pasos; luego tuerce hácia poniente, se estrecha en partes y disminuye, obstruyéndose el paso, cuanto mas se avanza, por las piedras que se desprenden del techo ó boveda y por las escavaciones emprendidas en diversas épocas para aprovechar el agua que filtra y destila gota á gota y cuyo caudal se aumenta en tiempos de lluvias de un modo tan estraordinario y repentino, que entonces corre un rio que arrastra en pos de sí todo lo que halla por el suelo, y cuyo rio se cree proviene de los montes de Lahuar y Ebo y aun de otros mas distantes.

Al final de dicha cueva, cuya estension será de cerca de un cuarto de legua, y despues de atravesar por precipicios y derrumbaderos, por afeligranados arcos de transparentes estalactitas y por otros caprichos que imitan el estilo ogival en toda su perfeccion y gusto, y no sin que moleste ó imponga el monotono ruido del agua y el desagradable de los murciélagos que se albergan en los huecos y cascadas y que revolotean sin direccion fija y como espantados por el reflejo de las luces artificiales, se encuentra un estanque de 12 ó 14 pies de ancho, de otros tantos de profundidad y de 40 de circunferencia terminado por una pared de peña viva llena de letreros é inscripciones, algunas de estas *Romanas*, cuyas letras apenas se distinguen ya.

El esmero y progresivo aumento de la agricultura hizo que en el año 1768, segun un manuscrito que hemos leido, animáse á los vecinos de Benidoleig á desaguar dicho estanque á fin de saber si tenia ó no la cantidad suficiente para el riego de sus tierras, y conseguido el objeto que se proponian y habiendo ensanchado con barrenos, un pequeño agujero sin fondo que existia á uno de los lados, se vieron sorprendidos con los inesperados hallazgos de otro estanque mucho mayor que aquel cercado de un pretil natural; de doce calaveras y huesos de diferentes tamaños esparcidos por el andador y de un pico de hierro; pruebas positivas, aunque tristes, de su engaño, al figurarse que ellos habian penetrado, los primeros, en aquel recóndito lugar, cuando otros sin tanta fortuna les habian precedido en una espedicion malograda, con el intento, acaso y sin acaso, de buscar, igualmente, el origen de las aguas del primero de los dos estanques que quedan mencionados: siendo probable que, mientras estaban en tal operacion, sobreviniesen las lluvias, que se obstruyese la salida y que quedasen sepultados y sin poder socorrérseles por los de fuera, cuya desgracia lamentable debió ocurrir cuando dominaban el pais los *árabes*, grandes agricultores, puesto que los mas ancianos de 1768, ningun antecedente, ni noticia tenian de aquella, ni de la comunicacion de ambos estanques.

A la salida de la cueva que describimos, en la cual y en los sitios inmediatos, crecen *el romero, la adelfa, el ramno parecido á la cambronera*, *el marrubio de España*, *el cohombrillo amargo*, *el cuajaleche capilar*, *el andropogo de dos espigas*, *la clipeola marítima*, *el cinosuro dorado*, *la grama*, *el bromo blando*, *el culantrillo*, *el polipodio* y otras plantas y arbustos, se dilata y estasia el alma contemplando un cielo azul y purísimo y la encantadora vista de casi todo el antiguo marquesado de Denia con los aseados pueblecillos que llaman *de la Rectoría* y con el mar en lontananza, cubierto de ligeros esquifes que le surcan en distintas direcciones.

Remigio Salomon.

LITERATURA ESPAÑOLA EN CUBA.

PLACIDO.

Art. I.

Al pisar por la vez primera, hace algunos meses, el suelo de Matanzas, de esta preciosa poblacion que riegan dos poéticos rios, y que tienen aprisionadas las altas cordilleras del Pan, el nombre del infortunado Plácido se presentó en seguida á nuestra imaginacion como un recuerdo, á la vez triste y agradable. Su genio, su condicion, su trágica muerte, todo nos habia seducido de tal manera, que al arribar á su pais natal, ninguna otra cosa debia influir mas poderosamente en nuestra alma que el pensamiento de averiguar aquellos hechos mas notables de su vida, y leer las composiciones que no hubiesen llegado á la Península.

La desgracia de suyo es ya interesante: acompáñesela del talento, y un vivo entusiasmo nos arrebatará por ella. Impresionados fuertemente de este recuerdo, nos haciamos mil vagas y fantásticas ilusiones. Creiamos que nuestro deber era preguntar por *Plácido* á cuantos veiamos; que las calles de Matanzas estaban aun señaladas de sus huellas, que las sonoras aguas del Yumurí y San Juan repetian aun los versos de su inspirado cantor, y que la figura de Plácido, mutilada y enrojecida, pero bella siempre, se elevaba desde la cumbre de *Camarioca* al cielo brillante á que mas de una vez osaba remontarse en un vuelo atrevido de su fantasía. Deseamos visitar los lugares cantados por él, y conocer á las bellas cuyos nombres hizo eternos con sus poesías, para adivinar de este modo los misterios de su alma... ¿Acaso el alma de un poeta no se vá destrozando lentamente, y cada una de sus composiciones no encierra una parte de ella?

No es oportuno, ni lo intentamos un solo instante, ventilar en estos artículos las causas que motivaron la muerte desastrosa de Plácido, fusilado segun recordarán nuestros lectores, como cómplice en una conspiracion de negros. Hay sucesos que deben respetarse, ó que de ser debatidos, requieren tiempo, oportunidad y datos, de que sinceramente afirmamos carecer ahora. Es nuestro objeto esclusivo hablar de Plácido como poeta, y nos limitaremos á esto solo.

Forzoso nos será decir que la Península no tiene con sus hermanos de allende los mares todas las relaciones literarias que fueran de desear: cuenta nombres muy respetables la isla de Cuba que son casi desconocidos para nosotros. Hay ocasiones en que las prensas de la Habana imprimen tanto como las de Madrid, y que entre las obras que ven la luz pública aparecen algunas muy dignas del concienzudo y detenido análisis de la crítica. Testigos de nuestras palabras serán los *Artículos satíricos y de costumbres* de D. José María de Cárdenas y Rodriguez, de que no existen mas ejemplares en esta que los pocos que hemos traido en nuestro reciente regreso al suelo patrio. Tiénese en general, respecto de los poetas cubanos, una errada creencia que nace del modo peculiar de ver las cosas. Los periódicos de la Habana vienen constantemente llenos de malísimos versos, es verdad; ¿pero sus autores son los que todo el mundo conoce allí por escritores de profesion? En esto estriba el error. Hay en la Habana una centena de honrados y guapotes vecinos, que sin haber saludado las letras, y sin pretensiones de ninguna especie por parte suya, se creen obligados á *versar* (voz del pais) á todo el que tiene la desgracia de morirse ó la fortuna de que le empleen. Pero ellos no son los poetas, si no los aficionados del pais, y nosotros, por mas de una razon de gratitud y de conciencia, debemos esclarecer este hecho.

Lo espuesto anteriormente esplica hasta cierto punto el por qué son tan escasas las producciones de Gabriel de la Concepcion Valdés (Plácido) que han atravesado el Atlántico. Con efecto, en España no es conocido sino un tomo de sus poesías, que se imprimió en Matanzas el año 1838, y que está plagado de erratas. Por él nada mas se le ha juzgado, y él por sí solo le ha valido el indisputable título de poeta. ¿Y cómo nó, si contiene composiciones tan bellas, tan bien escritas como *El Angel de la Gloria*, *Gicontecal* y *Las flores del sepulcro?*

En vano pretenderiamos designar á qué escuela ó estilo pertenecen las obras de Plácido, que, como todos los poetas líricos de verdadera inspiracion, forma una individualidad aparte, sin otros puntos generales de contacto que las eternas reglas del arte y del buen gusto. No de otro modo se comprende cómo un escritor puede añadir *algo mas* con sus pensamientos y observaciones al gran caudal de la literatura que ha de sobrevivir á los hombres y los tiempos. Pero sí podremos indicar, segun de ello se nos alcanza, los principales caracteres y condiciones que descubrimos en las poesías del famoso mulato. Nacido Plácido en la dura esclavitud, y encadenado desde sus mas tiernos años á trabajos mecánicos, no pudo adquirir la educacion esmerada á que era acreedor su talento, ni fortificar éste con la lectura de autores clásicos, ni de sábios maestros. Dotado de una brillante é impetuosa imaginacion, escogió la poesía como término medio entre su insuficiencia y su deseo ardiente é inestinguible de dar espansion á su alma..... Nada hay seguramente que se oponga al desarrollo de un gérmen poético; es la espresion mas libre y espontánea de las sensaciones del corazon. Poeta, pues, y favorecido del estro sacro, su misma falta de instruccion, y sobre todo las tristes circunstancias de su vida, debian hacer de él un gran poeta de sentimiento; y detenido muchas veces en su camino por los inconvenientes de la educacion, debia ser desigual é incorrecto en los partos de su ingenio. Estas son, á nuestro juicio, las dos cosas esenciales que constituyen á Plácido. El tomo á que nos hemos referido y otras publicaciones de que hablaremos en el artículo siguiente, nos prueban la verdad del anterior aserto.

La patria, el trono, el amor, la amistad, todos los objetos mas dulces y encantadores fueron cantados por él con una ternura arrebatadora, con una delicadeza bellísima. Refléjase en sus versos un tinte suave de amargura, aun cuando los dedique á algun feliz acontecimiento; testimonio de la implacable suerte que le obligaba á ser estraño á toda alegría, y á mirar con indiferencia cuanto le rodeaba. Sus primeras inspiraciones fueron dedicadas á nuestra augusta soberana: «el Angel de la Gloria» es una de las mas ingeniosas, y en ella se encuentran octavas de este calibre:

Destello santo de la luz divina
que el órbe pueblas de perennes galas,
lléname el corazon, mi alma ilumina
con las chispas eléctricas que exhalas:
que yo por el Oriente de Cristina,
júrote ser, si en tus doradas alas
al trono de Jehová mi acento elevas,
Homero en Ilion, Píndaro en Tebas.

El amor á la libertad arrancó de sus labios esta otra inmejorable octava:

Sábia y escelsa reina á quien admira
estasiado de gozo el pueblo hispano,
oye la voz de un vate que respira
aura de libertad, oye un cubano.
Alguno habrá que con dorada lira,
mas digna de tu oido soberano,
cuando sus cuerdas diamantinas vibre,
cante mas grato, pero no mas libre.

En su bellísima elegía titulada *Las flores del sepulcro*, no puede espresarse de un modo mas tierno y desgarrador el sentimiento por la muerte de un objeto idolatrado:

No ya mis ecos plácidos ¡oh brisa!
del San Juan por las ondas regarás,
puede tal vez bañar fugáz sonrisa,
mi rostro, sí, mi corazon jamás.

. . . .

De dos amantes que el eterno inspira
á volar juntos de la dicha en pos,
el que primero por su bien espira
es el mas venturoso de los dos.
Aquel en cambio de su estrella dura
mirando muere lo que siempre amó,
aquel tendrá quien en la noche oscura
llore en su losa, pero el otro no.

En el artículo siguiente daremos á conocer lo que has-

ta ahora se ha publicado de Plácido, y referiremos algunas anécdotas personales: el presente lo concluiremos con la siguiente oda suya á la *condesa de Merlin* (1) que es completamente desconocida, proporcionando de este modo á nuestros lectores una buena adquisicion:

Salve, deidad del nuevo mundo, salve
á tu preclara cuna,
á tu nombre, á tu majia irresistible,
á tu voz dulce, armónica y sensible
cuyo menor cautivo es la fortuna.
Salve á mi patria, que nacer te viera
á quien tan puros pláceme arrancas,
como el disco genial do rosas blancas
que circunda tu hermosa cabellera.
De mis lares honor, yo te bendigo;
bendigo el ástro pio que alumbraba
tu feliz nacimiento;
bendigo de tornar el pensamiento
á tu pais natal, que verte ansiaba,
y aun á las verdes olas que rompia
alígero el bajel, cuando impetuoso
tesoro tanto á Cuba conducia
de los mares hendiendo ol cauce undoso,
las bendice tambien el alma mia.
Tu rostro misto de azucena y grana
velado en magestad y esplendor, brilla
cual do Venus el ástro en la mañana,
cuando el alba con perlas engalana
el vasto Eden de la sin par Antilla.
De la Antilla fecunda que te adora
y no bien galas por tu vuelta viste,
cuando presagia querellosa y triste,
que á partir vas, y anticipada llora.
¡Vas á partir!... ¿Por qué tan presto, bella,
del américo mar á la señora
desampara tu huella?
¿No to aclamó su mas brillante estrella?
¿Te dió sus dones al nacer, y ahora
no halla placer tu corazon en ella?
En ella que delirios y azahares
formó el aura balsámica que aspiras;
el fuego y brillantez está en tus ojos
de su luciente sol, son sus claveles
breves trasuntos de tus lábios rojos;
de su cielo es tu risa; y el acento
con que leda estasiar sabes las almas,
es abreviado en tu meloso aliento,
la voz de sus arroyos y sus palmas (1).
De sus palmas, que al verte en la ribera
dol Almendar fecundo,
clamaron impelidas
del céfiro sutil que las meciera:
¡Salve, Corina del moderno mundo,
á quien hoy electrizas hechicera:
todo es cubano en ti; salve habanera!
Angel de Santa Cruz, ¿y las olvidas?
¿Sorda serás á sus dolientes quejas?
¿Quien ornato en las fiestas mas lucidas
de la Habana será si tú te alejas?
¿Pues qué, Camajuaní, cuya vertiente
en nada cede á la hipocrénea fuente;
el Sagua ondisonoro
que del alto Escombray nace á las plantas,
mostrando en sus riberas flores tantas
como arrastra en su fondo arenas de oro;
el Agabama undóso,
y el Cauto dilatado y caudaloso
que de gigantes pinos se corona,
menos tu pecho generosa estima
que el nebuloso clima
donde corren el Sena y el Garona?
¿Por qué temer el tropical estio?
Gózate en este sol resplandeciente
que asi es tu corazon, sublime, ardiente,
y así es tambien el entusiasmo mio.
Siempre apacible y trasparente el cielo,
bañado el aire por la brisa pura,
siempre del mar serena la llanura,
siempre de flores alfombrado el suelo.
¿No te deciden á fijar tu estancia
en la ígnea zona que tu estirpe aprecia?
¿Es mas diáfano el cielo de la Francia?
¿Son mas bellos los campos de Lutecia?
¡Lauros vas á buscar! tiende la mano,
señálame á la bóveda azulada:
á una sola voz tuya, á una mirada,
harás que ol sacro templo de memoria
las alas de oro rebatiendo suba,
trayéndote al volver uno de gloria,
aunque hay sabánas de laurel en Cuba.
—«Tente, iluso cantor, no es el deseo
de lucir en brillantes reuniones
el que me impele á repasar los mares,
ni yo desdeño los paternos lares
por lucir de París en los salones.
La mas noble de todas las pasiones,
el amor maternal, el que me hiciera
volar tambien á la Siberia fria,
es quien mi ausencia próxima reclama:
pasion eterna y de tan gran valla
por el fulgor de su divina llama,
que ni la puede minorar la fama,
ni la alcanza á pintar la poesía.»
—Por tus hijos...! Adios, parte y perdona,
busca en el cielo un lauro inmarcesible,
porque hallar en la tierra es imposible
á tan alta virtud digna corona.
Parte, no temas, y aunque el Ponto fiero
venga la nave á combatir, levanta
tu voz divina en tono lastimero,
que la furia del líquido elemento
tornarás en letárgico desmayo.
Y verás á tu cántico doliente
soltar Neptuno el heridor tridente
apagar Jove el iracundo rayo.
Llega felice, y al pisar la playa
que te espera de Europa al mediodia,
ciñe á tus hijos en fraterno lazo,
despues del santo maternal abrazo,
otros les dá que Cuba les envia;
y no olvides jamás tu patria amada,
esta tierra de paz y de ventura,
ante cuya lealtad inmaculada,
su antorcha apaga la discordia impura,
Depone Marte su sangrienta espada.
¡Vas á partir y para siempre acaso..!
vas á lucir del mar á la otra parte,
pero tu nombre en la cubana historia
se esculpirá con letras diamantinas.
Ya que el hado nos veda contemplarte,
gozaremos al menos la memoria
de tus mágicas gracias peregrinas.
Y saboreando del placer la copa
con noble orgullo contestar podremos
á los artistas de la culta Europa:
«Si al Ser Supremo conceder no plugo
á la patria dichosa de Varela
un Virgilio, un Biron, ni un Victor Hugo,
cuando el acento mágico resuena
de la noble Merlin, y su laureada
frente se ostenta de atractivos llena,
ni al Támesis ni al Pó debemos nada,
nada tenemos que envidiar al Sena.»

Hemos dicho que Plácido era incorrecto y desigual, y esta composicion es una prueba de ello: pero examínese-la bien, y se verán en ella rasgos elevados, pensamientos atrevidos que revelan al poeta de inspiracion. Mucho nos hemos estendido y es hora de terminar este articulo.

Emilio Bravo.

(1) Insigne habanera, autora de una escelente obra de costumbres sobre la Habana, escrita en francés.
(1) De Heredia.



(*Conclusion.*)

IV.

Diez años han pasado, pues el tiempo pasa apriesa en las novelas, en los cuentos, y aun en las tragedias románticas. En un barrio estraviado de Sevilla junto á la puerta del Osario vivia la buena vieja María que habia servido largos años á un canónigo, quien á su muerte, pagó sus buenos servicios con una renta vitalicia de peseta diaria, la que la aseguraba una vejez tranquila. Vivia en una de esas grandes casas de vecindad que llaman corrales. Una agradable confusion reinaba en el patio de aquel gran edificio. Aquí un viejo enfermo estaba asentado al sol, aturdido aunque sordo, del ruido que le rodeaba. Allí una muger planchaba, cantando á grito. Aquí los chiquillos jugaban al toro, habiendo atado á la frente del mas dócil dos enormes cuernos de baca, y desgarraban su vestido con banderillas que le ponian con alfileres hechos garfios. Una jóven hacia señas á un quinto que entraba con el pretesto de preguntar por una persona que no vivia allí. Un marido celoso con mirada torva y tez cadavérica, afilaba un cuchillo en un rincon. Una madre jóven paseaba su recien nacido al sol cantándole la nana, mientras la cumplimentaban las vecinas, diciéndole que su niño era hermoso como un sol, que se parecia á su padre, aunque la semejanza era mas perfecta con un gato desollado. Mas allá una mujer llorando traia un religioso á su marido que se estaba muriendo de tabardillo y de miseria; su hijo la seguia gritando.—¡Pan, madre, pan!—Mas allá se veia una lavandera muy apurada confesando á un estudiante que venia á reclamar su camisa, que la habia perdido.

—Peor para Vd., decia el estudiante, porque ha perdido Vd. el parroquiano, pues no tenia mas que esa.

Y salió cantando en latin:

Pulcherrima puella, si vis amare, ego prometo tibi pecuniam dare.

En medio del patio dos mujeres encendidas de cólera, las manos en la cintura, se decian sendas desvergüenzas, y parecian querer venir á las manos. Un gitano de tez verdosa, cabellos lacios, y grandes ojos negros, traia bajo su capa tabaco de contrabando que ofrecia á mitad del precio de la tercena. Mas allá un grupo de muchachas sucias y desgreñadas se reian á carcajadas. Aquí un jóven sochantre ejercitaba su gruesa voz en un *De profundis* mientras que pintaba sobre una pandorga una cara redonda de luna, coronada de estrellas semejante á la suya. Un zapatero que hacia de zapatos viejos, zapatos nuevos, trabajaba en una mesita junto la puerta; era la picaza de esta pajarera. Sus malicias sazonadas con guindilla, le atraian un auditorio de los ociosos del lugar que muchas veces dispersaban sus martillazos.

—Maestro Sancho, decia uno de los concurrentes á su tertulia, dígame Vd. ¿quién le sugirió la idea de enviar á sus hijos á recoger en todas partes zapatos viejos para hacer zapatos nuevos?

—Compadre, replicó el maestro Sancho, responderé á Vd. como cierto alcalde de una aldea á un infante de España que pasaba por allí. El dicho alcalde se hallaba muy apurado pensando cómo hacer un digno recibimiento á S. A. Imaginó elevarle un arco de triunfo, aunque el infante era tan pacífico como una res de arado. Pero no se encontraba con qué hacerlo, no se veian árboles para hacerlo de ojarasca, no habia lienzo, ni tablas, ni pintor para pintarlo. En esta perplegidad, de repente se le ocurrió un pensamiento luminoso.

—Amigos dijo á los diputados de fiesta, que eran el carnicero y un arriero, la carneceria está llena de una multitud de cuernos, hagamos con ellos el arco.

—Los diputados se encantaron con este pensamiento pues les tenia cuenta. Dicho y hecho. Era de ver el lindo mosáico de cuernos, hábilmente compuesto que hacia el arco. Los habia por arriba, los habia por abajo, los habia por todos lados: insultaban, amenazaban asustaban y las gentes de la aldea los miraban con la boca abierta. Cuando el infante llegó se echó á reir, alabó la originalidad del pensamiento y preguntó al alcalde quien la habia tenido. El alcalde no cabia en el pellego de ancho, respondió señalando con el dedo al arco, y despues á su cabeza.

—Sepa su alteza real que todo eso ha salido de aquí.

—¡Qué cuento tan chavacano! dijo una recien casada que habia servido en casa principal. Hija mia, dijo el zapatero, donde estuvieres haz lo que vieres! Tú hacias muy bien en casa de tu marquesa de hacerte la fina, pero ya que has venido á vivir á un corral, forrarte las orejas en cobre.

—Por encima de todo este tumulto penetraba la voz agria de un pordiosero que gritaba á la puerta; ¡Ave María Purísma! ¡La santa paz de Dios sea en esta casa! Hermanos, por amor de las cinco llagas del señor, dadme una limosna, le rogaré que os libre de una muerte repentina, de pecado mortal, y de un falso testigo.

—Hermano, dijo con su aire socarron el zapatero, la caridad bien entendida empieza por sí mismo. Yo gano el pan de mis hijos. Dios ampare á V.

—Una pobre vieja sacaba de su faltriquera un ochavo que metia en la mano del pordiosero. Una chiquilla le daba un pedazo de pan que estaba comiendo despues de haberlo besado. Todo esto formaba una confusion de sonidos que se cruzaban, se mezclaban, se confundian como una multitud de arroyos para formar un rio. Era un caleidóscopio vivo de grupos variados y fantásticos.

En un cuarto bajo delante de una ventana cubierta de macetas de flores, estaba sentada la buena María con su vieja comadre disfrutando del sol como dos Diógenes y charlando como dos cotorras. Llamó la atencion de la comadre una muger que salia de la casa y pasó delante de la ventana gritando: ¡Sola! ¡Sola! pero no habiendo tenido respuesta, corrió hácia un grupo de muchachos con los cuales jugaba una muchacha de diez á doce años, sin medias ni zapatos, cubierta de unas enaguas de bayeta cortas y desgarradas; sus cabellos sucios y erizados caian sobre sus hombros descubiertos y tostados por el sol. ¿no me oyes, hija de Lucifer? le dijo aplicándole una bofetada. ¿Así vas á la fuente á llenar el cántaro que te di?

—La niña no se movió.

—¿Cómo no me oyes? ¿no vas? esclamó la muger furiosa echándose sobre ella, abrumándola á golpes. Todo fué inútil. La niña no se movió. Las buenas viejas volvieron á otro lado la cara con lastima. Poco despues vieron entrar á la muger echando espumarajos de rabia. La muchacha quedaba tendida en las piedras.

—¡Ah! ¡Dios mio! Dijo la comadre de María! ¡qué crueldad! ¡qué heregía! tratar así á su hija!

—No es su hija, replicó María suspirando, es una infeliz huérfana. A esa inicua muger se le murió su niño, y sacó esa criatura de la cuna para criarla, y la ha conservado por ganar los cuatro duros mensuales que paga el establecimiento. Pero es una compasion el ver como la trata, es peor que una criada, peor que una esclava; es su víctima. Esa niña no tiene donde acostarse, ni de qué vestirse, ni apenas que comer, no le han dado ni una idea de religion. Así es que su carácter se ha agriado: es terca y maliciosa. En vano he querido enseñarle la doctrina, si ha aprendido el padre nuestro ha sido forzada por el hambre, pues yo le daba pan, cuando ella se lo pedia á Dios.

V.

Sin embargo, la muchacha desapareció. La vieron pidiendo limosna á la puerta de la iglesia. Despues la vieron andar cerca de los cuarteles. Despues la vieron calzada y con una gran peineta de búfalo. Despues desapareció.

Pasemos otros diez años, mi condescendiente lector, sin perjuicio de volver despues á desandar lo andado.

La pobre María se habia puesto muy vieja; pero todavia existia, pues su peseta diaria no le faltaba. Un dia que estaba sentada en la misma silla y en el mismo sitio en que la hemos visto, se abrió la puerta de repente y vió entrar una muger con naguas cortas guarnecidas de falbalaes, medias caladas y zapatos color de rosa. Llevaba en la cabeza una gran peineta de concha puesta de un lado, y una mantilla de tira caida del otro, descubria parte de su cabeza adornada de flores. Puso la mano en la cintura, quedándose en pié y diciendo con aire desvergonzado:

—¿No me conoce Vd., tia María?

María atónita la miró algunos instantes: luego cubriéndose la cara con sus dos manos, esclamó:

—¡Ah, Sola! ah infeliz!

—¡Infeliz? dijo esta dando una carcajada. Se engaña Vd., no lo soy.

—¡Te has perdido! esclamó María apretando sus manos con angustia.

—¿Perdido? No! Cada uno tiene su modo de vivir.

—¡Infeliz! ¿Has olvidado los preceptos de religion que yo te daba?

—Casi. Por mas que pedia pan á Dios, desde que Vd. dejó de dármelo, nadie me lo daba.

—¿Pero no sabes que Dios dice: «ayúdate, que yo te ayudaré?»

—Y esto es lo que he hecho.

—¡Pervertida, suspiró María, pervertida hasta el corazon! Y dos grandes lágrimas surcaron sus arrugadas mejillas.

—Escucha, Sola, dijo: tú sabes que el establecimiento de la Misericordia dota á las mugeres arrepentidas. Te pido de rodillas que abandones el vicio y vuelvas á vivir como Dios manda.

—¿Y de qué me servirá? respondió Sola. ¿Me querrán mas por eso? El primer hombre que quise fué un soldado. Lo seguí, lo servia, lo amaba, y él me vendió á otros para comprarse tabaco, y me abandonó cuando tuvo su licencia. Los hombres me quieren mas desde que yo no los quiero. La virtud no sirve á los pobres sino para morir de hambre. Es una palabra que han inventado los ricos porque á ellos les es fácil tenerla.

—¡Desgraciada Sola, replicó María, ciega, extraviada! Lo que tengo es una peseta: toma la mitad; ven á vivir conmigo; ven á conocer una virtud y una religion que amarás cuando las comprendas.

—¿Dos reales? Gracias, tia María. Es poco para mí. ¿Cómo he de comprar con eso zapatos de seda é ir á los toros? En este momento pasó un hombre. Sola por instinto ó por costumbre sacó la cabeza por la ventana.

—¡Desearada, provocativa! dijo María asiéndola tan fuertemente por las naguas, que la obligó á sentarse. ¡Te condenas sin remision! Tus pecados y todos los que haces cometer pesan sobre tu cabeza como una tempestad. Da oido á mis amonestaciones. Tu ángel custodio te habla por mi boca: arrepiéntete; todavía es tiempo: mañana quizás no lo será. Piensa en la vida futura.

—Harto tengo que hacer con pensar en esta.

—Pues bien, respondió María indignada, te predigo una vida miserable y un fin trágico.

—Muchas gracias, tia María; el que yo le predigo á usted es un fin cercano, dijo Sola levantándose para salir.

—Escucha, Sola, replicó María deteniéndola, si alguna vez te arrepientes, acuérdate que mi cuarto es tuyo, que mi media peseta es tuya. Pero si perseveras en el vicio, no vuelvas á manchar mi casa, que aunque humilde y pobre, es honrada; no me vengas mas á ver.

—No tenga V. miedo, tia María, dijo Sola saliendo: si V. fuera hombre y rico podria muy estar tentada de volver; pero para no encontrar en ella sino sermones no la procuraré.

Sola, seguida del hombre que la habia visto en la ventana, se fué suplantando á una de sus compañeras, que le dió quejas terribles, de que se burló Sola.

—Ella me ha quitado ese zapatero, decia la abandonada á sus amigas, que pagaba bien y además me hacia mis zapatos. Ella triunfa, ella se burla de mí; pero yo juro que me he de vengar.

Así aborrecida y envidiada por sus compañeras, que ella á su vez aborrecia y envidiaba, despreciada de los hombres que ella tambien despreciaba, Sola vivia en una atmósfera de ódio y de desprecio. Ignoraba que poseia una alma, pues no conocia ni la esperanza ni el amor. No sabia lo que era la gratitud; no comprendia lo que era la felicidad, pues nunca habia hecho bien á nadie.

VII.

A la salida de una callejuela llamada del Carpio, metida y oculta en uno de los mas hermosos barrios de Sevilla, cuyas casas, la mayor parte, son de juego ó de vicio, mantenidas por hombres que al salir de ellas hablan de moral y deshonran á una mujer por leves indicios; á la salida, pues, de esta callejuela, próxima á la plaza del Duque, una persona que pasaba cerca de media noche, oyó un ruido ronco y sordo como el que haria el agua cayendo de una botella, acompañado de un débil gemido. Se acercó y vió á la incierta vislumbre de los faroles, casi apagados, una muger tirada en medio de la calle. Estaba degollada. Su sangre salia á borbollones de la ancha herida, y llenaba el caño: no podia hablar porque tenia la garganta cortada; pero todavía vivia. Corrió á buscar auxilio. Llegó el alcalde del barrio con soldados, y ya se encontró un sacerdote de rodillas al lado de ella.

—¿Quién te ha muerto? preguntó el alcalde.

La infeliz quiso alzar la mano para hacer una señal, pero no pudo.

—¿Tienes padre?

Hizo una ligera señal negativa.

—¿Y madre?

La misma contestacion.

—¿Y marido, hermanos, hijos, amigos, confesor?

Ella siempre hacia la misma señal negativa.

—¿Crees en Dios? dijo el sacerdote.

Hizo la interrogada una señal afirmativa; quiso juntar sus manos que volvieron á caer sin fuerzas á sus lados.

—¿Te confiesas y arrepientes de tus pecados?

Una sola, primera y última lágrima cayó de sus ojos que alzó al cielo, y luego se cerraron para siempre.

Entonces el alcalde la hizo llevar á la puerta de la cárcel pública, para que, si se encontrase algun pariente ó amigo que la reconociera la mandase enterrar. Dió parte á la policía; pero fué en vano. Allí estaba rodeada de una turba árida y curiosa que la miraba como á una escena de tragedia. Esas naguas cortas con falbalaes, esas medias caladas sucias y con puntos, ese collar, esos pendientes de corales falsos sobre ese cuello negro y tostado, la hacian reconocer por una de aquellas infelices mugeres, afrenta de la humanidad. Allí se veia aquel lujo grosero manchado con sangre, los adornos que vistió el vicio ataviando á la muerte! La muger que encontró tantos hombres para perderla, no hallaba uno para enterrarla!

Entonces pasaron dos mugeres, y una dijo al oido á la otra:

—¿Se yo vengarme?

VIII.

En este instante se vió acercar un bello carruage cuyo escudo de armas y libreas eran de una de las primeras casas de Sevilla. La hija de la difunta condesa de Luna actual marquesa de Santa Flora, con cabeza erguida, el porte frio y magestuoso, lo ocupaba con dos jóvenes hijas. El carruaje tuvo que pararse, pues era imposible atravesar por el gentio que se agolpaba en esta estrecha calle. Los transeuntes echaban una mirada de desprecio al cadáver, y al pasar junto al carruaje donde se hallaba formando espacioso contraste, una de las familias mas distinguidas y respetadas de la ciudad, saludaban á las señoras con profundo respecto.

La marquesa preguntó lo que atraia este gentio, y habiéndolo sabido:

—Niñas mias, dijo á sus hijas, vean Vds. el resultado de las malas costumbres. No se quejen Vds. de la severidad con que yo las crio. Si esa miserable hubiese recibido mejor educacion, no se vería aquí, catástrofe palpable del resultado de los vicios! La educacion es la mejor herencia que una madre puede dejar á sus hijas. Mandó á su cochero atravesase el tropel y se alejára de aquel sitio de horror.—Pasó volviendo la cabeza con repugnancia al otro lado. Y sin embargo, aquellos vicios, aquella sangre, aquella muerte, aquel abandono,..... pesaban sobre la cabeza altiva y orgullosa de la marquesa..... era su madre!....

FERNAN CABALLERO.

La inapetencia repentina.

Para impedir á un borracho el que beba y á un gloton el que coma, no hay necesidad de mas que de la coloquintida: con ella se frota el borde del vaso del que ha de corregirse ó chasquearse, ó el tenedor, plato y cuchillo del comilon, y mientras no se muden, ni comerán ni beberán.

SUSTRACCION DIVERTIDA.

Se le hace poner á uno en el papel el número 19, y se le dice que quitando 1 deben quedar 20.

(Solucion). Cuando la persona está cansada de meditar por qué medio puede lograrlo, é incomodada dice ser imposible, se toma la pluma, y se escribe el 19 en números romanos, XIX, se quita el I que separa las dos XX, y estos valdrán 20.



LA BOCA DE LA VERDAD.

Entre las curiosidades de Roma, no deja de ser notable la que se halla en el peristilo de Santa María in Cosmedin. Cuando Virginio sepultó el puñal en el seno de su hija para sustraerla de una servidumbre infame, hubo en Roma un movimiento general de admiracion, de horror y de piedad á la vez. Ninguna voz se elevó para censurar al heróico matador, y Virginio fué honrado con una conmiseracion religiosa. Su querida víctima fué elevada por el entusiasmo popular á la inmortalidad, erigiéndosela un templo, y hasta los últimos dias del paganismo las vírgenes romanas acostumbraron á pronunciar ante aquel altar sus votos de pureza y de fidelidad. La religion cristiana, respetando las ruinas, las consagró de nuevo al sentimiento que habia santificado su origen; sobre el templo de la casta Virginia se elevó el de la Vírgen María. La supersticion misma quiso contribuir con su piedra al piadoso edificio. Una gran cara de mármol blanco habia sido descubierta en el Ara Massima. Pretendíase que habia servido de prueba durante mucho tiempo á los ciudadanos acusados de falsedad; obligábaseles á introducir la mano en la boca abierta de la cara, jurando que habian dicho la verdad: si mentian la boca se cerraba, y la mano quedaba prisionera como en un anillo de hierro. Trasportada la cara al pórtico de la iglesia, continúa sirviendo de prueba voluntaria.

Esto dice la tradicion; pero la erudicion, que se inquieta poco de dar pábulo á los placeres de la imaginacion, pone en duda esta historia y con su inflexible curiosidad disipa el encanto.

No hubo tal templo á Virginia segun ella. A lo mas, solo se consagró á la memoria de tal acontecimiento, dudoso por otra parte, una pequeña capilla junto al sitio en que tuvo lugar la escena. Hubo, es cierto, un templo al pudor; pero, segun todas las apariencias, la iglesia de la *Boca de la Verdad*, ha sido construida sobre las ruinas de un templo de Ceres y Proserpina, reconstruido en el reinado de Tiberio. En cuanto á la Boca, probablemente no seria otra cosa que la de un albañal ó sumidero.

Sea. La ciencia es pura, y la verdad participa pocas veces de los atractivos de la fábula; dejando á un lado la tradicion y la erudicion, todavía le queda al gusto algo con que satisfacerse. La iglesia de la *Boca de la Verdad*, medio pagana, medio cristiana, es sobremanera curiosa; pero por hoy no entraremos en su descripcion: el pueblo la ha dado nombre de *chesse della Bocca della Verità*, á causa de la máscara trasportada á la estremidad izquierda de su peristilo, y que hoy todavía inspira á las muchachas y á los niños, el mismo miedo que los antiguos oráculos. A la menor sospecha de mentira se les amenaza con la boca fatal. Hay una especie de solemnidad en la esperiencia que intimida á las conciencias timoratas: la tal figura promueve la risa, pero rara vez la burla, y este respeto es la verdadera prueba.

MAXIMAS.

No puede existir ni virtud, ni verdadero valor, ni gloria estable sin humanidad.

Fenelon.

Un pueblo ignorante es siempre esclavo, aun cuando se halle gobernado por la mas libre de las constituciones.

Condorcet.

Mas que por sus enemigos, suele ser destruida la libertad por los escesos.

De Segur.

Nada pone tan en relieve la violencia de los malos como la moderacion de los hombres de bien.

Saint-Erremon.

La opinion pública penetra en los gabinetes en donde se encierra la política.

Raynal.

El amor á la pátria es comun á todos los hombres, y el pais natal, sea el que fuere, es siempre el preferido á todos los demas. No solo es natural este amor, sino que es tan poderoso que no hay nada que deje de hacerse cuando él impera.

Montesquieu.

La pobreza no es una virtud; pero sí lo es el saberla sobrellevar con nobleza.

Lévesque.

El genio, en política no consiste en crear sino en conservar; no en cambiar, sino en fijar; consiste, por último, en suplir las verdades con máximas; porque no es la mejor ley, sino la mas fija, la que es buena.

Rivarol.

Es tan natural la religion al hombre, que todos los esfuerzos del gobierno que intentase destruirla no lograrian otro fin que hacerla renacer con mayor fuerza bajo las formas de la supersticion; y los pueblos concluirian por convertirse en crédulos, al dejar de ser creyentes.

M. de Bonald.

Trabajo, noble sosten de la independencia, único bien de que no podria despojarnos la injusticia de los hombres, tú nos libertas de la desgracia y de la ociosidad, tú nos haces gustar las delicias del descanso.

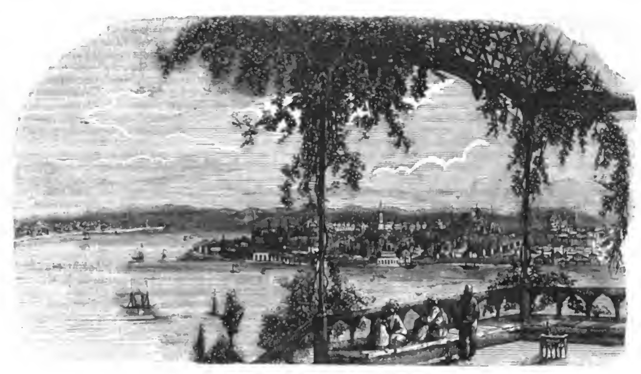
M. de Lévis.

Toda felicidad se compone de dos sensaciones tristes; el recuerdo de la privacion en lo pasado, y el temor de perderla en lo porvenir.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚM. ANTERIOR.

Cuidados agenos matan al asno.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



La punta del Serrallo.

EL SERRALLO.

La mayor parte de las personas creen que lo que se llama Serrallo en Constantinopla, es uno de esos palacios maravillosos, cuya descripcion se lee en las Mil y una noches. El Serrallo, aunque la palabra turca *Serai* significa *Palacio*, es un basto recinto triangular, rodeado de murallas almenadas y situado en el ángulo del mar de Mármara frente al Bósforo. Este espacio inmenso habitado por una multitud de gentes de todas clases y condiciones, está sembrado de jardines, de palacios, de Kioskos, de glorietas y de dependencias de toda especie; poblado de sirvientes, guardias, mujeres y pajes, para el servicio personal del Sultan. En este punto se halla la administracion de moneda y del Tesoro imperial, edificios destinados á la mansion de los Beis, de los Pachás y de regimientos enteros. A un lado se eleva la antigua iglesia de Santa Irene, destinada por supuesto, á otro uso que el primitivo: en otro paraje está la habitacion de los pajes del Sultan: en otro la de los jardineros, una mezquita convertida en taller de moneda; y en fin, en puntos mas retirados, el Haren ó habitacion de las mujeres. A la orilla del mar, al pie y muy cerca de las colinas del Serrallo, se encuentra el palacio actual de S. A., verdadero Kiosko, cuya vista es encantadora.

Del lado del mar y del puerto, el Serrallo está resguardado por una continuacion de la muralla fortificada y flanqueada de torres, que sirve de limite á la ciudad: por los otros dos costados cuenta para su seguridad propia, con una muralla semejante que sube hasta la antigua iglesia de Santa Sofía y baja hasta el mar.

Ocho puertas principales dan entrada al Serrallo, cinco por la parte del mar, y tres por la de la ciudad. La mayor parte de estas puertas gozan de una triste celebridad, por las trágicas escenas que en ellas han pasado. Las numerosas víctimas de la política Otomana han atravesado estas lúgubres salidas para ser ahogadas en el Bósforo.

Despues de haber atravesado la puerta imperial, que es la entrada por la parte de Constantinopla, se encuentra un patio basto é irregular, en el cual se eleva la antigua iglesia de Santa Irene, construida por Constantino. En lugar de haberla convertido en Mezquita, como ha sucedido con casi todos los templos cristianos, han hecho de ella un museo de armas antiguas ó preciosas. La fábrica de moneda, que no ofrece nada de interesante, está situada junto á Santa Irene, y muy próximas se ven la enfermería, las habitaciones del gran tesorero, del cajero ó ministro de hacienda; y en fin, los cuarteles para la guardia particular del Sultan.

Al pié de un plátano inmenso, se vé un mortero enorme, que sirve para moler y machacar al gefe de los Ulemas cuando es condenado á muerte, en atencion á que el caracter sagrado del primer ministro de la religion, no permite que se le aplique la pena, por medio de armas de ninguna especie.

A la izquierda del pátio, existe una reja por la cual se penetra para bajar á los jardines del Serrallo. Al fondo se vé una puerta elegantemente decorada, cubierta de pinturas é inscripciones, que lleva el nombre de puerta de los Saludos; en el vestíbulo de esta puerta es donde al salir de la mansion del Sultan, reciben los altos funcionarios, en desgracia, al mismo tiempo que la invitacion de ahorcarse, el famoso cordon de seda de manos del verdugo, cuya habitacion está á la izquierda de la entrada, frente á la del portero.

Despues de haber atravesado una galería muy elegante, de cuyo techo penden huevos de avestruz y colas de caballo, se llega á la sala del gran Visir, en la cual se celebran las sesiones del Divan ó Consejo de Estado. El Sultan asiste algunas veces, y fácilmente se le reconoce en medio de los Pachás, Ministros y empleados de todas clases, por el brillo estraordinario de los innumerables diamantes que le adornan.

Casi frente á la puerta de los Saludos hay un pequeño edificio, que llaman sala del Trono, en la cual se entra por la puerta de la Felicidad. Distínguese desde luego el trono, especie de lecho imperial, con pabellon, cuyas cuatro columnas son incrustradas de piedras preciosas, amatistas, topacios, perlas, záfiros y turquesas. En los cuatro ángulos del trono hay cuatro globos de oro, de los cuales penden colas de caballo, emblema del poder en los campos.

(*Concluirá*).

LOS YAQUIS.

He aquí el nombre de los indígenas que habitan la parte litoral de la costa Sur de Sonora en el golfo de Californias. Esta tribu se hizo notable en el año de 1827 por su alzamiento contra el gobierno de Méjico, creyéndose hasta el dia independiente. Se ocupan en los trabajos mas despreciables. Su territorio se estiende hasta la provincia de Hostimuri, despues de la division de los dos estados Sinaloa y Sonora, separadas por el rio del Fuerte, el mas cau-

daloso del departamento. Dista pocas leguas del puerto de Guaymas y del rancho de san José. Su posicion es pintoresca, cercada de tierras de labor de una fertilidad vivificante, y bañada por el rio Mayo que corre de Sur á Norte, y escede de 40,000 habitantes que ocupan mas de 30 leguas de terreno. Desde que fueron derrotadas en Alamos (1) con grande mortandad y tuvieron que capitular en el rancho de san José, fueron indultados por el Congreso nacional, quedando bajo las órdenes inmediatas de un caudillo de su raza que los gobernaba sin mas ley que su discrecion. El gobierno le pagaba un sueldo á título de general, el mismo que disfruta un soldado de la compañía de Buenavista (2), como lo verifica tambien con los generales y tenientes de las Opatas, cuyos sueldos son de soldados de las compañías presidiales.

Se llamaba el general Yaqui Usacameya: era adicto al gobierno y hacia respetar sus leyes con todo rigor; pero murió asesinado por sus mismos compatriotas: era alto, de formas hercúleas y aspecto imponente, diestro en el manejo de las armas, y quizás el mejor ginete de Sonora. Como indio y sin educacion tenia todos sus defectos y groserías. Su inclinacion escesiva á la embriaguez era tal, que casi diariamente se le encontraba en las calles ó en los campos revolcado en el polvo como los animales.

Sucedióle en el mando de aquella especie de gefatura civil su compañero Zacarias, único de los gefes con prestigio que se salvaron de la derrota de Alamos, y que afortunadamente ha conservado la providencia para que sofoque cualquiera alzamiento que intentáran los yaquis, por quienes es mirado como un Dios tutelar, así como lo fué su compañero Usacameya.

Las gentes civilizadas miran con sobresalto la situacion de esta tribu que amenaza con un nuevo rompimiento á sus familias y fortunas. El gobierno supremo por lo tanto no puede mirar con indiferencia tan precaria situacion. Si es que no quiere ver repetidos los mismos dispendios, mortandad y asolacion del alzamiento del año 1827.

Se halla la poblacion de Yaquis repartida en cuatro parroquias conocidas con los nombres de Cócori, Tórim, Potan y Hvirıbis; sus pueblos llamados de visita son Bacúm, Vicám, Belem y Raum. Pero los indios habitan diseminados por los campos y rancherías formando como una nacion independiente á causa de sus costumbres rústicas, y desapego á las instituciones del pais.

Puede decirse que no tienen religion, ni la mas leve idea del Evangelio. En vano el sacerdote que suministra los sacramentos en las misiones indicadas ha hecho los mayores esfuerzos en favor del cristianismo. Sus exhortaciones han sido vanas.

Es verdad que no existe mas templo donde se dé culto que una capillita en Hvirıbis formada de adobe con techo de tierra y sacate, estrechísima y mal acondicionada. Unicamente los domingos se dice misa á la que concurre muy poca gente, porque los indígenas se embriagan desde el romper el alba, se entregan á risibles alborotos y á serias riñas, inutilizándose para muchos dias. Estas causas y ademas su incuria habitual y sus penosas labores, contribuyen mucho á la mortandad, teniendo sumidos á los yaquis en una estrema degradacion y miseria.

No obstante esta postracion, son muy dispuestos los yaquis al trabajo, por lo que se emplean muchos en Guaymas, ya en cargar, ya en carretear, ya en conducir agua, etc.

A pesar de su inmoralidad es preciso hacerles la justicia de que son humildes para con sus superiores y que sin su ayuda Guaymas decaeria de su prosperidad mercantil por falta de brazos. Con una sábia ley de administracion especial que introdujese escuelas (que no se conocen) diese vida á las naciones y dulcificase la suerte de estos miserables, vendrian los yaquis en breve tiempo á ilustrarse y formarian una sociedad pacífica y envidiable por su buen natural, libre de los desórdenes y desastres que produce la incivilizacion.

Las inmediaciones del Yaqui en la provincia de Hostimuri, que en la actualidad pertenece á Sonora, presentan una lozanía deleitable, merced al rio Fuerte que las baña llamado con razon el Nilo de la Sonora. Este rio sale de madre por el mes de julio, se recoje á su cauce por setiembre y deja la tierra inundada de verdor y fecundidad. En Sonora hay menos rios que en los otros departamentos de la república mejicana. Los principales son el mencionado, el Mayo, el Yaqui, el de Oposura, el de santa Cruz y el de Caborca. Casi todos los rios espresados desembocan en el mar, los menos caudalosos como el de Bavispe, Bacoachi, etc. etc., entran en los anteriores. Pero hay mas solicitud para conservar artificialmente las aguas que en los otros departamentos.

Los yaquis y mayos que con ellos se confunden se hallan separados de las demas tribus desconocidas como Opatas, Seris, Yumas, Cocomaricopas, Apaches, Pápagos, Pimas, etc. etc. Su aspecto es repugnante, y su color bronceado. Andan la mayor parte sin camisa ni calzones, llevando únicamente cubiertas sus partes pudendas con un lienzo tosco llamado *taparabo*. Este uso trae su origen del calor, y de la consiguiente desnudez de los indigenas que son verdaderamente muy pobres.

La venganza es su vicio predilecto y dominante; su indolencia es tal, que pasan la mayor parte de la vida en el suelo y bebiendo licores fermentados.

Las escenas que presentan estas gentes cuando se embriagan son en gran manera sorprendentes. Se forman en grupos luego que el licor empieza á ejercer su turbulenta influencia. Hablan todos á un tiempo, gritan, ahullan, aturden, empiezan los cachetes y los mordiscos, se dan patadas y se arrancan á puñados los cabellos. En tales ocasiones recuerdan sus querellas y enemistades para escitarse mútuamente á la venganza. Pocas veces se reconcilian, y estas por medio de sus amos ó de los ministros, lo que proviene de que desconocen la órden de la magnanimidad.

Los yaquis se han hecho rateros como casi todas las tribus salvajes: roban á sus compatriotas los caballos, bueyes y cuanto pueden, disponiéndose de este modo á todo lo malo. Son muy dados al juego por parecerles oficio descansado, muy en harmonía con su pereza que les induce á estar tendidos en su casa mejor que ganando un jornal.

Teniendo un peso lo gastan en comer ó beber sin temor de la miseria que les circunda aun á presencia de los criollos, que con su laboriosidad viven en la abundancia.

Jamás vuelven lo que se les presta, escepto el dinero, disculpándose con que no se lo han pedido. Si abren una puerta no la cierran, si cojen algun instrumento como tijera ó martillo, le dejan donde han trabajado. Si les pagan adelantado dejan de hacer la obra, quedándose con el dinero. Son naturalmente groseros; así que para hablar con el cura ó con el criollo se rascan primero en las guedejas, si es muger en el muslo, pero los mas políticos en la cabeza. Hemos observado que son muy torpes para hacer las cosas: cuando se les quiere dar instrucciones, pero no cuando se les deja obrar á su modo. Cuando caminan con sus mujeres van ellos delante por ser al contrario de nosotros. No se les puede fiar objetos curiosos como espejos, escopetas etc., porque al instante los quiebran ó descomponen. Su corto entendimiento no les permite conocer mas que los estremos; así cuando se les pide agua caliente la traen hirviendo, y si se les reconviene que la traigan templada, la traen fria. Por este círculo vicioso de estremos puede conocerse lo que serán en materia de prudencia en los actos morales. Los hijos del pais y forasteros se desesperan en vano al ver sus continuas torpezas hechas á veces con el malicioso intento de hacerlo rabiar cuando les toman odio. Son tan desconfiados, que les parece les ha de faltar la tierra que pisan y el aire que respiran; y esto no les hace mas próvidos ni diligentes, sino mas tontos y pesados. Para ser en todo contrarios á las demas naciones tienen lujuria sin amor, quitan á las mugeres cuanto tienen para jugarlo, porque es costumbre entre ellos que las mugeres dan para regalarse los hombres, pagándolas con palos, coces y pesadumbres. Son horribles en meter cizaña ya contra sus paisanos, ya contra los padres ministros; y saben quejarse de tal modo cuando quieren, que hacen creer sus embustes á los mas esperimentados. Cobardes por estremo temen á cualquier baladron de entre ellos, con solo verle un cuchillo en la mano. Tenemos esperiencia de que todo un pueblo entero no se atreve á prender á un fanfarron.

En el Yaqui no se siembra trigo, y la pereza de los habitantes en este punto es tal, que prefieren vivir con solo

(1) Ciudad de Sonora distante 500 leguas de Méjico: es susceptible de mucho adelanto por la suma riqueza de sus minerales, y por su temperatura sana.

(2) Este presidio se halla sobre el Yaqui tiene ayuntamiento, cabeza de partido, y la compañía que le guarnece se compone de 60 oficiales y 74 plazas.

carne y sal, y un poco de maiz y el cigarro, mas bien que dedicarse al trabajo de cultivar la tierra. Los yaquis miran con abandono los dones que la naturaleza les prodiga, y viven infelizmente si los comparamos con los goces que se disfrutan en Europa; pero si trabajasen cuatro dias á la semana tendrian trigo y los vegetales en tanta abundancia, como ahora tienen la carne.

Son muy afectos al avalorio y á las telas de grana y de colores subidos. Tambien son aficionados á la música y al baile. Su canto es lúgubre y melancólico, el que acompaña de instrumentos groseros, como el tamboril y chirimia.

Bailan con bastante compás y harmonía, dando alguna significacion á sus danzas, que ejecutan al son de canciones monotonas y uniformes é imitan los movimientos de ciertos animales poniéndose en cuclillas y dando saltos á manera de sapos. Tambien toman brasas encendidas entre los dientes y lo mismo que suelen hacer los muchachos en sus juegos con dichos animales. Rara es la fiesta que no acaba con palos y camorras. Pero ni aquellos ni estas suelen tener raras consecuencias, pues cesan en el momento que se presenta algun oficial de justicia ó cualquiera otra persona respetable del pais.

Las mugeres son generalmente muy trabajadoras y hacendosas, supersticiosas al estremo, humildes y resignadas á la dura esclavitud doméstica, y aunque de poca hermosura no carecen de gracia y espresion; si se las compara á las otras tribus comarcanas, de las que se distinguen tambien por su vigor en caminar á pié haciendo viajes largos, sin la menor pena y fatiga cargadas con sus hijuelos y los frutos de su pequeña industria que llevan á vender al mercado de Guaymas su vida es bastante prolongada, y se hallan exentas de los achaques propios de las mugeres entregadas al lujo y á la molicie.

El parto viene á ser para ellas un acto natural; porque no le tienen como enfermedad. Dan á luz la criatura si se ofrece detrás del metate (1) y siguen moliendo con la mayor frescura pasando desde esta ocupacion al labadero de algun rio ó de alguna fuente á limpiar la ropa ó traer agua para sus casas. Su vestido es muy sencillo, pues consiste en un pedazo de *frazada* (especie de toga romana) ó manta en que envuelven el cuerpo cubriendo de ese modo sus carnes, si bien la mayor parte llevan descubierto el seno.

Réstanos hablar de los misioneros, milicia civilizadora á quienes se debió la colonizacion de desiertos que en el dia son ciudades populosas.

La historia de las Américas conserva una página indeleble de los padres Jesuitas y Agustinos, y la gratitud de los Indígenas por los sacrificios que en su bien hicieron tanto en lo temporal como en lo espiritual será eterna.

Es opinion comun entre la gente sencilla de Sonora que la administracion eclesiástica ha sufrido mucho desde la estincion de los Jesuitas, quienes dejaron monumentos de su gobierno y cuyos restos casi arruinados inspiran respeto y veneracion hácia su memoria. Justicia es confesar que en aquella época eran los indígenas mas aplicados y morales, merced al celo y caridad religiosa de los padres en quienes encontraban ilustracion para su ignorancia y consuelo en sus aflicciones. No solo los indios sino tambien los hombres civilizados se quejan hoy con fundamento de la privacion en que se hallan los pueblos de la enseñanza de la doctrina cristiana y la administracion espiritual.

En ningun departamento de la república se necesitan tanto misiones de religiosos como en el de Sonora para trabajar en la conquista espiritual y temporal de sus muchas tribus salvajes, pues aunque las tienen los yaquis y mayos, los que habitan el interior no han sentido todavía el influjo benéfico de la religion. Y en este punto es preciso confesar que solo por su medio podrá conseguir el gobierno la subordinacion de tantos hombres feroces y salvajes siempre en continua guerra con las autoridades locales. Léanse en comprobacion desapasionadamente los hechos maravillosos de los jesuitas en tiempo de la conquista, y se verá que Cortés y sus dignos compañeros debieron parte del vencimiento á los ilustrados religiosos que sin mas armas que sus virtudes sujetaban las voluntades, hicieron amar el nombre español, y fueron los legisladores de mas de doce millones de bárbaros que habitaban el continente mejicano.

Vicente Calvo.

(1) Nombre que se da en la república mejicana á la piedra en que se amasa la harina para hacer la tortillita de maiz que es el pan cotidiano de los indígenas que es por cierto muy sabrosa.

MADRID Y LOS PUEBLOS.

Sabido es que no hay hombre que no crea hallarse en el peor estado ni deje de envidiar los demas con tanto mayor ahinco cuanto mas distan del suyo. Esto consiste en que, para que todo esté compensado en el mundo, ni lo hay tan elevado y brillante que no tenga su buena dósis de desasosiego y amargura, ni tan oscuro y miserable que carezca de toda ilusion. Siendo asi, en cualquier posicion encuentra espinas el hombre; natural es que, aunque sean leves, las crea las mas punzadoras, como que otras no le lastiman, y, no viendo las mismas en las demas posiciones, las considere exentas de aquellas y sembradas de flores, contribuyendo al engaño la imaginacion que, sin otro motivo ni guia que el capricho, amontona donde menos debiera unos sobre otros los vapores de la ilusion hasta que llegando á formar una nube densa para ofuscar, pero sonrosada para engañar traidoramente y hacer aparecer las aguas estancadas magníficos lagos; los terrenos quebrados, pintorescos paisajes; los alingares, hermosos jardines. y la pobreza, suprema desgracia, sagrada fuente de resignacion, manantial de sencillos goces.

Por eso los que siguen el camino de un solo estado, y llegan sin apartarse un palmo de él, donde todos los caminos acaban, mueren los hombres mas ignorantes y desgraciados; ora se encierren sus cenizas en urnas de oro, ya no quede de su existencia mas rastro que el que deja el vuelo de un pájaro en medio de los aires, porque han envidiado los demas estados, y en último resultado no han recogido mas que desengaños del suyo.

Hame sugerido estas reflexiones el que acabo yo de tener. Creia que vivir en Madrid era el colmo de los males; que habitar en el campo, en los pequeños lugares, el conjunto de todos los bienes. ¡Madrid! ¡la córte! ¿Quién no huye de ese huracan contagioso que marchita el corazon, seca las fuentes de los sencillos y generosos sentimientos? ¿Quién no se espanta al ver ese terrible Occéano del vicio que ha inundado ya todas las clases, que ha sumergido á todas las familias, en cuyas cenagosas olas sobrenadan todos los individuos? ¡Madrid! ¡la córte! vasto mercado donde se ponen á vil precio todos los favores: inmensa apariencia, donde la doblez, la falsa risa, las mentidas riquezas, cubren con un crespon engañoso la sangre, la hiel, las lágrimas que gota á gota destilan repugnantes escenas é intrigas ambiciosas; verdadera Sibaris de donde sin amor las madres, sin pudor las vírgenes, sin hazañas, sin héroes, el ángel custodio de los hombres ha volado despavorido y lloroso sin volver atrás la vista para no dar cuenta al cielo de tanta corrupcion.

¿Y el campo? ¿y la modesta vida de los pueblos? Representábame las familias reunidas alrededor del hogar tutelar, escuchando, entretenidas en las labores domésticas, las historias ejemplares que les contaban sus abuelos. Aquí veia á una niña jugando con los genios de la inocencia, allí á una jóven de vaga sonrisa medio cubierta con las blancas alas del angel de los castos amores. Las clases pobres, me decia, no vivirán, como en las ciudades, apiladas en madrigueras; chozas de olorosas mejoranas, adornadas de verdes pámpanos las guarecen suficientemente de las inclementes tormentas. El eco de la soledad acompaña las canciones de los que ya sienten el peso de los años; la luna ilumina con sus resplandores apacibles las danzas de los jóvenes; las selvas ofrecen á los enamorados sus misteriosos retiros para que con libertad puedan abrirse mútuamente con la llave de la confianza las puertas de sus apasionados cuanto sencillos pechos. Sin inquieta ambicion, sin pavorosos recuerdos, la existencia se desliza allí, sostenida por la religion, en la embriaguez de las tiernas emociones de la virtud hasta que al tocar al horizonte de la vida se sumerge estasiada en el hondo seno de una feliz inmortalidad.

Y dije ¡al campo!

Y salí de Madrid con ánsias tan vivas de llegar á la patria de don Quijote que el camino se hacia interminable á mi impaciencia; mas me parecia, como á Telémaco al dejar la

isla de Itaca, que los cuidados, el desasosiego, el astio de todo, el disgusto de mi mismo, huian en la huella que estampaba. Cuando hube llegado al pueblo á que me dirigia, un dia que no salí de casa, conservé mis ilusiones; al siguiente hollólas la planta de la realidad, que no deja en pie mas que los abrojos de las cosas.

Manifestando á un amigo que cansado de respirar en la atmósfera sofocante de la sociedad de Madrid, queria pasar el resto de mis dias entre las sencillas gentes de los lugares, se sonrió de mí compasivamente. Díme por ofendido de esto (pues acontece de ordinario que nos dolemos de quien nos avisa el daño ó peligro de nuestros proyectos, como si fuera él su autor) y advirtiéndolo.

—Dispensa, me dijo, esta noche empezarás á gozar las dulzuras de nuestra sociedad Arcadiense.

Llevóme con efecto, á una de las casas mas tratables del pueblo, y en ella dieron el primer martillazo al castillo de mis ilusiones. En vez de la sacra familia que buscaba, hallé un padre que con todos reñia, una madre que no escupia por no suspender el uso de la palabra, y unas niñas que cuchicheaba y se reian del presentado.

—¿Qué tal vá, señora doña Trifona, preguntó mi amigo á la señora de la casa, pasados unos instantes.

—¡Cómo me ha de ir! respondió doña Trifona con voz desde luego destemplada, pero que se hizo mucho mas en el curso de la improvisacion, ¡Cómo me ha de ir! malísimamente. Imposible es vivir con las pesadumbres que una tiene. Hoy nos han traido la papeleta de contribucion, y me he quedado asombrada de la que nos han echado. ¡Veinte reales mas que á don Benito! ¡Diez menos que á don Celedonio! ¡La misma que á don Dámaso! Este es un escándalo inaudito que clama al cielo venganza. Bien que, asi ha de suceder para que el ayuntamiento se replete los bolsillos. Y luego que no quieren ser alcaldes! Ahorcados los vea yo todos, que entonces no harian estas injusticias.

Para que se comprenda bien la enorme imprudencia de la tal señora debe saberse que mi amigo era presidente del Ayuntamiento.

Nos despedimos avergonzados de aquella santa familia; y preguntando á mi amigo como habia tenido paciencia para sufrir aquellos insultos, me dijo.

—Los he sufrido y no he dado un escándalo por respeto á tu persona. Por lo demas esta es una escena que se repite aquí con frecuencia, de que se originan odios eternos entre las familias, hasta el punto de no haber dos relacionadas.

A la noche siguiente fuimos en casa de uno que era considerado como el mas habil y decidor del pueblo.

—¿Conque es V. de Madrid? me preguntó con maligna sonrisa.

Si, señor; le contesté todo lo afablemente que pude por ver si así me libraba de la tempestad que veia aglomerada sobre mi cabeza.

—¡Pues hace V. muy mal! replicó con aire muy magistral, en Madrid no se crian mas que hombres enteques y pitiminis que solo saben bailar y cortejar madamas. ¡Ni mas, ni menos que los muchachones que aquí se crian! Apuesto á que mi Braulio puede con diez como V. y si nó á la prueba me remito. Braulio echa al señor la mano...

—No es necesario, me apresuré á contestar temiendo que me descoyuntase, me doy por vencido....

—Nada, lo ha de ver V...

Y viendome asediado con mano en ristre por el robusto Braulio no tuve mas que meter mi mano entre la suya de hierro para que me deshiciese los nudillos contra una mesa.

—Ve V. hombre esclamó triunfante, que no sirven ustedes para nada...

Los circunstantes aplaudieron al vencedor, y se burlaron de mis pocas fuerzas físicas; yo, corrido mas que la noche anterior, rogué á mi amigo con la vista me sacase cuanto antes de aquella sociedad tan brusca.

Aquella sociedad era sin embargo de una persona muy distinguida. Otro dia me reuní con las personas mas desocupadas y las que debian ser mas instruidas y ejemplares del pueblo que formando corro en la esquina de un convento, pregonaban los defectos de cuantos por alli pasaban, ó calumniaban á los que no los tenian. Horror me causaron aquellos hombres que se cebaban en la honra de sus convecinos y la hacian trizas con la indiferencia ó el placer de un buitre cuando despedaza las entrañas de la ave que ha cogido. Un solo hombre vi respetado por todos; llamado por todos sin envidia buen sacerdote, y ofrecido aun por los incredulos como modelo de honradez, de virtud y caridad evangélica. Al lado de los grandes vicios Dios coloca esos ejemplos gloriosos de virtud para que no se crea que es la humanidad necesariamente imperfecta, ni se maldiga la obra que salió mas perfecta de sus manos.

Terribles fueron para mi amigo las consecuencias de nuestros paseos nocturnos por el campo. Encontramos dos rateros cargando frutos de una finca suya, con autorizacion del guarda; reprendido, se escusó con que todos hacian lo mismo. Por la vindicta publica se vió el alcalde obligado á meter á unos cuantos ladrones y encubridores en la carcel; pero pronto tuvo que soltarlos arrepentido, pues sus familias ó amigos le talaron en represalia por de pronto el mejor olivar que tenia.

Como me era tan doloroso ver desvanecidas mis ilusiones, traté de conservarlas hasta el último estremo, para lo cual achaqué aquellos vicios y escesos al pueblo, no al carácter del pais entero. «Quiza, me dije sea otra cosa en uno mas pequeño.» Afortunadamente por entónces vino á verme de uno no grande un antiguo conocido; el cual, preguntándole que tal pasaba el tiempo me respondió:

—¡Oh! malisimamente. En este pueblo al fin hay sociedad, gentes racionales, hombres de honor... ¡pero en el mio!

—¡Qué! repliqué, ¿son mejores las gentes de este pueblo que las del de V.?

—¡Uf!!! respondió, dando á la esclamacion cuanta fuerza pudo para espresar la diferencia enorme que habia: es lo vivo y lo pintado.

—Pues yo, le dige, he determinado establecerme en su pueblo de V.

—¿Y para eso ha venido V. de Madrid? me preguntó con cierta espresion de susto.

—Si, señor.

Aquel buen hombre sin decir otra palabra se levantó y, saludandome ligeramente, se marchó con presteza volviendo hacia mí los ojos cual si quisiera precaverse de un golpe que le amenazase.

No era dificil conocer que el buen hombre creyó, al oir mi resolucion, que yo no estaba en mi entero juicio.

¡Despues de echado por tierra el palacio de mis ensueños no faltaba para mi completa cura, mas que el soplo de un cualquiera aventase burlescamente el polvo de sus ruinas!

Ya no quise mas pueblos y al dia siguiente me puse en camino para Madrid, pidiéndole perdon de las ofensas que le tenia hechas, donde, gracias á Dios, permanezco y con conocimiento de causa en mi juicio cabal deduzco entre otras las siguientes conclusiones de la comparacion de Madrid y los pueblos:

1ª. Que en los pueblos hay mas barbarie, y por lo menos tantos vicios, tan malas inclinaciones y tanta deprabacion como en Madrid, faltándoles ademas la civilizacion que los hace menos repugnantes.

2ª. Que en las luchas políticas los dardos que se arrojan en Madrid mutuamente los partidos las mas veces pasan por encima de las personas, y en los pueblos las clases y los partidos casi se olvidan para hacer las familias y las personas objetos perenes de rencor y odio.

3ª. Que siendo en los pueblos el único tema de conversacion la murmuracion que saca á plaza los defectos de todos ó se los supone á quien no los tiene, no hay hombre puro é intachable en la consideracion de los demas, de donde se origina una mútua y general desconfianza la cual mata toda especie de afeccion de amistad y cariño.

4ª. Que la única ventaja que llevan á Madrid los pueblos es que en ellos la subsistencia no está tan espuesta á los vaivenes de las circunstancias, ni á las mudanzas políticas que todo lo truecan y trastornan en la corte.

MIGUEL LOPEZ MARTINEZ.

DE LAS PLANTAS VENENOSAS.

Por útil y curiosa, creemos que ha de agradar á nuestros lectores que les presentemos una breve reseña de ciertas plantas, cuyas propiedades son perniciosas á la salud, acompañada de los correspondientes dibujos.

La figura 1.ª representa el *Aconitum napellus*. Esta planta es cultivada en los jardines como flor de adorno, todas sus partes son venenosas y encierran un narcótico de gran acritud.

La figura 2.ª representa la planta llamada *Ranunculum acris*, (boton de oro).

El Ranúnculo acre, es fácil de distinguir, pero es preciso tener el mayor cuidado en no llevarle á la boca, porque ejerce una accion sumamente violenta y terrible.

Las figuras 3.ª y 4.ª representan el *Cheli donium majus* (claro) y el *conium maculatum*.

La figura 5.ª es el *Otusa cynapium* (pequeña cicuta), esta planta crece en los jardines y á la orilla de los vallados: fácilmente se la confunde con el peregil, pero se le distingue por su tronco liso, en razon á que el de peregil es acanelado, por su follaje de un verde mas sombrío, por la ausencia de olor aromático cuando se le frota, y por las flores blancas, mientras que en el peregil son verdosas.

Las figuras 6.ª y 7.ª representan la *Cicutaria aquática* (cicuta acuática) y el *Hoscyamus Niger* (beleño negro).



Figura 1. *a*. Estambres y pétalos.— *b*. Fruto.



Figura 2. *a*. Cáliz y estambres.— *b*. Pétalos.



Figura 3. *a*. Estambres y pistilos.— *b*. Fruto capsular cubierto.



Figura 4. *a*. Tronco moteado de manchas color vinoso.— *b*. Flor aislada.— *c*. Fruto con muescas.



Figura 5. *a*. Porcion de novelo ó quitasol. —*b*. Flor aislada.



Figura 6. *a*. Racimo.— *b*. Flor aislada.— *c*. Fruto.



Figura 7. *a*. Flor endida longitudinalmente.— *b*. Fruto cortado trasversalmente.



Figura 8. *a*. Fruto cortado trasversalmente.— *b*. Flor endida longitudinalmente.— *c*. Grano.



Figura 9. *a*. Flor endida longitudinalmente.— *b*. Capsula cortada trasversalmente.— *c*. Grano.

La figura 8.ª es la Atropa belladona. *(Belladona.)* Esta planta se encuentra en los bosques; la fruta se asemeja algun tanto á la guinda ó cereza negra, y tiene un sabor dulce que no revela sus propiedades venenosas y que es causa de que algunas veces coman los niños su fruto. No puede confundírsela con las cerezas negras, si se fija la atencion en que es coronado de un caliz preexistente y que contiene granos en lugar de huesos.

Los heméticos, los licores agridulces, el café mismo, pueden emplearse como remedio al envenenamiento por los frutos de la belladona.

La figura 9.ª es la *Datura Stramonium* (patata espinosa ó stramonia.)

La stramonia ó patata espinosa se llama asi porque el fruto está erizado de puntas; se encuentra en los campos secos é incultos, sus hojas tienen un olor desagradable, su sabor acre y amargo, su accion mas enérgica aun que la de las hojas de la belladona. Opónense los mismos remedios que se ponen en juego para combatir el envenenamiento por medio de esta última planta.

ENTIERRO DE UN NIÑO.

Descansaba tranquilamente en brazos del ya enrarecido sueño de la mañana, cuando empezaron á mezclarse entre sus últimos vapores los sonidos agudos y locamente acelerados de las lenguas de metal, como diria un poeta, de la iglesia inmediata. Mi primera idea al despertar fué echar un voto y no de confianza contra el célebre Mendizabal, que no hizo las cosas mas que á medias. ¡Oh! cuántas veces me acuerdo tambien del Viernes Santo.... Por mi desgracia estoy situado entre dos torres que arrojan, enlazan y repelen mutuamente sus gritos, para lanzarlos con estrépito sobre mi pobre habitacion, mas que por los vientos combatida por las campanas: esto hace sin duda que los vecinos desalojen continuamente la casa, pues deben agradarles muy poco los cánticos de tan vocingleras y empinadas vecinas. Por la misma causa estaba ya formando el proyecto de trasladarme á otra parte, cuando entrando la criada con el chocolate,

—Señorito, dijo.

—¿Que hay?

—Se ha muerto el niño de la vecina de enfrente.

—Y qué ¿por eso tocan tanto las campanas?

—Sí señor, porque le hacen entierro mayor, por lo que han venido á avisar á Vd., por si quiere asistir á la misa y acompañar á la familia.

—Y bien, ¿dirias que habia salido de caza antes de amanecer?

—No señor; como yo ignoraba que....

—Vete con mil diablos.

Con un humor pésimo empecé á vestirme, buscando entre tanto un remedio para que las campanas no tocaran á muerto, y al mismo tiempo para que no hubiese entierros; pero por mas que revolvia en mi imaginacion no hallaba mas que uno: «no morirse;» y este me parecia la piedra filosofal de la vida humana. Cansado iba á abandonar mi empeño, cuando se me ocurrió otra idea luminosa; y dije:—«Para evitar el entierro no es necesario no morirse, basta con no nacer.» Pero entonces recordé que asistiendo dias atrás á un bautizo, habia notado que el recien nacido solo tomó una parte pasiva en el acto.

—El nacer, añadí reflexionando, no podemos evitarlo. ¡Oh! y de tener esa facultad ya nos ahorraríamos tal desgracia. ¿Cuál es pues, la causa de que nazcamos?

Al hacerme esta pregunta, levanté la vista y la posé maquinalmente sobre un cuadro que colgado en la pared de enfrente representaba el himeneo, el cual parecia que respondiendo á mi pregunta, decia:

—Yo.

—¿Tú? maldito seas: y le arrojé una bota que iba á calzarme.

El ruido de los vidrios, que cayeron hechos pedazos, me sacó de mi enagenacion; y reprendiéndome á mi mismo—Estoy loco, me dijé; no sé lo que hago: ¿acaso querré yo formar de distinta materia la sociedad? ¿No veo que para no morirse era necesario no nacer, y para no nacer que los dos sexos no se unieran, y para esto en fin que los hombres no tuviesen idea de las mugeres ni las mugeres del matrimonio?

Entonces acabé de vestirme, y dominado por tan peregrinos pensamientos me encaminé hácia la iglesia, donde presencié una porcion de larguísimas ceremonias, que no es mi objeto referir. Despues de oida la misa y dejando que cantaran los responsos y llevasen el cuerpo al cementerio me dirigí á dar la enhorabuena á mi vecina de enfrente. Al llegar á la puerta vi, acompañado del sacristan y monaguillos, al cura de otra parroquia, el cual, asi que estuve en el portal,

—Sea Vd. testigo, me dijo.

—¿De que?

—Del escándalo, prosiguió con desaforada voz, del escándalo que se acaba de dar en esta casa.

—¿Pues qué ha habido?

—Que el cura de la parroquia de.... ha venido y se ha llevado un niño muerto, á quien debia de derecho dar yo sepultura.

—Pero señor, dijo entonces mi vecina apareciendo al pie de la escalera, si esta casa pertenece á la parroquia de donde es cura el señor D. A....

—Miente, añadió el pretendiente de la otra parroquia, toda la vida me ha pertenecido esta casa, y....

—Pero señor, ¿y qué le hemos de hacer si ya se han llevado el niño á la otra iglesia?

—No importa; esto no puede quedar así; elevaré una queja al tribunal, y yo le haré ver á ese D. A. que no se usurpan impunemente una parte de mi feligresia y mis derechos.

—Señor, repuso mi compungida vecina, si es por los derechos, los pagaré dobles.

—Toma, eso es claro; está uno adelantado para renunciar á sus emolumentos: tras que el gobierno paga tan bien.....

—Entonces, añadí yo, cese la disputa; que vuelva luego el sacristan, y asunto concluido.

Gracias á este corte de cuentas, el señor cura y su comitiva empezaron á desfilar por la calle adelante, rezando á media voz la letanía de todos los santos, de la cual se oia de vez en cuando aquello de «*Conservare digneris te rogamos audi nos.*»

Al tiempo que esta procesion desaparecia por un estremo de la calle, entraba por el otro la que en alegre desórden venia del cementerio. No tardó la gente en llegar al portal en que me hallaba, donde despues de recitar entre dientes un responso que tan solo entendian el cura y el sacristan, concluyó por decirlo así la parte seria de este acto. En seguida todos los asistentes se dirijieron á la escalera, en la que hallando á mi pobre vecina la acosaban con los dulces consuelos de: «sea en hora buena,» «salud para tenerlos,» y otros parecidos, corriendo despues á ocupar los asientos de otra habitacion, en que la escena debia de estar mas animada.

Efectivamente, la alegre concurrencia ocupó sucesivamente una sala donde se hablaba y se reia, y donde en medio de los convidados se alzaban dos mesas abundantemente provistas de dulces y botellas: hace pocos dias asistí, como he dicho antes, á un bautizo, y sirvieron á la mesa diferentes refrescos. ¿Por qué esa contradiccion de celebrar el calor de la vida con helada nieve y el frio de la muerte con ardientes licores? ¡Ay! quizás no haya contradiccion: nadie puede decir cual de los dos lechos sea mas frio, si la tumba del que nace ó la cuna del que muere. Pero verdaderamente en esta ocasion creo que nadie se curaba de filosofar.

—Sabeis, decia una muger mas curtida que el cuero de sus zapatos, que nadie diria que el niño estaba muerto? ¡Jesus! parecia que me miraba cuando le quité el faldon blanco que llevaba.

—No querria que le desnudases, añadia otra.

—¡Ay! hija, es costumbre que la ropa del muerto sea de la que le amortaja, y como yo lo he hecho....

—¡Ya!...

—Y Perico el enterrador ha trabajado mas que de ordinario, decia en otro corro un tio Juan mas largo que el dia de su santo.

—Es que le vale buenos cuartos, añadió otro.

—Diablo! repuso el primero, cuando quiere bajar un poco las costillas, no sacan los cuerpos los perros.

—Hace tan poco hondos los hoyos....

—Hoy ha cabado media vara mas que de costumbre.

—A propósito ¿sabeis que dicen que el cerdo de la tia

Manuela se ha vuelto loco por haber comido un brazo que sacó de una sepultura?... (1)

—Ea señores, dijo uno que manifestaba ser el amigo encargado de hacer los honores de la mesa, ¿á qué han venido VV.? Vamos, acercarse é ir tomando: y al mismo tiempo llenaba las copas de diferentes vinos y licores.

—Brindo, dijo uno tomando un vaso, á salud de las madres que crian hijos para el cielo.

Una inclinacion general de cabeza manifestó el asentimiento de todos á estas palabras, concluyendo el que podríamos llamar director de escena con la frase sacramental de:

—Vd. lo vea.

—Que de hoy en un año, añadió otro echando en su estómago el espirituoso líquido.

Tras estos siguieron otros diversos brindis, acompañados de una destruccion completa de las mantecadas y bizcochos que tenian las bandejas. Al celebrar de esta manera la salida del mundo de un ser igual á ellos, estos hombres se rebelan contra la naturaleza que nos da la vida como el don mas precioso ú obedecen á un sentimiento de su corazon, que retratando todos los males de la existencia, les obliga á celebrar el descanso de la muerte? ¡Ay! no; no es la naturaleza, cuyas leyes conocen solamente por sus efectos, ni es su corazon, cuyos sentimientos no abarcan el bien que encierra la quietud de la nada: es sí el fanatismo de una idea religiosa, que si es sublime porque mostrándoles la felicidad de la vida eterna acerca sin temor al hombre al borde de la tumba, es tambien terrible por la crueldad que tal verdad encierra, y porque envuelve un desprecio de nuestra existencia: mas ¡ay! que el que desprecia las miserias de esta vida no merece gozar de la abundante felicidad de la otra!....

—Señorito ¿Vd. no toma nada?

A esta interpelacion que me dirijió uno de los que estaban sentados á la mesa, todos se volvieron á mí diciendo á la vez:

—¿No quiere Vd?

—¿No bebe Vd?

—Vamos, decia el director, un sorbillo.

—Gracias, señores; sigan VV. que ya me acercaré á tomar alguna cosa.

Entonces, y aprovechando un momento en que la broma seguia en una escala ascendente, salí de la habitacion para bajar á la calle: al cruzar la antesala oí una voz que entrecortada por los sollosos me decia:

—¿Se va Vd. ya?

Era mi pobre vecina que retirada en un rincon dejaba entrever con sus lágrimas el dolor que quebrantaba su corazon.

—¿Se va vd? repitió.

—Si, me es imposible acompañar en sus alegres brindis á esas pobres gentes, que siguiendo una malhadada costumbre, creen cumplir como deben felicitando á vd. por la pérdida de su hijo.

—¡Ay! articuló mi vecina en medio de su amargo llanto. ¡Ellos dicen: feliz la muger de quien el cielo *recoge* muchos hijos; mas yo, que sé lo que adoraba Vd. al solo niño que la concediera el Criador, digo á mi vez: desgraciada la madre á quien la muerte arrebató el tierno y único fruto de sus entrañas!..... PRIMITIVO ANDRES CARDAÑO.

A UNA NOCHE DE ESTIO.

ODA.

Los ojos vuelvo en incesante anhelo,
Y gira en torno indiferente el mundo,
Y en torno gira indiferente el cielo......
ESPRONCEDA.

Ya en el mar de Occidente,
Que en perlas ciñe la anchurosa tierra,
Sepultóse del sol la régia frente;
En celsitud ornado,
En pompa y gala y magestad velado.
Rayo celeste de su lumbre pura,
Dulce y voluptuoso
Como el recuerdo del amor primero,
Débil lucia entre la niebla oscura
Que el monte encapotaba;
Y de la nube el blanco y vaporoso
Vellon que el viento mece,
A su postrera luz se coloraba.
¡Hora de bendicion; cuánto apacible,
Y bella y venturosa,
Ay, te presentas á la mente mia!
Y el alma congojosa,
Del llanto manantial, con qué alegria,
Como las flores al rayar del dia,
Tu luz recibe y tu nacer saluda
Arrobada en placer, de encanto muda.
La tortolilla triste,
El tordo vocinglero,
El ruiseñor sentido,
El rápido gilguero,
El vuelo tienden á su amante nido,
Do sencilla guardando cuidadosa
Los hijuelos locuaces
Su tierna compañera,
Por su tardanza ansiosa
Solícita le espera.
Por las opuestas lomas los pintados
Rebaños baladores,
A sus rediles bajan presurosos,
Dulces trobas cantando enamorados
Los zagales gozosos,
Que en contienda de amor y en justa liza,
Cada cuál por mas bella á su zagala
Proclama orgullecido, su hermosura
Quién, ponderando en cántiga sonora,
Quién, su dorada cabellera riza,
Y el pié donoso y la gentil cintura,
Quién, comparando su sonrisa pura,
A la sonrisa de la limpia aurora.
El labrador cansado,
Los tardos bueyes anhelante aguija,
Y por estrecha senda y apartado
Presto camino que á su hogar conduce
Sus pasos guia, donde parca cena,
Y esposa amante y bendecida prole
Ya de impaciencia llena,
El instante anhelado
De verle ansian con mortal cuidado.
En la divina lumbre
De las limpias estrellas,
Que en el sereno azúl fulguran bellas,
Pintase el campo y la celeste cumbre,
Rodéase el profundo,
Y á su rayo temblante
Báñase en paz el adormido mundo.
En regio trono de marfil nevado,
Que en lento giro por el ancho cielo
Camina sosegado,
De nácares orlada
Cual diadema triunfal la nívea frente,
Y en sombra rodeada,
Brilla la luna cándida y fulgente.
Callado el arroyuelo y silencioso,
Espejo fiel que en su cristal retrata
De la vida fugáz la imágen breve,
Ya su corriente pura,
Que entre laderas de jazmin desata
Durmiente lame las rizadas flores,
Ya triste no murmura,
Ya saltando no cuenta sus amores.
Todo reposa en paz, silencio mudo
Se percibe do quiér; bajo tu manto,
Noche augusta y serena,
Del ruiseñor el melodioso canto,
Del aura leve el lánguido murmullo,
De la tórtola bella el tierno arrullo,
Del manso viento al suspirar no suena,
Y opaca y recogida
La natura descansa adormecida,
Todo reposa en paz..... menos mi pena;
Y el eco mudo y frio,

(1) El que haya viajado por los pueblos pequeños de las provincias, habrá podido observar en muchos caidas ó desmoronadas las tapias de los cementerios, no siendo la primera vez que penetran en ellos los puercos y otros animales y desentierran los cadáveres.

No mas repite ya que el llanto mio:
Mi llanto, sí, mi llanto.
Quien en la tierra la virtud, la gloria,
El amor, la pureza,
Con firme corazon y alma inocente,
Buscó do quiera y mezquindad y escoria,
Y mísera torpeza,
Entre harapos halló; quien con ardiente,
Con orgulloso anhelo,
A la esfera del sol alzó su vuelo,
Y en ilusion mentida
Miró tornarse el esplendente cielo
Quien del amigo que amistad brindaba,
Y su mano estrechaba,
Probó la deslealtad, quien de la hermosa,
Que tierna y cariñosa
Contandole su amor, le acariciaba,
La perfidia gozó ¡ay! y veloces,
Vio los hombres pasar y el mundo alegre,
Ageno á su dolor, sordo á sus voces,
¿Qué, sino su quebranto
Debe ¡Oh noche! contarte y á las frescas
Brisas que entorno murmurantes vagan,
Por prenda diera de su mal profundo
Que roncos ayes y que amargo llanto?
El llanto, rico dón, almo tesoro,
Fuente preciosa que en el alma vive,
De mas valor para el mortal que pena
Que es al ciego la luz, al pobre el oro.
Sin ti la vida de desdichas llena,
Dia fuera sin sol, prado sin flores,
Sin esperanza fé, luz sin colores.
¡Es tan dulce llorar!..... opresa el alma
Bajo la losa del dolor impío,
Cual llama rutilante
Que al Cielo eleva su radiosa lumbre,
Y su fulgór brillante
Del peñasco al rodár la pesadumbre
Apaga de improviso, de su vida
Tal se ahoga la luz, y retorcido
En sofocante nudo,
Yelase el corazón, mas oh ¡ si en tanto,
Al escaldado lagrimál asoma
Luciente perla de anheloso llanto,
En lágrimas deshecho
Feliz respira el angustiado pecho.
¡Oh, cuantas veces, apacible Noche
Para llorár la desventura mia,
Enojoso, importuno.
Siendo á mis penas el alegre dia,
Tus sombras anhelaba á mí tam bellas,
Y el palido lucír de tus estrellas
El Mundo.... que mezquino,
Que pequeño ante mi se presentaba;
Como al viagero que en la enhiesta sima
De roca insuperable que en el puro
Aire se esconde, súdito aparece
Misero pueblo que al azár nacido,
Duerme en el fondo del abismo oscuro.
Sus pompas, su preciado
Mentiroso oropel sus ambiciones,
¿Que valen ante ti? de barro inmundo
Despreciable jugete engalanado,
Que de sus gracias y engañoso aliño
Perdida la ilusion fascinadora
Arroga al polvo caprichoso niño.
A tu fulgór sublime,
Cuan libre, ¡oh noche! el corazon respira,
Y en blandos ayes como el blando ambiente
Que en la enramada plácido suspira,
Y en torno vuela de mi ardida frente,
Cuál rompe ufano de su nido estrecho
Y en gozoso latir salta en el pecho.
¡Ay! cuantas veces en la fresca yerva,
Cabe la fuente gárrula tendido,
Mientra en sueño sumido
El Mundo reposaba,
Contemplando tu lúz embebecido,
Yo solo al rayo de tu luz velaba.
Yo solo.... nó; ¿recuerdas amorosa,
La que en mis brazos candida y sencilla,
Cual capullo gentil, brillaba hermosa?
Que. ¿No recuerdas los instantes bellos
Que embriagada en mi amor, yo en su hermosura,
En mis sienes jugando sus cabellos,
Y á su encendida boca,
De amor guarida, y que al amor provoca,
Dulce beso robando,
Ella, su bien, su dicha me llamaba,
Mientras ebrio en placer, la mente loca,
Atónito de amor la contemplaba?
¡Oh ¿la olvidaste yá? Su voz suave,
Mas blanda que el murmullo de la brisa
Que entre las flores del Abril se mece,
Que la cancion preciada,
Que el ave enamorada
Del arroyuelo al son alza en la vega,
El dulce encanto de su dulce risa;
El rayo amante de sus vivos ojos
Que al cielo prestan de su azul el brillo,
La ardiente vida de sus labios rojos,
El Sol sereno de su frente bella,
De su trage el sencillo
Noble decoro que el candor destella,
Diste al olvido ya? ....Felices horas,
Horas de amor, de dichas y alegria,
Huid, huid y al insondable abismo
Rodad de lo pasado encantadoras,
Que si el ansioso vuestras vidas sorbe
Eternas sois en la memoria mia.
No la olvidaste, no; mansa en el viento
Tu voz escucho que amorosa y tierna,
«Dó está» me dice en sonoroso acento;
Y el valle y el pensil y el monte y prado,
En cántico acordado
«Dó está» repite al par, y á su apagado
Bullicioso clamor que al cielo sube,
La tierra, el firmamento,
«Dó está» resuena en plácido concento..
¡Oh cruel hado impío!
Donde está, me interrumpes, bien lo dice
El ronquecido son del llanto mio
¿En tus horas calladas,
Del már sobre las aguas vaporosa
Una ninfa no vés surcar ligera,
De conchas nacaradas
La sién ceñida cual la Chipria Diosa,
Solícita buscando la ribera;
En célica armonía
Sonando el aire al suspirar su aliento,
Y huir en sulco luminoso y puro
Súbito al Cielo al despuntar el dia?
Ella es, ella es, ...mas oye, tente,
No rompas su existencia misteriosa,
Y al menos pueda su canción doliente
En mágico ruido,
Bajo tu velo, oh noche silenciosa,
Templár mi pena y alhagar mi oido.
Y que ¿sorda á mis quejas,
Huyes tambien y de mi triste llanto
No tienes compasion, y al fin te alejas?
Si: que en purpúreo rosiclér teñida.
Y en luciente arreból de rosa y grana
Que el cielo pinta y el Oriente dora,
Flores vertiendo y luz, nace la Aurora.

FRANCISCO VILA Y GOYRI.

CUESTIONES RECRATIVAS.

I. Disponer un aparato, por medio del cual se puedan ver desde el piso principal de una casa, las personas que llegan á la puerta de la misma, sin asomarse á la ventana, ni mirar por ningun hueco, y sin ser visto.

II. Disparar apuntando á la espalda un pistoletazo, con la misma seguridad que si se tirara de frente, y la vista pudiera hacer naturalmente la punteria.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.



Estanque de las Rosas.

EL SERRALLO.

(*Conclusion.*)

Saliendo de la sala del trono, se pasa por dos pórticos de mármol y se penetra en otro patio muy reducido. A un lado está un pabellon que contiene la biblioteca, bastante mezquina en verdad, pero en la cual se asegura que existen manuscritos de la mas alta importancia, en calidad de reservados: en ella se vé tambien el árbol genealógico de todos los sultanes, con sus retratos y su *Thougra* ó rúbrica, ricamente pintada y adornadada de oro y colores. Cada sultan se compone una rúbrica, que constituye la misma forma; hállase escrita de manera que haga un dibujo original, misterioso é indescifrable para el vulgo. Tal es el *Thougra* de Abdul-Medgid, el sultan actual, que se encuentra en las monedas del imperio, y á la cabeza de todos los firmans ú órdenes emanadas del serrallo, y cuyo sentido es el siguiente: «Abdul-Medgid-Kan hijo de Mahmoud Kan, siempre victorioso.»

En seguida se encuentran una docena de pabellones que servian de alojamiento á los hijos del sultan, antes que el uso de tener encerrados á los herederos del trono, fuese abolido por el sultan Mahmoud.

En esta parte del serrallo se eleva el *Harem*, habitacion de las mugeres del sultan, y de las odaliscas ó hijas de esclavas.

Saliendo de este recinto se baja á los jardines, cuyas magníficas arboledas vistas desde lejos, cautivan la atencion del viajero que sobre el navío sigue los cimientos de las altas murallas, al entrar en el puerto de Constantinopla.

En estos jardines en que el *jiaour* (infiel) penetra dificilmente, no parece haber habido plan alguno: no hay en ellos ni alamedas, ni disposicion que indique otro pensamiento que el de tener sombra; pero sus árboles son tan bellos en medio de su rusticidad salvage, sus glorietas forman tan admirables paisages, la vegetacion se muestra tan rica, que este mismo abandono contribuye á dar un encanto especial á aquella mansion deliciosa. En un punto de la grande esplanada, en que se encuentra el kiosko de Gulkhaul, ó de las rosas, hay una pequeña residencia cerca de un estante de mármol llamado de las rosas, rodeado de árboles y de frondosidades donde los sultanes vienen á disfrutar de el *kief*, ese dulce reposo de Oriente que se disfruta en los parajes mas deliciosos, donde vienen á pacer los gamos, á abrigarse las tórtolas. A un lado se encuentran 40 pinos formando calle y entrelazados los unos con los otros, de la manera mas pintoresca; por otra parte hay cipreses sombrios, que se lanzan como los minaretes sobre las verdes copas de los plátanos y de los terevintos á la par de los altos muros blan-

cos coronados de cúpulas, que sostienen otros jardines mas elevados visibles en lontananza.

Para completar esta descripcion del Serrallo y hacerla mas inteligible, concluiremos por donde debíamos haber empezado, por la descripcion topográfica de Constantinopla.

El terreno que ocupa esta ciudad parece haber sido destinado por la naturaleza para el establecimiento de una ciudad de primer órden. Elévase en triple anfiteatro sobre un promontorio triangular, que se halla separado del Asia únicamente por un brazo de mar estrecho, que los antiguos llamaban Bósforo, porque un buey le podia pasar á nado. El terreno de Constantinopla consiste en colinas insensiblemente inclinadas, que se elevan por grados en la parte del continente, mientras que declinan en la direccion del serrallo, situado á la punta del triángulo que se interna en el mar. Detrás del serrallo, que es el punto culminante de la primera colina, se eleva el templo de Santa Sofía. La segunda colina se halla coronada por la mezquita de Osman, cuya bóveda sorprende por su atrevimiento y elevacion. La mezquita de Soliman, mas grande aun, domina la tercera; un antiguo acueducto une esta á la cuarta. Sobre el punto mas elevado de la cadena de colinas ha hecho construir el sultan una torre alta, donde velan incesantemente guardias para señalar los incendios que ocurren frecuentemente en esta ciudad, donde todas las casas son de madera. Aunque la calle principal de Constantinopla, que parte del serrallo y atraviesa la ciudad, no es interrumpida mas que á grandes distancias, las casas estan generalmente separadas las unas de las otras por espacios vacíos ó por jardines, árboles, ruinas y mezquitas aisladas, cuyos minaretes, de una blancura estraordinaria, contribuyen poderosamente á la belleza del aspecto general.



Murallas del Serrallo.

D. Francisco Ramos del Manzano.

La villa de Vitigudino (cuyo nombre derivan los anticuarios de *Elvira Godinez* hija de *D. Godino de Coimbra*, uno de los que á D. Ramon de Borgoña acompañaron en la repoblacion de Salamanca), vió nacer á principios del siglo XVII á D. Francisco Ramos del Manzano. No nos mueve á hacer esta reseña de su vida la consideracion de que fuese *el primer conde de Francos*, mérito que tiene poca novedad en los tiempos que alcanzamos; la altura á que como jurisconsulto y hombre de estado supo elevarse es la que le hace digno de mencion á nuestro juicio.

Notable debió ser su lucimiento en los estudios, cuando la fama de ellos llegó á oidos del rey, é hizo que el Consejo de Castilla le escribiera en términos lisonjeros, suficientes á inspirarle mayor ánimo. A los 18 años conseguia tanta honra Ramos del Manzano, ofreciéndosele asi la perspectiva de un porvenir brillante. No se crea sin embargo que prematuramente ó por asalto, llegó á los puestos que desempeñó en lo sucesivo; pasó antes por la larga preparacion de 22 años de profesorado en la cátedra de prima de leyes de la universidad de Salamanca. Alli contó entre sus numerosos discípulos al famoso D. Nicolás Antonio.

Haremos observar de paso con este motivo, que por entonces conferia las cátedras el voto de los estudiantes. La organizacion escolar tenia un subido color de *democracia*: luego se convirtió en *aristocracia* con un cláustro y rectores; y ahora con los últimos solos en *monarquia pura*. Si en ello hay progreso ó decadencia ni lo hemos pensado ni nos toca definirlo; no faltará quien una cosa y otra sostenga, dado que suelen tener los hechos el privilegio de probar en pro y en contra.

Fruto fueron de aquella temporada de estudios las obras jurídicas sobre las leyes *Julia et Papia y Rhodia de jactu* (impresas en 1672 y 1678). Aunque olvidadas ya en los rincones de las bibliotecas, son notables por las materias jurídicas y aun económicas que comprenden, y por las curiosas noticias que en ellas abundan respecto á la historia y usos de los romanos y de nuestro pais.

Elegido para el cargo de presidente del magistrado extraordinario de Milan, pasó luego al de regente del Consejo de Italia, y sucesivamente á los de consejero de Castilla, de Cruzada, juntas de millones y de competencias.

Ocurrió entonces la sublevacion de Portugal, abriendo una herida que no ha dejado robustecerse cual debiera el poder de la península Ibérica. La energia desplegada por aquel reducido pais obtuvo un éxito completo; la independencia se consolidó, y nosotros nos contentamos con proseguir disputando sobre el derecho. Tal fué, por ejemplo, la cuestion relativa de presentar para los obispados vacantes.

Inocencio VIII no quiso reconocer á Juan IV por consiguiente no confirmaba los nombramientos que hacia; y aquel por su parte tambien se negaba á admitir los obispos que *motu propio* elegia el Pontífice. De aqui resultó que á poco tiempo no se encontraba mas que un solo obispo en Portugal y sus colonias. El gobierno español quiso defender con razones (débiles siempre cuando las armas hablan) su derecho á la provision de tales obispados, y comisionó para ello á D. Francisco Ramos del Manzano. Escribió al efecto un informe ó memorial al papa, cuajado de citas, segun el estilo de aquel tiempo, y cuyas conclusiones eran que no se debian admitir las provisiones hechas por el *Tirano de Portugal*, y que S. S. podia y debia proceder contra él con las armas y medios espirituales propios de su autoridad, sin suspender el procedimiento por recelos de inobediencia ó separacion de aquel reino».;— recelos asaz fundados cuando aun estaba reciente el ejemplar de la Inglaterra, y que no debieron calmar las reflexiones, apoyadas en copiosas citas, con que se esforzaba en persuadir que no eran temibles malos efectos del anatema.

El crédito de Ramos del Manzano se aumentó con esta obra jurídico-política; tanto que en el mismo año de su publicacion (1659) fué nombrado para asistir, en compañía de D. Luis de Haro, al congreso que dió por resultado *la paz de los Pirineos*. A solicitar esta paz trajeron á España sus desventuras, las victorias de Turena, y el ver contra sí las fuerzas de Francia y de Inglaterra, gobernada entonces por Cromwell, cuyo apoyo solicitó tarde y en vano Felipe IV. Reuniéronse los plenipotenciarios en la isla de los Faisanes que en medio del Vidasoa participa de los dos paises. La etiqueta diplomática estrenó allí sus invenciones, llegando hasta á hacer construir una sala en la cual pudieran conferenciar sin salir de sus respetivos territorios. Mazarino representó á la Francia; la balanza no podia menos de inclinarse hácia su lado. Uno de los acuerdos mas graves que se tomaron fué el del casamiento de Luis XIV con la infanta Doña Maria Teresa, prévia la renuncia de esta á todo derecho sobre la sucesion de España. Acaso nuestro protagonista, jurisconsulto avezado al respeto inviolable de los contratos, tendria fé en la mencionada renuncia; pero la sagaz prevision de Mazarino conoció la inutilidad de ella, y accedió sin repugnancia. Sabia bien que para exigir el cumplimiento de los tratados entre los pueblos y los Reyes no hay mas tribunal que el de Dios, á cuyo juicio no ha podido hasta ahora apelarse sino por medio de las guerras y de las revoluciones; porque en materia de justicia se halla todavía el derecho público en la situacion que tenia el particular cuando los pleitos se fallaban por desafio en palenque cerrado.

Ramos del Manzano, volviendo á nuestro asunto, ejerció grande influencia en el arreglo de aquellas paces, y Mazarino le dió una muestra de aprecio regalándole un reló de oro que aquel dejó vinculado á su familia.

Llegó por estos pasos á la cima de su crédito y valimiento; así fué que cuando á Felipe IV se le propuso la conveniencia de escribir la historia del reinado, confiándola *á un ministro en quien ademas del crédito de letras legales y de las de ciencia del estilo, erudicion y noticias proporcionadas, concurriesen talento, entereza y sinceridad de intencion y verdad, y tan aventajada graduacion que todo pudiese dar mayor autoridad y fé á lo que escribiese, y en quien tambien se asegurase la confianza necesaria por participarle lo mas reservado de estado y guerra;*— no se vaciló en escoger á Ramos del Manzano. No sabemos que llegase á desempeñar tan árdua tarea, pues solo conocemos una obra histórica que con el título de *Reinados de menor edad* imprimió en 1672. Refiere en ella las vidas de Salomon, Teodosio el jóven, D. Alonso el de las Navas, S. Luis de Francia, D. Alonso el del Salado, D. Enrique el Doliente, y D. Cárlos V. La escribió para enseñanza de D. Cárlos II, cuyo maestro fué nombrado en 1667. En la dedicatoria á la reina madre da cuenta de los progresos de su real alumno: ¡córtos debieron ser empero los de aquel infortunado príncipe! El maestro no se muestra sin embargo descontento, y si alguna vez deja traslucir cosa en contrario, cuida al momento de disculparla con la *viveza y natural grande del rey*, y la falta de rigor, incompatible con el respeto debido á la Magestad. ¡Tan poco favorable á la ingenuidad suele ser la atmósfera palaciega!

En premio de sus servicios obtuvo D. Francisco Ramos de Manzano licencia para fundar el Condado de Francos, lo que verificó en 1670, leyéndose en el escudo de sus armas, la divisa «*Ramo paciferi*;» alusion evidente á sus negociaciones diplomáticas. Imitando el ejemplo de Lope de Vega se hizo sacerdote en la última época de su vida: murió en 1683 y se halla sepultado en la iglesia de S. Julian en Salamanca.

A. Gil Sanz.

EL KNOUT EN RUSIA. (1)

En esta nacion no existe la pena de muerte como castigo legal, pero la legislacion le ha reemplazado por el knout, suplicio horrible inventado para suprimir los grandes crímenes y que causa á menudo la muerte real del condenado. En los casos en que este puede resistirlo, el infeliz que ha sufrido este castigo, tiene por destino ordinariamente pasar el resto de su vida en las minas, que en Rusia equivalen á mazmorras ó calabozos.

Vamos á dar los detalles relativos á esta pena infamante. Se principia por desnudar al paciente hasta la cintura, y despues se le cuelga de lo alto de una escalera por las dos manos, atadas antes una á otra. En esta posicion, con los pies colgando sin tocar en tierra, el condenado presenta la espalda enteramente desnuda á los golpes del verdugo. El instrumento con que este le sacude es un latigo cuyo mango puede tener 18 pulgadas de largo y la cuerda compuesta de tirillas de cuero blando muy delgadas y flexibles. La víspera del suplicio, se pone esta cuerda en infusion en una vasija llena de leche, con el objeto piadoso de que adquiera mas peso y flexibilidad. Cada golpe de este látigo deja su huella correspondiente y hace brotar sangre en la espalda de la víctima.

Cuando se han recibido unos quince latigazos, la piel se hincha estraordinariamente; y las carnes del paciente se muestran tan profundamente sajadas como podian haberlo sido con un instrumento cortante. Aun se avanza á asegurar, que un ejecutor diestro puede matar al culpable al tercer golpe; habilidad que pagan muy bien las familias ricas cuando quieren salvar á uno de sus miembros de la afrenta consiguiente, ó de la desgracia de ser enviado á las minas. Cuando el verdugo ha descargado el número de golpes prescritos en la sentencia (cantidad variable segun la importancia del crimen), desata al condenado que casi siempre yace sin sentido, despues ayudado de sus criados le corta la nariz se la abre con un cuchillo, y le marca la frente y las mejillas con un hierro ardiendo. Terminado el suplicio, el paciente es conducido al hospital, donde se le prodigan todos los cuidados necesarios á su curacion. Si se restablece le trasportan á Siberia, le bajan á las minas del gobierno, ya no vé jamás la luz del sol.

¡¡¡Hé aquí la civilizacion rusa!!!

MUERTE DE ANA BOLENA.

Revolviendo algunos documentos originales cuyo mayor número pertenece al siglo XVI, hemos hallado una breve, pero interesante noticia de la muerte de Ana Bolena, muger de Enrique VIII de Inglaterra. Escribióla en Lóndres un español que hallándose al servicio de la infortunanada reina Catalina, fué testigo ocular de aquel lamentable suceso. Dice así.

«El año de 1530 el rey Enrique estando en la flor de su edad, por atender á sus pasatiempos, acordó de apartarse de los negocios é hizo gobernador al cardenal arzobispo de Yorca. Este sobre no ser docto era hombre bajo, hijo de un carnicero, lo cual no impidió que el rey le diese el sello de Canciller, y él mandó sobre todos los señores de la córte.

»El rey de Francia buscó la amistad del cardenal y halló por este medio el camino de enemistar á la Inglaterra con el emperador Cárlos V.

»Tenia el cardenal hombres muy doctos en su compañía y entre ellos un astrólogo, el cual le predijo que una

(1) El interés que ha escitado la lámina estampada en el número 42, y el habernos instado para que diéramos detalles acerca de ella, nos mueven á publicar esta noticia.

muger habia de causar su ruina, y como la reina Catalina no le mostrase buen rostro, pues le pesaba que el rey no entendiese en los negocios de su reino, creyó que era llegado lo que el astrólogo le dijo y procuró hacer mal á la reina. Observó que Enrique andaba enamorado de Ana Bolena, dama de Palacio, de singular y rara hermosura, y cuando se hubo asegurado de ser verdad, fuese al rey é incadas las rodillas le dijo que no habia osado decirle hasta entonces una cosa: y habida licencia de hablar añadió que estaba en pecado mortal con haberse casado con Catalina, pues ésta habia sido mujer del príncipe de Gales. El rey se mostró maravillado y le encomendó que lo mirase bien, y él se lo certificó y le aconsejó que hablase á la reina para que de su voluntad se apartasen.

»Pasó el rey al cuarto de la reina y como ella lo viese nublados los ojos y como turbado, preguntóle la causa y él se la dijo. Enojóse Catalina y dijole que sabia de dónde le venia aquel daño y que en cuanto á lo de apartarse no lo haría de grado ni de fuerza, pues cuando el rey de España Fernando el católico su padre la habia desposado con el príncipe de Gales, este era muy niño y ella tambion, y que muerto el príncipe, Enrique VII habia solicitado quo se verificase enlace con ella y el VIII y que traidas las licencias se habia hecho. Respondió el rey que no habia tal licencia y salió de la pieza y la reina despachó á Montoya, criado suyo, para España y en término de 20 dias la trajo. Vióla el rey y como buscase pretestos para venir á parar al fin de la perdicion de la reina y ruina de todos, encogió los hombros y dijo que le faltaba saber de Roma si era asi verdad, y mandó que en 10 dias no saliese nadie de su reino y envió una posta á Roma; y corrió mucho la voz de que habia enviado á ofrecer gran suma de dinero porque escribiesen de Roma que no habia tal dispensacion. Montoya, hombre de mano en los negocios, de buen corazon y ánimo levantado, se ofreció de ir secretamente á Roma y llegar antes que la posta del rey. Gustó á la reina esta oferta, pero pensóla por no esponer á una muerte cierta á uno de sus mejores criados. Instó él asegurando que tenia gran fé en Dios que les sacaria con bien, puesto que era tan justa á sus ojos aquella empresa, y la reina otorgó al fin, dióle dineros, preparóse con gran sigilo una charrua flamenca que partió aquella noche no sin grandes inconvenientes, y esperamos todos nuestra suerte. Supimos por último que Montoya habia tocado en Amberes donde recibió de Pero Lopez 300 escudos; y haciéndose á la mar llegó á Roma un dia antes que la posta del rey. Habló al papa y este nada resolvió aquel dia, con lo que se dió tiempo para que llegase la posta y habiéndola oido el papa le mandó volver á Lóndres y tambien á Montoya diciéndoles digesen á sus amos que enviaría allá los jueces que habian de dar sentencia. Treinta dias despues el cardenal Campegio, enviado del papa, el de Lóndres, autor de aquellos males, y muchos letrados se juntaron en la gran sala de Lóndres. El papa se habia inclinado al partido de la reina y el cardenal Campegio venia en su nombre á defenderla: todos los del consejo estaban de parte del rey. Compareció la reina. Habló su defensor y dijo que la dispensacion era válida á menos que no se probase que la reina habia sido del príncipe de Gales. Levantáronse dos señores y digeron que oyeron decir al príncipe saliendo de la cámara de la reina: señores, muy alegre salgo, porque he estado esta noche seis millas dentro de España.»

»La reina los llamó falsos testigos y dijo que Enrique VIII sabia muy bien que juraban en vano. Entonces el cardenal Campegio discurrió largamente con tanto acierto que inclinados muchos jueces por la reina íbase á pronunciar sentencia á su favor. El primero que mudó de dictamen fué el arzobispo de Lóndres, que arrepentido del mal que podia causar á la reina, se llegó al rey y le dijo que habia estado mal informado, y viendo Enrique que la sentencia habia de ser contra su gusto y propósitos, mandóla suspender, ordenando que nadie le hablase mas del asunto, so graves penas, y despues dijo á Ana Bolena: hermana; el cardenal nos ha dejado al mejor tiempo, mas yo no te dejaré, que te coronaré reina; y ella contestó: mejor haria el cardenal en irse á estudiar que atender á gobierno: y el rey propuso se le quitara el poder, y así le quitó el sello y mandó que no se entrometiese en nada, y él hincado de rodillas pidió permiso para irse á su obispado. Al cardenal Campegio le dijo que se podia ir porque el obispo de Roma no tenia mas poder en su reino, y luego juntó los grandes y les dijo que nadie fuese osado á contradecirle, y habló de la tiranía del papa y quiso que se declarase en córtes que no sacase ningun dinero de su reino, y asi mandó que se juntasen de allí á ocho dias en Ousmister y que oviesen por bien que entretanto él se casase con Ana Bolena. Esto pasó en Gramuche, villa cerca de Lóndres, y estaba allí la reina Catalina.

»Partióse el rey á Richamont, que es una casa de placer, y envió por Ana Bolena y las damas y quedaron muy pocas con la reina y allí los casó el obispo de Cantorberí, y mandó á la reina Catalina que desembarazase la casa y se fuese á Quimoltori. Fuimos con ella sus criados españoles é ingleses y algunas damas que ella habia criado.

»Ana daba prisa al rey que se tornasen á Gramuche, pues la reina era partida, y tornaron dentro de tres dias é hizo saber á la ciudad do Lóndres que queria pasar por alli con su muger para que se coronase en Ousmister.

»El rey y Ana entraron en una barca para ir á la torre de Lóndres y hubo tantas barcas de damas y señores que era maravilla. Junto á Gramuche estaban muchas naos artilladas y otro tanto junto á santa Catalina y comenzaron la salva luego que entró el rey en la barca, y fué con tanto esceso que no quedó vidriera en la torre y luego comenzaron las trompetas y músicas y el rey pasó con Ana aquel dia y noche en la torre.

»Al otro dia salió el rey muy temprano á Osmostier, y algunas horas despues Ana en unas andas descubierta. Iba delante la caballeria muy en órden y despues de todos los señores y al fin las damas en acaneas y carros. Ana llevaba una ropa de brocado carmesí llena de pedrerias; al cuello un sartal de perlas mayores que garbanzos y un joyel de diamantes de grandísima estima; sobre los cabellos una guirnalda á manera de corona de gran valor y en las manos unas flores. Al pasar por la ciudad de Londres siempre volvia la cara á un lado y otro, mostrando pena y enojo de que nadie la digese Dios to guarde.

»Es costumbre en el reino que cuando pasa algun rey por Londres para coronarse, la ciudad le da mil libras y cuando pasa una reina le dan mil nobles. Para esto pónense los señores do la ciudad en un arco junto á una cruz dorada que está en la gran calle de Chepa y hacen que al pasar la reina por debajo, desciende un angel que dá á la reina la bolsa con los mil nobles, y la reina apenas la recibe la dá al capitan de la guarda, y ésta es gaje del capitan desdo muy antiguo. Ana tomó la bolsa y la puso junto á sí en las andas, mostrando esta bajeza.

»Cuando llegó á Osmestier le pregunto el rey: ¿qué os parece de mi ciudad? y ella respondió: señor, muy bien; pero ví muchas gorras en las cabezas y oí pocas lenguas. Luego pasaron á la iglesa donde la coronaron y se hicieron grandes fiestas por ocho dias; y despues juntó el rey á los grandes y les dijo que el obispo de Roma sacaba gran dinero de aquel roino con bulas, y que para evitar aquello él se queria hacer caboza de la iglesia en su reino, y así se hizo aquel mismo dia; y sin perder tiempo envió recado para que jurase la reina Catalina, y ésta se negó, y habiendo pasado segunda vez el obispo de Cantorbery le dijo: pues el rey quiere no solo que jureis ser el cabeza de la iglesia, sino por vuestra reina á Ana, á lo cual se negó Catalina diciendo: yo soy reina y reina moriré.

»Pasaron dias y Ana tuvo una hija quo fué bautizada con gran triunfo y llamada Isabel, y ésta fué proclamada princesa heredera y declarada bastarda á María que el rey habia tenido con la reina Catalina, y para mas mortificar á esta buena señora, dijo Ana al rey: pues ya soy reina que me entregue Catalina las joyas y la corona; y el rey mandó que asi se hiciese, y la reina dió las joyas, pero no quiso entregar la corona. El ánimo de la reina, que era grande, nos agradaba á todos; pero fué asaltada de su última enfermedad y rodeada de todos los que la amábamos como á madre pasó á mejor vida. Cuando el rey supo esta noticia se vistió de amarillo, que en este reino es señal de alegria, y mandó á algunos grandes que fuesen y la enterrasen con gran pompa. Hubo diferencias en el enterramiento sobre si habia de ser como reina ó como princesa, y el rey mandó que fuese como princesa y que se pusiesen las armas de Gales; asi se hizo y se la enterró en una abadia 15 leguas de allí, y fuimos enlutados todos los criados de la reina, y por los caminos salian muchas gentes y clérigos, y se digeron mas de 300 misas. El rey quiso recibirnos á todos los criados de la reina, pero ningun español quiso quedarse á su servicio,

pues nuestro enojo era tan grande que habiendo llamado el rey á Felipe, español que tenia la plata de la reina, le dijo: dá lo que tienes de la princesa. El respondió sin turbarse: yo no tengo nada de la princesa, sino de la reina, y no lo entregaré, á no ser á la princesa Maria, su hija y heredera. El rey le replicó enojado que diese lo que tenia de su ama ó lo pasarian mal todos los criados que estaban con él; y Felipe repuso: porque no les pase mal á ellos saldrán las joyas de mis manos; pero no las entrego: me las dejo quitar, y salió de la pieza. Dios que es justo tomó á su cargo la venganza de nuestra reina en quien era la causa de todo, que era Ana Bolena, y fué de esta suerte.

»Procuraba tener mancebos bien dispuestos, y danzantes, y músicos, y supo de uno que tenia estas prendas, hijo de un pobre carpintero, el cual se llamaba Marcos; hízole llamar y que viniesen allí sus miñones Mestre Nores y Mestre Briton y que tañese Marcos, y danzó la reina con Mestre Nores, y al pasar cerca de Marcos dijo ¿qué os parece como tañe bien este mancebo? y Nores respondio muy quedito que holgaria oirle estando á solas con ella en su retrete, y ella se rió y notólo todo el Marcos.

»Desde aquel dia entraba y salia Marcos en palacio y la reina le tomó por criado y le dió para que se aderezase mucho dinero y hizo que el rey le diese 100 libras de salario y quedó muy enamorada del. Y un dia estando la reina en la cama mandó que viniese Marcos á tañer y que danzasen las damas, y despues mandó que tañese una dama, y cuando estaban mas embebecidas en una rueda llamó al Marcos y se descubrió á el.

»Partió el rey á Vindisor 25 millas de allí donde estuvo mas de 15 dias y la reina habló con una vieja de su cámara, la cual escondió en una recamarilla de conservas á Marcos, y ya que oscurecio la reina pidió un poco de mermelada como solia y la vieja le llevó al Marcos.

»Como viesen los dos miñones que Marcos privaba, estaban muy sentidos porque ya no los llamaba la reina, y como esta entendiese la queja los llamó y asi pasaban hasta que Marcos sospecho que la reina no le cumplia la palabra de ser solo y se quejó, y ella para contentarle le dió una bolsa llena de piezas de oro, diciéndole que se aderezase bien para justar el dia 1°. de Mayo que habia de venir el rey, y el Marcos compró tres caballos y un aderezo mas costoso que ninguno de la corte; ocurrió que sobre poca cosa riñó Marcos con un gentil hombre de la reina que se llamaba Tomas Perse y la reina los hizo amigos, pero este Perse adivinó que la reina tenia amor á Marcos y se fué á Cramuel, secretario del rey y le dijo la sospecha que tenia, haciendo notar el gasto que hacia Marcos. Cramuel le mandó que callase y notase bien lo que viese.

»La noche antes que viniese el rey andaban los miñones muy regocijados, y otro dia que era 1°. de Mayo y dia de la justa, llamó Cramuel á Marcos y metiole en una cámara donde tenia seis gentiles hombres y le preguntó quien le daba para hacer tanto costo, y como no quisiese confesar, le echaron una soga llena de nudos al rededor de la cabeza y torciendo con un garrote, díjolo todo y tambien lo de los otros miñones.

»El secretario envió la confesion de Marcos al rey y este lo sintió mucho y mandó que acabadas las justas prendiesen á los miñones y aderezada su barca se fué á Ormestier. La reina supo que el rey era ido y fuese á los miradores y pregunto por él y digerónle que estaba ocupado. Empezó la justa y como no viese á Marcos, preguntó, y digerónle que era ido á Londres y no habia tornado. En las justas lo hacia mejor que todos Mestre Hilnet que era el mas lindo hombre de la corte, á quien queria bien Cramuel, y como la reina, no estando allí Marcos, mirase mucho á Hiluet, sospechó Cramuel, y acabada la justa lo llamó y le dijo que le pesaria en las entrañas hallarle tambien culpado con la reina: él le aseguró que estaba inocente, trayendo á la memoria lo que habia dicho al rey para que no se casase con Ana, pero Cramuel por precaucion le envió á la torre de Londres con recomendacion para el capitan.

»El dia 2.° de Mayo vino á Gramusche el capitan de la guarda del rey con 100 alabarderos y díjole á la reina que el rey enviaba por ella. La reina se maravilló y aderezó y emprendió el viage: y al pasar cerca de la torre pasó la barca y ella preguntó si estaba allí el rey. Salió el capitan de la torre y díjole el de la guarda: aquí os traigo á la reina; el rey os manda que la tengais presa y á buen cobro.» «Oyéndolo la reina dijo muy serena: con mas triunfo entre aquí otra vez; y saltando de la barca, quedaron con ella dos damas y las otras se fueron al rey.

»El rey mandó prender á la vieja y al duque hermano de la reina, y ordenó que Cramuel y el arzobispo de Cantorbey y el duque de Norfoc y el Chanciller fuesen á examinar á la reina y no la tratasen ni honrasen como tal. Negolo todo Ana Bolena y dijo que aquello no era otra cosa sino que el rey estaba cansado de ella como de la reina Catalina, y que estaba enamorado de Juana Seymur, diciendo que se fuesen pues no sacarian de ella otra cosa.

»Hicieron saber esta confesion al rey y dijo: gran corazon tiene, pues ella pagará, y les mandó que fuesen á ver al duque hermano de Ana, el cual fué preso porque supo el rey como iba muchas noches á hablar á la reina y no llevaba sobre la camisa sino una ropa de levantar. Negó el duque y dijo que nunca habia faltado á su rey, el Chanciller le respondió que era gran atrevimiento pasar al aposento de la reina en tal hábito y mandar salir las damas. En seguida dieron tormento á la vieja y confesó como los tres ya dichos pasaban la noche con la reina, y que no sabian el uno del otro. Preguntáronle de Mestre Hiluet y dijo que jamás le habia visto hablar con la reina, sino delante de todos, de lo cual holgó mucho Cramuel.

»Aquella noche fué quemada la vieja dentro de la torre, hicieron que la reina la viese quemar y dijo la reina ¿por qué me haceis tanto mal? mejor querria que me quemasen allí con ella. Digéronle que á ella otra muerte la darian, y respondió: no se me dá nada, no me quitarán el haber sido reina, siendo una pobre muger.

» Otro dia sacaron á degollar á los culpados, y el duque dijo al pueblo que para el paso en que estaba no tenia culpa y que nunca supo que su hermana fuese mala y que asi le perdonase Dios y que rogasen por él. Mestre Rores dijo en una larga oracion que él tenia gran culpa y merecia mucha mas pena. Brinton confesó su pecado y el postrero fué Marcos el cual se lamentó mucho de la fortuna.

»Hiluet escribió una carta al rey aquella noche en que decia que bien sabia S. M. que antes que casarse con Ana Bolena le habia preguntado lo que le parecia del casamiento que queria hacer, y se lo contradijo diciendo que era una mala muger y que el rey con enojo le habia mandado que no pareciese en dos años delante de él y que si le hubiera querido entonces oir le digera (1). . . . . . .

»El rey leyó la carta y perdonó y honró á Hiluet y mandó que degollasen á la reina con espada y no con acha; ella pidió que se hiciese en la torre y aun asi hubo mucha gente.

»No quiso confesarse, antes mostró un ánimo diabólico y estaba alegre vestida con una ropa de levantar de damasco y una faldilla tambien de damasco colorado y una cofia de red sobre los cabellos. Era muy bien dispuesta y tenia el cuello largo. El verdugo estaba como gentil hombre y ella dijo que no habia faltado al rey, pero que su soberbia y el haber hecho que el rey dejase á la reina Catalina le trajo aquello, y que la principal causa era Juana Seymur. Los gentiles hombres no la dejaron que hablase mas, y asi ella preguntó por el verdugo, digéronle que luego vendria, y que entre tanto confesase la verdad y que no esperase perdon. Visto que no queria, salió el verdugo y púsose de rodillas diciendo, que á él era mandado hacer aquel oficio, que le perdonase y se pusiese de rodillas, y puesta púsole la mano izquierda sobre la cabeza y con la derecha pidió la espada que estaba entre unas pajas y asegurándola que esperaria todo cuanto ella quisiese, dijo hacia la escalera por donde habia subido que le tragesen la espada, y ella miraba hacia la escalera y sin que lo sintiese se le hechó la cabeza en el suelo. Enterráronla en la iglesia de la torre. Pocos dias despues murió de pesar su anciano padre.»

(1) La direccion del *Semanario*, siente verse en la necesidad de suprimir la conclusion de este parrafo del manuscrito, en que se detallan con sobrada minuciosidad algunos pormenores de un suceso que prueba la estraordinaria liviandad de Ana.

LITERATURA ESPAÑOLA EN CUBA.

PLACIDO.

Art. II.

Brilla á veces en los versos de Plácido un sabor clásico y puro que hace recordar los buenos tiempos de la musa castellana elevada á esta altura en alas del genio: ni es incorrecto, ni se echan de menos en su lenguaje las ricas galas de la poesía. En el *Veguero*, pequeña coleccion de poesías publicadas en Matanzas en 1842, encontramos las siguientes quintillas de un gusto delicadísimo:

Tengo en un lindo cantero
Que á tu nombre dediqué,
Ruda, albahaca, romero,
Varitas de San José
Y espuelas de caballero.
Ambarinas hay nacientes,
Amapolas ondeantes,
Hay pensamientos rientes,
Y hay azucenas brillantes
Tan blancas como tus dientes.
Tú sola en Manicaragua
Brillarás, linda hechicera,
Como del fecundo Lagua
En la sonante ribera
Brilla la flor de Majagua.
No nací con heredad:
Si admites esta pequeña
Ofrenda de mi lealtad,
Harás mi felicidad,
Y harás la tuya, trigueña.

En 1847 vió la luz pública tambien en Matanzas, aunque supuesta en Nueva Orleans, una edicion de las poesías de Plácido, mas completa, escogida é interesante que las anteriores. En ella alternan las composiciones sérias con las festivas, género que cultivó en sus últimos años, aunque no con tanta fortuna; porque el célebre mulato americano nació para cantar el dolor que envenaba su existencia, y no las escenas de alegría y loco placer que presenciaba como mero testigo. El soneto que á continuacion insertamos, inédito hasta ahora en España, prueba su grande facilidad, y agudeza:

A querer con delirio una enemiga
Me condujo fatídica mi estrella,
Y el esquivo desden que encontré en ella
Acrisolaba mi mortal fatiga.
¡Inhumana! la dije ¿no te obliga
La llama de mi amor? pues si eres bella,
Indícame por Dios cuál es aquella
Senda que quieres que en amarte siga.
Así la dije, y ella desdeñosa
Volviendo el rostro en ademan severo
(Esquivez natural de toda hermosa)
Me dijo: «no te canses majadero,
¿Quieres verme contigo cariñosa?
Regálame un quitrin, dame dinero (1).

Distingue muy especialmente á Gabriel de la Concepcion Valdés, una cualidad que le hace en estremo digno del aprecio de nuestra patria; esta cualidad es la de ser esencialmente español en sus cantos, y amigo y ensalzador de nuestras glorias. No pasa lo mismo á la mayor parte de los vates americanos, por cuya razon es mas notable, sin que en esto pretendamos arrojar al rostro de nuestros hermanos de allende el Océano, una falta que tiene en su defensa hartos y fundados motivos de disculpa. Nuestra idea no es otra que consignar el hecho. Adviértese en las poesías de Plácido ese profundo sentimiento nacional de que nunca se ha despojado la literatura española, que conformándonos con la opinion de dos ilustres escritores estrangeros, no tiene por rival bajo tal concepto sino á la inglesa. Plácido cantó nuestros mas gloriosos recuerdos é hizo frecuentemente alarde de pertenecer á una nacion, que pudiera compararse muy bien á una muger tan querida como ingrata, que mas amamos, cuanto mas grandes son sus desvios y desengaños. Inspirado por la justicia y la libertad, hizo algunas odas á los triunfos conseguidos por Isabel II, en la última guerra civil, que vivirán mientras el idioma de Cervantes no desaparezca.

Ansiosos de proporcionar bienes á los suscritores del Semanario, trasladamos á continuacion unas quintillas del poeta que nos ocupa, notables por mas de un concepto; pues á mas de ser esta la vez primera que se dan á la estampa, encierran el interés de haber sido escritos cuando Plácido estaba preso en Trinidad, poco tiempo antes de ser fusilado. Titúlase el *Canto del cautivo*:

Desde la cárcel oscura
Dó estaba un vate cautivo
Por la mas negra impostura,
Así cantaba festivo
A una cubana hermosura;
«Encantadora deidad,
Cuya embelesante risa,
Talle, gracia, y magestad
Es la mas pura que pisa
El suelo de Trinidad.
Ninfa del Táyaba, hermosa
Que en su florido pensil
Brillas grata y aromosa,
Cómo la purpúrea rosa
Reina de Mayo y Abril.
Con tu generoso agrado
Acoge benigna el ruego
De un corazon abrasado,
Que se consume incendiado
En las llamas de tu fuego.
De un corazon que te envia,
Desde esta mansion oscura
Olvidando su agonía,
Una prueba clara y pura
De su estrema simpatía.
Y no desdeñes mi amor
Por mi estado, que aunque preso,
El ruiseñor trinador
Está en jaula y no por eso
Deja de ser ruiseñor.
Quizá se acerca el momento
En que la furia calmando
De su destino sangriento,
Sus cadenas quebrantando
Tienda las alas al viento.
Y entonces con ansias finas
A tu beldad celestial
Dé canciones peregrinas
Con su pico de coral
Entre suaves clavellinas.
Y mientras que dulcemente
Trine al bien de sus amores,
Hará una *pucha* luciente
De las mas preciosas flores
Para coronar tu frente.
Así los campos cruzando
Se gozará en repetir
En felicidad trinando,
Y espirará pronunciando
Tu dulce nombre al morir.
Su atrevimiento perdona,
Adorada prenda mia,
Pues si hoy un himno te entona
Puede que en mas fausto dia
Te dedique una corona.
Una corona de intento
Formada por su pasion,
A tu divino portento,
Con un lirio, un corazon,
Y una flor de pensamiento.
No esquives bella el favor
Que de tí alcanzar anhela
El que en su amargo dolor
Solamente le consuela
La esperanza de tu amor.»
Calló el cautivo cantor,
Y al terminar su querella,
Se apartaron con dolor;

(1) Este soneto fué improvisado.

Él muerto de amor por ella,
Ella cautiva de amor.

Si no temiéramos profanar los pensamientos de un desgraciado que ya no existe, diríamos que nos parecia descubrir en el *Canto del Cautivo*, los sueños de oro del poeta mulato á quien sus hermanos habian ofrecido una corona, esa corona que ofrece á la mujer que adora, y que se prometia formar de un *lirio*, *un corazon*, y *un pensamiento*.

Vengamos ya á lo que nos hemos propuesto demostrar en estos artículos. Muy lejos de nosotros la idea de presentar á Plácido como un escritor perfecto, digno de gran estudio, y acreedor á un lauro eminente.

Circunstancias terribles para él hicieron que sus poderosas facultades no tuvieran el indispensable desarrollo, ni pudo tampoco en lo fugaz y agitado de su existencia escribir una obra que sellase de todo punto su reputacion. Estrechado, comprimido á trabajar para comer, cuando abandonó el oficio de peinero, vendia sus poesías por una módica retribucion á la *Aurora* de Matanzas, periódico que aun existe, y en cuya coleccion hemos visto tantas suyas, que bien podrian formarse de ellas cuatro ó seis tomos. Si no recordamos mal, recibia veinte duros mensuales del propietario de dicho periódico, con la obligacion de escribir diariamente: los que por desgracia saben lo que es escribir para comer, comprenderán todas las consecuencias de un contrato de semejante especie.

Creemos, pues, que las producciones de Plácido, mas que una gran adquisicion para la literatura, son un testimonio triste y solemne de la desgracia de un poeta, que colocado en Madrid, y entregado al estudio, acaso no habria tenido rivales en su género. Por lo demas ¿quién mas digno de que sobre él se escriban algunas líneas, sobre todo cuando la absoluta carencia de sus poesías en España, tiene casi entregado al olvido su nombre? Plácido, tal como tuvo que ser, es superior en sentimiento á Heredia, y en dulzura á Milanes; si bien estos dos cisnes de Cuba le aventajan mucho bajo otros aspectos.

Terminemos con algunos detalles personales que de labios de sus mas íntimos amigos hemos escuchado. Plácido era hijo de una señora blanca que goza hoy de buena posicion, y de un negro esclavo de ella: aunque mulato, el color de su rostro era agradable y sus facciones europeas. Brillaba en ellas una espresion simpática é inteligente, y una sonrisa de amargo sarcasmo plegaba constantemente sus labios. Su conversacion era amena y de chispa. Al casarse obró con filosofía sin ejemplo: calculando las inconveniencias de su color, despreció á una blanca que de él estaba apasionada, y contrajo enlace con una negra que aun existe, y hemos conocido, dando por razon de esta conducta á sus amigos, que no queria esponerse nunca á ser tenido en menos por su esposa. Era muy querido, generalmente, y respetado entre los mulatos y negros; y á pesar de la distancia que separa á las castas en la Isla de Cuba, su trato mas frecuente era con blancos. Los que lo vieron morir hacen pomposos elogios de su serenidad y resignacion. Nosotros hemos hollado con nuestra planta el lugar que encierra sus restos. Lectores, si alguna vez vais á la poética ciudad de Matanzas, dirijíos al cementerio, y encontrareis a la entrada una alameda de pinos silvestres... allí, al pié del quinto de la derecha... rogad á Dios por el infortunado Plácido.

EMILIO BRAVO.

FUNDICIONES DE BRONCE.

El arte de fundir las estátuas de bronce se remonta á la mas alta antigüedad, pero únicamente unos seiscientos años antes de J. C. fué cuando logró adquirir un cierto grado de perfeccion. A Theodoros y á Rœcus de Samos, fué á quienes se debió este primer progreso; á ellos es á quienes les atribuye Plinio el arte de modelar. Los antiguos tenian bien observado que en haciendo una aleacion de cobre con estaño, se obtenia un metal mas fusible; que la fundicion resultaba por este medio mas dulce, y que las estátuas eran mas consistentes y duraderas: no obstante se hallaban estas frecuentemente construidas de cobre casi puro, porque no poseian medio alguno de determinar las proporciones de las aleaciones, y porque, á causa de su manera de conducir el fuego, el cobre se afinaba durante la fundicion, tal cual les acaece aun algunas veces ahora á nuestros mas espertos fundidores. Durante el reinado de Alejandro fué cuando adquirió su mayor desenvolvimiento la fundicion de cobre. En la referida época, alcanzó el célebre Lysippo, por medio de nuevos procedimientos de molienda y de fusion, los notables resultados que nos ha transmitido la historia. No tardaron mucho en fundirse enormes colosos de bronce, tan altos como torres y de ellos solo la isla de Rhodano poseia mas de 100. El cónsul romano Mutionus halló 3,000 estátuas de bronce de Athenas, 2,000 en Rhodas, otras tantas en Olympia y en Delphos, aun cuando de esta última ciudad habia ya sustraido gran número de ellas.

La aleacion empleada en semejantes estátuas debe ser bastante fusible para que pueda correr fácilmente por todas las partes del molde por delicadas que sean; debe ser duro con el objeto de que resista á los choques que accidentalmente puedan recibir las estátuas; debe ser á prueba de la influencia de las estaciones y de condicion que adquiera esteriormente, con el tiempo, esa tinta verdosa ó empañada que se admira tanto en los bronces antiguos. La composicion química de la aleacion que forma el bronce es por lo tanto el objeto de la mas inmediata importancia. Los hermanos Queller, fundidores célebres del tiempo de Luis XV, de Francia, cuyas obras maestras son tan conocidas, dirigian á este punto toda su atencion á que tan poca importancia se dá hoy. La estátua de Dessaix situada en la plaza del Delfin, en Paris, y la columna de la plaza Vendôme son ejemplos de lo mas malo que puede hacerse en este género por la combinacion de las aleaciones de que han sido formadas. Analizando separadamente trozos tomados en los bajos relieves del pedestal de esta columna, al soplete y en un horno, se ha hallado que el primero no contenia mas que 6 partes por 100 de aleacion de cobre, el segundo aun menos y el tercero solo 0,21 por 100, lo que demuestra bien á las claras que el fundidor no supo prevenir la oxidacion del estaño y que se marchase progresivamente en las escorias durante la furia del bronce, y que á medida que disminuian la cantidad del estaño en este último, lo que le hacia menos fusible y menos á propósito para el moldeado, lo empleaba en las partes superiores de la columna, en donde en vista de la elevacion, eran menos de reparar los defectos de la fundicion.

Fáltanos hoy espacio suficiente para presentar en su totalidad el método completo de la fabricacion de los bronces.

La tradiccion y los gabinetes de los curiosos nos enseñan los ornamentos ricos y fútiles, ridículos y contorneados con que decoraban un aposento nuestros antepasados. El gusto marcha como la civilizacion, como las instituciones. Las bellas formas y los adornos de un estilo grandioso ha ido mostrándose mas y mas entre nosotros desde que estendiéndose la civilizacion ha ido; vasos lindísimos y figuras de la mas esquisita elegancia han adornado nuestras chimeneas y nuestros salones: bronces antiguos han reemplazado á los innobles magos y á los pastores de los nacimientos.

Lo que nació gracias al arte, ha ido siendo desenvuelto por el comercio, y merced á estos dos poderosos agentes, han llegado á ser los bronces un objeto de considerable consumo; hasta el punto que nos lo muestran los salones y los almacenes.

Costumbres de la Nueva Holanda.

Hace mucho tiempo que los viajeros han convenido en que la Nueva Holanda era incontestablemente el mas singular de los puntos de la tierra, aquel en que parece que sufren mas escepciones las leyes primordiales que rigen el universo. A un reciente observador debemos, con motivo de las costumbres de las tierras australias, las observaciones que á continuacion estampamos:

«Las relaciones con los aborígenes no dejan de ser bastante incómodas, á causa de la existencia de algunos usos á que les cuesta trabajo habituarse á los estrangeros. Por ejemplo, los naturales se hallan acostumbrados á comerse

á sus padres y á sus hijos; pero aun cuando parezca odioso. no se entregan á este acto sino á consecuencia de las ideas de nosotros recibidas por un refinamiento de terneza. Aquellos ancianos tienen el privilegio de ofrecerse ellos mismos á sus respectivas tribus para ser comidos por ella.

»La formacion literaria de su lengua se halla desgraciadamente poco adelantada aun. No tenemos razones para creer que escriben novelas y tragedias; su idioma es el que se transforma poéticamente por sí mismo. Tienen tambien la costumbre de darse á sí propios, de la misma manera que á sus hijos, los nombres de los objetos que les son predilectos, los de ciertos árboles, los de ciertos animales. Siempre que acaba de morir ó de ser comido algun miembro de su tribu, le es sumamènte doloroso el volver á pronunciar de alli en adelante el nombre porque lo designaban. Aquel infortunado nombre es solemnemente anatematizado, y condenado á un perpétuo olvido. Entonces se designa el objeto á quien se le ha quitado, de un modo nuevo que conserva entre las subsiguientes generaciones, hasta que es preciso aun volver á cambiarlo otra vez por alguna causa análoga.

»Asi que, supongamos que acaba de comerse algun gefe á quien se le daba el nombre de *Tabaco para fumar*; se reune la desolada tribu y cambia el nombre de Tabaco para fumar, que de alli en adelante se llamará *gorra*, *calzador* ó cualquiera otra cosa por el estilo.

»Sentimentalismo tan escesivo en un pueblo bárbaro es tanto mas de notar, cuanto que hace sumamente difícil el estudio de su idioma: se concibe, en efecto, que dentro de pocos años habrá cambiado completamente de sustantivos, y que presentará por consecuencia una nueva fisonomía á la vista de los filólogos que tengan suficiente intrepidez para emprender su estudio.

»Sus idiotismos, cuya base estriba en su esquisita sensibilidad, no cede en nada por otro lado á la estrañeza y originalidad de su numeracion. No son precisamente aritméticos de primer órden, mas no por eso dejan de entenderse perfectamente en las negociaciones, sin embargo de que no salen contar mas allá del número 3. Todas las demas cifras superiores las componen agrupando á la vez 2 y 1. Siendo espresada por ellos la cifra 2 por la palabra *kuoko*, y la cifra 1 por la palabra *ki*, dicen, en lugar de siete, kuoko, kuoko, kuoko, ki; ó en otros términos, 2 mas 2 mas 2 y 1. Se ve, por lo tanto, que semejante sistema de numeracion es de los mas claros y de los mas sencillos. Cuando estas buenas gentes traten entre sí un negocio de alguna importancia, se concibe que no les ha de ser siempre muy fácil el entenderse al primer golpe, y que los kuokos y los kis concluirán por ser demasiado repetidos para no producir alguna confusion.»

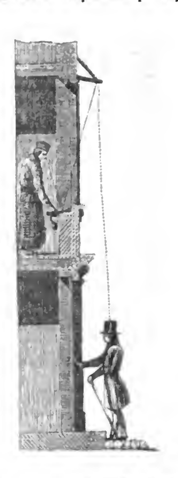
[illegible]

Son tus labios un rubí,
Partido por gala en dos,
Arrancado para tí
De la corona de Dios.

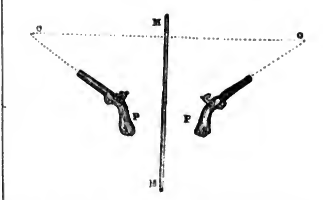
Espronceda.

Solucion á las cuestiones propuestas en el número anterior.

I. Colóquese en el quicio superior de una ventana, por la parte de adentro, un espejo inclinado á algunos grados hácia fuera, de suerte que refleje los objetos situados delante de la casa en la acera. Colocándose cerca de este quicio y mirando al espejo, pueden verse bien las personas que se presentan á la entrada de la casa; pero como de esta suerte no es posible ver la imágen mas que al revés (patas arriba), lo cual la hace mas difícil de ser reconocida, como además es incómodo mirar de abajo arriba, es mejor colocar otro segundo espejo plano, apoyado en la pared con cierta inclinacion que le haga estar perfectamente paralelo con el espejo del techo, de modo que este le refleje á su vez la imágen que recibe del original, por cuyo medio se conseguirá examinar perfectamente las personas que se acerquen á la puerta sin ser visto, y con la misma claridad que si se mirara desde la ventana, aunque á alguna mas distancia en la apariencia que la que verdaderamente existe. Nuestra figura representa este sistema de espejos y su uso, puesto en accion.



II. Colóquese delante un espejo plano M M, en el cual se verá el objeto O á que se quiere apuntar. Sitúese el cañon de la pistola P sobre el hombro ó mas arriba, y diríjase fijando la vista en el espejo y apuntando á la imágen P. de la pistola la imágen reproducida O, y dispárese asi que se haya conseguido establecer una alineacion perfecta entre la mira, el cañon y la imágen reflejada.



Direccion, Redaccion y Oficinas calle de Jacometrezo, número 26

MADRID. Un mes 4 rs. Seis 20. Un año 36.—Librerías de Pereda, Cuesta, Monier, Matute, Jaimebon, Gaspar y Roig, Poupart, Villa, Baili Balliere y la Publicidad, litografías de Pelegrini y de San Felipe Neri.

PROVINCIAS. Tres meses 14, Seis 24.—Remitiendo una libranza sobre correos franca de porte, á favor de la Administracion del Semanario, calle de Jacometrezo, n. 26, ó en las principales librerías.

Oficinas y establecimiento tipográfico del Semanario Pintoresco y de La Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra.



LOS ALPES.

El grabado que va á la cabeza de estas líneas representa bien los accidentes pintorescos, pero terribles, de ese territorio que tantos peligros ofrece á los atrevidos viajeros que tienen la osadía de visitarle para disfrutar del imponente y magestuoso aspecto de aquellas inmensas montañas eternamente cubiertas de nieve. Entre los muchos riesgos que corre todo el que atraviesa aquel terreno, el mayor sin duda alguna son las *abalanchas*, esas masas de nieve y de hielo que se destacan de lo alto de una montaña, y aumentando en su curso, arrastran consigo árboles y rocas, y llevan el infortunio á los valles sobre los cuales caen. Las casas, los hombres y los rebaños, se encuentran sepultados en un instante en una estension de muchas leguas. En la primavera especialmente es cuando las *abalanchas* son mas temibles. El desprendimiento de una pequeña porcion de nieve á consecuencia de los primeros calores, la caida de una piedra, la menor vibracion en el aire, bastan para producirlas. Un ruido semejante al del trueno anuncia generalmente la aproximacion de la *abalancha*. Entonces es preciso correr á refugiarse en alguna caverna, ó en las grutas que en ciertos puntos peligrosos han sido practicadas para servir de asilo.

LOS INFANTES DE LARA.

Los Infantes de Lara asi llamados sin otro motivo que ser caballeros jóvenes de ilustre familia (1), pues no eran

(1) El diccionario de la lengua castellana, despues de otras acepciones de la palabra Infante, dice: ant. el descendiente de

i aun descendientes de sangre real, fueron hijos de Gonzalo Gustios, caballero muy estimado por su virtud, y esfuerzo, que por ser natural de Salas y por tener hacienda en esta Villa distante tres leguas de Burgos, fué llamado el de Salas; y de doña Sancha Velazquez, hermana de don Rui ó Rodrigo, natural de Lara, Villa á dos leguas de Burgos, al cual nombraron de Lara por ser señor de esta Villa. Gonzalo Gustios fué hijo de Gustios Gonzalez, caballero principal en Castilla, nieto del conde don Diego Porcelos; tuvo Gonzalo Gustios siete hijos varones que hubieron por nombres Fernan Gonzalez, Diego Gonzalez, Martin Gomez, Suero Gustios, Rui Gomez, y los dos últimos Gonzalo, Gonzalez, y fueron muy estimados asi por sus familias, como porque habian sido criados en todas las virtudes y habilidades de caballeros por un ayo llamado Nuño Salido, y el conde Garci-Fernandez á todos en un dia los armó caballeros.

Sucedió pues, que Rui Velazquez tio de los Infantes casase con doña Lambra prima del conde Garci Fernandez, natural de Bureva que era la Villa de Bribiesca y sus comarcas. Celebráronse las bodas en Burgos, con gran magnificencia y concurso de caballeros naturales y estrangeros, y entre las fiestas que se hicieron fué una la que llamaban *lanzar á tablado*, que consistía en derribar con bohordos una especie de castillejo formado de tablas y el que con gran empuje y destreza lograba derribarlo era el que ganaba el juego. En la tal fiesta riñeron malamente Gonzalo Gonzalez el menor de los Infantes y Alvar Sanchez, primo hermano de la novia doña Lambra, y la contienda hubiera pasado adelante, si el conde Garci Fernandez y Gonzalo Gustios no los hubieran apaciguado; pero doña Lambra concibió un odio mortal contra los Infantes, aunque sobrinos de su marido por parecerle que habia sido el agraviado su primo Alvar Sanchez. Por esto estando en Barbadillo lugar de su marido, con doña Sancha su cuñada, mandó á un esclavo que tirase un cohombro lleno de sangre á Gonzalo Gonzalez que estaba bañando un alcon en el pilon de una fuente. Vista la osadia del esclavo, Gonzalo y sus hermanos encendidos en ira corrieron á castigarle, y aunque se fué á refugiar de doña Lambra, le dieron muerte en el mismo regazo de esta.

Creció á lo sumo el enojo de doña Lambra con tal suceso, y quejándose á don Rodrigo su marido, este le prometió tomar cruel venganza. Para ejecutarla mas cumplidamente rogó á Gonzalo Gustios fuese á Córdoba para negocios importantes, dándole una carta para el gobernador Almanzor, que era su amigo, en que le decia que al punto que llegase le cortase la cabeza, porque asi convenia. Leida la carta por Almanzor pasmóse de tan insigne alevosia, y movido á compasion, mostró á Gonzalo la carta y le aseguró no ejecutaria tan execrable maldad como don Rodrigo le habia encomendado, y se contentó con retenerlo preso tratándolo con mucha consideracion y esmero, como á persona tan principal convenia. En la prision, dicen, le visitaba alguna vez una hermana de Almanzor, de que resultó que se enamorasen, y ella vencida de su pasion quedase en cinta.

Entre tanto Rui Velazquez dispuso su gente echando la voz de que iba á hacer una entrada en el pais mahometano; pero en realidad con el fin de llevar á los Infantes donde muriesen. Para esto, dicen, que prometió ayuda á Almanzor contra Leon y Castilla, si le enviase gente que diese muerte en batalla á los Infantes, y que él mandó diez mil hombres que encontraron á los cristianos en el campo de Albacar, castillo distante cuatro leguas de Córdoba. Entonces Rodrigo Velazquez desamparó á sus sobrinos que con solo doscientos caballeros de los suyos pelearon denodadamente con los moros hasta que cansados se hubieron de retirar, quedando muertos Hernan Gonzalez el mayor de los Infantes y su ayo Nuño Salido. Enviaron á pedir socorro á su tio; pero él que no deseaba otra cosa mas que su muerte, no solamente no se lo mandó, mas estorbó que fuesen mil de los suyos que deseaban marchar á dárselo; al fin fueron trescientos y con estos volvieron los Infantes á pelear con los moros, hasta que destrozada su gente fueron presos los Infantes ya rendidos de fatiga y los acabaron de matar, llevando sus cabezas y la de su ayo á Almanzor. Rodrigo Velazquez satisfecho de haber ejecutado tan horrenda maldad se volvió á Castilla.

Almanzor envió las cabezas á Gonzalo Gustios para que las reconociese, y el padre, horrorizado al verlas, se entregó al mas acerbo dolor. Almanzor procuró consolarlo y aun le dió libertad y muchos dones, permitiéndole volver á la tierra de su señorio. Antes de partir convino Gonzalo con la hermana de Almanzor, para reconocer lo que naciera, en que partiesen una sortija llevando cada uno la mitad. Nació un niño á quien se llamó Mudarra Gonzalez (1).

Este siendo de edad de catorce años, por consejo y persuasion de su madre fué á Castilla y con amigos favorecedores que tuvo, vengó las muertes de sus hermanos quitando la vida á Rui Velazquez y haciendo morir á Doña Lambra apedreada y quemada, accion por la cual mereció que el conde de Castilla, despues de baberlo hecho bautizar, lo armase caballero, y su madrastra Doña Sancha Velazquez madre de los Infantes lo declarase heredero del Señorio de Lara, prohijándolo con la ceremonia ridicula que dicen se usaba entonces para adoptar los hijos (2) que consistia en meter la cabeza por dentro de la manga de una ancha camisa y sacarla por el pecho. Este Mudarra Gonzalez es tenido comunmente por el tronco del linage de los Manrique de Lara, de cuyo dictámen fué Ambrosio de Morales en la crónica general de España, y lo mismo aseguran el doctor Gerónimo Gudiel, Mariana, Gonzalo de Argote y de Molina y otros; pero Don Luis de Salazar y Castro en su historia genealógica de la Casa de Lara impugna á los autores citados y dá otro origen á esta ilustre familia tomado de los condes de Castilla. Esta divergencia de opiniones no nos parece tan estraña como el aserto de Salazar de Mendoza y Fr. Prudencio de Sandoval que afirman ser los Manrique de Lara descendientes de uno de los siete Infantes, siendo opinion admitida que ninguno de ellos dejó sucesion.

Sus cuerpos que fueron conducidos á Castilla, pretendian los monges de san Pedro de Arlanza que estaban en su monasterio, y lo mismo defendian los de san Millan de la Cogulla, por lo que nos quedamos en la duda de donde existian verdaderamente.

El Excmo. Sr. Duque de Rivas para ilustrar su célebre leyenda titula la el *Moro espósito*, habiendo pedido al Escelentisimo Señor duque de Frias, señor actual del estado de Salas, algunas noticias sobre los siete Infantes de Lara, y si habia algun documento que acreditase la tradicion de existir sus cabezas en aquella villa, le mandó varias noticias, y entre ellas la siguiente:

En 12 de diciembre de 1579 se hizo una informacion de oficio por el gobernador de la villa de Salas, con asistencia de los señores D. Pedro de Tovar y Doña Maria de Recalde su muger, marqueses de Berlanga, ante Miguel Redondo, escribano del número de ella, y de la cual resulta, que pues allí habia en la iglesia mayor de Santa Maria, en la pared de la capilla del lado del Evangelio, las cabezas de los siete Infantes de la Hoz de Lara, y la de Gustios su padre, y la de Mudarra Gonzalez su hijo bastardo, que por haber tantos años que estaban allí y ser los letreros antiquisimos dudaban algunas personas si era verdad, mandóse abrir las pinturas de ellas, y armas con que estaba cubierta dicha pared, para saber lo que habia dentro y enterarse de la verdad. Y dicho gobernador, poniéndolo en ejecucion, mandó á un oficial que quitase una tabla pintada que estaba inclusa en la dicha pared, la cual tiene siete cabezas de pintura antigua, al parecer de mas de cien años, y encima de ellas hay siete letreros cuyos nombres dicen: Diego Gonzalez, Martin Gonzalez, Suero Gonzalez, Don Fernan Gonzalez, Rui Gonzalez, Gustios Gonzalez, Gonzalo Gonzalez; y al cabo de ellas un poco mas abajo está otra cabeza que dice el letrero que está sobre ella: Nuño Salido: y de la otra parte de arriba de las cabezas está un castillo

casa y sangre real, como los Infantes de Lara; dando por supuesto su origen real, lo que no se prueba.

(1) En Córdoba, dice Ambrosio de Morales, hay hasta agora una casa que llaman de las Cabezas (*), cerca de la del marqués del Carpio, y dicen tomó este nombre por dos arquillos que allí se ven todavia, sobre que se pusieron las cabezas de los Infantes, mal trofeo de tan infame victoria. Agora todo aquello está labrado de nuevo; mas siendo yo pequeño, edificio habia allí antiguo, morisco y harto rico, y decian haber sido allí la prision y carcel donde Gonzalo Gustios estuvo.

(2) Esta costumbre parece cierta, pues de ella vino el refran «hijo ageno, mételo por la manga, salirse há por el seno.

(*) En la calle del mismo nombre

dorado y encima pintados dos cuerpos de hombres de la cinta arriba: el letrero del uno dice: Gonzalo Gustios; y el del otro: Mudarra Gonzalez; los cuales tienen cada uno en la mano medio anillo que le estan juntando. Y quitada la dicha tabla, pareció en la pared otra pintura muy antiquísima con los mismos nombres que la primera, escepto que el nombre de la cabeza que está de la parte de abajo en la primera tabla dice: Nuño Salido; y en el mas antiguo: Nuño Sabido. Y visto que dichas pinturas estaban sobre piedra, y que no habia ningun oficial de canteria que rompiese la pared, suspendieron la diligencia. En el dia 16 de dicho mes y año 1579 mandó el propio gobernador á Pedro Soler cantero, que tentase la dicha pared para saber si estaba hueca; y dando golpes con un martillo donde estaban las armas, que es un castillo dorado, sonó hueco; y quitando la pintura que estaba sobre la dicha puerta, se halló otra piedra de cerca de media vara de largo y una tercia de alto, que se meneaba y estaba floja. Y dicho cantero, presentes muchos vecinos de la villa, la quitó, y dentro habia un hueco grande á manera de capilla, en el cual estaba un arca, clavada la cubierta con dos clavos. Y sacada, la pusieron sobre las gradas del altar, donde se desclavó, y pareció dentro de ella un lienzo muy delgado y sano sin ninguna rotura, en el cual estaban envueltas las dichas cabezas, algo deshechas, demolidas y descoyuntadas, del largo tiempo, aunque las quijadas y cascos estan de manera que claramente se conoció ser cabezas antiguas que estaban en la dicha arca. Y vistas por mucha parte de los vecinos de aquella villa y otros, el dicho gobernador mandó al oficial tornase á clavar el arca, y él lo verificó con cinco ó seis clavos en la cubierta, dejando dentro las dichas cabezas y volviendo á poner el arca en la capilla y lugar donde antes estaba.

Tal es la historia, segun se cuenta, de los Infantes de Lara; y si de su existencia no es posible dudar, como algunos historiadores lo han hecho de personages heróicos de nuestra España, es necesario confesar que esta narracion tiene mas de fabulosa y de incierta que de verdadera; y sin embargo por mucho tiempo corrió sin contradiccion alguna; pero desde que la critica principió á tener jurisdiccion en la historia, se ha mirado con desconfianza y no se le ha dado entero asenso. Por esto pues, procuraremos calificar los sucesos de esta relacion dando á cada uno la fé que á nuestro juicio se merece.

Que los Infantes se indispusiesen con Doña Lambra y con su tio Rui Velazquez por cualquier motivo, y que de ahí les resultase la muerte por efecto de la implacable venganza de estos, es cosa á que nada se puede objetar; pero sí es estraño que todos los Infantes siendo tantos perdiesen la vida á un mismo tiempo, en un mismo trance, y de la manera que se cuenta, y sin embargo se conviene generalmente en esto, lo que no sucede en otras circunstancias de la historia de los Infantes. Rui Velazquez, dicen unos que condujo á sus sobrinos hasta cerca de Córdoba, y que Almanzor le envió gente solo para que pelease con la suya, y sabiendo que el fin era que pereciesen allí los Infantes, lo cual, si es en sí poco verosímil, lo es mucho menos si hemos de creer que Almanzor fue tal como la historia le pinta, valiente y generoso, amante de las letras y de la gloria. Otros dicen que murieron, bien lejos por cierto de Córdoba, en los campos de Araviana, cerca del Moncayo, donde aseguran que Rui Velazquez con ayuda de los moros armó una emboscada en que perecieron los Infantes. Pero en la misma Córdoba se designa otro sitio de sus muertes á una legua de la ciudad, cerca del santuario de Nuestra Señora de Linares, y allí se ven como señales siete montones de piedras que se han ido formando desde tiempos muy antiguos.

Como ignoramos el tiempo en que puntualmente ocurrieron los sucesos, no podemos asegurar si pasó ó no mucho desde el viaje de Gustios á Córdoba hasta la muerte de los Infantes. Si no trascurrió mucho y desde luego dió Almanzor libertad á Gustios, este debió de estar poco tiempo en Córdoba; y en ese caso se hacen mas improbables que lo son por otros respetos, los amores del caballero castellano con la hermana de Almanzor. Si desde la marcha á Córdoba de Gustios hasta que Rui Velazquez fraguó la muerte de sus sobrinos pasó algun tiempo, es de estrañar que los Infantes no hubiesen tenido noticia de la suerte de su padre, y por consecuencia hubiesen desconfiado de Rui Velazquez y procurado sacar á su padre de la prision de Córdoba.

Aunque se dá á entender desde luego que la venganza de doña Lambra y Rui Velazquez se estendió á todos los Infantes, y aun á su padre que no habia tenido culpa de los pasados sucesos, no parece bastante motivado el llevar las cabezas á Córdoba para presentarlas á Gonzalo Gustios, y mas cuando en esto habia de intervenir Almanzor que no es de creer permitiese se causase al padre tan terrible dolor sin necesidad alguna. Muertos los Infantes parece natural quedase satisfecha la venganza de Rui Velazquez y no le ocurriese agravar mas la suerte del infeliz preso de Córdoba.

Los amores de este, causa del nacimiento de Mudarra parecen novelescos y nada verosímiles atendidas las costumbres y modo de vivir de los árabes; pero habiendo una tradicion tan antigua sobre la existencia de Mudarra, como lo manifiesta el enterramiento de la villa de Salas, donde, segun hemos referido arriba, se vé un castillo con dos figuras, cada una de ellas con medio anillo en la mano, el cual enterramiento, aunque no sea, como en efecto no es contemporáneo al suceso de los Infantes parece de una gran antigüedad; no nos atrevemos á negar la existencia de Mudarra, aunque tengamos que colocar los amores de su padre en la línea de los acontecimientos raros y estraordinarios, ó decir que tuvo este hijo bastardo de otro modo de como se cuenta, y no de la hermana de Almanzor.

El tiempo á que se refiere la historia de los Infantes es el reinado de Ramiro III de 967 á 982, ó los primeros tiempos del sucesor Bermudo II.

Luis María Ramirez y las Casas Deza.

LA SUEGRA DEL DIABLO,

CUENTO POPULAR.

Pues señor, érase, en un lugar llamado Villagañanes, una viuda mas fea que el sargento de Utrera, que reventó de feo; mas seca que un espectro; mas vieja que el andar á pié, y mas amarilla que la epidemia.—En cambio tenia un genio tan maldito que ni el mismo Job lo hubiera aguantado. Habianla puesto por apodo la tia Holofernes, porque apenas asomaba la cabeza cuando todos los muchachos daban á huir.—Era la tia Holofernes limpia como el agua, y hacendosa como una hormiga, y por lo tanto no tenia poca cruz con su hija, Pánfila, la que, á la contra, era tan holgazana y tan amiga del padre Quieto, que no la moveria un terremoto.—Así es que la tia Holofernes empezaba riñendo con su hija cuando Dios echaba sus luces, y cuando las recogia aun duraba la fiesta.—«Eres, la decia, floja como el tabaco de Holanda, y para sacarte de la cama se necesita una yunta de bueyes.—Huyes del trabajo como de la peste, y te gusta mas la ventana, chiquilla sin vergüenza, que á una mona.—Mas enamorada eres que el tio Cupido;—pero ó he de poder poco ó has de andar mas derecha que un huso y mas ligera que el viento.»—Pánfila, al oir esto, se levantaba, bostezaba, se esperezaba, y, cogiéndole las vueltas á su madre, se iba á la puerta de la calle.

La tia Holofernes, sin advertirlo, se ponia á barrer con una actividad desatinada, acompañando el ruido de la escoba con monólogos de este tenor:

—En mis tiempos las muchachas trabajaban como machos.

La escoba hacia chis, chis, chis.

—Vivian recogidas como monjas.

Y la escoba chis, chis.

—Ahora son un hato de locas—chis, chis.

—De haraganas—chis, chis.

—No piensan mas que en los novios—chis, chis.

—Y estos son un hato de perdidos—la escoba seguia otorgando con su chis, chis.

Llegando á la sazon cerca del zaguan, veia á la hija haciendo señas á un mozuelo, y el baile de la escoba terminaba en un bien parado sobre las espaldas de Pánfila, que obraba el milagro de hacerla correr. En seguida se dirigia la tia Holofernes, empuñando su escoba, á la puerta; pero apenas se asomaba, cuando su cabeza, haciendo el efecto acostumbrado, desaparecia tan ligero el

pretendiente que no parecia sino que le habian salido alas en los pies.

—¡Maldita enamorada! gritaba la madre; te he de romper cuantos huesos tienes en tu cuerpo:—¿qué pretendes, dí, con tanto devaneo?

—Casarme, madre; que ya es razon.

—¡Casarte! ¿qué digiste? ¡casarte, loca de atar! no en mis dias.

—¿Pues V. no se casó, señora? ¿y mi abuela, y mi bisabuela?

—Harto me pesa, pues ello fué causa de que te pariese á ti, deslenguada: y ten entendido que si yo me casé y se casó mi madre y mi abuela, no quiero que te cases tú, ni mi nieta, ni mi biznieta; ¿lo has oido?

En estos suaves coloquios pasaban la madre y la hija su vida, sin otro resultado que ser la madre cada dia mas regañona, y la hija cada dia mas enamorada.

En una ocasion en que la tia Holofernes estaba haciendo la colada, y en punto de hervir la legía, hubo de llamar á su hija para que le ayudase en alzar la caldera del fogon, y á verter su contenido sobre la canasta de colar. La hija la oia con un oido, pero con el otro atendia á una voz conocida que cantaba en la calle:

Yo te quisiera querer
y tu madre no me deja:
el demonio de la vieja
en todo se ha de meter.

Siendo para Pánfila el pelar la pava una perspectiva mas halagüeña que la caldera de la legía, dejó Pánfila que se desgañotase su madre, y acudió á la reja.

Entre tanto, viendo la tia Holofernes que la hija no venia, y que se le pasaba la hora, agarró sola la caldera para verter el caldo sobre la ropa; y como era la buena muger chica y de pocas fuerzas, la derramó y se abrasó un pie. A los gritos desaforados que daba la tia Holofernes, acudió su hija.

—¡Maldita, remaldita, malditísimas! le decia la Holofernes hecha un basilisco, enamorada de Barrabás sin mas pensamiento que el casorio, permita Dios que te cases con el demonio.

Algun tiempo despues de esto, se presentó un pretendiente, que era uno como pocos; mozo, blanco, rubio, y bien portado, y con los bolsillos bien provistos; no habia pero que ponerle, y ninguno pudo hallar la tia Holofernes, en su arsenal de negativas. A Pánfila le faltaba poco para volverse loca de alegria; hiciéronse pues, (con el debido acompañamiento de regaños por parte de la futura suegra del novio) los preparativos de la boda.—Todo marchaba pues, ligero, derecho, y sin tropiezo como por un camino de hierro, cuando sin saber porqué la voz del pueblo, voz que es como una personificacion de la conciencia, empezó á levantar una sorda reprobacion contra aquel forastero, á pesar de que se mostraba afable, humano, dadivoso; hablaba bien y cantaba mejor, y apretaba entre sus blancas y ensortijadas manos, las negras y callosas de los gañanes.—Ellos empero no se daban por honrados ni subyugados.—De tanta cortesia, su razon era tan tosca, pero tambien tan fuerte y sólida como sus manos.—

—¡Por via de Sanes! decia el tio Blas, pues ¿nó me llama ese V. S. mal encarado; *Señor Blas*, como si yo la echase de mas y mejor?—¿Qué te parece?—

—Pues ¿y á mi? respondia el tio Gil; no me viene á dar la pata, como si algo tuviésemos que freir juntos?—¿no me dice que soy ciudadano yo, que jamás he salido ni quiero salir de la aldea?—

Por su lado la tia Holofernes, mientras mas miraba á su yerno mas le miraba de reojo. Parecíale que entre aquellos inocentes cabellos rubios y el cráneo se interponian ciertas protuberancias de mala especie,—y recordaba con recelo aquella maldicion que echó á su hija el dia de triste memoria en que averiguó á punto fijo lo que duele una quemadura de legía hirviendo.

Por fin llegó el dia de la boda. La tia Holofernes habia hecho tortas y reflexiones—las primeras dulces, las segundas amargas.—Una gran olla podrida para la comida, y un gran proyecto para la cena—habia preparado un barril de vino generoso, y un plan de conducta que no lo era.—Cuando los novios se iban á retirar á la cámara nupcial llamó la tia Holofernes á su hija y la dijo: cuando estén VV. recogidos en su aposento, cierra bien todas las puertas y ventanas; tapa todas las rendijas, y no dejes sin tapar sino únicamente el agujero de la llave.—Toma en seguida una rama de olivo bendito, y ponte á pegar con ella á tu marido hasta que yo te avise; esta ceremonia es de cajon en todas las bodas, significa que en la alcoba manda la muger, y sirve para sancionar y establecer ese mando.

Pánfila, obediente por primera vez á su madre, hizo todo como lo habia prescrito la pícara vieja.

Apenas vió el novio la rama de olivo bendito en manos de su muger, cuando echó á huir precipitadamente.—pero como hallase puertas y ventanas cerradas, y las rendijas tapadas, no viendo mas escapatoria que el agujero de la llave, se coló por él, como por una puerta cochera, porque habrán VV. caido, así como lo sospechó la tia Holofernes, en que aquel guapo mozo tan rubio y blanco y tan bien hablado era ni mas ni menos que el diablo en persona, el cual usando del derecho que le daba el anatema que contra su hija lanzó la tia Holofernes, queria regalarse con los obsequios y regocijos de una boda, cargando luego con su muger, haciendo así en beneficio propio, lo que tantos maridos le suplicaban hiciese en el de ellos.—

Pero este señor, á pesar de que sabe mucho segun es fama, habia dado con una suegra, que sabia mas que él, (y no es la tia Holofernes, el único ejemplar de esta especie).—Así apenas entró S. S. en el agujero de la llave, dándose el parabien de haber hallado, como siempre la escapatoria, cuando se halló preso en una redoma, que su prevenida suegra tenia aplicada por fuera al agujero de la llave, y no bien estuvo dentro cuando su suegra tapó la vasija herméticamente, rogábala el yerno, con las voces mas tiernas y las súplicas mas humildes, con los ademanes mas patéticos que le diese carta de libertad. Hacia presente, cuanto faltaba con aquella tiranía á la humanidad, con aquella arbitrariedad al derecho de gentes, con aquel despotismo á la constitucion. Pero á la tia Holofernes, no la embaucaba el diablo, ni la desconcertaban arengas, ni la imponian palabrotas, y así, no hubo tu tia: cargó con la redoma y su contenido; se fué á un monte y trepando, trepando con vigor, llegó á su elevada cima, escarpada y solitaria, donde depositó la redoma porque le sirviese de cresta y se alejó, amenazando á su yerno con el puño cerrado á guisa de despedida.—

Allí permaneció S. S. 10 años.—¡Qué 10 años, señores!!! el mundo estaba como una balsa de aceite.—Cada cual atendia á lo suyo sin meterse en lo que no le competia.—Nadie deseaba ni el puesto, ni la muger, ni la propiedad agena;—el robo vino á ser una palabra sin significado, las armas enmohecieron; la pólvora se consumió solo en fuegos artificiales, los locos no pasaron de divertidos, las cárceles se vieron vacias, en fin en esa decada de siglo de oro, no acaeció sino un solo *deplorable suceso*, los abogados se murieron de hambre y silencio.—

—¡Ay! mil veces ay!—Tan feliz estado habia de tener fin, todo lo tiene en este mundo, menos los discursos de algunos elocuentes padres de la pátria. El fin de la envidiable decena fué del modo siguiente:

Un soldado llamado Briones habia obtenido licencia para ir por unos dias á su pueblo que lo era Villa Gañanes. Seguia este un camino que rodeaba al encumbrado monte, sobre cuya cúspide estaba el yerno de la tia Holofernes, renegando de todas las suegras, presentes, pasadas y futuras, prometiéndose á sí mismo acabar con esa clase viperina cuando reconquistase su poder, valiéndose para este fin de un medio sencillo, el de abolir el matrimonio—entre tanto se entretenia en componer y recitar sátiras contra la invencion de la colada.—

Llegado al pié del monte Briones, que segun ya lo decia su apellido, tenia brios aumentativos, no quiso echarse á un lado como lo hacia el camino, sino que siguió derecho asegurando á los arrieros que venian con él, que si el monte no se le quitaba de delante, pasaria par cima de él, aunque fuese tan alto, que le costara descalabrarse contra la bóveda del cielo.—

Llegando arriba quedóse Briones admirado al ver aquella redoma que á manera de berruga, llevaba el monte en las narices—cojióla, miróla al trasluz, y al percibir al diablo, que con los años, el encierro y ayuno, los rayos del sol y la tristeza se habia quedado tan consumido y amojamado como una ciruela pasa, esclamó asombrado:

—¿Qué bicho, qué mal engendro, qué fenómeno es este?

Soy un honorable y benemérito diablo, mejorando lo presente, contestó humilde y cortesmente el encerrado, la perversidad de una traidora suegra (que en mis garras caiga) me tiene aquí encerrado hace diez años: libértame, valiente guerrero, y te otorgaré el favor que me pidas.

Quiero mi licencia, respondió Briones sin vacilar.—

—La tendrás, pero destapa, destapa pronto que es una monstruosa anomalía tener arrinconado en este tiempo de revoluciones al primer revolucionario del mundo.

Briones sacó un poco el tapon y salió de la redoma un vapor mefítico que le subió al cerebro. Estornudó y en seguida se apresuró á volver á apretar el tapon dándole con la mano estendida una furiosa palmada, de modo que el corcho se hundió de pronto estrujando al preso que dió un grito de rabia y dolor.

—¿Qué haces vil gusano terrestre, mas malo y pérfido que mi suegra? (esclamó.)

— Es, respondió Briones, que pongo otra condicion en nuestro trato; me parece que el servicio que voy á hacerte, lo vale.

—¿Y cual es esa condiccion, pesado libertador? preguntó el diablo.

—Quiero por tu rescate cuatro duros diarios mientras yo viva.—Piénsalo, pues esta sí que es, la de dentro ó fuera.

—Por Satanás, por Lucifer, por Belcebú, esclamó el diablo, miserable, avariento, no tengo dinero.

—¡Oh! repuso Briones, vaya una respuesta para un señoron como tú!

—Esa, compadre, es respuesta de ministro.—Ni te pega á ti, ni me conviene á mí.

—Pues ya que no me crees, dijo el diablo, dejame salir, y te ayudaré á procurártelo como he hecho con muchos otros: eso es lo que puedo hacer por ti. Suéltame, suéltame, con mil de los mios, suéltame.

—Poco á poco (contestó el soldado) nadie nos corre, y maldita la falta que haces en el mundo. Ten entendido que te he de tener agarrado por la cola, hasta que me cumplas lo prometido, y si no no hay nada de lo dicho.

—¿No te fias de mi, insolente? gritó el diablo.

—No, respondió Briones.

— Lo que me pides es contra mi dignidad, dijo el preso con toda la arrogancia que podia demostrar una ciruela pasa.

—Pues me voy, dijo Briones.

—Agur, dijo el diablo, por no decir adios.

—Pero viendo que Briones se alejaba, empezó el preso á dar desaforadas vueltas por la redoma llamando á gritos al soldado.

—Vuelve, vuelve, amigo querido, decia y para sí añadia: ¡que no te cogiera un toro de cuatro años, truan desalmado! pero seguia gritando, ven, ven, benéfica criatura, librétame, y agárrame por la cola ó por las narices, guerrero benemérito, y seguia murmurando; de mi cuenta queda vengarme, soldado infame, y si no puedo lograrlo, haciéndote yerno de la tia Holofernes, he de hacer, que ardais cara con cara en la misma hoguera ó he de poder poco.

Al ver las súplicas del diablo, volvió Briones y destapó la redoma. Salió el yerno de la tia Holofermes como un pollo del cascaron sacando primero la cabeza y sucesivamente todo el cuerpo, y por último la cola, de que se asió Briones por mas que quiso encogerla el rabudo.

Despues que el ex-preso que estaba bastante entumido se sacudió y esperezó, estirando bien los brazos y las piernas, se pusieron en camino para la córte, raneando el diablo por delante, y siguiéndole el soldado llevando la cola bien cojida en sus manos.

Llegados que fueron á la córte, dijóle el diablo á su libertador:

—Voy á meterme en el cuerpo de la princesa á quien el rey su padre quiere con extremo y la daré tales dolores, que ningun médico los sepa curar: te presentarás tú entonces, ofreciéndote á curarla, mediante la recompensa de cuatro duros diarios, yo saldré entonces y nuestras cuentas quedarán saldadas.

Todo sucedió segun lo habia arreglado y previsto el diablo; pero no acertó á prever que al quererse marchar Briones le agarró por la cola y le dijo:

— Bien pensado, señor, son cuatro duros una mezquindad indigna de vos, de mi, y del servicio que os he prestado. Buscad medio de mostraros mas generoso. Eso os hará honor en el mundo.. Donde (perdonad mi franqueza) no gozais la mejor opinion.

—Que no pueda yo cargar contigo! (dijo para sí el demonio) pero estoy tan débil y tan entumecido, que ni puedo conmigo mismo. ¡Tengo pues, que tener paciencia!! Eso que los hombres llaman una virtud. ¡Oh! ya comprendo por qué vienen tantos á mi poder, por no haberla practicado. Anda pues, maldito de cocer, anda que de la horca has de venir á la caldera, donde todo saldrá á la colada. Vamos á Nápoles, ya que me es preciso ceder para libertar mi rabo del que no me desprendo porque no me es posible. Vamos y nos valdremos del arbitrio de antes para saciar tu tremenda codicia.

Todo salió á medida de su deseo. La princesa se revolvia convulsa de dolores en su lecho. El rey estaba en la mayor afliccion.

Presentóse Briones con la arrogancia del que sabe que el diablo le ayuda. El rey admitia sus servicios, pero puso una condicion, que fué, que si en tres dias no curaba á la princesa, como ofrecia hacerlo con tanta seguridad, seria el presuntuoso doctor ahorcado. Briones seguro del buen éxito, no puso la menor objecion.

Por desgracia oyó el diablo el trato, y dió un brinco de alegria al ver como se le venia á las manos la ocasion de vengarse.

El brinco del diablo causó á la princesa tales dolores, que gritó se llevasen al médico.

Al dia siguiente se repitió la misma escena. Briones conoció entonces que el diablo hacia de las suyas y que su intencion era dejarle ahorcar. Pero Briones no era hombre que perdia la cabeza.

Al tercer dia cuando el presunto médico llegó á palacio, estaban levantando la horca frente á la puerta del mismo palacio.

Al entrar en la estancia de la princesa redoblaron los dolores de la pacienta y se puso á gritar que echasen fuera á aquel curandero impostor.

Todavía no se han agotado todos mis recursos, dijo Briones con gravedad. Dignése V. A. aguardar un rato. Salióse en seguida, y dió órden en nombre de la princesa que repicasen todas las campanas de la ciudad.

Cuando volvió á la estancia real, el diablo que aborrece de muerte el sonido de las campanas, y que además es curioso preguntó á Briones ¿á que santo era el repique?

Repican, respondió el soldado por la llegada de vuestra suegra, que he mandado á llamar.

Apenas oyó el diablo que llegaba su suegra cuando echó á huir con tal rapidez que ni un rayo de sol le hubiese alcanzado. Ufano como un gallo, pero mas feliz que el de Moron, se quedó Briones cacareando y con plumas.

Trasladado de la tradicion por

FERNAN CABALLERO.

Carro con velas.

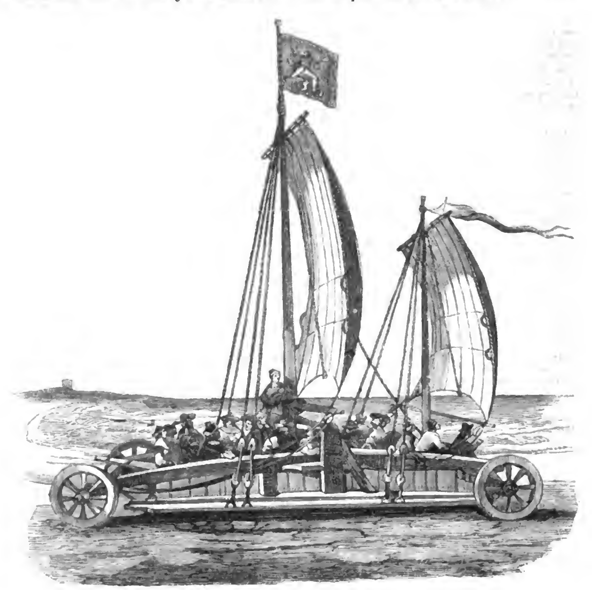
En nuestro número 43 presentamos una viñeta que representaba un carreton con vela, de la China; hoy ofrecemos la vista de un carro de mayores dimensiones, construido en Holanda en los últimos años del siglo XVI, y que tenia casi la misma ventaja que los caminos de hierro modernos. En aquel pais llano se intentó adaptar á un carro velas capaces de imprimirle un movimiento considerable, y hacerle recorrer rápidamente largas distancias. El carro alado fué en efecto puesto en práctica con un éxito completo, y escitó durante los primeros años del siglo XVII la curiosidad universal.

Hé aquí como se halla descrita la prueba por Gassendi, que da cuenta de las impresiones esperimentadas por su amigo Peirels, en vista de este descubrimiento.

«Hizo una escursion hasta Schebelin para asegurarse por sus propios ojos de la rapidez de un carro construido años hacia, con tal arte, que por medio de velas desplegadas, vuela sobre el camino como un navio. Habíanle dicho que el conde Mauricio despues de la victoria de Nieu-Port, queriendo hacer la prueba, subió en él con Francisco Mendoza, su prisionero en el combate, y pudo llegar en dos horas á la aldea de Pultena, que está á 14 leguas de Schebelin. Peirels quiso tambien hacer su esperimento, y tenia gusto en contar la admiracion que le causó cuando

llevado por un viento impetuoso, vió las desigualdades del camino salvadas con la precipitacion de una bala, los correos que habian tomado la delantera parecian recular, los objetos que se presentaban mas lejos eran dejados atrás en el instante, y mil otras maravillas por el estilo.»

Hé aqui una descripcion que tiene bastante semejanza con la que pudiera hacerse de un viaje por ferro-carril. Es de lamentar que Gassendi, que tan bien ha pintado los efectos, no haya entrado en mas detalles sobre la construccion de este hermoso navío de tierra. ¿No era necesario un lastre considerable para contrabalancear el efecto de las velas? ¿Estas velas podian servir con toda clase de vientos? ¿El carro podia rodar sobre todo género de superficie? ¿No necesitaba que se le aplicara un sistema particular de ruedas? No habia habido necesidad de preparar convenientemente las rutas, para disponer una rotacion fácil? Cuestiones son estas cuya solucion no careceria de interés para los hombres ingeniosos, ocupados hoy en discurrir cómo puede darse impulso por medio del aire comprimido, á un vehículo que corria antes al aire libre.



Carro de velas.

GENTIL-ZUBI.

Tradicion Vizcaina.

A una legua escasa de la anteiglesia de Dima, en Vizcaya, y en el barrio llamado Induci, se encuentra el puente de Gentil-Zubi. A sesenta pasos de distancia, siguiendo el sendero que atraviesa el arco del puente, y al pié del monte Cova-alde, se vé una de las bocas ó entradas de la famosa cueva de Balzola. La naturaleza ha derramado en estos lugares la parte de sus tesoros mas variada, mas amena, mas rica y mas abundante.

Una calzada de dura piedra construida en época harto azarosa para Vizcaya, comienza á la salida de Dima, tomando la direccion de Balzola. A los dos lados, se elevan hasta perderse de vista con el cielo rocas hendidas por mil partes en las que apenas nace mas que el áspero cardo silvestre ó la *érica* mezclada con la punzante árgoma. Alguna cabra atrevida asienta con temor sus patas en las grietas de la piedra, y en lo mas empinado del monte vése con frecuencia un buitre, como avanzado centinela, señor de aquellos contornos. Un inquieto pero agradable riachuelo serpentea saltando sobre su duro lecho y en sus orillas crecen rústicas flores que exhalan su perfume al aire. El camino tortuoso, abierto en muchas partes y amasado por el pié del romero que se dirije al santuario de Urquiola, ofrece á la vista del curioso un estrecho pero animado cuadro, en el que encuentra á la vez peñas, cascadas y flores. Y si quiere dilatar su vista y aspirar las mas gratas emanaciones de la tierra, si desea contemplar las obras de Dios y quedar absorto ante sus grandezas, trepe la cima de Cova-alde y admirará el mas estraño panorama que pudieran ver sus ojos. Mas como el objeto que me he propuesto al tomar la pluma solo ha sido el de narrar una de las muchas tradiciones de mi patria, conténtese el lector con la breve pintura que llevo hecha del lugar del suceso, que tiempo llegará en que mas detenidamente le hable de la cueva de Balzola, mansion que ha presenciado, segun nos dicen las antiguas consejas, los mas peregrinos acontecimientos.

Caminaban cuatro romeros por el sendero que hemos referido, en peregrinacion al santuario de Urquiola, lleno

el corazon de fé y con la uncion santa de los escogidos, una tarde calmosa del estio. Sus abrasados labios apenas podian pronunciar las oraciones sin el auxilio del fresco arroyo que á su lado corria. El cielo sereno, cuando empezaron á subir la cuesta, se oscurecia conforme se aproximaqan á Balzola, hasta que repentinamente algunas gruesas gotas de agua y el lejano rumor del trueno, les obligaron á buscar una guarida contra la tempestad que les amenazaba. En vano miraban por todas partes, no habia ningun asilo; solamente la gruta de Balzola estaba al paso; pero su fama de mal agüero, vedaba á los tristes caminantes penetrar en ella, y se esponian humildes á la furia de los elementos que ya habian comenzado á desatarse. Uno de ellos, mas atrevido sin duda, invocando el nombre del santo, se



acercó á la cueva y cuando sus compañeros admirados, le vieron sin lesion alguna, imitándole, internáronse en ella y se pusieron á cubierto de las iras de la tempestad. Mas de repente una fosfórica llama que les dejó sin vista iluminó la estancia, y una voz mas ronca aun que la del tronco mismo, les dijo:

—Miserables! osais penetrar en mis dominios sin pertenecerme: yo castigaré vuestra audacia y pese á vuestro Antonio, no saldreis vivos de aqui.

Asombrados los romeros, implorando el favor de su patrono y temiendo una muerte tan próxima como cierta, huyeron despavoridos, y á pesar de la lluvia que caia á torrentes y del rayo que recorria la admósfera, hincándose de rodillas en el suelo y elavando la vista al firmamento, murmuraban desfallecidos estas palabras.

—San Antonio amparadnos.

Dos inmensas rocas vieron desprenderse de la cúspide del monte, arrojadas con violento impulso; y cuando espeperaban con la frente postrada en el suelo su último instante, oyeron una voz lejana que les repetia *seguid vuestro camino.»*

Al levantarse, observaron una brillante auréola en el espacio y encima de sus cabezas, dos enormes peñascos que formando un arco, daban libre y cómodo paso al sendero por donde iban caminando.

Los naturales le llaman Gentil-Zubi, que traducido al castellano significa *puente de los Gentiles*. Aunque este nombre me ha hecho rebuscar su origen, nada mas he podido indagar de lo que llevo referido. J. E. D.

HACÉN EN SU CORTE.

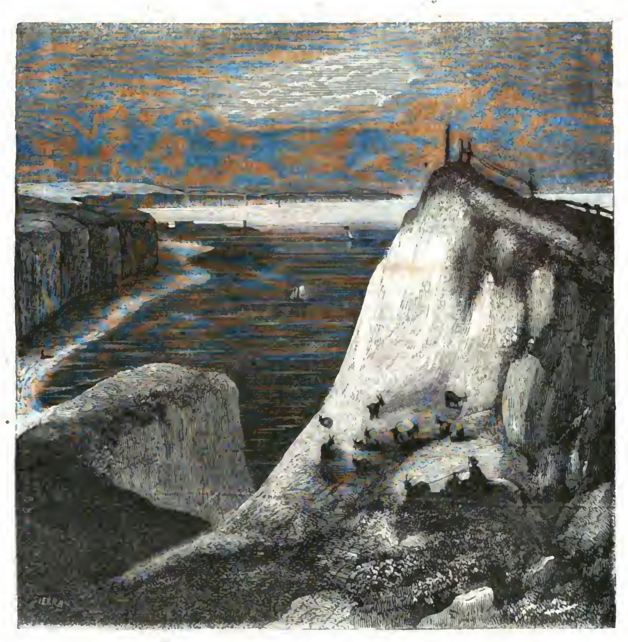
La discordia civil vertido habia
El licor de su copa envenenada
En la alma de los arabes y ardia
El cráter de un volcan bajo Granada:
Mas oculto en la tierra todavía
El fuego asolador, aposentada
Parecia en la Alhambra la ventura,
Firme su sólio y su quietud segura.
Reinaba allí Muley Hacén, guerrero
Mas que rey y político, su mano
Nunca el cetro empuñó, sino el acero:
No temió nunca, sino odió al cristiano:
Ni nunca tregua respetó altanero,
Ni manchó su decoro soberano
El tributo pagándole, rendido
Por su padre Ismaél, que fué vencido.
En diez años de próspero reinado
Al porvenir mirando y al decoro
De su trono Muley, habia logrado
Su ejército doblar y su tesoro.
De Africa con los reyes coligado,
Prevenido á la liz se habia el moro
Y de víveres y armas hecho apresto
En pié sus plazas de defensa puesto.
Numerosos sacó de Berbería
Escuadrones de tropas auxiliares,
Del desierto veloz caballería,
Saeteros de Fez Almogavares:
Y un pié de sus fronteras no tenía
Sin avanzados puestos militares,
Ni un cerro de sus reinos á la raya
Sin el ojo sagaz de una atalaya.
Seguro como un aguila en su nido
En Granada Muley por sus fronteras
Guardado y de sus súbditos temido
Por los decretos de su ley severa,
Reinaba en celebrar entretenido
Con sus enamorados caballeros
Fiestas, zambras, saraos deslumbradores,
En honor de la hurí de sus amores.
Es esta la cautiva seductora
Que Isabel de Solis niña y cristiana
En martes te llamó y á quien ahora
En el serrallo de Muley sultana
Zoraya llaman, en la lengua mora
Lucero precursor de la mañana;
Astro en verdad de amor y de hermosura
mas precursor de asolacion futura.
Por el ardiente amor de esta cautiva
Olvidado Muley de Aija su esposa
De su presencia y de su amor la priva:
Y Aija como oriental fiera y celosa
Y como reina y afrentada altiva,
Disimula la rabia que la acosa
Alentada no mas por la esperanza
De tomar en los dos feroz venganza.
Un hijo tiene Abú-abdilá llamado
Del rey versátil y por ella propia
En odio de Muley amamantado:

Mozo gallardo do su padre copia,
Mas contrario á su padre por el hado
Fatal en que nació, traidora acopia
El ódio hácia Muley que Aija respira
Y el que su estrella personal le inspira.
  Guárdale la sultana con desvelo
Y témele el monarca por instinto
Odiale la Zoraya con recelo
De que á sus hijos dañe, cuando estinto
Del amor de Muley la prive el cielo:
Y Abú-abdilá entretanto en el recinto
De Granada parciales allegando
Sagaz se forma poderoso bando.
  Sospéchalo Muley; la favorita
En el amor del árabo fiada
Diestra su odio á su rival escita:
Pero menos contra ambos osa á nada.
Cuanto mas el monarca lo medita
Nace asi la carcoma de Granada.
Y Hacén en el peligro se adormece
Y el tiempo vuela y el peligro crece.
  ¡Escrito estaba, del amor fué pena!
Perdió Eva al Padre de la raza humana,
A Hércules Deyanira, á Troya Elena,
Lucrecia al solio y magestad Romana,
Florinda á D. Rodrigo; y la agarena
Gente perdióse por la vil cristiana
Quo dando impura á Boabdil hermanos,
Dió á sus almas rencor, hierro á sus manos.
  ¡Escrito estaba!.... comprendiólo luego
El postrimer monarca granadino:
Y segun el Koran el hombre ciego
Torcer no puede su fatal destino.
¡Escrito estaba! lágrimas de fuego
Vortiendo del Padul sobre el camino
Lo dijo Abú Abdil hácia Granada
Triste volviendo la postrer mirada
  Y escrito estando é inmutable siendo
El fallo del destino; hácia su ruina
Arrastrado por él iba corriendo
Sordo y ciego Muley, á la divina
E inescusable voluntad cediendo:
Y esclavo del amor que lo domina
En mantener no mas piensa á Granada
Esclavo de su hermosa renegada.
  Sola por eso su grandeza estima,
Su prez en mantener piensa por eso,
Por eso ardor de combatir le anima
Triunfos soñando su amoroso esceso.
Por eso de su alcázar desde encima
Del muro y agoviada bajo el peso
De su amante ambicion se le veia
Mirar la vega al trasponer el dia.
  Desde el adarbe real de su alcazaba
De la Alhambra Muley con complacencia
Del granadino reino contemplaba
La amenidad y próspera opulencia;
Y al cristiano poder desafiaba
Con desdeñosa y bárbara insolencia
Allejos divisando los pajizos
Muros de sus castillos fronterizos.
  Sonreia el infiel con arrogancia
Mirando las montañas guardadoras
De su tierra y en fertil abundancia
Las tribus de sus pueblos moradoras,
Sonreiase al ver en la distancia
Del Africa arribar las naves moras
Sobre un mar que parece en lejanía
Un ceñidor azul de Andalucía.
  Embriagábase el árabe de orgullo
Contemplando la espléndida hermosura
De su vega y servíale de arrullo
El misterioso son con que murmura
La sociedad, y el singular murmullo
Que armoniza, do quier el aura pura,
Cuando orea con ala sosegada
La region por los hombres habatida
  Absorto contemplaba el noble moro
La vega Granadi, huerta estendida
De su córte á sus pies: rico tesoro
De ocio y placer y manantial de vida;
Y el alma de Muley en sueños de oro
con pereza oriental adormecida
Se gozaba en mirar desde la altura,
Por milésima vez tanta hermosura.
  En aquel cielo azul y trasparente
Pabellon de cristal sin mancha alguna,
Lucen sobre la tierra eternamente
Sereno el rojo sol, blanca la luna.
Alli Genil su límpida corriente
Vierte con Darro y Monachil á una
Brotando á sus regueros creadores
En basta profusion frutos y flores.
  Alli el cedro fragante y los almeses
Amados de los pájaros campean
de Jericó á la par con los cipreses:
Las vides de Falerno allí se orean
Entre pajizas y preñadas mieses
Que magnollas espléndidas sombrean:
Y allí las cañas del Jordan sonoras
Suenan bajo las palmas cimbradoras.
  Las de la humana ciencia mas ignotas
Salutíferas plantas allí quiso
Dios fecundar y de las mas remotas
Tierras los frutos dió á un paraiso:
Los sagrados laureles del Eurotas,
Los poéticos Tilos del Damiso,
De Estambul los ardientes tulipanes
De Cártago los frescos arrayanes.
  Por las fragantes y purpúreas rosas
Sus rosas la cediera Alejandría:
Por sus morenas hijas voluptuosas
Sus hijas la Circasia la daria:
El zumo de sus vides deliciosas
La campiña de Chipre envidiaría
Su frescura los bosques de la Ausonia,
Sus árabes pensiles Babilonia.
  Tal es la vega de Granada: tales
Las delicias que encierra y que el monarca
Desde sus ajimeces orientales
Con mirada de Alcon ufano abarca:
Tal es su reino entero; y en sus reales
Alientos le parece ofrenda parca
Que llevar á los pies de la que adora,
De Zoraya, lucero de la aurora.
  Por eso se estasía contemplando
Sus tierras y su córte guarnecida,
Por las bravas legiones de su mando
De mil y treinta torres defendida:
Y al pensar en la córte de Fernando
En sus tierras aun no establecidas
«¡Venga á pedir, esclama, si se atreve
El vil tributo que Muley le debe!»

(Granada poema oriental. Libro II.) J. ZORRILLA.



Madrid, Imp. del Semanario y de la Ilustracion, á cargo de D. G. Alhambra



El puerto de Dieppe

Pintoresca en estremo es la vista del puerto de Dieppe y del faro de Lhay, que se descubren en lontananza en la lámina que sirve de cabeza á este número; por eso hemos trasladado á nuestras columnas una copia de este diseño, tomado desde una estremidad del murallon, cortado á pico, que defiende aquel terreno, célebre ademas por las antigüedades que en él existen, á causa de haber servido de asiento á una ciudad de los galos, anterior á la conquista de los romanos.

¿Valemos nosotros lo que valian los antiguos?

Hoc majores nostri questi sunt; hoc nos querimur; hoc posteri nostri querentur: at ista stant loco eodem stabuntque.

Con frecuencia nos entregamos á tristes reflexiones sobre la degeneracion de la especie humana. Antiguamente, se dice, los hombres valian mucho mas que ahora; gozaban siempre de salud, comian con buen apetito y vivian largo tiempo: los inviernos eran menos rigurosos, las primaveras mas alegres, los estios menos ardientes, y los otoños mas templados; es evidente que ha habido una revolucion en el globo; que las estaciones han cambiado, y que los temperamentos se han vuelto débiles. El padre Feijóo es de parecer enteramente opuesto, pretendiendo que sigue todo hoy como en lo antiguo; que nuestro sol vale lo que valia á nuestros mayores: que no se vivia mas treinta siglos hace de lo que se vive en nuestra edad; y cita la Biblia cuyo testimonio no espera sea recusado. Por esto el rey David, que 1085 años antes de Jesucristo, es decir, cerca de tres mil años ha, asegura en uno de sus salmos que el hombre no pasa de setenta años. Sobre esto el padre Feijóo observa que el mismo David no llegó á mucho mas, y que al cumplir los setenta quedó tan friolero, que no se podia hacerle entrar en calor, que era preciso envolverlo en estofas de seda y franelas de Inglaterra, y recurrir á una jóven y calorosa sunamita para impedir que se helase en la cama.

No anduvieron mejor las cosas en el Nuevo Testamento. San Juan, á quien se llama el Matusalen de la nueva ley, no pasó de noventa y tres años. Plinio, que cita los ancianos de su tiempo, casi nombra solo octogenarios, y si presenta algunos centenarios, son en tan corto número que apenas deben mentarse. En 1726 murió en Galicia un pobre labrador llamado Juan Onteiro, vecino de Feliñanes, que contaba ciento cuarenta y seis años. En San Juan del Poyo, tambien en Galicia, se vieron en el siglo XVIII trece ancianos, entre los cuales el mas jóven tenia ciento y diez años, y juntos formaban quince siglos. El inglés Eccleston

murió á los ciento cuarenta y tres años, y Juan Effingham en 1737 habia vivido ciento cuarenta y cuatro. Tomas Parr murió en 14 de Noviembre 1635 á la edad de ciento cincuenta y dos años; y quizás viviera aun este hombre singular si la pension que le concedió Carlos I no lo hubiese inducido á variar su género de vida sencillo y frugal. Por último ha descollado en edad sobre todos los hombres en tiempos modernos Enrique Jeukins, á quien las pruebas mas auténticas conceden ciento sesenta y nueve años. No hay mes en que nuestras gacetas no refieran ejemplos de longevidad considerable.

En cuanto á Nestor y algunos otros, que segun los poetas vivieron mas de trescientos años, el P. Feijóo cree que hay algun descuento, y opina que en hechos de exactitud y veracidad, no es á los poetas á quienes se debe recurrir. Es cierto que algunos escritores en prosa afirman que Juan Destemple, escudero de Carlo-Magno, vivió hasta la edad de trescientos setenta años, pero el padre benedictino supone que estos prosistas tenian alguna afinidad con los poetas; y por otra parte si el hecho es cierto, prueba que en tiempo de Carlo-Magno las generaciones no estaban aun muy degradadas.

Por lo que respecta á la fuerza corporal, los antiguos citán á Milon de Crotona, que llevó un buey sobre sus espaldas á distancia de un estadio, le mató de un puñetazo y lo comió en un dia: el hecho es fuerte; y asi se han encontrado críticos que han pretendido haberse cometido alguna falta por los que lo copiaron, y quo debia leerse *ovem* en vez de *bovem*: esto esplicaria mejor el milagro. El P. Feijóo no objeta estas interpretaciones, opone á Milon un bravo español llamado Sotillo, á quien todo Madrid vió lanzar á doce pasos una piedra de cuatrocientas libras de peso: es cierto que no la comió; pero si se hubiese presentado alguno bastante poderoso para convertirla en pan, ¿sabemos lo que hubiera sucedido? Los anales do la gastronomía contienen muchos ejemplos de un vigor de apetito y de estómago que pueden gloriosamente rivalizar con la proeza de Milon de Crotona: ¿pero quién podria asegurar que la historia de este célebre atleta no ha sido escrita por un sabio retórico quizás demasiado apasionado á las hipérboles?

De todo esto el erudito Feijóo concluye que los hombres son hoy dia lo que eran antiguamente; que es presumible que las generaciones venideras se parecerán á la generacion actual, y que verdaderamente es tener lágrimas de sobra dedicarlas á la pretendida decadencia de la especie humana.

Pero si el mundo se ha conservado bastante bien en lo físico, ¿se ha constituido felizmente en lo moral? ¿Tenemos Sócrates y Catones como antiguamente? ¿Nuestras mugeres son tan fieles, nuestros hijos son tan dóciles, nuestros sacerdotes tan piadosos, nuestros mercaderes tan escrupulosos, nuestros abastecedores tan delicados, nuestras hijas tan modestas? ¿Tuvo razon Horacio, cuando dijo quo todos los siglos van declinando, que nuestros padres valian menos que sus abuelos, que nosotros valemos menos quo nuestros padres, y que nuestros hijos valdrán menos aun que nosotros? ¿Es verdadero que hubo una edad de oro en que todas las esposas eran modelos de discrecion, de pudor, de amor conyugal; todos los maridos amables y oficiosos, en la cual no se conocian médicos, abogados, cocineros, boticarios, aduaneros, perceptores de contribuciones, guardas de caza, guardas campestres; en quo so repartian sin querellas todos los bienes de la tierra; en que se contentaban los hombres comiendo miel y bebiendo leche? ¿Es verdadero que á esta edad de oro haya sucedido otra de plata, despues otra de cobre, y que nosotros vivimos en el siglo de hierro?

Si se cree á los que no pueden ya comer, ni bailar, ni hacer la corte á las bellas, en su tiempo todo iba mejor; se era mas instruido, mas respetuoso, menos gastador, se andaba mejor vestido, mejor alojado, mejor alimentado; la sangre era mas pura, la especie mas bella, la constitucion mas fuerte, el espíritu mas abierto, el corazon mas franco; todo era mejor, hasta las peras de D. Guindo eran mas azucaradas y mas finas. Pero nuestro benedictino está lejos de creerlos bajo su palabra: ha examinado atentamente todas estas cuestiones, y sus resultados son, que tan malos como somos, nuestros padres no eran mejores que nosotros. Empieza por Adan y Eva, que en vez de vivir felices y satisfechos en un magnífico jardin, en que encontraban sin trabajo todo lo que podia complacer á sus deseos, quisieron mas hacer pacto con Satanás que vivir en buena inteligencia con Dios, y se dejaron arrojar vergonzosamente de la mas bella mansion que honradas gentes pudieran habitar. Pasa luego á Cain, que por un criminal movimiento de odio ó de celos, mató á su hermano Abel: describe los escesos y crímenes de esta raza de Cain, que traspasó realmente todos los límites de la justicia y do la razon, hasta que Dios no vió otro partido que tomar que destruirla enteramente.

Esceptuó no obstante á Noe y á sus hijos, que apenas salidos del arca, empezaron ya otra vez la revolucion contra Dios fabricando una torre enorme para burlarse en adelante del Diluvio. El padre benedictino repasa los altos hechos de Nomrod, que redujo á sus iguales á la servidumbre, y dió el primer ejemplo al hombre de atentar contra la libertad de sus semejantes. Refiere las fastidiosas aventuras de Sodoma y de Gomorra, de Llot y de sus hijas, la proscripcion de José, los desastres de Egipto, la idolatría de Israel en los desiertos, las debilidades del santo rey David, los desórdenes de sus hijos, la crueldad de Adonibesec, rey de Jerusalen, que hizo poner bajo su mesa setenta pequeños reyes, á los cuales habia mandado cortar las estremidades de los pies y de las manos: la de Abimelech, que para subir al trono, hizo bajar sin reparo al imperio do los muertos á setenta de sus hermanos. Recorre la lista de los augustos soberanos de Israel y de Judá casi todos idólatras, perjuros, indolentes y crueles: llega al reinado de Aristóbulo, que hizo morir de hambre á su propia madre; al de Herodes que mandó degollar todos los inocentes menores de dos años, lo que obligó á Augusto á decir que preferiria ser el cochino del tirano á ser su hijo; y despues de esta enumeracion de barbaridades, pregunta nuestro autor: ¿qué debieron hacer los otros pueblos, si el pueblo de Dios se condujo de esta manera?

Demuestra que la guerra de Troya fué causada por la audacia de un jóven libertino y la incontinencia de una princesa hermosa: que Elena se habia dejado ya seducir por Teseo, y que su criminal cuñada Clitemnestra no era mas casta ni mas fiel esposa que ella. Describe el frenesí do los mas célebres reyes de Babilonia y de Persia, tales como Sardanápalo, que pasó su vida en lo interior de su palacio rodeado de una tropa do mujeres, de quo habia tomado el vestido y las costumbres, manejando la rueca y el huso entre ellas, no sabiendo hacer otra cosa que hilar, comer, beber y entregarse á los placeres mas infames: un Nabucodonosor, lleno de orgullo, y reducido en castigo de sus escesos á pacer la yerba de los campos y vivir en medio de los bosques convertido en buey, segun unos, y cambiado en gallina, pavo ú oca segun otros: un Jerjes, que en el acceso de su locura hizo azotar el mar: un Artajerjes, prodigio de amor fraternal, pues en una mañana hizo degollar ochenta de sus hermanos. Nuestro autor cita luego la autoridad del filósofo Asclepiadoro, el cual habiendo pasado á la Siria para estender sus conocimientos y aumentar sus virtudes, confesó francamente que en todo el camino solo habia encontrado tres hombres que no fuesen tunantes.

¿Se quiere pasar de Siria al Lacio, y examinar el imperio de Roma? Comienza Rómulo matando á su hermano Remo, los tarquinos cometen mil escesos. Tulia hace pasar su carro por cima del cadáver de su padre, se destronan los reyes, y para adular al pueblo los cónsules devastan toda la Italia con guerras las mas injustas y crueles: los decenviros presentan á Virginia á su padre, y obligan á este desgraciado á degollar á su hija para salvarla del deshonor. Toda la historia romana es un tejido de injusticias, usurpaciones y calamidades para el género humano.

En fin, llegan las guerras de Mario y Sila, las de César y Pompeyo, las proscripciones de Antonio, de Augusto y de Lépido, los reinados de Tiberio, Calígula, Neron, Domiciano; la humanidad respira un momento bajo Trajano y Antonino, pero vienen luego Cómodo, Heliogábalo y todos los mónstruos que desolaron la tierra durante tantos siglos. Se nos cita, es verdad, á Lucrecia y á las Vestales, ¡ pero para un modelo de virtud, cuántos ejemplos de vicios y crímenes de todas clases!

Se sabe hasta qué punto los griegos y romanos elevaron la gastronomia. Los devoradores de la montaña de Caucale no son mas que anacoretas en comparacion de los Apicios, Esopos, Lúculos y tantos otros que habian inventado recetas para arrojar despues de comer, y volver á tragar al momento.

El cristianismo puso algun remedio á la depravacion

general; se vieron durante un corto número de años hombres virtuosos que practicaban con puro corazon los preceptos del Evangelio; pero este fervor duró poco tiempo. San Crisóstomo, que florecia en el siglo IV de la iglesia, se entrega á las mas amargas reflexiones acerca del desórden y la decadencia de costumbres. Segun él, no habia en toda la ciudad de Antioquia, que contaba mas de seiscientas mil almas, cien personas que pudiesen admitirse por buenos amigos, lo que da un hombre de bien por cada seis mil.

San Agustin, que vivia en el mismo tiempo, no nos da mejor idea del occidente: y si se cree lo que dice en un comentario sobre el salmo 48, solo habia en todo el pais de cristianos que conocia, dos ó tres de quienes él hubiese querido responder. San Gregorio, cuyos talentos y virtudes dieron honor al siglo VI, compara la iglesia al Arca de Noé, que encerraba muchos animales y pocas criaturas razonables.

Consúltense los anales de nuestra monarquia; véanse casi todos los reyes godos morir asesinados, hermanos matar á sus hermanos, hijos inmolar á sus padres para poseer un trono del que habian de descender envenenados. Ved á Eurico, á Leovigildo, á Witerico, á Witiza, á Rodrigo, mónstruos de la humanidad, cebarse en la sangre y en los tormentos de sus hijos, de sus parientes y amigos. Llega el feliz reinado de D. Pelayo; pero la sucesion de este príncipe famoso es solo una cadena de asesinatos y usurpaciones intervalada por eslabones menos criminales.

¿Qué ofrece la primera dinastia de la Francia? Príncipes feroces, ignorantes y libertinos; descompuestas Fredegundas y otras mil princesas, vergüenza y oprobio de su sexo: en el segundo linaje un tropel de hordas bárbaras, uniendo sus vicios salvajes á la corrupcion de los descendientes de Carlo Magno, el mas horroroso despotismo por una parte, la mas vergonzosa servidumbre por otra.

En la historia de las demas naciones se ve el cuadro de espediciones militares parecidas á correrías de bandidos, la disolucion de las costumbres en las cortes, en las iglesias, entre los grandes y entre el pueblo: reinas alistando sus augustos esposos en las cofradias mas espuestas á los sarcasmos del público; frailes y curas, deshonor de su estado; mugeres sin decencia, maridos bárbaros, hijos armados contra sus padres, vasallos contra sus príncipes. Leed los sermones de Menot de Barlette, de Olibier Maillard, y vereis si las mugeres de su tiempo valian mas que las nuestras.

De todo esto, ¿qué hemos de concluir? Que nuestras eternas y dolorosas quejas sobre la decadencia del género humano son gemidos inútiles; que nosotros somos hoy dia lo que se era antiguamente, y quizás aun lejos de haber degenerado, valemos mas que nuestros pasados. Los siglos, como los años de nuestra vida, tienen sus alternativas de bien y de mal; las naciones sus accesos de salud y enfermedad, de sabiduría y locura; pero es preciso siempre volver al pasage de Séneca. *«Hoc majores nostri questi sunt; hoc nos querimur; hoc posteri nostri querentur. At ista stant loco eodem stabuntque; paululum dumtaxat ultra aut citra ut fluctus.»* De ello nuestros abuelos se quejaron; nosotros nos quejamos despues de ellos; nuestros descendientes se quejarán tambien despues de nosotros; pero todas las cosas quedarán en el mismo estado poco mas ó menos, como las olas agitadas por el flujo y el reflujo.

G. F. L. de A.

ANTIGUEDADES.

Los camafeos, mosáicos y piedras grabadas en ondo, que se diseñan al pié de este artículo, forman parte de la pequeña coleccion de antigüedades, que posee nuestro amigo y colaborador el Sr. D. Remigio Salomon, juez de primera instancia de la ciudad de Denia, y que ha podido recoger, á fuerza de tiempo y de un trabajo ímprobo, de las ruinas de *Clunia*, *hemeroscopium*, *illici* y *sætabis*, de cuyos puntos proceden mil y mil antiguallas, que en su mayor parte se destruyen ó llevan á los Museos estranjeros, porque no se ha fijado aun la consideracion entre nosotros, en lo ventajoso que seria para las ciencias y para nuestra propia gloria, el hacer las escavaciones necesarias, dirigidas por personas competentes, que se prestarian gustosas á ello en los sitios que ocuparon las colonias y municipios romanos, abandonados hoy á manos profanas, que destrozan ó malvenden cuanto sale á la superficie, al remover la tierra para las labores agrícolas.

Lo que nosotros digésemos acerca del mérito artístico de los citados camafeos y mosáicos y de las estremadas paciencia, habilidad y caprichosa idea de sus autores, seria supérfluo, cuando está harto patente á la vista de todos; bastando saber que unos y otros se componen de piedras finas, que las de los segundos son de variados colores, colocados de modo que las figuritas, flores y demas que representan, parecen robadas á la naturaleza.



EPISTOLAS

EN CONTESTACION AL PROSPECTO DE LOS RECUERDOS DE UN VIAGE EN ESPAÑA, QUE PUBLICA EL SEÑOR DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

I.

Pampaneira á 12 de noviembre del año de gracia de 1849.

Pecador soy, señor Mellado, y muy grande, puesto que ejerzo el oficio de fiel de fechos, en este lugar diputado; pero no tanto (á mi pobre juicio) que merezca la espantosa penitencia que V. me impone, enviándome el prospecto y las entregas de sus *Recuerdos*. Recibí lo publicado con tres actos de contricion, que apliqué por tres personas: el primero por mí; el segundo por V. que tan desacertadamente da á luz semejante mamarracho; y el tercero por el triste autor que así quiere ponerse en berlina. Y me pesa mucho mas de que V. y el autor (si no son conjunta persona) hayan emporcado los moldes y su nombre bueno ó malo con esta rarísima rapsodia. Confieso (y digo con reflexion que lo confieso, porque lo tengo por gravísimo pecado) que consentí en la maldita tentacion de leerla á pesar de su bárbaro título y de ser cosa publicada por V.: Dios me perdone semejante propósito, como yo perdono á V. el disgusto que me ha causado.

Estas ó semejantes razones decia un crítico del pasado siglo, y las repito; porque vienen á pelo, aunque no soy crítico ni quiero serlo. ¿Quién tan pesada carga se echará

sobre sus hombros en los tiempos que corremos, cuando la cínica ignorancia de los periodistas zurcidores ha envilecido el oficio? ¿Quién asemejarse quiere con los casquivanos y pretenciosos declamadores que han resucitado las agrias polémicas de Forner y compañía?...

Mas ello es que V., Sr. Mellado, desea saber la opinion de sus lectores para publicar ó no el nombre y retrato del autor de los *Recuerdos de un viage en España*, y preciso me ha sido tomar la pluma para endilgarle dos ó tres epístolas, que si le parecieren agrias, juzgue que otra cosa no puede producir el amojamado ingenio mio, como quien se halla en estas rocas y ventiscas, rodeado de apremios, repartos y otras impertinencias administrativas, rentísticas y judiciales.

Tú lo quisiste
Tú te lo ten:

Con el prospecto me escudo.

Y comenzando por el comienzo, habeis de saber que en cierto pueblo del remate de Andalucía habia un cuatrero redomado, que era un águila en el oficio de engañar bobos y de adobar burros arruinados por el trabajo y los años. Un dia en que, gracias á las persecuciones de la justicia, andaba el habilidoso chalan por montes y despoblados, tropezó con un rucio matado, rabon, cojo, ciego y con sus puntas y collar de loco. Tenia muy buen alma el gitano, y como pudo trasportó su hallazgo al lugarcillo mas cercano, y tanto y tan cabalmente cuidó al rucio, que su pelo cambió la color, fueron remendadas las anchas cicatrices de su lomo, se le puso un rabo que parecia como nacido, tomó carnes á fuerza de afreño, de rozarse los dientes se le quedaron cual si fuera mozo, y, para visto de lejos, por detrás presentaba engañosa forma de burro mediano. Llovido cayó un serrano poco avisado, y el cuatrero le presentó la bestia trabada y entre dos luces recomendándosela con estas ó semejantes razones:—«Tome, compadre, el borriquillo sobre seguro, que es bueno para todo, asi yo no me salve: hombre, por estas cruces: no lo destrabe, que cocea; pero en el trabajo!... es mas fuerte que los clavos de Cristo!...»

La manera no sé: el serrano entró por todas, y á la noche le llevó el chalan la bestia á su casa. Quiso el arriero poner en recua al *mohino*, y se portó como ciego y cojo. Buscó el comprador al cuatrero y le dijo enfurecido, quemado:—«¿Hombre, no me dijo V. que el borrico servia para todo?...»—¿A que lo ha puesto V. á andar?... le interrumpió el chalan sin inmutarse.—«Como que soy arriero.»—«Pues para todo sirve menos para eso.»

Pues para todo, carísimo editor, servís menos para autor de libros: y si no, ¿á que enseñar la cojera en el prospecto, en el título mismo de la obrecilla?-Hubiérais aguardado al cuerpo del libro, y Cristo con todos.

Porque decidme, desventurado, ¿qué entendeis por *Recuerdos de un viage en España*? *Por* España ya lo entiendo; que así lo dijeron Cervantes, Mendoza, Granada y nuestros clásicos todos; pero de la otra manera no parece sino que nuestra pobre nacion se ha convertido en *ómnibus* ó barco del canto. La preposicion *en*, que es el *in* latino, señala localidad, la embarcacion, carruage ó cabalgadura en que uno va; y aunque puede usarse hasta de otras nueve ó diez maneras, ninguna tiene analogía con el caso en cuestion. La preposicion *por* sabrá V. que ha sustituido á las *pro* y *per* latinas para los usos que se las empleaba en los tiempos de la baja latinidad y de la edad media.

Sed cytisi croceum PER *prata virentia florem* que dice Festo Avieno, de quien V. habrá oido hablar por su célebre poema de *Oris maritimis*; y uno de los casos mas señalados en que esclusivamente oficia la tal preposicion castellana es para denotar el tránsito por una parte.—«*Viajaba* POR *el aire.*» — «*Comenzó á caminar* POR *el antiguo y conocido campo de Montiel (y era la verdad que* POR *él caminaba)*, dice el manco de Lepanto y no *en* el antiguo y conocido campo de Montiel, ni menos volaba *en* el aire.

Verdad es, Sr. Mellado, que como V. es tan geógrafo, dígalo si no su peregrina *España*, recordaria aquello de Strabon en su libro III, de que la Hesperia se asemeja á una piel de buey, flotante entre ambos mares, y creeria V. que el autor de los recuerdos se habia dado á la vela sobre el tal cuero, y que de tal viage eran las memorias. ¡Ojalá hubiera sido asi, á ver si descubria V. otro mundo ó la *Atlantida* de Platon ú otro apostadero donde no llegase el cólera en buenos dias.

Para que el libro prohijado por V. fuese malo de remate, faltábale solo que en las seis palabras del título hubiese un pecado garrafal contra la sintaxis ó síntesis castellana.

In capite libri scriptum est de me.

«En la frente llevais el sello.»

¡Despues del título viene el prospecto!!!... ¡Oh traductores catalanes acuchilladores de nuestro hermoso idioma; literatos chirles, melenudos y hambrientos; fecundos trovadores de las sociedades y liceos provincianos; novelistas misteriosos de los avisadores locales que nacen para vivir un dia; dramaturgos de piezas andaluzas y de comedias de circunstancias; desairados autores cuyos informes legajos yacen entre la basura de los teatros; periodistas de la tijera; correvediles de la gacetilla; sastres de la crónica estrangera; zapateros del folletin con toda la innumerable caterva que se encierra debajo del nombre de literato! Bajad el toldo, amainad las velas, ceded en brios, y no os llameis tales, si capaces no sois de escribir un prospecto como el de *los recuerdos de un viage en España*. Allí encontrareis los galicismos á cientos, el empirismo á torrentes, el *puff* por escelencia. ¡Allí enrevesado estilo, gramática parda, panegíricos *pro domo sua*, con todos los sobajados lugares comunes que para tales casos y cosas estan en uso! Y vos, Sr. Director de la disuelta sociedad literaria, tan renombrado por semejantes dichos, hechos y fazañas, destocaos ante el modesto Sr. Mellado, puesto que daros puede *torre arfil* y *reina* en el juego.

¡Admirable contraste el que ofrecemos con las demas naciones del mundo civilizado! Mientras que las academias científicas y el gobierno mismo de otros paises se esfuerzan por dar publicidad á los buenos libros; mientras que en Londres, Berlin, Viena y Paris los principales editores dan preferencia á las obras clásicas desdeñando las demas, en España los mas ricos y acreditados ceban sus prensas con bárbaras traducciones y con detestables rapsodias!!...

Soy, amigo mio, demasiado ágrio con V. porque le reconozco prendas para el comercio de libros. Ha creado con fé y constancia una numerosa clientela, ha moralizado á sus corresponsales, y ha planteado un establecimiento tipográfico grande, si no perfecto ¿Mas qué beneficio han recogido de ello las letras y las artes españolas?... A su buen juicio lo dejo. ¿Podrá el nombre de V. figurar entre los de Sancha é Ibarra? ¿Dónde estan los clásicos antiguos, los libros de mérito literario, las ediciones *ilustradas* con lujo y esmero por artistas como Carmona y Enguídanos, las traducciones siquiera medianas, las impresiones correctas y bellas que debia haber publicado su establecimiento?...

¿Puede compararse la *biblioteca popular* (y cuenta que es la mas aceptable de sus publicaciones) con la de Charpentier, con la de Didot, con el tesoro de Baudry? Pues los tomos en Francia cuestan menos que los de igual volúmen de la *biblioteca*.

Siguiera V. intercalando entre sus traducciones obras como *la moral* de Cayetano Córtes, *la María* de Santos Alvarez, los *estudios históricos* de Bermudez de Castro y los *viages de Fray Gerundio*, periódicos como el *Iris* y la *Revista Europea* (que al principio salieron de sus prensas) y no mereciera lo que ahora como editor; publicara V. á vuelta de su abeja, una coleccion de crónicas de las muchas que duermen en las bibliotecas particulares, ediciones correctas de nuestros líricos y dramáticos, de los clásicos griegos y latinos, y su nombre pasaria á la posteridad. Esto no es una personalidad: V. ha contribuido á tergiversar nuestra fecundísima revolucion literaria; V. es un obstáculo para su consolidacion, y debe ser denunciado como tal.

Es muy amargo, lo repito, que hayan monopolizado el comercio de libros, V. con sus pésimas ediciones y su mal gusto, y la *Sociedad Literaria* con publicaciones inmorales, como *La Risa* y *El Dómine Lucas*, ó estravagantes en sus tendencias y de ínfimo valor literario, como *La María*, la *Marquesa de Bellaflor*, etc.

La Academia de la historia, en tanto, carece de editor para los importantísimos trabajos de sus individuos, para los preciosos manuscritos que guarda en sus archivos; Gayangos tiene que imprimir en Londres las traducciones de nuestros cronistas árabes; Calderon y Galiano se refugian á una revista donde no pueden pagarles el papel que gastan en apuntaciones para cada cual de sus concienzudos trabajos; Lafuente Alcántara, Quinto, Benavides, el numismático Delgado, los principales jurisconsultos reunidos para la Enciclopedia de Jurisprudencia, los comen-

taristas del Código penal, Mata, distinguido en las ciencias médicas, Balmes y otros sabios se han visto obligados á ser editores de sus obras; los poetas dramáticos mendigan un editor para sus comedias; y Rubí, Fernan Caballero y Ariza se acogen á los folletines de los diarios políticos buscando lectores y sacrificando el valor mercantil de su ingenio por la honra.

¡Pobre Delgado, cuya reputacion tanto mordieron los poetas tus protegidos, vivieras ahora y estarias muy orgulloso de tu pasado!!.. Tú al menos estendiste á costa de grandes sacrificios las primeras obras de Larra, de Espronceda, de Hartzenbusch, de Rubí, de Zorrilla, de Cortés y de Latorre; tú publicaste una galeria del teatro español antiguo y moderno y estrangero que será siempre buscada y recomendable por su belleza tipográfica, por el renombre de sus autores que hoy componen lo mas florido de todas las carreras; tú hiciste en fin por los dramaturgos lo que nadie ha hecho por los historiadores, por los sabios, por los novelistas ni por los literatos en general!...

¡Ah! Señor Mellado, cómo hacen la apologia de vuestros talentos Muñoz Maldonado, Basilio Sebastian Castellanos y otros de vuestros autores predilectos!...

Mas de mi objeto me estravío mucho, que es dar á usted mi opinion sobre los *Recuerdos de un viaje en España*, para que juzgue si es ó no conveniente el publicar el *nombre* y *retrato* del autor de esta obra, no sea que la posteridad se descuerne por averiguarlo, y sufran un torozon ó tabardillo pintado los eruditos del año 2000 por ignorar cómo tenia las narices el que tal monumento literario se atrevió á concebir, el que concibió y parió ese *libro para todos*, como V. gálicamente dice.

Esta opinion mia quiero darla lealmente y en razones apoyada con alguna que otra reflexioncilla quier aguda ó picaresca, quier de indignacion laudable con su coleta de ejemplos y comprobantes sacados del testo que á la vista tengo. Y como esto no cabe ya en la presente epístola, dejémoslo por hoy, que he de refrendar varios pasaportes y acudir á los mozos de mi labranza antes de consejar con mi almohada.

Suplicándole me perdone tanta impertinencia hija de mi buen deseo, concluyo

Suyo afectísimo,

EL FIEL DE FECHOS DE PAMPANEIRA.

La mañana de un Literato.

Muchas personas se figuran que la vida del escritor está sembrada de placeres y satisfacciones, sin tomar en cuenta los sinsabores y disgustos que la rodean, los trabajos y miserias que tiene que pasar el que se siente animado de una verdadera vocacion antes de adquirir alguna celebridad, ni los disgustos y penalidades que le aguardan asi que su nombre sea conocido y haya conseguido por fin reportar algun beneficio de su trabajo.

Y sobre todo el escritor drámatico¡! Ya en los primeros tiempos de este periódico publicó cierto poeta distinguido un artículo en que con los mas vivos colores hizo patentes las *tribulaciones de un pobrecito autor de Comedias*. Pero aquel artículo se referia tan solo á la desigual y tremenda pelea que constantemente tiene que sostener el poeta contra actores y libreros, á las intrigas de bastidores que tiene que vencer y á las ridículas exigencias á que muchas veces tiene que sucumbir: nada decia de la vida íntima, de las molestias diarias, del perpétuo tormento que está condenado á sufrir el literato y con especialidad el escritor drámatico. Cuando á fuerza de estudio y perseverancia ha logrado éste ocupar en la sociedad una posicion decorosa y estable, cuando su nombre empiece á ser repetido con encomio y orgullo por sus conciudadanos, le aguardan todavia penalidades sin cuento que antes no conocia ni podia tal vez adivinar porque se figuraba que la gloria solo habia de reportarle aplausos y popularidad. ¡Temible popularidad! Asi que un escritor la alçanza se vé súbitamente rodeado por una multitud de entes importunos y fastidiosos que le asedian sin descanso y giran en torno suyo, á la manera que los zánganos al rededor de la flor cuyo jugo intentan chupar.

De este número los mas insoportables son los que poseen un *album*. El album es la pesadilla de todo poeta ó artista que goza de alguna reputacion. No hay dama vetusta, no hay niña relamida y empalagosa que ya no tenga el suyo, y con el cual no deje de asediar sin descanso, de dia y de noche al infeliz poeta que tuvo la desgracia de hacer tal conocimiento. Y si aun fuese un preservativo contra semejante plaga, tener la dicha de no conocer vieja alguna literata, ni niña relamida; pero nada de eso. No basta en el dia que el escritor no tenga el menor contacto, la menor relacion con la propietaria de un album; sobra con que ésta sepa que hace versos: acudirá á su papá, ó á su marido para que escriba una carta muy atenta al desventurado vate, poniéndole en las nubes, exagerando su reputacion y rogándole por último que se tome la molestia de enriquecer aquel libro de primores con alguno debido á su pluma.

Por no cansar al lector con la enumeracion de los tormentos y miserias de la vida del poeta, preferimos ofrecer á su vista una escena de las muchas en que está condenado á figurar como protagonista. Escogeremos para nuestro intento un literato casado, porque si es cierto que el himeneo es un *dulce yugo*, no lo es menos que las musas y la rima se avienen mal con el llanto de un chiquillo y las obligaciones del matrimonio.

Eduardo es un poeta *distinguido*: tiene una muger bellísima y dos niños á quienes quiere entrañablemente. Entremos en su despacho, en el cual se sienta á trabajar á eso de las diez de la mañana.

Eduardo (*sentándose en su bufete.*) Pues señor.... Vamos á hacer algo.... hoy me siento inspirado.... (*Mirando al reloj.*).... Las once ya!... Hemos almorzado muy tarde..... Tengo dicho mil veces á mi muger que quiero encerrarme todos los dias á las diez en mi despacho; pero no hay quien la haga entrar en que ha de adelantar ó atrasar la hora de las comidas porque uno esté metido en trabajo ó se halle en un momento de inspiracion. En diciendo.... «Ya tienes el almuerzo».... ó....«ven á almorzar» no hay mas remedio que obedecer, porque de lo contrario bloquean mi despacho y ya tenemos todo el dia ceño y mal humor. (*Coge un cuaderno manuscrito que está sobre la mesa.*) ¡Calla!.... qué es esto?.... no conozco esta letra.... algun otro mamotreto que me habrán traido.... No sé cuantas veces he de decir que no quiero leer ninguno. (*Hojeando el manuscrito.*) Vaya una letrita! Los tales autores debian aprender al menos á escribir inteligiblemente.... ¿Qué especie de avechucho será este? (*Lee el título.*) *El gran Turco enamorado, ó Puñal, Veneno y Dogal*!... ¡Bravo!.... ¡El título promete! *¡Drama en cinco actos* y *dos prólogos!* Esto es; y entreténgase vd. dos ó tres horas descifrando esto. (*Deja el papel en un rincon de la mesa.*) Si habia de leer todos los manuscritos que me van endosando, no sé á qué hora me pondria á trabajar; porque apenas si me bastaría el tiempo para revisar las obras de los demás. Ya la echaré una buena peluca á mi muger para que no vuelva á recibir ningun papelito por el estilo. Ea, vamos ahora á continuar mi poema á *La Esperanza*.—¡Hola! —¿Dónde me han metido lo que tenia escrito?—¡Adios! —Ya han andado en mi pupitre y me han revuelto los papeles.—Esto no se puede sufrir. (*Llama.*) ¡Luisa! ¡Luisa!

(*Luisa, en trage de casa y con una cofia muy elegante.*) ¿Qué quieres? ¿llamabas?

Eduardo. ¿Has andado tú con los papeles de mi pupitre?

Luisa. ¡Yo! ¿para qué necesito yo andar en tu pupitre?

Eduardo. Pues entonces no hay remedio, ha sido la criada.... ¡hasta las plumas!.... ¡los polvos! Dia vendrá en que me han de coger una escena, un capítulo ú otro papel de interés para chamuscar pichones ó hacerse los rizos. (*Gritando.*) Tengo dicho que no quiero que nadie toque á lo que está sobre mi mesa.

Luisa. ¡Jesus! ¡qué furia!-Bien, hombre, bien... Nadie tocará. Pero no se necesita gritar tanto para eso.—Díme: ¿qué tal te parece esta gorrita?

Eduardo (*registrando los cajones de la mesa*). ¿Dónde diablos estará el tal poema?—Ayer mismo lo dejé aquí...

Luisa. ¿No es verdad que me sienta bien?

Eduardo. ¡Hasta las obleas!—¡Pues! ¡ni una sola han dejado.!

Luisa. ¡Oh! lo que es las obleas las habrá cogido tu hija para jugar. El color de la cinta es bonito, ¿no es verdad?

Eduardo. Si ha sido la niña es otra cosa, con tal que no

se las coma.... son bastantes para causarla una indigestion. — ¡Ah! ¡gracias á Dios! — ya está aquí el poema....

Luisa. ¿Ves cómo no se ha perdido y has estado gritando en balde? Pero dí: ¿no te gusta el color de estos lazos?

Eduardo (sin mirar á su mujer). Sí, sí, son muy bonitos... de muy buen gusto... te hará muy bien.—Pero, mira, déjame trabajar.

Luisa. ¿Qué tal? Ni me ha mirado siquiera. ¡Vaya un marido galante y caballeroso para ser poeta! Luego vendrán diciéndome: — ¡Jesús, qué dichosa es V. en tener por marido á un hombre de talento! — ¡Ah! ¿has visto esa comedia que te trajeron ayer? Te la puse ahí encima...

Eduardo. Sí, y maldita la gracia que me ha hecho. Dígote ahora y para siempre que no quiero volver á leer mas producciones de hombres á quienes no conozco. Vienen á pedirle á uno su parecer, y si se les dice francamente, se enfadan. Ahora hazme un favor, si quieres.

Luisa. ¿Cuál?

Eduardo. Déjame solo.

Luisa. ¡Qué amabilidad!... Ya voy, ya voy. Cásese usted con un literato! Ni ha reparado siquiera en mi gorra!

(Vase Luisa del despacho de su marido; este se sienta en su sillon, coge el poema, lee, se pone á pensar, y en seguida esclama mientras corta los puntos á una pluma.)

Me parece que así puede pasar.

Vamos ahora con la descripcion de la mujer. *(Frotándose la frente.)*

«Angel consolador, que...

(Se oye arañar á la puerta.)

»Del hombre dulce apoyo... y... y...

(Vuelve á oirse arañar mas fuerte.)

—¿Pero quién demonios está arañando ahí? ¡Cuando digo que no me han de dejar en paz!

(Cesa el ruido.)

—No parece sino que lo hacen adrede... ¡Eh, ya se me fué la idea!... ¡Ah!...

»Angel consolador de la existencia,

(Vuelven á arañar con mas fuerza, y óyese dar de puntapiés á la puerta.)

Eduardo. ¿Qué es eso?.... ¿quien anda ahí?.... ¿me dejarán VV. en paz?

(Levantándose á abrir la puerta. Aparece en el cancel una niña de seis años con un muñeco de papel en la mano.)

La Niña. Soy yo, papá: he llamado quedito porque mamá me ha encargado que no haga ruido... y como soy chiquita no alcanzo al picaporte.

Eduardo (con tono áspero, pero que va suavizando por grados.) ¡Cómo se entiende, niña! ¿es V. la que viene... sin pedirme permiso... ¡ah!.. esto es insoportable... *(Trayéndola hácia sí.)* Vamos, ¿por qué has llorado? ¿qué es lo que quieres?... ya sabes que las niñas que son buenas no lloran.

La Niña (muy deprisa y sin tomar aliento). Papá, es que mi hermano me hace rabiar todos los dias, y me ha pegado y me ha roto el hilo de este mono, porque no se lo he querido dejar.

Eduardo. ¡Hola! Conque el señor Carlitos se divierte en eso? Yo le ajustaré la cuenta.

La Niña. Si, porque le he dicho que te lo habia de contar me ha sacado la lengua y me ha respondido que no se le importa.

Eduardo. ¡Picaronazo! ¡Yo le compondré! ¡Eh! anda, hija mia, vete.

La Niña. Componme primero el monigote.

Eduardo. ¡Ay! hija, no tengo ahora tiempo... ¡qué demonio! *(Cogiendo el monigote.)* Si has roto todo el hilo..... Aquí debo tener torzal para coser los manuscritos. *(Le pone otro hilo.)* Vaya, ten, te la he puesto mas larga para que puedas tirar mejor.

La Niña. Muchas gracias, papá.

Eduardo. *(Despues de darla un beso.)* Ea! Ahora déjame solo, y no vengas á incomodarme *(vuelve á cerrar la puerta del despacho)*, porque me enfado de veras. *(Siéntase de nuevo á la mesa, y empieza otra vez á leer.)* Vamos á ver... si ahora quiere Dios.

«Angel consolador de la existencia

Esto es... prosigamos... Yo tenia otro verso... Ah!..... «Es la muger»... No, no era esto... Señor! tenia un pensamiento hace poco... Ah! ya está aquí...

«Del hombre dulce apoyo y...

(Abrese la puerta con estrépito y entra saltando y dando voces un muchacho de ocho años.)

El muchacho. Eh! yo puedo abrir... Soy grande y no tengo que poner sillas... Le llevo á mi hermana toda la cabeza.

Eduardo. *(Muy enfadado.)* Cómo se entiende!... Quién le ha mandado á V. entrar así en mi despacho?... No sabe V. que se lo tengo prohibido?... Fuera de aquí!... Yo le haré á V. que rompa los juguetes á su hermana y la saque la lengua!... Vamos pronto, fuera de aquí!...

(El muchacho, que ha puesto una cara muy compungida conforme ha ido escuchando el regaño de su padre, le vuelve la espalda muy desconsolado y sin contestar una palabra. El padre le vuelve á llamar.)

Eduardo. Vamos á ver, ¿por qué has entrado aquí?..... Algo se trata.

El Muchacho. *(Reprimiendo el llanto.)* Sí..... pero te has enfadado conmigo..... Me voy..... porque no quiero que te enfades.

Eduardo. Ven aquí, ven, te digo. *(Le coge de la mano.)* Quién te meté á romper los juguetes de tu hermana?..... No tienes tú los tuyos?... Tú que eres mas grande debias tener mas juicio y no hacerla llorar.

El Muchacho. *(Haciendo por llorar.)* Sí; pero ella no te ha dicho que me ha echado á perder mi teatro, y me ha manchado todas las decoraciones... Yo queria hacer comedias como tú... ay! ay! ay!... y ya no puedo... porque me han roto las patas de los árboles.

Eduardo. Pobrecillo! Conque te han roto tu teatrito?... Vamos, no llores... yo te compraré otro... Mira qué hermoso terron de azúcar!

El Muchacho. *(Cogiéndole.)* Muchas gracias, papá. Ah! dame un lapiz para dibujar unas figuritas... yo le afilaré.

Eduardo. Nada de eso; te puedes cortar, y yo no tengo tiempo para hacerlo.

El Muchacho. Anda, papá!... un lápiz... un pedacito no mas, y te dejo al momento.

Eduardo. *(Cogiendo un lápiz y afilándole de prisa.)* Eres tan testarudo y tan terco como tu madre! Vamos, ahí tienes el lápiz, pero vete pronto y no me vuelvas por aqui, porque te sacaré de las orejas.

El Muchacho. *(Cogiendo el lápiz.)* Gracias, papaito. *(Vase saltando, y cierra la puerta con estrépito.)*

Eduardo. ¡Qué chico tan listo! pues no dice que quiere hacer comedias como yo! *(Volviendo á tomar la pluma.)* A ver si ahora me dejan.

«Del hombre dulce apoyo y... No, no era esto... La mujer es un ángel... Tampoco!... la mujer está lejos de ser un ángel. Ya se vé, si no cesan de interrumpirle á uno.... La mujer es un astro... No... Vamos, es tiempo perdido, hoy no estoy para el paso.

Luisa. *(Abriendo la puerta.)* ¡Eduardo! ¡Eduardo!

Eduardo. *(Dando un puñetazo en la mesa).* Voto á... esto ya pasa de raya!... qué quieres?

Luisa. Siento incomodarte, pero vengo á decirte que ahí está ese jovencito, el que trajo ayer esos papeles.

Eduardo. Que se vaya al demonio, él y su Gran Turco enamorado! Pues no me faltaba otra cosa! Díle... díle...

Luisa. Mira, yo no entiendo de eso, tú se lo dirás mejor; pase V., caballero.

(Luisa se marcha y deja paso á un jóven vestido muy modestamente, que se deshace en saludos y se queda plantado delante de la puerta, dando vueltas á su sombrero y sin decir una palabra.)

Eduardo. *(Para sí.)* Acordémonos que todos hemos empezado... Este mozo parece tímido... cualidad rara en el dia... *(Invita cortésmente al jóven á que se siente. Este lo ejecuta en una esquina del asiento, y dice con voz balbuciente:)*

Soy el autor de una pieza que habrán entregado á V. ayer. Desearia saber la opinion de V. acerca de ella... y si quisiese ilustrarme con sus consejos... tengo otros diez dramas entre manos, se los traeria á V. todos.

—No, no se tome V. ese trabajo; no tengo tiempo; devuelvo á V. su manuscrito.

—Al menos dígame V. qué le ha parecido el drama.

—El título solo me ha aterrado.

—Pues sin embargo, *Puñal, Veneno y Dogal* me parece que es título que anuncia....

—Sí señor, muchos horrores, y por eso mismo.

El Jóven. Siento en el alma no oir la opinion de V. respecto de mi drama. Y qué me aconseja V. que haga con él?

Eduardo. Lo que V. quiera. Ya que le tiene V. conclui-

do, nada arriesga V. en darle al teatro. Conque V. me dispensará, pero tengo mucho que hacer, y...

El Jóven. (*Levantándose y saludando.*) Siento mucho haber molestado la atencion. Cuando V. esté mas desocupado me tomaré la libertad de traerle un tomo de poesías que pienso publicar.

Eduardo. Para qué? Publíquelas V. desde luego... Conque...

El Jóven. (*Saludando y marchándose.*) Servidor de V.

Eduardo. Agur! (*Cerrando la puerta.*)

El Jóven. (*Volviendo á abrir.*) Perdone V.; me olvidaba decirle que en la calle de San Mateo, número 50; cuarto cuarto, tiene V. su casa.

Eduardo. Estimando! Ya sabe V. la suya. (*Cierra de golpe.*) Jesus, qué pesadez! Y luego quieren que no se niegue uno! Nada, nada; de hoy en adelante haré lo que los demas; y cerraré mi puerta á todo el que venga á verme... Eso es; y entonces me privaré de recibir á mis amigos..... Si mi muger y la criada tuvieran un poco de tacto..... Ea! pongámonos de nuevo á la obra... y continuemos mi poema á la *Esperanza*... el título es bonito... estoy contento de habérsele puesto... Dónde estaba? Ah! en la pintura de la muger... (*Pasándose la mano por la frente.*) El tal mocito me ha ahuyentado todas las ideas... Vamos á ver! (*Llaman á la puerta de la escalera.*)

«Angel consolador de la existencia»

No me gusta esto... (*Llaman otra vez.*) Maldito jóven, con su puñal y su veneno! (*Repitiendo en voz baja.*) «Angel consolador... (*Llaman otra vez con mas fuerza.*) Y va de tres! Si se habrán vuelto sordos en mi casa? (*Otro campanillazo mas fuerte.*) Agua va! Habrá salido mi muger con los niños, y la criada estará en algun recado. Ya pueden llamar entonces, porque no abro. (*Recitando.*)

«Angel consolador de la existencia
Del hombre dulce apoyo y...

(*Suena un campanillazo furioso.*) Me van á echar la puerta abajo... No hay mas remedio que abrir. (*Levántase á abrir la puerta, y éntrase de rondon un hombre alto y seco vestido de negro, con anteojos verdes, una gran chorrera, y las manos muy puercas.*)

—He estado llamando una hora... D. Eduardo de ***...

Eduardo. (*Queriéndole cerrar el paso.*) Qué se le ofrece á V.?

El Hombre alto. Es V. por casualidad?

Eduardo. Sí señor.

El Hombre alto. (*Metiéndose y dirigiéndose hácia el despacho.*) Me alegro infinito, porque he estado muchas veces á ver á V. y nunca le he encontrado... En Madrid no tiene nada de estraño; pero como yo vivo lejos, y el memorialista del portal me ha dicho que estaba V., no he querido irme sin...

Eduardo. Tendrá V. la bondad de decirme en qué...

El Hombre alto. Sí señor, á eso voy. Deseaba que V. me concediese dos minutos de audiencia; es un asunto sumamente sencillo.

Eduardo. (*Observándole con atencion.*) No trae papeles, puedo aventurarme. (*Le deja paso y le ofrece un asiento en su despacho. El hombre alto se arrellana en el sillon y saca la petaca.*)

El hombre alto. Pues señor, el caso es el siguiente... ¿Gusta V?

Eduardo. No señor, gracias, no fumo.

El hombre alto. ¡Dichoso V! A mí no me bastan dos cajetillas al dia. Me lo han aconsejado los médicos para facilitar la espectoracion. (*Enciende un fósforo.*) Pues señor, como decia á V., el caso aunque sencillo es un poco largo. (*Enciende el cigarro. Eduardo frunce las cejas y lanza un suspiro.*) Aquí donde V. me vé, soy un hombre que ha viajado mucho... he corrido medio mundo... de resultas de un sin número de aventuras que seria muy largo contar á V... encontrábame yo cierta mañana de invierno en medio de los Apeninos... le puedo asegurar á V. que no tenia calor.

Eduardo. ¿Pero dígame V., caballero, me va V. á contar su historia?

El hombre alto. (*Continuando sin hacerle caso.*) Otra vez estando en Africa en mitad de la canícula, por cierto que tomé una mutacion, y se me oscureció de tal modo la tez, que parezco un mulato como usted vé.

Eduardo. (*Impaciente.*) ¡Caballero! yo no sé si V. es ó no mulato, ni eso me interesa, sino que V. me diga á lo que viene.

El hombre alto. Tambien en una ocasion hice á pié el camino de Milan á Nápoles. Hay una distancia regular. Llevaba unas botas rotas por circunstancias que sería prolijo enumerar. (*Presentándole de nuevo la petaca.*) ¿Fuma usted?

Eduardo. (*Incomodado.*) He dicho á V. que no, y ahora le añado que el tiempo es precioso y que se sirva decirme cuanto antes lo que quiere.

El hombre alto. Voy pues al caso. Por la ligera reseña que acabo de hacer á V., habrá venido en conocimiento de las muchas aventuras que me han pasado en treinta años de viajes. Ahora bien; yo sé que V. escribe dramas y novelas, y podemos hacer fortuna los dos. Le vendo á V. mis aventuras, y V. las aprovecha para sus publicaciones, y se lleva toda la glória.

Eduardo. (*Sentándose.*) Señor mio, si yo hubiera adivinado el objeto de su visita de V., no hubiera durado tanto. Yo no compro aventuras.

El hombre alto. ¡Cómo! ¡Se niega V! Mire V. que es un negocio seguro, y que yo le hubiera hecho un trato muy razonable. (*Eduardo se encoge de hombros y se sonrie con desden dirigiéndose hácia la puerta.*) En fin; una vez que no quiere V... hágame V. la caridad de prestarme un duro... porque me hallo bastante apurado... y no sé...

Eduardo. (*Abriendo la puerta de su despacho é intimándole que se marche.*) Si V. hubiera empezado por ahí, tal vez lo hubiera conseguido; ahora es escusado que V. insista, porque yo no acostumbro á hacer limosnas por sorpresa.. (*Alzando la voz.*) Jacinta, abre la puerta.

El hombre alto. (*Deshaciéndose en saludos y marchándose.*) V. dispense... Yo, ya se vé... un apuro... Beso á usted la mano.

Eduardo. Vaya V. con Dios.

(*Le despide secamente y vuelve á encerrarse en su despacho con muy mal humor. Coge la pluma y repite en voz baja.*)

«Angel consolador....

—¡Habrá truan! Impulsos he tenido de...

»La muger es un ángel, un tesoro...

—Ni sé lo que me digo..... Tengo la cabeza perdida..... Vamos á ver, meditemos un poco, y tal vez..... (*Apoya la frente en la mano y quédase pensativo. Luisa abre la puerta con tiento y asoma la cabeza diciendo*):

Eduardo, perdona, una palabra no mas.

Eduardo (*Sin contestar.*) Continuemos:

»Supremo bien...

Luisa. ¿Has oido, Eduardo?

Eduardo. (*Volviéndose sorprendido*). ¿Qué es?... ¡Ah! Vamos á ver: ¿qué hay?.. ¿qué quieres ahora?.. ¿acabaremos hoy?.. ¿se ha pegado fuego á la casa?..

Luisa. ¿Cómo le quieres, frito ó con salsa?

Eduardo (*dando un puñetazo sobre el pupitre, de cuyas resultas van por el suelo los papeles, y déjase caer desanimado sobre el respaldo del sillon*). ¡Esto es insoportable... inaudito... tremendo!... ¡Incomodarme por un pescado... por un guisote... cuando no he podido en toda la mañana hacer un verso!... ¡Quítate de ahí... Tú no debias ser mi mujer... Debias estar casada con un memorialista!..

Luisa. Vaya, bien; pues entonces le comeremos con aceite y vinagre (*vase*).

(*Eduardo, que ha vuelto á quedarse solo, permanece inmóvil y anonadado contemplando su pupitre. Cálmase por fin, y cuando, habiendo recogido de nuevo sus ideas, toma la pluma y se dispone á escribir, oye á sus hijos gritar en coro á la puerta diciendo:*)

—¡A comer, papá, á comer: la sopa está en la mesa!

(*Eduardo, desesperado, arroja por última vez la pluma esclamando:*)

—Aquí tienen VV. la mañana de un literato!

El Buen Samaritano.

«Y se levantó un doctor de la ley y le dijo por tentarle:—Maestro ¿qué haré para poseer la vida eterna?—Jesus, tomando la palabra, contestó:—Un hombre bajaba

de Jerusalen á Jericó y dió en manos de unos ladrones, y despues de haberle herido le dejaron medio muerto y se fueron. Aconteció, pues, que pasaba por el mismo camino un Sacerdote, y cuando le vió pasó de largo. Y asimismo un Levita, llegando cerca de aquel lugar y viéndole, pasó tambien de largo. Mas un Samaritano que iba su camino se llegó cerca de él, y cuando le vió se movió á compasion; y acercándose le vendó las heridas, echando en ellas



aceite y vino, y poniéndole sobre su bestia lo llevó á una venta, y tuvo cuidado de él; y otro dia sacó dos denarios y los dió al mesonero, y le dijo: — Cuídamele, y cuanto gastares demas yo te lo daré cuando vuelva. — ¿Cuál de estos tres te parece que fué el prógimo de aquel que dió en manos de los ladrones? — Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. — Pues vé, le dijo entonces Jesus, y haz tú lo mismo.»

(Evangelio, segun San Lucas, cap. X)

A UNA FLOR.

¡Oh flor hermosa de aromada esencia!
Jamás mis ojos la verán inerte:
Esta encendida flor, que la clemencia
Destinó para mí de una alma fuerte,
Irá por siempre unida á mi existencia,
Y cuando arrecie el huracan de muerte
Que ha tiempo en torno de mi frente zumba,
Ella conmigo bajará á la tumba.

Tomás Rodriguez Rubí.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Con el presente número recibirán nuestros suscritores el prospecto del Semanario y de La Ilustracion, que rogamos lean con detenimiento.

La obra que regalamos se repartirá en Madrid del 15 al 20 de diciembre, porque antes no habrá ejemplares en número suficiente para hacer la distribucion de una vez: en ésta se procederá bajo el mismo sistema que se observó el año anterior, con el regalo correspondiente al actual.

Con la debida anticipacion anunciaremos el dia que haya ejemplares de La Tierra.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR.

Don Leandro Fernandez de Moratin escribió con el título de *El Gran Teatro* el siguiente epígrama:

El mundo comedia es,
Y los que ciñen laureles,
Hacen primeros papeles
Y á veces el entremes.

Oficinas y establecimiento tipográfico del Semanario y de La Ilustracion,
á cargo de D. G. Alhambra.



TEATRO MECANICO CHINO.

Las diversiones que se disputan un dia de fiesta en China, la curiosidad y el desprendimiento del pueblo, son innumerables: no se vé otra cosa por todas partes, que teatros ambulantes, sombras chinescas, figuras de movimiento, linternas mágicas, ópticas, mecánicas estrañas, animales sábios, charlatanes que curan todos los males, hechiceros que predican la buena y la mala fortuna, cantores, improvisadores, músicos, equilibristas hábiles, saltadores prodigiosos, juglares de todas especies. Todas las clases pobres y ricas se entregan á estas distracciones, mucho mas variadas que lo son en Europa. Barrow, que ha descrito el teatro mecánico representado en nuestra lámina, le habia visto por la primera vez entre los diferentes espectáculos ofrecidos á los ingleses en el parque imperial de Zhe-hol, á la recepcion de la embajada por órden del emperador Kien-lon. Estos teatros mecánicos, difieren notablemente de los que recorren las capitales de Europa. La orquesta se compone ordinariamente de un solo músico, cuyo principal instrumento es la flauta horizontal de bambú, barnizada, y de doce agujeros, llamada *yo*. Los teatros mecánicos ambulantes existen en China desde tiempo inmemorial. Subido sobre un banco el hombre que pone en movimiento las figuras, se envuelve desde los pies hasta las espaldas en una tela de indiana azul que cierra con corchetes. Sobre los hombros lleva una gran caja que constituye el teatro; las manos invisibles de su dueño manejan los personajes de madera, y los hacen funcionar con una destreza y una celeridad estraordinarias. Cuando ha concluido su representacion, encierra la compañía cómica y la ropa de indiana en la caja que lleva en seguida sobre su brazo. El teatro mecánico chino tiene sobre los de Europa la ventaja de que las escenas semi-cómicas representadas por los títeres de madera, son mucho mas variadas, y sobre todo mas discretas y mas morales que las de los nuestros. En China las clases mas pobres se hallan adornadas de cierto grado de instruccion, lo que no es de estrañar si se tiene en cuenta que en el celeste imperio se imprimen desde los siglos IX y X libros á todos precios. La literatura ha sido cultivada en todos los géneros posibles con una actividad y una conciencia que apenas pueden creerse. Entre nosotros, que nos preciamos con razon de progresar mas que los chinos, los espectáculos de este género son sin embargo hoy aun, lo que eran al principio. Despreciamos al pueblo chino sin conocerle bien: acaso en los últimos siglos se le elogió demasiado; en nuestros dias se le ridiculiza con esceso. Aunque la mayor parte de los viajeros contemporáneos no conocen actualmente mas que las poblaciones comerciales de los puertos, y las costumbres mercantiles, es muy probable que adquiriendo un conocimiento mas íntimo, tuviéramos que adquirir, en cosas mas importantes que los teatros mecánicos, algunas útiles lecciones de esta nacion estraña.

HECHIZOS DE CARLOS II,

Y CAUSA DE FRAY FROILAN DIAZ.

Era grande el estado de postracion y abatimiento á que habia llegado España en el calamitoso reinado de Cárlos II. La estremada debilidad de espíritu y de cuerpo de este

monarca habian formado en él una segunda naturaleza. Dejábase arrastrar, por estrañar voluntades, á ejecutar siempre el mal, sin que fuese capaz de salir de la torcida senda por donde caminaba, algunas veces mal de su grado. Clamaban los grandes del reino, peroraban los hombres doctos, lamentábanse los vasallos; pero los crecidos y multiplicados impuestos eran destinados á sostener ambiciones insaciables. Designaban todos como autor principal de estas calamidades al P. Matilla, confesor del rey, hombre astuto, ambicioso y palaciego, gran partidario de la reina, y tan avaro de mando como de riquezas. Crecia el mal. El estado reclamaba grandes y eficaces remedios: no faltó un varon animoso que, postrándose á los pies del soberano, le hizo presente la penuria pública, la miseria que asolaba hasta las mas fértiles provincias de la monarquía, y concluyó su razonamiento insinuando que el primer paso que habia de conducir al remedio de tamaños males era la remocion de Matilla. El rey, que en su debilidad pugnaba en vano por sacudir el yugo á que le sujetaba su austero confesor, abrazó el consejo con todo el entusiasmo de su alma, y aceptó al que se le proponia: era éste Fr. Froilan Diaz, catedrático de prima de Alcalá, varon docto, severo y virtuoso. Convínose en guardar el mayor secreto hasta que avisado Fr. Froilan se presentase en la córte. Llegó el dia señalado, y como la reina y sus parciales se apercibiesen de tan estraña é inesperada novedad, creyóse cada cual derribado de su puesto, y sembróse, aun entre ellos mismos, la desconfianza y el recelo. Celebraron juntas secretas, discurrian, maquinaban incesantemente por conjurar la tempestad que amenazaba sobre sus cabezas; pero el rey, firme en su idea á pesar de su condicion, no dejó esperanza al bando de la reina, mayormente cuando una órden concebida en términos duros prevenia á Matilla que S. M. tenia elegido confesor, y que lo tuviese entendido para abstenerse de entrar en palacio. Quedó, pues, nombrado Fr. Froilan Diaz confesor de S. M. y del consejo de la inquisicion. Desagradó mucho este nombramiento á los principales maestros de su religion, entre los cuales se contaban hombres sábios y de gran influencia, asi fuera como dentro de la córte. Agregóse la reina á esta parcialidad, y en una junta secreta convinieron en socavar poco á poco la opinion del nuevo confesor, desacreditándole por cuantos medios podia sugerirles la astucia y el encono.

Hallábase el rey, ya de años atrás, accidentado, pues á mas de las dos enfermedades que tuvo, padecia ordinariamente unos temblores convulsivos que le dejaban fatigado y predispuesto á desmayos y accidentes, haciendo inútiles cuantas diligencias practicaba la medicina. Veíasele tan doblegado bajo el peso de su cuerpo, que parecia un anciano de setenta años, y como observaban algunos que sin faltarle discernimiento obraba siempre en contra de lo que le dictaba la razon y sus buenos deseos, dieron en esparcir la voz de que estaba *maleficiado*, y cundió tanto esta opinion, que se estendió por todo el reino en breves dias, dando pábulo á creerla verosímil el haber ya algunos años atrás entendido el consejo de la inquisicion en la averiguacion de los fundamentos que pudiera tener el maleficio que suponian muchos padecia el rey, en cuyo espediente se levantó mano por no hallar pruebas suficientes. Llegó á entender el rey á lo que se atribuia la falta de su salud, y con el recelo de que pudiese ser cierto ó con el deseo de mejorar, llamó al inquisidor general por enero de 1698, y en audiencia secreta le participó este temor. Dió cuenta el inquisidor en el consejo de lo que habia pasado con el rey, y el tribunal le respondió que era muy dificultoso entrar en semejante laberinto sin el hilo de alguna noticia, indicio ó sospecha en persona determinada sobre que se pudiese obrar, porque sin este requisito nada se podia hacer ni aun discurrir sin escandalizar y llenar la corte de turbacion. Hiciéronle presente lo que años antes habia sucedido, y que en vista de este escarmiento solo podrian limitarse por entonces á vigilar al rey y encomendarle á Dios en sus oraciones. El inquisidor general, á quien no satisfizo la resolucion del consejo, se puso de acuerdo con el maestro Froilan Diaz, y éste aceptó gustoso el encargo de descubrir la verdad en asunto tan delicado.

Sucedió á pocos dias que entre los sugetos que vinieron á cumplimentar á Froilan por su elevacion, llegó á esta córte un religioso dominico llamado Fr. Juan Rodriguez, que habia sido su compañero en los estudios, y, como suele suceder cuando concurren dos condiscípulos que há muchos dias que no se ven preguntarse recíprocamente y hablar de las cosas pasadas, llegó Froilan á preguntar por otro religioso amigo antiguo suyo, llamado Fr. Antonio Alvarez Argüelles, y qué suerte le habia cabido. Respondió Fr. Juan haberle sobrevenido una enfermedad que le retrajo de proseguir la carrera de los estudios, y que, aplicado solamente al púlpito y confesonario, iba pasándolo medianamente, siendo vicario de unas religiosas en Cangas. Replicó Froilan que era lástima se hubiese desgraciado, porque manifestaba una grande habilidad acompañada de muy claro entendimiento, y que á haber continuado en los ejercicios literarios hubiera podido servir mucho á la religion. Pues sin embargo de ese estravío, dijo Fr. Juan, le tiene pronosticado el demonio que le guarda Dios para grandes cosas y casos. ¡Jesus mil veces! respondió Froilan ¿pues qué, habla con el diablo? Si, padre, añadió Fr. Juan, cuando es menester, porque ha de saber vuestra paternidad que en el convento de Cangas tenemos la desgracia de que dos ó tres religiosas se hallan espiritadas, y este religioso ha padecido y padece mucho con ellas conjurándolas, y en varias ocasiones le ha dicho el demonio lo que acabo de referir. Recogió Froilan esta especie, y fué á conferirla con el inquisidor general, asegurándole que el vicario de Cangas era hombre de bien y sabria guardar secreto, y que así se podria valer S. E. de él con toda seguridad para hacerle conjurar al demonio. Parecióle bien á S. E. el medio, y se valió del obispo de Oviedo, varon de conocida virtud, que á la indicacion del inquisidor contestó en estos términos: «Siempre he estado persuadido á que en el rey no hay mas hechizo que un descaecimiento de corazon y una entrega escesiva de voluntad á la reina, y en el interin que el confesor no trabaje, no se irán hallando remedios.» No encontrando propicio al obispo como se dejaba ver por su contestacion, resolvió el inquisidor entenderse directamente con el vicario de Cangas, y escribióle que «con verdadera devocion se ponga los nombres del rey y reina escritos en una cedulita en el pecho, y que conjurase al demonio y le preguntase, si alguna de las personas cuyos nombres tiene en el pecho padece maleficio.» Esta carta la remitió Froilan dentro de una suya que decia así: «Hame sido preciso remitir la inclusa, y yo le ruego que ejecute cuanto antes lo que se le manda, que lo puede hacer con toda seguridad de conciencia.» El vicario contestó sin perder tiempo: «que habia dias le tenia dicho el demonio que le guardaba Dios para cosas grandes, y que á él le parecia que algun negocio se le habia de mandar por algun superior, pero que no se le habia dado á entender éste ó el otro. Que habiendo practicado lo que se le mandaba, usó de los conjuros, puestas las manos de una energúmena sobre una ara: juró el demonio á Dios que es verdad que el rey está hechizado, y que se le dió el hechizo en bebida líquida á los 14 años; por lo cual soy de parecer, continuaba el vicario en su carta, se le dé al rey medio cuartillo de aceite en ayunas con la bendicion de exorcismos, y que no coma tan presto como de costumbre; que se pasee mucho; que se bendiga cuanto comiere y bebiere. Que el hechizo estaba muy infecto, por lo cual seria milagro que el rey viviese; y que si en él hubiese suficiencia que se le diese un récipe segun los exorcismos; pero si no tiene valor que no se le dé, pues se le quedaria entre los brazos, porque era necesaria fuerza para los vómitos, y aconsejaba sobre todo que no se perdiese tiempo, pues habia mucho peligro.»

A esta carta contestó el inquisidor que «la estrema languidez del rey no permitia hacer ciertos remedios; que el del aceite era mas para matarle que para sanarle; preguntaba en qué cantidad se habia de administrar el récipe, qué conjuro era el mas á propósito, dónde se habia de hacer, á qué hora, cuántas veces, si ha de ser en una sola parte del cuerpo ó en todo él. Que supuesto que hay hechizo diga el pacto en que se contrajo, en qué consiste, con quién se ha continuado, dónde está, qué lugar está infesto, y si en el hechizo estaba comprendida la reina.» El vicario, á quien tantas preguntas y vacilaciones le desagradaban, escribió «que el inquisidor y Froilan serian causa de la muerte del rey, con no poner pronto y eficaz remedio, y que no haria mas preguntas al demonio», pero requerido segunda y tercera vez contestó el vicario en 9 de setiembre de 1698, lo siguiente: «Precediendo juramento del demonio por el Santísimo Sacramento, le pregunté ¿en qué se habia dado hechizo al rey? Respondió: en chocolate el dia 3 de abril

de 1675. Preguntéle ¿de que se habia confeccionado? Respondió: de los miembros de un hombre muerto. Pregunté cómo; respondió: de los sesos de la cabeza para quitalle el gobierno, de las entrañas para quitalle la salud, y de los riñones para corromperle é impedirle el órgano de la generacion. Preguntéle si habia original dentro ó señal esterior que se pueda quemar: no, respondió el demonio, por el Dios que te crió á tí y á mí. ¿Qué persona, repliqué; fué macho ó hembra? Hembra, respondió. Y ¿á que fin? Con el fin de reinar y en tiempo de D. Juan de Austria (1), á quien sacaron de esta vida con los mismos hechizos. Los remedios que necesitaba el rey, prosiguió el demonio, son aquellos que la iglesia tiene aprobados; lo primero, darle el aceite bendito en ayunas; lo segundo ungirle con el mismo aceite todo el cuerpo y cabeza; lo tercero darle una purga en la forma que previenen los exorcismos, y apartarle de la reina: ni verla, ni verle. Que habian andado dos hechiceras en el maleficio del rey, siendo la primera Casilda Perez, que habia vivido en Madrid en la calle que se llamó de los Herreros, hoy Puerta Cerrada. Que el demonio se habia obstinado en callar al llegar á este punto diciendo solo que revelaria mas en la capilla de N. S. de Atocha, y solo á mí por ser el que habia empezado los descubrimientos, y que á fuerza de conjuros habia declarado al fin que la segunda hechicera se llamaba Ana Diaz ó Diez, y vive en la calle Mayor.» Pocos dias despues de haberse recibido esta carta murió el inquisidor general, con lo cual se suspendieron por algun tiempo las averiguaciones, pues el P. Froylan no se atrevió á continuarlas faltándole el apoyo del inquisidor. Quizá no hubiera pasado adelante este estraño suceso, á no haber sido promovido de la manera mas inesperada. Sucedió que el emperador Leopoldo remitió á su embajador en esta córte una informacion auténtica hecha por el obispo de Viena de lo que habia dicho el demonio estando exorcitando á unos energúmenos en la iglesia de Sta. Sofía, que se reducia á que el rey de España Cárlos II estaba maleficiado, que el autor habia sido una muger llamada Isabel que vivia en la calle de Silva y que los instrumentos del maleficio estaban en cierta pieza de palacio y en el umbral de la puerta donde vivia dicha Isabel. Estos papeles los entregó el embajador de Alemania al rey y S. M. los remitió al consejo de la inquisicion. Sospechóse que Froylan era autor del aviso llegado de Viena, pues por su órden se pasó á hacer varias diligencias para encontrar á la hechicera y los maleficios. En una pieza de palacio y en el umbral de una casa en la calle de Silva se encontraron despues, de profundizar en la pared, algunos objetos estraños como muñecos, informes y envoltorios que á los peritos y teólogos que los examinaron les parecieron cosas estraordinarias, y por su dictámen se tomó la resolucion de que fuesen quemados en lugar sagrado con las ceremonias que previene el misal romano. A este mismo tiempo asistia al rey para conjurarle Fr. Mauro Tenda, religioso capuchino que vino á estos reinos llamado de órden del rey desde Alemania, de donde era natural. Tenia fama este religioso de ser muy inteligente y práctico en materia de conocer maleficios y lanzar demonios. Este religioso continuó por algunos meses conjurando al rey con mucho secreto y segun las esperiencias que hizo aseguró ser cierto el maleficio del rey, lo cual acabó de atemorizar á S. M. añadiendose á estos temores un suceso que pasmó á toda la córte.

Aconteció que á primeros de setiembre de 1699, entró una muger en palacio; y atravesando el cuerpo de guardia con furia y descompasados ademanes, pidió audiencia; pero reparando los que allí se hallaban que á su mal porte se añadian indicios de estar frenética, le impidieron la entrada; pero como el rey oyese sus voces, la mandó entrar y llegando á su real presencia prorumpió en palabras tan desconcertadas, que mas que muger parecia una furia. S. M. sobrecogido sacó el *signum crucis* que traia consigo y se le puso delante; y algunos señores que se hallaron presentes la sacaron en hombros hasta ponerla en los corredores. El rey mandó á D. José del Olmo, su maestro mayor de obras, siguiese á tan estraña muger y averiguase la causa que la habia llevado á palacio. De esta diligencia resultó que la referida muger vivia en compañía de otras dos que se decia estaban endemoniadas; y que una de ellas, agitada del mal espíritu ó por demencia suya, decia que tenia al rey Cárlos II en persona en su cuarto, dándole de comer lo que ella queria y haciéndole vivir en todo con sujecion á su voluntad. Enterado S. M. dispuso que Olmo llevase aquellas mugeres á su casa y que fuese á exorcizarlas Fr. Mauro Tenda en presencia del maestro Froylan Diaz. Ejecutóse la orden del rey y Fr. Mauro declaró estar endemoniadas. Ordenó entonces Froylan las preguntas que deberian hacerse al demonio y Lucifer, segun declaracion de los dos religiosos, respondió á las preguntas de Fr. Mauro por este órden. ¿Quién malefició al rey?—Una muger bella.—¿Es la reina?—Sí.—¿Quién le hizo el maleficio á la reina?—D. Juan Palia.—¿De qué nacion es?—Es de los allegados á la reina.—¿En qué se le dió el maleficio?—En un polvo de tabaco.—¿Ha quedado mas?—Sí,—¿y está guardado en un escritorio.—¿Qué reina dió el maleficio al rey?—La que murió (1).—¿Hay mas maleficio?—Sí.—¿Quién le hizo?—Una muger llamada María de la Presentacion.—¿Donde vive?—En el cuarto alto de la casa donde me conjuran.—¿Quién le mandó hacer el maleficio á esta muger?—Doña Antonia de la Paz.—Lo que se sacó del umbral de la puerta de la casa en la calle de Silva era maleficio?—Sí—¿De qué se componia?—De un hueso de perro. Hiciéronla otras preguntas á que contestó denigrando á la reina María Ana de Neoburg y al almirante D. Juan Tomás. Cesaron por algunos dias los conjuros, y todo el reino, habiéndose enterado de los pormenores del caso, aguardaba con impaciencia el desenlace.

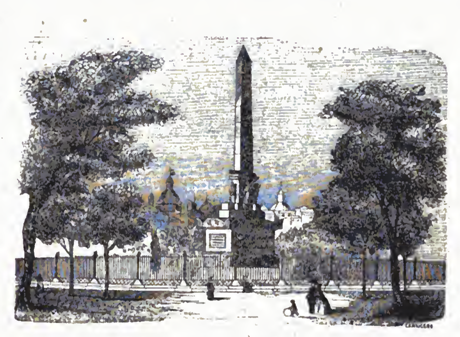
La reina, que en todas aquellas ridículas escenas no veia sino la mano de sus enemigos implacables, discurrió el modo de perder á Fr. Froylan, á quien hacia autor y móvil principal de tales intrigas. Quiso, pues, derribarle de una manera ruidosa que á par que desconceptuase á su enemigo, diese una ostensible prueba de su poder y valimiento con el rey. Para conseguir su propósito era preciso que el santo oficio sacase á Froylan en auto público, le declarase reo de fé, y se diesen por falsas todas las declaraciones del demonio. Necesitaba ante todo que el cargo de inquisidor general se proveyese en persona de su devocion y pensó en el comisario general de san Francisco F. Antonio Folch. De distinto dictámen era el rey porque como á la sazon esperimentaba algun alivio en sus accidentes, permitiéndole comer y dormir con menos inapetencia é inquietud, habia llegado á atribuir esta mejoria á la virtud de los exorcismos. Por esta razon estaba en ánimo de crear un inquisidor general que, prosiguiendo con amor y fidelidad lo comenzado, acabase por este medio de alcanzar el deseado remedio de sus dolencias; asi que al entrar la reina en su cuarto para proponerle á Folch, rebatió la propuesta alegando que no siendo prelado el comisario general de San Francisco pareceria mal que presidiese un consejo como él de la inquisicion. La reina, que tenia prevista esta objecion, repuso que no se estrañaria el nombramiento, pues Fr. Tomás de Torquemada tampoco era mas que un religioso dominico y fué inquisidor general, y citó seguidamente otros ejemplares mas recientes. El rey contra su índole y costumbre defendió á palmos su lugar y dijo que Torquemada fué el primer inquisidor general que sus abuelos habian creado en estos reinos y no pudieron estrañar la eleccion no habiendo visto otros, pero que despues siempre se habian elegido para este cargo obispos, arzobispos y cardenales; y como pronunciase las últimas palabras algun tanto enardecido, calló la reina y se propuso aguardar en silencio á que el tiempo venceria la repugnancia del rey; pero S. M. no se descuidó en dar lugar á segundo esfuerzo, pues llamó al cardenal Córdoba y le hizo saber le tenia elegido por inquisidor general y que ya se habia despachado á Roma por la bula; pongo en vuestras manos mi salud y mi vida, añadió el rey: muchos me dicen que estoy hechizado y ya lo voy creyendo: tales son las cosas que dentro de mi esperimento y padezco. El cardenal respondió con lágrimas en los ojos, que daria la sangre de sus venas por la salud de su rey y señor, y prometió no descansar un punto hasta verla restablecida; pues bien, dijo S. M., hablad á Fr. Froylan Diaz que tiene órden de informarte de cuanto ha pasado. Retiróse el cardenal y seguidamente llamó á su posada al P. Froylan y á Fr. Mauro Tenda con los cuales conferenció sobre la necesidad de poner remedio á los males que aquejaban al rey, y convinie-

(1) Hijo natural de Felipe IV.

(1) Aludia á la primera muger de Cárlos II, que falleció en 1689. A la sazon se hallaba el rey casado con María Ana de Neoburg.

ron por último en que nada se podia poner en ejecucion hasta que llegase la bula de inquisidor general. Tres dias antes de que arribase á Madrid el correo portador de este despacho, se sintió malo el cardenal, y agravándose su dolencia vino á dar fin de su vida, el mismo dia en que la bula llegó á Madrid. Corrió muy valida la voz de que habia sido envenenado.

(Concluirá.)



Monumento del Dos de Mayo.

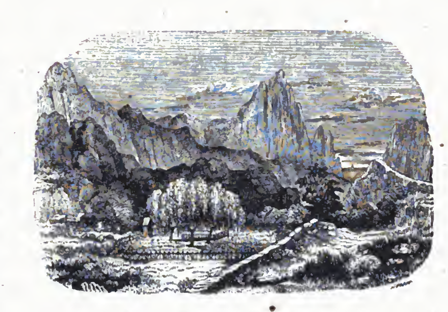
LA

TIERRA,

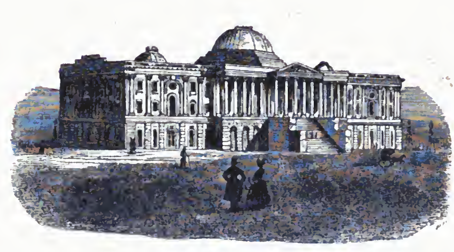
Descripcion geográfica

Ofrecimos en el prospecto dar en el presente número un índice de los principales grabados que ilustran la obra que regalamos á nuestros suscritores, y vamos á cumplir nuestra promesa á renglon seguido:

Portada; encabezamiento; razas humanas, cinco grabados; armas de Inglaterra; Londres; Escocés; Edinburgo; Gibraltar; armas de Dinamarca; Copenhague; armas de Suecia; Lapon sueco; Lapon sueco bajando por la nieve; Noruegos; figura de los renos; Spalatro Stokolmo; Dronthein; Christiania; Armas de Rusia; Habitante de Kamtschatka; Muger de idem; Trineo tirado por perros; Casa subterránea; San Petersburgo; Nuestra Sra. de Kasan; Kremlin en Moskou; Palacio del Senado en idem; San Basilio en Moskou; Varsovia, Armas de Francia; Lilla; Ruen; Catedral de idem; Bolsa de París; Instituto de Francia; Cuartel de Inválidos; Arco de la Estrella; Escuela Militar; Palacio de Justicia; Las Tullerias; Palacio de Luxemburgo; La Magdalena; Panteon; Plaza de Vendome; Nuestra Sra. de París; Puente de Artes y Louvre; Catedral de Reims; Versalles; Nantes; Catedral de Strasburgo; Lion; Burdeos; Castillo del Angel en Abiñon; Marsella; Armas de Bélgica; Amberes; Armas de Holanda; Harlen; El Haya; Amsterdan; Antigua casa ciudad de idem; Rotterdam; Leida, Armas de Prusia; Diseldorf; Castillo de Sans-Souci; Puerta de Brandelburgo; Plaza de Gendarmes en Berlin; Puente de Coblentza; Colonia; Catedral de id; Catedral de Aquisgran; Armas de Austria Palacio imperial en Viena; Iglesia de San Lorenzo en id.; Iglesia de San Esteban en id.; Inspruch; Praga; Buda; Salzburgo; Kemlitz; Spalatro; Armas de Sajonia; Traje del pais; Maguncia; Dresde; Armas de Wugtember; Augsburgo; Armas

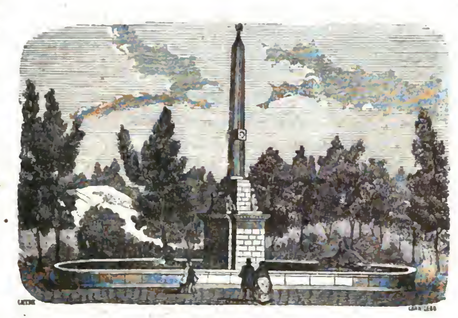


Tumba de Napoleon en la Isla de santa Elena.



Capitolio de Wasinton

de Baviera; Catedral de Ratisbona; Casa ciudad en Leipsik; Palacio de Munich; Armas de Suiza; Trages de idem; Hielos de Gride Wal; Pradera de Gruth; Cascada del Rhin; Staubbak; Berna; Lucerna; Ginebra; Armas de España; Puerta del Sol; Congreso de Diputados; Aduana; Palacio Real, Museo de Pintura y Escultura; Puerta de Alcalá; Calle de idem; Fuente egipcia en el Retiro; Dos de Mayo; Fuente Castellana; Palacio de Buena Vista; Prado; Atocha; Observatorio Astronómico; Salesas Nuevas; Monasterio del Escorial; Panteon de id; Aranjuez; Cuenca; Catedral de Toledo; Santander; Catedral de Burgos; Avila; Segovia; Logroño; Salamanca; Valladolid; Zamora; Orense; Castillo de San Anton; Covadonga; Vizcainos; San Sebastian; Irun; Vergara; Puente de Behovia; Vitoria; Pamplona; Huesca; Almería; Granada; Torre de picos; Córdova, Málaga; Sevilla; Cádiz; Jerez; Zaragoza; El Torrero; Gerona; Barcelona; Acueducto de Tarragona;



La Fuente Castellana.



Fuente Egipcia, en el Retiro.



Puerta del Sol.

Castellon de la Plana: Valencia; Alicante; Murcia; Cartajena; Palma; Santa Cruz de Tenerife; Lérida; Soria; Armas de Portugal; Lisboa; Templo de Diana en Evora; Venecia; Tres Vistas; Armas de los Estados Pontificios; Plaza del Vaticano; Florencia; Génova; Tiboli; Trajes del Pais; Antigua Cascada del Tiboli: Catedral de Milan; Roma; Arco de Constantino; una ascension al monte blanco, Panteon; Borghese; Armas de las dos Sicilias; Nápoles, dos vistas de Malta; el Ezna; Paurilpe; Otranto; Tarento; Coriliano; Catania; Mesina; Plano de Cossenza; Squillace; Sorrento; Alejandría; Ruinas del Templo de Luxor; Baño Egipcio; Gefe de Negros; Tumba de Cireno; Pirámides; Corinto; Parthenon;



Universidad de Filadelfia.

templo de Theseo; Idra; Syra; Acropolis; Constantinopla; Mezquita de Soliman; Paisanos Valacos; Castillo de siete torres; Méjico; Buenos-Aires; Cascada del Niagara; Bahia de Udsen; Universidad de Filadelfia; Capitolio de Wasington; Lima; Dos vistas; Quebec; Seringapatan; Ruinas del Teatro de Macri; Meka; Singapore; Mezquita de Hyderabat; Moka; Bombai; Castillo de Siete-Torres; Natural de Occeania; Muger de Australia; Hombre y muger de Nueva Celandia; Rey de Siam; Hombre y muger de Nueva Caledonia; Grupo de Chinos; Mandarin y Damas Chinas; Piés de Damas Chinas; Grupo de Japones; Torre de Porcelana; Argel; Carga de Caballería; Constantina; Jerusalen: Santo Sepulcro; Catanio; Músicos negros; Pagoda de Kelan; Khan persa; Muger persa; etc, etc., etc.

La lista anterior y los grabados que ofrecemos como muestra, pueden dar idea de la índole del libro que hemos titulado La Tierra y de las ilustraciones con que le hemos adornado.

Ya que tenemos la pluma en la mano para hablar del obsequio que ofrecemos á los suscritores al Semanario, vamos á copiar la lista que publica ayer La Ilustracion, de los mapas que componen el Atlas geográfico que regala á sus suscritores y que pueden tambien adquirir los nuestros en los términos espresados en el prospecto (1). Este libro único hasta ahora de su clase en España y complemento de La Tierra, se compone de las cartas geográficas siguientes:

Planisferio celeste; Sistema solar; Mapa-Mundi; Estado presunto de la Geografía en los tiempos de Homero y Hesiodo; Sistema geográfico de Eratóstenes; Mundo conocido de los antiguos; Geografia de los hebreos; Europa antigua; Asia antigua; Africa antigua; Imperio de Alejandro; Imperio romano en tiempo de Constantino; Imperio griego; Europa á fines del siglo V; Europa en tiempo de Carlo-Magno, á fin del siglo VIII; Europa en 1074; Cruzadas; Europa en 1453; Europa en 1556; Alemania en 1789; Francia en 1789; Francia en 1813; Europa moderna; Francia; Islas británicas; Inglaterra y pais de Gales; Escocia; Irlanda; Suecia y Noruega; Rusia de Europa; Alemania ó Confederacion Germánica; Wurtemberg; Baviera y Báde; Dinamarca y Hanover; Prusia; Imperio de Austria; Holanda; Bélgica; Suiza; España y Portugal; Italia; Estados Sardos y reino Lombardo-Veneto; Estados de la Iglesia y Gran Ducado de Toscana; Dos Sicilias; Turquía de Europa; Grecia y República Jónica; Asia; Turquía de Asia; Turquestan; Persia; India; India Trasgangética; Imperios Chino y Japonense; China propiamente dicha; Siberia ó Rusia de Asia; Occeania; Malasia; Melanesia; Polinesia; Micronesia; Africa; Berbería; Argelia; Egipto; Nubia y Abisinia; Africa occidental; Africa central; Africa meridional; Isla Mauricio, antiguamente isla de Francia; Isla Borbon; América septentrional; América inglesa; Estados Unidos; Mégico; Haiti ó Santo Domingo; Guadalupe y sus dependencias; La Martinica; América meridional; Colombia; Imperio del Brasil; Perú y Bolivia; Chile; Patagonia; La Plata; Uruguay; Paraguay; Carta de plazas fuertes para servir de inteligencia á la historia de Europa.

La Ilustracion del año próximo, va á adquirir un interés grandísimo; esta publicacion sin rival hasta ahora en su género en España, siguiendo un camino enteramente distinto que el Semanario, se prepara á colocarse en una posicion no inferior á la que ocupa actualmente nuestro periódico. Esperamos que los primeros números de La Ilustracion del año entrante sorprenderán agradablemente al público y probarán la exactitud de nuestros anuncios. Entretanto debemos insistir á ruego de los que nos piden esta esplicacion en que los suscritores al Semanario que lo han sido este año á La Ilustracion, gozarán mientras continúen suscritos, de la misma rebaja que se les concedió en un principio, y de que han disfrutado hasta aquí, por ser los primeros que acudieron á prestarnos su apoyo; los demas suscritores del Semanario obtienen tambien rebaja, suscribiéndose por año á ambos periódicos.

No existe una sola publicacion que por 50 rs. dé 700 láminas y la materia de 40 tomos. Ofrecer por 80 rs. el testo de 60 y mas de 1,300 láminas á los que se suscriban al *Semanario é Ilustracion*, es llevar la baratura al último grado. Nuestro establecimiento necesita estampar en el año próximo para estas dos publicaciones, mas grabados que imprime ninguno de Madrid en el mismo tiempo, siendo mayor el número de las obras que de él salgan.

No se ocultará á nuestros suscritores que tratamos de que se presten mútuo apoyo las dos publicaciones, distintas en su índole que damos á luz: nuestros esfuerzos, lo diremos de una vez, tienden en efecto, á mejorar mas aun el *Semanario* y dar á *La Ilustracion* el carácter de originalidad y de españolismo compatibles con su plan.

Para que se llenen cumplidamente nuestros deseos necesitamos una suscricion numerosísima, que, esperamos no ha de faltarnos, cuando por 80 rs. ofrecemos el *Semanario* y *La Ilustracion* durante un año, un Almanaque y dos regalos que por sí solos valen 50 rs.

(1) Suscribiéndose al Semanario y La Ilustracion por 80 rs en Madrid y librando 100 en provincias, se reciben los dos regalos. Tambien pueden adquirir los suscritores de año al Semanario un ejemplar del Atlas por 10 rs. en Madrid y 14 en provincias.

EPISTOLAS

Ó SEA JUICIO QUE UN SUSCRITOR HA FORMADO DE LOS RECUERDOS DE UN VIAJE EN ESPAÑA, QUE PUBLICA EL SEÑOR DON FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

II.

Pampaneira á 15 de noviembre del año de Cristo de 1849.

Dice V. en su prospecto, que se propone *vindicar á nuestra patria de las groseras calumnias de que ha sido blanco por parte de los estrangeros que la han visitado*, y en la página tercera de sus *recuerdos* ó de los *recuerdos*, hace á sus paisanos, á un artista tan preocupado que no quiere salir de viaje en martes!... Verdad es para remache cuenta el hombre una historia que arder puede en un candil.—Dígalo V. con la mano sobre el corazon: ¿cree que haya en Madrid un artista, un cortesano que deje de emprender algo, porque sea martes ó sábado? ¿En el ilustrado, en el escéptico pueblo de Madrid, entre la lucida clase media ha tropezado con algun hombre semejante?... Le doy para que le busque todos los mecheros de gas que pida y hasta la linterna de Diógenes.

Para mí santiguada que no hay peor cuña que la de la misma madera, y que V., ó el autor de los *Recuerdos*, nos van á poner á los pobres españoles peor que los señores de estrangis. Fortuna es y no grande que sea tan sin valer literario su obra; porque de otra manera se leeria allende la Península, y serviria de comprobante á algun escritorzuelo para colgarnos *ex-cátedra* todas las supersticiones de griegos, romanos, godos y moriscos con otros mas.

Asegura V. despues, señor don Francisco, que se propone *bosquejar ligera, pero exactamente nuestras singulares y venerandas costumbres*, y tan ligeramente lo hace, que apenas se ocupa de ello, á no ser cuando se alegra ante la bárbara fiesta de los ciegos, que reproduce de donde despues veremos. Cuando V. describe estos cuadros, tan escasos en su obra ¡qué gracia! Mesonero Romanos, Serafin Calderon, Villoslada, Rubio, Segovia y Fernan Caballero le habrán envidiado, si es que han perdido el tiempo en leer sus *Recuerdos*. Sigue V. luego... pero saltemos á lo mas modesto de aquel interminable párrafo!

Razones de delicadeza que acaso los lectores podrán apreciar en su justo valor algun dia, nos imponen silencio sobre el mérito literario de esta produccion; el público va á juzgarla muy pronto y á su falla la sometemos con completa confianza. Diremos, sin embargo, y esta opinion no solo es nuestra, sino tambien de las personas de algun valer que la han examinado, que por ser la obra enteramente nueva en la forma y en la esencia, por su amenidad, por el interés que inspira desde la primera página (en la primera página hay una lámina francesa detestablemente estampada y cuatro renglones, donde dice el autor que en tal año estaba atacado de una enfermedad muy peligrosa y *sin nombre*), *y por los términos en que está escrita, no habrá nadie, cualquiera que sea su edad, sexo ó condicion, que no encuentre en ella algo que le agrade* (yo soy uno, y conmigo vienen todos los que están adornados de sentido comun); *su estructura, verdaderamente dramática, la infinita variedad de los cuadros, el crecido número de los personages y la estraor-*

dinaria animacion de las escenas, *le dan cierto carácter de originalidad y una tintura local*, *bastante por sí para hacerla recomendable, si no lo fuese ya por otras cualidades* (¿el galicismo del título?) *Mucho nos equivocamos*, *ó los* RECUERDOS DE UN VIAGE EN ESPAÑA *han de ser con el tiempo un libro popular* (¡pues!... ¡como el Quijote), *¡un libro para todos!* ¿No es verdad, leyentes míos, que esto parece burla? ¿Es un prospecto ó la *etiqueta* de un bote de agua de Colonia ó de pomada de oso!...

Y si yo dijese, señor Mellado, que este libro tan original, tan local en su tintura, tan enteramente nuevo en la *forma* y en la *esencia*, es una parodia, una servil imitacion de la obra publicada en Paris con el título siguiente: L' ESPAGNE PITTORESQUE, ARTISTIQUE ET MONUMENTALE, *mœurs*, *usages et costumes*, *par M. de Cuendias et V. de Fereal*. — *Ilustration du texte par Celestin Nanteuil*.

¿Qué pensarian de la veracidad de V?

La forma es la misma, y al fin el hábito no hace el monge; lo peor, amigo mio, es que las láminas son las mismas, con la única diferencia de tener en la edicion española raspados los nombres del dibujante y del grabador, y estar horriblemente estampadas (1).

Ya, señor editor, que nos dá V. *clisés* franceses, mándelos estampar en Paris, como los de las veinte *de estraordinaria perfeccion y bellísimos colores* y los otros de las veinte y cinco *en negro sobre color* (esta frasecilla es *clara* y *castiza* como el título: pertenece al señor Mellado), y que vengan de allí recortadas y todo. — Lo que V. dice, amigo, para vindicar á nuestros monumentos y á nuestros trages de las calumnias groseras de los estrangeros, se compran para mayor originalidad y tintura local unas laminillas en Paris, aunque en ellas vengan, como en las repartidas por V., toreros con barbas do capuchino y capas en forma de albornoz, bandidos con puñales italianos, picadores con garrocha de dos varas, *jeune fille á la eglise* con vestido azul rabioso, y gitanas con guantes!!! De las *en negro sobre color* no hablemos, porque nuestras ciudades y nuestros monumentos están tan *poetizados* en ellas, que mas que copias fieles como las de Chapuy, parecen estravagantes paisages de Asia ó Africa.....

¡Ahora que registro la obra francesa en cuestion, me parece que tambien ha tomado V. de ella el método! ¡Poco á poco..... pues si ha traducido V., parodiado y desfigurado mas de un trozo, esto es ya un ataque á la propiedad literaria! Porque la historia del Papa-moscas (que me parece una solemne papa-rucha) aparece *ilustrada* con las mismas láminas en las páginas 121, 122 y 123 de la obra francesa, el relato del auto de fé puede verse mejor descrito y con los mismos grabados (aunque mas limpios) en las páginas 104, 105, 106, 107, 108, y 109 de *L' Espagne Pittoresque*, la *Diablura* del acueducto de Segovia en la 142 y siguientes, la del Cid con algunas variantes y la fiesta de los ciegos con otras, se encuentran tambien en el libro de los señores Cuendias y Fereal.

De manera que la obra de V., es un plagio en la esencia y en la forma. El *considerable número de grabados* está reducido á veinte y seis en las 160 páginas de la primera parte, de los cuales nueve que son los mejores y los mayores tienen el mérito de haber servido en una obra francesa con igual objeto y además el testo es una *reminiscencia* salpicada de trozos traducidos de *L' Espagne Pittoresque*.

¡Hombre, y para que vea V. lo que son los franceses! *L'Espagne Pittoresque* tiene magnífico papel vitela, elegantísima tipografía, grabados originales, *ilustracion* al fin del célebre Celestin Nanteuil, un testo escrito con imaginacion y *sprit*; cuatro ó cinco láminas iluminadas mas que los *recuerdos* y sin embargo se vende en Paris á *ochenta rs.* En casa de Monier *noventa*! Y los *recuerdos* malditos á pesar de estar compuestos en brebiario regleteado, impresos en papel blanco; pero muy endeblito, con láminas compradas de deshecho, cuestan en Madrid la friolera de *ciento veinte rs!!!* ¡cuarenta mas que el original! Sabe usted que el *libro para todos* es caro como los diamantes!

Y no me opongo á que V. traduzca, á que V. parodie, que al fin así no le traducirá nadie, como decia Montesquieu, no estoy mal con los libros caros; pero siento que encubra estos defectillos con palabrería porque sus pecadillos los paga el comercio de libros.

Vengamos á cuentas ¿es el señor conde de Fabraquer el autor de *Los Recuerdos*? Porque como sabemos que tiene la debilidad de identificarse con las obras agenas hasta tal punto que las hace suyas y con su nombre las publica... Pero no, amigo mio, la obra está zurcida por usted, y por eso se pone colorado al hablar de ella; me parece que descubro en el habla, en el estilo, en las descripciones al *erudito* y *fecundo* autor de la *España Geográfica*.

Usted siempre elige lo peor y como en sus *recuerdos*, ha tomado de *L'Espagne* la parte de menos valer de esta obra apreciable en su género, aunque con sus lunarcillos, estoy por asegurar que solo V. puede y debe ser el retratado.

Conozco que le dirán á V. lo que el mordaz poeta á D. Prospero Pantoja en *El Poeta y la Beneficiada*; pero V. debe reirse y sacar su *vera efigies* á relucir, cuidando todo lo mas de ponerse en el pecho, por via de boton de camisa, un camafeo con los retratos de los Señores Cuendias y Fereal y así escapa V. por la tangente y cumple con aquello de *publicar el retrato del autor*, si la obra *gustase*.

Porque *gustará*, y aunque no guste será buena, y para que vea clara mi razon óigame un cuentecillo.

Habia, en tiempo de antaño, un bedel en la universidad de Salamanca tan interesado de suyo que hubiera dado de buen talante por la mas miserable propina, entrambos ojos de su muger que segun fama eran llorosos, chicos y ribeteados. Los *manteistas* llegaron á conocer el flaco del alguacil universario y mas de uno se libró del cepo, ó de mayores males mediante una modesta gratificacion que el bedel recibia siempre con religioso respeto y hasta con lágrimas de agradecimiento en los ojos. — Al acercarse la época de los grados, se rejuvenecia nuestro hombre: limpiabase el mugriento ropon, lavaba su golilla, se atusaba el descuadernado cabello, estiraba la enjuta pierna con aire de minué, se restregaba las manos y su rostro tomaba cierto baño truanesco y alegre. Al salir de sus actos el graduando, le entregaba cepillado el roto sombrero de tres picos, dábale al escolar un poco de agua azucarada y le decia con aire de catedratico ignorante — *Mirabilia omnia* — Luego recibia la órden y con el cerrojo del general empuñado, con la voz de un heraldo y la catadura de un rey de comedia clamaba solemnemente — *Nemine discrepante* y bajando el escalon de su trono, tomaba mas familiar entonacion y alargaba la mano, que nunca volvia desocupada acompañando el saludo con una espresiva enhorabuena.

Por aquellos dias cayó en la tal universidad un riquísimo sevillano gastador y de premáticas; pero desaplicado y tonto como buey de carreta ¿qué le importaba de esto al bedel si el escolar andaluz tenia rotas las manos? — Llegó el año en que habia de laurearse el de Sevilla y el interesado golilla pasó la noche sin dormir pensando en la crecida propina que le esperaba. Habia suministrado una bola al graduando donde se ocultaba la proposicion sobre la cual un capi-gorron entendido habia hecho el discurso que debia recitar el sevillano; el buen vejete le habia instruido en él cómo se ocultaba la bola entre la manga de la chaqueta y en todas las prestidigitaciones que de antes se acostumbraban. Despues de tantas maquinaciones cuál sería su dolor al oir de boca de los jueces que su ahijado el ricacho hopalandas habia sido reprobado! ¡Todos sus proyectos vinieron á tierra! mas aguzando su ingenio salió y le dijo: — «Amiguito, V. lo ha hecho muy bien, *mirabilia omnia* (y tomó la propina) pero no ha gustado á los señores y le han reprobado.»

Diga V. esto, señor Mellado, la obra es buena, admirable, aunque puede no gustar á los suscritores. Publique V. su retrato. ¿No ha corregido el testo, no ha puesto de su cosecha en la obra de los señores Cuendias y Fereal?... Mucho que sí, y desde estos peñascos pienso hacerme cargo en mi tercera epístola de estas medias suelas y tapas. Vale.

EL FIEL DE FECHOS DE PAMPANEIRA.

(1) Véanse las páginas 1, 2, 5, 33, 48, 60, 61 y 92 de la obra del Sr. Mellado, y se encontrarán en el testo grabados iguales á los de las páginas 1, 2, 97, 123, 126, 109, 106, 143, 2 y 9 de *L' Espagne pittoresque*.

MADRIGALES.

I.

MAÑANA.

(Imitacion de Parny.)

No mas para mí, ELISA,
brillen tus ojos, ó hable tu sonrisa:
no mas, traidor, en amoroso juego
me ofrezca el labio puro
miel que trueca perjuro
de ponzoña mortal en vivo fuego.
¿Para qué son amores
si, mientras mas fogosos, tus rigores
en humo vano, ELISA, los convierten?
No mas necia esperanza
que nunca el bien alcanza;
y dolores, no mas, que te divierten.
No mas horas perdidas:
mañana tuya soy, dices, y olvidas
que cuando el tiempo de promesa vana
disipa la quimera,
tambien la primavera
marchita de la edad cada *mañana*.
Asi que, tus engaños
no siempre durarán: los tristes años
sobre tu faz imprimirán su huella;
y *mañana* seremos,
por mas que lo lloremos,
menos ardiente yo: tu menos bella.
Y de esperar cansado
veráisme de la arena retirado,
inútil lidiador; y tú, mi dueño,
mañana, y cada dia,
llorarás tu porfia,
y del amor perdido el dulce sueño.

II.

A UNOS OJOS.

Vela tus ojos, niña..... ó no los veles:
igualmente crueles,
velados ó sin velo,
roban á mis amores el consuelo;
que, si velados ¡ay de mi! suspiro
por verlos; y deliro
si, abiertos, no me miran,
ó en torno, aleves, de otro amante giran:
como las simplecillas mariposas
esquivando las rosas
el ala reluciente
queman incautas en la llama ardiente.
Mas como ellas y tú quiero la suerte
de morir de esa muerte,
hallando á mis enojos
temprano fin en tus divinos ojos.

III.

EL AGUA Y LA FLOR.

Abrasada del sol en el estío
y falta de rocío,
la flor hermosa que miraba al cielo
su tallo con dolor inclina al suelo;
pero si amiga mano diligente
el cristal de la fuente
sobre sus hojas y en su pié derrama,
de la vida á la flor vuelve la llama,
y otra vez con orgullo
se mece de las auras al arrullo.
Yo soy la flor marchita:
el agua tú seras que resucita.

IV.

LO QUE ES ELLA PARA MI.

Otro celebre en son grato al oido
el cantar de las aves no aprendido;
ó las pintadas flores
con sus ricos olores;
ó el manto azul que en la celeste esfera
los refulgentes astros reverbera:
que tú para mi amor, Julia, en el suelo
eres el ruiseñor, la rosa, el cielo.

V.

SUS LABIOS.

Puros, rosados, frescos, relucientes;
dulces á quien los mira; al tacto ardientes;
y, si oprimidos, blando
aroma y miel brotando.....
Pétalos de una flor lozana y pura
dirás que son; pero mi amor te jura
que tus labios son esos
cuando, abeja de amor, los libo á besos.

VI.

UN DESEO.

(Imitacion de Nicolini.)

¡Ay quién fuera cual tú, dulce arroyuelo,
de linfas trasparentes!
Dióte benigno el cielo
pureza, canto, amor, mansas corrientes.

RAFAEL MARÍA BARALT.

Efectos de las bebidas.

El agua, sin contradiccion alguna, es una de las mejores bebidas y sin la que puede pasarse menos el hombre. Cuando no se trata sino de apagar la sed, nada hay como el agua para semejante objeto.

El *vino*, usado con moderacion, es sumamente útil para la salud. El hombre prudente debe saber apreciar la cantidad que le conviene beber: el trabajador robusto debe contentarse con una botella si es sobrio.

La *cerveza* es un precioso recurso para el hombre á quien no le permiten sus medios pecuniarios el uso del vino; es una bebida tónica, nutritiva, y con la que les vá muy bien á las personas de una constitucion nerviosa. Sin embargo debe tenerse presente que la cerveza no fermentada es de una digestion bastante difícil, y que ejerce sobre la mucosa de las vias urinarias una accion muchas veces nociva.

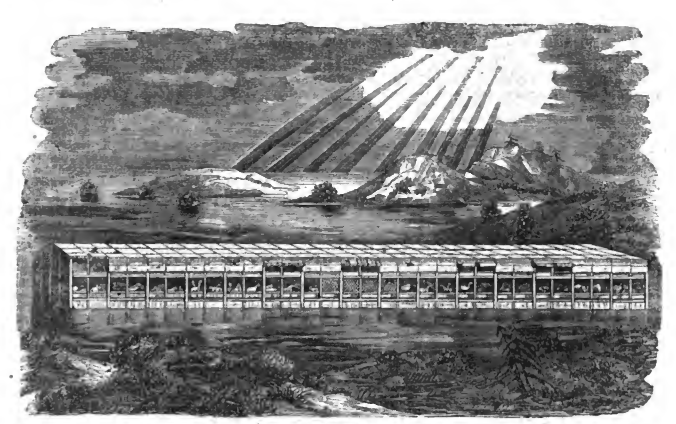
El *aguardiente* y todas las bebidas espirituosas conocidas generalmente con el nombre de *licores*, pueden ser ventajosamente sustituidas siempre por el vino.

No hay trabajador alguno que ignore que un vaso de vino presta mas fuerza y le sostiene por mas tiempo que una copa de aguardiente.

En ayunas sobre todo es cuando producen mas funesto resultado las bebidas alcohólicas.

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, a cargo de D. G. Alhambra



EL ARCA DE NOÉ.

¡Arca de Noé; testigo de la tragedia mas tremenda é inolvidable que han presenciado las edades! ¡tabla de salvacion de los seres animados! ¡cuna en que se mecieron los restos de las míseras criaturas! ¡frágil barquilla que condujo á puerto seguro la réproba estirpe de Adan! ¡áncora á que se asió la humanidad moribunda! ¡asilo que preservó la raza del género humano de las iras del Omnipotente! ¡Rasgo de la divina misericordia en medio de los rayos de su justicia! Nosotros te saludamos; nosotros queremos contemplarte y examinarte; queremos conocerte y convencernos del modo cómo pudiste servir y serviste al destino providencial que te asigna la Sagrada Escritura.

Segun esta, Noé siendo de 500 años de edad, engendró á Sem, Cam y Jafet, habiendo sabido despues por revelacion divina que un diluvio de agua iba á destruir el mundo por causa de las iniquidades de los hombres. Para salvarse él, sus hijos y todas las especies de animales, mandóle Dios fabricar una arca de madera, embetunada por dentro y por fuera, con una ventana y una puerta, y que hiciese en ella estancias ó repartimientos y tres pisos. Dispuesto todo así, siendo Noé de 600 años entró en el Arca por precepto de Dios con su muger, sus tres hijos y las esposas de estos, é igualmente entraron en aquel refugio parejas de cada casta de animales, habiendo antes acopiado dicho Patriarca los víveres necesarios para unos y otros. Abriéronse entonces todas las cataratas del cielo y las fuentes del abismo, en términos que estuvo lloviendo sin cesar 40 dias con sus noches, hasta subir el agua 15 codos sobre los montes mas altos. A tal elevacion se mantuvo este elemento por espacio de 150 dias, y en seguida empezaron á ceder las aguas, habiendo venido á parar el Arca al sétimo mes en los montes de Armenia. A los tres meses despues abriendo Noé la ventana, envió al cuervo que no volvió; y de allí á siete dias soltó la paloma, que no hallando lugar donde posar tornó al Arca. Pasados otros siete dias la envió nuevamente, y regresó por la tarde trayendo en el pico un ramo de olivo con hojas verdes. Aguardó sin embargo Noé siete dias mas, tras de los que soltó otra vez la paloma, que ya no volvió á parecer; y por fin en pos de un año de morar en el Arca, salió de esta el segundo padre del género humano con todos los seres racionales que se salvaron en ella.

Prévia esta breve narracion histórica, procedamos al objeto principal de este artículo, que es la descripcion geométrica de la incomparable Arca. Esta, segun la Biblia, tenia 300 codos de largo, 50 de ancho y 30 de alto. Los sábios no estan acordes en determinar la medida exacta del codo; y ha habido quien receloso de que careciera el Arca de la cabida necesaria para contener todo el cargamento que le estaba destinado, ha graduado estos codos con proporcion á una medida escesiva; pero la opinion mas generalmente recibida, valua el codo por *veinte pulgadas y media*. El antiguo codo hebreo era el mismo que el de Menfis, cuyas dimensiones se han tomado por los patrones del Derac del Cairo, capital del Egipto. Como Moisés habia sido educado en este pais, es muy verosímil que se sirviese de las medidas del mismo. El antiguo codo de Menfis equivale al nuestro, y al de París de veinte pulgadas y media.

Esta medida natural, lógica é histórica nos servirá para graduar nuestros cálculos. Segun ella, las tres dimensiones del Arca son 6150 pulgadas ó 545 pies y 10 pulgadas de largo, 1025 pulgadas ú 85 pies y 5 pulgadas de ancho, y 615 pulgadas ó 51 pies y 3 pulgadas de alto. Mas para tener una cuenta desembarazada, dejemos para el espesor del buque un pie de cada dimension, y no hagamos caso de las pulgadas ó quebrados; con lo que queda el Arca con una longitud de 544 pies, 84 de latitud y 50 de altura. Era por consiguiente, estableciendo una comparacion, como la basílica de N. S. del Pilar en Zaragoza, y de mas que doble latitud que la de los navíos de tres puentes del dia, que llevan 100 cañones de grueso calibre, mil plazas de tropa con el pilotage correspondiente, y víveres de boca y guerra para medio año.

Estando dividida el Arca en tres pisos, sin contar el bajo, sentina ó bodega, pues que esta parte de los buques á la manera que las cuevas de las casas no se cuenta entre los altos, resulta una sentina ó bodega de seis pies de elevacion, el primer piso de 12, el segundo de 13 y el tercero de 11, quedando todavia un sobrante de ocho pies para el espesor de los techos y de la cobertera del Arca, la cual era por el estilo de un cofre grande.

En la sentina cabia el agua necesaria para abrebar los animales y para otros menesteres, porque podia contener (por ser 544 pies de largo, 84 de ancho y 6 de alto) doscientos setenta y cuatro mil setenta y seis pies cúbicos de agua, cantidad mas que suficiente para dar de beber por

un año á número cuadruplo de las especies que habia en el Arca.

Algunos autores han creido que no habia necesidad del depósito de agua dulce, por suponer potable la del diluvio mezclada con la del mar; mas se equivocan, porque consta por esperiencia que una 3.ª parte de agua de mar mezclada con 2 de dulce no es todavía potable, y asi no es admisible con mayor proporcion el agua del diluvio respecto á la del Occéano. Además debe tenerse en cuenta que el Arca estuvo cerca de 7 meses en seco sobre los montes de Armenia; en cuyo tiempo Noé sin tal provision no habria tenido agua con que satisfacer su sed y la de los vivientes encerrados en el Arca.

Teniendo el primer puente ó piso 544 pies de largo, 84 de ancho y 12 de alto, comprendia quinientos cuarenta y ocho mil trescientos cincuenta y dos pies cúbicos de provisiones. Para conocer si era suficiente este espacio, bastará saber cuantos animales habria en el Arca, y la cantidad de vituallas que necesitaban para la subsistencia de un año. Segun Buffon, no se conocen mas que 130 especies de cuadrúpedos, de las cuales 6 solas esceden en corpulencia al caballo, siendo las demas inferiores, con la particularidad de que mas de una 3.ª parte de estas es mas pequeña que la oveja. Segun el mismo autor, tampoco se conocen mas que 130 especies de volátiles, de las que poquísimas son mayores que el cisne. De los reptiles solo se conocen 30 especies.

Supongamos ahora de una misma magnitud á todos los cuadrúpedos, y tomemos por cantidad media la del caballo. Esta suposicion es á todas luces exorbitante; pero partiendo nuestro cálculo de ella, probará mejor cuán suficiente era la capacidad del Arca para el destino que le dá la Escritura. Fijemos el alimento diario del caballo en dos haces de heno y en un celemin de avena, y si se cree que no bastan dos haces, que se presupongan tres. Segun este dato resultará, que la provision anual para cada caballo son 1095 haces de heno y 365 celemines de avena; y 260 caballos, en que pueden resumirse las 130 especies de cuadrúpedos, necesitarán doscientos ochenta y cuatro mil setecientos haces de heno, y noventa y cuatro mil novecientos celemines de avena. Dando á los tres haces 4 pies cúbicos y 1 al celemin (que es cuanto se puede conceder) necesitarán ambos repuestos para su colocacion, de cuatrocientos cincuenta mil setecientos setenta y cinco pies cúbicos de lugar, á saber: trescientos cincuenta y cinco mil ochocientos setenta y cinco para el heno, y noventa y cuatro mil novecientos para la avena.

Veamos ahora si bastará el primer piso ó puente para contener estas provisiones. Su longitud era de 544 pies, su anchura de 80 y de 12 su altura: la multiplicacion de estas sumas dá un resultado de quinientos cuarenta y ocho mil trescientos cincuenta y dos pies cúbicos, de los que rebajando los 450,775 que hemos dicho ser menester para la colocacion de los víveres, restan aun vacios en este puente noventa y siete mil quinientos setenta y siete pies cúbicos ¿Y que seria si esta cantidad enorme de heno la reducimos como es justo á la mitad? Al fin por un animal que coma 6 veces mas que el caballo, hay 20 y 30 que comen 6 veces menos que él; 2 hay ademas carniceros, y muchos tambien que se mantienen de grano, legumbres y frutas, cuyas provisiones ocupan mucho menos espacio que la yerba para una cantidad dada de alimento: por lo que se podria reducir todavia mucho el espacio que hemos asignado para la colocacion de la avena, no llenando á lo sumo en este caso el mantenimiento de los brutos encerrados en el Arca, mas espacio que doscientos setenta y cuatro mil ciento setenta y seis pies cúbicos, que son la mitad de los 548,352, que forman el ámbito del primer piso ó puente. La otra mitad sobrante podia muy bien servir con anchura para depósito de los granos indispensables para el alimento de las 130 especies de aves y de las 30 de reptiles.

El segundo puente serviria para colocar los animales, asi como el primero lo hemos destinado para almacen de bastimentos. Calculemos su capacidad. Hemos dicho que el Arca tenia de largo 544 pies y de ancho 84. Tomando de esta longitud 130 pies para formar establos, cada cual de 10 pies de fondo, tendremos 13 establos, cada uno de los que contará por una parte los 10 pies tomados, y por otra los 84 correspondientes á lo ancho del Arca: sitio mas que bastante para acomodar con holgura 20 caballos. Con todo, el total de los 13 establos no es mas que 10,920 pies cuadrados, y los cuadrúpedos que habia en el Arca no podian ocupar tan grande estension, porque si los elefantes, dromedarios, rinocerontes, camellos y toros exigian mas espacio que los caballos, los restantes animales como mas pequeños debian ocupar indispensablemente un término mucho mas reducido. Ademas no era preciso que cada animal tuviera una posada particular, pues con poner encerrados á los carniceros, como el leon, el tigre, etc. los demás podian vivir en un establo comun sin incomodarse, como hoy dia se verifica en las casas de los labradores.

Menos espacio requerian las 130 especies de aves, porque teniendo encerradas en una jaula particular las de rapiña, como el aguila, alcon etc. las otras podian estar colocadas muy ancha y holgadamente en una pajarera de 84 pies de largo y 30 de ancho, y asi tomando 46 pies de lo largo del Arca, y los 84 de su anchura que dan la suma de 3,864 pies cuadrados, habria cabida mas que suficiente para la colocacion de ambas clases de aves, las de la jaula y las de la pajarera.

En lo sobrante de la habitacion de los cuadrúpedos, hay bastante local para poner con desahogo las 30 especies de reptiles. De estas cuentas de una exactitud aritmética resulta, que las dos sumas de 10,920 pies y de 3,674, dan el producto de 14,784 pies cuadrados, espacio mas que bastante para conservar en el Arca todas las especies de animales. La superficie del segundo puente en que los suponemos colocados, era de 45,696 pies cuadrados: rebajando de ella los 14,784, necesarios para su colocacion y acomodamiento, restan libres 30,912 pies cuadrados, que son mas de las dos terceras partes de aquella estancia.

Para acabarla de ocupar, podemos suponer en ella otro establo, cuya longitud sea de los 84 pies de la anchura del Arca, y daremos á su fondo 50 pies de los que quedan de su longitud: estas cantidades dan una superficie de 4,200 pies cuadrados, donde se podrán depositar destinados al alimento de los animales carnívoros, 3,600 carneros y ovejas, cuyo número yendo en disminucion todos los dias no necesitaria mas pasto que el preciso para medio año. Ahora bien, pasando por alto el heno que nos sobró del que destinamos para manutencion de los cuadrúpedos, supongamos que cada oveja ó carnero necesitára un haz de yerba diario: el total de estos haces al año seria 222,041, los cuales reclamaban una localidad de 277,550 pies cúbicos. Demos tambien por supuesto, que el primer puente ó sea piso estaba lleno de heno, y que los granos, legumbres, y frutos que figuramos en él, fueron depositados en el segundo. Aun nos queda de este un gran trecho por ocupar, del que por la cantidad mas corta podemos asignar para troje el espacio de 84 pies de ancho, 100 de largo y 13 de alto, cuyas sumas multiplicadas entre sí producen el local de 109,002 pies cúbicos: término exorbitante para acumular en él los granos, legumbres y frutos indispensables para el mantenimiento de los animales.

Todavía quedan de esta estancia 218 pies de la longitud del Arca. Si de ellos tomamos 18 con el ancho de esta, podemos dividir este espacio en cinco partes: cuatro de estas serán aposentos de 15 pies de ancho y 18 de largo para los cuatro matrimonios que habia en el Arca; la quinta de 18 en cuadro servirá para cocina, y los 6 pies restantes los descontamos para el grueso de los tabiques, que formaban estas divisiones.

Aun quedan sin ocupar 200 pies de longitud, de los cuales podemos tomar 150 que con los 84 de la anchura del Arca forman un gran salon, donde Noé y su familia podrian pasearse; y destinamos los demas para almacen de los granos y semillas reservados por el Patriarca para su alimento y el de su familia en el año del diluvio y el siguiente, y para la sementera despues de salidos del Arca. En este mismo almacen habia lugar sobrante para conservar el agua de la casa y las herramientas para la labranza.

Queda pues, palpablemente demostrado lo suficiente y sobrado y hasta lo escesivo que era el arca de Noé para el admirable objeto que marca la sagrada Escritura.

HECHIZOS DE CARLOS II,

Y CAUSA DE FRAY FROILAN DIAZ.

(Conclusion.)

Como el espíritu del rey iba en decadencia, atrevióse la reina á repetir el empeño sobre crear un inquisidor ge-

neral. Abstúvose de proponer al comisario general de San Francisco por no renovar al rey su disgusto, y empleando todo su ascendiente y perspicacia alcanzó al fin este cargo para el Excmo. Sr. D. Baltasar de Mendoza, obispo de Segovia, á quien tenia ya prevenido que su nombramiento habia de ser á condicion de procurarla una completa satisfaccion de sus agravios. Alhagado el nuevo inquisidor por las promesas de la reina, que intentaba hacerle cardenal, fulminó el primer rayo contra Fr. Mauro Tenda, que fué delatado al santo oficio y reducido á prision. Formósele causa, y habiéndole interrogado declaró que decia verdad en cuanto á que el demonio delante de Fr. Froylan Diaz habia revelado los hechizos y maleficios que habian sido administrados al rey. Apesar del empeño del inquisidor no pudo imponersele otra pena que el destierro perpétuo de estos reinos. Respecto á Fr. Froylan se acordó que se le llamase á declarar, y habiendo comparecido manifestó: no poder revelar lo que en razon de lo que habia pasado se le preguntaba, porque todo se habia hecho de órden del rey, quien tambien se la tenia dada para que no la manifestase á persona alguna; pero que dándole su real permiso para ello, desde luego estaba pronto á decir con toda claridad cuanto hubiese pasado, pues no hallaba que en nada hubiese faltado á su conciencia, y obligaciones de religioso.

Algunos dias despues compareció en el santo oficio Fr. Cristobal Donaire, religioso dominico, conventual de Ntra. Sra. de Atocha y en nombre y poder de su órden presentó una declaracion contra el maestro Froilan, que contenia tres partes: la primera, unos autos hechos por el provincial de Sto. Domingo, quien habia mandado á un religioso de su misma órden que pasase al convento de religiosas de Cangas, y averiguase lo que el vicario de dicho convento habia obrado con los exorcismos ejecutados con unas religiosas energúmenas. De esta diligencia resultó haber hallado al vicario varias cartas en que de órden del inquisidor Rocabertí y de Froilan se le prevenia que en los exorcismos mandase al demonio que declarase cuanto queda referido. La segunda contenia diferentes hechos ejecutados por Froilan en Alcalá y otros parajes, los cuales hechos arguian hipocresía. La tercera de otros hechos de la misma calidad y de ciertas proposiciones que se afirmaba haber dicho en Valladolid. En cuanto á las dos partes últimas solo merecieron desprecio porque de la segunda no resultaba prueba y la tercera se hallaba ya desestimada por el consejo desde el año 1688. El tribunal acordó que para la aclaracion de la primera se oyese á Froilan, el que habiendo comparecido declaró: que lo ocurrido en Cangas se hizo de órden del inquisidor Rocabertí, quien primero lo comunicó con hombres doctísimos; que lo ocurrido en casa de Olmo fué consiguiente á lo de Cangas, que lo hallaba apoyado en ejemplos de santos, entre ellos Sto. Tomás de Aquino, los cuales habia visto y estudiado de órden del rey por su falta de salud, y accidentes que padecia, que por irregulares é intercadentes, persuadian estaba maleficiado.

Despues de este procedimiento dió órden el tribunal para que el padre Froilan no asistiese al consejo y pasó el inquisidor general á tratar con la reina de la exoneracion del acusado en el cargo de confesor del rey, así como tambien de la persona que habia de reemplazarle que era preciso fuese capaz de sostener y apoyar con el rey los procedimientos que contra Froilan se maquinaban. Convinieron el que el inquisidor general pidiese audiencia secreta al rey y le dijese que Froilan se hallaba testificado en el santo oficio en materia grave contra nuestra santa fé católica y que no pudiendo el tribunal proceder en su causa por hallarse con la gran dignidad de confesor de S. M. se lo representaba para que resolviese lo que fuese mas de su real agrado. Ejecutólo asi el señor inquisidor general, y el rey se sorprendió mucho al oir la proposicion, y despues de un momento de silencio, prorumpió en estas palabras: ¿Estais cierto, padre, y lo está el consejo de inquisicion de que eso que me decis es verdad, y no falso testimonio? Sí, señor, respondió el inquisidor general, bien se ha mirado. Pues, padre, haced justicia, repuso el rey, y mirad por la causa de Dios Ntro. Sr., que yo le despediré luego. A esta audiencia, de que inmediatamente tuvo aviso la reina, se siguió el proponer ésta á S. M. por su confesor á Fr. Nicolás de Torres, capital enemigo de Froilan. Ejecutóse la exoneracion de uno y el nombramiento del otro, y tan luego como se firmaron los decretos, recibió Froilan una órden para que en un término breve se presentase en su convento de S. Pablo en Valladolid. El primer golpe lo sufrió Froilan con resignacion, pero al saber el segundo, vió venir sobre su cabeza una tormenta para la cual no habia puerto en parte alguna. El rey, le negó el que se presentase á su presencia, los amigos le abandonaron, esquivando encontrarle, y aun no faltó quien le volviese la espalda; desengaños porque pasarán siempre los que caen una vez del valimiento á que les encumbró, ya sea la fortuna, ya sus propios merecimientos. En medio de tanta congoja, resolvió pasar á Roma secretamente, donde pensó implorar la proteccion del Papa. Retiróse al efecto, Valverde con el pretesto de pasar á Valladolid, y se fué aceleradamente á Roma. Apenas lo supo el santo oficio, se despacharon postas al duque de Uceda, nuestro embajador en aquella córte, para que al instante le arrestase y remitiese á España, pretestando ser reo de fé, procesado por la inquisicion de España, cuyos privilegios se vulnerarian si se le permitiese recurrir á la inquisicion de Roma. Al mismo tiempo se despacharon órdenes á las inquisiciones de Barcelona y Valencia para que si procedente de Roma llegaba alli Froilan le pusiesen preso en cárceles secretas. El de Uceda, apenas supo la llegada del fugitivo á Roma, le prendió y le remitió á España. Llegaron con él á Cartagena, y trasladándole á la inquisicion de Murcia, que ya tenia el mismo aviso que las de Valencia y Barcelona, fué encerrado en un oscuro y estrecho calabozo, y se dió cuenta á Madrid. Apresuróse el inquisidor general á continuar la obra.

Cinco teólogos compusieron la junta calificadora que habia de fallar en la causa formada á Froilan, y aun cuando todas estas personas eran hechura unos, y obligados otros del inquisidor general, habiéndose reunido presididos por un consejero del santo oficio, votaron unánimemente en vista de los autos formados á Froilan «que no habia censura teológica, ni calidad de oficio contra los hechos y dichos de la persona en los autos mencionada, ni la hallaban con nota alguna que poder objetarle, ni la consideraban pudiese ser por lo referido reo de fé, y así se suscribió este acto.»

Viéronse desconcertados los planes del inquisidor general, quien sin embargo esperó que el santo oficio, rechazaria el parecer de los teólogos. Reunido el tribunal, leyéronse los autos, y la censura de los teólogos fué aprobada por unanimidad; solo el inquisidor general votó que el reo fuese preso en cárceles secretas del santo oficio, y que se siguiese su causa hasta la definitiva. A esto ninguno replicó, porque aun cuando á todos pareció no solo despróposito, sino notoria injusticia, sabia el consejo que ninguna fuerza hacia un voto único y singular y que por lo tanto estaba fenecida la causa y fallada la inocencia del acusado.

En este estado se quedaron las cosas hasta que en julio de 1700 entró D. Domingo de la Cantolla en el consejo de la inquisicion de que era secretario, y leyó en él un auto de pricion en cárceles secretas contra el maestro Froilan. La cabeza de este auto estaba concebida en nombre del inquisidor general y del consejo. Espresó el secretario que su Ilustrísima mandaba que el consejo rubricase aquel auto, el que habia formado en su presencia y de su órden. Pasmáronse todos al oir semejante proposicion, y tratada brevemente la materia, acordó el consejo que el secretario hiciese saber al inquisidor general que no podia firmar lo que no habia votado, pues antes bien habia sido de contraria opinion. Volvió el secretario á presentarse en el consejo haciendo saber que su Ilma. mandaba que el informe fuese por escrito. Y estándole formando un consejero entró un portero con la órden de su Ilma. pára que al levantarse el consejo, pasase á su cuarto. Y habiéndolo ejecutado asi, el inquisidor general, pronunció un discurso que en sustancia se redujo á persuadir al consejo que solo por aquella vez rubricase el auto, asegurando que para adelante se examinarian las bulas apostólicas y cédulas reales en que el consejo apoyaba no poder rubricar lo que no habia determinado; y concluyó diciendo que brevemente dijesen si querian rubricar ó no. Pasaron á la votacion que iba siendo contra los deseos del inquisidor, y llegando el voto al consejero Cardona, dijo: que lo mas que en aquel espediente se podia arbitrar era, que si su Ilma. tenia alguna duda, recelo, ó desconfianza de los teólogos que habian censurado aquella causa, podria elegir otros en mayor ó menor número, que

de nuevo volviesen á calificar el hecho. Respondió el inquisidor general: ya es tarde para eso. Replicó Cardona: nunca es tarde para hacer justicia. Alteróse su Ilma. y alzando la voz dijo, basta responder, si «ó no, que como está se juega: «Pues, señor Ilmo., si como está se ha de jugar, digo que no puedo rubricar.» Repuso Cardona. Y habiéndose seguido los dos últimos votos, que eran Arzeamendi y Zambrana, votaron tambien, que no, con lo cual fué unánime la negativa. Retiróse su Ilma. dejando entrever la ira que le dominaba. Una hora despues fueron presos tres consejeros y el secretario Cantolla, con escándalo de la córte, pues eran personas de conocida providad y sabiduría. Proveyó las plazas en sugetos de su devocion de quienes se proponia alcanzar la aprobacion de los atropellos hechos con Froilan. Reunióse el consejo y una vez presentadas las pruebas contra el reo, resolvióse tambien por unanimidad, con asombro del inquisidor general, que no debia firmarse el auto contra el maestro Froilan.

Entre tanto entendia en su causa el santo tribunal de la inquisicion de Murcia donde continuaba preso el presunto reo. El inquisidor general mandó allá los autos para que los prosiguiesen hasta definitiva, cometiendo ene sto el absurdo de constituir juez de apelacion á un tribunal inferior de lo que habia ejecutado el consejo supremo. Comprendió el de Murcia así esta dificultad como la que incluia la causa, pues se hallaban con una delacion desestimada por los teólogos de Madrid, y despreciada por el consejo de la santa inquisicion. Remitieron el auto á una junta de calificadores, ocultando la censura de la de Madrid para que con mas libertad pudiesen emitir sus opiniones. Reuniéronse los principales teólogos residentes en Murcia; y habiéndose hecho relacion de los hechos y acusaciones, declararon tambien unanimamente que la persona delatada no merecia censura teológica, que fué lo mismo que declararle libre. Dióse cuenta al inquisidor general, quien burlado en sus esperanzas se preparaba á fulminar sus iras contra el santo oficio de Murcia, que le hacia el doble desaire de no responder á la confianza con que descendiendo de su alto puesto, les habia mostrado remitiéndole la devolucion del espediente. Resolvió por de pronto que trasladasen al reo á esta corte y que se le encerrase en nua celda del colegio de santo Tomas, encargando al prior se le tuviese sin luz y muy vigilado.

Por este tiempo agravándose las dolencias del rey acabaron con su penosa existencia. El inquisidor general fué nombrado uno de los gobernadores del reino, con lo que todos esperaban que de una vez saltando por encima de cuantos obstáculos le saliesen al paso, acabaria con su enemigo, pero el nuevo monarca, Felipe V desbarató sus planes, pues antes de llegar á la corte, desde el camino mandó que el inquisidor general cesase en este cargo y nombró en su remplazo á D. Lorenzo Folch de Cardona, tambien enemigo de Froilan.

El generalísimo de toda la órden de dominicos residente en Roma trabajaba incesantemente porque se publicase la inocencia de Froilan, y se le pusiese en libertad pero todas sus diligencias no bastaban, los años transcurrian y se perdian las esperanzas de salvarle. Vinieron de Roma con el fin de activar sus pretenciones algunos religiosos de su órden en union de D. Lorenzo Cardona, gran partidario de Froilan, que revolvian incesantemente el asunto, si bien no adelantaban gran cosa en sus pretensiones. El año de 1704 decreto S. M. el rey Felipe V la reposicion en sus destinos de los tres inquisidores y el secretario que fueron jubilados por oponerse á rubricar el auto. El mismo dia se previno al inquisidor general que pusiese en manos del consejo todos los autos contra Froylan y que mantuviese á sus ministros en la posesion y preeminencias en que estaban, asi de votar como en todos los demas particulares de que habian gozado desde la creacion del tribunal. Apresuróse el consejo á reunirse para ver y fallar la causa por tantos años detenida entre las manos de los inquisidores generales. Leidos detenidamente todos los capitulos de la acusacion se resolvió y firmó la sentencia siguiente »de todos los autos referidos no resulta culpa alguna que constituya al dicho Maestro Fray Froylan Diaz, reo del santo oficio y que en justicia debe ser restituido al ejercicio de su plaza de Consiliario de este consejo con todos los gajes que corresponden al tiempo que ha dejado de servirla y á todos los honores y puestos que tenia y á su convento del Rosario de esta córte, y que de este auto se remita copia autorizada á todas as inquisiciones»' y asi lo rubricaron.

Luego que se publicó este auto en el consejo que fué aquella propia noche, se dió órden para que el consejero D. Andrés de Soto, asistido de un secretario, con un testimonio del referido auto pasase al colegio donde se hallaba preso Froilan, y notificase al prior les entregase á este en el mismo acto. Hecha la notificacion pasaron todos juntos á la celda donde estaba recluso y »sacándole de ella, le abrazó D. Andrés Soto: dándole la enhorabuena y lo mismo hizo e secretario, á todo lo cual estuvo muy sereno Froylan, correspondiendo cortesana y respetuosamente, solo se le esperimentó la novedad de no poder sufrir la luz porque durante su encierro no la habia visto. Poniéndose la mano delante de los ojos preguntó al Sr. Soto ¿y bien, señor D. Andrés, donde me lleva V. S.? A restituir á V. S. á su celda respondió Soto de donde fué injustamente arrebatado y así lo acaba de declarar el consejo, al cual puede V. S. asistir mañana donde se le guarda su puesto, pues V. S. ha sido repuesto de todos sus honores y grados, y vamos, señor, que esperan algunos compañeros en el Rosario. Froylan esclamó, gracias doy á Dios y le alabo de todo corazon por tantas misericordias como derrama sobre este vil gusanillo. Mil gracias doy á V. S. tambien y al consejo por lo que han mirado por la honra de mi religion, que yo nada merezco; y fué á arrojarse á los pies de Soto, quien le recibió en sus brazos volviéndole á estrechar». Volviéndose Froylan al Prior, que no habia perdonado medio de hacerle penosa la prision, le dijo «Padre nuestro señor pague á V. S. tanto como me ha dado en que merecer.» «Señor, respondió el prior turbado; yo he sido mandado. Ya lo considero, respondió Froylan «y sin hablar mas bajaron á tomar el coche en que sentaron á Froylan á la derecha. Dirigieronse al Rosario en cuya portería le aguardaban varios consejeros, el prior y toda la comunidad. Al parar el coche á la puerta se adelantaron las personas de mas categoría y por su órden fueron abrazando á Froilan el cual no pudo contener las lágrimas cuando vió y estrechó en sus brazos al consejero Cardona su mayor defensor y a quien debia la libertad. Luego le acompañaron á su celda que el mismo prior habia preparado, y dejándole en ella se tomó testimono de este acto con lo que quedó terminado este suceso idosruo y célebre dentro y fuera del reyno.

LA HERENCIA DEL POETA.

El año que sé yo cuantos
de la creacion del mundo,
Júpiter mandó á los hombres
venir á su trono augusto.
Llegaron, tosió, escupió,
reinó silencio profundo,
y el buen señor descolgóse
con el siguiente discurso.
«Hasta el dia de la fecha
mi providencia os mantuvo;
pero desde hoy, camaradas,
la cosa toma otro rumbo.
Grata donacion os hago
de la tierra con sus frutos,
del mar y de cuanto encierran
los dos elementos juntos.
Mire cada ciudadano
qué objeto es mas de su gusto.
cójalo; y al que lo atrape
declároselo por suyo.»
¡Ira de Dios! ¡con qué prisa
echó á correr el concurso!
Ya estaba Júpiter solo
antes de medio minuto.
¡Qué empujones! ¡qué porrazos!
Aquello dicen que anduvo
cual proclamacion de reyes
en que echan dinero al vulgo.
El labrador se apropió
un campo estenso y fecundo,
el pastor una dehesa,
el arriero cien mulos,
el fraile un buen refectorio,
el juez la horca y el verdugo,
los curas el pié de altar

y los reyes los tributos.
Cuando todo estaba ya
tomado á fuerza de puños,
héte que viene el poeta
y se halla sin bien ninguno.
Pide parte y se la niegan,
antes le llaman intruso,
y donde el pobre se mete
le quieren zurrar el bulto.
A Júpiter el cuitado
va por último recurso,
y el Dios le dice qué ¿dónde
y en qué diablos se entretuvo?
«Señor, contestó el poeta,
yo que con piadoso impulso
á los males del cerebro
remedio buscar procuro,
allá en un pais distante
donde tu órden no se supo,
fundé un hospital de locos,
y observándolos estudio.
Por esto falté al reparto,
y fuera en verdad absurdo
que yo me quedara *in albis*
por ser bienhechor de muchos.»
—«Razon que te sobra tienes,»
respondió Júpiter sumo:
justa tu tardanza fué
y es el atenderte justo.
Ya que una casa de locos
fundaste, segun escucho,
la jaula mejor de todas
por herencia te instituyo.»
Desde esta adjudicacion,
confirmada por el uso,
la casa de locos es
de los poetas refugio.

J. E. Hartzenbusch.

Vista de la playa de san Blas, tomada desde el Salate, en la América del Sud.

EPISTOLAS

QUE UN SUSCRITOR DIRIGE AL SEÑOR MELLADO SOBRE LAS MEDIAS-SUELAS Y TAPAS CON QUE ESTE HA REMONTADO LOS RECUERDOS DE UN VIAJE EN ESPAÑA, PARA MEJOR DISIMULAR EL PLAGIO.

Fecha ut supra.

Es una costumbre laudable, amigo mio, el presentar disparates gramaticales ó históricos en el prospecto de las obras, asi nadie puede darse por engañado y V. se coloca desde luego en el lugar que le corresponde. No es castizo el título de los *Recuerdos de un viage en España*; pero como podia acontecer que supiese geografía, historia y sus adherentes un mal hablista, ingirió V. en el prospecto por via de muestra un retazo del cuentecillo del Papa-moscas (parodiado se supone de *L'Espagne*) donde tropezé con una falta. No crea que voy á ocuparme del trage afrancesado que ostenta en el grabado Enrique III, ni del pistolete que lleva al cinto, ni del *toison* que adorna su cuello (1) estos son pecados veniales y menudos que V. comete en cada página y en cada línea de sus obras, otra cosa me llamó mas la atencion, por ser el desenlace de cuento. Supone V. que el aventurero Enrique se estravió en un bosque y que allí le rodearon unos cuantos lobos de los cuales hubiera sido víctima á no librarle un *disparo de arcabuz* que soltó cierta doncellita trashumante enamorada del monarca. Pasemos por el disparo, aunque mejor hubiera sido decir *tiro*; ¿pero no le chocó á V. carísimo editor lo del arcabuz y manejado por una doncella enferma con puntas y collar de loca? El arcabuz es una de las mas antiguas armas de fuego, verdad; mas ni en aquella época se habia hecho popular todavía el uso de la pólvora, ni los arcabuces de aquel tiempo ó mejor dicho de los tiempos posteriores podian manejarse por una jovenzuela, pues se necesitaban dos hombres robustos para prepararlos y dispararlos. En 1524, es decir, 117 años despues de la muerte de Enrique III, servian de grande impedimento para el ejército imperial de Borbon que los empleó por la vez primera contra el Almirante Bonivet, en el estado de Milan. En fin pásese por la Armería real y si V., que es robusto, puede apuntar contra un lobo tal instrumento, le doy paso al desenlace del cuento del Papa-Moscas. ¡Válgame Dios con el arcabuz, señor don Francisco, si el humanista que sirvió de guia á don Quijote para su famosa entrada en la cueva de Montesinos, pilla el prospecto, de seguro que toma nota para el *Suplemento á Virgilio Polidoro* donde trataba de la invencion de las cosas y coloca, adovada con su gentil estilo, esta noticia del *disparo* entre las que declara-

(1) La órden del *toison* fué instituida en 1429, por Felipe el Bueno, duque de Borgoña, y Enrique III murió en 1407.

ban quien tuvo el primero catarro en el mundo y quién el primero que tomó las unciones para curarse el morbo-gálico!—Que no corrigiese el trage de la pintura se comprende porque para ello era preciso destrozar ó inutilizar el *clisé* y á V. le habia costado su dinero, mas porque no corrigió lo del arcabuz? Una javalina, un dardo, una azagaya, una ballesta hubieran venido como diputacion en cabeza de tonto y el cuento habria ganado en exactitud, en verdad, ya que tanto ha perdido en estilo.

Dejemos el prospecto.

¿Por qué no corrige V. bien las pruebas? De otro modo se espone á que Roger de *Beaubor* y Teofilo *Gauhtier* se quejen de V. por haberles estropeado sus nombres, y á que los domines digan que no sabe jota de latin puesto que imprime *nuliuos diocesis* por *nûllius diœcesis*.

Entremos con el Cardenal Gimenez de Cisneros, cuya muerte describe V. en las primeras páginas de sus *Recuerdos*. En primer lugar Cárlos I *no venia* de Alemania á heredar el trono de sus abuelos los reyes católicos; *venia* en 1517 á tomar las riendas del gobierno, porque el gran Emperador nació con derecho al solio español y para heredar no es menester ir ni venir sino títulos legítimos y fallecimiento del dueño. En segundo ¿para qué hacer envenenador á un judio? No sabe V., amigo viajante; que los judios eran en aquella época, gracias á la espulsion y á Torquemada, *rarísima avis*? Siempre este pueblo tan desgraciado como célebre, este pueblo cuya legislacion y cuya moral es en parte la nuestra, ha de ser perseguido, desfigurado y acriminado por los novelistas y los dramaturgos ignorantes! En cuanto á lo de los hermanos, pase, aunque me parece que no es cosa muy acreditada: tambien hubiéramos recibido gran contentamiento con que V. enalteciera un poco al grande hombre de quien decia Voltaire algo paradogicamente: «*qui toujours vétu en Cordelier, mel son faste á fouler sous ses sandales le faste spagnol.*»

Comienza el capítulo III.—«*Desde Bocequillas á Aranda, nada nos ocurrió que merezca referirse. Este último pueblo, cuya fundacion se atribuye á los romanos, suponiendo que es la antigua Confluenta, que el geógrafo Tolomeo designa entre las ciudades de los Arevacos....*»

¿No se acuerda V. de los tropezones de la España geográfica? ¿A qué esponerse para caer de nuevo?—Dice Ptolomeo en el capítulo VI, tabla II de Europa, de su YPHIGESIS GEOGRÁFICA.—«*Al sud de los Pelemones y de los Berones están los Arevacos y sus ciudades son*: COMPHLOENTA...» Con que desde luego tenemos una errata y no pequeña en el nombre, errata de importancia porque atañe á la nomenclatura geográfica. Ademas la ciudad celtibera de *Comphloenta* estuvo donde hoy Agreda. Aranda segun Lopezrraez, es ciudad moderna y fundada con posterioridad á la conquista de Castilla; pero habiendo yo leido en el capítulo 25 parte 3.ª de la historia de la dominacion de los árabes por Conde, que en Aranda de Duero perdieron en 1120 una gran batalla los moros (hecho histórico que V. no menciona) me inclino, interpretando á Strabon, á que Aranda sea la antigua *Sergontia* ó *Serguntia*.

Vamos á Clunia, y hablando mas en verdad, á sus pintorescas y filosóficas ruinas. No es muy exacto lo de que batiese moneda antes de la conquista romana; porque las medallas que allí se encuentran, y todas las conocidas de esta *colonia* (y que fuese colonia tampoco se evidencia á pesar de la autoridad de Ptolomeo y la de Harduino) tienen á Tiberio ó á Galba en el anverso, y una sola que publicó Florez en sus *addenda* con visos de *antigua*, no pasa entre los inteligentes por de Clunia. En esto de antigüedades hay que escribir con mucho pulso.

No quiero polémica sobre la fundacion de Burgos, ¿mas cómo he de sufrir lo que V. dice, ó el autor de los Recuerdos, á propósito de la Catedral?... Vaya un cuento que amenice las asperezas arqueológicas y numismáticas.

Llevaron á una forastera remilgada á que viese la *Giralda*: miró por fuera aquel elegantísimo monumento, lo remiró por dentro, subió, tocó, bajó y cuando ya se retiraba preguntáronle.—¿Vamos, qué le parece á V?...—Psi... bien, pero tiene un defecto, contestó la marisabidilla.—¿Cuál?—*El que no es portátil.* Y una observacion semejante se le ocurre á V. al frente del mas gallardo y célebre de nuestros monumentos góticos: para el autor de los Recuerdos de un viaje en España, *uno de los defectos capitales de la Catedral de Búrgos, es la escasez de luces!!...* ¡Blasfemo anatema!... dirian Chateaubriand y Victor Hugo, Lamartine, Zorrilla y Villamil, si tuviesen la desgracia de leer tan desaliñada frase. La vaga y misteriosa claridad que penetra por entre los pintados vidrios y se apaga en los muros de un templo ennegrecido con el baño monumental de los siglos, esa luz trémula que mezclada con el ténue resplandor de las lámparas presta suave y religioso pavor á las almas cristianas, que recuerda los rayos de luna que al través del ramaje de las encinas venian á iluminar las fiestas druídicas, esa luz nebulosa que como la claridad de las catacumbas, pierde su mundanal alegría al través de las sagradas pinturas, que envuelve con su manto las duras formas arquitectónicas, esa luz que iguala el trage del pobre con el del rico, que no deja ver las lágrimas vergonzosas del arrepentimiento, ni las angustias del que aparenta felicidad en el mundo y viene á orar pidiendo á Dios una esperanza; esa luz que tanto aman los artistas y los poetas en cuya frente arde el *quid divinum*, es *un defecto capital para V.!!!* Romped los vidrios pintados, deshaced las ojivas y sus labores afiligranadas, entrad el sol á *esportadas*, si necesario fuere, blanquead los muros labrados, pintad de ocre y almagre el templo del UNO y TRINO, derribad los órganos y al son de una bandurria dancen bacantes y haya pagana alegría en las basílicas cristianas!...

Pierdo los estribos con semejantes heregías artísticas. —El género de la catedral de Burgos, dice V. que se llamó *gótico* en tiempo del *renacimiento*, y se equivoca como en la nomenclatura de los miembros y partes de esta arquitectura: en el siglo diez y seis se llamaba estilo *moderno* á lo que ahora *gótico* y estilo *antiguo* al *greco-romano*, por consiguiente para el arte monumental ni sabe V. ni tiene sentimientos de artista, le falta lo *reflexivo* y lo *espontáneo*.

¿Y como habia de sentir entusiasmo el viagero que confiesa *haber pasado el rato mas divertido de su vida* contemplando la barbara *fiesta de los ciegos*, en que veinte de estos infelices se apalean cruelmente y son atropellados por inmundos cerdos sirviendo de escarnio á los espectadores por una corta recompensa?... Un ciego haroposo, golpeado por otro ciego y atropellados ambos por dos sucios animales, cuyo nombre no puede repetirse entre la buena sociedad; un pueblo soez que grita y pide mas pelea, aunque los mendigos esten mal heridos ¡bello espectaculo por cierto! ¿Qué encontraria de grato en tan repugnante lucha donde no hay ni la grandeza trágica, ni lo pintoresco de nuestras fiestas de toros?...

Sigamos hácia Valladolid, no sin advertirle á V. que Dueñas no se llamó *Eldamo* en tiempo de los romanos sino *Eldana*. Célebre aquella antigua corte por muchos y variados sucesos, cuenta V. algunos, mas siempre con inexactitud, no solo en los grabados sino en los detalles, por ejemplo: Fernando Colon, que aunque hijo ilegitimo del gran descubridor heredó su genio y legó á la posteridad una magnifica historia de los hechos de su padre, mandó segun los *Anales de Zuñiga* veinte mil volúmenes á la ciudad de Sevilla, con los cuales se formó la biblioteca colombiana, y no doce mil como V. afirma.

Dejemos el auto de fé, y la historia del acueducto de Segovia que son fragmentos de *L'Espagne pittoresque* y volvamos á mi pesar á la geografía antigua. Avila no viene de *Abula*, ni esta palabra es arabiga de origen. La antigua *Obila*, que Ptolomeo nos ofrece en sus tablas, ocupaba el lugar que hoy Avila: san Gerónimo la nombraba en sus tiempos, de la misma manera que nosotros, en aquella célebre epistola que comienza: *Priscilianus Abilæ episcopus*: y en los concilios suscribian sus obispos, Abela. ¿De donde ha sacado V. lo árabe del nombre de Abula? Solo Idacio lo usa en su cronicon escrito en latin bárbaro.

Salamanca la famosa no fué tampoco *Salamantica*, sino *Salmantica*, como se lee en las inscripciones publicadas en el tomo XIV de la *España sagrada* de Florez, que decidieron la cuestion de los erúditos que la llamaban *Salmatica*, *Salmatice* y *Salmatis* (ninguno *Salamantica*) apoyados en Erasmo, Frontino y Polydoro. De esta ciudad, célebre en los fastos de la civilizacion europea, y sobre todo de la española, dice V. muy poco: ni el recuerdo brillante que á sus heróicas mugeres consagra Plutarco en su tratado de *virtutibus mulierum*, ni sus caracteristicos barrios de estudiantes, superiores por su originalidad al famoso *cuartel latino* de Paris, ni sus innumerables y estraordinarios colegios le merecen una memoria! Cervantes en su *tia fingida*, Lujan el autor de Gil Blas, Guevara, Quevedo, nuestros novelistas todos han consagrado algunas páginas belli-

simas al estudiante salamanquino, que es el *manteista* por antonomasia, la bella y poética tradicion de nuestras grandezas científicas. V. por no decir poco, no ha dicho nada: sin embargo en su empirico prospecto otra cosa prometia.

Mirobriga y no *Morobriga* se llamaba en lo antiguo Ciudad-Rodrigo; pero aun prescindiendo de la errata, porque en la primera parte de su obra no hay un solo nombre bien escrito, en lo que atañe á geografía antigua debia V. haber dicho *Mirobriga vettonum*, pues hubo MIROBRIGA CELTICA; *oppida memorabilia Salacia*, *Mirobriga*, que dijo Plinio hablando de los mas notables pueblos costeros al Tajo, *Mirobriga turdulorum*, donde hoy la villa de *Capilla* junto á Benalcazar, que fué municipio segun la inscripcion publicada por Masdeu en su tomo VI, y por último la *Mirobriga turditana* de que habla Ptolomeo.

Fstoy ya cansado amigo mio y no merece su obra de V. tanto trabajo perdido.

Y todo lo hubiera sufrido en paciencia, como buen cristiano que soy, si á trueque de esta ignorancia en la geografía (que es lo esencial en un viage) se hallasen en las páginas de la primera parte, objeto de esta carta, brillantes descripciones, paisages, ingenio, poeticas tradiciones como las que en la espresiva lengua del pueblo nos cuenta Fernan Caballero, baladas, romances, graciosas mentiras cual las de los viageros franceses, pintorescos cuadros de costumbres, noticias erúditas, descripciones de monumentos como las de Ponz, consideraciones sobre historia natural, sobre geologia, sobre estadistica, sobre la administracion, sobre agricultura, sobre las artes á la manera de Laborde, de Jonnes, de Washington ó del capitan S. E. Cook en sus *Sketches in Spain*, algo en fin que pudiera ser útil ó agradable.

¿Quién no perdona á Alejandro Dumas sus equivocaciones, sus calumnias, sus mentiras mayúsculas cuando nos lleva de la mano, poniéndonos ante la vista como por encanto los Alpes, Italia, Francia, el Líbano que jamás visitó? Cuánto nos engañan Lamartine en su viaje á Oriente, Jules Janin en sus páginas de Italia, ¡pero cómo nos seducen y arrebatan! No quiero citar á Humboldt, á Chateaubriand, á Victor Hugo, á Walter Scott que combinando la ciencia y la belleza del estilo pasan por inimitables modelos!... ¿Mesonero Romanos, F. Gerundio, sin pretensiones elevadas, no entretienen y enseñan al lector, aunque recorren camino trilladísimo y espigado?

En resúmen, su obra de V. no es nueva ni en la forma ni en la esencia: es un zurcido de inexactitudes, carece de mérito literario, desde el título al índice es un ultraje al habla castellada.

¡Y para esta obra donde no hay *belleza* ni *verdad* quiere V. una ovacion como la del TROVADOR! Quiere V. que de todos los ángulos de la Península se grite—¡*El autor!!!...* —¡*Su retrato !!!*—¡*El retrato del autor!!!*

No, amigo mio, mucho, muchísimo malo se publica, y estas cartas son una prueba; pero la tal obra es de lo peor.

No puedo mas: veinte circulares pidiendo por la centésima vez, noticias que ya tiene el gobierno archivadas ó vendidas por papel viejo, el reparto mónstruo dela contribucion estraordinaria, un juicio sobre faltas en que el alcalde cometerá la vigésima injusticia, las vísperas de la Concepcion, porque tambien soy organista y la barba del cura me llaman, por tanto: *Vale*.

EL FIEL DE FECHOS DE PAMPANEIRA.



Una torcedura bien cuidada.

El rey de Inglaterra tenia la costumbre de ir todos los sábados en el verano, á Kensigton, costando cada una de sus escursiones la módica suma de mil libras esterlinas. La princesa Amalia, se torcio un pié en una de las espresadas espediciones, y como se necesitase de un poco de aguardiente para aplicarla una compresa, se vió en las cuentas rendidas al fin del año una partida espresada asi: 365 botellas de aguardiente para el uso de la princesa Amalia.

Fracmento de una meditacion en las ruinas.

Tambien muere el sepulcro; tambien murió la historia;
hasta en la tumba efímero se humilla á nuestro ser.
Las ruinas son un sueño: su vida es la memoria;
vida y memoria llegan los siglos á perder.

Antes aquí se alzaban columnas á millares,
de un pueblo emperatorio severo panteon:
las ruinas se acabaron; y mieses y olivares
robaron á la muerte su postrera ilusion.

En choza convertido, donde el zagal se aloja,
el antro de las fieras del ancho circo está.
Itálica responden .... los versos de Rioja:
de Itálica los ecos nada responden yá.

Tambien de almas en ruinas que florecieron antes
solo guarda recuerdos la lúgubre cancion.
Su vida son los ecos, de páginas amantes,
no la caberna muda del seco corazon.

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Geología.

La superficie de la tierra no solo presenta inmenso campo á las observaciones científicas por la variedad de materias y sustancias que la componen, sino por las trazas que ofrece de unas revoluciones que han debido ser espantosas, y en cuya averiguacion se pierde enteramente el hilo de las analogías. El paralelismo de las capas, la angulosidad de las colinas, los inmensos fragmentos del granito, los grandes grupos de basalto anuncian de un modo irrefragable que el globo que habitamos ha sido la escena de considerables revoluciones. Pero mucho mas lo persuaden los vestigios animales que se encuentran profusamente derramados en las estrañas de la tierra y en la cima de los montes. Bien sabida es la muchedumbre de conchas fosiles que se ven en sitios remotos de la mar, y cuya variedad supone un horroroso trastorno, pues en la cima de los Pirineos y de los Apeuinos se ven conchas que hoy no se pescan sino en el Asia, otras peculiares de la América y otras de especies que se creen absolutamente estinguidas.

El *Bulla ficus* del Occéano Indico, el *Buccinura Plicatum* de la Jamaica; el *Turbo imbricatus* del mar Atlántico, el *Murex ramosus* del mar Bermejo y el *Murex sinensis* se ven en gran cantidad en los montes Sub-Apeninos. En estos mismos montes se descubren ademas restos de muchas tribus de animales marinos, siendo muy notables los de grandes ballenas no solo en huesos separados, sino en esqueletos enteros. Así se han hallado en varias partes de Toscana, en el territorio de Bolonia, en el Piamonte y en los alrededores de Feltro situados á 1,200 pies sobre el nivel del mar. Cerca de Castel Arcuato, en las inmediaciones de Placencia, se encontró un esqueleto de ballena casi entero, sin haber perdido mas que el gluten animal. Su longitud era de 21 pies, y la colocacion de sus huesos igual á la del animal vivo. Se vieron ademas restos de otra ballena mucho mayor, y muchas vértebras, costillas y mandíbulas separadas; un esqueleto de delfin de seis pies de largo; una parte de esqueleto de la misma tribu, y la mandíbula de otro delfin enteramente petrificada, conservando un diente con su esmalte natural.

Estos fenómenos en nada se comparan con los huesos que se descubren en los mismos sitios, vestigios de los grandes cuadrúpedos que habitan actualmente la zona tórrida. «Entre los fenómenos geológicos (dice un naturalista italiano) ninguno es mas admirable que este, ni mas digno de reflexion. No hay ningun hecho mas incomprensible á los ojos del naturalista, el cual se pierde en un laberinto de congeturas para esplicar cómo se hallan enterrados en nuestros climas el elefante, el rinoceronte y el hipopótamo. La multitud de esos esqueletos hace mas árdua la dificultad. Targioni calcula que los huesos de elefante, encontrados en el Valdarno superior, componian veinte individuos, y este número se ha aumentado tanto por los descubrimientos posteriores, que aquel distrito puede ser considerado como un vasto cementerio de esos gigantes animales. Se ha averiguado que antes que los habitantes de aquel territorio conservasen los huesos de elefantes para venderlos á los curiosos cerraban con ellos sus huertas y cercados. Una persona acostumbrada á estas investigaciones me acompañó al monte de Poggio Rosso, donde despues de mover la tierra en cuatro ó cinco partes, encontró un gran colmillo: de allí pasamos al *Colle degli Stecconi*, y con la misma facilidad, sacó una gruesa mandíbula, con algunos huesos del cráneo, y dos colmillos, de los cuales uno tenia cinco pies de largo, y ocho dedos de mayor diámetro.

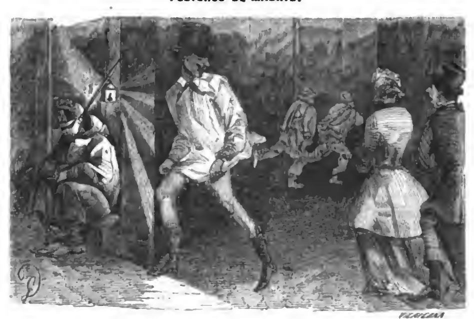
En el Valdaros superior se han descubierto huesos de rinoceronte, de hipopótamo, cuernos de ciervo, dientes del *mastodonton* y de otros animales herbívoros de la especie del caballo y del toro.»

Estos vestigios no se hallan solamente en la Toscana, sino en otras muchas partes de Italia; bastantes veces envueltos en materias volcánicas, otras cubiertos de conchas de ostras, y tan adherentes al hueso, que no se pueden separar sin romperlos.

En esta abundancia de huesos fosiles, no se ha visto ninguno que se pueda atribuir con probabilidad á los cuadrúpedos carnívoros. Otra observacion quizás la mas importante que las investigaciones geológicas han establecido, es que en todas las colecciones de huesos fosiles descubiertos en las diferentes partes del mundo, y aun en la costra superior de la tierra, modificada por la última de las revoluciones que ha padecido, jamás se ha visto la traza de la existencia del hombre.

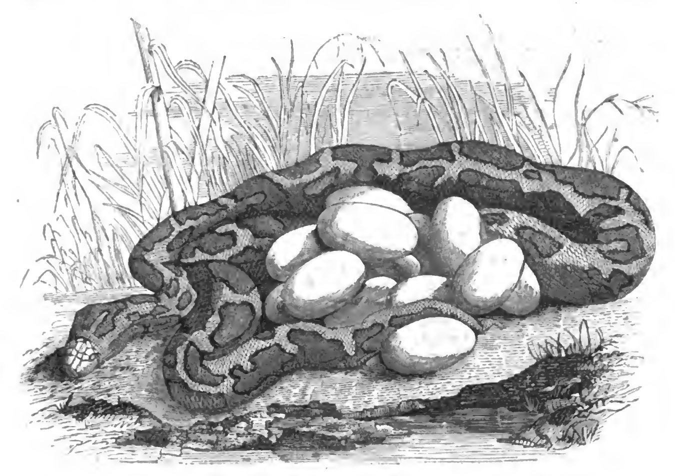
Si estos depósitos de huesos han sido acumulados por la gran catástrofe que los libros sagrados nos refieren, ó si los climas templados han sido habitados alguna vez por razas de animales que han desaparecido de ellos, ó bien si la Europa ha sido en épocas remotísimas teatro de vicisitudes que han alterado su clima, y por consiguiente han influido en sus producciones animales y vegetales, estas cuestiones no serán jamás decididas de un modo satisfactorio.

PELIGROS DE MADRID.



Sobre el susto el frio y la vergüenza.

Oficinas y Establecimiento tip. del Semanario y de La Ilustracion, a cargo de D. G. Alhambra.



El Phiton á dos rayas.

El Phiton á dos rayas se encuentra en las costas de Malabar, de Coromandel, de Bengala, y tambien, segun dicen, en Sumatra y aun en la China. Mora en los lugares hondos, sombríos é inundados por las aguas. En Java acomete á diversas especies de mamíferos, y especialmente á la especie pequeña de ciervos, llamada *montjac*.

Suele coger á su presa indiferentemente por cualquiera parte; inmediatamente, pues, la rodea con sus roscas, y, adhiriéndose al suelo con la estremidad de su cola, contrae sus anillos para magullarla; en seguida procura cogerla por la estremidad del hocico. En cuanto lo consigue se vé entrar con lentitud la víctima en su garganta, que, por un mecanismo particular, se ensancha en proporcion de la magnitud del cuerpo á que debe dar paso: por medio de semejante operacion, que algunas veces dura una hora, el animal entero, y hasta sus cuernos si los tiene, desaparecen en aquella sima. Poco despues cae el Phiton en un estado letárgico, que dura casi todo el tiempo de la digestion.

Esta clase de serpientes, para coger desprevenida á su presa, suele enroscarse en espiral entre las yervas mas altas ó en los arroyos, con la cabeza en medio, elevándola de tiempo en tiempo para ver si llega su presa, desenvolviéndose y lanzándose á ella en cuanto la vé á conveniente distancia. Muchas veces tambien, cuando colocadas en esta postura la aperciben al otro lado del agua, se sumergen en ella, y nadan con ligereza tal, que ni aun rizan la superficie.

Segun las observaciones de los naturalistas, estas enormes serpientes, al contrario de los reptiles de nuestros paises, y de gran número de otras especies, se colocan sobre sus huevos y los calientan, desenvolviendo durante este tiempo un calor notable; adocándolos de la propia suerte y con idéntico instinto al de las aves.

Estas incubaciones no han sido reconocidas sino en algunas especies de reptiles, que habitan en las regiones mas cálidas del globo; en nuestro clima no se halla ejemplo alguno.

El Phiton no tiene al estremo de su hocico esa punta dura de que ha provisto la naturaleza á los pájaros para picar su huevo. Empero, cuando se halla desenvuelta la cria, se hiende naturalmente el cascaron.

En cuanto salen de él los pequeñuelos suelen beber y bañarse muchas veces; no comen hasta despues de haber mudado de piel, lo cual tarda en verificarse de diez á catorce dias.

Los colores de las manchas de los pequeñuelos estan mas apagados que los de los adultos que son muy brillantes y parece que forman una especie de taracea de tintas muy vivas.

La mordedura de estas serpientes no es venenosa; son peligrosas únicamente por la estremada fuerza de su cuerpo.

La longitud de los Phitones suele ser de unas cinco varas próximamente, y el diámetro de su cuerpo unos once dedos.

EL CORRAL DEL PRINCIPE EN 1820.

Reside en esta coronada villa un antiguo amigo mio, natural de Simancas, menos conocido de lo que á la literatura conviene y mas desgraciado de lo que yo quisiera y el merece. Su edad frisa con los 30 años; es de ingenio clarísimo y de conocimientos poco vulgares; pero tan dado a estudio y especialmente á la lectura de libros históricos, que el mucho meditar y el poco dormir le han arrastrado á la locura mas original que imaginarse puede. Sucédele frecuentemente que pasa ocho ó diez horas sobre uno de los muchos manuscritos que, como único patrimonio, ha traido del pueblo de su naturaleza; y con tanta aficion le examina y analiza y escudriña, que, exaltada su imaginacion, se le antoja ver y escuchar todo lo que ver y escuchar podría si en aquellos tiempos viviese; pero con tal exactitud y verdad en los detalles, que el mismo Alejandro Dumas se alegraria de oirle.

En este estado, pues, de exaltacion debia de hallarse ayer cuando vino á llamar á la puerta de mi aposento el bueno de don Anacleto, que con este nombre ha bautizado á mi erudito amigo, el archivero de Simancas, tio y padri-

no suyo. Saludámonos cortésmente; dímonos las manos con demostraciones de entrañable afecto, y despues de hacerle sentar á mi lado entablamos el siguiente diálogo, tan entretenido como si le hubiera dictado el mismo Cagliostro, y tan curioso y original, que pienso que ha de servir de solaz y contentamiento al que con provecho lo leyere.

—No me esperabas, ¿no es verdad? He salido del corral del Príncipe á tiempo en que lloviznaba muy bonitamente, y como mi ferreruelo y mi jubon estan un tanto raidos, he resuelto entrar en tu casa y esperar aqui á que el cielo se despeje.

—Tate, tate, dije yo para mis adentros, ferreruelo llama á la esclavina y corral al teatro. ¡Medrados estamos! Y deseando adivinar el siglo en que mi discreto maniático se habia colocado, le dije: conque vienes del corral.....

—Exactamente, me interrumpió, del corral de Isabel de Pacheco porque el de Burguillos y el de la calle del Sol estan cerrados, y en el de la Cruz no he podido hallar un solo asiento: todo estaba vendido, tablados, corredores, aposentos y ventanas. Cosa, por Dios, bien estraña, pues la gente ha ido perdiendo el gusto á las comedias desde que Felipe II mandó que en las representaciones estuviesen separados los hombres de las mugeres, y sobre todo desde que prohibió los bailes lascivos y truanescos.

Yo soy tan lerdo y tan zote en punto á historia, que ni aun con estas esplicaciones acerté á comprender la época en que mi amigo se hallaba; y para salir de una vez de dudas, esclamé á media voz.—Felipe II tiene malos consejeros.

—Tenia, querrás decir; porque hace algunos años que descansa en el monumento levantado por él mismo para conservar sus cenizas y la memoria de la batalla de San Quintin: aunque yo tengo para mí que reyes como ese no han menester consejeros.

Acabáramos, murmuré yo sin que Anacleto pudiese oirme: ya sé que estamos en el siglo XVII.

Y como si hablara consigo mismo, prosiguió con gravedad y pausa de la manera siguiente.—¡Los tiempos van en decadencia! Felipe II dió un golpe mortal al arte inaugurado en Castilla hace siglo y medio por el marqués de Villena y sucesivamente perfeccionado por el poeta Juan de la Encina, por el atrevido don Rodrigo Cota, por el sacerdote Bartolomé de Torres Navarro, por el famoso Lope de Rueda y por el secretario Cristobal de Castillejo. Fr. Alonso Mendoza declaró en 1586 que las comedias no eran pecado mortal; y sin embargo doce años despues despachó provision Felipe II prohibiéndolas en todo el reino, y casi al mismo tiempo dispuso que en las iglesias y conventos no se representasen sino cosas ordenadas á devocion. ¡Oh! los chinos estan mas adelantados que nosotros: ellos tienen hoy comedias que duran doce dias con sus noches correspondientes.

—Algo exageras, me atreví á replicarle: los españoles tenemos hoy la misma influencia en los teatros de Europa que en los negocios públicos; y nuestro gusto domina á la par de nuestra política.

Anacleto, que estaba harto ensimismado para oir lo que yo decia, continuó con la misma pausa.—Ya desaparecieron los pasos honrosos, los torneos, los estafermos y los juegos de cañas y de la sortija. Es fuerza contentarnos con cuatro títeres italianos, y cuando mas con las desaliñadas comedias de Lope de Vega ó con las de su ingenioso discípulo Fr. Gabriel Tellez, que son precisamente las que ahora está representando la cuadrilla del famoso actor Cristobal Santiago Ortiz.

—¿En tan poco estimas, repuse yo, las obras de esos dos poetas admirables?

—Admirables ¡pse! Lope de Vega escribiria mejor si escribiese menos. Hay pureza y suavidad en su lenguage, no carece de invencion, tiene viveza en el diálogo y describe con gracia inimitable; pero ha dado á la estampa novecientas comedias, y doce libros en prosa y verso ademas de otros varios papeles sueltos: y el que mucho abarca poco aprieta. En Tirso hay mas artificio dramático y planes mejor delineados; pero sus damas son harto livianas, las situaciones estan todas vaciadas en un mismo molde, y en general, las costumbres que pinta no son las de este siglo. Entre sus dramas históricos solamente hay uno que merezca leerse: *la prudencia en la muger*, y los de intriga como la *villana de Vallecas* á cuya representacion he asistido esta tarde, estan plagados de defectos. Suponte que la primera escena pasa en Valencia, la cuarta en Arganda, la novena en Vallecas y el segundo acto en Madrid.

—En esa clase de licencias otros se han escedido mas que Tirso de Molina. Ahí tienes si no *el rufian dichoso* de Cervantes, cuya accion empieza en Sevilla y concluye en Mégico, y en la cual figuran un inquisidor, un padre de mancebia, un Angel, tres demonios, cuatro frailes, el virey de Mégico, un pastelero y tres ánimas del purgatorio; y la *Numancia* del mismo autor, en la cual hablan la enfermedad y el rio Duero.

—Esa es una crítica embozada, replicó Anacleto con prontitud; y si no lee la segunda jornada del *rufian dichoso* que acabas de citar, y hallarás la siguiente redondilla:

Ya la comedia es un mapa
donde no un dedo distante
verás á Londres y Roma,
á Valladolid y Gante.

—Hablemos, pues, de la *villana de Vallecas* y del corral del Príncipe porque no he visto aquella y hace mas de un año que no asisto á este ni á ningun otro.

—Con mucho gusto, prosiguió mi pobre loco. Salia yo de mi casa cuando encontré en la calle á un tal Calderon de la Barca, á quien conocí en Salamanca y de donde ha venido hace cosa de un año: jóven de muchas esperanzas y de tanto provecho, que su nombre ha de pasar á la mas remota posteridad. Llegamos á la puerta del corral y, por seguir la moda, tomamos nuestro vaso de agua con algunas golosinas de aloja y confitura, aumentando asi la ganancia del que tiene arrendado ese ramo. Pagó cada uno su real de entrada y fuímonos en derechura al patio, porque yo prefiero sentarme entre esa buena gente, á que llaman *mosqueteros*, á los corredores y ventanas donde se espone uno á las miradas de todo el mundo. Es verdad que allí se está á la intemperie, pues el toldo de angeo que cubre el patio no guarece sino del sol: y á fé que bien podian sustituirle con un tejado como el del corral. No bajaba de 800 el número de los espectadores, entre los cuales habia clérigos, frailes y nobles que ocultaban debajo de la capa su espada y su daga inseparables; y por Dios, que si todas las tardes hubiese igual concurrencia, no le seria dificil al empresario pagar los seis reales que se le exigen por cada representacion, ni á las cofradias sacar mas de 300 para los hospitales. En aquella ventana, con reja de una vara en cuadro, que cae sobre la primer grada he visto á tu vecino don Rodrigo Herrera de Rivera con sus insignias de la órden de Santiago; y en los corredores, al anciano coronista Miguel de Herrera, al escéntrico Mateo de Rivas Olalla que ha escrito la «defensa de las barbas de los sacerdotes,» á Pablo Verdugo autor de la «vida de Santa Teresa, en quintillas,» y á Pedro Gutierrez de Palmanos conocido por haber descrito poéticamente «la batalla entre los titanes y los dioses.» Allí han venido á saludarnos, entre otros muchos, los historiadores Felipe de la Gándara, Prudencio de Sandoval y Rodrigo de la Piñuela. Rodó la conversacion naturalmente sobre la cuadrilla del famoso Ortiz, sobre las comedias que van á representarse en la sacristia de San Felipe el Real, y sobre esa plaga de representantes que hoy se conocen, segun sus categorías por las gitanescas denominaciones de *Bululú*, *Naque*, *Gangarilla*, *Cambales*, *Garnacha*, *Bogiganga*, *Farándula y Compañía.* Hablóse de los muchos fulleros y truanes, asi leges como eclesiásticos, que abrazan la profesion cómica, sin licencia ni título particular, para burlar la persecucion de la justicia; y censuróse, en fin, cuanto atañe al histrionismo, que viene á ser el asilo de todos los gandules y delincuentes de la península, y el anzuelo en que prenden las riquezas de muchos nobles.

Despues de hacernos esperar largo tiempo, alzóse al fin la cortina y cuando yo me prometia no perder una sola sílaba de los actores que fuesen saliendo á la escena, vino á distraerme la siguiente plática sostenida entre dos hidalgos que cerca de mí se hallaban.—No le agradará á vuesa merced la comedia.—¿Por qué lo decís?—¿Porque está en castellano.—¡Pues podia estar en hebreo!—Hay mas idiomas que el hebreo: pudiera estar en italiano como las famosas de Ganasa que gustaban á todos.—A todos los tontos.—Y á Felipe II que no era tonto: dígalo si no aquel drama religioso que hizo representar en su palacio «la fiesta del zapato.» ¡Oh! no hay comedia como la *Serafina*; está escrita en cuatro lenguas, lemosina, latina, italiana y castellana.—¿Vos sabreis esas cuatro lenguas?—Yo, ningu-

na, pero tampoco sabreis vos bailar en la maroma y sin embargo os gustará ver á los volatines. Este poderoso argumento suspendió por algunos minutos la conversacion, al cabo de los cuales volvieron á anudarla con tanta bulla y estrépito que el primer acto se concluyó sin que pudiéramos entender una palabra ni Calderon ni yo.

—En el segundo acto, dije yo, te habrán dejado oir á los cómicos.

—No ha sido así, me contestó Anacleto; antes por el contrario se armó una gresca tal en el patio, que á no haber mediado Calderon y yo, hubiera bastado para dar al traste con la comedia y quizá tambien para dejar mal parado á alguno de los actores. Sucedió, pues, que un zapatero llamado Sanchez, hombre de tanta influencia entre el populacho que todos los poetas le respetan, dispuso los ánimos para una silva, á consecuencia, segun pude comprender, del desprecio con que le considera Fr. Gabriel Tellez. Habíanse repartido pepinos entre los alborotadores, y cada cual aprestaba, bien una llave ó bien otro instrumento cualquiera para hacer ruido, cuando yo que me apercibí del proyecto pude impedir que se llevára á cabo; pero en estas cosas se pasó el segundo acto y la comedia toda, sin que pueda asegurar que sea de Tirso de Molina. Bien sabes que este poeta suele dar su nombre ó su seudónimo á muchas obras de escritores oscuros y desconocidos.

—Yo lo creo, como que en la dedicatoria de la segunda parte de sus obras, cuya impresion ha costeado la hermandad de mercaderes de libros, dice, si mal no me acuerdo lo siguiente: «Yo, virtuosa congregacion dedico, de estas doce comedias, cuatro que son mias, en mi nombre; y »en el de los dueños de las otras ocho (que no sé por qué »infortunio suyo, siendo hijas de tan ilustres padres, las »hecharon á mis puertas) las que restan.»

—Justamente, añadió Anacleto, iba yo á citarte ese párrafo que he leido hace pocos dias; y no te estrañe que un autor adopte como suyas producciones estrañas, si ese es un medio de hacer fortuna; porque en la época venturosa que alcanzamos son cosas muy compatibles el talento y la pobreza, y aquí en Castilla es antiguo proverbio que ave de pluma no mantiene á su dueño. Sin ir mas lejos, ahí tienes á Cervantes, ingenio á quien el mundo admira, que despues de haber sido proveedor de la armada de Sevilla y perceptor de contribuciones, murió tan pobre y desvalido que aflije el recordarlo; y á Cristobal Colon que en recompensa de haber descubierto un nuevo mundo se le condujo á Europa cargado de cadenas y se le dejó morir en Valladolid á últimos del siglo XV tan olvidado de los españoles como si nada le debieran. En este pais si alguna proteccion alcanzan el ingenio y las letras, es mendigada y humillante. Al paso que nuestros reyes consumen inmensos tesoros en edificar capillas y monasterios, hoy estariamos sin un corral en la córte, si la hermandad de nuestra señora de la Soledad y la cofradia de la Pasion no hubiesen levantado por su cuenta los que tenemos.

Conociendo que mi erudito compañero estaba en disposicion de no callar en toda la noche, le salí al encuentro con las primeras palabras que se me han venido á los labios y fueron las siguientes—de manera que se ha concluido la representacion sin que tú ni Calderon de la Barca os hayais aprovechado de ella?

—Oh! por el contrario, me respondió, nos ha servido de distraccion el final. Como la chusma dispuesta á silvar no vió cumplido su gusto, deseaba desahogar de cualquier modo su bullicioso intento. Habiase anunciado que se bailaria el Turdion y la Pabana, bailes tan graves y tan serios que parecen inventados por un ermitaño. El público empezó por murmurar, despues alborotó, concluyendo al fin por pedir con descompuestas y descompasadas voces todos los bailes prohibidos. Unos decian: que se baile el Polvillo! Otros gritaban: ¡el Santaren! y en medio de aquella baraunda se oia al zapatero Sanchez, no queremos danzas que nos hagan llorar, queremos que se baile el pasa-calles, y la Gorrona, y la Papironda, y la Zarabanda! aquello parecia un infierno; hemos llegado á temer que el patio se hundiese ó que las ventanas se desplomasen sobre nosotros: hubo doncellas que se desmayaron, dueñas que ofrecieron una misa á Santa Tecla para que las sacase con bien de aquel aprieto, y algun alguacil escondió la vara temeroso de ser conocido y apaleado. En fin fué tal y tan general la zambra que se accedió á los deseos de los amotinados, dando principio al nunca bien ponderado baile de la Zarabanda. Entonces era el ver aplaudir á los jóvenes, ruborizarse á las damas, cubrir la cara á las viejas y agitarse en sus asientos ó brincar de contentos á los mismos religiosos que mas han vituperado desde el púlpito la depravacion y licencia de las costumbres actuales: que así es el mundo! hoy reprobamos lo que hemos de hacer mañana, y ve la paja en el ojo ageno quien no ve la viga en el suyo. De esta manera tan divertida como inesperada concluyó la funcion; y puedo asegurarte que no me pesa de no haber podido prestar atencion á la comedia, porque si habia de ser para contemplar, como hace pocos dias, á un emperador romano en jubon y calzas y escoltado por una guardia de arcabueros, vale mas haber estado entretenido con los actores del patio. Y al fin y al cabo las comedias del comendador Fr. Gabriel no me agradan en demasia; rara vez prescinde del gongorismo que en estos tiempos inunda la literatura, y no es verdaderamente poético sino cuando se entrega á su genio, desechando lo metafísico del estilo culto. El escritor dramático debe copiar fielmente las costumbres: y la sociedad de Tirso en nada se parece á esta sociedad en que vivimos: sus criados, dige indispensable de todo galan, han de ser deslenguados y por fuerza han de tutear á su amo como á un camarada y decir bufonerias; pero el público se paga tanto de estas inexactitudes que la naturalidad le disgustaria. Ultimamente; Tirso es sobradamente licencioso: nada se ha escrito mas inmoral que el primer acto del «Burlador de Sevilla y Convidado de piedra» y la conclusion de «el Vergonzoso en palacio.»

Aquí llegaba en su narracion el alucinado Anacleto, cuando oimos sonar nueve campanadas en el reló de San Juan de Dios. Levantóse y alargóme la mano despidiéndose con palabras muy corteses. Ofrecíle mi compañía; y como rehusase, él se fué solo y yo me volví á mi butaca con mis pensamientos, que mucho ganaria si me dejasen tambien.

Despues de la estraña conversacion que acababa de tener me quedé por largo tiempo caviloso y pensativo. Presentáronse á mi memoria todos los grandes recuerdos históricos del siglo XVII, y la comparacion entre el reinado pacífico y tranquilo de Felipe III y la época de turbulencias y anarquía que atravesamos me desconsoló en estremo. Yo que he andado la mayor parte de mi vida de zeca en meca y de zoca en colodra, al compás de los vaivenes políticos, preferiria haber nacido en aquellos buenos tiempos, de menos ilustracion acaso, pero, sin duda alguna, de mas calma y reposo. En el siglo XVII, cuando la comedia se estaba formando, cuando el aparato escénico estaba en mantillas y cuando el público veia los autos sacramentales desde un banco de roble, y á la luz de algunas velas de sebo, entonces florecieron Lope, Tirso, Moreto, Rojas y Ruiz de Alarcon; y hoy que tanto hemos adelantado, ni siquiera alcanzamos á imitarles dignamente. Hoy nos adornamos con las mas ricas flores de la literatura estrangera, y no conseguimos detener al público que vá desertando de las lunetas. ¡*Quantum mutatus ab illo!* El teatro está en el último periodo de su existencia. Los dramas de gran espectáculo, las comedias de mágia, el romanticismo quebrantando las trabas aristotélicas, y esas zarzuelas, mezcla de baile, canto y recitado, no han sido sino paliativos para el teatro agonizante. Todas las épocas tienen sus diversiones y sus fiestas, propias y especiales de su cultura, de sus hábitos y de sus instituciones, y la época del teatro va pasando, así como han pasado la de los juegos olímpicos, la de los gladiadores y la de los torneos; subsistirá únicamente el tiempo que tarde en aparecer otro espectáculo que le reemplace, mas acorde con las costumbres y las necesidades actuales.

¡Pobre Anacleto! acaso muchos que se creen cuerdos debieran envidiar esa locura que te permite hacer completa abstraccion de la realidad presente y trasladarte á edades mas afortunadas! ¡Dichoso tú que puedes olvidar la inmoralidad que se ha infiltrado en las venas del cuerpo social, y creer en la amistad del hombre y en el amor de la mujer! Infelices nosotros los que estamos condenados á atravesar este periodo de descomposicion, ufanos con el conocimiento de las miserias presentes! ¡Infelices nosotros los que llevamos sobre el corazon las palabras que escribió Dante en la puerta del infierno: los que, como el ciego de Smirna, tenemos que ir de ciudad en ciudad cantando nuestros pobres versos para obtener algun óvolo á cuenta de la gloria póstuma.

A. Romero Ortiz.



Parroquia de Santiago en Calahorra.

Destinado siempre El Semanario á perpetuar y reproducir por medio de fieles dibujos hechos al frente de los originales que representan los monumentos de nuestra patria, consignándolos en sus páginas con la mayor exactitud posible, bien porque nos recuerden algun suceso histórico glorioso, ó bien porque sean un verdadero modelo de elegancia y gusto en sus formas arquitectónicas, hoy nos toca rendir este pequeño tributo á la parroquial de Santiago de Calahorra, cuya fachada principal presentamos á nuestros lectores.

Situada esta iglesia en el centro de una gran plaza, á la que vulgarmente llaman el *Raso*, y frente á las casas consistoriales, ostenta su sencilla y bonita fachada, que el viagero no deja de pararse gustoso á contemplar. Compónenla seis pilastras de órden dórico con su correspondiente arquitrave, friso y cornisa, sostenidas por sus basamentos con un fuerte zócalo, ocupando los intercolumnios en el piso bajo cinco arcos cerrados por otras tantas berjas de hierro, sirviendo de ingreso á la iglesia el que ocupa el centro; sobre este hay una capillita con la efigie del Santo, y sobre los de los costados cuatro pequeños balcones: encima de la cornisa corre un segundo cuerpo cortado por un gran triángulo, que contiene en su centro un reló cuyas saetas por lo general no se hallan muy en armonía con lo restante de la máquina aparte, pero haciendo parte del todo de la perspectiva se eleva magestuosa en el centro la torre: compónese de un torreon cuadrado, coronado por una balaustrada saliente cuyos ángulos están guarnecidos por otros tantos jarrones, y guarda el mismo órden que la masa que le sirve de sosten; en el centro se encuentra el sitio de las campanas que es de forma circular rematando con un lindo chapitel.

El interior de esta iglesia no encierra en sí ningun monumento digno de llamar la atencion, ni ella lo es tampoco; se compone de tres naves bastante espaciosas formadas por sus correspondientes columnas y pilastras de órden toscano, de grandes proporciones; el centro del crucero mayor lo ocupa el coro, y en el testero se encuentra el altar mayor que ninguna particularidad ofrece: el dibujo que encabeza este pequeño artículo es un traslado fiel de la fachada de la parroquia de Santiago, la cual corresponde precisamente á la parte occidental.

Nada por ahora podemos decir acerca de su fundacion, pero bien se deja ver ser obra muy moderna respecto de dichos edificios que se encierran dentro del recinto de la patisa de Quintiliano cuya casa todavia se conserva: tanto de la ciudad, como de la antigua tradicion de los Santos mártires, cuyas reliquias se conservan en la Catedral tendremos mas adelante tal vez ocasion de hablar.

J. A.

Lo que es un baile.

No vamos á narrar los detalles de ninguna de las suntuosas fiestas que son tan frecuentes durante la actual temporada, sino que queremos describirlas todas, considerándolas bajo un punto de vista filosófico; es decir, esplicando lo que son para cada uno de los diversos tipos que á ellas concurren, que les dan color y vida, constituyen su accion, su objeto, y sus episodios.

De cuantos asisten á un baile, los menos van por el baile; los mas por una série infinita de encontrados intereses, de opuestas pasiones, de diferentes sentimientos. Pintémoslos, pues, á todos ligera pero concienzudamente, y analicemos con exactitud los goces de los que corren á divertirse, y los sinsabores de los que van por otra cosa.

El primer sitio, el lugar preferente es debido sin duda á la jóven—á la niña de quince años—que abandona sus juguetes y sus muñecos por otros muñecos un poco mas

grandes, que se llaman hombres. Y á fuerza de haber manejado los de carton se acostumbra fácilmente á manejar los de carne y hueso; y tanto como con aquellos se recreaba, se recrea muy pronto con estos.

Un baile es, pues, para ella el mayor de todos los placeres, ó mas exactamente, el conjunto de todos ellos. —Los ecos armoniosos de la orquesta; el baile con sus rápidos giros, las conversaciones, aquí frívolas, allí alegres, allá apasionadas, la enumeracion hiperbólica que escucha de sus encantos, —de su menudo pié, de sus grandes ojos, de su talle flexible, de sus rosadas mejillas, de su nítida espalda—la embriaga, la seduce, la fascina; pasan para ella las horas fugitivas como los momentos; y al terminar la fiesta—á las cinco de la mañana—se admira de que haya durado tan poco.

Si el amor entra por algo, ó entra por mucho, en aquel éstasis, si hay un objeto que aparece siempre como al través de un mágico prisma ante los ojos de la inocente jóven; si su corazon late, si su seno palpita, si alternativamente teme y goza, desconfía y vence, entonces esa série de emociones opuestas aumenta grandemente el placer mismo.

Todavia hay otros deleites para la niña en los saraos: la lucha con esta; el triunfo con aquella; la rivalidad con la otra... Feliz la que consigue mas con sus gracias infantiles que con ricos diamantes! ¡Feliz la que no ha menester costosas galas para parecer linda! ¡Feliz la que desdeña los adornos, y con ese orgullo tan legítimo de la belleza, coloca una sencilla flor entre el oro ó el ébano de sus cabellos! Para ella son las lisonjas, los homenajes, el incienso; para ella son los honores casi regios que se tributan á la que es dos veces reina; reina de la hermosura y de la moda! Mientras, cuántas la envidian, cuántas la maldicen, cuántas la aborrecen!

Despues de la jóven, debemos citar al pollo;—y adoptamos esta palabra adoptada ya generalmente para significar el adolescente de 16 á 20 años, que se lanza al mundo desde los colegios y las aulas, con toda la impetuosidad de la irreflexion, con todo el ardor de la juventud.—Para él, el supremo placer es el baile; baila por bailar, porque en ello goza, y para que unas admiren su ligereza y su gracia; para que otras le soliciten, le aplaudan y le escojan por pareja.—Preguntad á uno de esos niños si prefieren la reputacion de estudiosos ó la de buenos bailarines, y os responderán indudablemente que la segunda; preguntadles cuál es la primera cualidad de un hombre á sus ojos, y os dirán que la de bailar bien.—¡Felices ellos asimismo que con tan poco se contentan; felices ellos que llevan entre sus brazos el fuego y no se queman; que juegan con dardos, y no se hieren; que no ven en la muger mas que una compañera de polka, de redowa, ó de wals!... Ahora buscan la muger por el baile; pero pronto buscarán el baile por la muger.

A los treinta y cinco años, cuando ya no se baila, y cuando aun no se juega, ofrecen otro interés los bailes.—¿A qué vá la muger que no tiene hijas, que no es hermosa, y que por consecuencia no tiene amantes?—¿A que vá? —A lucir su traje de *glasé* de plata, ó de tisú de oro; á deslumbrar con sus magníficas joyas; á ostentar su lujo como otras ostentan su belleza; á que digan los periódicos al dia siguiente:

—La duquesa de Q... era la señora mejor vestida, mas ricamente ataviada; en fin, la que lucía mayor número de brillantes.

¡Triste consuelo en verdad el de verse citada así, para aquella que no puede serlo de otro modo!

—¿Y la que no tiene suntuosos aderezos, soberbias galas, ni pasiones, ni intrigas, ni misterios, ¿á qué vá?

—Esa vá para que digan despues sus antiguos amigos y apasionados:

—¡La baronesa de X... está graciosa *todavia!*

¡Todavia! Fatal palabra que debe desgarrar el corazon de la que la escuche; fatal palabra que dice mucho de lo pasado, poco de lo presente, y nada de lo porvenir!

Hay otra clase de personas para quienes un baile ofrece goces infinitos y emociones distintas; esas son las madres que tienen hijas bonitas, ó casaderas!

¡Con qué afan, con qué interés, con qué solicitud, analizan, observan y comentan los incidentes mas sencillos é insignificantes!—Si Carolina, ó Luisa, ó Sofía bailan mucho, nada comparable al orgullo maternal; si las elijen de parejas hombres notables por su posicion, por su figura, ó por su talento, nada iguala tampoco al júbilo de la amorosa madre; por último, si las conquistas se repiten, ó si se verifica alguna de esas que bastan para que todos fijen en una jóven atentas y curiosas miradas, la satisfaccion de la pobre señora no conoce límites, y tiene que abanicarse muy de prisa para que la alegria no le produzca un síncope.

Sin embargo, á menudo hace tristes y dolorosas reflexiones: ¡qué diferencia entre la época remota en que ella brillaba en primera línea; en que recibia los propios homenajes que se tributan á su descendencia; en que solo á sí misma debia los cuidados y las atenciones que se le dispensan por consideracion á sus hijas!—Tambien ella llevaba entonces puras flores en la cabeza; tambien entonces bailaba con inimitable gracia el *minuet*, *la alemanda* y la *gabota*; tambien entonces tenia una córte numerosa de adoradores que se disputaban sus palabras, sus sonrisas, sus preferencias!—¡Ay! Ahora apenas si algun contemporáneo suyo habla con entusiasmo á incrédulos oyentes de la hermosura de la marquesa de ***; apenas si algun fisonomista anticuario esclama al observar sus arrugas y sus cabellos cenicientos.

—Esta señora ha debido ser muy linda en sus mocedades!

Ciertas damas que no salen nunca de dia á la calle sino cubierto el rostro con un tupido velo, ó protejidas por una elevada carretela, gustan mucho tambien de los bailes: la luz artificial encubre mejor que la diurna los estragos de ese tirano implacable llamado el tiempo; con ella no se ven las pecas, las manchas que deslustran el cútis; con ella no se conoce tampoco la accion destructora de los cosméticos, sea en la cabeza, sea en el rostro.—Además, los trajes de etiqueta permiten ostentar las últimas perfecciones que pierde una muger hermosa: el brazo fino y torneado; la espalda nítida y fresca; el seno turgente y alabastrino; el pié elegante y pequeño.—Merced á tales cualidades todavía son posibles gloriosos triunfos, lisonjeras conquistas, y cuando no rendidos homenajes.

La que á los sesenta años, sin tener hijas, nietas, ni sobrinas á quienes acompañar, no falta á ninguna fiesta, es la primera que entra y la última que sale, vá á una de estas tres cosas:—á jugar, á cenar, ó á murmurar;—como no sea que vaya á las tres cosas juntas.

Para los hombres los goces y los intereses son diversos.—Las notabilidades, los que pasan por tales, ó los que creen serlo, asisten por mera fórmula, y juzgando modestamente que á un sarao le faltaria mucho si le faltase su individualidad; otros por el contrario y para hacer mayor efecto, se resuelven *á brillar por su ausencia.*—Muchos van á lucir sus bandas, y sus placas de diamantes, á imitacion de aquellas damas que van á lucir sus aderezos; muchos por hablar de política y de bolsa; pocos por acompañar á su muger ó á sus hijas.

A los treinta años no ofrece un baile tantos atractivos al *lion*, al *fashionable*, como le ofrecia á los veinte; pero aun le presenta ancho campo donde procurar la satisfaccion de su amor propio y de su vanidad.—Allí puede hacer completo alarde de su elegancia, de su figura, y de su boato; allí puede ostentar su frac de Paris, sus botonaduras de pedreria, su peinado modelo, su *chic* en fin.—A esa edad ya no se baila por aficion, aunque se baila todavía por cálculo; á esa edad se desdeñan fáciles amores, y se buscan victorias positivas; una heredera con dos millones de dote, ó una muger abandonada por su marido;—á esa edad se ama mal, y se finje bien; se siente poco, y se engaña mucho; el corazon se subordina á la cabeza; y la cabeza destruye las esperanzas, las ilusiones del corazon.

Cinco años despues, el mismo hombre que no baila yá, deja á su consorte que baile aun; y mientras ella queda sola, espuesta á las seducciones, á los peligros, á los escollos de la sociedad, él juega tranquilamente *al ecarté*.

Cuando uno no puede brillar por sí mismo, quiere brillar sin embargo por los suyos; y son bastantes los que, á semejanza de ciertas estrellas que no tienen luz propia, se contentan con el pálido reflejo que les comunica la aureola de los otros. Así, mas de un esposo se envanece de que su esposa deslumbre en los saraos con su fausto y con su opulencia; mas de un padre se goza y ufana con los triunfos de sus hijas; y mas de un hermano se estasia con la celebridad de su hermana.

Infinitos son los que van á un baile por costumbre, y se fastidian soberanamente; muchos ván solo por jugar, y no

salen de la pieza de juego; no pocos van por la cena, y no salen en toda la noche del comedor.—Por último, los periodistas buscan allí materia para un artículo, que se termina inevitablemente con la frase sacramental de:

—«Esta fiesta ha hecho olvidar las anteriores, y dejará siempre recuerdos gratos en los que tuvieron la fortuna de asistir á ella.»

No obstante, los únicos que conservan recuerdos positivos son las modistas que fabricaron cien lindos trajes como las banderas despues de mil batallas llenos de gloriosos girones;—los cocineros y reposteros, encargados del *buffet*; los músicos y los alquiladores de carruages; y en fin, la soltera que al cabo encontró lo que buscaba en balde hacia cuarenta años; un compañero que endulzase su triste soledad, y que la elevase á la categoria de señora casada!

Ramon de Navarrete.



El mar Negro y antiguo curso del Jordan.

Si examinamos los mapas de la Siria y Arabia anteriores al viaje de Burckardt, se verá que la region que separa el mar Muerto del Rojo está cortada en el espacio de 50 leguas por cadenas de montañas trasversales que no permiten concebir ni aun como posible la comunicacion de ambos mares: pero los viajes de Seelzen en 1805, el de Burckardt en 812, y el de Bankes en 817 demostraron la existencia de un valle longitudinal llamado *Ghor y Ouadi-el-Araba* que se estiende de N. á S. por entre ambos mares y en la misma direccion que su prolongamiento. Burckardt no hizo mas que atravesarle entrando por la parte de Oriente llamada *Ouadi Sarandel*, y al trepar las alturas vió que corria por una parte hácia el N. N. E., y por otra al S. S. O., y habiendo sabido por los árabes que llegaba hasta ambos mares, creyó que fuese una prolongacion del valle del Jordan.

Este rasgo tan marcado de la constitucion física de este pais, pareció á Burckardt, á quien han seguido todos los geógrafos, que atestigua, que el Jordan salia otras veces del valle en que ahora se detienen sus aguas, y continuaba su curso hasta el mar Rojo en que desembocaba, de donde se inferia que ó el mar Muerto no existia entonces, ó que solo era un pequeño lago como el de Tiberiade, que antes atraviesa el Jordan. Con efecto: esta opinion enunciada primeramente por Mr. Kart. Ritter, despues por Mr. W. M. Leake, en el prefacio del viage de Burckardt á Siria y desenvuelta por de Hoff en su sábia obra de los trastornos ocurridos en la superficie de la tierra, presenta tales caracteres de probabilidad, y Mr. Laborde, observando la direccion del valle y su encajonamiento entre montañas de granito y pórfido, le ha dado un grado tal de ilustracion, que no es aventurado decir que sin duda en otro tiempo por él corria el Jordan.

Admitida esta hipótesis, podria esplicarse naturalmente la causa que ha obligado al rio á estacionarse en el valle que ahora ocupa el mar Muerto, con solo decir que una conmocion volcánica bajando el terreno formó un ancho y profundo receptáculo que antes no existia; ó si se quiere poner la existencia del mar, podria decirse; que la conmocion levantaria el terreno hácia la parte en que el rio salia del valle, y elevándose un poco por cualquier accidente en la estremidad S. del mar Muerto, quedó impedido el curso de las aguas, que se estendieron en consecuencia por todo el valle hasta formar una superficie capaz de perder por la evaporacion una cantidad de líquido, igual en su término medio á la que el rio llevaba. Efecto tanto mas admisible, que segun las observaciones de antiguos y modernos, el suelo de este pais es totalmente volcánico, y ha debido sufrir grandes trastornos por los temblores de tierra. Y si existian en la llanura ó á corta distancia en las pendientes de las montañas, algunas poblaciones, debieron desaparecer sumergidas en el mar, por el desmoronamiento del terreno en que estaban edificadas.

Tambien se ha creido poder señalar la época en que aconteció este fenómeno, y ligarla á un hecho histórico de la Biblia: con efecto, parece que confirma la narracion que se hace en el Génesis de la destruccion de las ciudades de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboins y Segor, consumidas por el fuego del cielo: pues este fuego podrá muy bien no ser mas que una erupcion volcánica. Mr. de Laborde cita en apoyo de esta esplicacion, que admiten todos los sábios arriba mencionados, el siguiente pasaje de la Escritura: Lot, levantando los ojos consideró toda la llanura del Jordan, que era regada como un jardin delicioso, antes que el Señor hubiese destruido á Sodoma y Gomorra.... Entonces el Señor hizo caer del cielo una lluvia de fuego y azufre... y destruyó estas ciudades y toda la llanura.... y Abraham..... volviendo los ojos hácia Sodoma y Gomorra y demas poblaciones de la llanura, vió elevarse de la tierra un humo semejante al de una grande hoguera etc.

Esta sencilla y concisa narracion, dice Laborde, da una idea tan suficiente de una erupcion volcánica, que no me es posible dudar de ella al tener sus efectos á la vista... Sin meternos en discutir las diferentes opiniones de los autores, que han asegurado unos que la naturaleza en su curso, y otros que Dios movido de indignacion encendió los depósitos de materias inflamables, es evidente que el volcan que destruyó á Sodoma, Gomorra y sus alrededores tuvo su origen en ellas, y que con su erupcion formaron un profundo seno, en que se precipitó el Jordan, cesando su curso al mar Rojo: este seno que despues tomó el nombre de *mar Muerto* ó *lago Aspháltico*, debió con efecto en sus principios exhalar un humo parecido al de una hoguera.

Posible es, sin duda, cuanto dice Mr. Laborde, pero no tan evidente como él lo supone: aun cuando se conceda que el fuego que bajó del cielo era un volcan, no por eso debe inferirse que de él haya nacido el mar Muerto. Dése de barato que la llanura pudo ser destruida por esta irrupcion, que las cenizas y reliquias de los pueblos reemplazaron con una esterilidad horrorosa la abundante fertilidad que en ella reinaba: ¿pero se infiere de aquí necesariamente que el Jordan variase su curso? No ciertamente, y el fenómeno referido por el autor del Génesis es muy compatible con la existencia del mar Muerto.

Pero hay otro testo que fijaria de un modo mas terminante la formacion del referido mar en la destruccion de estas ciudades, si tuviese un sentido indisputable. Tal es el que S. Gerónimo tradujo con estas palabras: *et omnes hi (reges) convenerunt in vallem silvestrem, quæ nunc est mare salis*. Aquí se anuncia claramente el estado del pais en la época que precedió á la catrástofe, comparado con el que tenia al tiempo de escribir: el suceso de que se trata debió preceder 15 ó 20 años á la ruina de las ciudades de Pentápolis, y como no se haga mencion de ningun otro milagro ó fenómeno que haya podido mudar su faz, resulta que no puede ser otro que el referido en el Génesis el que convirtió en un mar salado lo que antes era un frondoso valle: por consiguiente entonces fué cuando tuvo su principio el mar Muerto, y el Jordan varió su corriente.

Mas aun en este caso la segunda conclusion seria un poco precipitada. Ni el testo hebreo, ni los Setenta hacen mencion de este valle silvestre; el primero le nombra el valle de Siddim ó Sitin, nombre que parece y es propio: los

segundos tradujeron el valle Salado, Onkélôs el valle de los Campos: tampoco se encuentra en ninguno de ellos la espresion *nunc*: el hebreo dice sencillamente... que el mar de la sal... los Setenta... que es el mar de las sales... y aun cuando se conceda que el *nunc* está implícitamente contenido en la relacion de Moisés, todavía no se deduciria que el mar Muerto se hubiese formado en esta época: lo mas que podrá sacarse de los testos bíblicos será, que se ensanchó, que se hizo mas profundo, y de ningun modo que el Jordan cambió su curso: así, pues, dejando á un lado la cuestion teológica y considerando solo la geográfica, debe decirse que hay razones para dudar que el Ouadi-el-Araba haya sido nunca el cauce del Jordan. Tan natural, tan generalmente adoptado está el sentir contrario, que este aserto parecerá una paradoja; pero en su favor militan muchos hechos, que aunque poco notados, tienen algun valor, y que nos suministra el mapa de Laborde.

Este, pues, registró el Ouadi-el-Araba hasta la distancia de cerca de 23 leguas al norte del mar Rojo, que es poco mas de la mitad de este valle, y observó con cuidado las cañadas que forman todos los valles laterales, al menos por la parte oriental, pues el occidental está en blanco en el mapa, cosa ciertamente sensible, pues á estar delineada quizá adquiririan mas consistencia las observaciones que van á hacerse: observando la direccion de estas cañadas laterales se advierte que hasta unas 15 leguas del mar, todas uniformemente terminan al S. O., es decir, hácia el mar Rojo, pero desde aqui en adelante, todas se dirijen al N. O., esto es, hácia el mar Muerto. Esto conviene con la observacion de Burckardt, que atravesó el desierto al E. del Ouadi-el-Araba, y notó igualmente todas las vertientes al N. del punto indicado, en la direccion N. O.

Cierto es que podria suceder que una vertiente descendiese al lecho principal en direccion algo opuesta á la de las aguas que por él fluyen; pero el hecho que notamos no parece que pueda esplicarse sino en la hipótesis de que el Ouadi-el-Araba estuviese dividido en dos corrientes, cuyo punto de separacion sea el en que la direccion cambia: el valle en su estension tendrá dos inclinaciones distintas y sus aguas correrán en direccion á ambos mares: es pues evidente que en este caso el mar Muerto no tendria el origen que quiere señalársele; el cambio de direccion de las vertientes laterales y sus dos corrientes no pueden ser efecto de una escrecencia montuosa casual; es preciso buscar su orígen en la constitucion misma del sistema de montañas, cuyas aguas corren hácia cada una de las estremidades del valle. Las que bajan á la parte norte principiaron á correr hácia el mar Muerto y le formaron tan luego como existieron las alturas de donde vienen, que seria en una época geológica que escede las fechas de todas las historias.

Tal es la consideracion de geografía física que parece oponerse á la opinion comun, que tampoco tiene muy á su favor los testos de Escritura. Sensible es, por cierto, que tanto Laborde como Luinan no hayan registrado, como Burckardt aconsejó, todo el valle, para que nos hubiesen dado una descripcion completa de los lateres, siquiera de la parte oriental, que nos hubiera puesto en estado de saber si efectivamente cambia desde un punto dado la vertiente del Ouadi-el-Araba, y si su declinacion es hácia el mar Muerto. Investigacion digna de ocupar á un viagero instruido; y que nos tendriamos por feciles en que impulsara á emprender la duda que hemos suscitado: mientras llega esta solucion diremos que parece que otras muchas circunstancias prueban la opinion que aventuramos sobre la antigüedad del mar Muerto: en su estremidad meridional, antes de llegar al arrauque del Ouadi-el-Araba, hay vertientes de consideracion que corren al N. O., como son la que derraman en el Ouadi: y un poco mas al S. el gran torrente *Asha* sigue el mismo rumbo de una manera mas pronunciada. Seelzen los vió, y Laborde los marca en su carta: prueba de que el declive en la parte septentrional del Ouadi es hácia el N. Por último, segun relacion de Mr. *Callier*, que atravesó el desierto en direccion casi paralela, el estenso valle nombrado *Ouadi-Djarafi* se dirige al N. O., y sus corrientes vacian todas á la parte meridional del mar Muerto.

De todas estas circunstancias geográficas se deduce que el vasto receptáculo del mar Muerto es el centro de una conca que recibe las aguas de todo el sistema de montañas que se estiende á distancia de 25 ó 30 leguas mas al sur: que su fecha data desde la constitucion misma del pais: que es contemporáneo á las montañas que le rodean; y que es un imposible que traiga su orígen de una erupcion volcánica local, tal como la que se supone haber causado la destruccion de Pentápolis; y por consiguiente el curso del Jordan no se ha alterado.

Casamiento de un sacerdote en tiempo de Enrique IV rey de Francia.

Hoy es bastante comun faltar á una palabra de casamiento, y por lo regular las quejas de las víctimas de la seduccion, aunque la sirva de escusa una promesa formal, vienen á perderse algo dramáticamente en el recinto vulgar de un tribunal, sin que tengan mas resultado que dar á los curiosos una hora mas de diversion, é imponer al delincuente algunos francos de multa, y alguna que otra vez algunos meses de cárcel.

El código penal no proteje realmente lo que debiera á la inocencia, la que encuentra una triste satisfaccion en la indulgencia del proverbio, que dice, hablando de sus debilidades, que son mas dignas de compasion que de castigo.

No sucedia esto á nuestros padres, y el que despues de haber seducido por sus tiernas palabras y mentidas promesas á una pobre y frágil niña, tenia la vileza de abandonarla, se veia irremisiblemente condenado á ser ahorcado ó á que se le cortase la cabeza, cuando fuese noble, si no preferia reparar su culpa casándose con aquella á quien habia hecho partícipe de ella.

Los archivos del parlamento presentan un ejemplo memorable de la aplicacion de esta jurisprudencia severa, y le reproducimos aquí con tanto mas placer, cuanto que, gracias á la intervencion del buen Enrique IV, mediador muy competente en la materia, la cosa tuvo un desenlace mas feliz de lo que podia esperarse. Corria el año de 1594. Harmant de Quesnet, jóven noble de Sées, en Normandía, habia venido á Augers á estudiar el derecho en la universidad, y allí vió á la señorita Renea, hija de un honrado vecino de la ciudad. Esta jóven era hermosa, recatada y discreta, y al momento le inspiró una pasion violenta. Tuvo la habilidad de saberse introducir en casa de su padre, y no tardó en inspirarle á ella el mismo amor que le poseia, y el cual decia le duraria toda la vida. El padre de Renea no era rico, al paso que la noble familia de Harmand poseia muchos bienes: doble disparidad de fortuna y nacimiento que debia ser un obstáculo inseparable á su felicidad; Renea tenia demasiado talento para no conocerlo. No obstante, para acallar sus temores, para ahogar los escrúpulos de un corazon perdido de amor que no se defendia mucho y que quizás deseaba ser engañado, juró Harmand no tener otra esposa que ella. Hizo mas: estendió en debida forma una promesa de casamiento, que puso en sus manos.

¿Podia ya entonces resistirse? Vivieron descuidados y felices con los trasportes de un amor correspondido, cuyas consecuencias no preveian; pero debian ser funestas, y diariamente amenazaban revelarlo todo. Desesperada Renea, anunció á su amante el estado crítico en que se encontraba, y confiada en la bondad de una madre que la idolatraba, corrió despues á arrojarse en sus brazos confesándole su debilidad.

La desgracia de aquella familia exigia una reparacion pronta y ruidosa. Concertáronse los padres de Renea, y, cediendo ésta á sus ruegos y á sus lágrimas, conmovida de su indulgencia y de su sentimiento, consintió en dar á su amante una cita en la que debia ser sorprendido.

Efectivamente, cuando al otro dia estaba manifestando toda su ternura á Renea en su misma habitacion, se le presentaron irritados el padre y la madre, amenazándole y reclamando en nombre de la hospitalidad hollada reparacion ó venganza. Quedóse Harmand sorprendido y confuso. Declaró que, aunque culpable, no habia tenido mas que proyectos legítimos, y que se consideraria feliz casándose con aquella de quien solo habia triunfado mediante una promesa sagrada. Esto era lo que se queria de él: hallábase prevenido un escribano, y en el mismo instante se hizo el contrato que debia unir para siempre á los dos amantes. ¿Obraba el jóven de buena fé? ¿Cedió solo por temor á las exigencias de un padre irritado? demasiado lo

demuestra que así fué, su conducta posterior. Pocos dias despues dejó repentinamente á Angers á escondidas de su amante, y se volvió á toda prisa con su familia, dándole cuenta del principio, resultados y desenlace de su amorosa aventura.

El conde de Quesnet era un hombre sensato y decidido, y no perdió el tiempo en inútiles amonestaciones. Despues de pintar á su hijo la infamia de una alianza tan desproporcionada, le indujo á refugiarse en el seno de la iglesia, donde el espíritu del cuerpo le serviria de apoyo para huir de los peligros á que le esponia su conducta, poniéndole á cubierto de la venganza de una familia ultrajada.

Ocho dias despues ya habia recibido Harmand las órdenes, y con haber sido investido del subdiaconato y del diaconato era ya imposible su casamiento.

La noticia llegó con prontitud á Angers. El padre de Renea entabla inmediatamente contra él la demanda de estupro, y se espide contra el amante un auto de prision. Este por su parte apela de esta medida, y la causa se lleva ante la audiencia del parlamento de Paris. Mr. Villeray era entonces presidente: el asunto fué examinado con la atencion mas escrupulosa; se tomaron declaraciones á muchos testigos; pero ¿qué podria hacerse contra la promesa, la declaracion del escribano y la propia confesion del acusado? Preguntósele repetidas veces si queria tomar por esposa á Renea Corbeau segun tenia prometido; contestó siempre que se lo prohibia hacerlo la santidad de su estado; y el tribunal, despues de una deliberacion prolongada, por el interés que causaba su juventud, se vió obligado á condenarle á que se le cortase la cabeza si no se casaba con Renea.

Pronunciada la sentencia, y despues que le fué leida, se le hizo á Harmand, otra intimacion por última vez. «Me niego á casarme con ésta señorita, respondio; mi estado me lo prohibe. Una vez que no me queda otra alternativa, espero la muerte.»

Entregósele al verdugo, y se acercó el confesor que debia auxiliarle en sus últimos momentos entre el movimiento de terror y de sorpresa del auditorio al ver la firmeza con que acababa de pronunciar sus últimas palabras. Entonces se oyó un ruido repentino y se sintió una especie de agitacion tumultuosa en las últimas puertas de la sala de justicia. Era Renea Corbeau á quien habian alejado de aquella triste escena: pero que al saber la aciaga suerte de su amante forcejeaba por llegar hasta el recinto del tribunal. Abrióse el pueblo para darle paso, admirando cada cual á la vez su interesante belleza y su funesta desesperacion. Convulsiva y llorosa, se arrojó á los pies del tribunal, suplicando á los jueces en una oracion patética que no se llevase á efecto la terrible sentencia.

(La voluminosa coleccion de las piezas manuscritas del proceso contiene aquí una larga defensa atribuida á Renea Corbeau y en que se hallan compendiadadamente desenvueltos en tres puntos los medios de suspension y de nulidad de la sentencia, segun el indigesto estilo de aquel tiempo, y sobrecargado de citas falsas). Insertaremos solo algunas líneas.

«¡Quereis vengar mi ultrage, esclamó, y me entregais de un golpe al oprobio y la muerte! Yo fui quien le amé primero; yo misma he sido el instrumento de mi deshonor! Si él ha tomado las sagradas órdenes, no ha sido mas que por obedecer al mandato de su padre, y vosotros habeis interpretado mal su oposicion á casarse conmigo. (Aquí Renea hace definitivamente una distincion que se reduce poco mas ó menos á lo siguiente.) La santidad de su estado se opone al matrimonio; pero una dispensa puede desatar sus juramentos. Tened piedad de mí; dentro de poco vendrá á Paris el legado del papa; suspended la muerte de Harmand hasta que aquel se niegue á lo que propongo!»

La hermosura de Renea, su llanto, aquella su profunda conviccion en medio de tanto dolor, movieron á lástima á los jueces, y se dejaron persuadir. El presidente Mr. de Villeray declaró en conformidad con sus colegas que se suspenderia la sentencia por el término de seis meses, en cuyo tiempo podria apelar el acusado donde hubiese lugar.

El legado vino en efecto á Francia un mes despues: éralo el cardenal de Médicis, que despues fué papa bajo el nombre de Leon XI, y murió despues de 30 dias de pontificado. Presentósele el recurso de Harmand por los individuos mas distinguidos de la nobleza de Normandía; pero por mas instancias y súplicas que se le hicieron, concibió tal indignacion al enterarse de los hechos y villanía del acusado, que rehusó la dispensa, abandonando el acusado á su miserable suerte.

¡Ya no habia remedio! Renea entonces, no teniendo presentes mas que su amor y su desesperacion, corrió á echarse á los pies del rey. Reinaba entonces Enrique IV, con el cual tenia fácil acceso cualquier hermosa; le pidió la vida de su amante, pintándole su amor y sus desgracias. Dejóse mover el buen rey de un dolor tan punzante, y fué él mismo á solicitar las dispensas del legado. No podia menos de ser atendido semejante mediador, y pocos dias despues se efectuó el casamiento de los dos amantes en el coro de la Santa Capilla á la vista del rey en persona, del legado de la corte, y de los jueces que tres meses antes habian cumplido con tan terrible deber condenando á muerte á aquel cuya dicha y arrepentimiento entonces contemplaban.

ADVERTENCIA.

En esta semana hemos hecho dos grandes remesas del libro que ofrecimos *gratis* á los suscritores al SEMANARIO por el año de 1850, y que se compone de 38 pliegos de impresion sumamente compacta con grabados, ocho pliegos mas que lo calculado y prometido. Como parte de dichas remesas va tambien el ALMANAQUE PINTORESCO correspondiente á enero, que consta de una bella hoja con *diez y ocho grabados nuevos*, y es á propósito para fijarla en un despacho ó gabinete. Cada mes se publicará el *Almanaque* del siguiente.

Habiéndonos rogado muchos suscritores que continuáramos enviándoles como hasta aquí el SEMANARIO, sin que por eso los priváramos del ALMANAQUE PINTORESCO, cuyo importe estaban prontos á satisfacer, hemos resuelto dirigírsele:

A los suscritores al SEMANARIO por cuadernos mensuales

A los que lo sean por año á la LA ILUSTRACION y al SEMANARIO aunque este último se les mande semanalmente.

GEROGLIFICO.

Jooo

Ke

ña

J. Alv. S

LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, a cargo de D. G. Alhambra.



Entrada del ejército cristiano en la Alhambra de Granada.

Este es el asunto que representa el bajo relieve cuya copia ofrecemos.

Esta escultura notable se halla situada en el retablo principal de la Capilla Real de Granada, en el basamento del lado del Evangelio; en otro bajo relieve que hay al lado se ven las torres de la Alhambra y la puerta judiciaria; y en los correspondientes al basamento del lado de la epístola, el bautismo de los moros y moras convertidos.

El retablo fué dirigido por Felipe Vigarni, y los relieves mencionados se atribuyen á Berruguete. En la franja celeste, con letras doradas góticas que corre al rededor de la iglesia en el friso del delicado filete que hace las veces de cornisa, se lee que la obra se acabó el año de 1517.

Estas esculturas son de singular mérito por la espresion de las figuras y la correccion del dibujo, y aunque en la inscripcion no dijera los años porque se hicieron, á primera vista se conoceria que pertenecen á la época del renacimiento y que estan hechas por artistas formados en la escuela de los maestros italianos.

Instrumentos cortantes de los antiguos.

En vano seria querer fijar la época precisa en que se comenzaron á fabricar instrumentos cortantes de metal; hasta ahora nadie ha conseguido resolver este problema; todos los escritores aseguran de comun acuerdo, que los antiguos construian sus armas con toda especie de materiales. Aunque es verdad que se conoció el hierro mucho tiempo antes del diluvio, hay motivos para creer que despues se perdió el secreto de estraer este mineral. Tubal-Cain, que existia cuatrocientos años antes de la Era cristiana, trabajaba con mucha habilidad el hierro y el cobre, segun se ve en el Génesis, y Abraham tomó un cuchillo para matar á su hijo Isaac. En los primeros tiempos se hace mencion tambien del esquileo de los ganados, mas de aqui no puede deducirse que esta operacion se hiciese con instrumentos de metal; y con efecto el presidente Goguet nos asegura que entonces se valian para todos los usos doméstícos de piedras, de guijarros, de hastas, de huesos de varios animales, de conchas de mariscos, de juncos y de espinas; y ahora mismo en varias partes de Europa y de Asia, asi como en los sepulcros de los primeros habitantes del Perú, se encuentran con bastante frecuencia instrumentos de piedra de esta clase. El capitan Dampier habló de ellos en Guam, una de las islas Ladronas, y en Nueva-Bretaña, que está mas hácia el mediodia del ecuador.

Describiendo Erodoto las ceremonias de los matrimonios árabes, dice que un pariente de uno de los novios se coloca entre los dos, y con una *piedra* aguda abre una vena de la mano de cada uno de los contrayentes: que en seguida toma parte de sus vestidos y los empapa en la sangre de ambos. (lib. 3.°, §. 8.°) Estas piedras pertenecian sin duda á la especie llamada *Ceraunia*, ó piedras de rayo, como

se ven todavía en algunos museos de historia natural. Refiere el mismo historiador que los egipcios usaban una piedra etiópica para abrir los cuerpos de sus muertos con objeto de embalsamarlos, y vemos en el *Exodo* que del mismo modo se hacia la circuncision (Cap. 4.° §. 23.). El poeta Hesiodo, anterior á Jesucristo, afirma que el azadon era en su tiempo de una encina muy dura. (*Opera et dies*, p. 436). Resulta, pues, segun se ve, por los ejemplos citados, que los enseres y armas de hierro, aun suponiendo que fuesen conocidos, eran muy raros entre las naciones primitivas: no vemos por otra parte que Moisés haya empleado el hierro en la formacion del tabernáculo, ni que Salomon le haya usado en la construccion del templo de Jerusalen, bien que en época muy anterior existiesen hachas de hierro para rajar madera, segun el Deuteronomio. (XXVII. 5.) Sin duda por la mucha dificultad que hallaban los hebreos en la estracion del hierro, no se servian de él en los edificios que fabricaban; y como otra prueba de lo poco comun que era entre ellos, nótese que manifestando Moisés á los israelitas las preciosas producciones de la Palestina, les dijo: «Allí las piedras son de hierro, y en las entrañas de sus colinas abunda el cobre.»

Algunos siglos despues Homero nos muestra á Aquiles prometiendo un disco de hierro entre los premios principales destinados para los vencedores en los juegos instituidos en honor de Patroclo (Iliada 23); y aludiendo á este pasaje dice la señora Dacier en una de sus obras. «Esta es la prueba de que el hierro se tenia entonces en grande estima, y que todas las armas eran de cobre.» Diodoro de Sicilia, y Ovidio, atribuyen la invencion de la sierra (el primer instrumento metálico que hemos conocido segun ellos) al sobrino de Dedado, arquitecto griego que vivia 60 años antes de la construcion del templo, el que habiendo conseguido dividir en dos un pedazo de madera con una quijada de serpiente, que halló casualmente en el campo, concibió la feliz invencion de este utilísimo instrumento, y poco despues hizo una sierra de metal.

De todos los metales ninguno existe con tanta abundancia como el hierro en las entrañas de la tierra; pero se necesita tanto calor para arrancarle de ellas, que no es de admirar que haya habido pueblos que ignorasen su existencia, ni que las generaciones posteriores al diluvio hayan tenido dificultad en recobrar el conocimiento de arte tan útil. Como consecuencia de esta ignorancia, las lanzas y demás armas que sirven para esterminar las fieras, y aun para los usos de agricultura, se hacian en aquellos tiempos de oro y de plata, uso que prevaleció entre los árabes, segun Diodoro de Sicilia; y esto parecerá menos estraño si se considera que entonces esos metales preciosos eran mucho mas abundantes que lo son en el dia; verdad que se halla confirmada por multitud de hechos. Varios escritores refieren que habiendo recogido los fenicios en Egipto mas cantidad de plata que la que podian cargar en sus bajeles, quitaron de sus áncoras de madera las planchas de plomo con que se hallaban cubiertas, y en su lugar las pusieron de plata. En la historia *of the Wonderfull Things of nature* de Johnson, se dice que los habitantes de la isla de Zabur cambiaron doscientas cincuenta libras de oro por catorce libras de hierro (pág. 123); y Diodoro dice tambien que el sepulcro de Simandio estaba cercado de un aro de oro que tenia 365 codos de largo y pie y medio de grueso.

Semíramis hizo construir en Babilonia tres estátuas de oro, una de las cuales tenia 40 pies de alto, y pesaba mil talentos; y para el culto de dichas estátuas hizo poner tambien una tabla de altar del mismo metal de 38 pies de largo y de 12 de ancho, que pesaba 50 talentos. En el primer libro de los reyes se vé que Salomon recibió en un solo año 666 talentos de oro, que corresponden á mas de 540 quintales; y añade el historiador que «todos los vasos por donde bebia este gran sábio eran tambien de oro puro, asi como todos los utensilios de la casa del bosque del Líbano, no habiendo ninguno de plata, lo que no causaba estrañeza en aquel tiempo.» (Cap. X. 21.) Erodoto atestigua que los scitas ponian copas de oro en los sepulcros de sus reyes, y en Plinio vemos que Neron y la emperatriz echaban herraduras de oro á sus caballos favoritos. Los que quieran consultar el segundo tomo de la Arqueologia, verán en él una carta digna de notarse dirigida por Mr. Pablo Demidoff á Mr. Pedro Collinson que viene muy á propósito á nuestro objeto. Este curioso documento, fecho en San Petersburgo el 17 de diciembre de 1764, contiene la descripcion de gran número de enseres de oro macizo que se acababan de descubrir en Siberia en el sepulcro de un príncipe tártaro.

Y viene á confirmar nuestra asercion lo que refiere Washington Irving (refiriéndose al cronista Entrando) en su obra acerca de la conquista de España por los moros en 711: «El rey D. Rodrigo, dice el célebre autor americano, se preparó para dar á los árabes la terrible batalla en que debia perder el trono y la vida, vistiendo una larga túnica de brocado de oro: sus sandalias estaban bordadas de oro, de perlas y diamantes: subió á un carro de marfil muy elevado del cual eran los ejes de plata, y las ruedas y la lanza se hallaban cubiertas de planchas de oro resplandeciente. Cubria en fin al último monarca godo un dosel de tela de oro con las armas de los reyes de Escandinavia, formando todo á manera de una bóveda que no podia mirarse sin que cegase el resplandor de su brillo.

Uno de los hechos históricos mas antiguos de que tenemos conocimiento es que los dos hijos Jacob, Simon y Leví entraron en Sichem *sable* en mano, y degollaron multitud de personas; pero el presidente Gognet ha demostrado que los sables de aquel tiempo eran de cobre, semejantes á los de los peruhianos y á los de los japones, los cuales hasta el siglo pasado han estado usando armas cortantes de dicho metal. Aunque no se pueda decir con toda seguridad que las armas comunes de casi todos los pueblos antiguos fuesen de cobre, hay sin embargo pruebas convincentes de que los egipcios, y despues de ellos los griegos y los romanos conocieron el acero. Estas pruebas son que se hallan obeliscos, estatuas y urnas de porfido talladas con tanta delicadeza que solo hubiera podido conseguirse con el auxilio del acero bien templado. Como en el dia no conocemos otros medios para grabar en el porfido que con polvos de esmeril ó de diamante, debemos concluir que los instrumentos de que se valian los antiguos eran de una estrema dureza, si hemos de juzgar por la delicadeza de los geroglíficos que se ven en dichos obeliscos. Macrovio que existia en el siglo V dice, hablando de los etruscos, que cuando trataban de edificar una ciudad marcaban primero sus límites con tiras de cobre, y que los sacerdotes de los sabinos se cortaban el pelo con un cuchillo del mismo metal. Nuestros antepasados eran sin duda mas hábiles que nosotros en el arte de templar el cobre, á pesar de los grandes progresos que se han hecho en la química desde entonces, pues segun Cognet desde el conde de Caylus que llevó al sepulcro su secreto en 1770, nadie ha fabricado buenas armas de cobre.

No puede dudarse que los primeros habitantes de la Gran Bretaña conociesen el arte de templar bien este metal, pues en 1735 se descubrieron cerca de la ciudad de York, muchas hachas, sables, puntas de lanza, flechas, etc. etc., todo de cobre, segun lo atestigua Leland. Por otra parte, los carros de guerra suministraban otra prueba de la perfeccion á que habia llegado este arte entre los antiguos bretones, y al propósito recordaremos los llamados Covinus, instrumento terrible de destruccion, cuya superficie esterior se hallaba erizada de largas puntas de cobre que desgarraban cruelmente todo cuanto encontraban al paso. El que quiera enterarse mas por menor de la construccion, de estos carros, puede consultar á *Pomponio Mela*, (libro 3.°) y la *Vita Agricola* de Tácito. Tambien la anécdota siguiente, que refiere Guillermo de Malmesburg, en la vida del rey Edgardo, prueba que estaba en voga entre los anglo-sajones el arte de trabajar el cobre. «A fin, dice el historiador, de impedir las disputas que diariamente se ocasionaban por beber todos en la misma copa, mandó el rey que estas en lo sucesivo tuviesen interiormente unas bolitas de cobre (1) colocadas á distancias iguales unas de otras; y declaró que á ninguno seria permitido beber mas que lo que hubiese de una de estas señales á su inmediata.»

En cuanto al hierro no entraba nunca en la composicion de las armas de estos insulares, á pesar de hallarse en grande abundancia en muchas partes de su isla: cuando la invadió Julio César era este metal tan raro que los bretones hacian de él moneda, y hasta adornos de varias clases. El ilustre autor de los *Comentarios* dice que los roma-

(1) Cuando se habla de cobre en este artículo debe entenderse que es la mezcla que resulta de treinta partes de cobre puro y de setenta de zinc.

nos, cuando se apoderaron del pais establecieron fundiciones imperiales y muchas fraguas para hacer armas, mazas, lanzas etc.; y vemos en efecto que en tiempo de Guillermo el conquistador, el armamento ofensivo de la caballeria consistia en un venablo puntiagudo de acero bien templado, un sable de dos filos, y un puñal corto, ó mas bien una daga. Este pueblo nunca olvidó lo que los romanos le enseñaron, pues en la batalla de Hamilton, en 1402, se debió la derrota de los escoceses á sus buenas flechas de acero, cuyas puntas eran tan agudas y bien templadas que atravesaron la armadura del conde Duglás, que habia costado tres años para hacerse. En ese tiempo se hacia poco uso de los sables, pero los habia sin embargo antes de la batalla de que acabamos de hablar; y Chaucer, muerto en el año de 1400, dice en sus *cuentos de Cantorbery* que la ciudad de Sheffield era ya célebre por sus fábricas de cuchillos.

Los progresos hechos en este ramo por los franceses, hace siglos, se dejan conocer por las armaduras que existen en el museo de artilleria de Paris, muchas de las cuales son antiquisimas y tan perfectamente trabajadas, que prueban que esta nacion habia llegado á mayor punto acaso que ninguna otra en el arte de trabajar el hierro y el acero, y sin embargo no hace mucho tiempo que trató de aplicar dichos metales á objetos domésticos como cuchillos de mesa, agujas, etc., debiéndose en dicho pais la introduccion y primera construccion de los referidos objetos á un negro español que se estableció en Lóndres en el reinado de Maria, hija de Henrique VIII. Pero esto no deberá admirar á los que consideren la mayor importancia que se daba á otros enseres en los siglos de la caballería, pues verdaderamente la lanza, el casco, y el escudo eran mucho mas indispensables en aquellos tiempos de guerra continua, que las otras cosas accesorias de la vida puramente doméstica. Debe advertirse que desde mediados del siglo X, toda persona de alto nacimiento tenia fragua propia, y su herrero que le acompañaba á todas partes para conservar limpia y bien acomodada su armadura; y en la corte del pais de Gales el primer herrero se sentaba á la mesa despues del capellan, y tenia el privilegio de beber de todos los vinos que se presentaban.

Hoy dia la Francia tiene buenas fundiciones en que se prepara tan buen acero como en otras partes; pero antes del año 1799 no se sabia en esta nacion el modo con que los ingleses le templaban, y hasta que la comision de salud pública encargó, á principios de este siglo, á Vandermonde, Monge y Berthollet para que examinasen tan importante materia, no sabian los franceses preparar el acero tan bien como los ingleses. Aquellas investigaciones y las del baron Thenard consiguieron que en Francia este ramo se halle acaso ahora al nivel de las fábricas de Birmingham y de Sheffield.

UNA VISITA DE ENCARGO.

Entre las obligaciones que se imponen los hombres al constituirse actores de este vasto teatro que llamamos sociedad, la mayor de todas (esceptuando empero el pago de contribuciones) es sin duda alguna la de hacer visitas. Los que no hacen visitas, y sobre todo visitas de encargo, no tienen derecho á quejarse de los sinsabores de la vida. Verdadero tormento del cuerpo y del espíritu, en que una víctima inocente se ofrece en holocausto á una rancia costumbre: he aqui la definicion mas adecuada de la visita. Esceptúanse de esta regla general cierta clase de visitas que son un poco menos enojosas: las de los médicos; todas las demas están comprendidas en la precedente definicion.

No se me oculta que las doctrinas que yo sostengo cuentan decididos adversarios. Sí: preciso es decirlo con dolor, hay hombres (porque hombres son tambien aunque algunos lo pongan en duda), hay hombres que viven en las visitas como en su elemento; hombres para quienes esta clase de negocios forma el principal encanto de su existencia. Pero yo contesto á este argumento diciendo, que las casas de dementes no son bastante capaces para poder contener á todos los hombres que han perdido el juicio. Por lo demas, yo que jamás me he alimentado de vanas teorías ni de estériles discusiones (y en prueba de ello puedo alegar que solo dos veces he asistido á las sesiones de Cortes), yo que soy partidario decidido de los casos prácticos, no puedo resistir á la tentacion de referir el siguiente de que fuí parte activa y *pasiva* á mi llegada á Madrid.

Ante todo debo empezar por acusarme de una debilidad que parecerá imperdonable en quien como yo profesa unos principios tan escéntricos acaso como los que dejo sentados. Si, quiero decirlo, aunque tenga que ruborizarme: Dos dias antes de mi salida de.... para la Corte, fué á visitarme (siempre visitas) una persona á quien por particulares circunstancias nada puedo negar.

—«He sabido, me dijo, que sale vd. para Madrid pasado mañana.»

—«Es verdad: ¿tiene vd. algo que mandarme?»

—«Hombre, si: quisiera, si esto no le sirve á vd. de molestia, que hiciera vd. una visita de mi parte á una señora...»

Entonces acabé de convencerme de que soy un cobarde, porque le contesté tartamudeando:—«Con mucho gusto,» —y saqué la cartera para apuntar las señas de la casa donde debia vivir dicha Señora.

—«¿Su nombre?»

—«Ahí esta la dificultad, » dijo poniendo un dedo en la frente como para recordar una cosa que jamás habia aprendido. Yo conocí por casualidad á esa Señora, hace seis años, en Madrid, en una visita; la ví otra vez en su casa, mas no sé su nombre... Pero eso poco importa, añadió; sé que vive en la calle de San Bernardo número 21; es casada, de edad de unos cuarenta años; alta, gruesa, tiene dos hijas... en fin, vd. pregunte, que en la casa le darán razon.»

Anoté en una oja de mi cartera esta filiacion y escribí debajo: «*Visita* de D. Salustiano de San Juan. » la primera palabra de muy mala letra porque me temblaba el pulso al escribirla.

Nos despedímos cordialmente, con todo aquello de: hasta la vista; que á vd. le vaya bien; no deje vd. de escribir á su llegada; no se olvide vd. de mi encargo, y demas generales de la ley. Todo aquel dia y el siguiente los pasé encerrado en mi cuarto, temblando á cada ruido que oia cerca de la puerta, pareciéndome que eran amigos y conocidos que venian á encargarme visitas. Por fin salí de.... y empecé á respirar; llegué á Madrid y respiré. Una semana pasé sin acordarme ni de mí mismo. Disponíame á salir de casa una mañana, cuando entra en mi habitacion la Señora que cuidaba de mi hospedage diciéndome que la entregára el pasaporte para enviarle al celador del barrio. Abro mi cartera y lo primero que veo es en letras muy gordas y mal formadas: «*Visita de D. Salustiano de S. Juan*...» Me quedé estupefacto á semejante vista.

—«¿Se le ha perdido á vd.?—me preguntó la Señora al notar mi turbacion.

—«No he tenido esa suerte, la contesté; aquí está. Voy ahora mismo á su casa, no haga el diablo que vuelva á olvidarlo. ¿Sabe vd. hacia qué lado está la calle de San Bernardo?»

—«Si señor... pero si no vive allí.»

—«¡Cómo! ¿No vive calle de San Bernardo, núm. 21, casada, de 40 años, gruesa, alta, tiene dos hijas...»

—«Pero ¿qué está vd. diciendo? si el celador vive aquí cerca, calle de Capellanes....»

—«Señora, perdone vd.; estoy loco. Tome vd.—y la entregué el pasaporte saliendo de la habitacion á paso largo.»

Llegué á la Puerta del Sol... y aqui empiezan mis apuros. Consulto mi cartera: *calle de San Bernardo*. Y ¿dónde encontraré esta calle? Pregunto al primero que veo: ¿Tiene vd. la bondad de decirme hácia donde cae la calle de San Bernardo?»

—«La calle ancha de San Bernardo empieza en la plazuela de Santo Domingo: alli le darán á vd. razon.»

Las señas eran mortales. Recordé que dos ó tres dias antes habia pasado por un parage donde ví escrito: *Plazuela de Santo Domingo*.» Me encaminé hácia el sitio en que sospechaba se encontraria dicha Plazuela... Pero ¡ay! que yo era un recien llegado á Madrid, y en vez de dirigirme por cualquiera de los puntos que conducen al que debia ser lugar de mi suplicio, fuí á dar con mi mohina humanidad en la plazuela del Progreso. —«Ya he llegado»—dije con orgullo, disponiéndome á buscar en aquel laberinto de calles, y no sin sacar cien veces la cartera, la calle de San Bernardo. Habia salido de mi casa á las diez y media; á las once llegué á la la plazuela del Progreso: dieron las doce, y aun no habia salido de su circunferencia, sin encontrar entre las muchas calles que en ella desembocan la de San Bernardo. Fastidiado por demas de trabajar infructuosamente, me

acerqué á una muger que por allí pasaba.—«¿Cuál de estas calles, la pregunté, es la de San Bernardo?»

Echóse á reir la buena muger de mi pregunta, y me contestó:—«La calle ancha de San Bernardo está allá al otro lado, en la plazuela de Sto. Domingo.»

—«¿Pues no es esta la plazuela de Sto. Domingo?»

—«Quiá, no señor.... Mire vd.: vá vd. por allí, despues toma vd. la calle de la derecha, sigue vd. al frente, luego por la de la izquierda,» (etc., etc , etc.)

Procuré poner gran cuidado para conservar en la memoria todas aquellas señas, y me di tan buena maña que á las dos en punto estaba ya en la dichosa plazuela de Sto. Domingo, y dos minutos despues entraba victorioso en la calle ancha de San Bernardo... Ya era negocio concluido. Llegué al núm. 20; allí consulté por milésima vez mis apuntes: «*número* 21.»—«Bá, dije, este es el núm. 20, luego este otro será el 21,»—y entré en la casa inmediata. Toqué á la campanilla y salió una criada.—¿Qué se le ofrece á usted?

Aquí de mi cartera:—«Una señora... casada... de unos 40 años... alta... gruesa... que tiene dos hijas... etc.... ¿vive aquí?»

—«No señor.»

—«¿Tal vez vivirá en este cuarto inmediato?»

—«No sé decir á vd.»—y me volvió la espalda.

—Vamos á la otra puerta.—Salió á abrir una niña; la recité mi discurso que ya habia aprendido de memoria.

—«No señor: aquí no es.

—«Será tal vez en las habitaciones superiores.»—Y recorrí con mas paciencia que Job los dos cuartos segundos, los dos terceros, la boardilla... siempre la misma respuesta: no es aquí.

Salí a la calle sudando á mares...—«¿Si habré equivocado el número de la casa?—y saqué la cartera: «*número* 21.»—«Pues señor; no hay duda, este es.»—Ya me alegraba de no haber encontrado la habitacion de la anónima, pues de esta manera me ahorraba el disgusto *de hacer una visita* y podia disculparme con don Salustiano. Miré por última prevencion el número de la casa de donde acababa de salir, y me asaltó un terror pánico al ver sobre la puerta: «22.»—¿Qué es esto, señor?—Volví piés atrás; miré el número de la casa inmediata:—20.—Era para perder el juicio...—«¡Ah diablo! esclamé: ahora recuerdo que me han dicho que en una acera estan los números pares y en otra los impares... ¡A la otra acera!...» Eran las tres de la tarde....

—¡Gracias á Dios! hé aquí el número 21.—«Doy principio á correr las estaciones: cuarto primero,—no es aquí;—ídem segundo, lo mismo;—tampoco en el tercero.—Frescos estamos. Creí que no habria mas habitaciones en la casa, pero preguntando á un sirviente que subia la escalera, me dijo que habia cuartos interiores á los que se entraba por el patio. Inútilmente fatigué las campanillas del primero y segundo. Llegué al tercero y me abrió la puerta una señora alta, gruesa, de unos cuarenta años... No habia duda: era la misma.—«A los pies de vd.»

—«Beso á vd. la mano. ¿Por quién pregunta vd., caballero?»

Si me hubiera dejado llevar de los pensamientos que me agitaban, hubiera respondido: «por el demonio;» pero me contenté con algo menos, y dije:—«por vd., señora.»

—«Tenga vd. la bondad de pasar. Eugenio, dijo, y se apareció un criado: Conduce al señor á la sala. Soy con vd. al momento.»

Y me dejé conducir al lugar del sacrificio. Allí ví á un sujeto sentado en un sillon, que me saludó con una ligera inclinacion de cabeza.

—«Bá, dije para mí, este será otra víctima que espera como yo el sacrificio.» Pero bien pronto conocí por el giro de nuestra conversacion que no era una víctima sino un verdugo, es decir, el esposo de la anónima.

Hícele presente el objeto de mi visita y preparé mi espíritu á sufrir quince ó veinte minutos de horrorosos tormentos.

—«Con que ¿cómo dice vd. que se llama el caballero que nos honra con la visita de vd?»

—«Don Salustiano de San Juan es quien...»

—«Hombre sí... ¿qué me dice vd?... ¡El bueno de don Salustiano! Sí señor... le conozco muchísimo.... ¡vaya! ¡cuánto me alegro! Y ¿qué tal? ¿está bueno? ¿tiene mucha familia? ¿le prueba aquel pais? ¿no piensa volver por acá?

—«Debe vd. estar equivocado; don Salustiano no es casado, al menos que yo sepa.»

—«Tiene vd. razon: le confundia yo con...

A este tiempo entró en la sala la señora que me habia abierto la puerta.

—«Teresita, dijo su marido: ¿á que no aciertas á nombre de quién nos visita este caballero? Y añadió dirigiéndose á mí: no la diga vd. una palabra: á ver si acierta.»

—«No adivino quién podrá ser, dijo doña Teresa despues de unos momentos de aparente reflexion.

—«Vaya, muger, no te canses: de don Salustiano:»

—«Don Salustiano.., no recuerdo...»

—«¿Con qué no te acuerdas de don Salustiano de San Juan? Sí muger... Que es soltero... ¿Pues no te has de acordar?

—«Soltero... Vamos, no puedo acordarme.»

Entonces creí llegado el caso de tomar la palabra, y espliqué minuciosamente toda la vida y milagros de don Salustiano.

—«Me parece que está vd. equivocado, dijo doña Teresa; no conozco sugeto alguno de esas circunstancias. ¿Para quién encargó á vd. la visita?»

Por toda contestacion saqué mi cartera, y con la mayor calma que me fué posible leí: *calle de San Bernardo número 21: una señora casada, de unos curenta años, alta, gruesa; tiene dos hijas.=Visita de don Salustiano de San Juan.=*

—«Caballero, repito que se ha equivocado vd. Yo ni tengo hijas: no cuento mas que treinta y dos años de edad, (—en esto me engañaba—), y hace dos tan solo que estoy en Madrid.»

—«Si: ya presumia yo que debia ser una equivocacion, dijo su marido.»

Al oir esto salté de la silla como si me hubiera mordido un perro rabioso; tomé el sombrero, balbucié una escusa, y me disponia á salir cuando el esposo de doña Teresa me dijo: —«Advierto que en esas señas pone vd. calle de San Bernardo. Debe vd. saber que hay en Madrid dos calles de ese mismo nombre; una que se denomina calle ancha de San Bernardo, que es esta; y otra que principia en la calle de la Montera, llamada calle angosta de San Bernardo. Tal vez será en esta última donde encontrará vd. á la señora por quien pregunta.»

—«Es posible»—contesté con muy mal humor, y salí de aquella casa maldiciendo las visitas de encargo... Eran las tres y media.

Me propuse dejar para el siguiente dia la averiguacion del paradero de mi anónima, y me dirigí, mejor dicho, me dirigieron á mi casa, donde comí y me acosté á domir la siesta porque estaba rendido de cansancio.

A las diez de la mañana siguiente salí á hacer mi visita.

Estoy en la calle angosta de San Bernardo número 21: sin vacilar entro en el portal de la casa señalada con este número; y aun no habia subido dos escalones, cuando oigo á mi espalda una voz que en tono de áspera reconvencion me grita:

—«Hé! ¿dónde vá vd.?»

Volví la cabeza y vi tras un biombo, donde habia escrito: «*nadie pase sin hablar al portero*» un hombre que se ocupaba en coser zapatos.

—«¿Por quién pregunta vd.? repitió.»

—«Por una señora alta, gruesa etc.»

—«Cuarto segundo de la derecha.»

—«¿Pero está vd. seguro de que es la misma?»

—«Sí señor: por mas señas que hace poco tiempo se la ha casado una hija.»

—«Gracias»—y subí precipitadamente la escalera. Pasé por delante del cuarto primero:—no es este, dije, y subí otros dos tramos de escalera. Héme aquí á la puerta del cuarto segundo de la derecha... Pregunto por la señora.

—«Aun no se ha levantado: puede vd. decir lo que quiere ó volver dentro de una hora.»

—«Está bien: volveré.»

Y volví dentro de una hora.

—«¿Se ha levantado la señora?»

—«Está almorzando: pero tenga vd. la bondad de pasar (y pasé);—entre vd. en la sala (y entré);—tome vd. asiento (y me senté);—tenga la bondad de esperar un momento (y esperé cerca de una hora.)»

Al cabo de este tiempo se abrió una puerta, y entró una

señora como de 60 años, pequeña, delgada. En el momento que la divisé me levanté, y sin darla lugar á pronunciar una sola palabra

—«Veo, señora, la dije, que el portero de la casa ha abusado de mi credulidad.»

—«¡Cómo! ¿le ha engañado á V. el portero? Voy á hacer que le despidan ahora mismo....»

—«No merece la pena. Tal vez una equivocacion involuntaria... Me dijo que en el cuarto seguudo de la derecha vivia una señora (aquí las señas).»

—«Pues bien.... entonces...»

—«Pues bien; entonces...»

—«No le ha engañado á vd.»

—«¿Cómo no?»

—«¿En el cuarto segundo de la derecha vive esa señora; se llama doña Gertrudis...»

—«Pero señora la interrumpí, ¿no es este el cuarto segundo do la derecha?»

—«No señor.»

—«¿No hay otro cuarto debajo de este?»

—«Si señor.«

—«Pues entonces, este es el cuarto segundo.»

—«No señor.»

—«Confieso que no entiendo este nuevo mótodo de numeracion.»

—Eso consiste en que esta casa tiene entresuelo, y por consiguiente esto es el cuarto principal que pongo á disposicion de vd.

—«Mil gracias, señora»—y salí de allí dando al diablo los entresuelos.

Estoy á la puerta del cuarto segundo verdadero. Un criado vestido de negro me hace entrar en una sala donde habria reunidas unas cuarenta personas, las cuales guardaban el mas profundo silencio... y sin embargo habia una veintena de mugeres. Misterio incomprensible para mi... Las mugeres y el silencio: dos elementos que creia yo no podian amalgamarse.

A mi entrada todas las miradas cayeron á plomo sobre mí; despues cada uno volvió á su recogimiento anterior. Entre la multitud vi á Doña á Gertrudis (no hay duda que era la misma), sentada en un confidente, y á su lado una jóven de unos diez y ocho años: ambas silenciosas, y aparentando estar dominadas por un profundo pesar. Por esta circunstancia, y la de estar vestidas de luto, vine á deducir que la muerte habia visitado aquella casa; y las visitas de la muerte son casi tan fastidiosas como las visitas de encargo. Ahora bien, ¿qué papel me estaba reservado en aquella ocasion? Muchos meses han transcurrido desde que pasó aquella escena, y aun no he podido contestarme á esta pregunta.....

Saludé, tomé asiento entre la multitud y me preparé á lo que pudiera sobrevenir.

Cinco minutos habrian transcurrido, cuando á una seña de Doña Gertrudis, que desde mi llegada no habia cesado de mirarme con curiosidad, me aproximé al sitio en que estaba sentada.

—Tenga V. la bondad de pasar al gabinete, me dijo, designándome al mismo tiempo una puerta inmediata.—Allí está Federico.

Obedecí aquella insinuacion maquinalmento, y perdiéndome en mil diversas conjeturas. Abrí la puerta del gabinete, y me encontré frente á un hombre como de 50 años, quien al verme entrar me dijo sin parar apenas su atencion en mi conturbada persona:

—«Hombre, en qué mala ocasion ha llegado V.!»—Y siguió revisando una infinidad de papeles que habia sobre la mesa-escritorio,

—«¿Trae V. la cuenta?»—añadió á poco rato.

A esta brusca interpelacion me quedé atónito, y apenas pude articular:

—¡La cuenta....! Mi venida no tiene por objeto...!

—«Bien: es lo mismo..... no hace falta.....Firmará usted el recibo, y zanjaremos este asunto.»

Esto diciendo, abrió un cajon, sacó una cartera, y de ella tres billetes de banco que puso sobre la mesa. Yo estaba aterrado. Poco despues me presentó un papel escrito en forma de recibo.

—Pero V. se equivoca, dije tomando maquinalmente el papel: yo.....»

—«No señor: no hay equivocacion, porque de los 1586 hay que deducir los 64 reales por un lado.....

—«Permítame V.: yo no he venido á liquidar cuentas..»

—«Y veinte y dos por otro, que he entregado á D. Nicolás, como debe V. saber.»

—«Yo solo sé, dije amostazado, que he venido á hacer una visita á Doña Gertrudis por encargo de mi amigo don Salustiano de San Juan. Ni yo sé una palabra de la cuenta que V. dice, ni menos cuál ha sido la intencion de la señora al mandarme pasar á este gabinete.»

—«En ese caso, caballero, es muy diferente...., Yo creí.... V. disimule la molestia que le he causado....»

Salgo del gabinete. Estoy por segunda vez en escena... Todos los espectadores me miraban con curiosidad. Vuelvo á ocupar mi asiento, sin saber como salir del atolladero en que me veia.»—«Dejemos obrar á las circunstancias,» dije enjugando el sudor que inundaba mi frente.

Poco á poco iban desfilando las personas que ocupaban la sala; y sin embargo, yo permanecia clavado á la silla, como si una fuerza desconocida me detuviera. Por último, hice un esfuerzo sobrenatural: me puse en pié, aprovechando una ocasion en que hizo lo mismo un caballero de mi derecha; saludé, y mas osado que el Cid, me lancé intrépido á la puerta, gané la escalera, que bajé en dos saltos, y salí á la calle.—«Gracias á Dios, díje dando un profundo suspiro, que me hé salvado.»

Llegué á casa, y me dejé caer desfallecido sobre un sofá. Me acometió una pesadilla horrorosa....

Veia pasar cien figuras estravagantes que me miraban y se sonreian de una manera que me helaba la sangre en las venas. D. Salustiano se acercaba á mí, me sacaba del bolsillo la cartera, y anotaba en ella palabras que yo no podia comprender. Doña Teresa y su marido me pellizcaban, y á mis gritos desgarradores contestaban con estrepitosas carcajadas. Doña Gertrudis me golpeaba el rostro con un zapato. Una criada me echaba agua hirviendo por el cuello... Y todos aquellos fantasmas se agrupaban á mi derredor; me estrujaban, me oprimian, me ahogaban, y con voces desentonadas cantaban á coro; «¡una visita! una visita...!»

Sucedió un profundo silencio..... desaparecieron poco á poco aquellas visiones horripilantes..... Desperté..... Aun sonaba en mis oidos aquella palabra fatídica repetida por el eco: ¡una visita!!!

FERNANDO MARTIN REDONDO.

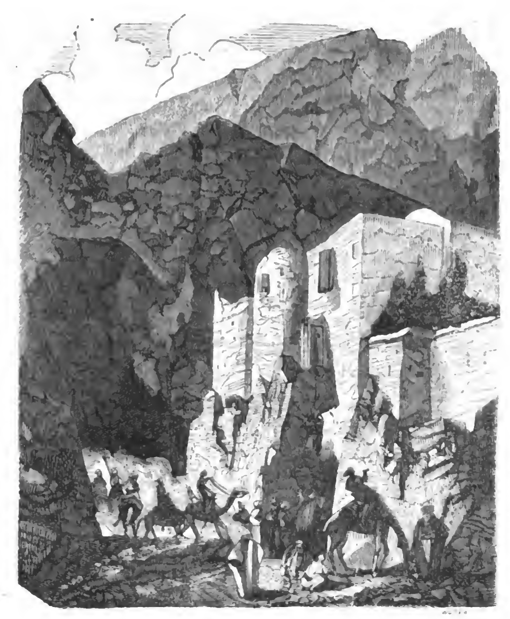
EL MONTE SINAI.

Donde quiera quo ha tonido lugar uno de los grandes acontecimientos que interesan á la humanidad entera, hay seguridad de encontrar hombres que se han constituido como en guardianes de aquellos lugares: apenas llegais, veis venir hácia vos amigos, hermanos, que se apresuran á ofreceros hospitalidad haciéndoos uua acojida cual si os esperasen.

Aparto su celebridad, el monte Sinaí no es mas que una roca como tantas otras, enmedio de una comarca esteril. Allí fué donde por boca de Moisés dió Dios á los hombres esa ley que contiene en pocas palabras los principales principios de toda sociedad humana. No es nuestro ánimo contar aquí la gran revelacion, sino añadir como complemento pintoresco á la vista que ofrecemos tomada del natural, algunas palabras de esplicacion.

El Sinaí es una montaña de la Arabia en los confines de Africa, de la Europa y del Asia, en la península, que avanza en medio del mar Rojo, entre los golfos de Suez y Akaba, al N. E. del monte Htoreb y al S. del monte Alvires Djebel Mousa.

No nos detendremos en hacer la descripcion del monte Sinaí: todas las montañas se asemejan y no difieren entre sí mas que en la altura: la de Sinaí es considerable; calcúlase en 7,452 piés sobre el nivel del mar Rojo. En la base se encuentra el famoso convento de Santa Catalina que hemos procurado representar en la lámina que acompaña á este articulo. Nosotros no le hemos visitado; por tanto, para no pecar de inexactos, dejaremos hablar al Reverendo Padre Garand, el último de los viajeros modernos que nos ha contado su peregrinacion al monte Sinaí, partiendo de Egipto, es decir, del Cairo, la antigua Menphis y siguiendo el camino de Mirales. «Hacia diez dias, dice, que habiamos abandonado el Cairo, y á la hora y media de llegar á la



El monte Sinai.

cumbre de una colina, distinguí en fin la cima augusta del monte Sinai, término de mi peregrinacion, y distante aun seis leguas.

Como era imposible llegar en aquel dia, hice alto mas temprano que de ordinario, pero en lugar de entregarme al reposo en mi tienda preferí dedicarme á los recuerdos que escita Sinai y permanecí largo tiempo contemplándole, en tanto que me era posible imprimir mi frente sobre el polvo de su roca. Al amanecer estaba en camino. Llegado cerca del convento, ví aparecer algunos religiosos que por medio de una polea bajaron una larga cuerda cuya estremidad formaba un anillo grande. Coloquéme en él, y fui prontamente elevado á una altura de 40 piés lo menos, é introducido en la comunidad.

Bien hubiera podido entrar por una puerta, aunque se ha dicho que no existe ninguna, pero se halla tapiada y no se abre mas que para recibir al Patriarca, que reside en Constantinopla, y cuyas visitas son muy raras. El superior del Monte Sinaí me habia prevenido en el Cairo acerca de este pequeño viage aéreo, y hasta me habia ofrecido hacer que entrara por la puerta; pero no convenia á mis sentimientos que los religiosos me tomaran por un gran personage oculto bajo los hábitos de un trapista, y por otra parte los árabes, de los que se desconfia con razon, y para los cuales se toman las precauciones relativas á la introduccion de estrangeros, hubieran podido acaso entregarse á algun esceso.

El P. Gerand hace en seguida la descripcion del convento: es una especie de pueblecillo rodeado de altas murallas, cuyas piedras son enormes rocas de granito. La clausura forma un cuadrado; el interior no es mas que un agrupamiento de habitaciones irregulares, construidas bajo diferentes planos sobre un terreno desigual. Escepto la iglesia todo es pobre; pero por todas partes reina el órden y el aseo.

El monasterio propiamente dicho fué construido en 520 por el emperador Justiniano. Todavía se vé el edificio que servia de iglesia para los católicos y de la cual fueron espulsados hace 140 años por los griegos cismáticos, dueños hoy de ella.

En la iglesia construida por los religiosos griegos se encuentra la tumba de santa Catalina, cuyo nombre ha reemplazado al que los católicos habian dado originariamente al monasterio, llamado antes de la espulsion convento de la Transfiguracion.

En las cercanias del monasterio campan bajo tiendas mas de 50 familias árabes que en cierto modo le pertenecen, tienen ganados y camellos y mediante un precio convenido se encarga de todos los trasportes que necesita la comunidad, ellas son tambien las que proporcionan caballerías á los viajeros.

GEROGLIFICOS EGIPCIOS.

Los hombres han inventado dos sistemas de escritura enteramente diferentes. El uno lo usan los chinos y es el sis-

tema geroglífico; y el otro que tiene el nombre de sistema alfabético ó fonético, está ahora en práctica en los demas pueblos de Europa.

Los chinos no tienen letras propiamente dichas. Los caracteres de que hacen uso son verdaderos geroglíficos, que representan ideas, no sonidos ni articulaciones. Así es que *casa* se espresa por un carácter único y especial, que no cambiaria aunque todos los chinos espresasen esta idea en el lenguaje hablado, con una voz enteramente diferente de la que existe en la actualidad.

A quien sorprenda este fenómeno, reflexione que tambien nuestras cifras numéricas son verdaderos geroglíficos. La idea de la unidad sumada siete veces consigo misma ó el número ocho, se representa en todas partes, en Francia, en Inglaterra, en España, con dos círculos unidos verticalmente y tocándose en un solo punto; pero al ver este signo ideográfico el francés lee *huit*, el inglés *eight*, el español *ocho*; y con la misma variedad los demas pueblos. Todos saben que sucede lo mismo con los números compuestos. Así, sea dicho de paso, si llegasen á estar universalmente admitidos los signos ideográficos chinos, como sucede con las cifras árabes, todos leerian en su propia lengua las obras que se los presentáran, con la misma facilidad que los números, sin tener necesidad de conocer ni una voz de la lengua hablada por los autores que las hubieran escrito.

No sucede lo mismo con la escritura alfabética.

El que inventó el arte ingenioso de pintar la palabra, hizo la esencial observacion de que todas las de la mas rica lengua hablada, se componen de un número limitado de sonidos ó articulaciones elementales, é inventó cierta cantidad de signos ó letras para representarlo combinándolos de distintos modos, podia asi escribir cualquier palabra que hiriese sus oidos aun sin conocer su significado.

La escritura china ó geroglífica parece ser una infancia del arte; pero no es exacto lo que se decia en otro tiempo de que para saberla leer, era menester en la misma China la larga vida de un mandarin estudioso: Remusat, cuya pérdida ha sido una de las mayores que han tenido las letras en mucho tiempo, habia hecho ver con su esperiencia y la de los escelentes discípulos formados cada año en sus cursos, que el chino se aprende como otra lengua cualquiera. Tampoco es cierto lo que se cree á primera vista de que los caracteres geroglíficos sirven únicamente para la espresion de las ideas comunes algunas páginas de la novela *Ya-Kiao-li* ó las *dos Primas* bastan para demostrar que el uso de la lengua china se estiende tambien á las mas sutiles y alambicadas abstracciones. La falta principal de esta escritura está en no dar medios para espresar palabras nuevas.

Un mandarin de Canton hubiera podido escribir á Pekin que el 14 de julio de 1600 salvó á la Francia de un gran peligro la batalla mas memorable; pero no hubiera sabido cómo comunicar ó su corresponsal en caractéres puramente hieroglíficos que la llanura en que se tuvo esta jornada gloriosa se llamaba *Marengo*, y que el general vencedor se llamaba *Bonaparte*. Un pueblo, pues, en que todas las comunicaciones de nombres propios, y de ciudad á ciudad podrian hacerse solamente por el intermedio de mensajeros, estaria sin duda en los primeros escalones de la civilizacion y no es tal la condicion del pueblo chino. Es verdad que los caracteres geroglíficos constituyen la esencia de su escritura; pero alguna vez, y sobre todo cuando se quiere escribir un nombre propio, pierden su carácter ideográfico para reducirse á espresar únicamente sonidos y articulaciones, en fin, á sus verdaderas letras. No carece de oportunidad esta introduccion. Las cuestiones de antigüedad á que han dado lugar los métodos gráficos del Egipto, van ahora á ser esplicadas y resueltas con facilidad, en los geroglíficos del antiguo pueblo de los Faraones vamos á encontrar todos los artificios usados hoy por los chinos.

Muchos pasajes de Herodoto, Diodoro de Sicilia y de San Clemente de Alejandria, han hecho conocer que los egipcios se servian de dos ó tres clases de escritura, y que en una de ellas al menos, se usaban mucho los caractéres simbólicos ó representativos de ideas. Hasta nos ha conservado Hosapollon la significacion de cierto número de estos caractéres; así se sabe que el milano representaba el *alma*, la *paloma* (lo que podria parecer bastante estraño) un *hombre violento*; *la flauta el hombre loco*, el número *diez y seis* el *deleite*; una *rana* el *hombre imprudente*; la *hormiga* el *saber*.

Los signos conservados por Horapollon solo formaban una pequeña parte de los 800 á 900 caractéres que se habian descubierto en las inscripciones monumentales. Algunos modernos, entre ellos Kircher, intentaron aumentar su número; pero sus tentativas no tuvieron mas resultado que hacer patentes los errores que se esponen á padecer los hombres de mas instruccion, cuando en la investigacion de los hechos se entregan sin freno á su imaginacion. La falta de datos para la interpretacion de las escrituras ejipcias, habia hecho creer á todas las personas sensatas la imposibilidad de resolver completamente el problema, cuando en 1739 Mr. Boussard, oficial de injenieros, en las escavaciones qve hacia cerca de Roseta, encontró una piedra ancha, cubierta enteramente de tres séries de caractéres diferentes entre sí. Una de ellas estaba en griego, y á pesar de algunas mutilaciones, dió claramente á conocer que los autores del monumento habian dispuesto se escribiese la misma *inscripcion* en tres clases de caractéres, á saber, en sagrados ó geroglíficos ejipcios; en caractéres locales ó comunes y en letras griegas: por una dicha inesperada se encontraban, pues, los filólogos en posesion de un testo griego, y á su lado su *traduccion* en lengua ejipcia, ó al menos otro de un sentido equivalente representado por los carácteres usados antiguamente en las orillas del Nilo.

Esta piedra de Roseta, que despues ha sido tan célebre, y que M. Boussard regaló al instituto del Cairo, fué perdida por este cuerpo sabio cuando evacuó al Egipto el ejército francés. Ahora está en el museo de Londres, en que figura, dice Tomás Young, como un monumento del valor británico. Dejando aparte el valor, hubiera podido añadir el célebre físico, sin mucha parcialidad, este precioso monumento bilingüe atestiguaba tambien las miras progresivas que habian inspirado la memorable espedicion de Egipto, y el celo infatigable de los ilustres sabios, cuyos trabajos ejecutados muchas veces al alcance de la metralla, han dado tanto brillo á la gloria de su patria.

La importancia de la inscripcion de Roseta les interesó de tal manera, que para no abandonar este tesoro á los riesgos y azares de un viaje marítimo, trataron desde luego de reproducirlo por dibujos, relieves y otros procedimientos. Es menester añadir que los anticuarios de todos los paises conocieron por la primera vez la piedra de Roseta por medio de los dibujos franceses.

Mr. Silvestre de Sacy, uno de los mas ilustres miembros del instituto, fué el primero que desde el año de 1802 entró en la carrera, que la inscripcion bilingüe abria á los investigaciones de los filólogos; pero solo se ocupó del testo egipcio, escrito en caractéres comunes. En él descubrió los grupos que representan diferentes nombres propios, y su naturaleza fonética. Así en una de las dos escrituras al menos, los egipcios tenian signos de sonidos, verdaderas letras. Este importante resultado no sufrió ninguna crítica desde que Mr. Akerblad, sabio sueco, perfeccionó el trabajo de Sacy, y señaló con una probabilidad que se aproximaba á la certidumbre el valor fonético individual de los diferentes caractéres empleados en la transcripcion de los nombres propios, dados á conocer por el testo griego.

Quedaba siempre la parte de la inscripcion puramente geroglífica, ó supuesta tal, que permanecia intacta, no habiéndose atrevido nadie á intentar descifrarla.

Aquí es donde veremos á Tomás Young declarar desde luego como por una especie de inspiracion, que en la multitud de signos esculpidos sobre la piedra y que representaban ya animales enteros, ya seres fantásticos, ya instrumentos, productos de artes ó formas geométricas, aquellos que estaban comprendidos en espacios elípticos correspondian á nombres propios de la inscripcion griega, particularmente al nombre do Ptolomeo, único que ha quedado intacto en la transcripcion geroglífica. Poco despues pasa á decir que en este caso especial los signos no representan ya ideas sino sonidos; y concluye en fin señalando con un análisis minucioso y delicado un geroglífico individual á cada uno de los sonidos que hieren los oidos en el nombre de Ptolomeo en la piedra de Roseta y en el de Berenice de otro monumento. He aquí tres, puntos principales de las investigaciones de Young sobre los sistemas gráficos de los egipcios. Se ha dicho que nadie los habia echado de ver, ó al menos que no se habian publicado antes del físico inglés; opinion dudosa, aunque generalmente admitida. En efecto, desde el año de 1766 habia mirado Mr. Quignes en una memoria impresa, como pertenecientes á nombres propios

los grupos de las inscripciones egipcias. Todos pueden ver ademas en las misma obra los argumentos del sabio Orientalista para apoyar la opinion que habia abrazado sobre la naturaleza constantemente tonética de los geroglíficos egipcios. Young tiene pues, el honor de la prioridad en un solo punto: él es el primero que ha hecho tentativas para descomponer en letras los grupos en cuestion, para dar un valor tonético á los geroglíficos que componian en la piedra de Roseta el nombre de Ptolomeo.

En esta investigacion Young da nuevas pruebas de su inmensa penetracion, pero estraviado por un falso sistema sus esfuerzos son enteramente estériles. Asi algunas veces atribuye á los caractéres geroglíficos un valor simplemente alfabético; mas allá les da uno silábico ó disilábico sin atender á lo estrafalaría que seria semejante mezcla de caractéres de distintas naturalezas.

El fragmento de alfabeto publicado por el doctor Young participa, pues, á un tiempo de la verdad y de la mentira; pero se aleja muchas veces, tanto de la primera que es imposible aplicar el valor de las letras de que se compone á cualquiera inscripcion, que no sea la de los dos nombres propios que han dado á él orígen. La palabra imposible se encuentra tan raras veces en la vida científica de Young, que es menester demostrar la justicia con que aquí se pronuncia. Hay que decir que el mismo Young creia leer con arreglo á su alfabeto el nombre de *Arsinoe*, donde su célebre competidor ha hecho ver despues con entera evidencia que debia leerse *autocrator*, é interpretaba por *Evergeta* un grupo en que es menester leer *César*. El sistema de Champollion, respecto al descubrimiento del valor tonético de los geroglíficos, es sencillo, homogéneo y no parece dar lugar á ninguna incertidumbre. Cada signo equivale á una simple vocal ó á una simple consonante. Su valor no es arbitrario; todo geroglífico tonético es la imágen de un objeto físico, cuyo nombre en lengua egipcia empieza por la vocal ó por la consonante que se trata de representar (1).

El alfabeto de Champollion, dispuesto ya con arreglo á la piedra de Roseta y á otros dos ó tres monumentos, sirve para leer inscripciones enteramente diferentes; por ejemplo, el nombre de Cleopatra en el obelisco de *Philæ* trasportado hace mucho tiempo á Inglaterra, y donde el doctor Young armado con su alfabeto nada habia visto. En los templos de Karnac, Champollion leyó dos veces el nombre de *Alejandro*; en el zodiaco de Derderach un título imperial romano; en el grande edificio sobre que estaba colocado el zodiaco, los nombres y sobrenombres de los emperadores Augusto, Tiberio, Claudio, Neron, Domiciano, etc. Con esto acabará la agitada y eterna discusion á que habia dado lugar la edad de estos monumentos, y quedará indudablemente demostrado que todavia se usaban los geroglíficos á las orillas del Nilo bajo la dominacion romana.

El alfabeto que ha producido ya tantos resultados inesperados, aplicado ora á los grandes obeliscos de Karnac, ora á otros monumentos que tambien son, segun se ha averiguado, del tiempo de los Faraones, nos presentará los nombres de muchos reyes de esta antigua raza, y otros de divinidades egipcias; mas diremos: nos manifestará *sustantivos, adjetivos* y *verbos* de la lengua copta. Young se engañaba pues, cuando miraba á los geroglíficos tonéticos como una invencion moderna, y cuando sostenia que habian servido únicamente para la transcripcion de los nombres propios, y aun solamente de los estranjeros. Mr. de Quigues, y sobre todo Mr. Etienne Quatreniere, defendian al contrario un hecho verdadero de la mayor importancia que la lectura de las inscripciones de los Faraones ha comprobado de un modo indudable, cuando miraban á la actual lengua copta como la de los antiguos vasallos de Sesostris.

(1) Esto será mejor entendido si queremos componer segun el sistema egipcio los geroglíficos de la lengua española.

La A podrá ser representada indistintamente por un Aguila, un Asno, un Anade, etc. que empiezan con a.

La B podrá serlo por una Ballena, un Barco, etc.

La C por un Caballo, una Cabra, un Cedro, etc.

La E por un Elefante, una Espada, una Encina, etc.

Y asi sucesivamente; de modo que la palabra *Boca* se escribiria con geroglíficos españoles, poniendo á continuacion unas de otras las figuras de una Ballena, un Oso, un Caballo y una Aguila, ó bien las de un Barco, un Olivo, una Cabra y un Asno.

Hé aquí el punto á que habian llegado estos sacerdotes egipcios, cuyo saber ensalzaba tanto la antigüedad: pero que verdaderamente nada nos han enseñado.

POESIA.

AL EXCMO. SR. D. PEDRO SABATER

(POCO DESPUES MARIDO DE LA AUTORA)

Con motivo de haberle enviado á ésta unos versos en que pretendia hacer su retrato

La pintura que haceis, prueba evidente
Es del hábil pincel que la ha trazado:
En ella advierto creadora mente
Y de entusiasta amor fuego sagrado.

Toques valientes, vivo colorido,
Dignidad de espresion, diseño grato...
Todo es bello ¡oh amigo! *el parecido*
Solo le falta á tan feliz retrato.

En vuestro genio, sí, no en el modelo,
Esos rasgos hallais tan ideales;
Que solo al pensamiento otorga el cielo
Enjendrar en su luz bellezas tales.

Si como me pintais, así os parece
Verme, por Dios que á confusion me muevo,
Pues tanto vuestra mente me engrandece
Que ni á mirarme como soy me atrevo.

Regio ropaje á su placer me viste
Vuestra exaltada y rica fantasía
Y entre tanto fulgor no se si existe
Algo real de la sustancia mia.

¡Desdichada de mí si el tiempo alado
Se lleva en pos el fúlgido atavío
Y hallais un dia atónito, turbado
El esqueleto descarnado y frio!!!

En esta tierra de miseria y lloro
Dispensad compasion, cariño tierno;
Mas no gasteis tan pródigo el tesoro
De admiracion y amor que os dió el Eterno.

Lo que se cambia y envejece y pasa;
Lo que se estrecha en límites mezquinos,
Es nada para el alma, que se abrasa
Anhelando de amor goces divinos.

Ventura me pedis, á mí que en vano
Tras de su sombra consumis mi brio...
A mí del polvo mísero gusano,
Que de mi propia mezquindad me rio!

Pensais volar y os arrastrais despacio,
Y en pobre cieno vuestro afan se abisma...
¡Salid, salid del tiempo y del espacio
Y traspasad nuestra esperanza misma!

Yo como vos para admirar nacida;
Yo como vos para el amor creada;
Por admirar y amar diera mi vida;
Para admirar y amar encuentro nada!

Siempre el límite hallé: siempre, do quiera,
La imperfeccion en cuanto toco y veo...
No juzgo al universo una quimera
Porque en el busco á Dios; porque en Dios creo.

Tú eres; Señor! amor y poesía;
Tú eres la dicha, la verdad, la gloria;
Todo es, mirado en tí, luz y armonía;
Todo es, fuera de tí sombra y escoria.

¡Desdichado de aquel que en juicio escaso
Hallar lo grande en lo finito intente;
Que en corrupto licor y estrecho vaso
Quiera apagar la sed que interna siente!

No así jamás os profaneis ¡oh amigo!
No en esas aras de vuestra alma bella
Idolo vano alzeis, que yo os predigo
Que con desden y horror lo hundirá ella.

Queredme bien, compadecedme, y basta
No aprecies cual diamante humilde arcilla:
Dadle el tesoro que jamás se gasta
Al que por siempre permanece y brilla.

Yo no puedo sembrar de eternas flores
La senda que correis de frágil vida;
Pero si en ella recogeis dolores
Un alma encontrareis que los divida.

Yo pasaré con vos por entre abrojos
Y el uno al otro apoyo nos daremos;
Y ambos alzando al cielo nuestros ojos
Allá la dicha y el amor veremos.

¿Qué mas podeis pedir? ¿qué mas pudiera
Ofrecer con verdad mi pobre pecho?
Ternura os doy con efusion sincera
¡De mi ídolo el altar ya está deshecho!

No igual suerte me deis, oh vos, que en esta
Tierra de maldicion sois mi consuelo!
¡No me querais alzar ara funesta!
¡No me pidais en el destierro el cielo!

Vedme cual soy en mí, no en vuestra mente,
Bien que el retrato destroceis con ira
Que aunque cual creacion brille eminente
Vale mas la verdad que la mentira.

G. G. de Avellaneda.

Solucion del geroglífico publicado en el número 51.

La muerte domina del mismo modo en la humilde cabaña que en los alcazeres dorados de un rey.



FIN DEL TOMO DE 1849.

ADVERTENCIA.

Con el número proximo se repartirán la portada, indice y cubierta del tomo que concluye con este número, y que se venderá encuadernado desde Febrero, al precio de 40 rs. en Madrid.

ATLAS GEOGRAFICO.

No habiendo satisfecho nuestros deseos el resultado de los pliegos estampados en el mismo papel que se ha tirado La Tierra, hemos hecho fabricar otro de lo mas superior, á propósito para la estampacion delicada y detenida que requieren los mapas. Esto ha ocasionado un retraso que hemos creido preferible á deslucir completamente un obsequio que esperamos sea del agrado de nuestros favorecedores. Contamos con distribuir el Atlas antes que concluya enero. Los seis pliegos que teniamos impresos están de manifiesto en nuestras oficinas, juntamente con una muestra del nuevo papel y estampacion, para que los suscritores que gusten puedan establecer la comparacion conveniente.

LA TIERRA.

DESCRIPCION GEOGRAFICA.

Se están remitiendo puntualmente á vuelta de correo á todos los suscritores del año al Semanario. Tambien en Madrid se está haciendo la distribucion. Juntamente con la Tierra se manda el Almanaque Pintoresco mensual á todos los suscritores que reciben el periódico mensualmente y á los que lo son al Semanario é Ilustracion.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Á los suscritores

A LA ILUSTRACION.

El aumento estraordinario que ya en esta fecha tienen las listas de suscriciones de La Ilustracion, nos coloca en posicion de ofrecer mejoras muy notables para el año próximo, y lo que es mas, nos da esperanza de realizar una reforma importantísima, cual es la de sostener el periódico casi esclusivamente con láminas nuevas. Escusado es encarecer la importancia de esta mejora que, lo repetimos, concebimos esperanza de llevar á cabo muy en breve. Por de pronto, para los próximos números, tenemos dispuestos artículos escojidos, una lindísima novela original del Sr. Magariños y Cervantes titulada Caramurú, destinada, estamos seguros de ello, á alcanzar un éxito brillante; otra de costumbres, original tambien del festivo escritor conocido con el psudónimo de el Baron de Illescas, titulada la La Casa de enfrente, y otras dos, igualmente originales, de la distinguida poetisa señorita Coronado, y del señor Diana.

En punto á láminas, tenemos dispuestas muchas bellísimas y de grandes dimensiones, varias de costumbres españolas, y una historia satírica en dibujos que comenzaremos á publicar desde el número próximo, y que lleva por título: La sola increible, sorprendente historia del heredero del célebre Mr. Cryptogame. Esta crítica de costumbres y de los viajeros franceses que tan mal nos juzgan, pertenece á un género enteramente nuevo en España. En una palabra, reunimos materiales escogidos para mostrar, como tenemos de costumbre, nuestra profunda gratitud al favor siempre creciente con que son recibidas nuestras humildes tareas.

UN COMUNICADO Y ALGUNAS OTRAS COSAS MAS. (1)

La crítica que de los *Recuerdos de un viaje en España* hemos publicado en el *Semanario*, ha producido un comunicado que nuestro escelente amigo el señor Cuendias se ha visto en la precision de dirigirnos, y un apéndice al *Museo de las familias* en que aludiendo á las epístolas, pero desentendiéndose de su contenido, se trata, por toda contestacion, de ensalzar el Museo lanzándonos al propio tiempo ciertas acusaciones embozadas que no pueden dejarse pasar sin correctivo por muy amargo que sea para el editor del citado periódico, que asi hace lastimosamente de una cuestion puramente literaria, una ocasion para estampar esos alardes ridículos de omnipotencia y de perfeccion á que se muestra tan aficionado. Dispuestos á ejercer la crítica en su verdadera acepcion, no descenderíamos al terreno mezquino á que parece retarnos el Editor del Museo con sus impremeditadas palabras, si estas no nos obligáran á demostrar que estamos siempre prontos á aceptar toda clase de provocaciones, y si la estudiada sencillez y buena fé con que en la nota, á que contestaremos, se pretende hablar al público, no nos movieran á nosotros á ser verdaderamente claros y esplícitos.

Por de pronto hé aquí el comunicado de los señores Cuendias y Fereal, que en su obsequio insertamos, con la principales observaciones á que su lectura da márgen.

Madrid 25 de diciembre de 1849.

Señor director del Semanario Pintoresco Español.

Muy señor nuestro:—El interés que en su apreciable publicacion se sirve V. manifestarnos, nos animan á suplicar á V. se sirva dar cabida en un próximo número del Semanario Pintoresco Español á la siguiente rectificacion. Contando con el favor de V. quedamos S. S. S. Q. B. S. M.

V. de Fereal.—M. de Cuendias.

Señor director del Semanario Pintoresco Español.

Muy señor nuestro.—No es verdad que los *Recuerdos de un viaje en España* que publica el señor Mellado sean la *misma obra*, una *parodia ó imitacion* de ninguna especie (2) de *L'Espagne pittoresque artistique et monumental* que publicamos en Paris en 1848: pues si bien es cierto que en los Recuerdos, el editor Mellado ha insertado algunos trozos de *l'Espagne* (3) no es menos cierto que le asiste *todo derecho* (4) para obrar asi: pues no solo nuestro editor de Paris ha autorizado por un tratado especial á reproducir estractar, traducir y publicar lo que guste de nuestra obra al señor Mellado, sino que tambien nosotros le hemos dado la misma autoridad. (5) Esto dicho esperamos que modifique su agudísimo juicio el señor fiel de fechos y que V. nos favorezca como hasta aqui teniéndonos por S. S. S. Q. B. S. M.

V. de Fereal.—M. de Cuendias.

Vamos ahora á hacernos cargo de las alusiones que nos diriga el señor Mellado en el último número del *Museo de las Familias*, y á rectificar equivocaciones en que incurre á sabiendas.

Que no ha sido el *Museo* el que ha creado on España la aficion á las publicaciones pintorescas; que lejos de haber marcado ni al Semanario ni á ninguna otra publicacion el camino de las mejoras, no ha introducido un solo adelanto desde su primer año, son verdades que no ignoran cuantos tienen algun conocimiento del movimiento literario de España en nuestra época. Cuando el Museo salió á luz, hacia siete años que el Semanario contaba mas de 3000 lectores, siete años que habia emprendido la noble tarea de despertar la inclinacion á las lecturas útiles, de crear en España el grabado en madera, de sacar del olvido nuestros monumentos, nuestras antigüedades, la memoria de los hombres célebres del pais, el recuerdo de las glorias nacionales, de estimular en fin, á los ingenios españoles al cultivo de las letras. ¿Qué títulos tiene el Museo para aspirar á ocupar en la prensa del pais el lugar que el Semanario ha conquistado á costa de catorce años de servicios prestados á las letras y á las artes, á costa de mil sacrificios, merced á los cuales ha podido adquirir y sostener el envidiable privilegio de ser la única publicacion de su género en España? ¿los cuentos de Berthout acaso? ¿los artículos de D. B. Castellanos? ¿las novelas del señor conde de Fabraquer? ¿los clisés de desperdicio que constantemente ha ido mendigando al estrangero para manchar sus páginas con los primeros é informes ensayos del grabado en madera que los periódicos pintorescos de Inglaterra y Francia presentaron por los años de 33 y 34? Es necesario ciertamente mucha osadia para que un periódico que fuera de algunos artículos publicados hábilmente en el primer tomo á guisa de reclamo, jamás ha tenido la mas pequeña importancia literaria ni artística, pretenda colocarse á la altura de una publicacion modesta, pero cuya utilidad es innegable, que ha creado el grabado en España, que actualmente le está perfeccionando, que á diferencia del Museo, vive con recursos esclusivamente del pais, y á la cual han contribuido, en fin, todos los escritores de alguna valía que ostenta la literatura española contemporánea.

Pero lo que no hemos podido ver con tranquilidad es la indicacion de que imitamos al editor del Museo, do que copiamos sus palabras. ¿Dónde está la imitacion, carísimo editor? no conoceis que aunque segun decis, valeis tanto, nosotros que tan pobre idea tenemos formada de vos, no habíamos de escoger por modelo al autor de *La España Geográfica*, de *Los recuerdos de un viaje en España*, y otros enjendros del mismo valor literario? pero, ya lo dijísteis, la imitacion está en que nosotros hacemos regalos, y vos los habíais ya hecho antes. Y decidnos, señor editor, ¿nadie en España ni fuera de ella habia regalado libros antes que ocurriera esta idea á la estupenda inventiva de D. F. de P. Mellado? entonces, señor editor del Museo, vos sois un imitador del Semanario, puesto que á los siete años de publicacion de este periódico, anunciásteis otro periódico, literario como el Semanario, con grabados, como el Semanario, y en una forma semejante á la del Semanario; entonces, vos, carísimo editor, que hasta ahora no se os habia ocurrido dar á luz un periódico universal, imitacion manifiesta de otro periódico universal que hace diez meses se publica, y que lleva por título la Ilustracion, vos si que sois un imitador consumado. ¡Que se atreva á hablar de imitaciones el autor de Los Recuerdos de un viaje en España! No, carísimo editor, si el diablo nos inspirára la idea de imitar, creedlo muy de veras, podeis estar tranquilo, no seria á vos á quien imitáramos. Cuando ofrezcamos regalos, los daremos, no os *imitaremos* por mas que fuera mucho mas cómodo *imitaros* en aquello de los regalos del 50 por 100, merced á los cuales, segun en otra ocasion demostramos, podríamos despachar libros viejos por todo su valor, y que los suscritores nos dieran las gracias.

Cuando escribamos prospectos, nos olvidaremos de cuantos vuestros hayamos tenido la desgracia de leer, no sea que nos entre la tentacion de ofrecer como originales, algunos recuerdos de otro; de prometer como hicísteis en el prospecto de 1844, artículos de los señores Vega, Lafuente, Breton, Bermudez de Castro, Martinez de la Rosa, Búrgos, Galiano, Zorrilla, Rubí, etc., que todavía están esperando esos mismos pacientísimos suscritores, que tienen la debilidad de haceros gastar en el correo, dirigiéndoos cartas en que, segun decis, opinan que sois un grande hombre. Vos que tan apasionado sois de lo original, que haceis que de vuestra casa salgan casi originales en su propio idioma, las infinitas obras que dais como traducciones, habeis hecho en el prospecto de este año una innovacion ingeniosa por la que os felicitamos sinceramente, y en la que seria tambien muy económico imitaros; hablamos de aquello de citar un número infinito de nombres, aunque la mayor parte de ellos como los de Vega, Fr. Gerundio, Breton, Duque de Rivas, Revi-

(1) No queriendo privar á nuestros suscritores de las lecturas propias del Semanario, para dar lugar á artículos puramente de polémica, aumentamos dos hojas á este número.

(2) Los señores Cuendias y Fereal, nos permitirán que les preguntemos qué carácter tiene una obra que sigue el mismo plan que otra, que copia ó traduce periodos, párrafos, capítulos, hojas enteras, de la que le sirve de modelo; que tiene la misma forma material, que vá ilustrada con los mismos grabados, aunque no les conozcan los padres que los dieron á luz, que contiene en fin, iguales láminas *en negro sobre color* segun la nueva voz *inventada* por el señor Mellado, que tal vez podrá tambien *inventar* otra palabra que no sea *parodia ó imitacion*, para calificar su engendro, y con esto conseguirá *inventar* siquiera algo para los Recuerdos.

(3) Y tan cierto como que el señor Mellado ofrecia en el prospecto una obra ENTERAMENTE *nueva en la forma y en la esencia*

(4) Nadie se le niega; es muy dueño de ello.

(5) No creemos que el editor de Paris se haya hecho rico con el producto de este contrato. Asi y todo estrañamos que el autor de los Recuerdos haya echado la casa por la ventana para adquirir lo que estaba en su mano: ¿quién le quitaba de reproducir y plagiar, en una palabra, como mejor le acomodase.? Lo que debió comprar fué el derecho para poner el nombre del celebérrimo autor español al frente de la traduccion ó parodia. Apuradillo se ha de ver el editor para salir de este aprieto, el dia que la Europa se levante en masa pidiendo el retrato del autor, segun está previsto desde la impresion del prospecto. Para este caso esperamos que no se eche en olvido el consejo del insigne fiel de fechos de Pampaneira; un boton en el pecho del autor, con los retratos de los señores Cuendias y Fereal, es el modo de escurrirse por la tangente.

lla, etc. etc., no hayan aparecido desde 1843 en las páginas del Museo, vos sin embargo los teneis presentes..... en los prospectos porque sabeis que valen para esto, aunque luego no volvais á acordaros de ellos en todo el año. Estais seguro de que esto de citar nombres no sea una *imitacion* de los prospectos del Semanario? bien que con la diferencia, de que, como imitais siempre lo peor, segun la apreciable opinion del Fiel de fechos, que tanto os ha escocido, vos no seguireis la *imitacion* hasta el punto de que aquellos nombres aparezcan en las páginas del periódico, como nosotros no os obliguemos á ello, que asi esperamos conseguirlo antes ó despues.

Dice el bueno del editor del *Museo* aludiendo á las críticas de sus *Recuerdos*, mejor dicho, de los *Recuerdos* que no son suyos, que á las críticas razonadas y justas puede contestarse con razones, que los ataques infundados deben contestarse con el silencio; ¿qué entenderá el señor Mellado por críticas razonadas y justas? ¿si creerá que las epístolas del Fiel de fechos de Pampaneira son de las que, segun él, por sí mismas se destruyen? no amigo mio, esta clase de censuras no se desvanecen sino con razones que las desvirtuen, y que no nos dariais de ningun modo, aunque todos esos suscritores bonachones que os abruman con sus alabanzas, hicieran un viage á Madrid para rogaros de rodillas que dierais una respuesta razonada y categórica.

Si el Museo por su misma índole no fuera un rival enteramente inofensivo para cualquier periódico literario regularmente redactado, bastaria para borrar el colorido de rivalidad que con vuestra proverbial destreza en esta clase de negocios editoriales, habeis procurado dar á los artículos de crítica que os hemos dirigido, el considerar que nada tiene que ver la *España Geográfica* con el Museo, y sin embargo creimos un deber de conciencia escribir las cartas que publicó La Ilustracion y que han desautorizado completamente aquella obra: nada tiene que ver la *Biblioteca Popular* con el Museo, y sin embargo, acaso un dia nos hagamos cargo de los males inmensos que estais haciendo al pais con esta publicacion. Ni hemos sido nosotros los primeros que hemos levantado noblemente la voz contra un editor, que ha podido dar un impulso vigoroso á nuestra decadente literatura, á nuestros artistas, al comercio de libros considerado menos mezquinamente que vos lo entendeis; un escritor distinguido publicó en un periódico el año anterior, ciertas cartas suscritas con las conocidas iniciales J. de A., en las que hablando de las causas de la decadencia de la literatura española, escribia lo siguiente:

«La imprenta y la literatura siguieron marchando de este modo, con impalpables diferencias, hasta fin del año de 1843. Al principio del 44 se encerró un hombre pensador en su gabinete, y formó el cálculo siguiente: «Hasta »hoy ha vivido la literatura en España alimentando á un »buen número de escritores, á mayor número de editores, »á muchos millares de cajistas, á los fabricantes de papel, »y á otro sin número de clases que viven con el sudor de »los autores. Esto ha sucedido hasta hoy. ¿Cómo haré yo »para que desde hoy en adelante se mueran de hambre los »literatos, se arruinen todos los editores, vivan mas es»trechos los cajistas, y se desesperen las familias, trayen»do á mis arcas todo el oro que entre tantos se repartia? »De una manera muy sencilla. A los suscritores se ha di»cho que por consecuencia de los adelantos tipográficos se »les entregaban los libros á un precio bastante económico; »pues yo se los voy á dar ahora á la cuarta parte de su va»lor y, deslumbrándolos de esta manera, reuniré diez ó »doce mil suscritores. ¿Pero de qué modo conducirme pa»ra dar los libros tan baratos? De una manera muy sencilla: »no pago nada de propiedades; y alimento mi publicacion »con traducciones y reimprimiendo obras antiguas. ¿Pero »para dar traducciones tendré que pagarlas? No importa. »Pagaré á 20 rs. el pliego. ¿Pero quién querrá traducir tan »barato? En primer lugar, los que no sepan francés ni cas»tellano: en segundo, los que sepan ambos idiomas y se »estén muriendo de hambre. ¿Se contentarán los suscrito»res con estas obras? Los suscritores se contentan con lo »que les dan: yo buscaré quien elogie mis publicaciones, y »mis suscritores creerán en los elogios de la prensa.»

«Este raciocinio formó D. Francisco de Paula Mellado y la BIBLIOTECA POPULAR vino al mundo ¿Há conseguido el D. Francisco de Paula Mellado lo que se propuso? lo ha conseguido plenamente. Los escritores han tenido que romper sus plumas de ira; y el genio que debia brillar en su cenit, se esconde entre el polvo de una oficina, ó se debilita y apaga bajo el peso de la miseria: los editores han quebrado, y en el tiempo que han querido luchar y vencer al enemigo de la imprenta, han tenido que ir disminuyendo dia por dia la recompensa que antes daban á los escritores originales: los cajistas no gozan ya el mismo sueldo que otras veces: las clases que se alimentaban con el trabajo de los escritores perecen, y las arcas de D. Francisco de Paula Mellado estan rebosando de oro. Nueve ó diez millares de suscritores han encontrado que se contentan con las reimpresiones y traducciones: tambien ha encontrado quienes le traduzcan por 15 ó 30 duros un volúmen de la BIBLIOTECA POPULAR, y, lo que es mas triste, no falta quien elogie las traducciones, las reimpresiones, todo lo que sale de las prensas de D. Francisco de Paula Mellado. ¿Y se llamarán escritores los que tal sostienen? Escritores son, porque hacen letras, pero no tienen almas de escritores, no estiman en nada la gloria, el honor de la literatura nacional. Ellos merecen bien que el lodo que salpica de las ruedas del coche de D. Francisco de Paula Mellado, manche sus vestidos y sus frentes; ellos merecen bien hundirse en la miseria y la abyeccion que á los escritores preparan.»

Dos palabras mas y concluimos. El Sr. Mellado termina la contestacion indirecta que nos da, á nosotros cuyos juicios no merecen mas que el silencio, con una curiosa leccion á los suscritores acerca de lo que son grabados originales, aprovechando de paso la ocasion para decir que un periódico (el Semanario: pronúncicle V. sin miedo), ofreció no poner mas que grabados originales el año 49, y no ha dado *apenas ninguno* que no haya sido copiado de obras francesas. No solo lo ofreció el año 49, sino el anterior y el otro y el de mas atras, y el Semanario no os *imita* en esto de ofrecer y no dar, vamos á probaroslo. En primer lugar no es cierto que el Semanario no haya insertado apenas ningun grabado enteramente original; 134 ha dado tomados de apuntes y dibujos hechos espresamente por nuestro encargo; nosotros exigimos del editor del Museo que cite las publicaciones donde haya visto estas láminas antes que en nuestro periódico, si es que quiere conservar esa fama de franqueza y de lealtad de que hace alarde, y que sienta muy mal en quien como él, disfraza la verdad por rivalidades mezquinas; 79 están copiadas de varias publicaciones de Europa, PERO COPIADAS POR ARTISTAS ESPAÑOLES, no traidas del estrangero en planchas de plomo, como las que el Sr. Mellado publica en el Museo; las diferencias de una cosa á otra son muy notables; *clisés* de la época y de la clase de los que estampa el Museo, se ofrecen en las tarifas de los editores estrangeros á 6 francos.; (tenemos de manifiesto las tarifas en nuestras oficinas), las copias ó calcos que nosotros mandamos hacer á artistas españoles, nos cuestan á 12 y 14 duros; (tenemos de manifiesto los recibos); los clisés que dá el Museo son antiquísimos, imperfectos, *baratos*; las copias que hacemos nosotros son de los grabados mas escogidos que en el dia estampan los mejores periódicos de Europa.

Sentimos que el editor del Museo nos haga descender á estas minuciosidades tal vez enojosas para el público, pero ya que es su gusto desnaturalizar una cuestion meramente literaria, para hacerla cuestion de palabreria, estamos prontos á nuestra vez á convertirla en cuestion de guarismos; es decir, á manifestar como se hace el Museo y como el Semanario. La diferencia que hay entre estas publicaciones; qué deben las letras, las artes, el público á un editor que segun el estado, *corregido y tal vez aumentado*, que él mismo ha publicado pomposamente en los periódicos, imprimiendo 6 ó 7 publicaciones que tienen de costo 1.017,750 rs. 32 mrs., dá al año á los escritores 90,418 reales!! ¡8,140 á los artistas!!

Para que las personas menos entendidas puedan apreciar la enorme desproporcion entre estas cifras, vaste decir, que publicando nosotros sólo dos periódicos, empleamos anualmente en dibujos y grabados de 50,000 á 60,000 rs., y adquirimos originales por valor de unos 60 á 65,000; lamentándonos de que la escasez de productos de esta clase de empresas en España, si han de llevarse á cabo *decentemente* siquiera, no nos permita alterar este sistema.

Muchas demostraciones de este género hariamos al público sino temiéramos abusar de la paciencia del lector, cuya atencion nos vemos obligados á ocupar, bien á nuestro pesar, con cuestiones tan mezquinas como la presente.

Los guarismos, los datos, aparecerán en el caso de que á ello se nos proboque: entonces emprenderemos la improva y enojosísima tarea de demostrar la utilidad de un establecimiento, cuya entrada ignoran todos ó casi todos los artistas de España, cuyas prensas rara vez dan á luz otra cosa que traducciones ó escritos de ínfimo valor literario, y cuya existencia, en fin, mientras siga la marcha que hasta aquí, es un obstáculo insuperable á nuestra regeneracion literaria y artística.

